S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBÍTERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA ISAÍAS, DIECIOCHO LIBROS. (C)

Prólogo.

1-2 Después de haber completado, con gran esfuerzo y en un largo período de tiempo, veinte libros de explicaciones sobre los doce Profetas y los Comentarios sobre Daniel, me pides, virgen de Cristo Eustoquio, que pase a Isaías: y que te devuelva lo que prometí a tu santa madre Paula mientras vivía. Recuerdo también haber prometido esto a tu erudito hermano Pamaquio; y aunque compartes el mismo afecto, lo superas en presencia. Así que te devuelvo a ti y a él, a través de ti, lo que debo, obedeciendo los preceptos de Cristo, quien dijo: Escudriñad las Escrituras (Juan V, 39); y, Buscad y hallaréis (Mateo VII, 76). No quiero escuchar con los judíos: Erráis, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios (Mateo XXII, 29). Porque si, según el apóstol Pablo (II Cor. I, 24), Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios; y quien no conoce las Escrituras, no conoce el poder de Dios ni su sabiduría: la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo. Por lo tanto, apoyado por la ayuda de tus oraciones, que meditas día y noche en la ley de Dios, y eres templo del Espíritu Santo, imitaré al padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas; y a la esposa que dice en el Cantar de los Cantares: Nuevas y viejas, hermano mío, las he guardado para ti (Cant. VII, 13); 3-4 así expondré a Isaías, para mostrar que no solo es Profeta, sino también evangelista y Apóstol. Él mismo dice de sí mismo y de los demás evangelistas: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian buenas nuevas, de los que anuncian la paz! (Isa. LII, 7). Y Dios le habla a él como a un Apóstol: ¿A quién enviaré, y quién irá por este pueblo? Y él respondió: Aquí estoy, envíame (Isa. VI, 8).

Que nadie piense que deseo abarcar el argumento de este volumen con un breve discurso: ya que la presente Escritura contiene todos los misterios del Señor; y tanto el Emmanuel nacido de la Virgen, como el autor de obras y señales ilustres: muerto y sepultado, resucitando de entre los muertos, y proclamado Salvador de todas las naciones. ¿Qué puedo decir sobre la física, la ética y la lógica? Todo lo que hay en las santas Escrituras: todo lo que la lengua humana puede expresar y el sentido de los mortales puede comprender, está contenido en este volumen. De cuyos misterios da testimonio el mismo que escribió: Y será para vosotros la visión de todo, como las palabras de un libro sellado: que cuando se lo den a uno que sabe leer, dirán: Lee esto. Y él responderá: No puedo, porque está sellado. Y se dará el libro a uno que no sabe leer, y se le dirá: lee, y él responderá: no sé leer (Isa. XXIV, 11, 12). Por lo tanto, si das este libro a un pueblo de las naciones que no sabe leer, responderá: No puedo leer, porque no he aprendido las letras de las Escrituras; o si lo das a los Escribas y Fariseos, que se jactan de conocer las letras del Rey, responderán: No podemos leer, porque el libro está sellado. ¿Por qué está sellado para ellos? Porque no recibieron a aquel a quien el Padre selló (Juan VI, 27): quien tiene la llave de David: El que abre, y nadie cierra; el que cierra, y nadie abre (Apoc. III, 7).

Ni tampoco, como Montano con sus mujeres insensatas sueña, los Profetas hablaron en éxtasis, de modo que no supieran lo que decían, y mientras instruían a otros, ellos mismos ignoraban lo que decían. De quienes el Apóstol dice: No saben lo que dicen, ni de lo que afirman (I Tim. I, 7): sino que, según Salomón, quien habla en los Proverbios: El sabio entiende lo que sale de su boca; y en sus labios lleva conocimiento (Prov. XVI, 23), ellos también sabían lo que decían. Porque si los Profetas eran sabios, lo cual no podemos negar; y Moisés, instruido en toda sabiduría, hablaba con el Señor, y el Señor le respondía; y de Daniel se dice al príncipe de Tiro: ¿Eres más sabio que Daniel? (Ezequiel XXVIII, 3)? y David era sabio, quien se gloriaba en el Salmo: Me has manifestado los secretos y las cosas

ocultas de tu sabiduría (Sal. L, 8), ¿cómo los sabios Profetas, como los animales brutos, ignoraban lo que decían? También leemos en otro lugar del Apóstol: Los espíritus de los Profetas están sujetos a los Profetas (I Cor. XIV, 32): para que tengan en su poder cuándo callar y cuándo hablar. Si a alguien le parece débil, que escuche esto del mismo Apóstol: Hablen dos o tres profetas, y los demás juzguen: si a otro le es revelado algo mientras está sentado, el primero calle (Ibid., 29). ¿Cómo pueden callar, cuando está en el dominio del espíritu que habla por los Profetas, ya sea callar o hablar? Si, por lo tanto, entendían lo que decían, 5-6 todo está lleno de sabiduría y razón. Ni el aire golpeado por la voz llegaba a sus oídos; sino que Dios hablaba en el alma de los Profetas, según lo que otro Profeta dice: El ángel que hablaba en mí (Zacarías I, 9), y: Clamando en nuestros corazones, Abba, Padre (Gál. IV, 6). Y: Escucharé lo que hablará en mí el Señor Dios (Sal. LXXXIV, 9).

Por lo tanto, después de la verdad histórica, todo debe ser entendido espiritualmente: y así Judea y Jerusalén, Babilonia y los filisteos, Moab y Damasco, Egipto y el desierto del mar, Edom y Arabia, y el valle de la Visión, y finalmente Tiro, y la Visión de los cuadrúpedos deben ser entendidos; para que busquemos todo en sentido, y en todas estas cosas, como un sabio arquitecto, el apóstol Pablo ponga el fundamento, que no es otro que Cristo Jesús. Es un gran trabajo y esfuerzo querer explicar todo el libro de Isaías, en el cual nuestros mayores han sudado: me refiero a los griegos. Sin embargo, entre los latinos hay un gran silencio, excepto por el mártir de santa memoria Victorino, quien podía decir con el Apóstol: Aunque soy ignorante en el habla, no en el conocimiento (II Cor. XI, 9). Porque escribió sobre este Profeta según cuatro ediciones, hasta la Visión de los cuadrúpedos en el desierto, Orígenes escribió treinta volúmenes, de los cuales el vigésimo sexto no se encuentra. También se atribuyen otros bajo su nombre sobre la Visión τετραπόδων, dos libros a Grata, que se consideran apócrifos; y veinticinco Homilías, y Σημειώσεις, que podemos llamar Extractos. Eusebio también, de Pamfilio, según la explicación histórica, publicó quince volúmenes; y Dídimo, cuyas amistades recientemente disfrutamos, desde el lugar donde está escrito: Consolad, consolad a mi pueblo, sacerdotes: hablad al corazón de Jerusalén (Isa. XL, 1), hasta el final del volumen, publicó dieciocho tomos. Apolinar, a su manera, expone todo de tal manera que lo recorre todo, y con algunos puntos e intervalos, o más bien con resúmenes, pasa por alto grandes distancias: de modo que no creemos estar leyendo Comentarios, sino índices de capítulos. De lo cual te das cuenta de cuán difícil es, para que nuestros latinos, cuyas orejas son fastidiosas, y se marean al entender las santas Escrituras, y solo se deleitan con el aplauso de la elocuencia, me perdonen si he hablado extensamente; ya que Isaías es igual o mayor en número de versos que los doce Profetas. Si en algún lugar he discutido desde el hebreo omitiendo los Setenta, es porque la mayoría de las cosas son las mismas o similares a las demás, y al proponer una doble edición, no quise extender los libros de explicación, que incluso en una simple explicación exceden el límite de la brevedad. Pero ya cumplamos con lo propuesto.

## LIBRO PRIMERO.

7 (Cap. I.---Vers. 1.) Visión de Isaías, hijo de Amoz, que vio sobre Judá y Jerusalén, en los días de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá. En lugar de Judá, en el que se significan dos tribus, los Setenta y Teodoción pusieron, Judea, que muestra toda la tierra de las doce tribus. Y en lugar de lo que nosotros hemos traducido del hebreo, sobre Judá y Jerusalén: ellos interpretaron, contra Judea y Jerusalén. Símaco, a su manera, más claramente, de Judá y Jerusalén; para que no quiera que se demuestre en el título ni lo próspero ni lo adverso: sino lo que el discurso profético predijo sobre Judá y Jerusalén en ambos sentidos. Por lo tanto, Isaías habla principalmente de dos tribus, Judá y Benjamín: excepto las diez que estaban en Samaria, y se llamaban Efraín e Israel; y que bajo el rey

Uzías de Judá, y Jerusalén, el rey Pul de Asiria ya había comenzado a devastar. De hecho, en el año cincuenta y dos de su reinado, reinando en Samaria Peka hijo de Remalías, vino Teglatfalasar rey de Asiria, y tomó Aión y Abel, la casa de Maaca: y Janoa y Cedes y Hazor y Galaad y Galilea, toda la tierra de Neftalí, y los trasladó a Asiria (IV Reyes XV, 18 19). De lo cual se muestra que, con la cercana destrucción de Samaria, todas estas cosas se narran como advertencia para las dos tribus.

Uzías es el mismo que Azarías, con un doble nombre. Y sabemos que Isaías, Oseas, Joel y Amós profetizaron al mismo tiempo, por los reyes que se mencionan en el título: pero el principio de la palabra del Señor fue en Oseas hijo de Beeri. Amoz, padre de Isaías, no es, como algunos piensan, el tercero de los doce Profetas, sino otro; y se escriben con diferentes letras en hebreo. 8 Este tiene la primera y última letra ALEF y SADE (); aquel AIN y SAMEC (): y este según algunos se interpreta como fortaleza, o robusto; aquel pueblo duro o grave: sobre el cual hemos hablado más en Amós. No solo este profeta, sino también otros, cuando tienen en el título: Visión que vio Isaías, o Abdías, no introducen lo que vieron. Por ejemplo: Vi al Señor de los ejércitos sentado sobre un trono alto y sublime y dos serafines a su alrededor; sino que narran lo que se dijo, es decir: Escucha, cielo, y presta oído, tierra (Isa. VI, 1, 2). Y: Así dice el Señor Dios a Edom. Oí un rumor del Señor, y un mensajero fue enviado a las naciones (Abd. I, I). Porque los profetas antes se llamaban videntes, quienes podían decir: Nuestros ojos están siempre hacia el Señor (Sal. XIV, 15). Y: A ti levanto mis ojos, que habitas en los cielos (Sal. CXXII, 1). Por lo cual también se les ordena a los Apóstoles por el Salvador: Levantad vuestros ojos, y ved los campos: porque ya están blancos para la siega (Juan IV, 35). Estos ojos del corazón, también los tenía la esposa en el Cantar de los Cantares, a quien el esposo dice: Has herido mi corazón, hermana mía esposa, con uno de tus ojos (Cant. IV, 9). Y en el Evangelio leemos: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo (Mateo VI, 22). También se dice en el antiguo instrumento, que el pueblo vio la voz de Dios (Éxodo XX, 18). De lo cual que callen los delirios de Montano, quien piensa que los Profetas dijeron las cosas futuras en éxtasis y fuera de sí: porque no podían ver lo que ignoraban. Sé que algunos interpretan Judea y Jerusalén como cosas celestiales, e Isaías bajo la persona del Señor Salvador: que predice la cautividad de esa provincia en nuestra tierra, y luego el regreso y ascenso al monte santo en los últimos días. Lo cual nosotros, juzgando contrario a la fe de los cristianos, despreciamos todo, y siguiendo la verdad histórica, interpretamos espiritualmente, de modo que todo lo que ellos sueñan sobre la Jerusalén celestial, lo referimos a la Iglesia de Cristo, y a aquellos que, ya sea por pecados salen de ella, o por penitencia regresan a la sede original, de la cual también creemos que se dice en este mismo Profeta: Levántate, resplandece, Jerusalén: porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti: y, En ti aparecerá el Señor, y su gloria se mostrará sobre ti: y los reyes caminarán en tu luz, y las naciones en tu resplandor: cuando vengan todos sus hijos de lejos, y sus hijas sean llevadas en los hombros, y te cubrirán los camellos de Madián, y Efa, trayendo oro e incienso: y se congregarán los rebaños de Cedar en Jerusalén, y los carneros de Nebaiot se apresurarán, y serán ofrendas agradables sobre el altar del Señor (Isa. LXIX, 1 ss.)

Y lo que se pone en el título de que profetizó bajo Uzías, y Jotam, y Acaz, y Ezequías, reyes de Judá, no debe entenderse confusamente como en otros Profetas, para que no sepamos qué se dijo específicamente bajo cada rey: sino que hasta el final del volumen se refiere lo que se le reveló por separado bajo Uzías, y qué bajo Jotam, y qué bajo Acaz, y qué bajo Ezequías. Sepamos también que Ezequías comenzó a reinar en Jerusalén en el duodécimo año de Rómulo, quien fundó una ciudad en Italia con su nombre: para que aparezca claramente cuán más antiguas son nuestras historias que las de las demás naciones. Isaías se interpreta

como salvado del Señor: Judá, confesión: Jerusalén, visión de paz: Uzías, fortaleza del Señor: Jotam: perfección del Señor: Acaz, teniendo o robusto: Ezequías, imperio del Señor. Quien, por lo tanto, es salvado con el Señor presidiendo, y es hijo de Amoz, es decir, fuerte y robusto, ve espiritualmente la visión de la confesión, mientras lamenta los pecados antiguos: y de la paz, mientras después de la penitencia pasa a la luz, y descansa en la paz eterna: y todos sus tiempos pasan bajo la fortaleza del Señor, y su perfección y robustez. 10 Y cuando haya hecho todo, dirá aquello del Evangelio: Somos siervos inútiles: lo que debíamos hacer, lo hicimos (Luc. XVII, 10).

(Vers. 2.) Escucha, cielo, y presta oído, tierra: porque el Señor ha hablado. Arriba, quién es el profeta, de quién es hijo, qué contra Judá y Jerusalén, o sobre Judá y Jerusalén, y en qué tiempo vio, se ha demostrado en el título: ahora convoca al cielo y a la tierra a escuchar. En el cielo significando las virtudes celestiales y angélicas: en la tierra el género de los mortales, metonímicamente de lo que contiene, lo que es contenido. O porque por Moisés el Señor había llamado como testigos al cielo y a la tierra, dando al pueblo de Israel su ley, y había dicho: Atiende, cielo, y hablaré: que la tierra escuche las palabras de mi boca (Deut. XXXI, 1): después de la transgresión del pueblo, los llama de nuevo como testigos, para que todos los elementos conozcan, justamente a Dios en venganza de sus mandamientos provocados a ira. En lugar de cielo, el hebreo SAMAIM () cielos suena, en número plural: especialmente cuando dice escuchad, es decir, SEMU (), que se expresa en número plural, no singular. Pero algunos quieren que se diga pluralmente cielos, pero se entienda singularmente, según aquello que llamamos a las ciudades individuales, Tebas y Atenas. Y es un idioma del carácter hebreo, que todo lo que termina en la sílaba IM () es masculino y plural, como Querubines y Serafines. Y lo que termina en OTH (), femenino y plural: como Sabaoth. Y esto debe notarse que se dice a los cielos, escuchad, a la tierra, presta oído; porque las cosas que son elevadas tienen mayor inteligencia: las que son más bajas, están envueltas en sentidos terrenales. Por lo cual también el Salvador en el Evangelio: El que tiene, dice, oídos para oír, que oiga (Mateo XI, 15). Si alguien, por lo tanto, es cielo, y tiene ciudadanía en los celestiales, que escuche místicamente lo que se dice. Si alguien es terrenal, que siga la historia simple. También se debe notar que no dijo: Escucha, cielo, y presta oído, tierra, qué os ha hablado el Señor; sino qué me ha hablado a mí, para que lo que yo he oído en el espíritu, os lo refiera a vosotros, que no merecéis escucharle hablar. Algunos (Origenistas) piensan que el cielo y la tierra son convocados a escuchar como seres animados, según aquello que se dice de la tierra en otro lugar: El que mira la tierra, y la hace temblar (Sal. CIII, 32): cuando esto es del poder de Dios, no de la inteligencia terrenal.

Hijos crié y exalté: pero ellos me despreciaron. Por lo cual Símaco y Teodoción lo tradujeron así: Hijos nutrí, y exalté (Éxodo IV, 22). Desde este lugar el Profeta narra lo que el Señor ha dicho, que al pueblo de Israel, a quienes había creado como siervos por ley común, los convirtió en hijos, y dijo: Mi hijo primogénito es Israel. De hecho, el Señor en el Evangelio promete a los Apóstoles que si hacen su voluntad, ya no los llamará siervos, sino amigos (Juan XV, 15). Que si Israel se enorgullece, al escuchar que es primogénito: que entienda que se le llama primogénito porque se significan segundos hijos de entre las naciones. Porque no se le llama unigénito, que excluya a los demás hermanos; sino primogénito, para mostrar que otros seguirán: y sin embargo, según los misterios de las Escrituras, no los primogénitos reciben la herencia, sino los segundos. Caín fue primogénito, pero las ofrendas de Abel agradaron a Dios. Ismael fue primogénito, pero Isaac recibió la herencia. Esaú fue primogénito, pero Jacob, el suplantador, arrebató la bendición del padre. Rubén fue primogénito, pero la bendición de la descendencia de Cristo se transfiere a Judá. Así que ellos, según el orden de la vocación, fueron los primeros, y se llamaban cabeza:

nosotros los segundos que éramos llamados cola, nos convertimos en cabeza, y somos llamados hijos de Dios. A todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12). Ni hemos recibido el espíritu de servidumbre en temor, sino el espíritu de adopción, en el cual clamamos: Abba, Padre (Rom. VIII, 15): porque el amor perfecto echa fuera el temor (I Juan IV, 18). Es mejor, sin embargo, leer según el hebreo, Hijos nutrí, que engendré, para que no parezca contrario a lo que leemos en la Epístola de Juan: Todo aquel que es nacido de Dios, no peca (I Juan III, 9). Entonces, si estos nacieron de Dios, ¿cómo pudieron pecar: 12 cuando todo aquel que es nacido de Dios, no puede pecar?

(Vers. 3.) Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor. Israel no conoció, mi pueblo no entendió. Por lo cual solo los Setenta tradujeron: Israel, sin embargo, no me conoció, y mi pueblo no me entendió. Para que, según los demás y el hebreo, Israel no haya conocido a su dueño, y el pueblo no haya entendido el pesebre de su Señor. Y el sentido es claro: Yo los adopté como hijos, y los hice un pueblo peculiar, y mi parte y la cuerda de mi herencia, y los llamé primogénitos; pero ellos ni siquiera hicieron esto, que los animales brutos hacen, de ser vencidos por los beneficios y entender a su pastor y nodriza. Ni los comparó con perros, que es el género más sagaz de animales, y por un poco de comida defienden las casas de sus dueños: sino que los comparó con el buey y el asno, de sentido más torpe, de los cuales uno, tirando de los carros, voltea los terrones más duros de la tierra con el arado, y el otro lleva cargas y alivia el trabajo de los hombres al caminar: de donde también se les llama bestias de carga porque ayudan a los hombres. Este pasaje también puede entenderse de Dios Padre, pero se refiere más al Hijo, que el pueblo de Israel no conoció ni recibió: cuyo día Abraham vio y se alegró: y en cuya venida pendían los votos de todos los Profetas. Quien también en el Evangelio habla a Jerusalén: ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste! (Mat. XXIII, 37). Buscamos dónde hemos leído juntos al buey y al asno. En el Deuteronomio está escrito: No ararás con buey y asno juntos (Deut. XXII, 10). Y en este mismo Isaías: Bienaventurado el que siembra sobre toda agua, donde el buey pisa y el asno (Isai. XXXII, 20). Juntos aran en el buey y el asno Ebion, digno por la humildad de su sentido, por la pobreza de su nombre; quien así recibe el Evangelio, que no abandona las ceremonias de las supersticiones judías, que precedieron en sombra e imagen. Bienaventurado es el que siembra en las palabras de las Escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento: y pisa las aguas de la letra que mata, para cosechar el fruto del espíritu que vivifica. El buey según la anagogía se refiere a Israel; que llevó el yugo de la Ley, y es un animal puro. El asno, cargado con el peso de los pecados, se toma como el pueblo de las naciones, a quien el Señor hablaba: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mat. XII, 28). Por tanto, los fariseos y escribas que no creyeron, que tenían la llave y el conocimiento de la Ley, y verdaderamente eran llamados Israel, es decir, mente que ve a Dios, creyó parte del pueblo de los judíos, de modo que en un día tres mil creyeran juntos, y en otro día cinco mil. También, al no recibir los sabios del mundo la cruz de Cristo, la multitud indocta de las naciones la recibió. Por lo cual también el Apóstol decía: Mirad vuestra vocación, hermanos: que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte (I Cor. I, 26, 27). Pero estas son forzadas, la interpretación verdadera es la superior.

(Vers. 4). ¡Ay de la nación pecadora, pueblo cargado de iniquidad, semilla malvada, hijos corruptos: dejaron al Señor: blasfemaron al Santo de Israel: se han apartado hacia atrás! Esto que puse al final: se han apartado hacia atrás, los Setenta Intérpretes no lo tienen y en lugar de blasfemaron, está escrito en ellos, provocaron a ira: y en lugar de semilla malvada, semilla

pésima. Lo que los demás siguiendo, interpretaron el hebreo MEREIM () como pésimos: para que no sea tanto un vicio de la semilla (para que no se piense que la naturaleza de buenos y malos es diversa) como de su malicia, que por voluntad propia dejaron al Señor.

Al principio del volumen hay un título que menciona la persona, la causa y el tiempo: en el segundo hace atentos a los oyentes: en el tercero narra lo que el Señor habló: en el cuarto increpa a la nación pecadora, y al pueblo lleno o cargado de iniquidad. No porque sea otra nación y otro pueblo, como algunos piensan, sino que el mismo Israel es llamado nación y pueblo, e hijos corruptos o inicuos: para que quienes primero fueron llamados hijos del Señor por beneficio: después por su vicio sean llamados hijos de iniquidad; o como los demás dijeron con voz concordante, hijos corruptores, es decir, [suppl. υἱοὶ], διαφθείροντες, que perdieron el bien de la naturaleza por su vicio. Y lo que se añade: Blasfemaron al Santo de Israel, se dice propiamente de los judíos clamando: No tenemos rey, sino a César (Juan XIX, 15); y: ¿No es este el hijo del carpintero? (Mat. XIII, 55); y, Tiene demonio, y es samaritano (Juan VIII, 48). Porque dejaron a Cristo, y blasfemaron al Santo de Israel; por eso se han apartado hacia atrás, para que quienes eran llamados parte e hijos de Dios, después sean llamados: Hijos extraños me mintieron (Sal. XVII, 46). El Salvador ordenó que, habiendo tomado el arado, no miremos hacia atrás (Luc. IX, 62), para que no imitemos a la esposa de Lot. Por lo cual también el Apóstol, extendiéndose hacia lo anterior, olvida lo posterior (Filip. III, 13). Lo que dijo según los Setenta, pueblo lleno de pecados (Zac. V, 7), muestra que no había especie de pecados en el pueblo de Israel que no existiera. Pero si leemos, como está en hebreo, Pueblo cargado de iniquidad, recordemos el testimonio de que la iniquidad se sienta sobre un talento de plomo, y se dice en el salmo treinta y siete desde la persona del pecador: Se han elevado mis iniquidades sobre mi cabeza: Como carga pesada se han agravado sobre mí (Sal. XXXVII, 5). Pasamos por lo manifiesto; para que nos detengamos en lo más oscuro, y en lo que necesita explicación.

(Vers. 5). ¿En qué os heriré aún añadiendo prevaricación? Con este testimonio aprendemos que el Señor hiere a los delincuentes para corregirlos, y no tanto como castigo, sino como enmienda. Y el sentido es: No encuentro cómo puedo aplicar medicina a vuestras heridas: todos vuestros miembros están llenos de llagas: no encuentro parte del cuerpo que no haya sido herida antes. O ciertamente de este modo: no encuentro heridas con las que pueda quebrantar vuestra dureza. Cuanto mayores son los tormentos, tanto más crece la impiedad y la iniquidad, o, como Teodocio tradujo, declinación, para que os apartéis y declinéis del Señor. Como aquello de Jeremías: En vano herí a vuestros hijos: no recibisteis disciplina (Jer. II, 30). Por lo cual, enojado, habla por Oseas: No visitaré sobre vuestras hijas, cuando forniquen; ni sobre vuestras nueras, cuando adulteren (Ose. IV, 14). Y por Ezequiel: Mi celo se apartará de ti: y no me enojaré más contigo (Eze. XVI, 42). De los cuales también leemos en los Salmos: No hay firmeza en su herida; y en los trabajos de los hombres no están, ni serán azotados con los hombres (Sal. LXXII, 4, 5).

Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. La alegría del alma a veces mitiga el dolor del cuerpo: pero si a la enfermedad del cuerpo se añade la enfermedad del alma, se duplica la debilidad. Entre los mismos sentidos, y todos los miembros del cuerpo, la cabeza ocupa el lugar principal, en la que están la vista, el olfato, el oído y el gusto. Por lo tanto, cuando la cabeza duele, todos los miembros están débiles. Y por metáfora enseña, que desde los príncipes hasta el pueblo más bajo, desde los doctores hasta la multitud ignorante, no hay salud en ninguno: sino que todos consienten en la impiedad con igual ardor.

Desde la planta del pie hasta la cabeza, no hay en él salud: herida, y cardenal, y llaga hinchada. Conserva la metáfora comenzada: desde los pies hasta la cabeza, es decir, desde lo

más bajo hasta lo más alto, desde los extremos hasta los primeros, están heridos en todo el cuerpo. Herida, dice, y cardenal y llaga hinchada: o los cuerpos están amoratados por los golpes, o las llagas están hinchadas, o están abiertas por las heridas. Buscamos a qué tiempo se deben adaptar estas cosas. Después de la cautividad babilónica, bajo Zorobabel, y Esdras, y Nehemías, Israel regresó a Judea, y recuperó su antiguo estado. También bajo diversos príncipes y reyes, el templo fue construido más magníficamente, tanto que incluso de las naciones extranjeras, los lacedemonios, y los atenienses, y los romanos merecieron amistades. Por lo tanto, lo que dice: No hay en él salud, se refiere a la última cautividad: cuando después de Tito y Vespasiano, y la última destrucción de Jerusalén, bajo Elio Adriano hasta el presente no hay remedio: y se cumple lo que está escrito: Todos se desviaron: juntos se hicieron inútiles: No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo (Rom. III, 12). Y lo que se añade: no hay en él salud, entiéndelo en el pueblo, o en el cuerpo, o en la cabeza.

(Vers. 6). No está vendada, ni curada con medicina: ni suavizada con aceite. Por lo cual los Setenta tradujeron: No hay emplasto para poner, ni aceite, ni vendajes. Hasta hoy la herida y el cardenal, y la llaga hinchada del pueblo de Israel no está vendada con vendas, ni curada con medicina. Lo que Aquila interpretó como μότωσιν, es decir, los lienzos que se aplican a las heridas para secar el pus y extraer las purulencias. Ni suavizada con aceite: para que su dureza se ablande con las lágrimas de penitencia. Por vendajes, con los que no están vendadas las heridas de Israel, los Setenta tradujeron emplasto. Por lo tanto, Israel yace herido y destrozado, porque mató al médico, que vino a curar la casa de Israel. Por lo cual también en Jeremías, tropológicamente, bajo la persona de Babilonia, los ángeles hablan: Curamos a Babilonia, y no fue sanada (Jer. LI, 9), ciudad de confusión y vicios. Y en el Evangelio (Luc. X) leemos, descendiendo de Jerusalén a Jericó, herido por los ladrones, y curado por el samaritano: y después de la austeridad del vino, la suavidad del aceite infundida en sus heridas. Desde ese lugar, donde antes decía: ¿En qué os heriré? y: toda cabeza está enferma, hasta lo que se añade: No está curada con medicina, ni suavizada con aceite, se conserva la similitud de la metáfora, y la descripción de las heridas incurables, expresa la eterna cautividad de los judíos.

(Vers. 7). Vuestra tierra está desierta: vuestras ciudades incendiadas: vuestra región en vuestra presencia devoran los extraños, y será desolada como en la devastación enemiga. Estas cosas se cumplieron en parte bajo los babilonios, cuando el templo fue incendiado, Jerusalén destruida, cuando los samaritanos poseyeron la región de las diez tribus, y la tierra de la promesa fue reducida a tal soledad, que fue devastada por leones. Pero más plena y perfectamente se describe lo que sucederá bajo la cautividad romana: cuando el ejército romano devastó toda Judea, las ciudades fueron incendiadas, y su región en presencia de ellos devoran los extraños, y hasta el fin del mundo perseverará la devastación de los judíos. Pero podemos entender estas cosas tropológicamente de los pecadores, que cayeron de la santidad anterior, después de haber sido entregados a potestades contrarias: que todos sus bienes vengan al desierto: y Dios no recuerde su justicia anterior: y todo sea incendiado por el fuego del diablo; y sean pasto de las bestias, de las cuales también en otro lugar está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19).

(Vers. 8.) Será dejada la hija de Sion como cabaña en viña: y como choza en pepinar. Que toda Israel sea llamada viña, el mismo profeta lo testifica en lo que sigue, diciendo: Porque la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel: y el hombre de Judá, la plantación nueva y amada (Infra cap. V, 7): y en el Salmo: Trasplantaste una viña de Egipto: echaste las naciones y la plantaste (Sal. LXXIX, 9). Esta viña, mientras produjo frutos abundantes, tuvo a Dios como guardián, de quien está escrito: No dormitará, ni dormirá el que guarda a Israel (Sal. CXX, 4). Pero después de que todos los que pasaban por el camino la vendimiaron; y el jabalí

del bosque la devastó: el Señor dejó su templo, y levantándose enojado dijo: Levantaos, vámonos de aquí; y: Vuestra casa será dejada desierta (Mat. XXIII, 38). Y por Jeremías: Dejé mi casa: abandoné mi heredad. Mi heredad se ha vuelto para mí como un león en el bosque: ha dado su voz sobre mí, por eso la odié (Jer. XII, 7). La similitud de la devastación del Templo y Jerusalén se toma de los agricultores, que mientras la viña está llena de uvas, ponen guardianes en las cabañas. También en el pepinar, que los Setenta llaman custodia de frutos, se hacen pequeñas chozas para evitar el ardor del sol y sus rayos: y desde allí ahuyentan a los hombres o a las bestias que suelen acechar los frutos nacidos. Pero cuando se han quitado estos frutos, quedan las cabañas secas de los arbustos, y las chozas, al retirarse el guardián, porque ya no tiene nada que guardar. Por lo tanto, el Dios omnipotente dejó el Templo, y la ciudad quedó desierta: lo cual no es necesario probar con palabras, especialmente para nosotros, que vemos a Sion desierta, y a Jerusalén destruida, y el Templo derribado hasta el suelo. Pero lo que llama hija de Sion, muestra el afecto de un padre muy clemente. Y no es de extrañar que Sion sea llamada hija, cuando también Babilonia es llamada hija muchas veces. Todos somos hijos de Dios por naturaleza, pero por nuestro vicio nos hacemos extraños. Según la anagogía, la viña de Dios y el paraíso de los frutos, puede llamarse nuestra alma: a la cual si la mente, es decir, νοῦς, ha presidido, tiene a Dios como guardián de la mente: pero si los vicios nos han depredado como ciertas bestias, somos abandonados por el guardián Dios, y todo lo nuestro se reducirá a la soledad.

Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra. Este pasaje el apóstol Pablo lo explica más ampliamente a los Romanos, escribiendo: Digo pues, ¿ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera: porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual conoció de antemano (Rom. XI, 1, 2). Y poco después: Así también en este tiempo ha quedado un remanente según la elección de la gracia (Ibid., V). De lo cual se muestra, que las cosas anteriores que el discurso profético amenazó contra Jerusalén y Judá, no deben referirse al tiempo de la cautividad babilónica, sino a la última de los romanos, cuando en los Apóstoles se salvaron los remanentes del pueblo de los judíos; y en un día creyeron tres mil, y en otro cinco mil, y el Evangelio fue sembrado en todo el mundo. Por el Señor de los ejércitos, que nosotros, siguiendo a Aquila, hemos traducido al latín, en hebreo se lee, Señor sabaoth, que los Setenta intérpretes traducen de dos maneras según la calidad de los lugares, o Señor de las virtudes, o Señor omnipotente. Y se debe preguntar, si se dice del Padre, o del Hijo. No hay duda de que lo que se lee en el salmo veintitrés [Al. cuarto]: Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? El Señor sabaoth (Sal. XXIII, 7, 8), es decir, el Señor de las virtudes, él es el Rey de gloria, se refiere a Cristo. quien después del triunfo de la pasión ascendió victorioso a los cielos. Y en otro lugar se dice del Señor, que es el Rey de gloria: Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria (I Cor. II, 8). Por lo tanto, no solo según el Apocalipsis de Juan, y el apóstol Pablo; sino también en el Antiguo Testamento, el Señor sabaoth, es decir, Omnipotente, se llama Cristo. Porque si todas las cosas del Padre son del Hijo; y como él mismo dice en el Evangelio: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra (Mat. XXVIII, 18); y: Todas mis cosas son tuyas, y soy glorificado en ellas; ¿por qué no se referirá también el nombre de Omnipotente a Cristo: para que así como Dios de Dios, y Señor de Señor, así el Omnipotente sea Hijo del Omnipotente?

(Vers. 10.) Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma: escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. Habiendo sido salvados los remanentes por los Apóstoles del pueblo de Israel, el discurso profético se dirige a los escribas y fariseos, y al pueblo que clamaba:

¡Crucifícalo, crucifícalo! (Juan XIX, 6), y los llama príncipes de Sodoma, y pueblo de Gomorra, según lo que leemos en lo que sigue: Anunciaron y mostraron su iniquidad como Sodoma. ¡Ay de sus almas! porque pensaron un consejo pésimo contra sí mismos, diciendo: Atémosle al justo, porque nos es inútil (Infra III). Por lo tanto, por eso se les llama príncipes de Sodoma, y pueblo de Gomorra, porque pensaron un consejo pésimo, y ataron al justo, y dijeron, No tenemos rey sino a César (Juan XIX, 15). Y de nuevo: Sabemos que Dios habló a Moisés; pero de este no sabemos quién es (Juan IX, 29). Y al mismo tiempo gloriándose en el Evangelio: Somos descendencia de Abraham: y nunca hemos sido esclavos de nadie (Juan VIII, 53): oyen del Señor Salvador: Si fuerais hijos de Abraham, ciertamente haríais las obras de Abraham; y de nuevo: Vosotros sois de vuestro padre el diablo: y queréis hacer las obras de vuestro padre (Ibid., XXXIX, 44). Algo similar también Ezequiel habla a Jerusalén: Tu padre era amorreo, y tu madre hetea (Eze. XVI, 45). Los hebreos dicen que Isaías fue asesinado por dos razones, porque los llamó príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra, y porque cuando el Señor dijo a Moisés: No podrás ver mi rostro (Éxod. XXXIII, 20), este se atrevió a decir: Vi al Señor sentado sobre un trono alto y sublime (Infra VI, 1); no considerando que el rostro y los pies de Dios, o los suyos, porque en hebreo se lee ambiguamente, los Serafines los cubrieron: y solo escribe Isaías que vio el medio de él. Por lo tanto, el hombre no puede ver el rostro de Dios. Pero los ángeles incluso de los más pequeños en la Iglesia, siempre ven el rostro de Dios (Mat. XVIII, 10). Y, Ahora vemos por espejo y en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12): cuando de hombres hayamos progresado a ángeles, y podamos decir con el Apóstol: Pero todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (II Cor. III, 18). Aunque el rostro de Dios según la propiedad de su naturaleza ninguna criatura lo ve: y entonces se percibe con la mente cuando se cree invisible.

(Vers. 11.) ¿Para qué me sirve la multitud de vuestras víctimas?, dice el Señor. Estoy harto. No quiero holocaustos de carneros, ni grasa de animales cebados, ni sangre de becerros, ni de corderos, ni de machos cabríos. En lugar de "no quiero", los LXX tradujeron "no quiero", en presente en lugar de pasado. Según el hebreo, Dios nunca mostró querer los sacrificios de los judíos, como leemos en el salmo cuarenta y nueve: No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus rebaños, porque mías son todas las fieras del bosque, los animales en los montes y los bueyes. Conozco todas las aves del cielo, y la belleza del campo está conmigo. Si tuviera hambre, no te lo diría, porque mío es el mundo y su plenitud. ¿Acaso comeré carne de toros o beberé sangre de machos cabríos? (Sal. XLIX, ss.). Y después de rechazar las ceremonias de la antigua Ley, pasa a la pureza evangélica y muestra lo que desea en su lugar: Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza y cumple tus votos al Altísimo. E invócame en el día de la tribulación: te libraré y me honrarás. Así, todo el contenido de este capítulo, hasta el lugar donde dice: Juzgad al huérfano, defended a la viuda, y venid y discutamos, rechaza los sacrificios de víctimas y enseña que la obediencia del Evangelio es superior al sacrificio. Y lo que añade: Estoy harto, debe entenderse en el sentido de que no necesito nada: del Señor es la tierra y su plenitud (Sal. XXIII, 1). De donde también todos nosotros hemos recibido de su plenitud. Esto también puede aplicarse a aquellos que, no cumpliendo los mandamientos de Dios, creen que pueden redimirse con dones y ofrendas, o que ofrecen al altar y a los pobres lo que han obtenido por robo y avaricia.

(Vers. 12.) ¿Quién ha pedido esto de vuestras manos? Que escuchen los ebionitas, que piensan que la Ley abolida después de la pasión de Cristo debe ser observada. Que escuchen los socios de los ebionitas, que decretan que estas cosas deben ser guardadas solo por los judíos y los de la estirpe del pueblo de Israel. Por tanto, los sacrificios y la inmolación de

víctimas no fueron buscados principalmente por Dios, sino para que no se hicieran a los ídolos, y para que de las víctimas carnales, como por tipo e imagen, pasáramos a los sacrificios espirituales. Al decir que no buscó sacrificios, muestra que la Ley es espiritual, y todo lo que los judíos hacen carnalmente, nosotros lo cumplimos espiritualmente.

(Vers. 13.) No volveréis a pisar mi atrio. Observa que después de la devastación de Babilonia, el Templo fue reconstruido por Zorobabel, y durante muchos años se ofrecieron sacrificios en el Templo (I Esdras, V). Por tanto, indica la última destrucción del Templo bajo Vespasiano y Tito, que perdurará hasta la consumación del mundo.

(Vers. 14.) No soportaré vuestras neomenias, ni los sábados, ni otras festividades: vuestras asambleas son iniquas. Toda reunión que no ofrece sacrificios espirituales, ni escucha lo que se canta en el salmo cincuenta: Sacrificio a Dios es un espíritu contrito: un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia, es abominable a Dios. Y por eso añade: Vuestras calendas y solemnidades. Para no llamar sus festividades, sino de aquellos que las abusan mal. Lo que los LXX interpretaron como ayuno y ocio: podemos decir que ese ayuno es aceptado por Dios, que no tiene ocio de buenas obras. Mi alma los odia. Antropopáticamente, no porque Dios tenga alma, sino que habla con nuestro afecto.

(Vers. 15.) Me habéis saciado: no perdonaré vuestros pecados. Por lo que Aquila interpretó, me cansé de soportar. Symmachus, me agoté compadeciéndome, para mostrar que ya no tendrá misericordia: porque es diferente matar a los siervos enviados a uno mismo que al Hijo. Este sentido también lo leemos en el profeta Oseas: Tu destrucción, Israel: solo en mí está tu ayuda (Oseas XIII, 9). Esto se entiende así: Pereces, Israel, porque no por tu mérito, sino solo por mi ayuda serás salvado.

Vuestras manos están llenas de sangre. Manifiesta la razón por la cual Dios aparta sus ojos de ellos y no escucha la oración multiplicada: porque han derramado la sangre del justo; y los malos labradores mataron al heredero enviado a ellos. Por eso el Salvador les habla: Y vosotros llenad la medida de vuestros padres (Mat. XXIII, 31). Ellos mataron a los profetas enviados a ellos: vosotros matad al Hijo del Padre de familia. Debe usarse este testimonio también contra aquellos que, teniendo las manos llenas de sangre con sus obras diarias, se unen en oración día y noche.

(Vers. 16.) Lavaos, sed limpios. En lugar de los sacrificios anteriores, y holocaustos, y grasa de animales cebados, y sangre de toros y machos cabríos: y en lugar de incienso y neomenias, sábado, día festivo y ayunos, calendas y otras solemnidades, me agrada la religión del Evangelio: que os bauticéis en mi sangre por el lavacro de la regeneración, que solo puede perdonar los pecados. Porque si uno no nace de agua y del Espíritu, no entrará en el reino de los cielos (Juan III, 5). También el Señor, ascendiendo al Padre: Id, dijo, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19).

Apartad el mal de vuestras intenciones de mis ojos. Lo que decía Juan el Bautista: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento (Mat. III, 7; Luc. III, 7): para que quien ha recibido el bautismo de Cristo, aparte el mal de su corazón, y cese de obrar perversamente, y luego aprenda a hacer el bien, según lo que se ordena en otro lugar: Apártate del mal y haz el bien (Sal. XXXVI, 27).

Aprended a hacer el bien. La virtud, por tanto, debe aprenderse, y no basta el bien de la naturaleza para la justicia, a menos que uno sea instruido en disciplinas adecuadas (I Pet. II,

11). Jesús, hijo de Sirac, dice algo similar: Deseaste la sabiduría, guarda los mandamientos, y el Señor te la dará. Y en lo siguiente, el mismo Isaías recuerda: Todo el que no haya aprendido justicia en la tierra, no hará la verdad (Cap. XXVI, 10, según los LXX). Por tanto, la justicia debe aprenderse, y deben frecuentarse los umbrales de los maestros de sabiduría.

(Vers. 18.) Buscad el juicio, socorred al oprimido, juzgad al huérfano, defended a la viuda: y venid, y discutid conmigo, dice el Señor. A los sacrificios de los judíos suceden los mandamientos evangélicos, y por eso se provee a los huérfanos y viudas, para que seguros de la protección de sus esposas e hijos, los mártires avancen a la batalla. Y cuando, dice, hayáis hecho esto, discutid conmigo, si no he dado las recompensas que prometí. Cuando dice: Buscad el juicio, muestra que no todos pueden juzgar correctamente, sino aquellos que son prudentes. De hecho, Salomón en visión por sueño, pidió esto al Señor, para que, habiendo recibido sabiduría, juzgara justamente al pueblo.

Si vuestros pecados fueran como la grana: serán emblanquecidos como la nieve. Y si fueran rojos como el carmesí: serán como lana blanca. El orden es principal: no basta con decir, lavaos, si no añade, sed limpios: para que después del lavacro de agua tengan pureza de corazón. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Y cuando hayan tenido pureza de corazón, deben apartar el mal de sus mentes, no ante los hombres, sino ante Dios, a quien nada puede ocultarse. Y lo que añade: Dejad de obrar perversamente, suena a lo evangélico: He aquí, has sido sanado: no peques más, para que no te suceda algo peor (Juan V, 14). Alejándose, pues, de los vicios, aprenda el bien, busque el juicio, socorra al oprimido, sostenga al huérfano y a la viuda: y si hace esto, entonces los pecados, que antes eran como la grana, serán perdonados: y las obras de sangre y crueldad, serán cambiadas por la vestidura del Señor, hecha del vellón del cordero, al que siguen en el Apocalipsis (Cap. V), los que resplandecen con el candor de la virginidad.

(Vers. 19, 26.) Si queréis y escucháis, comeréis los bienes de la tierra: si no queréis y no escucháis (o como dice en hebreo) y me provocáis a ira, la espada os devorará. Porque la boca del Señor ha hablado. Conserva el libre albedrío, para que en ambas direcciones, no por prejuicio de Dios, sino por los méritos de cada uno, haya castigo o recompensa. Creo que los bienes de la tierra se refieren a aquellos de los que leemos en el salmo: Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13); y: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 3). O ciertamente porque hablaba a los judíos, que aún no podían comprender lo espiritual, les promete los bienes de este mundo, para que al menos, atraídos por lo presente, hagan lo que se les manda. Y porque no quisieron escuchar, sino que, por el contrario, provocaron a ira al Santo de Israel, por eso la espada los devoró, es decir, el ejército romano los destruyó. Y todo esto, dice, sucederá: Porque la boca del Señor ha hablado. Cuyo juicio, permaneciendo los pecados de los hombres, no puede cambiarse.

(Vers. 21.) ¿Cómo se ha convertido en ramera la ciudad fiel, llena de juicio: la justicia reposó en ella: ahora, sin embargo, homicidas? La palabra hebrea JALIN (), que los LXX tradujeron como "durmió" y "reposó", y "reposará", es decir, significa tanto tiempo pasado como futuro. Por eso, Aquila y Theodotion lo dicen como de futuro. Se maravilla, pues, con espíritu profético, de que la ciudad que antes fue fiel, o receptáculo de fieles, de repente se haya convertido en ramera. Esto puede entenderse en tiempos de Isaías, pero se refiere más plenamente a la pasión de Cristo, cuando todos se desviaron, todos se hicieron inútiles (Sal. XIII, 3). Y aunque en hebreo no se menciona Sion, los LXX, para hacer el sentido más claro, lo añadieron. Sion es el monte en el que se construyó la ciudad de Jerusalén, que después de ser capturada por David, fue llamada ciudad de David. No dudo que en ella hubo hombres santos, cuando tuvo el tabernáculo de Dios, y después se construyó el Templo: cuando

profetizaron Natán y Gad, y sobre los coros (que se describen más plenamente en el libro de las Crónicas) se establecieron Asaf, Idithun, Hemán, y los hijos de Coré, para que poco a poco la religión pasara de los sacrificios de víctimas a las alabanzas del Señor (I Par. XXV). Por tanto, la ciudad de los fieles, que antes estaba llena de juicio, y la justicia reposó en ella, ahora está llena de homicidas: que mataron a los profetas y al mismo Señor Salvador. La fornicación de Jerusalén, cómo abrió sus piernas a todo transeúnte, se describe bajo el nombre de Oolibá en Ezequiel: que se interpreta como "mi tabernáculo en ella", lo que ahora se dice con otras palabras "la justicia reposó en ella". Por justicia en hebreo está escrito SEDEC (), que suena más a justo que a justicia: para que entendamos que antes en ella habitó el Señor, de quien se dice en otro lugar: ¿Qué hizo el justo? El Señor está en su santo templo: el Señor tiene su trono en el cielo (Sal. X, 5). Todo esto podemos referirlo según la anagogía al alma de un hombre santo, en la que antes habitó la justicia de Dios, si después peca, y en lugar de Dios como huésped, habitan en ella demonios homicidas.

(Vers. 22.) Tu plata se ha convertido en escoria. Habla a la ciudad de Sion, en la que antes reposó la justicia: que su plata, es decir, la doctrina de las Escrituras, de la que leemos en los Salmos: Las palabras del Señor son palabras puras: plata refinada en el fuego, probada en la tierra, purificada siete veces (Sal. XI, 7), se ha convertido en escoria, que en hebreo se dice SIGIM (): es decir, óxido de metales, o impurezas y suciedades que se refinan con fuego, para que, habiendo mencionado la plata, mantenga la metáfora. Esto también puede decirse de que los hombres justos y santos que antes se encontraban en la ciudad, después se convirtieron en impurezas de pecados.

Tus mercaderes mezclan el vino con agua. Por lo que Symmachus tradujo, Tu vino está mezclado con agua. Y el sentido es: la Ley de Dios pura y sincera, y (por así decirlo) basada en la verdad pura (Mat. XV), ha sido violada por las tradiciones de los fariseos: lo que el Señor enseña más plenamente en el Evangelio, que han dejado la ley de Dios y siguen los mandamientos de los hombres. Y todo doctor que convierte la austeridad de las Escrituras, por la cual puede corregir a los oyentes, en gracia: y habla de tal manera que no corrige, sino que deleita a los oyentes: viola y corrompe el vino de las santas Escrituras con su sentido. También los herejes corrompen la verdad evangélica con una interpretación errónea, y son pésimos mercaderes, haciendo del vino agua, cuando, por el contrario, nuestro Señor convirtió el agua en vino (Juan II), y tal vino que el maestresala se maravilla: como también la reina de Saba se maravilló en el banquete de Salomón, alabando con su voz a sus coperos y ministros del vino (II Paral. IX). Pero también el Eclesiastés describe los ministerios del vino y su banquete con lenguaje místico (Ecles. II). Por eso, en lugar de vino, Aquila interpretó συμπόσιον, es decir, banquete, que entre los griegos se llama ἀπὸ τοῦ πότου, y entre nosotros se llama más correctamente convicto.

(Vers. 23.) Tus príncipes son desobedientes, compañeros de ladrones. Por desobedientes, Aquila interpretó, apartados: Symmachus, desviados. Llama príncipes a los escribas y fariseos, que apartándose del Señor, o más bien dejando el camino de la verdad, caminaron por un camino perverso, y fueron compañeros del traidor y ladrón Judas. Esto también debemos evitar, no sea que, recibiendo de los hombres del mundo dones, que han acumulado riquezas por el robo y las lágrimas de los pobres, no seamos llamados ladrones, sino compañeros de ladrones: y se nos diga, Veías al ladrón, y corrías con él, y ponías tu parte con los adúlteros (Sal. XLIX, 18).

Todos aman los regalos, siguen las retribuciones. En el catálogo de los vicios se enumeran también aquellos que aman los regalos. No dijo, que los reciben: esto a menudo se hace por necesidad; sino que no consideran amigos sino a aquellos de quienes han recibido dones: ni

miran el rostro de los amigos, sino las manos: y juzgan santos a aquellos de quienes vacían el bolso: de los que también habla el Eclesiastés: El que ama el dinero, no se saciará de dinero (Ecles. V, 9). Estos tales siguen las retribuciones, para alabar a aquellos de quienes han recibido algo, o ciertamente no dan nada a nadie, a menos que esperen recibir de ellos. Por retribuciones, Symmachus interpretó, vicisitudes, o venganzas, para que también estén en culpa aquellos que devuelven mal por mal, y diente por diente, ojo por ojo (Éxodo XXI); y no imitan lo de David: Si he devuelto mal a los que me hacen mal (Sal. VII, 5); y de Jeremías que dice del justo: Dará su mejilla al que le golpea, se saciará de oprobios (Lament. III, 30): para cumplir al hombre evangélico, a quien se le dice: Al que te golpee en la mejilla, ofrécele también la otra (Mat. V, 39).

(Vers. 24.) Por eso dice el Señor de los ejércitos, el fuerte de Israel: Por fuerte de Israel, que todos tradujeron de manera similar, solo los LXX, no sé qué queriendo, pusieron: Ay de los fuertes de Israel; lo que podemos explicar diciendo que también se corrige a los príncipes y robustos, de los que está escrito: Los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7); y: A quien más se le da, más se le exigirá (Luc. XII, 48). Y abusamos de este testimonio, si alguna vez es necesario contra los príncipes de la Iglesia, que destruyen su dignidad con sus obras.

Ay, me consolaré sobre mis enemigos, y me vengaré de mis adversarios. Nuevamente, en esto, que no está en hebreo, los LXX ponen, Porque no ha cesado mi furor contra mis enemigos. Corrige a los escribas y fariseos, de los que también habla en el Evangelio: Ay de vosotros, escribas y fariseos (Mat. XXIII, 13 ss.). Y en otro lugar: Generación adúltera y perversa busca señal: y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás (Mat. XII, 39). Lamenta, pues, el padre clementísimo a los príncipes que delinquen y los llama sus enemigos, y los llama adversarios, porque perecen, porque no quieren hacer penitencia, porque no lo recibieron cuando vino. Acercándose a Jerusalén, lloró, y dijo: ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos, y no quisiste! (Mat. XXIII, 37). La consolación de Dios sobre sus enemigos y adversarios es: que los que no sintieron los beneficios, sean corregidos con castigos.

(Vers. 25.) Y volveré mi mano contra ti; y purificaré tu escoria, y quitaré todo tu estaño. Por escoria, que Symmachus interpretó, Aquila interpretó στέμφυλα, es decir, orujos, Theodotion interpretó γιγαρτῶδες, es decir, hollejo de uva: solo los LXX, incrédulos o desobedientes, traduciendo más el sentido que las palabras. Porque había dicho antes: Tu plata se ha convertido en escoria, ahora mantiene la metáfora, para que vuelva su mano sobre ella, es decir, la extienda para castigar y purificar, y purifique todas las impurezas y vicios de los pecados: para que, separado el estaño, quede la plata pura, lo que no puede hacerse sin fuego: por lo que significa que sufrirán tormentos. Leemos también en Malaquías sobre el Señor: Él saldrá como fuego de fundidor, y como jabón de lavanderos, y se sentará fundiendo y purificando como plata y oro: y purificará a los hijos de Leví (Mal. III, 2, 3); para que después de ser purificados, se diga de ellos: Y serán para el Señor ofreciendo sacrificios en justicia. Ezequiel también dice que toda la casa de Israel está mezclada con bronce, hierro, plomo y estaño, y después será purificada: para que después de ser purificada, reconozca que él es el Señor (Ezequiel XXII, 18). Pero también en el Evangelio, bajo otra metáfora, se muestra el mismo sentido: Su aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero: pero quemará la paja con fuego inextinguible (Mat. III, 12).

(Vers. 26.) Y restituiré tus jueces, como fueron antes, y tus consejeros como en tiempos antiguos. En la ciudad fiel de Sion, que después se convirtió en ramera; y en lugar de justicia, habitaron en ella homicidas. Por eso el Señor vuelve su mano, para purificarla completamente y quitar toda su escoria, y restituir sus jueces, como fueron al principio, y sus consejeros como en tiempos antiguos. Los primeros jueces fueron Moisés, y Josué hijo de Nun, y otros de quienes incluso el libro de la Sagrada Escritura tomó su nombre: y después David y otros reyes justos. Restituirá, por tanto, la semejanza de los Jueces: o después del cautiverio babilónico, como quieren los judíos, Zorobabel, Esdras, y Nehemías y otros príncipes, que hasta Hircano gobernaron al pueblo, a quien Herodes sucedió en el reino: o ciertamente más veraz y correctamente, los Apóstoles, y quienes creyeron por medio de los Apóstoles, y fueron constituidos príncipes de las Iglesias, como dijimos al principio de esta visión, que tanto la amenaza como la promesa pertenecen al tiempo de la Pasión del Señor, y a la fe, que después de su pasión fundó la Iglesia.

Después de esto serás llamada ciudad de justicia, ciudad fiel. Esto claramente se refiere a la Iglesia, que creerá en el Señor tanto de los judíos como de los gentiles, abarca el discurso profético. La ciudad del justo, es decir, del Señor Salvador, o ella misma será llamada justa, de la cual se dijo: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14). También llamándola fiel, o metrópoli según los LXX, muestra que será llamada así por aquellos que creerán en el Señor.

(Vers. 27-29.) Sion será redimida en juicio, y la llevarán de nuevo a la justicia, y destruirá a los malvados y pecadores juntos; y los que abandonaron al Señor, serán consumidos; porque se avergonzarán de los ídolos a los que sacrificaron, y se sonrojarán por los jardines que eligieron. No todos serán redimidos, ni todos serán salvados, sino el remanente, del cual ya se habló antes. Serán llevados de nuevo a la justicia, cuando los malvados y pecadores hayan sido destruidos, y los que abandonaron al Señor, consumidos. Y cuando sean salvados, se avergonzarán los que antes sacrificaron a los ídolos: y se sonrojarán en los jardines que eligieron. Significa, sin embargo, lugares de lujuria, arboledas y bosques.

(Vers. 30.) Porque serán como un terebinto con hojas marchitas; y como un jardín, o paraíso, sin agua. Hasta hoy los judíos leyendo las Sagradas Escrituras, son como un terebinto, o roble, como lo interpretó Símaco. Y según el Evangelio (Mat. XXI), la higuera que se secó, en la que cuando el Señor buscó fruto, y no encontró, le maldijo con eterna sequedad. Pero incluso las hojas y frutos de las palabras ahora han cesado entre ellos: también el jardín irrigado, es decir, el conocimiento de las Escrituras, o el paraíso de diversos árboles, que sin gracia espiritual, ni siquiera produce hierbas, de las cuales el Apóstol habla: El que es débil, coma hierbas (Rom. XIV, 2): y con las raíces secas, todo verdor se ha convertido en sequedad y desolación.

(Vers. 31.) Y tu fortaleza será como ceniza de estopa. Por ceniza, Símaco interpretó ἀποτίναγμα: cuando se peina la estopa, y se desecha toda suciedad que tiene. Toda la fortaleza y soberbia de los pecadores y malvados de Israel, que abandonaron al Señor, y por eso fueron consumidos: y sacrificaron a los ídolos, y se avergonzarán en los jardines que eligieron; serán reducidos a desechos de estopa, que son devorados por un fuego ligero. Porque sigue: Y su obra, es decir, vuestra fortaleza, o idolatría, en la que errasteis, una pequeña chispa consumirá.

Y ambos se encenderán juntos: y no habrá quien los apague. Y el conocimiento de los judíos, y todas las obras que hacen, o también el ídolo y Jerusalén, en la que estuvo el ídolo: y encendiéndose el Señor, nadie podrá apagarlo. Todo esto también podemos entenderlo de las

doctrinas contrarias: que tanto maestros como discípulos perecerán juntos, y toda su obra será alimento del fuego.

(Cap. II.---Vers. 1.) La palabra que vio Isaías, hijo de Amós sobre Judá y Jerusalén. Y en la primera Visión, que ya expusimos, donde los LXX tradujeron, que vio contra Judá y contra Jerusalén, en hebreo está escrito AL JUDA UJERUSALEM (): y en esta que es la segunda, en hebreo se contiene de manera similar. Y me maravillo de por qué los LXX Intérpretes en aquella dijeron, contra Judá y Jerusalén, y en esta de Judá y de Jerusalén; a menos que tal vez porque allí se llama nación pecadora, pueblo lleno de pecados, semilla maligna, hijos de iniquidad, y príncipes de Sodoma, y pueblo de Gomorra, y ciudad ramera, y otras cosas semejantes, interpretaron más el sentido que la palabra: y aquí porque inmediatamente se prometen cosas prósperas: Será en los últimos días manifiesto el monte del Señor, y la casa de Dios en la cima de los montes, no contra Judá y Jerusalén, sino de Judá y Jerusalén entendieron la profecía: aunque en aquella leímos después de la amenaza cosas prósperas: Restituiré tus jueces, como fueron antes, y tus consejeros como en tiempos antiguos: después de esto serás llamada ciudad de justicia, ciudad fiel; y en esta, después de las cosas prósperas, hay una amenaza truculenta. He aquí el dominador Señor de los ejércitos quitará de Jerusalén y de Judá al fuerte y valiente, todo sustento de pan, y todo sustento de agua, y lo demás. Por lo tanto, según el hebreo, tanto en aquella visión, como en este discurso, que vio Isaías, hijo de Amós, debe entenderse de Judá y Jerusalén: no contra Judá y Jerusalén: o por Judá y Jerusalén, como tradujo Símaco: sino absolutamente, de Judá y Jerusalén, en el cual pueden contenerse tanto cosas alegres como tristes. Y esto debe considerarse, porque allí ve una visión; aquí la Palabra, que era en el principio con Dios: y en aquella amenazando a los judíos viene la salvación de los gentiles; en esta comenzando desde la salvación de los gentiles, castigado Israel, de ambas vocaciones congrega a los creyentes en la Iglesia de Cristo.

(Vers. 2.) Y será en los últimos días preparado el monte de la casa del Señor en la cima de los montes. Leemos los últimos días también en el Génesis, cuando Jacob llamando a sus hijos y diciendo: Venid para que os anuncie lo que os sucederá en los últimos días (Gen. XLIX, 1): después a Judá, de cuya semilla nació Cristo, dijo: No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos, hasta que venga aquel a quien está reservado: y él será la esperanza de las naciones. En estos últimos días será la última hora, de la cual habla el apóstol Juan: Hijitos míos, es la última hora (II Juan I, 18); en la cual la piedra cortada del monte sin manos, creció en un gran monte, y llenó toda la tierra: por el cual el príncipe de Tiro en Ezequiel se dice herido (Ezequiel VIII, 16, según los LXX). Este monte está en la casa del Señor, que el Profeta suspira, diciendo: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré: que habite en la casa del Señor, todos los días de mi vida (Salmo XXVI, 4); y de la cual Pablo escribe a Timoteo: Pero si tardo, para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad (I Tim. III, 15). Esta casa está edificada sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, que también ellos son montes, como imitadores de Cristo (Efesios II). De esta casa Jerusalén el salmista clama diciendo: Los que confían en el Señor son como el monte Sion, no se moverán para siempre, los que habitan en Jerusalén. Montes alrededor de ella: y el Señor alrededor de su pueblo (Salmo CXXIV, 1). Por eso también sobre uno de los montes Cristo funda la Iglesia, y le dice: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mat. XVI, 18). Algo similar al alma deseante, e impacientemente deseando ver la casa de Dios, el santo dice: ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? (Salmo XLI, 6). Y de nuevo: Esto recordé y derramé mi alma en mí: porque pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios: con voz de júbilo y alabanza, sonido de fiesta (Ibid., 5). Los LXX, tradujeron: Monte manifiesto del Señor, y casa de Dios sobre las cimas de los montes. Este testimonio

con las mismas palabras también lo puso el profeta Miqueas: que en su lugar expuse (Miqueas I).

Y será elevado sobre las colinas. El que fue mostrado y preparado en las cimas de los montes, este será elevado sobre las colinas. De estos montes y colinas también en el Cantar de los Cantares la esposa habla: La voz de mi amado: he aquí que viene saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas: mi amado es semejante a una gacela o a un cervatillo en los montes de Betel (Cant. II, 8, 9).

Y fluirán hacia él todas las naciones: y vendrán muchos pueblos. Porque todas las naciones le servirán, a quien se le dijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Salmo II, 8): para que le sirvan según Sofonías bajo un solo yugo, de los cuales el mismo profeta testifica: Desde los confines de los ríos de Etiopía te traerán ofrendas (Sof. III, 10). Y en el salmo setenta y uno leemos: Ante él se postrarán los etíopes (Salmo LXXI, 9). Porque en el nombre de Jesús se doblará toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra (Filip. II).

(Vers. 3.) Y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob: y nos enseñará sus caminos: y caminaremos por sus sendas. Las naciones y muchos pueblos no contentos con su propia salvación, se exhortarán mutuamente, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob. De los cuales dijimos antes, cuál es el monte del Señor preparado y cuál es la casa del Señor sobre la cima de los montes. La casa del Señor se llama casa del Dios de Jacob, para que recibamos el Antiguo Testamento, y no según el maniqueo busquemos otra casa fuera de la casa del Dios de Jacob. Y cuando estemos en la casa del Dios de Jacob, entonces nos enseñará sus caminos, por los cuales caminemos hacia él, y caminaremos por sus sendas, que otros también han atribuido. De hecho, Jesús subiendo al monte, enseñaba a sus discípulos las ocho bienaventuranzas, y otras cosas que el discurso evangélico abarca (Luc. VI). Primero, por tanto, deben aprenderse los caminos del Señor; y después caminar por sus sendas.

Porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Todas las naciones y muchos pueblos, por eso se exhortarán mutuamente y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y lo demás que sigue: Porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén: no de Sinaí, y del desierto, y del monte Horeb: sino del monte Sion, en el cual está edificada Jerusalén: y de Jerusalén, en la cual está el Templo y la religión de Dios. Leemos que a menudo el Señor enseñó en el Templo (Mat. 13): y que no convenía que un profeta muriera fuera de Jerusalén: y arriba se mencionan juntas la palabra y la ley. La palabra los príncipes son mandados a escuchar: la ley el pueblo a percibir con los oídos. Porque quien primero hace la ley, después viene al discurso de Dios. Pero también en Jerusalén primero se fundó la Iglesia que sembró las Iglesias de todo el mundo. Y esto debe decirse que cualquiera que esté en la atalaya y en la visión de la paz, en este están constituidos la ley y la palabra del Señor. Y bellamente no dijo: en Sion y en Jerusalén estará, y permanecerá la palabra y la ley del Señor; sino que saldrá, para significar que de esa fuente todas las naciones serán regadas con la doctrina de Dios.

Y juzgará a las naciones, y reprenderá a muchos pueblos. Por tanto, también entre las naciones se juzgará: ni todos los incrédulos serán condenados con la misma sentencia, sino que por la diversidad de méritos sufrirán cosas diferentes. Pero después de que haya juzgado a las naciones, entonces reprenderá a muchos pueblos, o como tradujeron los LXX, a un pueblo numeroso. Y nota el orden: las naciones serán juzgadas, porque creerán: Porque el que

no cree, ya ha sido juzgado (Juan III, 18). Pero el pueblo numeroso, que se entiende como Israel, no será juzgado, sino reprendido, porque no recibió al Hijo de Dios enviado a ellos.

(Vers. 4.) Y forjarán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces. Todo el afán de guerrear se convertirá en paz, y en lugar de discordia habrá concordia en todo el mundo. Las espadas se convertirán en rejas de arado, y las lanzas en hoces, para que, dejando el furor de guerrear, sirvan a la agricultura, y con las hoces corten cosechas abundantes. Lo cual también puede entenderse espiritualmente, cuando toda la dureza de nuestro corazón es quebrada por el arado de Cristo, y se arrancan las espinas de los vicios, para que la siembra de la palabra de Dios crezca en frutos: y después comamos los trabajos de nuestras manos, cuando viniendo vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas (Salmo CXXV, 6).

No levantará nación contra nación espada, ni se adiestrarán más para la guerra. Revisemos las historias antiguas, y encontraremos que hasta el vigésimo octavo año de César Augusto (en cuyo cuadragésimo primer año nació Cristo en Judea) hubo discordia en todo el mundo, y cada nación ardía en el deseo de guerrear contra las naciones vecinas, de modo que se mataban y eran matados. Pero cuando nació el Señor Salvador, cuando bajo el gobernador de Siria Quirino se hizo el primer censo en el mundo, y la paz de la doctrina evangélica fue preparada por el imperio romano, entonces cesaron todas las guerras, y ya no se ejercitaban en aldeas y pueblos para la guerra; sino para el cultivo de los campos, delegando solo a los soldados y legiones romanas el deseo de guerrear contra las naciones bárbaras: cuando se cumplió aquel canto de los ángeles: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14); y en sus días surgió la justicia y la abundancia de paz.

(Vers. 5, 6.) Casa de Jacob venid, y caminemos en la luz del Señor: porque has desechado a tu pueblo, la casa de Jacob. Después de la vocación de las naciones, y la manifestación del monte del Señor sobre la cima de los montes, el Profeta se vuelve a su pueblo, es decir, al pueblo de los judíos, que se llama casa de Jacob, y los exhorta a que, quienes andan en las tinieblas del error, reciban la luz de la verdad, y caminen en la luz del Señor. Y de alguna manera canta aquello de David: Acercaos a él, y seréis iluminados: y vuestros rostros no se avergonzarán (Salmo XXXIII, 6). Porque todo el que hace lo malo, odia la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Vosotros, sin embargo, casa de Jacob, casa de mi pueblo, venid conmigo, y caminemos juntos en la luz del Señor: recibamos el Evangelio de Cristo, seamos iluminados por él que dice: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12). Y cuando esto hubiera dicho al pueblo de los judíos, viendo su corazón impenitente, y su alma durísima por la incredulidad, hace una apóstrofe al Señor, y dice: Por eso los exhorto, para que vengan a ti, y disfruten conmigo de tu luz, porque por el mérito de sus pecados has dejado a tu pueblo, la casa que una vez fue de Jacob.

(Vers. 7.) Porque se llenaron de antes, y tuvieron adivinos, como los filisteos. Por filisteos siempre los LXX interpretaron extranjeros, nombre común por propio, que es hoy la gente de los palestinos, como de los filisteos, porque la letra P no la tiene el idioma hebreo; sino que usa PHI en griego. De ahí aquello que se dice en los Salmos, con la enumeración de las demás naciones: A mí se sometieron los extranjeros (Salmo LIX, 10), no significa a todas las naciones extranjeras, sino propiamente a los palestinos. Y da las razones por las cuales Dios desechó a su pueblo, la casa de Jacob: porque se llenaron, dice, como fueron al principio, de adivinos, y augurios, y todas las inmundicias de la idolatría. No debemos atender a los augurios ni a los presagios, como nos enseña Moisés, que tuvieron las naciones, que el Señor expulsó de delante de Israel, de los cananeos, amorreos, y heteos. Este lugar los tratadistas de la Iglesia lo han explicado de diferentes maneras. Algunos quieren que esto signifique, que

desechado el pueblo de los judíos, entró en la tierra una vez de promisión el ejército romano; y expulsados los judíos, habitaron en Judea extranjeros, que de todo el mundo fueron traídos por Tito, y Vespasiano, y Adriano, y otros príncipes. Otros piensan que esto no se refiere a los tiempos romanos, sino a los anteriores, antes de ser devastados por los babilonios, que bajo reyes impíos se dice que fueron, y fueron abandonados por el Señor.

Y se unieron a hijos extraños. Por lo cual los LXX tradujeron: Y muchos hijos extranjeros nacieron de ellos. Símaco: Y con hijos extraños aplaudieron. Por lo cual está escrito en hebreo JESPHICU (), que los hebreos interpretan, ἐσφηνώθησαν, y nosotros traducimos, se unieron, para mostrar la vileza de los vicios en la gente judía. Tanto los griegos como los romanos una vez sufrieron de este vicio, que incluso los más ilustres filósofos de Grecia tenían públicamente concubinos: y Adriano, instruido en las artes de la filosofía, consagró a Antínoo como dios, y le instituyó templo y víctimas, y sacerdotes, y de él una ciudad y región de Egipto tomó su nombre. También entre las prostitutas en los arcos de los espectáculos, los niños estaban expuestos a la lujuria pública: hasta que bajo el emperador Constantino, resplandeciendo el Evangelio de Cristo, tanto la infidelidad de todas las naciones, como la vileza fueron eliminadas. Por otro lado, los LXX significan que sus esposas fueron violadas, mientras engendran hijos extraños a los judíos. Símaco, con cierto rodeo y lenguaje honesto de los que aplauden, mostró la misma vileza con los niños.

(Vers. 8.) Y la tierra se llenó de plata y oro, y no hay fin a sus tesoros. Entre los otros vicios de la tierra de la casa de Jacob, también se cuenta la multitud de oro y plata. Entre los augurios y adivinos, los caballos y carros, que Dios prohibió multiplicar a los reyes de Israel: entre los ídolos, que son obra de manos humanas, se condena la avaricia. Por eso el Señor ordenó en el Evangelio que no atesoremos tesoros en la tierra, y que no hagamos tesoros de los cuales el ladrón pueda robar, concluyendo: No podéis servir a Dios y al dinero (Mat. VI, 24). Hermosamente, el profeta expresó con otras palabras el dicho: Siempre el avaro carece, diciendo: Y no hay fin a sus tesoros. No porque los tesoros no tengan fin, sino porque el ánimo de los poseedores no se sacia. Ambas naciones, tanto la de los judíos como la de los romanos, son censuradas por avaricia con estas palabras. Lo cual también narran las historias tanto griegas como latinas, que no hay gente más avara que la de los judíos y romanos. Por eso se estableció la ley de repetición, y diariamente vemos cumplirse aquello del Apóstol: Tú que predicas que no se debe robar, robas (Rom. II, 21). El ladrón escucha al juez y es condenado por un juez aún más ladrón, pronunciando en otro la sentencia sobre sí mismo.

Y la tierra se llenó de caballos y sus carros son innumerables. Pues no es digno de contarse lo que se posee contra el mandato de Dios. Por eso también en los Salmos se dice: El caballo es engañoso para la salvación (Sal. XXXII, 17). Y en Éxodo: Caballo y jinete arrojó al mar (Éxod. XV, 1). Y en otro salmo: Estos en carros, y aquellos en caballos; pero nosotros invocaremos el nombre del Señor nuestro Dios (Sal. XIX, 8). Puede entenderse que tanto el pueblo de los judíos multiplicó para sí caballos y carros contra el mandato de Dios, como que la tierra de Judea se llenó de caballos y carros de los vencedores.

(Vers. 9.) Y la tierra se llenó de ídolos: adoraron la obra de sus manos, lo que hicieron sus dedos, y el hombre se inclinó, y el varón fue humillado. Donde una vez estuvo el Templo y la religión de Dios, allí se colocó la estatua de Adriano y el ídolo de Júpiter. Muchos interpretan esto sobre aquel testimonio que leemos en el Evangelio: Cuando veáis la abominación de la desolación en el lugar santo (Marc. XIII, 14). Y se inclinaron a la obra de sus manos: y el hombre, animal racional, adoró bronce y piedra. Algunos interpretan esto sobre los judíos, que antes de ser capturados por los babilonios hicieron todas estas cosas, y por eso fueron

abandonados por Dios. Por eso al final del capítulo se dice: No los perdones, pues. Podemos decir según la anagogía que toda doctrina contraria a la verdad adora las obras de sus manos, y establece ídolos en su tierra, y el hombre se inclina, y el varón es humillado, y no puede erguirse: porque está atado por el diablo, a menos que el Señor lo levante, como el ejemplo de aquella mujer que Satanás había atado por dieciocho años, para que no mirara al cielo, sino siempre a la tierra (Luc. XIII).

No los perdones, pues. Para lo cual los LXX tradujeron: Y no los perdonaré. Si Dios habla, debe entenderse así: Porque han hecho tanto, no les perdonaré, ni dejaré pasar tantos pecados innumerables. Si es el Profeta, debe entenderse así: no los perdones, pues, a quienes han cometido tales crímenes. Si lo entendemos sobre los romanos, la interpretación más verdadera es: que al subvertir el templo de Dios, no adoraron a quien les dio la victoria, sino a los ídolos de sus manos. Pero si es sobre los judíos, es una sentencia truculenta del Profeta, como si pareciera orar contra su propio pueblo, al que antes había dicho: Casa de Jacob, venid, y caminemos a la luz del Señor.

(Vers. 10.) Entra en la roca: escóndete en el polvo de la tierra ante el temor del Señor, y ante la gloria de su majestad. Yo, en verdad, exhorté al pueblo, diciendo: Casa de Jacob, venid, y caminemos a la luz del Señor. Pero porque el Señor ha rechazado al pueblo de Jacob: lo ha rechazado porque o hizo, o permitió lo que expusimos antes; por eso os anuncio los males que vendrán, y os exhorto a que entréis en las rocas, y os escondáis en las cuevas ante el ejército babilonio o romano, cuando todo será devastado, según aquello que leemos en el Evangelio: Entonces dirán a los montes, caed sobre nosotros; y a las rocas, escondednos (Luc. XXIII, 30). Según la anagogía, ante la majestad del Señor se nos ordena que tomemos la fortaleza de la roca, de la cual se ha dicho: La roca es refugio para los conejos (Sal. CIII, 18). y, Me has exaltado en la roca (Sal. XXVI, 6). Moisés también es puesto en la hendidura de la roca, para que vea las espaldas de Dios (Éxod. XXXIII). Y el pueblo bebía de la roca espiritual que los seguía (I Cor. X, 4). Y se esconde en la roca quien entra en su habitación, y con la puerta cerrada adora al Padre, para que, estando en el cuerpo terrenal, no sienta la tempestad pasajera del mundo.

(Vers. 11.) Los ojos altivos del hombre serán humillados, y se inclinará la altitud de los hombres: pero el Señor será exaltado solo en aquel día. Cuando vengan los enemigos, y la espada babilonia o romana devaste toda la provincia, y los ejércitos rodeen Jerusalén: entonces ni las riquezas, ni la nobleza de linaje, ni el poder de las dignidades podrán defender a nadie; sino que habrá una sola cautividad para todos, y solo Dios será exaltado, cuya ira nadie podrá evitar. Muchos entienden esto sobre el día del juicio, que toda criatura se humillará y se inclinará en comparación con la gloria divina, y sentirá que no es nada.

(Vers. 12.) Porque el día del Señor de los ejércitos será sobre todo soberbio y altivo, y sobre todo arrogante. Y esto se une a lo anterior. En aquel día en que el Señor será exaltado solo, es decir, en el día de la venganza del Señor, todos los altos y arrogantes y sublimes estarán sujetos a la cautividad y a la espada. Metafóricamente, el discurso es sobre los grandes y príncipes: que cuanto más se enorgullezcan, tanto más serán abatidos. Porque el Señor resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (I Pet. V). Quienes entienden esto sobre el día del juicio, piensan que el soberbio y altivo, y sublime, y arrogante, se refiere al diablo. Quien, en su soberbia, dice: Pondré mi trono sobre las estrellas del cielo: me sentaré en el monte alto, sobre todos los montes altos al norte: subiré sobre las nubes, seré semejante al Altísimo (Isai. XIV, 13, 14): cuando de la boca de los niños y lactantes se perfeccionará la alabanza, para que se destruya al enemigo y al vengador (Sal. VIII, 3).

(Vers. 13.) Y sobre todos los cedros del Líbano altos y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán. Y en el vigésimo octavo salmo se canta: La voz del Señor quebranta los cedros: quebrantará el Señor los cedros del Líbano, y los hará pedazos como al becerro del Líbano (Sal. XXVIII, 35). Y en el trigésimo sexto salmo: Vi al impío exaltado y elevado como los cedros del Líbano, y pasé, y ya no estaba, y lo busqué, y no se halló su lugar (Sal. VI, 34). Las encinas de Basán, que Aquila tradujo como robles, Symmachus y Theodotion como bellotas, sabemos que son portadoras de frutos, que aunque produzcan frutos, son alimento para los cerdos, no para los hombres. Basán es una región de Arabia, que gobernó Og, quien fue llamado rey de Basán, y se interpreta como vergüenza, que si queremos traducir como confusión, significa más Babilonia que Basán. Sobre todos, pues, los que se elevan en soberbia, y hacen obras de ignominia, y se revuelcan en el lodo de las lujurias, se levantará la venganza del Señor. Si un lector prudente pregunta por qué en el templo del Señor se colocaron maderas de cedro, y en el salmo ciento tres leemos según la verdad hebrea, Se saciarán los árboles del Señor, y los cedros del Líbano, que tú plantaste: allí anidarán los pájaros (Sal. CIII, 18); y entre otros árboles también los cedros son llamados a alabar al Señor: y en la venida del Salvador, cuando todos los árboles y los bosques del campo aplaudan con sus ramas, está escrito: Pondré en la tierra seca el cedro y el boj, y el ciprés y el pino (Isa. XLI, 19, según los LXX): y ahora el día del Señor sobre los cedros del Líbano es amenazado por el discurso profético, esto debe decirse, que del mismo género de hombres, unos serán elevados al reino, otros serán llevados al castigo, y los cedros del Líbano, que serán quebrantados por su soberbia, serán elegidos, cuando sean de buen olor, y cuando con el Apóstol digan: Somos buen olor de Cristo (I Cor. II, 15).

(Vers. 14.) Y sobre todos los montes altos, y sobre todas las colinas elevadas. Así como en buen sentido, por la variedad de virtudes, se llaman montes y colinas: así entre los impíos, por la diversidad de vicios, y especialmente de la soberbia, unos son montes, otros colinas, sobre los cuales será el día del Señor, de los cuales en Ezequiel está escrito: Así dice el Señor Dios a los montes y colinas: he aquí que traeré sobre vosotros la espada, y serán destruidos vuestros lugares altos, y vuestras aras serán quebrantadas, y lo demás (Ezeq. VI, 3).

(Vers. 15.) Y sobre toda torre alta, y sobre todo muro fortificado. Quienes refieren esto a los tiempos de Vespasiano y Adriano, dicen que se cumplió corporalmente lo que está escrito, que ni la torre alta, ni el muro más firme, ni la multitud de naves, ni la industria del comercio, pudieron prevalecer contra la fuerza del ejército romano; sino que los habitantes de Judea llegaron a tal temor, que ellos mismos con sus esposas e hijos, el oro y la plata que pensaban que les serían de ayuda, se sumergieron en las fosas de la tierra, y buscaron las cavernas más profundas. Pues si el vientre de los voraces y lujuriosos es Dios, ¿por qué no se llamará Dios al oro y la plata del avaro? Otros refieren esto a los tiempos de Babilonia. Así que según las leyes de la tropología recorreré cada cosa. La torre se construye ya sea para la fortificación de la ciudad, o para la vigilancia, para que se vea al enemigo que viene de lejos. Cada uno de nosotros debe construir una torre, primero calculando los gastos, para que según la parábola evangélica (Luc. XIV), cuando no pueda completar la obra, sea objeto de burla. Esta torre bien construida permanece. Pero si se erige en soberbia, y no tiene un fundamento firme, caerá sobre aquel que la construyó: como aquella en Siloé, que mató a dieciocho hombres. Por eso el Señor habla a los oyentes: Y si no hacéis penitencia, pereceréis igualmente (Luc. XIII, 3). En lo que sigue también leeremos que el Señor en su viña construyó una torre, e hizo un lagar, y la rodeó con un muro, pero todas estas cosas fueron destruidas y devastadas, porque se hincharon con la vana altivez de la soberbia (Isa. V). También se construyen altos muros, para que la ciudad no sea destruida rápidamente, para que no esté abierta a los enemigos, porque las Iglesias están rodeadas de hombres sapientísimos, y se fortalecen con

toda razón, para que ninguna doctrina perversa prevalezca sobre la verdad. De estos muros Dios habla a Jerusalén: He aquí que sobre mis manos he pintado tus muros, y están siempre ante mí (Isa. XLV, 16, según los LXX). Pero si aquellos que antes atacaban a la Iglesia, al conocer la verdad, han pasado a la fe, y han luchado por ella, a la que antes atacaban, entonces se cumplirá aquello: Pronto serás edificada por aquellos, por quienes eras destruida (Ibid., 17). También leemos en Levítico que la casa que esté en ciudades amuralladas, si no es redimida dentro de un año, se confirma en posesión eterna al comprador, pero si está en aldeas y pueblos que no tienen muros, siempre puede ser redimida, y el precio del comprador fluctúa (Lev. XXV).

(Vers. 16.) Y sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todo lo que es hermoso a la vista. Por Tarsis, que todos han traducido de la misma manera, solo los LXX lo interpretaron como mar. Los hebreos creen que en su lengua propia el mar se llama THARSIS (), mientras que cuando se dice IAM (), no se llama en hebreo, sino en siríaco. Josafat tuvo naves que enviaba a Tarsis (III Reg. XXII, 49), pero fueron destruidas en Ezión-geber. También Salomón tuvo naves que iban a Tarsis (III Reg. X, 22), y después de tres años regresaban, trayendo al rey plata y oro, marfil y monos. Pero porque ambos reyes pecaron, uno entregado a la voluptuosidad, y amante de mujeres extranjeras: el otro uniéndose con el rey de Samaria: lo cual se refiere a los gentiles y herejes, en los que no hay otra cosa que el brillo de la elocuencia, y el sentido construido con arte diabólico, y el discurso muerto, que se interpreta en los dientes, y la similitud de la razón humana, que se percibe en los monos; por eso leemos en los Salmos: Con viento violento quebrarás las naves de Tarsis (Sal. XLVII, 8). Y de estas naves habla también Isaías; ¡Ay de las alas de las naves, que están más allá de Etiopía (Isa. XVIII, 1, según los LXX). Pero hay también naves buenas, de las cuales en los mismos salmos se dice: Los que descienden al mar en naves, y hacen obra en muchas aguas. Ellos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en el abismo (Sal. CVI, 23). Porque quienes en los mares de este mundo no están ociosos, sino que trabajan, y llevan las mercancías del Señor, y se apresuran a llegar al puerto de la paz, ellos ven las obras del Señor, y sus maravillas en el abismo, cuando han llegado a la profunda ciencia, y escudriñando todas las cosas, es decir, incluso las profundidades de Dios, han contemplado sus maravillas. Josefo cree que Tarsis es la ciudad de Cilicia, Tarso: otros piensan que es una región de la India, y este nombre también se da a una de las doce gemas, que entre nosotros se llama Crisólito, por la similitud de su color marino. Pero es mejor tomar Tarsis como mar o pelago, de manera absoluta. Pues Jonás, navegando desde Jope, no podía llegar a la India, a la cual no se puede navegar por ese mar; sino simplemente ir al mar abierto, y dirigirse a cualquier isla. Y lo que sigue: Y sobre todo lo que es hermoso a la vista: o como los LXX tradujeron, Y sobre toda la apariencia de la hermosura de las naves, debe entenderse en el mismo sentido, que será destruido por el día del Señor todo lo que parece hermoso en palabras, y construido con razón humana, si se levanta contra la ciencia de Dios.

(Vers. 18). Y se inclinará la sublimidad de los hombres, y se humillará la altitud de los varones, y el Señor será exaltado solo en aquel día, y los ídolos serán completamente destruidos. Tan largo tiempo parece tener razón el discurso humano, mientras no se compara con la ciencia divina. Pero cuando la mentira se acerca a la verdad, como la paja al fuego, pronto es devorada y desaparece, y todos los dogmas de falsedad, que ahora se llaman ídolos, porque son simulados y fingidos, serán completamente destruidos.

(Vers. 19). En aquel día el hombre arrojará sus ídolos de plata, y sus imágenes de oro, que hizo para sí, para adorar a los topos y murciélagos, y entrará en las hendiduras de las rocas, y en las cavernas de las piedras ante el temor del Señor, y ante la gloria de su majestad: cuando se levante para golpear la tierra. A menudo hemos dicho que la plata y el oro se toman por el

discurso y el sentido, que cuando Dios los dio a los hombres, para que hablen o sientan a Dios, y alaben a su creador, ellos abusan de este don en la simulación de ídolos; según lo que está escrito: Les di plata y oro; pero ellos hicieron de mi plata y oro a Baal (Ose. II, 8). Cuando, pues, alguien aterrorizado por el temor del Señor primero esconde los ídolos en la cueva de su corazón; y los oculta en los abismos de la tierra, no atreviéndose a sacar lo que mal había formado: es un segundo progreso, que primero arroje lo esculpido, y no permita que esté en él. Por topos, que hemos interpretado, los LXX tradujeron como vanos, Aquila como excavadores, Symmachus como infructuosos, Theodotion puso la misma palabra hebrea PHARPHAROTH (). Es un animal sin ojos, que siempre cava la tierra, y expulsa el suelo, y comiendo las raíces por debajo, es nocivo para las cosechas: que los griegos llaman aspálax. El murciélago es un ave nocturna, que recibió de ellos el nombre adecuado nykteris, porque vuela en la noche, es un animal pequeño, y similar a los ratones, no tanto resonando con voz y canto, como con chirrido: que aunque parece volar, es amante de la oscuridad, y no soporta ver el sol. A tales animales se comparan los ídolos, que son ciegos y oscuros, adorados por ciegos: y todos los dogmas contrarios a la verdad. Que cuando en el día del Señor sean abandonados, entrarán aquellos que los arrojaron en las hendiduras de las rocas, y en las cavernas de las piedras, para que no se muevan en el polvo de la tierra y el vil lodo, sino en la firme razón, y encuentren para sí diversas hendiduras de virtudes, por las cuales puedan llegar a la verdad. Esto según la anagogía, lo he tocado brevemente como he podido, que los hebreos refieren a los tiempos de Babilonia y la subversión de Jerusalén, cuando el Señor se levantó para golpear la tierra de los judíos.

(Vers. 20.) Quiescan, pues, del hombre, cuyo espíritu está en sus narices: porque él ha sido considerado excelso. Esto lo omitieron los Setenta, y en los ejemplares griegos fue añadido por Orígenes bajo asteriscos de la edición de Aquila, que en hebreo se lee así: HEDALU LACHEM MEN AADAM ASER NASAMA BAAPHPHO CHI BAMA NESAB HU. Donde nosotros dijimos, él ha sido considerado excelso: Aquila lo interpretó como, en quien ha sido considerado este. La palabra hebrea BAMA (), o ὕψωμα se dice, es decir, excelso, que también leemos en los libros de los Reyes y en Ezequiel: o ciertamente en quien, y se escribe con las mismas letras BETH, MEM, HE: y según la calidad de los lugares, si queremos leer, en quien, decimos BAMMA; pero si no, excelso o excelso, leemos BAMA. Entendiendo, pues, los judíos que era una profecía sobre Cristo, interpretaron la palabra ambigua en un sentido negativo, para que no pareciera que alababan a Cristo, sino que lo despreciaban. ¿Cuál es, en efecto, la consecuencia de las palabras, y qué orden de razón y sentido, para que digamos: Dado que estas cosas son así, y el día del Señor está por venir, en el cual todo el estado de Judea será subvertido, y todo será destruido: os aconsejo y os ordeno que os apartéis del hombre, que respira y vive como nosotros los hombres, porque debe ser considerado como nada? ¿Alguien alabaría a un hombre de tal manera que dijera: Tened cuidado de no ofender a aquel que es completamente nada? Por lo tanto, debe entenderse al contrario: Dado que todas estas cosas os vendrán, y son predicadas por el espíritu profético, os aconsejo y os ordeno que os apartéis de aquel que según la carne es hombre, y tiene alma, y respira, y toma aliento por la nariz, como nosotros los hombres respiramos y vivimos: pero según la majestad divina es y es considerado y creído como excelso. Reflexionando en silencio conmigo mismo, no puedo encontrar la razón por la cual los Setenta no quisieron traducir al griego una profecía tan clara sobre Cristo. Porque los demás, que sí tradujeron, pero llevaron el discurso ambiguo a un sentido impío, no es de extrañar que hayan interpretado mal, ni que no quisieran decir algo glorioso sobre Cristo, en quien no creían: a saber, los judíos o semijudíos, es decir, los ebionitas. Pero que Cristo sea excelso o altísimo, que 45 en otro discurso entre los hebreos se llama ELION (), lo leemos en

el salmo ochenta y seis: ¿Acaso Sion dirá el hombre, y el hombre ha nacido en ella; y él la fundó el Altísimo (Sal. LXXXVI, 5)? Y en el Evangelio: Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo (Luc. I, 76). Y para no extenderme demasiado (pues en la exposición de las Sagradas Escrituras debemos seguir la verdad, no la contienda) en este lugar BAMA entre los hebreos no se dice excelso, sino excelso, es decir, la misma altura y sublimidad: como si 46 de alguien dijéramos, no es divino, sino adivinación: no es arroyo, sino fuente: no es hombre, sino la misma humanidad. Orígenes interpretó este lugar así: Porque singularmente se dice de un solo hombre, puede referirse también al Señor Salvador: ordenando el Profeta, que se aparten de aquel que ha sido considerado en algo grande; aunque en el presente parezca como hombre, y tenga aliento en las narices, como también los demás hombres respiran.

LIBRO SEGUNDO.

45-46 Terminado el primer volumen sobre Isaías, que dicté con rapidez como pude, no como quise, buscando más el sentido de las Escrituras que las palabras de una oración compuesta: ahora pasaré al segundo; y ofreceré todo lo que tengo de fuerzas y de voluntad inclinada hacia el Señor, a aquel que habló por el Profeta: Multipliqué visiones: y en las manos de los Profetas me asemejé (Ose. XII, 10). Por lo cual te ruego, virgen de Cristo Eustoquio, que mientras nosotros luchamos en la explicación de las Escrituras, tú eleves las manos al Señor con Moisés: para que, habiendo salido de Egipto, y cruzado el mar Rojo, venzamos a Amalec, que se interpreta devorador y deslenguado; y podamos decir contigo: Bendito sea el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra (Sal. CXLIII, 1).

(Cap. III.---Vers. 1.) Porque he aquí que el Señor, el Señor de los ejércitos, quitará de Jerusalén y de Judá al fuerte y al valiente: todo el sustento de pan, y todo el sustento de agua. Hasta aquí se cree que se habla del juicio. Lo que sigue, sobre la cautividad venidera; que algunos refieren a los babilonios, otros a los romanos. Pero es mejor, como dijimos antes, referir todo a la pasión del Señor. Pues después de la muerte de aquel, todas las gracias y dones fueron quitados de los judíos: según lo que está escrito en el Evangelio: La Ley y los Profetas hasta Juan el Bautista (Mat. XI, 13). Y es el orden: Porque no quisisteis apartaros del hombre, cuyo espíritu está en sus narices, que ha sido considerado excelso: sino que al contrario derramasteis la sangre del justo, y pensasteis un consejo malvado, diciendo: Atémos al justo, porque nos es inútil (Sab. II, 12); por eso comeréis el fruto de vuestras invenciones. Nada hay entre los judíos después de la Pasión del Señor que sea fuerte, nada que sea valiente: sino que todo es débil y lánguido. Ni nadie puede entre ellos decir: Todo lo puedo en aquel que me fortalece (Fil. IV, 13), Cristo Jesús nuestro Señor. Y porque según los Setenta leemos fuerte y fuerte; podemos aplicar aquello al fuerte: Hasta que todos lleguemos al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efes. IV, 13). 47 Por lo demás, a las fuertes: Quiero, dice, presentaros a todos como una virgen casta a Cristo (II Cor. XI, 2). La fortaleza del pan, y la fortaleza del agua, se toma por todo alimento y bebida. Leemos que Moisés estuvo en el monte Sinaí, y durante cuarenta días no comió pan, ni bebió agua (Éxod. XXXIV). También aquello que se dice a Adán: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual fuiste tomado (Gén. III, 19), debe ser escuchado de manera similar. Y también lo que dice el Salvador: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mat. IV, 4). Por lo tanto, la fortaleza del pan les será quitada: aquel que dice: Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo (Juan VI, 51). Y la fortaleza del agua, de la cual el mismo Señor hablaba: Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed: pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que el agua que yo le daré, se convertirá en él en una fuente de agua que salta

para vida eterna (Juan IV, 13). De este tipo de panes también leemos en los Proverbios: Abre tus ojos, y saciaos de panes (Prov. XX, 13). Los judíos tienen pan, pero sin fortaleza; tienen aguas, pero sin vigor. Pues leen las Escrituras, pero no entienden. tienen los pergaminos, y a Cristo, que está escrito en los pergaminos, lo han perdido (I Cor. III). Pues se alimentan de leche, como niños, y no de alimento sólido. Y porque han perdido la fortaleza, y son débiles, por eso comen hierbas. Pero el alimento sólido es para los atletas, que no solo sustenta la vida humana, sino que también proporciona fortaleza a los vivos (Rom. XIV). De este tipo de pan y agua, que serán quitados de los judíos, también otro Profeta da testimonio, diciendo: He aquí que vienen días, dice el Señor, y enviaré hambre sobre la tierra: no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír las palabras del Señor (Amós VIII, 11).

(Vers. 2.) Al fuerte y al hombre de guerra, al juez y al Profeta, y al adivino, y al anciano. Por fuerte, que es lo único que hay en hebreo, los Setenta tradujeron dos juntos, gigante y fuerte, queriendo que el mismo fuera gigante que fuerte. Sobre el fuerte se ha dicho antes. Pero al gigante en buen sentido, es decir, sobre el Señor Salvador, leemos en el salmo dieciocho: Se alegró como un gigante para correr su camino: desde el extremo del cielo es su salida, y 48 su recorrido hasta el extremo de él (Sal. XVIII, 8). Pero si leemos, Nemrod el gigante (Gén. X), que fue cazador delante del Señor, y los gigantes (Gén. VI), por los cuales vino el diluvio sobre la tierra, deben ser tomados en sentido contrario. También entendemos al hombre de guerra según la historia, que fueron capturados, y hasta hoy sirven, y no han quitado el yugo de la servidumbre. Pero ni siquiera tienen jueces propios, y están sujetos a los jueces romanos: tanto que de sus príncipes, que parecen ser del pueblo, los príncipes romanos juzgan. Pero también debe decirse que no hay entre ellos guerrero en la ley, que tenga conocimiento para juzgar: sino que todo es vano, y caduco, y lleno de necedad. Sobre el Profeta, que ha cesado entre ellos, no hay duda. Buscamos según el hebreo, cómo interpretamos adivino, que todos han interpretado como divino: excepto los Setenta, que por esto tradujeron conjeturador. Y debe decirse que a menudo incluso por los adivinos se dicen cosas futuras, como leemos en el adivino Balaam, y en los adivinos de las cinco ciudades de los filisteos, Gaza y Ascalón, Gath, y Ecrón, y Azoto, que dan consejo sobre cómo devolver el arca del Señor (I Sam. VI). Y el sentido es: Y lo verdadero y lo falso serán quitados igualmente de los judíos. También al anciano, que los Setenta tradujeron como presbítero, se entiende que ha sido quitado de los judíos, quien sabía que en las Escrituras santas los presbíteros eran elegidos por mérito y sabiduría, no por edad. Pues no han cesado de haber ancianos entre los judíos, a quienes a menudo vemos llegar hasta la vejez decrepita. Y leemos en el principio de Daniel según Teodoción a dos presbíteros envejecidos en días malos (Dan. XIII). Pues también se le ordena a Moisés que elija presbíteros, que sabe que son presbíteros (Éxod. XVIII). Y el apóstol Pablo, cómo debe ser elegido un presbítero, lo escribe muy plenamente a Timoteo (I Tim. V). Por lo cual también se dice en los Proverbios: La gloria de los ancianos es la canicie (Prov. XX, 29). ¿Cuál es esta canicie? sin duda es la sabiduría, de la cual está escrito: La canicie de los hombres es la prudencia (Sab. IV, 8). Y aunque leamos que los hombres vivieron novecientos, y aún más años desde Adán hasta Abraham (Gén. XXIV), ningún otro fue llamado presbítero, es decir, anciano, antes que Abraham, 49 quien se demuestra que vivió muchos menos años. Por lo cual también Juan escribe después de los niños y jóvenes, también a los ancianos, diciendo, Os he escrito, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio (I Juan II, 13). Y Roboam hijo de Salomón perdió el reino porque no quiso escuchar a los presbíteros (I Reyes XII).

(Vers. 3.) Príncipe sobre cincuenta. Συνεκδοχικῶς de una parte el todo. Pues así como se llaman Centuriones, los que están al mando de cien soldados, y Chiliarchos, los que mil, a quienes nosotros llamamos Tribunos, por estar al mando de una tribu: así en el ejército

israelita se llamaban Quinquagenarios, los que estaban al frente de cincuenta soldados. Por lo cual también decimos Decanos, que están al mando de diez hombres. Y no es de extrañar si entre los judíos ha perecido toda dignidad de guerreros, pues no tienen poder para portar armas ni para militar bajo la espada. Porque el número quinquagenario siempre se refiere a la penitencia: y el príncipe de la penitencia, y la cabeza de aquellos, que se salvan por la penitencia, es Cristo: brevemente desvelemos los sacramentos de este número. En el Génesis leemos, hablando Abraham al Señor, que primero dijo que la ciudad sería salvada por cincuenta justos, si se encontraran en ella. Y la festividad más célebre de las siete semanas en los Números, es decir, Pentecostés. También el Jubileo, es decir, el año de remisión, que se teje con siete semanas de años, es decir, cuarenta y nueve años, en el cual suenan las trompetas, y se devuelve a todos la antigua posesión, contiene este sacramento. Por lo cual también David en el número cincuenta escribe un Salmo de penitencia. También leemos en el mismo libro de los Números, que de la presa y los despojos, el quincuagésimo [Al. quingentésimo] cabeza, tanto de hombres, como de animales, lo toman los sacerdotes, y el quincuagésimo los levitas, que guardan las puertas del tabernáculo. También aquella parábola del Evangelio (Luc. VII y XVI), en la cual se dice que hay dos deudores, uno que debía quinientos denarios, y otro cincuenta, se refiere a esta inteligencia. Por lo cual también el Apóstol en Éfeso, a quienes había disuelto cosas místicas, quiere permanecer hasta Pentecostés, 50 hasta que se conviertan perfectamente al Señor, diciendo: Porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz, pero hay muchos adversarios (I Cor. XVI, 9). También el diablo imita al ejército israelita, del cual Jetro dio consejo a Moisés, su yerno, para que estableciera sobre el pueblo tribunos y centuriones y quinquagenarios (Éxod. XVIII). Por lo cual el rey impío (II Reyes I) envía dos quinquagenarios con los soldados subordinados a ellos, para que presentaran a Elías: que fueron consumidos por el fuego divino. Pero el tercero de ellos se salva, que convertido a las oraciones, había conocido los sacramentos de la penitencia. Por lo cual también los judíos, no queriendo que el Señor sea perfecto, ni príncipe quinquagenario, le dicen: Aún no tienes cincuenta años, y has visto a Abraham (Juan VIII, 57)? Y él sabiendo que no solo es príncipe de los penitentes, sino también de los justos respondió: Antes que Abraham fuera, yo soy (Ibid., 58). Que el Señor sea Príncipe Quinquagenario, lo podemos entender por una sola festividad, de la cual dice: El Señor es del Sábado, el hijo del hombre (Mat. XII, 8). Que si del Sábado, y de las Calendas. Si de las Calendas, y de la Pascua, es decir, de los Ázimos. Si de la Pascua, y del Jubileo. Si del Jubileo, y de los Tabernáculos. Si de los Tabernáculos, y de Pentecostés, que se refiere al número cincuenta.

Y al honorable de rostro, y al consejero. Por dos, es decir, honorable de rostro, y consejero, los Setenta tradujeron uno hombre admirable consejero. Entre otras gracias también esto quitará el Señor de Judea, para que no tengan consejero: sino que hagan todo sin consejo. Y entre los poetas griegos es una sentencia laudable y admirable: «Primero ser feliz, quien por sí mismo sea sabio; segundo, quien escuche al sabio.» Pero quien carezca de ambos, este es inútil, tanto para sí mismo, como para todos. Por lo cual también leemos en nuestros libros: Sean muchos tus amigos, pero un consejero de entre mil (Eclo. VI, 6). Y de nuevo: Con consejo hazlo todo (Prov. XIII, 10): y la prudencia te dará un consejero admirable. También se llaman consultas del Senado, y los antiguos príncipes romanos, fueron llamados cónsules, ya sea por consultar a los ciudadanos, o por gobernar todo con consejo. 51 Y nosotros tenemos en la Iglesia nuestro senado, la asamblea de los presbíteros. Por lo tanto, cuando entre otras cosas también Judea haya perdido a los ancianos, ¿cómo podrá tener consejo, que es propio de los ancianos?

Y al sabio arquitecto. Por el cual Aquila tradujo artífice sapientísimo, para mostrar que ellos alguna vez tuvieron muchos artífices: como aquel fue Beseleel hijo de Uri, hijo de Hur de la tribu de Judá, a quien Dios llenó de espíritu de sabiduría, e inteligencia, y disciplina, para que en toda obra fuera un artesano perfectísimo, no solo en oro, y plata, sino también en bronce, y otras cosas que Moisés enumera, quien edificó el Tabernáculo de Dios (Éxod. XXXI). Por lo tanto, al perder ellos a los arquitectos, toda la gracia de edificar fue trasladada a la Iglesia. Por lo cual el apóstol Pablo dice: Como sabio arquitecto puse el fundamento (I Cor. III, 10). Y Jeremías era arquitecto, que no solo arrancaba, y cavaba, y destruía, sino que también edificaba (Jer. XVIII): Por lo cual el mismo Apóstol habla: Somos labranza de Dios, edificación de Dios (I Cor. III, 9). También nuestro Señor es llamado constructor de muros (Efes. II). Y en el Evangelio se le reprocha ser hijo de un carpintero, quien ha creado todo (Mat. XIII). También leemos en el libro de los Reyes, que el rey Salomón envió y trajo a Hiram de Tiro, hijo de una mujer viuda, que era de la tribu de Neftalí, y tenía un padre tirio, artífice de bronce. Y entró al rey, e hizo todas las obras para el rey Salomón: en el cual es un tipo de la Iglesia que se edifica, que no solo es de la tribu de Judá, sino también de Neftalí, y engendrado de un padre tirio, que tuvo una madre viuda; porque había perdido a su primer marido (I Reyes VII). Y son muchos más los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Is. XV). Pero también leemos en el libro de las Crónicas sobre el valle de los artífices: Saraias engendró a Joab, padre del valle de los artífices: porque allí estaban los artífices (I Crón. IV, 14). Que se dice que habitan en el valle, porque no los inflaba la ciencia, sino que seguían a Jesús humilde y manso, y podían decir con el Apóstol: Porque yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol (I Cor. XV, 9). Y en otro lugar: En parte conocemos, y en parte profetizamos, y ahora vemos por espejo en enigma (I Cor. XIII, 9).

Y el prudente del discurso místico. Por lo cual, los Setenta tradujeron como "prudente oyente"; Teodocio, "prudente encantador"; Áquila, "prudente susurrador"; Símaco, "prudente del discurso místico", a quien también seguimos en este lugar. Debe decirse primero según los Setenta, que entre otras gracias espirituales, también es necesario un prudente oyente en la Iglesia. A uno se le da profecía, a otro discernimiento de espíritus (I Cor. XII, 10). Por eso, se establecieron en el pueblo de los judíos grados sacerdotales que distinguieran a los profetas de los falsos profetas: es decir, que entendieran quién hablaba del espíritu de Dios y quién del contrario. Leamos a Jeremías. El prudente del discurso místico (Jer. XIV), o susurrador, y como Teodocio quiso, encantador, me parece ser un hombre erudito y ejercitado tanto en la Ley y los Profetas, como en el Evangelio y los Apóstoles, que puede sanar cada perturbación del alma con su doctrina y devolverla al estado de la mente: mientras el fornicador recibe castidad, el glotón frugalidad, y el que fue avaro, da limosna. Recorre todas las sinagogas de los judíos, y no podrás encontrar un maestro que enseñe cosas santas y, despreciando las riquezas, enseñe a seguir la pobreza. De tales encantadores contra serpientes y áspides, es decir, contra pecadores que han abandonado la justicia de Dios, David hablaba en el Salmo: "Se apartaron los pecadores desde el vientre: se desviaron desde el útero, hablaron mentiras. Su furia es como la de la serpiente: como la áspide sorda que cierra sus oídos, que no oye la voz de los encantadores, y del sabio hechicero" (Sal. LXVII, 4 y ss.). Toda palabra del Apóstol contra serpientes y áspides es un encantamiento, que los pecadores y herejes no escuchan, porque cierran sus oídos para no oír la verdad.

(Vers. 4.) Y daré niños como sus príncipes. Si se dice desde la persona del Profeta: "He aquí que el Señor de los ejércitos quitará de Jerusalén y de Judá al fuerte y a la fuerte: todo sustento de pan y todo sustento de agua", y lo demás: ¿cómo ahora el mismo profeta dice: "Daré niños como sus príncipes, y los afeminados los dominarán"? Por lo tanto, según la

costumbre profética, mientras el Profeta habla, de repente Dios habla a través del Profeta desde su persona, y dice: "Daré niños como sus príncipes": pues habiendo quitado lo que antes había dado, y como enojado había retirado lo bueno, ahora al contrario daré lo malo. Quité al anciano y al cincuentón, y al admirable consejero, y al sabio arquitecto y al prudente oyente, etc. Por estos daré niños como príncipes. Porque quienes perdieron al presbítero, tal como el sermón anterior mostró, tal como Abraham fue llamado primero presbítero, justamente reciben jóvenes como príncipes (Gén. VII). De los cuales, también leemos en el Eclesiastés: "¡Ay de ti, ciudad, cuyo rey es joven, y cuyos príncipes comen por la mañana! Bienaventurada la tierra cuyo rey es hijo de nobles" (Ecl. X, 16). Tal fue el joven rey Roboam, hijo de Salomón, que siguió los consejos de los jóvenes (III Reg. XII). No porque fuera joven de edad, sino de sabiduría. De lo contrario, se narra que recibió el reino con más de cuarenta años. Y al contrario, Salomón tenía doce años cuando asumió el imperio, y porque tenía sabiduría, por eso no fue llamado joven. Pues había en él amplitud de corazón y amplitud de sabiduría como la arena en las orillas del mar. Por eso el Apóstol escribe a Timoteo: "Nadie menosprecie tu juventud" (I Tim. IV, 12). Porque quien es joven de edad, es anciano en madurez. Y Daniel, según Teodocio, antes de juzgar, fue llamado niño (Dan. XIII). Pero después de que Dios despertó en él el espíritu, y juzgó a los ancianos, recibió la dignidad del presbiterio. También a Jeremías, quien dijo al Señor que lo enviaba: "¡Oh Señor Dios! He aquí que no sé hablar, porque soy joven" (Jer. I, 6), el Señor respondió: "No digas que soy joven; porque antes de que te formara en el vientre, te conocí, y antes de que salieras del útero de tu madre, te santifiqué, y te constituí profeta para las naciones". Por esta razón creo que el Apóstol ordena a las jóvenes viudas (II Tim. V) que se casen, y sean madres de familia, y críen a sus hijos, porque muchas se han desviado tras Satanás. Y cuando se han entregado a la lujuria en Cristo, quieren casarse, teniendo condenación, porque han hecho nula su primera fe. Ni la viuda es sostenida con alimentos eclesiásticos, a menos que tenga sesenta años, y tenga madurez de costumbres y de edad. Alguien podría pensar que lo que el Apóstol prohíbe (I Tim. III), que un neófito sea obispo, se refiere a esto, porque es un niño en la fe, para que no se enorgullezca y caiga en el juicio del diablo. El juicio del diablo no es otro que la soberbia, por la cual cayó de los cielos. Por eso el Salvador dice: "Veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Luc. XX, 18).

Y los afeminados los dominarán. Por lo cual en hebreo está escrito THALULIM (), que los Setenta y Teodocio tradujeron como "burladores", Áquila como ἐναλλάκτας, que significa "los que se cambian a sí mismos y ejercen la vileza". Tales como leemos en el libro de los Jueces sobre la concubina del levita en Gabaa (Jue. XIX). Consideremos a los Patriarcas de los judíos, y a los jóvenes o niños, afeminados y llenos de delicias, y veremos que la profecía se ha cumplido. Podemos llamar burladores también a los maestros del pueblo de Israel, que devoran al pueblo de Dios como pan, e interpretan perversamente las Escrituras sagradas, y se burlan de la necedad de sus discípulos.

(Vers. 5.) Y caerá el pueblo, hombre contra hombre, cada uno contra su prójimo: se alborotará el niño contra el anciano, y el ignoble contra el noble. Cuando los jóvenes sean príncipes, y burladores del Señor, como describe el discurso profético, entonces no se guardará ningún orden de dignidad, ni de edad, ni de ciencia; sino que los niños se rebelarán contra los ancianos, y los ignobles contra los nobles, y caerán mutuamente. Y se cumplirá aquello del Apóstol: "Mordiéndose unos a otros, se consumieron unos a otros" (Gál. V, 15). José escribe que esto sucedió al pueblo de los judíos bajo Tito, hijo de Vespasiano (Lib. V de Bello Jud.): y que, mientras eran asediados por los romanos, Jerusalén fue dividida en tres partes por la sedición: y unos ocuparon la fortaleza y el Templo, otros la parte inferior, y otros la parte superior de la ciudad.

(Vers. 6.) Pues un hombre tomará a su hermano, el doméstico de su padre. Tienes vestimenta, sé nuestro príncipe: pero esta ruina está bajo tu mano. Por "ruina", Símaco y Teodocio tradujeron "debilidad", los Setenta "alimento". Significa la escasez de hombres, y especialmente la penuria de todas las cosas, que quien tenga alimento y vestimenta, se le considere poderoso, rico y célebre. Pero lo que dice según el hebreo: "Esta ruina está bajo tu mano", tiene este sentido: Nuestra miseria y calamidad se sostendrán y protegerán con tu ayuda. Y esto debe considerarse que cada uno elige príncipes individuales, y hay sedición en la elección de príncipes, mientras unos consideran a otros dignos del principado. Ni dicen a ellos, tus posesiones y riquezas y rentas podrán sostenernos, sino que esta debilidad, o mi alimento, se sanará y dependerá de tu arbitrio.

(Vers. 7.) Y responderá en aquel día, diciendo, no soy médico, y en mi casa no hay pan, ni vestimenta; no me constituyáis príncipe del pueblo. Por "médico", Símaco y los Setenta tradujeron "príncipe"; Teodocio, ἐπιδεσμεύοντα, que significa "el que liga las heridas y provee a la salud": "Responderá", no se encuentra en hebreo, sino que fue añadido por los Setenta. En hebreo se une a lo que se escribió antes: "En aquel día dirá, no soy médico", y lo demás. Pero lo dirá quien haya sido elegido príncipe. Y así como el pueblo que desea tener como príncipe a quien considera más rico en comparación con ellos, así quien es elegido, considerando su pobreza y debilidad, testifica que es indigno del honor conferido, y que no puede curar los vicios, es decir, cuidar a los enfermos, dar alimento a los hambrientos, vestir a los desnudos, quien apenas puede sostenerse a sí mismo. Por lo tanto, no debemos inmediatamente ceder al juicio de la multitud, sino que los elegidos para el principado, debemos conocer nuestra medida, y humillarnos bajo la poderosa mano de Dios: porque Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (I Ped. V). Cuántos, no teniendo pan y vestimenta, mientras ellos mismos tienen hambre y están desnudos, y no tienen alimentos espirituales, ni han guardado la túnica íntegra de Cristo, prometen a otros alimento y vestimenta, y llenos de heridas, se jactan de ser médicos; ni guardan aquello de Moisés: "Provee a otro a quien enviar": y otro mandamiento: "No busques ser juez: no sea que no puedas quitar las iniquidades" (Ecl. VII, 6). Solo Jesús sana todas las enfermedades y debilidades, de quien está escrito: "Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas" (Sal. CXLVI. 3).

(Vers. 8, 9.) Porque Jerusalén ha caído, y Judá ha caído: porque su lengua y sus invenciones son contra el Señor, para provocar los ojos de su majestad. El reconocimiento de su rostro les respondió: y su pecado lo proclamaron como Sodoma, no lo ocultaron. Esto lo dice el Profeta, no como muchos piensan, aquel que fue elegido príncipe. Y dice que por eso nadie quiere presidir sobre el pueblo pecador, porque tanto Judá como Jerusalén, y la ciudad, y la provincia de Judea, o la tribu de Judá, han caído juntos. Y da las causas de su impiedad, porque blasfemaron contra el Señor, y dijeron: "¡Quita, quita, crucifica a tal, no tenemos rey sino a César" (Juan XIX, 15, 16): y provocaron al Señor clementísimo con la furia de su lengua a la amargura. El reconocimiento de su rostro les responderá: es decir, recibieron sus propios pecados, o como los Setenta tradujeron: "la confusión de su rostro les resistió": es decir, siempre tuvieron ante sus ojos sus propios delitos. Y como los sodomitas, pecando con toda libertad, y ni siquiera teniendo vergüenza alguna en el crimen, dijeron a Lot: "Saca fuera a los hombres, para que nos acostemos con ellos" (Gén. XIX, 5): así también estos proclamando públicamente, predicaron su pecado, y no tuvieron ninguna vergüenza en blasfemar. Pues la segunda tabla después del naufragio es, y el consuelo de las miserias, esconder su impiedad. Por eso también se les llama príncipes de Sodoma, porque tuvieron pecados sodomíticos.

(Vers. 10, 11.) ¡Ay de sus almas! porque se les han devuelto los males. Decid al justo, que bien, porque comerán el fruto de sus invenciones. ¡Ay del impío en el mal! porque la retribución de sus manos le será hecha. Según el hebreo y los demás intérpretes, tiene este sentido: ¡Ay de ellos porque recibieron sus crímenes! Por eso vosotros que escucháis, o que leéis el libro del Profeta, alabad la justicia de Dios, porque ha hecho bien: porque los impíos comieron los trabajos de sus manos. Y ¡ay del pueblo impío en el mal! porque recibió lo que merecía. Y quien entregó a su príncipe al poder romano, él mismo está sujeto a la servidumbre romana. Según los Setenta intérpretes que dijeron: "¡Ay de sus almas! porque pensaron un consejo pésimo contra sí mismos, diciendo: Atémosle al justo, porque nos es inútil: así que comerán el fruto de sus obras", se dice claramente sobre la pasión de Cristo, que tomaron un consejo pésimo, no tanto contra el justo, como contra sí mismos, y su alma: y ahora comen el fruto de sus obras. Porque lo que el hombre siembre, eso cosechará (Gál. VI, 5-8), y cada uno llevará su carga.

(Vers. 12.) Mi pueblo, sus exactores te despojaron: y las mujeres dominaron sobre ellos. Por "mujeres", que solo Símaco interpretó, y en hebreo se llaman NASIM (): Áquila y los Setenta tradujeron ἀπαιτοῦντας, que significa "exigentes": Teodocio δανειστὰς, es decir, "prestamistas". Pero el discurso profético habla contra los escribas y fariseos, que por amor al lucro deshonesto, para recibir diezmos y primicias, negaron al Hijo de Dios. Y no los llama maestros, escribas y doctores, sino exactores (Luc. XX), que consideran la piedad como ganancia: y devoran, no solo según el Apóstol, las casas de las viudas, sino a todo el pueblo; y acusando su lujuria y su vida deshonesta, no solo los llama exactores, como si exigieran dinero de los que no quieren; sino mujeres: porque hacen todo por lujuria, y están entregados a los placeres. Por lo tanto, cuidémonos también nosotros, de no ser exactores en el pueblo; no sea que, según el impío Porfirio, las matronas y mujeres sean nuestro senado, que dominan en las Iglesias, y del grado sacerdotal el favor de las mujeres juzga.

(Vers. 13.) Mi pueblo, los que te dicen bienaventurado, ellos te engañan, y disipan el camino de tus pasos, o lo perturban. Había llamado a los escribas y fariseos exactores, no maestros; y antes burladores, que por los dones, que ciegan los ojos incluso de los sabios, no solo no corregían a los pecadores en el pueblo, sino que por riquezas y ganancias los ensalzaban con alabanzas: llamándolos bienaventurados, y columnas de la casa de Dios, y otras cosas que suelen decir los aduladores. Por lo tanto, el doctor eclesiástico es aquel que mueve lágrimas, no risas, que corrige a los pecadores, que no llama bienaventurado, ni dice que nadie es feliz: ni anticipa la sentencia de su juez, diciendo la Escritura santa (Ecl. II, 30): "No llames bienaventurado a ningún hombre antes de su muerte". Pero también en otro lugar leemos (Prov. XXVII, 14); "El que bendice a su amigo en alta voz por la mañana, no difiere de un maldiciente". Por lo tanto, despreciando los juicios de los hombres, no nos ensalcemos con sus alabanzas, ni nos entristezcamos con sus críticas: sino que sigamos el camino recto, y las sendas trilladas por los santos profetas: y escuchemos al profeta Jeremías diciendo: "Estad en los caminos, y ved: y preguntad por las sendas del Señor eternas, cuál es el buen camino: y andad por él" (Jer. VI, 16). Que si alguna vez erramos, y como hombres hemos seguido un camino perverso, esperemos las promesas del Señor a través de Ezequiel diciendo: "Les daré otro camino, y otro corazón" (Eze. XXXVI). Pero los exactores han pervertido y turbado el camino del Señor: teniendo la llave del conocimiento, ni ellos entraron, ni permitieron al pueblo entrar; sino que hicieron que perdieran el camino de la verdad, que dice en el Evangelio: "Yo soy el camino, y la vida, y la verdad" (Juan XIV, 6).

(Vers. 13, 14.) El Señor está para juzgar: y está para juzgar a los pueblos. El Señor vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo, y con sus príncipes. El pueblo, que por su simplicidad e ignorancia fue engañado, aún se llama pueblo de Dios: y por eso es juzgado, para que sea

salvado. Ni el Señor se sienta en el hábito de juez, como leemos en Daniel: "Fueron puestos tronos, y se abrieron libros" (Dan. VII, 9): sino que está para juzgar: y está para juzgar a los pueblos, queriendo que estén de pie aquellos cuya vía había sido disipada. Pero contra los príncipes y ancianos de su pueblo viene a juicio, no para juzgar, sino para ser juzgado junto con ellos: dándoles lugar de defensa, si pueden tener algo que responder, según aquello que se dice en el salmo cincuenta: "Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado" (Vers. 6). También en el profeta Miqueas leemos algo similar (Cap. VI), que interpretamos en su lugar. Por lo tanto, este lugar se toma contra los fariseos y los Δευτερωτὰς. Entre los ancianos y los príncipes creo que había en el pueblo antiguo lo que ahora hay entre los presbíteros y los obispos.

Porque vosotros habéis devorado mi viña: el robo del pobre está en vuestras casas. ¿Por qué aplastáis a mi pueblo, y trituráis el rostro de los pobres, o los confundís, y como los Setenta interpretaron, los avergonzáis? Mantiene la costumbre profética de cambiar repentinamente las personas: pues antes el mismo Señor había dicho: "Mi pueblo, los que te dicen bienaventurado, ellos te engañan": y después el Profeta había añadido: "El Señor está para juzgar: el Señor vendrá a juicio". Por lo tanto, después del profeta, el mismo Señor, que había venido a juicio con los ancianos de su pueblo y sus príncipes, habla a ellos, y reprende a los delincuentes: "¿Por qué devoráis mi viña? de la cual está escrito: "Trasladaste una viña de Egipto" (Sal. LXXIX, 9). Y en este mismo profeta: "La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel" (Is. V, 7). Esta viña también en el Evangelio el Señor la arrendó a labradores malvados, que mataron al hijo del padre de familia enviado a ellos (Mat. XXVIII). El robo, dice, del pobre está en vuestras casas. Toma al pobre o simplemente, que necesita limosna: o ciertamente al pobre de espíritu, de quien está escrito: "Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre" (Sal. XL, 1). Y el apóstol Pablo: "Solo que nos acordáramos de los pobres" (Gál. II, 10). Y lo que sigue: "¿Por qué aplastáis a mi pueblo, y trituráis el rostro de los pobres, o los confundís?", se dice claramente a los príncipes de los judíos. Pero también puede referirse a nuestros príncipes, si aplastan al pueblo que les está sujeto, y públicamente reprenden a los pobres que delinquen y confunden, pero no se atreven a hacer ni siquiera un murmullo a los ricos que pecan peor. Y el robo de los pobres está en sus casas, cuando llenan sus tesoros, y abusan de las riquezas de la Iglesia en delicias, y las limosnas públicas, que se dieron para el sustento de los pobres, o las reservan para sí, o las distribuyen a sus parientes, y hacen de la pobreza ajena, sus propias riquezas y las de los suyos.

(Vers. 15.) Y dijo el Señor: porque se han enaltecido las hijas de Sion, y han caminado con el cuello erguido, y con miradas provocativas, y han andado con pasos rítmicos y con los pies avanzando con paso compuesto. Tanto el profeta como el Señor habían reprendido antes al pueblo y a los príncipes; ahora el discurso profético se dirige a las mujeres de las que antes había dicho: Y las mujeres se han enseñoreado de ellos, para que no se consideren ajenas al crimen, por cuyas delicias y lujos los opresores han devorado la viña del Señor: y el robo del pobre está en sus casas, y han oprimido a su pueblo, y han confundido el rostro de los pobres. Algunos piensan que se refiere verdaderamente a las mujeres de los judíos, otros creen que se dice metafóricamente de las ciudades de Judea, que se llaman hijas de Sion: es decir, las ciudades menores, aldeas y pueblos. Por eso en el libro de Josué se enumeran los nombres de las ciudades por cada tribu (Jos. XV), y después se describen las aldeas y castillos, y se les llama hijas. Otros, según la tropología, consideran que las mujeres son almas, que si caminan con el cuello erguido, y se elevan en soberbia, y no siguen la dureza viril, sino la disolución de las mujeres, son reprendidas por el discurso profético, y pierden todos los adornos de las virtudes, que se describen bajo lunas, collares, colgantes, brazaletes, mitras y diademas, y otras cosas semejantes. Este testimonio debe usarse también contra las mujeres de la Iglesia,

que caminan con el cuello erguido, y hablan con gestos de los ojos, y aplauden tanto con las manos como con los pies, y para caminar con paso compuesto, no siguen a la naturaleza como guía, sino que contratan a actores como maestros.

(Vers. 16.) El Señor desnudará la cabeza de las hijas de Sion, y descubrirá su cabello, y en lugar de ornato habrá ignominia. Esto también nos sucederá a nosotros, cuyos pecados están ocultos, cuando se cumpla lo que está escrito: Nada hay oculto que no haya de ser revelado (Luc. VIII, 17). Pues mientras estemos cubiertos por el cabello, y el vestido de la ignorancia, y los hombres nos consideren sepulcros blanqueados (Mat. XXIII), que por dentro estamos llenos de huesos de muertos, parecemos tener algo de limpieza. Pero cuando se manifieste lo oculto, se quitará toda la cabellera, y aparecerá a todos la fea calvicie.

(Vers. 17.) En aquel día quitará el Señor el ornamento de los calzados. ¿En qué día? Los judíos piensan que es el de la cautividad babilónica. Nosotros demostramos que es más cierto cuando fueron capturados por los romanos, y perdieron todos los adornos de vestiduras y joyas, y de oro y collares, y diversos utensilios. O bien, por la metáfora de las mujeres, se narra que todo el ornato de las ciudades fue destruido. Entiende los adornos de las ciudades en las plazas y pórticos, en el foro y gimnasios y murallas públicas. Si lo referimos al estado de las almas, recordemos haber leído que los pies calzados de aquel que va a comer la carne del cordero y a celebrar la Pascua, y que al pasar por el desierto, ni las vestiduras ni los calzados se consumieron. ¿Cuáles son esos calzados? Aquellos de los que el Apóstol escribe a los Efesios: Calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz (Ef. VI, 15). Estos calzados las almas los perderán cuando caminen con el cuello erguido, y arrastren las vestiduras con los pies, y en lugar de limpieza matronal, barran la suciedad de la tierra.

(Vers. 18-21.) Y las lunas, y los collares, y los colgantes, y los brazaletes, y las mitras, y las diademas, y las ligas, y las cadenillas, y los frasquitos de perfume, y los pendientes, y los anillos y las gemas colgantes en la frente. Describe los colgantes de las mujeres, y por estos los distintivos de las ciudades: o según la anagogía, los diversos adornos de las virtudes. Las mujeres tienen colgantes en forma de luna, que nosotros transferimos a los adornos de la Iglesia, que es iluminada por el sol de justicia. También los collares, que colgando hasta el pecho, demuestran la inteligencia y el principal (ἡγεμονικόν) de la mente en el corazón. Y los colgantes, que en una sola palabra significan todos los adornos: y las buenas obras de los brazaletes; tales como las que recibió Rebeca en los esponsales (Gen. XXIV): y las mitras, adornos de la cabeza, las diademas, para que tenga juicio de cada uno: y las ligas, con las que se adorna nuestro paso, para que escuchemos: Tu pie no tropezará (Sal. XC); y: Librará mis pies de la caída (Sal. LV); y las cadenillas, que se tejen de oro y plata, es decir, con el sentido y las palabras de las Escrituras: y los frasquitos de perfume, para que seamos buen olor de Cristo (II Cor. II, 15); y los pendientes, para que no escuchemos el juicio de sangre, sino las palabras del Señor que dice: El que tiene oídos para oír, que oiga (Luc. VIII, 18): y los anillos, con los que somos sellados para el servicio del Señor, a quien Dios el Padre ha sellado. Por eso se dice al príncipe de Tiro: Tú eres el sello de la semejanza (Ezeq. XXVIII, 12). También el hijo pródigo recibió el anillo con la estola (Luc. XV), y los calzados, y las gemas colgantes en la frente, con las que se adornan nuestras bocas. Del adorno de cuya cabeza, también leemos en el salmo: Como el ungüento en la cabeza, que desciende sobre la barba, la barba de Aarón (Sal. CXXXII, 1). Aunque los LXX Intérpretes, Aquila, y Símaco, y Teodocio lo interpreten de diversas maneras, nosotros lo hemos tejido como hemos podido, ya sea del hebreo, o de la traducción de ellos: ni queremos detenernos más en cada uno, para que la exposición no sea frívola, y cause fastidio al lector prudente.

(Vers. 22.) Y los vestidos de cambio, y los mantos, y las telas de lino. Por telas de lino, los LXX han interpretado laconios transparentes, queriendo significar las vestiduras más finas, con las que se cubrían los cuerpos de los lacedemonios, que eran los más dispuestos para la guerra y de vida más austera: aunque Laconios no tiene ni hebreo, ni ningún otro de los intérpretes. Los vestidos de cambio y los mantos, que Símaco ha traducido más significativamente como ἀναβολαια, son adornos de las vestiduras femeninas, con los que se protegen los hombros y el pecho. Los vestidos de cambio, según la anagogía, son aquellos de los que se dice: Irán de virtud en virtud (Sal. LXXXIII, 8): y las telas de lino, para que lavados en el Señor disfrutemos de delicias, según aquello que está escrito en los Salmos: Los saciarás con el torrente de tus delicias (Sal. XXXV, 9). Pero todas estas cosas las perdieron las hijas de Sion, porque caminaron con el cuello erguido, y con gestos de los ojos mostraron soberbia: pensando que lo que tenían era de su propio poder, y no de la gracia del Señor.

(Vers. 23.) Y las agujas, y los espejos, y las telas de lino, y las cintas, y los velos. Las mujeres tienen agujas, con las que se mantiene la disposición de los cabellos adornados, para que no fluyan más sueltos, y se dispersen en cabellos desordenados. Tienen también espejos, con los que consideran su rostro, y si ven que falta algo, lo añaden al adorno. Tienen telas de lino, que se llaman amictoria: y cintas, con las que se atan los cabellos, que llaman ταινίας. Tienen también velos, que podemos llamar mantos: con los que también Rebeca estaba envuelta. Y hoy también las mujeres de Arabia y Mesopotamia se cubren: que en hebreo se llaman ARDIDIM, en griego θέριστρα: porque en θέρει, es decir, en el verano y el calor, protegen los cuerpos de las mujeres. Por tanto, las hijas de Sion, por su soberbia, perdieron las agujas, con las que se mantenía la regla de todos los preceptos. Perdieron los espejos, que ofrecieron en Éxodo las mujeres que permanecían en las puertas del tabernáculo para fabricar el lavatorio del Señor (Éxod. XXXVIII): de los que también hablaba el apóstol Pablo: Ahora vemos por espejo en enigma (I Cor. XIII, 12). Perdieron las telas de lino y las cintas, con las que cubrían los hombros, y ataban el ánimo que fluía de un lado a otro: y los velos, con los que se cubrían con la sombra más segura en los calores. Decimos esto para que no parezca que huimos completamente de la tropología de este lugar. Sin embargo, es un gran trabajo detenerse en cada uno, y buscar una explicación extensa.

(Vers. 24.) Y habrá en lugar de olor suave, hedor: y en lugar de cinturón, cuerda. El penitente habla de los pecados que hieden: Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices a causa de mi insensatez (Sal. XXXVII, 6). El Apóstol mandó ceñir los lomos con el cinturón, diciendo: Estad ceñidos vuestros lomos con la verdad (Efes. VI, 14). Y leemos del pecador: Cada uno está atado con las cuerdas de sus pecados (Prov. V, 22). Por tanto, en lugar del buen olor de las virtudes, las hijas de Sion tendrán la podredumbre de los pecados: y en lugar del cinturón de la verdad, serán atadas con las cuerdas de la mentira, que tuvieron sobre sus cabezas aquellos que con harapos y suciedad rogaban al rey de Siria.

Y en lugar de la faja pectoral, cilicio. En lugar de la faja pectoral, que Símaco interpretó, los LXX tradujeron túnica μεσοπορφύραν, es decir, clavada con púrpura: lo que Aquila expresó como cinturón de exaltación. Teodocio puso la misma palabra hebrea PHTHIGIL (), que es un tipo de adorno femenino. La faja cubre el pecho, y ocupa en las mujeres el lugar que el Racional en los Pontífices. De esta faja pectoral, también Jeremías decía en lenguaje místico: ¿Puede una novia olvidar sus adornos, o una virgen su faja pectoral, y yo te olvidaré, dice el Señor (Jer. II, 32). La virgen, como el Apóstol desea presentarnos a Cristo (II Cor. II), mientras no se corrompa en Egipto, ni se rompan sus pechos, que están atados con la faja pectoral, se une al esposo: y aunque diariamente engendre hijos de virtudes, nunca deja de ser virgen. Pero si alguna vez abre sus piernas a todo transeúnte, y sigue a sus amantes: y según la profecía de Oseas, el Señor cercará sus caminos, y cerrará sus sendas, volverá a su primer

marido, y escuchará: Quítate las vestiduras de luto, y vístete con tus vestiduras de gloria (Ose II).

(Vers. 25.) También tus hombres más hermosos caerán a espada: y tus fuertes en la batalla. Por los hombres más hermosos, los LXX interpretaron, y tu hijo más hermoso, a quien amas, caerá a espada. Si lo entendemos del estado del alma, que después de las virtudes ha pecado, tomemos como su hijo más hermoso las buenas obras, que cayeron por la espada enemiga: y también los fuertes perecieron en la batalla, porque la justicia del justo no lo librará en cualquier día que se desvíe (Ezeq. XXXIII, 12). Pero si seguimos la historia, de estos discursos aprenderemos que el discurso del profeta no es sobre mujeres, cuyos hombres cayeron en la batalla; sino sobre las ciudades de Judea, que llamó hijas de Sion, y cuyos guerreros cayeron en la contienda. De hecho, el siguiente versículo habla de la misma Sion.

(Vers. 26.) Y llorarán y se lamentarán sus puertas, y la misma ciudad desolada se sentará en la tierra. Lo que hasta hoy vemos con nuestros ojos. Es fácil la interpretación según la tropología, que cualquiera que dé lugar al diablo, y no guarde su corazón con toda diligencia, llorarán sus puertas: y ausente el esposo, siempre estará en luto, y cayendo de las alturas, se sentará en el polvo de la tierra.

(Cap. IV.---Vers. 1.) Y siete mujeres tomarán a un solo hombre en aquel día, diciendo: Comeremos nuestro pan, y nos vestiremos con nuestras ropas, solo que se invoque tu nombre sobre nosotras: quita nuestro oprobio. Cuando los más hermosos de la ciudad de Jerusalén hayan caído a espada, y los fuertes hayan perecido en la batalla; y hayan llorado y lamentado sus puertas; y ella misma haya sido desolada por la extrema escasez de hombres, muertos los guerreros, siete mujeres tomarán a un solo hombre, deseando tener descendencia en Sion, y domésticos en Jerusalén: diciendo que tienen comida y vestimenta: solo que no parezcan estar sin marido, y estar sujetas a aquella maldición, que está escrita: Maldita la estéril, y la que no hace descendencia en Israel (Deut. VII). Zacarías también concuerda con este sentido: En aquellos días diez hombres de todas las lenguas de las naciones tomarán el borde del manto de un judío diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros (Zac. VIII, 23). El número siete y diez es familiar a los judíos por el sábado, y los diez mandamientos de la ley, y por eso lo usan frecuentemente: aunque según la ambigüedad del discurso hebreo, que interpreta la palabra SABA () a veces como siete, a veces como muchos, a veces como juramento, en este lugar puede no significar siete, sino muchos. Esto según la letra. Sin embargo, en la venida del Señor Salvador, siete mujeres, es decir, las siete gracias del Espíritu Santo, de las que el mismo Profeta dirá más adelante: Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y un brote de su raíz subirá: y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad: y lo llenará el espíritu de temor del Señor (Isa. XI, 1, 2); tomarán a Jesús, a quien habían deseado por mucho tiempo, porque no pudieron encontrar a otro en quien descansar en eterna estación. Por eso también Juan el Bautista refiere en el Evangelio: Y el que me envió, él mismo me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu Santo y permanecer en él, ese es (Juan I, 33). También leemos en Zacarías sobre una piedra única con siete ojos, y en un candelabro de oro único siete lámparas, y siete tubos, y dos olivos a cada lado de la lámpara, firmemente fundados en la raíz (Zac. III). Que la gracia del Espíritu Santo posea todo, no necesita explicación. Pero porque en los hombres siempre sufría oprobio, no viviendo nadie como los dones del Espíritu Santo requerían: por eso desean que se invoque sobre ellas el nombre de Jesús, para que lo que en la Ley era imperfecto, en el Evangelio se complete.

(Vers. 2, 3.) En aquel día el renuevo del Señor será en magnificencia y en gloria: y el fruto de la tierra será sublime, y exultación para los que hayan sido salvados de Israel. Y será, todo el

que quede en Sion, y el residuo en Jerusalén, será llamado santo, todo el que esté escrito en la vida en Jerusalén. Cuando las hijas de Sion hayan perdido todo adorno por su soberbia: y hayan llorado y lamentado sus puertas, y ella misma desolada haya caído, y todos sus guerreros hayan perecido en la batalla, tanto que muchas mujeres apenas puedan tener un solo hombre: entonces brotará el renuevo del nombre cristiano, y la tierra dará su fruto: y habrá exultación para los que hayan sido salvados de Israel, de los que también se dijo antes: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Isa. I, 9). Y nota que no todo Israel será salvado, sino el remanente del pueblo de Sion, y el residuo en Jerusalén: todo el que esté escrito en la vida en Jerusalén, a quienes también el Señor hablaba: Alegraos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos (Luc. X, 20). Significa los Apóstoles y aquellos que creyeron por medio de los Apóstoles.

(Vers. 4.) Cuando el Señor haya lavado las inmundicias de las hijas de Sion, y haya limpiado la sangre de Jerusalén de en medio de ella en espíritu de juicio y espíritu de combustión. Entonces se salvarán los remanentes de Israel, cuando en el bautismo del Salvador les hayan sido perdonados los pecados, y aquella sangre haya sido lavada, que el pueblo errante invocó sobre sí: Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25). Por eso leemos antes: Cuando extendáis las manos, no os escucharé: porque vuestras manos están llenas de sangre (Isa. I, 15, 16). Y después, provocándolos a la penitencia, añade: Lavaos, sed limpios. Y nota que las inmundicias de las hijas de Sion las lavó con espíritu de juicio, pero la sangre de Jerusalén, con espíritu de combustión. Porque lo que es leve, se lava: lo que es más grave, se quema. De este espíritu de juicio, y espíritu de combustión, hablaba Juan el Bautista en el Evangelio: Yo os bautizo en agua, pero el que viene después de mí, él os bautizará en Espíritu Santo y fuego (Mat. III, 11). De lo cual aprendemos, que el hombre solo da agua: pero Dios da el Espíritu Santo, con el cual se lavan las inmundicias, y se purgan los pecados de sangre.

(Vers. 5.) Y creará el Señor sobre todo lugar del monte Sion, y donde ha sido invocado, nube de día, y humo y resplandor de fuego llameante en la noche. En Cristo, en efecto, hay una nueva creación, de la que leemos en otro lugar: Las cosas viejas pasaron: he aquí, todas son hechas nuevas (II Cor. V, 17). Por lo cual los LXX tradujeron: Y vendrá, y será todo lugar del monte Sion, y todo lo que está en su alrededor, protegerá una nube de día, y luz de fuego llameante en la noche. ¿Quién vendrá sino aquel de quien está escrito: Vendrá de Sion el que libere (Isa. LIX, 20, según los LXX). Y de quien otro profeta recuerda: Aún un poco, el que ha de venir vendrá, y no tardará (Habac. II, 3). Cuando él venga, se devolverá al pueblo la felicidad primitiva, que alguna vez tuvieron en el desierto; precediéndolos el Señor de día en columna de nube, y de noche en columna de fuego (Éxod. XIII): para que ni en prosperidades, ni en adversidades, se turben en ningún momento. Lo que también se dice en el salmo: De día el sol no te herirá, ni la luna de noche (Sal. CXX, 6). El humo en este lugar no significa error e ignorancia, sino gloria, según aquello que en este mismo profeta, según la opinión de algunos, leeremos (Infra c. 6): Y la casa se llenó de humo. Y en Joel se dice de la gracia del Espíritu Santo, que descendió sobre los apóstoles: Derramaré de mi espíritu, y profetizarán (Joel. II). Y, Daré prodigios en el cielo arriba, y señales en la tierra abajo, sangre y fuego y vapor de humo (Hech. II, 17). Creo que esto mismo significa aquello en los Salmos: El que toca los montes, y humean (Sal. CIII, 32).

(Vers. 6.) Sobre toda gloria habrá protección. Y habrá un tabernáculo para sombra de día contra el calor, y para refugio y escondite contra el torbellino y la lluvia. Este lugar los judíos lo refieren al Anticristo, a quien estiman que se significa por el torbellino y la tempestad, cuando el Señor los defenderá de un adversario poderosísimo. Pero nosotros referimos todo al

primer advenimiento de Cristo, de quien también leemos en los salmos: Me protegió en el escondite de su tabernáculo: en la roca me exaltó (Sal. XXVI, 9, 10): sobre la cual la Iglesia, fundada, no es sacudida por ninguna tempestad, ni derribada por torbellino y vientos. Muchos judíos entienden estas y todas las cosas asociadas a ellas sobre la cautividad babilónica y el regreso a Jerusalén bajo Zorobabel, Esdras y Nehemías.

(Cap. V.---Vers. 1.) Cantaré ahora a mi amado el cántico de mi pariente, de su viña. El profeta canta un lamento al pueblo de Israel, compuesto por aquel de quien está escrito en el Evangelio: Y cuando la vio (sin duda, Jerusalén) lloró sobre ella, y dijo: Si también tú conocieras lo que te trae paz, porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con trincheras, te cercarán y te derribarán, y a tus hijos (Luc. XIX, 41 y ss.). Y de nuevo: Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste. He aquí que vuestra casa será dejada desierta (Mat. XXIII, 37, 38): lo cual es similar a lo que ahora se dice en este cántico: Dejaré mi viña. Que Cristo sea llamado amado y queridísimo, a quien Aquila interpretó como πατράδελφον, tío, o pariente, nos lo enseña la inscripción del salmo cuarenta y cuatro: Cántico para el amado. Y la voz de Dios Padre en el Evangelio: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, 17). Y en el salmo sesenta y siete leemos: El Señor dará la palabra a los que anuncian con gran poder. Rey de virtudes del amado (Sal. LXVII, 12, 13). Este amado, pues, compuso un cántico lúgubre para su viña, que yo cantaré al amado y miserable pueblo mío. O ciertamente debe entenderse así: Cantaré al Dios Todopoderoso Padre el cántico de Cristo, que es mi pariente, es decir, nacido de la misma nación que yo. Que el pueblo de Israel sea llamado viña de Dios, lo leemos al final de este cántico: La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, y el hombre de Judá su germen loable. Y en el salmo setenta y nueve (Vers. 9): Trasladaste una viña de Egipto, expulsaste a las naciones y la plantaste. También en el Evangelio, casi con las mismas palabras que ahora habla el Profeta, el Señor tejió una parábola: Un hombre era dueño de casa, que plantó una viña, la cercó con un seto, cavó en ella un lagar, edificó una torre y la arrendó a labradores, etc. (Mat. XXI, 33). Y en Jeremías leemos: Yo te planté como viña fértil, toda verdadera: ¿cómo te has convertido en amargura, viña extraña (Jer. II, 21)? Así que Jerusalén, como dijimos, es lamentada: y su ruina es cantada en lenguaje profético. Por otro lado, para la Iglesia y el pueblo que antes eran gentiles, se ha compuesto otro cántico, del cual leemos en los salmos: Cantad al Señor, toda la tierra, anunciad de día en día su salvación. Anunciad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas (Sal. XCV, 2, 3). Y de nuevo: Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. El Señor ha mostrado su salvación, ha revelado su justicia ante las naciones (Sal. XCVII, 1, 2).

La viña fue hecha para mi amado en el cuerno del hijo del aceite. Según el hebreo, Teodoción y Aquila lo tradujeron así: Sin embargo, Símaco, a su manera, más claramente: La viña fue hecha para mi amado en el cuerno en medio de los olivos. Por otro lado, los LXX interpretaron el sentido más que la palabra: La viña fue hecha para mi amado en el cuerno, en un lugar fértil, o abundante, πίων significa ambos. Y en verdad, nada es más fértil que la tierra de la Promesa, si no consideras solo las montañas y los desiertos, sino toda su extensión, desde el arroyo de Egipto hasta el gran río Éufrates hacia el Oriente: y hacia el norte hasta el monte Tauro y el Zephyrio de Cilicia: que se asoma al mar. Que el cuerno signifique reino y poder lo leemos a menudo, como en el Evangelio: Ha levantado un cuerno de salvación para nosotros en la casa de David su siervo (Luc. I, 69). Y, Con tu ayuda embestiremos a nuestros enemigos con el cuerno (Sal. XLIII, 6). Y en Zacarías, los cuatro cuernos representan cuatro reinos poderosísimos (Zac. I). Los hebreos han explicado este pasaje así: La viña fue plantada para Cristo en el cuerno, es decir, en un lugar fuerte y elevado, que se llama hijo del aceite, ya sea porque necesita la misericordia de Dios y se

sostiene con su ayuda, o porque ha ofrecido a todas las naciones la luz clara del conocimiento de Dios.

(Vers. 2.) Y la cercó, y quitó las piedras de ella, y plantó una viña de Sorec, y edificó una torre en medio de ella, y construyó un lagar en ella. A través de la metáfora, como dijimos antes, de la viña, describe al pueblo judío, al que cercó con la ayuda de los ángeles. Y quitó las piedras de ella, ya sean ídolos o todo lo que pudiera impedir el culto a Dios. Y plantó una viña de Sorec, que solo Símaco interpretó como elegida, no expresando palabra por palabra, como me parece, sino el sentido que se retiene en la palabra. Dicen los hebreos que Sorec es una especie de vid excelente, que produce frutos abundantes y perpetuos. Finalmente, Sorec es interpretado por algunos como καλλίκαρπος, lo que podemos traducir como frutos muy hermosos. También edificó una torre en medio de ella, es decir, el templo en medio de la ciudad: y construyó un lagar en ella, que algunos creen que significa el altar. Así como al lagar se llevan todas las uvas y se pisan para extraer el vino, así el altar recibe los frutos de todo el pueblo y devora las víctimas inmoladas; según lo que leemos de Benjamín, en cuya tribu estaba el templo y el altar: Benjamín es un lobo rapaz, por la mañana devorará la presa, y por la tarde repartirá el botín (Gén. XLIX, 27). Todo lo que se dice de la viña, también puede referirse al estado del alma humana, que plantada por Dios para el bien, no ha producido uvas, sino agrazones; y luego ha sido entregada a las bestias para ser pisoteada: ni ha recibido la lluvia divina de las doctrinas; porque ha despreciado los dones pasados.

Y esperé que produjera uvas, y produjo agrazones. Por agrazones, que hemos traducido, en hebreo está escrito BUSIM (): que Aquila interpretó como σαπρίας, es decir, frutos pésimos: Símaco ἀτελῆ, esto es, imperfectos: los LXX y Teodoción espinas: con las que los judíos coronaron al Señor. Él esperaba que en el tiempo de la vendimia llevaran 70 uvas al lagar, para lo cual el octavo y el octogésimo tercer salmo tienen títulos, pero ellos, sumergidos en las preocupaciones y vicios del mundo, que en el Evangelio (Mar. IV) se interpretan como espinas, ofrecieron los aguijones de las blasfemias. Sin embargo, creo que es mejor entender Busim como agrazones, que como espinas, para mantener la similitud de la metáfora iniciada. De donde también el Salvador dice en el Evangelio: ¿Acaso se recogen uvas de las espinas, o higos de los abrojos (Mat. VII, 16).

(Vers. 3, 4.) Ahora pues, habitantes de Jerusalén, y hombres de Judá, juzgad entre mí y mi viña: ¿qué más podía hacer por mi viña que no haya hecho? ¿Acaso esperaba que produjera uvas, y produjo agrazones? Hice, dice, todo lo que debía, planté la viña en un lugar muy fértil, la rodeé con un seto, quité las piedras, y levanté sus sarmientos con cañas y estacas: la vid misma no era una entre muchas, sino elegida y καλλίκαρπος. Edifiqué una torre muy firme, en la que guardar los frutos, y desde la cual observar las bestias que acechan los frutos. Construí un lagar, para que en ese mismo lugar se prensaran las uvas y se vertiera el vino. Porque hice estas cosas que debía hacer, que respondan los habitantes de Jerusalén y de Judá: más bien, juzguen entre mí y mi viña, ¿qué es lo que debía hacer y no hice? Y mientras ellos callan, él mismo se responde: A menos que tal vez en esto me equivoqué, que por mi trabajo esperaba que produjera uvas, no agrazones, que una viña inculta y desierta suele producir. Algo similar habla el profeta Natán enviado a David (II Sam. XII), y le pregunta a través de una parábola, para que mientras juzga sobre otro, pronuncie sentencia sobre sí mismo. Así también aquí se interroga al pueblo como sobre una viña, para que responda contra sí mismo. Este pasaje lo desarrolla más plenamente el Salvador en el Evangelio (Mat. XXI), y lo que aquí se omite, interroga a los escribas y fariseos. En Isaías no se dice nada de los labradores, ni se indica qué sufrirán; sino que solo se habla de la viña: allí, como si fuera otra viña y otros labradores, así habla del pueblo y de los maestros, para que los malos sean destruidos y la viña se arriende a otros labradores; significando a los apóstoles y a aquellos que sucederán a

los apóstoles. Y no es ταυτολογία, como algunos piensan, en lo que dice: ¿Acaso esperaba que produjera uvas, y produjo agrazones? Arriba, en efecto, habla consigo mismo en silencio, pero aquí lo que había pensado, lo pregunta a otros.

(Vers. 5, 6.) Y ahora os mostraré lo que haré a mi viña: Quitaré su seto, y será para saqueo: derribaré su muro, y será para pisoteo. Y la dejaré desierta; no será podada, ni cavada: y crecerán en ella zarzas y espinas. Os provoqué, dice, antes, oh habitantes de Jerusalén, y hombres de la tribu de Judá, para que juzgarais entre mí y mi viña, y os pregunté para que dijerais qué debía hacer que no hice. Y como según la parábola evangélica no queréis responder lo que pregunto, yo mismo me responderé por vosotros, indicando lo que voy a hacer: Porque hice a mi viña todo lo que debía, y en lugar de uvas produjo agrazones, quitaré todo lo que le di. Quitaré la ayuda de los ángeles, de los cuales está escrito en los salmos: El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los libra (Sal. XXXIII, 8): y será saqueada por los adversarios. Destruiré los muros, y estará sujeta a las naciones enemigas, y será desierta y no será podada para siempre, ni cavada, para que se convierta en zarzas: y crecerán en ella espinas. Estas cosas, bajo la metáfora de la viña, se dicen de la soledad de Jerusalén y de Judea, lo que muchos judíos creen que sucedió bajo los babilonios: lo cual no podemos negar que en parte ocurrió. Pero como sigue: Y mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella, esto no puede entenderse en esa cautividad. Pues Jeremías profetizó ya con la ciudad tomada: y Ezequiel, Daniel y los tres jóvenes, o profetizaron, o hicieron señales maravillosas incluso en la cautividad: y después Ageo y Zacarías hablaron de lo futuro en consolación del pueblo sirviente. Se quita la ayuda de Dios a los que son indignos: para que, como no sintieron a Dios por los beneficios, lo sientan por los castigos. O ciertamente amenaza cosas terribles y ásperas, para que convertidos al arrepentimiento, eviten los tormentos inminentes. La palabra hebrea SAITH () todos la han interpretado con una voz similar espinas. Si, pues, Saith en el presente lugar se dice espinas según Aquila, Teodoción y los LXX, que respondan cómo arriba Busim no lo tradujeron como agrazones, sino como espinas.

Y mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella. Estas son las nubes que el Señor sacó 72 del extremo de la tierra, de las cuales también leemos en el salmo: Tu verdad hasta las nubes (Sal. XXXV, 6). Estas nubes, como todos eran idólatras bajo Elías, no llovieron sobre la tierra de Israel durante tres años y seis meses (I Re. XVIII). Lo cual podemos entender no solo de los profetas, sino de los apóstoles, que después de la pasión del Señor, ni profetas ni apóstoles tuvieron los judíos, para que en lugar de uvas ofrecieran espinas, sino que por su esterilidad y sequedad imploraran a aquel que puede proporcionar lluvias de virtudes. De donde también en Levítico les habla: Haré vuestro cielo como hierro, y vuestra tierra como bronce (Lv. XXVI, 19). Y en Deuteronomio: El cielo sobre tu cabeza será de bronce, y la tierra debajo de ti de hierro (Dt. XXVIII, 23, 24). Y de nuevo, El Señor dará la lluvia de tu tierra. Y, Ceniza del cielo descenderá sobre ti, hasta que te arranque y te destruya; porque la tierra que frecuentemente recibe la lluvia que viene sobre ella, y no produce cosecha, sino espinas y abrojos, es reprobada y próxima a la maldición, cuyo fin es la combustión.

(Vers. 7.) La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel: y los hombres de Judá su germen deleitable. Es decir, de Dios: o como los LXX tradujeron, nueva plantación muy querida. Israel y Judá se diferencian en que todo el pueblo primero se llamaba Israel, y después, reinando David sobre la tribu de Judá, y Roboam hijo de Salomón sobre dos tribus, Judá y Benjamín, los que estaban en Samaria, es decir, las diez tribus, se llamaban Israel; y los que reinaban de la descendencia de David, se llamaban Judá. Y como en Israel se adoraban becerros en Dan y en Betel, por eso Samaria fue capturada primero por los asirios; y mucho tiempo después Judá fue llevado a Babilonia por los caldeos, porque habían pecado

menos. De donde también en Ezequiel, para purgar los pecados de ambos pueblos, Israel se coloca en el lado izquierdo, según los Setenta, ciento noventa días, o como más correctamente se contiene en hebreo, trescientos noventa: pero Judá cuarenta días (Ez. IV, según los LXX y según el hebreo). Digo esto, para mostrar por comparación con Israel, es decir, las diez tribus, a Judá como amado y querido, en el que estaban los sacerdotes y levitas, y la religión de Dios se encontraba en ese tiempo, cuando el profeta Isaías hablaba al pueblo. Y es notable que Israel, es decir, todo el pueblo, es la casa: pero Judá, que después de las tribus separadas brotó, se dice nueva y deleitable plantación. Pero también es de notar que según la costumbre profética, lo que primero se dice por metáfora, o por parábola, después se expone más claramente: que la viña y la nueva plantación son Israel y Judá.

Y esperé que hiciera justicia, y he aquí iniquidad: y justicia, y he aquí clamor, o como los LXX tradujeron, Esperé que hiciera justicia, y produjo iniquidad, y no justicia, sino clamor. Queremos insinuar a los oídos latinos lo que hemos aprendido de los hebreos: Justicia, en su lengua se llama MESPHAT (): iniquidad, o disipación, como lo interpretó Aquila, MESPHAA (). De nuevo, justicia se dice SADACA (): clamor se llama SAACA (). Así, con una sola letra añadida o cambiada, ha temperado la similitud de las palabras, para que en lugar de MESPHAT, ponga MESPHAA: y en lugar de SADACA, ponga SAACA, y ha rendido una estructura elegante y un sonido de palabras, según la lengua hebrea. Dios esperaba que el pueblo judío hiciera justicia, es decir, uvas: y produjo iniquidad, es decir, agrazones: y esperaba justicia, para que recibiera al enviado del Padre, dador de tantos dones, y produjo clamor, con el que vociferó contra el Señor, y clamó, diciendo: ¡Quita, quita, crucifícalo! (Jn. XIX, 15). De donde también el apóstol Pablo escribe: Toda ira y clamor, y blasfemia sean quitados de vosotros con toda malicia (Ef. IV, 31). O ciertamente porque habían derramado la sangre de los justos, la sangre de la pasión del Señor clamaba al Señor: por eso en lugar de justicia produjeron clamor, según lo que leemos en Génesis, La voz de la sangre de tu hermano Abel clama a mí (Gén. IV, 10).

(Vers, 8.) ¡Ay de los que juntan casa con casa, y campo con campo unen hasta el límite del lugar: ¿Habitaréis solos vosotros sobre la tierra? Por lo que hemos dicho, hasta el límite del lugar, los LXX tradujeron, o quitáis al prójimo: Símaco y Teodoción: hasta que falte, o no haya lugar; para que al faltar la tierra, nunca se sacie la avaricia. Lo cual creo que se dice en general contra todos, a quienes nada les basta: y en particular contra la viña del Señor, que en lugar de uvas produjo agrazones, es decir, en lugar de justicia iniquidad, y en lugar de justicia clamor. 74 Porque, ¿qué locura es, cuando las casas y los campos deben tenerse para protegerse de las lluvias, y para sembrar [o cerner] los frutos, desear tener aquellos en los que no puedes habitar todos, y que no puedes cultivar: y hacer de la necesidad ajena tu placer? Según la tropología, algunos creen que esto se dice contra los herejes: que cuando movieron sus pies de Oriente, vienen al campo de Senaar, que se interpreta como rechinar de dientes: y edifican la ciudad de la confusión, y la torre de la soberbia, y oyen bajo otras palabras: Oíd esto, príncipes de la casa de Jacob, y restos de la casa de Israel, que abomináis la justicia, y pervertís todo lo recto, que edificáis a Sion con sangre, y a Jerusalén con iniquidad (Miq. III, 9, 10). Estos juntan casas con casas, es decir, dogmas con dogmas; a quienes se les dice por Miqueas, No edifiquéis en la casa de burla (Miq. III), para que no sobre el fundamento de Cristo, que el apóstol Pablo puso (I Cor. III) y en el que debieron edificar oro, plata, piedras preciosas: al contrario edifiquen madera, heno, paja, cuyo fin es el incendio. De tales casas habla el Salvador en el Evangelio: Todo el que oye mis palabras, y no las hace, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena. Descendió la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos y golpearon aquella casa, y cayó: y fue grande su

ruina (Mat. VII, 26, 27). Tanto buscan los herejes unir lo nuevo a lo viejo, y cambiar lo mismo por lo más reciente, hasta que el sentido humano y el discurso se agoten.

(Vers. 9.) En mis oídos están estas cosas del Señor de los ejércitos: Si no fueran muchas casas desiertas, grandes y hermosas sin habitante. Por lo que hemos traducido según el hebreo, En mis oídos están estas cosas del Señor de los ejércitos, es decir, las palabras que el Señor ha hablado, aún resuenan en mis oídos: los LXX tradujeron,  Estas cosas se han oído en los oídos del Señor sabaoth. No que el Profeta haya oído las palabras del Señor, sino que en los oídos del Señor se han oído las que el Profeta va a decir: cuando es más consecuente entender que el Profeta ha oído lo que el Señor ha hablado. El Señor ha hablado, pues, que después de la cautividad, las casas grandes y hermosísimas estarán desiertas, sin tener habitante.

75 (Vers. 10.) Porque diez yugadas de viñas producirán una sola cántara, y treinta medidas de semilla producirán tres medidas. En lugar de cántara, que solo los Setenta tradujeron, todos los demás interpretaron como bato, que en hebreo se dice BETH (). Y en lugar de treinta medidas, que nosotros pusimos por coro, que en hebreo se dice OMER (), los Setenta tradujeron seis artabas: medida egipcia que equivale a veinte medidas. En la extrema esterilidad que sigue a la cautividad, diez yugadas de viñas producirán un bato, es decir, tres ánforas: y treinta medidas de semilla, es decir, un coro, producirán un efi, que los Setenta interpretaron como tres medidas, es decir, tres modios. Bato se refiere a medidas líquidas, y efi, o efa, a la misma medida en sólidos. Como leemos en Ezequiel según el hebreo: Un efi justo, y un bato justo será para vosotros. Efi y bato serán iguales y de una sola medida, de modo que el bato contenga la décima parte de un coro, y el efi la décima parte de un coro: según la medida del coro será su justa proporción (Ezequiel XLV, 10, 11). Buscamos según la anagogía, cómo las casas de los herejes son grandes y hermosas, que cuando llegue el tiempo del juicio, no tendrán habitante alguno. Porque toda la pompa y estructura de palabras, y los argumentos dialécticos serán reducidos a nada. Y porque según el apóstol Pablo (II Cor. III) no solo somos edificación de Dios, sino también agricultura, que imitando los herejes son cavados y arrancados por Jeremías: por eso donde diez yugadas de viñas, o donde diez yugadas de bueyes trabajan, producirán un bato, y treinta medidas de semilla producirán un efi (Jerem. XVIII), para que del número diez, que en las Escrituras sagradas es místico y perfecto: y del treinta, en el que profetizó Ezequiel (Ezequiel I), y el Señor fue bautizado (Luc. III), sean reducidos a un efi, que en comparación con el número múltiple, se restringe a la unidad. Que la edificación y la agricultura se refieran a la inteligencia espiritual, también en otro lugar el apóstol Pablo enseña (Ephes. IV), afirmando que los creyentes están fundados y arraigados en el amor. Por eso también el Eclesiastés (Eccl. II), no solo se edificó casas, sino que plantó viñas, e hizo huertos y jardines, e instituyó todos los árboles frutales, y construyó estanques para regar el bosque. Pero los herejes, teniendo solo la imagen y sombra de las virtudes, y no la verdad misma, sin fruto de obras, prometen hojas de palabras. De cuyos árboles dice el Señor: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada (Matth. XV, 13). Porque la viña de Sodoma es su viña, y su descendencia de Gomorra: Su uva es uva de hiel, y racimo de amargura para ellos, furor de dragones es su vino, y furor de áspides incurable (Deut. XXXII, 32, seqq.).

(Vers. 11, 12.) ¡Ay de los que se levantan temprano para seguir la embriaguez y beber hasta la tarde, para que ardan con vino! Cítara, y lira, tamboril, y flauta, vino en vuestros banquetes: y no miráis la obra del Señor, ni consideráis las obras de sus manos. Por embriaguez, que Aquila interpretó y Symmachus, los Setenta pusieron el mismo hebreo SICERAM (), que significa toda bebida que puede embriagar y alterar el estado de la mente. Acusa, según la continuación de la explicación comenzada, a los agricultores de la viña, que

ante la inminente esterilidad, y el cercano incendio, en el que se quemarán zarzas y espinas, se entregaron al lujo y a los placeres: no solo en comer y beber; sino también en el deleite de los oídos, y en diversos géneros del arte musical. Quienes hacen esto, no miran la obra del Señor, ni consideran lo que está por venir. Usemos este testimonio contra los príncipes de la Iglesia, que se levantan temprano para seguir la sicera, y beber hasta la tarde: de quienes en otro lugar se dice: ¡Ay de ti, ciudad, cuyo rey es joven, y tus príncipes comen por la mañana! (Eccl. X, 16). Ocupados en los placeres, no entienden al Creador a partir de las criaturas, ni consideran las obras de sus manos, de las cuales leemos: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el aliento de su boca toda su fuerza (Ps. XXXII, 6). Puede, según una comprensión más profunda, llamarse embriaguez a toda perturbación del alma, que se concibe del vino del furor de los dragones, y del veneno incurable de las áspides, que algunos beben desde la juventud hasta la vejez, es decir, desde la mañana hasta la tarde (Deut. XXXII). Otros, en cambio, a la tercera, sexta, o novena hora, y a la undécima, se despiertan del banquete, y se les dice: Despertad, los que estáis ebrios de vino. Sobre este vino, y sobre tales uvas y viñas, el Señor hace llover azufre y fuego del Señor: y cualquiera que beba de su vino, arde y se quema. Requiere cítara y salterio, cuyo inventor es Jubal, nacido de la estirpe de Caín (Gen. IV), y no escucha al Señor diciendo a Aarón: No beberéis vino ni sicera tú y tus hijos, cuando entréis en el tabernáculo del testimonio, o os acerquéis al altar (Lev. X, 8). Estas cítaras, y liras, tamboril y flautas las tuvo el rey babilonio, con las que, al sonar, los pueblos de todas las naciones se postraban en tierra y adoraban la estatua de oro (Dan. III). Que el primer tiempo de la sabiduría humana, cuando salimos de la niñez y llegamos a la edad racional, se entienda como la mañana en las Escrituras, muchos testimonios nos pueden enseñar: de los cuales, a modo de ejemplo, se deben poner algunos: Por la mañana enviaba a los Profetas; y: Por la mañana escucharás mi oración. Por la mañana me presentaré a ti, y veré (Ps. V, 4, 5); y: De noche se levantará mi espíritu (Ps. LXII, 1); y: Dios, Dios mío, a ti vigilo desde el amanecer (Ps. C, 8); y: Por la mañana exterminaba a todos los pecadores de la tierra, para destruir de la ciudad del Señor a todos los que obran iniquidad (Ps. XXIX, 7); y en otro lugar: Al atardecer se demorará el llanto, y por la mañana la alegría, y otras cosas similares. Nos levantamos por la mañana, cuando dejamos los vicios en la niñez, y podemos decir: No recuerdes los pecados de mi juventud y mis ignorancias (Psal. XXIV, 7). Y cuando el sol de justicia se levanta para nosotros, las tinieblas huyen, y de inmediato matamos todos los pensamientos que nos provocan al pecado, y de la ciudad de nuestra mente dispersamos a esos pecadores, de los cuales el Salvador habla: Del corazón salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias (Matth. XV, 19), y lo demás. Son muy infelices los que desde la mañana hasta la tarde, ocupados en embriaguez, gula y diversos placeres, no entienden en sí mismos las obras del Señor, ni consideran por qué fueron creados.

(Vers. 13.) Por eso mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento: y sus nobles murieron de hambre, y su multitud se secó de sed. Esto, según la letra, sucedió al pueblo de los judíos bajo Vespasiano y Tito, príncipes romanos, como narran tanto la historia griega como la latina. Lo cual también espiritualmente hoy sufren, soportando no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios: porque no miraron la obra del Señor, ni consideraron las obras de sus manos, ni tuvieron su conocimiento, quien siempre habló por los Profetas (Amos. VIII). Por eso también en los Salmos se dice de ellos: Se convertirán al atardecer, y sufrirán hambre como perros, y rodearán la ciudad (Ps. LVIII, 16). Que toda palabra de doctrina se llame pan y agua, lo enseña el Evangelio: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Luc. IV, 4): Y, Cualquiera que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás (Joan. IV, 13). Y en el salmo se dice: Sobre aguas de reposo me condujo (Ps. XXII, 2). Por eso el Señor no quiere despedir a los

hambrientos en el desierto, para que no se cansen; y caigan, y mueran de hambre (Matth. XV). Y del hombre justo se dice: Fui joven, y he envejecido, y no he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan (Ps. XXXVI, 25). Algunos quieren interpretar esto que se dice: Mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento: y sus nobles murieron de hambre, y su multitud se secó de sed, en general sobre el infierno y la gehena, donde será castigado todo el que no tenga conocimiento de Dios.

(Vers. 14, 15.) Por eso el infierno ensanchó su alma, y abrió su boca sin límite, y descenderán sus fuertes, y su pueblo, y sus sublimes y gloriosos a él. Y se inclinará el hombre, y se humillará el varón, y los ojos de los altivos serán abatidos. Los que se levantaron temprano para seguir la sicera, y permanecieron en la embriaguez hasta la tarde, y ocupados en el placer y las delicias, no quisieron mirar la obra del Señor, ni contemplaron las obras de sus manos, por eso fueron llevados en cautiverio, porque no tuvieron conocimiento del Hijo de Dios, diciendo él mismo a ellos, Ni a mí me conocéis, ni al que me envió (Joan. VIII, 19), y en ese mismo cautiverio perecieron de hambre, y se secaron de sed. Por eso el infierno y la muerte ensancharon su alma, y abrieron su boca, y sin número, y saciedad devoraron para ser castigados eternamente: de modo que los príncipes y el pueblo, y los sublimes y gloriosos de la tierra de Judá descendieron a él, y se humilló toda soberbia, y los ojos de los altivos fueron abatidos, entendiendo que son mortales; y todo se cumplió según lo anunciado por los Profetas. El infierno se dice que tiene alma, no porque sea un ser animado, según el error de algunos; sino porque con palabras de costumbre humana, expresamos el afecto de cosas insensibles, que es insaciable, y nunca se llena con la multitud de los muertos. Como también en la mano se dice que está la lengua de la muerte (Prov. XVIII), y el Dios omnipotente habla de odiar los sábados y las lunas nuevas de los judíos (Isai. I). Todo lo que hemos dicho del pueblo de los judíos, puede referirse tropológicamente a aquellos que, ocupados en las delicias del mundo, y no mirando las obras de Dios, son llevados cautivos al pecado, y no tienen conocimiento de Dios: y por eso perecen de hambre y sed de buenas obras y virtudes, y son llevados al infierno, y allí destinados a tormentos eternos, verán el poder y la soberbia cambiarse en miseria y humildad.

(Vers. 16.) Y será exaltado el Señor de los ejércitos en el juicio: y el Dios santo será santificado en justicia. Cuando el pueblo haya sido llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento, y haya perecido de hambre, y se haya secado de sed, y el infierno haya ensanchado su alma: y hayan descendido los fuertes y sublimes y gloriosos al abismo, y se haya inclinado el hombre, y se haya humillado el varón, y todos hayan recibido según sus méritos: entonces será exaltado el Señor en el juicio, cuyo juicio antes parecía injusto, y el Dios santo será santificado por todos en justicia, para que se cumpla lo que se dice en el Evangelio: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre (Matth. VI, 9); y: Padre justo, el mundo no te conoció (Joan. XVII, 25). Por eso debemos tener cuidado de no anticipar el juicio de Dios, cuyos juicios son grandes, e inenarrables, y de quien el Apóstol habla: Inscrutables son sus juicios, e inescrutables sus caminos (Rom. XI, 33), hasta que ilumine lo oculto de las tinieblas, y revele los pensamientos de los corazones (I Cor. IV, 5), quien dice en el Evangelio: No juzguéis, para que no seáis juzgados (Matth. VII, 1). A esta sentencia congruente, el apóstol Pablo ordenó: ¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? Para su propio Señor está en pie, o cae. Pero estará en pie: porque poderoso es Dios para sostenerlo (Rom. XIV, 4).

(Vers. 17). Y pastarán los corderos según su orden: y los desiertos convertidos en fertilidad, los comerán los extranjeros. Por los corderos que pastan según su orden, que se toma en buen sentido, no sé qué quisieron los Setenta al traducir, pastarán los despojados como toros; entendiendo por corderos toros, y nuevamente interpretando por extranjeros corderos.

Cuando el Señor haya sido exaltado en el juicio, y el santo haya sido santificado en su justicia, para que los malos agricultores perezcan mal, y el cedro exaltado sea cortado con el hacha del Señor; entonces los que sean del número de los corderos, no de los cabritos, pastarán en los prados de la Iglesia, y dirán: El Señor es mi pastor, nada me faltará (Ps. XXII, 1); y lo que fue desierto por los judíos, convertido en fertilidad lo comerá el pueblo de las naciones. Esto según la tropología. Sin embargo, para completar el orden de la historia, se dice lo mismo con otras palabras, de lo que leímos antes: Vuestra tierra en vuestra presencia devoran los extranjeros, y está desierta y subvertida por pueblos extraños (Isai. I, 7). Porque de todo el mundo la multitud de las naciones congregadas habita en Judea, y expulsados los pueblos anteriores, por eso en parte la ceguera ha sucedido a la casa de Israel, para que entrara la plenitud de las naciones (Rom. XI). Y bellamente según los Setenta fueron despojados y devastados y llevados en cautiverio como toros, de los cuales el Señor había dicho: Los toros gordos me rodearon, para que los corderos ocuparan los lugares de los toros.

(Vers. 18, 19.) ¡Ay de los que arrastran la iniquidad con cuerdas de vanidad, y como con cuerda de carro el pecado! Que decís: apresúrese y venga pronto su obra, para que veamos, y se acerque y venga el consejo del Santo de Israel, y lo sepamos. Por cuerda de carro, los Setenta tradujeron, correa de yugo de ternera, o vaca. Que los pecados se llamen cuerdas, lo leemos con frecuencia. De los cuales uno es: Cada uno es atado con las cuerdas de sus pecados (Prov. V, 22). Y el Señor reprendiendo al pueblo pecador, que había unido pecado a pecado, hizo un látigo de cuerdas, mostrándoles cómo habían hecho de la casa de Dios una cueva de ladrones (Joan. II), y habían convertido la sede de oración en casa de comercio (Matth. XXI). También el comensal de la cena del Señor, no teniendo vestido nupcial, es atado de pies y manos y echado a las tinieblas exteriores (Matth. XXII). Y el Señor vino, para decir a los que estaban en cadenas: Salid (Isa. XLIX, 9); y a los que estaban en tinieblas, revelad (Psal. CLXV, 8). Porque él mismo libera a los encadenados, e ilumina a los ciegos: a quienes Jeremías llama atados a la tierra. Ni lamenta a los que comenzaron a pecar, y de inmediato cesaron: porque no hay justo sobre la tierra que haga el bien, y alguna vez no peque (Eccl. VII, 2); sino a los que han prolongado sus pecados con una larga cuerda. Por eso también en Números leemos (Cap. XIX), que la vaca roja, cuyo ceniza es expiación del pueblo, no se inmola ni se ofrece al altar del Señor, sino la que no ha hecho obras terrenales, ni ha llevado yugo, ni ha sido atada con las cuerdas del yugo de Nabucodonosor. Y en este mismo profeta, en lugar de cinturón de verdad, las hijas de Sion se ciñen con cuerda. También Ajitofel y Judas [de los cuales uno traicionó a David, y el otro al Señor] arrastrando sus pecados con una cuerda larguísima, perecieron por ahorcamiento; pensando que el mal de la conciencia se termina con la muerte presente, y que no hay nada después de la muerte. Que se llamen cuerdas de vanidad según el hebreo y todos los demás intérpretes; esto significa que para los que hacen pecado se teje fácilmente, y es tan vano y fácil como se tejen los hilos de araña: pero cuando queremos salir de él, estamos atados con las cuerdas más sólidas. El carro lleno y cargado de pecados lo entienden más fácilmente los que recuerdan lo escrito en Zacarías, la impiedad sentada sobre un talento de plomo (Zach. V): y los egipcios que eran oprimidos por una pesada carga de pecados, como plomo fueron sumergidos en el Mar Rojo (Exod. XV). Y en otro lugar el pecador dice: Mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza: como una carga pesada se han agravado sobre mí (Ps. XXXVII, 5). Estas cosas se dicen a los príncipes de los judíos, que antes fueron acusados de avaricia y lujuria: que provocados por el Señor al arrepentimiento, y después por sus Apóstoles, hasta hoy perseveran en blasfemias, y tres veces al día en todas las sinagogas bajo el nombre de los nazarenos anatematizan el nombre cristiano. El sentido es: ¡Ay de vosotros que pensáis que el día del juicio no vendrá, o que no vendrá la cautividad que el discurso profético predice: que decís al Profeta: ¿Hasta

cuándo nos amenazas con la ira de Dios? queremos saberlo, que ya venga. Esto lo dicen con ironía, porque no creen que vendrá, sino que el Profeta lo simula.

(Vers. 20.) ¡Ay de los que llaman al mal bien, y al bien mal: que ponen las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas: que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo! Es del mismo crimen llamar al bien, a la luz y a lo dulce con nombres contrarios, como llamar al mal, a las tinieblas y a lo amargo con vocablos de virtudes. Esto va contra aquellos que no consideran pecado si desprecian el bien, y no estiman que es delito si alaban el mal. Los judíos ponen el bien por mal, y la luz por tinieblas, y lo dulce por amargo, al recibir a Barrabás, autor de latrocinio y sedición, y crucificar a Jesús, quien no vino sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel, para salvar lo que se había perdido. En Barrabás entendamos al diablo, que siendo noche y tinieblas, se transfigura en Ángel de luz (Mat. XXVII). De ahí que el Apóstol hable: ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿Qué sociedad tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué consenso tiene Cristo con Belial? (II Cor. VI, 14, 15). Porque no se debe esconder la lámpara bajo el celemín o la cama, sino ponerla sobre el candelero, para que alumbre a todos. Ni el árbol que da malos frutos debe ser llamado con el nombre de árbol bueno (Mat. V). De ahí que en el Génesis se narra en lenguaje místico que Dios separó la luz de las tinieblas, que al principio se cernían sobre el abismo (Gen. I). Que el Salvador sea llamado bueno, él mismo lo dice en el Evangelio: El buen Pastor da su vida por las ovejas (Juan X, 11). También dice ser la luz: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12), y diariamente, saciados con el pan celestial, decimos: Gustad y ved qué bueno es el Señor (Sal. XXIII, 9). Por el contrario, cuando decimos: Líbranos del mal (Mat. VI, 13); y: El mundo está puesto en el maligno (I Juan V, 19), deseamos ser liberados de las insidias del diablo. Que él sea significado con los nombres de tinieblas y amargura, lo leemos con frecuencia. Pero también podemos decir que todas las doctrinas contrarias a la verdad son amargas, y solo la verdad es dulce. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no seguir la mentira en lugar de la verdad, ni las tinieblas en lugar de la luz. Porque hay muchos caminos que parecen rectos a los hombres, y sus fines llevan al abismo del infierno. También hay un justo que perece en su justicia, a quien se le dice: No seas demasiado justo (Ecl. VII, 17). Por estas razones, Israel promete caminar por el camino real, sin desviarse ni a la izquierda ni a la derecha (Deut. V). Y para hablar lo que siento: es difícil que alguien pueda evitar esta maldición, ya que frecuentemente adulamos a los malos por su poder, y despreciamos a los buenos por su pobreza. De ahí que Aquila interpretó más significativamente: ¡Ay de quien dice al malo, eres bueno, y al bueno, eres malo! (Prov. XVII, 13). Y en este sentido concuerda lo que Salomón dice en los Proverbios: Quien juzga al justo como injusto, y al injusto como justo, ambos son abominables ante Dios. Los escribas y fariseos, al no recibir las palabras del Salvador, sino las tradiciones de los hombres y las fábulas de ancianas, hicieron del bien mal, y del mal bien.

(Vers. 21.) ¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos! Que os parece, dice, que sois sabios, que seguís la prudencia, no de Dios, sino de los hombres: y al no recibir la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, pensáis que sois sabios (I Cor. I). Los estoicos dicen que la diferencia entre sabiduría y prudencia es que la sabiduría es el conocimiento de las cosas divinas y humanas: mientras que la prudencia es solo de las mortales. Consecuentemente, esto se dice contra los escribas y fariseos, que teniendo la llave del conocimiento, ni ellos entran a Cristo ni permiten que otros entren (Luc. XI).

(Vers. 22.) ¡Ay de los que son poderosos para beber vino, y hombres fuertes para mezclar licor, es decir, embriaguez! A quienes antes les había dicho: ¡Ay de los que se levantan temprano para seguir la embriaguez, y beben hasta la tarde, para que el vino los encienda!, de estos también habla ahora: que son poderosos para beber vino, y hombres fuertes para

mezclar licor (Deut. XXXII). Que embriagados con el vino del dragón, y con el veneno de las serpientes incurables, calumniaban la virtud del Señor. Y ellos mismos, ebrios, embriagaban a los pueblos, para que, en igual furor, clamaran contra el Señor. Según la tropología, ya dijimos antes: que los sacerdotes que van a entrar en el Tabernáculo de Dios, no deben beber vino ni licor (Lev. X). A lo que ahora añadimos, que también se ordenó a los nazareos, que se santifican al Señor, que no beban vino ni licor, ni coman nada que provenga de las uvas, ni siquiera una pasa, ni vinagre de vino (Num. VI). Pero también en los Proverbios se ordena: Los poderosos que son iracundos; no deben beber vino, para que al beber, no olviden la sabiduría. Entre el vino y el licor, según la anagogía, creo que la diferencia es que el vino es una perturbación única de muchas, por ejemplo, de la lujuria, la avaricia, la gula y la envidia. El licor, sin embargo, es decir, la embriaguez, contiene en sí todas las pasiones de los vicios, que más correctamente podemos llamar perturbaciones en latín, porque trastornan el estado de la mente, y hacen que los ebrios no sepan lo que hacen. Por lo tanto, los que están al mando deben evitar mucho los vicios, y especialmente la ira, que está cerca de la locura: para que cuanto más puedan, más no dañen a los súbditos. Mezcla licor quien, lleno de embriaguez, simula tener sombras e imágenes de virtudes para engañar a los hombres.

(Vers. 23.) Que justificáis al impío por regalos, y quitáis la justicia al justo. Y esta es parte de los vicios de la viña, que en lugar de uvas produjo espinas, y esperando el Señor que hiciera juicio, hizo iniquidad, justificando al impío por regalos, y no considerando las causas, sino los dones, que ciegan incluso los ojos de los sabios. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no embriagarnos con vino, en el cual hay lujuria (Deut. XVI, 19; Efes. V), y se desnuden los muslos de nuestra vergüenza (Gen. IX), y adulamos a los impíos por regalos, y despreciamos la justicia del justo por la pobreza. Lo que también se ordena en la Epístola de Santiago: que al honrar a los impíos ricos, y despreciar a los santos pobres, no nos convirtamos en jueces de iniquidad.

(Vers. 24.) Por eso, como la lengua del fuego devora la paja, y el calor de la llama quema: así su raíz será como ceniza, y su brote subirá como polvo. Porque han desechado la ley del Señor de los ejércitos, y han blasfemado la palabra del Santo de Israel. Por las causas anteriores de soberbia, embriaguez y avaricia, porque en lugar de uvas trajeron espinas, y heno, leña, paja, y zarzas que arderán; por eso la raíz de su malicia será reducida a ceniza, y toda flor y belleza de riquezas y cuerpo será comparada al polvo (I Cor. III). No solo hicieron esto, sino que por estos grados llegaron a la blasfemia, al no recibir la ley del Señor, y blasfemar la palabra del Santo de Israel; de quienes leímos antes: De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén (Is. II, 3). La raíz puede ser entendida en los malos pensamientos, y el fruto y el brote en las malas obras y palabras, para que lo que está oculto en la raíz se muestre en el brote: ambos serán devorados por el incendio del Señor. De ahí que el Apóstol (Heb. XII, 15), hable de la raíz de amargura de los males, germinando hacia arriba.

(Vers. 25.) Por eso se encendió la ira del Señor contra su pueblo, y extendió su mano sobre él, y lo hirió, y se conturbaron los montes, y sus cadáveres fueron como estiércol en medio de las calles. En todo esto no se ha apartado su ira: pero aún está extendida su mano: Porque han desechado la ley del Señor de los ejércitos, que el Señor promete dar por medio de Jeremías, diciendo: He aquí vienen días, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel, y con la casa de Judá, no como el pacto que hice con sus padres, el día que tomé su mano, para sacarlos de la tierra de Egipto (Jer. XXXI, 31, 32). Y han blasfemado la palabra del Santo de Israel, diciendo: Tiene demonio, y es samaritano (Juan VIII, 48); y: ¿No es este el hijo del carpintero? (Mat. XIII, 55). Por eso se encendió la ira del Señor contra su pueblo, que antes había estado enojado contra los príncipes y poderosos, que eran sabios a sus propios ojos, y

justificaron al impío por regalos, y los devoró como la paja la lengua del fuego, y el calor de la llama los quemó, para que los poderosos sufrieran poderosos tormentos. Y extendió su mano contra él, a quien llama su pueblo: porque era parte de su herencia, y la cuerda de su posesión (Deut. XXXII). Extendió su mano para golpear, y su ira se encendió, de la cual leemos en otro lugar: Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor (Sal. VI, 1). Y Jeremías: Corrígenos, dice, Señor; pero con juicio, y no con furor (Jer. X, 24). Se dice que el Señor se enfurece, no porque esté sujeto a perturbaciones humanas; sino porque nosotros, que pecamos, si no escuchamos al que se enoja, no tememos al Señor. De ahí que el Apóstol escriba, (Rom. II), que la bondad de Dios, y la paciencia nos provocan al arrepentimiento: pero nosotros, según nuestra dureza y corazón impenitente, atesoramos para nosotros ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios. Qué mano es la que se extiende, o se eleva sobre el pueblo pecador, Job lo dice más claramente: Porque la mano del Señor me ha tocado (Job XIX, 21). De ahí que el diablo, conociendo la poderosa mano del Señor, y el brazo que ha sido revelado a todas las naciones, dice al Señor: Extiende tu mano, y toca todo lo que tiene: no sea que te bendiga en tu cara (Job II, 5). Lo que se dice como pasado, que es futuro, sigue la costumbre profética, en la cual son tan ciertas las cosas que se dicen futuras, que se consideran como pasadas. Lo que también se canta en los Salmos: Dieron en mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre (Sal. LXVIII, 22). Y de nuevo: Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes (Sal. XXI, 19). Lo que sigue: Y lo hirió, es decir, a su pueblo, y se conturbaron los montes: algunos piensan que los montes son las fuerzas contrarias; o aquellos espíritus que están al servicio de Dios, y a quienes se entregan los pecadores para ser castigados. Nosotros pensamos que se dice hiperbólicamente, que por la magnitud de los males inminentes, incluso los montes se conmuevan, y las calles de las ciudades se llenen de cadáveres de muertos. Esto sucedió a los judíos después de la pasión del Señor bajo Vespasiano y Adriano, nadie lo duda. Y aunque estas cosas han sucedido, no se ha apartado su ira: pero aún está extendida su mano, o elevada, que muestra el hábito de quien se enoja y golpea. Y es notable en todo esto, que no les reproche la idolatría, ni otros pecados, por los cuales hayan ofendido a Dios, sino porque han desechado la ley del Evangelio, y han blasfemado la palabra del Señor.

(Vers. 26 y ss.) Y levantará una señal en las naciones lejanas, y silbará hacia él desde los confines de la tierra, y he aquí que vendrá rápido y velozmente. Y no habrá en él quien desfallezca, ni quien se canse: no dormitará, ni dormirá, ni se soltará el cinturón de sus lomos, ni se romperá la correa de su calzado. Sus flechas son agudas, y todos sus arcos están tensos: las pezuñas de sus caballos son como pedernal, y sus ruedas como el ímpetu de la tempestad. Su rugido es como el de un león, rugirá como los cachorros de los leones, y crujirá los dientes, y tomará la presa, y la abrazará, y no habrá quien la libre. Y sonará sobre él en aquel día como el sonido del mar: miraremos a la tierra, y he aquí tinieblas de tribulación, y la luz se ha oscurecido con su oscuridad. Los hebreos entienden que este lugar se profetiza sobre los babilonios y Nabucodonosor, que por voluntad de Dios fue llevado a Judea y Jerusalén, y destruyó el templo. Nosotros, siguiendo el orden, y uniendo lo siguiente con lo anterior, decimos que la señal fue levantada en las naciones lejanas, y que el Señor silbó, o los atrajo desde los confines de la tierra; porque han desechado la ley del Evangelio, y han blasfemado la palabra santa. Porque si se tratara de los babilonios, según la costumbre profética habría dicho: Llamaré al que está en el norte, ya que según la ubicación de Judea, los asirios y caldeos están en la región septentrional. O ciertamente describiría más claramente a los babilonios y asirios. Pero ahora, al decir: Levantará una señal en las naciones lejanas, y silbará hacia él desde los confines de la tierra, significa a las naciones que están lejos, y que habitan en los confines de la tierra: sin duda los romanos, y todos los pueblos de Italia, las Galias y España, que estaban bajo el imperio romano bajo Vespasiano y Adriano. De ahí que

Italia, por el hecho de que allí se pone Hesperus, antiguamente se llamaba Hesperia. Y con este que vino fue golpeado, y todos los montes de Judea se turbaron, como interpretó Theodotion y Symmachus, o se conmovieron, como puso Aquila, o se amargaron, como tradujeron los LXX, para que con el ímpetu de los enemigos todas las calles se llenaran de cadáveres de muertos. Por lo tanto, el discurso divino describe la velocidad del ejército que viene, que no vino por su propia voluntad, sino por la del Señor; más bien fue atraído, y provocado por su silbido, que no desfalleció, ni se cansó con tan largo viaje, y por el deseo de saquear, no admitió el sueño en sus ojos, sus calzados tampoco se desgastaron, la multitud de arqueros, las tropas de caballería, el fervor de los carros y cuadrigas, que como león, no vino tanto a luchar, sino a saquear y devorar, y el ulular del ejército vencedor se compara con las olas del mar. De lo cual es notable en las Escrituras donde se menciona el sonido del mar, qué significa. Cuando venga el ejército romano, y tome la presa, y no haya quien la libre, el Profeta, con afecto compasivo, se une al pueblo, y dice: Miraremos a la tierra y he aquí tinieblas de tribulación. Porque no nos atreveremos a mirar al cielo, cuyo habitante hemos ofendido: y nuestra luz que siempre teníamos en Dios, ha sido oscurecida por la caligine de las tribulaciones. Leí en los Comentarios de alguien, que esto que se dice: Levantará una señal en las naciones lejanas, y silbará hacia él desde los confines de la tierra, debe entenderse sobre la vocación de las naciones, que al elevarse la señal de la Cruz, y al dejar las cargas de los pecados, vinieron rápidamente y creyeron. Pero no sé cómo pueden concordar con este sentido las cosas que siguen.

LIBRO TERCERO.

Me basta con la magnitud de los volúmenes, que se tejen en la explicación del profeta Isaías, donde omitir algo es una pérdida para la inteligencia. Por lo tanto, en cada uno de los libros, que solo significan número y orden, he puesto breves prefacios. Y te ruego, virgen de Cristo Eustoquio, que en la exposición de la visión más difícil me ayudes con tus oraciones: en la cual Dios Todopoderoso se ve en su majestad; y dos Serafines están de pie a su alrededor y claman: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria; y el umbral del templo se conmueve y se sacude, y la casa judía está llena de las tinieblas del error. Y en comparación con la gloria divina, el Profeta dice tener labios impuros, y habitar en medio de un pueblo blasfemo, que con una voz impía clamaban: Crucifícalo, crucifícalo; y, No tenemos rey, sino a César (Juan XIX, 6 y 15). Y uno de los Serafines fue enviado a Isaías, que con unas tenazas tomó un carbón del altar, y purificó los labios del profeta, y el pueblo permaneció impuro. El tercer libro sobre Isaías tiene este comienzo.

(Cap. VI,---Vers. 1.) En el año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado. Que Isaías profetizó bajo cuatro reyes, sobre Judá y Jerusalén, se demostró en el título de la primera visión; es decir, bajo Ozías, Jotam; Acaz y Ezequías. Muerto Ozías, bajo quien se dijeron todas las cosas que expusimos antes, le sucedió su hijo Jotam, que reinó dieciséis años, e hizo lo recto ante los ojos del Señor, y construyó la puerta alta del templo. Durante su reinado, Isaías vio al Señor sentado sobre un trono alto y elevado, para mostrar el hábito de quien reina.

Y las cosas que estaban debajo de él llenaban el Templo, o como Teodocio y Símaco tradujeron: Y las cosas que estaban bajo sus pies llenaban el Templo. Por lo cual los Setenta interpretaron: Y la casa estaba llena de su gloria. De esta visión, hace unos treinta años, cuando estaba en Constantinopla, y bajo la tutela del elocuentísimo Gregorio Nacianceno, entonces obispo de esa ciudad, me dedicaba al estudio de las Sagradas Escrituras, recuerdo haber dictado un breve y repentino tratado, para probar mi pequeño ingenio y obedecer a los

amigos que lo pedían. Remito al lector a ese librito, y le ruego que se contente con esta breve exposición del momento. La historia sagrada narra que Ozías, por reclamar para sí el sacerdocio ilícito, fue golpeado con lepra; y cuando murió, el Señor se apareció en el Templo que él había profanado (II Crónicas XXVI). De esto entendemos que, mientras reine en nosotros un rey leproso, no podemos ver al Señor reinando en su majestad, ni conocer los misterios de la santa Trinidad. Por eso, en Éxodo, después de que murió el Faraón, que oprimía a Israel con barro, paja y ladrillos, el pueblo clamó al Señor, cosa que no podía hacer mientras él vivía. Y Ezequiel, cuando murió Paltías, hijo de Benaías, un príncipe malvado, cayó sobre su rostro y clamó en voz alta al Señor. Y bellamente, según el hebreo, no era el Señor mismo quien llenaba el Templo, cuyo trono es el cielo y la tierra el escabel de sus pies; y de quien leemos en otro lugar: El Señor está en su santo Templo, el Señor tiene su trono en el cielo (Salmo X, 5); sino que las cosas que estaban bajo sus pies llenaban el Templo (Isaías LXVI). Sin embargo, aprendemos más plenamente quién es este Señor que se ve en el evangelista Juan y en los Hechos de los Apóstoles. De los cuales Juan dice: Esto dijo Isaías cuando vio su gloria y habló de él (Juan XII, 41), sin duda refiriéndose a Cristo. Nuevamente, Pablo en los Hechos de los Apóstoles, cuando habla en Roma a los judíos: Bien, dice, el Espíritu Santo habló por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo y di: De oído oiréis y no entenderéis, y viendo veréis y no percibiréis; porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos, no sea que vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane (Hechos XXVIII, 26, 27). El Hijo fue visto en el hábito de un rey, y el Espíritu Santo habló por la comunión de la majestad y la unidad de la sustancia. Alguien podría preguntar cómo ahora el Profeta dice haber visto al Señor, y no simplemente al Señor, sino al Señor de los ejércitos, como él mismo testifica en lo que sigue; cuando el evangelista Juan dijo: A Dios nadie lo ha visto jamás (Juan I, 20). Y Dios le habla a Moisés: No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre verá mi rostro y vivirá (Éxodo XXXIII, 20). A lo que responderemos, no solo la divinidad del Padre, sino que ni siquiera la del Hijo y el Espíritu Santo, porque hay una sola naturaleza en la Trinidad, puede ser vista por los ojos de la carne; sino por los ojos de la mente, de los cuales el mismo Salvador dice: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). Leemos que el Señor se apareció a Abraham en forma de hombre: y con Jacob luchó como un hombre, quien era Dios. Por eso el lugar fue llamado Fanuel, que significa rostro de Dios: Porque vi, dice, al Señor cara a cara, y mi alma fue salvada (Génesis XXXII). Ezequiel también vio al Señor en forma de hombre sentado sobre los querubines, desde sus lomos hacia abajo era como fuego, y la parte superior tenía la apariencia de electro (Ezequiel I). Por lo tanto, la naturaleza de Dios no se ve, sino que se aparece a los hombres como él quiere.

(Vers. 2.) Los serafines estaban sobre él, seis alas a uno, y seis alas al otro: con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y clamaban el uno al otro, y decían: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Esto que nosotros, siguiendo a otros intérpretes y la verdad hebrea, en la que está escrito MEMMALLO, es decir, ἐπάνω αὐτοῦ, que en latín se dice, sobre él, hemos traducido: los Setenta tradujeron alrededor de él, para que no se describa a los serafines de pie sobre el Templo, sino alrededor del Señor. Nuevamente, donde dijimos que uno de los serafines cubría su rostro y sus pies, por lo cual se entiende, de Dios: en hebreo está escrito PHANAU y REGLAU (), que puede interpretarse tanto como suyo, como suyos: para que los serafines, según la ambigüedad del idioma hebreo, se diga que cubren tanto el rostro y los pies de Dios, como su propio rostro y pies. En el salmo setenta y nueve leemos: Tú que te sientas sobre los querubines, muéstrate (Salmo LXXIX, 3): que en nuestro idioma se interpretan como multitud de conocimiento. Por eso el Señor se muestra sentado abiertamente sobre los

querubines como un auriga. Sin embargo, no sé haber leído en las Escrituras Canónicas sobre los serafines en otro lugar, que se dice que están de pie sobre el Templo, o alrededor del Señor. Por lo tanto, se equivocan quienes suelen decir en las oraciones: Tú que te sientas sobre los querubines y los serafines, lo cual la Escritura no enseña. Los serafines se interpretan como ἐμπρησταὶ, que podemos decir incendiarios, o quemadores, según lo que leemos en otro lugar: Él hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente (Salmo CIII, 5). Por eso el apóstol Pablo en la Epístola a los Hebreos, que la costumbre latina no acepta: ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación? (Hebreos I, 14). También Daniel, después de haber descrito al Señor en el hábito de un rey, añadió: Miles de millares le servían, y millones de millones estaban delante de él (Daniel VII, 10). En los querubines, por lo tanto, se muestra al Señor: en los serafines se muestra en parte, en parte se oculta. Porque cubren su rostro y sus pies, ya que no podemos conocer lo que fue antes del mundo, ni lo que será después del mundo; sino que solo contemplamos lo que fue hecho en seis días. No es de extrañar creer esto de los serafines, ya que también los apóstoles revelan al Salvador a los creyentes, y lo ocultan a los incrédulos: y había un velo delante del Arca del Testimonio (Éxodo XL). También se dice que tienen alas, por la velocidad y el movimiento en todas partes: o porque siempre habitan en las alturas. Porque lo que se dice de los vientos: Él camina sobre las alas del viento (Salmo CIII, 4), no testifica que los vientos, según las fábulas de los poetas y la licencia de los pintores, tengan alas; sino que se refiere al rápido movimiento en todas partes. Y cada uno tiene seis alas; porque solo conocemos la fabricación del mundo y de este siglo presente. Lo que claman, el uno al otro, o, según los hebreos, este a aquel, es decir, uno a uno, se exhortan mutuamente a las alabanzas del Señor, y dicen: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, para demostrar el misterio de la Trinidad en una sola Divinidad: y no testifican que el Templo de los judíos, como antes, sino que toda la tierra está llena de su gloria, quien por nuestra salvación se dignó asumir un cuerpo humano y descender a la tierra. Finalmente, también a Moisés, cuando rogaba al Señor por el becerro adorado, para que perdonara al pueblo pecador, el Señor respondió: Les seré propicio. Sin embargo, vivo yo, y vive mi nombre: porque toda la tierra se llenará de mi gloria (Números XIV, 20, 21). Y el salmo setenta y uno canta: Toda la tierra se llenará de su gloria (Salmo LXXI, 19). Por eso, los ángeles clamaban a los pastores: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). Por lo tanto, es impío que algunos entiendan a los dos serafines como el Hijo y el Espíritu Santo: ya que, según el evangelista Juan y el apóstol Pablo, enseñamos que el Hijo de Dios fue visto en la majestad de un rey, y que el Espíritu Santo habló. Algunos latinos entienden a los dos serafines como el Antiguo y el Nuevo Testamento, que solo hablan de este siglo presente. Por eso se dice que tienen seis alas, y que cubren el rostro y los pies de Dios, y que proclaman con fervor el testimonio de la verdad, y que todo lo que claman muestra los sacramentos de la Trinidad. Y se maravillan mutuamente de que el Señor de los ejércitos, puesto en la forma de Dios Padre, haya tomado la forma de siervo, y se haya humillado hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II), y que no solo las cosas celestiales, como antes, sino también las terrenales lo reconozcan.

(Vers. 4.) Y se conmovieron los umbrales de las puertas por la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Cuando los serafines clamaban, y proclamaban el misterio de la Trinidad en toda la tierra, cuando toda la tierra conoció la pasión del Señor Salvador, inmediatamente se conmovió, o fue quitado el umbral del Templo, y todos sus quicios cayeron, cumpliéndose la amenaza del Salvador, diciendo: Vuestra casa os será dejada desierta (Mateo XXIII, 38). Y qué hermoso es el orden de las palabras. Después de que la tierra se llenó de la gloria del Señor de los ejércitos, el Templo de los judíos se llenó de las tinieblas de la ignorancia, y de oscuridad, y de humo, que es nocivo para los ojos. O ciertamente, por el humo del Templo se

muestra el incendio. Porque primero se predicó el Evangelio del Salvador en todo el mundo, y después de cuarenta y dos años de la pasión del Señor, Jerusalén fue capturada, y el Templo fue incendiado. Los judíos piensan que el Templo lleno de humo significa incienso, es decir, el advenimiento de la majestad divina.

(Vers. 5.) Y dije: ¡Ay de mí porque he callado, porque soy hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo que tiene labios impuros, y he visto al rey, al Señor de los ejércitos, con mis ojos! Y Abraham, después de haber visto al Señor, y haber oído su voz, dice que es tierra y ceniza (Génesis XVIII) e Isaías, según los Setenta Intérpretes, testifica que está compungido, no por otros crímenes, sino porque tenía labios impuros. Feliz conciencia, que solo pecó en el habla, no por su propio vicio, sino por la sociedad de un pueblo que tiene labios impuros, con el cual se veía obligado a hablar frecuentemente. De esto se muestra que es nocivo vivir con pecadores: Porque el que toca la pez, se ensuciará con ella (Eclesiástico XIII, 1). Pero porque en hebreo leemos: ¡Ay de mí, porque he callado!, el Profeta se lamenta de no haber sido digno de alabar al Señor de los ejércitos, con los serafines, que entendemos como fortalezas angélicas. No se atrevió a alabar al Señor porque tenía labios impuros. Y tenía labios impuros porque se relacionaba con un pueblo pecador. O ciertamente debe entenderse así: Porque he callado, y no he corregido audazmente al impío rey Ozías, por eso mis labios son impuros, y no me atrevo a cantar las alabanzas del Señor con los ángeles, no sea que se me diga: ¿Por qué tú narras mis justicias, y tomas mi pacto en tu boca? (Salmo XLIX, 16). Porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Eclesiástico XV, 9). Esto lo decimos, no porque enseñemos que Isaías fue tal; sino porque él mismo, por humildad, y solo por tener labios impuros, se confiesa indigno de la alabanza de Dios.

(Vers. 6.) Y voló hacia mí uno de los serafines, y en su mano tenía un carbón, que había tomado con unas tenazas del altar, y tocó mi boca, y dijo: He aquí que esto ha tocado tus labios, y será quitada tu iniquidad, y tu pecado será purificado. Voló, o fue enviado uno de los serafines, que se interpreta como incendiario, para purificar los labios impuros del Profeta, y con el carbón o piedra que había tomado del altar, los purificó. Muchos piensan que hay dos serafines, porque clamaba el uno al otro, aunque también pueden ser muchos clamando cada uno a cada uno; y la edición de los Setenta más bien indica muchos, que interpretaron: Los serafines estaban alrededor de él. Si se tratara de dos, no habrían dicho alrededor, sino de cada lado. Y esto conviene a la multitud de ángeles, que está preparada para el ministerio de Dios. Los serafines se llaman en plural, y en singular seraf: como querubines, y querub. Lo que el altar bajo el cual están las almas de los mártires, parece estar en el cielo, y Juan lo menciona en el Apocalipsis (Apocalipsis VI): y este carbón que solo los Setenta interpretan como ἄνθρας, es decir, carbunclo, puede no significar carbón, o brasa, como muchos piensan, sino ἄνθρακα, es decir, piedra carbunclo, que por su semejanza de color flameante se llama ígnea. De esto entendemos que el altar de Dios está lleno de carbunclos, es decir, piedras ígneas y brasas, que purifican los pecados. Por eso leemos que de Dios se dice: Carbones encendidos salieron de él (Salmo XVII, 9). Y de él mismo se dice que es fuego consumidor. Y el Salvador en el Evangelio: Fuego vine a echar en la tierra (Lucas XII, 49): para bautizar en Espíritu Santo y fuego. Porque la obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará (I Corintios III). Y el que ha de ser salvo, así será salvo, como por fuego. Y esto es notable, que a Jeremías, a quien se le dijo: Antes de que te formara en el vientre te conocí, y en el vientre de tu madre te santifiqué (Jeremías I, 5), porque no tenía labios impuros, sino que solo había dicho: no sé hablar, porque soy joven, el mismo Señor extendió su mano, y tocó su boca, y dijo: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca. Pero a Isaías, que había dicho: Soy hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo que

tiene labios impuros, no se le extiende la mano de Dios, sino que se envía un serafín de Dios, o vuela por su propia voluntad, porque está destinado a este oficio. Y en su mano tiene un carbón, que según los Setenta y Teodocio, con unas tenazas: según Aquila y Símaco, que siguieron el hebreo, con tenazas lo tomó, es decir, MALCAIM (), para tocar su boca, y purgar sus pecados pasados. Algunos de los nuestros piensan que las tenazas, con las que se toma el carbón, son los dos Testamentos, que están unidos entre sí por la unión del Espíritu Santo. Y porque el Señor se introduce sentado, y sentado en el Templo, y la casa se llenó de humo, como piensan los judíos, de incienso; consecuentemente se mencionan también las tenazas, que también leemos en el ministerio sacerdotal (Éxodo XXXVII).

(Vers. 8.) Y oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Y dije: Heme aquí, envíame a mí. Por lo que tanto nosotros como todos los demás intérpretes hemos traducido, por nosotros, que en hebreo se dice LANU (), no sé por qué los Setenta pusieron al pueblo este, que en absoluto no se encuentra en hebreo. Cuando se dice desde la persona de Dios, por nosotros, debe entenderse en el sentido en que también se lee en Génesis: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I, 26), para indicar el sacramento de la Trinidad. Porque así como leemos en el Evangelio, diciendo el Señor: Yo y el Padre uno somos (Juan X, 30); y uno se refiere a la naturaleza, somos, a la diversidad de personas: así, mandando el Señor, la Trinidad manda. Por eso el Señor no dice a quién debe enviar, sino que propone la opción a los oyentes, para que la voluntad obtenga la recompensa. Y el Profeta no promete ir por temeridad y arrogancia de su propia conciencia; sino con confianza: porque sus labios han sido purificados, y la iniquidad quitada, y el pecado limpiado. Así también Moisés, a quien el Señor le dijo: Ven, te enviaré a Faraón, rey de Egipto (Éxodo III, 10), y él dijo: Te ruego, Señor, no soy digno, busca a otro a quien enviar, o como se lee en hebreo, Envía a quien has de enviar (Éxodo IV, 13), no respondió por desprecio, sino por humildad, porque no había oído nada sobre sus labios purificados, quien había sido instruido en toda la sabiduría de los egipcios. E Isaías no se ofrece por su propio mérito, sino por la gracia del Señor, por la cual fue purificado, para el ministerio. Otros piensan que Isaías se ofreció porque pensaba que iba a anunciar cosas prósperas al pueblo: pero cuando oyó: Ve, y di a este pueblo: De oído oiréis, y no entenderéis, y viendo veréis, y no conoceréis (Isaías VI, 9), por eso en lo que sigue, cuando la voz del Señor le dice: Clama, no clama de inmediato, sino que pregunta, ¿qué clamaré? Y Jeremías, a quien se le había dicho: Toma la copa, y harás beber a todas las naciones a las que yo te envíe (Jeremías XXV, 15), aceptando de buen grado la copa de los suplicios, para que la bebieran las naciones adversarias, y vomitaran, y cayeran, después de haber oído, ve, y primero harás beber a Jerusalén, respondió: Me has engañado, Señor, y fui engañado (Jeremías XX, 7). Esta es la observación de los hebreos. Sin embargo, nosotros decimos que no fue por temeridad, sino por obediencia, que se ofreció al Señor para ser enviado.

(Vers. 9 seqq.) Y dijo: Ve, y di a este pueblo: De oído oiréis, y no entenderéis, y veréis con la vista, y no conoceréis. Ciega el corazón de este pueblo, y endurece sus oídos, y cierra sus ojos, no sea que vea con sus ojos, y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta, y sea sanado. Los Setenta interpretaron este lugar tal como el evangelista Lucas lo puso en los Hechos de los Apóstoles: Y como no estuvieran de acuerdo entre sí, sin duda los judíos, se iban, diciendo Pablo una palabra: Porque bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: ve a este pueblo, y di: De oído oiréis, y no entenderéis, y viendo veréis, y no percibiréis; porque se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con los oídos pesadamente oyeron, y cerraron sus ojos, no sea que vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y los sane (Hech. XXVIII, 25 seqq.). Pero en cuanto a cuándo se cumplió esta profecía, el mismo apóstol Pablo

habla en lo siguiente: Sepa, pues, que a los gentiles ha sido enviado este salvación de Dios, y ellos oirán (Hech. XXVIII, 28). Por eso también leemos en los mismos Hechos de los Apóstoles, que Pablo y Bernabé, al no querer los judíos creer, dijeron: A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios, pero ya que la rechazasteis, y os juzgasteis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hech. XIII, 46, 47). Así nos lo mandó el Señor: Te he puesto como luz para los gentiles, para que seas salvación hasta el extremo de la tierra (Isa. XLIX, 6). Por lo tanto, según los Setenta, es fácil la interpretación de que el profeta Isaías, por mandato del Señor, predica lo que el pueblo va a hacer. En hebreo hay dificultad en cómo el mismo Dios manda al pueblo que oiga de oído y no entienda, y viendo vea y no reconozca, y luego el profeta es inducido a hablar, y ruega al Señor y dice: Ciega el corazón de este pueblo, y endurece sus oídos, y cierra sus ojos, no sea que vea con sus ojos, y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta, y sea sanado (Isa. VI, 10). Y primero debe resolverse aquella cuestión que se nos puede objetar: ¿por qué el apóstol Pablo, al discutir con los hebreos, no habló según el hebreo, que sabía que era correcto, sino según los Setenta? Los antiguos tratadistas de la Iglesia dicen que el evangelista Lucas era muy conocedor del arte de la medicina, y sabía más letras griegas que hebreas. Por eso su discurso, tanto en el Evangelio como en los Hechos de los Apóstoles, es más elegante en ambos volúmenes, y huele a elocuencia secular, y usa más testimonios griegos que hebreos. Pero Mateo y Juan, de los cuales uno escribió el Evangelio en hebreo y el otro en griego, presentan testimonios del hebreo, como aquel: De Egipto llamé a mi hijo (Ose. II, 1). Y: Porque será llamado Nazareno (Mat. II, 23). Y: Ríos de agua viva fluirán de su interior (Juan VII, 38). Y: Verán al que traspasaron (Zac. XII, 10; Juan XIX, 37), y otros similares. También se objeta la Epístola a los Hebreos de Pablo, porque al escribir a los hebreos usa testimonios que no se encuentran en los volúmenes hebreos. Pero si alguien dijera que los libros hebreos fueron falsificados después por los judíos, que escuche lo que Orígenes responde a esta pequeña cuestión en el octavo volumen de las Explicaciones de Isaías, que nunca el Señor y los Apóstoles, que acusan otros crímenes en los escribas y fariseos, habrían guardado silencio sobre este crimen, que era el mayor. Pero si dijeran que después de la venida del Señor Salvador y la predicación de los Apóstoles, los libros hebreos fueron falsificados, no podré contener la risa, como si el Salvador, los evangelistas y los apóstoles hubieran presentado testimonios de tal manera que los judíos después los falsificarían. Sobre el presente lugar, se debe decir que es en vano que recurramos a la traducción de los Setenta, para que no parezca blasfemo lo que se dice según el hebreo: De oído oiréis, y no entenderéis: y veréis visión, y no conoceréis, cuando tales testimonios también los encontramos en los Setenta Intérpretes, como aquel en Éxodo que se dice a Faraón: Por eso te he levantado, para mostrar en ti mi poder (Éxod. IX, 16). Pero si él mismo levantó y endureció el corazón de Faraón para que no creyera: y de otros se dice: Dios les dio espíritu de estupor, ojos para no ver, y oídos para no oír (Rom. XI, 8); y en los Salmos: Sea su mesa un lazo, y una trampa, y un escándalo, y una retribución: oscurezcan sus ojos para que no vean, y encorven siempre sus espaldas (Sal. LXVIII, 23, 24): no son ellos culpables por no ver; sino aquel que dio ojos para no ver. Por lo tanto, incluso sin este testimonio, que ahora intentamos explicar, permanece la misma cuestión en las Iglesias, y o se resolverán estas y las demás, o con las demás esta será insoluble. El bienaventurado apóstol Pablo explica más plenamente este lugar a los Romanos, y lo que él persiguió casi toda la epístola, nosotros lo hacemos superfluo si queremos comprenderlo en breve discurso. Porque dice después de mucho: Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos (Rom. XI, 32). Admirando los misterios del Señor, añadió: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Y de nuevo, discutiendo sobre la incredulidad de los judíos, dice: ¿Acaso pecaron para caer? ¡De ninguna manera! Sino que por su delito la salvación de

los gentiles se hizo para provocarlos a celos (Rom. XI, 11). Y poco después: Porque si su rechazo es la reconciliación del mundo, ¿qué será su aceptación? ¿No será vida de entre los muertos? Y de nuevo: No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no seáis sabios en vuestra propia opinión, que la ceguera en parte ha acontecido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y entonces todo Israel será salvo. Y poco después (Rom. XI, 25): Según el Evangelio, son enemigos por causa de vosotros, pero según la elección, son amados por causa de los padres: porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. Porque así como vosotros, dice, en otro tiempo no creísteis a Dios, ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos: así también estos ahora no han creído en vuestra misericordia, para que también ellos alcancen misericordia. Porque Dios encerró a todos bajo pecado, para tener misericordia de todos. Por lo tanto, no es crueldad de Dios, sino misericordia que una nación perezca, para que todas sean salvas: que parte de los judíos no vea, para que todo el mundo vea. Por eso el mismo Señor en el Evangelio convierte el misterio del ciego de nacimiento, que recibió la vista, en una tropología, y dice: Para juicio he venido a este mundo, para que los que ven no vean, y los que no ven vean (Juan IX, 39). Y en otro lugar Simeón habla: He aquí, este está puesto para caída y para levantamiento de muchos (Luc. II, 34). Así que mientras ellos no ven, nosotros vemos: mientras ellos caen, nosotros nos levantamos. Entendiendo esto el Profeta, de alguna manera con otras palabras dice: Oh Señor, me mandas hablar al pueblo de los judíos, para que oigan y no entiendan al Salvador, y lo vean y no lo reconozcan. Si quieres que se cumpla tu mandato, y que todo el mundo sea salvo, lo cual también yo deseo que suceda, tú ciega el corazón de este pueblo y endurece sus oídos, y cierra sus ojos, para que no entiendan, no oigan, no vean. Porque si ellos ven, y se convierten, y entienden, y son sanados, todo el mundo no recibirá sanidad. De lo cual advertimos que, aunque el pecado sea grave, si alguien se convierte, puede ser sanado. Y al mismo tiempo, también se debe entender que por la magnitud del crimen han sido juzgados indignos incluso de penitencia. El mismo Señor diciendo a Jerusalén: Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste (Mat. XXIII, 37).

(Vers. 11-13.) Y dije, ¿hasta cuándo, Señor? Y dijo, hasta que las ciudades queden desoladas sin habitante, y las casas sin hombres, y la tierra quede desierta. Y el Señor alejará a los hombres, y se multiplicará lo que fue dejado en medio de la tierra. Y aún en ella habrá una décima parte, y de nuevo será para despojo, como el terebinto, y como la encina que ha arrojado sus frutos, la simiente santa será lo que quede en ella. Diciendo el Señor: Ve, y di a este pueblo, que oiga y no oiga, que vea y no vea. Por eso no oirá, ni verá: porque no entenderá las palabras del Señor, ni conocerá sus obras, y porque se ha engrosado, y dilatado, y olvidado de su Creador (Deut. XXXII). El profeta responde, y pregunta solícito por su pueblo: ¿Hasta cuándo, Señor, permanecerá esta sentencia, para que oyendo no oiga; y viendo no vea? A lo cual responde el Señor, que no oirá, ni verá, y tendrá el corazón cegado, hasta que las ciudades de Judea, con Vespasiano y Tito combatiendo, sean completamente subvertidas, tanto que ni siquiera el nombre antiguo permanezca, y las casas que queden; estén sin habitante, y la tierra sea reducida a soledad; y por huida o cautiverio el pueblo judío sea dispersado por todo el mundo: y no ya en Judea, como antes, sino en todas las naciones el pueblo de los judíos se multiplique. Pero lo que digo que se multiplique, tanta será la infelicidad del pueblo restante, que en comparación con la multitud anterior, apenas quedará una décima parte. Y aunque en la misma tierra haya soledad (este lugar puede entenderse de dos maneras, que la décima parte, y en todo el mundo apenas quede, y en la misma Judea apenas quede una pequeña parte del pueblo) de nuevo esas reliquias serán para despojo, cuando después de casi cincuenta años venga Adriano, y haya despojado completamente la tierra de Judea, tanto que se compare al terebinto, y a la encina que ha perdido sus bellotas.

Finalmente, después de la última devastación, incluso las leyes públicas se suspendieron, y se prohibió a los judíos entrar en la tierra de la que habían sido expulsados. Pero si alguien creyera en Cristo, y se cumpliera aquello que leímos antes: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado simiente, como Sodoma seríamos, y semejantes a Gomorra (Isa. I, 9): cuando según el Apóstol (Rom. IX), las reliquias serán salvas; esta simiente santa será, y de la descendencia de los Apóstoles brotarán todas las Iglesias. Lo que dijimos, la simiente santa será lo que quede en ella, o según Aquila, la simiente santa será su germen, no se encuentra en los Setenta Intérpretes, pero fue añadido del hebreo y de la edición de Teodoción por Orígenes; se lleva en los ejemplares de la Iglesia, para que después de que haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel sea salvo; y se cumpla también en esto la palabra del Señor, diciendo: Yo mataré, y yo haré vivir, y heriré, y yo sanaré (Deut. XXXII, 39).

(Cap. VII.---Vers. 1, 2.) Y aconteció en los días de Acaz hijo de Jotam hijo de Ozías rey de Judá: Subió Rezín rey de Siria, y Peka hijo de Remalías rey de Israel, a Jerusalén para pelear contra ella, y no pudieron vencerla. Y avisaron a la casa de David diciendo: Siria se ha confederado con Efraín, y se conmovió su corazón, y el corazón de su pueblo, como se mueven los árboles del bosque a causa del viento. Ozías, también llamado Azarías, rey de Judá, reinó en Jerusalén cincuenta y dos años (IV Rey. XV). En cuyo tiempo ya pasado vio Isaías lo que el discurso anterior discutió. Al morir él, y reinando en su lugar Jotam su hijo, rey justísimo, el profeta vio inmediatamente al Señor Salvador en su majestad reinante, y anunciando la ceguera del pueblo judío, y la subversión de Jerusalén, y de las otras ciudades bajo Vespasiano, y Adriano: y cómo en los Apóstoles las reliquias serán salvadas. El tercer rey hijo de Jotam sucede Acaz impiísimo (IV Rey. XVI; II Par. XXVIII), quien cerró las puertas del templo, y en el valle de Benhinnom adoró a los Baales, y consagró a su hijo a los ídolos. Tanto que quitó el altar de bronce, que Salomón había hecho, y puso en el Templo de Dios un altar de ídolos, cuyo modelo había tomado de Damasco. Justamente, pues, fue abandonado por la ayuda del Señor, y se levantaron contra él Rezín rey de Siria, es decir, Aram, y Peka hijo de Remalías, rey de Israel en Samaria, y vinieron a Jerusalén para asediarla (Ibidem). Leemos en el libro de las Crónicas, que Rezín rey de Damasco, vencido Acaz, trasladó a muchos de Judea a Damasco: y Peka hijo de Remalías rey de las diez tribus, que se llamaban Israel, y reinaba en Samaria, en un día mató a ciento veinte mil hombres de Judá, guerreros, y llevó cautivos a doscientos mil mujeres, niños y niñas con un botín infinito a Samaria. De esta batalla el profeta ahora calla, pero refiere la segunda batalla, cuando teniendo experiencia de su fortaleza y victoria, e invitados por la magnitud del botín, vuelven de nuevo a Judea, y desean vencer a Jerusalén, y no pudieron, porque el Señor le ayudó, para que bajo la ocasión de misericordia, al liberar al pueblo asediado, anunciara a su hijo que nacería de una Virgen. Cuando lo oyó la casa de David, es decir, la casa real, que Siria y Efraín, Rezín, y Peka venían con ejército unido, se aterraron y temieron, y tanto el rey como el pueblo temblaron, como si pensaras que las hojas de los árboles son agitadas por los vientos. Según la anagogía, la interpretación es fácil: que reinando Acaz rey impío, el rey de Aram, que se interpreta como alto y sublime, para indicar la arrogancia de la sabiduría secular: y Peka hijo de Remalías, que también según el profeta Oseas es de la tribu de Efraín, de la cual Jeroboam hijo de Nabat estableció los becerros de oro en Betel, y Dan (III Rey. XXXII), y separó al pueblo de Dios de David, se refiere a los herejes, consintiendo entre sí, para que ataquen a la Iglesia. Cuando lo oiga la casa de David, a quien en Ezequiel leemos que se levantará como buen pastor (Ezequ. XXXIV), y su pueblo creyendo simplemente en el Señor, temblará. Y temblará porque no se compara a árboles frutales, sino a un bosque infructuoso. Pero no hay duda de que los herejes y gentiles luchan contra la casa de David con espadas de argumentos y arte dialéctica: para que quienes discrepan entre sí, consientan

en el ataque a la Iglesia: según aquello que Herodes y Pilato, discordantes entre sí, se unen en amistad en la pasión del Señor.

(Vers. 3, 4 y siguientes.) Y dijo el Señor a Isaías: Sal al encuentro de Acaz, tú y tu hijo Sear Yasub, al extremo del conducto del estanque superior, en el camino del campo del batanero. Y le dirás: Cuida de estar tranquilo, no temas, y que tu corazón no se acobarde ante las dos colas de estos tizones humeantes, por la ira furiosa de Rezín, de Siria, y del hijo de Remalías, porque Siria ha tramado un plan contra ti, junto con Efraín y el hijo de Remalías, diciendo: Subamos contra Judá, aterroricémoslo, conquistémoslo para nosotros, y pongamos en medio de él al hijo de Tabeel como rey. Así dice el Señor Dios: No se mantendrá, ni sucederá esto, sino que la cabeza de Siria es Damasco y la cabeza de Damasco es Rezín, y dentro de sesenta y cinco años, Efraín dejará de ser un pueblo. Y la cabeza de Efraín es Samaria, y la cabeza de Samaria es el hijo de Remalías. Si no creéis, no permaneceréis. Sear Yasub, hijo de Isaías, cuyo nombre significa "un resto volverá", en representación del pueblo de Judá que sería liberado de las manos de dos reyes, es enviado a salir con su padre y encontrarse con el rey Acaz de Judá en el lugar del conducto del estanque superior, en el camino del campo del batanero, donde más tarde leeremos que, bajo el rey Ezequías de Judá, se detuvo Rabsaces, y por orden de Senaquerib, rey de Asiria, blasfemó contra el pueblo de Dios. A este lugar salieron los príncipes de la ciudad enviados por Ezequías, como leemos en el libro de los Reyes. Se le ordena a Acaz (IV Reyes XVIII), aunque sea un rey impío, por la misericordia del Señor, que guarde silencio y no se aterrorice, ni tema su corazón, pensando que sufrirá cosas similares a las que ya había soportado. Llama a las dos colas de tizones humeantes a Rezín, rey de Siria, y a Peka, hijo de Remalías, rey de Samaria, porque en ellos se ha acabado el reino de Siria, es decir, de Damasco, y el reino de Samaria, es decir, de las diez tribus, que también se llamaban Efraín. Pues está escrito (IV Reyes XVI) que Teglatfalasar, rey de Asiria, subió a Damasco bajo el rey Acaz, la devastó, trasladó a sus habitantes a Kir, y mató a Rezín; y que Oseas, hijo de Ela, tendió una emboscada a Peka, hijo de Remalías, lo hirió, lo mató, y reinó en su lugar en Israel durante nueve años; y que Salmanasar, rey de Asiria, vino y sitió Samaria, que ahora se llama Sebaste, durante tres años; y en el noveno año del reinado de Oseas la tomó, y envió a Oseas prisionero a la cárcel, y trasladó a Israel a Asiria, poniéndolos en Halah y en Habor junto al río Gozán en las ciudades, o como los Setenta tradujeron, en los montes de los medos (IV Reyes XVII). Aunque los dos reyes malvados tramaron un plan para subir contra Judá, cuya región está situada en las montañas, y despertarlo de su descanso, y de alguna manera dormido, y someterlo a su imperio, y poner sobre él un rey, el hijo de Tabeel, que significa "buen Dios", para mostrar ya sea a un hombre con este nombre o a un ídolo. Sin embargo, así dice el Señor Dios: Este plan no se mantendrá, sino que por ahora la cabeza de las ciudades de Siria será Damasco, y en la misma metrópoli de Damasco reinará Rezín. En cuanto a Efraín, debido a Jeroboam, hijo de Nabat, que fue el primero en reinar sobre Efraín, la cabeza será Samaria, es decir, la casa real en la ciudad de Samaria, y la cabeza de Samaria será el hijo de Remalías, es decir, Peka: pero el reino de las diez tribus, es decir, el pueblo de Efraín, cesará de existir después de sesenta y cinco años. Si no prestamos atención diligente a esto, no podrá sostenerse. Pues en el duodécimo año de Acaz, hijo de Jotam, en la tribu de Judá, Oseas reinó sobre Samaria, y en el noveno año de su reinado fue capturado (IV Reyes XVII). Acaz reinó sobre Judá dieciséis años (IV Reyes XVI), después de cuya muerte, en el séptimo año de su reinado, Oseas fue capturado, y Samaria fue destruida, y todo el pueblo fue llevado a los medos: de modo que si queremos contar los dieciséis años de Acaz y los siete de Oseas, se hacen veintitrés años, o como mucho, veinticuatro; ¿y dónde estarán los sesenta y cinco años en los que se dice que el reino de Israel terminará? Por lo tanto, los hebreos han explicado este pasaje de tal manera

que Amós, que comenzó a profetizar bajo Ozías, cuando también Isaías comenzó su profecía, fue el primero en profetizar contra Israel, diciendo: Israel será llevado cautivo de su tierra (Amós VII, 11, 17). El título de su profecía es también contra Samaria: y comenzó a profetizar en los días de Ozías, rey de Judá, dos años antes del terremoto, que se dice ocurrió cuando Ozías entró en el Templo de Dios, reclamando para sí el sacerdocio, y la tierra fue golpeada, y las cenizas del altar se derramaron, y el mismo rey fue golpeado con lepra (II Crónicas XXVI). Se dice que fue el vigésimo quinto año de Ozías cuando esto sucedió, de cuyos años restantes son veintisiete. Pues Ozías reinó cincuenta y dos años (IV Reyes XV), después de él reinó su hijo Jotam dieciséis años, y su hijo Acaz otros dieciséis años: después de él reinó Ezequías, en cuyo sexto año de reinado Samaria fue capturada, y así se completan sesenta y cinco años (IV Reyes XVI). Estas cosas, predichas por el Señor a través del profeta, no fueron creídas por Acaz ni por el pueblo. Por lo tanto, se añade: Si no creéis, no permaneceréis, como tradujo Símaco, es decir, y vosotros no permaneceréis en vuestro reino, sino que seréis llevados al cautiverio, sufriendo las penas de aquellos cuya infidelidad habéis imitado. O ciertamente, según los Setenta, no entenderéis. Y el sentido es: porque no creéis en lo que el Señor dice que sucederá, no tendréis entendimiento. Esto hemos dicho según la historia. Sin embargo, según la tropología comenzada, se debe considerar que Isaías es ordenado a encontrarse con el rey impío, saliendo de su lugar, no al principio del conducto de agua, sino en los confines del estanque superior, que estaba en el campo del batanero, donde se purificaban las manchas y suciedades. Aunque Acaz reinaba sobre Judá, sin embargo, porque era impío, habitaba en los confines del estanque superior. Por lo tanto, Dios no se compadece tanto del rey, a quien consideraba indigno de salvación, como de su pueblo. Las dos colas de tizones humeantes, como dijimos antes, representan la sabiduría secular y el discurso herético, cuyo fin es la destrucción. Que en vano tramaron un plan para subir contra Judá, y como si estuviera descuidado y dormido, capturarlo, y unirlo a sus errores, y poner sobre él al rey hijo de Tabeel, es decir, buen Dios. Pues cada adversario considera que la verdad está con él, y que su doctrina es la mejor. Finalmente, el hereje Marción cree que el hijo del buen Dios, es decir, de otro, es Cristo, y no del justo, cuyos son los profetas; a quien llama sanguinario, cruel y juez. A estos que dicen tales cosas, el Señor amenaza que su plan no se mantendrá, sino que por ahora, mientras este mundo permanezca, y las cosas del mundo dominen en sus confines y en sus ciudades. Pero cuando llegue el tiempo de la consumación, es decir, sesenta y cinco años, y tanto las cosas del mundo que fueron hechas en seis días, como todo lo que pertenece a los cinco sentidos, lleguen a su fin, entonces todo será disuelto, lo que los gentiles y herejes no creen que sucederá, y por su infidelidad no entienden lo que se dice.

(Vers. 10, 11.) Y añadió el Señor a hablar a Acaz diciendo: Pide para ti una señal del Señor tu Dios en lo profundo del infierno, o en lo alto arriba. El que antes había hablado a Acaz a través del profeta: Cuida de estar tranquilo, no temas, y demás: como él no creía, y por lo tanto no entendía, él mismo habla a Acaz: para que al menos, aterrorizado por la autoridad del Señor, acepte lo que se dice. Porque te parece difícil, dice, que los reinos más poderosos sean destruidos en poco tiempo, y tú y tu pueblo seáis liberados de un gran peligro; pide para ti una señal, no de los ídolos, en cuyo error estás retenido, sino del Señor tu Dios que te promete ayuda, y la señal misma de tu elección es de donde debes pedir, ya sea de lo profundo, o de lo alto. Lo que solo los Setenta han dicho, los demás han traducido más significativamente según el hebreo, de lo profundo del infierno. Por lo tanto, así como lo profundo significa el infierno; así debemos entender lo alto como sobre los cielos: para que cuando hayas recibido una señal del infierno o de lo alto, creas en lo que he dicho que sucederá. ¿Quieres, dice, que la tierra se abra, y con una gran abertura se descubran los infiernos, que se dice que están en el corazón de la tierra: o que se abran los cielos? Lo cual

ambos pertenecen al tipo de la muerte del Señor y su ascensión: Porque el que descendió, es el mismo que también ascendió (Efesios IV, 10). Y leemos en el Apóstol: No digas en tu corazón, ¿quién subirá al cielo? esto es, para hacer descender a Cristo. O, ¿quién descenderá al abismo? esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos (Romanos X, 6, 7). Y en otro lugar, discutiendo sobre Cristo, dice: Cuál es la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad de la ciencia y amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento (Efesios III, 18). Esto en cuanto a los significados místicos. Sin embargo, Moisés también recibió señales de la tierra, de las cuales leemos en los Salmos: Envió señales y prodigios en medio de ti, Egipto (Salmo CXXXIV, 9), ranas, langostas, mosquitos, y tábanos; del cielo, granizo y fuego y tres días de tinieblas. Yo creo que también Ezequías, cuando el sol retrocedió diez grados, recibió una señal del cielo (IV Reyes XX): y Josué, hijo de Nun, en Gabaón y Aialón, con el sol y la luna deteniéndose (Josué X). Muchos piensan que Saúl recibió una señal de la tierra, y de lo profundo del infierno, cuando pareció haber resucitado a Samuel a través de encantamientos y artes mágicas (I Samuel XXVIII). Pero también el profeta Jonás, liberado del abismo y de las fauces de la muerte, dio y recibió una señal del infierno (Jonás II). He leído en los comentarios de alguien que este pasaje fue interpretado alegóricamente, para entender lo profundo y lo alto como cosas sensibles e inteligibles, que podemos llamar sensibles e inteligibles, de las cuales una se refiere a los sentidos, y la otra a la mente y la razón. También interpreta a la virgen como el alma, que no está corrompida por ninguna conciencia de pecado, y puede engendrar de sí misma a Emmanuel, Dios con nosotros, es decir, la palabra de Dios presente. Pero nosotros no comemos las carnes del cordero cocidas (Éxodo XII), sino asadas, y que en nosotros puedan secar todas las humedades de las pasiones, para que no descuidemos el sacramento de nuestra fe, mientras pensamos más de lo que debemos pensar.

(Vers. 12.) Y dijo Acaz: No pediré, y no tentaré al Señor. No es por humildad, sino por soberbia, que no quiere pedir una señal al Señor. Aunque está escrito en el Deuteronomio: No tentarás al Señor tu Dios (Deuteronomio VI, 16), y el Salvador usó este testimonio contra el diablo (Mateo IV): sin embargo, al ser ordenado a pedir, debió cumplir el mandato con obediencia, especialmente cuando Gedeón y Manoa pidieron y recibieron una señal (Jueces VI y XIII). Aunque según la ambigüedad del idioma hebreo, en el que está escrito ULO ENASSE ADONAI (), y todos han traducido de manera similar, no tentaré al Señor, podría leerse, no exaltaré al Señor. Pues el rey impío sabía que si pedía una señal, la recibiría, y el Señor sería glorificado. Por lo tanto, como adorador de ídolos, que había establecido altares en todos los rincones de las calles y en las montañas y bosques sagrados, y tenía fanáticos en lugar de levitas; no quiere pedir la señal que se le ha ordenado.

(Vers. 13.) Y dijo, escuchad entonces, casa de David: ¿Acaso es poco para vosotros ser molestos a los hombres, que también sois molestos a mi Dios? ¿Quién es el que dijo: Escuchad entonces, casa de David? De ninguna manera es Dios quien antes había dicho a Acaz: Pide para ti una señal del Señor tu Dios; sino el Profeta, como se comprueba por lo que sigue: Porque sois molestos a mi Dios. Y el sentido es: porque no solo perseguís a los profetas, y despreciáis sus palabras; sino que también contradecís la sentencia del Dios presente y mandante; de modo que le causáis trabajo, quien en otro lugar dice: Me he cansado de soportar (Isaías I, 14), por eso el Señor hará lo que sigue. Por trabajo y molestia, lo que Aquila y Símaco tradujeron, los LXX y Teodocio interpretaron como agonía, es decir, lucha y contienda, porque los contenciosos no someten su cuello al servicio del Señor, sino que, queriendo él curar sus heridas, rechazan la sanidad. Y esto es notable, que cuando el rey Acaz, el más impío, no quiere pedir una señal, el discurso profético se dirige a la casa de

David, es decir, a la tribu real, de la cual leemos antes: Y anunciaron esto a la casa de David, diciendo: Siria y Efraín han conspirado.

(Vers. 14.) Por tanto, el mismo Señor os dará una señal. He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz, y llamarás su nombre Emmanuel. No de muchas maneras, según el apóstol Pablo, y de muchos modos hablará Dios (Hebr. I); ni según otro profeta (Oseas XII), se asemejará en manos de los profetas; sino que quien antes hablaba por otros, dirá él mismo, aquí estoy (Infra, 58). De quien también la Esposa rogaba en el Cantar de los Cantares: Que me bese con el beso de su boca (Cant. I, 2). Porque el Señor de los ejércitos es el mismo rey de gloria (Sal. XXIII, 10): él descenderá al vientre virginal, y entrará y saldrá por la Puerta Oriental que siempre está cerrada (Ezequiel XLIV); de la cual Gabriel dice a la Virgen: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra: por eso el santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios (Lucas I, 35). Y en los Proverbios: La sabiduría se edificó una casa (Prov. IX, 1). Cuando se dice: El Señor mismo os dará una señal, debe ser nueva y maravillosa. Pero si una joven o doncella, como quieren los judíos, y no una virgen da a luz, ¿qué señal podría llamarse, cuando este nombre es de edad, no de integridad? Y en verdad, para que comparemos con los judíos y no les demos motivo de risa por nuestra ignorancia, virgen en hebreo se llama BETHULA (), que en este lugar no se escribe: sino que en lugar de esta palabra se ha puesto ALMA (), que todos, excepto los Setenta, han traducido como joven. Además, ALMA es una palabra ambigua para ellos: se dice tanto joven como escondida, es decir, ἀπόκρυφος... Por eso, en el título del salmo noveno, 109, donde en hebreo se ha puesto ALAMOTH (), los demás intérpretes tradujeron, por juventud, lo que los Setenta interpretaron, por escondidos. Y en el Génesis leemos: donde Rebeca es llamada alma (Génesis XXIV), Aquila no tradujo joven ni doncella, sino escondida. También la mujer sunamita, habiendo perdido a su hijo, cuando se postró a los pies de Eliseo, y Jezi la prohibía, oye del Profeta: Déjala, porque está en dolor, y el Señor lo ha escondido de mí (IV Reyes IV, 27). Por lo que en latín se dice, lo ha escondido de mí, en hebreo está escrito, EELIM MEMMENNI (). Por lo tanto, alma, no solo se dice joven o virgen, sino con énfasis virgen escondida y secreta, que nunca ha estado expuesta a la vista de los hombres; sino que ha sido custodiada con gran diligencia por sus padres. También en la lengua púnica, que se dice que mana de las fuentes hebreas (Al. se deriva), se llama propiamente virgen alma. Y para que demos motivo de risa a los judíos, en nuestro propio idioma alma se dice santa. Los hebreos usan palabras de casi todas las lenguas: como en el Cantar de los Cantares (Cant. III, 9) de la palabra griega φορεῖον, es decir, ferculum, que Salomón se hizo, y que también leemos así en hebreo. También la palabra nugas y mensura los hebreos la llaman de la misma manera y con los mismos sentidos. Y tanto como mi memoria me lo permite, nunca creo haber leído alma en una mujer casada, sino en una que es virgen: para que no solo sea virgen, sino virgen de edad joven, y en años de adolescencia. Pues puede ser que una virgen sea anciana, pero esta virgen era de años juveniles. O ciertamente virgen, no jovencita, y que aún no podría conocer varón: pero ya en edad de casarse. Finalmente, en el Deuteronomio (Deut. XXII, 25 y ss.) bajo el nombre de joven y adolescente se entiende virgen. Si un hombre encuentra, dice, a una joven desposada en el campo, y la fuerza y yace con ella, mataréis solo al hombre que yació con ella, y no haréis nada a la joven: no hay pecado de muerte en la adolescente. Porque así como si alguien se levanta en emboscada contra su prójimo, y le quita la vida, así sucedió este asunto. La encontró en el campo: la joven desposada gritó, y no hubo quien la socorriera. Y en el libro de los Reyes leemos (III Reyes I), que buscaron una joven virgen llamada Abisag, y la introdujeron al rey, para que durmiera con él, y lo calentara, y era la joven muy hermosa, y le servía, y el rey no la conoció. Y lo que sigue: Y llamarás su nombre Emmanuel, tanto los Setenta como los otros tres lo tradujeron de manera similar, por lo que

en Mateo está escrito, llamarán: lo que en hebreo no se encuentra. Por lo tanto, este niño que nacerá de la Virgen, oh casa de David, ahora será llamado por ti Emmanuel, es decir, Dios con nosotros, porque probarás con los hechos mismos, liberada de dos reyes enemigos, que tienes a Dios presente: y quien después será llamado Jesús, es decir, Salvador, porque salvará a todo el género humano, ahora será llamado por ti con el nombre de Emmanuel. La palabra CARATHI (), que todos han interpretado como llamarás, puede entenderse también como llamará: que la misma Virgen que concebirá y dará a luz, así llamará a Cristo con este nombre. En muchos testimonios que los Evangelistas o Apóstoles han tomado de los libros antiguos, se debe prestar atención cuidadosamente, no han seguido el orden de las palabras, sino el sentido. Por eso, en el presente lugar, en lugar de concebir en el vientre, Mateo puso, en el vientre tendrá (Mat. I, 13): y en lugar de llamarás, llamarán. Los hebreos creen que esto se profetiza sobre Ezequías, hijo de Acaz, que en su reinado fue capturada Samaria: lo cual no puede probarse en absoluto. Si bien Acaz, hijo de Jotam, reinó sobre Judá y Jerusalén dieciséis años (IV Reyes XVI): a quien sucedió en el reino su hijo Ezequías, de veinticinco años, y reinó sobre Judá y Jerusalén veintinueve años. ¿Cómo entonces, para conceder que en el primer año de Acaz se le hizo esta profecía, se dice sobre el concepto y nacimiento de Ezequías, cuando en ese tiempo en que comenzó a reinar Acaz, Ezequías ya tenía nueve años, a menos que tal vez llamen infancia de su reino al sexto año de Ezequías, cuando fue capturada Samaria, no de su edad, sino de su imperio. Lo cual es forzado y violento, incluso para los necios es evidente. Algunos de los nuestros sostienen que el profeta Isaías tuvo dos hijos, Jasub y Emmanuel: y que Emmanuel fue engendrado de la profetisa su esposa, en tipo del Señor Salvador: para que el primer hijo Jasub, que se interpreta como dejado, o convirtiéndose, signifique al pueblo judío, que fue dejado, y después volverá. Pero el segundo, es decir, Emmanuel, y Dios con nosotros, la vocación de los gentiles, después de que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

(Vers. 15.) Comerá mantequilla y miel, para que sepa rechazar el mal y elegir el bien. Por lo cual los Setenta tradujeron, antes de que sepa: y lo que sigue, asumir el mal, no se encuentra en hebreo. Y el sentido es: Oh Casa de David, a quien se le ordena por la palabra de Dios, que llames, es decir, invoques, en peligro el nombre de Emmanuel, es decir, Dios con nosotros; no te maravilles por la novedad del asunto, si la Virgen da a luz a Dios, que tiene tal poder, que mucho después de nacer, ahora te libere invocado; porque él es quien fue visto por Abraham, y habló con Moisés. Diré también algo más maravilloso, para que no pienses que nacerá en un fantasma, usará los alimentos de la infancia, comerá mantequilla y leche. Y aunque mucho después el Evangelista testifique de él: El niño crecía en sabiduría y en estatura y en gracia para con Dios y los hombres (Lucas II, 52): y esto se dice, para que se apruebe la verdad del cuerpo humano: sin embargo, aún envuelto en pañales, y alimentado con mantequilla y miel, tendrá juicio del bien y del mal, para que rechazando lo malo, elija lo bueno. No porque lo haya hecho, o rechazado, o elegido; sino porque sabrá rechazar y elegir, para que por estas palabras sepamos, que la infancia del cuerpo humano no perjudicó a la sabiduría divina. Finalmente, los ángeles anuncian a los pastores al que yace en el pesebre: los Magos adoran viniendo de Oriente, a quienes ciertamente se debe creer que son elegidos. Y por el contrario, Herodes, los Escribas y los Fariseos son rechazados (Mat. II), porque por un niño mataron a muchos miles de pequeños.

(Vers. 16.) Porque antes de que el niño sepa rechazar el mal y elegir el bien, será abandonada la tierra que tú detestas, ante la presencia de sus dos reyes. En el sexto año del reinado de Ezequías fue capturada Samaria por los asirios (IV Reyes XVIII), es decir, en el trigésimo primer año de su edad. Así pues, este que nacerá, ya sea de la Virgen, como nosotros probamos, o de una joven, como quieren los judíos, comerá mantequilla y miel, y será tan

pequeño, que no podrá discernir el mal del bien, y antes de que él salga del tiempo de la infancia, la tierra de Siria y Samaria será devastada por los asirios: que respondan los hebreos, cómo Ezequías, de treinta y un años, se predice como un niño pequeño, y de tan tierna edad, que comiendo miel y mantequilla, como los niños de Nínive, no conocerá ni la izquierda, ni la derecha, es decir, ni el mal, ni el bien. Pero referido a Emmanuel, que se interpreta, Dios con nosotros, tendrá fácil comprensión. Que por el misterio y la invocación de su nombre, la tierra de Siria y Samaria, superada por el asirio, sea devastada: y la casa de David sea liberada de los dos reyes que teme, a saber, Rezín y Peka.

(Vers. 17.) El Señor traerá sobre ti, y sobre tu pueblo, y sobre la casa de tu padre días que no han venido desde los días de la separación de Efraín de Judá, con el rey de Asiria. Este lugar debe leerse por hipérbaton. Por lo tanto, nosotros también, siguiendo la verdad hebrea, lo hemos interpretado así: Oh casa de David, escucha lo que digo, para que sea abandonada la tierra de Siria y Samaria ante la presencia de los dos reyes, a quienes temes vehementemente: el Señor traerá días sobre ti, y sobre la casa de tu padre David, que nunca has tenido desde el tiempo en que las diez tribus se separaron de las dos tribus, y comenzaron a tener un reino en Samaria. Traerá estos días, es decir, tiempos con el rey de Asiria, para que, superados y subvertidos, seas liberado por la presencia de Emmanuel. Los Setenta tradujeron este lugar así: El Señor traerá sobre ti, y sobre tu pueblo, y sobre la casa de tu padre días, que aún no han venido, desde el día en que Efraín quitó de Judá al rey de Asiria. Lo cual no podemos saber qué sentido tiene, a menos que tal vez se deba decir esto, que por la magnitud de sus pecados, Efraín, es decir, Samaria, primero hizo que el ataque de los asirios se dirigiera hacia ellos. De otra manera: Por ahora, los dos reyes Rezín y Peka, que te asedian, y se apresuran a devastar, serán subvertidos en poco tiempo: pero el tiempo de tu devastación llegará, cuando, lo que nunca esperabas, más bien nunca temías, venga el asirio. Por lo cual enseña, a la casa de David, que no debe temer a Siria y Samaria, sino a los asirios. Por lo tanto, te libera del temor presente, y te amenaza con el tiempo futuro.

(Vers. 18, 19). Y sucederá en aquel día, que el Señor silbará a la mosca que está en el extremo de los ríos de Egipto, y a la abeja que está en la tierra de Asiria: y vendrán, y reposarán todas en los torrentes de los valles, y en las cavernas de las rocas, y en todos los matorrales, y en todos los agujeros. Cuando la tierra de los dos reyes, Damasco y Samaria, que ahora detestas y temes, sea desierta: entonces el Señor traerá, oh casa de Judá, sobre ti y tu pueblo días que nunca antes has visto, y al rey de Asiria. En vano, pues, temes el presente, troncos medio quemados, y sin fuego en absoluto: porque debes saber que con su silbido el Señor llamará a las moscas de Egipto, y de sus ríos, sin duda significando las siete acequias del Nilo, y a la abeja que está en la tierra de Asiria. Llama moscas a los egipcios por las inmundicias de la idolatría, y al pueblo inofensivo: y abeja a los asirios, cuyo reino en ese tiempo era el más poderoso, y el más dispuesto para la guerra: o por eso, porque casi toda la región de Asiria y Persia usaba arcos y flechas. Estos, pues, vendrán todos, y ocuparán tu tierra en los torrentes de los valles, y en las cavernas de las rocas, y en todos los matorrales, y en los agujeros, y en los bosques frondosos. Estas cosas se dicen por metáfora, para que, habiendo mencionado una vez moscas y abejas, mantuviera la traslación en lo demás. Leamos los libros de los Reyes y de las Crónicas, y encontraremos que el santo rey Josías fue asesinado por los egipcios, y el pueblo de Israel sometido al poder egipcio (IV Reyes XXIII; II Par. XXXV): de modo que les pusieron un rey. Y después de no mucho tiempo, vino Nabucodonosor con una innumerable multitud de guerreros, y habiendo capturado Jerusalén, y destruidas las demás ciudades de Judá, incendió el Templo, y puso habitantes asirios en Judá (IV Reyes XXIV).

(Vers. 20.) En aquel día el Señor afeitará con navaja alquilada, en los que están más allá del río, en el rey de Asiria, la cabeza, y los pelos de los pies, y toda la barba. Algunos piensan que esto se profetiza sobre los asirios, que mil trescientos años antes de que subvirtieran Jerusalén, poseyeron el reino de Asia, Egipto y Libia, que serán vencidos por los medos y persas, y su imperio destruido. Otros creen que los egipcios fueron derrotados más allá del río Éufrates. Pero nosotros creemos que la navaja alquilada es el mismo asirio, a quien en Jeremías, por la venganza del pueblo pecador, también llama su paloma (Jer. XXV). Finalmente, en la visión de Tiro (Ezequiel XXVIII, 29), porque en la construcción de fortificaciones, y en el transporte de terraplenes, Nabucodonosor había trabajado mucho, y habiendo sido privado de recompensa por ellos al huir en su flota, se le dio Egipto como recompensa y por su trabajo. Por lo tanto, en esta navaja muy afilada, y en los que habitan más allá del río Éufrates, es decir, en el rey asirio, el Señor afeitará todos los cabellos y pelos de todo el cuerpo desde la cabeza hasta los pies, y la belleza de la barba, que es indicio de virilidad, de Judá, para que no quede en ella nada fuerte, nada hermoso, sino que se comparen con hombres afeminados, más bien con mujeres deshonrosas.

(Vers. 21, seqq.) Y sucederá en aquel día, que un hombre criará una vaca de ganado, y dos ovejas, y por la abundancia de leche comerá mantequilla: porque mantequilla y miel comerá todo el que quede en medio de la tierra. Y sucederá en aquel día, que todo lugar donde haya mil vides por mil siclos de plata, se convertirá en espinas y cardos. Con arcos y flechas entrarán allí: porque espinas y cardos habrá en toda la tierra. Y todos los montes que se cavarán con azadón, no vendrá allí el terror de las espinas y cardos: y será en pasto de bueyes, y en pisoteo de ganado. Después de la subversión de Jerusalén, y la cautividad del pueblo, y el incendio del Templo, Nabuzaradán, el príncipe de la milicia, a quien los Setenta llaman ἀρχιμάγειρον, dejó a pocos del pueblo, y a ellos pobres en la tierra, para que cultivaran las viñas y los campos. Finalmente, Godolías, que fue puesto sobre ellos de la estirpe real, los exhorta y dice: No temáis a los caldeos: habitad en la tierra, y servid al rey de Babilonia, y os irá bien (IV Reyes XXV, 24). En aquel día, es decir, en aquel tiempo cuando todas las riquezas de los judíos hayan sido trasladadas a Caldea, habrá tal soledad en la tierra de Judá, y tal increíble devastación, que no tendrán rebaños de ganado, ni rebaños de ovejas, como solían tener antes: sino que apenas un habitante raro podrá criar una vaca y dos ovejas; no para arar, sino para alimento, y vestido de leche, y lana. Porque por la escasez de trigo, y de todo lo que la tierra produce para comer, se alimentarán de leche y mantequilla, y miel silvestre. Y lo que dice: Por la abundancia de leche comerá mantequilla, significa que la tierra, por la rareza de los cultivadores, será más fértil, y más apta para pastos. En aquel tiempo, por la escasez de hombres, habrá tal escasez de vino en las viñas desiertas, que por el temor del enemigo no serán podadas, que apenas se comprarán vides individuales por siclos de plata individuales. Porque toda la tierra se convertirá en espinas y cardos: y habrá tal temor, con las espadas rugiendo por todas partes, que sin arco y flechas nadie se atreverá a visitar su campo, y abandonando los lugares llanos, huirán a las montañas, y allí, protegidos por la dificultad de los lugares, apenas cavarán a mano los montes ásperos: porque no tendrán bueyes, arados, ni rejas. Dondequiera que, pues, se encuentre un cultivador raro en las montañas, de allí sostendrán una vida miserable. Pero lo demás quedará abierto a los pastos, y sin ningún guardián será pisoteado por los animales brutos. Que estas cosas suelen suceder después de la cautividad, ¡ojalá no lo supiéramos! Pero ahora gran parte del orbe romano es semejante a la antigua Judá: lo cual no creemos que haya sucedido sin la ira de Dios, que no se venga del desprecio de sí mismo por los asirios, y los caldeos; sino por las naciones salvajes, y antes desconocidas para nosotros, cuyo rostro y lenguaje es terrible, y con rostros femeninos e incisos (se refiere a los godos que se afeitaban la barba), perforan las espaldas huyentes de los hombres, y bien barbados. He leído que en estos lugares hay una tropología

muy extensa e inextricable: que todo lo que hemos discutido según la historia, espiritualmente sucedió a los judíos, teniendo apenas una vaca y dos ovejas, es decir, animales puros: para que no se alimenten con alimento sólido, sino con leche de infancia, y coman la miel de las palabras, que destilan de los labios de la mujer prostituta; y no tengan vino, que alegra el corazón del hombre: sino que todas sus obras se conviertan en espinas, para que sean heridos por los adversarios, que golpean en la oscuridad a los rectos de corazón (Sal. X). Que si alguna vez quisieran saber algo más profundo, y sudando con gran esfuerzo encontrar algo místico en las Escrituras sagradas: no obstante, no traigan frutos de doctrina, sino que se llenen de cardos y espinas, que nacen en manos del borracho. Y que su tierra y doctrina no sea pisoteada por hombres, animales racionales: sino por bueyes, de los cuales Dios no tiene cuidado, y por animales brutos.

(Cap. VIII.---Vers. 1-4.) Y el Señor me dijo: Toma para ti un libro grande, y escribe en él con estilo de hombre: "Rápidamente saquea, pronto despoja". Y llamé como testigos fieles a Urías el sacerdote y a Zacarías hijo de Baraquías, y me acerqué a la profetisa, y ella concibió y dio a luz un hijo. Y el Señor me dijo: Llama su nombre: "Acelera, saquea, apresúrate a despojar", porque antes de que el niño sepa llamar a su padre y a su madre, será quitada la fortaleza de Damasco y los despojos de Samaria ante el rey de Asiria. Los Setenta tradujeron "libro nuevo y grande" en lugar de "libro grande". Y en lugar de "llamé como testigos fieles", dijeron: "está presente, y hazme testigos fieles hombres". Y en lugar de "Urías el sacerdote", solo "Urías", lo demás de manera similar. Primero, el Profeta fue enviado a Acaz (Isaías VII) para predecirle lo que la Escritura menciona: al no querer escuchar, el mismo Señor habla a Acaz y le ordena que pida una señal en lo profundo o en lo alto. Al responder él: "No pediré, y no tentaré al Señor", dejando al rey impío, las palabras de Dios se dirigen a la casa de David, y se le promete que una Virgen dará a luz un hijo, cuyo nombre será Emmanuel, es decir, Dios con nosotros. Si es invocado frecuentemente, Samaria y Siria serán subvertidas: serán subvertidas por el rey de Asiria, quien también capturará a Judá después; de modo que toda la tierra de Judea se convertirá en desolación. Nuevamente, bajo otra figura, se describe el parto virginal. Y el Señor dijo al Profeta que no revelara al pueblo el misterio del nuevo nacimiento, sino que lo escribiera en este gran volumen que ahora leemos. Y para que sea más maravilloso, que comprenda los sacramentos de Dios con palabras humanas y estilo con el que los hombres acostumbran a escribir. ¿Qué es lo que se escribe con estilo humano? Que el niño nacido rápidamente saquea y pronto despoja, es decir, que no permita más que el diablo reine: ni envíe ángeles ni profetas; sino que él mismo descienda para salvar a sus criaturas. El Profeta hace lo que se le ordena, y llama como testigos fieles a Urías el sacerdote, que es doctor de la ley, como dice Malaquías: "Los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca buscarán la ley, porque es ángel del Señor de los ejércitos" (Malaquías II, 7); y a Zacarías hijo de Baraquías, de quien no hay duda que fue profeta. Leemos que en el reinado de Acaz, Urías fue sacerdote del Templo del Señor (2 Reyes XVI), a quien Acaz ordenó hacer un altar similar al altar de Damasco. Y el libro de los Días narra (2 Crónicas XXIX) que Ezequías hijo de Acaz buscó al Señor en los días de Zacarías, instruido en el temor de Dios. Isaías se mostró digno del espíritu profético, y se ofreció a la profetisa, es decir, al Espíritu Santo, que en hebreo se llama en género femenino RUA (), según lo que está escrito: "Acercaos al Señor, y seréis iluminados" (Salmo XXXIII, 6). Así, el Señor fue concebido por el Espíritu Santo. Y aunque el discurso humano no puede explicar los misterios de su nacimiento, sin embargo, Gabriel habla a la Virgen que concibió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios" (Lucas I, 35). Algunos interpretan a la profetisa como la santa María, de quien no hay duda que fue profetisa: ella misma habla en el Evangelio:

"Desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho grandes cosas en mí" (Lucas I, 48, 49), y lo demás. Y se ordena a Isaías que llame al niño, que antes se llamaba Emmanuel, ahora "acelera, saquea, apresúrate a despojar". Porque subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad; recibió dones para los hombres (Salmo LXVII; Efesios IV, 8). Y antes de que asumiera el cuerpo humano, y según la infancia llamara a Dios Padre y a María Madre, será quitada la fortaleza de Damasco y los despojos de Samaria por el rey de Asiria: para que, aún no nacido, salve a su pueblo, la casa de David, solo con la invocación. Urías se interpreta como "luz del Señor"; Zacarías, "memoria del Señor"; y Baraquías, "bendición del Señor": con estos testigos se comprueba el nacimiento de Cristo. Él mismo en el Evangelio, a dos que iban a Emaús (Lucas XXIV), comenzando por Moisés y los Profetas, explicó que todo lo que profetizaron era sobre él. Según la tropología, en un alma virginal, y no manchada por ninguna impureza, el discurso de Dios concebido por el Espíritu Santo rápidamente despoja a las potestades adversarias, y hace que todo le sirva. Y aunque ahora ve en parte, y en parte profetiza (1 Corintios XIII), antes de que pueda ser perfecto, y merecidamente llamar a Dios Padre y a su madre la celestial Jerusalén, aún en la infancia y en progreso, vencerá la fortaleza de Damasco, es decir, la doctrina de la sabiduría secular: y quitará los despojos de Samaria, con los que los herejes despojaron a la Iglesia, diciendo: "No tenemos parte en David, ni herencia en el hijo de Isaí" (1 Reyes XII, 16), estando presente el mismo rey de los Asirios, el diablo, que no podrá ayudarles. Tales hijos no solo los engendra María la Profetisa, Virgen perpetua, sino también las santas mujeres a los patriarcas. Sara, que se interpreta como "gobernante", es decir, "princesa"; y Rebeca, que en nuestra lengua significa "paciencia".

(Vers. 5, seqq.). Y añadió el Señor a hablarme aún, diciendo: Por cuanto este pueblo desechó las aguas de Siloé, que van con silencio, y prefirió a Rezín y al hijo de Remalías: por eso, he aquí que el Señor traerá sobre ellos las aguas del río fuertes y muchas, al rey de Asiria y toda su gloria: y subirá sobre todos sus ríos, y fluirá sobre todas sus riberas. Y pasará por Judá inundando, y pasando llegará hasta el cuello, y la extensión de sus alas llenará la anchura de tu tierra, oh Emmanuel. Había dicho antes que sería quitada la fortaleza de Damasco, y los despojos de Samaria ante el rey de Asiria, y que dos reyes serían capturados mientras el Asirio luchaba: ahora Dios habla al Profeta con el carácter habitual de las Escrituras, mediante la traslación de la fuente de Siloé de Jerusalén, y del río Asirio violentísimo, que inunda toda la tierra de Israel con sus aguas, y sale de las riberas del cauce, y se lleva con tal ímpetu que, después de haber ocupado la tierra de las diez tribus, llega a Judá, y pasando alcanza hasta el cuello: por lo cual significa la cercana cautividad. Porque no fue entonces capturado Judá, sino que, sometidas todas las ciudades de las dos tribus, solo quedó Jerusalén, que fue liberada por la increíble misericordia de Dios. Así que la potencia del Asirio y su ejército innumerable, que había descrito bajo la inundación del río, ahora lo muestra mediante otra traslación, que con sus alas, es decir, con sus líderes, y su infinita multitud, cubrió la tierra de Emmanuel, es decir, del Dios que la defiende; pero sin embargo no la poseyó, aunque Emmanuel se adapta al siguiente capítulo de los Setenta, no con su propio nombre, como se llama entre los hebreos, sino interpretado, es decir, Dios con nosotros. No podemos dudar que Siloé es una fuente al pie del monte Sion, que no tiene aguas continuas, sino que brota en ciertas horas y días, y viene a través de las concavidades de la tierra y las cavernas de la roca durísima con gran estruendo, especialmente nosotros que habitamos en esta provincia. El sentido es que el pueblo de las diez tribus prefirió estar sujeto a Rezín y al hijo de Remalías, es decir, a los reyes de Damasco y Samaria, que a la estirpe de David, que comenzó a reinar por mi juicio, haré que no sirva a estos reyes que eligió, sino al rey Asirio, cuya potencia ocupando la tierra de Samaria se compara con la inundación del río. Y se hace una apóstrofe a Emmanuel, es decir, al Dios presente, que el Asirio se ha elevado

tanto que incluso intentó poseer la tierra de Judá. Según la anagogía, todo hereje que haya unido a su auxilio la sabiduría secular, y haya querido atacar a Jerusalén, es decir, a la Iglesia, abandonando las aguas de la fuente de Siloé (Juan IX), que se interpreta como "enviado", y que salta para vida eterna, será entregado al príncipe de los Asirios (cuyo gran sentido leeremos más adelante) a cuya potestad entregado, caerá en el abismo de los pecados. Tal es su arrogancia, que se atrevió a mostrar al Salvador todos los reinos de la tierra, y decir: "Todo esto me ha sido entregado" (Mateo y Lucas IV). También intentará entrar en Judá, es decir, en la casa de la confesión, y frecuentemente a través de aquellos que son negligentes en la Iglesia, llegará hasta el cuello, deseando ahogar a los creyentes en Cristo, y extenderá sus alas, llenando toda la región de Emmanuel; pero no podrá obtenerla, porque Judá tiene a Dios presente. Leemos en el Evangelio según Juan (Juan IX), que al ciego de nacimiento, cuyos ojos el Señor había ungido con lodo hecho de su saliva, lo envió a las aguas de Siloé, y cuando el ciego lavó el lodo, quitada la ceguera, recibió la clara luz de los ojos: lo que después de la magnitud del signo, indica que no de otra manera puede sanarse la ceguera de los judíos y de todo incrédulo, sino que con la doctrina de las aguas de Cristo, que fluyen suavemente sin ruido ni clamor de palabras, se disipen las tinieblas del error anterior. Lo que se lee en los Setenta: "Y caminará sobre todo vuestro muro, y quitará de Judea al hombre que pueda levantar la cabeza, o tal vez hacer algo", no se encuentra en el hebreo, y en los códices griegos está tachado con un obelo.

(Vers. 9, 10.) Reuníos, pueblos, y seréis vencidos, y escuchad todas las tierras lejanas: fortaleceos y seréis vencidos. Ceñíos, y seréis vencidos: tomad consejo, y será disuelto: hablad palabra, y no se cumplirá, porque Dios está con nosotros. En lugar de "reuníos", o "debilitaos", y "romped", como otros han interpretado, los Setenta pusieron "sabed". Porque la palabra hebrea, ROU (), debido a la similitud de las letras RES () y DALETH (), entendieron DOU (). Oh, pueblos de Samaria y Siria, reconoced que sois débiles e impotentes, y con Emmanuel presente, no podéis hacer nada contra Jerusalén, la ciudad de Dios: y esto no solo vosotros, que estáis cerca, sino que toda la tierra lejana lo sepa. Aunque reunáis un ejército, y os ceñáis para la batalla, y el número de los sitiadores sea mayor que el de los sitiados, sin embargo, no una vez, sino que diré de nuevo, seréis vencidos. Y cualquier consejo que toméis contra Jerusalén, será disuelto. Y aunque antes dijisteis (Isaías VII, 6): "Subamos a Judá, y despertemos al que está en reposo, y pongamos rey sobre él al hijo de Tabeel", hablad palabra, pero no se cumplirá, porque Dios está con nosotros, es decir, Emmanuel. Podemos usar este testimonio también contra las naciones en tiempo de persecución, que aunque parezcan fuertes, y nos superen en aquellos que han caído, sin embargo, serán vencidos en aquellos que han derramado su sangre por Cristo, y que después de las guerras se devuelva la paz a las Iglesias: y todos sus consejos contra Emmanuel sean disueltos, porque Dios está con nosotros. También los que contradicen la verdad escucharán útilmente, para que finalmente sean superados por la razón, y no quieran vencer en la mentira, porque cualquier cosa que digan, nunca la perversidad podrá superar lo que es recto.

(Vers. 11 seqq.) Porque así dice el Señor a mí: Como con mano fuerte me instruyó, para que no fuera en el camino de este pueblo diciendo: No digáis, conjuración; porque todo lo que habla este pueblo es conjuración: y no temáis su temor, ni os amedrentéis. Al Señor de los ejércitos santificadlo: él sea vuestro temor, y él sea vuestro terror. Y será para vosotros en santificación, pero en piedra de tropiezo y en roca de escándalo para las dos casas de Israel: en lazo y en ruina para los habitantes de Jerusalén, y tropezarán muchos de ellos, y caerán, y serán quebrantados, y serán atrapados, y serán capturados. Los Setenta interpretaron este lugar así: "Así dice el Señor: con mano fuerte se apartaron del camino de este pueblo hablando: no sea que digan, es duro. Porque todo lo que habla este pueblo es duro; pero no

temáis su temor, ni os turbéis. Al Señor de las virtudes santificadlo, y él será vuestro temor, y si en él confías, será para ti en santificación, y no tropezaréis como en piedra de tropiezo, ni como en roca de ruina. Pero la casa de Jacob será en lazo y en valle para los que habitan en Jerusalén: por eso muchos de ellos serán débiles, y caerán y serán quebrantados, y se acercarán, y serán capturados. Lo que sigue, "hombres en protección", debe ser señalado con un obelo. Porque hay mucha diferencia entre el hebreo y la Vulgata: por eso hemos puesto ambos. Y primero se debe discutir sobre el hebreo. Esto me dijo el Señor. Quien por las buenas obras, y la gracia que por las buenas obras, he conseguido; o bien con su mano fuerte me instruyó y me enseñó, para que no caminara en el camino de este pueblo, y no me viera atrapado en el mismo error: o ciertamente me hizo apartarme del mal camino de este pueblo, y me dijo: no temas la conjuración de los dos reyes; sino considera más bien esto, que todo lo que este pueblo habla contra mí, es conjuración; y según Símaco, que lo interpretó como "rebelión", se ha levantado como enemigo contra mí. Pero tú, Profeta, y los que están contigo, no temáis las insidias del pueblo, sino temed al Señor, y él sea vuestro temor. Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Proverbios I, 7; Salmo CX, 9). Que será para los creyentes en santificación, pero para los incrédulos en piedra de tropiezo, y en roca de escándalo, para las dos casas de Judá e Israel. Especialmente en lazo y en ruina para los habitantes de Jerusalén. En el cual tropezarán muchos, y caerán, y serán quebrantados, y atrapados en las cadenas de sus pecados, serán llevados en cautiverio. Las dos casas, los nazarenos (que así reciben a Cristo, que no omiten las observancias de la Ley antigua) interpretan como dos familias, Sammai y Hillel, de las cuales surgieron los Escribas y Fariseos, cuya escuela adoptó Akibas, a quien se dice que fue maestro de Aquila el prosélito, y después de él Meir, a quien sucedió Joanan hijo de Zacarías, y después de él Eliezer, y por orden Telphon, y nuevamente José el Galileo, y hasta la cautividad de Jerusalén Josué. Sammai y Hillel surgieron en Judea no mucho antes de que naciera el Señor, de los cuales el primero se interpreta como "disipador", el siguiente como "profano": porque por sus tradiciones y "segundas leyes" disiparon y mancharon los preceptos de la Ley. Y estas son las dos casas que no recibieron al Salvador, quien se convirtió para ellos en ruina y escándalo. Según los Setenta, con mano fuerte resistió (o resistirá) el pueblo de Dios a la voluntad, y dice que todo lo que el Señor ha mandado es duro, según lo que leemos en el Evangelio: "Dura es esta palabra, ¿quién puede oírla?" (Juan VI, 61). Por lo cual se les ordena que escuchen al Señor, y solo a él teman. Si en él confían, lo tendrán en santificación, y no tropezarán como en piedra de escándalo, ni como en roca de ruina. De este lugar también el Apóstol toma testimonio, que Cristo se convirtió para los judíos en escándalo: pero para los gentiles en necedad (1 Corintios I, 23). Y nuevamente: "Israel, buscando la ley de justicia, no llegó a la ley de justicia" (Romanos IX, 31). ¿Por qué? Porque no fue por fe, sino como por obras de la ley tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: "He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de escándalo: todo el que cree en él, no será confundido" (Ibid., 33). Por lo tanto, los que no recibieron a Emmanuel, sino que se convirtió para ellos en piedra de tropiezo y en roca de escándalo, serán quebrantados, y llevados cautivos. Y lo que dice: "La casa de Jacob será en lazo y en valle para los que habitan en Jerusalén", significa que no habitan en los montes, ni se ocupan en los lugares altos de las Escrituras; sino que siempre entienden cosas bajas, uniendo pecados a pecados, y atados con los lazos de sus delitos.

(Vers. 16, 17.) Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos, y esperaré al Señor, que esconde su rostro de la casa de Jacob, y lo aguardaré. Voz del Señor hablando al Profeta: porque, dice, el Señor se ha convertido en piedra de tropiezo y en roca de escándalo para las dos casas de Israel, y no quisieron recibir al Emmanuel enviado a ellos: Ata el testimonio del Antiguo Testamento, y entrégalo a mis discípulos, que han recibido el Evangelio, es decir, a los Apóstoles o a los hombres apostólicos. O ciertamente la ley y la profecía hasta Juan se

ligue entre ellos (Mateo XI), y esté cerrada y sellada, para que lo que leen, no lo entiendan. Porque por "discípulos", según la ambigüedad del discurso hebreo, también podemos interpretar "doctrinas". Por lo cual el Profeta respondió: porque con el advenimiento del Evangelio, la Ley entre los judíos está cerrada y sellada, y ordenas que no se asigne a los judíos, sino a los gentiles: por eso yo esperaré a Emmanuel, que prometes que vendrá, de quien dijiste antes que él es nuestro temor, y él es nuestro terror, y para nosotros será en santificación; y aguardaré al Señor que esconde su rostro de la casa de Jacob, es decir, de los judíos, porque no quisieron recibirlo. Los Setenta interpretaron este lugar así: "Entonces serán manifiestos los que son sellados, para que no aprendan la ley". Lo cual tiene este sentido, cuando muchos hayan caído, y hayan sido quebrantados, y hayan tropezado en la piedra de tropiezo, y en la roca de escándalo, entonces serán manifiestos los que son sellados en el pueblo, para que no aprendan la ley de Moisés; sino que obedezcan los preceptos evangélicos.

(Vers. 18.) He aquí yo y los hijos que el Señor me ha dado, como señales y prodigios en Israel, de parte del Señor de los ejércitos que habita en el monte Sion. El Señor me ordenó, dice, que atara el testimonio en los judíos y entregara la ley a sus discípulos y la sellara, porque había escondido su rostro de la casa de Jacob: por eso esperaré en él, y esperaré a mi Señor, y no solo yo, sino también los hijos que el Señor me ha dado, es decir, otros profetas y los hijos de los profetas, que no nacieron de la voluntad de la carne y la sangre, sino de Dios (Juan I, 13). De los cuales también hablaba el Apóstol: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV, 19). Estos niños, es decir, los profetas, fueron dados como señales y prodigios a Israel, según lo que leemos en Ezequiel: Y Ezequiel será para vosotros una señal (Ezequiel XXIV, 24). En Zacarías también los hombres santos, discípulos de los profetas, son llamados τερατοσκόποι, es decir, observadores de prodigios y señales, porque los Profetas siempre precedieron como señal de lo que estaba por venir (Zacarías III, 16). Esto, por ahora, según la letra. Sin embargo, el bienaventurado Apóstol en la Epístola a los Hebreos enseña (aunque la costumbre latina no la reciba entre las Escrituras Canónicas) que este testimonio debe entenderse como dicho por el Señor Salvador. Por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la Iglesia te alabaré (Hebreos II, 12); Y otra vez: Yo confiaré en él (Ibid., 13); y de nuevo: He aquí yo y los hijos que Dios me ha dado. Porque así como los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de las mismas pasiones (Isaías VIII, 18). Y cómo estos niños fueron señal y prodigio para la sabiduría del mundo y la soberbia de los judíos, el mismo Apóstol enseña: que el Señor Salvador eligió lo necio del mundo y lo débil para confundir a los sabios y fuertes (I Cor. I). Por eso el Salvador decía a los Apóstoles: Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mateo XVIII, 3). El niño se convierte en predicador del nuevo Evangelio, quien se despoja del hombre viejo, que se corrompe en deseos de seducción, y se reviste del nuevo, que se renueva en conocimiento según la imagen del Creador. Que el Señor de los ejércitos habite en el monte Sion, el mismo Apóstol escribe: Os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial (Hebreos XII, 22). Por eso me sorprende que alguno de los nuestros entienda a estos dos hijos de Isaías, que engendró de la concepción de la profetisa, a saber, Jasub y Emmanuel: de los cuales el primero precedió en el rechazo del pueblo anterior, el segundo en la asunción de las naciones. Quien lo acepte, también afirmará que el profeta Oseas tuvo realmente una esposa prostituta.

(Vers. 19 y ss.) Y cuando os digan, buscad a los pitones y a los adivinos, que murmuran en sus encantamientos, ¿acaso no busca el pueblo a su Dios por los vivos a los muertos? Más

bien a la ley y al testimonio. Si no hablan conforme a esta palabra, no tendrán la luz de la mañana. Y pasará por ella: caerá, y tendrá hambre: y cuando tenga hambre, se enojará, y maldecirá a su rey y a su Dios. Y mirará hacia arriba, y mirará hacia la tierra, y he aquí tribulación y tinieblas, disolución, angustia, y oscuridad que persigue: y no podrá volar de su angustia. Si es la voz del profeta Isaías, como piensan los judíos: He aquí yo y los hijos que el Señor me ha dado como señal y prodigio en Israel; y lo que sigue, él mismo debe ser creído al decirlo a sus discípulos. Cuando os digan, dice, las naciones y los pueblos, de los cuales se ha leído antes: Enflaqueceos, pueblos, y seréis vencidos; ¿por qué queréis escuchar a los profetas, por qué os engañáis con las palabras de Isaías, y pensáis que él sabe lo que ha de venir? Buscad más bien a los pitones y a los adivinos, que murmuran en sus encantamientos. Para los cuales los LXX interpretaron: Que hablan desde la tierra, que claman desde el vientre. Porque todo el que es de la tierra, habla de la tierra (Juan III, 31). Y cuyo dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Filipenses III, 19), debe ser creído que clama desde el vientre. Respondedles, y decid: ¿Acaso no busca el pueblo a su Dios por los vivos a los muertos? Si vosotros, dice, por la variedad de vuestros ídolos (pues no tenéis un solo dios, sino muchos) consultáis a aquellos que consideráis dioses; y de los muertos o de las imágenes de hombres muertos, buscáis sobre los vivos: cuánto más debemos nosotros escuchar a nuestro Dios a través de los profetas. Enseña, pues, a los discípulos; y añade a la ley y al testimonio. Si dudáis de algo, dice, sabed que está escrito: Las naciones que el Señor, tu Dios, destruirá de delante de ti, escuchan a los adivinos y a los soñadores: pero a ti no te ha dado así el Señor tu Dios: Un profeta te levantará el Señor tu Dios de entre tus hermanos, como a mí, a él escucharéis (Deut. XVIII, 15). Por lo cual, si queréis saber lo que es dudoso, más bien entregaos a la ley y a los testimonios de las Escrituras. Si vuestra congregación no quiere buscar la palabra del Señor, no tendrá la luz de la verdad: sino que andará en error y tinieblas. La luz pasará por ella, es decir, por vuestra congregación, o tierra, y caeréis, y tendréis hambre, y cuando tengáis hambre, os enojaréis, según lo que está escrito: Y cuando no estén saciados, murmurarán (Salmo LVIII, 16): y maldeciréis a vuestro Dios rey, y en las necesidades miraréis hacia arriba al cielo, y hacia abajo a la tierra: y he aquí tribulación y tinieblas, disolución de rodillas, y angustia de mente, y oscuridad de ojos, y no podréis ser liberados de la angustia. Esto según los hebreos. Sin embargo, como dijimos antes, si es la persona de Cristo quien dice: He aquí yo, y los hijos que Dios me ha dado: también él habla esto a los Apóstoles y a los creyentes de entre las naciones, que recibieron su Evangelio. Si os dicen, dice, vuestros padres que dejasteis: buscad a los ventrílocuos, que entendemos como pitones (como también leemos en los Hechos de los Apóstoles de una sierva (Cap. XVI), que era ganancia para sus amos) y que hablan desde la tierra, lo que los magos prometen hacer en la evocación de las almas, y otros géneros de artes de brujería; esto debéis saber, que cada nación consulta a sus propios dioses, y de la salud de los vivos pregunta a los muertos. Pero a vosotros Dios os ha dado la ley como ayuda, para que podáis decir: no es como la adivinación de los gentiles, que a menudo engañan a sus adoradores, como la nuestra, que se ofrece sin ningún pago de la ley. Por lo cual los LXX interpretaron: No como esta palabra, por la cual no hay que dar regalos. Porque de gracia, dice, recibisteis, dad de gracia (Mateo X, 8). Pero vendrá sobre los incrédulos una hambre muy dura, no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios (Amós VIII). Y cuando tengáis hambre, os entristeceréis, y maldeciréis a vuestro príncipe y a las tradiciones paternas, es decir, al diablo, y a los errores antiguos. Esto lo dice a aquellos que han sufrido hambre de la verdad, y mirarán hacia arriba al cielo, y hacia abajo a la tierra, y estarán en angustia, en tinieblas, y en tribulación: para que no vean hasta el tiempo en que también ellos se conviertan al Señor. Estos lugares desean una explicación extensa: pero nos abstenemos de la magnitud de los libros, para evitar el fastidio de la lectura. Esto según la traducción de los LXX lo hemos tocado en parte, que en muchos aspectos difiere del hebreo. Sin embargo, los nazarenos [Al. nazarenos] explican este lugar

así. Cuando os digan los escribas y fariseos, que escuchéis a aquellos que hacen todo por causa del vientre; y al modo de los magos murmuran en sus encantamientos, para engañaros, esto debéis responderles: no es de extrañar si seguís vuestras tradiciones, ya que cada nación consulta a sus ídolos. Por lo tanto, nosotros no debemos consultar a vosotros muertos sobre los vivos: más bien Dios nos ha dado la ley, y los testimonios de las Escrituras, que si no queréis seguir, no tendréis luz: sino que siempre os oprimirá la oscuridad, que pasará por vuestra tierra y doctrina: para que cuando engañados por vosotros se vean en error, y sufran hambre de la verdad, entonces se entristezcan, o se enojen, y os maldigan, a quienes consideraban como sus dioses y reyes. Y en vano miren al cielo y a la tierra, cuando siempre estén en tinieblas, y no puedan volar de vuestras insidias.

(Cap. IX.---Vers. 1 y ss.) En el primer tiempo fue aliviada la tierra de Zabulón, y la tierra de Neftalí: y en el último fue agravado el camino del mar más allá del Jordán de Galilea de las naciones. El pueblo que andaba en tinieblas, vio una gran luz: a los que habitaban en la región de sombra de muerte, la luz les ha amanecido. LXX: Bebe esto primero, hazlo rápidamente, región de Zabulón, tierra de Neftalí, y los demás, que estáis junto al mar más allá del Jordán de Galilea de las naciones. El pueblo que andaba en tinieblas, vio una gran luz: los que habitáis en la región y sombra de muerte, la luz os amanecerá. Hemos puesto una doble edición, porque el testimonio es conocido y usado por el evangelista Mateo: para que se conozca la diversidad de interpretación o la similitud. Y primero hay que notar que este testimonio el evangelista Mateo lo puso no según los LXX, sino según los hebreos. Porque el discurso evangélico dice: Al oír Jesús que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea, y dejando Nazaret, vino y habitó en Capernaum, que está junto al mar en los confines de Zabulón y Neftalí: para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, diciendo: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar más allá del Jordán de Galilea de las naciones: el pueblo que estaba sentado en tinieblas, vio una gran luz; a los que estaban sentados en la región de sombra de muerte, la luz les ha amanecido. Desde entonces Jesús comenzó a predicar y a decir: El reino de los cielos se ha acercado (Mateo IV, 13 y ss.). Y el evangelista Juan relata que Jesús con sus discípulos en Caná de Galilea fue invitado a unas bodas, y allí hizo su primer signo, convirtiendo el agua en vino: Esto hizo Jesús como principio de sus señales en Caná de Galilea: y manifestó su gloria: y sus discípulos creyeron en él (Juan II, 11). Por eso también en los LXX se dice: Bebe esto primero, hazlo rápidamente: porque la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí fueron las primeras en ver los milagros de Cristo: para que bebiera primero la poción de la fe, la que primero vio al Señor haciendo señales. Y, según el hebreo, se dice que en el primer tiempo fue aliviada del peso de los pecados: porque en las regiones de las dos tribus el Salvador primero predicó el Evangelio. Por eso también en el salmo sesenta y siete se dice: Bendecid al Señor desde las fuentes de Israel. Allí Benjamín el más joven (Salmo LXVII, 27, 28; Hechos IX); el apóstol Pablo, en éxtasis de mente: quien también en otro lugar decía: si estamos fuera de nosotros, es para Dios (II Cor. V, 13): Príncipes de Zabulón, príncipes de Neftalí sus líderes; porque en estas tribus estaban las aldeas, de las cuales nuestros líderes los Apóstoles creyeron. Y creyeron según Símaco rápidamente, para que al oír: Venid, y os haré pescadores de hombres (Mateo IV, 19), inmediatamente dejaran al padre y la barca. Pero en el último tiempo fue agravada su fe permaneciendo muchos judíos en el error. El mar aquí se refiere al lago de Genesaret, que se forma por la entrada del Jordán; en cuya orilla están situadas Capernaum, Tiberíades, Betsaida y Corozaín: en la cual región principalmente el Señor residió; de modo que el pueblo, que estaba sentado o andaba en tinieblas, vio la luz, no pequeña, como la de otros profetas, sino grande, como la de aquel que en el Evangelio dice: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12). Y a los que habitaban en la región de sombra de muerte, la luz les ha amanecido. Entre la muerte y la sombra de muerte, creo que hay esto: que la muerte es de

aquellos que con obras muertas han ido al infierno: Porque el alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 20); pero la sombra de muerte es de aquellos que, aunque pecan, aún no han salido de esta vida: pues pueden si quieren hacer penitencia. Por Galilea de las naciones, Aquila interpretó θῖνας de las naciones, Símaco los términos de las naciones; θῖνας entendemos como montículos de arena, que están en las costas o en las riberas. Los hebreos creyentes en Cristo, explican este lugar así. En el primer tiempo las dos tribus Zabulón y Neftalí fueron capturadas por los asirios y llevadas a tierra hostil; y Galilea fue desierta (IV Reyes XV), que ahora el profeta dice que ha sido aliviada, porque soportaba los pecados del pueblo. Pero después no solo las dos tribus, sino también las demás, que habitaban más allá del Jordán y en Samaria, fueron llevadas al cautiverio (IV Reyes XVII y XVIII). Y esto, dicen, es lo que la Escritura dice ahora, que la región cuyo pueblo primero fue llevado al cautiverio, y comenzó a servir a los babilonios, y que antes andaba en las tinieblas del error, ella misma primero vio la luz del predicador Cristo, y de ella se sembró el Evangelio en todas las naciones. Los nazarenos, cuya opinión puse antes, intentan explicar este lugar así: Con la venida de Cristo y el resplandor de su predicación, primero la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí fue liberada de los errores de los escribas y fariseos, y sacudió el gravísimo yugo de las tradiciones judías de sus cuellos. Pero después, por el Evangelio del apóstol Pablo, que fue el último de todos los apóstoles, fue agravada, es decir, multiplicada la predicación: y en los términos de las naciones y el camino de todo el mar resplandeció el Evangelio de Cristo. Finalmente, todo el mundo, que antes andaba o estaba sentado en tinieblas, y estaba atado por los lazos de la idolatría y la muerte, vio la clara luz del Evangelio.

(Vers. 2-4.) Multiplicaste la nación, no magnificaste la alegría: se alegrarán delante de ti, como se alegran en la cosecha, como exultan los vencedores al capturar el botín, cuando dividen los despojos. Porque el yugo de su carga, y la vara de su hombro, y el cetro de su opresor has superado, como en el día de Madián. Porque toda violenta depredación con tumulto: y la vestimenta mezclada con sangre será para combustión y alimento del fuego. LXX: Llevaste a la mayor parte del pueblo en tu alegría: y se alegrarán en tu presencia, como suelen alegrarse en la cosecha, y como aquellos que dividen los despojos: porque se ha quitado el yugo que estaba sobre ellos, y la vara de su cuello. Porque la vara de los opresores será disipada, como en el día de Madián. Porque toda estola reunida con engaño, y vestimenta de cambio devolverán: y desearán ser quemados por el fuego. En lugares oscuros ponemos ambas ediciones, para que el lector diligente reconozca cuánto difiere la traducción vulgar de las demás ediciones y de la verdad hebrea. A la misma luz, que apareció al pueblo que estaba en tinieblas, es decir, al Señor Salvador, se hace una apóstrofe. Y se le dice: Multiplicaste la nación, es decir, llenaste a todas las naciones con el conocimiento de ti; pero no magnificaste la alegría. Según lo que el Apóstol dice que tiene tristeza perpetua por sus hermanos que son israelitas (Romanos X). Y Jonás se entristece, porque así fueron salvados los ninivitas (Jonás IV), que la calabaza, o CICEION () se secó. Y el mismo Señor habla en el Evangelio: No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV, 24). Y en la pasión: Padre, si es posible, dice, pase de mí este cáliz (Mateo XXVI, 39). Este lugar tiene este sentido: Si es posible, que sin la destrucción de los judíos crea la multitud de las naciones, rechazo la pasión. Pero si ellos han de ser cegados, que todas las naciones vean, hágase, Padre, tu voluntad. Cuando, pues, Cristo haya venido, y la nación de los cristianos haya sido congregada de todas las naciones: entonces se alegrarán los apóstoles, como los segadores se alegran en la cosecha, de los cuales el Señor hablaba: La mies es mucha, pero los obreros pocos (Mateo IX, 37). Y como exultan los vencedores, que dividen el botín capturado. Porque cuando el fuerte ha sido capturado y atado, toda su casa es saqueada, y se dividen los despojos (Mateo XII). Pero tú, Señor y Salvador, el yugo de su carga, es decir, del diablo, que antes se regocijaba en el mundo, que gobernaba a todas las naciones, que con el gravísimo

yugo de la servidumbre oprimía los cuellos de todos; y la vara con la que golpeaba a todos, y los pecados que les obligaba a rendirle como un tributo, los quitaste de sus hombros: y los hiciste servirte liberados sin ningún ejército y sin derramamiento de sangre en mano oculta: como una vez bajo Gedeón diste la victoria al pueblo de Israel sobre los madianitas (Jueces VII). Porque así como una vestidura que ha sido manchada con sangre humana no puede ser lavada; sino que manchada de sangre, se quema en el fuego, para que las manchas con la vestidura del fétido cruento desaparezcan: así la violenta depredación del diablo y el tumulto y las turbas, con las que había sometido al género humano, han sido destinadas a los fuegos del infierno. Los LXX no todos, sino una parte del pueblo han creído: aunque por lo que ellos dijeron, llevaste en alegría, otros han interpretado magnificaste. Y aunque en lo demás mantienen el mismo sentido, añaden que la estola reunida con engaño, y la vestimenta de cambio, la devolverán, es decir, el diablo: que todas las almas, que había despojado con la ayuda de Dios, las devolverá con sus ornamentos originales: no solo él, sino también sus demonios satélites: a quienes si se les diera la opción, preferirían perecer en las llamas, que perder el botín.

(Vers. 6.) Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: y el principado está sobre su hombro; y su nombre será llamado admirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de la paz. Su imperio se multiplicará, y la paz no tendrá fin: sobre el trono de David y sobre su reino, para confirmarlo y fortalecerlo en juicio y justicia, desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos hará esto. LXX: Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, cuyo principado está sobre su hombro: y su nombre es llamado mensajero del gran consejo. Traeré paz sobre los príncipes, y su salud: su gran principado, y la paz no tiene fin, sobre el trono de David y su reino: para corregirlo y ayudarlo en juicio y justicia: desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos hará esto. Por eso el diablo, y toda su violenta depredación, con la que había oprimido al género humano, y había mezclado sangre con sangre, será en combustión y alimento del fuego eterno: porque nos ha nacido de una Virgen un niño, del cual se ha dicho antes: Antes de que el niño sepa rechazar el mal y elegir el bien (Isaías VII, 16): y después en la generación de la Profetisa: Antes de que el niño sepa llamar a su padre y a su madre (Isaías VIII, 4). Este niño, que ha nacido de una Virgen, es llamado Emmanuel, es decir, Dios con nosotros: y de la Profetisa, es decir, engendrado por el Espíritu Santo, es llamado, apresúrate, despoja, apresúrate a saquear: ahora es llamado con muchos nombres. Y aunque por lo que se dijo antes, Emmanuel, es decir, Dios con nosotros, ha mostrado que es Dios: sin embargo, ahora dice que su principado está sobre su hombro, ya sea porque él mismo llevó su cruz: o mostrando la fortaleza del brazo por el hombro, como dice el mismo Isaías: El Señor Dios ha revelado su brazo santo a todas las naciones (Isaías LII, 10). Y de nuevo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio: y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII, 1). Será llamado, pues, después de dos nombres, con otros seis nombres: Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz. No es que, como muchos piensan, los nombres deban unirse de dos en dos, para que leamos, Admirable consejero, y de nuevo, Dios fuerte; sino que, Admirable debe leerse por separado, que en hebreo se dice PHELE (): y Consejero por separado, que en su lengua se llama IDES (): y Dios por separado, que en hebreo se dice EL (). Finalmente, en los pasajes siguientes donde leemos: Porque tú eres Dios, y no lo sabíamos: Y de nuevo: Yo soy Dios, y no hay otro fuera de mí (Isaías XLV, 5), y muchas cosas similares: por lo que en latín se dice Dios, en hebreo está escrito EL. Lo que sigue, Fuerte, en hebreo se llama GIBBOR (). De ahí que en el lugar donde el mismo profeta menciona: Confiarán en el Dios santo de Israel en verdad: y lo que queda de Jacob en el Dios fuerte (Isaías VIII), por Dios fuerte en hebreo está escrito EL GIBBOR. Pero el Padre del siglo futuro y de la resurrección,

que se completa en nuestra vocación; y el príncipe de la paz, que habló a los Apóstoles: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 2): no dudará, quien haya leído al Salvador como nuestra paz según el apóstol Pablo. Por la majestad de estos nombres creo que los LXX no se atrevieron a decir del niño, que abiertamente debe ser llamado Dios, y lo demás: sino que en lugar de estos seis nombres pusieron, lo que no está en hebreo, el Ángel del gran consejo, y traeré paz sobre los príncipes, y su salud. Lo que parece tener este sentido para mí: El Ángel del gran consejo es quien nos anunció que Israel debía ser rechazado por un tiempo, y las naciones ser salvadas: y dio paz a sus príncipes, a los Apóstoles y hombres apostólicos, y dejó la salud de sus doctrinas a los creyentes. Lo que sigue: Su imperio se multiplicará, y la paz no tendrá fin: por lo que los LXX tradujeron: Su gran principado: debemos saber que la palabra hebrea MESRA () tanto aquí como arriba los LXX interpretaron como ἀρχὴν, es decir, principado. Por lo que nosotros arriba vertimos como principado, aquí lo traducimos como imperio. Pero Aquila, engañado por la ambigüedad de la palabra, lo interpretó como μέτρον, es decir, medida, que tanto en hebreo como en latín se llama por el mismo nombre. Y no podrá dudar del múltiple imperio del Salvador y de su paz, que no tiene fin, quien haya leído en los Salmos: Pídeme, y te daré las naciones como herencia, y tu posesión hasta los confines de la tierra (Salmo II, 8); y de nuevo: Y la multitud de la paz, hasta que se quite la luna (Salmo LXXI, 7), es decir, hasta la consumación del siglo. Pero su principado y su imperio estarán sobre el trono y el reino de David, que después de la cautividad babilónica había sido disuelto, para confirmarlo y fortalecerlo, y enseñarlo a ser perpetuo (para que la promesa de Dios no pareciera vana) desde el tiempo de la Encarnación hasta siempre. Por eso el celo, es decir, la emulación del Señor de los ejércitos hizo esto, porque ellos lo provocaron a emulación con aquellos que no eran dioses, y él los provocó a emulación con una gente que no era gente (Deut. XXXII). La profecía de Emmanuel y del niño nacido de la Virgen, desde el lugar donde se dice a Acaz: Pide para ti una señal del Señor tu Dios, se ha terminado con este versículo, donde se introduce: El celo del Señor de los ejércitos hará esto (Isaías VII, 11). Ahora pasemos a lo restante.

## LIBRO CUARTO.

Dictamos libros desiguales, y por la diversidad de visiones y sentidos, uno se contrae, otro se extiende. Así que terminado el tercer volumen, pasamos al cuarto, que es menor en una tercera parte de versos que el anterior, especialmente cuando el quinto, que hemos añadido a este libro, es de explicación histórica, y tiene casi el doble de número. Pues al no querer dividir lo que está unido, y pasar por alto lo ya interpretado, como entre dos rocas del mar Póntico dirigimos nuestra pequeña nave, que con el soplo del Espíritu Santo, y el Señor Salvador dirigiendo nuestro curso, se desliza hacia el mar abierto, diciendo tú, virgen de Cristo Eustoquio: Ven de los cuatro vientos del cielo, espíritu, y vivifica los huesos muertos (Ezequiel XXXVII, 9): para que los que yacían en el polvo de la tierra, al soplar el Señor, sean resucitados.

Cap. IX.---(Vers. 8 ss.) El Señor envió una palabra a Jacob, y cayó en Israel. Y todo el pueblo sabrá, Efraín y los habitantes de Samaria, en la soberbia y grandeza de corazón, diciendo: Los ladrillos han caído, pero edificaremos con piedras labradas: los sicomoros han sido cortados, pero cambiaremos por cedros. Y el Señor levantará enemigos de Resín sobre él, y convertirá a sus enemigos en tumulto, Siria desde el Oriente, y los filisteos desde el Occidente, y devorarán a Israel con toda la boca. En todo esto no se ha apartado su ira, sino que su mano aún está extendida, y el pueblo no se ha vuelto al que lo golpea, y no han buscado al Señor de los ejércitos. Leemos arriba (IV Reyes XVI) que en los días de Acaz hijo de Jotán, hijo de Ozías rey de Judá, subió Resín rey de Siria, y Peka hijo de Remalías rey de Israel a Jerusalén, para combatirla. Y (Isaías VII) que fue enviado el profeta Isaías al encuentro de Acaz con su

hijo Jasub, para decirle que no temiera, y que su corazón no se desmayara por las dos colas de tizones humeantes, porque en ellos estaba por terminar el imperio de Siria e Israel. No creyendo esto por la magnitud del asunto y el peligro presente, se le ordena que pida una señal. Y como era idólatra, tampoco quiso hacer esto: por eso el Señor no da la señal al rey, sino a la casa de David, del hijo que nacerá de la Virgen, a cuya invocación serán liberados del peligro inminente, y lo demás que hemos interpretado hasta el presente lugar. Por lo tanto, después de haber interpuesto muchos misterios, ahora vuelve a lo que había comenzado, y predice la destrucción de Resín y Efraín, es decir, de Siria y Samaria: El Señor envió una palabra a Jacob, y cayó en Israel. Entre los hebreos DABAR (), que se escribe con tres letras consonantes DALETH, BETH, y RES, según la calidad de los lugares, si se lee DABAR, significa palabra, si DEBER, muerte y pestilencia. Por esta razón muchos, engañados por la ambigüedad del discurso, no dicen que se envió una palabra, sino muerte. Así que el Señor envió una palabra a Jacob, y cayó en Israel. Quiso reinar Judá, como profetiza Jacob en Génesis (Cap. XLIX): e Israel, es decir, las diez tribus reclamaron para sí el imperio, de las cuales se dijo: Ellos reinaron, y no por mí (Oseas VIII, 4). Así que la dignidad del imperio, que comenzó en la unción de Samuel después de haber sido rechazado Saúl, en David, enviada a Jacob, es decir, a las doce tribus, que antes se llamaban Jacob, cayó en Israel: no como los LXX tradujeron, vino: porque cayó en los impíos: lo que estaba destinado a los santos. Así que el pueblo de Efraín y los habitantes de Samaria, que por su multitud se levantan en soberbia, y dicen: El reino de Judá es pequeño, y vilísimo en comparación con el nuestro. Así que cuando ellos caigan como ladrillos, nosotros edificaremos nuestra casa con piedra cuadrada. Cuando sus sicomoros, que son maderas viles, sean cortados por incursión hostil, nosotros construiremos nuestro imperio con cedros, que son imputrescibles, para que signifiquen un reino eterno. Sepa, pues, todo el pueblo de Efraín y los habitantes de Samaria, que el sirio que ahora le ayuda, se convertirá en enemigo. O ciertamente contra el mismo sirio, surgirán de repente guerras de adversarios, y todos se convertirán en tumulto: de modo que contra Israel Siria desde el Oriente, y los filisteos, es decir, los palestinos desde el Occidente se moverán: y juntos devorarán a Israel. Y aunque hagan esto, sin embargo mi mano está extendida, o elevada sobre Israel, y no cesa de herirlos. Y aunque sean golpeados por Dios, no se volverán al que los golpea, ni buscarán al Señor de los ejércitos, adorando becerros de oro en lugar de Dios. Según la anagogía, nuestros intérpretes han explicado este lugar así: Dios envió a su Hijo a Jacob, es decir, a los judíos: y vino a Israel, es decir, al pueblo de las naciones, a quienes el Apóstol dice que se les llama Israel (Rom. IX). Otros lo explican así: El Señor envió su Verbo a la Iglesia, que suplantó al pueblo anterior, y cayó en Israel, es decir, en los herejes, que se jactan de ver a Dios. Sepan, pues, sus príncipes, y todos los que habitan en Samaria, es decir, los que dicen guardar la ley de Dios, y estar en la abundancia de virtudes, y traer frutos de justicia (esto es lo que significa Efraín), que en la soberbia de su corazón desprecian a la Iglesia, y su simplicidad, considerándola ignorancia, dicen: en lugar de sus ladrillos, edificaremos nuestras iglesias con piedras cuadradas y fortísimas, y en lugar de árboles infructuosos y que perecen rápidamente, construiremos cedros altísimos, que el Señor destruirá, y que el justo bajo la persona del impío narra haber visto, y no se encontró su lugar (Salmo XXXVI). Dice, pues, el Señor, que Resín, que se interpreta como sabiduría secular, de la cual Efraín se valía como ayuda, se volverá contra él y todos sus enemigos lucharán contra él, y tanto desde el Oriente como desde el Occidente será atacado, y devorarán a Israel con toda la boca. Por lo que los LXX interpretaron: Y edifiquemos para nosotros una torre: y Dios derribará a los que se levantan contra el monte Sion, y dispersará a sus enemigos. Pues desean, también a semejanza del Templo de Dios, edificar para sí un templo en Samaria; pero aunque hayan movido sus pies desde el Oriente, y hayan dicho: Venid, edifiquemos una torre, y hagámonos un nombre antes de que seamos dispersados (Gén. XI, 4): con el Señor combatiendo, su consenso se disolverá, y sus lenguas

se dividirán unas contra otras, para que no consientan y se hagan peores, sino que se destruyan unos a otros. Y aunque así sean golpeados, y devorados por los enemigos, sin embargo no se volverán al Señor: sino que su mano aún está preparada para golpear, según lo que leemos en Jeremías: En vano he golpeado a vuestros hijos: no recibisteis disciplina (Jer. II, 30).

(Vers. 14 seqq.) Y el Señor destruirá de Israel la cabeza y la cola, el que se encorva y el que pervierte en un solo día. El anciano y honorable, él es la cabeza; y el Profeta que enseña mentiras, él es la cola. Y serán aquellos que llaman bienaventurado a este pueblo, seductores, y los que son llamados bienaventurados, precipitados. Por esto, el Señor no se alegrará de sus jóvenes, y no tendrá misericordia de sus huérfanos y viudas, porque todos son hipócritas y malvados, y toda boca ha hablado necedades. En todo esto no se ha apartado su ira, sino que su mano aún está extendida. Porque la impiedad se ha encendido como fuego: devorará el zarzal y la espina, y se encenderá en la densidad del bosque, y se enrollará en la soberbia del humo. En la ira del Señor de los ejércitos tembló la tierra, y el pueblo será como alimento del fuego. El hombre no perdonará a su hermano, y se volverá a la derecha, y tendrá hambre, y comerá a la izquierda, y no se saciará: cada uno devorará la carne de su propio brazo. Manasés a Efraín, y Efraín a Manasés, juntos ellos contra Judá. En todo esto no se ha apartado su ira, sino que su mano aún está extendida. No solo el Señor levantará a los enemigos de Resín contra él, y convertirá a sus enemigos en tumulto, Siria desde el Oriente, y los filisteos desde el Occidente, para que devoren a Israel con toda la boca: sino que porque no se ha vuelto al que lo golpea, ni ha buscado al Señor de los ejércitos, extenderá su mano para golpear, para destruir de Israel la cabeza, y la cola que se encorva y pervierte, a saber, al que tuerce lo recto (Jerem. II). Quién es la cabeza, él mismo lo ha interpretado, el anciano y honorable. Y quién es la cola, el Profeta, dice, que enseña mentiras, es decir, el falso profeta. Habló de los príncipes, ahora une a los nobles y al pueblo, que tanto maestros como discípulos, y eruditos como el vulgo indocto, perecen por igual. Porque quienes llamaban bienaventurado al pueblo, son seductores; y quienes eran llamados bienaventurados, no por virtud, sino por regalos, serán precipitados a la muerte. Por lo cual leemos arriba: Mi pueblo, los que te llaman bienaventurado, te seducen, y trastornan las sendas de tus pies (Isa. III, 12). En tal pueblo, Dios no tendrá misericordia de ninguna persona: ni del huérfano, ni de la viuda, porque todos son hipócritas, simulando una cosa y haciendo otra: prometiendo castidad, y viviendo lujuriosamente: mostrando pobreza, y llenando su bolsa. Por lo cual añade, y dice: Y toda boca ha hablado necedades. Por todas estas cosas, el Señor no cesa de airarse, sino que aún levanta su mano para golpear. Y porque hicieron estas cosas, la impiedad se encenderá como fuego, para devorar no el campo cultivado, sino el zarzal y las espinas, ni los árboles fructíferos, sino el bosque infructuoso, en el que habitan las bestias, consumirá la llama voraz. Por lo cual se dice que la densidad del bosque, con el fuego debajo, se enrollará en la soberbia y altitud del humo. Porque todo lo que es elevado, y se levanta en lo alto, puede ser llamado soberbio. Por lo cual no sé qué queriendo los LXX tradujeron: y devorará alrededor de los montes todo. Por lo cual también en la ira del Señor tembló la tierra, y el pueblo se convirtió en pasto del fuego, porque fue tal la crueldad en él, que ni siquiera perdonó al nombre más querido de la hermandad, sino que dejando y despreciando la derecha, se sació en lo que era izquierdo: mientras sufre hambre de placeres y males, y siempre desea unir a los males cosas peores. También Manasés y Efraín, que nacieron de un mismo vientre, y generados del mismo padre, estallaron en tal furia, que se dividieron entre sí con odio hostil. Leamos los volúmenes de los Reyes y las Crónicas, y encontraremos las guerras civiles de Samaria entre sí, mientras unos luchan por otros reyes, y cómo, habiendo matado a sus reyes, se ponen de acuerdo para atacar a Judá. Según la tropología, el Señor

quitará la cabeza y la cola, tanto al mayor como al menor. Llamando cola, no a los hombres, sino a las bestias, demuestra que son herejes, que usan este miembro para proteger los excrementos, y para ahuyentar a los pequeños animales. Y después de la cabeza, y la cola que se encorva, une y pervierte, porque subvierten los preceptos de la ley, y pervierten el camino recto. También al anciano, porque es la cabeza, y al falso profeta que se pone en la cola, destruirá, y a los maestros por igual, y a los discípulos; a unos que alaban a los pecadores por regalos: a otros que, alabados, no sienten sus males, ni hacen penitencia. Por esto, en sus jóvenes no se alegrará el Señor: ¡Ay de la ciudad cuyo rey es joven! (Ecl. X, 16). Y quienes han perdido a Dios Padre o al verdadero Señor, no obtendrán misericordia. Porque todo hereje es hipócrita, haciendo una cosa y simulando otra, y todo lo que habla, aunque parezca sabiduría, sin embargo, es necedad. Por estas cosas extiende su mano para castigar, y todas sus impiedades, como espinas, consumirá la llama voraz. Y las palabras sin virtudes, que se comparan con el bosque infructuoso, se envolverán en la soberbia del humo. Para su castigo temblará toda la tierra, y los pueblos engañados serán entregados a ardores eternos, porque por la gracia de la ganancia vergonzosa, ni siquiera se perdonan a sí mismos, sino que compiten por saquear a los pueblos engañados, dejando los bienes, y permaneciendo en los peores. Y aunque siempre encuentren lo izquierdo, sin embargo, nunca se sacian de sus errores, devorando la carne de su propio brazo, y luchando con igual empeño contra la Iglesia. Por la lujuria, y los placeres, y las ganancias de los pueblos, tienen discordia entre sí, para que de una herejía se hagan dos, y nuevamente se dividan en partes, para que lleven sus propios rebaños y devoren las casas de las viudas, y de las mujeres pecadoras, siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad (II Tim., III). En todo esto no se apartará la ira del Señor, consumiendo los vicios, y subvirtiendo; sino que cuanto más progresan ellos en pecar, tanto más extiende él su mano para los castigos. (Cap. X.---1 seqq.)---¡Ay de los que dictan leyes iniquas, y escribiendo injusticia escribieron, para oprimir en el juicio a los pobres, y hacer violencia a la causa de los humildes de mi pueblo, para que las viudas sean su presa, y los huérfanos los despojen! ¿Qué haréis en el día de la visita, y de la calamidad que viene de lejos? ¿a quién acudiréis en busca de ayuda? y ¿dónde dejaréis vuestra gloria? para que no os encorvéis bajo el yugo, y caigáis con los muertos. Sobre todo esto no se ha apartado su ira, sino que su mano aún está extendida. Muchos aún piensan que esto se dice contra las diez tribus que habitaban en Samaria, porque a los crímenes anteriores también unieron estos. Pero a nosotros nos parece que el discurso profético clama contra los jueces de la tribu de Judá, y Jerusalén, a saber, los Escribas y los intérpretes, que escribieron leyes iniquas contra la ley de Dios, y con sus tradiciones subvirtieron la verdad del juicio. Porque Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre (Éxodo XX, 12): ellos, por el contrario, aconsejaron a los hijos decir a los padres: Cualquier don que sea de mí, te beneficiará, para que no honren al padre y a la madre (Mateo XV, 5, 6; Marcos VII, 11), y otras cosas semejantes. Por eso escribieron leyes pésimas, para oprimir a los pobres y humildes del pueblo, para saquear a las viudas, y despojar a los huérfanos. Se les pregunta qué harán cuando llegue el día de la cautividad o del juicio, y la calamidad que viene de lejos, que fue predicha mucho tiempo antes. ¿A quién, dice, huiréis en busca de ayuda, cuando hayáis ofendido a Dios, que es el verdadero auxiliador, y dónde dejaréis vuestra gloria? Porque las riquezas no servirán en el día de la ira, para que el asirio no os lleve cautivos a tierra hostil, para que no caigáis en la batalla (Prov. XI, 4). Y al final, como en lo anterior contra Samaria, a menudo decía: En todo esto no se ha apartado su ira, sino que su mano aún está extendida, también habla contra Judá, que no será el fin de su maldad su extrema cautividad, sino que también en tierra hostil la espada del Señor los perseguirá. Según la anagogía, todo hereje escribe iniquidad, para engañar a los pobres y humildes del pueblo, despojar a las viudas y a los huérfanos. Porque el que es rico, de quien leemos: La redención del alma del hombre son sus riquezas (Prov. XIII, 8), no soporta la amenaza, no es capturado fácilmente por ellos. Pero

el pobre, y el que es humilde y pequeño entre los pueblos, pronto es escandalizado por ellos. También la viuda, que ha perdido a su esposo Dios, y el huérfano que ha perdido a su padre Creador, de quien está escrito: Dios, que te engendró, lo abandonaste, y te olvidaste del Dios que te nutrió (Deut. XXXII, 18), fácilmente son suplantados. ¿Qué harán, pues, en el día del juicio, cuando hayan engañado a tantos, y la calamidad que viene de lejos? Porque así como al hombre justo se le dice, La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón (Rom. X, 8); y en otro lugar: El reino de Dios está dentro de vosotros (Lucas XVII, 2); así la calamidad de los herejes vendrá de lejos, preparada para ellos mucho tiempo antes. ¿A quién acudirán, cuando tienen un Dios ficticio? ¿A quién entregarán su gloria, cuando todo es simulado? Ni podrán escapar del yugo, con el que han atado a muchos. Por lo cual, en la visión del valle de Sion, que abandonada por la altura de Dios, y engañada por la humildad herética, se dice de los maestros de la falsa ciencia: Todos tus príncipes han huido, y los que fueron capturados, están duramente atados (Isa. XXII, 3): y que con cada uno de los muertos caigan, y en la muerte de otros ellos mismos perezcan, y aunque sufran mucho, y haya llegado el día de la visita, no haya fin a su destrucción: sino que siempre tiemblen ante la mano del Señor que se cierne sobre ellos. Hasta aquí la amenaza de Dios contra las diez y dos tribus, es decir, contra Samaria y Jerusalén, que comenzó en el pueblo mientras aún reinaba Acaz: de las cuales dos tribus y media fueron capturadas bajo él, y las restantes bajo Ezequías, quien sucedió a Acaz en el reino (II Reyes XVI, 17). La siguiente profecía está escrita contra los asirios.

(Vers. 5 seqq.) ¡Ay de Asur, vara de mi furor, y el bastón es, en su mano, mi indignación. A la nación engañosa lo enviaré, y contra el pueblo de mi furor le mandaré, para que quite el botín, y despoje la presa, y lo ponga en pisoteo como lodo de las calles. Pero él no lo pensó así, y su corazón no lo estimó así, sino que su corazón será para destruir y para exterminar muchas naciones. Porque dice, ¿no son mis príncipes todos reyes? ¿No es como Carquemis, así Calno, y como Arfad, así Hamat? ¿No es como Damasco así Samaria? ¿Cómo halló mi mano los reinos del ídolo, así también sus imágenes de Jerusalén y de Samaria. ¿No haré como hice a Samaria y a sus ídolos, así haré a Jerusalén y a sus imágenes? Pongamos en este lugar la traducción de los LXX, que en muchos puntos difiere del hebreo. LXX: ¡Ay de los asirios: la vara de mi furor es en sus manos, enviaré mi ira a la nación iniqua, y a mi pueblo le mandaré, para que haga botín y presa, y pise las ciudades, y las ponga en polvo: pero él no lo pensó así, y no lo estimó así; sino que para destruir, es su mente, y para exterminar muchas naciones. Que si le dijeran: Tú solo eres príncipe, responderá: ¿No tomé la región que está sobre Babilonia, y Calane, donde se edificó la torre? Pero tomé Arabia, y Damasco, y Samaria: como tomé estas, así tomaré todos los reinos. Aullad, imágenes en Jerusalén y Samaria; porque como hice a Samaria y a sus ídolos, así haré a Jerusalén y a sus imágenes. Primero, se debe saber que en hebreo no tiene Calane, sino CALNO (). Porque la última letra de este nombre no es YOD, como ellos pensaron, sino VAU, que solo se diferencian en tamaño. La torre fue edificada en el campo de Sinar, donde estaban Arec, Acad, y Calane, y Babilonia, que recibió su nombre de la confusión de lenguas (Génesis XI). Arabia no se menciona en hebreo, sino Hamat, que los sirios hasta hoy llaman Epifanía. También añadieron de su propia cosecha: Aullad, imágenes en Jerusalén. Y lo que está escrito arriba: Si le dijeran, tú solo eres príncipe, responderá, no tomé la región aquella, y aquella, sino que tomé Arabia, y Damasco, y Samaria, sugiere este sentido: Cuando, dice, le dijeran al asirio que fue capturado, tú eres príncipe de todos, él, sintiéndose aún débil, responderá: ¿Cómo me llamáis príncipe, cuando solo he tomado Arabia, y Damasco, y Samaria, y aún no he sometido a mi poder las naciones lejanas más allá de Babilonia? Como tomé Arabia, Damasco, y Samaria, así someteré a mí todos los reinos. Pasemos al hebreo, y anotemos brevemente lo que nos parece. ¡Ay del asirio, es decir, Senaquerib, porque él es la vara, y el bastón de mi furor, porque en su mano está mi indignación, y por él golpearé a la nación más

engañosa, que siempre cojeó entre mí y los ídolos, que mintió que haría mis preceptos, y contra el pueblo de mi furor le mandaré, para que lo despoje y lo saqueé, y lo reduzca a polvo, y lo pise como lodo de las calles, es decir, para que lo golpee, y no lo mate, para que lo hiera, y no le quite el alma. Pero él salió del límite de mi ira, y no solo contra Israel, al que fue dirigido, sino que se desató contra muchas naciones, para destruir todos los reinos alrededor, y hasta la exterminación de muchas naciones su espada se ensañó. Elevado en soberbia, se atrevió a decir: Mis duques son reyes de otras naciones, y sujetos a mí, gobernarán sobre todas las naciones. Como tomé Carquemis, así tomé Calno: como Arfad, así obtuve Hamat, como Damasco, así me sometí Samaria. Como los otros reinos, que servían al culto de los ídolos, sometí a mis pies, así también Jerusalén y Samaria, en la que están los mismos ídolos, someteré a mi poder. Como tomé Samaria con sus ídolos, así también tomaré Jerusalén, porque adora a los mismos dioses. En lugar de Carquemis, los LXX añadiendo de su propia cosecha, interpretaron la región más allá de Babilonia, y Calane donde se edificó la torre, dejando completamente Arfad. Podemos, sin embargo, según su traducción, y con la libertad de la tropología, siempre que sea piadosa, decir también esto, que en lo que dice, y a mi pueblo le mandaré, para que haga botín y presa, y pise las ciudades, y las ponga en polvo, que el Señor también manda diariamente a su pueblo, que reduzca a polvo las ciudades de los adversarios que se levantan contra el conocimiento de Dios, y las de los herejes construidas con gran esfuerzo, y demuestre que no son nada. Quien entendiendo la debilidad del corazón humano, y que rodeado de carne mortal, no puede tener la victoria perfecta de las virtudes, ni conquistar todas las naciones, aunque otros lo admiren, y digan: Tú solo eres príncipe, les responderá: Hay muchas cosas que debo destruir, y aún no he podido destruir: sé que no sé. Y aunque haya superado muchos argumentos de los adversarios: sin embargo, hay muchos que aún deben ser superados. Y al mismo tiempo, con la esperanza de lo futuro, de lo que ha superado, también se promete la victoria de los demás. Se ordena, sin embargo, aullar a las imágenes de Jerusalén y Samaria: no a las que están hechas; sino a los que las hicieron: metonímicamente, a los que las hicieron, por las cosas que fueron hechas: para que no solo los que en las herejías fabricaron ídolos, sino los que en la Iglesia defienden por ignorancia la mentira como verdad, con aullido y penitencia testifiquen que se equivocaron.

(Vers. 12-14.) Y será que cuando el Señor haya completado toda su obra en el monte Sion y en Jerusalén, visitaré sobre el fruto del corazón magnífico del rey de Asiria, y sobre la gloria de la altitud de sus ojos. Porque dijo: con la fortaleza de mi mano lo hice, y en mi sabiduría entendí, y quité los límites de los pueblos, y a sus príncipes despojé, y derribé como poderoso a los que residían en lo alto; y mi mano encontró como nido la fortaleza de los pueblos; y como se recogen los huevos que han sido abandonados, así reuní toda la tierra, y no hubo quien moviera el ala, ni abriera la boca, ni graznara. Los Setenta interpretaron por fruto, sentido, o mente grande. Después de la cautividad de Samaria, y la victoria de los asirios, y la amenaza contra Jerusalén, porque imitó los ídolos de Samaria, debe ser golpeada con una sentencia similar; ahora el Profeta habla contra el mismo asirio que se elevó en soberbia, y pensó que lo que venció fue por su propia fortaleza. Porque el asirio, jactándose con la hinchazón de su corazón, dijo que con la fortaleza de su mano había vencido a todas las naciones, y con increíble sabiduría había poseído los límites de todas. Y según los Setenta, fue de tal poder que destruyó por completo las ciudades de los hombres guerreros, y tomó el mundo entero como un nido, y como huevos abandonados por las madres, lo convirtió en su presa. Y porque una vez tomó la metáfora de las aves, el nido y los huevos, la mantuvo en lo restante, para decir: No hubo quien moviera el ala, ni abriera la boca, ni graznara. Tanto, dice, fue el terror de mi fortaleza y victoria, que ni siquiera el llanto y el gemido del vencido se manifestaron libremente. Hay quienes piensan que esto se dice en general contra el reino de

Asiria, que después de que el Señor haya completado toda su obra en el monte Sion y en Jerusalén, es decir, después de que Jerusalén haya sido subvertida, el imperio de los asirios será destruido. Sin embargo, a mí, por lo que sigue, me parece que la amenaza es propiamente contra Senaquerib, rey de los asirios. Pero lo que dice: Después de que el Señor haya completado toda su obra en el monte Sion y en Jerusalén, no significa la subversión de la ciudad, sino el asedio, cuando vino Rabsaces, el líder de Senaquerib, y hizo lo que el mismo Profeta menciona más adelante (Isaías XXXVII, 17). Según la tropología, cuando Samaria y Jerusalén hayan soportado la ira del Señor, y hayan sentido que erraron en la fabricación de ídolos: entonces será destruido el gran sentido, el asirio, que se infló en tal soberbia contra el Señor, que pensó que todo cedería a su sabiduría, y que cualquier doctrina elevada, y protegida por el arte dialéctico, debía ser sacudida y completamente destruida: tanto que, a semejanza de los polluelos de las aves, no pueden elevarse a lo alto, y aún no animados, son insensibles y torpes, lo que demuestra el ejemplo de los huevos, y ni siquiera murmurar, ni mover la lengua contra la razón y la fortaleza de su discurso.

(Vers. 15.) ¿Se gloriará el hacha contra el que corta con ella, o se exaltará la sierra contra el que la maneja? Como si se elevara la vara contra el que la levanta, y se exaltara el bastón, que ciertamente es de madera. Contra Senaquerib, o como muchos piensan, Nabucodonosor, jactándose y diciendo: Con la fortaleza de mi mano lo hice, en mi sabiduría entendí, y lo demás, el santo Profeta respondió: Oh, el más necio de los mortales, ¿piensas que la ira de Dios es tu sabiduría, y refieres su mandato a tu fortaleza? Como si el hacha se gloriara contra el que la sostiene, y la sierra contra el que la maneja, y dijeran que todas las obras que se hacen con el hacha y la sierra, se perfeccionan por su arte. Y si alguien eleva la vara, y exalta el bastón para golpear a quien quiera, y la misma vara y bastón se glorían, y dicen que el golpeado fue golpeado por ellos: así también tú, siendo instrumento de la voluntad de Dios, te elevas en soberbia, y te glorías de que todo lo que se hace es por tu virtud. Pero todo lo que se dice al asirio, también puede referirse a la soberbia de los herejes, y al diablo, que en las Escrituras se llama hacha, sierra y vara, porque por él se cortan los árboles infructuosos, se dividen, y se corta la dureza de los incrédulos, y se golpea con la vara a los que no reciben disciplina. También los herejes, cuya boca se eleva al cielo, y su lengua atraviesa la tierra, y abusan del sentido que recibieron de Dios para el bien, en lo contrario y perverso, para hablar contra aquel por quien fueron creados, y convierten el ministerio de la lengua, con el que debe ser alabado el Señor, en blasfemia (Salmo LXXII).

(Vers. 16 y siguientes.) Por eso enviará el dominador, el Señor de los ejércitos, en sus gordos, delgadez, y debajo de su gloria arderá como combustión de fuego. Y será la luz de Israel en el fuego, y su santo en la llama: y se encenderá y devorará su espina y zarzas en un solo día. Y la gloria de su bosque, y su Carmelo desde el alma hasta la carne se consumirá, y será por el terror fugitivo, y las reliquias de los árboles de su bosque se contarán por su escasez, y un niño los escribirá. Porque hiciste esto, y hablaste lo que narré antes, por eso enviará el Señor su Ángel, y en una noche morirán ciento ochenta y cinco mil de tu ejército: de modo que los más poderosos, a quienes llama gordos, serán reducidos a la delgadez y a la nada: y como los hebreos transmiten, con las vestiduras de los asirios intactas, los cuerpos serán quemados por un ardor oculto: entonces la luz de Israel y el santo, es decir, el ángel, será en el fuego y en la llama, y todas las espinas y zarzas de los asirios, es decir, la maldad, se consumirá, no en mucho tiempo, sino en un solo día y momento. Y como el bosque y el Carmelo, que es un monte en Galilea cubierto de bosques, se quema rápidamente con el fuego puesto debajo: así desde el alma hasta la carne toda la gloria del asirio se consumirá. Entonces el ejército despojado huirá, lo que el mismo Profeta testifica en lo que sigue, y de tan innumerable multitud que se comparó con el Carmelo y el bosque, llegará a tal escasez, que un niño

pequeño podrá contarlos y describirlos. Los hebreos transmiten que solo diez de su ejército quedaron; algunos de los nuestros quieren que este rey sea un tipo de la fortaleza adversaria. Y como leemos en Daniel (Cap. X) los príncipes del reino de los persas, y del reino de los medos, y del reino de los griegos, así también hay un príncipe de los asirios, que por su soberbia se llama gran sentido, y en el día del juicio será entregado a los ardores del infierno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. Y la luz de Israel y el santo, es decir, el mismo Señor, encenderá las zarzas y espinas del asirio, y toda su potencia y pueblos innumerables serán reducidos a la nada. Entonces él, aterrorizado por el miedo, como una serpiente tortuosa y fugitiva, querrá evitar las penas inminentes. Y los que puedan escapar del bosque y de su confusión y de los árboles que perecerán, serán dignos de ser contados y descritos por un niño, cuyo principado está sobre sus hombros. Esto mismo también puede referirse a los herejes: que después de que la doctrina eclesiástica haya brillado, y todas sus trampas hayan sido expuestas, entonces llegarán a tal soledad, que del bosque y de los árboles infructuosos y de su innumerable multitud, que habían engañado con fraude herético, apenas quedarán pocos que sigan su error. Por lo que nosotros traducimos, enviará el Señor en sus gordos delgadez, los Setenta tradujeron, enviará el Señor en tu honor ignominia. Y por lo que dijimos: y su santo en la llama, ellos tradujeron: y lo santificará en el fuego: por lo que algunos quieren entender que las penas y tormentos se aplican a los pecadores para que sean purgados por el fuego divino. Y lo que dijimos: Y la gloria de su bosque, y su Carmelo: ellos interpretaron: Se extinguirán los montes, y las colinas, y el bosque, para que toda la claridad y soberbia de los asirios, y su multitud, sean humilladas y extinguidas.

(Vers. 20 y siguientes.) Y será en aquel día, no añadirá el resto de Israel, y los que hayan sido salvados de la casa de Jacob, a apoyarse en aquel que los golpea, sino que se apoyarán en el Señor, el santo de Israel, en verdad. Las reliquias se convertirán, las reliquias, digo, de Jacob, al Señor fuerte. Porque si tu pueblo Israel fuera como la arena del mar, las reliquias se convertirán de él. La consumación abreviada inundará la justicia. Porque el Señor Dios de los ejércitos hará una consumación y abreviación en medio de toda la tierra. Donde en griego se dice: Se convertirán las reliquias de Jacob al Dios fuerte, por Dios fuerte, en hebreo está escrito EL GIBBOR (), dos nombres de los seis nombres, con los que leímos arriba que se llamó al niño pequeño y al hijo que nos fue dado. Y por lo que está escrito: Las reliquias se convertirán, en hebreo se dice en número singular, lo que queda se convertirá, es decir, τὸ ὑπόλειμμα ἐπιστρέψει, en hebreo se escribe SAR JASUB (). Y por esta ocasión del discurso piensan que Jasub, hijo de Isaías, precedió como señal de la salvación del pueblo de Israel. Cuando, por tanto, la luz de Israel y el santo haya consumido el bosque del Carmelo y las zarzas, y el rey asirio haya huido con pocos: entonces el resto de Israel, que con el príncipe Ezequías, con las demás ciudades de Judea capturadas, estaban sitiados en Jerusalén, no confiarán en el asirio: como ahora hacen bajo el rey Acaz, que envió mensajeros al rey de Asiria diciendo: Soy tu siervo, sube y líbrame de la mano del rey de Siria, y de la mano del rey de Israel, que se levantaron contra mí (IV Reyes XVI, 7); cuando tomó el oro y la plata que se encontró en los tesoros de la casa del Señor, y en la casa real, y envió regalos al rey de Asiria, y el rey de Asiria lo escuchó, y vino a Damasco, y la tomó, y trasladó, y mató a Rezín; pero liberados por el mismo asirio, el golpeador, que primero fue amigo, y después se convirtió en enemigo, se apoyarán y confiarán en el Señor, el santo de Israel, no falsamente, como hicieron bajo los reyes anteriores, sino en verdad. Lo que leemos que se hizo bajo Ezequías: de modo que, abandonados los ídolos, se convirtieron al culto de Dios. Y porque dijo que las reliquias serían salvadas, pasa a los tiempos posteriores, y dice que la salvación plena será bajo Cristo. Lo que también el apóstol Pablo entendiendo escribe a los Romanos: Isaías clama por Israel. Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, las reliquias serán salvas. Porque el Señor hará una palabra consumidora y abreviada en equidad,

porque el Señor hará una palabra abreviada sobre la tierra (Rom. IX, 27). Y como dijo Isaías: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla, como Sodoma habríamos sido, y semejantes a Gomorra (Isaías I, 9). Donde, por tanto, precede la autoridad de un hombre tan grande, cese toda otra interpretación. Y en verdad, si leemos a Josefo (lib. X, cap. 2), y cuánta fue la multitud de hombres en Jerusalén, y en Judea cuando el Señor sufrió; entendemos que apenas unos pocos en los Apóstoles y hombres apostólicos de los judíos fueron salvados [o serán salvados]. Pero el discurso evangélico es abreviado y perfecto, que por todos los ceremoniales de la Ley prolija, dio el precepto brevísimo del amor y la fe, para que lo que no queramos que nos hagan, no lo hagamos a otro. Por lo cual también el Señor en el Evangelio: En estos dos mandamientos, dice, penden toda la Ley y los Profetas (Mateo XXII, 40). Algunos refieren este capítulo a aquellos tiempos, cuando bajo Zorobabel hijo de Salatiel, y Jesús hijo de Josadac, y Esdras, y Nehemías, una parte del pueblo regresó a Judea. A los cuales responderemos, que no guardan el orden de la historia, especialmente cuando lo que sigue no se dice contra los babilonios, cuyo rey fue Nabucodonosor, sino contra Senaquerib, rey de los asirios.

(Vers. 24 y siguientes.) Por eso dice el Señor Dios de los ejércitos: No temas, pueblo mío habitante de Sion, del asirio, en la vara te golpeará, y su bastón lo levantará sobre ti en el camino de Egipto. Porque aún un poco, y se consumirá mi indignación, y mi furor sobre su maldad. Y levantará sobre él el Señor de los ejércitos un azote, como la plaga de Madián en la roca de Oreb, y su vara sobre el mar, y la levantará en el camino de Egipto. Y será en aquel día: se quitará su carga de tu hombro, y su yugo de tu cuello, y el yugo se pudrirá a causa del aceite. Por roca, que según el hebreo interpretó Aquila, Símaco y Teodoción pusieron la misma palabra hebrea SUR OREB (). Por lo cual los Setenta interpretaron, lugar de tribulación: de lo cual hablaremos en su lugar. Difícil, dice, te parece, oh habitante de Sion, que con todas las naciones en tu alrededor subyugadas por el asirio, tú solo seas liberado de sus manos. Escucha lo que digo: no temas, pueblo mío, que el asirio te capture venciendo. Aunque en el año catorce del rey Ezequías (IV Reyes XVIII) subirá Senaquerib, rey de Asiria, sobre todas las ciudades fortificadas de Judá para tomarlas, y enviará a Rabsaces, que aterrorice al pueblo sitiado en Jerusalén; sin embargo, debes saber esto, que no te golpeará con la espada, sino con la vara, y yendo contra Taraca, rey de Etiopía, y los egipcios y el mar Rojo por el camino de Egipto, solo levantará su bastón contra ti, y no podrá golpear. Porque aún un poco, y regresando de Egipto con una multitud infinita de ejército, y deseando sitiarte, inmediatamente será golpeado por mi indignación, y aquel azote que una vez levanté contra los madianitas bajo Gedeón (Jueces VII), que también se llamaba Jerobaal, cuando Oreb y Zeba, príncipes de los madianitas, fueron muertos sobre la roca durísima, es decir, el pedernal, que en hebreo se llama SUR (), de modo que de la roca y del rey, que fue muerto en ella, el lugar tomó el nombre de roca de Oreb. Levantará, por tanto, su vara sobre el mar Rojo yendo contra los etíopes, y la levantará regresando a ti por el camino de Egipto: pero inmediatamente que venga de Egipto, se quitará la carga de tus hombros y el yugo de su imperio, y dejarás de servir. Ese yugo, es decir, la potencia del asirio, se pudrirá a causa del aceite, es decir, de la misericordia de Dios. Pero podemos entender también esto que dijo: En la vara te golpeará, y su bastón lo levantará sobre ti en el camino de Egipto: Y de nuevo: Y su vara sobre el mar, y la levantará en el camino de Egipto: de esta manera, que por eso golpeó a muchos de la tribu de Judá, y en el alrededor del reino de Jerusalén tomó ciudades, porque no tuvieron confianza en Dios, sino en los egipcios. Por lo cual también Rabsaces les reprocha diciendo: He aquí que confías en el bastón de caña quebrada sobre Egipto. Al cual si un hombre se apoya, entrará en su mano, y la perforará (IV Reyes XVIII, 22): así Faraón, rey de Egipto, a todos los que confían en él. La historia de los madianitas está escrita en el libro de los Jueces (Jueces VII), que también leemos en el Salmo: Pon sus príncipes como Oreb, y

Zeba, y Zalmuna (Salmo LXXXII, 12). Por lo tanto, se equivocan los que piensan que se refiere a aquel tiempo, cuando en el libro de los Números (Cap. XXV) se refiere que los madianitas fueron muertos por Israel desde el desierto de Sur hasta el monte de Dios Oreb: que se escriben con otras letras entre los hebreos, ya que en ese tiempo no estaban en el monte Oreb, sino en el desierto de Sitim. Según la anagogía, se ordena al pueblo que habita en la Iglesia, que no tema a los adversarios, que siempre están preparados para luchar, y con mucha disputa suya subvirtieron las almas. Por eso se les da contra el pueblo de Dios un poco de poder, y no tanto para golpear con la espada como con la vara, es decir, no para matar, sino para amenazar, porque caminaron en el camino de Egipto, y no confiaron en el Señor. Pero cuando se hayan vuelto a Dios, y hayan dejado el camino de Egipto, entonces el azote será levantado por el juicio de Dios contra los adversarios. Porque Madián se interpreta como juicio: para que con el espíritu de su boca, y el aceite de misericordia, el yugo de los enemigos se pudra.

(Vers. 28 y siguientes) Vendrá a Aioth, pasará por Magron: en Machmas dejará sus pertenencias. Pasaron rápidamente por Gabee, nuestra sede (o como se encuentra escrito en otros lugares: permanecieron en la mansión); Rama se asombró, Gaba de Saúl huyó. Gime con tu voz, hija de Gallim; atiende, Laisa, pobre Anathoth: Medemena ha emigrado: habitantes de Gebim, fortaleceos. Aún es de día, para que se detenga en Nob: agitará su mano sobre el monte de la hija de Sion, la colina de Jerusalén. LXX: Vendrá a la ciudad de Aggai, y pasará por Mageddo: y en Machmas pondrá sus pertenencias: y pasará el valle, y llegará a Aggai. El temor se apoderará de Rama, ciudad de Saúl: huirá la hija de Gallim: atiende Laisa: se oirá en Anathot: Medemena se asombró, y los habitantes de Gebim. Consolaos hoy en el camino, para que permanezca: consolaos monte de la hija de Sion, y colina de Jerusalén. En este lugar, los LXX difieren mucho del hebreo: por lo cual hemos puesto ambas ediciones, para que, si merecemos, con la inspiración de Cristo, digamos lo que nos parece en cada una. El discurso profético describe el camino y la pompa del asirio que regresa de Egipto a Jerusalén, y con cuánta estridencia y rapidez vendrá a atacarla. Y primero, dice, vendrá a Aioth [o Aiath], donde, por la excesiva prisa, no queriendo quedarse, pasará por Magron, y tendrá tanta confianza en capturar la ciudad, que en Machmas dejará sus pertenencias, como si fuera a regresar pronto tras haber subvertido la ciudad: una vez depositadas, pasará rápidamente por ella, y en Gabee tendrá su alojamiento: donde, deteniéndose un poco para refrescar a su cansado ejército, la ciudad vecina de Rama se aterrorizará: Gaba, ciudad de Saúl, huirá. Entonces, la hija de Gallim, que en hebreo se llama BETH GALLIM (), lamentará tanto que parecerá el relincho de caballos. Por lo tanto, oh Laisa, y pobre, o obediente, o humilde Anathoth (pues puede interpretarse de tres maneras), presten atención diligente, y desvíen el ímpetu del que corre, si pueden: porque la ciudad de Medemena ya ha emigrado de sus asientos. Pero vosotros que habitáis en las colinas, que se interpreta como Gebim, seguros por la altura de los lugares, fortaleceos, es decir, tomad las armas. Aún quedaba tanto del día, que estando en el pequeño pueblo de Nob, y viendo la ciudad de Jerusalén a lo lejos; agitaría su mano, y golpearía sobre el monte Sion, ya sea despreciándola y menospreciándola, o insultándola y amenazándola, y admirándose de que, teniendo todo el Oriente sometido a él, una ciudad tan pequeña se atreva a resistir su poder. Esto según los hebreos, como nos ha sido transmitido por ellos, lo hemos resumido en un breve discurso. Ahora, lo que según la edición de los LXX los hombres eclesiásticos piensan de este lugar, lo expondremos. Cuando el yugo del asirio, o como algunos erróneamente piensan, del babilonio, haya sido quitado de tus hombros, y destruido, el asirio Senaquerib, huyendo con pocos restos, vendrá a Aggai, que no se encuentra en el hebreo. Y tal será la trepidación del que huye, que no se atreverá a quedarse allí, sino que pasará por Mageddo, que tampoco

contiene la Escritura. Y como no podrá huir más rápido por estar cargado con sus pertenencias, dejará sus cosas en Machmas, y con paso rápido pasará el valle, que tampoco resuena en el discurso hebreo: y nuevamente vendrá a Aggai, que se menciona dos veces en este lugar, y no se encuentra en el hebreo. Al sonido de su huida, Rama, ciudad de Saúl, temblará: lo cual es claramente falso. Pues la ciudad de Saúl se llama Gaba, como se contiene en el hebreo. Luego vendrá a Gallim: Laisa oirá, Anathoth oirá, Medemena temblará. Pero los habitantes de Gebim y las colinas, que están en Jerusalén, es decir, los hombres excelsos, son provocados a consolar a Jerusalén: no mucho después, sino en el presente, y el mismo día mientras el asirio está en el camino; para que permanezcan en sus lugares, y no huyan perturbados por el miedo. Esto según la letra. Sin embargo, algunos en este lugar, al no poder encontrar las etimologías de los nombres falsos según los LXX, ni testificar que pudieron encontrarlas en el libro de los Nombres Hebreos, nos envían a la incertidumbre, para decir que en el tiempo final del mundo, y en la consumación de este siglo con las penas inminentes, un gran sentido, el príncipe de los asirios, huirá: y por diversos lugares y diferentes progresos querrá huir de la ira de Dios. Y cuando él huya, los habitantes de Gebim, es decir, todas las virtudes excelsas, son provocados por el discurso profético, para que consuelen al que huye, y le enseñen a no huir, sino a permanecer en el camino, y esperar la misericordia de Dios; y no solo consolar al que huye, sino también en las buenas obras llamar a la hija de Sion del luto, y provocarla a la salvación del arrepentimiento, y que estos sean los montes en Jerusalén de los que leemos en la parte posterior de este profeta: Consolad, consolad a mi pueblo, sacerdotes: hablad al corazón de Jerusalén (Isa. XL, 1). Dijo esto, porque constreñido por la verdad del asunto no tenía otra cosa que decir.

He aquí que el Señor de los ejércitos quebrantará la vasija en el terror, y los de alta estatura serán cortados, y los sublimes serán humillados, y los espesos bosques serán subvertidos con hierro, y el Líbano con sus excelsos caerá. Algunos piensan que este lugar aún se refiere al asirio, que al ser quebrantado, todas las naciones circundantes, que estaban sujetas a su dominio, serán cortadas y humilladas, y el bosque más denso será subvertido: por el cual quieren entender metafóricamente al pueblo y a los príncipes. También el Líbano con sus excelsos caerá, para que no quede nada del poder de Asiria. Otros, sin embargo, quieren que desde este lugar comience a hablarse de Cristo: especialmente cuando lo que sigue, tanto nosotros como la Circuncisión lo confesamos escrito sobre él. Había dicho antes el nombre del niño que nacería de la Virgen, que sería llamado Emmanuel; y después el concebido en el vientre de la Profetisa sería llamado, apresúrate, despoja, apresúrate a saquear (Isa. VIII, 3), y él sería la piedra de tropiezo y roca de escándalo para las dos casas de Israel: cuyo principado estaría sobre su hombro, y sería llamado con seis nombres: admirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo futuro, y príncipe de la paz: y que su imperio se multiplicaría, y no habría fin de la paz. Ahora, en el prólogo de su advenimiento, antes de que se diga que nacería del linaje de Jesé y David, a través de la metáfora de la vasija rota se demuestra su pasión: que, queriendo Dios, su carne fue entregada a la muerte, para que la sublimidad de los judíos sea destruida, y los que antes eran excelsos caigan a tierra; y el Líbano con sus cedros sea cortado, de lo cual leemos en Zacarías: Abre, Líbano, tus puertas, y que el fuego consuma tus cedros: aúlla, abeto, porque cayó el cedro, porque los magníficos fueron devastados (Zac. XI, 1, 2). Pero que se diga que fue quebrantado y golpeado por el Padre, también es indicio: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas (Zac. XIII, 7). Y otro testimonio: Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron (Sal. LXVIII, 2). La palabra hebrea () PHURA, que Aquila interpretó como κεραμεῖον, Theodotion y Symmachus tradujeron como ληνὸν, es decir, lagar, que también según la inscripción de tres salmos significa la pasión del Señor, diciendo él mismo en Isaías: He pisado el lagar solo, y de los pueblos no había hombre

conmigo (Isa. LXIII, 3). Los LXX, sin embargo, introduciendo un nuevo sentido para el lagar, lo interpretaron como gloriosos.

(Cap. XI.---Vers 1, 2.) Y saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará: Y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia: espíritu de consejo y fortaleza: espíritu de conocimiento y piedad: y lo llenará el espíritu del temor del Señor. Hasta el principio de la Visión, o carga de Babilonia, que vio Isaías hijo de Amoz, toda esta profecía es de Cristo, la cual queremos explicar por partes, para que no confunda la memoria del lector al ser propuesta y discutida de una vez. Los judíos interpretan la vara y el retoño del tronco de Jesé como el mismo Señor: que en la vara se muestra el poder del que reina, y en el retoño la belleza. Pero nosotros entendemos la vara del tronco de Jesé como la santa Virgen María, que no tuvo ningún brote adherido a ella; de la cual también leemos antes: He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo (Isa. VII, 14). Y el retoño como el Señor Salvador, que dice en el Cantar de los Cantares: Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles (Cant. II, 1). En lugar de tronco, que solo los LXX tradujeron, en hebreo está escrito () GEZA, que Aquila, Symmachus y Theodotion interpretaron como κορμὸν, es decir, tronco. Y en lugar de retoño que en hebreo se dice () NESER, tradujeron como germen, para mostrar que mucho después del tiempo de la cautividad babilónica, sin que nadie de la estirpe de David poseyera la gloria del antiguo reino, como de un tronco María, y de María Cristo surgió. Aquello que en el Evangelio de Mateo todos los eclesiásticos buscan, y no encuentran donde está escrito, Que será llamado Nazareno (Mat. II, 23), los eruditos hebreos piensan que se tomó de este lugar. Pero debe saberse que aquí NESER, se escribe con la letra SADE: cuya propiedad y sonido entre z y s el idioma latino no expresa. Es estridente, y apenas se pronuncia con la impresión de la lengua entre los dientes apretados: de la cual también se escribe la ciudad de Sion. Por otro lado, los nazarenos, que los LXX tradujeron como santificados, Symmachus como separados, siempre se escriben con el elemento ZAIN. Sobre este retoño, que de repente surgirá del tronco y de la raíz de Jesé a través de María Virgen, reposará el espíritu del Señor, porque en él complació que toda la plenitud de la divinidad habitara corporalmente: no en partes, como en los demás santos; sino según el Evangelio que los nazarenos leen escrito en hebreo: Descenderá sobre él toda la fuente del Espíritu Santo. Pero el Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (II Cor. III, 17). En el mismo volumen de Mateo leemos aquello que se escribe a continuación: He aquí mi siervo a quien elegí: mi elegido en quien mi alma se complace: pondré mi espíritu sobre él: juicio a las naciones proclamará (Mat. XII, 18), refiriéndose al entendimiento del Salvador, en quien reposó el Espíritu del Señor, es decir, permaneció en eterna habitación: no para volar y descender de nuevo a él; sino según el testimonio de Juan el Bautista permaneció continuamente, quien dijo: Vi al Espíritu descendiendo como paloma del cielo, y permaneciendo en él, y yo no lo conocía: pero el que me envió a bautizar en agua, él me dijo: Sobre quien veas al Espíritu descendiendo y permaneciendo en él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo (Juan XXXII, 33). Además, en el Evangelio, del cual hicimos mención antes, encontramos escrito: Y sucedió que cuando el Señor subió del agua, descendió la fuente de todo el Espíritu Santo, y reposó sobre él, y le dijo: Hijo mío, en todos los profetas te esperaba, para que vinieras, y reposara en ti. Tú eres mi descanso, tú eres mi hijo primogénito, que reinas por siempre. El que se llama Espíritu del Señor y Espíritu de sabiduría; porque por él fueron hechas todas las cosas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Juan I, 3). Y en los Salmos se canta: ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! todas las hiciste con sabiduría (Sal. XCI, 24). Y el Apóstol escribe: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I). Y en los Proverbios se lee: Dios en su sabiduría fundó la tierra, y preparó los cielos en prudencia (Prov. III, 19). Y así como el mismo Verbo de Dios se llama luz, y vida, y resurrección: así se llama espíritu de sabiduría e inteligencia, y de consejo y fortaleza, y de

conocimiento, y de piedad, y de temor del Señor: no porque sea diverso según las diferencias de los nombres, sino que es una y la misma fuente y principio de todas las virtudes. Sin Cristo, pues, nadie puede ser sabio, ni inteligente, ni consejero, ni fuerte, ni erudito, ni piadoso, ni lleno del temor de Dios. Y es de notar que el Espíritu del Señor, de sabiduría, e inteligencia, de consejo, y fortaleza, y de conocimiento, y de piedad, y de temor del Señor, es decir, el número septenario, que se dice que son los siete ojos en una piedra en Zacarías (Cap. III), repose sobre la vara y el retoño, que surgió de Jesé, y por tanto de la estirpe de David. Especialmente el espíritu del temor del Señor lo llenó por aquellos que necesitan el temor del Señor: porque son pequeños, a quienes el amor perfecto expulsa. Porque el que teme, tiene castigo, y no es perfecto (I Juan IV, 18). Por lo cual el Apóstol habla a los creyentes: No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor: sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, en el cual clamamos Abba Padre (Rom. VIII, 15). Y en Malaquías leemos: Si yo soy padre, ¿dónde está mi gloria? y si yo soy Señor, ¿dónde está mi temor? (Malach. I, 6) del cual temor se canta en el Salmo; Venid, hijos, escuchadme: os enseñaré el temor del Señor (Sal. XXXIII, 12).

(Vers. 3 y siguientes) No juzgará según la visión de los ojos, ni argüirá según el oído de las orejas: sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra, y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y la justicia será el cinto de sus lomos, y la fidelidad el cinturón de sus caderas. Nosotros referimos esto al primer advenimiento del Salvador: los judíos sostienen que sucederá en el fin del mundo. Pero los LXX tradujeron: No juzgará según la gloria, ni argüirá según el discurso: sino que juzgará con juicio humilde, y argüirá a los humildes de la tierra. Porque no toma en cuenta la persona en el juicio: sino que habla a los escribas y fariseos y príncipes: ¡Ay de vosotros, hipócritas!: Y, Se os quitará el reino de Dios, y se dará a una nación que produzca sus frutos (Mat. XXIII, 13, y XXI, 3). Ni según el discurso y el oído de las orejas corrigió. Pues ellos diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y enseñas el camino de Dios en verdad, y no te importa de nadie: porque no miras la apariencia de los hombres (Mat. XXII, 16): sabiendo su malicia, respondía: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? y otras cosas semejantes. Pero juzgaba con justicia a los pobres de espíritu, de quienes es el reino de Dios: y argüía con equidad a los mansos y humildes de la tierra, diciendo a los apóstoles: ¿Aún también vosotros sois insensatos? Y de nuevo: ¿Todavía no entendéis ni comprendéis? Y a Pedro especialmente: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (Marc. VIII, 17) O ciertamente por los humildes y mansos argüía a otros, que intentaban oprimirlos (Mat. XIV, 31). También hirió todas las obras terrenales con la vara, o como los LXX tradujeron, con la palabra de su boca, diciendo en el Evangelio: No penséis que he venido a traer paz sobre la tierra: no he venido a traer paz, sino espada. Y con el espíritu de sus labios matará al impío (Mat. X, 34, y Luc. XII, 51): de lo cual leemos en el noveno salmo: Reprendiste a las naciones, y pereció el impío: borraste su nombre para siempre y para siempre (Sal. IX, 6). Y el apóstol Pablo escribe: A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca (II Tes. II, 8; Efe. VI). Pero después de herir al impío, el Señor se ciñó de justicia y verdad y fe. Porque él se hizo para nosotros de Dios sabiduría, y justicia, y santificación y redención (I Cor. I), quien también en el Evangelio habla: Yo soy la luz, y la vida, y la verdad (Juan VIII, 6 y XIV). Y de los Salmos se dice: La verdad brotó de la tierra: y la justicia miró desde el cielo (Sal. LXXXIV, 2). Por lo cual el apóstol exhorta a los efesios: Estad, pues, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia (Efe. VI, 14). Que si por verdad, se lee fe, se debe decir que el cinturón del Señor, con el que Jeremías fue ceñido (Jer. XIII), es la fe de los creyentes.

(Vers. 6 seqq.). Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito; el becerro, el león y la oveja vivirán juntos, y un niño pequeño los guiará. El becerro y el oso pastarán juntos: sus crías descansarán juntas, y el león comerá paja como el buey. El niño de pecho jugará sobre el agujero de la cobra; y el niño destetado meterá su mano en la cueva de la víbora. No harán daño ni destruirán en todo mi monte santo, porque la tierra estará llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar. Los judíos y nuestros judaizantes sostienen que esto sucederá literalmente en la gloria de Cristo, a quien creen que vendrá al final del mundo, y que todas las bestias se volverán mansas, y dejando su ferocidad original, el lobo y el cordero pastarán juntos, y lo mismo sucederá con los demás animales que ahora vemos como opuestos. Debemos preguntarles si todo en este pasaje se debe entender literalmente, sin referirse a una comprensión espiritual, como dice el Apóstol: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (II Cor., I, 3), entonces ni la raíz, ni la vara, ni la flor deben referirse al sentido: y la tierra golpeada por la palabra de Dios, y el impío muerto por el espíritu de sus labios, deben entenderse tal como están escritos: y deben explicar cómo la justicia y la verdad rodearán los lomos del Señor en cosas incorpóreas. Pero también debemos preguntarles qué es digno de la majestad del Señor, que el lobo y el cordero pasten juntos, y el leopardo se eche con el cabrito, y el león coma paja, y un niño pequeño meta su mano en el agujero de las cobras. A menos que, según las fábulas de los poetas, nos devuelvan la edad de oro de Saturno, en la que los lobos y los corderos pastarán juntos, y los ríos correrán llenos de vino dulce, y de las hojas de los árboles goteará la miel más dulce, y todo se llenará de fuentes de leche. Si responden que esto sucederá por la felicidad de los tiempos, para que los hombres disfruten de todos los bienes sin daño alguno, escuchen de nosotros que nada es bueno excepto la virtud, y nada malo excepto el vicio, como dice el salmista: ¿Quién es el hombre que desea la vida y ama ver días buenos? Refrena tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño. Apártate del mal y haz el bien (Sal. XXXIII, 14; XXX, 27). Las riquezas, la salud del cuerpo, la abundancia de todas las cosas, y sus contrarios, la pobreza, la enfermedad y la escasez, incluso entre los filósofos del mundo, no se consideran ni buenas ni malas, sino que se llaman indiferentes. Por eso, los estoicos, que en muchos aspectos concuerdan con nuestra doctrina, no llaman bueno a nada excepto a la honestidad y la virtud: nada malo, excepto la deshonestidad. Hemos dicho esto brevemente para demostrar que nuestros judaizantes están profundamente dormidos. Sin embargo, según el espíritu vivificante, la comprensión es fácil. El lobo es Pablo, quien primero perseguía y desgarraba a la Iglesia, de quien se dijo: Benjamín es un lobo rapaz, habitó con el cordero, ya sea Ananías, por quien fue bautizado (Gen. XLIX, 27; Act. VIII), o el apóstol Pedro, a quien se le dijo: Apacienta mis corderos (Juan XXI). Y el leopardo, que antes no cambiaba sus manchas, lavado en la fuente del Señor, se echó con el cabrito, no el que está a la izquierda, sino el que se inmola en la Pascua del Señor. Y es notable que no sea el cordero y el cabrito quienes habiten y se echen con el lobo y el leopardo, sino que el lobo y el leopardo imiten la inocencia del cordero y el cabrito. El león, que antes era muy feroz, y la oveja, y el becerro vivirán juntos. Lo que vemos diariamente en la Iglesia, ricos y pobres, poderosos y humildes, reyes y plebeyos viviendo juntos, y siendo gobernados en la Iglesia por niños pequeños, que entendemos como los Apóstoles y hombres apostólicos, inexpertos en el habla, pero no en el conocimiento. Cuando estén unidos en la disciplina del Señor, de modo que incluso sus familias se unan, entonces se cumplirá: Sus crías descansarán juntas. El león tampoco comerá carne, sino paja, lo que significa que se alimentará de comida simple. Y aquí se observa que no es el buey quien come carne, sino el león quien come paja. Creo que en las Escrituras sagradas, las pajas se entienden como palabras simples. El trigo, sin embargo, y la médula interior, el sentido que se encuentra en la letra: y a menudo sucede que los hombres del mundo, que no conocen los misterios, se alimentan de la simple lectura de las Escrituras. El

niño también, que es pequeño en malicia, mete su mano en el agujero de la cobra, y expulsa demonios de los cuerpos poseídos de los hombres. Y el que ha sido destetado, ya no se alimenta de leche de infancia, sino que se alimenta de comida sólida. Este mete su mano en la cueva de la víbora, es decir, en la morada de Satanás mismo, y lo saca de allí. Por eso, a los Apóstoles se les dio el poder de pisar serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo (Luc. X). Los animales venenosos no podrán dañar ni matar a aquellos que habiten en el monte santo de Dios, que se interpreta como la Iglesia, de la cual se dice en el Evangelio: No se puede esconder una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14). Pero para que no pensemos que esto se dice del monte Sion según el error de los hebreos, en el siguiente versículo se muestran los sacramentos de la predicación evangélica: Porque la tierra estará llena del conocimiento del Señor: esto es lo que se decía antes de manera más oscura: Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito; y según su costumbre, las palabras proféticas se revelan al final: Como las aguas, dice, cubren el mar. Así como las aguas del mar cubren las profundidades del mar, es decir, la tierra que está cubierta por las olas, así el conocimiento del Señor llenará toda la tierra. Esta unión de diferentes costumbres también la vio el bienaventurado apóstol Pedro en el lienzo (Act. X), que se le mostró descendiendo del cielo, teniendo cuatro extremos, que entendemos como las cuatro direcciones del mundo, para que conozcamos la tierra llena del conocimiento de Dios: en ese lienzo había cuadrúpedos, serpientes, bestias y aves del cielo, para que lo que el Arca fue en el diluvio, la Iglesia lo sea en el mundo.

En aquel día, la raíz de Jesé, que está como señal para los pueblos: a él acudirán las naciones, y su sepulcro será glorioso. LXX: Y será en aquel día la raíz de Jesé, y el que se levantará para ser príncipe de las naciones, en él esperarán las naciones, y su descanso será honor. En lugar de su descanso, en hebreo está escrito MNUATHO (), que todos han traducido de manera similar. En lugar de honor, en hebreo se lee CHABOD (), que claramente significa gloria. Y el sentido es: su muerte será gloriosa, para que se cumpla lo que el Salvador suplica en el Evangelio: Padre, glorifícame con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera (Juan XVII, 5). Se ha hablado de su nacimiento, se ha hablado de los demás sacramentos en medio: ha llegado a la muerte, que no se llama con el nombre habitual de los mortales, sino que, porque en Cristo había vida eterna, se llama descanso. Sin embargo, para hacer claro el sentido al lector, en lugar de dormición y descanso, hemos traducido sepulcro con otra palabra, pero con el mismo sentido. En ese tiempo, cuando el Evangelio de Cristo resplandezca en todo el mundo, y toda la tierra esté llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar, la raíz de Jesé, y el que de su linaje se levantará como señal para todos los pueblos, para que los pueblos vean la señal del Hijo del Hombre en el cielo (Mat. XIV). Él tendrá cuernos en sus manos, en los cuales se esconderá su fortaleza, para que exaltado atraiga todo hacia sí (Habac. III). O como los LXX tradujeron, resucitará de entre los muertos, para ser príncipe de todas las naciones, y todas las naciones esperarán en él. Lo que también Jacob (Gen. XLIX, 10) testifica de la tribu de Judá en un discurso místico: No faltará príncipe de Judá, ni gobernante de entre sus descendientes, hasta que venga aquel a quien está reservado, y él será la esperanza de las naciones. Y será en aquel día, el Señor añadirá por segunda vez su mano para poseer el resto de su pueblo, que quedará de Asiria, y de Egipto, y de Phetros, y de Etiopía, y de Elam, y de Sinar, y de Emat, y de las islas del mar. Y levantará una señal para las naciones, y reunirá a los desterrados de Israel, y recogerá a los dispersos de Judá de los cuatro extremos de la tierra: y se quitará el celo de Efraín, y los enemigos de Judá perecerán. Efraín no envidiará a Judá, y Judá no luchará contra Efraín. Y volarán sobre el hombro de los filisteos por el mar, juntos saquearán a los hijos del oriente: y Edom y Moab estarán bajo el dominio de sus manos, y los hijos de Amón les obedecerán. En aquel día, es decir, en ese tiempo, del cual se ha dicho antes, cuando la raíz de Jesé se levante

como señal para los pueblos, o para gobernar a las naciones, el Señor añadirá por segunda vez su mano, para que no sea como nuestros judaizantes dicen, que al final del mundo, cuando haya entrado la plenitud de las naciones, entonces todo Israel será salvo (Rom. XI); sino que entendamos todo esto en el primer advenimiento. Porque no podemos, cuando se dice un día tanto ahora como antes, referir uno al primer advenimiento, y este al segundo: para que por lo que sigue, y lo que ha precedido, se refiera a ese Cristo, a quien los judíos sostienen que aún no ha venido, sino que vendrá. Después de la vocación de las naciones, que antes se consideraban como la cola, Israel será considerado como la cola (Sup., cap. X): para que el Señor añada por segunda vez su mano, y posea el resto de su pueblo, del cual también leemos antes, no todo Israel, sino que las reliquias serán salvadas, que quedarán de Asiria y de Egipto, y de diversas naciones circundantes. Primero, los doce apóstoles, y setenta, y ciento veinte almas, y quinientos, a quienes el Señor apareció reunidos, luego tres mil, y cinco mil judíos creyeron en el Señor. También Santiago habla al apóstol Pablo, quien también era de los restos: Ves, hermano, cuántos miles de judíos creyentes hay? todos ellos son celosos de la ley (Act. XXI, 20). Y en el mismo volumen leemos: Había en Jerusalén judíos piadosos, de todas las naciones que están bajo el cielo, que todos se maravillaban y decían: ¿No son estos galileos, y cómo los oímos cada uno en nuestra lengua en la que nacimos? Partos, medos, elamitas, y los que habitan en Mesopotamia y Siria, Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia alrededor de Cirene, y visitantes romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios (Act. II, 5 seqq.). De todas estas naciones, por los apóstoles, las reliquias de Israel serán salvadas. Las historias eclesiásticas relatan que los apóstoles, dispersos por todo el mundo, predicaron el Evangelio: de modo que algunos penetraron en Persia e India, y Etiopía extendió sus manos a Dios, y más allá de los ríos de Etiopía se llevaron ofrendas a Cristo. Y para que no parezca que solo se refiere a los pueblos orientales, añade lo demás: Y de las islas del mar. Las islas del mar significan la región occidental, que está rodeada por el océano. Levantará, pues, la señal de la Cruz en todas las naciones, y primero reunirá al pueblo de Israel de las sinagogas de los judíos, para que los apóstoles cumplan el mandato del Salvador, quien dijo: Id a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. X, 6). De hecho, Pablo habla a los incrédulos de entre los judíos: A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios; pero ya que la rechazasteis, y os juzgasteis indignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles, como nos mandó el Señor (Act. XIII, 46, 47). Las cuatro direcciones significan el este, el oeste, el sur y el norte, para que por ellas se demuestre la vocación del mundo. En ese tiempo, dice Isaías, Efraín y Judá, que ahora, mientras profetizo, están en enemistad hostil entre sí, no serán enemigos, sino que según la profecía de Ezequiel, las dos varas se unirán en una vara, y se unirán en la Iglesia de Cristo, quienes antes estaban separados (Ezeq. VII), de modo que trabajen juntos entre las naciones, y vuelen sobre el hombro de los filisteos por el mar, es decir, primero prediquen a los palestinos marítimos y por el mar vayan rápidamente a las demás naciones. O según los LXX: volarán en barcos de extranjeros, juntos saquearán el mar: lo que entendemos por el ejemplo del apóstol Pablo, quien a través de Panfilia, Asia, Macedonia, Acaya, y diversas islas y provincias, llegó también a Italia (Act. XXVIII), y como él mismo escribe, a España, llevado en barcos de extranjeros (Rom. XV). Por lo tanto, Efraín y Judá, es decir, los que de las doce tribus creyeron en Cristo de entre los judíos, juntos saquearán el oriente, y extenderán sus manos sobre Edom y Moab, según lo que bajo la persona de David, Cristo habla místicamente: En Edom extenderé mi calzado: los extranjeros me servirán (Sal. LIX, 10). Porque estas naciones en el tiempo en que Isaías profetizaba, eran adversarias del pueblo de los judíos, y por eso ahora dice que después de que la raíz de Jesé se levante para reinar sobre las naciones, y la señal de la Cruz sea levantada para la salvación de todo el mundo, entonces también Edom y

Moab y los hijos de Amón, toda la extensión de Arabia, darán sus manos a los apóstoles, y en los lugares de idolatría se levantarán iglesias de Cristo.

Y el Señor desolará la lengua del mar de Egipto, y levantará su mano sobre el río con la fuerza de su espíritu, y lo golpeará en siete arroyos: de modo que se pueda cruzar con sandalias. Y habrá un camino para el resto de mi pueblo que quedará de Asiria, como fue para Israel en el día en que subió de la tierra de Egipto. Así como Edom y Moab, y los hijos de Amón entregarán sus manos a los apóstoles, para obedecer la predicación evangélica, así el mismo Señor que en sus apóstoles hizo estas cosas, desolará no el mar según los LXX, sino según los hebreos, la lengua del mar de Egipto, que antes blasfemaba contra el Señor y presidía sobre la superstición egipcia. Por eso leemos en los Salmos: Este mar grande y espacioso, allí hay reptiles innumerables (Sal. X, 25, 26). A los cuales se añade: Este dragón que formaste, para que se burlara de él. Desolará, pues, o matará, es decir, ἀναθεματίσει, como tradujeron Teodocio, Aquila y Símaco, la lengua del mar de Egipto, y levantará su mano sobre los ríos de Egipto con la fuerza de su espíritu, o con un espíritu muy violento, que entendemos como el reino de los romanos. Porque reinando César Augusto (Luc. II), cuando la flor de la raíz de Jesé ascendió, y en el mundo romano se hizo el primer censo, el reino antes poderosísimo de los egipcios, que duró muchas edades, fue destruido con la muerte de Cleopatra, y el río egipcio fue golpeado en siete arroyos, o en siete valles. El Nilo, de muchas aguas, que antes fluía por un solo cauce, e intransitable, fue dividido y cortado en siete valles muy bajos y arroyos, para que se pudiera cruzar con sandalias. Esto significa, en sentido tropológico, que la nación de los egipcios, tan dada a la idolatría y a la superstición más vana, que consagraban con el nombre divino a halcones, lechuzas, perros, cabras y asnos, fue distribuida por los jueces del imperio romano, de modo que Tebas tuviera un juez, Libia otro, Pentápolis otro, Egipto otro, Alejandría otro, y diversas regiones, que los egipcios llaman nomos. Por eso, bajo la metáfora, el Nilo fue dividido en partes, y cortado en arroyos, para que la palabra evangélica pudiera correr sin impedimento, y llegar a los pueblos más remotos de Egipto. Y así como en los tiempos de Moisés el Mar Rojo se secó para que el pueblo huyera de Egipto, así, al contrario, los ríos de Egipto se secarán, para que las reliquias del pueblo de Dios, que serán salvadas de Asiria y de diversas naciones, crucen a Egipto, no huyendo de él, sino conquistándolo y pisándolo con sus pies. El lector prudente y cristiano debe tener esta regla de las promesas proféticas, para que lo que los judíos y nuestros, o más bien no nuestros judaizantes, sostienen que sucederá carnalmente, nosotros enseñemos que ya ha sucedido espiritualmente, para que no seamos obligados a judaizar por ocasión de tales fábulas y cuestiones inextricables según el Apóstol (II Tim. II).

(CAP. XII.---Vers. 1, 2.) Y dirás en aquel día: Te alabaré, Señor, porque te enojaste conmigo: tu ira se apartó, y me consolaste. He aquí, Dios es mi Salvador, actuaré con confianza, y no temeré, porque mi fortaleza y mi alabanza es el Señor Dios, y se ha convertido en mi salvación. Vosotros que antes en el desierto dijisteis, cuando subisteis de la tierra de Egipto, y el Mar Rojo se secó: Cantemos al Señor, porque gloriosamente se ha magnificado (Exod. XV, 1), y lo demás: ahora, con la lengua del mar de Egipto golpeada, y su río seco y cortado, y humillado, glorificad al Señor, y decid: Te alabaré, Señor: porque merecí tu ira y furor, he alcanzado misericordia; tú eres mi Salvador, es decir, Jesús, y no tengo confianza en los ídolos, ni temeré lo que no debe temerse; sino que tú eres mi fortaleza, y mi alabanza, que te has convertido en mi salvación. Que la más malvada herejía escuche, que el Señor se ha convertido en aquellos que son salvados, y de quienes antes no era el Señor, para que entendamos que la creación en las Escrituras sagradas y la hechura, no siempre significa la condición de lo que no era, sino a veces la gracia en aquellos que han merecido que Dios se convierta en su Señor.

(Vers. 3.) Sacaréis agua con alegría de las fuentes del Salvador. A quien antes llamó Emmanuel, luego "despoja rápidamente, saquea velozmente", y con otros nombres, para que no pareciera ser otro que aquel a quien Gabriel anunció a la Virgen, diciendo: "Y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo" (Mat. I, 21): ahora lo llama Salvador, y predica que de sus fuentes se sacará agua, no de las aguas del río de Egipto, que fueron golpeadas, ni de las aguas del río de Rasin, sino de las fuentes de Jesús, pues en la lengua de los hebreos, Salvador se expresa así. Por eso él mismo clamaba en el Evangelio: "El que tenga sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura: De su interior correrán ríos de agua viva". Esto, dice el Evangelista, lo decía del Espíritu Santo, que habrían de recibir los que creyeran en él. Y en otro lugar del Evangelio él mismo dice: "El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna" (Juan VII, 8; IV, 13, 14). Entendamos por fuentes del Salvador la doctrina evangélica, de la cual leemos en el salmo sesenta y siete: "Bendecid a Dios en las congregaciones, al Señor, desde la fuente de Israel" (Sal. LXVII, 27).

(Vers. 4, 5.) Y diréis en aquel día: Dad gracias al Señor e invocad su nombre; haced conocer entre los pueblos sus obras; recordad que su nombre es excelso. Cantad al Señor, porque ha hecho cosas magníficas; anunciad esto en toda la tierra. Esto se ordena a los Apóstoles y al resto de Israel, a aquellos que de entre las naciones han creído: que confiesen solo al Señor, y dejando los ídolos, invoquen su nombre; y proclamen todas sus obras a los infieles; para que sepan que solo él es excelso: a quien se debe cantar por lo magnífico que ha hecho, y en todo el mundo se proclame su misericordia.

(Vers. 6.) Exulta y alaba, moradora de Sion, porque grande es en medio de ti el Santo de Israel. Primero se debe decir según la letra: Oh moradora de Sion, exulta y alaba a tu Dios, porque quien antes parecía ser tu Dios, y estaba encerrado en las estrecheces de la pequeña tierra de Judea, ahora ha llenado toda la tierra con su conocimiento, y resucitando de la muerte, reina entre las naciones, y las naciones le suplican y adoran; así, sin embargo, que añada su mano para poseer lo que queda de su pueblo, y reunir a los fugitivos de Israel, y recoger a los dispersos de Judá de los cuatro confines de la tierra: porque la semilla del Evangelio, por los Apóstoles, que eran de los judíos, salió de las fuentes de Israel. Pero es mejor interpretar a Sion, es decir, la atalaya colocada en lo alto, como la Iglesia, de la cual también canta el salmo cincuenta: "Haz bien, Señor, con tu buena voluntad a Sion, y edifiquen los muros de Jerusalén" (Sal. L, 20); para que sea aceptable a Dios el sacrificio de justicia, las ofrendas y holocaustos, y el becerro que el padre clementísimo inmoló para el hijo penitente (Luc. XV).

## LIBRO QUINTO.

Hace muchos años que el obispo Amable, de santa memoria, me pidió que escribiera sobre las diez visiones de Isaías, y debido a la presión de aquel tiempo, lo que me pareció en cada una lo resumí en un breve discurso: explicando solo la historia que pedía. Ahora, a ti, Eustochio, amante del trabajo, me veo obligado a escribir comentarios sobre todo el profeta, y mientras tanto, por tus oraciones, he llegado hasta Babilonia, que es la primera de las diez visiones, de las cuales ya hablé antes. Sin embargo, me pareció superfluo repetir lo mismo o presentar diferentes opiniones en una sola obra. Por lo tanto, este será el quinto libro sobre Isaías, que una vez fue publicado solo, y al completarlo hasta el final, comenzaremos el sexto volumen según la tropología, y con tu intercesión al Señor, perseguiremos las cumbres de la inteligencia espiritual.

"Hasta aquí, papa Amable, columna de caridad y nombre, y para mí el más amado de todos los que la tierra ha engendrado, me pedías por cartas que te explicara las diez visiones que en Isaías son oscurísimas, con una exposición histórica, y dejando de lado nuestros Comentarios, que siguiendo diversas opiniones, han compuesto muchos volúmenes, que revelara la verdad hebrea: y a mí, que me retractaba y difería este género de explicación tan molesto para otro tiempo, me recordabas muy a menudo. Este año enviaste a nuestro hijo Heraclio, el diácono, para que me llamara a juicio con la mano extendida, y exigiera la promesa en cada momento. ¿Qué debo hacer entonces? ¿Debo emprender una obra en la que hombres muy eruditos han sudado, hablo de Orígenes y Eusebio de Cesarea, de los cuales uno se extiende en amplios espacios de alegoría, y al interpretar los nombres de cada uno, hace de su ingenio los sacramentos de la Iglesia, el otro prometiendo en el título una exposición histórica, a veces olvida su propósito, y concede a las doctrinas de Orígenes? ¿O debo callar, y decir abiertamente que no sé este tipo de exposición? ¿Y cuándo podré persuadirte de que no he podido más que no he querido: de los cuales uno es de debilidad, el otro de soberbia? Impulsado por estas causas, preferí que buscaras mi ingenio más que mi voluntad: y brevemente anotaré lo que he aprendido, echando los cimientos de las Escrituras. Sin embargo, si tú lo deseas, o hay espacio, y Cristo concede a nuestra voluntad, se debe construir el edificio espiritual sobre el fundamento, para que al colocar la cima, mostremos los ornamentos perfectos de la Iglesia. Has propuesto la Visión de Babilonia de Isaías, y de los filisteos, Moab, Damasco, Egipto, y del desierto del mar, y de Idumea, y de Arabia, y del Valle de la visión, y de Tiro: que si me esfuerzo en exponer más ampliamente, se necesitarán muchos libros, y el viaje de mi cobrador se diferirá para otro año. Así que, como deseas, adaptaré breves sentencias a cada testimonio, para que no tanto exponga lo que siento, sino que en pocas palabras te deje lo que debes sentir. Dictamos esto, no escribimos: la mano de los notarios corre mientras corre el discurso. No queremos que se alabe lo nuestro, sino que se entienda lo dicho por el Profeta, ni nos jactamos de elocuencia, sino que buscamos el conocimiento de las Escrituras. Comencemos entonces por Babilonia."

(Cap. XIII.---Vers. 1.) Carga de Babilonia, que vio Isaías, hijo de Amós. La palabra hebrea MESSA () puede entenderse como carga o peso. Y dondequiera que se anteponga, lo que se dice está lleno de amenazas. Por eso me sorprende que los traductores de los Setenta quisieran poner visión en un asunto triste; pero de esto hablaremos en otro momento. Ahora sigamos con lo que hemos comenzado: Babilonia fue la metrópoli de los caldeos, cuyo rey Nabucodonosor, habiendo superado a todas las naciones hasta Etiopía, entre otras devastó también Judea, y después de un largo asedio, tomó Jerusalén en el undécimo año del reinado de Sedequías: a quien también capturó y llevó a Antioquía, que entonces se llamaba Reblata, y allí, después de matar a sus hijos ante él, ordenó que le sacaran los ojos a Sedequías, y ciego lo envió a una jaula, y como una bestia lo llevó a Babilonia; cumpliéndose la profecía de Jeremías, que decía: "Entrarás en Babilonia, y no la verás" (Jerem. XXXIV, XXXIX, LII). Por consuelo del pueblo de los judíos, se predice la ruina de Babilonia, que así como Nínive, metrópoli de los asirios, cuyos reyes Pul, y Teglatfalasar, y Salmanasar, y Senaquerib, habían capturado las diez tribus, fue destruida por el ataque de los caldeos, así también esta, que se había enorgullecido contra Dios, será subvertida por el ímpetu de los medos y persas.

(Vers. 2.) En un monte oscuro levantad una señal, alzad la voz, levantad la mano. Entiende por monte oscuro o tenebroso, que en hebreo se dice NESPHE (), a Babilonia por su soberbia. Estos son los montes tenebrosos, que presentan tristeza y oscuridad, de los cuales Jeremías dice: "Dad gloria al Señor vuestro Dios, antes de que vuestros pies tropiecen en los montes tenebrosos" (Jerem. XIII, 16). Y se ordena ya sea a los ángeles o a cualquier ministro,

que por mandato de Dios, y con la mano levantada de los mensajeros, se prediga la futura cautividad de Babilonia.

(Vers. 3, 4.) Y que entren por las puertas los príncipes: yo he mandado a mis consagrados, y he llamado a mis fuertes en mi ira, exultantes en mi gloria. Eusebio interpreta a los príncipes y gigantes según los traductores de los Setenta como virtudes angélicas, y a los peores demonios, que fueron enviados para la destrucción de Babilonia. Pero nosotros, siguiendo el orden de la historia, decimos que son los medos. De los cuales en lo siguiente la Escritura testifica más claramente, diciendo: "He aquí que yo levanto contra ellos a los medos, que no buscarán plata, ni desearán oro". Y no es de extrañar que llame consagrados a los medos para la subversión de Babilonia, cuando por Jeremías al mismo Nabucodonosor, porque servía a su imperio, destruyendo la Jerusalén prevaricadora, lo llamó su siervo y paloma. Además, al decir: "Mis fuertes, y exultantes en mi gloria", muestra que no por sus propias fuerzas, sino por la ira de Dios, subvirtieron el poder de un reino tan sublime.

(Vers. 4, 5.) Voz de multitud en los montes, como de muchos pueblos: voz de ruido de reyes de naciones congregadas. El Señor de los ejércitos ha ordenado la milicia de la guerra viniendo de una tierra lejana desde el extremo del cielo. El Señor y los vasos de su furor, para destruir toda la tierra. Se describe el ímpetu de los medos y persas: que con muchos auxilios reunidos, precediendo el ejército del Señor, vienen a la devastación de Babilonia, para destruir toda la tierra: no que hayan devastado todo el orbe, sino toda la tierra de Babilonia y de los caldeos. Es un idioma de la Sagrada Escritura, que toda la tierra significa la provincia de la que se habla: lo que algunos no entendiendo, lo llevan a la subversión de todas las tierras.

(Vers. 6.) Aullad, porque cerca está el día del Señor: como una devastación del Señor vendrá. Se hace una apóstrofe al pueblo de los caldeos, para que resuenen los males venideros con llantos: y no duden de la ruina de la ciudad, cuando el Señor devastador venga.

(Vers. 7, 8.) Por esto todas las manos se debilitarán, y todo corazón humano se derretirá y se quebrantará. Los dolores y las angustias los tomarán: como una mujer de parto sufrirán: cada uno se asombrará de su prójimo: rostros quemados serán sus rostros. Esto no necesita explicación: pero se indica brevemente que tal peso de males se cierne, que las manos de los combatientes de Babilonia se debilitarán, y el corazón languidecerá de miedo, y en la manera de las mujeres parturientas el dolor atormentará las entrañas, y cada uno buscará la ayuda del otro, llevando un rostro lívido de palidez: pues es natural que ante los males inminentes pensemos que otros son más sabios.

(Vers. 9.) He aquí que viene el día del Señor, cruel y lleno de indignación, y de ira y furor, para poner la tierra en desolación, y para destruir de ella a sus pecadores. Llama al día cruel, no por su propio mérito, sino por el del pueblo. No es cruel quien mata a los crueles: sino que parece ser cruel para los que lo sufren. Pues también el ladrón colgado en el patíbulo considera al juez cruel. Al mismo tiempo se anuncia la soledad y devastación de la tierra de Babilonia: y se expone la causa de la devastación, que por sus habitantes se hacen todas estas cosas.

(Vers. 10.) Porque las estrellas del cielo y su esplendor no expandirán su luz: el sol se oscurecerá en su salida, y la luna no brillará en su luz. La palabra hebrea CHISILE () los Setenta la tradujeron como ὠρίωνα. El hebreo, que fue mi maestro, la interpretó como Arcturo. Nosotros, siguiendo generalmente a Símaco, dijimos estrella. El sentido es que cuando venga el día cruel del Señor, y su furor haya devastado todo, por la magnitud del

temor, todo se oscurecerá para los mortales, y el mismo sol y la luna y las estrellas resplandecientes parecerán negar su fulgor. Por eso también el cielo se viste de saco, porque ciertamente las tinieblas cubren todo, y bajo los males apremiantes, los hombres no sienten otra cosa que lo que la mente les obliga a ver.

(Vers. 11.) Y visitaré sobre el orbe sus males, y contra los impíos su iniquidad: y haré cesar la soberbia de los infieles, y humillaré la arrogancia de los fuertes. Desde este lugar y desde el anterior, donde está escrito que el sol se oscurecerá en su salida, y la luna se llenará de oscuridad, y las estrellas retraerán su fulgor, y se visitará la iniquidad de todo el orbe, algunos piensan que no se predice sobre la ruina de Babilonia, sino sobre la consumación del mundo: cuando ciertamente según lo anterior, tanto el orbe, que en hebreo se dice THEBEL (), como en griego οἰκουμένη, debe entenderse como Babilonia. Οἰκουμένη en nuestra lengua significa habitada; y habitada por la ingente multitud de su pueblo se llama Babilonia: para que donde antes había una innumerable multitud de pueblo, allí haya desolación y habitación de bestias.

(Vers. 12.) Más precioso será el hombre que el oro, y el hombre que el oro fino. La causa es manifiesta por la cual Dios visita los males de la οἰκουμένη, es decir, de Babilonia: para que desierta de habitantes se reduzca a soledad. Se dice precioso todo lo que es raro; como también arriba según la Historia, por la rareza de los hombres leemos que siete mujeres tomarán a un solo hombre, diciendo: "Comeremos nuestro pan, y con nuestras vestiduras nos cubriremos; solo invóquese tu nombre sobre nosotras, y quita nuestro oprobio" (Isa. IV, 1). Y en el volumen de Samuel se contiene: "La palabra del Señor era preciosa en aquellos días" (Reg. III, 1), es decir, rara. Nota que en hebreo por el oro general se escribió PHAZ (), por el oro fino OPHIR ().

(Vers. 13.) Por esto turbaré el cielo, y la tierra se moverá de su lugar: por la indignación del Señor de los ejércitos, y por el día de la ira de su furor. O toma esto en el sentido que expusimos arriba sobre las estrellas, el sol, la luna y el orbe: o ὑπερβολικῶς, que por la indignación de Dios tanto el cielo esté triste, y la tierra se mueva, y todos los elementos reconozcan la ira del Creador.

(Vers. 14.) Y será como una gacela que huye, y como una oveja, y no habrá quien la reúna. Significa al pueblo babilonio y caldeo, que así huirá aterrorizado ante la irrupción de los medos y persas, como una gacela y una oveja ante el rugido del león y el aullido del lobo: ni tiene defensor o príncipe, cuyo mandato seguir.

Cada uno se volverá a su pueblo, y cada uno huirá a su tierra. Después de que Babilonia sea capturada, y el ejército enemigo haya entrado por sus puertas, todas las ayudas y las turbas de diversas naciones, con las que antes se defendía la ciudad, volverán a sus provincias.

(Vers. 15.) Todo el que sea hallado, será muerto: y todo el que sea alcanzado, caerá a espada. El que no huya, será herido por la espada: y el que quiera resistir o regresar, no beneficiará en nada a la ciudad capturada, de tal manera que él mismo también derrame sangre.

(Vers. 16.) Sus niños serán estrellados ante sus ojos: sus casas serán saqueadas, y sus mujeres serán violadas. Esto es lo que David profetiza en espíritu: "Hija de Babilonia, miserable, bienaventurado el que te retribuya tu retribución, que nos retribuiste. Bienaventurado el que tome y estrelle a tus pequeños contra la roca" (Sal. CXXXIX, 8). Tal será la devastación de la ciudad y la crueldad de los vencedores, que ni siquiera se perdonará a la edad inocente, que todas las riquezas de las casas serán saqueadas, y en presencia del marido se violará la castidad de las esposas.

(Vers. 17.) He aquí que yo levanto contra ellos a los medos, que no buscarán plata, ni desearán oro. Es evidente lo que estaba oculto: que no deben entenderse como ángeles y demonios los fuertes y gigantes, sino la nación de los medos, cuyo príncipe Darío primero destruyó el imperio de los babilonios, matando a Belsasar, nieto de Nabucodonosor, que fue hijo de Evilmerodac (Dan. V). Describe tal saña de los medos y persas, que por el ardor de derramar sangre, desprecian el oro y la plata, y las riquezas ofrecidas las consideran como lodo.

(Vers. 18.) Sino que con sus flechas matarán a los niños, y no tendrán piedad de los vientres lactantes, y no perdonarán a los hijos. Serán asesinados los niños, cuyas heridas no serán menores que sus cuerpos, y se cortarán los vientres de las embarazadas, y se estrellarán los infantes, y el cruel vencedor matará a los hijos presionados al pecho.

(Vers. 19.) Y será Babilonia, la gloriosa entre los reinos, la famosa en la soberbia de los caldeos: como subvirtió el Señor a Sodoma y Gomorra: no será habitada hasta el fin, y no será fundada hasta generación y generación. Hemos oído a los medos, hemos oído a Babilonia, hemos oído a la famosa en la soberbia de los caldeos: no queremos entender lo que fue, y buscamos oír lo que no fue. Y decimos esto, no porque condenemos la interpretación tropológica, sino porque la interpretación espiritual debe seguir el orden de la historia: lo que muchos ignorando, vagan en un error frenético en las Escrituras. Hasta el presente, pues, se cumple la profecía de Babilonia: y así como Dios subvirtió a Sodoma y Gomorra: así también esta subvertida no será habitada para siempre. Pues en lugar de ella hicieron famosas a Seleucia y Ctesifonte, ciudades de los persas.

(Vers. 20-22.) Ni pondrá allí sus tiendas el árabe; ni los pastores descansarán allí: sino que allí estarán las bestias, se llenarán sus casas de dragones, y habitarán allí los avestruces, y los peludos saltarán allí. Y responderán los búhos en sus casas, y las sirenas en sus templos de placer. Tanto será devastada y desierta Babilonia, que ni siquiera será útil para los pastos de los rebaños y ganados. Pues no tenderá allí el árabe ni el sarraceno sus tiendas, ni los pastores cansados del trabajo descansarán tras las huellas de los rebaños: sino que entre las ruinas y estrecheces de las antiguas ruinas habitarán SIIM (): que solo los Setenta tradujeron como bestias: otros queriendo entender por el mismo nombre que está escrito en hebreo, géneros de demonios o fantasmas. Y se llenarán, dice, las casas, como dijimos, de dragones: como tradujo Aquila, tifones, como Símaco OHIM (), expresando la misma palabra hebrea: los Setenta y Teodocio interpretaron como clamores o sonidos. Y lo que sigue: Los peludos saltarán allí, o íncubos, o sátiros, o ciertos hombres salvajes, que algunos llaman fatuos ficarios, o entienden géneros de demonios. También por búhos todos interpretaron la misma palabra hebrea IIM (), solo los Setenta tradujeron como onocentauros. Las sirenas se llaman THENNIM (), que nosotros interpretaremos como demonios, o ciertos monstruos, o ciertamente grandes dragones, que son crestados y voladores. Por todo esto se muestran signos de desolación y soledad: que tal es la despoblación de la ciudad que una vez fue poderosísima, que por la multitud de demonios y bestias nadie se atreve a entrar en ella, es decir, ningún amante del desierto. Aprendimos de un hermano elamita, que saliendo de esos confines, ahora vive en Jerusalén la vida de los monjes, que hay cacerías reales en Babilonia, y que todo tipo de bestias están contenidas solo por el recinto de sus muros.

(Cap. XIV.---Vers. 1.) Está cerca el tiempo de su venida: y sus días no se alargarán. Dice que está cerca el tiempo en que será capturada por los enemigos. Después de la cautividad de Jerusalén, no mucho tiempo después, fue devastada por los medos y persas.

Porque el Señor tendrá misericordia de Jacob, y aún elegirá a Israel, y los hará descansar sobre su tierra. De esto habla más plenamente Sofonías: Alégrate, hija de Sion; regocíjate, Israel; gózate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén: porque el Señor ha quitado tu juicio: ha apartado a tus enemigos (Sof. III, 14, 15). Esto significa el tiempo en que Ciro, rey de Persia, permitió al pueblo cautivo de Jerusalén regresar. Lee el libro de Esdras (I Esdr. I), Ageo (Ag. I) y Zacarías (Zac. I), cuando bajo Zorobabel, y Jesús el sumo sacerdote, y Esdras, y Nehemías, se construyeron el altar, el Templo y los muros de la ciudad.

(Vers. 2.) Se unirá el extranjero a ellos, y se adherirá a la casa de Jacob, y los pueblos los tomarán y los llevarán a su lugar, y la casa de Israel los poseerá sobre la tierra del Señor como siervos y siervas: y serán los que capturen a aquellos que los capturaron, y someterán a sus opresores. Suponemos que muchos de diversas naciones vinieron a Jerusalén con el pueblo de los judíos, creyendo en el Dios de Israel y abandonando los ídolos de sus errores. No hay duda de que fueron llevados de regreso por las cartas del rey y recibieron regalos y gastos para el Templo. En esto parece restringirse la comprensión, de cómo Israel poseyó en la tierra del Señor a sus antiguos vencedores, y sometieron a sus opresores, y los tuvieron como siervos y siervas. A menos que quizás entendamos sinécdoque, tomando el todo por la parte: que después fueron tan felices, que también de diversas naciones circundantes adquirieron familias de siervos y siervas. También puede entenderse en los tiempos de Asuero (Est. IX; Judit. XIII), cuando, al ser asesinado Holofernes, el ejército hostil fue derrotado por Israel. Que me adhiera a la letra, y coma tierra como la serpiente, es tu voluntad, que solo quisiste escuchar la interpretación histórica.

(Vers. 3.) Y será en aquel día cuando el Señor te dé descanso de tu trabajo, y de tu conmoción, y de tu dura servidumbre que antes serviste: tomarás esta parábola contra el rey de Babilonia, y dirás. El discurso se dirige a Israel, que después de haber regresado a Jerusalén, y haber sacudido el yugo de la servidumbre, recuerde el poderío de Nabucodonosor y la cúspide de Babilonia, y lo lamente con voz lastimera: porque ha llegado a tal calamidad, que incluso a sus enemigos parece digno de compasión.

(Vers. 4-7.) ¿Cómo cesó el opresor? ¿Descansó el tributo? El Señor quebrantó el bastón de los impíos, la vara de los dominantes que golpeaban a los pueblos con indignación: sometiendo con furia a las naciones, persiguiendo cruelmente: descansó y calló: toda la tierra se alegró y exultó. Esta es la voz del Israel que llora y se compadece, de cómo el Señor, antes vencedor de las tierras, y devastando todo con tributos, ha sido quebrantado y reducido a nada. Aquel, digo, que fue el bastón de los impíos, que con cetro y vara real golpeaba a todos furiosamente, cuya plaga no podía soportarse, que incluso a los que huían perseguía cruelmente: ¿cómo ha descansado y ha sido humillado, y a su ruina toda la tierra ha saltado de alegría, emitiendo solo una voz de júbilo?

(Vers. 8.) También los abetos se alegraron sobre ti y los cedros del Líbano: Desde que dormiste, no ha subido quien nos corte. Por abetos y cedros del Líbano entiende a los príncipes de las naciones, que fueron cortados por Nabucodonosor, quienes también, irrumpiendo en voz de júbilo, dicen: Desde que fuiste llevado al infierno, no se ha encontrado otro que pueda cortarnos, grandes y poderosos.

(Vers. 9.) El infierno debajo de ti se ha turbado, al encuentro de tu llegada ha despertado a los gigantes: todos los príncipes de la tierra se han levantado de sus tronos: todos los príncipes de las naciones responderán y te dirán. Estas palabras deben leerse enfáticamente y como una escena; no porque hayan sucedido, sino porque podrían haber sucedido: a menos que creamos

que las almas de los reyes que él mató se encontraron con el rey de Babilonia insultándolo. Porque es un consuelo en los males, cuando ven a sus enemigos sufrir lo mismo.

(Vers. 10, 11.) Y tú has sido herido como nosotros, te has hecho semejante a nosotros: tu soberbia ha sido llevada al infierno: tu cadáver ha caído, debajo de ti se extenderá la polilla, y tu cobertura serán los gusanos. El discurso de los poderosos y príncipes de la tierra, a quienes antes llamó cedros y abetos, se dirige al rey de Babilonia en el infierno. Ya no nos duele haber sido cortados, cuando tú también has caído con el mismo hacha. Todo tu poder, y tu soberbia elevada al cielo, ha sido llevada a la tierra. ¿Acaso tu cadáver también sustentará la polilla, y lo cubrirá la multitud de gusanos que pululan? Sentirás por la muerte la vileza del hombre, que en ti pretendías la potencia de Dios.

(Vers. 12-14.) ¿Cómo caíste del cielo, lucero, que nacías por la mañana: caíste a la tierra, tú que herías a las naciones: que decías en tu corazón: Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios exaltaré mi trono, me sentaré en el monte del testamento en los lados del norte; subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo. Por lo que hemos interpretado para facilitar la comprensión: ¿Cómo caíste del cielo, lucero, que nacías por la mañana, en hebreo, para expresar palabra por palabra, se lee: ¿Cómo caíste del cielo, aullador hijo del alba. Sin embargo, se significa con otras palabras lucero; y se le dice que debe llorar y lamentarse, quien una vez fue tan glorioso, que fue comparado con el resplandor del lucero. Como, dice, el lucero disipando las tinieblas, ardiente y resplandeciente, brilla; así también tu avance en los pueblos y en lo público parecía semejante a la clara estrella; pero caíste a la tierra, heridor de las naciones, que por soberbia decías: He alcanzado tal poder, que el cielo me queda y las estrellas deben estar bajo mis pies. Aunque los judíos quieren entender el cielo y las estrellas de Dios, por lo que sigue: Me sentaré en el monte del testamento, es decir, en el Templo, donde están establecidas las leyes de Dios, y en los lados del norte, es decir, en Jerusalén. Pues está escrito: Los montes de Sion, lados del norte (Sal. XLVII, 3). Y no le bastó a su soberbia desear las cosas celestiales, sino que llegó a tal locura, que reclamó para sí la semejanza de Dios.

(Vers. 15.) Sin embargo, serás llevado al infierno, al fondo del abismo. Quien por soberbia decía: Subiré al cielo, seré semejante al Altísimo, no solo es llevado al infierno, sino al infierno más profundo. Esto significa la profundidad del abismo, por lo cual en el Evangelio leemos tinieblas exteriores, donde hay llanto y crujir de dientes (Luc. XIII, 28).

(Vers. 16, 17.) Los que te vean, se inclinarán hacia ti, y te mirarán (se sobreentiende diciendo): ¿Es este el hombre que perturbó la tierra, que sacudió los reinos, que puso el mundo desierto, y destruyó sus ciudades; a sus prisioneros no abrió la cárcel? Y esta es la voz de los que insultan y se asombran, de cómo el devastador de todos también ha sido devastado. Y lo que dice: ¿A sus prisioneros no abrió la cárcel? se expresa la magnitud de la crueldad e impiedad, que incluso mantenía a los prisioneros en la cárcel: y no bastaban las cadenas para los miserables, sino que también los incluía el horror de las tinieblas.

(Vers. 18, 19.) Todos los reyes de las naciones, todos han dormido en gloria, cada uno en su casa. Pero tú has sido arrojado de tu sepulcro como una raíz inútil, contaminado y envuelto con los que fueron muertos a espada, y descendieron a los cimientos del abismo; como un cadáver podrido no tendrás compañía, ni con ellos en sepultura. Los hebreos cuentan una fábula de este tipo: Evilmerodac, quien, mientras su padre Nabucodonosor vivía entre las bestias durante siete años, había reinado antes, después de que él fue restaurado en el reino, estuvo en cadenas hasta la muerte de su padre con Joaquín, rey de Judá: cuando murió, al suceder nuevamente en el reino, y no ser recibido por los príncipes, que temían que viviera

quien se decía muerto; para hacer fe de la muerte de su padre, abrió el sepulcro, y arrastró su cadáver con un gancho y cuerdas. Y el sentido es: Sepultados todos los que tú mataste, tú solo yacerás insepulto. Otros interpretan este lugar así: Todas las almas en el infierno recibirán algún descanso, tú solo serás atado en las tinieblas extremas. Pues serás cubierto de la sangre de todos, y la sangre de todos te oprimirá como envuelto en la podredumbre de los muertos. Símaco tradujo este lugar así: Incluso con los que son muertos en batalla, no merecerás tener compañía en sepultura. Por lo que hemos dicho, como una raíz inútil, y en hebreo se lee: CHANESER NETHAB (), Aquila lo interpretó como una podredumbre contaminada. NESER () propiamente se llama brote, que nace en las raíces de los árboles, y como inútil es cortado por los agricultores: podemos entender lo mismo como podredumbre y corrupción. Y aprendemos al mismo tiempo que el infierno está bajo tierra, diciendo la Escritura: Hasta los cimientos del abismo.

(Vers. 20.) Porque tú destruiste tu tierra, tú mataste a tu pueblo. Según los LXX Intérpretes que dijeron: Porque destruiste mi tierra, y mataste a mi pueblo, no hay duda de lo que dicen. Pues Nabucodonosor mató y destruyó la tierra de Judá y su pueblo Israel. Según el hebreo, es difícil entender cómo destruyó su tierra, y mató a su pueblo: a menos que quizás deba entenderse en este sentido, que aquellos que Dios te dio para corrección, tú los destruiste por completo. O de otra manera: el antiguo reino de los asirios, al elevarte mucho en soberbia y levantar tu cuello contra Dios, fue completamente destruido. Pues si hubieras actuado humildemente, y conocido tu medida, el asirio y el babilonio reinarían hasta ahora. O de este modo: fuiste tan cruel con los extranjeros, que incluso a los pueblos sujetos a ti los oprimías furiosamente.

(Vers. 21.) No será llamado para siempre el linaje de los malvados. Preparad a sus hijos para la matanza por la iniquidad de sus padres: no se levantarán, ni heredarán la tierra, ni llenarán la faz del mundo de ciudades. Todas las historias coinciden en que, muerto Belsasar, nieto de Nabucodonosor, y sucediendo Darío en el reino de los caldeos, ningún descendiente de Nabucodonosor reinó después. Por tanto, la Escritura predice que Babilonia llegará a tal devastación, que incluso del linaje real no quedará nadie, sino que por la impiedad del padre toda la descendencia será eliminada. Por lo que hemos traducido, ni llenarán la faz del mundo de ciudades, en hebreo está escrito por ciudades, ARIM (), que podemos traducir también como adversarios; para que el sentido sea: ninguno de tu linaje que desee restaurar el reino, se levantará como adversario. Según los Setenta Intérpretes, que dijeron: Linaje malvado, prepara a tus hijos para la matanza por los pecados de tu padre, no sé qué sentido tiene.

(Vers. 22, 23.) Y me levantaré contra ellos, dice el Señor de los ejércitos: y destruiré el nombre de Babilonia, y sus restos, y su descendencia, y su progenie, dice el Señor. Y la pondré en posesión del erizo, y en pantanos de aguas: y la barreré con escoba de destrucción, dice el Señor de los ejércitos. Que Babilonia fue poderosísima, y situada en llanuras en forma cuadrada, desde un ángulo hasta el otro del muro, ocupaba dieciséis mil pasos, es decir, en total sesenta y cuatro en circunferencia, lo refiere Heródoto, y muchos otros que escribieron historias griegas. La ciudadela, es decir, el Capitolio de esa ciudad, es la torre que se dice construida después del diluvio, que en altura ocupa cuatro mil pasos, estrechándose gradualmente de ancho a estrecho, para que el peso que se cierne sea más fácilmente sostenido por las partes más anchas. Describen allí templos de mármol, estatuas de oro, calles resplandecientes de piedras y oro, y muchas otras cosas que parecen casi increíbles. Todo esto lo hemos narrado para mostrar que ante la ira de Dios todo poder es polvo, y se compara a cenizas y brasas. Si se permitiera entrar a las naciones bárbaras, y ver los últimos vestigios de tan gran ciudad, veríamos la posesión del erizo, y los pantanos de aguas, y verdaderamente cumplido lo que ahora se canta con las voces de Isaías: La barreré con escoba de destrucción;

pues excepto los muros de ladrillo, que para encerrar a las bestias se restauran después de muchos años, todo el espacio en medio es desolación.

(Vers. 24, 25.) Juró el Señor de los ejércitos, diciendo: Si no como pensé, así será, y como lo concebí, así sucederá que quebrantaré al asirio en mi tierra, y en mis montes lo pisotearé: y su yugo será quitado de ellos, y su carga será quitada de sus hombros. Vuelve a lo presente, es decir, al rey asirio Senaquerib, que devastó Samaria y Judá, y excepto Jerusalén, destruyó todo alrededor; y asocia lo que sucederá mucho después con lo cercano, para que se quite el miedo inminente: porque podían decir los oyentes: Sufrimos el asedio presente, este promete cosas que sucederán muchos siglos después. El orden de la profecía es, aunque después de muchos años Babilonia será destruida, y toda la descendencia de los asirios y caldeos será completamente dispersada: sin embargo, para que no teman la cautividad cercana, jura el Señor (a quien incluso sin jurar se debe creer) que su estimación no falla, y que lo que ha concebido en su mente no será en vano. Esto lo dice con afecto humano, que no se engaña quien no puede ser engañado: Quebrantaré, dice, al asirio en mi tierra, y en mis montes lo pisotearé. Pues en una noche ciento ochenta y cinco mil del ejército asirio fueron destruidos por el ángel (IV Reg. XIX). Y será quitado de aquellos que estaban sitiados en Jerusalén, su yugo, y el grave imperio que a todos amenazaba, y el peso que los oprimía, será devuelto sobre él. Pues huyendo el rey de los asirios a su tierra, Ezequías salió libre con los restos del pueblo.

(Vers. 26, 27.) Este es el consejo que he pensado sobre toda la tierra, y esta es la mano extendida sobre todas las naciones. Porque el Señor de los ejércitos ha decretado, y ¿quién podrá debilitarlo? Y su mano está extendida, y ¿quién la apartará? Algunos piensan que este lugar es una profecía general contra todo el mundo, y que la devastación de Babilonia y la ciudad de Asiria es un tipo de la consumación del mundo. A los cuales no contradecimos, mientras sepamos que aquí toda la tierra se refiere propiamente a los asirios, y todas las naciones se refieren a los aliados del rey asirio. Pero lo que ha sido decretado por el Señor, no se impide con la fuerza de nadie. Y su mano extendida, y preparada para golpear, nadie podrá detenerla.

(Vers. 28.) El año en que murió el rey Acaz, se hizo esta carga. Leemos que cuatro reyes de Judá fueron puestos bajo el título de Profeta: Ozías, Jotam, Acaz, y Ezequías, sucediéndose cada uno en orden y descendencia, de los cuales leemos que Ozías murió antes, refiriendo Isaías: El año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado. De lo cual entendemos que la Visión del Señor sentado, y lo que se ordena al Profeta, hasta el lugar donde está escrito (Cap. VI): Como el terebinto y como el roble que extiende sus ramas: la simiente santa será su germen, fue profetizado bajo el rey Jotam (Ibid., VII). Tercero sucede Acaz, hijo de Jotam, hijo de Ozías, rey de Judá, bajo el cual subió Rezín, rey de Siria, y Peka, hijo de Remalías, rey de Israel, a Jerusalén para pelear contra ella, y lo demás que la Escritura menciona. Por tanto, bajo Acaz hasta el presente lugar, que ahora nos esforzamos por exponer, conocemos que todo lo que está en medio fue profetizado: muerto él, sucede el cuarto, es decir, el último Ezequías, bajo el cual se teje el libro hasta el final.

(Vers. 29.) No te alegres, Filistea toda tú, porque ha sido quebrantada la vara de tu opresor: de la raíz de la serpiente saldrá un basilisco, y su fruto será un dragón volador. Es natural lo que decimos: muerto el rey de las naciones adversarias, siempre se alegran los enemigos, esperando guerras civiles y sediciones y la inexperiencia en gobernar de los nuevos. Muerto, pues, Acaz el pecador, que había caminado en los caminos de los reyes de Israel, y estaba unido a ellos por parentesco, entendemos que los filisteos se alegraron de cerca, e insultaron a Israel, porque al perder a su rey maduro, estarían sujetos al joven Ezequías. Filisteos, como

dijimos antes, significa a los palestinos, que la edición Vulgata llama extranjeros: aunque esto no es un término de una sola nación, sino de todas las naciones extranjeras. No te alegres, oh Filistea, no insultes a mi pueblo, porque la vara de tu opresor Acaz ha sido quebrantada; porque el bastón que solía golpearte parece haber sido destruido por la muerte; porque la serpiente ha sido muerta. Pues por esto nacerá Ezequías, un basilisco, que te matará con su mirada, y con el aliento de su boca te destruirá. Pues así como ninguna ave puede pasar ilesa ante la mirada del basilisco: sino que, aunque esté lejos, es absorbida por su boca: así también tú perecerás completamente ante la vista del rey Ezequías. Y ha guardado bien la metáfora: porque habiendo nombrado a la serpiente y al basilisco, dice que las aves son devoradas por su boca y aliento. Y que ningún rey de Judá golpeó a los filisteos como los devastó Ezequías, escucha el libro de los Reyes: Él golpeó a los filisteos hasta Gaza, y hasta sus confines: desde la torre de los guardias hasta las ciudades fortificadas (IV Reg. XVIII, 8). Por lo que hemos traducido como absorbente de aves, y en hebreo está escrito SARAPH MOPHETH (), puede interpretarse como serpiente voladora: para que el sentido sea: de la raíz de la serpiente nacerá un basilisco, y su fruto, es decir, del basilisco, será una serpiente voladora, para que entiendas un dragón volador.

(Vers. 30.) Y se alimentarán los primogénitos de los pobres, y los pobres descansarán con confianza. Cuando el basilisco te haya golpeado, y el dragón volador haya devastado tus confines, no acecharás más a Judá, y no aterrorizarás a mi pueblo pobre con tu engaño; sino que, oprimido por tus propias angustias, llorarás tu calamidad. Los humildes y pobres, que no confiaban en riquezas y poder, sino en mi nombre, descansarán en paz segura, y no temerán el ataque de ningún enemigo.

Y haré perecer de hambre tu raíz, y mataré tus restos. Todo lo dice en figuras. Pero el sentido es que, mientras el pueblo de Dios descansa con confianza, se secará la raíz de los filisteos, y todos sus restos serán consumidos.

(Vers. 31.) Aúlla puerta, clama ciudad, toda Filistea está postrada: porque del norte vendrá humo, y no hay quien escape de su ejército. Llama puerta a los que están en la puerta, y ciudad a los habitantes de la ciudad. También dirige su discurso a las ciudades de los filisteos, que deben lamentarse y llorar por la llegada de Senaquerib, que como un torrente devastará todo. Bajo el rey Ezequías vino el asirio y devastó a los filisteos entre otras naciones. A ellos se dirige Jeremías: "He aquí que las aguas suben del norte, y serán como un torrente inundante: y cubrirán la tierra y su plenitud, la ciudad y sus habitantes" (Jerem. XLVII, 2). Porque del norte vino el asirio, y de su ardor salieron, subyugando Nínive y las demás naciones. En el tiempo en que se cantaban estas cosas, el humo ascendía a lo alto, es decir, el rumor se extendía entre los pueblos, anunciando que los fenicios y los filisteos serían devastados.

(Vers. 32.) ¿Qué responderá a los mensajeros de la nación? Porque el Señor ha fundado Sion, y en ella esperarán los pobres de su pueblo. Porque había dicho: No hay quien escape de su ejército, parecía que en la sentencia general también Judá estaba comprendido. Si, dice, preguntaran los ángeles de la nación asiria por qué solo Judá ha escapado, respondedles que el Señor ha fundado Sion, y que él ha protegido a su humilde pueblo con su poder: Por ángeles, los LXX tradujeron reyes, engañados por el error de una sola letra ALEPH.

(Cap. XV.---Vers. 1.) Carga de Moab: porque de noche fue devastada Ar, Moab enmudeció: porque de noche fue devastado el muro, Moab enmudeció. Sobre la carga y el peso basta con haberlo dicho una vez. Solo advierto brevemente que siempre siguen cosas tristes a la carga.

La visión, en cambio, es alegre al principio o al final después de las tristezas. Moab es una provincia de los árabes, en la que estuvo Balac hijo de Beor (Num. XXII); quien contrató al adivino Balaam de Mesopotamia para que maldijera a Israel, donde también el pueblo fue iniciado en Beelphegor (Ibid., XXV). Su ciudad metropolitana es AR, que hoy se llama Areópolis, compuesta del hebreo y el griego; no como algunos piensan que es la ciudad de Marte. Ar se interpreta como adversario. Jeremías testifica cuán poderosa fue (Jerem. XLVIII, 2, 7 y ss.), diciendo: "No hay más exultación en Moab". Y de nuevo: "Confiaste en tus fortalezas y en tus tesoros". Y de nuevo: "Moab fue fértil desde su juventud, y descansó en sus heces, no fue trasvasado de vaso en vaso, y no fue a la transmigración, y por eso permaneció su sabor en él, y su olor no ha cambiado". Y en otro lugar (Ibid., 25): "¿Cómo se ha roto la vara fuerte, el bastón glorioso?" Y poco después: "Hemos oído la soberbia de Moab, es muy soberbio. Su altivez, su arrogancia, su soberbia, y la altitud de su corazón yo la conozco, dice el Señor, y su jactancia". Así como el profeta profetizó contra Babilonia y los filisteos que oprimirían al pueblo judío, así ahora se predice la devastación de los moabitas, es decir, de Arabia; por los asirios y los babilonios. Porque fueron devastados por ambas naciones, en el tiempo en que Senaquerib llevó cautivo a Israel, y cuando Nabucodonosor subvirtió Jerusalén (IV Reg. XVII y XXV). Porque insultó a ambos enemigos, Efraín y Judá, diciendo Jeremías: "Moab golpeará su mano en su vómito, y él mismo será objeto de burla. Porque Israel fue objeto de burla para ti, como si lo hubieras encontrado entre ladrones" (Jerem. LXVIII, 26, 27). Por tus palabras, que hablaste contra él, serás llevado cautivo. Y lo que dice: "De noche fue devastada AR, Moab enmudeció", es un principio decoroso de invectiva, para que fuera devastado en la oscuridad; quien fue concebido de noche por el incesto de su padre. A menos que tal vez tomemos la noche por la magnitud del terror: y se debe creer que, confiando en sus muros, fue superada por emboscadas y túneles. Escuché a un areopolitano, y toda la ciudad es testigo, que en mi infancia, con un gran terremoto, cuando las aguas del mar cruzaron las costas de todo el mundo, esa misma noche los muros de esta ciudad se derrumbaron.

(Vers. 2.) Subió la casa, y Dibón a las alturas en llanto sobre Nabo, y sobre Medaba Moab aullará. No te sea molesto que camine por el camino de la historia, pues tú mismo quisiste que lo hiciera. Se sobreentiende, sin embargo, que la casa real y la ciudad de Dibón suben a los ídolos que están en las alturas: sobre Nabo, y sobre Medaba, ciudades nobles, aullará toda la provincia. En Nabo estaba consagrado el ídolo Quemos, que por otro nombre se llama Beelphegor.

En todas sus cabezas calvicie, toda barba será rasurada. En la antigüedad, el rasurado de la barba y la cabeza era indicio de luto. Por esto se muestra la magnitud del dolor, clamando Jeremías contra Moab lo mismo: "Toda cabeza calva, y toda barba rasurada, y en todas las manos atadura, y sobre toda espalda cilicio" (Jerem. XLVIII, 37).

(Vers. 3.) En sus encrucijadas están ceñidos de saco; sobre sus techos, y en sus plazas todo aullido descenderá en llanto. No serán lágrimas privadas, el luto público resonará en lamentos públicos; ni matronas, ni vírgenes, ni la pequeña edad de los niños, ni el paso quebrado de los ancianos se mantendrán en las casas, la extrema cautividad no conocerá pudor ni debilidad.

(Vers. 4.) Clamará Hesbón y Eleale. Nombres de ciudades de la provincia moabita, de las cuales Hesbón fue una ciudad del rey de los amorreos, de la cual también Jeremías, "Salió fuego de Hesbón, y llama del medio de Seón". Hesbón se interpreta como pensamiento, y por eso Jeremías, aludiendo al nombre, dice contra Hesbón: "Pensaron mal" (Jerem. XLV).

Hasta Jaza se oyó su voz. La ciudad de Jaza (o Jasa) está cerca del mar Muerto, donde está el límite de la provincia de los moabitas. Esto indica que hasta los confines extremos resonarán los aullidos de la provincia. Por eso también Jeremías dice: "Del clamor de Hesbón, hasta Eleale y Jaza dieron su voz" (Jerem. XLVIII, 34).

Sobre esto los expeditos de Moab aullarán, su alma aullará para sí. La palabra hebrea ELUSE, que Aquila tradujo como ἐξώμους, es decir, expeditos, y con los hombros descubiertos, Symmachus la interpretó como ceñidos, algunos piensan que no se refiere a hombres, sino al nombre de una ciudad, que hoy se llama Eluza, y está situada en las partes de Moab. Pero también podemos decir que toda la fortaleza de los combatientes ha caído, y que toda la tierra resonará con llantos mutuos. Sin embargo, si Eluse, como quiso Aquila, se entiende como con los hombros descubiertos, se nos sugiere el sentido de que todos desnudaron sus pechos para llorar.

(Vers. 5.) Mi corazón clamará por Moab. El profeta habla con afecto doliente, ya sea porque los enemigos también son criaturas de Dios, sobre quienes sobrevienen tantos males, o porque serán oprimidos por tantas calamidades que incluso a los enemigos les parecerán dignos de compasión. Jeremías dice lo mismo: "Por eso mi corazón resonará por Moab como una flauta".

Sus barras hasta Segor, la ternera de tres años. Y Jeremías: "Desde Segor, dice, hasta Oronaim, la ternera de tres años". De esto hablamos también en los libros de las Cuestiones Hebraicas, y ahora anotamos brevemente que es la quinta ciudad después de Sodoma, Gomorra, Adama y Seboim, que a las súplicas de Lot fue salvada por ser pequeña. Se llama Bala, es decir, absorbida, según los hebreos, porque fue destruida por un tercer terremoto. Es la que hoy se llama Zoora en lengua siria, Segor en hebreo, en ambos casos pequeña. Podemos entender la ternera de tres años como de edad perfecta. Así como el trigésimo año en los hombres, así en los animales y bestias el tercer año es el más robusto. También entiende las barras como límites y fortaleza, ya que Segor está situada en los confines de los moabitas, separándola de la tierra de los filisteos.

Porque por la subida de Luith subirá llorando. Y Jeremías: "Por la subida de Luith subirá llorando en llanto". Entendemos que es la pendiente del camino que conduce a los asirios, y por esto se significa la cautividad.

Y en el camino de Oronaim levantarán el clamor de la destrucción. Nuevamente Jeremías: "Voz de clamor de Oronaim, destrucción y gran quebranto". Sería largo si quisiera hablar de cada uno, cuando es evidente que son nombres de ciudades o lugares en Moab, que los transmigrantes dejan.

(Vers. 6.) Porque las aguas de Nemrim serán desiertas. Este pueblo está sobre el mar Muerto, con aguas saladas, y por esto mismo estériles. Ya sea que aludiera al nombre, o que antes no fuera así, después de la devastación sucedió que incluso las aguas se volvieron amargas.

Porque se secó la hierba, se agotó el brote, toda verdura pereció. No como algunos piensan, que verdaderamente por las aguas estériles de Nemrim toda hierba se secó, sino que la Escritura habla por metáfora. Y el sentido es que en todo Moab las aguas de Nemrim serán saladas y amargas; así como allí no brota ninguna hierba, así toda la provincia será seguida por la sequía, es decir, desde Segor hasta Oronaim, de un extremo a otro. Jeremías dice lo mismo: "Las aguas de Nemrim serán malas" (Jerem. XLVIII, 34).

(Vers. 7.) Según la magnitud de la obra, y la visita de ellos: los llevarán al torrente de los sauces. Por sauces en hebreo leemos ARABIM, que puede entenderse como árabes, y leerse ORBIM, es decir, una villa situada en sus confines, de la cual algunos dicen que los habitantes en el monte Oreb proporcionaron alimento a Elías: este nombre por su ambigüedad se transfiere también a los cuervos, y al occidente, y a los lugares campestres. El sentido es: según la magnitud de la enfermedad será la visita. Aquí no tomes la visita como remedio, sino como plaga. "Visitaré", dice, "con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados" (Sal. LXXXVIII, 33). Toma el torrente de los sauces como los ríos de Babilonia, de los cuales David dice: "En los sauces en medio de ella colgamos nuestros instrumentos" (Sal. CXXXVI, 2): o el valle de Arabia, por el cual se va a los asirios.

(Vers. 8.) Porque el clamor rodeará el término de Moab, hasta Agallim su aullido, y hasta el pozo de Elim su clamor. Casi todo lo mismo escribe Jeremías. Son ciudades y lugares de los moabitas, en los cuales se describe el clamor y el lamento del pueblo cautivo.

(Vers. 9.) Porque las aguas de Dibón están llenas de sangre. Donde antes había lujo por los campos irrigados y las fuentes que manaban continuamente, allí por la multitud de los muertos fluirán ríos de sangre.

Porque pondré sobre Dibón añadiduras a los que huyan de Moab, un león, y a los restos de la tierra. Para que nadie piense que es un error del escritor y quiera corregirlo, una ciudad se escribe tanto con M como con B: de las cuales Dimon se interpreta como silencio; Dibón, como fluyente. Con ambos nombres dados por las aguas que fluyen silenciosamente, hasta hoy este pequeño pueblo se llama indistintamente Dimon y Dibón. Y lo que dice: "Pondré sobre Dibón añadiduras", y parecía que iba a hacer una pregunta sobre qué era, lo demostró en el siguiente versículo diciendo: "A los que huyan de Moab, un león, y a los restos de la tierra": para que incluso los que escaparon por la fuga sean consumidos por las bestias. Aunque también podemos entender por león, al rey de los enemigos, para que nadie pueda escapar de su poder como de un rugido.

(Cap. XVI.---Vers. 1.) Envía el Cordero, el dominador de la tierra, desde la roca del desierto al monte de la hija de Sion. Lo que interpretamos, no es historia, sino profecía. Toda profecía está envuelta en enigmas, y con sentencias cortadas, mientras habla de una cosa, pasa a otra: para que si la Escritura conserva el orden, no sea profecía, sino narración. Y el sentido es: Oh Moab, en quien el león va a desatar su furia, y de la cual ni siquiera las reliquias podrán salvarse, ten este consuelo: Saldrá de ti el Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo, que dominará en toda la tierra. De la roca del desierto, es decir, de Rut, que viuda por la muerte de su marido, de Booz engendró a Obed y de Obed a Jesé, y de Jesé a David, y de David a Cristo. Y el monte de la hija de Sion, o interpretaremos como la misma ciudad de Jerusalén, o según la sagrada inteligencia, la Iglesia, que está en la cumbre de las virtudes.

(Vers. 2.) Y será, como ave que huye, y polluelos que vuelan del nido, así serán las hijas de Moab en el paso de Arnón. Vuelve al orden que había comenzado: Cuando ponga, dice, a los que huyan de Moab, y a los restos de la tierra un león ferocísimo, que despedace sus miembros y huesos, entonces volarán aterrados, y todas las hijas, es decir, las villas y ciudades de la provincia de Moab, migrarán en el paso de Arnón, que es el límite de los amorreos y moabitas. Y poniendo aquí paso, significa cautividad.

(Vers. 3, 4.) Da consejo, reúne consejo: pon como noche tu sombra en el mediodía, esconde a los fugitivos, y no delates a los vagabundos. Habitarán contigo mis prófugos: Moab, sé su escondite de la cara del devastador, porque el polvo ha terminado, el miserable ha sido

consumido, ha desaparecido el que pisoteaba la tierra. Por miserable en hebreo se lee SOD, que puede entenderse también como devastador. Habla a Moab, para que encuentre un consejo de salvación, y reuniendo a los ancianos, convoque un consejo saludable. ¿Quieres, dice, ser salvo, y merecer la misericordia de Dios? En la clara luz, y en la fuga abierta de mi pueblo, tú sé como noche y sombra, acoge a los fugitivos, y no delates a los vagabundos. Y por qué dice esto, lo añade inmediatamente: "Habitarán contigo mis prófugos". Porque devastada Jerusalén, y toda Judea que es contigua a los moabitas, mi pueblo emigrará a ti. Sé, pues, su escondite, y no temas el ímpetu del devastador, porque como polvo pasará rápidamente: y el depredador de toda la tierra, que la pisoteaba y la sometía a sus pies, desaparecerá con el viento soplando. Algunos interpretan mal este lugar sobre el Anticristo, pensando que los Santos en ese tiempo, por la cercanía de la ciudad de Jerusalén, pasarán a los árabes, y ahora se les ordena que no delaten a los fugitivos que vienen a ellos.

(Vers. 5.) Y se preparará en misericordia un trono, y se sentará sobre él en verdad, en el tabernáculo de David, juzgando y buscando juicio, y rápidamente devolviendo lo que es justo. Los hebreos interpretan este lugar así: Expulsado el asirio, reinará en Judá Ezequías, un hombre justo, y retendrá el trono de David, juzgando en verdad al pueblo de Dios sujeto a él. Otros lo entienden de Cristo. Terminado el polvo del Anticristo, y eliminado el devastador, que pisoteaba toda la tierra, vendrá el rey Cristo, que se sentará en el tabernáculo de David, y en el día del juicio devolverá a todos según sus obras. No hay duda de que este capítulo profetiza sobre Cristo. Pero podemos entender lo mismo en su primer advenimiento, y demostrarlo en el tabernáculo de la Iglesia, que en toda la tierra de Moab los trofeos de las iglesias testifican el imperio de Cristo.

(Vers. 6, 7.) Hemos oído la soberbia de Moab, es muy soberbio: su soberbia, y su arrogancia, y su indignación, más que su fortaleza. Por eso aullará Moab a Moab, todo aullará: a los que se alegran sobre los muros de ladrillo cocido, hablad de sus plagas. Vuelve de nuevo a lo presente, y acusa a Moab de soberbia, porque se ha elevado mucho más de lo que su fortaleza requería, y por esta soberbia Moab aullará a Moab, es decir, el pueblo a la ciudad, o la metrópoli a la provincia, y toda la tierra resonará con aullidos sobre los muros de ladrillo cocido, de los cuales también Jeremías dice: "Por eso sobre Moab lloraré, y a Moab entero clamaré, a los hombres del muro de ladrillo lamentándose" (Jerem. XLVIII, 31). Por esto muestra tanto el poder de la felicidad pasada como las plagas de la repentina subversión.

(Vers. 8.) Porque los suburbios de Hesbón están desiertos: la viña de Sabama. Entre Hesbón y Sabama hay apenas quinientos pasos, y por la metáfora de la viña, significa la devastación de toda la provincia.

Los señores de las naciones cortaron sus sarmientos. Mantiene la metáfora que había comenzado, mostrando que los reyes de las naciones, que devastaron Moab, saquearon todas las aldeas y caseríos.

Hasta Jazer llegaron: erraron en el desierto: sus sarmientos quedaron: cruzaron el mar. Entiende los sarmientos y las propagaciones como el pueblo y sus fugitivos: y el cruce del mar como la cautividad en Babilonia, de la cual después leeremos, "Carga del desierto del mar".

(Vers. 9.) Por esto lloraré en llanto de Jazer, viña de Sabama: te embriagaré con mi llanto, Hesbón y Eleale. Voz del profeta llorando, y testificando la magnitud de la devastación con la magnitud de las lágrimas, llorando por la viña de Jazer, y Sabama, y Hesbón, y Eleale, ciudades que una vez fueron muy poderosas, ahora abatidas por el asirio.

Porque sobre tu vendimia, y sobre tu cosecha ha caído la voz de los pisadores. Entiende por los pisadores de uvas y la alegría de la vendimia, al ejército de los enemigos, y que en el mismo tiempo de alegría ha llegado el tiempo de la cautividad.

(Vers. 10.) Y se quitará la alegría, y el júbilo del Carmelo. Es un idioma de las Escrituras que siempre compara el monte Carmelo, fértil y boscoso, que domina Ptolemaida, y en el que oró Elías, con la fertilidad y abundancia, y por esto significa que toda alegría y fertilidad serán quitadas de las ciudades que una vez fueron muy fértiles.

Y en las viñas no habrá júbilo, ni alegría. Se sobreentiende el primer vendimiador, es decir, el colono de la provincia moabita. De hecho, inmediatamente añade:

El vino en el lagar no lo pisará quien solía pisarlo: he quitado la voz de los pisadores. No cantará alegre el vendimiador en la vendimia, sino que por todas partes surgirá la devastación hostil, y el clamor de los vencedores.

(Vers. 11.) Por esto mi vientre sonará por Moab como una cítara, y mis entrañas por el muro de ladrillo cocido. Para que nadie piense que el lamento del profeta es una exultación, por la cual se alegraría de que los enemigos del pueblo de Israel sean cautivos, dice que llora desde el afecto y desde el dolor más íntimo del corazón, y que lamenta la caída de una ciudad que una vez fue muy poderosa.

(Vers. 12.) Y sucederá que, cuando Moab se haya fatigado en sus lugares altos, entrará a sus santuarios para suplicar, pero no podrá. Esta es la última miseria, no tener auxilio ni siquiera en aquellos a quienes siempre ha venerado. Despojado, dice, de tus fuerzas, y con todos tus defensores muertos, te dirigirás a los ídolos, venerarás los templos, pero no encontrarás ayuda en ellos, pues la devastación común vendrá contigo. (Vers. 13.) Esta es la palabra que el Señor habló sobre Moab desde entonces. ¿Desde qué tiempo crees? Evidentemente desde que Moab fue creado. Y el Señor dijo: Los moabitas y los amonitas no entrarán en la Iglesia de Dios (Deut. XXIII, 3). O entendamos desde entonces por un tiempo antiguo, que esta sentencia divina fue decretada hace mucho tiempo, no porque la presciencia de Dios haya causado la devastación, sino porque la devastación futura es conocida por la majestad de Dios.

(Vers. 14.) Y ahora el Señor ha hablado, diciendo: En tres años, como los años de un jornalero, será quitada la gloria de Moab sobre todo su gran pueblo, y quedará pequeño y escaso, no numeroso. Esta profecía, como dijimos antes, se dirige contra los moabitas tras la muerte de Acaz, reinando Ezequías, bajo quien las diez tribus fueron llevadas al cautiverio por Senaquerib, rey de Asiria. Así como el jornalero espera la puesta del sol, y aguarda el fin de su trabajo día y noche para recibir su salario estipulado, así también después de tres años Moab será destruido por el asirio que vendrá, y apenas quedarán unos pocos en la tierra, que habitarán las ciudades derribadas y cultivarán los campos desiertos. También puede predecirse sobre el cautiverio babilónico, que después de la captura de Jerusalén, y el paso de tres años, Moab será devastado por los caldeos, o que en el espacio de tres años no se les dará descanso.

(Cap. XVII.---Vers. 1.) Carga de Damasco: He aquí que Damasco dejará de ser ciudad, y será como un montón de piedras en ruina. Las ciudades abandonadas de Aroer serán para los rebaños, y allí descansarán, y no habrá quien los espante. Y cesará el auxilio de Efraín, y el reino de Damasco, y el resto de Siria será como la gloria de los hijos de Israel, dice el Señor

de los ejércitos. Después de Babilonia, los filisteos y Moab, el discurso se dirige a Damasco, es decir, a Aram, que también fue una ciudad real en su tiempo, y tuvo el dominio en toda Siria: aún no florecían Antioquía, Laodicea y Apamea, ciudades que sabemos fueron engrandecidas después de Alejandro y el imperio macedonio. Porque siempre proporcionó ayuda a las diez tribus contra Judá, como narra la historia de los Reyes y las Crónicas: también a ellas se les acerca la devastación por parte de los asirios, dice el rey de Asiria: He tomado Arabia, Damasco y Samaria. Así como tomé aquellas, y todos los reinos, también te tomaré a ti. Y leemos en el volumen de los Reyes: Subió el rey de Asiria a Damasco, y la tomó, y la trasladó a Cirena (IV Reg. XVI, 9). También mató a Rezín, que era el rey de Damasco: todo esto sucedió mientras Ezequías reinaba en Jerusalén. He aquí, dice, Damasco dejará de ser ciudad; ya está cercana la cautividad: ya el asirio ha movido su ejército. Y será como un montón de piedras en ruina, de modo que solo las ruinas y vestigios de su antigua potencia se mostrarán en la magnitud de las ruinas. Las ciudades abandonadas de Aroer serán para los rebaños. Aroer se interpreta como mirto, que es propiamente un árbol que nace en soledad y suelo salino, y por esto se demuestra la devastación. Allí descansarán, se sobreentiende, los rebaños, y no habrá quien los espante. Tan grande será la soledad, que ni siquiera habrá un insidiador que temer. Y cesará el auxilio de Efraín: las diez tribus no tendrán ayuda en ella contra Judá. Y el reino de Damasco; se sobreentiende, cesará. Cuando dice que cesará el reino y descansará, no significa una devastación perpetua, sino que quita por el momento el poder, por el cual antes reinaba en toda Siria. Y el resto de Siria será como la gloria de los hijos de Israel, dice el Señor de los ejércitos. Como, dice, las diez tribus fueron destruidas por el asirio, y toda su gloria fue llevada al cautiverio: así los pocos que queden en Damasco serán transformados, y tendrán la gloria de la nación asociada. Toma la gloria dicha por ironía, por ignominia. Todo esto sucederá porque el Señor ha hablado, cuyas palabras no pueden ser vanas. Algunos piensan que esta profecía es la misma que leemos en Jeremías: Damasco ha sido disuelta, se ha vuelto en fuga, el temblor la ha tomado, la angustia y los dolores la han retenido como a una parturienta (Jerem. XLIX, 24, 27). Y de nuevo: Encenderé fuego en el muro de Damasco, y devorará las murallas de Benadab. Pero debe saberse que Jeremías describe el cautiverio babilónico de la ciudad de Damasco, es decir, de los pocos que el rey de los asirios dejó en ella. Isaías, sin embargo, anuncia el cautiverio cercano por los asirios. Otros estiman que se predice sobre el cautiverio romano, ya que cuando el pueblo de los judíos fue capturado; y Damasco, sobre la cual gobernaba Aretas, sufrió una servidumbre similar: de modo que todo lo que está escrito sobre ella se transfiera al tiempo de Cristo y a los misterios de los apóstoles.

(Vers. 4.) Y sucederá en aquel día, que se atenuará la gloria de Jacob, y sus carnes pingües se marchitarán. Cuando, dice, Damasco haya sido capturada, y deje de ser ciudad, y tal gloria la corone, como coronó a Israel, es decir, a las diez tribus: entonces toda la defensa, y las carnes más pingües, y el refugio se marchitarán de Jacob: pues no tendrá con quiénes unirse para devastar Jerusalén. Leemos arriba que subió Rezín, rey de Siria, y Peka, hijo de Remalías, rey de Israel, a Jerusalén, para pelear contra ella: y fue anunciado a la casa de David: Siria ha descansado sobre Efraín, de quienes el profeta habla a Acaz: No temas, y no se desmaye tu corazón por las dos colas de estos tizones humeantes, en la ira del furor de Rezín, rey de Siria, y del hijo de Remalías, porque Siria ha tomado un mal consejo contra ti, Efraín y el hijo de Remalías.

(Vers. 5, 6.) Y será como el que recoge en la siega lo que ha quedado, y su brazo recogerá espigas: y será como el que busca espigas en el valle de Refaím. Y quedará en él como un racimo, y como el sacudido de un olivo, dos o tres aceitunas en la cima de la rama, o cuatro o cinco en sus ramas más altas, dice el Señor Dios de Israel. Quienes entienden esta

devastación presente de Damasco bajo el reino romano, sostienen que esto se refiere a los apóstoles, que así como suelen quedar pocas espigas y aceitunas en el campo o en los árboles, así las reliquias de Israel serán salvadas; especialmente porque sigue: En aquel día el hombre se inclinará hacia su hacedor, y sus ojos mirarán al Santo de Israel, es decir, a Cristo. Interpretan las dos aceitunas, y tres, y cuatro, y cinco, como los catorce apóstoles, es decir, los doce que fueron elegidos, y el decimotercero, Santiago, que es llamado hermano del Señor; también al apóstol Pablo, vaso de elección (Hechos VII). Pero quienes piensan que lo dicho se cumplió en tiempos de los asirios, quieren que se entienda que bajo el cautiverio asirio Damasco no fue completamente destruida, sino que, trasladados algunos a Cirene, otra parte de los cultivadores de la tierra fue dejada, que también fue destruida después por la devastación babilónica: hasta que bajo los macedonios y los Ptolomeos fue restaurada de nuevo, y en la venida de Cristo era ciertamente una ciudad, pero no de tanta potencia como antes. Y el sentido es: tan pocos quedarán en Damasco, como suelen quedar pocas espigas después de los segadores, que los pobres suelen recoger en el valle de Refaím, amplísimo y potentísimo: o en el olivo, pocas aceitunas, que han escapado a la diligencia del recolector.

(Vers. 7, 8.) En aquel día el hombre se inclinará hacia su hacedor, y sus ojos mirarán al Santo de Israel. Y no se inclinará hacia los altares, que hicieron sus manos, y que trabajaron sus dedos: y no mirarán los bosques y los templos. Esto piensan que se cumplió en tiempos de Cristo, cuando destruido el reino de Damasco, sucedió el imperio perpetuo del Salvador, y el error de la idolatría fue disminuido. Es ciertamente una voluntad piadosa de los intérpretes, pero no guarda el orden de la historia. Nosotros decimos, sin embargo, que destruida Damasco, y llevadas las diez tribus a los asirios, los restos de las tribus que eran de Israel, convertidos por las cartas de Ezequías, se volvieron al culto de Dios, y vinieron al templo de Jerusalén, como narra la historia de las Crónicas (II Par. III). Destruida, pues, Damasco, los hombres se convertirán a su hacedor, es decir, a aquel que los creó, y sus ojos no mirarán los ídolos que hicieron en Betel y en Dan, sino a Dios, despreciando los templos y altares, que trabajaron sus dedos.

(Vers. 9.) En aquel día las ciudades de su fortaleza serán abandonadas como arados, y las cosechas que fueron abandonadas ante los hijos de Israel, y quedará desierta. Esto no lo dice contra Damasco, sino contra las diez tribus, que eran llamadas Israel; para que así como a la llegada del pueblo de Dios desde Egipto, todas las naciones que habitaban la tierra de promisión, aterrorizadas de repente, abandonaron los arados, los montones de frutos y las obras a medio hacer, buscando la salvación con sus pies: así también la tierra de Israel permanezca desolada por mucho tiempo. Por eso me sorprende que Aquila haya querido interpretar por arados y montones de frutos, testas y Emir; Símaco, bosque y Amir; los LXX, amorreos y heveos. Solo Teodoción puso la palabra hebrea, ARS ET EMIR: que entre ellos se lee más correctamente HORES () ET AMIR (), es decir, arados y montones de cosechas.

(Vers. 10.) Porque te has olvidado del Dios de tu salvador, y no has recordado al fuerte de tu ayuda. Esto, dice, sufrirás, oh Israel, porque has dejado al Dios tu salvador, que te liberó de Egipto, que te sometió a las naciones enemigas: y no has recordado a tu ayudador.

Por eso plantarás una plantación fiel, y sembrarás un germen extraño. Esto debe leerse más precisamente y con ironía. Porque, dice, te has olvidado del Dios de tu salvador, y no has recordado al fuerte de tu ayuda: ¿acaso por eso deberías plantar una plantación fiel, y no más bien sembrar un germen extraño, que el enemigo arrebate? O ciertamente así: a mis hijos, que han sido engendrados de la estirpe de mi pueblo, los has fundado en la tierra, para hacerlos extraños y malvados.

(Vers. 11.) En el día de tu plantación, la vid silvestre, y por la mañana tu semilla florecerá. La cosecha ha sido arrebatada en el día de la herencia, y dolerá gravemente. Estos, dice, serán los frutos de tus obras: tu vid Sorec degenerará en vid silvestre, tu semilla prometerá esperanza en el brote; pero cuando llegue la madurez, será cosechada por otro. Y entonces dolerás gravemente, cuando hayas perdido lo esperado y casi ya alcanzado.

(Vers. 12-14.) ¡Ay de la multitud de muchos pueblos, como la multitud del mar sonante: y el tumulto de las turbas, como el sonido de muchas aguas: sonarán los pueblos, como el sonido de aguas inundantes: y él los increpará, y huirán lejos: y serán arrebatados como polvo de los montes ante el viento, y como torbellino ante la tempestad. En el tiempo de la tarde: y he aquí turbación en la mañana, y no subsistirá. Esta es la parte de aquellos que nos devastaron, y la suerte de los que nos saquearon. Quienes estiman que el cautiverio anterior de Damasco fue infligido por los romanos, y esto que está escrito: El hombre se inclinará hacia su hacedor, y sus ojos mirarán al Santo de Israel, lo refieren a los tiempos de Cristo y de los apóstoles. También lo que sigue: Plantarás una plantación fiel, y sembrarás un germen extraño: en el día de tu plantación, la vid silvestre, y lo demás, lo entienden sobre la infidelidad de los judíos. Y este capítulo que ahora proponemos, lo interpretan sobre los gentiles, que persiguen a la Iglesia. También lo que sigue, Él los increpará, y huirán lejos, lo toman sobre el diablo, demostrando con una interpretación tropológica la devastación de los perseguidores y de los demonios. Nosotros, sin embargo, seguimos el orden comenzado, y protegemos los fundamentos históricos con la cumbre histórica. ¡Ay, dice, de todas las naciones, que militaron contra mi pueblo, cuyo ímpetu fue tal, que debe compararse con las olas del mar. Pero cuando vengan furiosos, e inunden mi tierra, entonces su príncipe Senaquerib huirá increpado por él, y así como el polvo es dispersado por el viento que lo arrastra, y el torbellino se eleva en la tempestad: así él se acercará a Jerusalén, sitiándola: pero será herido por el ángel; vendrá la mañana, y verá destruido el ejército de su poder. Y esta será la parte de aquellos que nos devastaron. Esto lo dice el profeta ya sea desde la persona del pueblo, o uniéndose él mismo a su gente (IV Reg. XIX, 35, 36). Después leemos: Salió el ángel del Señor, y golpeó en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil: y se levantaron por la mañana, y he aquí todos cadáveres de muertos. Y salió, y se fue, y regresó Senaquerib, rey de los asirios, y habitó en Nínive.

(Cap. XVIII, Vers. 1.) ¡Ay de la tierra del címbalo de alas que está más allá de los ríos de Etiopía. La palabra hebrea SELSEL (), que Símaco interpretó como sonido, Teodoción como aves, y nosotros como címbalo. Aquila lo tradujo dos veces como sombra. Pero debe saberse que sombra se dice SEL (), pero aquí la misma sílaba se duplica. De lo cual podemos entender que se dice: ¡Ay de la tierra, que en la sombra de sus alas promete auxilio. Y cuando la Escritura dice: El que habita al amparo del Altísimo, morará bajo la protección del Dios del cielo (Sal. XC, 1), para lo cual en hebreo está escrito, En la sombra del Omnipotente morará: jactándose de tener la misma semejanza de Dios, y en los peligros prometiendo socorro a otros. Significa ya sea No, ciudad de Egipto, que ahora se llama Alejandría, o Egipto, en el cual Jerusalén siempre se apoyó como sobre una caña quebrada, que al romperse perfora la mano del que se apoya. Y este es un orden muy hermoso: que así como en la visión anterior el discurso profético amenazaba a Damasco, porque las diez tribus habían tenido en ella auxilio, rogando la misericordia de Dios: así también ahora se predice la devastación de Egipto; por cuyo auxilio se ha descuidado la invocación de Dios. Es la tierra que está más allá de los ríos de Etiopía, es decir, más allá de los canales del río Nilo, que nadie duda fluye de Etiopía a Egipto. Egipto puede llamarse címbalo de alas por la velocidad de sus frutos: veloz y rápido el vuelo de las aves produce el sonido del címbalo. Algunos, por lo que sigue: Que envía en el mar mensajeros, y en vasijas de papiro sobre las aguas, entienden el reino romano

y refieren toda la historia a los tiempos de Vespasiano y Tito, por quienes Jerusalén fue destruida. Pero esto no conviene a nuestra fe, que el Señor amenace al reino romano, por haber destruido a una nación impía, y de nuevo diga que se deben llevar dones al monte Sion, a menos que también esto lo tomemos espiritualmente en la Iglesia.

(Vers. 2.) Que envía en el mar mensajeros, y en vasijas de papiro sobre las aguas. Id, ángeles veloces, a la nación convulsa y desgarrada, al pueblo temible, tras el cual no hay otro, a la nación expectante y pisoteada, cuyos ríos han saqueado su tierra. Entre los hebreos tanto Egipto como egipcio y egipcios, se nombran con una sola palabra MESRAIM (). Esto se dice para que nadie se detenga en la palabra, cuando encuentre masculino en lugar de femenino, es decir, en lugar de tierra, hombre, porque ahora se dice: Que envía en el mar mensajeros, es decir, la misma Mesraim, el mismo egipcio, porque de Alejandría, que entonces, como dijimos, se llamaba No, se enviaron mensajeros a Jerusalén y en vasijas de papiro, es decir, cartas, o barcos, prometiéndoles su auxilio, dijeron: Id velozmente a la nación de los judíos convulsa, y desgarrada por el ataque de los asirios; al pueblo que una vez fue temible, que usaba el imperio de Dios, a cuya potencia ningún otro es comparable: a la nación, que siempre esperaba el auxilio de Dios, y sin embargo es pisoteada por los hombres: cuya tierra los ríos, es decir, diversos reyes, han saqueado. Otros piensan que la apóstrofe se dirige al Señor, y el sentido es: Oh Dios, que envías en el mar de este mundo a los profetas, y como por cartas navegantes, amonestando al pueblo, ordenas a tus mensajeros: id velozmente a mi nación desgarrada y convulsa, al pueblo más robusto, que fue un terror para todas las naciones circundantes, que siempre esperó el auxilio de Dios, y por la magnitud de sus pecados, lo que espera, no merece recibir: cuya tierra han devastado los reyes de diversas naciones, y lo demás que sigue. Eusebio de Cesarea, prometiendo una interpretación histórica en el título, se desvía en diversos sentidos, cuyos libros, al leerlos, encontré algo muy diferente de lo que prometía el índice. Dondequiera que la historia le falla, pasa a la alegoría, y así une lo separado, que me maravillo de su nueva construcción del discurso, uniendo en un solo cuerpo piedra y hierro. Esto lo advertí brevemente, para que nadie piense que hemos tomado prestado de sus fuentes lo que decimos; pues también en el presente capítulo dice que la profecía se dirige contra los judíos y Jerusalén, porque al principio de la fe cristiana enviaron cartas a todas las naciones, para que no aceptaran la pasión de Cristo: y las enviaron hasta Etiopía y la región occidental, y llenaron todo el mundo con la diseminación de esta blasfemia.

(Vers. 3.) Todos los habitantes del mundo que moráis en la tierra, cuando se eleve la señal en los montes, veréis, y oiréis el sonido de la trompeta. Todas las naciones, dice, alrededor, cuando mi mandato, como una señal elevada en los montes, y mi imperio, como el sonido de una trompeta resonando en lo alto, oigáis, entonces veréis lo que he ordenado.

(Vers. 4.) Porque así dice el Señor a mí: Descansaré, y consideraré en mi lugar. ¿Qué es lo que el Señor ha dicho al profeta? Esto que sigue: hasta que vengan lo que he ordenado, en mi sede descansaré: como los judíos piensan, en el Templo; como nosotros, en los cielos. Y consideraré, dice, cuál será el fin de las cosas.

Como la luz del mediodía es clara, y como la nube de rocío en el día de la cosecha. Así como en todo el día nada es más claro que el mediodía, cuando el sol resplandece en medio del cielo e ilumina todo el orbe por igual, y como en el calor abrasador, cuando el segador desnudo se quema y el aliento prueba la magnitud de la obra, es muy grato el frescor del rocío, si la humedad matutina hace que las espigas secas sean cortables: así mi palabra, que consideraré en mi lugar, llegará grata a todos los que creen en mí. (Vers. 5, 6.) Antes de la

cosecha, todo floreció y la perfección inmadura germinó, y sus ramas serán cortadas con hoces, y lo que quede será cortado y sacudido. Y serán dejados juntos a las aves de los montes y a las bestias de la tierra, y en el verano perpetuo las aves estarán sobre él, y todas las bestias de la tierra hibernarán sobre él. Porque había hablado del mediodía, y había mencionado la nube de rocío en el verano y la cosecha, y había tomado la metáfora de la agricultura, la mantiene en lo restante, describiendo la soberbia de Egipto y la devastación de su pueblo, y los cadáveres por toda la provincia, que serán devorados por las aves. Pues así como las cosechas que brotan antes de madurar, pronto perecen, y antes de que llegue la perfección del tiempo, los brotes son inútiles: así, dice, el pueblo egipcio será cortado como ramas inútiles con hoces, y todas las propagaciones serán desnudadas. Y para que no pienses que habla de una viña y no de hombres, convierte la metáfora en la verdad de la historia: Y serán dejados, dice, juntos a las aves de los montes y a las bestias de la tierra. Pues las aves y las bestias no devoran ramas cortadas de árboles, sino cadáveres. Leamos más plenamente a Ezequiel, donde profetiza contra el Faraón y contra Egipto: y encontraremos todo esto escrito muy claramente (Ezequiel XXIX). Y lo que dice: En el verano perpetuo las aves estarán sobre él, y todas las bestias sobre él hibernarán, o significa verdaderamente la multitud de los muertos, o por la misma metáfora demuestra que será devastado por todas las naciones.

(Vers. 7.) En aquel tiempo se llevará un presente al Señor de los ejércitos de un pueblo disperso y desgarrado, de un pueblo terrible, tras el cual no hubo otro: de una nación expectante, expectante y pisoteada, cuyos ríos despojaron su tierra, al lugar del nombre del Señor de los ejércitos, el monte Sion. Después de la devastación de Egipto y la destrucción de su imperio, Israel ya no confiará en la vanidad de su sombra, sino que regresará al Señor, y llevará sus ofrendas al monte Sion, es decir, a su templo, y rogándole solo a él, cuyo amparo es verdadero y eterno. Esto lo entendemos que se hizo bajo Zorobabel y Jesús, y Esdras y Nehemías. Los LXX, en lugar de lo que nosotros dijimos: expectante, expectante, y en hebreo está escrito, esperando, esperando, lo interpretaron al contrario como ἀνέλπιστον, es decir, sin esperanza. Y por esta razón dieron ocasión a Eusebio, para que pensara que esto debía entenderse más de las naciones, que no tienen esperanza, ni el Testamento de Dios, ni los Profetas, que de los judíos: que después de ellos los dones debían ser enviados a la Iglesia, que está establecida en la atalaya, y las víctimas espirituales ofrecidas.

(Cap. XIX.---Vers. 1.) Carga de Egipto. He aquí que el Señor ascenderá sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y se moverán los ídolos de Egipto ante su rostro, y el corazón de Egipto se derretirá en medio de él. Es costumbre de las Escrituras unir lo manifiesto a lo oscuro, y lo que antes dijeron en enigmas, expresarlo con voz clara. Por lo tanto, en el presente lugar, porque había amenazado contra Egipto: ¡Ay de la tierra que hace sombra con sus alas, que está más allá de los ríos de Etiopía!, y las demás cosas que el discurso profético ha tejido: ahora ha hecho más clara la comprensión, y hablando directamente a Egipto, dice que no vendrá por medio de ángeles, sino que el mismo Señor vendrá sobre una nube ligera, es decir, veloz, y entrará en Egipto, y los ídolos de Egipto temblarán, y el corazón de los fuertes se derretirá, y se cumplirá la profecía de Ezequiel [Al. Jeremías]: Destruiré los ídolos, y haré cesar las imágenes de Menfis (Ezequiel XXX, 13). Algunos refieren toda esta profecía a los tiempos del Salvador, cuando entró sobre una nube ligera, es decir, el cuerpo humano, que asumió de la Virgen, no gravado por ninguna semilla de mezcla humana: o porque fue llevado por una nube ligera, es decir, el cuerpo virginal, y a su entrada todos los demonios temblaron, y entonces fue la primera ruina de los ídolos, no pudiendo soportar la presencia del Señor.

(Vers. 2.) Y haré que los egipcios se enfrenten entre sí, y peleará el hombre contra su hermano, y el hombre contra su amigo, ciudad contra ciudad, y reino contra reino. Al entrar

el Señor en Egipto, y destruir a la nación más poderosa con su presencia, la primera victoria será que los egipcios se enfrenten entre sí, y luchen con odio rebelde: lo cual es manifiesto que sucedió en los tiempos de los asirios y del rey Nabucodonosor de Babilonia, con unos sentados y otros resistiendo. Y lo que predice sobre el cautiverio babilónico, Jeremías es testigo, diciendo: Egipto es una novilla hermosa y elegante, el aguijoneador vendrá del norte. Y de nuevo: La hija de Egipto está confundida, y entregada en manos del pueblo del norte (Jeremías XLVI, 20, 24). Ezequiel también, con igual autoridad profética, consintiendo: Y haré cesar la multitud de Egipto en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia. Y de nuevo: Fortaleceré los brazos del rey de Babilonia, y pondré mi espada en su mano, y quebraré los brazos del Faraón. Y sabrán que yo soy el Señor, cuando haya puesto mi espada en manos del rey de Babilonia, y la extienda sobre la tierra de Egipto, y disperse a Egipto entre las naciones (Ezequiel XXX, 10, 24, y siguientes). Pero si lo referimos a los tiempos del Salvador, tomemos ese ejemplo del Evangelio: No penséis que he venido a traer paz a la tierra: no he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a dividir al hombre contra su prójimo, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Mateo X, 34, siguientes). Y de nuevo en otro lugar: Estarán divididos dos contra tres, y tres contra dos: el padre contra el hijo, y la madre contra la hija, y la nuera contra la suegra (Lucas XII, 52, 58).

(Vers. 3.) Y se romperá el espíritu de Egipto en sus entrañas, y precipitaré su consejo: y consultarán a sus ídolos y a sus adivinos, y a los pitones y a los arúspices. Cuando se haya levantado la sedición en Egipto, ya sea deseando servir al babilonio, ya sea no queriendo someter sus cuellos a su yugo: ya sea que algunos crean en Cristo, y otros se resistan, se romperá y dividirá el espíritu de Egipto, no queriendo todos lo mismo, y todo su consejo será reducido a nada. Entonces irán a sus ídolos; y a los adivinos, y a los arúspices, y a los videntes, y consultarán a los instruidos en artes mágicas, por qué han sucedido estas cosas.

(Vers. 4.) Y entregaré a Egipto en manos de señores crueles, y un rey fuerte los dominará, dice el Señor Dios de los ejércitos. Seguimos una doble interpretación: o de los tiempos caldeos, cuando Egipto fue conquistado por Nabucodonosor; o del imperio romano, cuando, superados Antonio y Cleopatra, Augusto César subyugó a Egipto. Que los babilonios fueron crueles, toda la Escritura lo atestigua, que no perdonaron a los niños, y los hirieron con sus flechas, ni tuvieron misericordia de las embarazadas. Y que el reino romano fue el más fuerte, también lo atestigua la Escritura de Daniel (Cap. VII), exponiendo la cuarta bestia con dientes y uñas de hierro.

(Vers. 5-7.) Y se secará el agua del mar, y el río se desolará y secará, y los ríos disminuirán, se atenuarán y secarán los arroyos de los diques. El junco y el carrizo se marchitarán, se desnudarán los cauces del río desde su fuente, y toda siembra irrigada se secará, se marchitará, y no será. Es natural que cuando venga el cautiverio por la ira de Dios, la pestilencia siga a su indignación, y que todos los elementos se enfurezcan contra aquellos que han ofendido a Dios. Por eso está escrito en otro Profeta (Jeremías XII), que las aves en el aire desfallecen, y los peces en las aguas, para que todo sea retirado del uso humano. Esto decimos, si simplemente queremos aceptar la sequedad del río Nilo y sus arroyos. Pero si por metáfora: en el río entendemos el reino, y en los arroyos sus líderes; y en el verdor y el junco y el papiro toda la abundancia de Egipto, para que por estas cosas se describan las riquezas de Egipto, de las cuales Egipto es fertilísimo. Leamos a Ezequiel, donde se describe al rey Faraón como un gran dragón habitando en los ríos, y dice: Mío es el río, y yo me hice a mí mismo. Y escucha: Pondré un freno en tus mandíbulas, y pegaré los peces de tus ríos a tus escamas, y te sacaré de en medio de tus ríos, y todos tus peces se pegarán a tus escamas, y te arrojaré al desierto (Ezequiel XXIX, 3, 4). En la venida de Cristo, todas estas cosas deben

entenderse tropológicamente, según lo que leímos antes: El Señor hará desierto el mar de Egipto. Y de nuevo: El Señor extenderá su mano sobre el río de Egipto violento, y lo golpeará en siete valles, de modo que cualquiera lo pase con el pie calzado: para que todo error de las aguas egipcias, y las artes maléficas, con las que engañaban a los pueblos sometidos, se sequen con la venida de Cristo. Y lo que dice: Se secará el agua del mar, también podemos entenderlo históricamente, no significando el mar grande, sino el lago Mareotis, ya que la Escritura llama mares a todas las congregaciones de aguas. También pueden entenderse dichas hiperbólicamente. Y lo que sigue: Se desnudarán los cauces del río desde su fuente, describe que el río y la fuente se secarán juntos.

(Vers. 8-10.) Y se lamentarán los pescadores, y llorarán todos los que lanzan el anzuelo al río, y los que extienden la red sobre la superficie del agua se marchitarán. Y se confundirán los que trabajan el lino, trenzando y tejiendo telas finas: y sus campos irrigados se marchitarán: todos los que hacían estanques para atrapar peces. Y esto lo puedes entender de dos maneras, que devastado Egipto, y toda la provincia secada por la aridez, se lamenten los pescadores, y lloren los que lanzaban el anzuelo al río, y los que trabajaban redes y nasas, y tejían con junco vasijas de diverso tipo, es decir, príncipes y de linaje real, y rectores: y que en la venida de Cristo todos los pescadores de género perverso, que capturaban hombres para la perdición contra la disciplina apostólica, y tejían con sabiduría necia redes y nasas para atrapar a los perdidos, fueron confundidos, y no hay o es raro en la tierra de Egipto tal pescador. Vemos cumplida esta obra, que se levantan los trofeos de las Iglesias, y en todo Egipto los ídolos han caído.

(Vers. 11-13.) Estúpidos son los príncipes de Tanis, los sabios consejeros de Faraón dieron un consejo insensato: ¿cómo diréis a Faraón: Hijo de sabios soy, hijo de antiguos reyes? ¿Dónde están ahora tus sabios? que te anuncien y te indiquen qué ha pensado el Señor de los ejércitos sobre Egipto. Estúpidos se han vuelto los príncipes de Tanis, se han marchitado los príncipes de Menfis: han engañado a Egipto, el ángulo de sus pueblos. Que Tanis fue metrópoli de Egipto, lo declara también el salmista, que allí Moisés hizo muchas señales, que se describen en el Éxodo: Puso en Egipto sus señales, y sus prodigios en el campo de Tanis (Salmo LXXVII, 11). Y Menfis, dedicada a las artes mágicas, muestra hasta el presente vestigios de su error. Y esto se indica brevemente, que con la devastación babilónica venidera, todos los consejos de los magos, y de aquellos que prometían el conocimiento del futuro, serán acusados de insensatez, y en la venida de Cristo todo será reducido a nada, no encontrando consejo los videntes de Egipto, de cómo oprimir el dogma cristiano. Es un idioma de las Escrituras, que ponen ángulo por reino, porque contiene pueblos, y es como en toda la casa lo más fuerte. Por eso también Cristo, conteniendo las paredes de dos pueblos, es llamado piedra angular (Efesios II). Y lo que añadió: ¿Cómo diréis a Faraón, hijo de sabios soy, hijo de antiguos reyes?, significa que los egipcios simulan a los héroes y dioses como autores de su nación, Orón, e Isis, y Osiris, y Tifón.

(Vers. 14, 15.) El Señor mezcló en medio de él un espíritu de vértigo: e hicieron errar a Egipto en toda su obra, como yerra el ebrio y vomita: y no habrá en Egipto obra que haga, cabeza y cola, encorvado y refrenante. Primero hablemos de la interpretación, y después de lo que está escrito. Por espíritu de vértigo puede interpretarse también espíritu de error. En lo que nosotros hemos traducido, encorvado y refrenante, podemos decir encorvado y lascivo, para entender anciano y niño. Nosotros, al traducir rápidamente lo que está escrito, engañados por la ambigüedad, dijimos refrenante, lo que Aquila tradujo más significativamente στρεβλοῦντα, es decir, que no hace nada recto, sino todo perverso, para significar al niño. El sentido es, pues: Estúpidos se han vuelto los príncipes de Tanis, y los sabios consejeros de Faraón dieron un consejo insensato, y se han marchitado los príncipes de Menfis, y han

engañado a Egipto, el ángulo de sus pueblos, porque el Señor mezcló en ellos un espíritu de error y vértigo, para que no sepan lo que dicen, y hagan errar a Egipto. Y así como el ebrio y vomitante expulsa lo que había ingerido, y no sabe dónde está, sino que yace fuera de sí: así no tendrá Egipto obra, ni consejo, que tenga cabeza, ni fin, ni convenga a los ancianos, ni a los niños, de los cuales unos por demasiada edad desvarían y deliran, otros por lascivia e infancia ignoran lo que hacen. Esto, ya sea en la devastación babilónica, ya sea en la venida de Cristo, y ya sea según la letra, ya sea según la inteligencia espiritual, si quieres recibirlo, tendrá consecuencia.

(Vers. 16, 17.) En aquel día Egipto será como mujeres, y se asombrarán y temerán ante la conmoción de la mano del Señor de los ejércitos, que él moverá sobre ella. Y la tierra de Judá será para Egipto un terror: todo el que se acuerde de ella, temerá ante el consejo del Señor de los ejércitos, que él ha pensado sobre ella. Creo que es mejor también reconocer mi propio error, que mientras me avergüenzo de confesar mi ignorancia, persistir en el error. En lo que traduje, Y la tierra de Judá será para Egipto un terror, por terror en hebreo se lee AGGA (), que puede interpretarse tanto como festividad (de donde también Aggeo se traduce como festivo) como temor, que Aquila tradujo más significativamente como γύρωσιν, cuando alguien, temeroso y tembloroso, gira sus ojos, y teme al enemigo que se acerca. Por lo tanto, si queremos tomarlo en buen sentido, que el recuerdo de Judá sea de gozo para Egipto, correctamente se dice festividad. Pero si, como creo, se traduce en temor por festividad, entendamos miedo o pavor, que cuando Nabucodonosor venga, y todas las manos de los hombres fuertes se disuelvan como las de las mujeres, incluso el nombre de Judá sea un terror para Egipto, porque al querer prestarle ayuda, ha sufrido tantos males. De nuestros tiempos nadie duda, que en comparación con los cristianos todos los gentiles son como mujeres, teniendo débiles sentencias, y todo lo que digan se convierte en insensatez, mientras se asombran de tanta conversión de la gente, y se maravillan y entienden la mano del Señor, y cualquiera de los gentiles que se acuerde del nombre cristiano, confiese con temor la debilidad de la idolatría.

(Vers. 18.) En aquel día habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto hablando la lengua de Canaán, y jurando por el Señor de los ejércitos: una será llamada ciudad del sol. Por ciudad del sol, no sé qué queriendo los LXX interpretaron asedec, que algunos de los nuestros interpretan como ciudad de justicia, y llevados por el error, porque en hebreo está escrito ARES (), piensan que es tierra, que se escribe con otras letras. Por lo tanto, Symmachus tradujo mejor, una será llamada ciudad del sol: ARES es una palabra ambigua y se dice tanto de teja como de sol, porque ambos son secos. No entendiendo este lugar, Onías construyó un templo en Egipto en la ciudad de Heliópolis. Lee las Historias de Josefo (Josefo, libro XII, cap. 9). Otros quieren que Ares, es decir, ὄστρακον, esto es, teja, se entienda como la ciudad de Ostracina, y las otras ciudades junto a Rinocorura y Casio, que hasta hoy en Egipto es manifiesto que hablan la lengua cananea, es decir, siria: y piensan que los sirios y árabes vecinos fueron trasladados a esa tierra por Nabucodonosor. Por otro lado, quienes disertan sobre la profecía en la venida de Cristo y el imperio romano, las cinco ciudades, o la ley del Señor, que primero fue interpretada en Alejandría, o los cinco órdenes de la Iglesia, obispos, presbíteros, diáconos, fieles, catecúmenos, sienten: o ciertamente la inteligencia espiritual de la ley, de la cual también el Apóstol dice: Prefiero hablar cinco palabras en las iglesias con mi entendimiento, que diez mil palabras en lengua (I Cor. XIV): y que una de las cinco ciudades se llame ciudad del sol, es decir, de la justicia, en cuyas alas está la salud.

(Vers. 19-21.) En aquel día habrá un altar del Señor en medio de la tierra de Egipto, y un monumento junto a su frontera para el Señor. Y será por señal y testimonio al Señor de los

ejércitos en la tierra de Egipto. Clamarán al Señor a causa del opresor, y Él les enviará un Salvador y defensor que los librará. Y el Señor será conocido por Egipto, y los egipcios conocerán al Señor en aquel día, y le rendirán culto con sacrificios y ofrendas, y harán votos al Señor y los cumplirán. Desde este lugar hasta el final de la Visión de Egipto, o Peso, tanto los judíos como nosotros queremos entender el advenimiento de Cristo; pero ellos posponen sus votos para el futuro, mientras que nosotros los mantenemos como ya cumplidos. Toma el día como tiempo: aunque Josefo sostiene que estos hechos ocurrieron bajo Onías, quien, huyendo a Egipto con una gran multitud de judíos, construyó un templo y un altar, e intentó cumplir la profecía de Cristo con temeridad vana. Así se dice un altar, como una fe, un bautismo y una Iglesia. Y el monumento junto a su frontera para el Señor, sin duda significa el Evangelio y los escritos de los Apóstoles. Pues así como antes, según la interpretación tropológica, la tierra de Judá se entiende como temible o solemne para Egipto, el antiguo Testamento: así también el monumento en las fronteras de Egipto se demuestra como la historia de los Evangelios. Finalmente, añade: Y será por señal y testimonio, evidentemente de la pasión del Señor. Entonces aquellos que hayan creído, con los egipcios enfrentándose entre sí, y el hombre luchando contra su hermano, y la ciudad contra la ciudad en combate: cuando el tiempo de persecución haya llegado, implorarán la misericordia del Señor, y de inmediato vendrá el Salvador, es decir, Jesús, pues eso significa en nuestra lengua. Y el Señor será conocido por los egipcios, y lo conocerán, ya sea los perseguidores que hayan sido vencidos, o los creyentes liberados por la ayuda presente. Y le rendirán culto con sacrificios y ofrendas, y harán votos al Señor y los cumplirán. Que respondan los judíos: La ley prescribe que no se haga altar sino en un solo lugar que el Señor Dios elija, y que los sacrificios solo sean inmolados por sacerdotes del linaje levítico (Deut. XXVI). He aquí que Isaías enseña abiertamente que los egipcios conocerán al Señor, y le rendirán culto, y ofrecerán sacrificios y ofrendas, y harán votos y los cumplirán. Si los egipcios tienen sacerdocio, también se cumple en ellos el testimonio de Pablo que dice: Cambiado el sacerdocio, es necesario que haya cambio de ley (Hebr. VII, 12).

(Vers. 22.) Y el Señor herirá a Egipto con plaga, y lo sanará: y se convertirán al Señor, y Él se aplacará con ellos, y los sanará. Porque el Señor corrige a quien ama, y castiga a todo hijo que recibe. La persecución no se refiere a la negación de los creyentes, sino a su prueba y corona.

(Vers. 23.) En aquel día habrá un camino de Egipto a Asiria, y el asirio entrará en Egipto, y el egipcio en Asiria: y los egipcios servirán a Asur. Antes del advenimiento de Cristo, cada nación tenía su propio rey, y de una a otra nadie podía ir: pero en el imperio romano todo se hizo uno. Que el lector instruido revise las historias antiguas, y reconozca que desde el Éufrates hasta el Tigris, toda la región intermedia era de los asirios. Por lo tanto, a los que los antiguos llamaban asirios, ahora nosotros llamamos sirios, nombrando el todo por la parte. Lo que se dice: Los egipcios servirán a los sirios, puede entenderse de esta manera, que las legiones romanas, instruidas por soldados sirios, custodien Egipto, o que haya comercio entre ambas naciones, y las ciudades de Siria reciban la abundancia de Egipto, así como Egipto se riegue con los bienes de Palestina y Fenicia. Algunos de los nuestros erróneamente refieren esto a mil años, y al modo judío lo pronuncian como futuro en la consumación del mundo, cuando el Anticristo, viniendo de los asirios, posea Egipto y Etiopía.

(Vers. 24, 25.) En aquel día Israel será el tercero con Egipto y Asiria, bendición en medio de la tierra, a quien el Señor de los ejércitos ha bendecido, diciendo: Bendito sea mi pueblo Egipto, y la obra de mis manos Asiria: pero mi herencia es Israel. Israel no será aplastado entre Egipto y Asiria, ahora que los antioquenos y demetrios atraen el reino hacia sí, ahora que los ptolemeos reclaman su posesión; sino que, estando también bajo el imperio romano, y

por tanto bajo el imperio de Cristo, será de la misma condición que Egipto y los asirios, y será bendecido en toda la tierra. Porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Entonces se dirá por el Señor: Bendito sea mi pueblo Egipto: cuando ya no guiados por Moisés, sino por Cristo el Señor, miles de hombres llenen los desiertos, y con Faraón sumergido, digan en el desierto: Cantemos al Señor, porque se ha glorificado grandemente: el caballo y su jinete arrojó al mar (Éxodo XV, 1). Entonces también la obra de las manos del Señor será en los asirios; pues estas son las naciones más florecientes de monjes, Egipto y Mesopotamia, y compiten entre sí en piedad. Pero la herencia de Cristo es Israel, es decir, los lugares de su nacimiento, cruz, resurrección y ascensión, a los cuales se acude de todo el mundo.

(Cap. XX.---Vers. 1.) El año en que Tartan entró en Azoto, cuando Sargón, rey de Asiria, lo envió, y luchó contra Azoto y la tomó. En ese tiempo habló el Señor por medio de Isaías, hijo de Amós, diciendo: Ve y quita el saco de tus lomos, y descalza tus pies: y lo hizo así, yendo desnudo y descalzo. Y el Señor dijo: Así como mi siervo Isaías ha andado desnudo y descalzo, será señal y prodigio sobre Egipto y sobre Etiopía durante tres años. Así llevará el rey de Asiria a los cautivos de Egipto y a los deportados de Etiopía, jóvenes y ancianos, desnudos y descalzos, con las nalgas descubiertas, para vergüenza de Egipto. Y temerán y se avergonzarán de Etiopía, su esperanza, y de Egipto, su gloria. Y dirá el habitante de esta isla en aquel día: He aquí, esta era nuestra esperanza, a quienes acudimos en ayuda, para que nos libraran de la cara del rey de Asiria, ¿y cómo podremos escapar nosotros? Hemos puesto todo el contenido de este capítulo para que lo discutamos parte por parte. Azoto, que en hebreo se llama ESDOD (), fue una ciudad muy poderosa de Palestina entre las cinco ciudades: esta Sargón, rey de Asiria, que es llamado por siete nombres, la tomó y la mantuvo enviando al jefe de su ejército, cuyo nombre era Tartan. En el tiempo en que la ciudad vecina fue capturada, se le ordena a Isaías que, quitándose la túnica de saco (pues este era el hábito profético del pueblo que lamentaba sus pecados), y las sandalias de sus pies, que los LXX llaman caligas, anduviera desnudo y descalzo, mostrando el tipo de cautiverio de Egipto y de los etíopes, que habían sido en ayuda de los egipcios: así como Isaías andaba desnudo, y mostraba la fealdad a los que veían sus nalgas desnudas: así toda Egipto y Etiopía, siendo saqueadas por el asirio, quedarían desnudas, y no quedaría nada en la tierra. Y que nadie piense que esto es contrario a la felicidad superior que se promete a los egipcios, porque allí después de los males se predice la futura bienaventuranza: aquí se narra el presente cautiverio, por el cual, después de haber destruido a Israel y Damasco, y a los filisteos, siguió directamente a Egipto, y los superó a ellos y a los etíopes por igual. Para que no parezca ambiguo a nadie, pongamos el testimonio del mismo Isaías: Pero Rabsaces, al regresar, encontró al rey de Asiria luchando contra Libna: porque había oído que había partido de Laquis: y oyó acerca de Taraca, rey de Etiopía, diciendo: Ha salido para luchar contra ti (IV Reyes XIX, 8, 9). Y aprendemos al mismo tiempo la obediencia de los profetas, que un hombre noble (pues los hebreos dicen que Isaías fue suegro de Manasés, hijo de Ezequías, rey de Judá) no se avergonzó de andar desnudo; sino que, juzgando que nada era más honesto que los preceptos de Dios, se quitó el saco, y al quitarlo quedó desnudo, teniendo antes una sola túnica, y esta de cilicio. Lo que se dice: Será señal y prodigio sobre Egipto y sobre Etiopía durante tres años, significa que Egipto y Etiopía serán devastados por los asirios durante tres años. Entonces, dice, el habitante de esta isla, es decir, Jerusalén, que es golpeada por las olas de las naciones vecinas, dirá: ¿Era esta nuestra esperanza? ¿y a estos acudimos para que nos prestaran ayuda, quienes no pudieron librarse del mal del cautiverio? Este es, pues, el orden de la providencia de Dios, que dispensa a toda la humanidad con juicio inefable. Contra la ira de Dios, Israel esperó en Damasco: que sea destruida la ciudad que presta ayuda impía contra su voluntad. Judá esperó en los egipcios: y Egipto sea destruido.

Los egipcios confiaron en los etíopes: que los etíopes también sean vencidos por los asirios. Los asirios se enorgullecieron, pensando que la victoria era de sus fuerzas y no de Dios: y ellos mismos sean vencidos por los babilonios. Babilonia levantó su cabeza contra Dios: y ella misma sea superada por los medos y persas. Los persas y medos en parte persiguieron al pueblo de Dios, y el carnero más feroz ventiló a todos los pueblos hacia el este y el oeste; que venga el macho cabrío Alejandro, y lo pise con sus pies. Y este que se elevó en exceso, perezca por veneno, y su reino se divida en partes: y cuando por mucho tiempo haya sido golpeado entre sí, que sea saqueado por el vencedor romano. El mismo romano, con dientes y garras de hierro, desgarró las carnes de los santos, y con boca sangrienta las laceró: que sea cortada una piedra del monte sin manos, y el primer reino más poderoso y de hierro, luego frágil e débil, sea triturado como en forma de tiestos (Daniel II).

(Cap. XXI.---Vers. 1.) Carga del desierto del mar. Si no leyera en las siguientes partes de este capítulo: Babilonia se ha convertido en un milagro para mí. Y de nuevo: Cayó, cayó Babilonia, y todas las imágenes talladas de sus dioses están rotas en la tierra. Y arriba: Sube, Elam, y asedia, Medo: dudaría de qué es esta Carga, que se impone al desierto del mar: Por lo tanto, es evidente que el desierto del mar se llama Babilonia, como dice Jeremías en persona de Dios: Y haré su mar desierto, y secaré su tierra, y Babilonia será en montones de arena (Jeremías LI, 36, 37). El mar se llama así por la multitud de habitantes. Por eso también arriba la multitud de Egipto se compara con el mar. Pero que los medos y persas lucharon contra Babilonia y la subvirtieron, lo leemos en el mencionado Jeremías: Afinen las flechas, llenen las aljabas. El Señor despertará el espíritu de los reyes de Media y contra Babilonia su mente, para destruirla, porque es la venganza del Señor, la venganza de su Templo. Levanten una señal sobre los muros de Babilonia, aumenten la vigilancia, levanten a los guardias, preparen emboscadas: porque el Señor ha pensado y ha hecho todo lo que ha hablado contra los habitantes de Babilonia. Y de nuevo: Levanten una señal en la tierra, toquen la trompeta en las naciones, santifiquen contra ella naciones, anuncien contra ella a los reyes de Ararat, Menni y Asquenaz, numeren contra ella a Tapsar, traigan un caballo como un saltamontes armado. Santifiquen contra ella naciones, reyes de Media, sus duques y todo su magistrado, y toda la tierra de su poder. Y la tierra se conmoverá y se turbará, porque el pensamiento del Señor ha vigilado contra Babilonia, para poner la tierra de Babilonia desierta e inhabitable (Jeremías LI, 11, ss.).

(Vers. I, 2.) Como los torbellinos vienen del sur, del desierto viene de la tierra horrible. Una visión dura se me ha anunciado. Se introduce la voz del pueblo babilonio temeroso, o de la misma Babilonia, que oye que los medos y elamitas preparan un ejército contra ella, y vienen de la soledad, y pone un ejemplo de comparación. Como, dice, del viento del sur suele venir una tempestad violenta: así me viene de la soledad la devastación, de la tierra horrible, cuyo nombre ni siquiera puedo oír sin temor. Una visión dura se me ha anunciado: ¿qué hay más duro que el presente cautiverio?

El que es incrédulo, actúa infielmente: y el que es devastador, devasta. En hebreo puede leerse así: El que mata, mate; y el que devasta, devaste, para que la profecía se dirija al mismo elamita y medo, exhortándolo a cumplir lo que ha comenzado, a subir sin temor, a asediar la ciudad más poderosa. Pero si se lee así como hemos traducido, como si se dijera de una tercera persona, el que es incrédulo, actúa infielmente: y el que es devastador, devasta: debe unirse a lo anterior, en lo que Babilonia se predice a sí misma una visión dura anunciada.

Sube, Elam, asedia, Medo: he hecho cesar todo su gemido. No temas, dice, oh persa y medo, la multitud de Babilonia, no temas su pasada potencia: he hecho cesar todo su gemido y peso,

con el que solía oprimirte: o porque ya nadie gime y se duele oprimido por la potencia de Babilonia: o porque Babilonia misma está tan oprimida por males que ni siquiera tiene un gemido libre.

(Vers. 3, 4.) Por eso se han llenado mis lomos de dolor: la angustia me ha poseído, como la angustia de una parturienta: caí cuando oí, me conturbé cuando vi. Se marchitó mi corazón, las tinieblas me asombraron. Babilonia, mi amada, se ha convertido en un milagro para mí. Los profetas son oscuros porque en ellos se cambian muchas personas. Por lo tanto, ahora se introduce la voz de Isaías lamentando a Babilonia con espíritu profético, porque tantos males le vendrán, que él mismo, que narra, superado por el temor, no puede pronunciar palabras, viendo derramarse la sangre de tanta multitud: y movido por el afecto de misericordia (pues un hombre habla de hombres) no duele menos que una mujer suele ulular en el parto; sino que conturbado y tembloroso, y cayendo al suelo, con los ojos oscurecidos no sabe qué decir. En cuanto a lo que hemos traducido: Babilonia, mi amada, en hebreo se lee NESEPH ESCI (); y es la misma palabra que pusimos al principio de la Carga de Babilonia, sobre el monte caliginoso: pues por caliginoso, o tenebroso, está escrito Neseph. Y esta ciudad se llama propiamente así, por la altitud y la cima de soberbia erguida hasta el cielo.

(Vers. 5.) Pon la mesa, contempla en la atalaya a los que comen y beben: levántense, príncipes, tomen el escudo. Este lugar se toma de dos maneras: oh medos y elamitas, a quienes arriba dije: sube, Elam, asedia, Medo, tomen alimento, prepárense para la futura batalla, no sea que cuando llegue el tiempo de la lucha, el cansancio los retraiga. Y cuando hayan comido y bebido, levántense, tomen las armas, derroten a Babilonia. Y lo que dice, contempla en la atalaya, se lee en este sentido: observa diligentemente lo que va a suceder. También puede entenderse así: oh Babilonia, prepara a Belsasar, hijo de Evilmerodac, nieto de Nabucodonosor, tu rey, la mesa y el banquete, y ve qué sucederá después de la comida, en la que brindará con las concubinas y prostitutas en los vasos del Señor. Oh príncipes, que se sientan con el rey, significa a los medos y persas, levántense y tomen las armas para matar al rey. Esto lo aprendemos más plenamente en el volumen de Daniel (Cap. V).

(Vers. 6 ss.) Porque esto me dijo el Señor: ve y pon un vigía, y lo que vea, que lo anuncie. Y vio un carro de dos jinetes, un jinete de asno, y un jinete de camello. Y contempló diligentemente con mucha atención, y clamó como un león: sobre la atalaya del Señor estoy de pie continuamente durante el día, y sobre mi guardia estoy de pie todas las noches. He aquí que viene este jinete de un carro de caballos, y respondió y dijo: cayó, cayó Babilonia, y todas las imágenes talladas de sus dioses están rotas en la tierra. Mi trilla, y el hijo de mi era, lo que oí del Señor de los ejércitos, Dios de Israel, os lo anuncié. Da las razones del temor anterior, por qué la angustia lo poseyó como a una parturienta, y cayó al oír, y se aterrorizó, y fue rodeado de un horror tenebroso. Esto, dice, me dijo el Señor: ve y pon un vigía, para que con espíritu profético te anuncie lo que ha de venir; y cuando lo puse en la atalaya, vio venir un carro, y un auriga encima, y un asno y un camello tirando del carro. Significa al rey Ciro de los persas y medos, viniendo con un pequeño y gran imperio. Pues los persas antes de Ciro eran ignobles, y no tenían lugar entre las naciones: los medos siempre poderosísimos. Este, pues, un solo jinete, apoyado por el ejército de dos naciones, vino contra Babilonia: y aquel vigía que fue puesto para prever lo que vendría, clamó como un león, o el mismo profeta es llamado león. Y como era dudoso sobre la persona del vigía, que había visto a Ciro ascendiendo, él mismo lo expone más claramente, y dice: Sobre la atalaya del Señor estoy de pie continuamente durante el día, proclamándose vigía del Señor, que siempre puesto en el oficio profético, y obedeciendo al mandato del Señor día y noche, dice lo que Él ordena. ¿Qué, pues, clamó el león: He aquí que viene este jinete de un carro de caballos: no hay duda de que se indica a Ciro. Y respondió y dijo el mismo león que había clamado antes: Cayó,

cayó Babilonia, y todas las imágenes talladas de sus dioses están rotas en la tierra. Pues al devastar el jinete del carro, Babilonia fue destruida para siempre, y el templo de Bel y todos los ídolos fueron derribados hasta el suelo. Y lo que sigue: Mi trilla, y el hijo de mi era, hace una apóstrofe a Jerusalén, y al Templo que está situado en la era de Ornán, y le dice: oh Jerusalén, y pueblo hijo de mi Templo, no te parezca increíble lo que he dicho: no son mis palabras, sino del Señor, y por mi boca resonaron sus palabras. Algunos piensan, pero erróneamente, que esto no se dice a Jerusalén, sino a Babilonia, de la cual también arriba Babilonia, mi amada, se ha convertido en un milagro para mí; y que el sentido es: tú que me trituraste, serás también triturada, no por mi palabra, sino por el poder del Señor, que te predice estas cosas que han de venir. Pero no entiendo bien qué quisieron los LXX intérpretes en este lugar, al traducir por león, que en hebreo se dice ARIA (), uriam, especialmente cuando el sacerdote Urías, que es llamado como testigo, está escrito con otras letras.

(Vers. 11, 12.) Carga de Duma. Desde Seir me claman: centinela, ¿qué hay de la noche? centinela, ¿qué hay de la noche? Y el centinela respondió: viene la mañana y también la noche; si queréis preguntar, preguntad, volved, venid. En lugar de Duma, los LXX ponen Idumea. Sin embargo, Duma no es toda la provincia de Idumea, sino una región de ella que se inclina hacia el sur, y está a veinte millas de la ciudad de Palestina, que hoy se llama Eleuterópolis; cerca de la cual están los montes Seir, tomando el nombre del autor; Seir se interpreta como áspero y peludo, que fue lo que era Esaú. En el profeta Abdías hemos discutido más ampliamente sobre esta gente: en el cual fue necesario revisar la antigua historia, y traer como testimonio las mismas visiones de Ezequiel y Jeremías, y especialmente la profecía contra el monte Seir (Ezequiel XXV y XXXV, Jeremías XLIX). Y aquello de los Salmos: En Idumea extenderé mi calzado. Y en otro lugar: Las tiendas de los idumeos y los ismaelitas, Moab, y los agarenos, Gebal y Amón, y Amalec (Salmo LIX, 10; Salmo LXXXII, 7, 8). También dice Amós: Por tres pecados de Edom, y por cuatro no lo revocaré, porque persiguió con espada a su hermano, y violó su misericordia (Amós I, 11), o, como tradujo Símaco, sus entrañas, porque se atrevió a luchar contra pueblos parientes, y a separarse con odio hostil. Fue la región de Esaú, en la región de Duma, es decir, en los montes Seir. Creemos que esta, como metrópoli, según el orden de las visiones anteriores, fue conquistada por los asirios, o por Nabucodonosor, y recordando su antiguo linaje, que fue generado de la estirpe de Abraham e Isaac, imploró la ayuda de Dios, y por necesidad, pidió su clemencia. Así que ahora el Señor narra: el que está sitiado en Seir, y rodeado por enemigos, implora mi ayuda, y dice: oh centinela de Israel, que proteges a tu pueblo con custodia eterna, y como en la noche, mientras ellos duermen, vigilas para que el enemigo no irrumpa; ¿por qué no nos proteges a nosotros, que somos de su semilla, con la misma clemencia? A los cuales yo, centinela y vigilante, respondo, de quien está escrito: No se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel (Salmo CXX, 4). Viene la mañana para mi pueblo, y la noche para la gente de Idumea; a ellos les daré luz, a vosotros os dejaré en tinieblas. O ciertamente así: viene la luz después de la noche; si invocáis mi ayuda, y sois de la estirpe de mi siervo Abraham, no me busquéis solo en las necesidades, sino convertíos a mí con todo el corazón. Venid, y recibiré a los penitentes. Esto se dice según la historia: sin embargo, debido a la similitud de la letra, y porque RES y DALETH no se diferencian mucho entre sí, algunos de los hebreos leen Roma en lugar de Duma, queriendo que la profecía se dirija contra el reino romano, con una persuasión frívola, por la cual siempre piensan que en el nombre de Idumea se demuestra a los romanos: Duma se interpreta como silencio.

(Vers. 13 y ss.) Carga en Arabia. En el bosque al atardecer dormiréis, en los caminos de Dodanim. Al encontrar al sediento, llevad agua: vosotros que habitáis la tierra del sur, con panes salid al encuentro del fugitivo. Porque huyeron de la espada, de la espada inminente,

del arco extendido, de la batalla grave. Porque así dice el Señor a mí: Aún en un año, como en el año de un jornalero: y se quitará toda la gloria de Cedar, y las reliquias del número de los arqueros fuertes de los hijos de Cedar disminuirán: porque el Señor Dios de Israel ha hablado. Al buscar y deliberar largamente sobre qué era Arabia, a la que se dirige el discurso profético, si los moabitas, o los amonitas, y los idumeos, y todas las otras regiones, que ahora se llaman Arabia, me dio ocasión en esta misma visión lo que sigue: Se quitará toda la gloria de Cedar, y las reliquias del número de los arqueros fuertes de los hijos de Cedar disminuirán (Isaías XXI, 16, 17), que deben entenderse como los ismaelitas. El libro del Génesis enseña que de Ismael nacieron Cedar y los agarenos, que con un nombre perverso se llaman sarracenos. Estos habitan por todo el desierto, de los cuales creo que también el poeta dice: Y los barceos vagan ampliamente (Virgilio, Eneida IV); y el volumen mencionado, Habitará frente a todos sus hermanos (Génesis XVI, 12): porque el vastísimo desierto se extiende desde la India hasta Mauritania, y el Océano Atlántico, que creo que suena en el título de Jeremías: A Cedar y a los reinos de Asor, que Nabucodonosor, rey de Babilonia, golpeó (Jeremías XLIX, 28); y sigue inmediatamente: Así dice el Señor, levantaos y subid a Cedar, y devastad a los hijos del oriente: tomarán sus tiendas, y sus rebaños, sus pieles y todos sus utensilios, y se llevarán sus camellos (Ibid., 29): y de nuevo: Porque Nabucodonosor, rey de Babilonia, ha hecho un plan contra vosotros, ha pensado pensamientos contra vosotros. Levantaos y subid contra una nación tranquila, y que habita confiadamente, dice el Señor: no tienen puertas, ni cerrojos: habitan solos. Y sus camellos serán para el saqueo, y la multitud de sus bestias para el botín. Y los dispersaré a todos los vientos, a los que están rapados en la frente: y de todos sus confines traeré destrucción sobre ellos, dice el Señor: y Asor será morada de dragones, desierta para siempre; no morará allí hombre, ni la habitará hijo de hombre (Ibid., 30 ss.). He puesto todo el testimonio de la profecía de Jeremías, para que entiendas sin duda qué es Cedar. Y considera cómo ha descrito propiamente al pueblo de los ismaelitas, es decir, los sarracenos, porque habitan en tiendas: que ocupan los lugares que la noche les ha obligado: que tienen rebaños, y manadas de camellos: que no tienen puertas ni cerrojos: pues no viven en ciudades, sino que habitan en el desierto. Y estos, por tanto, fueron destruidos por los babilonios, porque la ciudad de Asor, que fue la metrópoli de esa gente en el desierto, fue arrasada hasta el suelo: y sin embargo, cuando fueron capturados los rebaños de camellos y ovejas, y sus pieles y tiendas fueron divididas por sorteo: no se significa la destrucción total de esa gente, porque con camellos dromedarios suelen huir cien mil o más en un solo día por el vasto desierto, Se quitará, dice, toda la gloria de Cedar: y disminuido el número de los arqueros, porque principalmente se destacan en el arte de la guerra: los demás que huyan, permanecerán. Porque hemos entendido qué es Cedar, y qué es Arabia, y qué es Asor, veamos qué dice el profeta Isaías: En el bosque al atardecer dormiréis, en los caminos de Dodanim. La palabra ARAB (), como ya hemos dicho a menudo, se llama tanto tarde, como Arabia, como cuervo, como llanura, y como occidente. Y en lugar de lo que nosotros, según los LXX, hemos traducido, dormiréis, puede interpretarse, moraréis, o habitaréis, es decir, αὐλιθήσεσθε, que en hebreo se dice THALINU (). DODANIM () también se traduce como parientes y cognados. Así que ahora se predice a los judíos, que pudieron escapar del asedio babilónico, y de la devastación de toda la provincia, que habitarán en el desierto de Arabia en el camino que lleva a los hermanos. Y de nuevo el discurso se dirige a los ismaelitas, y los exhorta a la misericordia: corred, y llevad agua al encuentro de los hermanos cansados y en peligro por el ardor de la sed: porque el calor del sol es tan grande, que si no ayudáis, perecerán en el desierto: y no solo llevad agua, sino también pan a los fugitivos, para que los que han sido consumidos por el asedio, vuestra clemencia los alivie. Y al mismo tiempo da la razón por la cual manda hacer esto, diciendo: huyeron de la espada babilónica, huyeron del arco de los elamitas, huyeron de la batalla inminente. Y no despreciéis a los miserables: pronto vendrá también vuestra cautividad. Porque así como el año del jornalero

es rápido, y considera breve todo trabajo, mientras llega a la deseada recompensa: así toda la gloria de los hijos de Cedar será quitada de vosotros, y vuestras flechas serán quebradas, y quedará un pequeño número de combatientes. Algunos quieren que de lo que se dice, aún en un año, y se quitará toda la gloria de Cedar, no se prediga la cautividad babilónica, de la cual también habla Jeremías, sino la de los asirios, que después de un año de la devastación judía, persiguieron ampliamente a los sarracenos. Además, ese lugar, en el que nosotros hemos traducido: Vosotros que habitáis la tierra del sur, con panes salid al encuentro del fugitivo: y lo leemos como si fuera en modo imperativo de parte del Señor, afirman que en hebreo puede leerse así: Los que habitan la tierra del sur, con panes salieron al encuentro del fugitivo; que cuando Dios les dijo, al encontrar al sediento llevad agua, ellos con mente enemiga llevaron panes sin agua, para aumentar la sed con el alimento.

(Cap. XXII.---Vers. 1.) Carga del valle de la Visión. Los LXX, aunque no se encuentra en hebreo, lo tradujeron más claramente, palabra del valle de Sion. Porque esta ciudad es semillero de profetas, en la cual se construyó el Templo, y se multiplicaron las visiones del Señor. Porque, pues, se pone entre las demás naciones, y se considera una de muchas, no se llama monte, según aquello profético: Sus cimientos están en los montes santos: el Señor ama las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob (Salmo LXXXVI, 1); sino valle, porque ha sido humillada. Jeremías dice lo mismo con otras palabras: cuando tomó la copa llena de vino, y la dio a todas las naciones, y finalmente la ofreció a Jerusalén, para que bebiera, y vomitara, y cayera, y enloqueciera: significando que también esta sería devastada por los babilonios (Jeremías XXV). Lo cual narra más plenamente la historia de los Reyes y de Jeremías. De lo cual entendemos que el creador de todo es igualmente Dios, y que dispensa todo con el mismo juicio, según aquello que él mismo habla por Amós: ¿No sois para mí como hijos de los etíopes, hijos de Israel? dice el Señor. ¿No hice subir a Israel de la tierra de Egipto, y a los filisteos de Capadocia, y a los sirios de Cirene? He aquí los ojos del Señor sobre el reino pecador (Amós IX, 7). Para que los judíos no pensaran que tenían un privilegio de méritos, porque fueron sacados de Egipto, dice que también las demás naciones fueron trasladadas a otras tierras por su mandato.

¿Qué te pasa también a ti, que has subido tú también toda a los tejados, llena de clamor, ciudad populosa, ciudad exultante? Un hebreo me decía que esta visión no se refiere al tiempo en que Nabucodonosor tomó Jerusalén, y llevó a Sedequías cautivo y privado de la vista a Babilonia; sino a los tiempos de Senaquerib, cuando Sobna, el sumo sacerdote, traicionó gran parte de la ciudad, y solo quedaron Sion, es decir, la fortaleza y el Templo, y los nobles, a semejanza de la ciudad romana, que cuando los galos irrumpieron, guardó a los patricios y a la flor de la juventud en la fortaleza. Pero nosotros podemos hablar también de la cautividad babilónica: aunque Eusebio refiere todo a la venida de Cristo, y cree que se cumplió en los tiempos de Vespasiano y Tito. Así que tomemos cada cosa, tocando brevemente la triple exposición. ¿Qué te pasa también a ti? ¿qué tienes, dice, Sion, que también tú has subido toda a los tejados? Cuando dice, también tú, muestra que los demás subieron primero. ¿Acaso también tú has sido considerada entre las naciones, que eres asediada por los enemigos, y subes a los tejados llenos de ululatos y lamentos de mujeres miserables, ciudad que fue una vez real?

(Vers. 3.) Tus muertos no han sido muertos a espada, ni han muerto en batalla. Todos tus príncipes han huido juntos: y han sido duramente atados. Todos los que fueron encontrados, fueron atados juntos: huyeron lejos. Si lo refieres a los tiempos de Senaquerib, cuando la ciudad fue tomada en parte, se dice correctamente que no fueron vencidos a espada, ni muertos en batalla, sino por traición, unos huyendo de la ciudad; otros, que el enemigo oprimió, atados con cadenas. Pero si se refiere a la cautividad babilónica, que es lo más

verdadero: diremos que no fueron vencidos en combate, sino por asedio. Y si quieres entenderlo en la venida de Cristo, según Eusebio, alegóricamente: dirás que fueron muertos no por espada, sino por infidelidad, y que todos sus príncipes se apartaron de Dios, y atados con las cuerdas de los pecados, y que no hubo ninguno de los fariseos que no estuviera atado con las redes del diablo.

(Vers. 4.) Por eso dije, apartaos de mí, lloraré amargamente: no os acerquéis, para que me consoléis sobre la devastación de la hija de mi pueblo. Si en la devastación de Babilonia el Profeta llora con el afecto de un doliente, y dice: Me ha poseído la angustia, como la angustia de una parturienta: caí cuando oí, me perturbé cuando vi, mi corazón se marchitó, las tinieblas me asombraron: Babilonia, mi amada, se ha convertido para mí en un prodigio, cuánto más ahora en la ruina de su ciudad no puede recibir ninguna consolación, entregándose por completo a los lamentos.

(Vers. 5.) Porque es día de matanza, y de conculcación, y de llanto para el Señor Dios de los ejércitos en el Valle de la visión. Da las razones según la triple inteligencia, por qué dijo: Apartaos de mí, lloraré amargamente; porque Sion ha sido conculcada, el monte de las visiones, y ahora valle de llantos.

(Vers. 6.) Escudriñando el muro, y magnífico sobre el monte: y Elam tomó el carcaj, el carro del hombre de a caballo, y el escudo desnudó la pared. Se describe el ejército de Babilonia entrando en la ciudad, ocupando el templo, y avanzando orgulloso en carros por las calles. Y que los postes dorados, y las paredes revestidas de mármol, el escudo, que suele cubrir otras cosas, los desnudó, resuena elegantemente en hebreo, y el sentido es muy hermoso, porque el escudo no protegió a nadie, sino que desnudó: porque por la fuerza de los soldados todas las riquezas fueron saqueadas. Pero si se ponen los elamitas en la batalla, que es una ciudad de los asirios: no puede referirse a los tiempos de la subversión romana, a menos que interpretemos todo alegóricamente.

(Vers. 7-9.) Y tus valles escogidos estarán llenos de carros, y los jinetes pondrán sus asientos en la puerta. Y se revelará la cubierta de Judá, y verás en aquel día el arsenal de la casa del bosque, y verás las brechas de la ciudad de David, porque se han multiplicado. Describe claramente la cautividad que ocurrió en el undécimo año del rey Sedequías, de la cual también habla Jeremías: He aquí que yo convocaré a todas las familias de los reinos del norte, dice el Señor, y vendrán, y cada uno pondrá su trono en la entrada de las puertas de Jerusalén, y sobre todos sus muros alrededor (Jeremías I, 15). Para que no pensemos que fue predicho con la voz y no cumplido con la obra, el mismo Jeremías dice: En el undécimo año de Sedequías, en el mes cuarto, el día cinco del mes, la ciudad fue abierta, y entraron todos los príncipes del rey de Babilonia, y se sentaron en la puerta media (Jeremías XXXIX, 2). Entonces, pues, alrededor de la ciudad de Jerusalén, se desplegó un ejército innumerable, y se abrieron los Santos de los santos, y el arsenal, que estaba plantado en el bosque, fue desvelado por la población enemiga, y por todas las partes de la ciudad, con los muros divididos, el enemigo entró.

(Vers. 10, 11.) Y reunisteis las aguas de la piscina inferior, y numerasteis las casas de Jerusalén, y destruisteis las casas para fortificar el muro. E hicisteis un estanque entre dos muros, y el agua de la piscina vieja: y no mirasteis al que la hizo, y al operador de ella desde lejos no visteis. Narra cómo prepararon la ciudad para el asedio, y las aguas de la piscina inferior, que podían ser capturadas, las trasladaron a la fortificación superior, y destruyendo las casas, construyeron muros, y por cada familia, numeraron cuánta agua debía recibir cada casa, e hicieron una cisterna entre dos muros, y restauraron la piscina vieja para conservar las

aguas: y no invocaron más bien la ayuda de Dios, que es el creador de la ciudad, y el Señor de la piscina; como si dijera con otras palabras: Tuvisteis confianza en el hombre, y no en Dios, que es el creador del hombre. Algunos, según los entendimientos místicos, entienden la piscina vieja como la sombra de la Ley, y el estanque construido entre dos muros, es decir, el Antiguo y el Nuevo Testamento, con las tradiciones y mandatos de los fariseos, que no puede contener aguas: y no miraron al Hijo de Dios, ni creyeron en su presencia a quien no habían visto antes, porque siempre fueron incrédulos a los preceptos de Dios.

(Vers. 12-14.) Y llamará el Señor Dios de los ejércitos en aquel día al llanto, y al lamento, y a la calvicie, y al ceñimiento de cilicio. Y he aquí gozo y alegría, matar novillos, y degollar carneros, comer carne, y beber vino: comamos y bebamos, porque mañana moriremos, y se ha revelado en mis oídos del Señor de los ejércitos. Si se perdonará esta iniquidad hasta que muráis, dice el Señor Dios de los ejércitos. Con la cautividad presente y Jerusalén sitiada, cuando el hierro, el hambre, la sed apremiaban la ciudad, Jeremías provocaba al pueblo a la penitencia (Jeremías XXXIV), y por el contrario, los reyes y príncipes, y el miserable vulgo, se entregaban a los banquetes por desesperación de los que perecían. Nada ofende tanto a Dios como la cerviz erguida después de los pecados, y el desprecio por desesperación. Lo cual también habla por Amós: Por tres y cuatro impiedades no lo revocaré; porque lo pensó, y lo hizo, y no hizo penitencia: además, enseñó el mal. Por lo cual ahora se dice: Si se perdonará esta iniquidad hasta que muráis (Amós I, 4). Los intérpretes alegóricos piensan que se predijo sobre la pasión de Cristo, que Dios llamó al pueblo infeliz a la penitencia incluso después de la cruz del Señor Salvador, y sin embargo, este se entregó a la desesperación y al placer. El principio de esta visión, en el que dice: Llena de clamor, ciudad populosa, ciudad exultante, lo refieren a aquel tiempo, cuando el pueblo incitado por los fariseos, resonaba con la misma voz contra Jesús: Crucifícalo, crucifícalo: no tenemos rey sino a César (Juan XIX, 6, 7). El apóstol también usó el ejemplo de este testimonio, escribiendo a los corintios sobre la resurrección: Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos (I Corintios XV, 32).

(Vers. 15 seqq.) Así dice el Señor Dios de los ejércitos: ve, entra a aquel que habita en el tabernáculo, a Sobna, el mayordomo del Templo, y dile: ¿qué haces aquí? o ¿quién eres tú aquí, que te has labrado aquí un sepulcro? Has labrado en lo alto un monumento, cuidadosamente en la roca un tabernáculo para ti. He aquí que el Señor te hará llevar: como se lleva un gallo, y como un manto te levantará. Te coronará con tribulación, como una pelota te lanzará a una tierra amplia y espaciosa: allí morirás, y allí estarán tus carros de gloria; la ignominia de la casa de tu Señor. Y te expulsaré de tu puesto, y de tu ministerio te depondré. Y será en aquel día, llamaré a mi siervo Eliacim, hijo de Helcías. Y lo vestiré con tu túnica, y lo fortaleceré con tu cinturón, y pondré tu poder en su mano: y será como un padre para los habitantes de Jerusalén y para la casa de Judá. Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro, y abrirá, y no habrá quien cierre: y cerrará, y no habrá quien abra. Y lo fijaré como un clavo en un lugar seguro, y será un trono de gloria para la casa de su padre. Y colgarán de él toda la gloria de la casa de su padre, de diversos tipos de vasijas: toda vasija pequeña, desde las vasijas de las copas hasta toda vasija de músicos. En aquel día, dice el Señor de los ejércitos, será quitado el clavo que estaba fijado en un lugar seguro, y se romperá y caerá, y perecerá lo que colgaba de él, porque el Señor ha hablado. Arriba dijimos que Sobna fue el sumo sacerdote que traicionó la ciudad a los asirios. Pero como esto es de la tradición hebrea, y la Escritura no lo menciona, entendamos que era soberbio, altivo y voluptuoso, pisoteando a los pueblos con sus pies: y porque hizo todo lo que el Profeta describe, su sacerdocio fue transferido a Eliacim, hijo de Helcías, para que, al ser expulsado, se convirtiera en el nuevo Sumo Sacerdote. De esto entendemos que con todo esfuerzo se debe evitar la soberbia, que

ofende a Dios, y que ni siquiera el privilegio del pontificado puede estar seguro. Este es Sobna (como algunos piensan) y Eliacim, de quienes el mismo Profeta añadió: El rey de Asiria envió a Rabsaces desde Laquis a Jerusalén al rey Ezequías con mano fuerte: y se detuvo en el acueducto del estanque superior, en el camino del campo del batanero, y salió a él Eliacim, hijo de Helcías, que estaba sobre la casa, y Sobna el escriba, y Joa, hijo de Asaf, el cronista (Isa. XXXVI, 2 y ss.). Se ordena, por tanto, al Profeta que entre al sumo sacerdote, que habitaba, según los LXX, en el pastoforio; según Aquila, en el tabernáculo: por lo cual, siguiendo la verdad hebrea, Teodoción dice: Entra a este Socen, que puede interpretarse como justo y recto (para que, según la antífrasis, se entienda como injusto y perverso), al sumo sacerdote del templo, y le dirás: Tú que habitas en la casa de Dios, cuyos crímenes se desbordan en toda la ciudad, ¿por qué estás seguro en tus obras, como si no temieras el cautiverio? Te has labrado un sepulcro en la roca, y lo has construido tan soberbiamente, que la ambición te seguirá incluso en la muerte. Escucha cuál es la sentencia del Señor sobre ti: como un gallo es llevado en el hombro del que lo porta, y cada hombre levanta su manto en el hombro: así será fácil tu traslado al cautiverio. Tendrás una corona no de lámina de oro, y de santificación del Señor, sino de tribulación y angustia. Porque como una pelota si se lanza cuesta abajo, no puede detenerse, sino que rueda con rápido curso: así serás llevado a una tierra muy amplia, que entendemos como Egipto o los campos de Babilonia, y allí morirás: y allí estarán tus carros de gloria, todas las potencias y riquezas con las que ahora caminas apoyado. Allí sentirás la ignominia de la casa de tu Señor: porque por tus malas obras, y por haber violado el Templo de tu Dios, sufrirás esto. Te quitaré de tu grado, y te arrojaré del oficio del sumo sacerdocio, y en tu lugar vestiré a Eliacim, mi siervo, hijo de Helcías, con tus vestiduras, y lo adornaré con tu cinturón: como Eleazar fue vestido con las vestiduras de Aarón, su padre. A él le daré el poder del Templo, que tenga al pueblo no como siervo sujeto a él, sino como amante suyo como hijo. Él recibirá la llave de mi casa, y la llevará sobre su hombro, él tendrá el poder de todas las ceremonias. Y como un clavo si se fija en la pared del Templo, y se coloca en un lugar muy firme, de él cuelgan todas las vasijas de los sacerdotes y levitas, tanto las necesarias para los sacrificios, como de todo tipo de músicos, así todo el pueblo dependerá del poder de Eliacim, mi siervo. Pero lo que dice: En aquel día será quitado el clavo que estaba fijado en un lugar seguro, y se romperá y caerá, y perecerá lo que colgaba de él, porque el Señor ha hablado, muchos lo refieren a Sobna, que al ser fijado Eliacim en el clavo, el clavo anterior que estaba fijado, caerá. Pero como sigue: Y perecerá lo que colgaba de él: lo que al ser depuesto Sobna, no sucedió, entendemos que se dice esto, que al ser depuesto Sobna, Eliacim recibió el Pontificado, cuya dignidad sacerdotal fue subvertida por el extremo cautiverio. Los que según la anagogía reciben todo, quieren que en el Pontificado de Sobna caiga el sacerdocio de los judíos, y en la sucesión de Eliacim, que se interpreta como Dios resurgente, se muestren los sacramentos del culto evangélico: de modo que lo que sigue: En aquel día, dice el Señor de los ejércitos, será quitado el clavo que estaba fijado en un lugar seguro, y se romperá y caerá, se refiera a la ruina del pueblo anterior. Nadie duda, ni según la historia, ni según la alegoría, que al haber dicho clavo, se conserve la metáfora en la suspensión de vasijas de diverso tipo: y que al romperse las anteriores, otras se suspendan.

(Cap. XXIII.---Vers. 1.) Carga de Tiro. Aullad, naves del mar, porque ha sido devastada la casa, de donde solían venir: de la tierra de Quitim se les ha revelado. Callad los que habitáis en la isla, comercio de Sidón. Más claramente y con más detalle el profeta Ezequiel expone tanto la subversión de Tiro como las causas de su subversión, diciendo: Hijo de hombre, por cuanto dijo Tiro de Jerusalén: ¡Bien! Han sido quebradas las puertas de los pueblos, se ha vuelto hacia mí, me llenaré, ha sido desierta. Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí que estoy contra ti, Tiro, y haré subir contra ti muchas naciones, como sube el mar agitado, y destruiré los muros de Tiro, y derribaré sus torres, y rasparé su polvo de ella (Ezequiel XXVI,

2, y ss.). Y cuáles son esas muchas naciones que inundarán Tiro como el mar agitado, lo enseña nominalmente en lo que sigue: He aquí que traeré contra Tiro a Nabucodonosor, rey de Babilonia, desde el norte, rey de reyes, con caballos, y carros y jinetes, y con un gran ejército y pueblo. A tus hijas que están en el campo matará a espada: y te rodeará con fortificaciones: y levantará un terraplén alrededor, y levantará contra ti un escudo, y templará viñas y arietes contra tus muros, y destruirá tus torres con su armamento, y lo demás que sigue hasta el final de la visión. Pues también en otra profecía, que se ve contra los egipcios, la misma Escritura lo enlaza: Hijo de hombre, Nabucodonosor, rey de Babilonia, hizo servir a su ejército con gran servidumbre contra Tiro: toda cabeza fue rapada, y todo hombro fue pelado, y no se le dio recompensa, ni a su ejército de Tiro (Ezequiel XXIX). Por lo cual significa que durante mucho tiempo el ejército de Babilonia levantó un terraplén, para que lo que después hizo Alejandro, uniendo la isla a la tierra firme, él intentó hacerlo antes (Quint. Curt. lib. IV). Así como contra Babilonia y los filisteos, y Moab, y Egipto, y Edomitas e ismaelitas, leemos arriba la amenaza de Dios, que se burlaron del cautiverio de su pueblo, así también ahora contra Tiro, enemiga y burladora de la subversión de Jerusalén, se teje la profecía, que también ella será destruida por el mismo enemigo. Leemos [Al. Leamos] las historias de los griegos, y especialmente de aquellos que describen las guerras de la nación asiria; y allí encontramos que después del cautiverio de Jerusalén, los filisteos, y árabes, y damascenos, y luego los egipcios fueron subvertidos. Pero que siempre estas naciones, y especialmente Tiro, atacaron a Israel, y se alegraron en su subversión, el profeta Amós lo explica al comienzo de su volumen (Amós I), y brevemente el salmista lo declara cantando alabanzas a Dios: Dios, ¿quién será semejante a ti [Al. tuyo]? no calles, ni te detengas, Dios. Porque he aquí que tus enemigos han rugido: y los que te odian han levantado la cabeza. Han tramado consejo maligno contra tu pueblo, y han conspirado contra tus santos. Dijeron, Venid, y destruyámoslos de entre las naciones, y no se mencione más el nombre de Israel. Porque han conspirado unánimemente, han hecho un pacto contra ti, las tiendas de Edom, y los ismaelitas, Moab, y los agarenos, Gebal, y Amón, y Amalec, los extranjeros con los habitantes de Tiro (Salmo LXXXII, 1 y ss.). De todo esto aprendemos que el peso de la ira de Dios vino sobre Tiro, la ramera, que aquí bajo la apariencia de una prostituta, en Ezequiel se describe bajo la traducción de un barco (Ezequiel XXVI). Aullad, dice, naves del mar. Por lo cual en los LXX leemos Cartago: y se tiene en hebreo THARSIS (): sobre lo cual también en el profeta Jonás, y en cierta epístola he discutido. Pero podemos, porque Cartago es una colonia de los tirios, en el presente lugar tomar Tharsis, no como el mar en general, sino también como Cartago: que de África no vengan naves a Tiro, ni de la tierra de Quitim, que algunos interpretan como Chipre: hasta hoy hay entre ellos la ciudad de Citio, de donde también fue Zenón, el fundador de la secta estoica: aunque muchos de los nuestros, y especialmente el principio de los Macabeos, consideran que Quitim son las islas de Italia y Macedonia. Pues la Escritura menciona que Alejandro, rey de los macedonios, salió de la tierra de Quitim. Nombrando también la isla, no miente: pues después por Nabucodonosor, o Alejandro, se convirtió en tierra firme, debido a la conquista con muchos terraplenes llevados en el estrecho. También llama comercio de Sidón, según el versículo siguiente, en el que dice: Avergüénzate, Sidón. Pues las historias cuentan que Tiro es una colonia de Sidón.

(Vers. 3.) Los que cruzan el mar te llenaron, en muchas aguas la semilla del Nilo, la cosecha del río sus frutos. Que Tiro se regocije en el comercio, y sea el emporio de todo el mundo, lo prueban los tiempos presentes, y Ezequiel lo describe con amplio discurso. Pero que los comerciantes crucen los mares llevando mercancías, nadie lo duda; ni tiene tantas riquezas la propia ciudad de la tierra de su región, que es muy estrecha, y está presionada por los límites de Galilea y Damasco, como las que tiene por el transporte de barcos. Todo el Nilo, y la fertilidad de Egipto se vierte cerca en Tiro. Por el Nilo, que en hebreo leemos SIOR (), los

LXX y Teodoción lo interpretaron como comerciantes; que la palabra, turbio, y por esto significa las aguas del Nilo, testificando Jeremías, ¿qué tienes tú, y Egipto, para beber las aguas de Geón (Jeremías II, 18): por lo cual en hebreo se tiene Sior, es decir, turbias.

(Vers. 4.) Avergüénzate, Sidón: porque el mar, la fortaleza del mar, dice: no he dado a luz, y no he parido, y no he criado jóvenes, ni he llevado a crecimiento a vírgenes. Dije arriba que Tiro es una colonia de los sidonios. Escucha, pues, madre, todas las cosas que claman contra tu hija los mares a la vez, y de algún modo emiten una voz, que por naturaleza no pueden hablar: en vano he acumulado riquezas: en vano de todo el mundo he traído riquezas a Tiro: ella rica, ella lujuriosa, y antes gozando de la multitud de pueblos, en la que nacía una multitud de mortales, una multitud de niños, enjambres de juventud, cuyas calles resonaban con los juegos de vírgenes, y niños, y jóvenes, y muchachas: ahora ha sido reducida a la soledad. Sin embargo, es común hacer prosopopeyas de cosas mudas.

(Vers. 5.) Cuando se oiga en Egipto; se dolerán cuando oigan de Tiro. Esto es claro, que los egipcios después de oír que la nación más poderosa y cercana ha sido destruida por un largo asedio, saben que también su destrucción está cerca.

(Vers. 6.) Cruzad los mares, aullad los que habitáis en la isla. Nuevamente por mar y Tharsis los LXX tradujeron Cartago. Leemos en las historias de los asirios, que los tirios sitiados, cuando no veían esperanza de escapar, subieron a los barcos y huyeron a Cartago, o a otras islas del mar Jónico y Egeo. Por lo cual también en Ezequiel se dice: No se le dio recompensa, ni a su ejército de Tiro (Ezequiel XXIX); porque todas las riquezas de la ciudad fueron trasladadas, y todos los nobles la dejaron vacía.

(Vers. 7.) ¿Acaso no es esta vuestra, que se gloriaba desde los días antiguos en su antigüedad? Reprende a Tiro por su soberbia, que se gloriaba en la antigüedad de su fundación, y no miró a Dios: sino que recordando los nombres de sus padres, pensó que era eterna.

Sus pies la llevarán lejos a peregrinar. Se refiere a aquellos que quedaron en la ciudad, y fueron llevados cautivos a Babilonia.

(Vers. 8.) ¿Quién pensó esto sobre Tiro, una vez coronada? Nuevamente lee Ezequiel (Ezequiel XXVII), y conocerás cuánta gloria tuvo Tiro, por el lamento de su príncipe. La llama coronada, porque así como un rey entre una multitud de hombres erige su cabeza adornada con una diadema: así Tiro, resplandeciente y elevada con riquezas, oro y gemas y seda y púrpura brillando, fue considerada reina entre todas las naciones.

Cuyos comerciantes son príncipes, sus mercaderes son los ilustres de la tierra. Nos asombramos de que un embajador de Pirro dijera una vez sobre la ciudad de Roma, Vi una ciudad de reyes. He aquí que mucho antes de esos tiempos los comerciantes y mercaderes de Tiro son descritos como príncipes e ilustres: para que por esto se muestre la magnitud de la opulencia, cuando un comerciante de Tiro pueda ser rey con las palabras de otro.

(Vers. 9.) El Señor de los ejércitos pensó esto, para rebajar la soberbia de toda gloria: y llevar a la ignominia a todos los ilustres de la tierra. Porque arriba dijo en forma de pregunta: ¿Quién pensó esto sobre Tiro, una vez coronada? Ahora él mismo responde: no fueron los hilos del destino, como piensan los necios, así llevados: no corrió la rueda de la fortuna, sino que fue hecho por el juicio de Dios y su propia voluntad, quien resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (Santiago IV): y advierte a los arrogantes de su condición, para que

aprendan su poder a través de la miseria, cuya clemencia no quisieron sentir a través de los beneficios.

(Vers. 10.) Cruza tu tierra como un río, hija del mar: no hay más cinturón para ti. Así como, dice, un río, o como en hebreo se tiene más significativamente, un arroyo, esto es lo que se dice IOR (), se cruza fácilmente a pie: así también tú cruzarás tu tierra, llevada al cautiverio, oh hija del mar, ya sea porque eres una isla, o porque arriba está escrito sobre ti: Dijo el mar, la fortaleza del mar, no he dado a luz, y no he parido. Y lo que añade, no hay más cinturón para ti, el sentido que tiene, lo explica más claramente Símaco, no podrás resistir más, es decir, no tendrás fuerzas, ni los lomos ceñidos para luchar, para que puedas oponerte a los adversarios.

(Vers. 11.) Extendió su mano sobre el mar, perturbó los reinos. ¿Quién extendió la mano? no hay duda por el mismo contenido del discurso que Dios, de quien arriba dijo: El Señor de los ejércitos pensó esto, para rebajar la soberbia de toda gloria. Extendió, pues, su mano sobre todos los mares, significando el mundo y el orbe, y perturbó a todas las naciones, entre las cuales, también tú, Tiro, fuiste perturbada, ya sea sobre el mar, en el que propiamente estás situada.

(Vers. 12.) El Señor mandó contra Canaán, para destruir a sus fuertes. Muestra qué es el mar, sobre el cual extendió el Señor su mano, diciendo: Mandó contra Canaán. Pues Tiro fue fundada en la tierra de Canaán. Lee las Escrituras, especialmente el Evangelio (Marcos VII), donde la sirofenicia intercediendo por su hija, sale de la tierra de Canaán, que se llama mujer cananea. Y al mismo tiempo porque dijo: Extendió su mano, para que no creyeras que el Señor obra con miembros y oficio corporal, añadió, mandó, para que hacer de Dios, sea ordenar.

(Vers. 13.) Y dijo: No añadirás más para gloriarte, sufriendo calumnia, virgen hija de Sidón, levantándote en Quitim cruza: allí tampoco habrá descanso para ti. Dios, que pensó rebajar la soberbia de toda gloria, que mandó contra Canaán, para destruir a sus fuertes, él mismo dice, No te gloriarás más, y confiarás en tu poder. Oh virgen hija de Sidón, es decir, colonia de los sidonios, huirás en barcos a las islas de Occidente, o a Chipre, y las otras tierras de Macedonia y Grecia, pero también allí, con Dios en contra, no podrás encontrar descanso. De lo contrario, todo vagabundo y peregrino en el orbe, y de sedes inciertas, siempre está en angustia, continuamente en tristeza.

(Vers. 13, 14.) He aquí la tierra de los caldeos, tal pueblo no fue: Asur la fundó en cautiverio, llevaron a sus fuertes, cavaron sus casas, la pusieron en ruina. Aullad, naves del mar, porque ha sido devastada vuestra fortaleza. Porque arriba dijo: Sus pies la llevarán lejos a peregrinar: y nuevamente, Cruza tu tierra como un río, y el pueblo de Tiro fue doble, de aquellos que huyeron, y cruzaron a Quitim, y de aquellos que quedaron en la ciudad, habla a ambos. De los que huyeron, arriba dice: En Quitim levantándote cruza, allí tampoco habrá descanso para ti. De los que quedaron, y fueron llevados al cautiverio: He aquí, dice, los habitantes de la tierra de los caldeos, cuyo poder ningún pueblo tuvo antes, y que fue fundada por el asirio, llevaron a los fuertes de Tiro. Cavaron no solo los muros, sino también todas las moradas de la ciudad, y la pusieron en ruina. Porque, por tanto, unos huyeron, otros fueron capturados, aullad, naves, ya sea del mar, o de Cartago; pues vuestro comercio y colonia han sido destruidos. Y al mismo tiempo considera, cómo alabó a los caldeos. No dijo, tal pueblo no será más: pues el reino de los romanos es más poderoso y duro; sino, antes no fue. Quien negó lo anterior, concedió lo siguiente.

(Vers. 15.) Y será en aquel día, en el olvido estarás, oh Tiro, setenta años, como los días de un solo rey. Desde este lugar hasta el final de esta profecía, se anuncian prosperidades a Tiro, que debe hacer penitencia, que será reconstruida, que solo setenta años, durante los cuales también el templo de Dios estuvo desolado, la subversión de Tiro permanecerá: para que, de cuyas ruinas se burlaba, imite también el tiempo de sus ruinas. Muchos piensan que los setenta años de un solo rey se refieren a Nabucodonosor, durante los cuales el reino de la nación asiria permaneció en Jerusalén. Otros lo pronuncian en general, que quien tenga un largo tiempo de reinado, no podrá pasar de setenta años.

(Vers. 16.) Después de setenta años, Tiro será como el canto de una prostituta. Toma la cítara, recorre la ciudad, prostituta olvidada, canta bien, repite el canto, para que haya memoria de ti. Porque te prostituiste con muchas naciones, y desolada, desnuda y cubierta de suciedad de cautiverio, tus antiguos amantes te despreciaron, ahora toma la cítara, duplica los cantos, recorre la ciudad, lamenta el antiguo burdel, y lava con lágrimas las huellas del antiguo error, para que puedas provocar la misericordia de Dios en ti.

(Vers. 17.) Y será, después de setenta años, que el Señor visitará a Tiro, y la devolverá a sus ganancias, y nuevamente se prostituirá con todos los reinos de la tierra sobre la faz de la tierra. Todo esto, según la historia, se ha cumplido, como indican las consonantes letras griegas y fenicias, que después de setenta años, restaurada, volvió a su antigua potencia, y fue el comercio de todas las naciones, que yo creo que se llaman prostituciones, así como quien se prostituye, entra en el burdel y paga el precio del adulterio: así también el comerciante, concurriendo de todo el mundo, llenó la belleza de la ciudad como de una prostituta.

(Vers. 18.) Y será su comercio, y sus ganancias santificadas al Señor: no se guardarán, ni se almacenarán. Porque para aquellos que habiten delante del Señor, será su comercio, para que coman en saciedad, y se vistan hasta la vejez. Esto, según la historia, aún no lo hemos comprobado, a menos que se deba pensar que después de la edificación de Jerusalén y la restauración de Tiro, las ciudades fueron amigas entre sí, y frecuentemente enviaron dones al templo de Dios desde Tiro: como también leemos en Esdras (Esdr. XIII, 16), que expulsó a los tirios que vendían peces en sábado, y no les permitió entrar en la ciudad: y de un solo comercio, también se debe estimar el resto. Los judíos posponen en vano sus votos para el futuro, recordando que esto se cumplirá después del Anticristo en mil años. No es de extrañar que inventen estas cosas, quienes, despreciando la verdad de Cristo, recibirán al Anticristo, instrumento del diablo, cuando incluso los cristianos judaizantes sostienen que estas cosas se dicen sobre la bienaventuranza de mil años. Pero yo, así como en la visión de Babilonia bajo el símbolo de su destrucción, entiendo el tiempo de la consumación, y en Egipto, con los ídolos destruidos, el altar del Señor colocado, lo refiero al tiempo de Cristo, y en la visión de Moab, reconozco el trono del Salvador puesto en su tierra, y en Damasco y en todas las demás visiones, no dudo que sean sacramentos de nuestros tiempos: así también en la visión de Tiro, que es la última, interpreto el tiempo de la felicidad cristiana: que después de que fue edificada, y recuperó su estado anterior, y todo comerciante en la antigua costumbre, entró en su puerto, y sus mercancías y trabajo se dediquen al Señor. Veamos en Tiro las iglesias de Cristo construidas, consideremos las riquezas de todos, que no se guarden, ni se atesoren, sino que se den a aquellos que habitan delante del Señor, quienes sirviendo al altar participan con el altar (I Cor. IX). Sin embargo, los tirios no ministran para las riquezas, ni para acumular las riquezas de los sacerdotes, sino para proveer las necesidades del sustento: para que, según el Apóstol, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto (I Tim. VI). Y nota que no dijo que los comercios y ganancias de Tiro sean santificadas al Señor para ser dadas a quienes habiten en Jerusalén como piensan los judíos; sino a quienes estén delante

del Señor, quienes le sirven. Así también el Señor dispuso, que quienes predican el Evangelio, vivan del Evangelio (I Cor. IX). Servir al Señor, y habitar delante de él, no es cuestión de lugar, sino de mérito. Hasta aquí las visiones de Isaías, o las cargas que impuso a ciertas naciones, como ordenaste, y como pudimos, las discutimos con interpretación histórica, siguiendo solo las huellas de la verdad hebrea. Lo que sigue, concierne a todas las naciones, y en general a la consumación de todo el mundo. De lo cual ni tú pediste que escribiera, ni me fue ocioso, para que no dictara lo no solicitado, cuando apenas escribí lo solicitado.

## LIBRO SEXTO.

Lo que prometí en el volumen anterior, que sobre los fundamentos de la historia, si Cristo lo permitiera a nuestra voluntad, construiría un edificio espiritual, y mostrando los ornamentos de la iglesia perfecta con el ápice impuesto, esto en los siguientes dos libros, oh virgen de Cristo Eustoquio, con tus oraciones, y la misericordia del Señor intentaré hacer, para que con el mismo esfuerzo con el que el quinto libro comprendió la historia, el sexto y séptimo aborden la anagogía: no discutiendo todo, para que no se hagan muchos volúmenes, sino indicando brevemente lo que los hombres eclesiásticos antes de nosotros han sentido.

(Cap. XIII.---Vers. 1.) Carga o visión contra Babilonia que vio Isaías hijo de Amós. Vio no con los ojos de la carne, sino de la mente, cuán grande y pesada carga se impondrá a Babilonia. Y porque Babilonia, que en hebreo se dice BABEL (), se interpreta como confusión; porque allí se confundió el lenguaje de los que edificaban la torre, espiritualmente se entiende este mundo, que está puesto en el maligno, y no solo confunde las lenguas, sino las obras de cada uno, y las mentes. El rey de esta Babilonia es el verdadero Nabucodonosor, que se enorgullece contra el Señor, quien dice en su corazón: Subiré al cielo, sobre las estrellas del cielo pondré mi trono: me sentaré en el monte del Testamento en los lados del norte, subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo. Este es quien mostró al Señor todos los reinos del mundo, y le dijo: Todo esto me ha sido entregado, y te lo daré, si postrado me adoras (Mat. XLIX). Finalmente, en lo que sigue, no es contra Babilonia, sino contra el orbe de la tierra la amenaza. El Señor de los ejércitos ordenó a una nación belicosa, que venga de una tierra lejana desde el extremo del cielo, para destruir el orbe de la tierra. Y de nuevo: He aquí viene el día de la ira incurable y de la ira, para poner el orbe de la tierra desierto, y destruir a los pecadores de él. Y luego: Ordenaré al orbe de la tierra entero males, y a los impíos sus pecados. De lo cual se prueba, que todo lo que se dice contra Babilonia, se refiere a la confusión y destrucción de este mundo.

(Vers. 2.) Sobre el monte oscuro, o llano, levantad la señal. Se ordena a los apóstoles y a los hombres apostólicos y maestros de las iglesias, que al luchar contra Babilonia, levanten la señal de la cruz del Señor, no en un lugar bajo, y en valles sumergidos, sino en un monte oscuro, o llano. Uno de ellos significa los sacramentos ocultos de la Iglesia, que para verlos Moisés, y escuchar la voz de Dios, entró en las tinieblas y oscuridad. Porque Dios puso las tinieblas como su escondite: y nubes y oscuridad a su alrededor (Sal. XVII). El otro enseña, que debemos ascender a las alturas de los dogmas eclesiásticos, para que según el apóstol Pablo nos humillemos y digamos: Que no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). Quien también levantó la señal en el monte llano, cuando con la humildad que le era propia decía: Yo he juzgado no saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado. Esta señal, y en los superiores la levantará él mismo, quien nació de la raíz de Jesé en las naciones, para congregar a los perdidos de Israel.

Exaltad la voz, levantad la mano. Por lo cual los LXX tradujeron: Consolad la mano. Exalta la voz quien habla de cosas sublimes, y desprecia las presentes como breves y transitorias. Quien escucha del mismo Isaías: Sube al monte alto quien evangeliza a Sion. Eleva con fortaleza tu voz quien evangeliza a Jerusalén, levanta su mano, quien puede decir con David: La elevación de mis manos es sacrificio vespertino (Sal CXL, 2); y quien en todo lugar levanta manos santas, para que no solo levante las manos, sino que también consuele con la mano: para que no diga al pobre: ven mañana, y recibe; sino que consuele su pobreza y necesidad con misericordia presente.

Y entren por las puertas los príncipes. LXX: Abrid príncipes. Los líderes de la Iglesia entran por las puertas de los misterios de Dios, y conocen los sacramentos de las Escrituras, teniendo la llave del conocimiento, para que las abran a los pueblos confiados a ellos. Por lo cual se ordena, que los maestros abran, y los discípulos entren.

(Vers. 3.) Yo mandé a mis santificados. Por lo cual LXX: Yo mandaré, y yo los traeré. Porque él mismo santifica a sus ministros, para que tanto el que santifica como los que son santificados, sean todos de uno. Quien en otro lugar habla a los creyentes: Sed santos, porque yo soy santo, él mismo manda, y traerá a sus príncipes, para que hagan lo que se les ha mandado (Lev. XIX, 2).

Y llamé a mis fuertes en mi ira: exultantes en mi gloria. LXX: Gigantes vienen a cumplir mi furor, gozando juntos, y haciendo afrenta. Según el hebreo, se adhieren a lo anterior lo que se dice, que él mismo llamó a sus fuertes, exultantes en su gloria quien había mandado a sus santificados. Por otro lado, según los LXX, los gigantes que vienen a cumplir el furor del Señor, gozando en la injuria ajena y alegrándose, deben tomarse en un sentido siniestro y contrario a las virtudes, de las cuales también leemos en los salmos: Envió en ellos el furor de su ira, furor e ira y tribulación, envío por ángeles malos (Sal. LXXVII, 49). De estos es también el exterminador en Egipto, que no se atreve a entrar en los postes ungidos con la sangre del cordero (Éxodo XII), y aquel espíritu que salió y se puso delante del Señor, y dijo: Yo engañaré a Acab. Y el Señor le dijo: Engañarás y prevalecerás, sal y hazlo así (III Reyes XXII, 21, 22). Por lo cual en el mismo libro de los Reyes Miqueas dijo: Vi al Señor de Israel sentado sobre su trono, y todo el ejército del cielo estaba alrededor de él a la derecha y a la izquierda (Ibid., 9). Las virtudes de la derecha son de aquellos ángeles que son enviados para el bien: las de la izquierda son de aquellos a quienes se nos entrega para ser castigados. Por lo cual también el apóstol: A quienes entregué, dice, a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). El nombre de gigantes, por el cual en hebreo se ha puesto GEBORIM (), es decir, fuertes, los LXX y Teodocio lo traducen en similitud a las fábulas de los gentiles, así como también nombran a las Sirenas, y Titanes, y Arcturo, Hyadas, y Orión, que en hebreo se llaman con otros vocablos. Si los gigantes son rebeldes a Dios, y todas las herejías contrarias a la verdad se rebelan contra Dios: todos los herejes son gigantes, que se alegran en su error, y entonces más se glorían, cuando han hecho afrenta a la Iglesia.

(Vers. 5.) Voz de multitud en los montes como de pueblos numerosos, voz de sonido de reyes de naciones congregadas. Este lugar se toma de tres maneras. Primero, para que al elevar la señal en el monte llano, venga la multitud de las naciones, y ella misma esté en los montes, que se divide en dos, en pueblos, y en reyes, en discípulos, y maestros, de los cuales el Salvador hablaba en el Evangelio: Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mat. VIII, 11). Por eso se dice una sola voz, y consonante, para que se pruebe aquello del apóstol: Que todos digáis lo mismo, y no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en el mismo sentido, y en la misma sentencia (I Cor. I, 10). Segundo, se describe la soberbia de los herejes, que

creyéndose estar en los montes, se levantan contra el conocimiento de Dios, y hablan iniquidad en lo alto, y ponen su boca en el cielo, que también tienen pueblos, tienen reyes, que devoran al pueblo engañado. La tercera interpretación es: porque arriba dijo, gigantes vienen, para cumplir mi furor, gozando juntos, y haciendo afrenta, describe la arrogancia de esos gigantes, y el consenso en mala parte para castigar a quienes les han sido entregados.

El Señor de los ejércitos ordenó a la milicia de guerra, viniendo de una tierra lejana desde el extremo del cielo: el Señor, y los vasos de su furor, para destruir toda la tierra. LXX: El Señor de los ejércitos ordenó a una nación belicosa, que venga de una tierra lejana desde el extremo del cielo el Señor, y sus guerreros, para destruir todo el orbe. El fundamento debe ser señalado con un obelo. En el libro de los Reyes, y de las Crónicas leemos (II Reyes XXIV; I Crónicas XXI) que la ira de Dios se encendió sobre Israel cuando David contó al pueblo, y ofendió al Señor. También se escribe en los Salmos: Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira, y otras cosas similares, por lo cual leí en los comentarios de alguien (se refiere a Basilio), que la ira de Dios puede entenderse como la fortaleza contraria, a la cual se nos entrega para ser castigados, de lo cual también se canta en el octavo salmo: Para destruir al enemigo, y al vengador (Sal. VIII, 3). También pueden llamarse guerreros quienes vienen de una tierra lejana y desde el extremo del cielo, los ángeles ministros, que en la consumación del mundo serán enviados, para que hagan manojos de cizaña, y separados del trigo los preparen para el fuego eterno (Mat. XIII). Toda la tierra también se destruye, cuando las obras terrenales son subvertidas. Hay otros guerreros del Señor instruidos con la armadura del apóstol, que diariamente en la Iglesia, que se entiende como οικουμένη, es decir, orbe, y habitada, destruyen a aquellos, y matan, que se levantan contra el conocimiento de Dios.

(Vers. 6, 7.) Aullad, porque cerca está el día del Señor, como devastación vendrá del Señor. Por eso todas las manos se disolverán, y todo corazón humano se derretirá, y se quebrantará. Porque los guerreros del Señor vendrán, para destruir toda la tierra, aullad, y haced penitencia, a quienes la pena vendrá. Porque cerca está el día del Señor, o de la consumación de todo el mundo, y del juicio, o de la salida de cada uno de la vida. Porque viene del Señor la depredación, que nosotros hemos dicho devastación, para guardar la metáfora, porque había mencionado a los guerreros. Cuando venga el día del juicio, o de la muerte, se cumplirá lo que se lee en el sexto salmo: En el infierno, ¿quién te confesará? (Sal. VI, 6). Porque no es ese tiempo de penitencia, sino de penas. Y en otro lugar se dice: ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has escondido a los que te temen! Por lo tanto, se esconde mucha misericordia de Dios de aquellos que aún están en el temor, y no tienen la perfecta caridad de Dios, para que al escuchar el día del Señor cruel, e incurable, y lleno de indignación y furor, dejen de pecar. También se pondrá el orbe o la tierra en soledad, y los pecadores serán quebrantados de ella, que antes estaba cargada con el peso de los pecadores, para que, borrados y perdidos los crímenes, habite y reine en la tierra solo la justicia.

(Vers. 10.) Porque las estrellas del cielo y su resplandor no expandirán su luz: el sol se oscurecerá en su salida, y la luna no brillará con su luz. LXX: Porque las estrellas del cielo y Orión, y todo el ornamento del cielo no darán su luz: y se oscurecerán al salir el sol, y la luna no dará su luz. En lo que hemos interpretado como su resplandor, no hay duda de que Aquila y Teodoción han puesto la misma palabra hebrea para las estrellas, que los LXX tradujeron como Orión, añadiendo de su parte, y todo el ornamento del cielo, lo cual debe ser señalado con un obelo. Las fábulas de los gentiles dicen que Orión tiene veintidós estrellas, de las cuales cuatro son de tercera magnitud, nueve de cuarta, y otras nueve de quinta, y por otros son llamadas Bootes. También leemos en Job sobre las Híades, el Vespero, el Arcturo, y los tesoros o interiores del Sur (Job IX, 9), de los cuales se debe hablar en su lugar. No debemos

pensar que entre los hebreos estas estrellas se llamen con los nombres que resuenan en griego y latín, sino que tienen nombres propios. Así como Dios llamó a la luz, día; y al firmamento, cielo; y a lo seco, tierra; y a las congregaciones de aguas, mares (Génesis I); así también llamó a cada estrella por su nombre, cuya propiedad nuestra lengua no expresa. Está escrito sobre Dios en otro lugar: Él cuenta el número de las estrellas: y a todas ellas llama por su nombre. Cuando venga el día del Señor para poner el mundo en desolación, y para quitar completamente a los pecadores de él (Sal. CXLVI, 4); entonces, en comparación con la majestad divina, las estrellas del cielo y todo su resplandor retirarán su luz. No es de extrañar decir esto de las estrellas menores, cuando incluso el sol se oscurece en su salida, y la luna no tiene su brillo habitual. Lo que los LXX tradujeron, que las estrellas y Orión, y todo el ornamento del cielo se oscurecerán al salir el sol, no tiene nada de señal o milagro; pues esto ocurre en todo momento, que al salir el sol, las estrellas que están en el cielo no aparecen. No es de extrañar haber dicho esto del sol, cuando incluso la luna llena, brillando toda la noche, hace que muchas estrellas no luzcan. Que haya estrellas en el cielo incluso durante el día, lo prueba el eclipse solar, que cuando la sombra de la tierra, como discuten los filósofos, y el orbe de la luna se interpone, se ven las estrellas más brillantes en el cielo.

(Vers. 11.) Y visitaré sobre el mundo sus males, y contra los impíos sus iniquidades. Cuando Dios visita y golpea; lo hace para corregir. Finalmente, cuando se enoja mucho con aquellos que no hacen penitencia: No visitaré, dice, sobre vuestras hijas cuando se prostituyan: y sobre vuestras nueras cuando adulteren (Oseas IV, 14). Por el contrario, de aquellos que creerán en Cristo, se dice (Sal. LXXXVIII, 33): Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados: pero no apartaré de ellos mi misericordia.

Y haré descansar la soberbia de los infieles: y humillaré la arrogancia de los fuertes. LXX: Y destruiré la injuria de los inicuos, y humillaré la injuria de los soberbios. La palabra hebrea GAON, que claramente significa arrogancia y soberbia, Teodoción y los Setenta siempre la tradujeron como injuria, expresando más el sentido que la palabra: porque todo soberbio está dispuesto a la injuria. Por eso el Señor visita sobre el mundo sus males, y contra los impíos sus iniquidades, para reprimir la arrogancia de los soberbios, y humillar la soberbia de los fuertes. Porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (I. Pet. V). Y leemos en los Proverbios: Antes de la destrucción se eleva el corazón del hombre, y antes de la gloria se humilla (Prov. XVI, 18). Siempre la soberbia es seguida por la ruina, y la humildad por la gloria: Porque el que se exalta será humillado: y el que se humilla será exaltado (Luc. XIV). Leemos en otro lugar: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la inteligencia de los prudentes (I. Cor. I, 19). No porque la verdadera sabiduría y la verdadera prudencia sean destruidas por el Señor, sino la ciencia de falso nombre: que atesoran para sí mismos lengua de mentira, y fallan escudriñando con escrutinio, y no encuentran nada, hablando iniquidad en lo alto, y poniendo su boca en el cielo. De donde propiamente la soberbia de los herejes es llamada injuria de la verdad.

(Vers. 12.) Más precioso será el hombre que el oro: y el hombre que el oro fino. LXX: Y serán los que queden, más honrados que el oro refinado: y el hombre será más honorable que la piedra de Sophir. En la consumación del mundo, cuando el orbe haya sido reducido a desolación, y el sol se haya oscurecido en su salida, y la luna no haya dado su resplandor, se harán tantas señales y portentos por el Anticristo, que al crecer la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos, para engañar si fuera posible a los elegidos de Dios (Mat. XXIV). Entonces será más precioso el hombre que el oro, que en hebreo se dice PHAZ, y Aquila lo interpretó como κιῤῥὸν, que es de color óptimo y sanguíneo; y el hombre más puro que el oro fino, que en hebreo se dice OPHIR, y Aquila lo tradujo como σπήλωμα ὀφεὶρ, que no sé qué queriendo los LXX interpretaron como piedra de Sophir. Es un lugar de la India, donde nace

el mejor oro; como leemos en Génesis sobre el río Pisón: Este es el que rodea toda la tierra de Evila, donde hay oro; y el oro de esa tierra es bueno: y allí hay carbunclo y piedra prásina (Génesis II, 11). Más precioso se entiende, porque es más raro. Pues todo lo que es raro, es precioso, como también leemos en el volumen de Samuel: Y la palabra del Señor era preciosa en Israel (I. Reg. XXXI).

(Vers. 13.) Sobre esto haré temblar el cielo, y la tierra se moverá de su lugar. LXX: Porque el cielo se enfurecerá, y la tierra se moverá de sus fundamentos. Cuando el hombre sea más precioso que el oro, y el hombre que el oro fino, y se cumpla lo que está escrito: ¿Crees que cuando venga el Hijo del hombre, encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8) entonces se moverán los cielos y la tierra. Porque el cielo y la tierra pasarán, no por su propia voluntad, y propio arbitrio, como algunos piensan, creyendo que son seres animados; sino por la indignación del Señor de los ejércitos, y por el día de su furor, que mira la tierra, y la hace temblar. De donde esto que en los LXX se dice, porque el cielo se enfurecerá, debe tomarse metonímicamente por aquellos que están en el cielo, como si dijéramos, toda la ciudad clamó, y toda la ciudad salió al encuentro del juez. También leemos sobre los fundamentos de la tierra en los Proverbios: Dios fundó la tierra con sabiduría (Prov. III, 19). Y el Señor habla a Job: ¿Dónde estabas cuando fundaba la tierra? (Job. XXXVIII, 4) No porque la tierra tenga fundamentos profundos con una masa arrojada; sino que la voluntad y el poder de Dios, por los cuales todo se contiene, deben llamarse sus fundamentos. Porque él la fundó sobre los mares, y la estableció sobre los ríos, y él la colgó sobre la nada (Sal. XXIII; Job. XXVI).

(Vers. 14-16.) Y será como una gacela huyendo, y como un rebaño de ovejas, y no habrá quien las reúna: cada uno se volverá a su pueblo, y cada uno huirá a su tierra. Todo el que sea hallado, será muerto, y todo el que sea alcanzado, caerá a espada. Sus niños serán estrellados ante sus ojos; sus casas serán saqueadas, y sus mujeres violadas. Con el cielo y la tierra conmovidos, huirá el diablo, la serpiente tortuosa, o toda doctrina contraria a la verdad, que se divide en maestros y discípulos, cuyos primeros por su agudeza visual, en griego se llaman Dorcades, es decir, Gacelas, y los seguidores como animales brutos; y errando de aquí para allá no tienen quien los dirija: porque han perdido a aquel, de quien está escrito: Del Señor son dirigidos los pasos del hombre (Prov. XX, 24): que liberados de los malos maestros se volverán a su pueblo, y cada uno huirá a su tierra, de donde nacieron: pero el que sea hallado, será muerto, o degollado. Esto no solo ocurre en la consumación del mundo, sino hasta hoy en la Iglesia: cuando los maestros son superados, el rebaño engañado regresa a su pueblo, y a su tierra; y en lo que se encuentra, es muerto, para que deje de ser hereje, y cualquiera que sea alcanzado, caerá a espada espiritual. Entonces sus niños y pequeños, que aún no han llegado a la edad perfecta del error, serán estrellados ante los ojos de los maestros, y saquearán sus casas, y sus mujeres serán violadas, la sabiduría perversa y la doctrina torcida. Por lo cual por tales padres cuyos pequeños deben ser muertos, debemos orar y decir: Dales, Señor. ¿Qué les darás? Un vientre estéril, y pechos secos (Oseas IX, 4). Porque han concebido iniquidad, han concebido dolor, y han engendrado injusticia.

(Vers. 17, 18.) He aquí que yo levantaré contra ellos a los medos, que no buscarán plata, ni desearán oro: sino que con sus flechas matarán a los niños, y no tendrán misericordia de los vientres lactantes, y no perdonarán a sus hijos. Encontramos en Génesis (Génesis X) que Madai fue el fundador de la nación de los medos, que se interpreta como medida, o de poderoso, o fuerte. Por lo tanto, contra los babilonios, que están confundidos de mente, se levantan ministros de un Dios poderoso y fuerte para castigar la fortaleza: para que devuelvan a cada uno según sus obras. Porque con la medida con que midieron, se les medirá. Medida agitada y rebosante y llena y desbordante devolverán en sus senos (Mat. XVI, y Luc. VI). Que no recibirán ni plata ni oro, es decir, ni la belleza del discurso, ni la agudeza del ingenio,

en los cuales antes se alababan a sí mismos: sino que afligirán con penas a los entregados; y no tendrán misericordia de los pequeños y lactantes, para que más bien tengan misericordia. Y ojalá también nosotros seamos levantados por el Señor, y se nos dé este poder, para que no deseemos ni plata ni oro de la elocuencia y sabiduría secular: sino que matemos a los hijos de los herejes, y de todos los que han sido engañados, con flechas espirituales, es decir, con testimonios de las Escrituras: y que los que se alimentan con la leche del error, sean cruelmente asesinados sin misericordia, para que perezcan con una crueldad clemente, y no tengamos misericordia de ninguna infancia, y seamos dignos de esa bienaventuranza: ¡Bienaventurado el que tomará y estrellará a tus pequeños contra la roca!

(Vers. 18 y siguientes.) Y será Babilonia, aquella gloriosa en los reinos, ilustre en la soberbia de los caldeos, como Dios subvirtió a Sodoma y Gomorra. No será habitada hasta el fin, y no será fundada hasta generación y generación: ni pondrá allí sus tiendas el árabe: ni los pastores descansarán allí: sino que descansarán allí las bestias, y se llenarán sus casas de dragones: y habitarán allí los avestruces, y los peludos saltarán allí; y responderán allí las lechuzas en sus casas: y las sirenas en los templos de placer. (Cap. XIV.---Vers. 1.) Está cerca de venir su tiempo, y sus días no se alargarán. LXX: Y será Babilonia, que se llama ilustre gloriosa del rey de los caldeos, como Dios subvirtió a Sodoma y Gomorra; no será habitada para siempre; ni entrará en ella por muchas generaciones; ni pasarán por ella los árabes: ni los pastores descansarán en ella, sino que descansarán allí las bestias, y se llenarán las casas de sonido, y allí se acostarán las sirenas, y los demonios saltarán allí, y los onocentauros habitarán allí, y los erizos harán sus nidos en sus casas. Pronto vendrá y no tardará. Lo que sigue: Y sus días no se prolongarán, debe ser señalado con asteriscos, porque fue añadido por Teodoción. Con los medos levantados contra la ciudad de la confusión, que no consideran el oro como un bien, ni la plata; que matan con flechas a los pequeños, y no tienen misericordia de los vientres lactantes, y no perdonan a sus hijos: la ciudad que una vez fue ilustre en la soberbia de los caldeos, que se interpretan como demonios, será subvertida como Sodoma y Gomorra; para que no quede en ella vestigio de su antigua morada: sino que después de que haya un nuevo cielo, y una nueva tierra, y haya pasado la figura de este mundo (I Cor. VII), la ciudad de la confusión no será habitada para siempre; y no recibirá el mismo estado. Porque no pondrá allí, después de que haya dejado de estar en su antigua gloria, el árabe sus tiendas, que se interpreta como occidental y vespertino; para que desee habitar en ella, que ha visto estar desierta. El árabe en el presente lugar se toma en buen sentido: porque siempre tiende al fin, y olvidado de lo pasado, se extiende hacia lo que está delante. Ni los pastores descansarán allí, que suelen pastorear el manso rebaño del Señor en Jerusalén; sino que por el contrario descansarán allí las bestias, que el salmista detesta, diciendo: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Por las cuales Aquila, y Símaco, y Teodoción, han puesto la misma palabra hebrea SIIM. Y se llenarán sus casas, es decir, de los babilonios, según los LXX y Teodoción de ἤχου, es decir, de sonido y clamores; según Aquila, de tifones, que nosotros hemos traducido como dragones; según Símaco OIIM, que es la palabra contenida en hebreo. Y habitarán allí los avestruces, animal que siempre apetece las soledades, sobre el cual se escribe más extensamente en Job: que aunque parece tener alas, sin embargo no se eleva más alto de la tierra: por lo cual los LXX han interpretado como σειρῆνας, es decir, sirenas. Los peludos que se llaman en hebreo SIRIM, Teodoción los ha interpretado como con pelos erectos y de pie. Símaco y los LXX los han traducido como demonios. Por los onocentauros que solo los LXX han interpretado, imitando las fábulas de los gentiles, que dicen que hubo hipocentauros, los otros tres intérpretes han puesto la misma palabra hebrea IIM que nosotros hemos traducido como lechuzas. Donde los LXX dijeron, harán sus nidos los erizos en sus casas, y en hebreo está puesto THANNIM, Aquila y Símaco y Teodoción han interpretado como sirenas; significando o bien algunas bestias, o demonios,

según el error de los gentiles que cantan dulcemente, y engañan a los hombres, que no pueden pasar el naufragio de este mundo con los oídos cerrados. Por lo tanto, el nombre de onocentauros, compuesto de asnos y centauros, me parece significar a aquellos que en parte tienen algo de humano; y nuevamente son llevados a los vicios por los placeres y el lodo de la torpeza. Se dice, por lo tanto, según la tropología, que al final del mundo, o de la muerte de cada uno, toda la gloria y soberbia de los caldeos, y la confusión del mundo, se aleje de nosotros; y así todo sea subvertido, como Dios subvirtió a Sodoma y Gomorra; y no haya más estado de este mundo, sino que perezca para siempre. Ni ponga allí el árabe sus tiendas, de quien se dice en el salmo sesenta y siete; Preparad camino al que asciende sobre el ocaso, su nombre es el Señor (Sal. LXVII, 5). Ni los pastores descansen allí, es decir, los ángeles que presiden sobre el género humano, y ven cada día el rostro del Padre: sino que descansen allí las bestias y los dragones, y los avestruces, y los peludos, y las lechuzas, y las sirenas, que todas estas bestias entendemos en figura de los ángeles, o demonios, y de aquellos a quienes somos entregados para ser castigados. Y en las casas que antes eran de placer, donde había alegría y gozo, haya llanto de lechuzas, y voz lamentable de sirenas, que conducen a sus oyentes a la muerte. El tiempo del juicio está cerca, y el día de la consumación de Babilonia no se alargará, no se maravillará quien cada día por los hombres santos vea subvertirse Babilonia en aquellos que creen en el Señor; y comparada con la eternidad, toda longitud es cercana. De los géneros de bestias, o más bien de monstruos, hemos hablado brevemente: porque en el libro anterior han sido tratados en parte según la historia. También debe considerarse que después de que el discurso eclesiástico y la doctrina del Salvador hayan destruido la ciudad de la confusión, de modo que se compare con Sodoma y Gomorra; no sea habitada por hombres santos, ni los pastores descansen en ella, que solían pastorear el rebaño de Cristo: sino que por el contrario descansen allí las bestias, y los dragones, y los avestruces, y los peludos salten en ella. Porque todo lo que los herejes hablan en las sinagogas de Satanás, no es doctrina del Señor, sino aullido de demonios y peludos, que imitaba Esaú. Y las sirenas descansarán en los templos de placer, que con dulce y mortal canto arrastran las almas al abismo: para que, con el naufragio furioso, sean devoradas por lobos y perros. Por lo tanto, está cerca y llega cada día el tiempo de la ruina de los herejes, y no se difiere su subversión.

Porque el Señor tendrá misericordia de Jacob, y aún elegirá a Israel, y los hará descansar sobre su tierra: el extranjero se unirá a ellos y se adherirá a la casa de Jacob. Y los pueblos los tomarán y los llevarán a su lugar: y la casa de Israel los poseerá sobre la tierra del Señor como siervos y siervas; y serán los que capturen a quienes los capturaron, y someterán a sus opresores. Y será en aquel día cuando Dios te dé descanso de tu trabajo, de tu conmoción y de la dura servidumbre en la que serviste antes: tomarás esta parábola contra el rey de Babilonia, y dirás. Por extranjero, es decir, prosélito, los LXX interpretaron γηώραν: que en hebreo se dice GER (). De donde creo que el hijo de Moisés, que era extranjero en la tierra, fue llamado por su padre Gersam. (Éxodo I). Por lo tanto, georas es una palabra hebrea, declinada según la costumbre griega: aunque algunos, ignorantes del idioma hebreo, intentan expresar en ella una etimología griega, de que tiene cuidado de las cosas terrenales: γῆ, dice, se llama tierra, y ὥρα, φροντὶς, es decir, preocupación. Nuevamente, por MASAL () que Aquila, Símaco y Teodoción tradujeron como parábola, a quienes también seguimos, los LXX interpretaron como lamento. El orden es: después de que Babilonia haya sido desierta para siempre, de modo que sea morada de bestias, el Señor tendrá misericordia de Jacob, es decir, de aquel que suplantó los vicios; y elegirá a Israel, aquel que contempla a Dios con la mente. Y nota la propiedad de las palabras: Jacob, que aún está en lucha, es objeto de misericordia: a Israel, que después de la victoria recibió el nombre, no se le asigna

misericordia, sino elección. También los hará descansar sobre su tierra, de la cual el Salvador habla: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mateo V, 4), y Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Salmo XXVI, 13). También se unirán a la casa de Jacob, elegidos por los Apóstoles, una multitud de gentiles; y tomarán las reliquias de la casa de Israel, y los llevarán a su lugar, para que habiten en sus tabernáculos; y la casa de Israel los poseerá sobre la tierra del Señor como siervos y siervas. Es beneficioso para los malos servir a los buenos. De donde también se dice de Esaú: Servirás a tu hermano. Y a Jacob, Tu hermano te servirá (Génesis XXVII). Y tomarán a aquellos que antes los engañaron con sofismas: y a sus opresores, que hacen todo por ganancia, los reducirán a servidumbre. Pero después de que Jacob e Israel hayan descansado de su trabajo, en el que mucho lucharon contra el mundo y los herejes; y de su conmoción y servidumbre, en la que antes sirvieron a la interpretación maligna y a los falsos dogmas: entonces tomarán el lamento y la parábola contra el rey de Babilonia: el discurso del error y la confusión herética: y dirán lo que sigue. Los judíos interpretan este pasaje carnalmente, que después de que regresaron de Babilonia, no pueden demostrar que haya sucedido. Porque los babilonios no les sirvieron, quienes antes los capturaron; ni, habiendo vencido a los babilonios, poseyeron sus casas: ni los tuvieron como siervos y siervas. Por lo tanto, queda que según sus fábulas piensen que esto sucederá con el imperio romano: que, superados en el último tiempo, las naciones a las que antes sirvieron les servirán. Pero si, siguiendo la letra, se engañan con una falsa esperanza, ¿quién les concederá que Roma sea llamada Babilonia, y Nabucodonosor rey del imperio romano?

(Vers. 5, 6.) ¿Cómo cesó el opresor, descansó el tributo? El Señor quebrantó el bastón de los impíos: la vara de los dominadores, que golpeaba a los pueblos con indignación, con una plaga incurable, sometiendo con furia a las naciones, persiguiendo cruelmente. En la Epístola de Pedro leemos: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios (I Pedro IV, 17). Y en Ezequiel se dice a los verdugos: Comenzad por mis santos (Ezequiel IX, 6). Por la diversidad del pecado, se dispone el orden del juicio: para que quienes menos han pecado, sean purgados primero. Pero el último enemigo que será destruido es la muerte. Por lo tanto, cuando Israel haya sido liberado de la dura servidumbre, tomará la parábola contra el rey de Babilonia, que debemos entender como parábola. Porque si el discurso es contra Nabucodonosor, y es una simple exposición de la historia, ¿cómo se llama parábola, que no se compara con ninguna otra? Israel se maravilla, entonces, de cómo cesó el opresor, que solía exigir hasta el último cuadrante. Pero el que exige no está acostumbrado a exigir a otros que no sean deudores, quienes dicen en la Oración Dominical: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12). A este opresor se entregan los deudores por el juez, quien los envía a la cárcel y exige hasta el pecado más mínimo. Finalmente, también el apóstol Pablo entregó al opresor al fornicador de Corinto, que había tomado a la esposa de su padre, así como a Figelo y Hermógenes (I Cor. V; II Tim. I). Y de estos opresores también se dice arriba: Mis opresores os despojan; y quienes exigen, son vuestros dominadores. Por tributo, Aquila interpretó hambre. Porque al sernos quitado el esposo, sufrimos hambre de la palabra de Dios, y continuamente ayunamos del cuerpo del Señor. Por eso, la vara y el bastón de los impíos, que los setenta interpretaron como yugo, nos golpea o nos oprime; porque no quisimos soportar el yugo levísimo, el yugo del Salvador. Pero con este bastón y esta vara, golpeaba a las naciones con furia incurable, y las perseguía cruelmente mientras huían: no queriendo corregir a los entregados, sino matarlos.

(Vers. 7 y siguientes.) Toda la tierra ha descansado y enmudecido: se ha alegrado y exultado: también los abetos se han regocijado sobre ti, y los cedros del Líbano. Desde que dormiste, no subirá quien nos tale: el infierno debajo está perturbado: al encuentro de tu llegada ha despertado para ti a los gigantes. Todos los príncipes de la tierra se han levantado de sus

tronos; todos los príncipes de las naciones, todos responderán y te dirán: ¿También tú has sido herido como nosotros, te has hecho semejante a nosotros? Tu soberbia ha sido llevada al infierno, tu cadáver ha caído; debajo de ti se extenderá la polilla, y los gusanos serán tu cobertura. A la muerte del rey impío, que golpeaba a las naciones con una plaga incurable, y las perseguía cruelmente, toda la tierra ha descansado y enmudecido, que antes estaba llena de tumultos y sediciones, tanto que los abetos y los cedros del Líbano se han regocijado, de los cuales está escrito en los salmos: Trasplantaste una vid de Egipto, expulsaste a las naciones, y la plantaste. Cubrió los montes con su sombra, y sus ramas los cedros de Dios (Salmo LXXIX, 9). Estos cedros de Dios, porque alguna vez pecaron, el Señor los entregó a los castigos para ser quebrantados. Por eso en otro salmo se dice: El Señor quebrantará los cedros del Líbano (Salmo XXVIII, 5). Pero los abetos, que son altos y sublimes en el servicio del Señor, deben ser entendidos como aquellos que dijeron con voz unánime: Desde que tú dormiste. Nota que incluso la muerte se llama sueño. No subirá quien nos tale. Porque al ser vencido el fuerte, y saqueados sus vasos, también los demás satélites cayeron. Por eso el Señor dice en el Evangelio (Mateo XXV, 41): Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. ¿Cuántos de estos taladores de árboles y maderas han talado con sus hachas, y han hecho caer? También el infierno está perturbado, o vuelto amargo, al encuentro de la llegada del verdadero Nabucodonosor, es el lugar de tormentos y sufrimientos, en el que se ve al rico vestido de púrpura: al que también descendió el Señor, para liberar a los cautivos de la cárcel. Podemos decir que el infierno que sale al encuentro es también aquel ángel que está a cargo de los tormentos infernales, quien ha despertado a todos los gigantes: para los cuales algunos han traducido Raphaim, otros Titanes. Los gigantes son llamados según la costumbre de los paganos, quienes los consideran terrígenas, nacidos de la tierra. Pero nosotros podemos llamar gigantes, según la etimología del idioma griego, a aquellos que sirvieron a las obras terrenales. Finalmente, sigue: Todos los príncipes de la tierra se han levantado de sus tronos, al encuentro de su antiguo príncipe: para que a quien antes honraban por su poder, después lo admiraran en los tormentos, y dijeran: ¿También tú has sido herido como nosotros: te has hecho semejante a nosotros? Estas palabras tienen este sentido: Pensábamos que por nuestra debilidad no podíamos resistir al poder de Dios, y que tú eras el único que permanecía en tu altura; pero como se muestra en los hechos, también tú has sido herido y capturado, y te has hecho semejante a nosotros; para que aquellos a quienes en la tierra la dignidad separó, en el infierno el castigo los una. Tu soberbia ha sido llevada al infierno, o tu gloria, y tu cadáver ha caído, o como los LXX tradujeron, tu gran alegría, con la que antes te alegrabas sobre las naciones sujetas a ti. Debajo de ti se extenderá la putrefacción, y los gusanos serán tu cobertura. Este es el descanso del diablo, esta es la cama del tentador, que se elevó a tal soberbia, que incluso se atrevió a tentar al Señor diciendo: Todo esto te daré, si postrándote me adoras (Mateo IV, 9). La putrefacción y la polilla, y la cobertura de gusanos, o se entienden como los castigos eternos, que genera la propia conciencia, o la materia de los tormentos, que nace de los propios pecados. Porque así como mientras hay materia de cadáver, y algún humor en el cadáver, los gusanos nacen de la putrefacción; así de la misma materia de los pecados se generan los castigos. Por eso también el apóstol Pablo, habiendo muerto la muerte, a la que el sermón profético de Oseas hablaba: Seré tu muerte, oh muerte: seré tu mordedura, oh infierno (Oseas XIII, 14), le habla: ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? (I Cor. XV, 55). Porque al estar muerta, no hay quien nos tale: ya no habrá pecado que talar, porque el aguijón de la muerte es el pecado.

(Vers. 12.) ¿Cómo caíste del cielo, Lucifer, que nacías por la mañana? ¿Caíste a la tierra, tú que herías a las naciones? LXX: ¿Cómo cayó del cielo Lucifer, que nacía por la mañana? Fue quebrantado en la tierra quien enviaba a todas las naciones. Por Lucifer, que en hebreo se

dice ELIL (), Aquila tradujo hijo de la aurora que ulula. En verdad debió ulular y lamentarse, quien por su soberbia fue precipitado del cielo a la tierra, y quebrantado. Por eso el Salvador habla a los discípulos: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Lucas X, 18). No solo veo, sino que antes veía cuando cayó. Y si él por su soberbia cayó de tan grande altura, vosotros tampoco debéis gloriaros, porque los demonios os están sujetos: sino porque vuestros nombres están escritos en el cielo; para que de donde él cayó por soberbia, vosotros ascendáis por humildad. Este es el príncipe del mundo, que entre las demás estrellas nacía por la mañana, y por su propio vicio de Lucifer se convirtió en Véspero, y no en naciente, sino en poniente: quien hería a las naciones, o quien enviaba a las naciones a sus satélites, para engañarlas a todas con su fraude. Estos son los falsos apóstoles, obreros engañosos, que se transfiguran en apóstoles de Cristo, que sobre el buen grano siembran cizaña, mientras duermen los maestros de las iglesias, y no quieren o no pueden resistir a su malicia. Pero Jacob e Israel, de quienes el Señor tuvo misericordia, y a quienes eligió, aún hablan estas cosas al diablo, o como quieren los LXX, sobre el diablo, es decir, no a la segunda persona, sino a la tercera.

(Vers. 13, 14.) Tú que decías en tu corazón: subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios exaltaré mi trono: me sentaré en el monte del testamento en los lados del norte: subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo. O bien antes de caer del cielo, decía estas cosas, o después de haber caído del cielo. Si aún estando en el cielo, ¿cómo dice, subiré al cielo (Salmo CXIII, 16)? Pero porque leemos: El cielo de los cielos es del Señor, estando en el cielo, es decir, en el firmamento, deseaba subir al cielo donde está el trono del Señor, no por humildad, sino por soberbia. Pero si después de haber caído del cielo, dice estas palabras, debemos entender la arrogancia, que ni siquiera precipitado descansa, sino que aún se promete grandes cosas, no para estar entre las estrellas, sino sobre las estrellas de Dios. Y cuando el Señor habla a los apóstoles: Basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor (Mateo X, 25), y dice al Padre: Padre santo, da, que así como tú y yo somos uno, así también ellos sean uno en nosotros (Juan XVII, 11): este se arroga tanto a sí mismo, que se jacta de que pondrá su trono sobre las estrellas del cielo, que no cayeron. Y lo que añade: Me sentaré en el monte del testamento en los lados del norte; para lo cual los LXX tradujeron, en el monte sublime, sobre los montes altos, que están al norte, lo referimos a lo que se dice en Jeremías: Desde el norte se encenderán males sobre todos los habitantes de la tierra (Jeremías I, 14). Y que la olla encendida se enciende desde la cara del norte. Este es el viento del norte durísimo, del cual el Señor quiere liberar a sus cautivos, y llevarlos a la ciudad santa diciendo: Diré al norte, trae: y al sur, no impidas, trae a mis hijos de la tierra lejana (Isaías XLIII, 6). Pero aquello que puede ser contrario a esto, los montes de Sion, los lados del norte, la ciudad del gran rey, se resuelve fácilmente. Porque aquellos que alguna vez estuvieron en los lados del norte durísimos, después por penitencia comenzaron a estar en la ciudad de Dios. Siempre este tipo de Lucifer busca ascender sobre aquellos que tienen la imagen celestial, y que brillan en la Iglesia como estrellas de Dios: y sentarse en el monte del pacto o testamento, es decir, en la Iglesia, que está colocada en lo alto, y posee habitantes de los lados del norte. Quien tanto se ha olvidado de sí mismo, que quiere subir sobre las nubes, a las que el Señor mandó que no llovieran sobre Israel, y a las que llegó la verdad del Señor, a quien también Abdías dice: Si te exaltas como el águila, y pones tu nido entre las estrellas del cielo, de allí te derribaré, dice el Señor (Abdías, IV). Infeliz Judas, que como nube era enviado con los otros apóstoles, para llover sobre Israel, y como estrella entre las demás estrellas estaba, a quienes el Señor hablaba: Brille vuestra luz delante de los hombres (Mateo V, 16), por su vicio recibió al ascensor diablo, quien para cumplir las palabras de soberbia, incluso se atrevió a decir: Seré semejante al Altísimo, para que así como Cristo tiene a sus

profetas y apóstoles, así también yo tenga pseudoapóstoles. Pero todas estas cosas deben referirse a los herejes, que aunque están abajo, con su príncipe se jactan de ser altos.

(Vers. 15.) Sin embargo, serás llevado al infierno, al fondo del abismo. LXX: Ahora descenderás al infierno, y a los fundamentos de la tierra. No descenderás al infierno voluntariamente, esto es del Señor Salvador, para liberar a los cautivos de los infiernos, sino que serás llevado al infierno contra tu voluntad, para que quien por las virtudes podía ascender a las alturas, por los vicios sea llevado a los castigos. Los santos tienen alas de águila, y alas de paloma, y pueden decir: Volaré, y descansaré (Salmo LIV). Pero los impíos, semejantes a los egipcios, se hundieron como plomo en las aguas vehementísimas, y se hundieron en el abismo como piedra (Éxodo XV). Por eso también la iniquidad, o como mejor se tiene en hebreo, la impiedad se ve sentada sobre un talento de plomo (Zacarías V). Por lo tanto, aquello que leemos en otro lugar: Todo el que se exalta, será humillado (Lucas XVIII, 14), también lo sufrió el rey de la confusión, para que fuera llevado a los fundamentos de la tierra, o como más verdaderamente se tiene en hebreo, al fondo del abismo. De los fundamentos de la tierra se escribe en Deuteronomio: Un fuego se ha encendido en mi furor, arderá hasta el infierno más profundo. Devorará la tierra, y sus fundamentos (Deuteronomio XXXII, 22), a aquellos que son terrenales. Del abismo también, que por él se significan las profundidades del infierno, estos son los testimonios: Me he asemejado a los que descienden al abismo. Y: Me han puesto en el abismo más profundo (Salmo LXXXVII, 5, 7). Porque así como el abismo recibe las aguas que descienden, así el infierno recibe las almas: al cual abismo descendió Banaias en tiempo de nieve y frío, y mató en él a un león (II Samuel XXIII, y I Crónicas XI). Por eso también los herejes dejan la fuente de agua viva, el Señor, y cavan para sí cisternas rotas que no pueden contener agua. De estas cisternas, que no tienen el fervor del Espíritu Santo; ni son semejantes al profeta Jeremías, quien según los setenta intérpretes hablaba: Encontré agua caliente en el desierto (Jeremías II); sino que, al enfriarse la caridad, perdieron el calor del Espíritu Santo: ese es el abismo, del cual el mismo Jeremías habla: Como el abismo enfría el agua, así la maldad enfría a los que la tienen (Jeremías VI, 7). ¡Ojalá, según el Apocalipsis de Juan, fueran o calientes o fríos (Apocalipsis III), es decir, o creyeran, o no creyeran en absoluto, para que por la tibieza, y la simulación de la fe no fueran rechazados por el Señor!

(Vers. 16, 17.) Los que te vean se inclinarán hacia ti y te observarán. ¿Es este el hombre que perturbó la tierra? ¿Que sacudió los reinos? ¿Que convirtió el mundo en un desierto, destruyó sus ciudades y no abrió la cárcel a sus prisioneros? O como tradujeron los Setenta: ¿no liberó a los que eran llevados? Los que vean al rey Nabucodonosor de Babilonia, no con los ojos, sino con la mirada del corazón, caer del cielo a los infiernos, se inclinarán con humildad, que es contraria a la soberbia, y lo observarán diciendo: ¿No es este el hombre que perturbó o agitó la tierra? Y el sentido es: El que decía: Seré semejante al Altísimo, y se jactaba de ser Dios, se demuestra que es hombre, de quien en el noveno salmo, que es propiamente contra el diablo, se dice: Levántate, Señor, que no se fortalezca el hombre (Sal. IX, 1). Y en el Evangelio: Un enemigo sembró cizaña (Mat. XIII, 25). Por eso leemos que se le dijo a él y a sus socios: Yo dije, dioses sois, e hijos del Altísimo todos. Pero moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes (Sal. LXXXI, 6). Y al mismo bajo la figura del príncipe de Tiro se dice: Porque se enalteció tu corazón, y dijiste: Yo soy Dios, en la morada de Dios habité en el corazón del mar: pero tú eres hombre, y no Dios, y diste tu corazón como el corazón de Dios (Ezeq. XXVIII, 2). Este hombre perturbó toda la tierra, a aquellos que escuchan con Adán: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19), y sacudió reinos o reyes, cuyo corazón está en la mano del Señor (Prov. XXI). Sacudió, dice, no subvirtió. Por eso uno de los que habían sido sacudidos, y sin embargo no había caído, decía: Mis pies casi

resbalaron (Sal. LXXII, 2). Y el Apóstol habla a los creyentes, para que tomen la armadura de Dios y resistan las insidias del diablo (Efes. VI). Pero la casa que está fundada sobre la roca no es sacudida por ninguna tempestad (Mat. VII). Sigue: Que convirtió el mundo en un desierto, o como según el hebreo, todos los demás tradujeron, como un desierto. Pues con vicios y pecados hizo que el mundo, que en hebreo se llama THEBEL (), fuera un desierto, para que no tuviera virtud alguna, o estuviera sujeto a los mismos vicios, con los que la soledad de las naciones está llena. También destruyó las ciudades de ese mundo, para convertir las Iglesias de Cristo en sinagogas del diablo, y manchar la pureza de la verdadera fe con la suciedad herética. Pero tampoco abrió la cárcel a sus prisioneros, es decir, del mundo. Todos estábamos prisioneros, y estábamos encerrados en la cárcel, a quienes el Salvador dijo, salid, y a los que estaban en tinieblas, revelaos. Porque el Señor libera a los encadenados. Los que son liberados por él, dan gracias diciendo: Tú rompiste mis cadenas (Sal. CXV, 17; Jer. II, Prov. V). Pues cada uno está atado con las cuerdas de sus pecados: cuerdas y cadenas que también pueden ser desatadas por los Apóstoles, imitando a su maestro que les dijo: Todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo (Mat. XVIII). Los Apóstoles los desatan con la palabra de Dios, y con los testimonios de las Escrituras, y con la exhortación de las virtudes.

(Vers. 18, 19.) Todos los reyes de las naciones han dormido en gloria, cada uno en su casa. Pero tú has sido arrojado de tu sepulcro como una carroña: contaminado, envuelto con los muertos y atravesados por la espada, que descienden a las piedras del abismo. LXX: Todos los reyes de las naciones han dormido en honor, cada uno en su casa. Pero tú serás arrojado en los montes como un aborto, abominable, y envuelto con los muertos por la espada que descienden a los cimientos de la tierra. Los reyes de las naciones a quienes Dios, según el Cántico de Deuteronomio, había confiado el gobierno de las naciones (Deut. XXXII), que fueron sacudidos por Nabucodonosor, y sin embargo no subvertidos, en quienes no reina el pecado; pero porque su corazón estaba en la mano de Dios, no cayeron. Pues el Salvador, así como es llamado Dios de dioses, así también Señor de señores, y rey de reyes. Estos reyes, por tanto, todos descansaron en su gloria, cada uno en su casa. Porque hay diversas moradas en la casa del Padre (Juan XIV): y por la variedad de virtudes, hay diferencias de habitaciones. Pero Nabucodonosor fue arrojado de su sepulcro, ni siquiera en la muerte descansó de los tormentos. Fue arrojado como carroña, que en hebreo se dice NESER (), que Aquila interpretó como ἰχῶρα, es decir, podredumbre y hedor, que Símaco tradujo como ἔκτρωμα, es decir, aborto, los LXX como muerto, Teodoción como germen: aunque esta misma palabra anteriormente (Cap. XI, 1) donde leemos sobre Cristo: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará, los LXX la tradujeron como flor, Teodoción como germen, Aquila como ἀκρέμονα, es decir, brote. Pero propiamente se llama Neser al brote que nace en las raíces de los árboles, y que los agricultores arrancan como inútil y lo arrojan, de donde también nosotros hemos traducido brote inútil. Así pues, Nabucodonosor, como un brote inútil preparado para el fuego, o como carroña contaminada, y envuelto con aquellos que fueron muertos por él con la espada, y descendieron hasta los cimientos del abismo, será arrastrado al fondo, y ni siquiera tendrá compañía en la sepultura con aquellos que mató. Porque es diferente la pena del autor del delito, y diferente la de quien fue impulsado por el autor. Este es el espada con la que muchos fueron heridos y muertos, de la que leemos en el séptimo salmo: Si no os convertís, afilará su espada, tensará su arco y lo preparará. Y en él preparó armas de muerte: hizo sus flechas ardientes (Sal. VII, 13, 14), para aquellos que recibieron en su corazón los dardos encendidos del diablo. Pero según los LXX, el cadáver de Nabucodonosor yacerá contaminado y atravesado con muchos muertos en los montes de la soberbia, y será llevado al infierno. Los cimientos del abismo, en lugar de las

piedras del abismo, lo interpretó Símaco, para significar con otras palabras el profundo y el tártaro del infierno.

(Vers. 20.) Como un cadáver podrido no tendrás compañía ni con ellos en la sepultura. Porque tú destruiste tu tierra, mataste a tu pueblo. LXX: Como una vestidura mezclada con sangre no será limpia, así tampoco tú serás limpio, porque destruiste mi tierra, y mataste a mi pueblo. Como el hebreo difiere mucho de la edición de los LXX, discutamos por separado sobre cada uno. Como un cadáver podrido, o como tradujo Aquila, pisoteado, no tendrás compañía en la sepultura, ni siquiera con aquellos que mataste. Porque tú eres el maestro, ellos fueron los discípulos: y a quien más se le confía, más se le exige. Porque tú destruiste tu tierra, mataste a tu pueblo, a aquellos que te fueron confiados para gobernar. Por eso se atreve a decirle al Salvador: Todo esto me ha sido entregado, y te lo daré si postrado me adoras (Mat. IV, 9). El cadáver del diablo, podrido por la magnitud de los pecados, no podrá dudar quien haya leído que el pecado es lo más fétido, diciendo el mismo pecador: Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices a causa de mi insensatez (Sal. XXXVII, 6). Por el contrario, la virtud es de buen olor: de donde también el amor de los hermanos espirituales se compara con el ungüento, que desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y sobre el borde de su vestidura (Sal. CXXXII). Y el esposo habla a la esposa: Tu olor es suave, y tu rostro hermoso (Cant. II, 14). Y cómo el cadáver del diablo es espiritualmente pisoteado, nos lo enseña el Apóstol: Dios aplastará a Satanás bajo vuestros pies pronto (Rom. XVI, 20). Y las palabras del Señor diciendo: Como el barro de las calles los borraré (Sal. XVII, 43). Este, porque perdió la tierra que le fue confiada, y masacró al pueblo que se le encomendó, no los reservando vivos para Dios, sino preparándolos como compañeros de su sepultura: por eso no será, ni será llamado en la eternidad semilla de los malvados. Pero según los LXX tiene este sentido: oh Lucifer que nacías por la mañana, que cuando tenías obras de virtud y luz, eras vestidura de Dios, y de ti se podía decir: Vestido de luz como de vestidura (Sal. CIII, 2): porque mataste a muchos con la espada, que descendieron al infierno, y te contaminaste con su sangre, no serás llamado vestidura de Dios, sino vestidura mezclada con sangre, no manchada y contaminada, para que parezca tener algo limpio, sino totalmente ensangrentada. Y esto es notable que se diga al diablo: como una vestidura mezclada con sangre no será limpia, así tampoco tú serás limpio. ¿Dónde están entonces los que dan penitencia al diablo, y dicen que puede ser limpiado? Y no ocultamos inmediatamente la herejía, que afirma que hay diferentes naturalezas; y otra que nunca recibe sanidad. Porque esta vestidura no es inmunda por sí misma, y así fue creada por Dios, con la que antiguamente Dios se vestía; pero porque está mezclada con sangre, y se contamina totalmente por su propio vicio, y con los males que se le acercan, no será limpia. Y por eso no será limpia, porque destruyó la tierra del Señor, mató a su pueblo, la tierra de Judea y [quizás es decir] la tierra de la confesión y destruyendo y matando a los santos: y por eso no permanecerá para siempre. De donde también en el Evangelio se dice: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41). Y cómo el santo es vestidura de Dios, y vestidura nueva, y se viste con la túnica de salvación y alegría, diciendo: Mi alma se regocija en el Señor: porque me vistió con vestidura de salvación, y me rodeó con la túnica de alegría (Isa. LXI, 10): así por el contrario el pecador, que lleva la imagen del hombre viejo y terrenal, merece escuchar: He aquí que todos vosotros como vestidura envejeceréis, y la polilla os devorará (Isa. L, 9). Pero quien haya progresado en el crimen, y no quiera limpiar la vejez con novedad, no será comparado con una vestidura vieja, sino con un paño de mujer menstruante diciendo: Erramos, y todos nos hemos vuelto inmundos, como un paño de mujer menstruante toda nuestra justicia.

(Vers. 21, 22.) Semilla de los malvados, preparad a vuestros hijos para la matanza de las iniquidades de sus padres: no se levantarán ni heredarán la tierra, ni llenarán la faz del mundo

de ciudades. Y me levantaré contra ellos, dice el Señor de los ejércitos: y destruiré el nombre de Babilonia y sus restos, y su germen, y su progenie, dice el Señor de los ejércitos. LXX: Semilla malvada, prepara a tus hijos para la matanza del pecado de tu padre: para que no se levanten y posean la tierra, y llenen la tierra de ciudades. Y me levantaré contra ellos, dice el Señor Sabaoth: y destruiré su nombre y sus restos y su semilla. Por semilla malvada, que los LXX tradujeron, en hebreo está escrito ZERA MRIM (), que los demás interpretaron como semilla de los malvados. No porque la semilla en sí misma sea mala: porque Dios hizo todo bueno (Gén. I); sino porque de aquellos que son malvados por su propia voluntad, la semilla nacida es mala, lo que se hace por voluntad, no por naturaleza: De donde también leemos en Daniel: Semilla de Canaán y no de Judá (Dan. XIII, 56). Y de los buenos hijos se dice por el Apóstol: En Cristo Jesús por el Evangelio yo os engendré (I Cor. IV, 15). Y en el Evangelio: A todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hijos de Dios (Juan I, 12). Porque todo el que hace pecado, es del diablo. A esta semilla, por tanto, se le ordena que prepare a sus hijos, es decir, todas las malas intenciones y malas obras, para la matanza, que nacieron de padres impíos, sin duda significando las fuerzas contrarias. Estos hijos malvados son por eso masacrados en las iniquidades de sus padres, para que no se levanten más y posean la tierra, que debe ser poseída y llenada por los santos, para que en ella se construyan las ciudades del Señor. Y porque la victoria de los hombres no es perfecta: Porque si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la guardan (Sal. CXXVI, 2): por eso el mismo Señor se levantará contra los hijos de los malvados, y destruirá de la confusión su nombre y sus restos, y todo germen y progenie, para que no broten más en las ciudades del Señor. Leemos en el Evangelio (Juan VIII), que el diablo es mentiroso desde el principio y su padre, es decir, del engaño, lo que muchos no entienden, quieren que el padre del diablo sea el dragón, que reina en el mar, que los hebreos llaman Leviatán. Y esto creen que conviene al presente lugar según los LXX Intérpretes, que dijeron: por los pecados de tu padre: cuando claramente en hebreo, ABOTHAM () [quizás OBOTHUM] no significa tu padre, sino sus padres.

(Vers. 23.) Y la pondré en posesión del erizo, y en pantanos de aguas: la barreré con escoba de destrucción, dice el Señor de los ejércitos. LXX: Y pondré a Babilonia desierta, dice el Señor, para que habiten en ella los erizos, y será en nada. Y la pondré en un lodazal, en perdición. Cuando el Señor de los ejércitos haya destruido el nombre de Babilonia, y sus restos, y su germen, y toda su progenie, no estará contento con su destrucción, a menos que la dé en posesión del erizo, y pantanos de aguas, y la barra no ligeramente, y fortuitamente: sino destruyendo para que nada de las antiguas inmundicias permanezca en ella. En los Hechos de los Apóstoles se escribe (Hech. X y XI), en aquel lienzo que descendía de los cuatro extremos del cielo, contenía toda clase de cuadrúpedos, y reptiles, y aves, lo que después el Apóstol explicando, Dios, dice, me mostró que no llamara a ningún hombre inmundo. Por tanto, los hábitos de los hombres se mostraban en los diferentes animales, como los fariseos y saduceos por su maldad son llamados generación de víboras, y por sus engaños Herodes es llamado zorro (Luc. III y XIII); y los lujuriosos y propensos al placer, son llamados caballos, enloquecidos en las hembras (Jer. V): Y, no seáis como el caballo y el mulo, en los que no hay entendimiento (Sal. XXXIV). Por el contrario, los inocentes son llamados palomas y ovejas. Por tanto, según la doctrina del Señor Salvador, quien se regocija en la incertidumbre de las riquezas (I Tim. VI), y se confía no en la armadura de Dios, sino en las espinas y pecados de este mundo, a él se le dice con razón aquello del Evangelio: Necio, esta noche te será quitada tu alma, lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII, 20). Tales habitantes tiene Babilonia desierta de virtudes, donde no hay campo irrigado, que produzca frutos de diversas semillas, sino pantanos estériles, y limosos y fangosos, en los que reptan animales que se deleitan en el lodo. Por eso el Señor clementísimo la barrió vehementemente destruyendo, y como con una escoba hasta limpiarla completamente, para que las semillas de

Babilonia perezcan, y solo sean habitadas por erizos. Cuando veamos a alguien sumergido en el lodo de las riquezas, y como los LXX interpretaron, en un abismo, es decir, en un profundo abismo, y como rodeado de un pantano fangoso, no dudemos en llamarlo erizo, habitante de la desierta Babilonia.

(Vers. 24, 25.) Juró el Señor de los ejércitos diciendo, si no como pensé así será, y como lo medité así sucederá, para que destruya al asirio en mi tierra, y en mis montes lo pisotee. Y se quitará de ellos su yugo, y su carga de sus hombros será quitada. Después de que el erizo haya habitado en la desierta Babilonia, y en lugar de campos irrigados y fértiles los pantanos lo cubran todo: para que nada del antiguo sembrado y abundancia permanezca en Babilonia, se cumplirá el juramento del Señor, y sucederá lo que meditó, para que el asirio sea destruido en su tierra, y en sus montes sea pisoteado. Pues el enemigo temerario, no solo se apresura a ocupar la tierra de Dios y las cosas más humildes, sino también a aquellos que en el servicio de Dios han progresado en virtudes, para que sean comparados con montes, y se diga de ellos: Sus cimientos están en los montes santos (Sal. LXXXVI, 1). Y nota la propiedad. En la tierra es destruido: en los montes de Dios es pisoteado por el mismo Señor. Porque cuando todos los enemigos sean puestos bajo los pies de Cristo, para que la última destruida sea la muerte, entonces se quitará de los santos el gravísimo yugo del asirio, con el que antes los había oprimido, y la carga, o como los LXX tradujeron κῦδος, es decir, gloria, de sus hombros será quitada, para que quitado el yugo de los asirios vean el descanso, porque es bueno, y la tierra, porque es muy fértil, y pongan sus cuellos bajo el yugo de Cristo para trabajar, y se conviertan en hombres agricultores. De donde también Issachar que se interpreta como es recompensa, recibió su nombre de las virtudes. Y en el Profeta leemos: Hay recompensa para los que sirven al Señor (Jerem. XXXI, 16); y en otro lugar: He aquí el Señor, y su recompensa con él (Isa. XL, 10), que dará a cada uno según su obra. Pero que sean destruidos y pisoteados los asirios, es decir, las fuerzas contrarias, también lo enseña aquel Evangelio: He aquí os doy potestad de pisar sobre serpientes, y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo (Luc. X, 19). Y las palabras del Apóstol testifican: Dios aplastará a Satanás bajo vuestros pies pronto (Rom. XVI, 20).

(Vers. 26, 27.) Este es el plan que ha concebido sobre toda la tierra, y esta es la mano extendida sobre todas las naciones. Porque el Señor de los ejércitos ha decretado, ¿y quién podrá debilitarlo? Y su mano está extendida, ¿y quién la apartará? Para toda la tierra, los Setenta interpretaron el universo en el final de la carga o visión contra Babilonia. Lo que estaba oculto se revela, que Dios ha pensado un plan sobre toda la tierra, es decir, el mundo entero, y no solo contra la tierra de los caldeos y el rey asirio y caldeo: y su mano extendida o elevada sobre todas las naciones, y no solo sobre una nación babilónica. De lo cual se muestra que todo lo que se ha dicho no se refiere a una provincia en particular, sino al mundo entero en general. Y lo que se dice: ¿Quién podrá debilitarlo, y quién la apartará? no debemos entenderlo como algo difícil, como se lee: ¿Quién es sabio y entenderá estas cosas? (Sal. CVI, 43). Y: ¿Quién, piensas, es el administrador fiel y prudente? (Luc. XII, 52) y otras cosas similares; sino como algo imposible. Porque nadie podrá debilitar el plan del Señor, ni apartar su mano extendida o sublime, para que no golpee.

(Vers. 28, seqq.) En el año en que murió el rey Acaz, se hizo esta carga. No te alegres, toda Filistea, porque ha sido quebrada la vara de tu golpeador. Porque de la raíz de la serpiente saldrá un basilisco, y su semilla devorará al volador. Y se alimentarán los primogénitos de los pobres, y los pobres descansarán con confianza, y haré perecer de hambre tu raíz, y mataré tus restos. Los Setenta: En el año en que murió el rey Acaz se hizo esta palabra: No se alegren, todos los extranjeros, porque ha sido quebrado el yugo de aquel que los golpeaba.

Porque de la semilla de la serpiente saldrán crías de áspides, y de sus crías saldrán serpientes aladas. Y los pobres se alimentarán por él, y los pobres hombres descansarán en paz. Matará de hambre tu semilla, y matará tus restos. Muerto Acaz, que se interpreta como κατάσχεσις, es decir, obtención o posesión, a quien leemos como un rey impiísimo, se hace este peso sobre los filisteos, o palabra. Porque mientras él vivía y reinaba en los pecadores, no podía hacerse peso contra los extranjeros, ni la palabra de Dios al profeta. Lo cual recuerdo haber dicho antes, cuando muerto Ozías, Isaías vio al Señor sentado sobre un trono alto y elevado. Y leemos en Éxodo (Éxodo XXII), que después de que murió el rey de Egipto, los hijos de Israel gemían por sus trabajos, y clamaron, y su clamor subió por sus trabajos, y el Señor escuchó sus gemidos. Porque si no fuera místico lo que se decía, deberían haber clamado más mientras él reinaba, cuando servían con barro y ladrillos. Por lo tanto, se ordena a los filisteos, a quienes ahora llaman palestinos, y siempre los Setenta traducen como ἀλλόφυλοι, es decir, extranjeros; y se les dice que no se alegren ni se regocijen, porque han quebrado la vara o el yugo de su golpeador (Hebr. XII, 6). Porque a quien ama el Señor corrige, y castiga a todo hijo que recibe. Y como hijos nos instruye Dios, cuando visita con vara nuestras iniquidades, y con azotes nuestros pecados, para que no quite de nosotros su misericordia (Sal. LXXXVIII). Esta es la vara de la que se escribe en otro Salmo: Tu vara y tu cayado me consuelan (Sal. XXII, 4). Esta es la vara, y este es el yugo que el Salvador quiere imponer sobre los cuellos de todos, para que, dejando el yugo de Nabucodonosor, lleven el yugo de Cristo. Pero si alguien lo rechaza y lo quiebra, inmediatamente de la semilla o raíz de la serpiente, que es la serpiente tortuosa, saldrá un basilisco y áspides, y de los áspides saldrán serpientes voladoras, o que devoren al volador. Pero al rechazar el yugo de Dios, y quebrar la disciplina del Señor, primero en nuestros pensamientos se arraiga la semilla de la serpiente, en segundo lugar de la mala semilla nace el basilisco, que es el rey de las serpientes, y se dice que mata a los hombres con su aliento y su vista: o las crías de áspides, de las cuales se dice en el Salmo: Veneno de áspides está bajo sus labios (Sal. XIII, 3; y CXXXIX, 4), que son pecados variados, y del mal tesoro de los pensamientos brotan en malas obras. Y cuando hayan reinado en los hombres extranjeros, que están alejados de Dios, inmediatamente salen serpientes aladas; para que no les baste haber pensado y hecho lo que es malo, sino que también busquen el patrocinio de las malas obras, y finjan diversas herejías. Yo creo que las serpientes aladas son aquellas que se exaltan y elevan contra el conocimiento de Dios, y ponen su boca en el cielo: o que devoran a los voladores, es decir, que con su boca venenosa devoran a cada uno que desea volar y elevarse a lo alto. Y esto por ahora sobre los malos. Pero aquellos que no han quebrado la vara y el yugo de su golpeador, sino que han sometido su cuello al Señor, y son pobres de espíritu, serán alimentados, y dirán: El Señor es mi pastor, nada me faltará (Sal. CXXII, 1). Y oirán del Señor: En pastos abundantes los apacentaré (Ezequiel XXXIV; Juan X); y entrarán y saldrán, y encontrarán pastos. Y los pobres se alimentarán por él, que los golpea para corregirlos: y descansarán en paz, o, con el pastor solícito, ellos actuarán con confianza, y descansarán con Lázaro en el seno de Abraham (Lucas XVI). Pero aquellos que han quebrado el yugo y la vara de su golpeador, sufrirán hambre perpetua; para que no sean alimentados con la palabra de Dios: sino que todos sus restos perezcan, para que no germine nada de la mala semilla.

(Vers. 31, 32.) Aúlla puerta, clama ciudad: toda Filistea ha sido postrada. Porque del norte viene humo: y no hay quien escape de su ejército. ¿Y qué se responderá a los mensajeros de la nación, que el Señor ha fundado Sion, y en él esperarán los pobres de su pueblo? Por mensajeros, es decir, ángeles, que solo Símaco tradujo, todos los reyes interpretaron, engañados por la ambigüedad de la palabra, porque además de una letra ALEPH, que se añade en el vocablo de los ángeles, los reyes y los ángeles se llaman con el mismo nombre en hebreo, es decir, MALACHE (Reyes, Ángeles). En el libro de los Nombres Hebreos encontré

que los filisteos se interpretan como caídos por la copa. Aquellos que se han embriagado con la copa de Babilonia, y han bebido el vino en el que hay lujuria; y entre otros vicios por la embriaguez no han alcanzado el reino de Dios según el Apóstol (Efesios V), a estos se les ordena que su puerta aúlle, y que la ciudad clame. La puerta, creo, es la boca de los herejes, por la cual blasfeman: la ciudad, el alma, que es el tesoro de los malos pensamientos. Esta debe aullar y lamentarse, porque toda ha sido postrada, y arrojada a la tierra, y no hay en ella inteligencia sana ni sabiduría de Dios. ¿Por qué aúlla la puerta? ¿Por qué clama la ciudad? porque toda Filistea ha sido postrada. ¿Y por qué ha sido postrada? el siguiente verso lo muestra: Del norte viene humo, y no hay quien escape de su ejército. Este humo se levanta con los dardos ardientes del diablo, que es nocivo para los ojos, y contrario a la luz, y surge del norte, de donde en Jeremías se enciende la olla (Jeremías I, 14), y de donde arden los males sobre todos los habitantes de la tierra, que no pueden decir: Soy extranjero y peregrino, como todos mis padres (Sal. CXVIII, 19); sino que habitan en la tierra. Por eso en los Proverbios se lee: El viento del norte es duro (Prov. XXV, 23; Eclesiástico XLIII). Pero con otro nombre se llama derecho, que aunque por sí mismo es duro y siniestro, y con cuello muy duro no quiere recibir el yugo de Dios, se llama derecho por aquellos que ponen lo dulce amargo, y lo amargo dulce; que ponen las tinieblas como luz, y la luz como tinieblas. Y no hay quien escape del ejército de este humo; porque nadie está sin pecado, ni aunque su vida sea de un solo día (Job XXV). Y cuando Filistea haya caído, y su humo haya penetrado todo, de modo que nadie pueda escapar de él, ¿qué se dirá a los ángeles, que presiden a cada nación, admirados y deseosos de saber por qué solo Sion, colocada en la atalaya y en lo alto, ha escapado de la amargura de este humo? ¿Qué se les dirá entonces? Sin duda lo que sigue: Porque el Señor la ha fundado, y él es su fundamento. La ha fundado sobre el fundamento de la prudencia, la justicia, la fortaleza, y la templanza, bajo cuyos nombres se entiende a Cristo, de quien también el Apóstol dice: Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo (I Cor. III, 11). Pero el que es necio, y habla necedades, y su corazón entiende vanidades, edifica su casa sobre la arena, que no tiene fundamento. En esta Sion, que ha sido fundada por el Señor, esperarán los pobres o mansos, y humildes de su pueblo, de quienes se dice: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mateo V, 4): y que han oído al Señor hablando: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mateo XII, 29). Que antes de la gloria han sido humillados, y han oído al apóstol Pedro diciendo (I Pedro V, 6): Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte en el tiempo de la visitación. Los pobres son aquellos de quienes leímos antes: Se alimentarán los primogénitos de los pobres, y los pobres descansarán con confianza.

(Cap. XV.---Vers. 1.) Carga de Moab. Los Setenta: Palabra contra Moab. Símaco y Teodoción: Asunción de Moab. Así como la circuncisión es carnal y espiritual, y del espiritual se dice por el Apóstol: Porque nosotros somos la circuncisión, que servimos a Dios en espíritu, y nos gloriamos en el Señor, y no confiamos en la carne (Filipenses III, 3); y de nuevo para distinguir al Israel espiritual, se dice del carnal: Mirad a Israel según la carne (Cor. X, 18): y, Vosotros gentiles en la carne (Efesios II, 11); así Moab debe ser entendido espiritualmente, que se interpreta como de padre, o agua paterna, concebido de incesto y embriaguez, que de algún modo parece haber sido engendrado sin el conocimiento del padre. En muchos lugares de las Escrituras leemos sobre Moab, y especialmente en el libro de los Números, cuando Balac, rey de los moabitas, invitó al adivino Balaam para maldecir, quien entre otras cosas también profetizó misticamente contra Moab: Surgirá una estrella de Jacob, y se levantará un hombre de Israel, y herirá a los príncipes de Moab (Números XXIV, 17).

(Vers. 1). Porque de noche fue devastada Ar, Moab enmudeció; porque de noche fue devastado el muro, Moab enmudeció. Los Setenta: De noche pereció Moab, porque de noche

pereció el muro de Moab. Por AR (), que solo Teodoción puso así, como se lee en hebreo, Aquila y Símaco interpretaron como ciudad, no considerando que entre las letras hebreas AIN y RES no tenía la letra JOD, que si estuviera, correctamente se diría ciudad. La sabiduría secular, de la cual el Señor habla por el Profeta: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes (Abdías 8; I Cor. I, 19): porque tiene el sentido de su autor, que se genera de la condición de Dios, parece nacer de padre, que se interpreta como Moab; pero porque es adúltero, y adversario del pueblo de Dios, se genera de incesto, y en cueva y noche. Por eso pereció de noche, en error eterno. Y los egipcios en el mar Rojo en la vigilia matutina, que muestra el tiempo nocturno, fueron cubiertos por las olas (Éxodo XIV). Y Lot, cuando los sodomitas perecían de noche, llegó a Segor, y le salió el sol (Génesis XIX). Entendiendo esto, el bienaventurado Apóstol escribe sobre los santos y perfectos (I Tes. V, 6, 7): No somos de la noche, ni de las tinieblas, sino que somos hijos del día. Porque los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros que somos del día, vigilemos vestidos con la coraza de la fe y la caridad. Y porque había dejado la noche, y ya había comenzado a ser hijo del día, habla a los creyentes: La noche ha pasado, el día se ha acercado, andemos como de día con honestidad, no en comilonas y borracheras, no en lechos y lujuria (Rom. XIII, 12). Pero cuando la noche de Moab haya perecido, también su muro, que está construido con arte dialéctica, en la misma noche ha sido devastado y destruido, y ha enmudecido con eterno silencio. Por otro lado, Ar, que se interpreta como ἀντίδικος, es decir, adversario, esto muestra que esta sabiduría, que es adversaria de Dios, ha sido superada por el discurso eclesiástico que lucha contra ella.

(Vers. 2.) Subió la casa, y Dimon a las alturas en llanto. Los Setenta: Contristaos en vosotros mismos, porque Dimon perecerá, donde está el altar: allí subiréis a llorar. Toda la casa de la sabiduría adversaria, y Dibon, que se interpreta como su flujo, sube a las alturas, en las que se había enorgullecido: no para ofrecer sacrificios, sino para llorar en lo que antes había pecado. Y en verdad la mentira pasa como un río, y fluye, y nunca puede permanecer con una morada estable. Pero la palabra de Dios, que está compacta, es estable. Por eso el maná, que parece como hielo sobre la faz de la tierra, no fluye, sino que permanece. Por otro lado, según los Setenta, se ordena a los moabitas que se entristezcan y lloren, no sobre otros, esto es de los perfectos sobre sí mismos, porque también su Dibon, es decir, su discurso compuesto, que fluía como un torrente, está destinado a perecer: en el cual tenían como un altar de su consagración, y todas las riquezas seculares. Por eso en el salmo se dice: Si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas. El principio de la salvación es entender y llorar por sus propios pecados.

(Vers. 3 seqq.) Sobre Nebo y sobre Medeba Moab gemirá: en todas sus cabezas habrá calvicie, toda barba será rasurada. En sus plazas están ceñidos de saco: y sobre sus techos y en sus calles todo es gemido: descenderá en llanto. Y gritarán Hesbón y Eleale: hasta Jasa se oyó su voz: por esto los armados de Moab gemirán: su alma gemirá por sí misma. Mi corazón clamará por Moab: sus barras hasta Segor, la ternera de tres años: porque por la subida de Luhit subirá llorando, y en el camino de Oronaim levantarán clamor de quebranto: porque las aguas de Nemrim serán desoladas: porque se secó la hierba, se agotó el brote, toda verdura pereció. Según la magnitud de la obra, y la visita de ellos: los llevarán al torrente de los sauces: porque el clamor rodea el límite de Moab: hasta Eglaim su gemido, y hasta el pozo de Elim su clamor: porque las aguas de Dimón están llenas de sangre. Pues pondré sobre Dimón añadiduras a los que huyeron de Moab, un león, y a los restos de la tierra. Porque toda esta profecía tiene casi un solo sentido, para no desgarrarla proponiéndola por partes, la he puesto toda junta, y lo que me parece según la anagogía en cada una, lo recorreré brevemente. Nebo se interpreta como asiento o profecía: Medeba, del bosque: Hesbón, pensamientos: Eleale,

ascenso: Jasa, hecho o mandato: Segor, pequeño: Luhit, mejillas: Oronaim, agujero de tristeza: Nemrim, leopardos o prevaricadores: Eglaim, terneros o montículos de arena: Elim, carneros o fuertes; Dimón, suficiente dolor. Porque todo dogma contrario a la verdad, que nace en las tinieblas del error sin la inspiración de Dios, ha sido devastado en la noche, y sus argumentos, que se entienden como muros, han sido destruidos por el discurso eclesiástico; de modo que han guardado silencio eterno, hasta el punto de que toda su facción se ha convertido en penitencia y lágrimas, sobre Nebo, es decir, la profecía y el asiento, es decir, sus maestros, y sobre Medeba, donde no hay árboles fructíferos, sino un bosque estéril, en el que habitan bestias, del cual está escrito en el salmo veintiocho: Y revelará las espesuras del bosque: habrá gemido y lamento, y todos los adornos de elocuencia de sus cabezas serán quitados; de modo que quedarán desnudos y deformes. Y si parecían tener algo de virilidad en la barba, rasurada por el hombre eclesiástico, se comprobará que es afeminada y débil. También en sus plazas, es decir, en los desvíos de los errores, mientras cada uno finge lo que quiere según su voluntad, se ciñe de saco de penitencia, y sobre los techos y las casas, en las que primero creían ser sublimes; y en las calles (porque no entran por el camino angosto que lleva a la vida, sino por el ancho que lleva a la muerte) habrá gemido. Y no ascenderán en soberbia, sino que descenderán en llanto. Entonces entenderán todos sus pensamientos vanos, lo que se interpreta como Hesbón, y el ascenso vano de la soberbia, que suena como Eleale, para que su voz se oiga hasta las malas obras que hicieron, y el mandato que creían de Dios, condenándose con su propia confesión. Por eso las barras, es decir, los que fueron firmes en Moab, y entendieron su error, gemirán, y comenzarán a tener esperanza de progreso, cuando su alma haya gemido por sí misma. De ahí que el Profeta hable con afecto compasivo a ellos, cuya alma gemía por sí misma, y diga: Mi corazón clamará por Moab, para provocarlos a la penitencia. Pero sus barras y todos los fundamentos, que parecían tener en las herejías, llegarán hasta Segor, es decir, hasta lo pequeño: y se mostrará que no son robustos, sino frágiles. Esta Segor, es decir, pequeña penitencia, si persevera, los llevará a la salvación perfecta: lo que significa la ternera de tres años, según lo que leemos en el Génesis, donde se ordena a Abraham que ofrezca un becerro, un carnero y un macho cabrío de tres años, sacrificio perfecto, para que merezca ser heredero del Señor (Génesis XV). Y cuando hayan hecho penitencia, por Luhit, es decir, las lágrimas de las mejillas, ascenderán a lo más alto. Y esto como un agujero de tristeza y entrada, levantarán clamor de quebranto al Señor, para que puedan decir: Sacrificio a Dios es un espíritu contrito: un corazón contrito y humillado, Dios no despreciará (Salmo L, 19). Y esto sucederá, porque las aguas de Nemrim, es decir, la doctrina de los herejes, que se compara con leopardos y prevaricadores, será desolada, y se reducirá a nada. Los leopardos son aquellos cuyas variedades y manchas no cambian en Jeremías (Jeremías XIII), y los apóstatas, de los cuales leemos en los Salmos: Consideré a todos los pecadores de la tierra como prevaricadores (Salmo CXVIII, 119). También toda hierba y brote, y todo lo que parecía verde en su discurso, se ha secado. Y según la magnitud de los pecados, han sido visitados por Dios: para que, al no haberlo sentido por los beneficios, lo reconozcan por los castigos. Finalmente, serán llevados al valle o torrente de los sauces, para que no quede en ellos fruto alguno. Pues dicen que esta es la naturaleza de la semilla de estos árboles, que quien la beba en una copa, carecerá de hijos. Por eso también los santos que, por los pecados, comenzaron a estar en la confusión de este mundo, cuelgan sus instrumentos en los sauces de los ríos de Babilonia (Salmo CXXXVI). Todos los límites de Moab son rodeados por el clamor, ya sea de los que provocan a la penitencia, o de los que lloran por el error: para que puedan ofrecer por su gemido los terneros de sus labios, y llegar hasta la fuente de los carneros del Señor, o de los fuertes: porque Elim significa ambos. Pero las aguas de Dimón, que se interpreta como suficiente dolor, o tristeza, que habían contaminado a muchos con su aspersión, serán acusadas de no haber sido para la salvación de los pueblos engañados, sino para la sangre. Por eso el discurso profético promete que sobre

las lágrimas que fluyen, que se interpreta como Dibon, no un solo dolor, sino muchas añadiduras de dolor se multiplicarán: para que, después de haber hecho plena penitencia, y haber huido de Moab, tengan a Dios como príncipe, a quien los Setenta llamaron ariel, que se interpreta como león de Dios: cuya edición en este lugar he omitido discutir, porque en muchos puntos difiere de la verdad hebrea, y de lo que hemos interpretado, también se puede entender el sentido de aquella.

(Cap. XVI.---Vers. 1.) Envía el cordero, el dominador de la tierra, desde la roca del desierto, al monte de la hija de Sion. Y será como ave que huye: y polluelos que vuelan del nido: así serán las hijas de Moab en el paso de Arnón. Toma consejo: reúne consejo: pon como noche tu sombra en el mediodía: esconde a los fugitivos, y no delates a los vagabundos. Habitarán contigo mis fugitivos, Moab, sé su refugio ante el devastador. Porque el polvo ha terminado: el miserable ha sido consumido: ha cesado el que pisoteaba la tierra. Y se preparará en misericordia el trono: y se sentará sobre él en verdad en el tabernáculo de David: juzgando y buscando juicio; y rápidamente devolviendo lo que es justo. Esto que hemos interpretado del hebreo: envía el cordero, el dominador de la tierra, puede leerse así: envía el cordero al dominador de la tierra, de modo que no sea el cordero el dominador de la tierra, como hemos interpretado según la historia: sino que el cordero sea inmolado al dominador de la tierra. Este cordero, que o bien es el dominador de la tierra, o es inmolado al dominador de la tierra, es de la gente de los moabitas, y de los que huyeron de Moab, y merecieron tener al león como príncipe. Significa, sin embargo, a Rut, de quien nació Cristo (Mateo I, 5), a quien llama roca del desierto, porque según el mandato de Dios, los moabitas y amonitas, hasta la décima generación, y hasta la eternidad, no entran en la Iglesia de Dios (Deuteronomio I). Pero quien haya huido del desierto de Moab, para volver de la profecía a la anagogía, y despreciando la mentira, se haya mantenido en el monte de la verdad, será como ave que huye; y como polluelos que vuelan del nido, para no ser devorados por las serpientes moabitas. Así, dice, serán todas las hijas, es decir, las almas moabitas, en el paso de Arnón, que se interpreta como su iluminación: cuando, dejando los errores, hayan trascendido al conocimiento de la verdad. Se dice, por tanto, a Moab, o a quien haya escapado de Moab: No hagas nada sin consejo (Proverbios XIII): ni te dejes llevar por todo viento de doctrina, sino sigue al que es el Ángel del gran consejo (Efesios IV): Y reúne consejo, para que de los vagabundos y errantes hagas la Iglesia de Dios. Pero tu sombra y tabernáculo, en el que antes creías descansar, que era de noche y tinieblas, ponlo en el mediodía, es decir, en la luz más clara, en la que debes esconder a los que huyen del error, y a los que antes eran vagabundos no los delates más. Oh Moab, mis fugitivos que me habían abandonado, que habían salido de la Iglesia, y dejando la doctrina del Espíritu Santo, seguían su propio sentido; o que habían habitado contigo, cuando el devastador diablo comenzó a perseguirlos, tú, con toda tu mente vuelta al temor del Señor, ofréceles refugio: y sabe que después de la venida del Cordero, que nació de la roca del desierto, el dominador de toda la tierra; y vino al monte de la hija de Sion, ha terminado todo el poder del diablo, que se compara con el polvo. Y ha sido consumido el miserable, que hizo miserables a muchos: y ha cesado el que pisoteaba toda la tierra, es decir, a los que eran terrenales. Pero una vez consumido, y reducido a nada, y completamente agotado, se preparará el trono y el reino eterno. Primero en misericordia (pues todos estamos bajo pecado: y necesitamos la gracia de Dios); y se sentará en el tabernáculo de David, que había caído y ha sido levantado, quien después de la misericordia juzgará, y buscará justicia, y dará a cada uno según sus obras. Consideremos desde el principio ya sea de la Carga, o del discurso de Moab, en el que se dice: De noche fue devastada Ar Moab, y lo demás hasta este lugar; y veremos cómo por grados y orden de penitencia de los moabitas se hacen israelitas: y huyen como aves, y vuelan como polluelos del nido, para que trasciendan por Arnón, y habiten en el monte de la hija de Sion: y con todo el poder del diablo o del

Anticristo destruido, Cristo reine en ellos, y ponga su trono en los que han sido salvados por misericordia y justicia. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan V).

(Vers. 6 seqq.) Hemos oído la soberbia de Moab: es muy soberbio. Su soberbia, y su arrogancia, y su indignación, más que su fortaleza. Por eso Moab gemirá a Moab, todo él gemirá: a los que se alegran sobre el muro de ladrillo cocido, hablad de sus plagas: porque los suburbios de Hesbón están desolados, la viña de Sabama. LXX: Hemos oído la injuria de Moab: es muy contumaz: su soberbia, y su injuria, y su furor no como tu adivinación: no así gemirá Moab: si en Moab todos gemirán: a los habitantes de Deseth meditarás: y no te avergonzarás: los campos de Hesbón llorarán la viña de Sabama. Cuántas oscuridades envuelve este lugar según los LXX Intérpretes, es evidente, que apenas puede leerse. Digamos, pues, según el hebreo, es costumbre de las Escrituras, que después de haber levantado la desesperación de la mente humana con un alegre anuncio, nuevamente disuadan a los negligentes y a los que no quieren hacer penitencia con una amenaza, para que la bondad de Dios no endurezca nuestro corazón. De lo cual pongamos un solo ejemplo. En el salmo ciento cuarenta y cuatro leemos: El Señor es bueno para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras (Salmo CXLIV, 9). Y poco después: El Señor sostiene a todos los que caen, y levanta a todos los abatidos. Los ojos de todos esperan en ti, Señor, y tú das su comida a su tiempo oportuno. Y habiendo dicho antes, el Señor guarda a todos los que le aman; para no hacer al oyente negligente, añadió: Y a todos los pecadores destruirá. Porque después de haber profetizado que, consumado el Anticristo y su padre el diablo, que pisoteaba toda la tierra, se preparará el trono en misericordia, y aquel que se sentará en el tabernáculo de David, desde la persona de los santos, que han sido salvados de Moab, y por su experiencia han aprendido su soberbia, el profeta habla: Hemos oído la soberbia de Moab, o la injuria, como los LXX tradujeron. ¿Quién de los herejes no es soberbio? que despreciando la simplicidad eclesiástica, tiene a los hombres de la Iglesia como animales brutos, y se eleva tanto en el tumor de la soberbia y la injuria, que arma su boca contra el mismo Creador, detractando a sus profetas, como con la autoridad del testimonio evangélico, en el que el Salvador dice: Todos los que vinieron antes de mí, ladrones fueron y salteadores (Juan X, 8): tanto que también llama homicida a Moisés, siervo de Dios, y denigra a Jesús hijo de Nave, como a un hombre sanguinario, que fue de tanta santidad, que al mandato de su palabra el sol y la luna se detuvieron: y a David de cuya descendencia nació Cristo (Mateo I), lo llama homicida y adúltero, sin considerar su penitencia y mansedumbre, con la que se compara la clemencia de Dios. Pero aunque sea soberbio y arrogante, y furioso exulte: sin embargo, se atreve más de lo que su fortaleza permite. Por eso Moab gemirá a Moab, es decir, uno a otro: todas las diversidades de los herejes y de la sabiduría secular mugirán entre sí, cuando estén en tormentos (III Reyes VI). Por lo cual a los que tienen muros no construidos con piedras cuadradas, de las cuales se edificó el Templo; y tan pulidas, que no se oyó martillo ni hacha en la casa de Dios, oh vosotros maestros de la Iglesia, o que sois de Moab salvados del error, anunciad sus plagas, con las que han sido heridos por los dardos de los herejes. Porque todos sus pensamientos, que significa Hesbón, no pertenecen a la habitación de la ciudad del Señor, de la cual está escrito: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Salmo XLV, 5); sino que son suburbios, para que se crea que pertenecen a la ciudad del Señor: suburbios que están desolados del auxilio de Dios, o quemados por el fuego divino, especialmente la viña de Sabama, que se interpreta como elevando la altitud, porque se eleva en lo alto, y trata de construir una torre de su soberbia hasta el cielo. Lo que en los LXX está puesto, a los habitantes de Deseth, no se encuentra en el hebreo; sino que en su lugar se lee ARES (), que significa teja, o ladrillo cocido.

(Vers. 9, 10.) Los señores de las naciones cortaron sus flagelos: hasta Jazer llegaron. Erraron en el desierto: sus vástagos quedaron: pasaron el mar. Por esto lloraré en el llanto de Jazer la viña de Sabama: te embriagaré con mi lágrima, Hesbón y Eleale: porque sobre tu vendimia y sobre tu cosecha cayó la voz de los que pisan. Y se quitará la alegría y el júbilo del Carmelo: y en las viñas no se exultará, ni se jubilará: el vino en el lagar no lo pisará quien solía pisar: la voz de los que pisan he quitado. Los suburbios de Hesbón, de los que hablamos antes, están desolados, y la viña de Sabama, que puede interpretarse no solo como elevando la altitud, sino también como alguna conversión: porque parece en la región moabita querer convertirse en parte al servicio del Señor. De esta viña de Sabama, los señores de las naciones, los apóstoles y hombres apostólicos, cortaron completamente los flagelos y vástagos, para que de otras herejías no nacieran otras herejías, y no se hiciera una multitud infinita de errantes. Y no solo cortaron los vástagos de Sabama, sino que llegaron hasta Jazer, que se interpreta como su fortaleza: es decir, a los dogmas más fuertes de los herejes, y construidos con arte dialéctica, en los que parecían tener el vigor de su error; y tanto se ensañó su espada, que finalmente erraron en la soledad, y no tenían a quien matar. Y aunque ellos cortaron sus flagelos, sin embargo, por el vicio de la raíz pésima, quedaron algunos vástagos. Pero los señores de las naciones pasaron el mar, es decir, las tentaciones de este mundo, de las cuales leemos en el salmo: Vine al profundo del mar, y la tempestad me absorbió (Salmo LXVIII, 3); y en otro lugar: Los que descienden al mar en naves, haciendo operaciones en muchas aguas: ellos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en el profundo (Salmo CVI, 23). Estos, por tanto, pasaron el mar, para ver las obras del Señor y sus maravillas en el profundo de las tentaciones, mientras son liberados de ellas. Así que el discurso profético llora la fortaleza de los herejes, es decir, Jazer, y la viña de Sabama; que se eleva contra el conocimiento de Dios. Y te embriagaré con mi lágrima, Hesbón, es decir, sus pensamientos, y Eleale, con los que ascienden a lo alto. ¿Por qué llora Jazer la viña de Sabama, y embriaga Hesbón, y Eleale con sus lágrimas? para que mientras él llora, también les enseñe a llorar. Porque, dice, sobre tu vendimia y sobre tu cosecha cayó la voz de los que pisan. Pues la viña de los moabitas, por la vecindad del lugar, es tal como la viña de los sodomitas, de la cual se dice: De la viña de los sodomitas, su viña, y su vástago de Gomorra (Deuteronomio XXXII, 31). Y en el salmo setenta y siete, leemos de la viña egipcia, que Dios golpeó con granizo. También las cosechas moabitas nacen en los valles que se llaman Refaím: y su falsa vendimia es de la viña, de la cual se dice antes: Los señores de las naciones cortaron sus flagelos. Pues estos pisan uvas amarguísimas, y las pisan con sus pies, para que no se expriman de ellas los venenos del dragón, y todos los que beben sean muertos. También se quitará la alegría y el júbilo de los herejes, con la que antes solían alegrarse: para que después de haber hecho penitencia, merezcan oír: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo V, 5). Y lo que añadió, del Carmelo, significa esto: no que los herejes tengan verdaderamente el Carmelo, es decir, el conocimiento de la circuncisión espiritual; sino que falsamente se jactan de tenerlo. Y cuando hayan sido cortadas las viñas, y quitada la alegría, y el júbilo del conocimiento de falso nombre: entonces no habrá ninguno de los antiguos pisadores, que pise las uvas, que antes pisaba: y su voz enmudecerá en silencio eterno.

(Vers. 11 seqq.) Sobre esto, mi vientre sonará por Moab como una cítara: y mis entrañas por el muro de ladrillos cocidos. Y será que cuando aparezca lo que Moab trabajó desde sus alturas, entrará a sus santuarios para suplicar, y no prevalecerá. Esta es la palabra que el Señor habló a Moab desde entonces. Destruido el error moabita: más bien la falsa alegría convertida en llanto y lágrimas, mi vientre, del profeta, que está compuesto como una cítara por el arte musical, y que concibiendo del temor de Dios, ha procreado muchos hijos, de modo que no hay cuerda que no emita su sonido, resonará el luto del Moab que hace

penitencia: y todas mis entrañas hacia el muro de ladrillos cocidos: por lo cual Teodocio interpretó como hacia el muro derrumbado. Pues todos los apoyos contrarios, en los que antes confiaban, serán destruidos y caerán. Estas son las entrañas e interioridades del profeta, de las cuales también David decía en el Salmo: Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi interior su santo nombre (Salmo 102, 1). Pues así como la cítara no emite un sonido vocal y compuesto, si al menos una cuerda se rompe; así el vientre espiritual del profeta, si le falta una cuerda de virtudes, no podrá resonar una dulce melodía; ni clamar con todas las entrañas al muro de ladrillos. También es opinión de los filósofos que las virtudes se adhieren entre sí; y del apóstol Santiago, que a quien le falta una, le faltan todas las virtudes. Pero cuando Moab entienda que en vano trabajó en lo que antes consideraba alturas, entrará a sus santuarios, no los que son santos por sí mismos, sino los que erróneamente consideraba santos, y no podrá encontrar ayuda. O ciertamente, abandonado el error de la mentira, intentará entrar a los santuarios de la Iglesia, para hacerlos suyos, y orar y suplicar, pero no prevalecerá. Pues no podemos alcanzar la virtud perfecta tan pronto como lo deseamos. Y lo que añade: Esta es la palabra que el Señor habló a Moab desde entonces, como prólogo en el que decía, palabra contra Moab, o carga, sepamos que se ha dado el epílogo, para que lo que allí comenzó, aquí lo complete. Desde entonces, se entiende desde que comenzó a hablarle, para que todo lo que dijo sea una sola palabra de Dios, es decir, una sola sentencia. Además, según los LXX que interpretaron: Las entrañas del profeta renovadas por Dios como un muro, y que Moab se avergüence, y entre a los altares, y a lo que está hecho por manos, podemos disertar así, para decir que siempre las entrañas del profeta se renuevan, y se hacen más fuertes por Dios, para que los adversarios se confundan, y entiendan que lo que está fabricado por manos humanas es vano, y no contribuye a la salvación.

(Vers. 14.) Y ahora el Señor ha hablado, diciendo: En tres años, como años de mercenario, será quitada la gloria de Moab sobre todo su numeroso pueblo, y quedará pequeño y escaso, no numeroso. Los tres años, en los que será quitada la gloria de Moab sobre todo su numeroso pueblo, o sobre sus muchas riquezas, como tradujeron los LXX, deben entenderse místicamente. Pues así como la misericordia del Señor está en pesos y medida: así también los tormentos y castigos tienen su medida, para que después de que pasen tres años, en los que quedará pequeño, y escaso, y no numeroso, entonces, deje de ser sin gloria. Y esto debe notarse, que según la profecía de Ezequiel, cuando los días se cuentan por años para Israel (Ezequiel IV), es decir, para las diez tribus, que pecaron más, se cuentan en penas trescientos noventa años, como se contiene en hebreo, no ciento noventa, como tiene la edición Vulgata: y para Judá, en el que estaba el Templo de Dios, cuarenta años. Pues quien es pequeño, merece misericordia: pero los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sabiduría VI). Y el siervo que conoce la voluntad de su Señor, y no la hace, recibirá muchos azotes (Lucas XII). Moab, por tanto, porque era extranjero, y no del pueblo de Dios, sino convertido tras abandonar el error, no será dejado por muchos años, sino solo tres, pequeño y escaso, y sin gloria. Estos son los años, de los que también leemos en otro lugar: Recordad los días del siglo (Isaías XLVI), y de nuevo: Pensé en los días antiguos, y tuve en mente los años eternos (Salmo LXXVI, 6). Pues si Israel servía a las sombras y ejemplos según la carne, y toda su solemnidad era tipo de lo futuro, ¿por qué no también los años del tiempo presente prefiguran los tiempos futuros? de los que también leemos en otro lugar: ¿Qué haréis en los días de la reunión, y en los días de la festividad del Señor? Y lo que se añade, Como años de mercenario (Oseas IX, 5), esto muestra, que la falsa doctrina hace todo por lucro y ganancia. Pues todo mercenario, y quien no es pastor, cuyas no son las ovejas, cuando ve venir al lobo huye, porque es mercenario, y las ovejas no le pertenecen (Juan X). Por lo cual creo que el extranjero y el mercenario no comen de los santos, ni los siervos son partícipes de los santos. Pues no hacen todo por amor al Señor, sino por recompensa, quienes devoran las casas de las

viudas, y traen sus propios rebaños, para vestirse con sus lanas, y ordeñar su leche (Mateo XXIII). Lo que dijimos de la doctrina mercenaria, lo referimos a las demás cosas. Si doy limosna, para ser glorificado por los hombres, he recibido mi recompensa, y debo ser llamado mercenario. Si finjo ser casto, y otra cosa hay en mi conciencia, no tengo la gloria del mercenario, sino los castigos del pecador. Y en comparación de dos males, es menor mal pecar abiertamente, que simular y fingir santidad. Pero también en esto Moab ha progresado, que quien antes tenía muchos compañeros en su error, después se reduce a pocos; o quien antes era numeroso en las riquezas de los pecados, después de la penitencia sea pequeño y pobre en malicia.

## LIBRO SÉPTIMO.

El séptimo libro es el mismo según la anagogía que el segundo, más bien el último. Pues en este se termina la explicación tropológica de las diez visiones: que cuando lo haya completado con tus oraciones, Eustoquio, y con la ayuda de Cristo, vendré al octavo, y explicaré ambas explicaciones junto con los libros anteriores, hasta el cuarto, de manera conjunta.

(Cap. XVII.---Vers. 1.) Carga de Damasco. Símaco y Teodocio, Asunción de Damasco: LXX, Palabra contra Damasco, añadiendo de su parte, lo que hicieron al principio en Moab. El nombre de Damasco lo leemos por primera vez en el Génesis, quien antes de Isaac fue el siervo nacido en casa de Abraham, y se pensaba que sería heredero, si no hubiera sido por el hijo de Sara nacido de la promesa (Génesis XV). Se interpreta como beso de sangre, o bebedor de sangre, o sangre de cilicio, que todo conviene al pueblo de los gentiles, que antes de la fe de Cristo, era amigo de la sangre y la crueldad, y hacía obras dignas de llanto, y de saco. En el libro de los Días (II Crónicas XXIV) la historia narra, que cumplido el año subió contra Joás rey de Judá el ejército de Siria, y vino a Jerusalén, y mató a todos los príncipes del pueblo, y envió todo el botín al rey de Damasco, quien había venido con pocos hombres: y Dios había entregado en sus manos una gran multitud, porque habían abandonado al Señor Dios de sus padres: lo cual debe considerarse según la anagogía y el tipo de lo futuro, si podemos referirlo al tiempo de la venida del Señor. Pues después del fin del año aceptable, en el que el Evangelio fue predicado por el Salvador, subió de Damasco el ejército de las naciones con pocos hombres contra Judá y Jerusalén, que habían abandonado al Señor: y se llevaron todas sus riquezas de la Ley y los Profetas, y las enviaron al rey de Damasco, es decir, a los hombres eclesiásticos y de la doctrina evangélica, que en comparación con todo el mundo, aún entonces infiel, y de los judíos dispersos por todo el orbe, eran pocos; y sin embargo el Señor entregó Jerusalén en sus manos, porque habían abandonado al Hijo de Dios, que fue predicho antes por los profetas (Hechos IX). Por esta razón creo, y que Saulo, quien después recibió el nombre de Pablo por su virtud, porque era celoso de la Ley, fue a Damasco, y quiso luchar contra los creyentes de entre los gentiles, y allí fue vencido, siguiendo a aquellos que estaban en Damasco, para que desde allí subiera de nuevo a Jerusalén a luchar contra los judíos. Y que a nadie le parezca contrario, si en el libro de las Crónicas se predicen cosas alegres de Damasco, y ahora en Isaías se predicen cosas tristes: porque también de Israel mismo, que ciertamente es la porción de Dios, se anuncian ahora adversidades, ahora prosperidades. Y así como a Israel según la carne, y a las naciones se les dice: Vosotros naciones según la carne, que sois llamados incircuncisión por la que se llama en la carne Circuncisión: así al contrario está Israel según el espíritu, y hay naciones según el espíritu, y entre las demás naciones está Damasco según el espíritu, para que no nos conformemos solo con las fábulas judías.

(Vers. 1 seqq.) He aquí que Damasco dejará de ser ciudad, y será como un montón de piedras en ruina. Las ciudades abandonadas de Aroer serán para los rebaños, y descansarán allí, y no habrá quien los espante, y cesará la ayuda de Efraín, y el reino de Damasco, y las reliquias de Siria, serán como la gloria de los hijos de Israel, dice el Señor de los ejércitos. Como se mostró en el título, por Damasco se significa la vocación de las naciones, que amaban o bebían sangre, que después de haber creído en Cristo, dejarán de ser ciudades de su antigua conversación, y serán como un montón de piedras en ruina. Pues así como los montones de piedras, que están dispersos en los campos, se reúnen en un solo túmulo: así de todas las naciones se ha congregado un montón de creyentes en la ruina del pueblo de los judíos, cayendo ellos, y levantándonos nosotros. También las ciudades abandonadas de AROER (), es decir, tamarisco, serán para los rebaños eclesiásticos, para que las que los judíos abandonaron, nosotros las habitemos: o destruida la idolatría se construya el Evangelio. Esto también lo vemos cumplido en nuestros tiempos: el Serapeo de Alejandría, y el templo de Marnas en Gaza se han levantado como iglesias del Señor, y las ciudades de Aroer han sido preparadas para los rebaños evangélicos. Aroer, es decir, tamarisco, crecen en lugares desérticos, según lo que está escrito en la maldición de aquel hombre que confía en el hombre, y del Señor se aparta su corazón: Será, dice, como tamarisco en el desierto, y no verá el bien cuando venga; sino que habitará en sequedad, en el desierto, en tierra salina e inhabitable (Jeremías XVII, 6). Otros dicen que de este árbol se provocan odios con artes mágicas. Por tanto, los que antes estaban en el desierto de los gentiles, y en el odio del nombre cristiano, servirán a los rebaños de Cristo, que descansarán en ellos, y no habrá quien los espante, porque el Señor habitará entre ellos, y con el Pastor presente, no podrán temer al lobo. Entonces cesará la ayuda de Dios de Efraín, que en este lugar se entienden como los escribas y fariseos, según la profecía de Oseas, que llama a los contrarios al pueblo de Dios, Efraín (Oseas V y VIII). Y cesará el reino de Damasco, para que no reine el pecado, y el príncipe del pecado, el diablo, en Damasco, que antes amaba la sangre; sino que las reliquias de Siria, es decir, los que de entre los gentiles creyeron, sean como antes fue la gloria de los hijos de Israel, quitado de ellos el reino de Dios, y entregado a las naciones, que hacen su fruto, como el Señor Dios de los ejércitos habló por todos sus profetas.

(Vers. 4-6.) Y será en aquel día, se atenuará la gloria de Jacob, y sus carnes gordas se consumirán. Y será como el que recoge en la siega lo que quedó, y su brazo recogerá espigas, y será como el que busca espigas en el valle de Refaim. Y quedará en él como un racimo, y como el rebusco de la oliva, dos o tres olivas en la cima de la rama, o cuatro o cinco en sus cimas, dice el Señor Dios de Israel. Después de que las reliquias de Siria sean, como antes fue la gloria de los hijos de Israel, y por su delito la salvación se dio a las naciones, entonces se atenuará toda la gloria de los judíos, con la que eran gloriosos en todo el mundo, y sus carnes gordas se consumirán, no teniendo profetas, ni señales ni virtudes, ni ayuda presente de Dios, ni dignidad sacerdotal: sino que todo el cuerpo de su gente se marchitará, y se reducirá a nada. Y cuando se dice de la vocación de las naciones: La mies es mucha, pero los obreros pocos (Mateo IX), esos pobres recogerán las reliquias de la mies, que fueron salvadas por los apóstoles, y recogerán espigas muy raras, no de los montes, y lugares elevados, sino en el valle de Refaim, es decir, en la vileza de la letra. Y considera que Refaim, que se interpreta como gigantes, al igual que antes Efraín. Significan a los fariseos y escribas. De hecho, los LXX, en lugar de valle de Refaim, interpretaron valle duro, para expresar la dureza del corazón judío. De cuya humildad se eligen como espigas en la paja y como racimos en la vendimia, los que fueron salvados: y como el rebusco de la oliva de dos, o tres olivas, o cuatro o cinco. Pues cuando vino la percusión del pueblo de los judíos, esa oliva del pueblo de Israel, que bajo Moisés tenía seiscientos mil armados (Números XXVI), y bajo David, al contar Joab, un pueblo innumerable (II Samuel XXIV), apenas pudo ofrecer al Señor

hambriento pocos frutos: dos olivas Pablo y Bernabé, y tres olivas Pedro, Santiago y Juan (Hechos XIII), quienes también en el monte vieron al Señor transfigurado, y merecieron ir con el Señor a la hija del jefe de la sinagoga (Mateo XVII). Cuatro y cinco olivas hacen los otros nueve apóstoles, en los que Judas el traidor fue reemplazado por Matías, que ciertamente por la diversidad de gracias, que nos es desconocida, se separaron en cuatro y cinco olivas, para mostrar el número de los Evangelios y los volúmenes de la Ley, como predicadores de ambos Testamentos (Hechos I).

(Vers. 7, 8.) En aquel día el hombre se inclinará hacia su hacedor: y sus ojos mirarán al Santo de Israel. Y no se inclinará hacia los altares, que hicieron sus manos, y que trabajaron sus dedos: no mirarán los bosques y los santuarios. En aquel tiempo cuando del pueblo de Israel, al que antes se le decía, Oliva fructífera te llamó el Señor tu Dios (Jeremías XI, 16): y de quien leemos en los Salmos: Tus hijos como brotes de olivas alrededor de tu mesa (Salmo CXXVII, 3), por la sequedad de la gracia espiritual apenas el Señor hambriento encontrará dos olivas, y tres, o cuatro, o cinco, entrará la plenitud de las naciones, y no se inclinarán hacia los ídolos hechos por manos, sino hacia su Dios, y mirando al Santo de Israel, y despreciarán los altares, los bosques y los santuarios, sabiendo lo que está escrito: Toda plantación que no plantó el Padre celestial, será arrancada (Mateo 15, 13).

(Vers. 9, 10.) En aquel día las ciudades de su fortaleza serán abandonadas como los arados y las cosechas, que fueron abandonadas ante los hijos de Israel. Y quedará desierta, porque te olvidaste de Dios tu Salvador, y no te acordaste de tu fuerte ayudador. LXX: En aquel día tus ciudades serán abandonadas como abandonaron los amorreos, y los heveos ante los hijos de Israel. Y quedarán desiertas, porque abandonaste a Dios tu Salvador, y no te acordaste del Señor tu ayudador. Así como bajo Moisés, y Josué hijo de Nun, los amorreos, y los heveos, o las demás naciones que habitaban en la tierra de la promesa, abandonaron los arados, y las cosechas, y los montones en los campos, y huyeron, para no ser ocupados por los enemigos: así la tierra de Judá, y todas sus ciudades más robustas, al ser devastadas por los romanos y sitiadas Jerusalén, fueron abandonadas por sus habitantes. Y se hace una apóstrofe a la misma tierra de Judá, es decir, a los que habitaban en ella. Estas cosas las sufriste, porque te olvidaste de Dios tu Salvador, que se interpreta como Jesús, que la Ley y los Profetas te anunciaban continuamente que vendría: y de tu fuerte ayudador, que siempre fue tu auxiliador, no te acordaste. La causa, por tanto, de las ciudades desiertas de Judá, es el olvido del Salvador, que al principio de este profeta decía: Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió.

(Vers. 11.) Por tanto, plantarás una plantación fiel y sembrarás un brote extraño. En el día de tu plantación, la vid silvestre, y por la mañana tu semilla florecerá: la cosecha ha sido arrebatada en el día de la herencia, y dolerá gravemente. LXX: Por eso plantarás una plantación infiel, y semilla infiel, y en el día en que plantes, errarás. Pero si siembras por la mañana, florecerá en cosecha en el día de la herencia: cuando como un padre el hombre da herencia a sus hijos. Por lo que nosotros, según Aquila y Símaco y la LXX, hemos interpretado, en el día de la herencia, que en hebreo se dice BIOM NEHELA (), se puede leer en hebreo, en el día pésimo. Y por lo que Aquila y Teodoción interpretaron, y dolerá el hombre: nosotros, instruidos por los hebreos, en lugar de hombre que en su lengua se dice ENOS, hemos interpretado ANUS (), es decir, gravemente: De cuya ambigüedad de palabra, si el espacio de esta vida lo permite, discutiremos más plenamente en Jeremías, donde según la LXX se dice: Y el hombre es, y ¿quién lo conocerá? Diré entonces lo que propuse: Porque te has olvidado, tierra de Judea, de tu Dios Salvador, y de aquel que siempre te ha dado fortaleza, no te has acordado; por eso plantarás una plantación fiel, o como Aquila y

Teodoción interpretaron, hermosa; o como Símaco, buena, proclamando un solo Dios: pero sembrarás un brote extraño, no recibiendo al Padre, porque no recibes al Hijo. Porque quien cree en el Padre, cree también en el Hijo. Y porque sembraste un brote extraño de blasfemia contra Jesús en las sinagogas de Satanás, por eso no vendimiarás uva, sino vid silvestre. Y cuando parezca que tu brote florece, y tiene alguna apariencia de piedad, mientras apartas a los hombres de los ídolos: sin embargo, cuando vengas a recoger los frutos en el día de la herencia, dolerás gravemente, viendo que el pueblo de las naciones te ha sido preferido. De donde también el Apóstol habla: Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque desearía yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos, que son mis parientes según la carne, que son israelitas, de quienes es la adopción de hijos, y la legislación, y la gloria, y el testamento, y las promesas: cuyos padres y demás (Rom. II, 9 y ss.). Lo que no solo Pablo, sino todo santo habla, deseando que con las ramas del olivo silvestre también la raíz sea salva. Pero aquella herencia es la que conseguimos del Señor, de la cual el Apóstol dice: Hay divisiones de gracias, pero el mismo espíritu, y divisiones de ministerios, pero el mismo Señor: y hay divisiones de operaciones, pero el mismo Dios, que opera todo en todos. Que alguien se maraville, por qué por plantaciones hermosas y buenas, que Aquila y Teodoción y Símaco interpretaron, nosotros dijimos plantación fiel. La palabra hebrea NEEMANIM (), si se escribe con la letra ALEPH, πιστοὺς, es decir, fieles suena: pero si con AIN, y se dice NEAMENIM, significa hermosa. De donde también Noemí, que está escrita con esta letra, habla en Rut (Cap. I, 20): No me llaméis NOEMI (), es decir, hermosa, sino llamadme amarga.

(Vers. 12 y ss.) ¡Ay multitud de muchos pueblos, como multitud de mar sonante, y tumulto de turbas, como sonido de muchas aguas sonarán! Los pueblos sonarán como multitud de aguas inundantes: y él los increpará, y huirán lejos, y serán arrebatados como polvo de montes ante el viento, y como torbellino ante la tempestad. En el tiempo de la tarde, y he aquí turbación: en la mañana, y no subsistirá. Esta es la parte de aquellos que nos devastaron, y la suerte de los que nos saquearon. Arriba leímos bajo el nombre de Damasco, la vocación de las naciones, y el rechazo de los judíos, y por los apóstoles, y en los apóstoles, la elección de unos pocos de los judíos que creyeron. Y puesto que en comparación con todo el mundo y todas las naciones, una pequeña parte del pueblo creyó en Cristo, de los cuales se dijo arriba: Y el remanente de Siria será como la gloria de los hijos de Israel (Porque muchos (Mat. XXII, 14) son llamados, pero pocos elegidos); y: No es de todos la fe (II Tes. III, 2): ahora consecuentemente se introduce no un lamento, sino un ¡ay! a aquellas naciones que no quisieron creer, y persiguieron al pueblo cristiano. Y se comparan con masas de olas y mar rugiente, y cuanto en sí es, deseando oprimir y ocupar todo. Porque los pueblos sonarán en los espectáculos de la lujuria teatral, y en la crueldad del anfiteatro, y en las furias del circo, como el sonido de aguas inundantes, cuando con voz consonante de impiedad blasfeman, y dicen que los cristianos sean arrojados a los leones y bestias, y otras cosas semejantes. Pero mientras ellos furiosos como el mar, el Señor increpará al autor de su sedición, y lo ahuyentará de su pueblo. Y como el polvo movido en los montes, cuanto más alto es, tanto más fuerte es arrebatado; y como el torbellino, que surge de la tierra, es llevado súbitamente en tempestad a lo alto: así también él, arrebatado, será separado del pueblo de Dios y huirá, para no ser relegado a los abismos. Y cuando llegue el día de la consumación, que se interpreta como tarde, entonces habrá turbación, conociendo sus pecados. Y en el tiempo de la mañana, es decir, el día de la resurrección, no subsistirá, lo que la LXX tradujo, no será. Pero si no será, ¿qué responderán aquellos que dan penitencia al diablo, y a él cuanto en sí es, prometen el rango arcangélico? Esta es la parte de aquellos que nos devastaron, y la suerte de los que nos saquearon. Esto lo dice el pueblo cristiano, o el profeta en persona del pueblo

creyente, que sus perseguidores tendrán destrucción eterna, quienes con exilios, cárceles, proscripciones de bienes oprimieron a los santos de Dios, y poseerán castigos eternos.

(Cap. XVIII---Vers. 1 y ss.) ¡Ay tierra del címbalo de alas, que está más allá de los ríos de Etiopía, que envía en el mar mensajeros, y en vasijas de papiro sobre las aguas: id, ángeles veloces, a la nación convulsa y desgarrada: al pueblo horrible, tras el cual no hay otro: a la nación expectante, expectante y pisoteada, cuyos ríos saquearon su tierra. Todos los habitantes del orbe, que moráis en la tierra, cuando se eleve la señal en los montes, veréis y oiréis el sonido de la trompeta. LXX: ¡Ay tierra de las naves de alas más allá de los ríos de Etiopía, que envías en el mar rehenes, y cartas biblianas sobre el agua. Porque irán mensajeros ligeros a la nación excelsa, y pueblo peregrino y pésimo, que está más allá de él: nación sin esperanza, y pisoteada, ahora los ríos de toda la tierra como región que se habita [Al. se habitará]: se habitará su región, como si se elevara una señal del monte, y se oyera la voz de la trompeta. He puesto ambas ediciones en una profecía oscurísima para que no parezca faltar nada a los que desean entender lo que está escrito. Y al mismo tiempo me maravillo mucho de aquellos que consideran nuestra fe, y la esperanza cristiana, contenta con la simplicidad, porque está escrito: El mandamiento de Dios es claro iluminando los ojos (Sal. XVIII, 9): ni debemos buscar más que cumplir lo que se ha mandado: ya que por eso toda la Escritura, y los Profetas especialmente están envueltos en misterios futuros, para provocarnos a la inteligencia, y a aquello que en el Evangelio se dice: Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis: llamad, y se os abrirá. Porque entonces según la historia y lo que se contiene en hebreo, lo expuse en el quinto libro, ahora expondré lo que me parece según la anagogía. Quizás un lector prudente inquiera, qué significa en la Visión, o Carga de Damasco, el címbalo de alas y lo demás que sigue. Después de que se ha dicho de la vocación de las naciones, del rechazo de los judíos, y de la elección de aquellos que creyeron por los apóstoles, y después de la multitud de las naciones y los perseguidores, que se compararon con las olas del mar: seguía que también de las herejías, que han afligido a la Iglesia, y hasta ahora la saquean, el discurso profético anunciara, que, mientras el padre de familia duerme, en el campo de la Iglesia sembraron cizaña (Mat. XIII). Y se les llama címbalo, no teniendo la caridad de Dios, según aquello del Apóstol: Si hablo en lenguas de hombres y de ángeles: pero no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe (I Cor. XIII, 1). Y no solo címbalo que resuena con sonido ronco, sino por la ligereza del discurso herético que corre en diversas direcciones, se les llama címbalo de alas, o según los Setenta, alas de naves, que prometiendo grandes mercancías, navegan en los mares de este siglo. Alas de naves, entiende las velas con las que se suspenden y se arrastran. Y bien dijo alas de naves, pues todo hereje promete cosas excelsas, y aunque se jacte de tener alas, sin embargo, se queda en los salados mares, y no se aleja mucho de la tierra, y en medio del curso sufre de repente naufragio. De donde Aquila por címbalo, interpretó sombra de alas, pues no tienen alas, sino semejanza de alas. Y lo que añade, que está más allá de los ríos de Etiopía, significa que con su impiedad todos los herejes superan. Por ejemplo: Dice Epicuro que no hay providencia, y que el placer es el mayor bien. En comparación con este, más criminal es Marción, y todos los herejes, que desgarran el Antiguo Testamento. Pues ¿a qué utilidad de los hombres pertenecen las serpientes, escorpiones, cocodrilos, y pulgas, chinches y mosquitos? Estos, por tanto, están más allá de los ríos de Etiopía, y envían en el mar de este siglo mensajeros, es decir, sus discípulos, que llevando sus volúmenes, correctamente se dice que llevan vasijas de papiro, es decir, de papel sobre las aguas, que se borran rápidamente. Pues así como los libros junto a las aguas y humedades se oscurecen, se borran y perecen rápidamente: así su discurso y doctrina, cuando al principio parece tener alguna fortaleza, pasa y se desliza. Por tanto, irónicamente se les dice: Oh ángeles de los herejes, id veloces. A quienes el bienaventurado apóstol Pablo llama falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se

transforman en apóstoles de Cristo (II Cor. XI). Y id a la nación arrancada y desgarrada: arrancada de Dios, y desgarrada por las mordeduras de los herejes. Al pueblo horrible; pues nada es más horrible que la blasfemia, que pone en alto su boca. Tras el cual no hay otro pueblo: pues todo pecado comparado con la blasfemia, es más leve. Nación expectante, expectante, y pisoteada. Pues todos los herejes se prometen a sí mismos cosas celestiales, y prometen cosas grandes, y sin embargo son pisoteados por los demonios. Cuyo territorio los ríos han saqueado, que no tienen aguas del cielo, sino de la tierra. Pues ¿qué rincón hay, qué extrema soledad de tierras, a la que no llegue el turbio discurso de los herejes? Por tanto, todos los que habitan y moran en el orbe de la tierra, al signo de los herejes, que como elevado en los montes, levantan sus ojos, y oyen el sonido de la trompeta, es decir, de su doctrina. Esto según el hebreo. Pero según los Setenta se lamentan las alas de los herejes, que como naves vuelan por el mar de este siglo, y superan la impiedad de los gentiles, a quienes ahora la Escritura llama etíopes: y se dice a su doctrina, y discurso: Que envías en el mar de este siglo libros, rehenes de tu perversidad, y cartas para engañar a aquellos que las leerán. Van mensajeros ligeros a la nación excelsa, y pueblo peregrino y pésimo. Pues ninguno de los eclesiásticos tiene tanto estudio en el bien, como los herejes en el mal, y en eso consideran que han conseguido ganancia, si engañan a otros, y ellos perdidos, pierden a los demás. Y la nación se llama excelsa por su soberbia: y peregrina y pésima, porque es ajena a Dios. Verdaderamente nación sin esperanza, y pisoteada, cuyos ríos en toda la tierra imitan la habitación de la Iglesia, para encontrar para sí hospedaje y región, en la que eleven el signo de su doctrina, en la que hagan sonar la trompeta de las Escrituras.

(Vers. 4 y ss.) Porque así dice el Señor a mí, descansaré, y consideraré en mi lugar: como la luz meridiana es clara, y como nube de rocío en el día de la cosecha. Pues antes de la cosecha todo ha florecido, y la perfección inmadura germinará, y se cortarán sus ramitas con hoces: y lo que quede, se cortará, se sacudirá. Y se dejarán juntas a las aves de los montes, y a las bestias de la tierra, y en el verano perpetuo estarán sobre él las aves, y todas las bestias de la tierra sobre él invernarán. En aquel tiempo se llevará un regalo al Señor de los ejércitos de un pueblo disperso, y desgarrado, de un pueblo horrible, tras el cual no hubo otro, de una nación expectante, expectante y pisoteada, cuyos ríos saquearon su tierra, al lugar del nombre del Señor de los ejércitos, el monte Sion. Descansa y contempla Dios en su lugar, o según Aquila, en el firmamento, es decir, en la Iglesia, de la cual habla Pablo Apóstol: Columna y firmamento de la verdad (I Tim. III, 15). Contempla lo que se hace en la Iglesia; y así como la luz meridiana es clara, así todo lo ilumina: según aquello que en el Salmo dieciocho según la Anagogía se dice del sol de justicia: Ni hay quien se esconda de su calor (Sal. XVIII, 7). Y como la nube de rocío en el día de la cosecha, y en el ardiente verano es gratísima, así el Señor refrigera a los habitantes de su Iglesia, en cuya presencia todo florece. Y antes de que llegue el tiempo de la consumación, porque ahora conocemos en parte y profetizamos en parte, muchos perfectos se encontrarán, de los cuales el Apóstol habla: Cuantos somos perfectos, esto sintamos (I Cor. XIII; Fil. III, 15). Pero las ramitas, que son inútiles, se cortarán con hoces, diciendo el Salvador en el Evangelio: Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano en mí que no lleva fruto, lo quitará, y todo el que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto (Juan XV, 2). Y lo que se haya cortado, se dejará a las aves de los montes y a las bestias de la tierra. A las aves, que devoran lo sembrado junto al camino, y a las bestias, a las que se entrega el alma que no confiesa a Dios, de modo que quien haya sido cortado y arrojado por el Señor, y separado de su cuerpo, que es la Iglesia, tanto en verano como en invierno, es decir, en prosperidades y adversidades, sea morada de aves y bestias. Pero así como aquellos que son inútiles e infructuosos en la Iglesia, se cortan y se arrojan, para que un poco de levadura no corrompa toda la masa: así al contrario puede suceder, que quienes fueron engañados por el error herético, y arrancados del Señor y

desgarrados, y horribles por la blasfemia, y en vano esperando mentiras, y pisoteados por los demonios, y dispersados por los ríos en diversas partes, cuando recuerden a su Dios, y abandonen a sus malos maestros, ofrezcan un regalo al Señor de los ejércitos, no en otro lugar sino en el monte Sion, y en la atalaya, que se interpreta como Iglesia. Decimos brevemente, porque en el libro de la explicación histórica ya hemos dicho muchas cosas.

(Cap. XIX.---Vers. 1.) Carga de Egipto. Símaco y Teodoción: Asunción de Egipto. LXX: Visión de Egipto. Donde en hebreo está escrito MASSA MESRAIM (), que nosotros hemos interpretado, Carga o peso de Egipto: por lo que Aquila tradujo ἄρμα Αἰγύπτου, podemos decir que por el hecho de que el profeta lleva, y porta el yugo del Señor, ha sido digno de ver, o portar la profecía de Egipto. Por lo cual me maravillo de que los LXX en Babilonia interpretaron Carga como Visión; y en Filisteos, y Moab, y Damasco, Palabra; y ahora en Egipto Versión; cuando en hebreo en todos estos no se pone Palabra y Visión, sino MASSA (), es decir, Carga, peso. Pero lo que Símaco y Teodoción siempre interpretaron λῆμμα, es decir, asunción, debemos saber que el profeta recibió del Señor la gracia espiritual, para conocer los misterios de Egipto, o ver con los ojos de la mente, como los LXX tradujeron. Sin embargo, no es este Egipto el que los judíos piensan, como lo pensó Josefo, quien en los libros de las Antigüedades refiere: Onías sacerdote cumplió la profecía de Isaías, para que en el territorio heliopolitano, que los egipcios llaman νομὸν, construyera un templo a semejanza del Templo de Dios, y un altar. Supongamos que concedemos que estas cosas se dijeron de Onías y del altar que construyó en Egipto, ¿cuáles serán las cinco ciudades que en Egipto hablarán la lengua cananea: de las cuales una según los LXX se llama ἀσεδὲκ: según otros intérpretes, ciudad ARS o ARES, o ciudad del sol? ¿Y quién será este salvador, que fue enviado a los egipcios, para salvarlos, y que los egipcios conocieran al Señor? ¿Cuándo lo adoraron con sacrificios y ofrendas, y cumplieron votos? ¿Cuándo el Señor hirió a Egipto y lo sanó? ¿En qué tiempo podremos demostrar que hubo un camino de Egipto a los asirios, y que los asirios entraron en Egipto, y los egipcios en los asirios; y que los egipcios sirvieron a Asur? ¿Cuándo Israel fue el tercero en Egipto; y entre los asirios como una bendición en medio de la tierra: de modo que el Señor dijera: Bendito mi pueblo Egipto, y obra de mis manos el asirio? Es evidente que estas cosas no pertenecen a este Egipto que los judíos consideran. Por tanto, este lugar que habitamos, y el mundo que está puesto en el maligno: podemos llamar Egipto, especialmente porque MESRAIM (), que se dice Egipto, se interpreta ἐκθλίβουσα, es decir, tribulante, o reduciendo a angustia. Sin embargo, es necesario saber que muchas cosas de la Carga de Egipto, o Visión, pertenecen a la provincia de Egipto, que hasta hoy se habita y se ve. Pero también en este y en otros lugares de las Escrituras se ponen muchas cosas, que no podrían sostenerse según la historia: para que por necesidad de las cosas nos veamos obligados a buscar una inteligencia más alta.

(Vers. 1 seqq.) He aquí que el Señor ascenderá sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y se conmoverán los ídolos de Egipto ante su presencia, y el corazón de Egipto se derretirá en su interior. Y haré que los egipcios se enfrenten entre sí, y peleará el hombre contra su hermano, y el hombre contra su amigo, ciudad contra ciudad, reino contra reino. Y se romperá el espíritu de Egipto en sus entrañas: y precipitaré su consejo; y consultarán sus ídolos y sus adivinos, y a los pitones y a los hechiceros. Y entregaré a Egipto en manos de señores crueles, y un rey fuerte los dominará, dice el Señor Dios de los ejércitos. La mayor parte de la profecía de Egipto, que Isaías levantó o vio, la he tratado en la explicación histórica. Por lo tanto, ahora, según la tropología, se deben recoger los puntos principales. El Señor ascendió sobre una nube ligera, el cuerpo de la santa Virgen María, que no fue gravado por el peso de la semilla humana: o ciertamente su propio cuerpo, que fue concebido por el Espíritu Santo. Y entró en el Egipto de este mundo; y de inmediato todos los ídolos de Egipto

se conmovieron: de tal manera que las adivinaciones y todo el engaño de la idolatría, que poseía al mundo engañado, sintieron que estaban rotos: tanto que los magos de Oriente, instruidos por los demonios, o según la profecía de Balaam (Núm. XXIV) entendiendo que había nacido el Hijo de Dios, quien destruiría todo el poder de su arte, vinieron a Belén, y guiados por la estrella, adoraron al niño (Mat. II). Entonces todo el corazón de Egipto se derritió, y los egipcios se levantaron contra los egipcios, según lo que el Señor dice en el Evangelio: No penséis que he venido a traer paz a la tierra: no he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a dividir al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra (Mat. X, 34 seqq.). En ese tiempo también se cumplió aquello: Los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Miq. VII, 6). Y peleará el hombre contra su hermano, y el hombre contra su amigo. Porque en una casa fueron separados, dos contra tres, y tres contra dos, y el padre fue dividido contra el hijo, y el hijo contra el padre, ciudad contra ciudad, y reino contra reino, de aquellos que no creyeron, contra aquellos que creyeron, o ciertamente de aquellos que creyeron, deseando salvar a sus prójimos. Y se rompió el espíritu de Egipto en sus entrañas, para que no sintieran lo mismo; sino que, separados por la espada espiritual, reconocieran que todo su consejo había sido precipitado: y sin embargo, permaneciendo en su error anterior, aquellos que no quisieron aceptar la verdad de la fe, consultaron a sus ídolos, y a sus adivinos, y a los pitones, y a los hechiceros. Y cuando hicieron esto, el Señor los entregó en manos de señores crueles, según aquello apostólico: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20); para que, oprimidos por una servidumbre durísima, regresen al Señor clementísimo. Y bellamente llama a los demonios señores crueles, a quienes nada es más cruel. También el rey fuerte, que es su Señor, se entiende claramente como el diablo, a quien en el Evangelio el Señor llama suerte, y al ser atado y oprimido, los bienes de su casa y el botín son saqueados.

(Vers. 5 seqq.) Y se secará el agua del mar, y el río se desolará y se secará, y los ríos disminuirán, se atenuarán y se secarán los arroyos de los diques. El junco y la caña se marchitarán: el cauce del río se desnudará de su fuente, y toda semilla de riego se secará: se marchitará y no será. Y se lamentarán los pescadores, y llorarán todos los que lanzan el anzuelo al río, y los que extienden la red sobre la superficie del agua, y se secarán. Y se confundirán los que trabajan el lino, trenzando y tejiendo telas finas, y sus riegos se marchitarán, todos los que hacían estanques para atrapar peces. Los príncipes de Tanis son necios, los sabios consejeros de Faraón dieron un consejo insensato. Cuando el rey fuerte, duro, domine en Egipto, se secará toda doctrina y belleza de la elocuencia secular, y el mismo manantial de todos los ríos, el diablo, de quien surgen todas las mentiras, se desolará: de tal manera que los demás ríos y arroyos, que se llenaban de las turbias aguas del Nilo, se agotarán. También el junco y la caña se marchitarán por la extrema sequedad. Por junco, los LXX tradujeron papiro, del cual se hace el papel, añadiendo de su parte achi verde, que no se encuentra en el hebreo. Y cuando pregunté a los eruditos qué significaba esta palabra, escuché que los egipcios llaman con este nombre en su lengua a todo lo que nace verde en el pantano. La caña, según la tropología, es una palabra vacía, que no tiene nada sólido en sí misma: y el papiro, que parece tener médula, y no está vacío, sin embargo, es frágil, y pronto se marchita. También todos los arroyos, al secarse la fuente de los ríos, se secarán, y todo lo que antes era regado por las aguas egipcias, se secará y no será: de tal manera que los pescadores egipcios, que son muy contrarios a los pescadores del Señor, se lamentarán, y llorarán los que lanzaban el anzuelo al río, y extendían la red sobre la superficie del agua. Los que engañan a cada uno, lanzan el anzuelo en aguas turbias. Pero los que engañan a muchos a la vez, de tal manera que hablan públicamente en las sinagogas de Satanás, y desvían a las multitudes, estos lanzan la red sobre las aguas egipcias. También se confundirán los que trabajaban el lino, para hacer vestiduras de sacerdotes; trenzándolo y tejiendo telas finas: lo

que propiamente pertenece al arte de los dialécticos. Por telas finas, los LXX tradujeron byssum, que también se teje en las vestiduras de los sacerdotes. Y lo que sigue: Y sus riegos se marchitarán, todos los que hacían estanques para atrapar peces, esto significa que todas las trampas de los pescadores egipcios serán destruidas y perecerán. Por los estanques que se hacían para atrapar peces, que hemos interpretado según el sentido, y en hebreo, y en todos los intérpretes, en lugar de peces se ponen almas, para que seamos llevados de la historia a la tropología, que estos pescadores, que hacían estanques y fosas, lo hacían para engañar almas en ellas. Es de notar que por estanques los LXX tradujeron ζύθον, que es un tipo de bebida hecha de cereales y agua, y comúnmente en las provincias de Dalmacia y Panonia, en lenguaje gentil y bárbaro, se llama sabaium. Esto es usado principalmente por los egipcios, para no dar a beber aguas puras, sino turbias, y similares a heces mezcladas, para que por este tipo de bebida se muestre la doctrina de la perversidad herética. Entonces serán necios los príncipes de Tanis, que se interpreta como mandato humilde. Porque todos los herejes enseñan una humildad contraria a la altura, y arrastran hacia el infierno, y son príncipes de un mandato humilde y abatido. También los consejeros de Faraón, que es el rey de Egipto, y correctamente se expresa como dispersador, y dividido, y separado en varias partes, serán acusados de haber dado un consejo insensato, cuando el Señor destruya la sabiduría de los sabios, y repruebe la inteligencia de los prudentes (I Cor. I).

(Vers. 12 seqq.) ¿Cómo decís a Faraón: hijo de sabios soy, hijo de antiguos reyes? ¿Dónde están ahora tus sabios? que te anuncien, y te indiquen qué ha pensado el Señor de los ejércitos sobre Egipto. Se han vuelto necios los príncipes de Tanis, se han marchitado los príncipes de Menfis, han engañado a Egipto, el ángulo de sus pueblos. El Señor ha mezclado en medio de él un espíritu de vértigo, y han hecho errar a Egipto en toda su obra, como yerra el ebrio y vomita. Y no habrá en Egipto obra que haga cabeza y cola, encorvando y refrenando. Los herejes suelen decir a su rey o Faraón: Somos hijos de sabios, que desde el principio nos han transmitido la doctrina apostólica: somos hijos de antiguos reyes, que se llaman reyes de los filósofos, y tenemos el conocimiento de las Escrituras unido a la sabiduría secular. A quienes ahora interroga, ya sea al mismo rey de los herejes, dónde están sus sabios que despreciaban la simplicidad eclesiástica: y les obliga a responder, qué ha pensado el Señor Sabaoth sobre Egipto de este mundo, y qué hará en la consumación. Se han aprobado como necios los príncipes de Tanis que tuvieron el mandato humilde de los herejes. Se han marchitado todos los príncipes de Menfis, que se jactaban de la elocuencia y la boca. Menfis, de hecho, se interpreta como boca, o de la boca, y metafóricamente suena como discurso. Y lo que sigue: Han engañado a Egipto, el ángulo de sus pueblos, o según los LXX: engañarán a Egipto por tribus, esto significa que el reino de la sabiduría secular se mostrará como necio, y los príncipes de cada dogma, que se interpretan como tribus, serán acusados de tener maestros necios. Porque el Señor les ha mezclado un espíritu de vértigo, o de errores, según lo que está escrito: Y como no aprobaron tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada (Rom. I, 24). Y como el que es santo, puede decir con Isaías: Haremos el espíritu de tu salvación sobre la tierra, así el que es pecador, hará el espíritu de error, es decir, el espíritu de malicia: según lo que también leemos en Jeremías: Tu transgresión te reprenderá, y tu maldad te corregirá (Jer. II, 19). Pero si el hereje se escandaliza, que no acepta el Antiguo Testamento, que el Señor se dice que mezcla el espíritu de error o vértigo, que escuche lo que está escrito en el Apóstol, es decir, en el Nuevo Testamento: Dios los entregó a los deseos de su corazón a la impureza (Rom. I, 24). Y de nuevo: Por eso Dios los entregó a pasiones deshonrosas. Y nuevamente: Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene. Son entregados en los deseos del corazón, porque cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Lo cual no solo leemos en la Epístola a los Romanos, sino

también a los Tesalonicenses sobre el Anticristo: Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos, Dios les enviará una operación de error, para que crean en la mentira, y sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la mentira (II Tes. II, 10): lo cual creo que el Apóstol Pablo tomó de la presente lectura de Isaías, en la que dice: El Señor les mezcló un espíritu de error, y han hecho errar a Egipto en todas sus obras, como yerra, dice, el ebrio y vomita, que se ha embriagado con vicios. De los cuales ebrios habla Joel: Ay de los que están ebrios sin vino. Y no solo ebrios: sino también vomitando la furia de los dragones, y la furia de las áspides incurable, para que después de haber vomitado tal vino, entiendan su embriaguez, y reconozcan que mientras estuvieron ebrios, no tuvieron ni principio ni fin, es decir, ni cabeza ni cola: sino un tronco de animal por ambos lados. Por principio y fin, que tanto Símaco como los LXX tradujeron, Teodocio, a su manera, puso las mismas palabras hebreas CHAPHPHE () y AGMON (): que Aquila interpretó como encorvado, y perverso. En encorvado, queriendo que se entiendan los ancianos; en perverso, los jóvenes lascivos, que hacen todas las cosas perversas; y por lo tanto, el sentido es que en Egipto no solo falta la cabeza y la cola, sino también los ancianos y los jóvenes, es decir, tanto el principio como el fin.

(Vers. 16, 17.) En aquel día Egipto será como mujeres, y se asombrará, y temerá ante la conmoción de la mano del Señor de los ejércitos, que él moverá sobre ella. Y la tierra de Judá será para Egipto un terror: todo el que se acuerde de ella, temerá ante el consejo del Señor de los ejércitos, que él ha pensado sobre ella. En ese tiempo, porque esto, como hemos dicho a menudo, significa día, cuando el Señor haya mezclado el espíritu de error y vértigo, para que Egipto vomite el vino de los dragones, y la furia de las áspides incurable, entendiendo su error y su embriaguez anterior, Egipto temerá como una mujer, no con el temor fortuito, que suele suceder a los hombres, a quienes Egipto no ama, sino que ahoga y mata; sino con el temor femenino, a quienes solo Faraón quiere que vivan. Temblará ante la conmoción, o la elevación de la mano del Señor, por la cual se demuestran los castigos, que él moverá y elevará, para golpear a Egipto. Entonces la tierra de Judá, es decir, el conocimiento de las Escrituras, la ley y los profetas, los Evangelios y las epístolas de los Apóstoles, serán para Egipto un terror, si las conoce: o un temor, si por comparación de su doctrina y verdad entiende que ha tenido mentira. Todo el que se acuerde de esta tierra, temerá con ese temor que lleva a la vida: Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. IX, 10). Y esto no solo en la consumación del mundo, sino también en el tiempo presente podemos entenderlo; que todo hereje teme al hombre eclesiástico, y erudito en las doctrinas celestiales, y se aterroriza al recordarlo. Temblará y temerá el consejo del Señor, que ha pensado sobre Egipto de este mundo. Hemos pasado brevemente por cada punto, para pasar a lo siguiente.

(Vers. 18.) En aquel día habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto hablando la lengua cananea, y jurando por el Señor de los ejércitos: una será llamada ciudad del sol. Mucho beneficia la mano del Señor elevada o movida sobre Egipto, para que la tierra de Judá sea para él un terror, y todo el que se acuerde de ella, tiemble. En ese tiempo cinco ciudades en la tierra de Egipto hablarán la lengua de Canaán, que muchos de los nuestros entienden como los cinco sentidos, la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Cuando vemos a una mujer para desearla, nuestra vista habla la lengua egipcia. Cuando escuchamos un juicio de sangre, diciendo el Señor: No recibirás una audición vana (IV Rey. XII, 21, según los LXX), nuestro oído habla la lengua egipcia. Cuando según el profeta vivimos en delicias, y yacemos sobre lechos de marfil, y nos ungimos con los mejores ungüentos, nuestro olfato habla la lengua egipcia. Cuando nuestro vientre es nuestro dios (Filip. III), nuestro gusto habla la lengua egipcia. Si no hemos escuchado aquello que el Apóstol dice: Bueno es para el hombre no tocar mujer (I Cor. VII); pero al contrario nos unimos a una prostituta, nuestro tacto habla la

lengua egipcia. Pero si al contrario elevamos nuestros ojos, y vemos que las regiones ya están blancas para la siega, y no estamos encorvados hacia la tierra, sino que según la mujer evangélica, que durante dieciocho años no podía mirar al cielo (Luc. XIII), elevamos nuestros ojos y decimos, A ti levanto mis ojos, que habitas en los cielos (Sal. CXXII, 1), nuestro ojo y vista hablan la lengua cananea. Si circuncidamos nuestros oídos, y escuchamos al Señor hablando: El que tiene oídos para oír, oiga (Luc. VIII, 8), nuestro oído habla la lengua cananea. Quien pueda decir al esposo: Tras de ti correremos en el olor de tus ungüentos (Cant. I, 3): Y: Somos buen olor de Cristo en todo lugar (I Cor. II, 15), su olfato habla la lengua cananea. El gusto también se toma en buena parte de quien come el pan que desciende del cielo, pan vivo y no muerto, y escucha aquello: Gustad y ved que el Señor es bueno (Sal. XXXIII, 9), inmediatamente habla la lengua cananea. Pero también hay un tacto espiritual, del cual el apóstol Juan dice: Nuestras manos han palpado del Verbo de vida (I Juan I, 1); y quien toca a Jesús con fe, de tal manera que el Salvador pueda decir de él: Alguien me ha tocado, porque sé que ha salido poder de mí (Luc. VIII, 46). Hemos aprendido cuántos bienes otorga la mano del Señor elevada; busquemos por qué no hablan las cinco ciudades egipcias la lengua hebrea, sino la lengua cananea. A lo cual intentaremos responder así: Hebreo significa περατήν, es decir, transeúnte, que pasa de un lugar a otro. Por lo tanto, aunque seamos santos mientras estamos en Egipto, y nos movemos en las tinieblas de este mundo, no podemos hablar la lengua hebrea, sino la lengua cananea, que está entre la egipcia y la hebrea, y es en gran parte vecina de la hebrea. Canaán se interpreta como conmoción, o como respondiendo. Cuando, por lo tanto, nos alejamos de Egipto, y queremos salir del poder de Faraón, de tal manera que nuestra tierra, y la confesión temerosa, sea para Egipto: entonces nos movemos y como que respondemos a la voluntad del Señor, y sin embargo, porque aún estamos en el presente siglo, no podemos hablar la lengua hebrea. Y lo que sigue: Jurar por el Señor de los ejércitos las cinco ciudades, esto significa que incluso aquí, no recordamos a los demonios, sino a Dios todopoderoso. De estas cinco ciudades, aunque los nombres de las otras cuatro están en silencio, una se llama ciudad del sol, que me parece referirse a la vista. Porque así como para ver la ciudad, se necesita el sol y la luna; así para que nuestros ojos se iluminen, necesitamos el sol de justicia.

(Vers. 19-21.) En aquel día habrá un altar del Señor en medio de la tierra de Egipto, y un título junto a su término del Señor. Y será por señal y por testimonio al Señor de los ejércitos en la tierra de Egipto. Porque clamarán al Señor a causa del opresor: y él les enviará un Salvador, y un defensor que los libre: y el Señor será conocido por Egipto. Consecuentemente a lo que dijo antes: En aquel día habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto hablando la lengua cananea: y jurando por el Señor de los ejércitos, ahora se añade: Habrá un altar del Señor en medio de la tierra de Egipto, que Onias, según Josefo (Antigüedades, libro XIII, cap. 6) malinterpretando, intentó cumplir. Y el título del Señor que contiene la pasión, en el que está escrito en letras hebreas, griegas y latinas: Jesús Nazareno, rey de los judíos (Juan XIX), en señal de la Cruz, y en testimonio de todas las naciones, que ahora se llaman Egipto. Y cuando la persecución crezca a causa de los opresores del nombre cristiano, entonces clamarán en sus corazones: Abba Padre (Rom. VIII). Y el Señor de los ejércitos enviará un Salvador, es decir, Jesús, y un Juez, o defensor que los libre, para que liberados conozcan al Señor, y ellos mismos sean conocidos por el Señor; y donde abundó el pecado, sobreabunde la gracia (Rom. V). Sin embargo, se dice que hay un solo altar en Egipto, es decir, en este mundo, para que sepamos que todos los altares que se levantan contra el altar de la Iglesia, no son del Señor. Hasta el final de la visión egipcia, en el libro de la Explicación Histórica, porque era una profecía manifiesta, dijimos que todo se refiere a Cristo.

(Vers. 20.) Y conocerán los egipcios al Señor en aquel día: y le adorarán con sacrificios y ofrendas, y harán votos al Señor, y los cumplirán. Y herirá el Señor a Egipto con plaga, y lo sanará: y se volverán al Señor, y Él se aplacará con ellos, y los sanará. Después de que los egipcios hayan conocido al Señor, le adorarán con sacrificios espirituales y ofrendas; y harán votos al Señor y los cumplirán; y dirán con David: "El sacrificio a Dios es un espíritu contrito" (Sal. 50, 19); y: "La elevación de mis manos es como el sacrificio vespertino" (Sal. 140, 2); cuando creyendo en el Nazareno, ellos mismos sean nazarenos, no bebiendo vino ni sidra (Juan 19), ni el vinagre que fue ofrecido al Señor, ni cualquier cosa hecha de la uva de Sodoma. Y cuando hayan cumplido sus votos como Abel, y Dios los haya mirado con agrado, el hermano mayor Caín, es decir, el pueblo de la Circuncisión, envidiará y derramará sangre cristiana, que clamará al Señor (Gén. 4); y por eso saldrá de la presencia de Dios, diciendo del Salvador: "¡Crucifícalo, crucifícalo!" (Luc. 23, 11); y: "No tenemos más rey que César" (Juan 19, 15). Ofrece y cumple su voto al Señor quien es santo de cuerpo y espíritu. Zaqueo también ofreció un voto, prometiendo la mitad de sus bienes a los pobres (Luc. 19). Se pregunta, si a Egipto se le envió un salvador y defensor para liberarlos de las angustias, ¿cómo se dice ahora: "El Señor herirá a Egipto con plaga"? Pero consideremos lo que sigue: "Y lo sanará". Porque a quien el Señor ama, corrige (Heb. 12). Y el mismo Salvador en el Salmo 68 habla al Padre: "Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron: y sobre el dolor de mis heridas añadieron" (Sal. 68, 27). Si, por tanto, no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, para que por sus heridas y llagas fuéramos sanados (Rom. 8): el Señor también entregó a los mártires a la pasión, pero nuevamente los sanará en la resurrección, para que con sus heridas se confirme la fe de los creyentes. Por eso se dice a Job: "¿Crees que te he hablado de otra manera, sino para que aparezcas justo? Él mismo causa el dolor, y devuelve a la salud original; y visita a sus siervos con vara, para que no les quite su misericordia. Por eso las hijas y nueras, que han pecado mucho, y han abierto sus piernas a todo transeúnte, no son visitadas ni corregidas, diciendo el Señor: "No visitaré sobre vuestras hijas cuando se prostituyan: ni sobre vuestras nueras cuando adulteren" (Ose. 4, 14). Por tanto, el Señor hiere a los egipcios, no con fuego, no con espada, sino con vara. ¿Qué hijo hay a quien el padre no instruya? Para que después de haber sido sanados, se vuelvan al Señor, y Él se aplacará con ellos, y nuevamente los sanará. Siempre necesitamos la misericordia de Dios, y no hay fin a su clemencia.

(Vers. 23.) En aquel día habrá un camino de Egipto a Asiria: y el asirio entrará en Egipto, y el egipcio en Asiria: y los egipcios servirán a los asirios. Así como hemos demostrado que las cosas anteriores sucedieron para bien de los egipcios, a saber, cinco ciudades en su tierra hablando la lengua cananea, y jurando por el Señor y el altar del Señor colocado en medio de la tierra de Egipto, y el título, y el testimonio, y la señal, y el salvador que los liberaría; y que el Señor sería conocido por los egipcios, y ellos lo conocerían; y que ofrecerían sacrificios y ofrendas, y cumplirían sus votos y, heridos, serían sanados, y se volverían al Señor, y Él se aplacaría con ellos, y nuevamente serían sanados: así también esto que sigue, que los egipcios sirvan a los asirios, debe tomarse en buen sentido. Porque también el Apóstol sirve a los creyentes, para ganarlos (1 Cor. 9). Y Esaú se somete a su hermano Jacob (Gén. 33), para ser partícipe de sus bendiciones. Por lo tanto, los que primero de entre las naciones sean salvados, y tengan en sí el altar del Señor, salvarán a aquellos que persisten en la dureza con su servicio, y con su mezcla y sociedad, ellos mismos irán a los asirios, para llevar a los asirios a Egipto; y después podrán llegar al pueblo israelita. Por esta razón creo que también una mujer fiel sirve a su marido infiel, para poco a poco llevarlo de Egipto y Asiria a Judea.

(Vers. 25, 26.) En aquel día Israel será el tercero con Egipto y Asiria, bendición en medio de la tierra, a quien el Señor de los ejércitos bendijo, diciendo: Bendito sea mi pueblo Egipto, y

la obra de mis manos Asiria: pero mi herencia es Israel. Israel será el tercero en Egipto y en Asiria, para que toda la masa de su bendición se mezcle con el fermento, y los que antes estaban hostilmente divididos entre sí, se unan con este broche de bendición; y sea el pueblo de Dios Egipto, y la obra de sus manos Asiria, pero su herencia Israel. Bendito es el egipcio para el Señor, porque es bendecido por la sociedad de Israel. Y la obra de sus manos es Asiria, porque en él demostró su clemencia. Pero solo Israel puede decir: "Mi parte es el Señor" (Lam. 3, 24); quien con la mente contempla a Dios, y es llamado su herencia.

(Cap. XX.---Vers. 1 seqq.) El año en que Tartan entró en Azoto: cuando Sargón, rey de Asiria, lo envió, y luchó contra Azoto, y la tomó: en ese tiempo habló el Señor por medio de Isaías, hijo de Amós, diciendo: Ve y quita el saco de tus lomos, y quita tus sandalias de tus pies: y así lo hizo, yendo desnudo y descalzo. Y dijo el Señor: así como mi siervo Isaías anduvo desnudo y descalzo, será señal y prodigio sobre Egipto y sobre Etiopía durante tres años. Así llevará el rey de Asiria la cautividad de Egipto, y la transmigración de Etiopía, de jóvenes y ancianos, desnudos y descalzos, con las nalgas descubiertas, la ignominia de Egipto. Y temerán y se avergonzarán de Etiopía su esperanza, y de Egipto su gloria. Y dirá el habitante de esta isla en aquel día, ¿Era esta nuestra esperanza? ¿A quiénes acudimos en ayuda, para que nos libraran de la cara del rey de Asiria? ¿Y cómo podremos escapar nosotros? Por Tartan, los LXX tradujeron Thanatan: y por Sargón, Arna: lo que no podemos saber qué significa. Porque no podemos inventar etimologías falsas de nombres falsos. Pero son nombres no hebreos, sino asirios, de los cuales hemos conocido que Thartan significa "dio torre", o "superfluo", o "alargando". Sargón, sin embargo, "príncipe del jardín". Este rey asirio, que leímos arriba que tiene gran sentido, tiene muchos líderes, uno de los cuales es Thartan, elevado en soberbia, y avanzando lejos en el crimen, y más amplio que los demás: y es enviado a atacar Azoto, que en hebreo se llama ASDOD (), y se interpreta como "fuego de generación"; y el líder del rey asirio conquista a aquellos que sirven a la generación y la lujuria. Y es apropiado que el rey de Asiria, Sargón, sea llamado príncipe de los jardines, dedicado al placer y la lujuria. De hecho, el rey Acab de Israel deseaba convertir la viña de Nabot en un jardín (1 Reyes 21), lo que él, entendiendo según las leyes de la tropología, prefirió morir antes que hacer, para que la herencia paterna y la antigua posesión no se convirtieran en las delicias de un rey impío. Se ordena al Profeta que, habiendo quitado el saco y las sandalias, ande desnudo y descalzo, y sea señal y prodigio para los egipcios y etíopes que persiguieron al pueblo de Dios, y por su soberbia fueron humillados. Egipto se interpreta como "perseguidor" o "atribulador"; Etiopía, "humilde" y "abatido": porque todo el que se exalta será humillado (Luc. 14, 11). Serán llevados en cautiverio, y sufrirán tormentos durante tres años (Éxod. 12), de los cuales leemos en los Salmos: "Consideré los días antiguos, y tuve en mente los años eternos" (Sal. 76, 6). No pensemos que son pequeños castigos, sino prolongados en grandes tiempos. En la misma cautividad y transmigración de Egipto, irán jóvenes y ancianos, que se han fortalecido en la maldad, y han llegado a los vicios de la edad perfecta, desnudos, para que todos sus crímenes queden al descubierto (Nada hay oculto que no se revele, Luc. 8, 7), y descalzos, porque no podrán comer la Pascua del Señor: quien la come, tiene los lomos ceñidos, y sostiene el bastón en la mano, y está de pie con los pies calzados, para que al pasar por el desierto de este mundo, no sea mordido por serpientes (Éxod. 12). Entonces sus nalgas estarán descubiertas, por donde se expulsa el estiércol, y toda la ignominia de Egipto se mostrará, de modo que se avergüencen los que tenían esperanza en Egipto y en Etiopía, y vean que su gloria se ha convertido en confusión: tanto que el habitante de esta isla, es decir, del mundo, que no es extranjero ni peregrino, sino que deseaba tener la posesión perpetua del mundo, confuso dirá: ¿Es este Egipto, y es esta Etiopía, de quienes esperábamos ayuda, para que nos libraran del príncipe de este mundo? ¿Cómo podremos escapar, si han sido capturados aquellos en quienes teníamos esperanza? Y

esto debe notarse, que antes de que Azoto sea capturada, el Profeta está vestido con saco, y con los pies calzados, para llorar por aquellos que han sido heridos por los dardos ardientes del diablo, y sirven a la lujuria; pero sin embargo, él mismo camina calzado, para poder pisar sobre serpientes y escorpiones, y caminar seguro por el desierto de este mundo, en el que hay serpientes y escorpiones, y sed de cosas buenas. Pero después de que Azoto haya sido capturada, en tipo de la cautividad de Egipto, y la transmigración de Etiopía, él mismo camina descalzo y desnudo. Porque en la Tierra Santa, a la que se apresura a ir, no podría estar ni caminar vestido con saco, y con los pies cubiertos de piel, diciendo el Señor: "Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa" (Éxod. 3, 5).

(Cap. XXI.---Vers. 1 seqq.) Carga del desierto del mar. Como los torbellinos vienen del sur, del desierto viene, de la tierra horrible. Una visión dura me ha sido anunciada: el que es incrédulo, actúa infielmente, y el que es devastador, devasta. Sube, Elam, asedia, Media: he hecho cesar todo su gemido. Por eso mis lomos están llenos de dolor: la angustia me ha poseído, como la angustia de una parturienta. LXX: Visión del desierto del mar. Como una tempestad pasa del desierto, viniendo del desierto. De la tierra horrible me ha sido anunciada una visión dura: el prevaricador prevarica, y el inicuo actúa inicuamente. Contra mí vienen los elamitas, y los enviados de los persas: ahora gemiré, y me consolaré: por eso mis lomos están llenos de angustia, los dolores me han tomado, como a una parturienta. Lo que nos parece según la Historia lo hemos dicho brevemente: ahora tomemos el resumen de la tropología. Se contempla una visión, o carga, contra el mar de este mundo: y el Profeta ve cuántas tentaciones está lleno este mundo. Pero que se llame mar al siglo (para no pasar por alto muchas cosas) me contento con un solo testimonio del Salmo: "Los que descienden al mar en naves, haciendo operaciones en muchas aguas. Ellos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en el profundo" (Sal. 106, 23). Porque los que obran en este mundo la obra de Dios, y dicen con el Profeta: "He venido al profundo del mar", ellos ven sus maravillas en el profundo; y liberados de las tentaciones y angustias, dicen que han oído una visión horrible y dura. Esta misma tempestad viene del desierto, donde también fue tentado el Señor (Mat. 4), y donde Israel fue expuesto a las mordeduras de serpientes y picaduras de escorpiones (Núm. 21). Y cuando viene, pasa, y entonces entiende aquel que la soporta, que no prevarica sino el que es prevaricador, y no actúa inicuamente sino el inicuo. Para que seamos abrumados por las olas del mar, y nos oprima la tempestad cruel, es culpa nuestra, que antes de la tempestad fuimos prevaricadores e inicuos. Y lo que dice: "Contra mí vienen los elamitas, y los enviados de los persas", este es el sentido: Elamitas se interpreta como "despreciadores": persas, "tentadores". Vengan, pues, aquellos que suelen despreciar, menospreciar, y tentar: pero yo gemiré, y mi gemido será mi consuelo. Pero también mis lomos están llenos de angustia, y me han tomado dolores como a una parturienta, para que por el temor del Señor conciba y dé a luz, y haga que su espíritu de salvación esté sobre la tierra. Correctamente, según el hebreo, los torbellinos y tempestades vienen del desierto, y de la tierra horrible, donde no habita Dios, y donde todas las cosas son terrenales: y cualquiera que es incrédulo actúa de acuerdo con su infidelidad, y el que es devastador, devasta. Por eso habla audazmente contra los adversarios, "Sube, Elam; asedia, Media: he hecho cesar todo el gemido del desierto del mar, y de la tierra horrible, y de la visión durísima que ha sido anunciada". Porque mis lomos, que hacen penitencia, ya no están llenos de placer, sino de dolor, y no diré más: "Mis lomos están llenos de ilusiones" (Sal. 37, 7). Porque la angustia me ha poseído y la tribulación, como suele tomar a una parturienta. Hay mucha discrepancia entre la edición Vulgata y el hebreo en este lugar: por eso brevemente tocaremos ambas, para no dejar ocasión a los que gustan de criticar.

(Vers. 4, 5.) Caí cuando oí, me turbó cuando vi: mi corazón se marchitó, las tinieblas me asombraron: Babilonia, mi amada, se ha convertido en un prodigio para mí. Pon la mesa, contempla en la atalaya a los que comen y beben: levantaos, príncipes, tomad el escudo. LXX: Actué inicuamente para no oír, me apresuré para no ver, mi corazón se extravía: la iniquidad ha inundado sobre mí; mi alma insiste en el temor. Previo al oído, y a la visión durísima que veía venir del desierto del mar, el Profeta dice que cayó y se turbó, y con los ojos casi nublados, y la mente atónita, no sabía qué veía. Porque aquella Babilonia (por la cual Aquila y Teodocio interpretaron "tinieblas", para significar este mundo, que está puesto en el maligno (1 Juan 5), y cuyos príncipes son según el apóstol Pablo (Efes. 6), rectores de estas tinieblas), que una vez fue amada por el Profeta o por Dios, se ha convertido en su subversión en algo admirable. Por eso se le ordena al Profeta, que comiendo en la mesa del Señor, y saciado con su alimento, contemple más diligentemente lo que vendrá al mundo: y se le dice por él a todos los creyentes, que comiendo y bebiendo el cuerpo y la sangre del Señor, se conviertan en príncipes de la Iglesia, y con los Apóstoles oigan, "Levantaos": y tomen el escudo de la fe de la armadura del apóstol Pablo (Efes. 6), en el cual puedan extinguir los dardos encendidos del diablo. Esto según el hebreo, y la interpretación comenzada sobre el mundo. Pasemos a la edición de los LXX, que difiere mucho de lo anterior. El Profeta se reprende a sí mismo, o más bien confiesa el error de otros bajo su persona, que siguiendo la letra muerta, desprecian el espíritu vivificante; y dice que actuó inicuamente para no oír la ley espiritualmente: sino que, por el contrario, se apresuró a no ver los sacramentos de Dios, ni dijo con David: "Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley" (Sal. 118, 18). Por eso su corazón se extravía, y lleno de superstición judía, no consiste en el amor de Dios, sino en el temor, para tener el espíritu de servidumbre en temor, y de ninguna manera el espíritu de adopción, en el cual clamamos, Abba Padre (Rom. 8). Por eso se le ordena que se acerque a la mesa de los alimentos espirituales, y coman todos en ella, los que siguen su ejemplo, y beban: y despreciando el error antiguo, se levanten, en espíritu los que yacían en la letra, y se conviertan en príncipes, y digan con el Profeta: "Señor, como con escudo de tu buena voluntad nos has coronado" (Sal. 5, 15).

(Vers. 6, 7.) Porque así me dijo el Señor: Ve y pon un vigía, y lo que vea, anúncialo. Y vio un carro de dos jinetes, un jinete de asno, y un jinete de camello, y contempló diligentemente con mucha atención, y clamó un león. LXX: Porque así me dijo el Señor: Ve y pon para ti un vigía, y lo que veas, anúncialo. Y vi jinetes montados, dos, un jinete de asno, y un jinete de camello: oí un gran clamor, y llamé a Urías a la atalaya. Se ordena al Profeta que ponga en su corazón un vigía, y mire diligentemente lo que vendrá al mundo: y vio dos jinetes, un jinete de asno, y un jinete de camello. Algunos lo interpretaron así, que el jinete de asno, según la lectura evangélica (Mat. 21), y la profecía de Zacarías (Zac. 9), es Cristo; y por el contrario, el jinete de camello, la fuerza contraria, por la fealdad del animal tortuoso. Otros refieren los dos jinetes a la letra y el espíritu, a los dos Testamentos. Y lo que en hebreo se dice ARIE (), por lo cual Aquila y Símaco interpretaron "león" y "leona", los LXX, no sé qué queriendo, pusieron "uría", que algunos piensan que significa "luz del Señor", aunque con otras letras "luz del Señor", que aquí no se tiene, y con otras se escribe "león", que aquí se lee. Y quieren que este vigía, que se ordena al Profeta poner en su corazón, se llame Urías, y por la interpretación del nombre se refiera a la inteligencia de Cristo, para que habitando Él en nosotros, podamos ver lo que vendrá. Lo cual también puede aplicarse al león, porque Jacob (Gén. 49) y Balaam (Núm. 23 y 24) bajo el misterio de Cristo lo nombran.

(Vers. 8-10.) Sobre la atalaya del Señor estoy yo, de pie continuamente durante el día, y en mi puesto de guardia estoy, de pie toda la noche. He aquí que viene un hombre montado en un carro de dos caballos, y respondió y dijo: Cayó, cayó Babilonia, y todas las imágenes

talladas de sus dioses están destrozadas en el suelo. Mi trilla, y los hijos de mi era, lo que oí del Señor de los ejércitos, Dios de Israel, os lo anuncié. LXX: El Señor dijo: Estuve todo el día, y sobre el campamento estuve toda la noche: y he aquí que viene un hombre montado en un carro, y respondiendo dijo: Cayó, cayó Babilonia, y todas sus imágenes y obras hechas por manos están destrozadas en el suelo. Escuchad, vosotros que habéis sido dejados y os lamentáis: escuchad lo que oí del Señor Sabaoth, Dios de Israel nos lo anunció. El Profeta está en la atalaya del Señor, y colocado en su luz, prevé lo que ha de venir. Y tiene esta vigilancia, y este oficio le ha sido delegado, para que en las tinieblas de este mundo contemple lo que ha de venir. He aquí, dice, que viene, significando que ha visto lo que sigue, que viene el Señor Salvador sentado sobre un carro, y uniendo en un solo carro a dos animales, un asno y un camello. Este que monta el carro responde al Profeta deseoso de escuchar sus palabras y dice: Cayó, cayó Babilonia, la confusión de todo el mundo: y en mi venida cayó, cuando asumí el cuerpo humano, y completamente en la consumación del mundo caerá. Y todas sus imágenes talladas están destrozadas en el suelo. Por lo cual los Setenta interpretaron imágenes y obras hechas por manos, significando la Escritura de los herejes y los diversos errores de las herejías, que son fabricantes de ídolos, y adoran lo que han imaginado en su corazón. Y lo que sigue de la persona del Profeta diciendo: Mi trilla, y los hijos de mi era, lo que oí del Señor de los ejércitos, Dios de Israel, os lo anuncié, según el hebreo tiene este sentido: Oh pueblo, que has de ser almacenado en mis graneros, a quien por eso he trillado en varias angustias, para que las pajas sean sacudidas de él, y el trigo purísimo sea almacenado en mis graneros, lo que oí del Señor de los ejércitos, Dios de Israel, que ha de venir a todo el mundo, esto os lo anuncié a todos vosotros que estáis en el mundo. Otros dicen que aún es la persona superior, a saber, del Señor Salvador, que él mismo habla a los Apóstoles: Lo que oí del Padre os lo anuncié (Juan XV, 15). Y porque por esto en los Setenta se lee, escuchad vosotros que habéis sido dejados y os lamentáis, aquí según su interpretación me parece el sentido: Oh Apóstoles, de quienes escribe Isaías: Si el Señor no nos hubiera dejado un remanente, seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Isa. V, 9), cuyas reliquias también el Apóstol enseña a los Romanos que han sido salvadas (Rom. IX): vosotros que habéis sido dejados del pueblo de los judíos para que seáis salvados; y os lamentáis por la perdición de vuestra nación, de la cual también leemos en otro lugar: Tristeza hay en mi corazón, y dolor continuo por mis hermanos, que son israelitas según la carne (Rom. IX, 2, 3): esto que oí de Dios Padre, os lo anuncio, lo que Dios de Israel os predice que ha de venir.

(Vers. 11, 12.) Carga de Duma: a mí clama desde Seir: Centinela, ¿qué hay de la noche? centinela, ¿qué hay de la noche? Dijo el centinela, viene la mañana, y la noche. Si buscáis, buscad: volveos, y venid. LXX: Visión de Idumea, a mí clama desde Seir: Guardad las fortalezas, guardo la mañana y la noche; si buscas, busca: y habita conmigo. La palabra hebrea ELAI (), que todos interpretaron como a mí, si quisieras leer ELI, se interpreta como mi Dios, o mi fuerte. Y lo que dijimos, clama, o llama, es decir, καλεῖ, según la ambigüedad del hebreo y del griego, puede decirse clama, o llama; y el sentido es: Dios que es mi centinela, día y noche me llama al arrepentimiento, para que dejando Seir, que se interpreta áspero y peludo, regrese, y habite con él. Duma significa semejanza o silencio. Idumea se traduce como terrenal. El Señor, por tanto, habla al coro de los Apóstoles, y les ordena: Llama a mí a los que están en Seir, para que me sirva la multitud de las naciones, que a semejanza de Esaú no tiene en sí nada suave y ligero, y brillante, sino que es áspera, salvaje, intratable. Y vosotros, Apóstoles, después de haber llamado a mí a las naciones de Seir, guardad las fortalezas de la Iglesia, para que el enemigo no irrumpa fácilmente: para que el león rugiente y circundante, que busca una entrada por la cual pueda entrar, no desgarre y disperse al rebaño encerrado en la Iglesia. Y respondió la multitud de la Iglesia: no solo en las

prosperidades, sino en las adversidades, es decir, tanto en el día como en la noche, guardaré, Dios, tus preceptos. A la cual Dios habla: Si verdaderamente me buscas, muestra con obras que me buscas; y no te baste haber buscado una vez; sino que al que has encontrado, búscalo siempre; y para que lo retengas más perfectamente, olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre, y dejando el error de los gentiles, habita conmigo en la Iglesia. Esto según los Setenta lo diremos, que ponen la visión de Idumea, es decir, terrenal en el título, para mostrar que son llamados aquellos que antes servían a las obras terrenales. Pero según Aquila, que puso Duma, es decir, silencio o semejanza, así podemos entender que a semejanza del pueblo de Israel se provoca a la multitud de las naciones, y donde antes había silencio de la ley de Dios, allí haya clamor de confesión: y el acebuche sea injertado en el buen olivo. Leemos también en la parábola del Evangelio que fueron enviados siervos, que llamaran a buenos y malos, y el padre de familia llenara el banquete con cualquiera, porque los primeros no quisieron venir (Mat. XXII). También puede la Iglesia narrar que el Señor desde Seir, es decir, desde lugares terrenales, clama hacia ella, y se provoca a la salvación, y dice al mismo Señor: Oh centinela, ¿qué haces levantándote en la noche y vagando en las tinieblas? ¿por qué sin pecado estás en carne pecadora? ¿por qué quisiste asumir el cuerpo humano? Respondió el centinela, es decir, el Samaritano, que en el Evangelio llevó al herido sobre sus hombros al mesón (Luc. IX): Viene la mañana y la noche. Y el sentido es: A la multitud de las naciones les ha nacido el sol de justicia, y a los judíos les han venido las tinieblas. Según lo que dice el Señor: Para juicio vine a este mundo, para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos (Juan IX, 39). Y el mismo centinela que dijo: Viene la mañana y la noche, habla a la multitud de las naciones: Si me buscáis, buscadme con más diligencia. Convertíos a mí, hijos que os convertís, y yo sanaré vuestras heridas, y venid a mí. Los lugares son difíciles, y como según la historia no se abren fácilmente, nos vemos obligados a seguir diversas opiniones según la anagogía.

(Vers. 13.) Carga en Arabia. Esto no se encuentra en la edición de los Setenta Intérpretes: pero lo que sigue: En el bosque al atardecer dormiréis en los caminos de Dodanim, se ha unido a la visión anterior, para que se lea, si buscas, busca: y habita conmigo en el bosque. Arabia en nuestra lengua significa atardecer, que es el principio de la noche y las tinieblas, y todo aquel que tiene el inicio de los pecados, se mueve en el atardecer. Pero quien llega a la cima, se encuentra en la medianoche. Por eso en Egipto los primogénitos son muertos a medianoche (Éxodo 12). Y el apóstol Pedro, antes de que el gallo cantara, negó al Señor tres veces, lo que se entiende como medianoche (Mat. XXVI): Pero después de que la noche pasó, y comenzó a acercarse el día, superadas las tinieblas de la medianoche, y resonando el gallo como mensajero de la luz, lloró amargamente, y comprendió su pecado, y en ese momento pudo decir: Al atardecer se demorará el llanto, y a la mañana la alegría (Salmo XXIX, 6). Esto por ahora sobre el lugar presente. Sin embargo, el nombre de Arabia, es decir, atardecer y Occidente, en otros lugares de las Escrituras recibe diversas interpretaciones.

En el bosque al atardecer dormiréis, en los caminos de Dodanim. LXX: En el bosque al atardecer dormiréis en el camino de Dedan. Los que han comenzado en la maldad, y entran en el camino de los pecados, no duermen, ni se detienen en campos cultivados, y tierras de cultivo, ni en prados, y campos que el Salvador enseña que están blancos para la siega, ni entre árboles frutales; sino en bosques infructuosos, donde hay zarzas y espinas, y habitan las bestias. De este tipo de bosque leemos también en el libro de los Reyes, que el bosque o selva devoró a más personas que las que fueron muertas por la espada, cuando Absalón se rebeló contra su padre (1 Reyes XVIII). Y con razón, porque el atardecer es el principio de los males, se dice que habitan en el camino y en los senderos, y en el camino de Dedan, que se

interpreta como juicios. Pues cuantos géneros de pecados tienen, tantas sentencias de juicios merecen. Dedan también puede interpretarse como gran juicio.

(Vers. 14, 15.) Salid al encuentro del sediento con agua, vosotros que habitáis la tierra del Sur, con panes salid al encuentro del fugitivo. Porque huyeron de la espada, de la espada inminente, del arco extendido, de la batalla pesada. LXX: Al encuentro del sediento llevad agua vosotros que habitáis en la región de Temán, con panes salid al encuentro de los fugitivos por la multitud de los muertos, por la multitud de los errantes, por la multitud de la espada, y por la multitud de los arcos tensos, y por la multitud de los que caen en la batalla. Vosotros que estáis en Temán, que se interpreta como Sur y perfección, y os encontráis en ese lugar, del cual está escrito: Dios vendrá del Sur (Habacuc III, 4), y que habéis sido consumados y perfeccionados, y tenéis en vosotros la luz del conocimiento de las Escrituras, salid al encuentro de los que huyen de Arabia, y del bosque, con agua y panes, y no esperéis hasta que ellos vengan a vosotros; sino imitad a aquel padre de la parábola evangélica, que salió al encuentro del hijo que regresaba. Y él dio una túnica, ofreció un anillo (Lucas XV): vosotros, sin embargo, ofreced aguas y panes a los fugitivos, para que los que estaban cansados y agotados, sean sostenidos por vuestra misericordia, y pasen más rápidamente a vuestras moradas. Huyeron de las espadas de los herejes, de la doctrina de los gentiles, de las blasfemias de los judíos. Y porque vieron a muchos de ellos muertos por sus flechas, y a muchos caer en la batalla, desean ser liberados con vuestra ayuda. Este lugar puede entenderse propiamente contra aquellos que entregándose al ocio y la pereza, están contentos con su propia salvación, y no extienden la mano a los penitentes y convertidos.

(Vers. 16, 17.) Porque así dice el Señor a mí: Aún en un año, como en el año de un jornalero, y será quitada toda la gloria de Cedar y las reliquias del número de los arqueros valientes de los hijos de Cedar serán disminuidas. Porque el Señor Dios de Israel ha hablado. Por eso os digo, que salgáis al encuentro con agua y panes, de los que huyen del bosque y Arabia: porque el Señor ha prometido que esto sucederá. Así como el año de un jornalero pasa rápidamente, que cada día no espera otra cosa que la recompensa de su trabajo, o ciertamente siempre está en obra y trabajo, para recibir la recompensa del trabajo: así toda la gloria de Cedar, que se interpreta como tinieblas, de la cual también leemos en el Salmo: Habité con los que habitan en Cedar (Salmo CXIX, 5), será rápidamente quitada, y todo el número de los arqueros, es decir, de los diversos dogmas, que herían a los establecidos en el bosque de Arabia, será reducido a nada, después de que los que huyen del bosque hayan sido liberados: y hayan recibido el agua del bautismo salvador, y comido el pan celestial. Porque el Señor de todos, y propiamente Dios de Israel, es decir, de los que ven a Dios con la mente, ha hablado.

(Cap. XXII.---Vers. 1.) Carga del valle de la visión. LXX: Palabra del valle de Sion. En el libro de los Nombres Hebreos pusimos que Sion se interpreta como atalaya que situada en lo alto, contempla lo que viene de lejos. Así que cuando Sion según las leyes de la tropología se refiere a la Iglesia, como está en el segundo salmo de la persona del Señor Salvador: Yo he sido constituido rey por él sobre Sion, su monte santo (Salmo II, 6); y: Los que confían en el Señor son como el monte Sion (Salmo CXXIV, 1); y: El Señor ama las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob (Salmo LXXXVI, 1); Y más claramente el Apóstol: Os habéis acercado, dice, al monte Sion y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial (Heb. X, 22): buscamos por qué en la presente visión, se llama valle de Sion. Y la misma secuencia de palabras nos lleva a la comprensión espiritual, para que sepamos que todos los príncipes de los dogmas perversos, que cayeron de la sublimidad del sentido de las Sagradas Escrituras, y han sido arrojados a lo bajo, están en el valle de Sion. Algo así creo que también dice Salomón en los Proverbios: El ojo que se burla del padre, y desprecia la vejez de la madre, lo saquen los cuervos de los valles, y lo coman los polluelos de las águilas (Prov.

XXX, 17). Pues en cuanto el sentido de los herejes se burla del Creador Padre, y desprecia la vejez de la madre Iglesia, es arrancado por aves oscuras e inmundas, que se refieren a las fuerzas contrarias. Y no pueden estos decir: Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda (Salmo CXX, 1): sino que a modo de animales brutos están abatidos a lo terrenal.

¿Qué te pasa también a ti, que has subido tú también a los techos? LXX: ¿Qué te ha pasado ahora, que habéis subido todos a los techos vanos? Esto que según los LXX intérpretes se pregunta en el libro de los Reyes, qué significa diciendo Eliseo (2 Reyes II, 14): ¿Dónde está el Dios de Elías? APHPHO (), en el presente lugar se pone más claramente, por lo que los Setenta tradujeron ahora; en hebreo tiene APHPHO, que nosotros interpretamos como ahora también, y Aquila queriendo conservar el idioma hebreo, puso καίπερτοι, que la conjunción en latín no se explica. Cuando dice, ¿qué te pasa también a ti? pregunta por qué entre otros y tú misma subes, y con la opinión de los sublimes te quedas en lo bajo. Y el sentido es: cuando los filósofos se enorgullecen, y toda la sabiduría secular discutiendo sobre lo sublime, desprecia la simplicidad de la Iglesia, ¿por qué tú también sigues lo alto? que los LXX, más significativamente, interpretaron como techos vanos, para mostrar que hay otro techo, del cual el Salvador prohíbe descender (Mat. XXIV): que sin embargo no es un techo vano. De hecho, el apóstol Pedro a la hora de la oración sexta subió al techo (Hechos X). Ahora, sin embargo, para mostrar la gran variedad de herejías, no nombró un solo techo, sino muchos techos.

(Vers. 2.) Llena de clamor, ciudad populosa, ciudad exultante. LXX: La ciudad se ha llenado de clamores, ciudad exultante. La doctrina de los herejes no se basa en el sentido, sino en el mucho hablar y el clamor. Por eso, debido a la multitud de los engañados, se llama ciudad populosa, y exultante, por la soberbia. Pues inflados se enorgullecen, y se jactan de haber encontrado cosas más sagradas.

Tus muertos no han sido muertos a espada, ni han muerto en batalla. LXX: Tus heridos no han sido heridos a espada, ni tus muertos han muerto en batalla. La mayor parte sin ninguna lucha y discusión, es suplantada por los engaños de los herejes, y esta es la multitud más grande. Los muertos, por tanto, o como tradujeron los Setenta, los heridos del valle de Sion, no han sido muertos, ni heridos a espada, sino que por su propia voluntad se han pasado a los herejes, y en comparación con aquellos que después de la batalla fueron vencidos, más infeliz es aquel herido y muerto, que se entregó voluntariamente. Así como en el martirio, quien después de las penas vencido se rindió, es de menor castigo que quien sin ninguna necesidad y dolor de tormentos negó a Cristo.

(Vers. 3.) Todos tus príncipes han huido juntos, y han sido duramente atados. En este lugar hemos seguido la interpretación de los Setenta, porque no difiere mucho del hebreo en el sentido. Sin embargo, para traducir palabra por palabra del hebreo, así se lee en ellos: Todos tus príncipes han emigrado juntos, han sido atados por el arco: edición que también otros intérpretes han seguido. Pues todos los príncipes de los herejes han emigrado a la sinagoga de Satanás desde la Iglesia de Cristo, y han pasado juntos discordantes en la perfidia, concordantes en el tránsito, y han sido atados por el arco, del cual está escrito en el Salmo: He aquí que los pecadores han tensado el arco, han preparado sus flechas en la aljaba, para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón (Salmo X, 2), y lanzan los dardos encendidos del diablo que hieren igualmente, y atan. Por eso han sido duramente atados, porque han cerrado sus oídos como las áspides sordas, y cerrando los oídos, que no escucharán las voces de los encantadores, ni del hechicero que encanta sabiamente. Por esta razón, también el apóstol Pablo ordena que el hereje después de una advertencia, sea dejado a su perversidad (Tito III), porque es perverso, y condenado por su propio juicio. Porque de nosotros salieron,

pero no eran de nosotros: si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (1 Juan II, 19). De estos príncipes fugitivos, aquel príncipe es, a quien el mismo Isaías llama dragón fugitivo, serpiente tortuosa, que cuando ha lanzado palabras mortíferas en los oídos de los engañados, los ata duramente, y no permite que salgan de sus cadenas: de los cuales el santo rescatado se alegraba en el Salmo: Mi alma como un gorrión ha sido liberada del lazo de los cazadores (Salmo CXXIII, 7). Y en otro lugar, alegrándose de haber escapado, dice; Tú eres mi protector, y mi refugio. Mi Dios, en él confiaré. Porque él me librará del lazo de los cazadores, y de la palabra áspera (Salmo XC, 23), o turbulenta, que propiamente significa la doctrina de los herejes.

Omnes qui inventi sunt in te, vincti sunt pariter, procul fugerunt. LXX: Y los fuertes en ti huyeron lejos. Aún el discurso del Profeta contra el valle de Sion, cuyos habitantes subieron a los techos vanos, y clamaron con un clamor confuso, y fueron heridos sin batalla, cuyos príncipes todos huyeron, y fueron duramente atados, y los que eran fuertes entre ellos, huyeron más lejos. Cuanto más prudente es alguien en la perversidad herética, tanto más se aleja del Señor. Pero lo que dice según el hebreo: Todos fueron encontrados en ti, debemos notar que también los herejes dicen haber encontrado a aquellos a quienes engañaron: pero su hallazgo es perdición. Finalmente, se reúnen juntos y huyen lejos. No me agrada esa exposición, según la diversidad de herejías, que los espacios de los que huyen sean diferentes, cuando la Escritura santa dice (Luc. XI, 23): todos los que fueron encontrados por los herejes fueron reunidos juntos y huyeron muy lejos, diciendo el Señor: Quien no está conmigo, está contra mí: y quien no recoge conmigo, desparrama. Por eso se dice de Moisés (Éxodo XXIV), que Moisés se acercaba solo a Dios, pero los demás no se acercaban. Porque Dios es un Dios cercano a sus santos, y no de lejos, dice el Señor.

(Vers. 4-6.) Por eso dije: Apartaos de mí, lloraré amargamente: no os esforcéis en consolarme sobre la devastación de la hija de mi pueblo. Porque es día de matanza y de pisoteo, y de llanto del Señor Dios de los ejércitos en el valle de la visión, escudriñando el muro y magnífico sobre el monte. LXX: Por eso dije: Déjame, lloraré amargamente: no contendáis para consolarme sobre la destrucción de la hija de mi raza: porque es día de tumulto, y de perdición, y de pisoteo, y de error del Señor Dios Sabaoth en el valle de Sion; erran desde el menor hasta el mayor: erran sobre los montes. Y Samuel lloraba por Saúl (I Sam. XV), y el Señor y Salvador lloraba por Jerusalén (Luc. XIX; II Cor. XII, 21): y el Apóstol escribe a los Corintios: No sea que cuando vuelva a vosotros, Dios me humille, y llore por muchos que han pecado antes, y no se han arrepentido. Por eso, con afecto compasivo, también habla a otros: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Cor. XI, 29). Así también el Profeta, viendo al pueblo que una vez fue de visión subir a techos vanos, y estar en clamor; y todos sus príncipes huyeron, y fueron atados con cadenas de pecados, estalla en lágrimas, y rechaza a los consoladores, y testifica que llora con amargura, no sobre los hijos, sino sobre la hija de su pueblo, que ha perdido la dignidad de la virilidad. Porque el día del juicio, y de la matanza, y del pisoteo, no será para Jerusalén, que se interpreta como visión de paz: sino del antiguo nombre Jebus, que se interpreta como pisoteo: también de llantos o de error, como los Setenta tradujeron del Señor Sabaoth, no porque el llanto y el error sean del Señor; sino que por ocasión de las santas Escrituras, que el Señor dio para ser leídas, nace para ellos la ocasión de error, que pueden decir: ¿Por qué nos hiciste errar de tu camino? (Isa. LXIII, 27). Y en otro lugar: El Señor les mezcló espíritu de error (Ibid. XXIX, 10): para que no estuvieran en el monte de la Visión, sino en el valle de Sion. Este mismo día, que surge del Señor de los ejércitos en el valle de la Visión, para mostrar las obras de cada uno, escudriña el muro de los herejes, que construyeron contra la Iglesia como un baluarte muy firme; y magnífico y glorioso, es decir, sus doctores, que se

glorían de estar sobre el monte de Cristo. De lo cual leemos en otro lugar: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob: y nos anunciará su camino (Isa. II, 3). Por lo que los Setenta tradujeron, erran desde el menor hasta el mayor, erran sobre los montes, debemos entender que están en mayor crimen aquellos que son mayores, y sin embargo, desde el menor hasta el mayor, todos erran, y erran sobre los montes: Moisés, Jeremías, y los demás Profetas, Evangelistas y Apóstoles. Y aunque están en el valle, de manera maravillosa erran en los montes:

(Vers. 7-9.) Y Elam tomó el carcaj, el carro del hombre de a caballo, y el escudo desnudó el muro. Y tus valles escogidos estarán llenos de carros: Y los jinetes pondrán sus asientos en la puerta. Y se revelará el cubrimiento de Judá: y verás en ese día el arsenal de la casa del bosque: y verás las grietas de la ciudad de David, porque se han multiplicado. LXX: Pero los elamitas tomaron los carcajes: los jinetes: hombres sobre caballos: y la congregación de los combatientes: y tus valles escogidos se llenarán de carros, y los jinetes llenarán tus puertas: y revelarán las puertas de Judá: y mirarán en ese día en las casas escogidas de la ciudad: y revelarán los secretos de las casas de la fortaleza de David, y verán que son muchos. Elam, que se interpreta como su ascenso, o elamitas, como los Setenta tradujeron, que hemos vertido en despreciadores, tomaron el carcaj, para agitar en la oscuridad a los rectos de corazón, que están en el carro de los jinetes de hombres, para que el muro de Sion y los cimientos de la Iglesia sean desnudados por su escudo e impugnación. Pero, dice, tus valles escogidos, y tus doctrinas humildes, oh valle de Sion, estarán llenos de carros, que el Señor hundió con Faraón, cuyos jinetes y jinetes pondrán sus asientos en tus puertas, para que no permitan salir a los que están sitiados y encerrados en ti. Entonces el Dios Omnipotente, a través de hombres eclesiásticos, revelará los cubrimientos de Judá; y todos los secretos de aquellos que están en la confesión de la fe, y entonces verás, oh valle de Sion, en ese día, y en la clara luz de la verdad, toda la armadura del Apóstol, y la casa del bosque, en la que reside la multitud de las naciones. Como también se canta en el salmo CXXXI: He aquí, la oímos en Efrata: la encontramos en los campos del bosque (Sal. CXXXI, 6). Pero cuando el cubrimiento de Judá y el secreto, que antes se ocultaba por el misterio, sea revelado, y veas la armadura de la Iglesia; entonces entenderás las divisiones de la ciudad de David, que multiplicaste, para congregar a los pueblos engañados para ti. Estos elamitas, según la edición de los Setenta, no tienen un solo carcaj, sino muchos; y son jinetes de hombres, en cuyas almas cabalgan; y es una gran multitud preparándose para luchar contra la Iglesia: de modo que todos sus valles se llenen; y los jinetes obstruyan sus sentidos, y con su lucha provoquen al hombre eclesiástico, que se interpreta como Judas, a contender: quien, al presentar los testimonios de las Escrituras, y refutar todas las mentiras, los herejes verán las casas de la ciudad de David, y conocerán todos los secretos antes, cómo en la fortaleza de David, que se interpreta como mano fuerte, es decir, de Cristo, todos son dogmas de verdad. Son lugares oscuros, no solo según la historia, sino según la anagogía. Por lo tanto, aquellos a quienes no les agradaron nuestras explicaciones, deben presentar las suyas, para que, si su explicación es verdadera, la aceptemos.

(Vers. 10, 11.) Y reunisteis las aguas del estanque inferior: y numerasteis las casas de Jerusalén: y destruisteis las casas para fortificar el muro. E hicisteis un estanque entre dos muros, y el agua del estanque viejo: y no mirasteis a aquel que la hizo, y al operador de ella desde lejos no visteis. LXX: Y desviaron el agua del estanque antiguo hacia la ciudad: y destruyeron las casas de Jerusalén para fortalecer los muros de la ciudad: e hicisteis para vosotros agua entre dos muros dentro del estanque antiguo: y no mirasteis a aquel que desde el principio la hizo: y al creador de ella no visteis. Vosotros que veréis o habéis visto las divisiones de la ciudad de David, es decir, de la Iglesia, que se han multiplicado en todo el

mundo; que reunisteis las aguas de vuestro estanque y doctrina, no superior, sino inferior, y numerasteis o destruisteis las casas de Jerusalén, para fortificar vuestro muro, no cavasteis pozos que tuvieran aguas vitales y eternas, sino estanques rotos, que no pueden contener agua. Y los hicisteis entre dos muros del Nuevo y del Antiguo Testamento, y descuidasteis el agua del estanque viejo, ni considerasteis al dador de la ley, Dios, y al operador del mundo lo descuidasteis por completo. Esto según el hebreo. Pero según los Setenta, los herejes consideraron que eran muchos, y confiando en esta multitud, desviaron la doctrina del Antiguo Testamento de la ciudad de Dios, que es la Iglesia, y destruyeron las casas de Jerusalén, para edificar conciliábulos de malvados; y mientras rechazan el Antiguo Instrumento, tampoco siguieron el Nuevo, porque el Nuevo se fortalece con los testimonios del Antiguo Instrumento. Por eso, entre dos muros, el viejo y el nuevo, hicieron para sí nuevas aguas, que creen que son interiores, y contienen mayores misterios que los contenidos en el Testamento viejo: y no miraron a Dios, que es el creador del Antiguo Instrumento, y ni siquiera quisieron ver al hacedor de él desde lejos.

(Vers. 12 seqq.) Y llamará el Señor Dios de los ejércitos en ese día al llanto y al lamento, a la calvicie y al ceñimiento de cilicio: y he aquí gozo y alegría, matar terneros, y degollar carneros, comer carne, y beber vino: comamos y bebamos, porque mañana moriremos. Y fue revelado en mis oídos del Señor de los ejércitos: si se perdonará esta iniquidad hasta que muráis, dice el Señor Dios de los ejércitos. Cada día el Señor Dios de los ejércitos llama a los herejes al arrepentimiento, que entre dos muros, despreciando el agua del estanque viejo, cavaron para sí un estanque, y reunieron el agua del estanque inferior, que no tiene aguas del cielo, sino de la tierra; y los llama al llanto; porque bienaventurados los que lloran: porque ellos reirán (Mat. V, 5). Y al lamento, para que después no oigan: Lamentamos para vosotros, y no llorasteis (Id. XI, 17). Y a la calvicie, para que raigan todas las obras de muerte, y quiten de su cuerpo todo lo que no vive en el cuerpo. Y al ceñimiento de cilicio, para que después no sean ceñidos con una cuerda en lugar de un cinturón junto a Jerusalén. Pero ellos, en cambio, en lugar de llanto y lamento, calvicie y cilicio, tuvieron gozo y alegría, y como si todo terminara con la muerte, matando terneros y degollando carneros, para comer carne y beber vino, hablaron palabras de blasfemia. Mientras estamos en este siglo presente, disfrutemos de las delicias. Porque el día de mañana, es decir, el tiempo futuro, será sin sentido. Mientras ellos decían estas cosas, el Señor oyó las palabras de blasfemia, y amenazó con no perdonar esta iniquidad, hasta que o mueran al pecado y a los vicios, o sean llevados con sus delitos al infierno. Esto puede entenderse no solo de los herejes, sino de todo pecador, que negligente de sus pecados, por desesperación se hace peor; y atrapado en los placeres, une la blasfemia al pecado, para que piense que todo sentido de los vivientes termina con la muerte, diciendo aquello de Epicuro: «Después de la muerte no hay nada, y la muerte misma no es nada.»

(Vers. 15, 16, seq.) Así dice el Señor Dios de los ejércitos: Ve, entra al que habita en el tabernáculo, a Sobna, el mayordomo del templo, y dile: ¿Qué haces aquí? ¿O quién eres tú aquí? Porque te has labrado aquí un sepulcro, te has labrado en lo alto un monumento, cuidadosamente en la roca un tabernáculo para ti. He aquí que el Señor te hará llevar como se lleva un gallo, y te levantará como un manto. Te coronará con tribulación: como una pelota te lanzará a una tierra ancha y espaciosa: allí morirás, y allí estará el carro de tu gloria, la ignominia de la casa de tu Señor. Y te expulsaré de tu puesto: y te destituiré de tu ministerio. Y será en aquel día, llamaré a mi siervo Eliacim, hijo de Helcías: y lo vestiré con tu túnica, y lo fortaleceré con tu cinturón: y pondré tu autoridad en su mano, y será como un padre para los habitantes de Jerusalén y para la casa de Judá. Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro: y abrirá, y no habrá quien cierre; y cerrará, y no habrá quien abra. Y lo fijaré como un clavo en un lugar seguro, y será en el trono de la casa de su padre. Y colgarán sobre

él toda la gloria de la casa de su padre, de diversos tipos de vasijas, toda vasija pequeña desde las vasijas de las copas hasta toda vasija de los músicos. En aquel día, dice el Señor de los ejércitos: Se quitará el clavo que había sido fijado en un lugar seguro, y se romperá y caerá: y perecerá lo que colgaba de él, porque el Señor ha hablado.

LXX: Así dice el Señor Sabaoth: Ve al pastoforio a Somna, el tesorero, y dile, ¿Qué haces aquí? ¿O qué tienes aquí? Porque te has labrado un sepulcro, y te has hecho un monumento en lo alto: y te has descrito un tabernáculo en la tierra. He aquí que el Señor Sabaoth expulsará y destruirá al hombre, y quitará tu estola y tu corona gloriosa, y te arrojará a una región grande y sin medida, y allí morirás: y pondrá tu mejor carro en ignominia, y la casa de tu príncipe en pisoteo. Y serás quitado de tu administración, y de tu grado. Y será en aquel día, llamaré a mi siervo Eliacim, hijo de Helcías, y lo vestiré con tu estola, y le daré tu corona con fuerza, y pondré tu administración en sus manos, y será como un padre para los habitantes de Jerusalén y de Judá, y le daré la gloria de la casa de David, y gobernará, y no habrá quien contradiga. Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro, y abrirá, y no habrá quien cierre; y cerrará, y no habrá quien abra. Y lo estableceré como príncipe en un lugar seguro, y en el trono de la gloria de la casa de su padre, y confiarán en él todos los gloriosos de la casa de su padre desde el menor hasta el mayor. Todas las vasijas pequeñas desde las vasijas de aganoth: y colgarán sobre él. En aquel día, dice el Señor Sabaoth: Se moverá el hombre que había sido establecido en un lugar seguro: y será quitado, y caerá, y perecerá la gloria que estaba en él: porque el Señor ha hablado.

Se ordena al profeta Isaías que entre al que habita en el tabernáculo, que en hebreo se dice SOCHEN (), a Sobna, el mayordomo del templo, o como los LXX tradujeron, ταμίαν, es decir, tesorero y administrador de los tesoros de la casa de Dios. Sochen se interpreta como tabernáculo o pastoforio, es decir, cámara, en la que habita el mayordomo del templo. ¿Quién es otro que habitó en el tabernáculo de los judíos, y en la casa que una vez fue de Dios, sino la palabra y razón de la ley judía, que se ocupó en la lectura del Antiguo Testamento? A esta tradición y doctrina se le dice: ¿qué haces aquí? ¿Por qué quieres construirte una casa en la letra occidental, y fijar tu tabernáculo, que no tiene fundamento, en la firmeza de la roca: que no debe llamarse tanto tabernáculo y casa, como sepulcro y memoria? Por eso te digo que no debes trabajar en la excavación del sepulcro, porque el Señor trasladará tu sacerdocio; como suele trasladarse GEBER (), que todos interpretaron como hombre. Sin embargo, el hebreo que nos instruyó en la lectura del Antiguo Testamento, tradujo gallo. Como, dice, el gallo es trasladado por el hombro del portador de un lugar a otro, así el Señor te llevará ligeramente de tu lugar. Y tú que una vez tenías la corona del sumo sacerdote, y la santificación en la lámina de oro, en la que estaba escrito el nombre de Dios (Éxodo XXVIII), serás coronado con tribulación y angustia. Y como si una esfera se lanzara en un lugar inclinado y espacioso, no puede detenerse, sino que rueda inmensamente: así todo tu pueblo se dispersará hasta los confines del mundo. Allí morirás con tu letra, y toda tu gloria, y los carros en los que antes eras ilustre; y el esplendor de la casa de Dios se convertirá en ignominia. Porque el Señor te quitará de tu puesto, y de tu ministerio, es decir, de las ceremonias de las víctimas, para que se cumpla lo que está escrito a los Hebreos: Porque trasladado el sacerdocio, es necesario que se haga también traslado de la ley (Hebreos VII, 12). Y cuando tú seas expulsado de tu ministerio, llamaré a mi siervo Eliacim, a quien dije en otro lugar: Es grande para ti ser llamado mi siervo (Isaías XLIX, 6, según los LXX). Eliacim se interpreta como resurgiendo Dios, o resurrección de Dios. Este, pues, resurgiendo Dios, que es hijo de Helcías, es decir, parte del Señor, tomará tu lugar, y será vestido con tu estola, y será fortalecido con tu cinturón, para que lo que tú tenías en la letra, él lo posea en el espíritu, y será padre de los habitantes de Jerusalén, es decir, en la visión de la paz, que se interpreta como Iglesia, y de la

casa de Judá, donde está la verdadera confesión de fe. Por eso él mismo habla a los Apóstoles: Hijitos, aún un poco estoy con vosotros (Juan XIII, 33). Y a otro: Hijo, tus pecados te son perdonados (Mateo IX, 2). Y a otra: Hija, tu fe te ha salvado (Lucas VII, 50). Daré, dice, a él la llave de la casa de David, que abre, y nadie cierra; que cierra, y nadie abre (Apocalipsis III). Y esta misma llave estará sobre su hombro, es decir, en la pasión, según lo que está escrito en otro lugar: Cuyo principado está sobre su hombro (Isaías IX, 6). Porque lo que él abrió con su pasión, no podrá cerrarse; y lo que cerró en las ceremonias de los judíos, no será abierto por ningún otro. Porque lo fijaré como un clavo en un lugar seguro, donde está la asamblea de los fieles. Por eso también los creyentes en Cristo son llamados fieles. Y será en el trono de la gloria de la casa de su padre, es decir, de la Iglesia: y colgarán sobre él toda la gloria de la casa de su padre. Por eso también en el Evangelio está escrito: Todo el pueblo colgaba de él (Lucas XIX). Lo cual no solo se hizo en aquel tiempo, sino que hasta hoy se cumple, para que cuelguen de él como diversas vasijas de Dios, sabiduría y justicia, y todo lo que se llama Cristo. Vasijas de diversos tipos, para las cuales Aquila interpretó SASAIM () y SEPHOTH (), que Symmachus tradujo como nietos y mezclados: para que también los Apóstoles, y todos los creyentes, es decir, los hijos de los hijos, y los mezclados de todas las naciones cuelguen de él. Desde las vasijas de las copas, para las cuales Theodotion puso AGANOTH (), y pequeños y grandes creerán en el Señor. Creo que las copas son los Apóstoles llenos de aguas vitales. De los cuales se dice: Bendecid a Dios desde las fuentes de Israel (Salmo LXVII, 27), en cuyas copas la sabiduría mezcló su vino. Y toda, dice, vasija de los músicos, de aquellos que en todo tiempo resuenan en alabanzas a Dios. Lo que sigue, parece ser contrario a nuestro sentido, cómo este clavo, que había sido fijado en un lugar seguro, será quitado y roto: y caerá y perecerá lo que colgaba de él, y esto sucederá porque el Señor ha hablado. Esto puede resolverse si leemos aquel Evangelio, que en los últimos días se enfriará la caridad de muchos (Mateo XXIV); y el mismo Señor dice: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra? (Lucas XVIII, 8). No, pues, el clavo se romperá y caerá y perecerá, lo cual es impío decir: sino que el clavo será quitado del lugar seguro, es decir, de la Iglesia por la impiedad que crece cada día, y los que antes colgaban de él por la fe, después por la infidelidad se romperán y caerán y perecerán. Esto sucederá en los últimos días, porque el Señor ha hablado. Por clavo, que en hebreo se dice JATHED (), y que todos lo pronuncian de manera similar, solo los LXX arriba interpretaron como príncipe, aquí como hombre. Y lo que casi se nos pasó por la rapidez de dictar, Sobna se interpreta como convertir ahora, o conversión. Se dice, pues, al príncipe de los judíos que se convierta de la Ley al Evangelio: y dejando las imágenes de las víctimas, se traslade a la verdad del sacrificio espiritual.

(Cap. XXIII.---Vers. 1.) Palabra de Tiro. Lo que nos parecería sobre la carga o palabra y asunción de Tiro según los hebreos, ya lo dijimos antes en el libro de las diez Visiones de explicación histórica. Ahora recorreremos brevemente toda la profecía contra Tiro según la ἀναγωγὴν, y la edición de los LXX. Tiro en lengua hebrea se dice SOR (), y se traduce a nuestro idioma como angustia. Por tanto, toda alma ocupada en vicios, y en pensamientos perversos, puede ser llamada sor.

Aullad, naves de Cartago, porque han perecido, y ya no vendrán. De la tierra de los Ceteos, ha sido llevada cautiva. ¿A quién se han hecho semejantes los habitantes de la isla, los comerciantes de Fenicia, cruzando el mar en muchas aguas, la semilla de los comerciantes como de las cosechas traídas, comerciantes de las naciones? Por Cartago en hebreo se escribe THARSIS () que todos tradujeron de manera similar. Tharsis se interpreta como contemplación o exploración de la alegría. También Ceteos, que en hebreo se dice CHETIM (), se interpreta como mar congelado: y por Fenicia entre ellos se lee Sidón. Se reprende,

pues, a aquellos que están rodeados por la multitud de malos pensamientos, y que queriendo, según el Apóstol, hacerse ricos, caen en tentaciones y lazos del diablo, y en muchos deseos nocivos, que arrastran a los hombres al abismo (I Tim. VI). Y se les dice que deben aullar, sabiendo que todas las negociaciones de este mundo van a perecer, y que la contemplación de la alegría y el gozo se convertirá en llanto y lágrimas. Porque este mar ya no podrá ser navegado; sino que todo se congelará: y las colonias de los tirios serán llevadas cautivas a castigos. Nadie es semejante a los que habitan en esta isla, sino a los comerciantes, o traductores que son llevados por todo viento de doctrina, y pasan de unos vicios a otros. Habitamos, pues, en una isla, mientras somos golpeados por las tentaciones de este siglo: y por todas partes nuestra isla y barca es golpeada por las olas del mar. Los comerciantes de esta isla son de Sidón, que se interpreta como cazadora, y en la que habitan muchos cazadores. De los cuales está escrito; Te librará del lazo de los cazadores (Salmo XC, 3). Y en otro lugar el santo se alegra, porque ha sido liberado de sus insidias diciendo: Nuestra alma como un pájaro ha escapado del lazo de los cazadores (Salmo CXXIII, 7). Todos los comerciantes de las naciones se comparan con cosechas, que pronto se secan, o con las cosechas del río que no tienen lluvia del cielo, sino de la tierra: por lo tanto, perecerán con las naciones. Donde leemos, semilla de comerciantes, en hebreo está escrito, semilla de sior, que se sobreentiende del Nilo, porque tiene aguas turbias con las que se riegan las cosechas de Egipto.

(Vers. 4-5.) Avergüénzate, Sidón, dijo el mar; pero la fortaleza del mar dijo, No he dado a luz, ni he parido, ni he criado jóvenes, ni he exaltado vírgenes. Pero cuando se oiga en Egipto, les sobrevendrá dolor sobre Tiro. El mar de este siglo, en el que habitan animales pequeños con grandes, y el dragón que Dios formó para burlarse de él, viendo a los cazadores de Cristo, que cazan de todo monte y colina, capturados, que antes habían sido capturados por demonios, habla a la fortaleza contraria de los cazadores, que se interpreta como Sidón, y le dice: Avergüénzate, Sidón; porque no he dado a luz, ni he parido, ni he criado jóvenes capturados por ti, ni he elevado vírgenes cuya necedad es condenada en el Evangelio (Mateo XXV). Porque mi parto, y nacimiento, y crianza, y elevación de vírgenes, ha sido borrado por el parto de los Apóstoles de Cristo; de los cuales uno hablaba: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV, 19). Y: Leche os di a beber, no alimento (I Corintios III, 2). Y de nuevo: Pero quiero presentaros a todos como una virgen casta a Cristo (II Corintios XI). Cuando esto lo oiga Egipto, que en hebreo se dice MESRAIM (), que se interpreta como ἐκθλίβουσα, es decir, tribulante, y constriñendo, también ella se aterrorizará, entendiendo que sufrirá lo mismo que Tiro ha sufrido. Esto, aunque se refiere a todos los vicios, también puede entenderse en la diversidad de las herejías, cuando una herejía es capturada, otra tiembla, y en la confusión de una, otra siente que será capturada. Así como se dice de Sodoma: Porque si se hubieran hecho en ellas las señales que se hicieron en Capernaum, habrían permanecido hasta hoy; y se añade: Sin embargo, a Sodoma le será más tolerable en el día del juicio que a vosotros: así aprendemos de Tiro y Sidón con el Salvador diciendo: Sin embargo, a Tiro y Sidón les será más tolerable en el día del juicio que a aquella ciudad (Mateo XI, 21 y ss.). Por eso también la cananea que, al orar a Cristo, entendía que su hija, es decir, su alma, estaba gravemente atormentada por un demonio, se dice que salió de los confines de Tiro y Sidón. Porque no podía de otro modo encontrarse con el Salvador, si no hubiera dejado los límites de Tiro y Sidón.

(Vers. 6, 7.) Id a Cartago: aullad los que habitáis en esta isla. ¿No es esta vuestra afrenta desde el principio antes de que fuera entregada? Sus pies la llevarán lejos a peregrinar. Lo que sigue: Sus pies la llevarán lejos a peregrinar, se ha añadido del hebreo, y se marca con un asterisco, es decir, con estrellas iluminadoras. Oh tirios que habitáis en la angustia y moráis

en la isla, que estáis expuestos por todas partes a las olas de las tentaciones, salid de ella, e id a Cartago, es decir, a Tharsis, y apresuraos al verdadero gozo, llorando los antiguos pecados, y la antigua afrenta, que o bien vosotros infligíais a otros, o sufríais de ellos. Esto os lo mando porque veis que la ciudad de Tiro, vuestra ciudad, será trasladada de sus asientos y propósito a otros límites, cuando, dejando el antiguo error, se sometan al Evangelio del Salvador, para que los que antes habitaban en la angustia, se alejen más, y sean extranjeros y peregrinos de la doctrina del Señor Salvador.

(Vers. 8, 9.) ¿Quién ha pensado esto sobre Tiro? ¿Acaso es menor, o no prevalece? Sus comerciantes son príncipes de Canaán, ilustres de la tierra. El Señor Sabaoth ha pensado disolver toda afrenta de los que se glorían, y deshonrar todo lo que es ilustre sobre la tierra. La palabra Canaán, se ha añadido de la edición de Theodotion, por la cual Aquila tradujo comerciantes. Pregunta, pues, el Espíritu Santo, más bien confirma con una pregunta, que el Señor ha pensado esto contra los príncipes de Tiro, cuya industria es buscar riquezas con negociaciones. Y como en el Evangelio leemos a los mercaderes de perlas (Mateo XIII), que vendiendo todo desean comprar una sola perla, y ciertamente deben ser llamados ilustres comerciantes no de la tierra, sino del cielo: así, por el contrario, los comerciantes de Tiro, es decir, de la tribulación y angustia, deben ser llamados ilustres de la tierra, porque todo lo que hacen, mira a la tierra: y príncipes de Canaán, que se interpreta como fluctuantes y movidos. Porque no establecen sus pies sobre la roca, ni se puede decir de ellos: La roca es refugio para los erizos (Salmo XXXIX; CIII, 18), o para los conejos; sino más bien lo que el justo casi sufrió, sostienen: Mis pies casi se movieron: casi se derramaron mis pasos (Salmo LXXII, 2). El Señor de los ejércitos ha pensado este consejo, para disolver los peores lazos de los comerciantes, más bien para disipar la injuria compacta, por la cual todos los que están sujetos a Tiro se enorgullecen. Y lo que añadió, y deshonrar todo lo que es glorioso sobre la tierra, no es el Señor autor de la deshonra, sino que lo que por sí mismo es evidente como ignominioso, muestra que es ignominioso. Lo cual también leemos de los sacerdotes en Levítico: Lo contaminó con contaminación (Levítico XXI), sin duda el sacerdote: no porque sea autor de la contaminación, sino porque muestra que está contaminado, quien antes parecía puro a muchos.

(Vers. 10, 11.) Trabaja tu tierra: pues las naves ya no vienen de Cartago, y tu mano no prevalece, que en el mar provoca a los reyes. La edición de los LXX difiere mucho de otros intérpretes y del mismo hebreo en este lugar, pero sigamos con el propósito. Antes había dicho: Id a Cartago, aullad los que habitáis en la isla. Ahora habla lo contrario, porque las naves de Cartago ya no vienen, trabaja tu tierra. Pues a Tiro le benefició que las naves extranjeras perecieran, para que se viera obligada a trabajar su tierra. De la cual se dice en los Proverbios: El que trabaja su tierra se saciará de pan (Prov. XXI, 11), para que no viva de la incertidumbre de los naufragios y las olas, sino de los frutos de su trabajo. De los cuales en los salmos se canta al justo: Comerás el fruto del trabajo de tus manos (Sal. CXXVII, 2). Está escrito en Oseas que los caminos de la meretriz están cercados por el Señor con espinas, para que no pueda seguir a sus amantes, y así, obligada por esta necesidad, regrese a su primer marido. Lo cual también observamos frecuentemente en los asuntos del mundo, que muchos que no podían sentir al Señor por la prosperidad y abundancia de todas las cosas, lo entienden por la escasez, y se convierten a las obras de justicia, después de que su mano no ha prevalecido para disfrutar de la felicidad de este siglo, que antes en el mar provocaba a los reyes, o según Símaco los perturbaba; cuyo corazón está en la mano de Dios. Y ojalá que nosotros, despreciando el comercio de este mar, trabajemos nuestra tierra, y no esperemos las naves de Cartago, o las naves de Tiro, que solían ir a Cartago, para no estar sujetos al poder del dragón, que domina en el mar. Sino que fijemos un paso firme en la tierra, más bien

apresurándonos hacia las cosas celestiales, trabajemos nuestra tierra, para que sembrando aquí, cosechemos allí. También nuestra mano, que antes se ocupaba en los negocios del mundo, y por poder y felicidad incluso podía mover a los reyes, es decir, a los santos de su estado, se vuelva débil en las cosas del mar, para que sea fuerte en la obra de su tierra.

(Vers. 12.) El Señor de los Ejércitos ha ordenado destruir la fortaleza de Canaán, y dirán: no añadiréis más injuria ni iniquidad a la virgen hija de Sidón. Ya hemos mostrado que Tiro y Sidón están en la tierra de Canaán, proponiendo el testimonio del Evangelio, en el que se lee que una mujer cananea o sirofenicia salió de los confines de Tiro y Sidón, y se encontró con el Señor Salvador. Toda alma que está en los vaivenes del mundo y es llevada por todo viento de doctrina, debe ser llamada Canaán, que se interpreta como fluctuación o conmoción. Por eso, al anciano adúltero se le dice: Semilla de Canaán y no de Judá, la apariencia te engañó (Dan. XIII). Por tanto, es beneficioso para Tiro y sus estrecheces que la fortaleza cananea perezca, para que se diga a sus habitantes que ya no pueden hacer injurias ni oprimir con iniquidad a la virgen hija de Sidón. Cualquiera que sea capturado por el diablo en la perturbación de diversos vicios, y sea entregado a las afrentas de la ignominia, para que contamine su cuerpo con placeres y deshonra, es hijo o hija de Sidón. Y es de saber que sabaoth no se encuentra en hebreo, y por el contrario, virgen ha sido añadido del hebreo.

(Vers. 13.) Si vas a los Ceteos, tampoco allí tendrás descanso; y si a la tierra de los Caldeos, también ella ha sido devastada por los Asirios. La fundaron los Siim, establecieron sus baluartes, levantaron su torre: su muro cayó. Lo que sigue de la edición de Teodoción, se ha añadido bajo asteriscos: La fundaron los Siim, establecieron sus baluartes: levantaron su torre, y sin asteriscos se une: su muro cayó. Los Ceteos se interpretan como plaga consumada o perfecta: los Caldeos en este lugar, como ubres: los Asirios, como acusadores. No hemos podido encontrar la etimología de Siim, y los demás intérpretes lo han trasladado con el mismo nombre con que se escribe en hebreo. Se dice, pues, a Tiro, que aunque intente ir a los Ceteos y evitar la plaga de sus estrecheces, tampoco allí podrá encontrar descanso perfecto. Y si desea ir a los Caldeos, y disfrutar de su abundancia y de todas las cosas, también los encontrará desolados, acusando los Asirios su esterilidad, según lo que el Apóstol también ha enseñado a los pecadores a Satanás (I Tim. I), para que aprendan a no blasfemar: que son entregados a la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo. Los fundamentos de los Caldeos los echaron los Siim, que entiendo como los peores demonios, que levantaron los baluartes y las torres más soberbias de la ciudad de los Caldeos contra el conocimiento del Señor. Pero toda su edificación cayó en ruinas; pues sigue, su muro cayó. Porque si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican (Sal. CXXVI, 1). A menudo vemos en el mundo a algunos pasar de un propósito a otro. Por ejemplo, los que han tenido mala experiencia en la milicia, pasan al comercio. Y de nuevo, los abogados toman las armas de los guerreros. Cambian de industria para cambiar de infelicidad; y no obstante, por la disposición de Dios, a aquellos a quienes se digna salvar, todo les sucede contrario a sus esfuerzos: para que por la escasez y las miserias se vean obligados a no tener confianza en sí mismos, sino en su Creador.

(Vers. 14.) Aullad naves de Cartago: porque ha perecido vuestra fortaleza. Se ordena a las naves de Cartago, es decir, de Tarsis, que aullen: pues no han perecido, como antes, o no vendrán; sino que ha perecido su fortaleza. Tarsis, según otra interpretación, se traduce en nuestra lengua como consumación de seis, o de alegría. En seis días leemos que fue hecho este mundo, que según las tradiciones eclesiásticas después será consumado. Así que todos los bienes de este siglo, y todo el trabajo de los mortales, se compara al incierto curso de las naves, porque pronto perecerán, y toda la fortaleza de los navegantes se disolverá. Por eso también está escrito en Salomón: El sabio sube a las ciudades fuertes: y destruye sus

fortalezas (Prov. XXI, 22). Porque todo lo que se compone con arte de los herejes y de la sabiduría secular, y de las doctrinas contrarias, el hombre eclesiástico lo destruye, y enseña que está sujeto a sus pies.

(Vers. 15 y ss.) Y será en aquel día, Tiro será abandonada setenta años, como el tiempo de un rey; como el tiempo de un hombre. Y después de setenta años, Tiro será como el canto de una meretriz. Toma la cítara, vaga, ciudad meretriz, entregada al olvido. Toca bien la cítara, canta mucho, para que haya memoria de ti. Pero después de setenta años, Dios visitará a Tiro: y será restaurada a su antiguo estado; y su comercio será para todos los reinos del mundo sobre la faz de la tierra. Y su comercio y su ganancia serán santas para el Señor; pero no se acumularán para ellos, sino para los que habitan delante del Señor. Todo su comercio comerán y beberán y se llenarán en la contribución, memorial ante el Señor. Esto que se dice: memorial ante el Señor: y sobre la faz de la tierra, y como el tiempo de un hombre, no se encuentra en hebreo, pero se ha añadido en griego. Tiro, una vez coartada, es abandonada por setenta años, para que, cumplido el tiempo de soledad, convierta el antiguo canto de meretriz en alabanzas a Dios, y tomando la cítara tenga todas las cuerdas armonizando: para que después de haber armonizado bien y cantado mucho, se haga memoria de ella ante Dios, que por fornicación había sido entregada al olvido: y sea restaurada a su estado original, y tenga las riquezas de los reinos de todo el mundo, y las ganancias de su trabajo no se acumulen para los de Tiro; sino para los que habitan en la presencia del Señor, y coman y beban, y se llenen de todos los bienes que en la alegría del banquete de todos hayan sido reunidos con trabajo. El discurso divino exhorta a Sidón y Tiro al arrepentimiento, y promete que sus trabajos y ganancias serán santificados al Señor. ¿Quién no tendrá esperanza de salvación de los pecados, si bien canta, y todas las cuerdas de las virtudes, que antes estaban relajadas, se componen en alabanzas al Señor? Leemos en el salmo cuarenta y cuatro, que especialmente se refiere a la unión del esposo y la esposa, es decir, a los sacramentos de Dios Salvador y la Iglesia, que se dice entre otras cosas: Las hijas de Tiro con regalos, tu rostro suplicarán los ricos del pueblo (Sal. XLIV, 13). Y el mismo esposo habla de nuevo a la esposa de Tiro: Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído; y olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre, porque el rey deseará tu belleza (Ibid. 11, 12). Por eso también en la descripción de su belleza se añade: La reina está a tu derecha, en vestidura de oro, rodeada de variedad (Ibid., 10). Y de nuevo: Toda la gloria de la hija del rey es interior (Ibid., 14). Si el rey deseó la belleza de la penitente de Tiro, y que tiene adornos de varias virtudes, ¡cuánto más sus ganancias y comercio, no serán de los que permanecen en Tiro, sino de aquellos que habitan en la presencia del Señor! Que después de haber hecho penitencia, oirán del Señor Salvador: Comed, amigos míos, y bebed, y embriagaos, carísimos (Cant. V, 1). Lo que significa comer y beber, y saciarse de toda la contribución de virtudes, el lector fiel lo entiende. Jeremías (Cap. XXIX) y Daniel (Cap. IX) y Zacarías (Cap. VII) enseñan que el templo estuvo desolado por setenta años. Y en Ezequiel (Cap. XVI) leemos sobre Sodoma, que será restaurada a su antiguo estado, y sobre Egipto, que después de la desolación de la tierra de Egipto y la sequedad de los siete ríos, recobrará su antigua fertilidad. El número siete y setenta, que se compone de los días individuales o de las siete décadas, significa penitencia perfecta y consumada: para que justamente Tiro, cumplido el tiempo de penitencia, regrese a su estado original. Creo que de esta meretriz también se señala en los Proverbios de Salomón con lenguaje místico: No atiendas a la mujer perversa; miel destila de los labios de la mujer meretriz, que por breve tiempo engorda tus fauces, y después la encontrarás más amarga que la hiel (Prov. V, 2-4). Pues mira por la ventana de su casa a las calles (Mat. VII): porque ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte, y a cualquiera insensato que vea joven, pues no se atreve a tentar a los sabios, y que pase junto a las esquinas, que han perdido la línea recta: le habla en la oscuridad y en la penumbra, y bajo la apariencia de placeres lo lleva como víctima a la muerte. Si esta se

convierte, y bien canta, y cumple el tiempo de años de penitencia perfecta, comerá y beberá, y se saciará. Que Novaciano escuche, y calle.

## LIBRO OCTAVO.

Los libros sexto y séptimo anteriores contienen la alegoría del quinto volumen, que antes dicté con explicación histórica. La presente obra, es decir, el octavo libro, vuelve a la interpretación comenzada, para que discurra tanto la historia como la tropología según ambas ediciones. Si te parece largo, oh virgen de Cristo Eustoquio, no me culpes a mí, sino a la dificultad de la Sagrada Escritura, y especialmente al profeta Isaías, que está envuelto en tantas oscuridades, que por la magnitud del asunto, considero breve la explicación que de por sí es larga. Ciertamente escribimos para los estudiosos, y para los que desean conocer la Sagrada Escritura, no para los fastidiosos, y que se hastían de cada cosa. Si desean un río de elocuencia, y declamaciones elegantes, que lean a Tulio, Quintiliano, Galión, Gabiniano, y para venir a los nuestros, Tertuliano, Cipriano, Minucio, Arnobio, Lactancio, Hilario. Nuestro propósito es que Isaías sea entendido por nosotros, y que no se alaben nuestras palabras bajo el pretexto de Isaías.

(Cap. XXIV.---Vers. 1 y ss.) He aquí que el Señor disipa la tierra, y la desnuda, y aflige su faz, y dispersa a sus habitantes: y será como el pueblo, así el sacerdote: y como el siervo, así su señor: como la sierva, así su señora: como el comprador, así el que vende: como el prestamista, así el que toma prestado: como el que reclama, así el que debe: la tierra será disipada con disolución, y saqueada con despojo: porque el Señor ha hablado esta palabra. Después de la corrección especial de cada una de las naciones, de Judea, Babilonia, los filisteos, Moab, Damasco, Israel, Egipto, el desierto del mar, Idumea y Arabia, el valle de la visión, y finalmente Tiro: en cuya explicación hemos dicho lo que hemos podido: ahora el discurso profético describe lo que todo el mundo sufrirá en la consumación, y no profetiza sobre naciones individuales, sino sobre todas en conjunto. Y primero, qué tormentos sufrirán los impíos: y cómo según el Evangelio y el Apóstol, pasarán el cielo y la tierra, y la figura de este mundo (Mat. XXIV; I Cor. VII), y los pecadores serán llevados al infierno (Sal. XXX), de los cuales está escrito: Entrarán en los extremos de la tierra, serán entregados a la espada, serán parte de los zorros (Sal. LXII, 10). Luego, porque según la calidad de los méritos hay muchas mansiones en la casa del Padre, se dice cómo los santos serán arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y estarán siempre con él (Juan XIV; I Tes. IV). Por disipada la tierra, los setenta interpretaron el orbe corrompido: y por afligida su faz, es decir, de la tierra, los mismos tradujeron, y revelará su faz; para que los muertos salgan de sus sepulcros: o la desnude, para que todas sus obras se pongan en público, y sus habitantes se dispersen en diversos lugares, destinados a premios o castigos. Entonces no habrá diferencia entre noble e innoble, sacerdote y laico, siervo y señor, sierva y señora, rico y pobre, prestamista y el que está agobiado por deuda ajena, comprador y vendedor. Porque todos estarán igualmente ante el tribunal de Cristo, y no habrá acepción de personas ante Dios (Rom. XIV; Col. III). De lo cual también Job habla con palabras casi idénticas: Allí están el pequeño y el grande, y el siervo no teme a su señor (Job III, 19). Y el Salvador en el Evangelio, a quien todo juicio ha sido entregado, lo testifica con pleno discurso. La tierra será disipada, y todas las obras terrenales se reducirán a nada, para que, abolida la imagen del terrenal, permanezca la imagen del celestial. Porque el primer hombre es de la tierra terrenal, y el segundo del cielo celestial: como el terrenal, tales también los terrenales; y como el celestial, tales también los celestiales: para que así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial (I Cor. XV, 47-49). Por eso el mismo Apóstol dice: La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios (Ibid., 50). No porque según los herejes se pierda la naturaleza de los cuerpos, sino porque esto corruptible se vestirá de incorrupción, y

esto mortal se vestirá de inmortalidad. Y todo esto sucederá: porque lo que ha de venir, el Señor lo ha hablado por los profetas.

(Vers. 4, 5.) La tierra se ha lamentado y ha decaído, y se ha debilitado: el orbe ha decaído, se ha debilitado la altura del pueblo de la tierra, y la tierra ha sido asesinada por sus habitantes. LXX: La tierra ha lamentado, el orbe se ha corrompido, han lamentado los altos de la tierra, pero la tierra ha actuado impíamente por sus habitantes. Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (Jac. IV, 6). Por eso la primera sentencia es contra aquellos que son altos en la tierra, para que se debiliten todas las cosas que ahora son fuertes por aquellos que han mezclado sangre con sangre, y han hecho clamar a Dios la sangre de los asesinados al modo de la sangre de Abel (Gén. IV).

(Vers. 6.) Porque han transgredido la ley, han cambiado el derecho, han disuelto el pacto eterno. Por eso la maldición devorará la tierra, y pecarán sus habitantes: por eso enloquecerán sus cultivadores, y quedarán pocos hombres. LXX: Porque han prevaricado la ley, han cambiado los preceptos, el testamento eterno. Por eso la maldición devorará la tierra, porque han pecado sus habitantes: por eso los habitantes de la tierra serán pobres, y quedarán pocos hombres. Que oigan los judíos, que se glorían de haber recibido solos la ley del Señor, que primero todas las naciones y todo el orbe recibieron la ley natural, y por eso después se dio la ley por Moisés, porque la primera ley fue disipada. De la cual el Apóstol habla: Porque cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente lo que es de la ley, estos, no teniendo ley, son ley para sí mismos: que muestran la obra de la ley escrita en sus corazones (Rom. II, 14). Quienes observen estas leyes, obtendrán premios: pero quienes las descuiden, sufrirán lo que ahora el discurso profético amenaza. Y así como al principio Dios bendijo a toda criatura que había hecho (Gén. I): así en la consumación del mundo maldecirá a aquellos que son terrenales, y no han sido peregrinos, sino habitantes de la tierra, y en ella han pecado; que olvidados de su condición, se han enfurecido mutuamente contra sí mismos. Y pocos quedarán que tengan la imagen celestial: o, según los LXX, los habitantes de la tierra serán pobres, porque han perdido las riquezas espirituales.

(Vers. 7 seqq.) La vendimia ha languidecido, la vid se ha debilitado, han gemido todos los que se alegraban de corazón. Ha cesado el gozo de los tambores, ha callado el sonido de los que se alegran, ha enmudecido la dulzura de la cítara, con cántico no beberán vino, amarga será la bebida para los que la beban. La ciudad de la vanidad ha sido destruida, toda casa está cerrada sin que nadie entre. Habrá clamor por el vino en las calles, toda alegría ha sido abandonada, el gozo de la tierra ha sido trasladado. Y en la ciudad ha quedado la soledad, y la calamidad oprimirá las puertas: porque esto sucederá en medio de la tierra, en medio de los pueblos. Al final del mundo, el recuerdo de los placeres pasados será motivo de tormento. Por eso, aquel rico vestido de púrpura en el banquete, que había recibido sus bienes en su vida, alzando sus ojos desde el infierno, ve a Lázaro en el descanso (Luc. XVI). Y el Señor, reprendiendo a los ricos y lujuriosos y a los que ríen, habla en el Evangelio: ¡Ay de vosotros, ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque lloraréis y os lamentaréis! (Ibid., 24, 25). Cuando, pues, sea la resurrección de los muertos, y llegue el día del juicio, entonces llorarán el vino y la vendimia, de la cual Moisés habla: De la viña de Sodoma es su viña, su fruto es de Gomorra. Su uva es uva de hiel, su racimo es de amargura. La furia de los dragones es su vino, y la furia de las víboras es incurable (Deut. XXXII, 33). Entonces toda bebida, o como se dice en hebreo, sicera, es decir, embriaguez, que trastorna el estado de la mente y no permite a los hombres estar vigilantes, se convertirá en amargura, que por un tiempo engaña a los que la usan como si fuera miel, y al final se encontrará más

amarga que la hiel. Entonces toda dulzura de los que se alegran y el sonido de los tambores y la cítara se convertirá en llanto y gemido. Apliquemos este testimonio a aquellos que en los banquetes no solo se entregan a la gula y la embriaguez, sino también a los oídos lujuriosos, para que por todos los sentidos se debilite la fortaleza del alma. Será destruida la ciudad de la vanidad, o toda ciudad, o la Babilonia espiritual, que se sienta en siete montes vestida de púrpura, cuyos castigos leemos en el Apocalipsis de Juan (Apoc. XVIII). Y dijo bellamente la ciudad de la vanidad. Si de los cielos y la tierra, y de todo lo que es terrenal se dice: Vanidad de vanidades, y todo es vanidad (Eccl. I, 2); ¡cuánto más debe decirse esto de una ciudad, que es una pequeña parte de todo el mundo! Entonces las casas cuyas techumbres ahora son doradas, y mientras los pobres mueren de frío sin techo ni refugio, sus paredes están revestidas de mármol y resplandecen con el brillo del marfil tallado, quedarán vacías. Habrá clamor en las calles por el vino, no en el camino estrecho y angosto que lleva a la vida, sino en el ancho y espacioso que lleva a la muerte (Matth. VII). Por el vino y la embriaguez de su error, aquellos que durmieron su sueño, y todos los hombres de riquezas no encontraron nada en sus manos (Ps. LXXV). Porque la alegría de la tierra ha sido trasladada a los cielos, y en la ciudad que una vez fue muy famosa ha quedado la soledad, y las puertas de los caminos frecuentados por las multitudes serán oprimidas por la calamidad de los habitantes. Y para que supiéramos claramente que se anuncia la destrucción de todo el mundo, añadió, Esto sucederá en medio de la tierra: en medio de las naciones o pueblos.

(Vers. 13-15.) Como si pocas aceitunas, que han quedado, se sacudieran del olivo, y los racimos cuando la vendimia ha terminado. Estos levantarán su voz y alabarán, cuando el Señor sea glorificado, relincharán desde el mar: por esto en las doctrinas glorificad al Señor: en las islas del mar el nombre del Señor Dios de Israel. Cuánto se aparta la traducción de los LXX de la verdad hebrea en este lugar, las palabras siguientes lo mostrarán. LXX: Como si alguien sacudiera un olivo, así los sacudirán: y si la vendimia descansa, estos clamarán con gritos. Pero los que queden sobre la tierra, se alegrarán junto con la gloria del Señor, se turbarán las aguas del mar, por eso la gloria del Señor estará en las islas del mar, el nombre del Señor será glorioso, del Señor Dios de Israel. Dejando pocos hombres, cuando la maldición devore la tierra, y en la ciudad haya soledad, y todo esto suceda en medio de la tierra, en medio de los pueblos y naciones, habrá tan pocos santos, de los cuales el Señor habla en el Evangelio: Muchos son llamados, y pocos elegidos (Mat. XX, 16): y tan fuerte será la presión sobre los justos, que serán tentados, si es posible, incluso los elegidos de Dios: y su escasez se comparará con las bayas de olivo más raras, que cuando han sido sacudidas y cosechadas, apenas quedan unas pocas en la cima de las ramas; y como cuando la vendimia ha terminado, los pobres, impulsados por la necesidad, suelen recorrer las vides vacías, y recoger unos pocos granos de uva. Estos, pues, que queden, y después de la vendimia del mundo y la presión, hayan podido escapar de la mano del Anticristo perseguidor, o de los ardores de la pena inminente, levantarán sus voces en lo alto, y alabarán a Dios. Cuando venga el Señor en la gloria de su Padre, con los santos ángeles, y lo vean reinando en majestad, entonces relincharán a semejanza de caballos, saltando de alegría por la magnitud de la felicidad, y relincharán desde el mar de este siglo. Por eso, vosotros que ahora estáis instruidos en las Sagradas Escrituras, y sabéis que para vosotros se reservan tanta alegría y tantas recompensas, en las doctrinas glorificad al Señor, escuchando aquello que está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor (II Cor. X, 17). No en la tierra de Judea, sino en las islas, es decir, en las Iglesias de este mar y siglo, en las cuales se bendice y alaba el nombre del Señor Dios de Israel, o del hombre que ve a Dios. Según los LXX, todo lo que entendemos de los santos, puede referirse a los impíos, que cuando la vendimia haya terminado, entonces ellos clamarán en los suplicios. Pero los que hayan escapado del número

de los impíos se alegrarán en la gloria del Señor, y se turbarán las aguas de los pueblos de este siglo.

(Vers. 16.) Desde los confines de la tierra hemos oído alabanzas, la gloria del Justo, y dije: Mi secreto para mí, mi secreto para mí: ¡ay de mí! LXX: De los confines de la tierra hemos oído portentos: esperanza para el justo, y dirán + mi misterio para mí **. Esto que se dice mi misterio para mí, no se encuentra en los LXX, sino que se ha añadido en griego de la traducción de Teodoción. Nuevamente, en lugar de lo que ellos pusieron ¡ay!, para que se uniera al versículo siguiente, en hebreo se dice OI LI (), que propiamente suena, ¡ay de mí! También, en lugar de confines, que nosotros hemos puesto más claramente para la explicación del sentido, en hebreo se encuentra MECCHENAPH (), que significa ala, no fin. Estos, pues, de los que se dijo antes: Levantarán su voz y alabarán, cuando relinchen desde el mar, y en las doctrinas glorifiquen al Señor, y vean en las islas del mar alabarse el nombre del Señor Dios de Israel, entonces cantarán con voz unánime, y dirán: De los confines de la tierra, es decir, de los profetas y de los santos del Señor, que con alas de paloma, se apresuran al reino de los cielos, hemos oído sus alabanzas proclamarse: y que la gloria o esperanza del Justo no es vana, sino que todo se cumple en los hechos. Diciendo, pues, estas cosas los santos, y relinchando desde el mar, y levantando su voz y alabando, el Profeta se habla a sí mismo: Cuando, dice, oí estas cosas, y vi que la profecía de los Profetas sobre la subversión del mundo debía cumplirse, hablé a mí mismo con el afecto interno del corazón: No puedo narrar todo lo que veo. La lengua se me pega al paladar, la voz se cierra por el dolor. ¡Ay de mí, cuán grande orden de penas se presenta ante mis ojos! Veo presentes las cosas que han de venir. Pero se equivocan los que piensan que esto debe entenderse desde la persona de Dios, no siguiendo el orden de las cosas. Me maravillo de qué sentido los LXX interpretaron portentos en lugar de salmos y alabanzas, que en hebreo se lee ZEMROTH (), a menos que tal vez sea un signo y portento, que excluido el pueblo de los judíos, la multitud incrédula de las naciones se salve.

(Vers. 17, 18.) Los prevaricadores han prevaricado, y con la prevaricación de los transgresores han prevaricado. Miedo y fosa y lazo sobre ti, que habitas en la tierra; y será, que el que huya de la voz del miedo caerá en la fosa, y el que se libre de la fosa, será atrapado por el lazo. LXX: ¡Ay de los prevaricadores que prevarican la ley! Miedo y fosa y lazo sobre vosotros que habitáis la tierra. Y será, que el que huya del miedo, caerá en la fosa, y el que salga de la fosa, será atrapado por el lazo. Esta es la causa de mi lamento y gemido, por la cual dije por segunda vez, mi secreto para mí, mi secreto para mí: porque todos han prevaricado la ley de Dios, y la pena del Señor no se difiere, ni se predice como futura, sino que es inminente, y tiene cautivos a los habitantes de la tierra. Y cuando crean haber escapado, caerán de una cosa en otra, y a dondequiera que se vuelvan, no escaparán de la ira inminente del Señor.

(Vers. 19, 20.) Porque las cataratas de lo alto están abiertas, y se sacudirán los cimientos de la tierra. Con fractura se romperá la tierra, con contrición se triturará la tierra, con conmoción se moverá la tierra. Con agitación se agitará la tierra como un ebrio, y será llevada como una tienda de una noche, y la iniquidad la gravará, y caerá, y no se añadirá para que se levante. Por eso, el miedo, el lazo y la fosa del Señor nadie los evadirá, porque las cataratas de lo alto, o como los LXX más claramente tradujeron, las ventanas del cielo están abiertas, para que el Señor contemple todos los pecados de los hombres, que antes, porque no los castigaba, parecía ignorar a los pecadores. Pero después de que, abiertas las ventanas, vio todas las obras de los mortales, se sacudieron los cimientos de la tierra, según lo que está escrito en otro lugar sobre la mirada de Dios: El que mira la tierra, y la hace temblar (Ps. CIII, 32); entonces se romperá y triturará, y se moverá y agitará la tierra a semejanza de un ebrio: no

porque la tierra misma se reduzca a polvo, y a nada; sino porque todas las cosas terrenales pasarán, y sucederá otra forma de vida. Y como el ebrio no sabe lo que hace, sino que con los nervios embotados por la embriaguez, ni el pie ni la mente están en su oficio: así toda la tierra, es decir, todos los hombres que habitan en la tierra, estarán ebrios por la magnitud de los males y las penas, y se asombrarán de todo lo que vean. Y como la tienda de una noche se traslada de un lugar a otro, y el lugar de la tienda anterior es abandonado por el viajero, de modo que no queda rastro de la estancia pasada: así pasará la figura de este mundo, y la tierra será desierta que ha sido gravada por su iniquidad, cuyo peso y carga gravísima se escribe en Zacarías: Que se sentaba sobre un talento de plomo (Zac. V, 32). Y caerá, dice, y no se añadirá para que se levante. No porque se niegue la resurrección de los hombres, y de todos los que habitaban en la tierra, sino que no habrá más vida terrenal, y el estado de la vida anterior, cuando los cuerpos humanos resuciten para que las almas se vistan de los mismos cuerpos que antes habían dejado, y reciban de Dios ya sea el bien, ya sea el mal, que hicieron sobre la tierra.

(Vers. 21 seqq.) Y será en aquel día, que el Señor visitará sobre el ejército del cielo en lo alto, y sobre los reyes de la tierra que están sobre la tierra. Y serán reunidos en la congregación de un solo haz en el lago, y serán encerrados allí en la cárcel, y después de muchos días serán visitados. Y se avergonzará la luna, y se confundirá el sol, cuando el Señor de los ejércitos reine en el monte Sion y en Jerusalén, y en presencia de sus ancianos sea glorificado. En lugar de lo que nosotros hemos interpretado, y se avergonzará la luna, y se confundirá el sol, los Setenta tradujeron, derretir el ladrillo, y caer el muro: cuál sea la causa del error, las palabras siguientes lo mostrarán. El sol en lengua hebrea se llama de tres maneras: SEMES (), y HAMMA (), que se interpreta calor, y HERES (), que significa ὄστρακον, es decir, teja o aridez. MAOR () en cambio, que en griego es φωστὴρ, en latín se dice luminaria, es común al sol y a la luna. Nuevamente, la luna se llama JAREE (), que en griego se dice μήνη, porque en el circuito de treinta días forma un mes, y LABANA (), es decir, blanca o cándida. En el presente lugar, pues, en lugar de LABANA, es decir, luna, los Setenta interpretaron ladrillo, que en hebreo se llama LEBENA, engañados por la ambigüedad del verbo. Nuevamente, en lugar de HAMMA, es decir, calor, por el cual se entiende, sol, pusieron muro, que en hebreo se dice HOMA (). Este es el sentido de todo el capítulo: Las ventanas del cielo están abiertas, para que al contemplar el Señor los pecados terrenales, toda la figura de las obras terrenales pase, y caiga, y no se levante más a su estado anterior. En aquel día, es decir, en el día del juicio, el Señor visitará sobre el ejército, o sobre el ornato del cielo en lo alto, para que no solo juzgue las cosas terrenales, sino también las celestiales. ¿Cuál sea el ornato del cielo o el ejército, aprendamos de Moisés escribiendo: Cuídate de no levantar tus ojos al cielo, y viendo el sol, y la luna, las estrellas y todo el ornato del cielo, te dejes engañar y los adores (Deut. IV, 19). Pero el Señor visitará, según el idioma de las Escrituras, como si el ejército y el ejército del cielo estuvieran enfermos, y necesitaran hierro y cauterios, según aquello: Visitaré con vara sus pecados, y con azotes sus iniquidades (Ps. LXXXVIII, 3). Pues también leemos en lo siguiente: Mi espada se ha embriagado en el cielo (Infra XXXIV, 5); Y en Job: Las estrellas no son puras a sus ojos. Y: Contra sus ángeles encontró algo perverso (Job. XXV, 5). También visitará sobre los reyes y príncipes de la tierra, rectores de las tinieblas de este mundo, y las maldades espirituales en los lugares celestiales. De los cuales príncipes que presiden diversas provincias también está escrito en Daniel: Salió a mi encuentro el príncipe del reino de Persia, y el príncipe del reino de Media, y el príncipe del reino de Grecia (Dan. X). A estos príncipes, pues, que no guardaron su grado, el Señor los reunirá en el día del juicio, como en un solo haz atados juntos, y los enviará al lago del infierno, para que en ellos también se cumpla lo que está escrito de los impíos: Abrió un lago, y lo cavó, y cayó en la fosa que hizo (Ps. VII, 16). Y serán encerrados en la cárcel, según aquello que dice el Señor:

Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles (Matth. XXV, 41). Pero lo que sigue: Y después de muchos días serán visitados, parece aplaudir a mis amigos, que dan penitencia al diablo y a los demonios, porque después de mucho tiempo serán visitados por el Señor. Pero consideren que la Escritura divina no ha dicho abiertamente: Serán visitados por el Señor, o serán visitados por los ángeles, sino absolutamente, serán visitados. De la ambigüedad del verbo puede entenderse tanto el remedio como la corrección, que después de que los justos hayan recibido sus premios, ellos sean visitados en penas perpetuas. Sin embargo, es necesario saber que el juicio de Dios no puede ser conocido por la fragilidad humana, ni emitir sentencia sobre la magnitud y medida de las penas, que ha sido dejada al arbitrio del Señor. Entonces se avergonzará la luna, y se confundirá el sol, según aquello que dice el Apóstol: Porque la creación misma gime y sufre dolores de parto (Rom. VIII, 22), viendo que los hombres que disfrutaban de su luz, no hicieron nada digno de la bondad de Dios, que hace salir su sol sobre justos e injustos (Matth. V). Como si el dispensador y mayordomo, al venir el Señor, viera a la familia sometida a varios castigos, y no hubiera cumplido sus preceptos. De este mismo lugar el Salvador enseña más plenamente en el Evangelio: El sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se moverán, cuando aparezca la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y todas las tribus de la tierra se lamentarán, y verán al Hijo del Hombre viniendo con las nubes del cielo, en gran poder y gloria (Matth. XXIV, 29, 30). Hemos aprendido la subversión de la tierra, la visita del ejército del cielo, la congregación de los reyes y príncipes en un solo haz, y su descenso al lago, y la custodia de la cárcel, y la visita de los encerrados después de mucho tiempo, el rubor de la luna y la confusión del sol. Después de todo esto, el Señor de los ejércitos reinará en el monte Sion y en la Jerusalén celestial, de la cual también se escribe en la Epístola a los Hebreos: Y en presencia de sus ancianos será glorificado (Hebr. XII). Como fue anciano Abraham, que murió en buena vejez, y fue reunido con sus padres (Gen. XXV). Como también se ordena a Moisés elegir ancianos, que sabe que son ancianos (Num. XI): porque la sabiduría del hombre es su canicie (Sap. IV, 8), que imitan al anciano de días, cuya cabellera se describe blanca, para mostrar la longitud de su edad (Dan. VII, 9). Esto también puede entenderse del grado eclesiástico, si no destruyen con sus obras la dignidad.

(Cap. XXV.---Vers. 1 seqq.) Señor, tú eres mi Dios: te exaltaré, alabaré tu nombre, porque has hecho maravillas, pensamientos antiguos fieles: amén. Porque has puesto la ciudad en un montículo, la ciudad fuerte en ruina, la casa de extranjeros: para que no haya ciudad, y nunca más se edifique. Sobre esto te alabará el pueblo fuerte, la ciudad de las naciones robustas te temerá. Porque has sido fortaleza para el pobre, fortaleza para el necesitado en su tribulación, esperanza del torbellino, sombra del calor: porque el espíritu de los robustos es como un torbellino que empuja la pared. Como el calor en la sed, humillarás el tumulto de los extranjeros: y como el calor bajo la nube ardiente, harás marchitar la descendencia de los fuertes. LXX: Señor mi Dios, te glorificaré: alabaré tu nombre, porque has hecho cosas admirables, consejo antiguo verdadero, que se haga. Porque has puesto las ciudades en un montículo: ciudades fuertes, para que caigan sus cimientos. Las ciudades de los impíos no se edificarán para siempre. Por eso te bendecirá el pueblo de los pobres, y las ciudades de los hombres que soportan la iniquidad te bendecirán. 339 Porque has sido auxilio para toda ciudad humilde, y protección para los tristes por la pobreza: los liberarás de los hombres malvados: sombra para los sedientos, y el espíritu de los hombres que soportan la iniquidad como hombres pusilánimes sedientos en Sion de los hombres impíos, a quienes nos entregaste. Hay una doble interpretación de este lugar. Los judíos piensan que es la voz de los santos, del pueblo creyente: cuando Dios haya hecho contra todo el mundo lo que se ha dicho antes, y se hayan cumplido las profecías de todos los profetas; interpretan la ciudad

subvertida como Roma, que debe ser destruida por completo, y el pueblo fuerte que alaba al Señor, y para quien el Señor se ha convertido en fortaleza en su tribulación y angustia, lo refieren a Israel, que ha sido liberado de la persecución de las naciones como en un calor ardiente y en la sed. Otros, sin embargo, y mejor y más correctamente, entienden que se dice desde la persona del profeta, dando gracias al Padre por la pasión del Señor Salvador, porque ha hecho maravillas y ha cumplido con verdad los pensamientos antiguos, cuando los que están a la derecha oirán: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mat. XXV, 34). Lo que también entendía Pablo cuando decía: Como nos eligió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados (Efes. I, 4); y deseando que se cumpla lo que profetiza, añade la palabra hebrea AMÉN () por la cual los LXX tradujeron que se haga. Y el Señor en el Evangelio usa a menudo esta palabra: Amén, amén, es decir, en verdad, en verdad os digo (Juan VI, 54). Y por qué alaba y confiesa el nombre del Señor, y cuáles son esas maravillas y pensamientos antiguos que ha demostrado verdaderos con su obra, sigue: Porque has puesto la ciudad en un montículo, la ciudad fuerte en ruina, la casa de extranjeros, para que no haya ciudad, y nunca más se edifique. La ciudad una vez fuerte se entiende como Jerusalén, que se ha convertido en casa de extranjeros; de los cuales el Salvador dice en el salmo: Los hijos de los extranjeros me mintieron, los hijos de los extranjeros envejecieron y cojeaban en sus caminos (Sal. XVII, 46). Esta ciudad, cuando sea destruida, nunca más se edificará, para que el reino de mil años y los sueños de la Jerusalén dorada y engastada en gemas descansen. Pero destruida Jerusalén por su impiedad, 340 alabará al Señor el pueblo fuerte. ¿Quién es el pueblo fuerte? El siguiente verso lo muestra: La ciudad de las naciones robustas te temerá. Mientras ellos blasfeman, el pueblo de las naciones te temerá. Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. IX, 10). Y te alabará el pueblo fuerte, y la ciudad de las naciones robustas te temerá, es decir, la Iglesia congregada de las naciones. Porque has sido fortaleza para el pobre, tu Cristo, de quien también leemos en los Salmos: Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre (Sal. XL, 1). Y en Zacarías según la verdad hebrea, el pobre, es decir, EBION (), se describe sentado sobre el pollino de una asna (Zac. IX). Fortaleza para el necesitado, en la tribulación de su pasión, esperanza del torbellino del patíbulo, y sombra del calor, cuando dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XXIII, 46). Porque así como si el viento golpeara una pared y pasara: así el torbellino de los blasfemantes judíos no pudo dañarle. Y para usar otra similitud, así como la descendencia se marchita bajo el calor más intenso, así harás marchitar y perecer el tumulto y clamor de los extranjeros, es decir, de los que se han alejado de ti. Según los LXX, no pude encontrar en este lugar el sentido, sino el orden y la consecuencia de las palabras. Y por el lugar donde hemos interpretado, como el calor en la sed, por lo cual en hebreo está escrito BASAION (), que entre ellos se dice invio, o sed; por qué ellos tradujeron por invio y en la sed, en Sion; es un error evidente, debido a la similitud de la palabra SAION y SION (Ambas ), que se escriben con los mismos elementos.

(Vers. 6---8.) Y hará el Señor de los ejércitos a todos los pueblos en este monte un banquete de manjares suculentos, un banquete de vendimia: de manjares suculentos con médula, de vendimia refinada. Y precipitará en este monte el rostro del velo que cubre a todos los pueblos, y la tela que ha tejido sobre todas las naciones. Y precipitará la muerte para siempre, y el Señor Dios quitará la lágrima de todo rostro, y el oprobio de su pueblo quitará de toda la tierra: porque el Señor ha hablado. LXX: Y hará el Señor Sabaoth a todas las naciones sobre este monte, beberán alegría, beberán vino. Se ungirán con ungüento en este monte. Entrega todo esto a las naciones, porque este es el consejo sobre todas las naciones: devoró 341 la muerte prevaleciente. Y de nuevo: Quitó el Señor Dios toda lágrima de todo rostro, y el oprobio de su pueblo quitó de toda la tierra. Porque la boca del Señor ha hablado. Por lo que hemos traducido, el rostro del velo que cubre a todos los pueblos, Aquila lo interpretó como,

el rostro de las tinieblas sobre todos los pueblos. Y aunque Aquila dijo dos veces tinieblas, Theodotion nombró tinieblas una vez, lo demás de manera similar. Por lo cual Symmachus tradujo, el rostro del Dominador que domina sobre todos los pueblos. Pero lo que los Setenta quisieron decir en este lugar: Entrega todo esto a las naciones, es evidente para el lector, que no pusieron las palabras de la Escritura, sino su propio sentido, porque todos los misterios de la Ley y del Templo deben ser transferidos a las Iglesias de las naciones. Después de la pasión del Señor, cuando lo haya liberado de la sed y el calor, y del torbellino, el Señor hará no al pueblo de los judíos, sino a todas las naciones en el monte Sion un banquete suculento, holocaustos con médula, y vino de vendimia refinada, para que precipite y haga absorber el rostro de la muerte y del velo con que todos los pueblos estaban atados; y romperá la red de la muerte, y la tela que había atrapado a todas las naciones. Y según el Apóstol, la muerte será absorbida para siempre (I Cor. XVI). Y el Señor quitará la lágrima de todo rostro, cuando, superada la muerte, venga el reino de Cristo: y el oprobio del género humano, que había sido creado a imagen del Creador, huirá de la servidumbre del diablo y de la muerte. No es de extrañar que según Symmachus se llame señora a la muerte, cuando el bienaventurado Apóstol dijo: Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no pecaron a semejanza de la transgresión de Adán (Rom. V, 14). Algunos quieren que el Dominador de todos los pueblos, o el rostro de las tinieblas sobre todos los pueblos, y la tela que ha sido tejida sobre todas las naciones, se entienda como el Anticristo, que será consumido en el monte de los Olivos, lo que también dijimos en la última visión de Daniel. Según los LXX, a todas las naciones en el monte Sion se les prepara un banquete de alegría, en el que beberán vino, que el Señor prometió beber con sus santos en el reino de su Padre (Mat. XX y Luc. XXII): y se ungirán con ungüento, para que renacidos en Cristo se conviertan en un pueblo nuevo; de donde se dice: Entrega todo esto a las naciones, que Israel una vez celebró en tipo e imagen. Porque este es el consejo del Señor, que todo se transfiera 342 a las naciones, porque la muerte ha sido absorbida (I Cor. XV) y toda lágrima ha sido enjugada, y el oprobio de toda la tierra, con el imperio de Cristo, ha sido borrado.

(Vers. 9 seqq.) Y dirán en aquel día: He aquí nuestro Dios, lo hemos esperado, y nos salvará: este es el Señor, lo hemos esperado, nos regocijaremos y nos alegraremos en su salvación. Porque la mano del Señor descansará en este monte; y Moab será trillado bajo él como se trilla la paja en el carro. Y extenderá sus manos bajo él, como extiende el nadador para nadar, y su gloria será humillada con el golpe de sus manos. Y las fortalezas de tus altos muros caerán, y serán humilladas y derribadas a la tierra hasta el polvo. Absorbida la muerte para siempre, el pueblo de Dios que haya sido liberado de la mano de la muerte, dirá al Señor: He aquí nuestro Dios, a quien los incrédulos consideraban solo un hombre; y lo hemos esperado, es decir, hemos creído en sus palabras, porque cumplirá sus promesas, y nos salvará. Por eso, con su ayuda, liberados de las fauces de la muerte, nos regocijaremos y nos alegraremos en él: y su mano y su poder descansarán en este monte. De lo cual leímos antes: Cuando el Señor de los ejércitos reine en el monte Sion, y en Jerusalén, y sea glorificado en presencia de sus ancianos (Isai. XXIV, 23). Moab, que se interpreta como de padre, será triturado como se trilla la paja con el carro. Esto lo dice según el rito de Palestina y muchas provincias de Oriente, que por la escasez de prados y heno, preparan la paja para el alimento de los animales. Son carros de hierro, con ruedas que se mueven en forma de sierras, que trituran la paja y la convierten en heno. Así como la paja se tritura con carros de hierro, así Moab será triturado bajo él, ya sea bajo el poder de Dios, o en sí mismo, para que no quede nada íntegro en él. Y como el que nada suele extender todo su cuerpo: así él será abatido por su propio poder en la tierra, y al caer hará ruido. Todas las fortalezas de los hombres altos de él, o de los muros, como se contiene en hebreo, caerán y serán humilladas, y serán derribadas a la tierra hasta ser polvo triturado. Por lo tanto, aunque el discurso profético trate en general de la

consumación del mundo, sin embargo, para que no parezca descuidar por completo lo presente, nombra a Moab, que fue enemigo de Israel, hasta el punto de 343 hacerlos fornicar con los madianitas, y consagrarse al ídolo Beelphegor, que se interpreta como Priapo, contra quien Jeremías habla: Saldrá Camos en cautiverio, sus sacerdotes y sus príncipes juntos (Jer. XLVIII, 7); Y de nuevo: Moab se avergonzará en Camos, como se avergonzó la casa de Israel en Betel (Ibid., 13), y otras cosas similares: y de un ídolo y demonio, que presidía este ídolo, indica que todas las fuerzas contrarias serán humilladas y llevadas al tártaro, y trituradas como polvo. Si esto es así, ¿dónde está el arrepentimiento del diablo?

(Cap. XXVI.---Vers. 1.) En aquel día se cantará este cántico en la tierra de Judá: Ciudad de nuestra fortaleza, el Salvador será puesto en ella como muro y antemural. LXX: En aquel día cantarán este cántico sobre la tierra de Judea: He aquí la ciudad fuerte, y nuestra salvación pondrá muro y circunvalación. Cuando Moab haya sido humillado, y llevado a la tierra hasta el polvo, y todos los enemigos sometidos a los pies de Cristo, entonces se cantará este cántico en la tierra de Judá o Judea, que se interpreta como confesión: para que así como entendimos Sion y Jerusalén como la ciudad celestial, así también entendamos la región de esta ciudad como confesión celestial. De hecho, los santos, no queriendo cantar el cántico de Judea en tierra extraña, dicen: ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? (Sal. CXXXVI, 4). Yo creo que este es el cántico, del cual en otro lugar se ordena a los santos: Cantad al Señor un cántico nuevo (Sal. XCV, 1). Este cántico será lo que sigue: Ciudad de nuestra fortaleza, el Salvador (Mat. V). ¿Cuál es esta ciudad? La que está situada en el monte no puede ocultarse. De la cual también está escrito en otro lugar: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4); y de nuevo: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXVI, 2). El constructor de esta ciudad es aquel de quien el padre dice: este edificó mi ciudad: más bien, la ciudad de nuestra fortaleza es el Salvador, es decir, Jesús. Y se pondrá en ella muro y antemural. Muro de buenas obras, y antemural de fe recta, para que esté cercada por un doble baluarte. No basta con tener el muro de la fe, si esa misma fe no se confirma con buenas obras. Este muro y este antemural o circunvalación, se construyen de piedras vivas, que según el profeta se vuelven sobre la tierra. Por 344 lo que hemos traducido, antemural, Symmachus lo interpretó como firmamento: para que los mismos muros estén rodeados de fortificaciones, y de foso y otros muros, que en la construcción de campamentos suelen llamarse lorículas.

(Vers. 2-4.) Abrid las puertas, y entre la gente justa, que guarda la verdad. El viejo error ha pasado, guardarás la paz: paz, porque en ti hemos confiado. Confiasteis en el Señor en los siglos eternos. LXX: Abrid las puertas, entre el pueblo que guarda la justicia, y guarda la verdad, que aprehende la verdad, y guarda la paz: paz, porque en ti han confiado, Señor, hasta la eternidad. Todo este cántico que los santos cantarán en la tierra de confesión y alabanza, cambia de repente de personas, y se teje casi como por pregunta y respuesta. El pueblo de Dios había dicho: ciudad de nuestra fortaleza, el Salvador, se pondrá en ella muro y antemural. Respondió el Señor, más bien ordenó no a los que habían dicho esto, sino a los ángeles que presidían las puertas de la ciudad del Señor, que abrieran las puertas, y entrara por ellas la gente justa, que guarda la verdad, o como se dice en hebreo EMMUNIM [Al. EMMONIM] (), que en nuestra lengua se traduce como, fe, en plural, no en singular. ¿Cuáles son las puertas, que se abren por los ángeles; para que no entre el pueblo de los judíos, que ha sido rechazado, sino la gente justa, que ha tomado el nombre de fieles por la fe? Sin duda aquellas de las que habla el santo: Abridme las puertas de la justicia, entraré por ellas y alabaré al Señor (Sal. CXVII, 19). Pero estas puertas nadie podrá entrar, sino quien haya sido liberado de las puertas de la muerte; y cuando el salmista dijo: Tú que me exaltas de las puertas de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion

(Sal. IX, 15). Porque cuando hayamos sido liberados de las puertas de la muerte, entonces podremos cantar todas las alabanzas del Señor en las puertas de la hija de Sion. Y así como creo que las puertas de la muerte son los pecados, de los cuales se dice a Pedro: Las puertas del infierno no prevalecerán contra ti (Mat. XVI, 18): así las puertas de la justicia, todas las obras de las virtudes, que quien las haya entrado, encontrará una puerta, de la cual se dice: Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella (Sal. CXVII, 19). Y así como por muchas perlas se llega a una perla: así por muchos caminos y puertas llegamos a aquel que dice ser el camino y la puerta, por la cual entramos al Padre. Después del discurso de Dios, respondió el pueblo en hebreo JESER SAMUCH (), que Aquila y Symmachus tradujeron de manera similar, πλᾶσμα ἐπηρεισμένον, es decir, nuestro error ha sido quitado, o nuestro pensamiento ha sido afirmado, que antes fluctuaba entre ti y los ídolos, para que no seamos llevados por todo viento de doctrina, sino que creamos con toda la mente en ti, Señor Salvador. Por lo cual, para que el sentido fuera más claro, hemos traducido, el viejo error ha pasado. Y porque nuestro pensamiento ha sido afirmado, por eso nos guardarás la paz, que prometiste a los apóstoles, diciendo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27); y no solo una vez, sino dos veces, para que la retribución sea segura, que se promete con doble palabra, según lo que también el Apóstol decía: Regocijaos, otra vez os digo regocijaos (Filip. IV, 4). Esto lo consigue aquel de quien se dice en Levítico: Hombre, hombre, de los hijos de Israel (Lev. XVII). Y en el libro de Números: Varón, varón, cuya esposa haya mancillado el lecho (Num. V, 12): para que el hombre doble y el varón doble, consigan la paz doble. Merecemos, dicen, la paz, porque en ti confiamos con toda la mente. Después de las palabras del pueblo y la respuesta del Señor, y de nuevo la voz del pueblo, el Profeta habla a los creyentes: Confiasteis, o confiad en el Señor, en los siglos eternos, y lo que sigue. Según los LXX, aquel que guarda la justicia en buenas obras, y guarda o abraza la verdad en la verdad de la fe, entra por las puertas del Señor, para que por las buenas obras y la fe llegue a la paz, que supera todo entendimiento, y merezca recibir esa paz; porque creyó en Dios que es el eterno retribuidor de las buenas obras (Filip. IV). Por lo cual también en otro lugar está escrito: Deseaste la sabiduría, guarda los mandamientos, y el Señor te la dará (Ecl. I, 33).

(Vers. 5, 6.) En el Señor Dios fuerte para siempre: porque humillará a los que habitan en lo alto: la ciudad sublime la humillará, la humillará hasta la tierra: la derribará hasta el polvo. La pisará el pie, los pies del pobre, los pasos de los necesitados. LXX: Dios grande eterno, que humillaste, y derribaste a los que habitan en las alturas, destruirás ciudades fuertes, y las llevarás hasta el pavimento, y las pisarán los pies de los mansos y humildes. Y esto lo dice el Profeta, quien respondió desde el lugar donde antes había dicho: Esperad en el Señor por los siglos eternos; y une a esto lo que ahora hemos propuesto: En el Señor Dios fuerte para siempre, y lo demás. Por Señor Dios fuerte, en hebreo tiene tres nombres, IA () y ADONAI () y SUR (), que significan respectivamente invisible, inefable y robusto, de los cuales el primero se coloca en la última sílaba de ALELUYA (). Y esto debe observar el lector diligente, que a veces dividimos el texto en la proposición del testimonio: porque la edición de los LXX y la traducción expresada literalmente del hebreo producen un sentido diferente. Dice, pues, el Profeta: Esperad en el Señor por los siglos eternos: en el Señor Dios fuerte para siempre, cuya ayuda es eterna. Porque Él humillará a los que habitan en lo alto, porque todo el que se exalta será humillado; quienes se jactaban de tener a Abraham por padre, y hablaban en burla del Señor: No hemos nacido de fornicación (Juan VIII, 41). Él humillará la ciudad sublime, como piensan los judíos, Roma; como nosotros más correctamente convencemos que es Jerusalén, que mató a los Profetas, y apedreó a los que fueron enviados a ella, y al final mató al hijo del padre de familia, para que, al asesinar al heredero, pereciera la herencia (Luc. XIII). Ni se llama ciudad, que en hebreo se dice IR (), sino CARIA () que Aquila

interpretó como πολίχνην, que nosotros podemos llamar ciudadela, aldea o pueblo, y frecuentemente en las Escrituras se llama Jerusalén con este nombre. Y bellamente puso una doble humillación: La humillará, la humillará, primero bajo los babilonios, cuando el templo fue destruido, segundo bajo Tito y Vespasiano, cuya ruina permanece hasta el fin. La pisará el pie, y repite y une los pies del pobre, sin duda de Cristo. De quien también dijimos antes: Se ha hecho fortaleza para el pobre; fortaleza para el necesitado en su tribulación. Los pasos de los necesitados, es decir, de los Apóstoles, quienes imitando la pobreza del Señor, también consiguieron el privilegio de su virtud; quienes no siendo recibidos, sacudieron sobre ella el polvo de sus pies. Y porque se dice en las palabras del Salvador, Todo el que se exalta, será humillado: y el que se humilla, será exaltado (Luc. XIV, 11), no solo podemos referir esto a los hombres, sino también a las fuerzas contrarias. Según los LXX, el Profeta canta alabanzas a Dios, porque humilla a todos los soberbios, y derriba hasta el suelo las fortalezas de todas las ciudades, y los pies de los santos y de los mansos y humildes las pisan.

(Vers. 7-9.) La senda del justo es recta, recto es el camino del justo para caminar: y en la senda de tus juicios, Señor, te hemos esperado, tu nombre y tu memorial en el deseo del alma: mi alma te ha deseado en la noche. LXX: El camino de los justos es recto, recto ha sido hecho el camino de los justos, y preparado. Porque el camino del Señor es juicio, hemos esperado en tu nombre: y en la memoria que desea nuestra alma. Aún el Profeta habla de Cristo, de quien antes había dicho: La pisará el pie, los pies del pobre. Por tanto, la senda de este justo es recta, o, para acuñar una nueva palabra, rectitudes, que los griegos llaman εὐθύτητας, y nosotros podemos llamar equidades en latín, y se dicen en hebreo MESSARIM (). En una sola senda de Cristo se encuentran todas las justicias, y por eso la pisó y la trilló con su pie, para que cualquiera que quiera caminar por ella, camine sin tropiezo. En esta senda de los juicios del Señor, lo esperaron los santos, y esperaron en él, porque la esperanza no confunde. Y tuvieron su nombre y memorial en el deseo del alma, diciendo: Mi alma ha deseado desear tus juicios en todo tiempo (Sal. CXVIII, 20); y de nuevo: Mi alma desea, y desfallece en tu salvación (Ibid. 81). Pero quien tiene el nombre del Señor en deseo, no desea otra cosa. Y esto debe notarse, que el deseo del Señor no está en la carne, sino en el alma, según lo que leemos en otro salmo: Mi alma tiene sed de Dios, fuerte, vivo (Sal. LI, 2). Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V). Estas cosas se oponen entre sí, para que no hagamos lo que queremos. Y lo que sigue: En la noche, según los LXX, se une al capítulo siguiente, según el hebreo al anterior. Pero puede decir: Mi alma te ha deseado en la noche, quien con el salmista habla confiadamente: Lavaré mi lecho cada noche, con lágrimas regaré mi cama (Sal. VI, 7). La noche y las tinieblas pueden tomarse por tribulación y angustias. Por eso en otro salmo el Profeta canta sobre la seguridad del justo: De día el sol no te herirá, ni la luna de noche (Sal. CXX, 6), es decir, ni en prosperidades, ni en adversidades jamás te moverás de tu grado.

Pero también con mi espíritu en mis entrañas, de mañana vigilaré hacia ti. LXX: De noche se levanta mi espíritu hacia ti, Dios: porque la luz de tus juicios está sobre la tierra. Queremos seguir el hebreo, y no pasar por alto completamente la edición Vulgata, y esta necesidad de las cosas nos obliga a buscar diferentes inteligencias con diverso orden y discurso. Por tanto, lo que se dice, de noche, según los LXX, es el principio de este capítulo, como hemos dicho; según el hebreo, el final del anterior; aunque también puede tomarse según los LXX al final del testimonio anterior, para que el sentido sea: Mi alma te desea de noche; y después comience, de mañana se levanta mi espíritu hacia ti, Dios. Por eso se levanta de mañana, porque la luz de tus preceptos está sobre la tierra. Guardando tus mandamientos, e iluminado por su luz, de los cuales se dice: El precepto del Señor es claro, iluminando los ojos (Sal. XVIII, 9), no puedo dormir, sino que deseándote en todo tiempo, me levanto hacia ti con mi

espíritu. Y esto debe observarse, que estando aún en la noche, deseemos al Señor con el ánimo. Pero después que nuestro espíritu en nuestras entrañas se haya movido completamente hacia Dios con toda la mente, de mañana vigilemos hacia él, y para decirlo más claramente, al alma se le une la noche y el deseo, pero al espíritu la mañana y las vigilias. Por lo tanto, el espíritu en sus entrañas vigila hacia Dios, quien puede decir: Desde lo profundo clamo a ti, Señor (Sal. CXXIX, 1).

(Vers. 10.) Cuando hagas tus juicios en la tierra, aprenderán justicia los habitantes del mundo. Tengamos misericordia del impío, y no aprenderá justicia, en la tierra de los santos actuó inicuamente, y no verá la gloria del Señor. LXX. Aprended justicia, los que habitáis sobre la tierra. Porque el impío ha cesado, y no aprenderá justicia sobre la tierra, no hará verdad, sea quitado el impío, para que no vea la gloria del Señor. Digamos primero según el hebreo, y si queremos expresar el sentido del Profeta, entonces pasemos a los LXX Intérpretes. Mientras no ejerces tus juicios sobre la tierra, y no retribuyes bien a los buenos, ni mal a los malos, tu justicia, oh Señor Dios, es desconocida en la tierra. Pero cuando en el día del juicio retribuyas a cada uno según la calidad de sus obras lo que merece, entonces tu justicia será conocida en el orbe de la tierra, que antes entre los incrédulos parecía injusta, de modo que uno de los santos también decía: Pero mis pies casi resbalaron, casi se derramaron mis pasos: porque tuve envidia de los inicuos, viendo la paz de los pecadores (Sal. LXXII, 2). A lo que el Señor respondió: Tengamos misericordia del impío; que excepto los Setenta, todos lo han traducido de manera similar. Y el sentido es: que más bien el impío obtenga misericordia, y aprenda mi clemencia; mientras él mismo también es salvado. Y de nuevo, respondiendo al Señor, el Profeta desde la persona de la impaciencia humana dijo: Y no aprenderá justicia. Y el sentido es: ¿y cómo podrá conocer tu justicia, si solo ha experimentado clemencia? Y da las razones por las que quiere que aprenda la justicia de Dios: porque en la tierra de los santos actuó inicuamente, y continuamente luchó contra tus santos, debe sentir tormentos. Y de nuevo el Señor, moderando la sentencia, dice: Y no verá, o no verá la gloria del Señor. Y el sentido es: le basta como castigo total, que no me verá reinando con mis santos en mi majestad. Algunos quieren que el impío, es decir, RESA (), se entienda como el diablo, de quien se escribe en el noveno salmo: Reprendiste a las naciones, y pereció el impío: borraste su nombre para siempre y por los siglos de los siglos. Los enemigos han perecido, las espadas hasta el fin, y destruiste sus ciudades (Sal. IX, 6). Pero nosotros tomemos al impío en general, ya sea por el pecador, o por aquel que no tiene culto a Dios. Según los Setenta, se ordena a los habitantes de la tierra aprender justicia. Porque todo hombre se parece justo a sí mismo; pero Dios conoce los corazones de todos, quien retribuirá a cada uno según sus obras (Prov. XXI). Y en otro lugar del mismo volumen se dice: Hay caminos del hombre que parecen rectos; pero sus fines miran al abismo del infierno (Prov. XIV, 12). Por lo cual debemos aprender justicia, y no confiar en nuestro propio juicio. Porque hay un justo que perece en su justicia (Ecles. VII); no porque sea justo, sino porque se parece justo a sí mismo. Pero si Cristo se ha hecho para nosotros de Dios sabiduría, y justicia, santificación y redención (I Cor. I), a quienes se les ordena conocer la justicia, se les ordena aprender y conocer a Cristo. Por eso os mando, dice, que aprendáis justicia, porque el impío ha sido quitado; y su reino ha sido destruido, quien mientras reinaba en la tierra, no podía conocer justicia, ni hacer verdad. De la cual se escribe en otro lugar, que la gracia y la verdad se hicieron por Jesucristo (Juan XVII). Y porque en la tierra el impío no hace verdad, será quitado: porque no merece ver al Señor reinando.

(Vers. 11). Señor, sea exaltada tu mano, y no vean: vean, y sea confundido el celo del pueblo, y el fuego devore a tus enemigos. LXX: Señor, tu brazo es excelso, y no sabían, pero sabiendo se confundirán: el celo tomará al pueblo ignorante, y ahora el fuego devorará a los adversarios. Esto que dijo antes: y no verá la gloria del Señor, puede entenderse así: ¿Pides,

oh Profeta, que no tenga misericordia del impío, para que si le tengo misericordia, comience a no conocer la justicia, quien en la tierra de los santos actuó inicuamente; te respondo, entonces, ¿no verá la gloria del Señor? ¿entonces no verá mis triunfos, quien más bien debe verme reinando, para que sepa de qué bien carece? y esto debe leerse con la voz de quien pregunta. A lo que el Profeta respondió: Señor, sea exaltada tu mano, y extiéndase para golpear, para que los impíos no te vean, y no disfruten de la luz de tu gloria, ni siquiera para arrepentirse. A lo que el Señor respondió: Vean más bien y se confundan, o el celo del pueblo, o los celosos del pueblo, y el fuego devore y consuma a tus enemigos, es decir, del pueblo santo. El fuego de la penitencia, que atormente sus corazones, porque han perdido a tal Señor. Esto también puede entenderse sobre los judíos, quienes no conocieron a Cristo, el brazo del Señor, y cuando lo vean y lo reconozcan, a quien habían crucificado, se confundirán. Entonces el pueblo ignorante y que no conoce la ley de Dios, será incitado por los estímulos del celo, cuando vea a las naciones haber tomado su lugar, y arda en el fuego del arrepentimiento, o en el dolor del castigo, cuando oiga lo que está escrito: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41).

(Vers. 12.) Señor, nos darás paz: porque todas nuestras obras las has hecho para nosotros. LXX: Señor Dios nuestro, danos paz: porque todo nos lo has devuelto. Es de notar que después de habernos devuelto nuestras obras, nos dará paz, y cómo expone las razones por las que pide paz. Porque por todas las obras que han hecho sobre la tierra, dicen haber soportado tormentos, y que es justo que después de los suplicios y tormentos, obtengan misericordia. O de otra manera: Porque ha llegado la consumación del mundo, y todas las cosas que has hablado por los Profetas, se han cumplido en los hechos, y nos has devuelto todo lo que prometiste, concédenos la paz, que supera todo entendimiento.

(Vers. 13.) Señor Dios nuestro, nos poseyeron señores sin ti: solo en ti recordemos tu nombre. LXX: Señor Dios nuestro, poséenos: Señor; fuera de ti no conocemos a otro, invocamos tu nombre. Por eso buscamos misericordia y paz, que después de todo se nos dará, porque nos poseyeron señores sin ti, es decir, ídolos o demonios que asisten a los ídolos: y no pedimos otra cosa, sino ser dignos después de muchos errores, de recordar tu nombre. Según los LXX, quienes dijeron: Señor Dios, poséenos, esto piden, que después de habérseles devuelto la paz, sean posesión de Dios. Lo cual también leemos de la Sabiduría, que según el hebreo habla en los Proverbios: Dios me poseyó como principio de sus caminos (Prov. VIII, 22), aunque algunos ejemplares tienen erróneamente por posesión la creación. De hecho, sigue: Antes de todos los collados me engendró. ¿Cómo podrá aplicarse la generación a la creación, que más bien se ajusta a la posesión? Está escrito en el Deuteronomio: ¿No es este tu padre quien te poseyó, y te hizo, y te creó? (Deut. XXXII, 6). Y esto debe considerarse, que no dijo, Señor, o Dios, te poseyó, y te hizo, y te creó; sino padre, para que la clemencia del nombre mitigara la austeridad del poder. Y lo que sigue: Señor, fuera de ti no conocemos a otro, no excluye al Hijo, sino que lo une al Padre, porque no dijo "No conocemos a otro", sino "Fuera de ti no conocemos a otro". Porque cuando el Hijo dice: Yo en el Padre y el Padre en mí, fuera del Padre no conocemos al Hijo (Juan XIV, 10), porque lo conocemos en el Padre. De hecho, también invocamos su nombre diciendo en la Oración Dominical: Padre nuestro que estás en los cielos (Mat. VI, 9).

352 (Vers. 14). Morientes non vivant: gigantes non resurgant. Propterea visitasti et contrivisti eos, et perdidisti omnem memoriam eorum. LXX: Mortui enim vitam non videbunt: neque medici suscitabunt. Idcirco induxisti, et perdidisti, et tulisti omne masculum eorum. Symmachus more suo manifestius: Mortui non vivificabunt: gigantes non suscitabunt. Propterea visitasti, et contrivisti eos, et disperdidisti omnem memoriam eorum. Digamos

primero según la LXX: La cuestión parece ser difícil, ¿cómo es que los muertos no verán la vida? Esto se resuelve así: no verán la vida mientras estén muertos. Como si dijéramos, el ciego no ve la luz mientras es ciego; pero si recupera la salud, verá la luz: así también el que ha muerto por la iniquidad y los pecados, antes de ser vivificado por la justicia y las virtudes, por aquel que dice, Yo soy la vida (Juan XIV), no podrá vivir. Por eso Dios es llamado Dios de vivos, no de muertos (Mat. XXII). Pues el alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4). Leemos en la Epístola a los Hebreos: No volvamos a poner el fundamento del arrepentimiento de obras muertas (Heb. VI, 1). Pero si los pecados son llamados obras muertas, ¿por qué no se llaman, por el contrario, las virtudes obras vivas? Y lo que sigue, Ni los médicos resucitarán, el sentido es claro, se condenan las fábulas de los poetas, que jactan a Esculapio de haber resucitado a Virbio. No solo esto se dice de los muertos, sino de toda enfermedad, que sin la misericordia de Dios, el arte de curar no vale nada. Pero, ¿cómo? Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican: Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el guardián (Sal. CXXVI, 1, 2). Así, si el Señor no cura la enfermedad, en vano trabajan los médicos que desean sanar a los enfermos. Si el Señor no guarda la salud, en vano la guardan, incluso aquellos que publican libros con preceptos para conservar la salud: y siempre se debe aprender no solo en la salud del cuerpo, sino también en la del alma: Bendice, alma mía, al Señor, que sana todas tus dolencias (Sal. CII, 1, 3). Por lo tanto, los que permanecen muertos por el pecado, y no pueden recuperar la salud del alma por ningún arte de la medicina, serán destruidos y eliminados por el Señor, y todo lo que es fuerte en ellos, lo que se llama masculino, será completamente eliminado. Por eso Faraón no quiere matar al sexo femenino, que por sí mismo es frágil y puede perecer fácilmente, sino a todo lo masculino, que si llega a la edad adulta y alcanza la edad viril, es difícil de matar (Éxodo I). Según Symmachus, los muertos no vivificarán, porque muertos por el pecado, no pueden vivificar a otros, ni es hermosa la alabanza en la boca del pecador. Y los gigantes, es decir, RAPHAIM (), no resucitarán a otros, que ellos mismos según el libro del Génesis son llamados caídos. Y el Señor los visita, para que se borre toda memoria de los muertos y de los gigantes. Pues solo Él es quien resucita a los muertos, de quien se dice: Como el Padre resucita a los muertos y vivifica, así también el Hijo vivifica a quienes quiere (Juan V, 21). Podemos llamar muertos a las imágenes de los hombres muertos, y gigantes a los demonios, que asisten a sus imágenes. Y no debe asustarnos por qué la LXX tradujo masculino, y los demás intérpretes memoria, cuando con las mismas tres letras ZAI (), CHAPH (), y RES () se escribe ambas cosas en hebreo. Pero cuando decimos memorial, se lee ZACHAR; cuando masculino, ZOCHOR. Y se cree que Saúl fue engañado por esta ambigüedad de la palabra, cuando luchó contra Amalec y mató a todos sus masculinos (I Reg. XV). Pues Dios había ordenado que borrara toda memoria de Amalec bajo el cielo, él, no tanto por error como por el deseo de botín, interpretó masculinos en lugar de memoria, sin saber aquello del Apóstol: No os engañéis, Dios no puede ser burlado (Gál. VI, 7).

(Vers. 15.) Indulsisti genti, Domine, indulsisti genti. Numquid glorificatus es? elongasti omnes terminos terrae. LXX: Adde eis mala, Domine, adde mala gloriosis terrae: longe fecisti omnes terminos terrae. Mala que la LXX puso en segundo lugar, no se encuentra en hebreo; pero como había dicho antes, Por eso trajiste y destruiste, y quitaste todo masculino de ellos, siguiendo el mismo sentido, añadieron de su parte, males: para que los gloriosos en la tierra sean oprimidos con males dobles. Sin embargo, según los hebreos, el sentido es muy diferente y congruente con la discusión anterior. El Señor había dicho: Tengamos misericordia del impío. El profeta había respondido: ¿Y dónde está tu justicia? especialmente cuando ha hecho tanto mal a tus santos. A lo que el Señor: Y no verá, dice, la gloria del Señor. Nuevamente el profeta: Exáltese tu mano para golpear, y no vean tu gloria, que no merecen ver. A lo que el Señor: Que vean más bien y se confundan. Nuevamente el profeta:

Señor, danos paz, y poseenos, que recordamos tu nombre. Pero los impíos y soberbios no vivan, ni resuciten en gloria, sino destruye toda su memoria. Y da razones por las que desea que perezcan. Indulgiste a la gente, Señor, indulgiste a la gente, ¿acaso fuiste glorificado? Y el sentido es: A menudo te has compadecido de las naciones, es decir, del género humano, y has ejercido sobre ellas una clemencia increíble, ¿acaso te han conocido? ¿acaso han glorificado tu nombre? ¿No se han alejado más bien de ti? Pues la seguridad engendra negligencia, la negligencia desprecio.

(Vers. 16.) Domine, in angustia requisierunt te, in tribulatione murmuris doctrina tua eis. LXX: Domine, in tribulatione recordatus sum tui, in tribulatione parva doctrina tua nobis. Porque indulgente a menudo fuiste despreciado, y no glorificado; sino que, por el contrario, todos se alejaron de tu conocimiento; por eso, Señor, golpéalos, para que en la angustia te busquen, y en la tribulación de murmullos tu doctrina sea para ellos: cuando tanto peso de males les caiga encima, que ni siquiera se atrevan a clamar con confianza, sino que devoren su dolor en silencio. Según la LXX, en la tribulación el profeta recuerda al Señor, según lo que se dice en el salmo: Desde la tribulación invoqué al Señor, y me escuchó en la amplitud (Sal. CXVII, 5). Y en otro lugar: Al Señor clamé en mi tribulación, y me escuchó (Sal. CXIX, 1). De donde el Apóstol habla: Atribulados, pero no angustiados: perseguidos, pero no abandonados (I Cor. IV, 12). Y en otro lugar: Las pasiones de este tiempo no son comparables con la gloria venidera que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18). Si una pequeña tribulación enseña, corrige y emienda, ¡cuánto más una grande, cuando se nos recuerda nuestra condición y el poder de Dios!

355 (Vers. 17, 18.) Sicut quae concepit cum appropinquaverit ad partum, dolens clamat in doloribus suis: sic facti sumus a facie tua, Domine. Concepimus et quasi parturivimus, et peperimus spiritum. LXX: Et sicut parturiens cum appropinquat ad partum in dolore suo clamat: sic facti sumus ÷ dilecto tuo ** propter timorem tuum, Domine, in utero accepimus, et parturivimus, et peperimus spiritum salutis tuae, quae fecimus super terram. Así como la mujer que se acerca al parto, obligada por el dolor a clamar: así nosotros en la angustia te buscamos, y por el temor de tu rostro concebimos, y parimos, y dimos a luz, no hijos de carne, sino del espíritu: para que creamos con toda la mente en ti, para que a quien no sentimos por los beneficios, aprendamos por los tormentos. Esto que la LXX añadió, así nos hicimos a tu amado; por lo que los demás tradujeron, así nos hicimos por tu rostro, Señor, debe ser marcado con un obelo. Podemos, sin embargo, tomar al amado del Señor como Cristo, por cuyo temor concebimos, y parimos, y damos a luz, y hacemos el espíritu de tu salvación sobre la tierra. Esto también puede decirlo un hombre apostólico, cuando instruye a los pueblos e imita al apóstol Pablo: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). ¿O se duda que el apóstol Pablo haya hecho el espíritu de salvación sobre la tierra, quien desde Jerusalén hasta Ilírico predicó el Evangelio (Rom. XV), y como sabio arquitecto puso el fundamento, fuera del cual nadie puede poner, que es Cristo Jesús (I Cor. III)? Así que, ya sea que leamos, por tu temor, Señor, hemos concebido en el vientre: o según el hebreo, por tu rostro, Señor, hemos concebido, y hemos recibido en el vientre, ambos se refieren a que por el temor y la recordación del Señor concibamos la palabra de Dios, y se ilumine nuestro corazón diciendo: Está sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Sal. IV, 7). Y, muéstranos tu rostro, y seremos salvos (Sal. LXXIX, 4).

No hicimos salvaciones en la tierra: por eso no cayeron los habitantes del mundo. LXX: No caeremos, sino que caerán los habitantes de la tierra. Una interpretación diversa debe tener necesariamente un sentido diverso. Según el hebreo se dice esto: Porque no hicimos nada digno de tu misericordia, por eso los impíos no cayeron, sino que hasta hoy prevalecen y

poseen la tierra. La LXX, sin embargo, afirma que al hacer los santos el espíritu de salvación sobre la tierra, los que son habitantes de la tierra caerán, aunque entre el mundo, que en hebreo es THEBEL (), y en griego se dice οἰκουμένη, y la tierra, hay mucha diversidad. Caerán, pues, todos los que se han entregado a la habitación de la tierra, y están firmemente arraigados en las obras terrenales; y no caerán los que habitan en el orbe de la tierra y descansan en la Iglesia, que es la morada del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(Vers. 19.) Vivant mortui tui, interfecti mei resurgant: expergiscimini et laudate, qui habitatis in pulvere, quia ros luminum ros tuus, et terram gigantium detrahes in ruinam. LXX: Resurgent mortui, et resurgent de sepulcris, et laetabuntur qui sunt in terra. Ros enim tuus sanitas eorum, terra autem impiorum cadet. Con los santos parturientes y pariendo el espíritu, y los habitantes de la tierra cayendo, porque no hicieron salvaciones en la tierra, aquellos que el Apóstol llama muertos en Cristo, y que fueron muertos por el nombre del Señor, resucitarán en gloria (I Tes. IV). Y porque su muerte es un sueño, no se dice según la LXX que resuciten, sino que se despierten y se levanten. Por eso Lázaro, que debía ser despertado, es llamado dormido por el Señor (Juan XI). Todos los mártires y hombres santos, que derramaron su sangre por Cristo, y cuya vida entera fue un martirio, resucitarán y se despertarán, y alabarán a Dios su Creador, que ahora habitan en el polvo, de los cuales está escrito en Daniel: Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna (Dan. XII, 1). Y en el Evangelio de Juan leemos: Vendrá la hora, y ahora es, cuando los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán, y saldrán los que hicieron el bien a la resurrección de vida, y los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 28, 29). Pues el rocío del Señor, según las fábulas de los poetas que superan todas las hierbas Peonias, vivificará los cuerpos de los muertos. Y así como las semillas arrojadas a la tierra, el rocío hace crecer poco a poco las hierbas, y llegar a los frutos de su género: así el rocío del Señor, que se pone por misericordia, será rocío de muchas luces, que en hebreo se dice OROTH (). Pero la tierra, es decir, los cuerpos de los Raphaim, es decir, de los gigantes e impíos, el Señor los llevará a castigos eternos. Finalmente, por RAPHAIM () solo la LXX tradujo impíos. Y porque leímos antes: Los muertos no verán la vida, ni los médicos resucitarán, por lo que Aquila y Symmachus interpretaron Raphaim y gigantes: buscamos cuál es la causa del error, para que por el hebreo RAPHAIM, unos pusieran gigantes, otros médicos. La palabra hebrea RAPHAIM si después de la primera letra RES tiene la siguiente VAU, se lee ROPHAIM [Al. ROSIM] () y significa médicos; pero si se escribe sin la letra VAU, se lee RAPHAIM, y se traduce como gigantes. Y al mismo tiempo, porque dijo antes: Los muertos no verán la vida, para demostrar más claramente que no se dice allí de los muertos por la ley de la naturaleza, y la separación del alma y el cuerpo; sino de aquellos que están muertos por el pecado: ahora, por el contrario, dice a Dios: Vivirán tus muertos, que fueron muertos por ti, que no son simplemente muertos, como tradujo la LXX; sino según el hebreo donde se dice JEJU METHECA (), son llamados tus muertos.

Vade, populus meus, intra in cubicula tua, claude ostia tua super te: abscondere modicum ad momentum, donec pertranseat indignatio. Ecce enim Dominus egredietur de loco suo, ut visitet iniquitatem habitatoris terrae contra eum, et revelabit terra sanguinem suum, et non operiet ultra interfectos suos. LXX: Vade, populus meus, ingredere cubicula tua, claude ostium tuum: abscondere paululum quantulumcumque, donec pertranseat ira Domini. Ecce enim Dominus de sancto inducet iram super habitatores terrae, et revelabit terra sanguinem suum, et non abscondet ultra interfectos. Antes había dicho de los santos, Resurgirán los muertos, y resurgirán los que están en los sepulcros; pues el rocío de ti es su salud: y por el contrario de los impíos, pero la tierra de los impíos caerá; ahora habla a los santos, porque a

vosotros se os ha prometido la resurrección, mientras la ira de Dios se desata sobre los pecadores e impíos: entrad en vuestros sepulcros, y esconded vosotros, pues es breve el tiempo hasta que pase la indignación de Dios. Pues el Señor sale de su lugar, porque el Señor misericordioso y compasivo, y el padre clementísimo se ve obligado a herir a los hijos negligentes, y de alguna manera a cambiar de su sentencia, para visitar e inducir su ira sobre los habitantes de la tierra, de los cuales se dice en Oseas: Maldición y mentira, y adulterio, y robo se han derramado sobre los habitantes de la tierra (Oseas, IV, 2). Y en el Apocalipsis leemos, Ay sobre los habitantes de la tierra (Apoc. VIII, 13). Pero los justos, aunque parecen estar en la tierra, sin embargo, su conversación está en los cielos, que pueden decir: Soy un extranjero en la tierra, y un peregrino como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 13), y disfrutan de la morada del Altísimo, de los cuales el santo habla: El que habita en el auxilio del Altísimo, morará en la protección del Dios del cielo (Sal. XC, 1). Entonces la tierra revelará su sangre, de la cual Dios habla a Caín: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano (Gén. IV, 10, 11). Esto también puede entenderse de los mártires, que derramaron su sangre por Cristo, y claman bajo el altar de Dios: ¿Hasta cuándo, Señor, no vengarás nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra? (Apoc. VI, 10). De los cuales también Moisés dice en el Cántico: La sangre de sus hijos será vengada y se vengará, y retribuirá venganza a los enemigos (Deut. XXXII, 43). Esta sangre que la tierra había recibido, la revelará, y no cubrirá más a los muertos del Señor; sino que los sacará a la luz para condenación de aquellos que mataron a los mártires. Esto se entiende de la simple resurrección. Se ordena, sin embargo, según la anagogía al pueblo de Dios, que entre en sus cámaras o bodegas, pues ταμεῖα significa ambas cosas: que cierre según el precepto evangélico la puerta de su cámara (Mat. VI), y diga con el profeta: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta fortificada a mis labios (Sal. CXL, 3). Y que se esconda un poco, hasta que pase la ira del Señor, para que no haga nada por causa de la gloria; sino que disfrute del bien de la conciencia, y solo espere a Dios como juez. Hay, sin embargo, bodegas que deben cerrarse y esconderse de aquellos que se han enriquecido en obras y palabras, prudencia, templanza, fortaleza, justicia, para que no sepa la izquierda lo que hace la derecha, para que disfrutemos de las riquezas de la Ley, los Profetas y el Evangelio. Pero que todos los días de nuestra vida son breves y pequeños, Jacob, excediendo los cien años, dice: Son pocos y malos mis días (Gén. XLVII, 9). La ira del Señor que pasará es aquella que acumulan para sí mismos los que no quieren arrepentirse; que después de que pase, ya no se cerrarán las bodegas, sino que se cumplirá lo que está escrito: Nada hay oculto que no se revele, ni escondido que no se manifieste (Luc. VIII, 17). Y lo que sigue: Pues el Señor de lo santo inducirá su ira: significa que comenzará desde los santos de Dios, o que toda esa venganza es justa y santa, no descendiendo de la perturbación de la mente, como suele ser en los hombres; sino con el propósito de corregir. La tierra de los habitantes creo que es aquella de la que está escrito: Oiga la tierra las palabras de mi boca (Deut. XXXII, 1). Y: Escucha, tierra (Isaías, I, 2). Y de nuevo: Tierra, tierra, escucha la palabra del Señor (Jerem. XXII, 27). Pues así como los que habitan en la tierra, así los que están en la carne, no pueden agradar a Dios (Rom. VIII). La tierra en este lugar significa el alma que vive carnalmente. Y revelará su sangre, si ha escandalizado a alguien, y merece oír con Caín: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano (Gén. IV, 10, 11). Por tanto, toda sangre será requerida en el día del juicio, y la tierra no ocultará su sangre; y los muertos que mató, ya sea voluntariamente o por negligencia, los sacará a la luz.

(Cap. XXVII.---Vers. 1.) En aquel día visitará el Señor con su espada dura, grande y fuerte a Leviatán, la serpiente huidiza, y a Leviatán, la serpiente tortuosa, y matará al monstruo que

está en el mar. LXX: En aquel día Dios traerá la espada santa, grande y fuerte, sobre el dragón, la serpiente huidiza, sobre el dragón, la serpiente tortuosa, y matará al dragón que está en el mar. Los hebreos dicen que el diablo, es decir, el acusador, que es un nombre griego, se llama en hebreo SATAN (), que significa adversario. Por eso también en Zacarías se dice: Satanás estaba, es decir, el adversario, a su derecha para oponerse a él (Zac. III, 1). También se le llama BELIAL (), que significa apóstata, transgresor, y sin yugo. Por eso el Apóstol dice: ¿Qué comunión tiene Cristo con Belial? (II Cor. VI, 15) y donde los LXX ponen hijos de pestilencia, en hebreo está escrito, hijos de Belial. Por eso también lo que se canta en el salmo sobre el misterio del Salvador: El hijo de iniquidad no le hará daño (Sal. LXXXVIII, 23), en hebreo se dice, hijo de Belial. También se le llama con otros nombres, como está escrito en otro salmo: Caminarás sobre el áspid y el basilisco, y pisotearás al león y al dragón (Sal. XC, 13). Este dragón se llama propiamente en hebreo LEVIATÁN (). Él es el gran monstruo, del cual se narra en el místico discurso de Job que será capturado por Cristo: Quien capturará al gran monstruo (Job XL, 20); pues allí también por monstruo se pone Leviatán; y de nuevo: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, rodearás su nariz con un lazo? Y enseguida: Este es el principio de la creación del Señor que fue hecho para ser burlado por sus ángeles. Y en el salmo: Este mar grande y espacioso: allí reptiles innumerables: animales pequeños con grandes. Este dragón que formaste para burlarte de él (Sal. CIII, 25, 26). De esto también escribe Juan en el Apocalipsis: Se hizo una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón, y el dragón luchaba y sus ángeles, y no prevalecieron, ni se halló lugar para ellos en el cielo (Apoc. XII, 7 y ss.). Y: Fue arrojado el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, que engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles con él; y allí se dice: Fue arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios (Ibid., V, 10). Y es de notar que en el salmo y en Job, se dice que el dragón, es decir, Leviatán, fue hecho para ser burlado por los ángeles. Por eso también los apóstoles reciben el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo (Luc. X). Porque desde el lugar donde está escrito: He aquí que el Señor devastará la tierra, y la desnudará (Supra, XXIV, 1); o según los LXX: He aquí que el Señor destruirá el mundo, y lo desolará, hasta el presente capítulo, se ha predicado el juicio contra el mundo en la consumación del mundo, y el último enemigo que será destruido es la muerte (I Cor. XV): por eso la sentencia final contra el diablo es que se le traiga la espada santa, grande y fuerte, o según el hebreo y los demás intérpretes, la espada dura. Pues no se dice CADESA () como pensaron los LXX, que si fuera así, significaría santo; sino CASA (), que se traduce propiamente como duro. Por eso también Cis, el padre de Saúl, se llama duro. Algunos de los nuestros entienden la espada santa, o dura, por su sentido, como la Palabra de Dios, de la cual dice el Apóstol: La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos (Hebr. IV, 12). Por eso también en otro lugar leemos que de la boca del Salvador sale una espada de dos filos (Apoc. XIX). Pero cuando al final del mundo se traiga contra Leviatán, que al principio del Génesis se llama la serpiente más astuta de todas las bestias (Gén. III, 1), que estaban en la tierra, la espada santa o dura, grande y fuerte, huirá quien nunca solía huir, sin saber lo que está escrito: ¿A dónde iré de tu espíritu, o a dónde huiré de tu presencia? (Sal. CXXXVIII, 7). Un poeta ha jugado bellamente en la Gigantomaquia sobre Encélado: ¿A dónde huyes, Encélado? A dondequiera que vayas, siempre estarás bajo Dios. Este Leviatán, la serpiente huidiza, se llama en hebreo BARI (), que Aquila interpretó como viga, Symmachus como cerrador, Theodotion como robusto. Creo que se le llama viga o cerrador porque ha encerrado a muchos en su prisión y los ha sometido a su poder, y no tiene nada recto en sí mismo, y por eso se le llama tortuoso, y no puede imitar la vara del Señor, de la cual está escrito: Vara de rectitud, vara de tu reino (Sal. XLIV). El Señor lo matará con el espíritu de su boca (II Tes. II), habitante una vez del mar, de las olas falsas y amargas. Aquellos que dicen que el diablo actuará con arrepentimiento y

obtendrá perdón, que nos interpreten cómo entienden esto que está escrito: Y matará al dragón que está en el mar, o al monstruo. Pues en el segundo lugar de este capítulo presente, en hebreo no se le llama Leviatán, sino THANNIN (), que propiamente significa monstruo. Por eso los hebreos piensan que Leviatán habita bajo la tierra y en el éter: Thanniim en el mar, lo cual es una fábula judía. Y lo que se dice al final de este capítulo, en aquel día, Eusebio lo une al capítulo anterior, para que la profecía siguiente no se adapte a este tiempo. Pero los hebreos y los demás expositores lo unen a lo siguiente, que ahora vamos a proponer.

(Vers. 2, 3.) En aquel día la viña de vino puro le cantará. Yo, el Señor, que la guardo, de repente le daré de beber: no sea que se visite contra ella, de noche y de día la guardo. LXX: En aquel día la buena viña su deseo, para que su príncipe sea. Yo, ciudad fuerte, ciudad que es atacada: en vano le daré de beber. Porque serán capturados de noche, pero de día caerá el muro. El hebreo en este lugar difiere mucho de la edición de los LXX, por eso discutamos cada cosa como la hemos propuesto. La viña de la que habla Isaías más arriba: Se hizo una viña para el amado en un cuerno, en un lugar fértil, que debe entenderse, aprendamos [o digamos] por el mismo que enseña: Porque la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isa. V, 1), de la cual se canta en el salmo: Trasplantaste una viña de Egipto, etc. (Sal. LXXIX, 9). A esta también por Jeremías se le da a beber una copa muy fuerte (Jer. XXV). Pues cuando lo envió para que diera de beber a todas las naciones, y el Profeta se ofreció gustosamente a este oficio, primero se le ordena embriagar a Jerusalén. Por eso dice: Me engañaste, Señor, y fui engañado (Jer. XX, 7). Jerusalén beberá, y se le dará de beber una poción fuerte, para que aprenda el lamento y el llanto. Y el Señor dice que la ha guardado por mucho tiempo, y le ha dado lugar para el arrepentimiento, y porque no quiso convertirse, de repente será embriagada. Pues esto dice que lo ha hecho de día o de noche, para que siempre se guardara con su ayuda. Los LXX llaman a la misma viña hermosa, en la que estaba la Ley y los Profetas, el sacerdocio, y el pontificado, y el conocimiento de Dios, diciendo la Escritura: Dios es conocido en Judá, en Israel es grande su nombre (Sal. LXXV, 1). Lo que otros piensan, según su edición, que se refiere a la Iglesia, que no hay nada más hermoso. Y de la cual se ha dicho: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXVI, 3): que es la madre de su príncipe, y dice en el Cantar de los Cantares: Los hijos de mi madre lucharon contra mí (Cant. I, 5). Y habla: Yo, ciudad firme, ciudad atacada. Y bellamente dijo atacada, no conquistada. Y enseguida une sobre la Sinagoga, que de cabeza se ha convertido en cola: En vano le doy de beber de mis doctrinas, porque será capturada en las tinieblas de su error. Y porque no recibió la luz abierta, de día caerá su muro, es decir, todo lo que pensaba que era su ayuda, y no habrá adversario que no la capture, lo que debemos entender de las potestades contrarias.

(Vers. 4, 5.) No tengo indignación: ¿quién me dará espina y zarza en la batalla? Caminaré sobre ella: la quemaré por igual. ¿O más bien retendré mi fortaleza? Me hará paz, me hará paz. LXX: No hay quien no la haya tomado. ¿Quién me pondrá como guardián de la paja en el campo? Por esta adversaria la rechacé. Por eso el Señor hizo todo lo que dispuso: estoy quemada; dirán sus habitantes, haremos paz con él: haremos paz con él. Según el hebreo, este es el sentido: Yo, que de día y de noche siempre he conservado mi viña, para que no la exterminara el jabalí del bosque, para que no la devoraran las bestias. ¿Acaso no tengo indignación, y no sé herir al pecador, y dar a cada uno lo que merece? Donde Aquila puso espina, y zarza, en hebreo está escrito SAMIR () y SAITH (), que significa diamante, y lugares llenos de espinas. Por eso dice: ¿Quién me enseñará a ser duro, y vencer mi clemencia, y en la batalla y el combate caminaré cruelmente: para que camine sobre la viña, que antes guardé, y la queme que la había cercado con mi muro? ¿O más bien hará mi fortaleza, para que difiera mi ira, y salve con la clemencia del Evangelio a aquellos que no

han sido guardados por la autoridad de la Ley? ἐμφατικῶς según el hebreo debe leerse: ¿Quién me hará duro y cruel, para que venza mi naturaleza? Esto se significa en el desierto y en las espinas: para que la destruya y queme como en una batalla, la que siempre he guardado con mi diligencia. ¿O más bien retendré mi fortaleza, que no hay duda de que es Cristo, y de la cual leemos: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24), para que ella me haga paz, y reconcilie el mundo? Según los LXX, este es el sentido, para que lo tomemos de la persona de la Iglesia: Yo, ciudad firme, ciudad rodeada de muchos enemigos, que en vano di pociones a mi enemiga la Sinagoga. Porque será capturada de noche, y caerá su muro, y no habrá potestad adversaria que no la tome. De nuevo hablaré: ¿De qué me sirve guardarla, que tiene paja en sí, no trigo: que está tan inculta, que está llena de espinas y zarzas, que quise salvar? Pero porque actúa hostilmente conmigo, me aparté de ella. Y dijeron en mí y de mí nacieron los Apóstoles: A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios: pero ya que la rechazasteis, y os juzgasteis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hech. XIII, 46). Por eso el Señor hará lo que amenazó, para que todos en ella ardan rodeados por el fuego romano. O ciertamente ardan en vicios y pecados, para que no puedan apagar los dardos ardientes del diablo. Porque todos adulteran como un horno sus corazones. Y aquellos que antes habitaban en ella, después de que clamen, la ciudad capturada y quemada, la dejarán, y reconciliando el mundo [o inmundo] a Dios, dirán: Hagamos paz con él, hagamos paz con él, es decir, con Cristo, siempre escribiendo en sus Epístolas: Gracia y paz a vosotros de Dios Padre y de Cristo Jesús nuestro Señor (I Cor. I, 3). De los cuales leemos en este mismo Profeta: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz! (Isa. LII, 7). Algunos refieren este lugar a las Iglesias, que son guardadas por Dios; pero muchos en ellas no dan fruto; y por eso son quemados por los ardores del buen maestro, para que clamen y confiesen su error, y después hagan paz con Dios, que verdaderamente sean llamados hijos de Jacob.

(Vers. 6.) Los que salen de la raíz de Jacob, florecerá y germinará Israel: y llenarán la faz de la tierra con semilla. LXX: Los que vienen, hijos de Jacob: germinará y florecerá Israel: y llenará la tierra con su fruto. Después de que los Apóstoles, predicando el Evangelio en todo el mundo, hayan dicho: Hagamos paz con Cristo, hagamos paz con él, los que estén en las alturas de la semilla de Jacob, y hayan llegado a la dignidad apostólica, serán llamados hijos de Jacob. Entonces germinará y florecerá Israel, viendo la doctrina de sus hijos que ha llenado todo el mundo, y ha traído frutos abundantes, que permaneciendo en Judea no había traído.

(Vers. 7.) ¿Acaso según la plaga de quien lo golpeó, lo golpeó: o como mató a sus muertos, así fue muerto? Este lugar se entiende de dos maneras. O contra Jerusalén, para decir que no fue golpeada por Dios como ella golpeó a Cristo y a sus Apóstoles: o contra la multitud de las naciones, que persiguiendo y derramando la sangre cristiana, los Apóstoles y hombres apostólicos no obstante tuvieron cuidado de su salvación y los reconciliaron con Dios.

(Vers. 8.) Con medida contra medida cuando sea desechada, la juzgarás. LXX: Riñendo y reprochando los expulsará. Según el hebreo, este es el sentido: Como hizo Jerusalén, así recibirá, y según la medida con que midió, se le medirá. Entonces recibirá la medida colmada, cuando llegue el tiempo del juicio y Dios la deseche. Según los LXX, depende de lo anterior lo que se dice. Porque Israel no será golpeado como golpeó; ni será muerto como mató. Quien reñía contra los Apóstoles, y reprochaba a sus maestros, y ordenaba que no hablaran en el nombre de Cristo. Por eso el Señor los desechará, y los expulsará de su rebaño.

Meditó en su espíritu duro en el día del calor. LXX: ¿No eras tú quien meditabas en espíritu duro para matarlos, en espíritu de furor? Según el hebreo, esto se dice, en la medida con que

midió, Jerusalén recibirá: por eso Dios en su espíritu duro y vehemente meditó, o habló contra ella en el día del calor, es decir, en el tiempo de la persecución, cuando es más ardiente el día de la indignación y de los castigos. Según los LXX, se dice a Jerusalén, o a Israel: ¿No eras tú quien en tu espíritu durísimo y cruel, y en el furor de tus blasfemias, deseabas matar a los Apóstoles del Señor y a sus maestros?

(Vers. 9.) Por eso sobre estos se perdonará la iniquidad de la casa de Jacob, y este será todo el fruto, para que se quite su pecado: porque puso todas las piedras del altar como piedras de ceniza desmenuzadas: no permanecerán los bosques y los santuarios. LXX: Por eso se quitará la iniquidad de Jacob, y esta será su bendición cuando quite su pecado, cuando ponga todas las piedras de los altares trituradas como ceniza desmenuzada, y no perseverarán sus árboles, y sus ídolos. Da las razones por las cuales después de que los judíos hayan puesto sus manos en el Señor, obtendrán perdón, si quieren arrepentirse, para que se cumpla la oración del Salvador: Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Por eso, dice, se perdonará la iniquidad de la casa de Jacob, y se quitará su pecado, para que merezca la bendición de Dios, que se había maldecido a sí mismo, diciendo: Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25). porque por los Apóstoles de la estirpe de Israel se sembrará el Evangelio en todo el mundo, y se destruirá la idolatría, y se triturarán los altares hasta el polvo, se cortarán los bosques, caerán los santuarios, y se predicará el conocimiento de un solo Dios bajo el misterio de la Trinidad.

(Vers. 10.) Porque la ciudad fortificada será desolada: la hermosa será dejada, y será abandonada como desierta. Allí pastará el becerro, y allí se recostará y consumirá sus cumbres. LXX: Sus ídolos serán cortados, como un bosque, y el rebaño que habita lejos será dejado como un rebaño abandonado, y estará mucho tiempo en pastos, y allí descansarán los rebaños, y después de mucho tiempo no habrá en ella nada verde, porque está seco. Jerusalén, ciudad una vez fuerte y fortificada, porque no recibió al padre de familia, al hijo, sino que dijo: Venid, matémoslo, porque este es el heredero y nuestra será la herencia (Mat. XXI, 38), será desolada. Y la que una vez fue hermosa, de la cual también se dice en Ezequiel: Comiste flor de harina, miel y aceite, y te hiciste muy hermosa (Eze. XVI, 13), y en la que habita aquel de quien está escrito: Hermoso de forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3), será dejada y abandonada como un desierto, diciendo el Señor a los Apóstoles: Levantaos, vámonos de aquí (Juan XIV, 31). Allí pastará el becerro, el ejército romano, del cual también en otro lugar bajo el nombre de jabalí se dice: La devastará el jabalí del bosque: y la bestia solitaria la pastará (Sal. LXXIX, 14). Y allí se recostará y consumirá sus cumbres bajo la metáfora de la viña y sus sarmientos, para que no quede en ella nada verde, nada de sus ramas, sino que todo lo consuma el enemigo. Según los LXX, porque no recibieron al buen pastor: por eso serán como un rebaño abandonado, y estarán expuestos a las mordeduras de las bestias; y no quedará en ellos nada verde, porque la sequedad lo poseerá todo.

(Vers. 11.) En la sequía de su cosecha serán quebrantadas las mujeres que vienen y la enseñan. Porque no es un pueblo sabio: por eso no se compadecerá de él quien lo hizo: y quien lo formó, no le perdonará. LXX: Mujeres que vienen del espectáculo, venid: porque no es un pueblo que tenga inteligencia; por eso no se compadecerá de ellos quien los hizo; y quien los formó, no les perdonará. Lo que se dice, En la sequía de su cosecha serán quebrantadas, para lo cual los Setenta tradujeron, no habrá en ella nada verde, porque se ha secado, se conecta según el hebreo con lo que sigue; según los LXX, con el sentido anterior. Digamos, pues, primero según el hebreo. Cuando llegue el tiempo de la sequía y la cosecha de Jerusalén, y para hablar más claramente, el tiempo de la devastación, de todo el mundo concurrirá la multitud de las sinagogas para llorar a Jerusalén y consolar sus males. O bien

habla abiertamente de las mujeres, que con los pechos desnudos se golpean los brazos sangrantes, y se cumplirá la profecía del Señor: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras y por vuestros hijos (Luc. XXIII, 28). Y gran infelicidad del pueblo, aprender de las mujeres los cantos de lamentación; como fue reproche para el pueblo de Israel, cuando en el libro de los Jueces (Jue. IV), en manos de la mujer Débora, el Señor hizo la salvación, y en el tiempo cercano a la cautividad, callando los hombres, profetizó la mujer Hulda (IV Reg. XXII). Por eso las mujeres serán quebrantadas en el largo camino, agotadas por la debilidad, el hambre y la suciedad, y enseñarán al pueblo miserable, porque no es un pueblo sabio, ni entendió a su Creador, quien, siendo descuidado y despreciado por ellos, no se compadecerá de su obra, y no perdonará a su criatura. Según los LXX, se dice de María Magdalena, y la otra María, y las demás mujeres, que primero vieron al Señor resucitado, y abrazaron sus pies, y merecieron oír de él: No temáis: Id, anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán (Matt. XXVIII, 10). De estas mujeres, mucho antes de que nacieran, el discurso profético las anuncia, y las llama del espectáculo de la Pasión y Resurrección del Señor, para que prediquen el Evangelio, y, según el hebreo, enseñen a Jerusalén o a la tierra de Israel, que este es el Señor y Dios. Porque el pueblo de Israel no tenía sabiduría en aquel tiempo, cuando el Señor padeció, y se cumplió la profecía: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo (Sal. XI, 1). Y: Todos se han desviado, juntos se han vuelto inútiles: no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo (Sal. XIII, 4), se llama a las mujeres del espectáculo, para que lo que ellas vieron lo anuncien a los Apóstoles. Pero Israel, del cual se dijo (Supra, I, 3): Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió, provocó a su Creador y hacedor clementísimo a la amargura, para que de ninguna manera se compadezca de él. Estas cosas se dicen piadosamente; pero cómo concuerdan con las demás, y se adaptan a los tiempos de la consumación del mundo, es una interpretación difícil.

(Vers. 12.) Y será en aquel día, el Señor herirá desde el cauce del río hasta el torrente de Egipto. LXX: Y será en aquel día, el Señor cerrará desde la fosa del río hasta Rinocorura. Si no hubiera unido, en aquel día, por lo cual se nos enseña que lo que va a decir debe unirse a lo anterior, podríamos exponerlo como un sentido propio de este capítulo; pero ahora todo debe referirse a lo anterior. Porque la ciudad fortificada será desolada, y la que antes era hermosa será dejada como un desierto, y allí descansará el becerro, y consumirá los brotes de la viña, y todo se secará, porque no es un pueblo que tenga entendimiento, y por su necedad, no ha conseguido ninguna misericordia de su Creador. Por eso el Señor herirá, o cerrará desde el cauce o arroyo del río hasta el torrente de Egipto, para que en toda Judea, que una vez fue la tierra de la promesa, no se encuentre palabra de doctrina, nada de conocimiento de las Escrituras, de las cuales también habla el Apóstol: Para que no atendamos a fábulas judías y mandamientos de hombres que se apartan de la verdad (Tit. I, 14); y de nuevo: Porque hay muchos insubordinados, vanos habladores y engañadores, a los cuales es necesario reprender, especialmente a los de la circuncisión (Ibid., 10). El cauce o arroyo del río, según la historia, podemos decir que es el Éufrates, como está escrito en el salmo setenta y uno: Dominará de mar a mar, y desde el río hasta el fin de la tierra (Sal. LXX, 8). Otros piensan que es el Jordán. Y es de notar que en los límites de Judea se llama río; en los confines de Egipto, torrente, que tiene aguas turbias y no permanentes. Por el torrente de Egipto, los LXX tradujeron Rinocorura, que es una ciudad en la frontera de Egipto y Palestina, expresando no tanto las palabras de las Escrituras, como el sentido de las palabras. Pero lo que nosotros dijimos, herirá, para lo cual los LXX tradujeron συμφράξει, es decir, cerrará: Aquila y Teodocio lo interpretaron como ῥαβδήσει, lo que puede entenderse como que herirá con vara, o que contará con vara el número de su rebaño, para que no se tome en mal sentido, sino en buen sentido.

Y vosotros seréis reunidos uno a uno, hijos de Israel. LXX: Pero vosotros reunid uno a uno, hijos de Israel. Oh hijos de Israel, para lo cual interpretó Símaco, casa de Israel: heridos vuestros adversarios desde el cauce del río hasta el torrente de Egipto, es decir, desde el Éufrates hasta el Nilo, vosotros o ellos seréis reunidos a la fe del Señor uno a uno, porque la multitud de los judíos no creyó, por lo cual significa que pocos de los judíos creerán en el Salvador Señor. O ciertamente, oh Apóstoles y hombres apostólicos, no creyendo la multitud de los judíos, vosotros de todo el mundo, a quienes podáis, como ovejas enfermas, llevadlas a los rediles del Señor, y reunidlas con el pueblo de los gentiles, para que se cumpla aquello que el Apóstol Pablo y Bernabé dicen a los judíos: A vosotros era necesario anunciar primero la palabra de Dios; pero ya que os juzgáis indignos de la salvación, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hech. XIII, 46).

(Vers. 13.) Y será en aquel día: se tocará una gran trompeta; y vendrán los que estaban perdidos de la tierra de los asirios, y los que fueron expulsados a la tierra de Egipto: y adorarán al Señor en el monte santo en Jerusalén. LXX: Y será en aquel día, tocarán una gran trompeta; y vendrán los que perecieron en la región de los asirios, y los que perecieron en Egipto: y adorarán al Señor sobre el monte santo en Jerusalén. En este lugar los judíos se prometen a sí mismos vanas esperanzas, que en la consumación del mundo, cuando venga el Anticristo, como se dice, su ungido, el pueblo disperso se reunirá de los asirios y de la tierra de Egipto, y vendrá a Jerusalén, y construido el templo, adorará al Señor su Dios. Lo cual según la letra no puede sostenerse en absoluto. Pues no solo de los asirios y de Egipto, sino de todo el mundo, los que van a creer en Cristo serán llamados. Por lo tanto, esto significa que en la última trompeta, según el Apóstol Pablo (I Cor. XV), todos los que perecieron en los asirios y en Egipto vendrán al Señor: Y no dijo todos los hijos de Israel, sino todos los que perecieron, por lo cual significa la multitud de los gentiles, que estando atados a la idolatría, y a las artes mágicas y filosóficas, vendrán a la fe de Cristo, y lo adorarán en la Iglesia. La gran trompeta puede entenderse como el discurso evangélico, del cual también leemos en este mismo Profeta: Sube sobre un monte alto, tú que evangelizas a Sion: levanta tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén (Infra, XL, 9). El monte santo y Jerusalén es aquella de la que hemos hablado a menudo: Os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a millares de ángeles; y a la Iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos (Hebr. XII, 22). Hasta aquí se ha dicho sobre la consumación del mundo desde el lugar en que comenzamos a exponer: He aquí que el Señor desolará la tierra, y la desnudarán (Supra, XXIV, 1), lo cual se contiene en el presente volumen. Ahora, con la ayuda, o más bien la inspiración de Cristo, pasemos al noveno, que tendrá el comienzo de otra profecía.

## LIBRO NOVENO.

Ocupados por diversas molestias, dictamos las explicaciones sobre el profeta Isaías a intervalos. Por lo cual, terminado el octavo volumen, ahora, después de un cierto lapso de tiempo, pasamos al noveno: no sin el mordisco y las murmuraciones de los envidiosos, que ignorando lo que oyen, lo que dicen, se atreven a juzgar sobre lo que no saben, y desprecian antes de probar, y se estiman a sí mismos eruditos y elocuentes, si critican a todos los escritores. Despreciando su envidia y murmuración charlatana, pidamos la ayuda de Dios, y con la imprecación del salmista digamos: Dispersa a las naciones que desean la guerra (Sal. LXVII, 32). Porque el lugar del Señor está en paz, que sobrepasa todo entendimiento. La cual también el Profeta desea clamando: Señor Dios nuestro, danos paz: porque todo nos lo has devuelto (Isai. XXVI, 12). Pero ya propongamos el capítulo de Isaías, y con Moisés entremos en la nube y la oscuridad, para que nuestro rostro sea clarificado, y, según el hebreo, sea

cornuda la faz: y se oigan y resplandezcan los truenos y relámpagos, que el pueblo más vil no pudo ver (Éxod. XIX).

(Cap. XXVIII.---Vers. 1.) ¡Ay de la corona de soberbia de los ebrios de Efraín, y del flor marchito de la gloria de su alegría, que estaban en la cima del valle más fértil, errando por el vino! He aquí que el fuerte y poderoso del Señor, como el ímpetu del granizo, un torbellino que rompe; como el ímpetu de muchas aguas inundantes y emitidas sobre la tierra espaciosa. Con los pies será pisoteada la corona de soberbia de los ebrios de Efraín. Y será el flor marchito de la gloria de su alegría, que está sobre la cima del valle de los fértiles, como un fruto temprano antes de la madurez del otoño, que cuando lo vea el que lo mira, tan pronto como lo tenga en la mano, lo devorará. LXX: ¡Ay de la corona de injuria del mercenario de Efraín: flor que cae de la gloria sobre la cima del monte fértil, que estáis ebrios sin vino! He aquí el fuerte y duro furor del Señor, como granizo que se lleva en pendiente, sin tener sombra, que cae violentamente como la multitud de aguas que arrastra el suelo, y se hace espacio: con las manos y los pies será pisoteada la corona de injuria del mercenario de Efraín. Y será el flor que cae de la esperanza de gloria en la cima del monte alto, como un higo prematuro, que quien lo vea, antes de que lo tome con la mano, deseará devorarlo. Digamos primero según la historia, luego según la tropología, y al final según la profecía. El discurso divino habla contra las diez tribus que reinaban en Samaria, y por Jeroboam, que era de la tribu de Efraín, se llamaban Efraín. Y los llama corona de soberbia: porque comparados con las dos tribus, que se llamaban Judá, eran más sublimes en número y fuerza. Y los llama ebrios de Efraín, que no entienden a su Creador, sino que en lugar del Señor adoran becerros de oro en Dan y Betel. Estos alguna vez fueron en flor del Señor, y en gloria, cuando eran gobernados por David y Salomón, y estaban en las doce tribus adorando a Dios en el templo de Jerusalén, que estaban en la cima del valle más fértil, que en hebreo se dice GE SEMANIM (). Significa el lugar donde el Señor fue entregado; sobre cuya cima del valle está situado el templo del Señor. Estos se embriagaron con el vino del error y la locura, que les mezcló Jeroboam. Por lo cual el Señor les amenaza con el castigo, que así como el torbellino del granizo rompe todo, y el ímpetu de las aguas inundantes arrastra todo lo que encuentra, así sean destruidos por el ejército de los asirios, y lo que quede, sea trasladado a las montañas o ciudades de Media. Compara, pues, la gloria de las diez tribus a una corona de flores variadas, que tuvo tanta belleza, que como si alguien antes de que llegue el verano y el otoño, viendo un higo prematuro en el árbol, tan pronto como lo tenga en la mano, lo devora: así también las diez tribus cuando el asirio las vea, las devaste y devore, y no deje nada en absoluto del pueblo original en Samaria. Esto brevemente según la historia. Pasemos a la alegoría. Según la exposición del profeta Oseas, en la cual Efraín y José y Samaria y las diez tribus, que se separaron del cuerpo de las doce tribus, y dejaron el templo del Señor, lo referimos a los herejes, que verdaderamente según la edición de los Setenta, son corona de injuria, blasfemando al Señor, y hacen todo por causa de la recompensa, y han caído de la flor y la esperanza y la gloria de la fe original: ni siguen la tenacidad del maná, y la humildad eclesiástica; sino que se encuentran en el monte más fértil ebrios sin vino. Por eso el fuerte y duro furor del Señor, que los va a castigar, se compara al granizo precipitado, que no cae en los techos, sino en las cabezas de los mortales, y a las inundaciones de muchas aguas, que arrastran todo lo que encuentran. Esta corona de injuria, se llaman mercenarios de Efraín, que según el Apóstol por causa de la ganancia deshonesta, han caído de la flor y la esperanza y la gloria de la fe original, y se encuentran en la soberbia, y son el alimento más dulce del diablo, que los devora diariamente (I Pet. V). Según la profecía podemos decir que llama corona de injuria a los escribas y fariseos, que blasfemaban al Señor. Y se llamaban mercenarios de Efraín, por Judas, que de la tribu de Efraín y del pueblo de la misma tribu Iscariote, vendió al Señor por precio, que verdaderamente fue el flor de la gloria apostólica que cayó sobre el

monte más fértil, del cual pensamos que se dijo: Comió y bebió Jacob, y se sació, y engordó, y recalcitró el amado (Deut. XXXII, 15). O según el hebreo: sobre el valle de los fértiles, es decir, Gessemanim: en la cual también se significa el nombre del lugar donde Judas entregó al Señor. El valle fértil, o de los fértiles se llama, por la fertilidad, y los escribas y fariseos que allí prendieron al Señor: de los cuales está escrito en el salmo: Toros gordos me rodearon (Sal. XXI, 13). Este valle de los fértiles, es decir, Gessemanim, se menciona por segunda vez en este capítulo; y me sorprende cómo los LXX primero lo llamaron monte fértil, y después monte alto. Pero el traidor estaba ebrio no de vino, sino de avaricia y del furor de las serpientes incurable, y del alimento del diablo, que después del bocado entró en él (Juan XIII), y fue completamente devorado, porque su oración se convirtió en pecado, y ni siquiera su arrepentimiento tuvo fruto de salvación. La palabra hebrea SACCHORE () es ambigua, y puede significar ebrios, o mercenarios. Por eso también Issachar se interpreta, hay recompensa: y SACHAR (), μέθυσμα, es decir, embriaguez: y los demás ebrios: solo los LXX tradujeron mercenarios.

(Vers. 5 seqq.) En aquel día, el Señor de los ejércitos será corona de gloria y diadema de júbilo para el resto de su pueblo, y espíritu de juicio para el que se sienta en el juicio, y fortaleza para los que regresan de la batalla a la puerta. Pero estos también, a causa del vino, no supieron y erraron por la embriaguez, el sacerdote y el profeta no supieron: fueron absorbidos por el vino en su embriaguez, erraron en la embriaguez: no conocieron al vidente, ignoraron el juicio, o de manera maravillosa. Porque todas las mesas están llenas de vómito y suciedad, de modo que no hay lugar. LXX: En aquel día, el Señor Sabaoth será corona de esperanza, que está unida a las reliquias de gloria del pueblo. Serán dejados en espíritu de juicio sobre el juicio, y fortaleza prohibiendo matar. Porque estos fueron engañados por el vino: erran por la sidra; el sacerdote y el profeta perdieron la mente por la sidra; fueron absorbidos por el vino, vacilaron, esto es, φάσμα [Al. fasma]; la maldición devorará este consejo: ya que este consejo es por avaricia. Después de que toda la tierra de Samaria, es decir, las diez tribus, haya sido destruida y pisoteada por el asirio que inunda, y la corona de soberbia de los ebrios de Efraín haya sido devorada como un higo temprano: entonces el resto del pueblo de Israel, es decir, las dos tribus, Judá y Benjamín, el mismo Señor será corona de victoria; y espíritu de juicio para el que se sienta en el juicio, sin duda el rey Ezequías de Judá; y fortaleza para aquellos que, después de que toda la región haya sido devastada, regresan de la batalla y se encierran en la ciudad. Lo que leeremos en este mismo profeta (Infra XXXVII), cuando ciento ochenta y cinco mil soldados del ejército asirio fueron destruidos por el ángel. Pero estos también, es decir, Judá y Benjamín, se embriagaron con el vino de la idolatría, y despreciando la religión del templo, veneraron las imágenes de los demonios, y no conocieron al vidente, el Señor, que todo lo considera. Porque todas sus mesas, y toda su religión, están llenas de vómito y suciedad, de modo que no solo en el templo, sino en la cima de las montañas y en los lugares boscosos, llenaron todo con las suciedades de la idolatría, y el Señor no tuvo lugar de habitación en ellos. Esto se ha dicho según la letra. Pero según la tropología, sigamos la primera interpretación, y no dejemos intactos a los LXX Intérpretes. Porque los herejes, devorados por la boca del diablo, que han ascendido al monte de la soberbia más rico, el Señor será corona de gloria para aquellos que habitan en la Iglesia, y comparados con la multitud de muchos errantes, son pocos en número. Será también en espíritu de juicio sobre el juicio: porque el Señor lavará las inmundicias de los hijos e hijas de Sion con espíritu de juicio. Pero si alguien tiene sangre, no será purificado con espíritu de juicio, sino con el fuego de la combustión, y será fortaleza para el pueblo, y les prohibirá ser asesinados por aquellos que se han embriagado con el vino de los dragones y han errado por la sidra. Hemos dicho a menudo que el vino es lo que se hace de las viñas. La

sidra, sin embargo, es toda bebida que puede embriagar y trastornar el estado de la mente, que propiamente Aquila tradujo como embriaguez, ya sea que se haga de trigo, cebada, mijo, jugo de frutas, fruto de palmas, o cualquier otro tipo. Por lo tanto, los sacerdotes y profetas de los herejes perdieron la mente por la sidra, y fueron absorbidos por el vino, como fueron Prisca y Maximila y su líder Montano: y no sabían qué decían. Se embriagan con el vino cuando entienden mal las Escrituras sagradas y las pervierten. Sidra, cuando abusan de la sabiduría secular y de las trampas de los dialécticos, que no deben llamarse tanto vínculos como phasmata [Al. phantasmata], es decir, ciertas sombras e imágenes, que pronto perecen y se disuelven. Este tipo de consejo será poseído por la maldición, que consideran que la piedad es una ganancia, y hacen todo por avaricia. De este phasma también hablaba el Apóstol: Atendiendo a espíritus de error y doctrinas de demonios, en hipocresía hablando mentira (I Tim. IV, 1, 2). La tercera explicación es que después de que el Señor haya subvertido a los Escribas y Fariseos, y a su compañero Judas el traidor, que desde el principio fue ladrón, porque él llevaba la bolsa del dinero de los pobres (Juan XII y XIII): entonces será en esperanza y en corona de gloria para aquellos que de los judíos hayan creído en el Señor, sin duda significando a los apóstoles, a quienes reservó para la predicación del Evangelio, y no permitió inmediatamente que derramaran sangre por Cristo. Porque todos los Escribas y Fariseos se embriagaron con el vino y la sidra, de los que hablamos antes, tanto sacerdotes como falsos profetas. Pero sus trampas y asechanzas fueron en vano, porque incluso Judas mismo, que traicionó, lo hizo por dinero, y los sacerdotes que corrompieron al traidor con dinero por miedo a su propia expulsión. Porque él mismo, haciendo un látigo de cuerdas, echó del templo a los que vendían bueyes y ovejas, y las sillas de los que vendían palomas, y las mesas de los cambistas las subvirtió con su autoridad, diciéndoles: Está escrito: La casa de mi Padre será llamada casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mat. I, 13). Según la anagogía, aquello hebreo, en lo que dijimos: Porque todas sus mesas están llenas de vómito y suciedad, de modo que no hay lugar, puede referirse a los herejes, y a los Escribas y Fariseos, de modo que digamos que toda su doctrina y todos sus misterios están llenos de vómito y suciedad, mientras no digieren los alimentos de las escrituras sagradas, ni hacen que sean vitales para todo el cuerpo; sino que los expulsan inmaduros y fétidos, de modo que Dios no encuentra lugar en ellos. Me maravilla, sin embargo, qué quiso decir Theodotion, que por la palabra hebrea que se dice, CISOA (), por la cual Aquila interpretó, vómito de suciedad, y Symmachus solo vómito, él dijera, ἐμετὸν δυσαλίας, es decir, vómito de disalia, palabra que no he podido encontrar leída entre los griegos, a menos que haya inventado un nuevo nombre para una nueva cosa. Porque también entre los hebreos está compuesto, ya que vómito se dice CI y SOA sucio [Al. suciedad]. Por lo tanto, cualquier cosa que cause náusea y vómito puede llamarse δυσαλία.

(Vers. 10 seqq.) ¿A quién enseñará conocimiento, y a quién hará entender el oído? A los destetados de la leche, arrancados de los pechos: porque manda, remanda; manda, remanda; espera, reespera; espera, reespera; un poco aquí, un poco allí. Porque en lengua de tartamudos y en lengua extranjera hablará a este pueblo, al cual dijo: Este es mi descanso; refrescad al cansado, y este es mi refrigerio, y no quisieron escuchar. Y será para ellos la palabra del Señor: manda, remanda; manda, remanda; espera, reespera; espera, reespera; un poco aquí, un poco allí; para que vayan y caigan hacia atrás, y sean quebrantados, y enredados y atrapados. LXX: ¿A quién anunciaremos males, y a quién anunciaremos el mensaje? a los destetados de la leche: a los apartados del pecho. Tribulación sobre tribulación espera; espera esperanza sobre esperanza; aún un poco, aún un poco: por la burla de los labios, por la lengua extranjera con la que hablarán a este pueblo diciéndoles: Este es el descanso para el hambriento, y esta es la contrición, y no quisieron escuchar. Y será para ellos la palabra del Señor: Tribulación sobre tribulación: espera, espera; esperanza [Al. esperanza] sobre

esperanza: aún un poco, aún un poco; para que vayan y caigan hacia atrás, y sean quebrantados, y perezcan, y sean atrapados. ¿Quién, dice, es digno de la doctrina del Señor, que con las palabras del Salvador diciendo: El que tiene oídos para oír, oiga (Mat. XII, 15): para que lo que ha oído con los oídos, lo entienda con el corazón? ¿Quiénes son ellos, lo muestra el siguiente verso: Destetados de la leche, arrancados del pecho, que no se alimentan con la leche de la infancia, sino que se nutren con alimento sólido; que han sido arrancados del pecho con Isaac: por cuya alegría Abraham hizo un gran banquete (Gén. XXII); estos merecen escuchar los misterios del Señor, y entender lo que el sacerdote y el profeta no saben (Al. no sabía), embriagados y absorbidos por el vino, que erraron y no conocieron al vidente, porque todas sus mesas están llenas de vómito y suciedad, que anunciaban a los profetas lo que vendría, y si no hacían lo que se les mandaba, amenazaban con tormentos, solían decir burlándose: Manda, remanda; manda, remanda, es decir, ordena, ordena, manda lo que debemos hacer. Y abusando de la paciencia de Dios, que difiere su ira, para dar misericordia: que solían decir también esto en persona de los profetas burlándose: Espera un poco, espera un poco, vendrán las cosas que predijimos que vendrían. Pero todas estas cosas las decían entre el pueblo, porque no creían en las palabras de Dios; y el profeta inmediatamente añade: Dios no os hablará con estas palabras, para mandaros qué debéis hacer, y esperéis lo que ha de venir, sino que os hablará en el furor presente, que antes dijo al pueblo: Este es mi descanso, refrescad al cansado, he trabajado mucho tiempo, en nada he encontrado descanso. Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mat. VIII; Luc. IX). Y este es mi refrigerio, para que en vosotros alguna vez descanse. Que no quisieron escuchar, y despreciaron mis advertencias; por lo cual lo que solían decir burlándose a los profetas: Manda, remanda; manda, remanda: espera, reespera; espera, reespera: un poco aquí, un poco allí, y burlarse de mi paciencia, cuando me consideran amenazando, lo que nunca haré: sientan que se cumple en los hechos, para que vayan a la destrucción, y caigan hacia atrás ὀπισθοτόνῳ incurable; y nunca avancen a lo anterior, ni puedan decir con el Apóstol: Olvidando lo que queda atrás, nos extendemos hacia lo que está adelante (Fil. III, 13); sino que sean quebrantados y enredados, y sean capturados ya sea por el ejército babilónico o romano. Por lo que dijimos: Manda, remanda; manda, remanda: espera, reespera; espera, reespera; un poco aquí, un poco allí, en hebreo está escrito así: SAU LASAU, SAU LASAU; CAU LACAU, CAU LACAU: ZER SAM, ZER SAM; y estas palabras las usa la herejía más inmunda entre los simples y engañados, para causar terror con la novedad de las palabras, que quien conozca estas palabras, y las recuerde en su unión [Al. de estos], sin duda alguna pasará a los reinos celestiales. Leemos en el Apóstol: En otras lenguas, y en otros labios hablaré a este pueblo, y ni así me escucharán, dice el Señor (I Cor. XIV, 21). Lo que me parece tomado según el hebreo de este capítulo presente; y esto lo hemos observado en el Antiguo Testamento (excepto por unos pocos testimonios, que solo Lucas usa, quien tenía más conocimiento de la lengua griega), dondequiera que se dice algo del antiguo instrumento, no lo ponen según los Setenta, sino según el hebreo, sin seguir ninguna interpretación, sino vertiendo el sentido hebreo en su propio idioma, Symmachus, Theodotion y los LXX de este lugar pensaron de manera diversa, y porque es largo hablar de todos, pasemos brevemente por los LXX Intérpretes, que se leen en las Iglesias. Rechazado el pueblo de los judíos, sacerdotes y profetas, que se embriagaron con sidra, y erraron y la maldición devoró su consejo, que hicieron por avaricia, ¿a quién anunciaremos las tribulaciones futuras por Cristo? ¿a quién los males por los cuales se prepara la corona de virtudes? Sin duda a aquellos que han sido destetados de la leche, que han sido arrancados del pecho, sin duda significando a los apóstoles: Espera tribulación sobre tribulación. Habla, sin embargo, al coro de los apóstoles y de todos los creyentes, para que no se prepare para una sola, sino para muchas tribulaciones, para que cuando haya sido atribulado y deprimido, vuelva a esperar, y tenga esperanza sobre esperanza. Que si lo prometido tarda un poco, no

sea incrédulo: Porque aún un poco y vendrán las cosas prometidas. Porque la tribulación produce paciencia; la paciencia, prueba; la prueba, esperanza; y la esperanza no confunde (Rom. V, 3, 4, 5). Y esta misma tribulación se duplicará con la detracción de los labios, y las blasfemias de los perseguidores, que con boca rabiosa se enfurecen contra el pueblo de Dios. Pero los apóstoles y los hombres apostólicos hablarán al pueblo de los judíos, diciendo: Este es el descanso para el hambriento de justicia, y esta es la contrición y angustia que conduce a la vida. Predicando esto, los impíos no quisieron escuchar. Por lo cual lo que se decía al pueblo de Dios: Sufre tribulación, sufre tribulación; espera esperanza, espera esperanza: aún un poco, aún un poco, se les convertirá en castigo, que no quisieron escuchar la palabra del Señor, para que caigan y vayan hacia atrás, y caigan en el peligro del asedio y la muerte, y sin fin de miserias sean capturados. Pero la palabra hebrea DEA, que todos tradujeron como conocimiento, solo los Setenta interpretaron como males, es un error evidente. Porque la primera letra DALETH, o RES se distinguen por un pequeño ápice. Si se lee DEA (), significa conocimiento; si REA (), malicia; no del mal, que es contrario al bien, sino de la angustia.

(Vers. 14, 15.) Por eso escuchad la palabra del Señor, hombres burladores, que domináis sobre mi pueblo, que está en Jerusalén. Porque habéis dicho: Hemos hecho un pacto con la muerte, y con el infierno hemos hecho un acuerdo: el flagelo inundante cuando pase, no vendrá sobre nosotros, porque hemos puesto nuestra esperanza en la mentira, y con la mentira nos hemos protegido. LXX: Por eso escuchad la palabra del Señor, hombres atribulados y príncipes de este pueblo, que está en Jerusalén: Porque habéis dicho: Hemos hecho un testamento con el infierno, y con la muerte un pacto: si la tempestad pasa e irrumpe, no vendrá sobre nosotros, porque hemos puesto nuestra esperanza en la mentira, y con la mentira nos protegeremos. Lo que dijimos antes que los príncipes de los judíos solían decir con burla a los profetas: Manda, remanda; espera, reespera, y otras cosas similares, por las cuales se muestra que no creyeron en las palabras de los profetas, sino que despreciaron su profecía: el presente capítulo lo muestra, por el cual son llamados hombres burladores. Son los Escribas y Fariseos que dominan sobre el pueblo de Dios en Jerusalén, a quienes los LXX llaman hombres atribulados, y príncipes del pueblo de Jerusalén. Dijeron no con palabras, sino con hechos: Somos como las demás naciones: tenemos un pacto y acuerdo con el infierno y con la muerte: una vez hemos desesperado de la salvación. Ciertamente la cautividad vendrá después de mucho tiempo, diciéndoos: Aún un poco, aún un poco: espera, espera de nuevo. Por lo tanto, cuando hayamos muerto, no sentiremos este flagelo de la cautividad y esta tempestad. Una vez hemos creído en la mentira, es decir, en vano hemos tenido esperanza en Dios y en su Ley. Y por eso nos hemos protegido con la mentira, porque muertos hemos evitado la inminente cautividad. La palabra hebrea SOT (), Aquila y Symmachus, flagelo, los LXX interpretaron como tempestad; CHASAB () también todos tradujeron como mentira, en la que esperaron los judíos, cuyo padre es el diablo según el evangelista Juan.

(Vers. 16 seqq.). Por eso dice el Señor Dios: He aquí que yo pongo en los cimientos de Sion una piedra probada, angular, preciosa, cimentada con fundamento: el que crea, no se apresure. Y pondré el juicio en peso, y la justicia en medida: y el granizo destruirá la esperanza de la mentira, y la protección será inundada por las aguas. Y será anulado vuestro pacto con la muerte, y vuestro acuerdo con el infierno no se mantendrá; cuando pase el azote inundante, seréis pisoteados por él. Cuando pase, os llevará: porque pasará de mañana al amanecer, de día y de noche, y solo la aflicción dará entendimiento al oído: Porque el lecho es estrecho, de modo que uno cae: y la manta corta no puede cubrir a ambos. LXX: Por eso dice el Señor: He aquí que yo pondré en los cimientos de Sion una piedra preciosa, elegida, angular, honorable en sus cimientos; y el que crea, no será confundido. Y pondré el juicio en

esperanza: pero mi misericordia en peso, y los que creen en vano en la mentira, porque no pasará por nosotros la tormenta, y no nos quitará el pacto de muerte, y vuestra esperanza en el infierno no permanecerá. Si pasa la tormenta venidera, seréis pisoteados por ella: cuando pase, os llevará de mañana, de mañana pasará: de día y de noche será una esperanza pésima. Aprended a escuchar los que estáis en tribulación: No podemos luchar, pero somos débiles para congregarnos. Dije, dice, a vosotros: Escuchad la palabra del Señor, hombres burladores, o príncipes atribulados de mi pueblo, y no hagáis pacto con la muerte, ni acuerdo con el infierno, que despreciando mis preceptos, habéis puesto la mentira como vuestra esperanza, y jactándoos, incluso desesperando decís: nos protegeremos con la mentira. Por eso el Señor misericordioso y compasivo, paciente y muy misericordioso (Sal. CXLIV), a pesar de que no queréis, dice que enviará una piedra elegida, probada, preciosa y angular en los cimientos de Sion. De la cual también habla el Apóstol: Como sabio arquitecto puse el fundamento (I Cor. III, 10); y de nuevo: Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (Ibid., 11). Esta piedra es verdaderamente llamada piedra por segunda vez, así como en Levítico, hombre, hombre se dice dos veces y piedra angular, porque unió a los pueblos de la Circuncisión y de los Gentiles, de la cual también se dice en el salmo: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de ángulo (Sal. CXVII, 22). Estos son los edificadores y albañiles, que ahora se llaman hombres burladores y príncipes del pueblo que está en Jerusalén. De esta piedra también leemos en Daniel, que fue cortada del monte sin manos, y llenó todo el mundo (Dan. II): porque la dispensación del germen divino asumió un cuerpo humano, y en él habitó la plenitud de la Divinidad corporalmente. Sobre esta piedra, que con otro nombre se llama roca, Cristo edificó la Iglesia, y la fundó con un firme fundamento, según el Hebreo, en el cual el que crea, no será confundido, o, según el Hebreo, no se apresure: para que no le parezca tardía la venida de Cristo. Porque si tarda según Habacuc, nadie desespere: porque viniendo vendrá, y cumplirá sus promesas (Habacuc II). También promete Dios poner en él el juicio de peso: Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan V, 22). Y la justicia o misericordia en medida, para dar a cada uno según sus obras, y temperar la justicia y la misericordia mutuamente, según lo que también leemos en los salmos: La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron (Sal. LXXXIV, 11). También dice que vuestra esperanza y la mentira, es decir, el diablo padre de toda mentira, será destruida por el granizo de mis castigos. Y la protección, bajo la cual pensabais estar seguros, será destruida por una fuerte tormenta y una multitud de aguas, de modo que la amistad y el pacto que teníais con la muerte y con el infierno, es decir, con el diablo, perecerá para siempre. Y el azote o tormenta, de la cual decíais: El azote inundante cuando pase, no vendrá sobre nosotros: vendrá, y seréis pisoteados por él, es decir, sufriréis todos los tormentos que pensabais que no sufriríais con ánimo de desesperación. Siempre os sobrevendrá, y tanto en prosperidad como en adversidad sentiréis la ira del Señor, y la muerte os devastará cruelmente. ¿Qué diré de los castigos? Solo el temor de los castigos y el miedo a los tormentos os corregirá para la salvación, y os hará entender vuestros males. Y cuando seáis afligidos, entonces sabréis que mis Profetas dijeron la verdad. Y lo que sigue: Porque el lecho es estrecho, de modo que uno cae, y la manta corta no puede cubrir a ambos, tiene el sentido que leemos en el Apóstol: No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios. No podéis ser partícipes de la mesa del Señor, y de la mesa de los ídolos (II Cor. X, 20, 21); y en otro lugar: ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué concordia tiene Cristo con Belial? ¿Qué parte tiene el creyente con el infiel? ¿Qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? (II Cor. VI, 14, 15). Habla bajo la metáfora de un esposo castísimo, que dice a su esposa adúltera: Un solo lecho no puede contenerme a mí y al adúltero contigo, y la manta corta no puede cubrir al esposo y al amante. Oh Jerusalén, a la cual también en Ezequiel habla bajo la figura de una esposa fornicadora (Ezequiel XVI, 21), y a la que en Oseas al

principio llama prostituta y adúltera (Oseas III), si quieres unirte a mis abrazos, rechaza los ídolos: si sirves a los ídolos, no podrás tenerme a mí. Esto según el Hebreo. Por lo que en la LXX se lee: Aprended a escuchar los que estáis atribulados: no podemos luchar, pero somos débiles para congregarnos, no sé qué sentido tiene, ni cómo se conecta con lo anterior, lo ignoro por completo. A menos que tal vez el discurso divino hable a los príncipes del pueblo, y los exhorte a tener esperanza en Dios, y no en la muerte y el infierno, y a aprender a escuchar las profecías de los profetas: y ellos respondan que por la debilidad de sus fuerzas no pueden luchar contra los poderes contrarios, ni congregarse entre el pueblo de Dios.

(Vers. 21, 22.) Porque como en el monte de las divisiones se levantará el Señor, como en el valle de Gabaón se enojará, para hacer su obra, su obra extraña, para realizar su obra, es una obra peregrina de él. Y ahora no os burléis: no sea que se aprieten vuestras cadenas. Porque he oído del Señor Dios de los ejércitos una consumación y abreviación sobre toda la tierra. LXX: Como el monte de los impíos se levantará el Señor, y estará en el valle de Gabaón, con furia hará sus obras, obra de amargura y su furia como si abusara de extraños: y su amargura extraña. Y vosotros no os regocijéis, no sea que se fortalezcan vuestras cadenas, porque he oído del Señor Dios Sabaoth cosas consumadas y abreviadas que hará sobre toda la tierra. El Señor prometió poner una piedra preciosa en los cimientos de Sion, para destruir con granizo la mentira y la esperanza de los impíos; y el pacto con la muerte y el acuerdo con el infierno será borrado por una fuerte tormenta. Porque los príncipes burladores no quisieron recibirlo, como en otro tiempo contra los Filisteos, reinando David, en el monte de las divisiones, que en hebreo se llamaba PHARASIM (), el Señor derrotó a sus adversarios, de donde el lugar tomó su nombre. Y como en el valle de Gabaón, bajo el príncipe Josué, cuando con la confianza del Dios que habitaba en él dijo: Detente sol en Gabaón, y luna contra el valle de Aialon [Al. Elon] (Josué X, 12): y el sol se detuvo por el espacio de un día; y muchos de los extranjeros perecieron: así contra los impíos y burladores se enojará el Señor, para hacer su obra. Porque no es obra del Señor destruir a los que creó; sino hacer una obra extraña, que pertenece más a la crueldad que a la clemencia. Y de nuevo repite lo mismo con otras palabras, para realizar su obra. No es obra suya castigar a los pecadores, sino peregrina, y extraña a él, castigar al que es Salvador. Por lo tanto, ya que el Señor se levantará de su paciencia, y no perdonará: como no perdonó en el monte Pharasim, y en el valle de Gabaón: os aconsejo, oh hombres burladores, que no os burléis de mis profetas, y no penséis que no vendrán las cosas que anuncian, no sea que si persistís en burlaros, se aprieten las cadenas de vuestros pecados (Porque cada uno es atado con las cuerdas de sus pecados (Prov. V, 22), o llegue el tiempo de vuestra cautividad. Porque lo que el Señor difería en tiempo, las cadenas, la cautividad y los castigos, o el último día del juicio, ya está por cumplir, y consumar, y abreviar. Así que yo, el profeta, lo que he conocido del Señor Dios omnipotente que sucederá sobre toda la tierra, os lo anuncio, para que prevengáis la ira inminente con penitencia. Según la LXX, el mismo Señor es dicho que se levantará como un monte de impíos y estará en el valle de Gabaón, para hacer sus obras, que todas son una obra de amargura: para que no parezca ser blasfemo. Porque no dice que el Señor será un monte de impíos, sino como un monte, que a los impíos y a los que lo soportan les parecerá ser gravísimo. Como si un hijo negligente y otro enfermo, consideraran al padre y al médico ser crueles, si los restauran a la salud con azotes y cauterio de disciplina. Porque el Señor se levantará y estará en el valle de Gabaón, por aquellos que aunque por sus pecados están en un lugar humilde, por la hinchazón de su ánimo se levantan en soberbia. Porque Gabaón significa colina: para hacer sus obras que son obras de amargura; cuando se ve obligado a cambiar la clemencia, y en lugar de dulce, se vuelve amargo. Por lo tanto, vosotros que alguna vez sufriréis estas cosas, ahora no os regocijéis con esa alegría con la que se regocijaba el rico en el banquete vestido de púrpura, y negligente de Lázaro el pobre (Luc. XVI): no sea que vuestras cadenas se hagan

más fuertes. Porque lo que el Señor hará, y cumplirá su sentencia con hechos, esto yo lo he oído, y os lo he anunciado todo. Y lo que añadió: Sobre toda la tierra, según la historia, entiende los límites de Judea; según la anagogía, de todo el mundo.

(Vers. 23 seqq.) Percibid con los oídos y escuchad mi voz: atended y escuchad mi palabra. ¿Acaso arará todo el día el que ara para sembrar, labrará y surcará su tierra? ¿No es cierto que cuando haya nivelado su superficie, sembrará el comino, y esparcirá el cilantro, y pondrá el trigo en hileras, y la cebada, y el mijo, y la avena en sus bordes? Y lo instruirá en juicio; su Dios lo enseñará. Porque no se trilla el comino con trillos, ni se pasa la rueda del carro sobre el cilantro; sino que se sacude el comino con vara, y el cilantro con bastón: pero el pan se muele. Sin embargo, no lo trillará para siempre, ni lo quebrantará con la rueda del carro, ni lo triturará con sus pezuñas. Y esto salió del Señor de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo, y engrandecer la justicia. LXX: Percibid con los oídos y escuchad mi voz: atended y escuchad mis palabras. ¿Acaso arará todo el día el que ara, o preparará la siembra antes de preparar la tierra? ¿Acaso cuando haya nivelado su superficie, entonces sembrará el comino y el cilantro, y de nuevo sembrará el trigo, y la cebada, y el mijo, y la avena en tus bordes, y serás instruido en el juicio de Dios, y te regocijarás? Porque no se limpia el comino con dureza, ni se pasa la rueda del carro sobre el cilantro; sino que se sacude el comino con vara, y el cilantro se come con pan. Porque no me enojaré con vosotros para siempre: ni la voz de mi amargura os pisoteará, y estas cosas son portentos que salieron del Señor. Tomad consejo, exaltad la vana consolación. Ahora también habla a los mismos, a quienes antes había dicho: Escuchad la palabra de Dios, hombres burladores, que domináis sobre mi pueblo que está en Jerusalén: y les ordena que escuchen su voz, y atiendan diligentemente su palabra. ¿Acaso, dice, el agricultor siempre arará, para sembrar la semilla? ¿No es cierto que primero labrará la tierra, y con el arado abrirá surcos, y las terrones caídas romperá con el rastrillo y la azada: para que cuando haya nivelado la superficie de la tierra, y haya suavizado antes los campos duros, entonces esparza el comino, o el cilantro; y siembre el trigo, y la cebada, y el mijo, y la avena en sus bordes, según la variedad de la tierra y los tiempos: porque no todo se siembra al mismo tiempo. Por la avena que los griegos llaman ζέαν, algunos entienden la avena. Y el mismo agricultor, es decir, el sembrador, Dios lo instruye naturalmente con su juicio, y le enseña para que sepa qué cultivo aplicar a cada semilla. Por lo tanto, cuando llegue el tiempo de la cosecha, el comino y el cilantro, que son semillas más débiles, no se trituran con las ruedas de los carros, que en semejanza de sierras se giran y se arrastran sobre las cosechas segadas; sino que se sacuden con vara y bastón, que vulgarmente se llaman fléculas. Pero el pan, es decir, el trigo del cual se hace el pan, se tritura con ruedas de hierro, y toda su paja se convierte en paja. Sin embargo, no siempre se tritura y se tritura, ni en todo tiempo se tritura con las pezuñas de las ruedas; para las cuales en hebreo se dice caballos de ellas: para que como había dicho pezuñas de las ruedas, mantuviera la metáfora en lo demás. Algunos quieren que al mencionar pezuñas y caballos, se muestre que los rebaños de yeguas, que suelen ser soltados en las eras para trillar los granos, pero no podía decir la Escritura, que la provincia de Judea no tenía. Pero esto, es decir, que el comino y el cilantro se sacudan con vara y bastón: el trigo y la cebada, y la avena, tal vez también el mijo, se trituren con ruedas de hierro, no es el juicio perpetuo de Dios, que en todo muestra su consejo maravilloso, y la grandeza de su justicia en todo. Esto lo hemos dicho parafrásticamente, para que podamos entender más fácilmente el sentido por el cual se dicen estas cosas. Dios dispensa de diversas maneras el género humano, ahora castiga, ahora tiene misericordia: ahora corrige, ahora defiende; es decir, ahora ara, ahora siembra, ahora cosecha las frutas maduras, y las tritura en las eras, y gobierna su mundo como quiere. El comino y el cilantro, es decir, todas las naciones que no recibieron su conocimiento, ni tuvieron los preceptos de la Ley, las corrige con vara y bastón: pero el trigo, es decir, el pueblo judío, lo atormentará con grandes castigos.

Porque a quien más se le confía, más se le exigirá. Y el siervo, que sabe la voluntad de su Señor, y no la hace, será azotado con muchos (Luc. XII, 47); y en otro lugar está escrito: Los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7). Sin embargo, no los atormentará para siempre. Porque una cosa es ser impío, otra cosa es ser pecador. Lo que nosotros hemos interpretado de las naciones y los judíos, otros lo exponen sobre el pueblo y los sacerdotes, que el vulgo ignorante en el día del juicio sea corregido como el comino y el cilantro con vara y bastón; pero los sacerdotes que tuvieron la llave del conocimiento, sean atormentados con grandes castigos: y esto se haga por el juicio del Señor, que muestra en todo su consejo maravilloso y la verdad de su justicia, para que a quien más se le ha dado, más se le exija. Por lo que nosotros hemos interpretado: en vara se sacudirá el comino, y el cilantro en bastón, no sé qué queriendo los LXX tradujeron: pero el cilantro se come con pan. De hecho, los antiguos intérpretes de Grecia, al discutir el hebreo, guardaron silencio sobre este discurso, porque tal vez no tenían qué decir. Pero lo que nosotros según el hebreo hemos puesto: Sin embargo, no lo trillará para siempre, ni lo quebrantará con la rueda del carro, ni lo triturará con sus pezuñas, los LXX no lo interpretaron según la palabra, sino según el sentido: Porque no me enojaré con vosotros para siempre, ni la voz de mi amargura os pisoteará: mostrando a los pecadores futuros, después de los tormentos, refrigerios, y estas cosas como portentos y maravillas que salieron del Señor. Por lo cual se ordena a los pecadores que después serán castigados, que tomen consejo, y exalten su consolación, no vana, como fue añadido por los LXX, sino absolutamente consolación. Porque nunca Dios ordenaría, que exaltaran su vana consolación, que no les sería de provecho.

(Cap. XIX.---Vers. 1, seqq.) ¡Ay de Ariel, Ariel, ciudad que David conquistó! Se ha añadido año tras año, las festividades han transcurrido. Rodearé a Ariel, y estará triste y lamentándose; y será para mí como Ariel. Y te rodearé como una esfera a tu alrededor, y lanzaré contra ti un terraplén, y pondré fortificaciones en tu sitio. Serás humillada, hablarás desde la tierra, y desde el polvo se oirá tu discurso, y tu voz será como la de un espíritu de la tierra, y desde el polvo tu discurso susurrará. Y será como polvo fino la multitud de los que te aventan, y como pavesa que pasa la multitud de los que prevalecieron contra ti. Y será de repente, de inmediato: el Señor de los ejércitos te visitará con trueno y conmoción de la tierra, y con gran voz de torbellino y tempestad, y con llama de fuego devorador. Y será como un sueño de visión nocturna la multitud de todas las naciones que lucharon contra Ariel, y todos los que combatieron, y sitiaron, y prevalecieron contra ella. Como sueña el hambriento y come, cuando se despierta [Vulg. despierta], su alma está vacía; y como sueña el sediento y bebe, después de despertar [Vulg. despierta], aún cansado tiene sed, y su alma está vacía: así será la multitud de todas las naciones que lucharon contra el monte Sion. LXX: ¡Ay de Ariel, Ariel, ciudad que David conquistó! Recojan los frutos, año tras año coman, pues comerán con Moab: porque estrecharé a Ariel, y su fortaleza y riquezas serán para mí, y te rodearé como David sobre ti: y pondré un vallado a tu alrededor, y pondré torres alrededor de ti, y tus palabras serán humilladas en la tierra: y tus palabras caerán en la tierra. Y será como la voz de los que hablan desde la tierra tu voz, y hasta el pavimento tu voz se debilitará. Y serán como polvo de la rueda las riquezas de los impíos: y como pavesa que se lleva, la multitud de los que te oprimieron: y será en un instante de repente del Señor sabaoth. Porque la visita será con trueno, y conmoción y gran voz, tempestad fuerte, y llama de fuego devorador. Y serán como el sueño de quien ve de noche, las riquezas de todas las naciones que combatieron contra Ariel: y todos los que lucharon contra Jerusalén, y todos los que se reunieron sobre ella, y la afligieron. Y serán como los que en sueños tienen hambre y comen: y cuando se levantan, su sueño es vano, y como los que en sueños tienen sed y beben, cuando se levantan, aún tienen sed, y su alma esperó en vano: así serán las riquezas de todas las naciones que

combatieron contra el monte Sion. Por lo que hemos interpretado, ¡Ay!, en hebreo está escrito OI (), que a veces se dice en caso vocativo, para que no lamente Ariel, sino que llame; aunque en este lugar debe tomarse por lamento. Ariel también se interpreta como león de Dios; y por ciudad que Aquila interpretó como πολίχνην, es decir, pueblo, o aldea, en hebreo se lee CARIATH (), que propiamente significa villa, y en lengua siria se dice Cartha, de donde también se llama villa de los bosques CARIATH JARIM (). Finalmente, en los superiores (Ad cap. I, 21) donde leemos: ¿Cómo se ha convertido en ramera la ciudad fiel Sion? por ciudad, Cariath se escribe, es decir, villa: que para expresar la traducción de Aquila al pie de la letra, podemos decir ciudadela. Por lo tanto, Ariel, es decir, león de Dios, se llama Jerusalén, que una vez fue la más fuerte: o como otros piensan, el templo y altar de Dios que estaba en Jerusalén. Y lo que sigue: Que David conquistó, por lo que Symmachus interpretó, castillo de David, y Theodotion, circunvalación de David, en hebreo se lee HANA (), que el más erudito de los hebreos quiso significar habitación. Si, por lo tanto, leemos: que David conquistó, refirámonos a aquel tiempo cuando David tomó la fortaleza de Sion, resistiendo los ciegos y cojos, y Joab fue el primero en subir a las alturas domadas (I Paral. XI). Pero si según Symmachus y Theodotion, esto debe entenderse, que David la restauró y fortificó, se ha añadido año tras año, o sustraído, como interpretó Aquila; y las festividades han transcurrido. Porque al ser destruido el templo, y suprimida la religión judía, toda su festividad pereció. Y dice el Señor que rodeará a Ariel con el ejército babilónico, y que estará triste y lamentándose, cuando sea destruida por ellos. Y de nuevo bajo Jesús hijo de Josedec, el gran sacerdote, y Zorobabel hijo de Salatiel, Esdras y Nehemías, cuando profetizaron Hageo y Zacarías, será como Ariel, que tendrá la semejanza del antiguo templo, pero no tendrá magnificencia ni ornamento. También el Señor amenaza por segunda vez, que rodeará a Ariel con una esfera, y lanzará contra ella un terraplén, y pondrá fortificaciones en su sitio, y se cumplirá lo que él mismo lamentando Jerusalén dice en el Evangelio: Si supieras lo que te pertenece para la paz, porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con un vallado, y te sitiarán, y serás humillada en la tierra (Luc. X, 42 y ss.). Y Jerusalén será pisoteada por las naciones hasta la consumación del tiempo de los gentiles. Con otras palabras, el mismo profeta dice ahora, que humillada hablará desde la tierra, y desde el polvo se oirá su discurso; y será como la voz de un espíritu de la tierra, y desde el polvo susurrará como un gorrión, para significar con estas palabras la νεκυομαντείαν de los magos, por la cual se dice que evocan almas, y escuchan las voces tenues de las sombras, más bien de los demonios. Finalmente, por espíritu, Aquila interpretó mago, que en hebreo se dice CHEB (), por lo que los LXX tradujeron los que hablan desde la tierra. Con estas palabras se indica que la ruina del templo permanecerá hasta la consumación del mundo, que colapsado en cenizas, no se levantará más. Pero un ejército tan grande, oh Ariel, te rodeará de poder romano, y se comparará a un polvo innumerable como pavesa volando por el aire. Por lo que no compara la debilidad de ellos al polvo y la pavesa, que lucharon contra ellos; sino la multitud que se iguala a arenas innumerables. Y esto será de repente, de inmediato, para que en medio de la paz, surjan guerras súbitas bajo Nerón, y el Señor de los ejércitos visite Jerusalén 390 con trueno, y conmoción de la tierra, y con torbellino de tempestad, y con llama de fuego devorador, por lo que significa que el templo será quemado. Pero los romanos que, habiendo vencido a los judíos y destruido Jerusalén bajo Tito y Vespasiano, ofrecieron [Al. quitaron] las antiguas vasijas de Dios al Capitolio; y pensaron que lo que hicieron fue por su virtud y poder de los dioses, no por la ira de Dios, como en un sueño y en una visión nocturna poseerán todas las riquezas. Y como quien tiene hambre durmiendo cree que come, y quien tiene sed, con la garganta seca de sed, bebe ríos, y cuando despierta, la sed se hace más ardiente, que fue engañada por una bebida vana: así la multitud de todas las naciones, que sometidas al poder romano lucharon contra el monte Sion, tendrán como en sombra, y nube, y sueño nocturno las riquezas, que dejarán con una pronta destrucción. En ese lugar donde

pusimos, todos los que combatieron y sitiaron y prevalecieron contra ella, los LXX tradujeron, y todos los que combatieron contra Jerusalén, lo que no se encuentra en hebreo. Al principio de este capítulo donde dijimos: Se ha añadido año tras año, o sustraído, ellos interpretaron: recojan los frutos, o genimina, año tras año: coman, pues comerán con Moab. Y el sentido es, antes de que llegue el año del Señor aceptable de su predicación, más bien dos años, de los cuales en el Cántico de Habacuc según el hebreo leemos: En medio de dos tiempos serás conocido (Habac. III), siembren para ustedes en lágrimas, para que cosechen en alegría (Sal. CXXV). Está escrito en el Evangelio según Juan, que el Señor vino a Jerusalén durante tres Pascuas, que hacen dos años (Juan II, 13). Pero lo que sigue: Pues comerán con Moab, no se encuentra en hebreo. De lo cual podemos decir, que a menos que recojan para sí frutos de penitencia, comenzarán a comer con aquellos que no entran en la Iglesia del Señor para siempre. Las demás cosas en las que parecen diferir, son manifiestas: y de lo que hemos expuesto, su interpretación es fácil. Sé que he leído que Ariel se interpreta como, mi luz de Dios, lo cual es muy 391 diferente. Aquí la primera sílaba se escribe con ALEPH y RES (): pero la luz que en hebreo se dice OR, tiene una letra VAU entre ALEPH y RES, que no está en el presente nombre. Y todo lo que ahora se dice contra Ariel, lo refieren a los herejes, que consideran su doctrina como la luz de Dios, y deben ser conquistados por el verdadero David: y todas sus festividades deben ser quitadas, y su presente alegría cambiada en futura tristeza: a quienes Dios ordena que hagan penitencia, para que no comiencen a comer con los moabitas, y sean semejantes a los gentiles. Porque él mismo conquistará a Ariel, y rodeará con su ejército toda su fuerza y riquezas. Y con torres, es decir, maestros de la Iglesia, humillará en la tierra sus palabras, para que no pongan su boca en el cielo, sino que sean escritas en la tierra, y hablen desde la tierra, y sean como polvo sacudido de la rueda: y todas las riquezas de los impíos se comparen en un instante y momento de tiempo, cuando los visite en su majestad, descendiendo en torbellino y tempestad y fuego de castigo; y comprendan todas sus riquezas, y la pompa de sus palabras y las artimañas de sus argumentos, se comparen al sueño de quien come y bebe en vano: que combatieron contra Jerusalén, visión de paz: o contra Ariel, león fortísimo, y finalmente contra el monte Sion, sobre el cual la ciudad de la Iglesia está situada y no puede ocultarse.

(Vers. 9 seqq.) Asómbrense y maravíllense: fluctúen y vacilen, embriáguense, y no de vino, muévanse, y no de embriaguez. Porque el Señor ha mezclado para ustedes espíritu de sopor: cerrará sus ojos, a sus profetas y príncipes que ven visiones, los cubrirá. Y será para ustedes la visión de todos como las palabras de un libro sellado, que cuando se lo den a alguien que sabe leer, dirán: lee esto, y responderá, no puedo: porque está sellado. Y se dará el libro a quien no sabe leer, y se le dirá, lee: y responderá, no sé leer. Por espíritu de sopor, los LXX, compunción: Theodotion, éxtasis de mente: Aquila, καταφορὰν, es decir, sueño profundo interpretó; que en hebreo se dice THARDEMA (), que la Escritura menciona que fue enviado por Dios a Adán (Gén. II), cuando de la costilla de su costado fue hecha la mujer. Y 392 Jonás dormía con este mismo sueño en el barco (Jon. I). Pero toda profecía después de la destrucción de Jerusalén y el templo, es decir, Ariel, es contra los escribas y fariseos, que teniendo la llave del conocimiento, ni ellos entran, ni permiten a otros que quieren entrar. Y se les ordena, que con estupor y maravilla, más bien según los Setenta con disolución de todo el cuerpo y éxtasis de mente se embriaguen, y se muevan y fluctúen: vacilando no con vino ni licor, sino con espíritu de sopor, o compunción del Señor, para que entendiendo su mal, hagan alguna vez penitencia, y digan con el profeta: Me he vuelto en mi debilidad, mientras se me clava una espina (Sal. XXXI, 4). Sepan, pues, oh escribas y fariseos, que son príncipes de los judíos, que el Señor les devolverá su retribución. Porque ustedes al escuchar al Señor Salvador, no quisieron entender, y cerraron sus ojos, para no verlo, y endurecieron sus oídos, para no oírlo. Por eso él también cerrará sus ojos, que son los profetas, por quienes veían el

conocimiento de Dios. O cerrará sus ojos y los de los profetas, que son sus príncipes. Porque la ley y los profetas hasta Juan el Bautista (Luc. XVI): para que ustedes no viendo, vean aquellos, de quienes el discurso inferior (Ad vers. 18) testifica: Y oirán en aquel día los sordos las palabras del libro, y los ojos de los ciegos verán y se regocijarán. Porque el Señor vino en juicio, para que los judíos que ven no vean; y los que eran ciegos, es decir, el pueblo de las naciones, vean y contemplen al Señor (Juan IX). Por lo tanto, significativamente no dijo, que la visión de todos los profetas esté sellada para todos los lectores; sino que será sellada para ustedes a quienes ahora hablo, a quienes predigo estas cosas futuras: o cerrará los ojos de sus príncipes, que según los Setenta se jactaban de ver lo oculto y lo arcano, los cerrará para siempre. Y será, dice, para ustedes toda la Escritura santa cerrada y sellada, para que ustedes que conocen las letras de la Ley, y creen conocer las profecías, y día y noche meditan los volúmenes de las Escrituras con incansable boca, no entiendan lo que leen, como se escribe en el Apocalipsis de Juan: ¿Quién es digno de abrir el libro, y desatar sus sellos (Apoc. V, 2)? Y cuando 393 no se encontró a nadie que abriera los sellos, dice que lloró; y finalmente mereció el discurso de Dios: No llores: he aquí que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz de David, para abrir el libro; y desatar sus sellos. Pero el león de la tribu de Judá, es el Señor Jesucristo, que desata los sellos del libro, no propiamente de uno, como muchos piensan, de los salmos de David, sino de todas las Escrituras, que son un solo libro en el Espíritu Santo; y por eso se llama un libro. De lo cual Ezequiel testifica con lenguaje místico (Ezequiel II), que fue escrito por dentro y por fuera; en sentido y en letra. De lo cual también el Salvador habla en los salmos: En el capítulo del libro está escrito de mí (Sal. XXXIX, 9); no de Jeremías, no de Isaías, sino en toda la Escritura santa, que se llama un libro. Por lo tanto, los maestros de los judíos hasta el día de hoy no pueden leer y abrir los sellos, y revelar los misterios de las Escrituras, si das ese libro al pueblo indocto, que es devorado por sus maestros, confesarán que no saben las letras, y por eso no pueden leer. Y de dos males es mucho más leve confesar la ignorancia de la ley, que jactarse de prudencia; y no poder saber lo que se dice.

(Vers. 13, 14). Y dijo el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me glorifica; pero su corazón está lejos de mí, y me temieron con el mandato de hombres, y doctrinas. Por eso, he aquí que añadiré para hacer una admiración a este pueblo con un milagro grande y asombroso: porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y el entendimiento de sus prudentes se ocultará. LXX: Y dijo el Señor: Este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra; pero su corazón está lejos de mí: en vano me adoran, enseñando preceptos y doctrinas de hombres. Por eso, he aquí que añadiré para trasladar a este pueblo: los trasladaré, y destruiré la sabiduría de los sabios, y ocultaré el entendimiento de los prudentes. Este testimonio lo usó el Señor contra los fariseos en el Evangelio de Mateo, diciendo: ¿Por qué también ustedes transgreden el mandamiento de Dios por sus tradiciones? (Mat. XXV, 5). Y de nuevo: Hipócritas, bien profetizó de ustedes Isaías, diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran enseñando doctrinas y preceptos de hombres (Ibid., 6-9). En lo cual debemos notar lo que a menudo 394 hemos advertido, que los evangelistas y apóstoles, no interpretaron palabra por palabra; ni siguieron la autoridad de los LXX intérpretes, cuya edición ya se leía en ese tiempo; sino que como hebreos e instruidos en la Ley, usaron sus propias palabras sin dañar los sentidos. Pero el pueblo de los judíos se acerca a Dios con su boca y labios; porque se glorían de tener el culto de un solo Dios y rechazar los ídolos; pero su corazón está lejos de él, porque no reciben al Señor Jesucristo. Porque quien no recibe al Hijo, no recibe al Padre. Aprendamos también cómo alguien se acerca a Dios, o se aleja de él. Porque él también habla por Jeremías: ¿Soy un Dios cercano, y no de lejos? dice el Señor (Jer. XXIII, 23, según los LXX). Nos acercamos a Dios con la mente, no con el cuerpo; como también leemos de

Moisés: Moisés se acercó solo a Dios: pero los demás no se acercaron (Éxodo XXIV, 2). Porque oraba a Dios en espíritu y verdad, y se acercaba a él con sentido y espíritu. Pero estos de quienes se escribe que son llevados desde el vientre, y son instruidos desde la infancia hasta la vejez; y meditan en la Ley de Dios día y noche [Al. medianoche], no se acercan a Dios, porque reciben las tradiciones de los fariseos y escribas, que los alejan de Dios, y son sepulcros blanqueados, que por fuera parecen ser hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos: que eligieron a Barrabás, y rechazaron al Señor (Mat. XXIII, 27): Por eso amenaza que añadirá, según los LXX, para que no los traslade a los asirios y babilonios, sino que los disperse por todo el mundo. Según el hebreo, dice que hará una gran admiración al pueblo de los judíos y un milagro asombroso; para que destruya su sabiduría que no recibió la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, y oculte y esconda el entendimiento de los prudentes: para que no encuentren lo que está contenido en la letra. De este lugar el apóstol Pablo escribiendo a los corintios puso el testimonio: Destruiré la sabiduría de los sabios, y el entendimiento de los prudentes rechazaré (I Cor. I, 19): explicando el mismo sentido con otras palabras: no porque Dios sea enemigo de la sabiduría de la cual es padre, y por quien toda sabiduría está en los hombres; sino que con adición puso, como está en hebreo, sabios del pueblo y 395 prudentes de él, es decir, del pueblo de los judíos. Y realmente Dios hizo un gran milagro en el pueblo después de la venida del Señor Salvador, para que al mismo tiempo ardiera Jerusalén, y el templo cayera, y toda la ciencia de los maestros fuera quitada; cumpliéndose lo que se dijo antes: (Ad cap. III, 1 ss.): He aquí que el Señor de los ejércitos quitará de Jerusalén y de Judá al fuerte y a la fuerte: toda la fortaleza del pan, y toda la fuerza del agua; al gigante y al hombre guerrero, y al juez, y al profeta, y al adivino y al anciano, y al cincuentenario, y al admirable consejero, y al sabio arquitecto, y al prudente oyente, y las demás cosas que el discurso profético ha tejido.

(Vers. 15, 16.) ¡Ay de aquellos que son profundos de corazón, para esconder sus planes del Señor, cuyas obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve, y quién nos conoce? Este pensamiento vuestro es perverso, como si el barro pensara contra el alfarero, y la obra dijera a su creador: no me hiciste; y el molde dijera a su modelador: no entiendes. LXX: ¡Ay de aquellos que hacen un plan profundo, y sus obras estarán en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve? ¿Quién sabrá lo que hacemos? ¿No seréis considerados como el barro del alfarero? ¿Acaso dirá la obra a su creador, no me hiciste sabiamente, o el molde a su modelador, no me hiciste? Contra los mismos de quienes antes había dicho, destruiré la sabiduría de los sabios, y rechazaré la inteligencia de los prudentes, o como escribe el profeta, la esconderé: ahora también la palabra de Dios se dirige a aquellos que son sabios en sí mismos, y prudentes a sus propios ojos. De quienes puede entenderse correctamente aquello: Se agotaron los que escudriñan con escrutinio (Sal. LXIII); pues está escrito sobre la sabiduría de Dios: Si alguno de los hijos de los hombres fuera perfecto sin tu sabiduría, será considerado como nada (Sab. III). Ellos piensan que Dios no conoce sus planes, porque sus obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve? y ¿quién nos conoce? Esto también lo dicen los sabios de este siglo, y los maestros de los herejes, y los fariseos judíos, que nadie los entiende; no recordando lo que se dice a Dios: Las tinieblas no serán oscuras para ti: y la noche será iluminada como el día (Sal. CXXXVIII, 12). Y: Como sus tinieblas, así también su luz (Gén. III). Engañados por este error, Adán y Eva, al oír el sonido de los pasos de Dios paseando en el paraíso, se escondieron bajo el árbol, en el que estaba el conocimiento del bien y del mal; y también Caín diciendo: Si me echas hoy de tu presencia, me esconderé (Gén. IV, 14), con similar necedad pensó que Dios ignoraba. Y por Amós se dice de los impíos y pecadores: Si se esconden de mis ojos en lo profundo del mar: allí mandaré al dragón, y los morderá (Amós. IX, 3). Por lo tanto, aunque alguien sea sabio y de ingenio ferviente, si no tiene la sabiduría y

doctrina de Dios, digamos de él: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la guarda (Sal. XII, 1 y 2). A quien hagamos semejante: Si el Señor no ayuda a la ciencia, en vano trabaja el que se cree sabio. Si el Señor no guarda nuestro corazón con toda vigilancia, en vano vigila el que cree que puede guardarlo con su diligencia. Perversa es, dice, esta vuestra idea, al pensar que el creador no sabe lo que hizo, y que el Creador ignora su creación, como si el barro y la obra dijeran al alfarero y a su creador, no me hiciste, o no me hiciste bien, ni entiendes tu obra. Este testimonio lo usa el Apóstol con otras palabras a los Romanos donde discute sobre la profunda ciencia de Dios, y quiere refutar la calumnia de los hombres: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? ¿Acaso dice el molde a su modelador, por qué me hiciste así? ¿No tiene el alfarero poder sobre el mismo barro para hacer de él un vaso para honra, y otro para deshonra? (Rom. IX, 20, 21). En todos estos casos siempre debe observarse la regla: los Evangelistas y Apóstoles interpretados del hebreo al griego sin daño de los sentidos, como les pareció.

(Vers. 17 seqq.) ¿No se convertirá aún en poco tiempo el Líbano en Carmelo, y Carmelo será considerado como un bosque? Y en aquel día los sordos oirán las palabras del libro; y de las tinieblas y oscuridad los ojos de los ciegos verán. Y los mansos añadirán alegría en el Señor: y los pobres hombres en el Santo de Israel se regocijarán: porque ha desaparecido el que prevalecía. Se ha consumado el burlador: y han sido cortados todos los que vigilaban sobre la iniquidad. Los que hacían pecar a los hombres con la palabra, y suplantaban al que reprendía en la puerta; y desviaban en vano al justo. Respondan los judíos y los amigos de la simple historia, que no buscan frutos en el árbol, sino solo hojas y la sombra de las palabras, que pronto se secan y desaparecen, cómo en la venida del Señor Salvador (porque desde los tiempos de Isaías hasta la dispensación de la carne asumida, en comparación con la eternidad es un breve y corto espacio de tiempo) el monte Líbano de Fenicia se ha convertido y trasladado al monte Carmelo, que en hebreo se llama CHERMEL (), y que se encuentra en la frontera de Palestina y Fenicia, sobre Ptolemaida: aunque también otro monte en las Escrituras santas se llama Carmelo, en el que estuvo Nabal el Carmelo (I Reg. XXV), hombre necio e iniquo, que tuvo por esposa a Abigail, quien al morir su marido, se casó con David; pues mientras él vivía, David no podía tomarla por esposa, para que no fuera llamada adúltera si se unía a otro hombre; y cómo Carmelo será considerado como un bosque, y árboles infructuosos. Lo que no pudieron decir, escuchen que el Líbano, que se interpreta como blanqueo, se refiere al pueblo de los gentiles, que lavado en el Señor y purgadas las antiguas inmundicias, todo el mundo ascendiendo, bajo la persona de la Iglesia se apoya en el Salvador, y de él se dice en el Cantar de los Cantares: ¿Quién es esta que sube blanqueada, apoyada en su amado? (Cant. VIII. 5): y este pueblo se traslada a Carmelo, es decir, al conocimiento de la circuncisión, para que reconozca los misterios de la circuncisión espiritual y verdadera: y esté en el lugar del pueblo de los judíos: pero aquellos que no quisieron recibir a Cristo serán considerados como un bosque, y como árboles estériles, que no pueden alabar al Señor con los árboles fructíferos. Cuando el Líbano se haya convertido en Carmelo, y Carmelo en un bosque, entonces los que antes eran sordos, y no podían oír las palabras del libro profético (del cual dijimos antes, que toda la Escritura santa se llama un libro, diciendo el Eclesiastés (Ecl. XXII, 11): Las palabras de los sabios son como aguijones y como clavos bien clavados, que fueron dados por un solo pastor) oirán, y hablarán, a quienes el Salvador dirá: Ephphetha [Al. Effetha], que se interpreta, abrir (Marc. VII). Y lo que traducimos, de las tinieblas y oscuridad los ojos de los ciegos verán, cuya interpretación es fácil; Aquila y Theodotion y Symmachus tradujeron: Las tinieblas y oscuridad los ojos de los ciegos verán: para mostrar al pueblo de los gentiles, que antes era ciego, los sacramentos de Cristo serán revelados, según lo que se dice: Agua oscura en las nubes del aire (Sal. XVII, 12). Y en el

mismo salmo está escrito de Dios: Puso las tinieblas por su escondite (Ibid. XII). Y en los Proverbios leemos: Al oír esto, el sabio será más sabio: y el prudente poseerá gobierno: y entenderá parábola y discurso oscuro, las palabras de los sabios y sus enigmas (Prov. I, 5, 6). Finalmente, Moisés para entender y ver a Dios (Éxodo XX), entró en la nube y en la oscuridad, de la cual se dice en el Salmo: Oscuridad bajo sus pies (Sal. XVII, 10). Cuando los que antes eran ciegos hayan visto las cosas místicas, o hayan levantado los ojos de la ceguera y las tinieblas para ver, para que a los que están sentados en tinieblas y sombra de muerte les surja la luz verdadera: entonces los mansos de quienes está escrito: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 4): o los pobres, cuyo príncipe en los salmos dice: Este pobre clamó, y el Señor lo escuchó (Sal. XXXIII, 7); y, que juzgará a los pobres del pueblo, y salvará a los hijos de los pobres (Sal. XIII, 9), de quien se dice a los judíos: Despreciasteis el consejo del pobre, añadirán alegría en el Señor, para que el que se gloría, se gloríe en el Señor (II Cor. X); y los pobres hombres o desesperados por los hombres y despreciados, que antes no tenían conocimiento de la ley, se regocijarán en el Santo de Israel, quien dice: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XI, 44). Y toda es exultación: porque ha desaparecido el que prevalecía. Se ha consumado el burlador, o arrogante, y soberbio, que decía: Con fortaleza haré y con sabiduría, quitaré los límites de las naciones y devastaré su fortaleza; que se burlaba de todos, tanto que también el santo decía: Mis lomos están llenos de burlas (Sal. XXXVII, 8). Y han sido cortados, o borrados todos los que vigilaban sobre la iniquidad, cuya destrucción no duerme por sus malas vigilias: que hacían pecar a todo el género humano con la palabra de blasfemia, para que negaran la Palabra de Dios, y pusieran su boca en el cielo. Significa a los demonios, que siendo ellos mismos malvados, hacían pecar a todos los hombres en la palabra, blasfemando con varios dogmas, y al que reprendía en la puerta y en el juicio, en cuanto dependía de ellos, lo suplantaban, y hacían declinar de la justicia, que estaba en las puertas de la hija de Sion, exaltado de las puertas de la muerte; y reprendía a los que odiaban al que reprendía en las puertas. Lo que entendemos sobre el diablo y sus ángeles, los nazarenos lo consideran dicho contra los escribas y fariseos, que los segundos han fallado, que antes se burlaban del pueblo con pésimas tradiciones; y para engañar a los simples vigilaban día y noche, que hacían pecar a los hombres en la Palabra de Dios, para que negaran a Cristo, el Hijo de Dios.

(Vers. 22 seqq.) Por esto dice el Señor a la casa de Jacob, que redimió a Abraham: No se confundirá ahora Jacob: ni ahora su rostro se avergonzará: sino cuando vea a sus hijos, obra de mis manos, en medio de él santificando mi nombre: y santificarán al Santo de Jacob, y proclamarán al Dios de Israel; y los que erran en espíritu entenderán, y los murmuradores aprenderán la Ley. LXX: Por eso dice el Señor sobre la casa de Jacob, que superó de Abraham: No se confundirá ahora Jacob: ni ahora cambiará su rostro; sino cuando vea a sus hijos obra mía: por mí santificarán mi nombre, y santificarán al Santo de Jacob: y temerán al Dios de Israel: y los que erran en espíritu entenderán, y los murmuradores aprenderán obediencia, lo que sigue ÷ y las lenguas balbucientes aprenderán a hablar paz ** debe ser marcado con un obelo. Cuando oigan, dice, los sordos las palabras del libro, y los ojos de los ciegos vean: y el Líbano se haya convertido en Carmelo, y Carmelo sea considerado como un bosque, de modo que los mansos y los pobres se alegren en el Señor, y el soberbio y burlador desaparezca: entonces se confundirá Jacob que ahora no se confunde. Significa los tiempos de Isaías. Y su rostro se avergonzará, para que el rubor y la confusión sean ocasión de salvación, especialmente cuando vea a sus hijos, es decir, a los apóstoles y hombres apostólicos, que fueron del linaje de los judíos, en medio de las naciones del Señor realizar virtudes, y predicar el nombre de Cristo a las naciones, y decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre (Mat. VI, 9). Ellos santificarán al Santo que nació de Jacob, y enseñarán al Dios de Israel entre las naciones, para que abandonados los ídolos,

digan: qué falsos poseyeron nuestros padres ídolos, y no hay en ellos quien llueva; y entonces sabrán los que ahora erran en espíritu, la inteligencia de Dios, y los que antes murmuraban en el desierto contra el Señor, aprenderán la Ley, de la cual antes no tenían conocimiento. Si hubieran recibido a Moisés, habrían recibido también al Señor Jesucristo, porque Moisés hablaba de él. Lo que al principio del capítulo traducimos según el hebreo: Esto dice el Señor a la casa de Jacob, que redimió a Abraham, y lo sacó de los caldeos, y lo introdujo en la tierra de la promesa (Gén. XI), es claramente evidente. Pero lo que los Setenta tradujeron: Esto dice el Señor sobre la casa de Jacob que separó de Abraham, puede entenderse así, que separó a los escribas y fariseos, que blasfemaban contra el Señor, de Abraham, que vio el día del Señor, y se alegró (Juan VIII). Si hubieran sido hijos de Abraham, habrían hecho las obras de Abraham. Y el Apóstol discute que deben ser llamados hijos de Abraham (Hebr. XI), quienes tienen la semejanza de la fe de Abraham, es decir, el pueblo de los gentiles, que no por obras, sino por la fe es llamado hijo de Abraham.

(Cap. XXX.---Vers. 1 seqq.) ¡Ay de los hijos desertores!, dice el Señor: que hacen consejo, y no de mí; y tejen tela, y no por mi Espíritu: para añadir pecado sobre pecado. Que caminan para descender a Egipto: y no consultaron mi boca, esperando ayuda en la fortaleza de Faraón, y confiando en la sombra de Egipto. Y la fortaleza de Faraón será para vosotros confusión, y la confianza en la sombra de Egipto, ignominia. Porque en Tanis estarán vuestros príncipes: y vuestros mensajeros han llegado hasta Hanes. Todos se avergonzaron del pueblo que no les pudo ayudar: no fueron en ayuda ni en alguna utilidad, sino en confusión y en oprobio. LXX: ¡Ay de los hijos prevaricadores!, dice el Señor. Hicisteis consejo, y no por mí; y pacto, no por mi espíritu: para añadir pecados a pecados: que vais para descender a Egipto; y no me consultasteis, para recibir ayuda de Faraón, y ser protegidos por los egipcios. La protección de Faraón será para vosotros confusión; y para aquellos que confían en Egipto, oprobio. Porque en Tani están los príncipes, mensajeros pésimos. Trabajarán en vano para un pueblo que no les servirá de ayuda: ni en utilidad, sino en confusión y oprobio. Después de la profecía contra Ariel, y las demás cosas que hasta este lugar el discurso pasado ha discutido: ahora es el comienzo de otra profecía, que se prueba cumplida ciento cincuenta años después, entre Isaías y Jeremías. Predice aquella historia que leemos en el volumen de Jeremías (Jerem. XLI), cuando, destruida Jerusalén y trasladados todos los bienes y príncipes a Babilonia, fue puesto al frente de los que quedaron en Judea, Godolías hijo de Ahicam, quien, asesinado por engaño con los caldeos socios, todos los príncipes de los guerreros, y Johanan hijo de Carea, y Jeconías hijo de Osías; y el resto del pueblo, desde el pequeño hasta el grande, se acercaron al profeta Jeremías, y le dijeron: Caiga nuestra oración ante ti, y ora por nosotros al Señor tu Dios por todos estos restos. Porque quedamos pocos de muchos, como tus ojos nos ven; y que nos anuncie el Señor tu Dios el camino por el que debemos ir, y la palabra que debemos hacer (Jerem. XLII, 2, 3). Y cuando Jeremías, después de diez días, respondió por palabra del Señor: Así dice el Señor Dios de Israel: Si permanecéis tranquilos en esta tierra, os edificaré y no os destruiré, os plantaré y no os arrancaré, porque estoy aplacado sobre el mal que os hice. No temáis al rey de Babilonia, a quien teméis con miedo (Ibid., X, 11). Y poco después: Pero si decís, no habitaremos en esta tierra; y ponéis vuestro rostro para entrar en Egipto, y entráis para habitar allí; la espada que teméis os alcanzará allí: y el hambre por la que estáis preocupados, se adherirá a vosotros en Egipto, y allí moriréis (Ibid., XLII, 13, 15, 16). Respondieron los hombres soberbios, diciendo a Jeremías: Mientes: no te envió el Señor nuestro Dios, diciendo: No entréis en Egipto para habitar allí; sino que Baruc hijo de Nerías te incita contra nosotros, para entregarnos en manos de los caldeos, para matarnos y hacernos pasar a Babilonia (Jerem. XLIII, 2, 3). Finalmente, todos los príncipes del pueblo, reuniendo los restos con mujeres y

niños y las hijas del rey, no escuchando la voz del Señor, entraron en Egipto, llevando consigo a Jeremías y Baruc, y llegaron a Tafnas, de modo que Jeremías, como señal de la futura cautividad, profetizó contra el pueblo desobediente lo que se contiene en su libro. Lo que, por tanto, iba a suceder después, se predice muchos años antes, y se llaman hijos desertores y prevaricadores a los que, abandonando el consejo de Dios que habían recibido por Jeremías, siguieron su propia voluntad, y tejieron tela, no por el espíritu de Dios, que resonaba en ellos por boca de Jeremías. La tela tejida se puso metafóricamente para mostrar el mal consejo, y lo hicieron para aumentar los pecados antiguos con el pecado de contienda y soberbia. Que descendéis, dice, a Egipto, y no consultasteis mi boca. No porque no hayan consultado, sino porque no quisieron escuchar el consejo del profeta, esperando ayuda en la fortaleza de Faraón, y confiando en la protección, o sombra de Egipto. Por fortaleza de Faraón, que en este lugar se pone dos veces, en hebreo está escrito MAOZ (). Esto lo anotamos para que lo que leemos en la visión final de Daniel (Dan. II) entendamos que Dios MAOZIM (), no como Porfirio sueña, Dios del pueblo de Modim [Al. Moden], sino Dios robusto y fuerte. Faraón, entre los egipcios, es el nombre del poder real; y cada uno se llama por un nombre especial, como Faraón Necao, y Faraón Vafres [Al. Vafre]: como si nosotros pusiéramos Césares y Augustos por encima de los nombres propios de los reyes. Y será, dice, para vosotros la fortaleza de Faraón en confusión, y la confianza en la sombra de Egipto en ignominia. Jeremías escribe que en la ciudad de Tafnis en Egipto enterró piedras en la puerta de la casa de Faraón, y dijo a los hombres judíos: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo enviaré y tomaré a Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y pondré su trono sobre estas piedras que escondí, y establecerá su solio sobre ellas. Y viniendo herirá la tierra de Egipto, a los que para muerte, a muerte: y a los que para cautiverio, a cautiverio: y a los que para espada, a espada: y encenderá fuego en los templos de los dioses de Egipto, y los quemará, y llevará cautivos a ellos. Y se vestirá de la tierra de Egipto, como se viste el pastor con su manto y saldrá de allí en paz (Jerem. XLIII, 10-12). Superados los egipcios, fueron capturados también los judíos que habían huido a los egipcios. Y lo que sigue: Porque en Tanis estarán vuestros príncipes, y vuestros mensajeros han llegado hasta Hanes, debe leerse con burla y enfáticamente, porque despreciando el consejo de Dios, enviaron a sus príncipes a la ciudad de Tanis en Egipto, donde estaba la casa real de Faraón, y bajo Moisés se realizaron muchas señales y prodigios, diciendo el salmista: Que hizo maravillas en la tierra de Egipto, en el campo de Taneos (Sal. LXXVII, 43). Y el mismo Isaías habla contra Egipto: ¿Dónde están ahora tus sabios? que te anuncien y digan lo que ha pensado el Señor de los ejércitos contra Egipto. Fallaron los príncipes de Taneos (Isa. XIX, 12, 13), que recuerda que fallaron en ese tiempo cuando el Señor entró en Egipto sobre una nube ligera. La ciudad de Hanes en Egipto no la leemos en otro lugar, pero por lo que dice: Tus mensajeros han llegado hasta Hanes, entendemos que es la última ciudad de Egipto junto a los etíopes y blemias [Al. Blembas], por lo que los LXX interpretaron: Mensajeros pésimos trabajarán en vano, que confiaron en el pueblo de Egipto, que no les pudo ayudar, y fueron en oprobio eterno. Algunos piensan que este lugar está escrito contra las diez tribus en Samaria, que pidiendo ayuda a los egipcios, fueron capturados por los asirios. Según la tropología: Todos los que, despreciando la religión de Dios, vuelven a su vómito, y perdiendo el nombre de hijos, son llamados perros impudentes, hacen consejo, no por el Señor, y hacen pacto, no por el espíritu del Señor, y añaden pecados a pecados: para que, superados por los vicios halagadores, también reciban la perversidad de los dogmas, y desciendan a las tinieblas de Egipto, buscando ayuda de Faraón, que reina en Egipto, cuya protección lleva a la ignominia, y al oprobio eterno. Porque en Tanis, en el mandato, es decir, humilde y abatido, están sus príncipes, pésimos mensajeros, que trabajan en vano sobre un pueblo que no les puede ayudar. Así como los maestros santos se alegran por la salvación de los discípulos, así la perdición de los seductores pierde a sus patriarcas que huyeron en busca de ayuda de Egipto.

Carga de los animales del sur Por lo que en hebreo se dice MASSA BEEMOTH [Al. BEHEMOTH] NEGEB (), que los LXX tradujeron, Visión de cuadrúpedos en el desierto. La exposición anterior, que hemos tejido con la repetición de la historia, es la interpretación de este lugar, que según la costumbre profética, la carga, es decir, el peso y la carga de los tormentos y penas, no solo sobre Babilonia y los filisteos, y Moab, y Damasco, y Egipto, y el mar desierto, también Idumea y Arabia, y el valle de Sion, y finalmente Tiro; sino que también llegó sobre los animales del sur, que los LXX tradujeron, cuadrúpedos en el desierto. Significa la tribu de Judá, que situada en la parte sur, es vecina del desierto; y aquellos que rechazando la profecía de Jeremías, después de la captura de Jerusalén, no quisieron habitar en Judea; sino que huyeron por el desierto a los egipcios. Y con razón se les llama animales del sur, o cuadrúpedos en el desierto, porque rechazaron el conocimiento de Dios, y despreciando su mandato, huyeron a los ídolos de Egipto, teniendo esperanza en Faraón, quien al apoyarse en él, es como si se apoyara en una caña, que al romperse hiere la mano del que se apoya. De estos animales y los hijos de Coré hablaban en el salmo: El hombre cuando estaba en honor, no entendió, fue comparado a los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos (Sal. XLVIII, 13). Y lo que sigue: Este camino es para ellos escándalo, puede entenderse correctamente sobre el presente capítulo, que el camino del desierto fue para ellos en ruina. Sé que he leído, animales del sur y cuadrúpedos en el desierto, que dejando los límites de Judea, huyeron a las tinieblas de Egipto, se refiere a las maldades espirituales en los celestiales; y a los rectores de estas tinieblas, que perdieron todas las riquezas y antiguas posesiones de Egipto por deseo. Esto lo dijo él. Nosotros según la tropología, para que discutamos lo que aún no hemos propuesto, decimos que todos los que, abandonando al Creador, se entregaron a los errores del mundo, son cuadrúpedos en el desierto de este mundo, del cual esperan en vano ayuda, habiendo abandonado la verdadera ayuda de Dios.

(Vers. 6, 7.) En tierra de tribulación y angustia leona y león: de ellos víbora y dragón volador: llevando sobre los hombros de los animales sus riquezas; y sobre el lomo de los camellos sus tesoros a un pueblo que no les podrá ayudar: Egipto en vano y vanamente ayudará. LXX: En tribulación y angustia león y cachorro de león: de allí áspides y crías de áspides voladoras: que llevaban sobre asnos y camellos sus riquezas a una nación, que no les servirá de ayuda: los egipcios en vano y vacíos os ayudarán. Por león, en hebreo está escrito LEIS () [Al. LEHIS], y por dragón volador, que los LXX tradujeron crías de áspides voladoras, en hebreo se dice quemador y volador que podemos llamar quemante, y en hebreo se llama SARAPH (). Nuevamente en el lugar donde hemos interpretado, llevando sobre los hombros de los animales, por animales todos igualmente tradujeron potros, es decir, potros de asnos. La tierra de tribulación y angustia, significa la vasta extensión del desierto, por la cual los restos de Jerusalén con Johanan hijo de Carea y las hijas del rey Sedequías, llevando todo lo que podían tener, huyeron a Egipto. También la leona y el cachorro de león, entiende metafóricamente a Jerusalén y su pueblo, diciendo Balaam en Números: He aquí el pueblo se levantará como leona, y como león se erguirá: No se acostará, hasta que devore la presa, y beba la sangre de los muertos (Num. XXIII, 24). También está escrito en Ezequiel: Toma un lamento sobre el príncipe de Israel, y dirás: ¿Por qué tu madre leona se acostó entre los leones, en medio de los leoncillos crió a sus cachorros (Ezequ. XIX, 1, 2)? Y para que no pensemos que la Escritura santa habla verdaderamente de leona y león, habla contra la naturaleza de las cosas, que de leona y león nació víbora y dragón volador, o crías de áspides voladoras: que de padres malos nacieron hijos peores, de los cuales también el Evangelio hablaba: Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera (Mat. III, 7)? Y a la tierra se dice Israel: Tú eres tierra en la que no llovió, ni vino lluvia sobre ti en el día de la ira, cuyos príncipes en medio de ella, como leones rugientes, arrebatando la presa, devorando

almas por poder (Supra, V). Estas crías de víboras, o áspides voladoras, es decir, los príncipes del pueblo y toda la multitud de impíos, fueron a un pueblo, que no les pudo ayudar, diciendo Jeremías (Jerem. LVI), que el Señor entregaría a Faraón Vafre rey de Egipto en manos de sus enemigos, y en manos de los que buscan su vida, y serían consumidos todos los hombres de Judá, que estaban en la tierra de Egipto, por espada y hambre hasta la destrucción, tanto que los hebreos dicen, antes de que Nabucodonosor capturara Egipto, que Jeremías y Baruc evitaron la inminente cautividad con la muerte. Algunos han expuesto la leona y el cachorro de león como la Jerusalén celestial y el pueblo engañado de ella, y el dragón volador, y las víboras, y las crías de áspides, aquel de quien leemos arriba (Supra. XIV y XXVII), la serpiente tortuosa, y de quien el Salvador en el Evangelio hablaba: Veía a Satanás, como un rayo caer del cielo (Luc. X, 19): que el dragón llamado en el Apocalipsis (Apoc. XII), arrastró consigo la tercera parte de las estrellas a la tierra, que por perversidad de sentencia perdieron las riquezas anteriores, abandonándolas en Egipto de este mundo.

Por eso clamé sobre esto: solo hay soberbia: descansa. Por lo que no sé qué queriendo los Setenta Intérpretes tradujeron: Anuncia esto, porque vana es vuestra consolación. Por su parte, Símaco interpretó, ταραχαί εἰσιν κατοικεῖν, es decir, tumultos son para habitar. La palabra hebrea REEB (), [Al. REHEB] Aquila, ὅρμημα, es decir, impulso y soberbia: Símaco, turbación; LXX, vanidad: Teodocio, amplitud interpretaron; que se escribe con tres letras RES y HE y BETH, y es lo mismo que se lee en los Salmos: Recordaré a Raab y Babilonia de los que me conocen (Sal. XXVI, 3). Y el sentido es: Porque en los egipcios la ayuda es vana, le ordené a ella, es decir, Jerusalén, o clamé, que los egipcios solo tendrían el nombre de reino, y sin fuerzas soberbia: e Israel debería sentarse o habitar en su tierra, y no pedir en vano ayuda a los débiles.

(Vers. 8.) Ahora entra y escribe para ellos sobre el boj. en el libro cuidadosamente graba eso: y será en el día último en testimonio hasta la eternidad. Dicen los hebreos, porque en los profetas hay un solo espíritu, y todos los tiempos están unidos ante el Señor, que se le ordena a Jeremías, y es mandato de Dios, que entrando en Egipto escriba para ellos sobre el boj, que es una madera imputrescible; o, como Símaco tradujo ἐπὶ πτυχὶ, es decir, sobre una tabla muy amplia. Para ellos, sin duda para los judíos: y en el libro cuidadosamente explique, de modo que no haya dificultad de lectura, para que cuando la profecía se haya cumplido en los hechos, entonces entiendan que es verdadera la palabra de los profetas. Pasamos por alto lo manifiesto, para detenernos en lo más oscuro.

(Vers. 9 seqq.) Porque el pueblo es provocador a la ira: y hijos mentirosos, hijos que no quieren escuchar la ley de Dios. Que dicen a los videntes, no veáis: y a los que miran, no miréis para nosotros lo que es recto: habladnos cosas agradables; ved para nosotros errores. Apartad de mí el camino: desviad de mí la senda: cese de nuestra vista el Santo de Israel. Es evidente que provocaron a ira al Señor, no queriendo escuchar las palabras de Jeremías (Jerem. XLIII). Que le dijeron: No nos veas lo que no queremos: no nos prohíbas el camino de Egipto ni nos prediques lo que es recto; sino habla lo que nos agrada, para que vayamos a Egipto, lo que acumula pecados sobre pecados. ¿Por qué nos impones lo que no queremos escuchar? ¿Por qué nos muestras el camino por el que no queremos entrar? ¿Por qué frecuentemente repites a nuestros oídos: Así dice el Señor Santo de Israel? Cese de nosotros esta predicación. Según la tropología, todos los herejes son llamados hijos mentirosos. Porque salieron de nosotros, pero no eran de nosotros (I Juan II); que no escuchan con los oídos del hombre interior la Ley de Dios, y dicen a los maestros de las iglesias: No nos veáis lo que es recto, ni nos amenacéis con las llamas del infierno; sino prometednos los reinos de los cielos, para que después de la lujuria y las delicias, se nos abra el paraíso. ¿Por qué me muestras el camino del Señor, por el que no quiero entrar? ¿Por qué repites el nombre del

Santo de Israel, o la palabra de Israel, que no penetra en los secretos de mi corazón? Lo cual también se dice al pueblo de la Iglesia negligente, si rechaza la austeridad de los maestros, y favorece a los aduladores.

(Vers. 12-14.) Por eso dice el Señor Santo de Israel: Porque habéis rechazado esta palabra y habéis confiado en la calumnia y el tumulto, y os habéis apoyado en ello, por eso esta iniquidad será para vosotros como una brecha que cae, y buscada en un muro alto: porque de repente, cuando no se espera, vendrá su destrucción. Y se romperá como se rompe una vasija de alfarero con una destrucción muy fuerte: y no se encontrará de sus fragmentos un trozo en el que se pueda llevar un poco de fuego del incendio, o sacar un poco de agua del pozo. Porque, dice, habéis dicho antes: Cese de nuestra presencia el Santo de Israel, o como tradujeron los LXX, apartad de nosotros la palabra de Israel; por eso dice el Señor Santo de Israel, y aunque no queráis, se os impondrá, para que sintáis castigando a quien habéis despreciado advirtiendo. Habéis confiado en la calumnia y la mentira de los egipcios, y os habéis apoyado en su tumulto, o contradicción y soberbia, como interpretaron Símaco y Teodoción, por eso esta iniquidad o pecado se volverá contra vosotros, para que seáis como un muro que cae de repente en una ciudad muy fuerte y capturada, cuya ruina repentina ha llegado, así lo tradujeron los LXX. Y el sentido según el hebreo es: Como una brecha en un muro altísimo que ha sufrido una larga ruina, difícil de restaurar y recuperar su antiguo esplendor: así os vendrá una destrucción repentina. Y para usar otra similitud: Como una vasija de alfarero, si se rompe con una destrucción muy fuerte, se desmenuza en pedazos, de modo que apenas queda un pequeño trozo en el que se pueda llevar un poco de fuego, o sacar un poco de agua del pozo; así vosotros, cuando vayáis a Egipto, perseguidos allí por Nabucodonosor, pereceréis hasta la destrucción total. También los herejes y toda doctrina contraria a la verdad confían en la calumnia y la mentira, y murmuran según los LXX contra su Creador. Por eso la ciudad de su impiedad será destruida, la que edificó Caín, a la que vendrá una destrucción repentina, cuando sea capturada por hombres eclesiásticos, y así destruida y desmenuzada, que no quede nada en ella que pueda reavivar el fuego apagado, y al menos proporcionar agua fangosa y pequeña a los pueblos sedientos.

(Vers. 15 y ss.) Porque así dice el Señor Dios Santo de Israel: Si os volvierais y descansaseis, seréis salvos: en el silencio y en la esperanza estará vuestra fortaleza; pero no quisisteis, y dijisteis: De ninguna manera; sino que huiremos a los caballos: por eso huiréis y montaremos en veloces: por eso serán veloces los que os persigan. Mil hombres huirán ante el terror de uno: y ante el terror de cinco huiréis. LXX: Así dice el Señor Dios Santo de Israel: Cuando te vuelvas y gimas, entonces serás salvo, y sabrás dónde has estado: porque confiabas en vanidades, vana se ha hecho vuestra fortaleza; y no quisisteis escuchar: sino que dijisteis, huiremos a los caballos: por eso huiréis; y seremos sobre jinetes ligeros: por eso serán ligeros los que os persigan. Mil huirán al sonido de uno: y al sonido de cinco huirán muchos. Santo, dice, cuyo nombre antes callé, él es el Señor Dios, que os habla tanto por mí como por Jeremías (Jerem. XII): Si hacéis penitencia, y dejáis los vicios, o el error de un mal consejo: y permanecéis en Judea, no temiendo el ímpetu de los babilonios, sino mis preceptos, seréis salvos. Descansad y esperad en el Señor, y tomad fuerza en la fe de mis promesas, que despreciando los preceptos vitales, dijisteis con desesperación, de ninguna manera será como dices; sino que huiremos a los caballos egipcios, y rápidamente iremos a ellos con paso veloz. Porque habéis dicho esto, huiréis y con carrera rápida entraréis en Egipto; pero serán más veloces los babilonios, que os perseguirán hasta Egipto, y tal terror y miedo dominarán Egipto, que mil egipcios no podrán resistir a un caldeo, y ante cinco enemigos, una gran multitud de fugitivos, según lo que leemos en el Deuteronomio: El Señor te hará caer ante tus enemigos. Saldrás por un camino hacia ellos, y por siete caminos huirás de su presencia, y

estarás disperso en todos los reinos de la tierra (Deut. XXVIII, 25, 32). Según la anagogía y la edición de los LXX, el discurso divino exhorta a todos los pecadores a la penitencia, y especialmente a los herejes, que cuando se vuelvan de los vicios y hagan penitencia, serán salvos; y entonces entenderán dónde estuvieron antes, y que en vano esperaron en vanidades. Y mientras los exhorta a la penitencia, ellos, por el contrario, confían en falsos maestros, y en la incertidumbre del mundo: y no queriendo escuchar las palabras de Dios, desean los caballos egipcios, y se alegran de su velocidad, que el Señor prohibió multiplicar (Deut. XVII). Por eso los hombres eclesiásticos los perseguirán rápidamente, y al sonido de un guerrero, o de cinco combatientes (que debemos referir a la mente y a los cinco sentidos) mil hombres y una multitud desordenada de fugitivos no podrán resistir.

(Vers. 17.) Hasta que seáis dejados como un mástil de barco en la cima de un monte, y como una señal sobre una colina. Jeremías también escribe que, muertos a espada y hambre los que huyeron a Egipto, pocos quedaron que regresaron a Judea (Jerem. XLVI). Y como si, rota la nave y deshecha su estructura, solo quedara el mástil, y se pusiera como señal en la cima de un monte, o en una colina alta: así como señal y vestigio, apenas uno o dos quedarán, para demostrar el poder de Dios. Y entonces, dice, sabrán todos los restos de Judá, que ahora entran en la tierra de Egipto para habitar allí, cuando hayan regresado a la tierra de Judea, si se cumple mi palabra o la de ellos.

(Vers. 18) Por eso el Señor espera, para tener misericordia de vosotros, y por eso se exaltará perdonándoos, porque el Señor es un Dios de juicio: bienaventurados todos los que lo esperan. Grande es la clemencia de Dios, que espera nuestra penitencia, y hasta que nos convirtamos de los vicios, él retiene su mano poderosa, para no verse obligado a herir. Por eso tiene misericordia y perdona, para que su misericordia sea exaltada, y la bondad del Creador sea conocida por todos. O ciertamente según lo que dice en el Evangelio (Juan XII, 32): Cuando sea exaltado, atraeré a todos hacia mí, por eso se exalta en la cruz, para ser misericordioso con todos. Él es el Dios de juicio; y bienaventurados son todos los que esperan al Señor que espera su conversión. Pero de quién es, y cuál es esa conversión, las palabras siguientes lo mostrarán.

(Vers. 19.) Porque el pueblo de Sion habitará en Jerusalén. Los judíos refieren esto a los tiempos de Ciro, cuando el pueblo regresó de Babilonia a Judea bajo Zorobabel y el sumo sacerdote Jesús. Pero nosotros, como ya hemos dicho muchas veces, referimos todas las promesas que exceden la mediocridad de ese tiempo a la venida de Cristo, en la cual el pueblo que una vez fue cautivo, liberado por la pasión del Señor, habitó en Sion y Jerusalén, en la vigilancia y visión de paz, es decir, en la Iglesia. Además, lo que en los LXX se añade la palabra santidad, que dijeron: porque el pueblo santo habita en Sion, podemos interpretarlo así, diciendo que nadie habita en Sion, sino aquel que es santo, y escucha al Señor diciendo: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XI, 44).

(Vers. 20.) Llorando no llorarás, compadeciéndose se compadecerá de ti: al sonido de tu clamor, tan pronto como lo oiga, te responderá. Cuando hayas regresado a Sion, y habites en Jerusalén, no llorarás como antes llorabas, sino que tu llanto se convertirá en gozo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán (Luc. VI, 21). Y después de que hayas clamado, y dicho al Señor. Clamé con todo mi corazón, escúchame, Señor (Sal. CXVIII, 145). Y de nuevo: Clamé, ten misericordia de mí, y guardaré tus mandamientos (Sal. LXXXV). Y en otro lugar: Esperé en la mañana y clamé (Sal. CXVIII, 147), y tan clara será tu voz, que penetrará los cielos: inmediatamente el Señor te responderá, y serás como Moisés, de quien está escrito: Moisés hablaba, y el Señor le respondía (Éxodo XIX, 20).

(Vers. 21.) Y el Señor os dará pan escaso, y agua breve. Si referimos esto a los tiempos de Zorobabel, la interpretación es fácil; que no hubo bajo él una alegría perfecta, diciendo David: Cuando el Señor convirtió la cautividad de Sion, fuimos como consolados: para que no recibieran una consolación plena y perfecta, sino una similitud de consolación. Pero si al advenimiento del Salvador, el pan escaso y el agua breve, según el apóstol Pablo, y este mismo profeta Isaías, se predica el discurso evangélico, que por las observancias fragmentarias de la Ley y los mandamientos, en una palabra recapituló todo: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Porque el Señor hizo un discurso consumado y abreviado sobre la tierra (Gál. V).

(Vers. 22.) Y no hará volar de ti más a tu maestro, y tus ojos verán a tu preceptor, y tus oídos oirán la palabra detrás de ti advirtiendo: Este es el camino, camina por él, ni a la derecha, ni a la izquierda. LXX: Y no se acercarán más a ti los que te engañan, porque tus ojos verán a los que te sedujeron, y tus oídos oirán las palabras detrás de ti de los que te engañan, que dijeron: Este es el camino, caminemos por él, ya sea a la derecha, ya sea a la izquierda. En este lugar la edición de los LXX y el hebreo difieren mucho. Primero, trataremos de la edición Vulgata, y luego seguiremos el orden de la verdad. Cuando los ojos del corazón hayan entendido y percibido la verdad, y hayan conocido con toda la razón de la mente a aquellos que antes los engañaban, y con oídos instruidos hayan percibido las palabras detrás de ellos de los que engañan, siempre se apresuran a engañar la parte ciega del cuerpo, según lo que leemos en el salmo: Para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón (Sal. X, 2), que asumen tanta autoridad para sí mismos, que ya sea que enseñen lo bueno o lo malo, es decir, ya sea a la derecha o a la izquierda, no quieren que los discípulos discutan con razón, sino que los sigan como predecesores. Entonces, aquellos que antes engañaban, no podrán acercarse más a ellos después de que se hayan dado cuenta de que han sido entendidos. Por otro lado, según el hebreo, la explicación es fácil y verdadera. Porque cuando el Señor haya dado a los creyentes pan escaso y agua breve, no hará volar de ellos a aquel que enseña al hombre el conocimiento; sino que siempre verán sus ojos a su preceptor, y sus oídos oirán la palabra detrás de ellos advirtiendo, y diciendo: Este es el camino recto, camina por él, ni a la derecha, ni a la izquierda, según lo que se lee en otro lugar: Ni a la derecha, ni a la izquierda nos desviaremos, caminaremos por el camino real (Núm. XX, 17). Porque en ambos lados, cualquier cosa que esté por encima de la medida, está en el vicio. Y de las partes derechas se dice: No seas demasiado justo (Ecl. VII, 17). De las partes izquierdas, que se colocan en la parte de los cabritos y de los que perecen, no hay duda.

(Vers. 23.) Y contaminarás las láminas de tus esculturas de plata, y el vestido de tu fundición de oro, y las dispersarás como la inmundicia de la menstruante: sal, le dirás. LXX: Y contaminarás los ídolos plateados y dorados: los romperás y los dispersarás como el agua de la menstruante, y como estiércol los desecharás. Cuando hayas entendido la verdad, y los que engañan no se acerquen a ti, sino que tus ojos vean a tu preceptor, y tus oídos siempre oigan: Este es el camino, camina por él, ni a la derecha, ni a la izquierda; entonces todos los errores e ídolos, y las similitudes de la verdad, que la lengua artificiosa había compuesto en el esplendor de la elocuencia, que se interpreta como plata, y en la razón de la sabiduría, que suena como oro, los romperás y dispersarás, y los juzgarás tan inmundos, que los compararás con la sangre más sucia de la mujer menstruante, que con otras palabras los LXX tradujeron como agua de la menstruante.

(Vers. 24.) Y se dará lluvia a tu semilla dondequiera que siembres en la tierra, y el pan de los frutos de la tierra será muy abundante y rico. LXX: Entonces habrá lluvia para la semilla de tu tierra, y el pan de los frutos de tu tierra será abundante y rico. Está escrito en el libro de los Reyes (III Reg. XVIII), que después de que Elías mató a los falsos profetas, se dio lluvia a la

tierra de Israel: y que el pan de Eliseo y después del Salvador fue muy abundante y riquísimo, y tuvo tal plenitud, que muchas miles de personas fueron saciadas con él (IV Reg. IV; Juan VI). Así también en el presente lugar, no se dará primero lluvia a la semilla espiritual, y el pan de la tierra muy abundante y riquísimo, a menos que los ídolos plateados y dorados hayan sido rotos, y considerados como estiércol. Porque si no se retiran los vicios, las virtudes no entran.

(Vers. 25.) Y en tu posesión en aquel día el cordero pastará ampliamente. Y tus toros y los potros de los asnos que trabajan la tierra, comerán mezcla mezclada como en la era ventilada. LXX: Y tus bestias pastarán en aquel día en un lugar rico y espacioso. Tus toros y tus bueyes que trabajan la tierra, comerán paja mezclada con cebada ventilada. En la abundancia de todas las cosas, descendiendo la lluvia celestial, y aquel pan que descendió del cielo, que quien lo coma, nunca tendrá hambre, los corderos pastarán en el lugar más espacioso, que siguen al cordero dondequiera que vaya, y que siempre están a la derecha. Los toros, sin embargo, los príncipes del rebaño, de los cuales leemos: Congregación de toros en las vacas de los pueblos (Sal. LXVII, 31): y los potros de los asnos, sobre los cuales el Señor montó entrando en Jerusalén (Mat. XXI), que trabajan la tierra, comerán de la era como si hubiera sido ventilada, para que no haya nada mezclado en su comida de paja, de las cuales está escrito en Jeremías: ¿Qué tiene la paja que ver con el trigo, dice el Señor (Jer. XXIII)? y que en el Evangelio se queman con fuego inextinguible (Luc. III). Por otro lado, según los LXX, las bestias, que aún no están llenas de razón y sabiduría, y de las cuales uno habla a Dios: Como una bestia fui ante ti (Sal. LXXII, 23), pastarán en el lugar más rico y espacioso, que no trae espinas y abrojos, sino que fluye como la tierra de Israel con leche y miel, y proporciona plena libertad a los que pastan. Los toros y los bueyes que trabajan la tierra, es decir, los apóstoles y hombres apostólicos, de los cuales el apóstol Pablo interpreta lo escrito: No atarás la boca del buey que trilla. Y, ¿Acaso Dios se preocupa por los bueyes (I Cor. IX, 9)? Pero ciertamente habla de aquellos que trabajan su tierra, y de los cuales el mismo dice, Somos labranza de Dios, edificio de Dios (I Cor. III, 9). Porque el Padre es agricultor, y Cristo es la vid (Juan XV): comerán paja mezclada con cebada ventilada. Leemos que Isaac sembró cebada, y porque estaba entre los filisteos, recibió una cosecha de cebada centenaria (Gen. XXVI). Y Oseas contrató a una mujer adúltera por un coro y medio de cebada (Oseas III). El Salvador también sació a cinco mil hombres que aún servían a los sentidos del cuerpo, y seguían la Ley de Moisés, con panes de cebada (Juan VI). Que en otro lugar, rompiendo siete panes de la Ley y desmenuzándolos en pedazos, llenó a cuatro mil hombres con panes de trigo, que seguían el número evangélico (Mat. XV). Este tipo de pueblos comen también parte de la paja; mientras en algunas cosas siguen la letra, y sin embargo, a través de la paja y la cebada, progresan poco a poco, para pasar al trigo.

(Vers. 25.) Y habrá sobre todo monte alto, y sobre toda colina elevada, ríos de aguas corrientes en el día de la matanza de muchos, cuando caigan las torres. En este lugar los judíos refieren a muchos muertos y torres que caen, al poder del imperio romano, del cual también habla el Apóstol (II Tes. VII): Solo el que ahora retiene, retenga, hasta que sea quitado de en medio. Que en ese tiempo habrá tal bienaventuranza del pueblo de Israel, que no solo los valles y llanuras, sino todos los montes y colinas serán regados con aguas fluyentes. Pero nosotros entendamos los montes y colinas, aquellos que se han elevado en virtudes, que tienen hambre y sed de justicia (Mat. V), a quienes el Señor invita a beber. Porque quien beba de sus aguas, no tendrá sed jamás (Juan IV). Por eso leemos en el salmo: Bendecid al Señor desde las fuentes de Israel (Sal. LXVII, 27). Y en el Evangelio se dice, que todo el que beba de las aguas de Jesús, ríos de agua viva fluirán de su interior (Juan VII). Y el Santo habla a Dios: Porque contigo está el manantial de la vida (Sal. XXXV, 10), del cual

sale un río purísimo, sobre el cual nuevamente la Escritura menciona: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4). Y en otro lugar: El río de Dios está lleno de aguas (Sal. LXIV, 10); aquel que habla por Jeremías: Me dejaron a mí, fuente de agua viva (Jer. II. 13). Esto sucederá cuando hayan sido muertos, o hayan perecido muchos: Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mat. XX). Y cuando caigan las torres, ya sean potestades demoníacas, o cualquiera que sea soberbio y arrogante y grande en este mundo; de los cuales también se dice en los salmos: Vi al impío elevado, y exaltado como los cedros del Líbano, y pasé, y he aquí que no estaba, lo busqué, y no se halló su lugar (Sal. XXXVI, 35, 36). Estas torres querían edificar (Gén. XII), los que movieron sus pies desde el Oriente, cuyas lenguas fueron confundidas en Babilonia, y aquellos sobre los cuales cayó la torre de Siloé (Luc. XIII).

(Vers. 26.) Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces mayor, como la luz de siete días, en el día en que el Señor venda la herida de su pueblo y sane el golpe de su llaga. LXX: Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces mayor, en el día en que el Señor sane la destrucción de su pueblo y cure el dolor de tu llaga. Me maravilla cómo en este lugar las palabras hebreas LABANA () y HAMMA (), que Aquila traduce como blanco y calor, refiriéndose a la luna y al sol, los LXX las tradujeron como ladrillo y muro, en el lugar donde está escrito: Y la luna se avergonzará, y el sol se confundirá. Por lo cual ellos interpretaron: se derretirán los ladrillos, y el muro caerá, y ahora siguiendo el hebreo, han traducido luna y sol. De ahí que sospecho que no erraron desde el principio, sino que poco a poco se corrompieron por el error de los escribas. Pues no puede ser que quienes en este lugar interpretaron bien las mismas palabras, hayan errado en los anteriores. En el día, pues, de la matanza de muchos, cuando los arrogantes y soberbios caigan, y quienes pusieron su boca en el cielo aprendan que son tierra, la luz de la luna será como la luz del sol: cuando el Señor dé un cielo nuevo y una tierra nueva, y pase la apariencia de este mundo, para que la luna y el sol reciban la recompensa de su trabajo y carrera. Porque la creación espera la manifestación de los hijos de Dios: porque la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom., VIII, 19): aunque algunos, entendiendo que son órganos de luz, sostienen que son insensibles. La luna, pues, recibirá el resplandor del sol. Y no es de extrañar que se piense esto de un elemento tan brillante, al que se le ha confiado el dominio de la noche, cuando también está escrito de los santos: Los justos brillarán como el sol (Mat. XIII, 43). Y el sol recibirá una luz siete veces mayor: como fue la luz de los siete días, cuando al principio fue creado el mundo (aunque los Setenta no tradujeron siete días) cuando el Señor venda la herida de su pueblo, o sane la destrucción de su pueblo: cuando se cumpla aquello que está escrito: Huirán el dolor, el luto y el gemido (Isa. XXXV, 10): cuando, al entrar la plenitud de los gentiles, todo Israel será salvo; o ciertamente cuando venga la venganza de aquellos cuyas almas claman bajo el altar: ¿Hasta cuándo no vengarás nuestra sangre de los que habitan en la tierra? (Apoc. VI, 19). Y considera esto, que no dijo, cuando sane la destrucción de su pueblo Israel, o Jacob; sino absolutamente, de su pueblo, para significar a todos los que sirven a Dios. Algunos refieren este lugar y todo lo contenido en este capítulo de promesas a la Jerusalén celestial, y al regreso de su pueblo, cuando se cumpla aquello que está escrito: El cielo y la tierra pasarán (Mat. XXIV, 35). Otros lo refieren a los tiempos de Elías, y dicen que es él de quien está escrito arriba: Tus ojos verán a tu maestro y tus oídos oirán la palabra detrás de ti que te amonesta: entonces de las montañas y colinas, según las fábulas de los poetas, y la edad de oro de Saturno fluirán ríos de leche, y de las hojas de los árboles goteará miel purísima. Quienes aceptan esto, también aceptarán la fábula de los mil años y el imperio terrenal del Salvador con el error judío, sin entender que el

Apocalipsis de Juan, en la superficie de la letra, entreteje los sacramentos medulares de la Iglesia.

LIBRO DÉCIMO.

El Décimo Libro, que ahora tenemos en nuestras manos, será menor en número de versículos
que el noveno y el undécimo, no en la magnitud de los sentidos. Pues le seguirá Sennacherib
y la historia de Rabsacis y del rey Ezequías, que no podrá unirse con los anteriores, debido a
la enorme magnitud del volumen, ni dividirse por la continuidad de los hechos. Así que,
como deseabas, virgen de Cristo Eustoquio, y como se acordó en común, así como dicté los
anteriores, si Cristo lo permite, dictaré este y los demás libros: para que una las profecías
entre sí, y no las desgarre y divida, en el final de uno y el principio de otro. Además, escucho
que el escorpión, animal mudo y venenoso, intenta murmurar, o más bien golpear, en su
respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando,
o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta
Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi
pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien
intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no
sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño
comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando
golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está
murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre
el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su
respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando,
o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta
Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi
pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien
intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no
sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño
comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando
golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está
murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre
el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su
respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando,
o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta
Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi
pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien
intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no
sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño
comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando
golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está
murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre
el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su
respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando,
o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta
Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi
pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien
intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no
sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño
comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando

golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta a mi pequeño comentario sobre el profeta Daniel, que no sé qué está murmurando, o más bien intentando golpear en su respuesta

(Cap. XXXI.---Vers. 1 seqq.) ¡Ay de los que descienden a Egipto en busca de ayuda, confiando en los caballos y teniendo fe en los carros, porque son muchos, y en los jinetes, porque son muy fuertes, y no han confiado en el Santo de Israel: y no han buscado al Señor! Él, siendo sabio, ha traído el mal y no ha retirado sus palabras, y se levantará contra la casa

de los malvados y contra la ayuda de los que obran iniquidad. Egipto es hombre y no Dios; y sus caballos son carne y no espíritu; y el Señor inclinará su mano, y caerá el ayudador, y caerá aquel a quien se le presta ayuda, y todos juntos serán consumidos. Después de la carga de las bestias del sur, y de aquellos que llevaban sus riquezas a Egipto a un pueblo que no podía ayudarles, que esperaban ayuda en la fortaleza del faraón y confiaban en la sombra de Egipto, bajo la apariencia de un regreso a Jerusalén y de la liberación del cautiverio bajo Ciro, el discurso profético había anunciado sobre la consumación del siglo y la perfecta bienaventuranza de los justos: ahora regresa a los mismos a quienes había hablado antes para que no descendieran a Egipto. Y esto es lo que hay entre el lugar presente y el pasado, que allí se ordena a la tribu de Judá que no descienda a Egipto; aquí, porque despreciando el mandato del Señor, se profetiza que descenderán, y que tanto Israel como los egipcios, tanto los fugitivos como los ayudadores, serán igualmente masacrados por Nabucodonosor, rey de Babilonia. De esto habla Jeremías extensamente (Jerem. XLII). ¡Ay, pues, de aquellos que descienden a Egipto y, por miedo a los caldeos, desprecian los mandamientos del Señor, esperando en los idólatras, que se jactan de tener el culto de Dios; y confiando en la ayuda de los caballos, no saben lo que está escrito: "El caballo es engañoso para la salvación" (Sal. XXXII, 17); y tienen confianza en los carros y jinetes; ni recuerdan aquel Cántico: "El caballo y su jinete arrojó al mar" (Éxodo XV, 1). Y no han confiado en el Santo de Israel, quien prometía su ayuda a los que permanecían en la tierra de Judá, a través de Jeremías. Y no buscaron al Señor; no porque no lo buscaran, sino porque, habiéndolo buscado, despreciaron sus palabras. Por eso se dice de los malos sacerdotes: "Devoran a mi pueblo, no invocaron al Señor" (Sal. LII, 5, 6). Pero Él, siendo sabio, es decir, el Señor, trajo el mal sobre ellos, y el peor, a saber, Nabucodonosor, o simplemente el mal, significando la cosa, no la persona: y no retiró sus palabras, que había hablado por los Profetas. Por lo tanto, se levantará sobre la tribu de Judá, la casa de los malvados, y contra la ayuda de los egipcios, que obran iniquidad. Egipto, o el egipcio, como tradujeron los LXX, es hombre y no Dios; y sus caballos son carne y no espíritu. Por eso también está escrito en Jeremías: "Maldito el hombre que confía en el hombre, y hace de la carne su brazo, y su corazón se aparta del Señor. Y será como el tamarisco en el desierto, que no verá cuando venga el bien" (Jerem. XVII, 5, 6). Y en otro lugar está escrito: "Vana es la salvación del hombre" (Sal. LIX, 13), o, como mejor se tiene en hebreo, "en el hombre". Y cuando el Señor extienda su mano para castigar, o la incline, bajo la metáfora del auriga, y suelte las riendas de los caballos que corren, caerá el ayudador egipcio, e Israel, a quien se prestaba ayuda. Esto podemos entenderlo también sobre aquellos que, en tiempo de persecución y tribulación y angustia, no confían en el Señor, sino en la ayuda de los egipcios, es decir, de los hombres mundanos; ignorando que Abraham estuvo en peligro en Egipto, y que el pueblo de Dios sirvió en esa región con barro y ladrillos, que espiritualmente se llama horno de hierro. Por eso también se lee en el Apocalipsis de Juan: "El lugar donde fue crucificado el Señor, espiritualmente se llama Sodoma y Egipto" (Apoc. XI, 8).

(Vers. 4, 5.) Porque así dice el Señor a mí: como cuando ruge el león y el cachorro de león sobre su presa, cuando se le presenta una multitud de pastores, no temerá su voz, ni se asustará de su multitud: así descenderá el Señor de los ejércitos, para luchar sobre el monte Sion y sobre su colina. Como aves volando, así protegerá el Señor de los ejércitos a Jerusalén, protegiendo y liberando, pasando y salvando. En lo manifiesto ponemos una sola edición, especialmente donde no hay diversidad de sentidos. Habiendo sido muertos en Egipto los israelitas y los egipcios, en cuya ayuda confiaban, regresarán a Jerusalén, reinando Ciro, los cautivos. Y a través de dos similitudes, se muestra la fortaleza del Señor, quien había prometido ser su ayudador. Como el león y el cachorro de león hambriento, si ve un rebaño de ovejas, no se asusta con la voz de los pastores, y consciente de su fuerza, desprecia

su multitud: así el Señor de los ejércitos luchará, no contra el monte Sion y su colina, sino sobre el monte Sion contra sus adversarios. Digamos también otra comparación: Como las aves que para defender a sus crías, sobrevuelan los nidos, y si ven una serpiente, o un hombre, o a otras aves acercarse a sus polluelos, olvidadas de su debilidad, luchan con el pico y las garras, y con voz chillona duplican el dolor del pecho: así el Señor protegerá a Jerusalén, y la liberará pasando, y la salvará. Por "pasando", en hebreo PHASE: en tres, excepto los LXX, intérpretes ponen ὑπερβαίνων. De lo cual es evidente que Pascua, es decir, Phase del Señor, no significa pasión, sino tránsito. Pero que el Señor haya sido protector sobre Jerusalén a semejanza de las aves, Él mismo lo testifica en el Evangelio: "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados" (Mateo XXIII, 37): "cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste". Y en Deuteronomio se dice del Señor: "Extendió sus alas, y los tomó, y los llevó sobre sus hombros" (Deut. XXXII, 11).

(Vers. 6 seqq.) Convertíos, como os habíais alejado en lo profundo, hijos de Israel. Porque en aquel día el hombre arrojará sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que hicieron vuestras manos para pecar. Y caerá Asur por la espada no de hombre, y la espada no de hombre lo devorará: y huirá no ante la espada, y sus jóvenes serán tributarios. Y su fortaleza pasará por el terror, y temerán sus príncipes fugitivos, dice el Señor, cuyo fuego está en Sion, y su horno en Jerusalén. LXX: Convertíos, como os habíais alejado en lo profundo, hijos de Israel. Porque en aquel día el hombre arrojará sus ídolos de plata, y sus ídolos de oro que hicieron vuestras manos para pecar. Y caerá Asur por la espada no de hombre, y la espada no de hombre lo devorará, y huirá no ante la espada; sus jóvenes serán superados: porque serán rodeados por una roca como por un muro, y serán vencidos; y el que huya, será capturado. Así dice el Señor: Bienaventurado el que tiene en Sion semilla, y domésticos en Jerusalén. Luchando el Señor sobre el monte Sion contra sus adversarios, y protegiéndola como las aves: Convertíos, oh hijos de Israel; o como tradujo Símaco: Haced penitencia, que con profundo consejo y pecado os habéis alejado del Señor. Si hacéis esto, arrojando los ídolos de oro y plata, que os fueron para pecado, por los cuales vuestra ciudad fue capturada: caerá Asur, cuyo miedo ahora os hace huir, no por la espada de hombres, ni por la fuerza del ejército, sino por el poder de Dios. Significa al ángel, por quien ciento ochenta y cinco mil asirios fueron destruidos en una noche. También el rey de Asiria huirá no de la espada de hombres, sino de la ira de Dios: de modo que sus jóvenes y robustos se convertirán en tributarios de los medos, de quienes se dice arriba contra Babilonia: "He aquí que yo levanto a los medos contra vosotros". Y la fortaleza del asirio pasará y se alejará por el terror del Señor, y todos sus príncipes temblarán. Porque el Señor lo ha dicho y prometido, cuyo decir es hacer: y quien tiene fuego en Sion, y horno en Jerusalén, para que sus adversarios sean consumidos como paja y leña por la llama que sale de Jerusalén. Otro interpreta esto que se dice: "En aquel día el hombre arrojará sus ídolos de plata", y lo demás, de modo que después del regreso del cautiverio babilónico hasta la venida de Cristo, nunca los hijos de Israel adoraron ídolos. También se dice que el asirio en este lugar presente será vencido no por el ángel, sino por los medos, porque el reino más antiguo y una vez poderoso, después de la ofensa del Señor, fue destruido y sirvió a los vencedores. Los nazarenos entienden este lugar así: Oh hijos de Israel, que con mal consejo negasteis al Hijo de Dios, volveos a Él y a sus apóstoles. Si hacéis esto, arrojaréis todos los ídolos que antes os fueron para pecado, y caerá el diablo para vosotros, no por vuestras fuerzas, sino por la misericordia de Dios: y sus jóvenes que una vez lucharon por él, serán tributarios de la Iglesia, y toda su fortaleza y roca pasará: también los filósofos y toda doctrina perversa darán la espalda al signo de la cruz. Porque es sentencia del Señor que esto suceda: cuyo fuego o luz está en Sion y su horno en Jerusalén. Fuego y luz se escriben en hebreo con las mismas letras ALEPH, VAU, RES; que

si se lee UR, significa fuego: si OR, luz. Esto se dice porque por fuego, que solo interpretó Símaco, Aquila y Teodocio tradujeron luz. Pero lo que significa lo que se lee en los Setenta: "Serán rodeados por una roca como por un muro, y serán vencidos: y el que huya, será capturado", no lo sé. A menos que podamos decir que los jóvenes del rey de Asiria que serán vencidos y capturados, serán rodeados por la roca, es decir, la fortaleza del Señor, como una ciudad es rodeada por un muro. Por lo demás, lo que sigue: "Bienaventurado el que tiene semilla en Sion, y domésticos en Jerusalén", podemos interpretarlo diciendo que se refiere al sentido del lugar presente, que el discurso divino exhorta a los que huyen a Egipto a regresar a Jerusalén y procrear hijos. A quien se le promete tanta bienaventuranza, que será defendido y protegido por la ayuda del Señor. Y en otro lugar está escrito sobre ella: "La gloria de esta última casa será mayor que la de la primera" (Ageo II, 10). Lo cual también puede referirse a la Iglesia, visión de paz y atalaya, de la cual está escrito: "Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios" (Sal. LXXXVI, 2). Y en otro lugar: "El río de Dios alegra la ciudad de Dios" (Sal. XLV, 3). En esta hay fuego y horno, que devora a los pecadores, y consume la madera, el heno y la paja; o luz y horno, para que se muestre la claridad de los justos y el castigo de los pecadores.

(Cap. XXXII.---Vers. 1 seqq.) He aquí que con justicia reinará un rey, y los príncipes gobernarán con juicio. Y será el hombre como quien se esconde del viento y se refugia de la tempestad: como ríos de agua en la sequía, y sombra de una roca prominente en tierra desierta. No se oscurecerán los ojos de los que ven, y los oídos de los que oyen escucharán atentamente. Y el corazón de los necios entenderá la ciencia, y la lengua de los tartamudos hablará rápidamente y claramente. No se llamará más al insensato, príncipe: ni al fraudulento se le llamará grande. Porque el necio hablará necedades, y su corazón hará iniquidad, para completar la simulación, y hablará al Señor con engaño, y vaciará el alma del hambriento, y quitará la bebida al sediento. Los instrumentos del fraudulento son los peores: él ha ideado pensamientos para destruir a los mansos con palabras de mentira: cuando el pobre hablaba juicio. Pero el príncipe pensará lo que es digno de un príncipe, y él estará sobre los líderes. LXX: He aquí que un rey justo reinará, y los príncipes gobernarán con juicio. Y será un hombre que oculta sus palabras, y se esconderá como del agua que fluye: y aparecerá en Sion, como un río que corre, ilustre en tierra sedienta, y no confiarán en los hombres: sino que prestarán sus oídos para escuchar, y el corazón de los débiles atenderá al oído: y las lenguas de los tartamudos aprenderán rápidamente a hablar de paz: y no dirán más al necio que sea príncipe, ni dirán más tus ministros, calla. Porque el necio hablará necedades, y su corazón entenderá vanidades para completar la iniquidad, y hablar al Señor con error, para dispersar las almas hambrientas, y vaciar las almas sedientas. Porque el consejo de los malvados pensará iniquidades: matar a los humildes con palabras iniquas, y dispersar las palabras de los humildes en juicio. Pero los piadosos han pensado en la sabiduría, y este consejo permanece. Según los LXX Intérpretes que dijeron: He aquí que un rey justo reinará, y 427 los príncipes gobernarán con juicio, lo que sigue debe unirse a lo anterior, a saber, en lo que el capítulo anterior terminó: Bienaventurado el que tiene semilla en Sion, y domésticos en Jerusalén. Según el Hebreo, terminada la profecía anterior, sobre aquellos que descendían a Egipto: ahora es el comienzo de otra profecía, sobre la venida de Cristo y sus Apóstoles. Porque este rey reinará con justicia: no tomando en cuenta la persona en el juicio, y sus príncipes gobernarán con verdad, considerando las causas, no las personas. Y cualquiera que esté bajo su sombra, estará tan seguro en tribulaciones y angustias, y en la tempestad de este mundo, como quien huyendo del viento y el torbellino, se esconde en un lugar seguro; y quien encuentra fuentes purísimas en el desierto; y quien en el ardor vehemente del sol, con todo quemándose, descansa bajo una roca prominente. Donde nosotros dijimos: como ríos de agua

en la sequía, los Setenta tradujeron: y aparecerá en Sion como un río que corre. Porque la palabra Hebrea, de la que discutimos antes, BASAION (), que se dice en la sequía, o en la aridez, y en el camino sin salida, los Setenta y Teodocio, en Sion la interpretaron: leyendo SION por SAION, que se escribe con las mismas letras. Cuando Cristo haya reinado, y sus príncipes hayan gobernado con juicio, no se oscurecerán los ojos de los creyentes, y los oídos de los que oyen atenderán diligentemente, que antes eran sordos, y el corazón de los necios entenderá la ciencia, y la lengua de los tartamudos y mudos, que no podía pronunciar a Cristo, confesará al Señor con un discurso pleno y abierto. No se llamará más al necio, príncipe (I Cor. I). Porque Dios hizo necia la sabiduría de este siglo. Ni el fraudulento doctor y perverso será llamado grande entre los pueblos: a saber, los Escribas y Fariseos, a quienes el Señor hablaba: Necios y ciegos, ¿qué es mayor, el oro o el templo que santifica el oro (Mat. XXIII, 17). Porque el necio hablará necedades, por lo cual en Hebreo está escrito: NABAL NABALA IDABBER (). Esto decimos, para explicar las palabras de Abigail, diciendo de Nabal el Carmelo: Según su nombre, es insensato (I Sam. XXV, 25). Verdaderamente el necio hablará necedades, y su corazón completará la iniquidad, quien temió donde 428 no había temor, y abusó de la necedad por sabiduría, diciendo: Si este fuera de Dios, no rompería el sábado (Juan IX, 16). Lo que hasta hoy hace el maestro de las sinagogas, para completar la simulación, por la cual en Hebreo está escrito ONEPH (), es decir, ὑπόκρισις. Por lo cual a menudo se dice a los Fariseos: ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas (Mat. XXIII, 14). Y hablará, dice, al Señor con engaño: Maestro, sabemos que eres de Dios, y que no te importa de los hombres, ¿es lícito dar tributo al César, o no (Ibid., XXII, 16, 17). Quienes vacían las almas del pueblo hambriento, y quitan la bebida a las multitudes sedientas, ni ellos mismos entrando, ni permitiendo a otros entrar. Porque todos los instrumentos y armas del fraudulento doctor y príncipe son los peores; quien trama engaños para destruir a los simples con palabras de mentira, diciendo al pueblo engañado: Examina y ve, que de Galilea no surge [Al. resurge] profeta (Juan VII, 52). Cuando hablaba a ellos el pobre juicio, quien siendo rico, por nosotros se hizo pobre (II Cor. VIII). Verdaderamente Cristo les hablaba juicio y justicia, diciendo: Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis: pero si las hago, y si no queréis creerme, creed a las obras (Juan X, 37). Este pobre que habla juicio, príncipe y Señor, pensará lo que es digno de un príncipe, diciendo: No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. XV, 14). Y estará solícito por los infieles deseando salvar a los no creyentes; y estará sobre sus líderes, los Apóstoles, a uno de los cuales dice: Tú, hombre unánime, mi líder y conocido (Sal. LIV, 14). Esto según el Hebreo, del cual los LXX no solo difieren en palabras, sino también en sentidos en muchos aspectos. Porque cuando el rey justo haya reinado, y sus príncipes hayan gobernado con juicio, será un hombre ocultando sus palabras, un hombre que por naturaleza es Dios, y ocultará sus palabras, hablándoles en parábolas (Mat. XX, 21, 23, 24, y XXV). Pero se ocultará como del agua corriente, es decir, del pueblo de los judíos, que como agua se lleva y arrastra según la voluntad de los maestros. Este hombre ocultando sus palabras entre los incrédulos, aparecerá en Sion, es decir, en la Iglesia como un río ilustre, y corriendo en tierra sedienta. Aparecerá al pueblo de los gentiles, que antes sufría sed de la verdad; y regará los campos sedientos el río 429 de Dios, del cual está escrito: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4). Y en otro lugar: El río de Dios está lleno de aguas (Sal. LXIV, 10). Porque él mismo habla en el Evangelio: El que tenga sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 38). Entonces no tendrán confianza en los maestros; sino que prestarán sus oídos para escuchar al Señor; y tanto de corazón como de lengua confesarán la paz del Señor, abandonando a los necios príncipes y sus ministros, que imponían silencio a los que creían en Jesús. Lo que sigue, contiene casi el mismo sentido que el Hebreo; y puede aplicarse a los herejes. Porque estos hablan mentira contra el Señor, y pervierten las almas hambrientas y sedientas, y las

hacen ir vacías; para que incluso si tienen algo de bueno por naturaleza, lo pierdan por el vicio de los maestros, cuyo único consejo es destruir a los humildes con palabras iniquas, y dispersar las palabras de los humildes en juicio. En lo cual también se debe notar, que quien puede ser engañado por ellos, es humilde, y adherido a la tierra.

(Vers. 9 seqq.) Mujeres opulentas, levantaos y escuchad mi voz: hijas confiadas, percibid con vuestros oídos mi palabra. Después de días y un año, también vosotras seréis turbadas, confiadas: porque la vendimia ha terminado: la recolección no vendrá más. Asombraos, opulentas, turbáos, confiadas: despojaos y avergonzaos. Por lo cual Símaco ha interpretado, desnudaos: sigue. Ceñid vuestros lomos, golpead sobre vuestros pechos, sobre la región deseable, sobre la viña fértil: sobre la tierra de mi pueblo espinas y abrojos crecerán: cuánto más sobre todas las casas de alegría de la ciudad exultante? Porque la casa ha sido abandonada: la multitud de la ciudad ha sido dejada: tinieblas y palpación han caído sobre las cuevas hasta la eternidad: alegría de onagros, pastos de rebaños. Hasta que se derrame sobre nosotros el espíritu desde lo alto: y el desierto será en Carmelo, y Carmelo será considerado un bosque. Y habitará en la soledad el juicio, y la justicia en Carmelo se sentará. Y la obra de la justicia será paz: y el cultivo de la justicia silencio: y seguridad hasta la eternidad. Y mi pueblo habitará en la belleza de la paz, y en tabernáculos de confianza, y en descanso opulento. Pero el granizo en la caída del bosque, y la humildad humillará la ciudad.
430 Bienaventurados los que sembráis sobre todas las aguas, dejando entrar el pie del buey y del asno. LXX, en lugar de tinieblas y palpación, que han caído sobre las cuevas hasta la eternidad, han traducido, y tus aldeas serán cuevas hasta la eternidad: lo que en Hebreo se dice OPHEL () y BEEN (), que los Hebreos creen que eran dos torres en Jerusalén, altas y muy firmes, que se llaman con estos nombres. La primera se interpreta tinieblas, o nublado, porque levantaba su cabeza hasta las nubes. La otra, prueba y firmeza, o, como Símaco traduce, investigación: porque al contemplar su cima los ojos se engañaban. Al final del capítulo también han interpretado: Bienaventurados los que siembran sobre toda agua, donde el buey y el asno pisan. Después de la vocación de los gentiles, cuando Cristo el rey haya gobernado con justicia, y sus príncipes, los Apóstoles y hombres apostólicos hayan gobernado a los creyentes con juicio, la palabra profética se dirigirá a las mujeres opulentas, que debemos entender como las ciudades de Judea, o las sinagogas de ese tiempo, o como muchos creen, las matronas de los ricos del pueblo judío de antaño, a quienes se les dice como si estuvieran postradas después de la ruina: Levantaos; y no obstante se les llama hijas confiadas, o esperanzadas: y se les ordena que escuchen las palabras del Señor, y recuerden los días y el año, de lo cual hablaremos en lo que sigue, el mismo Salvador diciendo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido: me ha enviado a evangelizar a los pobres: a predicar a los cautivos la remisión, y a los ciegos la vista: a proclamar el año aceptable del Señor (Luc. IV, 18, 19), y que este recuerdo se haga para ellas según los Setenta en dolor con esperanza, para que lloren por haber negado al Señor, y tengan esperanza de salvación, si hacen penitencia. Porque dice que la vendimia ha terminado, y después de la última devastación, que ocurrió bajo Vespasiano y Tito y Adriano, no vendrá otra cautividad, ni quedarán racimos en los pueblos, que de ahora en adelante se recojan. Por lo cual se les provoca al llanto, y se les ordena desnudar sus pechos, y ceñir sus lomos, porque la región una vez deseable, y la viña fértil, de la cual está escrito: Yo te planté como una viña fructífera, toda verdadera: ¿cómo te has convertido en amargura de vid ajena (Jer. II, 21)? Al ser devastada por los romanos, ha sido destruida. Sobre la tierra, dice, de mi pueblo, 431 espinas y abrojos, o heno crecerán. Y el sentido es: Si la tierra de Judea, que es la tierra de la promesa, ha sido llenada de espinas y abrojos, cuánto más otras ciudades que están llenas de alegría, y que seguirán aquel evangelio; ¡Ay de los que ahora se alegran, porque llorarán (Luc. VI 25)! Porque la casa, es decir, mi templo ha sido

abandonado, diciéndome a los Apóstoles: Levantaos, vámonos de aquí (Juan XIV, 31); y a los incrédulos: Vuestra casa será dejada desierta (Luc. XV, 35). Los recintos del Templo, y los secretos misterios, han sido poseídos por tinieblas palpables, y no han sido más bodegas de los vasos del Señor, sino cuevas hasta la eternidad. Porque habían oído del Señor Salvador (Mat. XXI. 13): La casa de mi Padre será llamada casa de oración: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Alegría, dice, de onagros, pastos de rebaños. Lo cual puede entenderse literalmente, porque todo ha sido desolado; o espiritualmente, porque al ser expulsado Israel, hombres salvajes y que no conocen a Dios habitan en Judea. Y esto sucederá hasta que se derrame sobre nosotros el espíritu desde lo alto, que el Salvador al ascender al Padre prometió a los creyentes, diciendo: He aquí que voy, y enviaré a vosotros el Paráclito, el Espíritu de verdad (Juan XVI). Y de nuevo: Hasta que recibáis del alto poder (Luc. XXIV, 49). Y lo que antes dijo: Aún un poco, y el Líbano será en Carmelo, y Carmelo será considerado un bosque: y en aquel día los sordos oirán las palabras del libro, y de las tinieblas, y la oscuridad los ojos de los ciegos verán (Supra, XXIX); ahora lo repite con otras palabras, que la soledad de las naciones se convertirá en las riquezas de Israel; e Israel será considerado entre las naciones: en el tiempo en que habitará en el desierto el juicio, el Señor y Salvador, a quien el Padre dio todo juicio (Juan III). Y la justicia en Carmelo descansará, de la cual se dijo antes: Y será en Carmelo el desierto, que el juicio y la justicia habiten en el desierto, y descansen en Carmelo, que antes se llamaba desierto. También la obra de la justicia será paz, que, según el Apóstol, supera todo entendimiento (Fil. IV). Y el cultivo de la justicia silencio, para que no con la mucha palabrería de los judíos, sino con la brevedad de la fe adoren al Señor; y seguros descansen en paz eterna, y en sus tabernáculos haya riquezas, de las cuales el Apóstol hablaba (I Cor. I, 5): Doy gracias a mi Dios por Jesucristo, porque en todo 432 habéis sido enriquecidos en él, en toda palabra, y en toda ciencia. Pero cuando el pueblo cristiano se siente, o habite en la belleza, o como los LXX tradujeron, en la ciudad de la paz, sin duda en la Iglesia; entonces el granizo y la tempestad, y la ira del Señor descendiendo caerán en el bosque, de lo cual se dijo antes: Y Carmelo será considerado un bosque; y la ciudad de Jerusalén será humillada, y según otra Escritura, hablará desde la tierra. Y cuando esto sea así, y hayamos aprendido por la profecía cuántos bienes poseerá la Iglesia, y cuántos males sufrirá Jerusalén: bienaventurados sois, Apóstoles, y demás Doctores, que sembráis sobre todas las aguas de la Sagrada Escritura, en las cuales pisa el buey y el asno. El buey, animal limpio, por la elección de los padres, el asno, inmundo, por la idolatría de los gentiles de antaño, para que tanto de la Circuncisión como del Prepucio se congregue la Iglesia del Señor. Lo que arriba, según los LXX, se dice: Sobre la tierra de mi pueblo espinas y heno crecerán. puede referirse también a los herejes, y a algunos simples creyentes, que no entienden la Sagrada Escritura como conviene a su majestad. Por lo cual hemos adaptado cada cosa a cada uno, para que la tierra del pueblo de Dios, traiga espinas a los herejes, y heno a algunos inexpertos de la Iglesia.

(Cap. XXXIII.---Vers. 1.) ¡Ay de ti que saqueas: no serás también saqueado? Y tú que desprecias: no serás también despreciado? Cuando hayas terminado de saquear, serás saqueado: cuando cansado dejes de despreciar, serás despreciado. LXX: ¡Ay de los que os hacen miserables: porque nadie os hace miserables. Y los que os rechazan, no os rechazan: serán capturados los que rechazan, y serán entregados, y como la polilla en la vestidura así serán superados. De los Apóstoles había dicho, y de los maestros de las iglesias: Bienaventurados los que siembran sobre toda agua, donde el buey y el asno pisan: ahora dirige la maldición a sus perseguidores; más bien contra su príncipe, que posee los corazones de los impíos, que lo que hagan recibirán; y el poder presente, será materia de tormentos futuros. Por lo cual según los LXX se dice: ¡Ay de los que os hacen miserables: porque nadie os hace miserables. Y el sentido es: en cuanto a ellos, cuando os persiguen, y os

afligen con varios tormentos, os consideran miserables al ser asesinados y torturados. Pero nadie puede haceros miserables, porque no tienen poder sobre el alma, sino sobre el cuerpo. Y quien os rechaza, no os rechaza a vosotros, sino a quien os envió, según lo que el Salvador dice a los discípulos: Quien os rechaza, me rechaza a mí: y quien me rechaza, rechaza a quien me envió (Luc. X, 16). Serán capturados, pues, los perseguidores, y entregados a los ardores eternos. Y como la polilla en la vestidura, así la llama perpetua los consumirá. Lo que también al final de esta profecía está escrito. Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará.

(Vers. 2 seqq.) Señor, ten piedad de nosotros: pues en ti hemos esperado: sé su brazo en la mañana, y nuestra salvación en tiempo de tribulación. Al sonido del Ángel huyeron los pueblos, por tu exaltación se dispersaron las naciones. Y se recogerán tus despojos, como se recoge la langosta, como cuando las fosas se llenan de ella. El Señor ha sido engrandecido, porque ha habitado en lo alto: ha llenado a Sion de juicio y justicia. Y habrá fe en tus tiempos: riquezas de salvación, sabiduría y conocimiento: el temor del Señor es su tesoro. LXX: Señor, ten piedad de nosotros, pues en ti confiamos: la semilla de los incrédulos se ha convertido en perdición, pero nuestra salvación en tiempo de tribulación: por la voz del temor se asombraron los pueblos por tu temor, y las naciones se dispersaron. Ahora se recogerán tus despojos, pequeños y grandes: cuando alguien recoja langostas, así se burlarán de vosotros: santo es Dios que habita en las alturas. Sion está llena de juicio y justicia, en la ley se entregarán, en los tesoros nuestra salvación: vino la sabiduría, y la disciplina y la piedad del Señor, estos son los tesoros de la justicia. Los hebreos creen que el capítulo anterior, en el que se lee: ¡Ay de ti que saqueas! ¿no serás tú también saqueado? y lo demás hasta el final, fue dicho contra Senaquerib, rey de los asirios, que después de haber destruido las ciudades de las diez tribus, que se llamaban Israel, y haber tomado también las ciudades de Judea, excepto Jerusalén, él mismo fue derrotado, y su ejército destruido por el Ángel. Por lo tanto, ahora, en nombre del pueblo que agradece a Dios, y dice: Señor, ten piedad de nosotros, te hemos esperado, sostienen que estas palabras se refieren al presente capítulo, que él mismo fue el brazo y la fuerza del pueblo sitiado en la mañana, y la salvación en la necesidad y angustia. Pues por la voz del Ángel, que Symmachus tradujo como está escrito en hebreo, AMUN (), que los hebreos creen que es Gabriel, y tiene la etimología de pueblo; el asirio huyó, y por la exaltación de Dios, las naciones que estaban con él se dispersaron por todas partes. Mientras huían, los despojos fueron recogidos por los judíos, como suele recogerse la multitud de langostas cuando se acumulan en las fosas. En cuya victoria el Señor fue engrandecido: y Sion llena de juicio y justicia, y la fe del pueblo sitiado comprobada; y todos tuvieron riquezas en sabiduría, y conocimiento de Dios y temor del Señor, que fue su único tesoro. Esto dijeron ellos según la historia, esforzándose por todos los medios en subvertir los sacramentos de Cristo y sus Apóstoles. Pero nosotros, después de la bienaventuranza de los Apóstoles, de quienes se dijo antes: Bienaventurados los que siembran sobre toda agua, donde el buey y el asno pisan, y el lamento y llanto de aquellos que los persiguieron, de quienes se dice en lo siguiente: ¡Ay de los que os hacen miserables; pero vosotros nadie os hace miserables: y como la polilla en la vestidura, así serán consumidos, convencemos que estas palabras se dicen en nombre de los mismos Apóstoles, y de todos los creyentes. Y el sentido es: Señor, en tu ayuda hemos esperado, y en ti confiamos: la semilla de los incrédulos ha perecido para siempre, y nuestra salvación ha aparecido en tiempo de tribulación. Pues al proporcionar tú la ayuda, toda la multitud de las naciones se dispersó, y fue presa y burla para los vencedores. Y esto sucedió porque el santo Señor habita en las alturas, y Sion está llena de juicio y justicia, de la cual está escrito arriba: El juicio y la justicia descansarán en el desierto. Por lo tanto, esa es Sion, que antes se llamaba desierto, y cualquiera que habite en ella, se le entregará la ley del Evangelio, en cuyo tesoro está nuestra salvación, y la sabiduría

de los creyentes, y la disciplina y piedad, o fe, que es propiamente de los cristianos, y el temor del Señor, en el cual se contienen los tesoros de la sabiduría.

(Vers. 7 seqq.) He aquí que los que ven clamarán afuera: los Ángeles de la paz llorarán amargamente. Las vías están desoladas, ha cesado el que pasa por el camino, el pacto ha sido anulado, ha destruido las ciudades, no ha considerado a los hombres. La tierra ha llorado y languidecido, el Líbano está confundido y ha quedado mudo, y Saron se ha convertido en desierto, y Basán y el Carmelo han sido sacudidos. Ahora me levantaré, dice el Señor: ahora seré exaltado, ahora seré elevado. Concebiréis ardor, pariréis paja, vuestro espíritu os devorará como fuego. Y los pueblos serán como ceniza de incendio: las espinas reunidas serán quemadas por el fuego. La palabra hebrea ARELLAM (), que Aquila, Symmachus y Theodotion han interpretado como, apareceré a ellos, dividiendo la última sílaba, y leyendo ARE LAHEM (), los hebreos creen que significa Ángeles, y es una profecía, después de la vocación de las naciones, y las riquezas de la Iglesia, sobre la subversión del Templo, que los Ángeles llorarán, no habitando dentro, sino saliendo afuera: y los que antes eran mensajeros de paz, llorarán amargamente. O los mismos Apóstoles que fueron enviados para anunciar la paz a Jerusalén, a la que el Señor hablaba: Si también tú conocieras lo que es para tu paz (Luc. XIX, 42): a quienes el Señor apareció, para confortarlos con su presencia, llorarán por Jerusalén, porque no recibió su predicación, ya que las vías están desoladas, y ha cesado el que pasa por el camino justo, según lo que se dice en las Lamentaciones de Jeremías: Las vías de Sion lloran, porque no hay quien venga a la solemnidad (Thren. I, 4). También se ha anulado el pacto con Abraham, Isaac y Jacob: Ha destruido las ciudades de Judea: no ha considerado a los hombres, que por su culpa quisieron ser bestias. La tierra ha llorado y languidecido por los que habitaban en la tierra (Gén. XV y 22). El Líbano está confundido y ha quedado mudo, sin duda significa el Templo, del cual leemos en Zacarías. Abre, Líbano, tus puertas, para que el fuego devore tus cedros (Zac. XI, 1). O Jerusalén, que en Ezequiel se llama Líbano, diciendo el Profeta: Un águila grande de grandes alas, que tiene la capacidad de entrar en el Líbano (Ezeq. II, 3), que luego el discurso divino interpreta, cuando, dice, Nabucodonosor venga a Jerusalén: explicando claramente el águila como el rey de Babilonia, y el Líbano como Jerusalén. Saron se ha convertido en desierto, y Basán y el Carmelo han sido sacudidos. Por Basán, los LXX han traducido Galilea, una provincia, en lugar de un lugar de la provincia. Saron [Al. Saronas] se llama toda la región cerca de Joppe y Lida, en la que se extienden campos muy amplios y fértiles. Basán también es una región al otro lado del Jordán, que fue poseída por dos tribus y media, y que se interpreta como muy fértil y rica (Deut. III): y el Carmelo, del cual hemos hablado antes. Por lo tanto, los lugares de Judea, que antes eran fértiles, se convertirán en desierto, por lo que metafóricamente se muestra que toda la opulencia de los judíos será cambiada por escasez y penuria. Porque no quisieron recibir el discurso de los Apóstoles, el Líbano está confundido, y Saron se ha convertido en desierto, y Basán y el Carmelo han sido sacudidos. Por eso el Señor dice que se levantará de su gran paciencia, o de entre los muertos, y será exaltado entre las naciones, y elevado en la cruz. Y hace una apóstrofe a los mismos judíos, Concebiréis ardor, y pariréis paja, y vuestro espíritu os encenderá un fuego, para que la llama voraz consuma lo concebido y parido. Y dice que los pueblos de los judíos serán como ceniza de incendio, mostrando la magnitud de la infelicidad con los restos de ceniza. Pues sus espinas, que se han reunido en multitud de pecados, serán devoradas por el fuego, lo que muchos refieren a la última cautividad y subversión de Jerusalén. Otros afirman que será más plenamente y perfectamente en el tiempo del juicio.

(Vers. 13 seqq.) Escuchad los que estáis lejos lo que he hecho, y reconoced los cercanos mi fortaleza. Los pecadores en Sion están aterrados, el temblor ha poseído a los hipócritas.

¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorador? ¿quién de vosotros habitará con los ardores eternos? El que camina en justicia, y habla verdad, el que rechaza la avaricia de la calumnia, y sacude sus manos de todo soborno, el que tapa sus oídos para no oír sangre, y cierra sus ojos para no ver el mal. Este habitará en las alturas, la fortaleza de las rocas será su altura: se le dará pan, sus aguas serán fieles. Sus ojos verán al rey en su hermosura: contemplarán la tierra de lejos. Tu corazón meditará el temor. ¿Dónde está el escriba? ¿dónde el que pesa las palabras de la ley? ¿dónde el maestro de los pequeños? No verás al pueblo imprudente, pueblo de lenguaje elevado, de modo que no puedas entender la elocuencia de su lengua, en el que no hay sabiduría. LXX: Escucharán los que están lejos lo que han hecho: conocerán los que se acercan mi fortaleza. Se han retirado los inicuos que estaban en Sion, el temblor poseerá a los impíos. ¿Quién os anunciará que el fuego arde? ¿quién os anunciará el lugar eterno? El que camina en justicia, y habla el camino recto, y odia la impiedad y la iniquidad, y sacude sus manos de los sobornos, y tapa sus oídos para no oír el juicio de sangre, y cierra sus ojos para no ver la iniquidad, este habitará en la alta cueva de la roca fortísima. Se le dará pan, y su agua será fiel: verán vuestros ojos al rey con gloria, verán la tierra de lejos, vuestra alma meditará el temor. ¿Dónde están los gramáticos? ¿dónde los consejeros? ¿dónde está el que cuenta a los que alimentan al pueblo pequeño y grande? a quien no dio consejo: ni conocía la profunda voz de él, de modo que el pueblo despreciado no oyera, y no hay inteligencia para el que oye. Porque las vías están desoladas, ha cesado el que pasa por los caminos, el pacto con el pueblo de los judíos ha sido anulado, Dios ha destruido sus ciudades, no los ha considerado entre los hombres; por eso vosotros que estáis lejos, escuchad lo que he hecho, y acercaos para que reconozcáis mi fortaleza. Los pecadores o impíos que estaban en Sion están aterrados o se han retirado, y el temblor ha poseído a los hipócritas, a quienes el Señor en el Evangelio hablaba: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! (Mat. XXIII, 14). ¿Quién de vosotros podrá habitar con aquel que es fuego devorador? ¿quién habitará con los ardores eternos? O según los LXX: ¿Quién os anunciará que el fuego arde eterno, que Dios ha preparado para el diablo y sus ángeles? ¿quién, pues, podrá habitar con Dios, o anunciar los castigos venideros? Todo el que sea de esta clase, como describe el discurso profético, el que camina en muchas justicias, y no una vez, sino que siempre ama las justicias, ni una sola vez, sino que continuamente habla verdades: el que rechaza la avaricia, que es madre de la calumnia. Pues a menos que sea con daño y mal de otro, no se acumulan riquezas para otro. Y sacude sus manos de todo soborno. Pues los sobornos ciegan los ojos, incluso de los sabios. El que tapa sus oídos para no oír el juicio de sangre. Toda iniquidad y opresión e injusticia es juicio de sangre: y aunque no mate con la espada, sin embargo, mata con la voluntad. Y cierra sus ojos para no ver el mal. Feliz la conciencia que no oye, ni ve el mal. El que, pues, es tal, él habitará en las alturas, es decir, en el reino de los cielos, o en la alta cueva de la roca fortísima, en Cristo Jesús: que la roca seguía al pueblo de Israel, para que bebiera de ella, y fuera protegido por su fortaleza. Se le dará pan, y sus aguas serán fieles: que las fábulas de los gentiles entienden en ambrosía y néctar. Pero nosotros interpretaremos los panes y aguas más fieles como la ley de Dios. El que, pues, es tal, verá al rey Cristo en su claridad, de quien se dice arriba: He aquí que el rey justo reinará, y los príncipes gobernarán en juicio. Y sus ojos verán la tierra de lejos, que durante mucho tiempo habían deseado, la tierra de los mansos y humildes, de la cual está escrito en el Evangelio: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 4): o estando en el cielo, despreciarán lo terrenal. Tu corazón meditará el temor: para que cuando hayas conseguido todo, digas con el Apóstol: Que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). Pues el principio de la sabiduría es el temor del Señor. ¿Dónde está el escriba? ¿dónde el que pesa las palabras de la ley? ¿dónde el maestro de los pequeños (Prov. IX, 1)? ¿dónde están, dice, los escribas y fariseos, que pesando las palabras de la Ley, engañaban al infeliz pueblo? a quienes ahora la Escritura

llama pequeños, pequeños en sentido, pequeños en inteligencia. Pero cuando los ojos del creyente hayan visto al rey en su majestad, y su corazón haya meditado el temor, entonces no verá al pueblo imprudente, al pueblo de los judíos, o de los filósofos y oradores del mundo, que se aplauden a sí mismos en la erudición y elocuencia secular, de quienes ahora dice: Pueblo de lenguaje elevado: de modo que no puedas entender la elocuencia de su lengua; cuyo adorno está todo en palabras, que tienen solo hojas y sombra de discursos, y no poseen el fruto de la verdad. Finalmente sigue: En el que no hay sabiduría, de quienes también se dice en otro lugar: Destruiré la sabiduría de los sabios, y rechazaré el entendimiento de los prudentes (I Cor. I, 19). ¿Por qué? porque Dios ha hecho necia la sabiduría de este mundo.

(Vers. 20 seqq.) Mira a Sion, la ciudad de nuestra solemnidad: tus ojos verán a Jerusalén, una morada opulenta: un tabernáculo que no podrá ser trasladado, ni se quitarán sus clavos para siempre, y todas sus cuerdas no se romperán. Porque solo allí es magnífico nuestro Señor: un lugar de ríos, arroyos muy anchos y extensos, no pasará por él nave de remos: ni gran trirreme lo cruzará. Porque el Señor es nuestro juez, el Señor es nuestro legislador, el Señor es nuestro rey, él nos salvará. Tus cuerdas están flojas, y no prevalecerán: así será tu mástil, que no podrás extender la señal. Entonces se dividirán los despojos de muchas presas: los cojos saquearán el botín. Ni dirá el vecino: estoy débil: el pueblo que habita en ella será perdonado de su iniquidad. LXX: He aquí Sion, la ciudad de nuestra salvación: tus ojos verán a Jerusalén, ciudad rica, tabernáculos que no se moverán: ni se quitarán los clavos de su tabernáculo para siempre, y sus cuerdas no se romperán: porque el gran nombre del Señor para vosotros: vuestro lugar será ríos y arroyos muy anchos y espaciosos: no entrará por ella nave agitada por remos: porque mi Dios es grande: no me cruzará el Señor nuestro juez, el Señor nuestro príncipe, el Señor nuestro rey, el Señor él mismo nos salvará. Tus cuerdas están rotas, porque no prevalecieron: tu mástil está inclinado, para que suelte las velas: no levantará la señal, hasta que sea entregado a la desolación. Muchos cojos, pues, harán presas: y no dirán, trabajaré, al pueblo que habita en ellos, se le perdonará su delito. Oh justo, a quien se dijo antes: tu corazón meditará el temor; y, no verás al pueblo imprudente; y que antes habías oído, tus ojos verán al rey en su hermosura, contempla a Sion, la ciudad de nuestra solemnidad, ve la Iglesia de Cristo, en la que está la verdadera solemnidad: tus ojos verán la visión de la paz, y las riquezas inesperadas, que ojo no vio, ni oído oyó, ni subieron al corazón del hombre, y el tabernáculo que no podrá ser trasladado. Pues el tabernáculo que tuvo el pueblo de los judíos, fue trasladado y quitado. Ni se moverán sus clavos para siempre, y todas sus cuerdas serán firmes; de modo que el Señor habite en él, que es el lugar de todos los ríos, y arroyos corrientes, por los cuales nadie del lado adverso podrá navegar: ni gran trirreme, que se interpreta como el diablo, podrá cruzarlo: porque el Señor mismo es juez, y príncipe, y rey, y nuestro Salvador, y con él protegiéndonos, no temeremos ninguna insidia. Estas cosas se han dicho de Sion, la ciudad de nuestra solemnidad, y de Jerusalén, la morada más rica, que el mismo Señor rodeará y protegerá con sus ríos. Pero ahora habla a la Jerusalén terrenal, que sus cuerdas del tabernáculo están flojas, y no pudieron sostener el pabellón, y su mástil, en el que colgaban antes las más hermosas velas, ha caído con las cuerdas rotas, de modo que no solo para la navegación, sino también para la señal, está mutilado. Pero después de que su nave haya sido disuelta, y el tabernáculo destruido, de modo que las cuerdas se rompan en ambas partes, el botín se dividirá entre los vencedores: que serán tan débiles en sus propias fuerzas, que serán llamados cojos; y sin embargo, con la ira de Dios dándoles fortaleza, no sentirán ninguna debilidad, ni dirán: he trabajado. Pues al que esté entre ellos, se le quitará la iniquidad y el pecado, porque ha ejecutado la voluntad de Dios.

(Cap. XXXIV.---Vers. 1, seqq.) Acérquense, naciones, y escuchen, y pueblos presten atención: que escuche la tierra y su plenitud, el mundo y todo lo que brota de él. Porque la indignación del Señor está sobre todas las naciones, y su furia sobre todo su ejército: las ha matado y las ha entregado a la matanza. Sus muertos serán arrojados: y de sus cadáveres subirá el hedor: los montes se descompondrán con su sangre. Y se descompondrá todo el ejército de los cielos: se enrollarán (o se plegarán) como un libro los cielos: y todo su ejército caerá, como cae la hoja de la vid y de la higuera, porque mi espada se ha embriagado en el cielo. He aquí que descenderá sobre Idumea, y sobre el pueblo de mi matanza para juicio. La espada del Señor está llena de sangre, engrosada de grasa: de la sangre de corderos y machos cabríos, de la sangre de carneros gordos; porque hay una víctima del Señor en Bosra: y una gran matanza en la tierra de Edom. Y descenderán los unicornios con ellos, y los toros con los poderosos. La tierra se embriagará con su sangre, y el suelo con la grasa de los gordos. Después de la destrucción de Jerusalén y el naufragio de la otrora sólida nave, y el saqueo de todos sus bienes, se habla de la destrucción de todas las naciones, y de la consumación del mundo, que será en el día del juicio futuro. Por lo tanto, todas las naciones y pueblos de la tierra y su plenitud, el mundo y todos sus brotes, tanto los lugares habitados como los inhabitables por el exceso de frío y calor, son ordenados a escuchar y a conocer lo que vendrá con todo el temblor de la mente. Porque la indignación del Señor no es solo sobre una nación, la judía, y los asirios y caldeos, egipcios, moabitas, y amonitas, y filisteos: sino también contra todas las naciones, y sobre todo su ejército, o como los LXX tradujeron, su número. Se describe lo que vendrá, que las matará, y hará que el hedor de los cuerpos putrefactos suba alto: significando los pecados de todas las naciones: de tal manera que con su podredumbre y suciedad, y con su sangre, los montes se llenen: las virtudes sublimes y los ángeles, que presidían sobre cada nación; y se descompondrá todo el ejército o fortaleza de los cielos: se enrollarán, o se plegarán los cielos como un libro, y todo su ejército y ejército, y como los LXX tradujeron, y las estrellas caerán, a semejanza de las hojas, que, al acercarse el frío, secas y contraídas caen de la vid y de la higuera. Esto también lo dice el Salvador en el Evangelio: Las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se moverán, y entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo (Mat. XXIV, 29, 30). Y esto debe considerarse, que no dice que los cielos perecerán, sino que se enrollarán, o se plegarán, como un libro, para que después de que todos los pecados hayan sido abiertos y leídos, se plieguen los que antes habían sido abiertos, para que ya no se escriban en ellos los delitos de muchos. De libros de este tipo habla Daniel en su volumen: El juicio se sentó, y los libros fueron abiertos (Dan. VII, 10), en los cuales estaban descritas las obras de cada uno. Pero algunos piensan que las estrellas caerán, según el Apocalipsis de Juan (Apoc. VI y VIII). y aquello que está escrito en otro lugar: Todas las estrellas ardientes se disolverán, y el cielo y la tierra pasarán (Luc. X, 2). Porque la figura de este mundo pasa. Algunos piensan que se dice de estas estrellas que brillan en el cielo, para mostrar en parte y en todo, que por la caída de las estrellas también se muestra la destrucción de los cielos (II Cor. VII). Otros, sin embargo, piensan que estas estrellas caerán, de las cuales también escribe el Apóstol Pablo: No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales (Efe. VI, 12). Y no es de extrañar si los demonios que habitan en el aire se dicen celestiales, ya que incluso las aves del cielo, que ciertamente no vuelan en el cielo, sino en el aire, la Escritura las llama. Pues también Satanás se transfigura en ángel de luz (II Cor. XI), simulando ser una estrella. Y el Salvador lo vio caer del cielo como un rayo (Luc. X). Y tropológicamente de él se dice como de una gran estrella: ¿Cómo caíste, Lucifer, que nacías por la mañana? (Isa. XIV, 12). Todo esto sucederá, porque su espada se ha embriagado en el cielo, el castigo y la sentencia, y la venganza sobre los pecadores, que es pronunciada por el Señor. Esa espada y machete en Ezequiel (Eze. XXI) se afila contra los

impíos; y después de haber matado a muchos, se le ordena que entre en su vaina. Y cuando se haya embriagado y llenado en el cielo; es decir, en el aire, que por costumbre de las Escrituras se llama cielo, entonces también descenderá sobre Idumea, es decir, sobre lo terrenal: para que después del castigo de los demonios, también las almas de los hombres sean juzgadas. Idumea en nuestra lengua significa terrenal. Y está llena de sangre; y engrosada con la grasa de corderos y machos cabríos, y de carneros gordos y toros: para significar que tanto los príncipes como el pueblo serán castigados. Porque la víctima del Señor está en Bosra, y una gran matanza en la tierra de Edom. De la cual Bosra e Idumea también en los siguientes (Ad LXIII, 1) el mismo Profeta testifica diciendo: ¿Quién es este que viene de Edom: sus vestiduras rojas de Bosra? Y algunos piensan que Bosor, carne, se dice, por la víctima del Señor en Bosra, se muestran los tormentos de todos en la carne: que caen en un error piadoso. Porque en el presente lugar no se escribe con la letra SIN, que en BOSOR (), es decir, en carne, se pone: sino que se escribe con SADE, y se llama BOSRA (), que según Jesús y Jeremías no se encuentra en Edom, es decir, Idumea; sino en la tierra de Moab (Jerem. XLVIII). Bosra en nuestra lengua significa fortificada y rodeada, o firmada: para enseñar que el mundo está solidificado por la voluntad del Señor, según lo que se canta en el salmo; Él lo fundó sobre los mares, y lo estableció sobre los ríos (Sal. XXIII, 2); y de la firmeza de la tierra se dice en persona de Dios: Yo afirmé sus columnas (Sal. LXXIV, 3). Y cuando la víctima del Señor esté en Bosra, y su matanza en Idumea, descenderán los unicornios con los toros poderosos, es decir, los reyes y príncipes de la tierra [Al. suya]; y todo se llenará de matanza y sangre, y de la grasa de los ricos y poderosos de antaño. Por estas palabras, según la costumbre humana, que infunden terror a los oyentes, se muestran tormentos para todos los príncipes y poderosos, pueblos y pequeños. Bosra, es decir, fortificada, y firmada, y Edom, o Duma, e Idumea, los maestros judíos quieren que se entienda como Roma, y todo lo que se dice en el siguiente capítulo se refiere a ella.

(Vers. 8 seqq.) Porque es el día de la venganza del Señor, el año de las retribuciones del juicio de Sion. Y sus torrentes se convertirán en brea, y su suelo en azufre: y su tierra será en brea ardiente. Noche y día no se extinguirá, su humo subirá eternamente: de generación en generación será desolada, por los siglos de los siglos no habrá quien pase por ella. Y la poseerán el pelícano, y el erizo, y el ibis, y el cuervo habitarán en ella, y se extenderá sobre ella la medida: para reducirla a nada, y el nivel en desolación. Sus nobles no estarán allí: invocarán más bien a un rey, y todos sus príncipes serán en nada. Y brotarán en su casa [Al. casas] espinas, y ortigas, y cardos en sus fortalezas: y será guarida de dragones, y pastizales de avestruces. Y se encontrarán los demonios con los onocentauros, y el peludo clamará uno al otro: allí descansará [Al. descansó] la lamia, y encontrará [Al. encontró] su descanso. Allí tuvo su madriguera el erizo, y crió a sus crías, y las rodeó, y las cuidó en su sombra: allí se congregaron los milanos, uno con otro. Busquen diligentemente en el libro del Señor, y lean, no faltó uno de ellos, uno no buscó al otro: porque lo que sale de mi boca, él lo mandó, y su espíritu, él los reunió. Y él les dio [Al. le] suertes, y su mano la dividió entre ellos en medida, hasta que la posean eternamente: de generación en generación habitarán en ella. Los hebreos, como dijimos antes, sostienen que esto fue profetizado sobre el imperio romano, y en venganza de Sion, se predice la devastación de un reino otrora poderosísimo, que según la letra muchos de los nuestros también creen que está escrito en el Apocalipsis de Juan. Pero nosotros, por lo que se dice, el día de la venganza del Señor, el año de las retribuciones del juicio de Sion, creemos que este es el año, del que habla el mismo Salvador: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, a predicar la liberación a los cautivos, y a los ciegos que vean, a proclamar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución a nuestro Dios: a consolar a todos los que lloran, y a dar a los que lloran en Sion gloria (Luc IV, 18, 19, Isai. LXI, 1-3): y del que se dijo antes: Mujeres

opulentas levántense (Isai. XXXII, 5): y recuerden los días del año en dolor con esperanza, y por esto después de la consumación general de todo el mundo, la Escritura vuelve a Jerusalén, a la que en ese tiempo hablaba, y se describe su devastación con pleno discurso: que después de que llegue el tiempo del asedio romano, todo se llene de brea y azufre y llamas ardientes, y su humo permanezca para siempre, y habiten allí el pelícano y el erizo, y el ibis, y el cuervo, que son animales que acostumbran habitar en lugares desiertos: y esto suceda, porque la cuerda del Señor y el nivel, es decir, su sentencia no puede ser cambiada. Sus nobles, es decir, los Apóstoles y los creyentes no estarán allí, ni se unirán al número de los perdidos: sino que invocarán más bien al rey Cristo. Pero todos sus príncipes, es decir, los Escribas y Fariseos, serán reducidos a nada, y en las casas otrora adornadísimas brotarán espinas y ortigas y cardos. Y será guarida de dragones, y pastizales de avestruces, que también son signos de extrema soledad. Y se encontrarán en ella, según los LXX, diversas fantasías de demonios, o como todos los demás tradujeron según el hebreo, SIIM () y IIM (), onocentauros, y peludos, y lamia, que las fábulas de los gentiles, y los mitos de los poetas describen. También el erizo allí criará a sus crías, y tendrá una estación muy segura: allí se congregarán los milanos, un ave muy rapaz, que en hebreo se llama DAJOTH (), o como los LXX tradujeron ciervos, de los cuales hablaremos más adelante. Entre los cuales el Profeta habla a los oyentes: Oh hombres [Al. todos] que me escuchan hablar, lo que anuncio que vendrá, todo se cumplirá en los hechos. Porque en el libro del Señor están escritos, y su sentencia está definida, y ni uno solo será en vano. Porque lo que sale de mi boca, él lo mandó, es decir, yo hablo; pero son palabras del Señor, y su espíritu [Al. espíritu] todo lo que se ha dicho se llevará a cabo. Por su decreto y medida se cumplirán todas las cosas: y hasta en generaciones eternas no dejarán su orden. Esto se ha dicho según el hebreo y la explicación histórica. Sin embargo, quienes siguen la tropología, con el pueblo judío expulsado bajo los nombres de bestias y monstruos, confirman que los idólatras y los que sirven a diversas supersticiones habitarán en Jerusalén: y que estos son el pelícano y el erizo, el ibis y el cuervo, los dragones y los avestruces, y los onocentauros, y los demonios, y los peludos, y la lamia, que en hebreo se llama LILITH (); y solo por Símaco se traduce como lamia, que algunos de los hebreos sospechan que es una erinia, es decir, una furia. Y en verdad si consideramos las colonias traídas a Jerusalén de diversas naciones, y que según el rito de sus provincias, cada familia adoraba a sus propios demonios monstruosos, afirmaremos que todo esto habitó en Jerusalén. Y lo que los LXX tradujeron: Allí se encontraron los ciervos, y vieron sus rostros: pasaron en número, uno de ellos no pereció, ni buscó al otro. Porque el Señor les ordenó, y su espíritu los reunió: y él les dio suertes, y su mano las dividió entre ellos: para que se alimenten eternamente, y posean de generación en generación, y descansen en ella: así lo interpretaremos alegóricamente, para enseñar que los ciervos, es decir, los Apóstoles, y todos los santos doctores, de los cuales está escrito: como el ciervo anhela las fuentes de agua: así anhela mi alma a ti, Dios (Sal. XLI, 1); y en otro lugar: La voz del Señor perfeccionando a los ciervos (Sal. XXVIII, 9); y de nuevo: Que el ciervo de la amistad y el hijo de tus gracias te hablen (Prov. V); y en Job: Pero has guardado las mentes de los ciervos, y liberarás sus partos (Job. XXXIX, 2); y en el Cantar de los Cantares se dice: Mi amado es semejante a una gacela, o a un cervatillo sobre los montes de los aromas (Cant. II, 9); se encontraron en Jerusalén y se vieron mutuamente, y pasaron y la dejaron, y se dirigieron a diversas provincias, porque el Señor les mandó: Vayan y enseñen a todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19); y su espíritu los reunió, y les dio suertes y las dividió, para que uno fuera a la India, otro a España, otro a Iliria, otro a Grecia: y cada uno descansara en la provincia de su Evangelio y doctrina. Lo que dijimos que se profetiza sobre Jerusalén, los judíos sospechan que se dice sobre el imperio romano, algunos lo refieren al mundo, para no parecer diferir de los anteriores.

(Cap. XXXV.---Vers. 1, 2.) Se alegrará el desierto y el lugar inhóspito, y exultará la soledad, y florecerá como el lirio. Germinará abundantemente: y exultará con alegría y alabanza. La gloria del Líbano le será dada, el esplendor del Carmelo y Sarón. Ellos verán la gloria del Señor: y la hermosura de nuestro Dios. LXX: Alégrate desierto sediento, y exulte la soledad, y florezca como el lirio. Florecerán y exultarán los desiertos del Jordán: la gloria del Líbano le será dada, y el honor del Carmelo: y mi pueblo verá la gloria del Señor, y la altura de nuestro Dios. Porque Jerusalén se ha convertido en brea y su humo sube eternamente, y habitan en ella el pelícano y el erizo, el ibis y el cuervo, los dragones y los avestruces, los demonios y los onocentauros, la lamia y los peludos: y la sentencia del Señor sobre ella se ha cumplido: Se os dejará vuestra casa desierta (Luc. XIII, 35): por lo tanto, lo que antes estaba desierto, de lo que se dice en el salmo: La voz del Señor sacudiendo el desierto [Al. desierto], y el Señor conmoverá el desierto de Cades. La voz del Señor preparando a los ciervos; y revelará los densos bosques (Sal. XXVIII, 8, 9), se transformará en abundancia de todas las cosas, y con los ciervos luchando, de todos los bosques de las naciones las bestias, que antes los poseían, serán expulsadas, para que se cumpla lo que se dice en este mismo Profeta: Alégrate estéril, que no das a luz: rompe y clama, que no das a luz; porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido (Isai. LIV. 1). Esta era antes sedienta, o inhóspita, no teniendo aguas vitales, y el Señor no caminaba [Al. entraba] por ella, que ahora florecerá en lirio, o como lo expresó más significativamente Aquila, καλύκωσις, que podemos decir brote de rosa y aún no desplegada en hojas. Florecerá, para que con el Apóstol proclame: Somos el buen olor de Cristo en todo lugar (II Cor. II, 15). Y aquello del Cantar de los Cantares: Las flores se han visto en la tierra: las mandrágoras han dado su aroma (Cant. VII, 12, 13). Y lo que se pone en los LXX, y exultarán los desiertos del Jordán, en el hebreo no se encuentra, pero podemos decir de Juan: en el río Jordán se muestra el bautismo de penitencia, que el Señor selló y afirmó con su lavacro. Y porque se dice figuradamente del desierto, que se refiere a las naciones, en el que estuvo Juan, consecuentemente se puede unir el Jordán, para que a través del desierto de las naciones lleguemos al bautismo del Salvador. Y lo que sigue, la gloria del Líbano le será dada, y el esplendor del Carmelo y Sarón, debemos entenderlo según la explicación anterior, en la que dijimos que el Líbano se entiende como el Templo o Jerusalén, diciendo Zacarías: Abre, Líbano, tus puertas (Zac. XI, 1); y Ezequiel: Un águila grande de grandes alas llena de garras, que tiene la capacidad de entrar en el Líbano y el Carmelo (Eze. XVII. 3): significar al pueblo anterior, del que se dijo antes: Y será el desierto en Carmelo, y Carmelo será contado como bosque (Isa. XXIII, 9); y Sarón tiene la misma inteligencia, diciendo la Escritura: Sarón se convirtió en desierto. Por lo tanto, toda la blancura, el culto de Dios, y el conocimiento de la circuncisión, y los lugares muy fértiles y llanos, que se llaman Sarón, por los cuales Símaco interpretó campos, serán dados a la Iglesia que antes estaba desierta, y sus habitantes verán la gloria del Señor, y la hermosura o altura de nuestro Dios.

(Vers. 3, 4.) Fortalezcan las manos débiles y refuercen las rodillas vacilantes. Digan a los de corazón tímido (o temerosos), sean fuertes y no teman, he aquí que su Dios traerá venganza y retribución: Dios mismo vendrá y los salvará (o como tradujeron los LXX, nos salvará). Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos (o escucharán). Entonces el cojo saltará como un ciervo y se desatará la lengua de los mudos, porque se abrirán aguas en el desierto y torrentes en la soledad, y lo que estaba seco se convertirá en estanque (o pantanos), y el sediento en fuentes de agua. En los lugares donde antes habitaban los dragones, crecerán cañas y juncos (por lo cual los LXX tradujeron: Allí habrá alegría de aves y rediles de rebaños). Y habrá allí un camino y una vía (o vía pura) y se llamará vía santa, no pasará por ella el impuro. Y esta será para nosotros una vía recta: de

modo que los necios no se extravíen por ella (o como tradujeron los LXX, no habrá allí vía impura, pero los dispersos pasarán por ella y no se extraviarán. No habrá, dice, allí león, y la mala bestia no subirá por ella, ni se encontrará allí, sino que caminarán por ella los que hayan sido liberados. Y los redimidos por el Señor regresarán y vendrán a Sion con alabanza, y alegría eterna sobre sus cabezas. Obtendrán gozo y alegría: y huirán el dolor y el gemido. Hemos mezclado ambas ediciones, para que al proponer cada una, la magnitud de los libros no se extienda, lo cual ya excede el límite de la brevedad. A los apóstoles, de quienes se ha dicho antes: Ellos verán la gloria del Señor y la hermosura de nuestro Dios, se les ordena que fortalezcan las manos débiles entre las naciones y refuercen las rodillas vacilantes; para que quienes antes no podían hacer la obra de Dios con manos débiles y tenían la mano derecha seca, la extiendan hacia las buenas obras. Y quienes antes cojeaban entre ídolos con diversos errores, caminen firmemente sobre la verdad: y fortaleciendo a los de corazón tímido o temeroso con la fe del Señor, hagan que no teman, y el temor de un solo Dios expulse todos los miedos del error. La causa de la seguridad y la constancia es que vendrá Cristo, a quien el Padre ha dado todo juicio: y dará a cada uno según sus obras (Juan V). Él mismo vendrá y los salvará, a quienes se les dice, no teman: o nos salvará, para que los apóstoles digan que la salvación es común con los creyentes. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos. Entonces el cojo saltará como un ciervo: y se desatará la lengua de los mudos. Lo cual, aunque se cumplió en la magnitud de los signos, cuando el Señor hablaba a los discípulos de Juan, que habían sido enviados a él: Vayan y cuenten a Juan lo que han oído y visto: los ciegos ven: los cojos andan: los leprosos son limpiados: los sordos oyen: los muertos resucitan: a los pobres se les anuncia el evangelio (Lucas VII, 22); sin embargo, se cumple diariamente entre las naciones, cuando quienes antes eran ciegos y tropezaban con madera y piedras, ven la luz de la verdad. Y quienes no podían escuchar las palabras de las Escrituras con oídos sordos, ahora se alegran en los mandamientos de Dios; cuando quienes antes eran cojos y no mantenían el camino recto, saltan como ciervos, imitando a sus maestros, y se desatará la lengua de los mudos, cuyas bocas Satanás había cerrado, para que no pudieran confesar a un solo Señor. Por eso se abrirán los ojos, los oídos oirán, los cojos saltarán, y se desatará la lengua de los mudos, porque se han abierto, o han brotado en el desierto de la Iglesia las aguas del bautismo salvador, y torrentes y ríos en la soledad, es decir, diversas gracias espirituales: y lo que estaba seco, se ha convertido en estanque y pantanos, para que no solo carezca del ardor de la sed, sino que sea navegable y regable, y tenga muchas fuentes, que el ciervo desea, que quien beba de ellas, pueda bendecir al Señor, según lo que está escrito: Bendigan al Señor desde las fuentes de Israel (Salmo LXVII, 27). En los lugares de las almas gentiles, donde antes habitaban los dragones, habrá cañas y juncos, con los cuales se escribirá la fe del Señor, y en los cuales los miembros antes cansados descansarán; o habrá alegría de aves y rediles de rebaños: para que tomen alas de paloma, y dejando lo humilde, se apresuren a lo alto, y puedan decir con el salmista, El Señor es mi pastor, nada me faltará: en lugar de pastos allí me ha colocado: sobre aguas de reposo me ha conducido. Allí habrá un camino, y una vía purísima, que se llamará santa, y que dice de sí misma: Yo soy el camino (Juan XIV, 6), por el cual el impuro no podrá pasar. Por eso también en el salmo se dice, Bienaventurados los inmaculados en el camino (Salmo CXIII, 1). Y este camino será para nosotros, es decir, nuestro Dios, tan recto y llano y llano, que no tendrá error alguno: y los necios y tontos podrán entrar por él, a quienes en los Proverbios la Sabiduría habla: Si alguno es pequeño, venga a mí. Y a los insensatos les ha dicho, vengan y coman de mi pan, y beban del vino que he mezclado para ustedes. Dejen la infancia, y vivan, y caminen por los caminos de la prudencia (Prov. V, 4-6). Porque Dios eligió lo necio del mundo (I Cor. I): de cuyos necios el príncipe habla en el salmo, Dios, tú conoces mi insensatez. Y lo necio de Dios es más sabio que los hombres (Salmo LXVIII, 6). Por eso los LXX tradujeron: Y los que habían sido dispersados (I Cor. II), y separados de la sociedad del

Señor, de ninguna manera se extraviarán. Sigue, No habrá allí león: nuestro adversario el diablo, que anda rugiendo, cómo puede entrar en el redil del Señor (I Pedro V). Y las malas bestias, sus satélites, no subirán por él. Porque no se puede encontrar la huella de la serpiente en la roca. Pero caminarán por él los que hayan sido liberados de las cadenas del pecado, y redimidos por la sangre del Salvador, y hayan hecho penitencia; y vendrán a Sion, de la cual hemos dicho muchas veces: Se han acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial (Hebreos XII, 22); para que no busquemos al modo judío una Sion dorada, y una Jerusalén engastada de gemas, que según la profecía de Daniel, se ha disuelto en cenizas eternas (Daniel IX). Y habrá alegría eterna de los que alaban al Señor sobre sus cabezas, para que después de haber vencido al mundo, puedan decir con el Apóstol y el Profeta: He terminado la carrera, he guardado la fe, en adelante me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV, 7, 8): y, Señor, como con un escudo de tu buena voluntad nos has coronado (Salmo V, 13). Entonces, sucediendo el gozo y la alegría, huirán el dolor y el gemido, cuando venga de Sion quien libere. Todo esto lo interpretamos, según el apóstol Pablo, en el primer advenimiento del Salvador: pero los judíos y nuestros judaizantes lo refieren al segundo, por ocasión de un solo versículo, Convertirán y vendrán a Sion con alabanza, deseando la sangre de las víctimas, la servidumbre de todas las naciones, y la belleza de las esposas.

LIBRO UNDÉCIMO.

451-452 Es difícil, incluso imposible, agradar a todos: no hay tanta diversidad de rostros como de opiniones. En la explicación de los doce profetas he parecido más extenso a algunos de lo que debería; y por esta razón en los Comentarios de Daniel me he esforzado por ser breve, excepto en la última y penúltima visión, en las cuales me vi obligado a extenderme debido a la magnitud de la oscuridad: especialmente en la exposición de las setenta y dos y una semanas, en las cuales resumí brevemente lo que pensaron el cronista Africano, Orígenes, Eusebio de Cesarea, Clemente también presbítero de la Iglesia de Alejandría, y Apolinar de Laodicea. Hipólito, y los hebreos, y Tertuliano: dejando al juicio del lector qué elegir de entre muchos. Así que lo que hice por modestia al juzgar, y en honor a aquellos que iban a leer, tal vez no agrade a algunos, que no desean conocer las opiniones de los Antiguos, sino nuestra opinión. A los cuales es fácil responder, que no quise aceptar uno de tal manera que pareciera condenar a los demás. Y ciertamente, si estos hombres tan grandes y eruditos no agradan a los lectores exigentes, ¿qué habrían hecho conmigo, que por la pequeñez de mi ingenio estoy expuesto a las mordeduras de los envidiosos? Pero si he llamado a los hombres mencionados anteriormente maestros de la Iglesia, entiendan que no apruebo la fe de todos, que ciertamente son contrarios entre sí; sino que lo dije en distinción de Josefo y Porfirio, que han discutido mucho sobre esta cuestión. Y si en la exposición de la estatua y sus pies, y la discrepancia de los dedos, interpreté el hierro y el barro sobre el reino romano, que primero fuerte, luego débil, la Escritura predice, no me lo imputen a mí, sino al Profeta. Porque no se debe adular a los príncipes de tal manera que se descuide la verdad de las Escrituras sagradas, ni una discusión general es una injuria a una sola persona. Lo cual, cuando se evitaba con el estudio benévolo de los míos, fue repentinamente quitado por el juicio de Dios: para que se mostraran los estudios de los amigos hacia mí, y las insidias de los enemigos. Pero esto en otro momento: ahora continuemos con lo que hemos comenzado. El undécimo libro sobre Isaías, oh virgen de Cristo Eustoquio, porque va a disertar en gran parte sobre la historia, será más fácil al principio, y hasta dos de sus partes, el resto debe dictarse de manera similar: y así esforzarse por la brevedad, para que no haya daño a la comprensión.

(Cap. XXXVI.---Vers. 1 y ss.) Y sucedió en el año catorce del rey Ezequías, que Senaquerib, rey de Asiria, subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá y las tomó. Y envió el rey

de Asiria a Rabsaces desde Laquis a Jerusalén al rey Ezequías con una mano fuerte, y se detuvo en el acueducto del estanque superior, en el camino del campo del batanero. Y salió a él Eliacim hijo de Helcías, que estaba sobre la casa: y Sobna el escriba, y Joahe hijo de Asaf de los cronistas, y Rabsaces les dijo: Digan a Ezequías: Así dice el gran rey, el rey de Asiria: ¿Cuál es esta confianza en la que confías? o ¿con qué consejo y fortaleza te dispones a rebelarte? ¿en quién confías, que te has apartado de mí? He aquí que confías en este bastón de caña quebrada, sobre Egipto: en el cual si un hombre se apoya, entrará en su mano y la perforará: así es Faraón rey de Egipto para todos los que confían en él. Pero si me respondes, confiamos en el Señor nuestro Dios, ¿no es él aquel cuyos lugares altos y altares quitó Ezequías; y dijo a Judá y Jerusalén: Ante este altar adorarán? Y ahora entrégate a mi señor el rey de Asiria, y te daré dos mil caballos, y no podrás de ti mismo proporcionar jinetes para ellos. ¿Y cómo sostendrás la cara de un juez de uno de los siervos menores de mi señor? pero si confías en Egipto: y en carros, y en jinetes: y ahora, ¿acaso sin el Señor he subido a esta tierra para destruirla? El Señor me dijo: Sube a esta tierra y destrúyela. La historia es manifiesta, y no necesita interpretación: y más plenamente en los volúmenes de los Reyes y de los Días se refieren estas mismas cosas, que en el tercer año de Oseas hijo de Ela rey de Israel, reinó Ezequías hijo de Acaz rey de Judá. Veinticinco años, dice, tenía cuando comenzó a reinar, y reinó veintinueve años en Jerusalén, e hizo lo que era bueno ante el Señor, según todo lo que había hecho David su padre. Y poco después: En el Señor Dios de Israel confió, y después de él no hubo otro semejante a él, de todos los reyes de Judá, ni entre los que fueron antes de él: se adhirió al Señor, y no se apartó de sus caminos: e hizo sus mandamientos que el Señor había ordenado a Moisés: por lo cual el Señor estaba con él, y en todo lo que emprendía, se comportaba sabiamente (IV Reyes XVIII, 2, 7). Pero se rebeló contra el rey de Asiria, y no le sirvió: en cuyo sexto año de reinado, Salmanasar rey de Asiria tomó Samaria, y las diez tribus que se llamaban Israel; y las trasladó a los asirios, y las colocó en Hala y en el río Habor, en las ciudades de los medos (IV Reyes XVII, y XVIII). Pero después de siete años, es decir, en el año catorce de Ezequías, el rey de Asiria Senaquerib entró en Judá, y sitió sus ciudades fortificadas, queriendo tomarlas. Y mientras sitiaba Laquis, Ezequías le envió mensajeros, diciendo: He pecado, apártate de mí, y todo lo que me impongas, lo llevaré. Y habiendo pagado trescientos talentos de plata, y treinta de oro al mandato del rey, habiendo roto las puertas del Templo del Señor, y quitado sus láminas, que él mismo había fijado, el rey de Asiria envió a Tartan y Rabsaces desde Laquis al rey Ezequías con una mano fuerte a Jerusalén: quienes cuando subieron, llegaron a Jerusalén, y se detuvieron contra el acueducto del estanque superior, que está en el camino del campo del batanero, y llamaron al rey. Pero salió a ellos Eliacim hijo de Helcías, el mayordomo de la casa, y Sobna el escriba, y Joahe hijo de Asaf, de los cronistas; y Rabsaces les dijo: Hablen a Ezequías: Así dice el gran rey, el rey de Asiria, y las demás cosas que se contienen en la historia. En lo cual se debe considerar la arrogancia de Rabsaces, que como una especie de fortaleza contraria, imita la costumbre de los Profetas, para que lo que ellos suelen poner en los prólogos: Así dice el Señor, para mostrar la autoridad y magnitud del que habla, este ahora diga: Así dice el gran rey, el rey de Asiria. Pero salió a él Eliacim hijo de Helcías que era el mayordomo de la casa, y Sobna el escriba, y Joahe hijo de Asaf, de los cronistas. Este es Eliacim hijo de Helcías, de quien en la Visión del valle de Sion leímos antes (A cap. XXII, 20, 21): Llamaré a mi siervo Eliacim hijo de Helcías, y lo vestiré con tu túnica, y lo fortaleceré con tu cinturón, y pondré tu poder en su mano, y será como un padre para los habitantes de Jerusalén, y para la casa de Judá, y las demás cosas. Estas cosas se dicen a Sobna, que antes de él fue el mayordomo del Templo, de quien está escrito en la misma visión: Ve y entra al que habita en el tabernáculo, a Sobna el mayordomo del Templo (Ibid., 15), que los hebreos dicen que, aterrorizado por la amenaza de Rabsaces, entregó sus manos a los asirios, y traicionó la parte inferior de Jerusalén a los adversarios, y excepto la fortaleza de Sion y el Templo, no quedó nada más

que no tomara el asirio. Por lo cual se equivocan quienes piensan que Sobna, que ahora sale con Eliacim y Joahe a Rabsaces, es el mismo que el anterior. Allí Sobna es el mayordomo del Templo, que se dice que será capturado por los asirios: aquí Sobna es el escriba, es decir, γραμματεὺς, que en hebreo se llama SOPHER, y es homónimo del anterior. Pero Rabsaces, que habló en lengua hebrea, los judíos afirman que era hijo del profeta Isaías, que también fue traidor: y que el hijo dejado de Isaías se llamaba Jasub, que en nuestra lengua significa dejado. Otros piensan que era samaritano, y por eso sabía el idioma hebreo, y se atrevía a blasfemar tan audaz e impíamente al Señor. Consideremos, pues, las palabras de Rabsaces; y primero lo que dice: Confías en este bastón de caña quebrada, sobre Egipto, es falso: ninguna historia narra que Ezequías haya enviado a Egipto, y haya pedido la ayuda de Faraón. Y lo que añade: Si me respondes, confiamos en el Señor nuestro Dios, es verdad. Pero nuevamente une la mentira a la verdad, que Ezequías quitó sus lugares altos y altares. Esto no lo hizo contra Dios, sino por Dios; para que, destruida la idolatría y el antiguo error, ordenara adorar a Dios en Jerusalén, donde estaba su Templo: aunque leemos que por una pésima costumbre, en los montes y colinas, habiendo ya construido un altar, el pueblo ofrecía sacrificios a Dios. Y lo que, queriendo mostrar la escasez de los sitiados, promete dos mil caballos, de los cuales Ezequías no podría proporcionar jinetes, no proviene de la debilidad del pueblo de los judíos que carecía de la ciencia de montar: sino de la observancia de los mandamientos de Dios, que por Moisés había ordenado sobre el rey de Israel: No multiplicará para sí caballos: y no tendrá muchas esposas (Deut. XVII, 16, 17). Pero si no puedes sostenerme a mí, siervo de Senaquerib, que soy el menor de sus siervos, ¿cómo sostendrás el gran poder del rey? A lo que había dicho: Si me respondes que confías en el Señor Dios, respondió astuta y prudentemente, que no venía por su propia voluntad, sino por los mandamientos del Señor. El Señor me dijo: Sube a esta tierra y destrúyela. Y es un argumento: ciertamente sin la voluntad del Señor no podría haber venido aquí. Pero como he venido y he tomado muchas ciudades, y parte de Jerusalén permanece intacta, es evidente que he venido por su voluntad. Leí en el comentario de alguien que este mismo Senaquerib fue quien tomó Samaria, lo cual es completamente falso. La historia sagrada narra que primero el rey Phul de Asiria, bajo el rey Manahem de Israel, devastó las diez tribus. Segundo, Teglatfalasar bajo el rey Peka hijo de Remalías de Israel vino a Samaria. Tercero, Salmanasar bajo el rey Oseas de Israel tomó toda Samaria (IV Reyes XV, XVII). Cuarto fue Sargón, que conquistó Azoto (Isa. XX). Quinto, Asaradón que trasladó a Israel, envió a los samaritanos como guardianes a la tierra de Judá (IV Reyes XVII). Sexto, Senaquerib que bajo el rey Ezequías de Judá, habiendo tomado Laquis y otras ciudades de Judá, sitió Jerusalén (IV Reyes XVIII). Otros piensan que es uno y el mismo llamado por muchos nombres.

(Vers. 11 seqq.) Y dijo Eliacim, Sobna y Joahe al Rabsaces: Habla a tus siervos en lengua siria, porque la entendemos; no hables con nosotros en lengua judía a oídos del pueblo que está sobre el muro. Y les dijo el Rabsaces: ¿Acaso me ha enviado mi señor a tu señor y a ti para hablar estas palabras, y no más bien a los hombres que están sentados sobre el muro, para que coman sus excrementos y beban la orina de sus pies con vosotros? Y se puso de pie el Rabsaces, y clamó a gran voz en lengua judía, y dijo: Escuchad las palabras del gran rey, el rey de Asiria. Así dice el rey: No os engañe Ezequías, porque no podrá libraros, ni os haga confiar Ezequías en el Señor, diciendo: El Señor nos librará, esta ciudad no será entregada en manos del rey de Asiria. No escuchéis a Ezequías. Así dice el rey de Asiria. La acusación del Rabsaces es testimonio de Ezequías: que, confiando en el Señor, dijo al pueblo: No temáis, ni os asustéis del rey de Asiria y de toda la multitud que está con él, porque con nosotros hay muchos más que con él. Con él está el brazo de carne; con nosotros está el Señor nuestro Dios, que es nuestro ayudador y pelea por nosotros. Y el pueblo se fortaleció con estas

palabras de Ezequías, rey de Judá. Por eso el Rabsaces quiere destruir lo que él había construido; y habla al pueblo: No os engañe Ezequías, ni os haga confiar en el Señor Dios. Pero Eliacim, Sobna y Joahe humildemente suplican: Habla a tus siervos en lengua siria, porque la entendemos; y no hables con nosotros en lengua judía a oídos del pueblo que está sobre el muro, lo cual tiene este sentido: ¿Qué necesidad hay de perturbar al pueblo con terrores falsos y jactar una fuerza vana? Habla una lengua que el pueblo no entienda. Pues nosotros tenemos conocimiento de tu lengua y conocemos el idioma sirio, que es común a ambos. A lo que el Rabsaces, con arrogancia, dice: ¿Acaso me ha enviado mi señor a tu señor y a ti, y no más bien a los hombres que están sentados sobre el muro? Y aumentando el terror con amenazas, dice: para que coman sus excrementos y beban la orina de sus pies con vosotros, mostrando así que serán capturados por el hambre, la escasez y la sed. Y al mismo tiempo une la seducción al miedo: para que a quienes no venció con terror, los engañe con promesas y persuasión, diciendo según las palabras del rey de Asiria.

(Vers. 16-18.) Haced conmigo bendición, y salid a mí, y comed cada uno de su viña, y cada uno de su higuera, y bebed cada uno el agua de su cisterna: hasta que venga y os lleve a una tierra que es semejante a vuestra tierra: tierra de trigo y vino, tierra de pan y viñas. No os turbe Ezequías, diciendo: El Señor nos librará. ¿Acaso los dioses de las naciones han librado cada uno su tierra de la mano del rey de Asiria? Por lo cual en el libro de los Reyes se lee: Haced conmigo lo que es útil, y salid a mí (IV Reg. XVIII, 31). Por tanto, el sentido es el mismo. Haced, dice, lo que os sea provechoso y os beneficie en vuestra bendición. O bien dice esto: Bendecid al rey de Asiria, y alabadlo, y confesad al Señor, para que recibáis recompensas, y hasta que regrese de Egipto, o después de haber capturado Lobna, vuelva, habitad en vuestra ciudad; y disfrutad de vuestras posesiones. Después vendré y os trasladaré a una tierra que es semejante a vuestra tierra, de trigo, vino y aceite. No menciona el nombre de la región, porque no podía encontrar una igual a la tierra de la promesa: pero promete semejanza. Pues cada uno desea aquello en lo que ha nacido. Algunos piensan que se les promete la tierra de Media, que tenía semejanza con la tierra de Judá, tanto en situación como en frutos. Y lo que añade.

(Vers. 19 seqq.) ¿Dónde está el dios de Hamat y Arfad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim? ¿Acaso han librado a Samaria de mi mano? ¿Quién de entre todos los dioses de estas tierras ha librado su tierra de mi mano, para que el Señor libre a Jerusalén de mi mano? Y callaron, y no le respondieron palabra. Pues el rey les había mandado: No le respondáis. Esto muestra que todos estos dioses eran servidos por Samaria, y por eso fue capturada. Pero si, dice, con tantos dioses presidiendo, vencimos fácilmente a las diez tribus, ¿cuánto más a vosotros, o más bien a Jerusalén sola, con un solo Dios presidiendo, la venceremos más fácilmente? Y todo el pueblo calló, y no le respondió nada. Pues habían recibido el mandato del rey de no responderle. Verdaderamente justo Ezequías, actuando fielmente en todo y con consejo. Por eso había mandado no responder al blasfemo asirio, para no provocarlo a mayores blasfemias. Por lo cual está escrito: No enciendas los carbones del pecador (Ecl. VIII, 13); y en el salmo leemos: Cuando el pecador se levantó contra mí, enmudecí, y me humillé, y callé sobre lo bueno (Sal. XXXVIII, 23); y de nuevo: Pon, Señor, guarda a mi boca, y puerta fuerte a mis labios: no inclines mi corazón a palabras de maldad (Sal. CXL, 3).

(Cap. XXXVII. Vers. 1 seqq.) Y entró Eliacim hijo de Helcías, que estaba sobre la casa, y Sobna escriba y Joahe hijo de Asaf cronista a Ezequías con las vestiduras rasgadas, y le anunciaron las palabras del Rabsaces. Y sucedió que cuando el rey Ezequías lo oyó, rasgó sus vestiduras, se cubrió de saco, y entró en la casa de Dios. Y envió a Eliacim, que estaba sobre la casa, y a Sobna escriba, y a los ancianos de los sacerdotes cubiertos de sacos a Isaías hijo de Amós profeta, y le dijeron: Así dice Ezequías: Día de tribulación, de corrección y de

blasfemia es este día, porque los hijos han llegado hasta el parto, y no hay fuerza para dar a luz. Si acaso oiga el Señor tu Dios las palabras del Rabsaces, a quien envió el rey de Asiria su señor para blasfemar al Dios viviente, y reprochar con palabras que ha oído el Señor tu Dios. Levanta, pues, oración por el remanente que ha quedado. Y vinieron los siervos del rey Ezequías a Isaías: y les dijo Isaías: Así diréis a vuestro señor: Así dice el Señor: No temas por las palabras que has oído, con las que me han blasfemado los siervos del rey de Asiria. He aquí que yo le daré un espíritu, y oirá un rumor, y volverá a su tierra, y haré que caiga por la espada en su tierra. Dejando lo evidente, discutamos solo aquello en lo que hay un sentido oculto. Rasgan las vestiduras porque oyen al Rabsaces blasfemar. Y el mismo rey rasga sus vestiduras, porque creía que era por sus pecados y los del pueblo que el Rabsaces había llegado hasta la puerta de Jerusalén y había hablado tales cosas contra el Señor. Por eso el sumo sacerdote, creyendo que el Salvador había blasfemado, rasgó sus vestiduras (Mat. XXVI); y Pablo y Bernabé, cuando los licaonios les ofrecían culto divino, rasgaron sus vestiduras (Hech. XIV). Por tanto, por el culto real se cubrió de saco; y yendo del palacio al Templo, envió a Eliacim el sumo sacerdote, y a Sobna escriba, y a los ancianos de los sacerdotes a Isaías hijo de Amós profeta. En esto se debe considerar la humildad y prudencia del rey. Él mismo va al Templo; envía a los príncipes del pueblo y a los ancianos de los sacerdotes, no con vestiduras sacerdotales, sino cubiertos de cilicio, a Isaías hijo de Amós profeta. Por lo cual en el libro de los Reyes se lee: Él mismo se cubrió de saco, y entró en la casa del Señor, y envió a Eliacim, que estaba sobre la casa, y a Sobna escriba, y a los ancianos de los sacerdotes cubiertos de sacos a Isaías profeta hijo de Amós (IV Reg. XIX, 1, 2). Aquí, porque Isaías escribía la historia de sí mismo, no se llamó a sí mismo profeta, sino hijo del profeta; allí, porque otro era el escritor de la historia, lo llama profeta. Lo mismo leemos del evangelista Mateo, que él mismo se llamó publicano (Mat. IX); pero los otros evangelistas callaron el nombre de publicano y solo pusieron la dignidad apostólica; y que en las listas de los apóstoles, en su propio evangelio es segundo, pero en los otros es primero. Y dijeron, dice, a él: Así dice Ezequías, no el rey, no hinchado con el nombre del imperio: Día de tribulación, de corrección y de blasfemia es este día: de nuestra tribulación, de la corrección de Dios, de la blasfemia de los enemigos. Y pone la similitud de una mujer parturienta y doliente, que ha llegado hasta el parto y no puede dar a luz, ni decir: Por tu temor, Señor, concebimos, y tuvimos dolores, y dimos a luz el espíritu de salvación. Sigue: Si acaso oiga el Señor tu Dios las palabras del Rabsaces (Is. XXVI, 18, según LXX). Pues no nos atrevemos a llamar al Señor de todos nuestro Señor, ya que, estando enojado, sufrimos tanto; pero decimos tu Señor. Y tenemos esta confianza de venganza: porque el Dios viviente es blasfemado por el adorador de ídolos muertos. Y reprocharon con palabras que ha oído el Señor tu Dios: Levanta, pues, oración, nuestra oración caída: no por todo el pueblo que ya ha perecido, sino por el remanente que está sitiado, y cuando vinieron los siervos del rey Ezequías a Isaías: de nuevo calló el nombre del profeta, para mantener la humildad comenzada. Y los previno Isaías: pues con el mismo espíritu con que conocía el futuro, también había oído al rey ausente: y dice qué debían responder a su señor, humillados en esta confianza de conciencia. Decid, dice, a vuestro señor, que es vuestro señor; pues mío, esto dice el Señor: No temas las palabras con las que no tú, sino yo he sido blasfemado. Ni digo todo lo que haré al rey de Asiria, para no parecer que me jacto de mi poder; sino que se le dará un espíritu no de Dios, sino adversario. Y al oír un rumor, volverá a su tierra, y caerá en ella por la espada, para que oiga dos cosas que deseaba Ezequías: que sería liberado del asedio y del peligro, y que el rey enemigo y airado moriría en su tierra. Si alguien pregunta por qué en el libro de la profecía parece mezclada la historia que está escrita en los libros de los Reyes y de las Crónicas, considere que la profecía está unida a la historia, tanto sobre la liberación de la ciudad, como sobre la muerte del asirio, y sobre el regreso del sol diez grados, y los quince años añadidos, lo cual es tanto de la profecía como de la historia.

(Vers. 8 seqq.) Pero el Rabsaces, al regresar, encontró al rey de Asiria peleando contra Lobna: pues había oído que había partido de Laquis. Y oyó acerca de Taraca, rey de Etiopía, diciendo: Ha salido para pelear contra ti. Cuando lo oyó, envió mensajeros a Ezequías diciendo: Así diréis a Ezequías, rey de Judá, hablando: No te engañe tu Dios, en quien confías, diciendo: No será entregada Jerusalén en manos del rey de Asiria. He aquí que has oído todo lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras que han destruido, ¿y tú podrás ser liberado? ¿Acaso los dioses de las naciones que mis padres destruyeron, Gozán, Harán, Resef, y los hijos de Edén que estaban en Telasar, los libraron? ¿Dónde está el rey de Hamat, el rey de Arfad, y el rey de la ciudad de Sefarvaim, Ana y Ava? Con las mismas palabras y el mismo sentido está escrito en el libro de los Reyes y de las Crónicas, que el Rabsaces, según la voluntad del Señor, dejó el asedio de Jerusalén y fue a su señor, a quien, ya sea que Laquis fuera abandonada o capturada, había sabido que iba a atacar Lobna. También Senaquerib, al oír que Taraca, rey de los etíopes, le hacía la guerra, salió al encuentro del que venía, y no obstante envía mensajeros a Ezequías, y cartas, para que a quienes aún no había capturado con la fuerza, los aterrorizara con palabras. Y como había dicho al pueblo: No te engañe Ezequías (IV Reg. XVIII, 29): con la misma blasfemia habla al rey: No te engañe tu Dios (IV Reg. XIX, 10). Y pone ejemplos de sus mayores, que así como los otros dioses no pudieron librar sus tierras de sus manos, así tampoco Jerusalén será librada. En la enumeración de las otras naciones pone ANA () y AVA (), que los LXX mezclaron diciendo, anavegava, y la conjunción, y, es decir, vau entre las dos naciones Ana y Ava, en lengua hebrea, para que a los ignorantes les parezca una sola nación o ciudad. Pasamos por alto lo manifiesto, para detenernos en lo dudoso. Que el rey de Asiria, Senaquerib, luchó contra los egipcios y sitió Pelusio: y ya con los terraplenes construidos para tomar la ciudad, vino Taraca, rey de los etíopes, en ayuda, y en una noche cerca de Jerusalén ciento ochenta y cinco mil del ejército asirio cayeron por la peste, lo narra Heródoto, y muy plenamente Beroso, escritor de la historia caldea, cuya veracidad debe buscarse en sus propios libros.

(Vers. 14 seqq.) Y Ezequías tomó las cartas de mano de los mensajeros, y las leyó: y subió a la casa del Señor, y las extendió delante del Señor, y oró al Señor diciendo: Señor de los ejércitos, Dios de Israel, que te sientas sobre los querubines, tú eres el único Dios de todos los reinos de la tierra: tú hiciste el cielo y la tierra. Inclina, Señor, tu oído y oye: abre, Señor, tus ojos y ve, y oye todas las palabras de Senaquerib, que ha enviado para blasfemar al Dios viviente. Verdaderamente, Señor, los reyes de Asiria han desolado las tierras y sus regiones: y han entregado sus dioses al fuego: porque no eran dioses, sino obra de manos de hombres, madera y piedra; y los han destruido. Y ahora, Señor nuestro Dios, sálvanos de su mano: y que todos los reinos de la tierra conozcan que tú eres el único Dios. Contra las blasfemias del rey Senaquerib, Ezequías tomó las armas habituales. Y de nuevo va al Templo, y extiende sus cartas delante del Señor. Antes había callado, pues no se atrevía, aterrorizado por el temor del Señor, a abrir su boca en el Templo, ni a derramar oraciones libres a Dios. Ahora, sin embargo, porque ya había oído a Isaías diciendo: No temas por las palabras que has oído, con las que me han blasfemado los siervos del rey de Asiria, y demás: audazmente suplica al Señor, y afirma que solo Dios es el viviente: lo cual entendemos que los ídolos son imágenes de muertos. Y lo que añade: Verdaderamente, Señor, los reyes de Asiria han desolado las tierras y sus regiones: y han entregado sus dioses al fuego: porque no eran dioses, sino obra de manos de hombres, madera y piedra: y los han destruido, se prueba con muchas historias, que escriben que los reyes de Persia vinieron a Grecia, y subvirtieron y saquearon los templos de los griegos: y pide venganza, para que por su ocasión todos los reinos conozcan que solo él es Dios, que puede liberar a los suyos del peligro.

(Vers. 21 seqq.) Pero Isaías hijo de Amós envió a Ezequías diciendo: Así dice el Señor Dios de Israel: por lo que me has rogado acerca de Senaquerib, rey de Asiria, esta es la palabra que el Señor ha hablado sobre él: Te ha despreciado y se ha burlado de ti la virgen hija de Sion: tras de ti movió la cabeza la hija de Jerusalén. ¿A quién has reprochado, y a quién has blasfemado, y contra quién has levantado la voz, y alzado la altivez de tus ojos, contra el Santo de Israel? En mano de tus siervos has reprochado al Señor y has dicho: Con la multitud de mis carros he subido a la altura de los montes, a los lomos del Líbano, y cortaré los altos cedros de él, y las escogidas hayas de él, y entraré a la altura de su cumbre, al bosque de su Carmelo. Yo he cavado, y he bebido agua: y con la huella de mi pie he secado todos los ríos de los terraplenes. Porque Ezequías ha suplicado al Señor tan audazmente, y no envió a Isaías, como había enviado antes, el profeta no va a él, sino que envía mensajeros para que le digan con palabras de Dios: Sobre Senaquerib, contra quien ruegas, esta es la sentencia del Señor: La virgen Sion, y la hija de Jerusalén (que por eso se llama virgen y hija, porque mientras todas las naciones adoran imágenes de hombres muertos, esta sola conserva la castidad de la religión de Dios, y el culto de una sola divinidad) se ha burlado de ti y te ha despreciado; y la que no te respondió en presencia para no incitarte a mayor blasfemia, tras de ti movió su cabeza, segura de la venganza, confiada en el castigo. Y esto ha dicho: No contra mí, sino contra el Señor has sido soberbio: ni tú mismo, sino por tus siervos, para que sea mayor la arrogancia del blasfemo. Pues has dicho que con la multitud de tus carros subirías a la altura de los montes, y a los lomos del Líbano, y cortarías los altos cedros y hayas de él. Lo cual debemos entender metafóricamente de todas las naciones y sus príncipes, o de Jerusalén, que se interpreta Líbano, para que sus cedros y hayas se refieran a los poderosos y nobles: y la altura de su cumbre y el bosque de su Carmelo se refieran al Templo. Pues él mismo había dicho antes: ¿Acaso no has oído lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras que han subvertido? por tanto, tampoco tú podrás ser liberado. Y lo que añade: Yo he cavado y he bebido agua, y con la huella de mi pie he secado todos los ríos de los terraplenes, según la historia puede entenderse que por la multitud del ejército, ha secado todos los manantiales, de modo que se ha visto obligado a cavar pozos para sí. Según la interpretación: que ha devastado a todos los pueblos, que a veces se describen bajo el nombre de aguas, con su ejército. Por lo cual solo los Setenta tradujeron, y he puesto puente, y he desolado las aguas, y toda la congregación de aguas: lo cual significa que ninguna nación le fue inaccesible, sino que sobre todas las aguas de los pueblos ha pisado con su pie.

(Vers. 26 seqq.) ¿Acaso no has oído lo que desde antiguo he hecho con él? Desde los días antiguos lo formé, y ahora los he traído, y se ha convertido en la erradicación de colinas combatientes y ciudades fortificadas. Sus habitantes, con mano acortada, temblaron y se confundieron: se convirtieron como hierba del campo, y pasto de pradera, y hierba de techos que se seca antes de madurar. Conozco tu morada, tu salida y tu entrada, y tu locura contra mí, cuando te enfurecías contra mí. Tu soberbia ha llegado a mis oídos, por lo tanto pondré un anillo en tus narices y un freno en tus labios: y te haré volver por el camino por el que viniste. Estas palabras deben ser entendidas como de parte de Dios contra las palabras del asirio, que a su blasfemia así respondió el Señor: ¿Acaso ignoras que lo que has hecho, lo has hecho por mi voluntad, y yo predije que esto sucedería, y te mandé que lo hicieras? Así que lo que decreté hace tiempo, se ha cumplido en este tiempo, para que las colinas, es decir, los príncipes que antes luchaban entre sí, y las ciudades más fortificadas, al contraer yo mi mano y no brindar la ayuda habitual, fueran erradicadas y temblaran, y perecieran: y se compararan, no con olivos y viñas, y árboles fructíferos, sino con hierba y pasto, y hierbas de techos, que son un obstáculo para los frutos y se marchitan antes de llegar a la madurez. Así que también conocí tu morada, tu salida y tu entrada, y la locura con la que ibas a despotricar contra mí, lo

hablé a través de los profetas (Sab. cap. XIII, 4): por quienes supe que dirías: Subiré al cielo: sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, y seré semejante al Altísimo. Así que tu furia y tu soberbia han llegado a mis oídos, y no te soportaré más, para que entiendas que lo que pudiste no lo lograste con tus fuerzas, sino por mi voluntad. Porque las naciones impías y los árboles infructuosos merecían ser cortados y caer por ti, como mi hacha y mi sierra. Así que pondré un anillo, o un freno en tus narices, para que cierre las bocas blasfemas, y no te atrevas a hablar más de estas cosas: y pondré un freno en tus labios, que dome tu ferocidad, y te haga volver a los asirios. Esta metáfora también se usa en los Salmos contra los impíos: Con freno y con anillo constriñe sus mandíbulas, los que no se acercan a ti (Sal. XXXI, 12).

(Vers. 30 seqq.) Pero para ti esto será una señal: Come este año lo que nace espontáneamente, y en el segundo año come de los frutos: pero en el tercer año siembra, y cosecha, y planta viñas, y come de sus frutos. Y lo que se salve de la casa de Judá, y lo que quede, echará raíz hacia abajo, y dará fruto hacia arriba, porque de Jerusalén saldrán los restos, y la salvación del monte Sion. El celo del Señor de los ejércitos hará esto. Todo esto el Profeta lo dice a través de mensajeros a Ezequías, lo que Senaquerib dijo, lo que el Señor le respondió: ahora se dirige a él mismo, para que no dude de lo que se ha dicho que vendrá. Y por eso, sobre todo, los profetas tenían credibilidad entre el pueblo: porque no solo hablaban de lo que sucedería muchos siglos después, sino también de lo que se cumpliría en el presente y en poco tiempo: y que dentro de dos años, el rey de Asiria perecería, y la seguridad sería devuelta a la ciudad de Jerusalén. Esto será, dice, la señal de lo que predigo que vendrá, que este año comas lo que nace espontáneamente. O según los LXX lo que sembraste antes. Pero en el segundo año, según Símaco, come de los frutos: o según los mismos, lo que brote de las cosechas pasadas, y de la semilla que cae en la tierra. Pero en el tercer año, ya expulsado el asirio y levantado el asedio, siembra, y cosecha, y planta viñas, y come de sus frutos. Porque los restos de esta pequeña ciudad, que ahora está rodeada por un ejército hostil y no creen que se salvarán, recibirán tal abundancia y felicidad de todas las cosas, que se llenarán de frutos densos como un árbol de raíz profunda. Porque de Jerusalén, y del monte Sion saldrán los restos, y llenarán la tierra de Judá, no por su mérito, sino por la misericordia de Dios, más bien por el celo que ha tenido contra los impíos por su pueblo.

(Vers. 33, 34.) Por eso dice el Señor sobre el rey de Asiria. No entrará en esta ciudad, y no lanzará allí una flecha, ni la ocupará con escudo, y no levantará un terraplén alrededor de ella. Por el camino que vino, por él volverá, y no entrará en esta ciudad, dice el Señor: y protegeré esta ciudad, y la salvaré por mí, y por David mi siervo. Vuelve al tema, y después de la esperanza de lo que vendrá, disipa el miedo presente. Porque no había tanta alegría por lo que prometió que vendría mucho después, como preocupación por lo inminente. Pero lo que dice que el asirio se retirará, y no levantará contra Jerusalén el escudo, ni lanzará dardos, ni la ciudad será rodeada de fortificaciones y terraplén, y que el adversario volverá por el camino que vino, y que la ciudad será liberada del asedio presente, y finalmente añade: por mí y por David mi siervo, significa que no serán conservados por su mérito, sino por la clemencia de Dios, más bien por la memoria de su padre David. En lo cual se les advierte tanto de su negligencia, como de la fe y justicia de él, que Dios ama tanto la justicia, que incluso protege a los descendientes de los hombres santos, no por su mérito, sino por la virtud de sus mayores.

(Vers. 36 seqq.) Pero salió el Ángel de Dios, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil: y se levantaron por la mañana, y he aquí todos cadáveres de muertos. Y salió y se fue, y Senaquerib rey de Asiria regresó, y habitó en Nínive. Y sucedió que mientras adoraba en el templo de Nesrac su dios, Adramelec y Sarasar, sus hijos, lo mataron con la espada: y huyeron a la tierra de Ararat; y Asaradón su hijo reinó en su lugar. Ciento ochenta y

cinco mil hombres valientes son muertos por un solo Ángel, en una noche, y sin heridas visibles, la muerte cruel recorre, expulsando las almas de los cuerpos, por la voluntad de Dios. Sobre esto se lee en las Crónicas: Y el Señor envió un Ángel, que mató a todo hombre fuerte, y guerrero, y príncipe del ejército del rey de Asiria: y regresó con ignominia a su tierra (II Crón. XXXII, 24). Quien fue preservado para que conociera el poder de Dios, y cerrara las bocas blasfemas: y se convirtiera en testigo de aquella majestad, a quien poco antes había despreciado. Pero lo que añade: Y se levantaron por la mañana, podemos entenderlo de los israelitas, o de los restos de su ejército: aunque está escrito en el libro de los Reyes, que cuando el mismo rey se levantó al amanecer, vio todos los cuerpos de los muertos (III Reyes XIX). También Faraón es preservado en las diez plagas de Egipto, para que perezca al final: lo que también le sucedió a este. Pues cuando regresó a Nínive, la primera ciudad de su reino, y adoraba en el templo de Nesrac su dios, como si hubiera obtenido la victoria sobre sus enemigos, y entraba triunfante y jubiloso en el santuario de su ídolo, el despreciador del verdadero Dios es asesinado en el templo de su falso dios: y no muere por la espada del Ángel, lo que era común con muchos, sino por el parricidio de sus hijos. Quienes, después de huir a la tierra de Ararat, que se entiende como Armenia, Asaradón sucedió en el lugar de su padre, a quien la Escritura testifica que envió habitantes a Samaria; para que la tierra no quedara desierta. Ararat es una región en Armenia llana, por la que fluye el Araxes, de increíble fertilidad, a los pies del monte Tauro, que se extiende hasta allí. Por lo tanto, el Arca en la que Noé fue liberado con sus hijos, al cesar el Diluvio, no fue llevada a los montes de Armenia en general, que se llama Ararat, sino a los montes más altos del Tauro, que dominan los campos de Ararat.

(Cap. XXXVIII.---Vers. 1 seqq.) En aquellos días Ezequías enfermó de muerte: y entró a él Isaías hijo de Amós el Profeta, y le dijo: Así dice el Señor: Dispón tu casa, porque morirás y no vivirás. Y Ezequías volvió su rostro hacia la pared, y oró al Señor, y dijo: Te ruego, Señor, recuerda, por favor, cómo he caminado delante de ti en verdad, y con corazón perfecto, y he hecho lo que es bueno a tus ojos: y Ezequías lloró con gran llanto. A quien el Señor ama, corrige, y castiga a todo hijo que recibe (Prov. III). Para que no se elevara el corazón de Ezequías después de triunfos increíbles, y de la victoria en medio de la cautividad, es visitado con la enfermedad de su cuerpo, y escucha que va a morir, para que vuelto al Señor cambie su sentencia. Lo cual también leemos en el profeta Jonás, y en las amenazas contra David que se dicen que sucederán, pero no sucedieron, no porque Dios cambie de opinión, sino porque provoca al género humano al conocimiento de sí mismo. Porque el Señor se arrepiente de las maldades. Y Ezequías volvió su rostro hacia la pared, porque no podía ir al Templo. Hacia la pared del Templo, junto a la cual Salomón había construido el palacio. O simplemente hacia la pared, para no mostrar sus lágrimas a los que estaban sentados. O ciertamente según Jeremías, hacia su corazón; quien CIR (), es decir, pared, llama corazón, para que con toda su mente suplicara al Señor. Y dijo: Te ruego, Señor, recuerda, por favor, cómo he caminado delante de ti en verdad, y con corazón perfecto, y he hecho lo que es bueno a tus ojos. Y al escuchar que iba a morir, no pide vida y muchos años, sino que deja en el juicio de Dios lo que quiere que se le conceda. Porque sabía que Salomón había agradado a Dios porque no pidió más años de vida; pero yendo al Señor, narra sus obras, cómo había caminado delante de él en verdad y con corazón perfecto. Feliz conciencia, que en tiempo de aflicción recuerda las buenas obras: Porque bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Y cuando en otro lugar se escribe: ¿Quién se gloriará de tener puro su corazón? (Prov. XX, 9). Lo cual se resuelve así: se dice ahora perfección del corazón en que destruyó los ídolos, derribó los vasos del templo de Baal, rompió la serpiente de bronce, y hizo las demás cosas que la Escritura menciona. Pero lloró con gran llanto, por la promesa del Señor a David, que veía que con su muerte se perdería. Porque en ese tiempo Ezequías no tenía hijos;

pues después de su muerte Manasés, cuando tenía doce años, comenzó a reinar en Judá. De lo cual es evidente que después del tercer año de la vida concedida Manasés fue engendrado. Por lo tanto, todo este llanto es porque desesperaba de que Cristo naciera de su linaje. Otros afirman, aunque los hombres santos se aterran con la muerte, por la incertidumbre del juicio, y la ignorancia de la sentencia de Dios, qué lugar habrán de ocupar. Al mismo tiempo se resuelve la cuestión del destino, y los lazos de la necesidad y de las causas, que de ninguna manera el día de la muerte está fijado para cada uno, sino que por la voluntad de Dios y causas desconocidas para los mortales, alguien vive o muere: especialmente cuando la necesidad establecida de la muerte se pospone, y hemos leído de muchos resucitados después de la muerte.

(Vers. 4 seqq.) Y fue la palabra del Señor a Isaías diciendo: Ve y di a Ezequías: Así dice el Señor Dios de David tu padre: He oído tu oración, he visto tus lágrimas. He aquí que añadiré a tus días quince años, y te libraré de la mano del rey de Asiria y a esta ciudad, y la protegeré. Esto será para ti una señal del Señor: porque el Señor hará esta palabra que ha hablado: He aquí que haré volver la sombra de las líneas por las que había descendido en el reloj de Acaz en el sol hacia atrás diez líneas: y el sol volvió diez líneas por los grados que había descendido. En un orden inverso, como en profecía, aquí se refiere la historia, que en el libro de los Reyes se lee más consecuentemente. Llorando Ezequías con gran llanto, antes de que Isaías saliera de la mitad del atrio, fue la palabra del Señor a él, diciendo: Vuelve, y di a Ezequías, príncipe de mi pueblo: He oído tu oración, y he visto tu lágrima: He aquí que te he sanado. Y Ezequías dijo a Isaías: ¿Cuál será la señal de que el Señor me sanará? (IV Reyes XX, 4 y 5). A lo cual el Profeta respondió: Esto será una señal del Señor de que el Señor hará la palabra que ha hablado: ¿Quieres que la sombra avance tantas líneas, o que retroceda tantos grados? A lo cual Ezequías dijo: Es fácil que la sombra crezca diez líneas, no quiero que eso suceda; sino que retroceda hacia atrás diez grados. Y cuando Isaías invocó el poder del Señor, y la señal se hizo, Isaías ordenó traer una masa de higos frescos: que cuando la trajeron, y la pusieron sobre su herida, fue curado. El Profeta vuelve al rey por orden del Señor, para que él mismo sane al que había herido; y Ezequías es llamado príncipe de su pueblo, e hijo de David, cuyas obras seguía, pues había hecho lo recto según todo lo que hizo David su padre: y su oración es escuchada, y sus lágrimas vistas, porque había caminado delante del Señor en verdad y con corazón perfecto, y había llorado con gran llanto; y había hecho lo que era agradable a sus ojos. Se añaden quince años a su vida, que él no había pedido, y además, mientras él viviera, se promete la seguridad del reino. Pero si, como algunos piensan, vivir en el cuerpo es una condena, y según lo que se dice: Vuelve, alma mía, a tu descanso (Sal. CXIV, 7). Y en otro lugar: Saca de la cárcel mi alma (Sal. CXLI, 8), se debe desear la muerte para ser liberados de la cárcel: ¿cómo ahora el Señor concede como un beneficio, que quien iba a ser liberado, viva aún quince años en la cárcel? Pero se da una señal, para que el sol retroceda diez grados, que nosotros según Símaco traducimos en líneas y reloj, quien entendió los grados en líneas, para hacer más claro el sentido a los lectores. O bien los grados estaban construidos de tal manera mecánicamente, que por cada uno la sombra descendente marcaba los espacios de las horas. Esta señal era tanto del tiempo presente como un tipo del futuro; para que así como el sol retrocediera a su comienzo; así también la vida de Ezequías volviera a los años que había tejido; y para nosotros que vivimos en la semana y la octava, por la resurrección de Cristo, se prolonguen los espacios de vida. Los guías de los Lugares Santos en esta provincia suelen mostrar dentro del recinto del Templo los grados de la casa de Ezequías, o de Acaz, por los que el sol descendió. Pero nunca creeré, no digo de Acaz, que fue un rey impío; sino de la casa de cualquier rey justo que estuviera en el Templo de Dios: cuando se dice que Salomón ofendió a Dios entre otras

cosas porque construyó en alto a Mello, desde donde solía mirar el atrio del Templo, paseando en la torre del palacio (III Reyes IX).

(Vers. 9.) Escritura de Ezequías rey de Judá cuando enfermó y se recuperó de su enfermedad. LXX. Oración de Ezequías rey de Judá cuando enfermó, y se levantó de su enfermedad. Me sorprende cómo solo los Setenta pusieron oración en lugar de escritura, cuando oración se dice THEPHELLATH (), y no MACHTHAR (). que se escribe en el presente lugar; de lo contrario, se diría consecuentemente oración, si fuera del tiempo presente, y no del pasado. Porque es evidente que después de recibir la salud, al levantarse de la enfermedad escribió esto, por lo cual no es una oración, sino una acción de gracias por el beneficio recibido.

(Vers. 10 seqq.) Yo dije en la mitad de mis días, iré a las puertas del infierno: busqué el resto de mis años. Dije, no veré al Señor Dios en la tierra de los vivientes: no miraré más al hombre y al habitante de la tranquilidad. Mi generación ha cesado: ha sido quitada y enrollada de mí como tienda de pastores. Mi vida ha sido cortada como por un tejedor: mientras aún comenzaba, me cortó: de la mañana hasta la tarde me acabarás. Esperaba hasta la mañana: como un león, así quebrantó todos mis huesos. De la mañana hasta la tarde me acabarás. LXX Yo dije en lo alto de mis días, iré a las puertas del infierno: dejaré los años restantes: dije, de ninguna manera veré más la salvación de Dios en la tierra de los vivientes, ni veré más al hombre con los habitantes: desfallecer de mi parentela. Salió y se apartó de mí, como quien desarma una tienda: como tela mi espíritu se apartó, cuando es cortado por el tejedor. En ese día fui entregado hasta la mañana: como un león, así quebrantó todos mis huesos. De día hasta la noche fui entregado. Narra lo que en tiempo de angustia apremiante y enfermedad inminente, pensó en silencio; Dije, dice, en mi corazón, en la mitad de mis días, o como Aquila, Symmachus y Theodotion interpretaron, en la debilidad y silencio de mis días, por lo cual LXX interpretaron alto, debido a la similitud de las letras, leyendo RAME () por DAME (), aunque algunos tradujeron DAME, sangre, para que el sentido sea, En la sangre de mis días, cuando mi sangre y mi destrucción eran esperados. Así que en desesperación dije: Iré a las puertas del infierno, ya sea por la ley común de la naturaleza, o aquellas puertas, de las cuales el Salmista canta que fue liberado, Tú que me levantas de las puertas de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion (Sal. IX, 15). Creo que estas son las puertas del infierno, que no prevalecen contra Pedro (Mat. XVI), porque durmió en la plenitud de sus días. Los santos llenan sus días, como fue Abraham, quien murió lleno de días en buena vejez (Gen. XXV). Pero los pecadores e impíos mueren en la mitad de sus días, de los cuales también habla el Salmista: Los hombres de sangre y engaño no llegarán a la mitad de sus días (Sal. LIV, 25). Pues no cumplen las obras de las virtudes, ni se esfuerzan en la penitencia para enmendar sus delitos. Por lo tanto, en medio del curso de la vida, y en las tinieblas de los errores, serán llevados al tártaro. Busqué, dice, el resto de mis años, no pensando que viviría más. Dije, no veré al Señor Dios en la tierra de los vivientes. Por Señor y Señor, dos veces en hebreo se pone IA (), que suena en la última sílaba de ALELUYA (), por lo cual LXX tradujeron De ninguna manera veré más la salvación de Dios en la tierra de los vivientes. De la cual en otro lugar está escrito: Agradaré al Señor en la región de los vivientes (Sal. CXIV 9). Y de nuevo: Agradaré al Señor en la luz de los vivientes (Sal. LV, 9). Por lo tanto, la región de los Santos es la que se llama luz de los vivientes. Pues no es Dios de muertos, sino de vivos (Mat. XXII). Esto es todo lo que teme, que no merezca ver la salvación de Dios, llevado al infierno. Sigue: No miraré más al hombre y al habitante de la tranquilidad. Lo que antes unimos al siguiente versículo debido a la ambigüedad de la palabra; pues el término hebreo HOLED, si se lee, o se escribe ELED (), significa descanso: si EDEL (), significa Occidente. Teme, por lo tanto, no habitar con los santos y hombres de Dios en la tranquilidad, no ver al Señor en la tierra de los vivientes, que

su generación se disuelva como una tienda, que sea cortada en el inicio de la luz como una tela, y que de su semilla no nazca Cristo. Que nuestro cuerpo sea llamado tienda, también lo enseña el Apóstol diciendo: Nosotros que estamos en esta tienda, gemimos agobiados (II Cor. V, 4). De la mañana, dice, hasta la tarde me acabarás: esperaba hasta la mañana: lo que también Job en su angustia y tormentos del cuerpo dice haber soportado (Job. IV), cuando en el día esperaba la noche, y aguardaba la luz en las tinieblas, pensando que con el cambio de tiempos podrían cambiar los sufrimientos. Esto lo sabe quien arde con grandes fiebres, cuyo fuego interno consume todos sus huesos como un león, y no cree que por la magnitud del dolor vivirá más.

(Vers. 15.) Como un polluelo de golondrina, así clamaré: meditaré como una paloma: se han debilitado mis ojos mirando hacia lo alto. Señor, sufro violencia; responde por mí: ¿qué diré o qué me responderá cuando él mismo lo haya hecho? LXX: Como una golondrina así clamaré: como una paloma así meditaré. Pues mis ojos han desfallecido mirando hacia lo alto del cielo al Señor: quien me libró, quitó el dolor de mi alma, y él mismo lo hizo. La muerte inminente, y el dolor de la enfermedad que se cierne, como un león así quebraba todos los huesos de mi cuerpo; pero yo en semejanza de golondrina y paloma, con llantos y gemidos unía días y noches; y solo de Dios, quien podía socorrer, con los ojos elevados al cielo, esperaba ayuda. Y le decía: sufro más de lo que mis méritos piden; pero si he errado en algo, me convertiré a lo mejor; tú responde por mí: No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). Y de nuevo se vuelve a sí mismo: ¿Qué diré, o qué alegaré contra ti, mi hacedor? o ¿qué me responderá quien hizo él mismo lo que quiso? Por lo tanto, deben soportarse todas las cosas que él haya decretado. Por polluelo de golondrina, o golondrina, como LXX tradujeron, en hebreo está escrito, SUS AGOR (), que Aquila interpretó, caballo Agor: Theodotion, SIS AGUR (); pues la vocal media letra vau, si se pone entre dos Samec, se lee sus, y se llama caballo; si jod, se lee sis, y se dice golondrina. Symmachus lo tradujo así: Como una golondrina encerrada, así cantaré. La palabra agor también se lee en Jeremías, donde está escrito: El milano en el cielo conoció su tiempo: la tórtola y la golondrina, y la cigüeña guardaron sus tiempos (Jerem. VIII, 7).

(Vers. 16 seqq.) Consideraré todos mis años en la amargura de mi alma. Señor, si así se vive, y en tales cosas está la vida de mi espíritu, me corregirás, y me vivificarás. He aquí en paz mi amargura amarguísima. Pero tú has librado mi alma, para que no perezca: arrojaste tras tu espalda todos mis pecados. Porque el infierno no te confesará, ni la muerte te alabará: no esperarán los que descienden al abismo, tu verdad. El viviente, el viviente te confesará, como yo hoy. El padre hará conocer a los hijos tu verdad. Señor, sálvame, y cantaremos nuestros salmos todos los días de nuestra vida en la casa del Señor. LXX. Señor, de ella se te ha anunciado: y has levantado mi espíritu, y consolado vivificado. He aquí en paz mi amargura: pues has librado mi alma, para que no perezca, y arrojaste tras de mí todos mis pecados. Pues en el infierno no te alabarán, ni los muertos te bendecirán. Ni esperarán los que están en el infierno tu misericordia: los vivientes te bendecirán, como yo. Desde hoy haré hijos, que anunciarán tu justicia, Señor de mi salvación, y no descansaré, bendiciéndote con el Salterio, todos los días de mi vida en la presencia de la casa de Dios. Nada es largo en los mortales, y toda felicidad del mundo mientras se tiene, se pierde. Pues cuando llega el tiempo de tribulación, todo lo que ha pasado no ayuda al que sufre. De ahí que la sentencia de Epicuro es necia, quien afirma que con el recuerdo de los bienes pasados, se mitigan los males presentes. Por lo tanto, Ezequías dice que considera todos los años de su reino, y la felicidad pasada, como pensaba, en la amargura presente. Y como ya está seguro, y no sufre lo que relata, filosofa sobre el estado humano, y dice: Señor, si así se vive: y en tal condición hemos sido generados, me corregiste, pero me vivificaste, y me diste paz, con el asirio huido; pero

mi paz fue más amarga que toda amargura, porque con la tranquilidad devuelta a los pueblos, y la ciudad segura, yo solo entré en los umbrales de la muerte. Pero tú libraste mi alma, para que no perezca, ya sea en la vida presente o futura. Pues arrojaste tras tu espalda todos mis pecados, para que no los mirara con tristeza, sino que contemplara tu misericordia. Pues el infierno y la muerte no te confesarán, ni te alabarán, según lo que está escrito: En el infierno, ¿quién te confesará? (Sal. VI, 6). Y la confesión en este lugar, no se toma por penitencia, sino por gloria y alabanza, como también leemos en el Evangelio, Te confesaré, Señor, Padre del cielo y de la tierra (Mat. XI, 25). No esperarán, dice, los que descienden al abismo, tu verdad: mejor que en LXX misericordia. Pues quien está en el infierno, no espera la verdad del juicio, sino la misericordia de Dios: especialmente cuando el Salvador descendió al infierno, para liberar a los cautivos de los infiernos. Por abismo, los mismos tradujeron más claramente infiernos. El viviente, el viviente te confesará, como yo hoy. Y aquí la confesión se pone por alabanza. Pues no confiesa sus crímenes; sino que da gracias a Dios: y no es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Ecli. XV). Y como el infierno y la muerte no confiesan ni alaban a Dios, por el contrario la vida y los vivientes glorifican al Señor. Y lo que sigue: El padre hará conocer a los hijos tu verdad, significa lo que se dice en el Deuteronomio: Pregunta a tu padre, y te lo anunciará; a tus ancianos, y te lo dirán (Deut. XXXII, 7), para que por sucesiones y cada generación se predique la clemencia de Dios a los descendientes. Por lo cual LXX pusieron: Desde hoy haré hijos, que anunciarán tu justicia. Y la conjunción causal une lo siguiente con lo anterior: que por eso los vivientes y él mismo viviente bendigan a Dios, porque desde este día hará hijos, que anunciarán su verdad, lo cual ciertamente no estaba en su poder. Pues no le fueron prometidos hijos por el Profeta: sino que se le concedió la vida presente. Especialmente cuando engendró un hijo impiísimo, Manasés, quien llenó Jerusalén de sangre, de puerta a puerta, y no bendijo, sino que maldijo a Dios persiguiendo a sus santos. Por lo tanto, podemos decir según LXX que no dijo, haré hijos: sino παιδία, que entendemos como pequeños, o niños, o infantes y descendientes, para que de lo que él mismo obtuvo misericordia, toda la posteridad futura al conocer esto, alabe su increíble clemencia. Por lo tanto, sálvame, Señor; y todos los que creemos en ti, y hemos sido liberados por tu ayuda, todos los días de nuestra vida te cantaremos en el Templo.

(Vers. 21, 22.) Y ordenó Isaías que tomaran una masa de higos, y la aplicaran sobre la llaga, y se sanara. Y dijo Ezequías, ¿cuál será la señal de que subiré a la casa del Señor? Esto debe leerse antes que la oración de Ezequías, o la Escritura, que ahora hemos interpretado: pues antes se aplicó el cataplasma a la llaga, y antes se pidió la señal de la futura salud, que diera gracias al Señor, lo cual se dice que hizo sanado. Los hebreos dicen que la palabra SIIN (), que omitieron LXX, significa llaga, no herida. Pues Aquila, Symmachus y Theodotion interpretaron ἕλκος, por lo cual se entiende enfermedad real, a la que se consideran contrarias, ya sea tomadas en alimento, o aplicadas al cuerpo, todas las cosas dulces. Por lo tanto, para que se mostrara el poder de Dios, por cosas nocivas y adversas se restituyó la salud. Otros sospechan que SIIN no significa llaga, sino absceso: cuando el cuerpo hinchado se llena de pus cocido y podrido. Y según el arte de los médicos, toda la pus se provoca a la superficie de la piel con higos más secos y machacados, y por lo tanto no debe despreciarse la medicina, que consta de uso y experiencia: porque también esta la hizo Dios. Por lo tanto, la oración y acción de gracias está escrita hasta aquí. Sin embargo, lo que se dio como señal, el orden superior de la historia lo narró.

(Cap. XXXIX.---Vers. 1 seqq.) En aquel tiempo Merodac Baladán, hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y regalos a Ezequías: pues había oído que había enfermado y se había recuperado. Y Ezequías se alegró por ellos: y les mostró la cámara de los aromas, y de la plata, y del oro, y de los perfumes, y del mejor ungüento, y todas las despensas de su

mobiliario y todo lo que se halló en sus tesoros: no hubo cosa que Ezequías no les mostrara en su casa, y en todo su dominio. Arriba leímos, en el decimocuarto año del rey Ezequías, que Senaquerib, rey de los asirios, subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá, y las tomó, y después sitió Laquis, pasó a Lobna, envió a Jerusalén parte de su ejército, y después de que el ángel mató a ciento ochenta y cinco mil de su ejército, él huyó a Nínive, y fue asesinado por sus hijos en el templo de su dios, y reinó en su lugar Asaradón su hijo: Ezequías enfermó, y recibió por el anuncio del Profeta la salud; se hizo una señal increíble, que el sol retrocediera diez grados, y casi se hiciera un día doble. Ahora leemos que en aquel tiempo, es decir, en el mismo año en que sucedieron todas estas cosas, Merodac Baladán, hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y regalos a Ezequías; no Asaradón, quien sucedió a Senaquerib su padre en el reino de los asirios, de cuya muerte o vida la Escritura guardó silencio. De lo cual es evidente que entonces había un reino de los asirios, y otro de los babilonios. De hecho, Samaria, es decir, las diez tribus, las tomaron los asirios. Pero a Judá y Jerusalén después leemos que las tomaron los caldeos, cuyo rey fue Nabucodonosor. Y como entre ellos la observancia de los astros es, y el curso de las estrellas conocido por largo uso y ejercicio, lo cual también se muestra en el nacimiento del Señor: entendieron que el sol retrocedió, que los espacios del día se duplicaron, sirviendo a aquel que consideraban el único Dios. Y como buscaban las causas de este milagro y su razón, con la fama volando por todas las naciones, supieron que por la enfermedad del rey de Judá, también el curso del signo más claro fue cambiado. Que esto no es mi opinión, sino la fe de la Escritura santa, lo atestiguan las palabras de los Días, que dijeron después de otras cosas: Este es Ezequías, quien cerró la fuente superior de las aguas de Gihón: y las desvió por debajo hacia el occidente de la ciudad de David. En todas sus obras hizo prosperar lo que quiso; sin embargo, en la embajada de los príncipes de Babilonia, que fueron enviados a él, para preguntar sobre el prodigio que había ocurrido sobre la tierra, Dios lo dejó para que fuera tentado: y se conocieran todas las cosas que había en su corazón (II Paral. XXXII, 30, 31). Por eso fue dejado a la tentación, porque después de tanta victoria, y el retroceso del sol, y la felicitación del reino más poderoso, su corazón se elevó. De hecho, en el mismo volumen se escribe: Muchos llevaban ofrendas, y sacrificios al Señor en Jerusalén, y regalos a Ezequías rey de Judá: y fue exaltado ante todas las naciones. En aquellos días enfermó hasta la muerte, y oró al Señor; y él lo escuchó, y le dio una señal; pero no correspondió según los beneficios que había recibido: porque su corazón se elevó, y se hizo ira contra él, y contra Judá y Jerusalén (II Par. XXXII, 23, 24). Y de nuevo la Escritura santa dice que la elevación de su corazón fue mitigada por la penitencia, añadiendo: Y se humilló después, porque su corazón se había elevado, tanto él como los habitantes de Jerusalén: y por eso no vino sobre ellos la ira del Señor en los días de Ezequías. Por lo tanto, se alegró en la llegada de los embajadores de Merodac, a quien los hebreos afirman que fue el padre de Nabucodonosor; y en la ofrenda de regalos, y la felicitación por su salud. Y les mostró según los Setenta la casa de NECHOTHA (), por la cual Symmachus tradujo de sus aromas; y los tesoros de plata, y oro y perfumes y del mejor ungüento: lo que en hebreo se escribe, de buen aceite; y todos los tesoros de los vasos de gaza, o como allí se lee, de sus vasos. Gaza en lengua persa se llama riquezas: y no es palabra hebrea, sino bárbara. No hubo, dice, cosa (que según la costumbre hebrea frecuentemente se toma por cosa), que no les mostrara en su casa y en todo su dominio. De donde la ira de Dios justísima, porque no solo mostró sus tesoros y del palacio, sino también del Templo: lo cual ciertamente fue de su potestad, de cuyas puertas ya había quitado las láminas de oro.

(Vers. 3 seqq.) Entró entonces el profeta Isaías al rey Ezequías y le dijo: ¿Qué dijeron estos hombres y de dónde vinieron a ti? Y Ezequías respondió: Vinieron a mí de una tierra lejana, de Babilonia. Y dijo: ¿Qué vieron en tu casa? Y Ezequías respondió: Vieron todo lo que hay

en mi casa: no hubo cosa, ni palabra, que no les mostrara de mis tesoros. Y dijo Isaías a Ezequías: Escucha la palabra del Señor de los ejércitos. He aquí que vendrán días en que todo lo que hay en tu casa, y lo que tus padres han atesorado hasta este día, será llevado a Babilonia: no quedará nada, dice el Señor. Y de tus hijos que saldrán de ti, a quienes engendrarás, tomarán: y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia. Y Ezequías dijo a Isaías: Buena es la palabra del Señor que ha hablado. Y añadió: Que haya paz y verdad en mis días. Los hebreos cuentan que Ezequías enfermó porque, después de la inaudita victoria de los judíos y la muerte del rey asirio, no cantó alabanzas al Señor, como lo hicieron Moisés tras el hundimiento del faraón (Éxodo XV), Débora tras la muerte de Sísara (Jueces IV) y Ana tras el nacimiento de Samuel (I Samuel II). Por lo cual fue advertido de su fragilidad. Y nuevamente, después de la sanación de su cuerpo y la grandeza del signo, se le ofreció otra ocasión de orgullo, que, como prudente y adorador de Dios, debió evitar; y no mostrar a los extranjeros sus riquezas, que, por don de Dios, poseía. De lo cual, según las leyes de la tropología, aprendemos que no se deben arrojar perlas a los cerdos, ni dar lo santo a los perros (Mateo VII). Porque quien es fiel en espíritu, oculta los asuntos; y quien no lo hace, toda su virtud se debilita; y su posteridad perece, y perdiendo la fuerza viril, se reduce a la blandura femenina (Proverbios XI, 13-15). Entra entonces Isaías al rey, y como si no supiera, pregunta. ¿Qué dijeron estos hombres y de dónde vinieron? Pregunta dos cosas, qué hablaron y de dónde vinieron. Él respondió a una, omitiendo la otra: lo cual debe leerse con énfasis y altivez: Vinieron a mí de una tierra lejana, de Babilonia: cuanto más lejana es la tierra de donde vinieron, tanto más glorioso es aquel por quien vinieron. Y vinieron, dice, a mí; quien debió decir, vinieron a glorificar a Dios por la grandeza del signo, de Babilonia, que es la ciudad más poderosa del mundo. Y nuevamente Isaías, ¿Qué, dice, vieron en tu casa? Y él respondió en parte la verdad, que vieron todo en su casa, y no hubo cosa que no les mostrara de sus tesoros. Pero calla lo otro, de lo cual temía ofensa, que les mostró todo lo que tenía en su poder; sin duda también el mobiliario del Templo. Por lo cual Isaías, por la palabra de Dios, pronuncia sentencia: Escucha la palabra del Señor de los ejércitos: Vendrá el tiempo cuando todo esto que hay en tu casa, y no por tu trabajo, sino por el de tus padres, será llevado a Babilonia, y de tu descendencia harán eunucos en la corte real. De lo cual los hebreos creen que Daniel, Ananías, Misael y Azarías, que eran de la descendencia real, fueron hechos eunucos, y no hay duda de que estuvieron al servicio del rey Nabucodonosor. Dijo entonces Ezequías: Buena es la palabra del Señor que ha hablado. En lo cual es reprendido por los hebreos, por no haber imitado la bondad de Moisés, quien habló al Señor: O perdona esta culpa, o si no lo haces, bórrame del libro que has escrito (Éxodo XXXI, 32). Por lo cual también el apóstol Pablo desea ser anatema de Cristo por sus hermanos que son israelitas (Romanos IX); y por eso Ezequías no fue aprobado por las palabras de Dios, quien en lo sucesivo dice: Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios, para que aquellos por quienes él no rogó, sean consolados por la clemencia del Señor.

(Cap. XL.---Vers. 1 seqq.) Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios: Hablad al corazón de Jerusalén, y llamadla; porque su maldad ha sido completada, su iniquidad ha sido perdonada. Ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. LXX: Consolaos, consolaos a mi pueblo, dice Dios ÷ sacerdotes ** hablad al corazón de Jerusalén: consolaos con ella: porque su humillación ha sido colmada. Su pecado ha sido perdonado, porque ha recibido de la mano del Señor el doble de sus pecados. Según otros intérpretes, se ordena a otros que consuelen al pueblo de Dios y a Jerusalén por igual: según el hebreo, se ordena al pueblo que consuele y hable al corazón de Jerusalén, y la llame. Hablar al corazón de Jerusalén es un idioma de las Escrituras. Porque quien habla al afligido, y es consolador con halagos, se dice que habla al corazón. Nos enseña Siquem, hijo de Hamor, quien tras haber corrompido a Dina, le habló al corazón y la consoló (Génesis XXXIV). Y dondequiera

que encuentres algo similar, tiene este sentido. Y la causa de la consolación es el perdón de los pecados: y la causa del perdón, porque ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. Porque quien conoce la voluntad de su Señor, y peca, será azotado mucho (Lucas XII). Y todo aquel que tiene en sí al Espíritu Santo habitante, que el Salvador prometía a los Apóstoles, diciendo: Rogaré a mi Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad (Juan XIV, 16); y de nuevo: Cuando venga el consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas (Ibid., 26); y nuevamente: Cuando venga el consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí (Juan XV, 26); y: Os conviene que yo me vaya: porque si no me voy, el consolador no vendrá a vosotros (Juan XVI, 7); es el consolador, a quien ahora se le ordena que consuele al pueblo de Dios. Por lo cual también el apóstol Pablo hablaba a los creyentes: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda nuestra tribulación, para que podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, con la consolación con que nosotros mismos somos consolados por Dios: porque así como abundan en nosotros las pasiones de Cristo, así por Cristo abunda también nuestra consolación (II Cor. I, 1-6); y de nuevo: Y nuestra esperanza es firme por vosotros: sabiendo que así como sois partícipes de las pasiones, así también lo seréis de la consolación (II Cor. I, 7). Pero quién es este pueblo, que es consolado por los Apóstoles y hombres eclesiásticos, no Israel, ni Jacob ni Judá, como en otros lugares menciona la Escritura, sino el pueblo de Dios, lo testifica el profeta Zacarías diciendo: Alégrate y regocíjate, hija de Sión: porque yo vendré y habitaré en medio de ti, dice el Señor. Y muchas naciones se refugiarán en el Señor en aquel día, y serán para él un pueblo, y habitarán en medio de ti, y conocerán que el Señor omnipotente me ha enviado a ti (Zacarías II, 10, 11). Con este testimonio se demuestra claramente que muchas naciones serán convertidas en el pueblo de Dios. Y esto dice el Señor enviado por el Señor, cuyo nombre es Omnipotente. Y es de notar que nuestros pecados no se perdonan, a menos que los recibamos de la mano del Señor. Ni es lo mismo que se perdonen los pecados, que se absuelvan. Porque a quien se le perdonan, no necesita absolución, oyendo en el Evangelio: Confía, hijo, tus pecados te son perdonados (Mateo IX, 2). Pero a quien se le absuelven, se le absuelven porque han sido purgados y absueltos por penas. Según la historia, Jerusalén recibió de la mano del Señor el doble de sus pecados; una vez por los babilonios, la segunda por los romanos. Y lo que se añade por los Setenta, Sacerdotes, debe ser señalado con un obelo.

(Vers. 3 seqq.) Voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor, enderezad en la soledad las sendas de nuestro Dios. Todo valle será elevado, y todo monte y colina será humillado: y lo torcido se convertirá en recto, y lo áspero en caminos llanos, y se revelará la gloria del Señor, y toda carne verá juntamente lo que la boca del Señor ha hablado. LXX: Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor: enderezad las sendas de nuestro Dios. Todo valle será llenado: y todo monte y colina será humillado; y lo torcido se convertirá en recto, y lo áspero en llanuras. Y aparecerá la gloria del Señor: y toda carne verá la salvación de Dios, porque el Señor ha hablado. Recordando esta voz, los escribas y fariseos y los príncipes de los judíos, cuando oyeron a Juan predicar en el desierto el bautismo de penitencia, y enseñar al pueblo, enviaron a preguntar si él era el Cristo, o Elías, o el Profeta: Y cuando respondió que no era ninguno de ellos, volvieron a preguntar: Dinos entonces, ¿quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Y él respondió: Yo soy la voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor; como dijo el profeta Isaías (Juan I, 22, 23). En lo cual se debe notar que los caminos rectos del Señor y las sendas de nuestro Dios: el llenado de los valles y la humillación de los montes y colinas, y la corrección de lo torcido, y las llanuras de las rocas ásperas: y la gloria del Señor

y la salvación de nuestro Dios, no se predican en Jerusalén, sino en la soledad de la Iglesia, y en la multitud desierta de las naciones, de la cual leemos arriba (Ad cap. XXXV, 1): Alégrate desierto sediento: exulta la soledad, y florezca como el lirio. Porque este desierto era desconocido para Dios, y era humilde en confesión, erguido en soberbia, áspero e intratable en ferocidad. Pero después de que apareció la gloria del Señor; y toda carne vio la salvación de Dios, todo de repente cambió, y el camino del Señor fue preparado, de modo que la gloria de Dios apareció en el desierto; cuando el Señor fue bautizado en el Jordán, y se abrieron los cielos, y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma, y permaneció en él: y se oyó la voz del Padre tronando desde lo alto: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: escuchadlo (Mateo III, 17). Y toda carne vio la salvación de Dios. La cual por eso se llamaba carne, porque antes no tenía el Espíritu Santo. De la cual también dice el Señor: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Génesis VI, 3). Pero esa carne verá la salvación de Dios, de la cual hablaba Joel: Derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán (Joel II, 28). Lo cual no solo clamaba Juan en aquel tiempo, quien como precursor y predecesor de la palabra de Dios, es llamado correctamente voz (Mateo III); sino que hasta hoy en el desierto de los gentiles, los maestros de las Iglesias claman: para que hagamos rectos los caminos y sendas en nuestros corazones para Dios, y nos llenemos de virtudes, y nos inclinemos con humildad; cambiemos lo torcido en recto, transformemos lo áspero en suave: y así merezcamos ver la gloria del Señor y la salvación de Dios.

(Vers. 6 seqq.) Voz del que dice, clama. Y dije: ¿Qué clamaré? Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. Se secó la hierba, cayó la flor; porque el espíritu de Dios sopló en ella: verdaderamente la hierba es el pueblo. Se secó la hierba, cayó la flor; pero la palabra de nuestro Señor permanecerá para siempre. LXX: Voz del que dice, clama: y dije, ¿Qué clamaré? Toda carne es hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. Se marchitó la hierba, y cayó la flor + porque el espíritu de Dios sopló en ella + verdaderamente la hierba es el pueblo + se secó la hierba, cayó la flor ** pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre: Lo que está señalado con asteriscos: porque el espíritu de Dios sopló en ella: verdaderamente la hierba es el pueblo: se marchitó la hierba, cayó la flor, se ha añadido del hebreo y de la edición de Teodoción. De lo cual es evidente, o que fue omitido por los LXX, o que se perdió gradualmente por el error de los escribas: ya que tanto el verso anterior como el siguiente terminan en flor. Leemos arriba, diciendo el profeta: Y oí la voz del Señor diciendo: ¿A quién enviaré, y quién irá a este pueblo? Y dije: Aquí estoy, envíame; y él dijo: Ve y di a este pueblo: De oído oiréis, y no entenderéis: y viendo veréis, y no veréis, y lo demás. A cuya predicación, habiendo sufrido duras cosas, ahora con la voz del Señor diciendo, clama, temiendo cosas similares, pregunta qué debe clamar; y comenzando por lo general, Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor de la hierba, llega a lo particular, para decir no obstante del pueblo: Verdaderamente la hierba es el pueblo. Y en verdad, si alguien considera la fragilidad de la carne, y que crecemos y decrecemos en momentos de horas, y no permanecemos en el mismo estado: y lo mismo que hablamos, dictamos y escribimos, pasa de nuestra vida: no dudará en llamar a la carne hierba, y su gloria como flor de la hierba, o prados del campo. Quien fue niño, de repente joven; quien joven, de repente adulto; y hasta la vejez se transforma en espacios inciertos; y se da cuenta de que es viejo antes de maravillarse de no ser joven. La mujer hermosa que atraía tras de sí a los jóvenes, se arruga con la frente arada: y la que antes era para el amor, después es para el desprecio. Lo cual también escribe el ilustre orador entre los griegos: La apariencia del cuerpo o se desvanece con el tiempo, o se consume con la enfermedad. Se ha secado, pues, la carne, y ha caído la belleza; porque el espíritu de la ira de Dios y de la sentencia sopló en ella (para volver de la discusión general al orden de la Escritura), de aquel que lleva la imagen del terrenal, y sirve a los vicios y a la lujuria; es hierba y flor pasajera. Pero quien tiene y guarda

la imagen del celestial, esa es la carne que ve la salvación del Señor, que se renueva cada día en el conocimiento según la imagen del Creador, y recibiendo un cuerpo incorruptible e inmortal, cambia de gloria, no de naturaleza. Pero la palabra de nuestro Señor, y aquellos que están unidos a la palabra, permanecen para siempre.

(Vers. 9 seqq.) Sube al monte alto, tú que anuncias buenas nuevas a Sion: alza con fuerza tu voz, tú que anuncias buenas nuevas a Jerusalén: alza, no temas, di a las ciudades de Judá: He aquí vuestro Dios: he aquí el Señor Dios vendrá con poder, y su brazo dominará. He aquí su recompensa con él, y su obra delante de él. Como pastor apacentará su rebaño: en su brazo recogerá a los corderos, y en su seno los llevará: él mismo llevará a las que están preñadas. LXX: Sube al monte alto, tú que anuncias buenas nuevas a Sion: alza con fuerza tu voz, tú que anuncias buenas nuevas a Jerusalén: alza, no temas: di a las ciudades de Judá: He aquí vuestro Dios, he aquí el Señor Dios vendrá con poder, y su brazo con dominio: he aquí su recompensa con él, y su obra delante de él. Como pastor apacentará a su pueblo, y en su brazo recogerá a los corderos: y consolará a las que están preñadas. Se ordena al coro de los Apóstoles, 484 que para la predicación de toda carne que verá la salvación de Dios, suban a lo alto: y al hablar de cosas grandes, habiten en las alturas. Además, el hebreo y los demás intérpretes lo ponen en género femenino, para que digan, la que anuncia buenas nuevas a Sion, y la que anuncia buenas nuevas a Jerusalén. Esta palabra según los griegos es ambigua, para que podamos entender, ya sea a la que anuncia, o a aquella a quien se le anuncia. Así que, ya sea que anuncie la palabra de Dios y la salvación del Señor, a Sion y Jerusalén: Porque de Sion saldrá la ley: y la palabra del Señor de Jerusalén (Isai. II, 3); o se les anuncie a ellos por los Apóstoles, deben subir a lo alto, y pasar a las montañas. Y de manera maravillosa, aunque Sion misma es un monte, como dice la Escritura: Monte Sion en el que habitaste (Sal. LXXIII, 3): se le ordena subir a otro monte más alto, desde el cual fue herido el príncipe de Tiro. Y porque muchas cosas serían contrarias a la doctrina de los Apóstoles; y llevados ante los gobernadores y tribunales, se añade, alza, no temas: di a las ciudades de Judá, es decir, a las sinagogas y pueblos de los judíos, de los cuales el Señor hablaba: No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. XV, 24). Y el apóstol Pablo: A vosotros, dice, era necesario anunciar primero la palabra de Dios (Hech. XIII, 46). ¿Y qué es lo que se les ordena decir? He aquí vuestro Dios, a quien siempre esperabais: He aquí el Señor Dios vendrá con poder, a quien despreciasteis viniendo en humildad. Y su poder dominará, quien primero tomó la forma de siervo, hecho obediente al Padre hasta la muerte (Filip. III). He aquí su recompensa con él, y su obra delante de él (Isa. XL, y LXII). Según lo que él mismo dice en el Evangelio: Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre y dará a cada uno según su obra (Mat. XVI, 17). Como pastor apacentará su rebaño. Aquel que después vendrá en majestad, primero toma la forma de pastor, y dice él mismo de sí: Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, y pongo mi vida por mis ovejas (Juan X, 14, 15). De quien en Zacarías el Padre habla: Heriré al pastor; y las ovejas se dispersarán (Zac. XIII, 7). En su brazo, dice, recogerá a los corderos; no a los toros, ni a los carneros, ni a los machos cabríos, ni a las ovejas grandes, a quienes por Ezequiel (Cap. XXXIV) amenaza, que se alimentan de leche y se visten de lana, 485 y aplastan al rebaño débil, sino a los corderos aún tiernos, y de infancia incipiente en Cristo, que recién han renacido en el bautismo, de los cuales el mismo Señor hablaba a Pedro: Apacienta mis corderos (Juan XXI, 15). Por lo cual también en el mismo Ezequiel está escrito: Levantaré sobre ellos un solo pastor, y los apacentará, mi siervo David; y él será su pastor, y yo el Señor seré para ellos un Dios, y David en medio de ellos príncipe. Yo el Señor he hablado, y haré con David un pacto de paz (Ezequ. XXXIV, 23-25). En lo cual se debe considerar que después de mucho tiempo, con los pastores glotones reprobados, dice que levantará a nuestro

Señor, que es de la estirpe de David, quien recogerá a los corderos, y los cuidará en su seno, y llevará a los fetos de las ovejas, o a las ovejas preñadas en su hombro. Como leemos en el Evangelio, que la oveja errante y que quedó del rebaño habitual, la llevó de regreso a los rediles sobre sus hombros (Luc. XV). Podemos llamar ovejas preñadas a los Apóstoles y a los hombres apostólicos y a todos los doctores de la Iglesia, que dan a luz la salvación de muchos, y dicen con el Apóstol: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19): Los hebreos afirman, y no hay duda entre ellos sobre esto, que el Espíritu Santo en su lengua se llama en género femenino, es decir, RUA CODSA (). Y aquello que se dice en el salmo sesenta y siete: El Señor dará la palabra a los que anuncian con gran poder: ellos lo entienden así: El Señor dará la palabra a los que anuncian con gran poder (Sal. CXXII, 3): a estas almas que han recibido el Espíritu Santo. Y también aquello: Como los ojos de la sierva en las manos de su señora, interpretan el alma como sierva, y al Espíritu Santo como señora. Pero también en el Evangelio que según los hebreos está escrito, los nazarenos leen, el Señor habla: ahora me ha tomado mi madre, el Espíritu Santo. Pero nadie debe escandalizarse en esta parte, porque se diga entre 486 los hebreos que el espíritu es de género femenino, cuando en nuestra lengua se llama de género masculino, y en el idioma griego de género neutro. En la divinidad, en efecto, no hay sexo. Y por eso en las tres lenguas principales, en las que fue escrito el título de la pasión del Señor, se le llama en tres géneros, para que sepamos que no es de ningún género lo que es diverso.

(Vers. 12 seqq.) ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano, y el cielo con el palmo? ¿Quién pesó con tres dedos la masa de la tierra, y pesó en la balanza los montes, y las colinas en la báscula? ¿Quién ayudó al espíritu del Señor: o quién fue su consejero; y le mostró? ¿Con quién tomó consejo, y le instruyó, y le enseñó el camino de la justicia, y le educó en ciencia, y le mostró el camino de la prudencia? He aquí las naciones como una gota de un cubo, y como el polvo en la balanza son consideradas: he aquí las islas como polvo insignificante. Y el Líbano no basta para encender, y sus animales no bastan para el holocausto. Todas las naciones son como si no fueran, así son ante él, y como nada y vacío son consideradas por él. LXX: ¿Quién midió con la mano el agua, y el cielo con el palmo, y toda la tierra con el hueco de su mano? ¿Quién estableció los montes con peso, y las rocas con la balanza? ¿Quién conoció la mente del Señor: o quién fue su consejero? ¿Quién le enseñó, de quién tomó consejo, y le instruyó? ¿O quién le mostró juicio, y quién le mostró el camino de la inteligencia? Si todas las naciones son como una gota de un cubo, y como el polvo en la balanza son consideradas, y como saliva son consideradas. El Líbano no basta para quemar, y todos los cuadrúpedos no bastan para el holocausto, y todas las naciones son como nada, y como nada son consideradas por él. Para que nadie pensara que la vocación de las naciones es difícil, y que toda carne vería la salvación de Dios; se les ordena subir al monte alto, los que anuncian a Sion; y el mismo Señor vendría con poder, y daría a cada uno según su obra; y como pastor cuidaría a los corderos en su seno, y él mismo llevaría a las preñadas: se describe su grandeza, que nada le es imposible; y quien creó todo, siendo el Creador de todo; también puede realizar estas cosas que en comparación son pequeñas. Pero lo que llama hueco de la mano y palmo, usa palabras y medidas humanas, para que aprendamos el poder de Dios a través de nuestras palabras. En el lugar donde los LXX tradujeron: ¿Quién midió con la mano el agua? o como nosotros traducimos: ¿Quién midió con el hueco de su mano las aguas? Aquila tradujo: ¿Quién midió con el dedo más pequeño las aguas? Esto es lo que significa λιχὰς: para que no con toda la mano, sino con el dedo pequeño, que comúnmente se llama el que prueba, se pese toda la vastedad de las aguas: σπιθαμὴ, es decir, palmo, significa la mano extendida desde el pulgar hasta el extremo del dedo. Pero si contraemos la mano, se convierte en hueco de la mano: para que a través del

palmo y el hueco de la mano, conozcamos los cielos extendidos y el globo de la tierra. Por hueco de la mano que en la comprensión de la tierra los LXX tradujeron, en hebreo está escrito SALIS (), que Symmachus interpretó como τρίτον, Aquila como τρίσωμον: y nosotros para hacerlo más claro, lo traducimos como tres dedos; que la masa de la tierra y las alturas de los montes y colinas como con tres pequeños dedos y con el pequeño peso de la balanza se ha pesado: por lo cual se demuestra la majestad de Dios y el poder del Creador. ¿Quién, dice, ayudó al espíritu del Señor, o quién fue su consejero, y le mostró? etc. Por lo cual Symmachus interpretó: ¿Quién preparó el espíritu del Señor, y quién le mostró al hombre de su consejo? con quién tomó consejo, y le dio inteligencia, y le enseñó el camino del juicio, y le instruyó en ciencia, y le mostró el camino de la prudencia? Por lo cual muestra más claramente que el espíritu está preparado, o que está firme, de quien se lee en el Apóstol: Pero el Señor es el Espíritu. Y, Sobre quien reposó el Espíritu de Dios, Espíritu de sabiduría, y de inteligencia, y lo demás. Quien dice en lo siguiente: El Espíritu del Señor está sobre mí: por lo cual me ungió (Isai. LXI, 1). Él es el espíritu del Señor, y el hombre de su consejo, en quien habitó toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Colos. II). Con él tomó consejo, de quien arriba (Ad cap. XI, 6) dijimos: Admirable, consejero. Y 488 en los Proverbios está escrito, Dios fundó la tierra con sabiduría: preparó los cielos con prudencia (Prov. III, 19). Pero los LXX que dijeron: ¿Quién conoció la mente del Señor, y quién fue su consejero? quieren que se entienda esto, que la mente y la razón y el sentido de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual nada fue hecho, es aquel de quien se canta en los Salmos: Por la palabra del Señor fueron firmados los cielos, y por el espíritu de su boca toda su fuerza (Sal. XXXII, 6). Todas las naciones que no conocían a su Creador, o todo el género mortal en comparación con Dios son como una gota de un cubo, y como el polvo en la balanza, que con poco peso se inclina hacia un lado. Y como si de un cubo fluyera una pequeña gota, es descuidada por el que la lleva; así toda la multitud de las naciones comparada con los ministerios celestiales y la multitud de los ángeles, es considerada como nada. Las islas también son consideradas como saliva, o como Symmachus y Theodotion ponen el mismo hebreo, como DOC (), que cae: por lo cual Aquila tradujo como λεπτὸν βαλλόμενον. Dicen los hebreos que esta palabra significa polvo finísimo, que llevado por el viento a menudo se lanza a los ojos, y se siente más que se ve. Por lo tanto, las partículas más pequeñas de polvo y casi invisibles, son llamadas con esta palabra: que tal vez Demócrito con su Epicuro llama átomos. Y hay muchos nombres que se leen así en griego, como están puestos en hebreo, debido a la dificultad de la interpretación, y en comparación con la lengua hebrea, tanto el griego como el latín son pobres. Y al mismo tiempo para alejar poco a poco a los hombres de la idolatría, quita las ceremonias de las víctimas; y enseña que toda la madera del Líbano y los rebaños que en él pastan, no bastan para los holocaustos. Si todas las naciones son así ante él como si no fueran, y como nada y vacío son consideradas (y en todas las naciones también está Israel), entonces él también es así como si no fuera, y es considerado como nada y vacío. Decimos esto, para que se rompa su soberbia, y sepan que son semejantes a las demás naciones.

(Vers. 18 seqq.) ¿A quién, pues, haréis semejante a Dios: o qué imagen pondréis para él? ¿Acaso el escultor fundió una imagen, o el orfebre la recubrió de oro, y el platero la adornó con láminas de plata? Tal vez el artesano sabio eligió madera incorruptible: y buscará cómo erigir una imagen que no se mueva. Descrita la grandeza de Dios, y mostrada en parte su potencia, las naciones y las islas consideradas como una gota de un cubo, y como el polvo en la balanza, y como polvo, y rechazadas las ceremonias de las víctimas, ¿por qué todas las naciones son como nada ante él, y como vacío son consideradas, lo enseña lo siguiente: ¿A quién haréis semejante a Dios: o qué imagen pondréis para él, que es espíritu, y está en todo, y corre por todas partes, y contiene la tierra como con el hueco de su mano? Y al mismo

tiempo se burla de la necedad de las naciones, que el artesano o el herrero, o el orfebre o el platero hagan un dios para sí, y lo ensamblen con láminas y clavos y lo fijen firmemente, para que no sea derribado por los vientos. Y lo que añadió: tal vez el artesano sabio eligió madera incorruptible, en hebreo se dice AMSUCHAN (); que es un tipo de madera incorruptible, con la que principalmente se hacen los ídolos. Dice esto, para que, rechazados los ídolos, se prepare el camino para la doctrina evangélica, y todo lo torcido se enderece; se exalten los valles, y se humillen los montes; y se revele la gloria del Señor, para que toda carne vea la salvación de Dios. Según la tropología podemos decir, que se increpa a los príncipes de los herejes, que fabrican diversos ídolos de su corazón; ya sea con la belleza del discurso, que se interpreta como plata; o con el esplendor del oro, que se refiere al sentido; o con madera incorruptible, que son los dogmas más viles: y se consideran perpetuos por los que los fabrican, y se afirman con arte dialéctico, para que no se muevan y caigan, sino que permanezcan con sólida raíz.

(Vers. 21 seqq.) ¿Acaso no sabéis? ¿Acaso no habéis oído? ¿Acaso no se os ha anunciado desde el principio? ¿Acaso no habéis comprendido los fundamentos de la tierra? Él se sienta sobre el círculo de la tierra, y sus habitantes son como langostas. Él extiende los cielos como nada, y los despliega como una tienda para habitar. Él reduce a nada a los exploradores de secretos: ha hecho a los jueces de la tierra como algo vano. En verdad, ni plantado, ni sembrado, ni arraigado en la tierra está su tronco: de repente sopló sobre ellos y se secaron, y el torbellino los llevará como paja. ¿Y a quién me habéis comparado y equiparado? dice el Santo. Levantad vuestros ojos a lo alto, y ved quién ha creado estas cosas: Él saca en número a su ejército, y a todos llama por su nombre. Por la multitud de su fuerza y poder, y su virtud: ni uno solo ha faltado.

LXX: ¿Acaso no sabéis? ¿Acaso no habéis oído? ¿Acaso no se os ha anunciado desde el principio? ¿No habéis conocido los fundamentos de la tierra? Él sostiene el círculo de la tierra, y sus habitantes son como langostas. Él estableció el cielo como una bóveda, y lo extiende como una tienda para habitar. Él da a los príncipes para que reinen por nada, y ha hecho la tierra como nada. En verdad, no serán plantados, ni sembrados, ni se afirmará en la tierra su raíz. Soplará sobre ellos, y se secarán, y la tormenta los llevará como paja. Ahora, ¿a quién me habéis comparado? ¿Seré igual a ellos? dice el Santo. Levantad vuestros ojos hacia arriba, y ved quién ha mostrado todas estas cosas. Él saca según el número su ornamento, a todos llamará por su nombre, por la gran gloria y en la fuerza de su poder: nada te oculta.

Desde el principio, dice, os he enseñado por la ley natural, y después por la Ley escrita a través de Moisés, he testificado que los ídolos no son nada, y que el Creador del mundo es Dios mismo, quien ha fundado una masa tan grande de tierra sobre los mares, y la ha colocado sobre los ríos: para que el elemento más pesado penda sobre las aguas ligeras por el arbitrio de Dios, quien como un rey se sienta sobre el círculo de la tierra: de lo cual algunos sostienen que es como un punto y un globo, y sus habitantes como langostas. Si consideramos en todo el orbe las diversas naciones, y desde el Océano hasta el Océano, es decir, desde el mar Índico hasta el Británico, y desde el Atlántico hasta el frío del Norte, donde las aguas se congelan, y el ámbar hermoso se solidifica, vemos que toda la humanidad habita en medio como langostas. ¿Por qué, entonces, se enorgullece la tierra y el polvo? Porque el cielo, o más bien, para usar la autoridad de las Escrituras, los cielos se extienden como una bóveda; o, como se contiene en hebreo, como DOC, de lo cual hemos hablado antes: por lo cual los LXX interpretaron allí saliva: y una palabra ahora traducida como escupitajo, ahora como bóveda, es decir, arco; y extiende su gran amplitud como una tienda y pabellón desde arriba, para cubrir a los hombres como un techo, y hacerlos habitar como en

una casa amplísima: ¿por qué nos maravillamos si los pequeños cuerpos humanos son considerados como langostas, y los pequeños seres animados?

De nuevo, en este lugar, algunos sostienen que el cielo se cierne sobre la tierra como un semicírculo, y que el cielo es como una esfera, abusando del nombre de bóveda, que supuestamente la mitad de la esfera cubre la tierra: cuando en hebreo no leemos bóveda, sino DOC, es decir, polvo finísimo. Por lo cual, la saliva que se proyecta en la tierra, y se mezcla con el polvo, y desaparece, muestra que toda la magnitud de los cuerpos debe ser considerada como nada. Pero quien extiende los cielos y los despliega: para que arriba habiten las multitudes de ángeles, o abajo los hombres moren, y ha hecho como una gran casa para las criaturas racionales: él mismo, según la calidad de los tiempos, establece príncipes, o exploradores de secretos, para que sean como si no fueran; y ha hecho a los jueces de la tierra como algo vano. Por lo cual los LXX tradujeron, ha hecho la tierra como nada; en verdad, también al principio del Génesis donde está escrito: La tierra era invisible y desordenada (Gén. I, 1), los demás tradujeron: La tierra era vana y sin valor. ¡Cuántos reyes narra la historia griega, bárbara y romana! ¿Dónde está el ejército innumerable de Jerjes? ¿Dónde la multitud israelita en el desierto? ¿Dónde el increíble poder de los reyes? ¿Por qué hablar de los antiguos? Los ejemplos presentes nos enseñan que los príncipes son como nada, y los jueces de la tierra son considerados como algo vano. Los príncipes y jueces de la tierra (o, como otros sospechan, del cielo) no son plantados, ni sembrados, ni afirmados con raíz firme, y de repente por orden de Dios son llevados y perecen, como la paja es arrebatada por el torbellino y la tormenta; según lo que está escrito: Y pasé, y ya no estaba; y lo busqué, y no se halló su lugar (Sal. XXXVI, 36). Entonces, dado que el poder del Creador y su majestad son tan grandes, ¿a quién comparáis a Dios? ¿y no entendéis más bien al creador por la magnitud de las criaturas? Si no creéis en las palabras, al menos creed en vuestros ojos; y por la servidumbre de los cielos y de todos los elementos, pensad en el poder del Señor. Él saca en número a su ejército, es decir, de los cielos; y a todos llama por su nombre, se sobreentiende, las estrellas. De las cuales también se canta en los Salmos: Él cuenta el número de las estrellas: y a todas ellas llama por su nombre (Sal. XLVI, 4). O interpretamos el ejército del cielo como ángeles, y todos los ejércitos de los cielos, de los cuales también habla Daniel: Mil millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban delante de él (Dan. VII, 10). Por lo cual también se le llama Señor de los ejércitos, que en nuestra lengua se dice, Señor de la milicia y de los ejércitos, o de las virtudes. Él saca según el número de los cielos al ejército: para que el sol, la luna y las demás estrellas, que Abraham no pudo contar, sean contadas por él, y sirvan en el oficio delegado (Gén. XV): mientras el mismo curso del cielo el sol lo completa en un año, el lucero de la mañana y de la tarde en dos años, la luna en cada mes, y todas las estrellas cumplen en tiempos determinados, y algunas de ellas son llamadas errantes, y sus movimientos desiguales los vemos con los ojos, no con la mente, ni los entendemos tanto como los admiramos. La magnitud del poder de Dios hace que todo sirva en su orden. O según los Setenta, por la multitud de su gloria y el poder de su virtud, nada puede ocultársele: sino que conoce todas las vías y razones y cursos por la majestad del Creador.

## LIBRO DUODÉCIMO.

No hay escritor tan inexperto que no encuentre un lector semejante a él: y la parte mayor es de aquellos que revisan las fábulas de Mileto, que de los libros de Platón. En uno hay juego y entretenimiento, en el otro dificultad y sudor mezclado con trabajo. Finalmente, Timaeus, discutiendo sobre la armonía del mundo y el curso y números de los astros, el mismo Cicerón que lo tradujo, confiesa que no lo entiende. Sin embargo, el testamento de Grunnius Corocotta Porcellus lo cantan en las escuelas de los niños que ríen a carcajadas. Por lo tanto,

que nuestro Luscius Lanuvinus disfrute de sus testigos, o más bien de sus partidarios; y que venza en número, porque tal vez vence en ingenio. Me basta el testimonio de unos pocos, y estoy contento con la alabanza de los amigos, que en la búsqueda de mis obras, caen por amor a nosotros, y por el estudio de las Escrituras; y creo que habrá algunos que sostendrán que este mismo discurso que hago a ti, Eustochium, está abierto a la crítica, sin considerar que Holda, Ana y Débora profetizaron mientras los hombres guardaban silencio: y que en el servicio de Cristo no hay diferencia de sexos, sino de mentes. Por lo tanto, el duodécimo libro de las explicaciones sobre Isaías tendrá este comienzo.

(Vers. 27 seqq.) ¿Por qué dices, Jacob, y hablas, Israel, mi camino está oculto al Señor: y mi juicio pasará de mi Dios? ¿Acaso no sabes, o no has oído? Dios eterno, el Señor que creó los confines de la tierra, no desfallecerá, ni se cansará, ni hay investigación de su sabiduría. Él da fuerza al cansado: y a los que no tienen fortaleza, multiplica el vigor. Los jóvenes desfallecerán y se cansarán, y los jóvenes caerán en debilidad. Pero los que esperan en el Señor, renovarán su fuerza, tomarán alas como águilas, correrán, y no se cansarán; caminarán, y no desfallecerán.

LXX: No digas, Jacob: y ¿qué has dicho, Israel: Mi camino está oculto a Dios, y mi Dios ha quitado mi juicio, y se ha ido: y ahora no sabes, y no has oído? Dios eterno, Dios que creó los confines de la tierra: no tendrá hambre, ni se cansará, ni hay invención de su prudencia. Él da fortaleza a los hambrientos: y a los que no sufren, tristeza. Porque los jóvenes tendrán hambre, y los adolescentes se cansarán, y los elegidos serán débiles. Pero los que esperan en Dios, renovarán su fuerza. Tomarán alas como águilas: correrán, y no se cansarán: caminarán, y no tendrán hambre.

Dado que la magnitud del Dios Todopoderoso es tan grande, que nada se le oculta, y todo se gobierna por su arbitrio, ¿por qué dices, Jacob, es decir, las dos tribus que se llamaban Judá; y hablas, Israel, las otras diez tribus en Samaria, que ya habéis sido llevadas cautivas a los asirios: Mi camino está oculto al Señor: y mi juicio pasará de mi Dios? Y el sentido es: Decís que a Dios no le importan las cosas terrenales, ni considera lo que cada uno de nosotros hace. Por lo cual también somos oprimidos injustamente por los enemigos, y nos dispersamos sin ningún guía, como en la similitud de bestias y peces, según Habacuc (Habac. I). A los cuales Dios responde: ¿Acaso no sabes; ni las palabras de las Escrituras anteriores te han enseñado, o según los LXX ignoras, porque no has oído, que el Dios eterno y el Señor creador de todo lo sabe todo, lo contiene todo, lo dispensa todo con su majestad? Ni alguna vez desfallece, ni se cansa; para que no entienda tu juicio, y tus caminos estén ocultos de él. Ni hay, dice, investigación de su sabiduría, de donde creo que se toma aquello del Apóstol: Incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos (Rom. XI, 33); o, como los LXX tradujeron, no tendrá hambre, y no se cansará. Donde hay comida, frecuentemente hay hambre, si quitas la comida: y donde hay hambre, allí también hay trabajo. Pero como en Dios no hay estas cosas, ¿por qué le atribuís pasiones humanas? más bien él da fortaleza a los hambrientos y a los cansados, y multiplica la virtud y el vigor a los que parecen ser como nada en el mundo, o según los LXX, que da tristeza a los que no sufren, porque hay una tristeza que lleva a la muerte, y hay una tristeza que lleva a la vida. Por lo cual a los que tienen un corazón impenitente, les da tristeza para que entiendan sus pecados. Y porque muchos se alegran en la salud del cuerpo, y piensan que la juventud y la adolescencia son perpetuas, añade y dice, que la edad floreciente pronto se marchita, y los cuerpos robustos se marchitan. Pero los que no tienen confianza en sus propias fuerzas, sino en Dios, y siempre esperan su misericordia, renovarán su fuerza, y pasarán de virtud en virtud: y tomarán alas como águilas, y oirán: Se renovará como el águila tu juventud (Sal. CII, 5); correrán hacia el Señor, y no se cansarán por su deseo; caminarán, y nunca desfallecerán. Hemos dicho

frecuentemente que la vejez de las águilas se rejuvenece con el cambio de plumas, y que son las únicas que pueden mirar el resplandor del sol y contemplar el brillo de sus rayos con ojos brillantes: y prueban a sus crías si son nobles con esta experiencia. Por lo tanto, también los santos rejuvenecen, y al tomar un cuerpo inmortal, no sienten el trabajo de los mortales, sino que son arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo, y no tienen hambre según los LXX, porque tienen al Señor presente como alimento.

(Cap. XLI.---Vers. 1 seqq.) Callen ante mí las islas, y las naciones renueven su fuerza: acérquense, y entonces hablen: acerquémonos juntos al juicio. ¿Quién despertó del Oriente al Justo: lo llamó para que lo siguiera? Entregará ante él a las naciones, y obtendrá a los reyes. Entregará como polvo su espada, como paja llevada por el viento su arco. Los perseguirá: pasará en paz, su senda no aparecerá en sus pies. ¿Quién ha hecho y realizado estas cosas: llamando a las generaciones desde el principio? Yo, el Señor, soy el primero y el último. Las islas vieron, y temieron: los confines de la tierra se asombraron, se acercaron y llegaron. Cada uno ayudará a su prójimo: y dirá a su hermano, Fortalécete. El herrero fortaleció al orfebre golpeando con el martillo al que forjaba en ese momento, diciendo, el pegamento es bueno: y lo fortaleció con clavos, para que no se moviera.

LXX: Renovadme, islas, porque los príncipes cambiarán su fuerza: acérquense y hablen juntos: entonces anunciarán el juicio: ¿Quién despertó del Oriente a la justicia: la llamó a sus pies y avanzará? Entregará ante las naciones: y pondrá a los reyes en estupor, y entregará en tierra sus espadas: y como paja proyectada sus arcos: y los perseguirá, pasará en paz el camino de sus pies. ¿Quién ha hecho y realizado estas cosas? la llamará, quien la llama desde el principio de las generaciones. Yo soy Dios el primero, y en estas cosas que vendrán yo soy. Las naciones vieron y temieron: los confines de la tierra se asombraron y se acercaron: vinieron juntos, juzgando cada uno a su prójimo para ayudar y a su hermano: y dirá: prevaleció el hombre artesano y el orfebre golpeando con el martillo produciendo juntos: a veces dice, la solidificación es buena. Los fortalecieron, los pondrán con clavos: y no se moverán.

Las naciones, es decir, las islas, que son golpeadas por las falsas y amargas olas de este siglo, son ordenadas a escuchar y cerrar sus bocas, y a conocer lo que se dijo a Israel: Escucha, Israel, y calla; y a renovar su fuerza, para que no por la debilidad anterior, no puedan escuchar la palabra de Dios, para que se acerquen primero al Señor, y que no estén contentas con su propia salvación; sino que lo que han aprendido, enseñen a los demás, y disputen con el Señor, si Dios ha guardado justicia para todos. Así les pregunta, y los provoca a responder, para enseñarles con la pregunta lo que ignoran: ¿Quién despertó del Oriente al justo, o a la justicia? Porque no es solo el Dios de los judíos, sino también de los gentiles, quien llamó a Cristo el Señor Salvador, quien se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, justicia y santidad, y redención (I Cor. I). En quien según el mismo Apóstol se revela la justicia de Dios (Ibid.). Lo llamó para que lo siguiera en todo, y hiciera las obras del Padre; y cumpliera aquello diciendo: Dios, he querido hacer tu voluntad (Sal. XXXIX, 9). Ante él, los reyes y las naciones se someterán, y las potestades adversarias serán sometidas a su espada y sus flechas, como paja y polvo. Los perseguirá, a los reyes y príncipes de las naciones individuales: Y pasará en paz, llamando a todos a la paz, para que se reconcilien con Dios. Su senda no aparecerá en sus pies, es decir, no sentirá el trabajo del camino, ni ninguna fatiga de la debilidad humana; sino que beberá del torrente en el camino, y por eso levantará la cabeza (Sal. CIX). ¿Quién, dice, ha hecho y realizado estas cosas? ¿Quién despertó al justo, o a la justicia? ¿Quién le entregó las naciones y los reyes? ¿Quién sometió todo a su espada y su arco? ciertamente él, quien desde el principio del mundo predijo estas cosas futuras, quien es el creador de todo. Y porque había dicho con afecto de quien pregunta: ¿Quién despertó del

Oriente al justo, etc., con todos en silencio, él mismo respondió: Yo soy el Señor, el primero y el último yo soy. Él es quien también en el Apocalipsis de Juan habla: Yo soy el alfa y el ω, el principio y el fin (Apoc. I, 8; y XXII, 13). Las islas vieron, es decir, las naciones, o las Iglesias reunidas de las naciones, que soportan las tempestades de este mundo; y temieron al Señor: Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. IX, 10). Todos los confines de la tierra temblaron ante las palabras de los Apóstoles, acercándose, y acercándose juntos al Evangelio de Cristo. Y cuando se vieron a sí mismos salvados, cumplieron con la obra lo que habían oído antes: acérquense, y entonces hablen; para que ayudaran a sus prójimos, y quisieran fortalecer a sus hermanos en el Señor, y les dijeran: Apartaos de los ídolos, despreciad las antiguas imágenes de los demonios, que la mano humana ha formado, que han sido producidas por el martillo que golpea, que han sido unidas con pegamento, que han sido estabilizadas con clavos, para que no se muevan; y cuando se mantengan de pie, no puedan caminar. Lo que hemos interpretado sobre la persona de Cristo y la vocación de las naciones y la predicación del Evangelio y la condenación de los ídolos, algunos lo refieren al rey Ciro de Persia, que lo despertó contra los babilonios del Oriente, y le hizo obedecer su mandato, sometiéndole muchas naciones, y sometiendo todo a su espada y su arco: y lo demás que sigue lo refieren a su persona, que los ídolos de los babilonios no les sirvieron, que fueron hechos por el esfuerzo humano, y despertados por el arte del orfebre. Algunos de los hebreos piensan que se dice de Abraham, quien fue llamado justo del Oriente, es decir, de los caldeos, porque fue encontrado justo solo; y lo siguió, saliendo de su patria a una tierra que no conocía, y entregó a los reyes en su mano, que habían venido contra Sodoma y Gomorra; y ante su espada y su arco los hizo ser como paja y polvo; y los persiguió, y regresó en paz, y no sintió el curso del largo viaje, y esto no por sus propias fuerzas, sino por la misericordia del Señor, quien desde el principio conoció estas cosas futuras. Vieron, dice, las islas, es decir, las naciones alrededor, y se aterrorizaron por su poder: y los confines de la tierra. Sem, el hijo de Noé, quien en el tiempo extremo de las tierras había escapado con su padre y sus hermanos del Diluvio; y había sido reservado hasta ese tiempo (Gén. XIV): quien quieren que se entienda como Melquisedec, y que salió al encuentro de Abraham cuando regresaba de la batalla, y lo recibió, y lo bendijo, y lo fortaleció con las bendiciones de Dios: y que él mismo es el herrero que forjó a Abraham, y con el martillo de su arte lo llevó a cosas mejores: y le dijo, Es bueno, que te unas y te adhieras al temor del Señor. Y lo fortaleció, o lo solidificó con los clavos de los preceptos del Señor, para que no se moviera, sino que permaneciera en su temor.

(Vers. 8 seqq.) Y tú, Israel, mi siervo, Jacob a quien elegí, descendencia de Abraham, mi amigo. Te tomé de los confines de la tierra, y de sus lugares lejanos te llamé, y te dije: Eres mi siervo: te elegí y no te rechacé. No temas, porque yo estoy contigo: no te desvíes, porque yo soy tu Dios, te fortalecí y te ayudé: y te sostuvo la diestra de mi justicia. He aquí que se confundirán y avergonzarán todos los que luchan contra ti: serán como si no existieran: y perecerán los hombres que te contradicen. Los buscarás y no los encontrarás: los hombres rebeldes serán como si no existieran: y como destrucción serán los hombres que luchan contra ti. Porque yo, el Señor tu Dios, tomé tu mano, diciéndote: No temas, yo te ayudé. No temas, Jacob, que estás muerto de Israel. Yo te ayudé, dice el Señor: y tu redentor es el Santo de Israel. Te he puesto como un carro nuevo de trillar, con dientes afilados. Trillarás montañas y las desmenuzarás; y los cerros los harás como polvo. Los aventarás, y el viento los llevará, y el torbellino los dispersará: y tú te regocijarás en el Señor, en el Santo de Israel te alegrarás. LXX: Pero tú, Israel, mi niño, Jacob, a quien elegí, descendencia de Abraham a quien amé, a quien tomé de los confines de la tierra, y de sus cumbres te llamé, y te dije: Eres mi niño: te elegí y no te abandoné. No temas, porque estoy contigo para que no te

equivoques; porque yo soy tu Dios que te fortalecí, y te ayudé, y te sostuve con mi diestra justa. He aquí que se confundirán y avergonzarán todos tus adversarios: serán como si no existieran: y perecerán todos tus enemigos. Los buscarás y no los encontrarás, hombres que enloquecen contra ti. Serán como si no existieran, y no habrá quienes luchen contra ti. Porque yo, el Señor tu Dios, que sostengo tu diestra: que te digo, no temas Jacob, pequeño Israel. Yo te ayudé, dice Dios: que te redimo el Santo de Israel. He aquí que te hice como ruedas de un carro de trillar nuevas en forma de sierras: y trillarás montañas, y desmenuzarás cerros: y como polvo los harás y los aventarás, y el viento los llevará, y la tormenta los dispersará. Pero tú te alegrarás en el Señor y en los Santos de Israel. Jacob e Israel ser carnal y ser espiritual, el Apóstol Pablo enseña: Mirad a Israel según la carne (I Cor. X). De lo cual entendemos que hay otro según el espíritu; y al carnal se le dice Israel: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham. A quienes también arriba (Ad cap. XL, 27) se les dice: ¿Por qué dices, Jacob, y hablas, Israel: Mi camino está oculto al Señor: y mi juicio ha pasado de mi Dios? Por el contrario, ahora Dios habla al Israel espiritual, que ha recibido la venida de su Señor, a quien primero llama siervo, luego elegido, y finalmente descendencia de Abraham. Porque primero recibimos el espíritu de servidumbre en temor (Rom. VIII); y después, elegidos, nos unimos en amistad con Dios. Después de la vocación de las naciones, cuando las islas vieron y temieron, los confines de la tierra se asombraron; se acercaron y se acercaron, se llaman remanentes, según la elección de la gracia, de los cuales también escribe el Evangelio: A estos doce eligió Jesús, a quienes también llamó Apóstoles (Luc. VI), quienes después de la servidumbre de la Ley pedagógica, fueron elegidos en el Evangelio; y merecieron ser la descendencia de Abraham, amigo de Dios. En él los tomó de los confines de la tierra, y de sus lejanos límites llamó a Israel de todas las naciones, reuniendo primero al pueblo de los judíos, de los cuales también el Apóstol Pablo dice: A vosotros era necesario predicar primero la palabra: pero como os apartáis de nosotros, vamos a los gentiles (Act. XIII, 46). A ti, pues, que eres mi siervo, y mi elegido, que vas a predicar entre las naciones, y a sufrir muchas persecuciones, te digo no temas, porque estoy contigo, a quien hablo en el Evangelio: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Matth. ult., 20). No te equivoques, ni te desvíes de la verdad, ni te engañes con falsa persuasión, que con tus fuerzas inexperto y desnudo, penetres el bosque de las naciones, y llames a la mansedumbre a las naciones más feroces. Yo soy quien te fortalecí, y te ayudé; y te sostuvo, o te protegió, la diestra de mi justo, es decir, del Señor Salvador, o mi diestra, como tradujeron los LXX. He aquí que tus adversarios, el pueblo de los judíos y todos los que luchan contra ti, y tus perseguidores se convertirán en nada, y buscarás a tus adversarios, y no los encontrarás. Y se da la razón por la cual no encontrará a sus adversarios: Porque serán como si no existieran. Estos adversarios se dice que enloquecen contra los Apóstoles, o según el hebreo, están consumidos. Por eso no debes temer, porque yo tomé tu mano, que te digo, No temas: yo te ayudé; no temas gusano de Jacob, que estás muerto de Israel, o como los LXX, poquísimos de Israel. Esto que hemos puesto, yo te ayudé: no temas gusano de Jacob, no se encuentra en los LXX. Pero el gusano que en hebreo se dice, THOLATH (), por la humildad y el desprecio se llama el coro de los Apóstoles, imitando al Salvador, que habla en el salmo: Yo soy un gusano, y no un hombre: oprobio de los hombres, y desprecio del pueblo (Sal. XXI, 7). Porque así como el gusano penetra la tierra: así la palabra apostólica penetró las ciudades de las naciones, y primero entró en los corazones más duros. Y con razón se llaman pocos de Israel, porque en comparación con todo el mundo, poquísimos de la nación judía creyeron, a quienes en el Evangelio el Señor habla: No temas, pequeño rebaño (Luc. XII, 32). O según el hebreo, muertos de Israel, que con el Apóstol dicen: Cada día muero (II Cor. XV, 31). Y en otro lugar: Con Cristo estoy crucificado. Vivo, pero no yo; vive en mí Cristo (Galat. II, 20). Y lo que sigue: Yo te he puesto como un carro de trillar nuevo, con dientes afilados, esto significa, que la predicación evangélica destruye las potestades

adversarias, y la maldad espiritual que se eleva contra el conocimiento de Dios: que por la variedad de la soberbia se llaman montañas y colinas. Y con ellos eliminados, y dispersos como un torbellino, que Israel se regocije y se alegre en el Señor Santo de Israel. También podemos decir, que el hombre eclesiástico que tiene los dientes afilados de la predicación evangélica en un carro nuevo, que no trabaja en la vejez de la letra, sino en la novedad del espíritu, destruye los corazones más duros de los incrédulos: separando el trigo de la paja, y desmenuzando montañas y colinas, es decir, todos los príncipes de los herejes, que desmenuzados y triturados, se reduzcan a polvo, y se enseñe que no son nada, para que los que estaban mal reunidos, se dividan en su bien.

(Vers. 17 seqq.) 501 Los necesitados y pobres buscan agua, y no hay: su lengua se secó de sed. Yo, el Señor, los escucharé: el Dios de Israel no los abandonaré. Abriré en las colinas ríos: y en medio de los campos fuentes. Pondré el desierto en estanques de agua y la tierra inhóspita en arroyos de agua. Daré en la soledad cedro y espino, y mirto, y árbol de olivo. Pondré en el desierto abeto, olmo, y boj juntos: para que vean, y sepan, y reflexionen, y entiendan juntos, que la mano del Señor hizo esto, y el Santo de Israel lo creó. LXX: Y se regocijarán los pobres y necesitados: porque buscarán agua, y no habrá: su lengua se secó de sed. Yo, el Señor Dios, los escucharé, el Dios de Israel: y no los abandonaré: sino que abriré en las montañas ríos, y en medio de los campos fuentes: haré del desierto pantanos, y de la tierra sedienta en acueductos. Pondré en la tierra sin agua cedro, y boj, y mirto, y ciprés, y álamo: para que vean, y sepan, y piensen, y conozcan juntos que la mano del Señor hizo estas cosas, y el Santo de Israel las mostró. El pueblo de las naciones pobre y débil, que no tenía conocimiento de la verdad, busca a través de diversos maestros, y varios dogmas de los filósofos aguas saludables: y no encuentra, porque no hay; su lengua se secó de sed, sin Ley ni Profetas. Porque según la fe del Evangelio, había consumido toda su sustancia en médicos (Luc. VIII); y no podía liberarse de la sangre de la idolatría, y de la sangre de las víctimas. Por eso el Señor Dios de Israel no los abandonó por completo, ni permitió que perecieran para siempre; sino que abrió en las colinas, o en las montañas ríos, y en medio de los campos fuentes. Estos ríos tomaron su principio de aquel río que se lee en los Salmos: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4). Y en otro lugar: El río de Dios está lleno de aguas. Estas aguas y fuentes manaron de aquella fuente que habla por Jeremías: Me abandonaron, fuente de agua viva (Jer. II, 13). Y arriba en este mismo Profeta se dice: Beberán aguas de las fuentes del Salvador. De las cuales también se canta en los Salmos: Bendecid al Señor Dios de las fuentes de Israel (Sal. LXVII, 27). Y puso, dice, el desierto en estanque de aguas, y la tierra inhóspita en arroyos de aguas. De las cuales aguas también el Salvador en el Evangelio decía en lenguaje místico (Juan IV, 13, 14): Quien beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que el agua que yo le daré, se convertirá en él en fuente de agua que salta para vida eterna. Y de nuevo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Quien beba del agua que yo le daré, de su interior fluirán ríos de agua viva (Idem. VII, 37, 38, 39). Esto, dice el Evangelista, lo decía del Espíritu Santo, que los que creyeran en él habrían de recibir. Porque la multitud de la Iglesia, que antes era desierta, había sido regada con aguas vitales, por eso según los LXX nacen en ella cedro, y boj, y mirto, y ciprés, y álamo: según el hebreo, y los demás intérpretes, cedro, setta, y mirto, y árbol de olivo, y abeto, y olmo y boj juntos. Estas variedades de árboles, significan la diversidad de la gracia espiritual. Y como su naturaleza es conocida por todos, de la SETTA () solo explicaremos en hebreo, que Theodotion tradujo como espino. Es un tipo de árbol que crece en el desierto, con similitud a la espina blanca; de donde se hicieron todos los instrumentos del arca y del tabernáculo, que se llaman Settim (Éxodo XXXVII): que es una madera imputrescible y muy ligera, que supera a todas las maderas en fortaleza y belleza. El cedro y el ciprés, y el mirto, son de muy buen olor, e imputrescibles. El olmo también y el álamo, o el boj, o se unen para casar las vides, o son

muy aptos para diversas obras. Todos estos se ponen juntos en la soledad, para que no falte ni una cuerda de la cítara del Señor, y ninguna virtud de las gracias de la Iglesia. Para que todos entiendan, y juntos reconozcan con la mente, que la mano del Señor ha hecho todo esto, para que en la aridez de las naciones se encuentren fuentes de virtudes, y en la tierra que antes era desierta y llena de salinidad, nazcan cedro y ciprés, y otros árboles, cuya altura y cima que se apresura hacia lo celestial, ilumine el árbol de olivo, que es el alimento de la luz, y el descanso de los que trabajan.

(Vers. 21 seqq.) Acercaos con vuestro juicio, dice el Señor: traed si acaso tenéis algo, dice el rey de Jacob. Que se acerquen, y nos anuncien lo que ha de venir: lo que fue antes, anunciadlo: y pondremos nuestro corazón, y conoceremos su final: y lo que ha de venir, indicadnos. Anunciad lo que ha de venir en el futuro: y sabremos que sois dioses. Haced bien o mal si podéis, y hablaremos, y veremos juntos. He aquí que sois como nada: y vuestra obra es de lo que no es: abominación es quien os eligió. LXX: Está cerca vuestro juicio, dice el Señor Dios: vinieron y se acercaron vuestros consejos, dice el rey de Jacob. Que se acerquen y nos anuncien lo que ha de venir: o lo que era antes decid: y pondremos sentido: y conoceremos lo que es el final. Decidnos también lo que ha de venir, y anunciad lo que ha de venir en el final: y sabremos que sois dioses. Haced bien y mal, y nos admiraremos: y veremos juntos de dónde sois vosotros, y de dónde es vuestra obra: de la tierra de abominaciones os eligieron. Como dijimos arriba, que hay un Jacob e Israel doble, de los que no creen y de los que creen en el Señor Salvador: así, con las naciones llamadas, y en el desierto de la Iglesia brotando ríos y fuentes, y de manera maravillosa creciendo la variedad de árboles, todos llenos de abundancia, los que no quisieron creer en Cristo de entre las naciones, son provocados a juicio, para que respondan por qué no quisieron ver, y saber y reflexionar, y entender que la mano del Señor hizo esto, y el Santo de Israel creó todo. Que se acerquen, dice, vuestros ídolos, que creéis que son los más fuertes. O traed, si acaso tenéis algo en vosotros; y abrid vuestros consejos, con qué razón, con qué sentido no quisisteis recibir la verdad manifiesta. Y al mismo tiempo se hace una apóstrofe a los mismos ídolos, que son insensibles, y no poseen la facultad de oír, ni de responder. Decidnos, dice, al menos lo pasado, o lo futuro, y demostrad vuestro poder con los eventos de las cosas. Esto significa que después de la venida de Cristo todos los ídolos enmudecieron: ¿dónde está Apolo de Delfos, y Loxias, y el Delio, y el Clario, y los demás ídolos, que prometían el conocimiento de lo futuro, que engañaron a los reyes más poderosos? ¿Por qué no pudieron predecir nada de Cristo; nada de sus Apóstoles; nada de las ruinas y abolición de los templos? Si, pues, no pudieron predecir su propia destrucción, ¿cómo pudieron anunciar lo ajeno, ya sea malo o bueno? Y si alguien dijera que muchas cosas fueron predichas por los ídolos, esto debe saberse que siempre unieron la mentira a la verdad, y así temperaron sus sentencias, que ya sea que ocurriera algo bueno o malo, ambas cosas pudieran entenderse. Como es aquello del rey Pirro de Epiro: Aio te, Aeacida, Romanos vincere posse. Y de Creso: Craesus transgressus Halym maxima regna perdet. Otro signo también es que los ídolos no son dioses, porque no pueden hacer ni bien ni mal. No porque los ídolos, o los demonios que asisten a los ídolos, no hayan hecho a menudo el mal; sino porque a menos que se les haya concedido poder por el Señor, no pueden hacerlo. De hecho, en el Evangelio suplican tener poder sobre la manada de cerdos (Matth. VIII). Y en Job leemos, sin la orden del Señor, que ni siquiera pudo destruir las bestias y posesiones del hombre santo (Job. I). Y no es de extrañar esto de Dios, ya que incluso el Apóstol Pablo entrega a algunos a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I). O esto debe decirse, que los ídolos mudos de los hombres e insensibles, no pueden hacer ni bien ni mal, ni conocer lo pasado, ni lo futuro, porque son de la nada, y de lo que no es, y no tanto ellos, como aquel que los adora, es digno de abominación. Porque los ídolos de las naciones, plata y oro, obra de manos de hombres. Tienen boca, y no hablarán

(Sal. CXIII, 13). ¿Cómo, pues, pueden saber y anunciar lo futuro, o narrar lo pasado, y hacer bien, o mal, que no tienen ni el sentido de los hombres, ni de los animales brutos? Ni importa, de qué materia parezcan hechos, ya que todos son terrenales.

(Vers. 25 seq.) Suscitó desde el Norte, y vendrá desde el oriente: llamará mi nombre, y traerá magistrados como barro: y como alfarero pisoteando la tierra. ¿Quién anunció desde el principio, para que sepamos: y desde el principio, para que digamos: Eres justo? No hay ni quien anuncie, ni quien prediga, ni quien escuche vuestras palabras. El primero dirá a Sion: He aquí están, y daré a Jerusalén un evangelista. Y vi, y no había ninguno de ellos que tomara consejo: y al ser interrogado respondiera palabra. He aquí todos injustos, y vanas sus obras: viento e ídolos vacíos son ellos. LXX: Yo, sin embargo, he suscitado al que es del Norte, y al que es del oriente: serán llamados por mi nombre. Vengan los príncipes y como barro del alfarero: y como alfarero pisoteando el barro, así seréis pisoteados. ¿Quién os anunciará lo que es desde el principio, para que conozcamos lo que está por venir: y diremos que es verdad: no hay quien predique, ni quien escuche vuestras palabras. Daré el principio a Sion: y consolaré a Jerusalén en el camino: pues de las naciones no hay nadie, y de sus ídolos no había quien anunciara: y si les pregunto, ¿de dónde sois?, no me responderán: porque son vuestros hacedores, y en vano os seducen. Aún habla contra los ídolos, y aquellos que después de la venida de Cristo, no quisieron abandonarlos. Y mientras ellos permanecen en el error, él dice haber suscitado desde el Norte al pueblo de las naciones. Porque desde el Norte se encenderán males sobre todos los habitantes de la tierra. Y a Jeremías se le dice: ¿Qué ves tú, Jeremías? Y él respondió: Una olla hirviendo: y su rostro está hacia el Norte (Jer. I, 13). Son suscitados desde el Norte, para que crean en aquel que vino desde el oriente. De quien leímos antes: ¿Quién suscitó al justo desde el Oriente, o la justicia? Y en otro lugar: He aquí el hombre cuyo nombre es Oriente (Zac. VI, 12). Él los llamará por mi nombre, para que, abandonados los ídolos, adoren a un solo Dios. Pues él habla en el Evangelio: Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me recibisteis: otro vendrá en su propio nombre, y a él recibiréis (Juan V, 43). Él pisoteará a los príncipes y magistrados, y toda la soberbia del mundo, y se someterán a él como barro al alfarero, para que haga de ellos un vaso para honor, otro para deshonra (Rom. IX). Estas cosas que yo digo haber hecho según la costumbre profética, como si ya hubieran pasado, o según Símaco, prometo que serán futuras, ningún demonio ni ídolo puede predecir. Por eso todos los oráculos han callado, porque no hay quien anuncie, no hay quien escuche, mientras los corazones brutos de los gentiles primero entendieron su error, y abandonaron las falsas profecías. Y el Señor será el primero en hablar a Sion, es decir, a su Iglesia, y le dirá: He aquí están tus hijos, que te he dado por mi fe. Significa a los Apóstoles, que predicaron el Evangelio en todo el mundo. Sion y Jerusalén difieren en nombres; sin embargo, como una ciudad, así también es una Iglesia. Por tanto, todas las naciones que siguen el error de los ídolos, sean interrogadas por nosotros, para que respondan de dónde son. Y esta será la respuesta universal, que todos siguen la vanidad y los vientos, y adoran las obras de sus manos. Todo lo que hemos dicho de los ídolos y las naciones, refirámoslo a las doctrinas depravadas; y a sus príncipes herejes, que cuando Cristo anuncia la paz de la Iglesia, y les muestra el camino de la verdad, ellos siguen el error; y se comparan al viento y al torbellino. Los hebreos interpretan al suscitado desde el Norte, y al que viene desde el oriente, como el asirio y el persa, que vinieron a Jerusalén, y pisotearon a todos sus príncipes; y ninguno de los ídolos que adoraban supo que esto vendría, sino solo el Señor, que los castigó por sus pecados.

(Cap. XLII.---Vers. 1 seq.) He aquí mi siervo, lo recibiré: mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: llevará juicio a las naciones. No clamará, ni tomará partido: ni se oirá su voz en las calles. No quebrará la caña cascada: ni apagará el pábilo que

humea: sacará el juicio a la verdad. No se entristecerá ni se turbará, hasta que establezca el juicio en la tierra: y las islas esperarán su ley. LXX: Jacob mi siervo, lo tomaré: Israel mi elegido, mi alma lo ha recibido. He puesto mi espíritu sobre él: sacará juicio a las naciones: no clamará, ni dejará: ni se oirá su voz en las calles. No quebrará la caña rota, ni apagará el pábilo que humea: sino que sacará el juicio a la verdad: resplandecerá, y no se quebrará, hasta que establezca el juicio sobre la tierra: y en su nombre esperarán las naciones. Jacob e Israel no se mencionan en este capítulo, lo cual tampoco puso el evangelista Mateo, siguiendo la verdad hebrea. Decimos esto en reproche de aquellos que desprecian lo nuestro. De lo cual se ha discutido más ampliamente en los Comentarios de Mateo, y en el libro que recientemente escribimos a Algasia. Y mientras tanto, es de notar que donde se escribe sobre el coro de los Apóstoles, se les llama Jacob e Israel, y semilla de Abraham: a quienes, como a hombres y siervos, se les dice consecuentemente: No temas, gusano de Jacob, y pequeño número de Israel. Pero donde hay profecía sobre Cristo, se lee sin Jacob e Israel: He aquí mi siervo, lo recibiré; mi elegido, en quien se complace mi alma. Y en lo siguiente: Te he dado como pacto del pueblo, como luz de las naciones: para abrir los ojos de los ciegos, y sacar de las prisiones a los cautivos, y de la casa de la cárcel a los que habitan en tinieblas. No es de extrañar que se le llame siervo, hecho de mujer, y hecho bajo la ley (Gál. IV; quien siendo en forma de Dios, se humilló, tomando forma de siervo, y hallado en forma de hombre (Filip. II). En quien se complace el alma de Dios, viendo en él todas las virtudes: más aún, siendo él mismo la virtud y sabiduría de Dios. He puesto, dice, mi espíritu sobre él: que descendió en forma de paloma. Llevará juicio a las naciones, que antes no conocían. No clamará: porque será manso y humilde; y no tomará partido en el juicio, o no levantará, se sobreentiende, su voz en alto. O según Símaco, no será engañado; entendiendo todas las insidias del diablo: o, según los LXX, no dejará, al pueblo judío: llamándolo al arrepentimiento. Ni se oirá su voz en las calles, pues no predicó el Evangelio fuera de Galilea y Judea en otras naciones. Aunque leemos que estuvo en los confines de Tiro y Sidón (Mat. XV), o en la frontera de Cesarea de Filipo, que ahora se llama Paneas: sin embargo, se debe saber que no está escrito que haya entrado en esas ciudades. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea. A todos será apacible, y dará perdón a los pecadores, diciendo a la mujer: Confía, hija, tus pecados te son perdonados (Luc. VII, 48). Y el pábilo que humea, o como otros han traducido, oscuro y tenebroso, no lo apagará: los que estaban cerca de la extinción, fueron preservados por la clemencia del Señor (que sobre los judíos y las naciones hemos discutido en los opúsculos mencionados); pero juzgará todo con verdad; sin temer a los escribas y fariseos, a quienes llamaba hipócritas con confianza (Mat. VII, XV, XXII, XXIII en su totalidad, y Luc. VI, XII): Lo que sigue: Resplandecerá, y no se quebrará, hasta que establezca el juicio sobre la tierra, el evangelista Mateo no lo puso (Mat. XII): o entre juicio y juicio, por error del escriba, se han omitido palabras. Significa que resucitando de entre los muertos, iluminó a todos, y no fue quebrantado por la muerte, hasta que estableció el juicio sobre la tierra: quien decía en el Evangelio: Para juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan IX, 39). Por lo cual hemos interpretado: No se entristecerá, ni se turbará; sino que conservará la ecuanimidad del rostro en todo momento: lo que falsamente los filósofos se glorían de Sócrates, que nunca estuvo, más de lo habitual, ni triste, ni alegre. Por lo cual Aquila y Teodocio han interpretado: No oscurecerá, y no correrá, hasta que establezca el juicio en la tierra. Y el sentido es: ninguna tristeza del rostro lo disuadirá, ni se apresurará al castigo, quien ha reservado la verdad del juicio para el último tiempo. Y lo que sigue: y su ley esperarán las islas, los LXX lo han puesto más claramente en su nombre esperarán las naciones: que en las Escrituras se llaman islas, porque están expuestas por todas partes a las incursiones de los perseguidores. Pero entendamos su ley, no la que fue dada por Moisés, sino el Evangelio: Porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén (Supra, II). De la cual también Jeremías profetiza: He aquí vienen días,

dice el Señor: y estableceré un nuevo pacto, no como el pacto que hice con sus padres (Jerem. XXXI, 31, 32).

(Vers. 5, 6 seq.) Así dice el Señor Dios: Creando los cielos, y extendiéndolos: afirmando la tierra, y lo que de ella brota: dando aliento al pueblo que está sobre ella, y espíritu a los que la pisan. Yo, el Señor, te he llamado en justicia, y he tomado tu mano, y te he guardado: y te he dado como pacto del pueblo, como luz de las naciones. Para abrir los ojos de los ciegos, y sacar de la prisión al cautivo, de la casa de la cárcel a los que habitan en tinieblas. Yo, el Señor, este es mi nombre; mi gloria no la daré a otro, ni mi alabanza a las imágenes talladas. Lo que fue primero, he aquí ha venido, también anuncio cosas nuevas: antes de que surjan, os las haré saber: Era incierto quién había dicho antes: He aquí mi siervo, lo recibiré: mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: llevará juicio a las naciones. Pues después de la condenación de los ídolos, surgió de repente el discurso. He aquí mi siervo, y lo demás, que hemos interpretado sobre Cristo desde la persona del Padre. Así que para no dejar ambiguo quién dijo lo anterior, añade y dice: Así dice el Señor Dios, creando los cielos, y extendiéndolos. O como los LXX tradujeron: Quien hizo el cielo, y lo fijó. El Creador y Señor del universo, él mismo prometió la venida de su Cristo, quien no solo extiende los cielos y los fija; sino que también afirmó la tierra con gran masa, y todo lo que nace de ella: para que sus invisibles se vean claramente desde la creación del mundo, siendo entendidos por las cosas hechas (Rom. I); también su eterna virtud y divinidad. Quien dio aliento a todos los que habitan en la tierra, por la primera ley de los mortales. Pues Dios sopló en el rostro de Adán, el espíritu de vida, y fue hecho un alma viviente (Gén. II). Y el espíritu propiamente a aquellos que pisan la tierra; y someten la sabiduría de la carne a su potestad. Aquel, pues, de quien son tan grandes las alabanzas, ha hablado estas cosas a aquel cuya ley esperan las islas y las naciones: Yo, el Señor, te he llamado en justicia: de quien él mismo habla en el Evangelio, Padre justo, el mundo no te ha conocido (Juan XVII, 25); para que sea no solo Dios de los judíos, sino también de las naciones. Y he tomado tu mano, porque todo lo que el Hijo obra, lo obra el Padre. Y te he guardado, quien todo lo conserva. Y te he dado como pacto del pueblo de Israel, a quien te había prometido venir antes. Y como luz de las naciones, que estaban sentadas en tinieblas y en sombra de muerte, para abrir los ojos de los ciegos que antes no veían a Dios. Y sacar de la prisión al cautivo (Prov. V); pues cada uno está atado con las cuerdas de sus pecados. Y en el Evangelio, a quien Satanás había atado, el Señor lo desató (Mat. VIII). De la casa de la cárcel a los que habitan en tinieblas, que estaban en la noche y oscuridad del error. Y lo que añade: Yo, el Señor, este es mi nombre; mi gloria no la daré a otro, no excluye al Hijo, a quien diciendo en el Evangelio: Padre, glorifícame con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese (Juan XVII, 5), él respondió; Y la he glorificado, y la glorificaré. Pues no dijo: No daré mi gloria a nadie, que si lo hubiera dicho, habría excluido también al Hijo, sino mi gloria no la daré a otro, excepto a ti, a quien he dado, a quien daré. Por lo cual admiro mucho la propiedad de la Sagrada Escritura, que la palabra AHER () todos los intérpretes la han traducido con voz unánime, otro, quienes en muchas otras cosas suelen discrepar. Para que sepamos que por esta sentencia no se excluye al Hijo, sino a los ídolos, las palabras siguientes lo testifican: Y mi alabanza a las imágenes talladas. Por lo cual los LXX: ni mis virtudes a los ídolos. Pues siendo Cristo la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios, contiene en sí todas las virtudes del Padre. Sigue, Lo que fue primero, he aquí ha venido. Y el sentido es: Lo que he hablado, lo que he prometido por Moisés y los profetas, todo se ha cumplido. Ahora, sin embargo, os anuncio el Evangelio, la vocación de las naciones, la pasión de Cristo, la novedad de la fe: para que así como veis cumplidas las cosas anteriores, así también creáis que lo que ahora prometo, ha de venir.

(Vers. 10, 11 seq.) Cantad al Señor un cántico nuevo: su alabanza desde los confines de la tierra: los que descendéis al mar, y su plenitud; islas y sus habitantes. Que se levante el desierto y sus ciudades: en las casas habitará Cedar, alaben los habitantes de Petra, desde la cima de los montes clamarán. Darán gloria al Señor, y anunciarán su alabanza en las islas. El Señor saldrá como un fuerte, como un hombre de guerra despertará el celo: vociferará y clamará: se fortalecerá sobre sus enemigos. Siempre he callado, he guardado silencio, he sido paciente: como una parturienta hablaré: disiparé y absorberé al mismo tiempo. Haré desiertos los montes y colinas, y secaré toda su hierba, y pondré ríos en las islas, y secaré los estanques. Y guiaré a los ciegos por un camino que no conocen, y por sendas que no conocen los haré caminar. Pondré delante de ellos tinieblas en luz, y lo torcido en recto: estas cosas les haré, y no los abandonaré. Se volvieron atrás: queden confundidos con confusión, los que confían en ídolos, los que dicen a las imágenes fundidas: vosotros sois nuestros dioses. LXX: Cantad al Señor un cántico nuevo: su principado es glorificado, y su nombre desde la cima de la tierra: los que descienden al mar y navegan en él, islas y sus habitantes: alégrate desierto y sus aldeas: villas y habitantes de Cedar. Se alegrarán los que habitan en Petra: desde la cima de los montes clamarán. Darán gloria a Dios, anunciarán sus virtudes en las islas. El Señor Dios de las virtudes saldrá y destruirá la guerra, despertará el celo, y clamará sobre sus enemigos con fortaleza. He callado desde el principio, ¿acaso siempre callaré y soportaré? como una parturienta he actuado pacientemente, irrumpiré y secaré al mismo tiempo, devastaré montes y colinas, y secaré toda su hierba. Y pondré ríos en las islas, y secaré las lagunas. Y guiaré a los ciegos por un camino que no conocen, y por sendas que no conocieron, los haré caminar; haré para ellos tinieblas en luz, y lo torcido en recto. Estas cosas les haré, y no los abandonaré, pero ellos se volvieron atrás; queden confundidos con confusión, los que confían en ídolos, los que dicen a las imágenes fundidas, vosotros sois nuestros dioses. El que antes había dicho: las cosas primeras, he aquí que han venido; también anuncio cosas nuevas: antes de que surjan, os las haré oír; y se había prometido, que ignoraban que iba a decir: cuáles son esas cosas nuevas, lo testifica en el siguiente discurso, ordenando a los Apóstoles, y a los hombres apostólicos, que canten un cántico nuevo, no en la antigüedad de la letra; sino en la novedad del espíritu. No solo en el Antiguo Testamento, sino en el nuevo; y su alabanza penetre hasta los confines de la tierra. Porque desde el extremo del cielo es su salida y hasta el extremo de él su encuentro (Salmo XVIII). En toda la tierra salió el sonido de los Apóstoles, y hasta los confines del mundo sus palabras. O según los LXX: Glorificad su nombre en los confines de la tierra: para que en todo el mundo el nombre de Cristo sea anunciado a las naciones. Quiénes son estos que deben cantar un cántico nuevo, lo testifican las palabras siguientes: Los que descendéis, dice, al mar, y navegáis en él, o la plenitud del mar. Viendo Jesús a los Apóstoles en la orilla junto al mar de Genesaret remendando sus redes, los llamó y los envió al gran mar (Luc. V); para hacer de pescadores de peces pescadores de hombres, que desde Jerusalén hasta Ilírico y España predicaron el Evangelio: capturando en breve tiempo incluso el poder de la misma ciudad de Roma. O ciertamente descendieron al mar y navegaron en él; soportando las tempestades y persecuciones de este siglo. También las islas y sus habitantes, o entiende la diversidad de las naciones, o la multitud de las Iglesias. Que se levante [Al. Eleve], dice, el desierto y sus ciudades su voz, de la cual también hemos hablado antes. O que se alegre el desierto y sus aldeas, y Cedar, que una vez fue una región inhabitable más allá de Arabia de los sarracenos. Y los habitantes de Petra, que también es una ciudad de Palestina. Esto significa, que el pueblo de las naciones, antes desierto del conocimiento de Dios, y atado a los errores de la idolatría, se convierta a las alabanzas del Señor. O porque Cedar se interpreta como tinieblas, y según el Apóstol (I Cor. X) la roca es Cristo, se ordena a todos los creyentes, que los que antes estaban en tinieblas, y ahora creen en el Señor Salvador, clamen desde la cima de los montes, y abiertamente prediquen a Cristo, 512 a quienes también

antes (Ad cap. XL, 9) se les dijo: Sube a un monte alto, tú que evangelizas a Sion. Eleva con fortaleza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén. Y pondré su gloria en las islas, de las cuales hemos hablado antes. Y el discurso profético describe el glorioso advenimiento del Salvador, del cual también habla el Apóstol Pablo: Según la iluminación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (II Cor. IV; II Tim. I, 10); y lo compara con un hombre muy fuerte, que luchará contra sus adversarios, despertando el celo. De lo cual también se profetizó en el Cántico de Deuteronomio: Ellos me provocaron a celos con lo que no es Dios, y me irritaron con sus ídolos; y yo los provocaré a celos con un pueblo que no es, y con una nación insensata los irritaré (Deut. XXXII, 21). También vociferará y clamará contra sus enemigos, reprobando abiertamente su infidelidad, y proclamando con clamor: He callado, siempre he guardado silencio, he sido paciente, o como los LXX tradujeron: He callado, ¿acaso siempre callaré (Ecles. III, 7)? Para que se cumpla lo que se dice por Salomón: Tiempo de callar, y tiempo de hablar. Y el sentido es: Durante mucho tiempo os he soportado pecando; pero porque antes había callado, no callaré más. Y como la parturienta da a luz al niño, y hace visible lo que antes estaba oculto en sus entrañas: así yo manifestaré mi dolor y la disimulación que siempre he tenido sobre vuestras iniquidades, ahora la sacaré a la luz, y disiparé vuestros consejos: y al mismo tiempo absorberé a toda la nación, y toda la soberbia de los montes y la hinchazón de vuestras colinas. Y la hierba, de la cual se dijo antes: Verdaderamente la hierba es el pueblo, es decir, tanto los príncipes como el vulgo innoble, los reduciré a desierto. Lo que en los LXX se añadió de la edición de Teodoción, quien había omitido estas palabras (Véase supra, cap. IV, 7). Y cuando os haya secado y destruido desde la cabeza hasta los pies, entonces haré que los ríos de mi doctrina corran en las islas de las naciones, y vuestros estanques o lagunas los reduciré a aridez, para que en las naciones haya conocimiento de las Escrituras, y en vosotros aridez de doctrina. Y guiaré a los ciegos por un camino que antes no conocían, de los cuales también leemos antes: Te he dado por pacto del pueblo, por luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos. Estos serán guiados por el camino del cual Cristo habla. Yo soy el camino, o el camino 513 del conocimiento de Dios, y los haré caminar por las sendas proféticas. Entonces sus tinieblas se convertirán en luz, y lo torcido se convertirá en recto, para que entiendan lo que leen, y con los ojos del corazón vean claramente en el Antiguo Testamento la luz de Cristo. Y al mismo tiempo añade: Estas palabras que hice, o haré para ellos, no prometiendo más cosas futuras; sino devolviendo lo que antes había prometido. Pero mientras yo decía esto, el pueblo de los judíos se volvió atrás, para no creer al que prometía, y se confundió en sus errores, y descuidó la promesa de Dios, quien antes había creído en ídolos. O cuando haya entrado la plenitud de las naciones, entonces también el pueblo de Israel se convertirá (Rom. II), y se arrepentirá de su error, por el cual antes había servido a los ídolos. O ciertamente después de la vocación de las naciones volverá al principio: para decir que todas las naciones, que no quisieron creer en el Evangelio, serán confundidas en sus ídolos.

(Vers. 18, 19 seqq.) Sordos, oíd, y ciegos, mirad para ver. ¿Quién es ciego, sino mi siervo? y sordo, sino aquel a quien envié mis mensajeros? ¿Quién es ciego, sino el que fue vendido? y ¿quién es ciego, sino el siervo del Señor? Tú que ves muchas cosas, ¿no las guardarás? tú que tienes los oídos abiertos, ¿no oirás? Y el Señor quiso santificarlo, y magnificar la ley, y exaltarla. Pero el pueblo fue saqueado y despojado: todos atrapados en lazos, y escondidos en casas de cárceles: fueron hechos presa, y no hay quien los libre: en despojo, y no hay quien diga: Devuelve. ¿Quién de vosotros oirá esto, atenderá y escuchará lo futuro? ¿Quién entregó a Jacob al saqueo, e Israel a los devastadores? ¿No fue el mismo Señor, contra quien pecamos? Y no quisieron andar en sus caminos, y no escucharon su ley. Y derramó sobre él la indignación de su furor, y la fuerza de la guerra: y lo quemó alrededor, y no lo conoció: y lo encendió, y no lo entendió. LXX: Sordos, oíd, y ciegos, mirad, para que veáis. ¿Quién

es ciego, sino mis hijos: y sordos, sino los que los dominan? ¿Quién es ciego (Según la edición Complutense de los LXX) sino el que recibió: y fueron cegados los siervos de Dios. Visteis muchas veces, y no guardasteis: se abrieron los oídos, y no oísteis. El Señor Dios quiso que se justificara, y magnificara la alabanza. Y vi, y el pueblo estaba despojado y saqueado. Porque hay lazo en los lechos por todas partes, y en las casas al mismo tiempo, en las que los escondieron. Fueron hechos presa: y no había quien librara el botín: y no había quien dijera: Devuelve. ¿Quién de vosotros oirá esto, y conocerá lo futuro? ¿Quién entregó a Jacob al saqueo, e Israel 514 a los devastadores? ¿No fue Dios, contra quien pecaron? y no quisisteis andar en sus caminos, ni escuchar su ley. Y trajo sobre ellos la ira de su furor: y prevaleció contra ellos la guerra, y los que los quemaban alrededor: y no lo conoció cada uno, ni lo pusieron sobre su alma. Para que nadie piense que esto que se dice: Sordos, oíd, y ciegos, mirad para ver, se refiere al pueblo de las naciones, que antes era sordo y ciego (como los judíos intentan aprobar con una interpretación insensata), el mismo discurso profético demuestra quiénes deben entenderse como sordos y ciegos. ¿Quién, dice, es ciego, sino mi siervo: y sordo, sino aquel a quien envié mis mensajeros? sin duda se refiere a los Profetas. ¿Quién es ciego, sino el que fue vendido por sus pecados? ¿Quién es ciego, sino el que antes fue siervo del Señor? A quien se le dice: Oh Israel que ves muchas cosas, y tienes muchos Profetas, por los cuales conoces los mandamientos de Dios, ¿no guardarás lo que se te ha mandado? Tú que tienes los oídos abiertos, ¿no oirás lo que se dice, de lo cual también leemos antes: Oiréis con el oído, y no entenderéis: y viendo miraréis, y no veréis: porque el corazón de este pueblo se ha engrosado (Isa. VI, 9). El Señor, dice, quiso santificarlo, y magnificar su Ley, y levantar y exaltar al pueblo caído. Pero él no quiso hacer la voluntad de Dios: y por eso fue saqueado y despojado por sus adversarios, que debemos entender como demonios o enemigos. Todos atrapados en lazos, y escondidos en casas de cárceles. O como los LXX tradujeron, Lazo en los lechos por todas partes: y en las casas al mismo tiempo, en las que los escondieron: significando a los escribas y fariseos, que engañaron al pueblo miserable, y pusieron trampas por todas partes contra el Señor Salvador y sus Apóstoles (Luc. XI): teniendo la llave del conocimiento, ni ellos mismos entraban, y prohibían a otros que querían entrar. Y bellamente llamó cárceles a sus pechos en los que habitaban pensamientos malvados. Por eso fueron hechos presa, y en despojo: y no hubo quien los librara, y hablara por ellos. Y al mismo tiempo el Profeta los exhorta, para que si todos no pueden oír, al menos unos pocos conozcan y entiendan lo futuro, de quién han sufrido esto. Y reconozcan las causas de su devastación, que ni quisieron oír ni hacer lo que la Ley les mandaba. Por eso el Señor derramó sobre ellos toda su ira y la indignación de su furor llena, para que 515 el que antes había callado, no callara más, ni los corrigiera con palabras, sino con penas y tormentos, y los atrapara una guerra muy fuerte, de la que no puedan escapar, mostrando la ferocidad de los romanos. Y aunque por todas partes esté quemado, y no tenga nada en sí de salud, sin embargo no entiende la causa de su pena, que por eso fue castigado, porque no recibió al Hijo de Dios.

(Cap. XLIII.---Vers. 1 seqq.) Y ahora, así dice el Señor, que te creó, Jacob, y te formó, Israel: No temas, porque te he redimido, y te he llamado por tu nombre: eres mío. Cuando pases por el agua, estaré contigo, y los ríos no te cubrirán. Cuando camines por el fuego, no te quemarás, y la llama no arderá en ti: porque yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador, he dado como propiciación por ti a Egipto, Etiopía y Saba. Desde que te hiciste honorable a mis ojos y glorioso: te he amado, y daré hombres por ti, y pueblos por tu vida. No temas, porque yo estoy contigo: desde el Oriente traeré tu descendencia, y desde el Occidente te reuniré. Diré al Norte, da: y al Sur, no detengas: trae a mis hijos de lejos, y a mis hijas del extremo de la tierra. Y a todo el que invoque mi nombre, lo he creado para mi gloria,

lo he formado y lo he hecho. Saca al pueblo ciego, que tiene ojos: sordo, y tiene oídos. Todas las naciones se han reunido, y se han congregado las tribus. ¿Quién entre vosotros anunciará esto, y nos hará oír las cosas primeras? Que presenten sus testigos, y sean justificados: y oigan, y digan: Verdaderamente vosotros sois mis testigos, dice el Señor, y mi siervo a quien he elegido, para que sepáis y creáis en mí, y entendáis que yo soy. Antes de mí no fue formado Dios: y después de mí no lo habrá. Yo soy, yo soy el Señor, y no hay salvador fuera de mí. Yo anuncié, y salvé: hice oír, y no hubo entre vosotros extraño. Vosotros sois mis testigos, dice el Señor, y yo soy Dios, y desde el principio yo mismo, y no hay quien libre de mi mano: obraré, y ¿quién lo impedirá?

LXX; Y ahora así dice el Señor que te hizo, Jacob, y te creó, Israel, No temas, porque te he redimido: te he llamado por tu nombre, eres mío: y si pasas por el agua, estoy contigo, y los ríos no te cubrirán. Y si pasas por el fuego, no te quemarás: la llama no te abrasará: porque yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador. He hecho tu intercambio Egipto, Etiopía y Syene por ti. Desde que te hiciste honorable, y glorificado a mis ojos: y te he amado, y daré hombres por ti, y príncipes por tu vida. No temas, porque yo estoy contigo: desde el Oriente traeré tu descendencia, y desde el Occidente te reuniré. Diré al Norte, trae: y al Sur, no detengas: trae a mis hijos de tierra lejana, y a mis hijas de los confines de la tierra, todos los que son llamados por mi nombre: porque en mi gloria lo he creado, lo he formado y lo he hecho: y he sacado al pueblo ciego, que tiene ojos, y son ciegos, y sus oídos son sordos. Todas las naciones se han reunido, y se han congregado sus príncipes. ¿Quién anunciará estas cosas? o las cosas desde el principio, ¿quién os las anunciará? que presenten sus testigos, y sean justificados, y oigan y hablen la verdad. Sed mis testigos, y yo testigo, dice el Señor Dios, y mi siervo a quien he elegido, para que sepáis y creáis y entendáis que yo soy: Antes de mí no hubo otro Dios y después de mí no lo habrá. Yo soy Dios, y no hay salvador fuera de mí. Yo anuncié, y salvé: reprendí y no hubo entre vosotros extraño. Vosotros sois mis testigos, y yo soy el Señor Dios desde el principio, y no hay quien libre de mis manos. Haré, y ¿quién lo impedirá?

Los hebreos interpretan esto del segundo advenimiento del Salvador, cuando después de la plenitud de las naciones todo Israel será salvado. Pero nosotros de ninguna manera pensamos que se haga la promesa a aquellos a quienes se dijo antes: ¿Quién es ciego, sino mis siervos, y quién sordo, sino los que dominan sobre ellos? y los siervos de Dios han sido cegados. Y de nuevo: El pueblo ha sido devastado y saqueado, y cosas semejantes. Finalmente añade: Derramó sobre él la indignación de su furor, y la fuerza de la guerra: y lo quemó alrededor, y no lo conoció, y lo encendió, y no lo entendió. Por lo tanto, lo que dijimos antes, que hay dos Jacob, y dos Israel, uno carnal, y otro espiritual, de aquellos que no quisieron creer en el Salvador, y de aquellos que recibieron al Hijo de Dios: esto también debe entenderse ahora, que se convoca al coro de los Apóstoles, y la primera Iglesia de Cristo reunida del pueblo de los judíos, para que entienda a su Creador y hacedor, que es el creador tanto de su alma como de su cuerpo. Y no tema a los perseguidores porque ha sido redimido con la sangre de Cristo, quien lo ha llamado por su nombre: y por la familiaridad lo llama especialmente su pueblo; pero predique sin vacilar, y no tema ningún peligro. Y lo que añade: aguas y ríos, y fuego y llamas, describe el ímpetu y furor de los perseguidores, que envidian la salvación de las naciones, y no quieren que se predique el mensaje evangélico. Aunque los judíos, en las aguas entienden a los egipcios, en los ríos a los babilonios, en el fuego a los macedonios, en la llama a los romanos. Por eso les ordena que no teman, porque el Señor Dios su Salvador, y el Santo de Israel está con ellos, quien los ha hecho predicar a Egipto, Etiopía, y Syene, y a los confines del mundo. Por Syene, los demás intérpretes han puesto SABA, de donde fue la reina del Sur, que vino a escuchar la sabiduría de Salomón (III Reyes X). Por lo cual el coro

de los Apóstoles se hizo honorable a los ojos de Dios, y amado por él: y la salvación de todos los hombres y pueblos, que por ellos fueron llamados al Evangelio, y serán considerados para la salvación de sus almas. De donde añade y dice: No temas, yo estoy contigo, quien os hablo en el Evangelio: He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. ult. 20). Porque desde el Oriente y desde el Occidente traeré a tus hijos, que descansarán en el seno de Abraham, y de todas las partes del mundo se reunirá el pueblo de mis hijos e hijas, que o invoquen mi nombre, o sean llamados por mi nombre, para que sean llamados cristianos en la gloria de su creador. Y lo que sigue: Saca al pueblo ciego, que tiene ojos; sordo, y tiene oídos, muchos piensan que se dice del pueblo de las naciones, que por la doctrina de los Apóstoles comenzaron a oír y ver. Pero también entendamos esto del Israel disperso, que fue llamado por los Apóstoles, y fue el primero en creer; a quienes también Pablo habla: A vosotros primero era necesario predicar la palabra de Dios (Hechos XIII, 46). Y el mismo Señor en el Evangelio: Id a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. X, 6). Finalmente sigue: Todas las naciones se han reunido, y se han congregado las tribus, es decir, con el pueblo que creyó de los judíos, para que haya una doble vocación, de la circuncisión y del prepucio. Pero lo que se dice, Saca, es un discurso al Hijo. O, según los LXX, el Padre habla del Hijo, que ha sacado a su pueblo ciego y sordo, y lo ha unido a las naciones, y ha hecho de ellos muchos príncipes de la Iglesia. El profeta se maravilla de que nadie entre las naciones haya podido prever esto, ni conocer los designios de Dios; sino solo su pueblo que recibió la Ley y tuvo profetas: Porque conocido es Dios en Judá; en Israel grande es su nombre (Sal. LXXV, 1). O Dios mismo es testigo de sus palabras, y ejecutor, y su siervo a quien ha elegido. Sin duda significa a Cristo, a quien también antes dice: Es grande que te llames mi siervo. Y todo esto se hará, para que la verdad sea predicada al mundo, y sepan, y crean, y entiendan, aquellos cuya mente antes era bruta e insensible, que fuera de un solo Dios, no hay otro Dios, ni antes, ni después. Porque el creador de los tiempos no tiene principio en algún momento, ya que este mismo, en algún momento, es del tiempo. Y como ahora ha dicho: Yo soy testigo, dice el Señor Dios; y el siervo a quien he elegido, diciendo esto mismo el Señor en el Evangelio: El testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy quien doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió (Juan VIII, 17, 18). Así también debe entenderse de su divinidad, que no hay otro Dios, sino él que habla, y su siervo a quien ha elegido. Y bellamente fuera de Dios Padre no hay otro Dios: porque Cristo es la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios (I Cor. I), quien habla en el Evangelio: Yo en el Padre, y el Padre en mí está (Juan XIV, 11). Porque así como un solo Cristo Señor no quita al Padre que sea Señor: así un solo Dios Padre, no quita al Hijo que sea Dios: quien en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto era en el principio con Dios (Juan I, 1, 2). Y lo que sigue: Y no hay salvador fuera de mí, muestra que en el Padre el Hijo salva todo. De quien el mismo profeta testifica: Y el Señor les enviará un Salvador, que los salvará (Isaías IX). Porque Dios sabio y fuerte, no puede estar sin su sabiduría y virtud. Así que desde el principio yo he predicho estas cosas futuras, no habrá quien reniegue de mi voluntad: más bien lo que yo haga, ¿podría alguien hacerlo nulo? Estas cosas se dicen a Jacob e Israel, pero se refieren al coro apostólico y a todos los que del pueblo de los judíos quisieron creer en Cristo.

(Vers. 14.) Así dice el Señor vuestro redentor, el santo de Israel. Por vosotros envié a Babilonia, y derribé todos los cerrojos, y a los caldeos en sus naves gloriándose: yo soy el Señor vuestro santo, creador, Israel vuestro rey. LXX: Así dice el Señor Dios, que os redimió santo de Israel: Por vosotros enviaré a Babilonia, y levantaré a todos los fugitivos, y los caldeos serán atados en sus naves. Yo soy el Señor Dios santo de Israel, que mostré a Israel vuestro rey. Según el hebreo, aún se dirige el discurso profético a Israel, que su redentor el Señor y santo de Israel, ha dicho esto a ellos: Por vosotros que conmigo predicáis el

Evangelio, a quienes antes dije: No temas, porque yo estoy contigo, que sois testigos de mi voluntad, y anunciáis al mundo incrédulo a mi siervo como otro testigo, envié a mi Hijo a Babilonia y a la confusión de este siglo. Y derribé todos sus cerrojos, que en hebreo se llaman BARIHIM, y que Teodocio interpretó como fuertes. Y a los caldeos, se sobreentiende, derribé, que se gloriaban en sus naves: en estos, que como naves entre los ídolos fluctuaban. De los caldeos nadie duda, que significan demonios. Yo soy el Señor que predije estas cosas futuras, que soy vuestro Creador y rey de Israel. Pero según los LXX el sentido es muy diferente: Yo soy el Señor que te libré de los peligros, y santo de Israel: por vosotros enviaré a Babilonia al rey de los medos y persas, y haré huir a sus habitantes: y los caldeos que os capturaron, serán llevados atados por el mar Caspio a otras naciones. Yo soy el Señor que decreté estas cosas futuras, que mostré a Israel que sería rey de los creyentes.

(Vers. 16, 17 seqq.) Así dice el Señor, que dio en el mar un camino, y en las aguas torrenciales una senda. Que sacó el carro y el caballo, el ejército y el fuerte: juntos se durmieron, no se levantarán; fueron destruidos, como lino, se extinguieron. No recordéis las cosas pasadas, ni consideréis las antiguas. He aquí que hago nuevas cosas, ahora surgirán; ciertamente las conoceréis. Pondré en el desierto un camino, y en el lugar desolado ríos. Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces; porque di en el desierto aguas, ríos en el lugar desolado, para dar de beber a mi pueblo, mi elegido. Este pueblo lo formé para mí; narrarán mi alabanza. LXX: Porque así dice el Señor, que da en el mar un camino, y en el agua vehemente una senda. Que saca carros, y caballos, y multitud fortísima. Pero durmieron, y no se levantarán: se extinguieron como lino extinguido. No recordéis las cosas pasadas, ni consideréis las antiguas. He aquí que haré nuevas cosas, que ahora surgirán, y las conoceréis, y haré en el desierto un camino, y en el lugar sin agua ríos. Me bendecirán las bestias del campo, las sirenas y las hijas de los avestruces, porque di en el desierto agua, y ríos en el lugar sin agua, para que beba mi linaje elegido, mi pueblo, que adquirí, para que narre mis virtudes. El Señor que destruyó y derribó Babilonia, y a sus más fuertes los derribó de su poder y a todos los caldeos que navegaban felizmente en las olas de este siglo, los hizo cautivos: él mismo en las aguas torrenciales del mar Rojo encontró un camino, para que pasara su pueblo liberado de Egipto. O quien dio en el mar Rojo un camino, él mismo en las aguas torrenciales del río Jordán encontró una senda, para que tanto la salida de Egipto, como la entrada en la tierra prometida tuviera un milagro. Él mismo sumergió en el abismo los carros y caballos y todo el ejército de Faraón, que durmieron en un sueño perpetuo. Fueron destruidos y extinguidos, como lino en breve tiempo, y en un instante y momento. Porque el lino aún no prendido por el fuego, por la ligereza de su sustancia se extingue de inmediato, se disuelve en ceniza. Por lo tanto, os mando esto, que entre mis señales y milagros, por los cuales Babilonia, la ciudad potentísima, fue destruida, y por los cuales en el mar Rojo y en el Jordán se abrió un camino para mi pueblo, no recordéis las cosas antiguas, porque en el Evangelio haré cosas mucho mayores; en comparación con las cuales, las pasadas deben ser silenciadas. Porque ya no en el mar Rojo, sino en el desierto de todo el mundo encontraré un camino. Ni un solo río, o fuente brotará de la roca, sino muchos ríos, que no refrescarán cuerpos como antes, sino almas sedientas, y se cumplirá lo que leímos antes: Beberéis aguas de los manantiales del Salvador (Ad cap. XII, 3). Entonces lo que nunca se ha hecho, se hará, que todas las bestias y dragones, y avestruces que moraban en la soledad de las naciones, y semejantes a bestias por la sangre de la idolatría, y la ferocidad de sus costumbres, me glorificarán y alabarán. Por dragones, que solo Teodocio, como está escrito en hebreo, llamó THANNIM, los demás interpretaron Sirenas, animales portentosos, que con dulce y mortal canto precipitaban a los navegantes a ser devorados por los perros de Escila. Esto significa, que los que antes estaban entregados al placer y la lujuria, se convertirán al servicio del Señor: aunque es mejor entender dragones, porque se juntan con los avestruces, para que, ya

que una vez hablaba de las bestias de la soledad, pusiera estos animales, que son familiares al desierto. Alabarán, dice, y me glorificarán las bestias del campo, y los dragones, y los avestruces, porque di en el desierto de las naciones aguas, y en la aridez de las naciones ríos, para que beba mi pueblo, que elegí para mí, o mi linaje elegido, y el pueblo que adquirí con mi sangre, para que narre mis alabanzas y virtudes.

(Vers. 22, 23 seqq.) No me invocaste, Jacob: ni te esforzaste en mí, Israel. No me ofreciste carnero de tu holocausto, y con tus víctimas no me glorificaste. No te hice servir en ofrenda, ni te di trabajo en incienso. No me compraste con plata caña, y con la grasa de tus víctimas no me embriagaste. Sin embargo, me hiciste servir en tus pecados: me diste trabajo en tus iniquidades. LXX: No me llamaste ahora, Jacob, ni te hice trabajar, Israel. No me trajiste ovejas de tu holocausto: ni en tus víctimas me magnificaste: ni te hice servir en sacrificios, ni te di trabajo en incienso, ni me compraste con plata incienso, ni deseé la grasa de tus sacrificios, sino que en tus pecados te defendí, y en tus iniquidades. Mientras las bestias del campo, los dragones y los avestruces me alaban, tú Jacob, no quisiste invocarme, ni después esforzarte, para enmendar el pecado con penitencia. Pero lo que piensas que me ofreciste víctimas, y que inmolaste carneros, sepas que no fueron aceptados por mí, porque eran comunes a mí y a los ídolos. Y repite ese sentido, del que dijo antes: ¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios, dice el Señor? Estoy lleno de holocaustos de carneros, y de la grasa de corderos, y no quiero la sangre de toros y machos cabríos. Porque no, dice, te pedí nada valioso: para que en prepararlos, te hiciera trabajar. No te exigí ofrendas, ni busqué inciensos: no caña, ni incienso, y diversas especias, cuyo humo me embriagaras y saciaras. Sino obediencia, que es superior al sacrificio: y el sacrificio, del que en los Salmos David dice: Sacrificio a Dios es el espíritu contrito: el corazón contrito y humillado Dios no desprecia (Sal. L, 15), eso quise, eso busqué. Pero tú me hiciste servir y trabajar en tus pecados, para que me viera obligado a decir: Me cansé de soportar; y ya no puedo soportarte. Por lo cual también por Oseas el mismo Dios habla: ¿Qué te haré, Efraín: te protegeré, Israel (Ose. XI, 8)? ¿Qué te haré? ¿te pondré como Adama, y como Seboim? Pero lo que los LXX pusieron, pero en tus pecados te defendí, y en tus iniquidades, así puede unirse a lo anterior, para que el trabajo sea de Dios, y el cansancio de defender a los pecadores.

(Vers. 25, 26 y ss.) Yo soy, yo soy el que borra tus iniquidades por amor a mí, y no recordaré tus pecados. Recuérdame, para que juzguemos juntos: narra si tienes algo para justificarte. Tu primer padre pecó, y tus intérpretes se rebelaron contra mí. Y contaminé a los príncipes santos, entregué a Jacob a la destrucción, e Israel a la blasfemia. LXX: Yo soy, yo soy el que borra tus iniquidades, y no las recordaré. Pero tú recuerda, y juzguemos. Di tú primero tus iniquidades, para que seas justificado. Tus padres pecaron, y tus príncipes actuaron injustamente contra mí, y contaminaron a mis santos príncipes. Y di para destruir a Jacob, e Israel en oprobio. Tú me hiciste, dice, Jacob e Israel, trabajar en tus pecados, y apenas pude llevar las cargas de tus iniquidades, a quienes no llamo mis siervos ni mis hijos, sino que los llamo simplemente Jacob e Israel, para mostrar y reprender a los pecadores. Pero yo, por amor a mí, porque soy misericordioso y paciente, y de muchas misericordias, borraré todas tus iniquidades con la aspersión y la sangre del nuevo Testamento: borraré el antiguo documento que estaba escrito contra ti; y no recordaré más tus pecados, que si quieres creer, te perdonaré en el bautismo. Recuérdame, pues: si tienes algo justo que responderme, lo aceptaré con gusto: para que juzguemos juntos, y me reproches no haberte hecho lo que debía. Este sentido lo leemos más plenamente en Miqueas: Pueblo mío, ¿qué te hice, y en qué te molesté? respóndeme: porque te saqué de la tierra de Egipto y te liberé de la casa de servidumbre, y envié ante ti a Moisés, Aarón y María. Y en el salmo cincuenta, David habla a Dios: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado (Sal. 50, 5).

Narra, pues, si tienes algo, para que seas justificado. Y el sentido es: No hablaré primero contra ti, para que no digas que estás oprimido por la multiplicación de palabras; sino que si tienes algo justo, habla tú por ti mismo; para que parezca que lo que sufres, lo soportas sin merecerlo. Y para que sepas que tengo misericordia de ti, no por tu mérito, sino por mi clemencia, lo repetiré desde tus padres y mayores, para que entiendas que has sido engendrado por pecadores: Tu primer padre pecó en el desierto: todo el pueblo de Israel, en efecto. O se demuestra que tu progenitor Abraham pecó, cuando el Señor le prometió la tierra de la promesa a su descendencia, respondió: ¿En qué sabré que la poseeré? Y tus intérpretes, dice, se rebelaron contra mí (Gén. 15, 8): Aarón y Moisés en las aguas de la contradicción, que hablaban entre mí y tú (Éx. 17). Y para que entendamos que no es una exposición violenta, sigue: Y contaminé a los príncipes santos, de los cuales también se canta en el salmo: Fueron absorbidos junto a la roca sus jueces (Sal. 140, 6). A quienes dice que contaminó porque no entraron en la tierra de la promesa. Y di para destruir a Jacob, e Israel en blasfemia; para que ninguno, excepto dos de los que salieron de Egipto, entrara en Judea: sino que sus cadáveres yacieran en el desierto. Según los LXX, que añadieron de su parte: Di tú primero tus iniquidades, para que seas justificado, Dios los llama al arrepentimiento, para que entiendan sus crímenes y pecados, y obtengan perdón. Pues está escrito en otro lugar: El justo es acusador de sí mismo al principio de su discurso (Prov. 18, 17). Y se dice que sus príncipes y padres violaron las cosas santas del Señor, no sirviendo a la Ley de Dios: sino buscando tradiciones y mandamientos de hombres: por los cuales Jacob pereció, y fue dado Israel en oprobio, expulsado de su provincia, y exiliado y peregrino por todo el mundo.

(Cap. XLIV.---Vers. 1 ss.) Y ahora escucha, Jacob, mi siervo, e Israel, a quien elegí. Así dice el Señor, que te hace y te forma desde el vientre, tu ayudador. No temas, siervo mío Jacob, y Rectísimo a quien elegí. Porque derramaré aguas sobre el sediento, y corrientes sobre la tierra seca: derramaré mi espíritu sobre tu descendencia, y mi bendición sobre tu linaje. Y brotarán entre la hierba, como sauces junto a aguas corrientes. Este dirá, del Señor soy yo: y aquel se llamará en el nombre de Jacob, y este escribirá con su mano, del Señor: y en el nombre de Israel se asemejará. LXX: Ahora escucha, Jacob, mi niño, e Israel a quien elegí. Yo soy el Señor Dios, que te hice, y te formé desde el vientre, aún tendrás ayuda. No temas, mi niño Jacob, y amado Israel a quien elegí, aún yo daré agua en la sed de los que caminan en tierra seca: pondré mi espíritu sobre tu descendencia, y mis bendiciones sobre tus hijos. Y surgirán como en medio del agua la hierba, y como el sauce junto a aguas corrientes. Este dirá, soy de Dios: este clamará en el nombre de Jacob. Y otro escribirá en su mano, soy de Dios, y en el nombre de Israel clamará. Donde se acusa al pueblo judío por incredulidad y blasfemia, sin ninguna dignidad de nombre, se le llama con nombres simples: No me invocaste, Jacob, ni te esforzaste en mí, Israel; y de nuevo: Di para destruir a Jacob, e Israel en blasfemia (Supra, 43, 22, 28). Pero donde se dirige el discurso al coro de los Apóstoles, que es de los judíos, se unen también los privilegios de los nombres. Escucha, Jacob, mi siervo, e Israel a quien elegí: para que el primer lugar sea el servicio, el segundo la elección. Así dice el Señor, tu creador y formador, que te ayudó desde el vientre (Gén. 25): para que aún en el vientre de tu madre tomes el talón de tu hermano. O quien en el principio de la naciente Iglesia te conservó de los perseguidores. No temas su crueldad, mi siervo Jacob, y Rectísimo a quien elegí. Lo llama con otro nombre Israel; ISURUN () es una palabra hebrea, que otros interpretaron como εὐθύτατον, o εὐθῆ, es decir, rectísimo, y recto: solo los LXX lo tradujeron como amadísimo, añadiendo de su parte, Israel. Pues propiamente según los hebreos y la fidelidad de las letras, ISRAEL () se dice recto de Dios. Pero el hombre que ve a Dios no está en los elementos, sino en el sonido de la voz. Por eso el libro del Génesis se llama εὐθεῖς, es decir, de los justos, Abraham, Isaac, e Israel. No temas, pues, Jacob e Israel, porque derramaré aguas sobre el sediento y la tierra seca, de la cual se ha dicho a menudo: Y derramaré, o pondré mi espíritu

sobre tu descendencia, y mi bendición sobre tu linaje, que renacerá del agua y del Espíritu Santo en el bautismo. Que también en el Evangelio el Salvador prometió, diciendo: El que tenga sed, venga a mí, y beba. Y enseguida se añade: Esto decía del Espíritu Santo, que habrían de recibir los que creyeran en él (Juan 7). Compara también a los que renacen en el bautismo con hierbas verdes, y con el sauce que surge junto a aguas corrientes: y contra la naturaleza de las cosas da frutos, que antes era estéril, o cuya semilla tomada en alimento, hace estériles. Lo cual se lee en el primer salmo: Y será como árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae. Otros entienden entre las hierbas y los sauces que renacen una doble vocación: que en las hierbas esté el pueblo de las naciones; en los sauces, aquellos que creyeron de Israel. Y al mismo tiempo describe la variedad de los creyentes: Otro dirá, del Señor soy yo, que confía en que las obras de justicia están en él: otro llamará, se sobreentiende, a los pecadores al arrepentimiento en el nombre de Jacob; para que también ellos suplan las faltas y los pecados. Otro escribirá con su mano, soy de Dios. O como tradujeron los LXX, escribirá en su mano, soy de Dios: para que con un nuevo aprendizaje de la servidumbre de Cristo se gloríe de ser su soldado. Y en el nombre de Israel se asemejará. Pues no todos son de Israel, pero gran parte de la multitud de las naciones, en el nombre de Israel se asemejará: para que reciba la Ley y los Profetas, y todas las gracias del Espíritu Santo, que fueron prometidas al pueblo de Israel.

(Vers. 6 y ss.) Así dice el Señor, rey de Israel, y su redentor el Señor de los ejércitos: Yo soy el primero y yo el último, y fuera de mí no hay Dios. ¿Quién es como yo? que llame y anuncie, y exponga el orden ante mí, desde que establecí al pueblo antiguo: que anuncien las cosas venideras y las que han de venir. No temáis, ni os turbéis: desde entonces te hice oír, y anuncié: vosotros sois mis testigos. ¿Hay acaso Dios fuera de mí, y formador que yo no conozca? Todos los que forman ídolos son nada, y sus cosas más amadas no les servirán. Ellos son sus testigos, porque no ven, ni entienden, para que se avergüencen. ¿Quién formó un dios, y fundió una imagen que no sirve para nada? He aquí que todos sus compañeros se avergonzarán: porque los artesanos son de hombres: se reunirán todos, se presentarán, y temerán, y se avergonzarán juntos. El herrero trabaja con la lima: en las brasas y con los martillos lo formó, y trabajó con el brazo de su fuerza. Tendrá hambre, y se debilitará, no beberá agua, y se cansará. El carpintero extendió la norma, lo formó con la garlopa: lo hizo con ángulos, y lo torneó con el compás: e hizo la imagen de un hombre, como un hombre hermoso que habita en una casa. Cortó cedros, tomó un roble, y una encina, que estaba entre los árboles del bosque. Plantó un pino, que la lluvia nutrió: y se hizo para los hombres en fuego: tomó de ellos, y se calentó: encendió, y coció panes. Pero del resto hizo un dios, y lo adoró: hizo una imagen tallada, y se inclinó ante ella. La mitad de ella quemó en el fuego, y sobre la mitad de ella comió carne. Coció un guiso, y se sació, y se calentó, y dijo: ¡Ah! me he calentado, he visto el fuego. Pero del resto hizo un dios, y una imagen tallada para sí: se inclina ante ella, y la adora, y le suplica, diciendo: Sálvame, porque tú eres mi dios. No supieron, ni entendieron: porque se olvidaron, para que no vean sus ojos, para que no entiendan con su corazón. No reflexionan en su mente, ni conocen, ni sienten para decir: La mitad de ella quemé en el fuego, y cocí sobre sus carbones panes. Cocí carne, y comí, y del resto haré un ídolo, ante el tronco de un árbol me postraré, parte de ella es ceniza: su corazón insensato la adoró, y no liberó su alma, ni dijo: tal vez hay mentira en mi mano derecha. Después de la predicación de los Apóstoles, la vocación de las naciones, la venida del Salvador, y la efusión del Espíritu Santo, que prometió dar a todos los creyentes, cuando por la variedad de méritos otro dirá, del Señor soy yo: otro llamará en el nombre de Jacob: otro escribirá con su mano que es del Señor, y habiendo surgido de la multitud infiel de los gentiles, en el nombre se asemejará a Israel, para que dejando los ídolos, sea adorador de un solo Dios: comienza otro pasaje, que hemos propuesto todo junto, para no dividir la

continuidad de un solo sentido. Y porque los Setenta en este capítulo, excepto por pocas palabras, no difieren del hebreo, nos contentamos con nuestra edición, que entendida, se conocerán también las demás. Es, pues, un discurso contra los idólatras de aquel tiempo, que el profeta Isaías anunciaba a los pueblos, y reprende a aquellos que, despreciando la religión del Dios omnipotente, se inclinan ante imágenes de madera, y adoran las obras de sus manos. Corramos, pues, por cada uno de ellos. Así dice el Señor, rey de Israel, que en mí creerá, y su redentor, que recibirá la venida de mi Hijo: el Señor de los ejércitos y de las virtudes, y Omnipotente. Pues esto significa en hebreo SABAOTH (). Yo soy el primero, y yo el último, yo A y Ω; y fuera de mí no hay Dios, porque el niño que elegí, en mí es Dios. De quien dije antes: He aquí mi niño, a quien elegí: mi elegido, a quien mi alma recibió: juicio a las naciones traerá: y en su nombre esperarán las naciones. Y no dice que es el único, sino que fuera de su virtud y sabiduría no hay Dios externo, condenando la opinión de muchos dioses y las imágenes: ¿Quién, dice, es como yo? Llame a las cosas que no son como si fueran, y exponga el orden de mi creación, que todo lo he equilibrado con razón, desde que hice al hombre sobre la tierra. Y no solo esto quiero, sino que también busco el conocimiento de las cosas futuras. Por eso tú, Israel, de quien soy rey y redentor, no temas a las imágenes, que aprendiste en el monte Sinaí que no son nada. ¿O acaso hay otro Creador, que yo no conozca? ¿O fuera de este hay otro mundo, que muestre la potencia de un Dios desconocido? Ni siquiera las cosas que se hacen, sino también aquellos que las hacen, serán tenidos por nada. Y cuando llegue el tiempo de la venganza, no podrán las obras de sus manos liberarlos, que ciegas e insensibles confunden a sus artesanos. Pues ¿quién puede creer que con hacha, lima, y taladro, martillo se forme un Dios? Y ya sea que las imágenes se fundan en las brasas; o con norma, garlopa, y ángulos, y compás de repente surjan en dioses? Especialmente cuando el hambre y la sed del artesano demuestran la vileza del arte. Pues se hace una estatua de madera, expresando la forma humana, y cuanto más hermosa sea, tanto más se cree que es un Dios más pequeño. Se coloca en un templo, y se encierra en una cárcel eterna, que creció durante mucho tiempo en los bosques, y por la variedad de árboles, fue cedro y roble y encina o pino. Y de manera asombrosa sus segmentos y virutas se arrojan al fuego, para calentar al artesano del Dios, y cocer diversos guisos: pero la otra parte se forma en un Dios, para que, completada la obra, su creador la adore, e implore la ayuda de su obra; ni entiende, ni reflexiona, ni siquiera con los ojos de la carne, ni con los de la mente, que no puede ser Dios, cuya parte fue quemada en el fuego: ni la majestad divina puede ser hecha por la mano del hombre. Y el discurso profético se teje más plenamente sobre la burla de los ídolos, que son de fácil comprensión, y no requieren una exposición prolija, sino superflua. Sobre lo cual también Flaco escribe en la Sátira, burlándose de las imágenes de las naciones (Sátira VIII, libro I). Antaño era un tronco de higuera, madera inútil: Cuando el artesano dudaba si hacer un banco o un Príapo. Prefirió ser un dios: desde entonces soy un dios, el mayor temor de ladrones y aves. . . . . Pero todo lo que se ha dicho de los ídolos, puede referirse también a los príncipes de las herejías, que con un corazón artificioso componen las imágenes de sus dogmas y mentiras, y veneran lo que saben que es simulado por ellos. Ni les basta su propio error, si no han engañado a los simples con la adoración de ellos. Que consideran la piedad como una ganancia, y devoran las casas de las viudas (1 Tim. VI), abusando de la ignorancia del vulgo, así con arte dialéctica, como con hacha y taladro, lima y garlopa forman su Dios, y lo forjan con el martillo, y lo doran con la belleza del discurso retórico: cuyo Dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Filip. III).

(Vers. 21 y ss.) Recuerda estas cosas, Jacob, e Israel, porque tú eres mi siervo: te formé, tú eres mi siervo, Israel, no te olvides de mí. He borrado como nube tus iniquidades, y como niebla tus pecados. Vuélvete a mí: porque te he redimido. Alabad, cielos, porque el Señor ha hecho misericordia: jubilad, extremos de la tierra, resonad, montes, alabanza, selva, y todo

árbol suyo: porque el Señor ha redimido a Jacob, e Israel se gloriará. LXX: Recuerda estas cosas, Jacob e Israel; porque tú eres mi niño: te formé mi niño: y tú, Israel, no te olvides de mí. Pues he borrado como nube tus iniquidades: y como oscuridad tus pecados. Vuélvete a mí, y te redimiré. Alegraos, cielos, porque Dios ha tenido misericordia de Israel. Tocad la trompeta, fundamentos de la tierra, clamad, montes, alegría: colinas y todos los árboles que hay en ellas, porque Dios ha redimido a Jacob: e Israel será ilustre. Con estas cosas así, y sabiendo que los ídolos son invenciones humanas, oh Jacob, y mi niño Israel, no te olvides de tu Creador, y te hagas daño a ti mismo, inclinándote ante la obra de tus manos. Que porque en la venida de mi niño, a quien elegí, han de ser destruidos por completo; por eso con toda la avidez de tu mente reconoce, que así como la nube y la oscuridad, y la niebla, o se disuelven por el calor del sol, o se disipan por el viento que las arrastra: así haré que se disuelvan tus iniquidades, y todos los pecados con los que antes me ofendiste. Tú solo vuélvete a mí, y haz penitencia, porque has de ser redimido con sangre preciosa. Que si lo haces, sabrás que en tu salvación se alegran los cielos y la tierra, y todos los elementos cantan juntos. O los ángeles que habitan en los cielos, y otras potestades, por las cuales se sostienen los fundamentos de la tierra. O ciertamente los Apóstoles y Profetas, de quienes hablaba también el Apóstol: Edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas (Efes. II, 20). También los montes y los bosques, o las colinas, que por la variedad de virtudes poseen los primeros y medios lugares y los últimos, se les ordena jubilar, y tocar la trompeta, sabiendo que el Señor ha redimido a Jacob, y se alegra en la conversión de Israel, o el mismo Israel convertido del error, se hace ilustre.

(Vers. 24 seqq.) Así dice el Señor, tu redentor, y tu formador desde el vientre: Yo soy el Señor que hace todas las cosas, que extiende los cielos solo, que establece la tierra, y nadie está conmigo. Anulo los signos de los adivinos, y convierto a los augures en locura: vuelvo atrás a los sabios, y hago necia su ciencia. Despierto la palabra de mi siervo, y cumplo el consejo de mis mensajeros. Que digo a Jerusalén: serás habitada [o edificada], y a las ciudades de Judá: serán edificadas, y levantaré sus desiertos. Que digo al abismo: desolado serás, y secaré tus ríos. Que digo a Ciro: eres mi pastor, y cumplirás toda mi voluntad. Que digo a Jerusalén: serás edificada; y al templo: serás fundado. LXX: Así dice el Señor que te redimió, y te formó desde el vientre. Yo soy el Señor, que completo todo: extendí el cielo solo, y establecí la tierra. ¿Quién más disipó los signos de los pitones, y las adivinaciones del corazón? que vuelvo atrás a los prudentes, y hago necio su consejo. Y establezco la palabra de mi siervo, y pruebo verdadero el consejo de sus ángeles. Que digo a Jerusalén, serás habitada: y a las ciudades de Judá: serán edificadas, y sus desiertos se levantarán. Que digo al abismo, serás desolado, y secaré tus ríos. Que digo a Ciro, para que sepa, y haga todas mis voluntades; que digo a Jerusalén, serás edificada: y mi casa santa será fundada. Destruidos los ídolos y las iniquidades de Israel, y borrados los pecados, cuando toda criatura se regocijará; y según la fe del Evangelio (Luc. XV), los ángeles se alegrarán en los cielos por el arrepentimiento de los pecadores, se describe el poder de Dios, que no le es grande redimir a Jacob, y restaurar a Israel un corazón recto, a quien formó desde el vientre. Y si esto a alguien no le parece pequeño, no será difícil para quien extendió los cielos solo. Según lo que se lee en otro lugar: Quien extiende el cielo como una piel (Sal. CIII, 2). No porque el Hijo sea excluido de la extensión de los cielos: Porque todo fue hecho por él: y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Juan I, 3), sino para que, como hemos dicho a menudo, se excluyan los ídolos por esta sentencia. Pues también en los Proverbios de Salomón se dice en persona de Cristo, poder de Dios [o virtud] y sabiduría de Dios [o sabiduría]: Cuando preparaba el cielo, yo estaba con él (Prov. VIII, 27). Porque él dijo, y fueron hechas, él mandó, y fueron creadas (Sal. CXLVIII, Sal. XXXII, 9); y: Por la palabra del Señor fueron

firmados los cielos, y por el espíritu de su boca su poder (Sal. XXXII, 6). Repetimos esto frecuentemente, para que no quede ocasión a los herejes de blasfemar contra Cristo. En la estabilidad de la tierra, cuando él solidificaba sus fundamentos, nadie estaba con Dios, excepto aquel que estaba en él. Este, pues, tan grande y tal, cuando llegue el tiempo del misterio predeterminado, para que todos los ídolos sean destruidos, y se proclame en el mundo el conocimiento del único Dios, destruirá y subvertirá todas las profecías de los adivinos, y los signos y portentos de los pitones y augures, con los que engañaron al género humano; y mostrará que la sabiduría de los filósofos, que también es la mayor parte del error, es necia: mientras que de ninguna manera se demuestra que hayan comprendido la sabiduría de Dios con pensamientos humanos. Quien también cumplirá la palabra de su siervo, o de su siervo, de quien hemos hablado antes, y el consejo de sus mensajeros, es decir, de los apóstoles y de todos los doctores, que anunciarán la voluntad de su maestro a las naciones. Él, pues, que va a hacer tantas cosas, cuya potencia he descrito en breve discurso, también dice a Jerusalén, que será destruida por los babilonios, ahora antes de que sea destruida, que será habitada de nuevo por los pueblos: y a las ciudades de Judá, que serán restauradas [o serían restauradas], quien también levantará sus soledades, para que todo se llene de cultivadores. Quien, pues, dice a Jerusalén y a Judá y a sus desiertos, que será habitada y edificada y levantada, dice al abismo o al profundo, es decir, a Babilonia, desolaré y secaré tus ríos, toda la potencia de los reyes. O porque había dicho profundo y abismo, correctamente por traslación, y puso ríos, de los cuales también el salmista canta: Junto a los ríos de Babilonia allí nos sentamos y lloramos (Sal. CXXXVI, 1). Y quien restaura a Jerusalén, y destruye a Babilonia. También dice a Ciro, rey de los persas, quien primero destruyó Babilonia y los caldeos: eres mi pastor, o como los Setenta tradujeron, para que sepa. La causa de esta diferencia es manifiesta. Pues la palabra hebrea ROI si la leemos por la letra RES (), se entiende como mi pastor; si por DALETH (), mi sabio o mi inteligente, cuya similitud se distingue por un pequeño ápice, y por esto a menudo se confunde. Está escrito al principio de Esdras, que por el edicto de Ciro, rey de los persas y medos, fue liberada la cautividad del pueblo de Israel, y enviados a Jerusalén, quienes quisieron regresar bajo Zorobabel hijo de Salatiel, y Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote. Pues a este el Señor inspiró para que hiciera su voluntad, y cumpliera sus preceptos. Y añadió significativamente, que digo a Jerusalén, serás edificada, y al Templo, serás fundado. Pues bajo Ciro se ordenó que se edificara Jerusalén y el Templo, cuyos cimientos solo fueron puestos mientras él vivía. Sin embargo, bajo Darío, en su segundo año, con los profetas Ageo y Zacarías, se comenzó a edificar el Templo.

(Cap. XLV.---Vers. 1 seqq.) Así dice el Señor a mi ungido Ciro, cuya mano derecha he tomado, para someter ante él a las naciones, y volver las espaldas de los reyes, y abrir ante él las puertas: y las puertas no se cerrarán. Yo iré delante de ti, y humillaré a los gloriosos de la tierra: romperé las puertas de bronce, y quebraré los cerrojos de hierro. Y te daré los tesoros escondidos, y los secretos ocultos: para que sepas que yo soy el Señor, que llamo tu nombre, el Dios de Israel. Por mi siervo Jacob, y mi elegido Israel, y te llamé por tu nombre: te asemejé, y no me conociste. Yo soy el Señor, y no hay otro: fuera de mí no hay Dios: te ceñí, y no me conociste. Para que sepan estos, los que están desde el nacimiento del sol, y los que están en el occidente, que sin mí no hay [Antes se añadía Dios]. Yo soy el Señor, y no hay otro. Formando la luz, y creando las tinieblas: haciendo la paz, y creando el mal. Yo soy el Señor que hace todas estas cosas. Sé que en este capítulo no solo muchos latinos, sino también griegos, se equivocan gravemente, pensando que está escrito: Así dice el Señor a mi ungido, al Señor; para que se entienda, según lo que leemos en otro lugar: Llovió el Señor desde el Señor (Gén. II). Y: Dijo el Señor a mi Señor (Sal. CIX, 1). Pues no se dice κυρίῳ, que significa Señor, sino a Ciro, que en hebreo se llama CHORES (), rey de los persas, que

venció a Babilonia y a los caldeos. Y con los medos unidos, se lee más arriba como conductor de un carro, es decir, de un camello y un asno. Este fue llamado Cristo, es decir, ungido del Señor, que era el distintivo de la potestad real entre los hebreos, de modo que como entre nosotros la diadema y la púrpura se dan solo a los emperadores: así entre los hebreos los que iban a reinar eran ungidos con aceite. Por eso también Saúl es llamado Cristo del Señor (1 Sam. VI). Y en los Salmos leemos: No toquéis a mis ungidos: y no hagáis mal a mis profetas (Sal. CIV, 15). Su mano derecha fue tomada y sostenida, para que nadie pudiera resistir a su fortaleza. Leamos la historia de Ciro el Grande en los ocho libros de Jenofonte, y veremos cumplida la profecía de Isaías. ¿Qué ciudad no se le abrió? ¿Qué espaldas de reyes no sometió? ¿Qué muros antes inexpugnables no fueron derribados por su asedio? Por eso Dios se dirige a Ciro: Te di tesoros, y riquezas ocultas de todas las ciudades; para que, habiendo adorado antes ídolos, por los beneficios sintieras a un solo Dios, especialmente cuando sabes que mucho antes de que nacieras fue predicho tu nombre. Esto también lo refiere Josefo en el undécimo volumen de las Antigüedades Judías, que Ciro leyó que Isaías había profetizado sobre él con nombre cierto, y por eso amó mucho a los judíos como familiares de Dios. Pero, dice, te concedí esto por mi siervo Jacob, y mi elegido Israel, y te llamé por tu nombre, como llamé a Abraham, Isaac, y Jacob; y mucho antes predije, como a Isaac y Josías: para que no pensaras que eras aquel Cristo, a quien te asemejaste, y en cuya figura e imagen precediste. Pero tú no me conociste, es decir, adoraste ídolos, no a Dios. Te ceñí con fortaleza; te hice vencedor de muchas naciones, y no conociste a tu ayudador. En este lugar no puedo dejar de maravillarme de la necedad de los que leen; para que refieran esto a Cristo, por quien el mundo fue reconciliado con Dios. Yo, dice, soy el Señor, y no hay otro fuera de mí. Pues fuera de mi palabra y razón, mi poder y sabiduría, que están en mí, no hay otro Dios. Y esto hice, para que desde el Oriente y el Occidente todo el orbe reconozca, que no hay otro Dios fuera de mí. Yo soy el Señor, y no hay otro. Pues el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Quien habla en el Evangelio: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). Y en el volumen de Esdras está puesto, que Ciro escribió a todas las naciones, que no hay Dios, sino solo el Dios de Israel. O debe entenderse así, que la liberación de los cautivos, y la clemencia de Dios hacia su pueblo, hizo a Dios más conocido a todas las naciones. Quien, pues, te dio fortaleza, y soy el único Dios, yo mismo hago cosas contrarias entre sí, luz y tinieblas, es decir, día y noche: paz y mal, esto es, ocio y guerra, por lo que significa que también estuvo enojado con su pueblo, cuando soportó las tinieblas de la cautividad, y los males de la servidumbre. Y de nuevo tuvo misericordia, cuando fueron devueltos a su patria, y recibieron paz y alegría. Pues así como las tinieblas son contrarias a la luz: así la guerra es contraria a la paz. Por lo cual se confunda la herejía, que piensa que Dios es el creador de los males. Pues aquí el mal no se pone como contrario al bien, sino por aflicción y guerra, según lo que está escrito en el Evangelio: Basta al día su propio mal (Mat. VI, 34). Podemos según la tropología decir esto también del hombre eclesiástico, a quien Dios dio palabra y sabiduría, para que con su disputa subvierta todas las sectas contrarias a la verdad. Como también la Sagrada Escritura recuerda de Esteban (Hech. VI), que nadie pudo resistir a su sabiduría, y para que someta a su potestad a los reyes, es decir, a los patriarcas de cada una de las herejías: y abra y rompa lo que antes parecía cerrado con arte dialéctica: y saque a la luz los secretos de los herejes, superándolos y convenciéndolos, para que conozcan los secretos de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. II). A tal hombre Dios lo llama por su nombre, porque es defensor de su siervo Jacob, y de su elegido Israel. A este lo toma, y lo asemeja a su palabra, quien debe tener cuidado de no pensar que lo que habla es suyo, sino referir todo a la gloria del dador; para que no merezca también oír: Te ceñí, y no me conociste. Pues cuando, armado con la armadura del Apóstol, haya enseñado a todos que no hay otro Dios sino uno, que es el Dios de Jacob e Israel: se confundirá Marción, entendiendo dos dioses, uno bueno, y otro justo;

uno creador de lo invisible, y otro de lo visible. De los cuales el primero hace la luz, el segundo las tinieblas; aquel la paz, este el mal: cuando uno y otro, según la diversidad de méritos, el mismo Dios los ha creado.

LIBRO DECIMOTERCERO.

534-535 Muchos peligros oprimen a los navegantes. Si sopla un viento más fuerte, la tempestad es temida. Si una brisa más moderada riza la superficie del elemento que yace, temen las emboscadas de los piratas. Y así sucede, que confiados a la madera frágil del alma, o temen el peligro, o lo soportan: de los cuales ambos son más graves que el otro, o temer la muerte perpetuamente, o soportar lo que temiste. Esto veo que me sucede navegando en el mar de Isaías; pues mientras las velas se tienden sin tropiezo, y con manos seguras de las naturalezas, la quilla surca los campos del mar, un repentino torbellino de languidez se levanta, con tan grandes masas de olas y el estruendo de las olas chocando entre sí, que aterroriza los corazones temerosos de los amigos, que se ven obligados a decir: Maestro, sálvanos, perecemos (Mat. VIII, 25). Por lo cual, Eustochio, único ejemplo de nobleza y virginidad en todo el mundo, no calle la pupila de tu ojo; clama en tu corazón: Abba Padre (Rom. VIII, 15). Y con el salmista di: Levántate, ¿por qué duermes, Señor? (Sal. XLIII, 23) para que, orando tú, y Cristo teniendo misericordia, complete la obra encomendada en Isaías. Pues ya se está forjando el decimotercer libro de las Explicaciones, que aún no ha llegado a su fin. Y mientras tanto, hasta que el Señor misericordioso y compasivo, paciente y de muchas misericordias (Sal. CLXXXV y CXLIV), devuelva la salud anterior, he dictado esta pequeña introducción con discurso tumultuoso; para que lo que se tiene, se describa en las hojas; y la plena enmienda se reserve al juicio del lector.

535 (Cap. XLV.---Vers. 8.) Rociad, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra, y germine al Salvador, y la justicia brote juntamente: yo, el Señor, lo he creado. LXX: Alégrese el cielo desde arriba, y las nubes esparzan justicia: germine la tierra, y brote misericordia, y la justicia germine juntamente: yo, el Señor, que te he creado. Hay una doble interpretación de este lugar. Algunos piensan que lo que se dice está relacionado con lo anterior, y que con el rey Ciro liberando a los cautivos, el cielo y la tierra se alegran: metonímicamente, por aquellos que habitan en el cielo y la tierra. Otros lo separan de lo anterior y quieren que sea el principio propio de este capítulo, y que se profetice sobre la venida del Señor, que se ordene a las nubes, de las cuales está escrito arriba (Ad cap. V, 6): Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella lluvia, es decir, la viña de Israel: y a las que llegó la verdad de Dios, para que lluevan al justo o justicia al mundo; y la tierra se abra y germine al Salvador. De la cual se canta en los Salmos: La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo (Sal. LXXXIV, 12): o según los LXX: La tierra germinó misericordia y justicia al mismo tiempo, para que los pecadores obtengan misericordia, y los justos las recompensas. Y lo que sigue: Yo, el Señor, lo he creado, o, yo, el Señor, que te he creado, no se escandalizará por el nombre de criatura, quien haya leído que fue llamado gusano y siervo y germinado de la tierra.

(Vers. 9 seqq.) ¡Ay de aquel que contradice a su creador: vasija de los fragmentos de la tierra! ¿Acaso dice el barro al alfarero, qué haces: y tu obra está sin manos? ¡Ay de aquel que dice al padre, qué engendras: y a la mujer, qué das a luz? Así dice el Señor, el Santo de Israel, su formador: Preguntadme sobre mis hijos, y sobre la obra de mis manos, mandadme. Yo hice la tierra, y al hombre sobre ella creé yo: mis manos extendieron los cielos: y a todo su ejército mandé. Yo lo levanté para justicia: y dirigiré todos sus caminos. Él edificará mi ciudad: y liberará mi cautiverio, no por precio ni por regalos, dice el Señor de los ejércitos. LXX: ¿Qué

mejor hice que el barro del alfarero? ¿Acaso el que ara arará la tierra? ¿Acaso dice el barro al alfarero, qué haces: porque no trabajas, ni tienes manos? ¡Ay de aquel que dice al padre, qué engendras: y a la madre, qué das a luz? Así dice el Señor Dios, el Santo de Israel, que hizo lo venidero. Preguntadme sobre mis hijos, y sobre las obras de mis manos mandadme. Yo hice la tierra, y al hombre sobre ella. Yo con mi mano afirmé el cielo: yo a todas las estrellas mandé. Yo lo levanté con justicia como rey: todos sus caminos son rectos. Él edificará mi ciudad, y convertirá el cautiverio de mi pueblo: no con precio ni con regalos, dijo el Señor Dios de los ejércitos. Quienes quieren referir lo dicho a la persona de Ciro, interpretan este lugar así. Prometiendo yo grandes cosas, que por la vuelta de mi pueblo a Judea, someteré todos los reinos a Ciro: ¡Ay de aquel que es incrédulo, y no cree lo venidero que digo, como si el barro y la vasija rota calumniaran a su alfarero, por qué fue hecho, o por qué fue hecho así; y la obra hablara contra la mano del artífice; y el hijo calumniara al padre y a la madre, por qué fue arrojado a la tierra por ley de naturaleza. Así pues, yo el Señor, el Santo de Israel, he formado a Ciro, y por mi mandato ha sido engendrado, hacéis superfluo dudar de lo futuro; más bien debéis saber, que a mis hijos, el pueblo de Israel, y la obra de mis manos, no dispongo a vuestro arbitrio, sino a mi voluntad: para que a quienes antes creé tinieblas y mal, ahora les otorgue luz y paz. Porque yo soy Dios, que no creé la tierra en vano; para que estuviera desierta y desolada, sino para que los hombres habitaran en ella. Yo extendí o afirmé los cielos, para que fueran morada de los ángeles. Y los distinguí con la variedad de las estrellas; y mandé a cada una en qué orden corrieran, y completaran los diversos espacios de días, meses y años. Así pues, quien hizo el cielo y la tierra, ¿qué grande es, si he creado un rey, que conserve mis mandatos; y dirija todos sus caminos? Porque él mandará, que se edifique mi ciudad Jerusalén, y los cautivos regresen a Judea. No por precio, ni regalos, sino por mi voluntad, dice el Señor Dios de los ejércitos. Pero quien refiere la inteligencia comenzada a Cristo, modera así las palabras de su explicación: ¡Ay de aquellos que contradicen a Dios, y no creen que Cristo ha de venir; como si el barro y la vasija de los fragmentos contradijeran a su alfarero. ¡Ay de aquel que dice al Padre Omnipotente, por qué engendras un hijo, y a la santa mujer María, qué das a luz? De la cual escribe también el Apóstol (Gál. IV): Que Cristo fue hecho de mujer, y hecho bajo la ley. Así pues, dice el Señor, el Santo de Israel, que formó en el vientre virginal al Salvador, diciendo por Gabriel: El Espíritu Santo vendrá sobre ti: y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 35): lo que nacerá en ti santo, será llamado Hijo de Dios: pregúnteme la vasija, y busque los secretos de lo futuro. Y me mande, cómo debo regenerar a los hijos adoptivos, que han de creer en mi Hijo. Dice también el evangelista Juan: A todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12). Pero si yo hice la tierra, para que fuera habitada por los hombres, y extendí los cielos arriba, y los adorné con la variedad de las estrellas, para que moraran en la tierra los adoradores de Dios: ¿qué maravilla si envié al mundo a mi Hijo, rey justo, o lo levanté de entre los muertos, cuyas todas vías son rectas? Porque no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pet. XII). Que edifique mi ciudad sobre la roca, contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán (Mat. XVI); y que puesta en el monte, no pueda ocultarse (Ibid., V): y a los que antes estaban atados con cadenas demoníacas, los libere a todos, no por precio ni regalos: porque gratis hemos sido salvados, oyendo los Apóstoles y haciendo: Gratis recibisteis, dad gratis (Mat. X, 8). Algunos refieren esto a Zorobabel, quien sacó a los cautivos de Babilonia, y edificó la ciudad, y construyó el templo, profetizando Ageo y Zacarías, y diciendo: Las manos de Zorobabel fundaron esta casa, y sus manos la completarán (Zac. IV, 9). Pero nosotros decimos más correctamente y verdaderamente, que ni Ciro edificó la ciudad que después fue construida bajo Nehemías, ni todas sus vías fueron dirigidas. A quien se le dijo antes: Te tomé, y te ceñí: y no me conociste; y el estado de Zorobabel, que estuvo bajo el dominio y poder de los medos y persas, excede todo lo que se dice. Porque ni Zorobabel construyó la ciudad, ni liberó el

cautiverio, ni puede ser llamado rey, quien viviendo bajo otros reyes, careció de este nombre. Pero lo que quieren los Setenta, que al principio de este capítulo tradujeron: ¿Qué mejor hice que el barro del alfarero? ¿Acaso el que ara, arará la tierra? No lo puedo saber: a menos que tal vez siga la edición de Teodoción, quien por esto puso: ¡Ay de aquel que contiende contra su hacedor, arando los que aran la tierra: que ciertamente hiera en penitencia los corazones de los mortales, y a modo de surcos los socave y subvierta. Pero también esta es una interpretación frívola. Además, que el alfarero, es decir, nuestro Creador y hacedor sea llamado Dios, también el apóstol Pablo en la Epístola habla a los Romanos: ¿Acaso dice la cosa formada al que la formó: por qué me hiciste así? ¿No tiene potestad el alfarero sobre el barro, de la misma masa hacer, un vaso para honra, y otro para deshonra (Rom. IX, 20)? Y en Jeremías se escribe más extensamente, quien narra después de otras cosas: Descendí a la casa del alfarero, y he aquí él hacía una obra en la rueda, y se deshizo el vaso que hacía en sus manos. Y de nuevo hizo de la misma arcilla otro vaso, como le pareció bien a sus ojos. Y vino a mí la palabra del Señor diciendo: ¿No puedo haceros como este alfarero, casa de Israel, dice el Señor? He aquí como el barro en la mano del alfarero: así sois vosotros en mis manos, casa de Israel (Jer. XVIII, 3, 4). Y lo que está escrito: yo a todas las estrellas mandé, dio ocasión a algunos, que las estrellas sean racionales, y tengan alma y sentido. Porque no mandaría, dicen, sino a los que entienden: no recordando lo que está escrito en Jonás: El Señor mandó al viento abrasador (Jonás, IV, 8). Y de nuevo: Mandó al gusano matutino (Ibid., VII). Y que en el Evangelio el Salvador reprendió a los vientos y al mar (Luc. VIII), en los cuales es evidente que no hay sentido ni razón.

(Vers. 14, seqq.) Así dice el Señor: El trabajo de Egipto, y el comercio de Etiopía, y los sabeos, hombres altos, pasarán a ti, y serán tuyos: te seguirán, irán encadenados: y te adorarán, y te suplicarán: sólo en ti está Dios, y no hay Dios fuera de ti. Verdaderamente tú eres un Dios escondido, Dios de Israel, Salvador. Se han confundido, y se han avergonzado todos: juntos han ido a la confusión los fabricantes de errores. Israel ha sido salvado en el Señor con salvación eterna: no os confundiréis, y no os avergonzaréis por los siglos de los siglos. LXX: Así dice el Señor de los ejércitos: Egipto ha trabajado, y el comercio de los etíopes y los sabeos: hombres excelsos pasarán a ti, y serán tus siervos, y te seguirán encadenados, y pasarán a ti, y te adorarán, y en ti orarán: porque en ti está Dios, y no hay Dios fuera de ti. Tú eres Dios, y no lo sabíamos: Dios de Israel Salvador: confúndanse y avergüéncense todos sus adversarios, y caminen en confusión. ÷ Renovadme a mí islas ** Israel es salvado por el Señor con salvación eterna: no se confundirán ni se avergonzarán por la eternidad. Y en este lugar quienes siguen la historia, dicen que Egipto, y los etíopes y las gentes sabeas, que están más allá de Etiopía, sirvieron a Ciro, y que las naciones más lejanas le fueron sujetas: y que por la victoria maravillosa entendieron que en él estaba el Señor, y no había otro fuera de él que habitara en él Dios. Pero esto que sigue: Verdaderamente tú eres un Dios escondido, Dios de Israel Salvador, ¿cómo puede convenir a la persona de Ciro, no lo entiendo. A menos que usen la edición de Teodoción, quien tradujo, En ti está el fuerte, y no hay otro fuera de él Dios: por eso tú fuerte escondido Dios de Israel Salvador. Cualquiera que sea la dirección que tomen, no podrán escapar de las redes de la verdad. Haz que en Ciro esté Dios, y no haya otro fuera de él que esté en Ciro Dios, ¿cómo puede convenir a la persona de Ciro decir, Verdaderamente tú eres un Dios escondido, Dios de Israel Salvador? Por lo tanto, Dios en quien está Dios, nuestro Señor Jesucristo se entiende más correctamente y verdaderamente, quien en el Evangelio habla: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). Quien es llamado Dios escondido por el misterio del cuerpo asumido, y Dios de Israel Salvador, que se interpreta Jesús. Porque este según el ángel Gabriel salvará a su pueblo (Luc I). Se han confundido y se han avergonzado todos juntos. A saber, los escribas y fariseos. Y han ido en confusión los fabricantes de error, que en todo el mundo han diseminado la mentira, para

decir que fue robado por los apóstoles (Mat. XXVIII). Israel, sin embargo, salvado en el Señor con salvación eterna, se entiende el coro de los apóstoles, y aquellos que creyeron por los apóstoles. Por lo cual se les dice: No os confundiréis ni os avergonzaréis, no solo en este siglo presente, sino también en el futuro. Que le sirvieron Egipto, y los etíopes, y los sabeos, hombres altos y excelsos, nadie duda, cuando ve que el mundo le está sujeto, y que del nombre de unas pocas naciones, que habitan en los confines extremos de la tierra, todos los confines del cielo, y todas las costas de la tierra le creerán. Por lo cual bellamente como laborando en el error de la idolatría, se llama el trabajo de Egipto. Porque ninguna nación fue tan dada a la idolatría, y veneró tantos portentos innumerables, como Egipto, de la cual leemos arriba (XIX, 1): He aquí el Señor ascenderá sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y se moverán los ídolos de Egipto ante su rostro, y el corazón de Egipto se derretirá en medio de él. Además, lo que en los Setenta se añadió: Renovadme a mí, islas, podemos exponerlo así, para decir que las Iglesias congregadas de las naciones se renuevan en Cristo, se llaman islas, porque soportan la rabia y las tormentas de los perseguidores, y fundadas sobre la roca, no se sacuden por ninguna mole de torbellinos. Los hebreos con necia contención se esfuerzan por afirmar, hasta el lugar donde se lee: Sólo en ti está Dios, y no hay Dios fuera de ti, que se dice ya sea a Jerusalén, o a Ciro. Pero lo que sigue: Verdaderamente tú eres un Dios escondido, Dios de Israel Salvador, de repente se hace una apóstrofe al Dios omnipotente, cuando incluso a los necios les es evidente, que es un solo contexto de discurso, y no puede dividirse el sentido que está en el mismo orden y razón de la narración.

(Vers. 18 seqq.) Porque así dice el Señor, creador de los cielos, él es Dios, formador de la tierra y hacedor de ella, él es su modelador: no la creó en vano, sino para que fuera habitada la formó: yo soy el Señor, y no hay otro. No he hablado en secreto, en un lugar oscuro de la tierra. No dije a la descendencia de Jacob: búsquenme en vano. Yo soy el Señor que habla justicia, que anuncia lo recto. Reúnanse, vengan y acérquense juntos, ustedes que han sido salvados de las naciones: no saben los que levantan la madera de su escultura; y ruegan a un dios que no salva. Anuncien, vengan y consulten juntos: ¿quién ha hecho oír esto desde el principio, desde entonces lo predijo? ¿No soy yo el Señor, y no hay otro Dios fuera de mí? Dios justo y salvador no hay fuera de mí. Vuélvanse a mí y serán salvados, todos los confines de la tierra: porque yo soy Dios, y no hay otro. En mí mismo he jurado: saldrá de mi boca la palabra de justicia, y no volverá: porque a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. Entonces en el Señor se dirá: Mías son las justicias y el poder: a él vendrán, y se avergonzarán todos los que se le oponen. En el Señor será justificada y alabada toda la descendencia de Israel: LXX: Así dice el Señor que hizo el cielo: este Dios que mostró la tierra, y la hizo, él la preparó: no la hizo en vano, sino para que fuera habitada la formó. Yo soy el Señor, y no hay otro. No he hablado en secreto, ni en un lugar oscuro de la tierra. No dije a la descendencia de Jacob, búsquenme en vano: yo soy el Señor que habla justicia, anuncio la verdad. Reúnanse y vengan, y consulten juntos los que son salvados de las naciones; no conocieron los que llevan la madera de su escultura: oran a dioses que no salvan. Si anuncian, 542 acérquense para que sepan juntos, ¿quién ha hecho oír esto desde el principio, entonces se les anunció? ¿No soy yo el Señor Dios, y no hay otro fuera de mí: justo y salvador no hay fuera de mí. Vuélvanse a mí, y serán salvados desde los extremos de la tierra. Yo soy Dios, y no hay otro. Por mí mismo juro: si no sale de mi boca justicia: mis palabras no se apartarán, porque a mí se doblará toda rodilla, y jurará y confesará toda lengua a Dios diciendo: Justicia, y gloria vendrá a él, y se avergonzarán todos los que se separan del Señor: será justificada y en Dios será glorificada toda la descendencia de los hijos de Israel. Llamados Egipto, y Etiopía, y Saba, hombres excelsos, por los cuales se muestra la salvación de todas las naciones bárbaras, y la conversión de todo el mundo a Dios, Dios muestra su

justicia; que no solo es Señor de los judíos, sino también de las naciones. Pues él es igualmente el creador del cielo y de la tierra, y no creó la tierra por otra razón, sino para que fuera morada de los hombres, que adoraran y comprendieran a su Creador, y despreciaran todos los ídolos. Pues también en el monte Sinaí, desde su cima elevada habló a los pueblos que escuchaban: No tendrás dioses ajenos fuera de mí, ni te harás ídolo (Éxodo XX, 3, 4). Pero mejor, que creamos que esto se dijo de la predicación evangélica: pues Moisés habló en la soledad oculta a un solo pueblo. Pero el sonido de los apóstoles salió a todo el mundo, y sus palabras llegaron hasta los confines de la tierra (Salmo XVIII). No dije, dice, a la descendencia de Jacob, búsquenme en vano. Pues les prometí los reinos de los cielos, y primero les hablé: No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XXV, 24). Y por eso hablé justicia y anuncié lo recto, o la verdad, para que, dejando las imágenes de la Ley y las ceremonias, siguieran la verdad del Evangelio. Pero como no quisieron creer, y se juzgaron indignos de la salvación; por eso digo a las naciones: Reúnanse de todo el mundo; y vengan y acérquense a mí juntos los que han sido salvados de las naciones. Por lo cual muestra, que no todas las naciones creerán de inmediato, sino poco a poco y por partes. Finalmente, reprende a los que permanecieron en el error anterior, diciendo: No conocieron los que levantan la madera [o señal] de su escultura, y ruegan a un dios que no salva. Y el sentido es: No entendieron mis palabras, cargados con el peso de sus ídolos, y esperando en ellos, en los que no hay salvación. Por lo cual se ordena a los apóstoles, que anuncien la verdad a tiempo y a destiempo (II Timoteo IV), y tomen consejo para la salvación de las naciones. Esto, es decir, que se reunieran y vinieran de las naciones muchos que serían salvados, Dios lo habló desde el principio, y lo cantaron las bocas de todos los profetas, que hablaban con la palabra del Señor, fuera de quien no hay otro. Pues el Hijo no es sin él, sino en él es Dios. Y une bellamente: Dios justo, no de una sola nación, sino de todo el mundo, a quien habla: Vuélvanse a mí, y serán salvados, todos los confines de la tierra; cumpliendo aquello que el Padre prometió al Hijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra (Salmo II, 8). Y jura por sí mismo, que la sentencia de su boca, y la palabra que pronunció una vez sobre la salvación de las naciones, de ninguna manera será en vano; sino que su promesa se cumplirá en obra, diciendo arriba: Vuélvanse a mí, y serán salvados, todos los confines de la tierra. Y jura según el apóstol (Hebreos VI), para que por dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, tengamos firme consuelo; pero también jura esto, que dejando los ídolos, toda rodilla se doble ante él, de los celestiales, terrenales, y subterráneos, y toda lengua jure por él de los mortales (Filipenses II). En lo cual se significa claramente el pueblo cristiano. Pues es costumbre eclesiástica doblar la rodilla ante Cristo: lo que los judíos, demostrando la soberbia de su mente, de ninguna manera hacen. Pero también toda lengua de todas las naciones bárbaras, no en las sinagogas, sino en las Iglesias de Cristo confiesa a Dios. Y toda lengua confesando a Cristo, hablará en el Señor, y dirá: Mías son las justicias, y mío es el poder, no del pueblo de los judíos. A él vendrán todas las naciones, y se avergonzarán los que antes se oponían a su Evangelio; y será justificada y alabada toda la descendencia de Israel, cuya predicación y semilla más fecunda ha traído frutos abundantísimos en todo el mundo. O según los Setenta, toda lengua jurando y confesando a Dios, dirá que la justicia y la gloria de todo el mundo viene a él, y se avergonzarán los judíos, que se separan de él. 544 Pero aquellos que han surgido de la estirpe de los hijos de Israel, y que han brotado de la semilla de los apóstoles, y han creído en Cristo, tendrán justicia y gloria eterna.

(Cap. XLVI.---Vers. 1, 2.) Bel ha sido quebrantado, Nabo ha sido destrozado: sus ídolos se han convertido en bestias y animales, sus cargas son un peso pesado hasta el cansancio. Se han desvanecido, y han sido destrozados juntos: no pudieron salvar al que los lleva, y su alma irá en cautiverio. LXX: Bel ha caído, Dagon ha sido destrozado: sus esculturas se han

convertido en bestias y animales, llevándolos atados como una carga para el que trabaja, y desfallece, y tiene hambre, y no puede juntos, que no podrán salvar de la guerra: ellos mismos han sido llevados cautivos. Después de la vocación de las naciones, y la elección de los creyentes de Israel, testifica que los ídolos han caído. Ha caído, ha caído, o ha sido quebrantado Bel: a quien los griegos llaman Belus, los latinos Saturno. Cuya religión fue tan grande entre los antiguos, que no solo le ofrecían sacrificios humanos de cautivos y mortales de baja condición, sino también a sus propios hijos. Nabo también es un ídolo, que se interpreta como profecía y adivinación, que después de la verdad del Evangelio se ha silenciado en todo el mundo. O, según los LXX, Dagon, que sin embargo no se encuentra en hebreo. Y es el ídolo de Ascalón, Gaza, y las demás ciudades de los filisteos. Y pasa de lo particular a lo general: Sus ídolos se han convertido en bestias y animales. No porque los ídolos de los gentiles hayan sido expuestos como presa de las bestias y animales: sino porque la religión de las naciones, los ídolos son de bestias, y de animales brutos, que principalmente en Egipto han sido consagrados al culto divino. De los cuales Virgilio (Eneida VIII, 698): Monstruos de dioses de toda clase, y Anubis ladrador.

Pues también muchas de sus ciudades tienen nombres de bestias y animales, κυνῶν de perro, λέων de león: θμοῦϊς en lengua egipcia de cabra, λύκων de lobo, para no hablar del temible y horrible cebolla, y del ruido del vientre hinchado, que es la religión pelusiaca. Estos, dice, ídolos que no pueden salvar a los que los llevan, no son otra cosa que cargas de los sacerdotes, 545 que los deprimen hasta el cansancio. Que cuando viene el cautiverio, por el precio de los metales, de los cuales están hechos, son llevados primero cautivos, y no pueden liberar su alma o la de los que los llevan. No porque los ídolos mudos tengan alma y algún sentido de dolor, que son insensibles; sino porque καταχρηστικῶς se llama alma, y miembros de aquellas cosas que están sin sentido y miembros. De lo contrario, también se lee en los Proverbios: En la mano de la lengua, muerte y vida. O esto debe decirse, que el error de la idolatría fue la carga más pesada en las naciones, que deprimía a sus adoradores hasta la tierra, y no podía salvar, y hacía que sus almas fueran cautivas del diablo y los demonios.

(Vers. 1, 3 seqq.) Escúchenme, casa de Jacob, y todo el resto de la casa de Israel, que son llevados desde mi vientre, que son llevados desde mi matriz. Hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas yo los llevaré: yo hice, y yo llevaré: yo llevaré, y salvaré. ¿A quién me han asimilado, y me han igualado y comparado, y han hecho semejante? Que confieren oro del saco, y pesan plata en la balanza, contratando a un orfebre, para que haga un dios: y se inclinan y adoran. Lo llevan sobre los hombros, llevándolo y poniéndolo en su lugar, y se quedará, y de su lugar no se moverá. Pero cuando clamen a él, no oirá: de la tribulación no los salvará. LXX: Escúchenme, casa de Jacob, y todos los restos de Israel que son llevados desde el vientre, y son instruidos desde pequeños hasta la vejez. Yo soy, y hasta que envejezcan yo soy: yo los sostengo: yo hice, y yo llevaré: yo los recibiré, y los salvaré. ¿A quién me han asimilado? Vean, piensen ustedes que yerran y confieren oro del saco, y pesan plata en la balanza, y contratan a un orfebre: hicieron obras de manos, y se inclinaron y adoraron: lo llevan sobre los hombros, y van. Pero si lo ponen en su lugar, permanece, y no se moverá: y el que clame a él, no oirá, y de los males no lo liberará. No lo llama Jacob, ni Israel, lo que también sin la conjunción de siervo y niño y elegido en reproche del pueblo hemos expuesto arriba: sino mucho más vilmente, casa de Jacob, y restos de Israel, por la cercanía de la carne y la sangre, y como heces de los restos de Israel. Y les enseña como a niños y lactantes, así por Dios, como del vientre de la madre, y del útero de la embarazada, que han sido llevados de Egipto. No porque la majestad inefable e incomprensible de Dios, tenga útero, o matriz, pies y manos, y otros miembros del cuerpo; sino para que aprendamos el afecto de Dios a través de nuestras palabras. De lo contrario, también en el salmo ciento

nueve se canta esto mismo desde la persona de Dios. En ese lugar donde los Setenta tradujeron, del útero antes del lucero te engendré, en hebreo está escrito, MEREHEM que se interpreta, de la matriz. En el presente no solo está escrito del vientre, y de la matriz, esto es, MEBETEN y MEREHEM sino MENNI que la preposición significa de mi vientre, o de mi matriz. Y el sentido es: Que los engendré desde la infancia, y los llevé en mi vientre y matriz, yo mismo hasta la vejez los protegeré, no mi vejez, sino la suya, para enseñarles que serán salvados por la misericordia divina. Pues el Creador de todos perdona a su criatura, y el buen pastor pone su vida por sus ovejas (Juan X). Pero el asalariado, cuyo no son las ovejas, cuando ve al lobo, huye. Porque yo los hice y engendré como hijos, yo los llevaré y yo mismo los llevaré. Según los Setenta que dijeron: Que son llevados desde el vientre, y son instruidos desde la infancia hasta la vejez, esto significa, que en vano meditan la ley de Dios día y noche, no teniendo conocimiento de Dios, sino venerando ídolos de hombres y bestias: tanto que necesitan la corrección profética, por la cual Dios les habla: ¿A quién me han asimilado, y me han igualado? y lo demás: que han conferido oro y plata, y contratando a un escultor han hecho ídolos, y han adorado las obras de sus manos, que son llevados sobre los hombros, y fijados y estabilizados no pueden moverse, ni beneficiar a los que los adoran. Pasamos por alto lo manifiesto, para abrir lo cerrado por la misericordia de Cristo.

(Vers. 8 seqq.) Recuerden esto, y sean firmes, y vuelvan, transgresores, al corazón. Recuerden el siglo anterior, porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, ni hay semejante a mí. Anunciando desde el principio lo último, y desde el inicio lo que aún no ha sido hecho, diciendo: mi consejo permanecerá, y toda mi voluntad se hará. Llamando desde el Oriente al ave, y de tierra lejana al hombre de mi voluntad; y he hablado, y lo traeré, lo he creado y lo haré. LXX: Recuerden estas cosas, y giman: hagan penitencia ustedes que yerran. Vuélvanse de corazón, y recuerden lo anterior desde el siglo: porque yo soy Dios, y no hay otro fuera de mí. Que anuncio primero lo último antes de que sean hechos y se cumplan, y dije, toda mi voluntad permanecerá, y todo lo que he pensado haré. Que llamo desde el Oriente al ave, y de tierra lejana, de los que he pensado: he hablado, y he traído: he creado y he hecho. Porque yo mismo los engendré, yo mismo los llevé, y desde la infancia hasta la vejez, no por su mérito, sino por mi piedad son salvados: dejen los ídolos que hicieron, y vuelvan al culto de un solo Dios. Hagan penitencia, giman por el error que los ha tenido; más bien sean firmes, para que no los derribe de nuevo un repentino torbellino de idolatría: y vuelvan al corazón, es decir, a su mente, que venerando ídolos como locos tropezaban en maderas y piedras. Desde el principio del mundo, consideren que fuera de mí no hay Dios, ni otro ha podido saber lo que vendrá, sino yo que anuncio por los profetas lo que voy a hacer: para que cuando cumpla lo predicho, pruebe mi divinidad con la adivinación. Pues el misterio que había sido ignorado por todas las generaciones, más bien mi consejo que permanecerá ahora digo; para que cuando lo vean realizado, no conozcan otro Dios, sino aquel que conoció lo que vendría, más bien ordenó que se hiciera. Yo soy quien llama desde el Oriente al ave, como piensan los hebreos, a Ciro rey de los persas, o a Darío príncipe de los medos; y de tierra lejana al hombre de mi voluntad, que cumpla toda mi voluntad contra Babilonia y los caldeos. O como nosotros demostramos que es verdad, al Señor Salvador, de quien también Balaam profetiza: Surgirá una estrella de Jacob, y un hombre de Israel (Números XXIV, 17), cuyo nombre es Oriente (Zacarías VI), a quien adoraron los magos que venían de Oriente. Pues él habla en los Salmos: Dios, he querido hacer tu voluntad (Salmo XXXIX, 9), de quien habló el Padre: y su promesa la comprobó con obra. Los LXX, por lo que nosotros expresamos del hebreo, hombre de mi voluntad, pusieron, de los que he pensado. Por lo tanto, según ellos, las aves llamadas de Oriente, podemos entender los ministerios de los ángeles, que corren por todo el mundo al mandato del Señor; que son espíritus ministradores, y son enviados por la salvación

de los creyentes. De los cuales también se canta en el salmo: Que haces a tus ángeles espíritus, y a tus ministros fuego ardiente (Salmo CIII, 4).

548 (Vers. 12, 13.) Escúchenme, de corazón duro, que están lejos de la justicia. He hecho cercana mi justicia: no se alejará, y mi salvación no se demorará [o disminuirá]: daré en Sion la salvación, y en Israel mi gloria. LXX: Escúchenme ustedes que han perdido el corazón, que están lejos de la justicia. He traído mi justicia, y la salvación que es de mí, no la haré tardar. He dado en Sion la salvación y a Israel la gloria. A quienes antes había dicho: Escúchenme, casa de Jacob, y todo el resto de la casa de Israel. Y de nuevo: Vuelvan, transgresores, al corazón, también ahora según el hebreo por su incredulidad los llama de corazón duro, y según los Setenta, que han perdido el corazón y la mente. Lo que siguió el hombre muy erudito, y digno de su nombre Esteban mártir en la asamblea de los judíos: De dura cerviz e incircuncisos de corazón y oídos, ustedes siempre resisten al Espíritu Santo, como sus padres (Hechos VII, 51). Estos, por lo tanto, están lejos de la justicia de Dios, porque no creyeron en ella, que por su clemencia Dios hizo cercana, y venir a la tierra, de ninguna manera quiere tardar ni hacerse lejana. Pues dio a Sion su salvación, y a Israel su gloria. Esto se dice del vaticinio de lo futuro, y de la venida del Señor Salvador. Sin embargo, según la historia, se da a Sion la salvación, y a Israel la gloria; porque Dios hizo cercana su justicia, para llamar desde el Oriente al ave, y de tierra lejana al hombre de su voluntad, que vengaría las injurias de Israel y de la subvertida Jerusalén, y con los medos y persas superando, destruiría Babilonia y a los caldeos, como las palabras siguientes del profeta lo testifican.

(Cap. XLVII.---Vers. 1 seqq.) Desciende, siéntate en el polvo, virgen hija de Babilonia: siéntate en la tierra, no hay trono para la hija de los caldeos, porque ya no serás llamada delicada y tierna. Toma el molino y muele harina: desnuda tu vergüenza, descubre el hombro, revela las piernas, cruza los ríos. Se revelará tu ignominia y se verá tu oprobio: tomaré venganza y nadie se opondrá a mí. LXX: Desciende, siéntate en la tierra, virgen hija de Babilonia, siéntate en la tierra. No hay trono para la hija de los caldeos, porque ya no serás llamada delicada y tierna. Toma el molino, muele harina. Revela tu cubierta, desnuda las canas, descubre las piernas, cruza los ríos: se revelará tu ignominia, aparecerán tus oprobios. Lo que es justo de ti lo quitaré, ya no te entregaré a los hombres. Así como en Ezequiel bajo la figura de un barco y todos sus instrumentos, se expone el ornato de Tiro, que se dedicaba a los negocios (Ezequiel XXVI), y debido a la abundancia de aguas el rey de Egipto es llamado dragón, y se describen sus escamas, el junco, el papiro y los pececillos, y Jerusalén con los ídolos testifica la fornicación de las prostitutas y la semejanza de un burdel: así en el presente lugar bajo la persona de una mujer cautiva, que una vez fue reina, se indica la servidumbre de Babilonia: y se le dice que descienda de la soberbia del reino y se siente en el polvo. Se le llama virgen y hija: o porque todos los hombres somos criaturas de Dios; ni es la naturaleza de Babilonia, según los herejes, condenable: o por la lujuria y el ornato de la ciudad que una vez fue poderosísima, que cuando envejeció y estaba cerca de su ocaso, se jactaba de ser una jovencita y una niña. Aunque por lo que está escrito según los LXX, hija de Babilonia, algunos interpretan no a la misma Babilonia, sino a la ciudad de Roma, que en el Apocalipsis de Juan (Apocalipsis XIV) y en la Epístola de Pedro (II Pedro V), se llama especialmente Babilonia, y todo lo que ahora se dice de Babilonia, se testifica que conviene a su ruina, contra la cual será llamada el ave, y la justicia de Dios: para que después de que Sion, es decir, la Iglesia, sea salvada, aquella perezca para siempre. Se dice, por tanto, a Babilonia, reina e hija de los caldeos (pues fue fundada por los caldeos) que ya no será llamada delicada y tierna y abundante en delicias, que era llevada en manos de todas las naciones; de modo que apenas imprimía las plantas de sus pies en la tierra: y se le ordena que tome el molino y

muela harina, lo cual es indicio de dura cautividad y extrema servidumbre; para que la que una vez fue reina, después sirva en la obra de moler harina. Pero porque sigue: Desnuda tu vergüenza, también el molino es entendido figuradamente por los hebreos, que en la manera de una prostituta, se exponga a la lujuria de los vencedores. Y aquello que se escribe en el libro de los Jueces sobre Sansón (Jueces XVI), que fue condenado al molino por los filisteos, quieren significar que el hombre más fuerte de los hombres, por su descendencia, fue obligado a hacer esto con las mujeres extranjeras. En lo que nosotros hemos interpretado, desnuda tu vergüenza, para lo cual los LXX tradujeron, revela tu cubierta; Theodotion puso la misma palabra hebrea, SAMTHECH (); Aquila SEMMATHECH; Symmachus τὸ σιωπηλόν σου: que podemos expresar como tu silencio, que debe ser callado por vergüenza. Lo cual también leemos en el Cantar de los Cantares, donde se describe la belleza de la esposa: al final añade: Sin tu silencio (Cantar IV): no queriendo los que interpretaron traducir el nombre, que en la Sagrada Escritura sonara como vergüenza. Y correctamente contra Babilonia se usan nombres desvergonzados (aunque no hay vergüenza en llamar a un miembro del cuerpo humano por su nombre), a la cual se le ordena que desnude sus pechos, y abra sus piernas y muslos, y vaya en cautiverio, y se vea su ignominia, y se exponga a un oprobio eterno. Y esto dice el Señor que lo hace para tomar venganza de ella, que oprimió a su pueblo, y no escucha a ningún intercesor por ella, que intente calmar la ira del Señor con su intervención. Significa, además, al ángel presidente de la nación de Babilonia, que habla con los otros ángeles: Curamos a Babilonia, y no fue curada. Pero lo que los Setenta tradujeron, lo que es justo de ti lo quitaré, ya no te entregaré a los hombres, se sobreentiende Babilonia: o ciertamente esto que es justo, y quitado de Babilonia. Los estoicos discuten que muchas cosas son vergonzosas en la realidad, pero por la mala costumbre de los hombres, son honestas en palabras, como el parricidio, el adulterio, el homicidio, el incesto, y otras cosas similares. Y nuevamente, cosas honestas en la realidad, parecen vergonzosas en los nombres; como procrear hijos, digerir la inflación del vientre con un eructo, aliviar el vientre con excremento, relajar la vejiga con la expulsión de orina: finalmente, no podemos, como decimos, hacer un hipocorístico de la menta. Por lo tanto, SEMMATHEC (), que Aquila puso, como dijimos, se llaman las partes vergonzosas de la mujer. Cuyo etimología entre ellos suena, tu sediento; para indicar el deseo insaciable de Babilonia.

(Vers. 4 seqq.) Nuestro Redentor, el Señor de los ejércitos, es su nombre. Santo de Israel. Siéntate en silencio, y entra en las tinieblas, hija de los caldeos; porque ya no serás llamada señora de los reinos, me enojé con mi pueblo, contaminé mi herencia, y los entregué en tu mano: no les mostraste misericordia. Sobre el anciano agravaste mucho tu yugo, y dijiste, seré señora para siempre: no pusiste esto en tu corazón, ni recordaste tu fin. LXX: Dijo el que te libró, el Señor sabaoth, su nombre, Santo de Israel. Siéntate compungida, entra en las tinieblas, hija de los caldeos: ya no serás llamada fortaleza del reino: me enojé contra mi pueblo, contaminé mi herencia. Yo los entregué en tu mano, pero tú no les diste misericordia: al anciano agravaste mucho el yugo, y dijiste, seré señora para siempre: no entendiste esto en tu corazón, ni recordaste los últimos tiempos. El primer verso según los Setenta se une con los anteriores, para que el sentido sea: Y esto hará el que te libró, el Señor sabaoth, su nombre Santo de Israel. Pero según el hebreo, el Profeta habla en persona del pueblo, que esto hizo contra Babilonia el Señor de los ejércitos, cuyo nombre es Santo de Israel. Y nuevamente el discurso se dirige a la misma Babilonia. Siéntate en silencio, o compungida, y recuerda tus crímenes. Entra en las tinieblas: porque por la confusión e ignominia no soportas la luz: ya no serás llamada, no de un solo reino, sino ni siquiera señora de todos los reinos. Y al mismo tiempo, porque surgía una cuestión oculta: ¿por qué se enojaría Dios contra los caldeos, a quienes él mismo envió a capturar a Israel? respondió, que estaba enojado contra su pueblo, quería corregirlos, no destruirlos, castigarlos, no matarlos. Pero ellos abusaron de su

crueldad, e impusieron más castigos de los que la venganza de Dios exigía: y es un gran indicio de la crueldad de Babilonia, que ni siquiera perdonaron a los ancianos, cuya edad es venerable incluso entre los enemigos. Pero también es un signo de soberbia, que engañada por la felicidad presente, no pensó en las incertidumbres futuras. Por lo tanto, siempre en los tiempos prósperos debemos tener cuidado con lo que vendrá: y no oprimir a los que nos han sido entregados, que son educados para que sean mejores.

(Vers. 8, seqq.) Y ahora escucha esto, delicada y que habitas confiadamente, que dices en tu corazón: Yo soy, y no hay nadie más aparte de mí: no me sentaré viuda, y no conoceré la esterilidad. Y te vendrán estas dos cosas de repente en un solo día, esterilidad y viudez: todo vendrá sobre ti, por la multitud de tus maleficios, y por la dureza de tus encantadores vehementemente. Y confiaste en tu maldad, y dijiste: No hay quien me vea: tu sabiduría y tu conocimiento te han engañado, y dijiste en tu corazón: yo soy, y aparte de mí no hay otra. Vendrá sobre ti el mal, y no sabrás su origen, y caerá sobre ti la calamidad, que no podrás expiar, vendrá sobre ti de repente la miseria, que no conocerás. Dos cosas vendrán a Babilonia, esterilidad y viudez, para que no tenga hijos, es decir, pueblos sujetos a ella; ni marido, que podemos entender como rey: que mientras no lo espera, de repente lo sufre. Porque no podía pensar que los persas, de ninguna fortaleza anterior, la superarían, y la someterían a su poder bajo el reinado de Ciro. Lo que sufriste, dice, no solo por la soberbia y la abundancia de todas las riquezas y delicias, sino también por la multitud de tus maleficios, y de tus encantadores, en los que confiaste. Y vendrá sobre ti el mal que antes no conocías, y cuyo origen ignorabas. O como tradujeron los Setenta: Vendrá sobre ti la perdición, y no sabrás: foso, y caerás en él: para que lo que preparabas para todas las naciones como mal de cautiverio, tú misma caigas en el foso que preparaste. Lo que es claro, lo pasamos rápidamente con el discurso.

(Vers. 12 seqq.) Permanece con tus encantadores, y con la multitud de tus maleficios, en los que trabajaste desde tu juventud, si acaso te sirven de algo, o si puedes hacerte más fuerte. Te has agotado en la multitud de tus consejos: que se levanten y te salven los augures del cielo, que contemplaban las estrellas, y calculaban los meses, para que de ellos te anunciaran lo que te vendría. He aquí que se han convertido en paja, el fuego los ha consumido: no liberarán sus almas de la mano de la llama: no hay brasas para calentarse, ni fuego para sentarse junto a él: así se han hecho para ti en todo lo que trabajaste: tus negociadores desde tu juventud cada uno erró en su camino: no hay quien te salve. LXX: Permanece ahora en tus encantamientos y en tus muchos maleficios, que aprendiste desde tu juventud, si pueden servirte de algo: y te has agotado en tus consejos: que se levanten y te salven los astrólogos del cielo, que contemplan las estrellas: que te anuncien lo que vendrá sobre ti. He aquí que todos serán como leña en el fuego: y no salvarán su alma de la llama; porque tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos. Estos serán para ti en ayuda. Te has agotado en tu cambio desde tu juventud: el hombre erró en sí mismo: pero para ti no habrá salvación. Que Babilonia y toda Caldea tenían el estudio de encantadores y augures, y adivinos y Gazarenos, a quienes nosotros llamamos arúspices, lo prueba la lectura del Profeta Daniel, quien recuerda que los reyes de Babilonia hacían todo según su consejo. Por lo que nosotros hemos interpretado según Symmachus y Theodotion: Que se levanten y te salven los augures del cielo, los Setenta lo tradujeron más claramente, Que se levanten y te salven los astrólogos del cielo; que vulgarmente se llaman matemáticos, y que creen que las cosas humanas son gobernadas por el curso de los astros y el movimiento de las estrellas. De donde también los Magos vinieron de Oriente, diciendo que habían visto la estrella del Señor, ya sea por el conocimiento del arte, o por la profecía de su profeta Balaam, quien en Números dijo: Se levantará una estrella de Jacob, y un hombre de Israel (Núm. XXIV, 17). Estos, por tanto, que

calculan los meses, y cuentan los años, y equilibran los momentos de las horas, prometen el conocimiento del futuro, que te digan qué ha planeado el Señor sobre ti, y mientras ellos callan, qué vendrá, el Profeta respondió: He aquí que se han convertido en paja, el fuego los ha devorado; para que los que prometían salvación a otros, ignoraran sus propios castigos: no hay duda de que, ardiendo la ciudad, la voraz llama consumió a sus habitantes. Y lo que sigue: No hay brasas para calentarse, ni fuego para sentarse junto a él, así lo explican los hebreos. No tienen conocimiento del calor, ni sentido iluminador, que pueda disipar sus tinieblas, y expulsar el frío del error. Por lo que no sé qué queriendo los Setenta tradujeron: Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos: estos serán para ti en ayuda; a menos que tal vez podamos decir esto, que el fuego y el incendio de Babilonia es mucho más útil que los magos y Gazarenos, astrólogos y encantadores. Porque este los provoca al arrepentimiento a través de penas y castigos; aquellos los conducen al orgullo a través del error. Todo su trabajo y sus negociadores, que entendemos como magos, lograron que cada uno errara en su camino; y él mismo perdido no proporcionó salvación a otro. Preguntemos a aquellos que afirman que hay diferentes naturalezas, si Babilonia es de mala naturaleza, o de buena. Si dicen que es de mala, lo cual no hay duda de que responderán, ¿cómo se le provoca al arrepentimiento, y se le dice: Siéntate compungida, entra en las tinieblas, hija de los caldeos. Y después de enumerar los pecados y crímenes, Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos: estos serán para ti en ayuda? ¿Y qué significa lo que se añade según los mismos Setenta: Te has agotado en tu cambio desde tu juventud? ¿Cuál es este cambio? Sin duda, de bueno a malo. De lo cual es claro que somos buenos por naturaleza, malos por voluntad. Finalmente se añade: El hombre erró en sí mismo, no por naturaleza, sino por el libre albedrío de la mente.

(Cap. XLVIII.---Vers. 1 seqq.) Escuchen esto, casa de Jacob, que son llamados con el nombre de Israel, y que salen de las aguas de Judá: que juran en el nombre del Señor, y recuerdan al Dios de Israel, no en verdad ni en justicia. Porque de la ciudad santa son llamados: y sobre el Señor de Israel se han establecido: el Señor de los ejércitos es su nombre. Estas cosas predije a los caldeos y babilonios, y es necesario que lo que hablé por mis profetas, se cumpla en los hechos. Pero tú, casa de Jacob, y que son llamados con el nombre de Israel, y que salen de las aguas de Judá, y las demás cosas que siguen, escucha atentamente lo que voy a decir. Y es de notar que no los llama Jacob, sino casa de Jacob; ni Israel, que son llamados con este nombre falsamente, cuando no tienen la obra del nombre. Y de las aguas, dice, de Judá salen, llamando más dignamente aguas en lugar de semilla, para no mostrar que son hijos de las virtudes de los Patriarcas, sino de la carne. Y correctamente llamó aguas de Judá, porque solo entonces en la tierra de Judá aún permanecía la tribu; y la semilla real de David se conservaba en ese tiempo. Que, dice, juran en el nombre del Señor, no para honrar al Señor; sino para tomar su nombre y hacerle injuria, mientras quieren que sea testigo de su mentira, y descansan en la ciudad santa, y se apoyan en el Señor de Israel; para jactarse de ser habitantes de la ciudad de Jerusalén, y tener el privilegio del Señor sabaoth, cuando toman en vano los nombres de Jacob, Israel y la ciudad santa, y del Dios omnipotente.

(Vers. 3, 4 seqq.) Anuncié las cosas anteriores desde entonces, y salieron de mi boca, y las hice oír: de repente actué, y vinieron. Porque sabía que eres duro, y tu cuello es un nervio de hierro, y tu frente de bronce. Te lo predije desde entonces: antes de que vinieran, te lo indiqué, no sea que dijeras: mis ídolos hicieron esto, y mis esculturas, mis fundiciones ordenaron esto. Lo que has oído, mira todo: pero ustedes no lo anunciaron. Te hice oír cosas nuevas desde entonces: y cosas guardadas que no conoces: ahora han sido creadas, y no desde entonces: y antes del día, y no las oíste, no sea que digas: he aquí las conocí. Ni oíste, ni conociste, ni desde entonces se abrió tu oído: porque sé que prevaricarás, y te llamé

transgresor desde el vientre. Por mi nombre alejaré mi furor: y con mi alabanza te frenaré, para que no perezcas. He aquí te he probado, pero no como la plata: te elegí en el horno de la pobreza. Por mí, por mí lo haré, para que no sea blasfemado: y mi gloria no la daré a otro. LXX: Anuncié las cosas anteriores: y salieron de mi boca: y se hizo oído: de repente hice, y vinieron, sé que eres duro: y tu cuello es un nervio de hierro, y tu frente de bronce: y te lo anuncié desde hace tiempo antes de que vinieran sobre ti. Te hice oír: no sea que dijeras, que mis ídolos me hicieron esto, mis esculturas y fundiciones me lo ordenaron. Has oído todo, y no lo conociste: pero te hice oír cosas nuevas ahora que serán. Y no dijiste, ahora se hacen, y no desde hace tiempo: y no en los días anteriores. No digas tampoco que las conoces: ni las conociste, ni las sabes, ni desde el principio abrí tus oídos. Porque sé que prevaricarás: y aún desde el vientre serás llamado iniquo. Por mi nombre te mostraré mi furor: y traeré mi gloria sobre ti, para que no te mate. He aquí te vendí no por plata: pero te liberé del horno de la pobreza: 556 por mí lo haré, porque mi nombre es profanado: y mi gloria no la daré a otro. Te predigo que los babilonios serán superados por los medos y persas, y de repente haré lo que he amenazado, para que cuando vengan las cosas predichas, no pienses que sucedieron por el capricho de los dioses que adoras, o por casualidad. No me jacto del conocimiento del futuro, sino que hablo por tu incredulidad, cuyo corazón incrédulo y cuello de hierro, y frente de bronce conocí desde el principio. He aquí has oído todo lo que vendrá, y sin embargo ocultas en silencio la verdad. No narro las cosas pasadas en las que a menudo se ha comprobado mi poder, cómo saqué al pueblo de Egipto, hundí a los egipcios en el mar Rojo, entregué la tierra prometida, sometí a varias naciones a ustedes. Pero anuncio las cosas nuevas que haré contra Babilonia, para que se refute la mentira descarada de tu boca, que afirmas saber lo que no sabes. Desde el principio eres transgresor de mis mandamientos; y Dios te llamó transgresor desde el vientre, cuando fuiste liberado de Egipto, como si hubieras sido concebido en mi vientre, y educado, y enseñado. Deseaste la cabeza del buey de Egipto, diciendo: Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto. No por tu mérito, sino por mi misericordia, he pospuesto mi furor, para que no perezcas completamente, y por la alabanza de mi nombre te frenaré, para que me sigas como un animal y un caballo con freno, aunque no quieras. He aquí te he probado, es decir, te he examinado, como se funde la plata. O bien no quise probarte en riquezas, sino en el horno de la pobreza. De lo cual se muestra que muchos son tentados tanto por las riquezas como por la pobreza, si abusan de ellas o no soportan la penuria con virtud. Por mí, pues, lo haré, para que no se blasfeme mi nombre entre las naciones, y piensen que no fueron superados por mi ira, sino por la ayuda de sus ídolos. Y lo que añade, mi gloria no la daré a otro, significa que no se piense que los ídolos han oprimido al pueblo de Dios. O ciertamente cuando dice, no la daré a otro, muestra que ya la ha dado a otro, pues otro se dice en distinción del primero. Muchos de los nuestros, para resumir brevemente según los LXX Intérpretes, creen que se profetiza sobre la venida de Cristo, que vendrá de repente inesperado, y mostrará su presencia a un pueblo muy duro; al cual 557 Dios nunca abrió los oídos, porque su corazón se ha engrosado, y ha oído pesadamente con sus oídos. Y tan pronto como el Señor salió del vientre virginal, fue llamado transgresor e iniquo, buscándolo para matarlo. Y lo que añade: Por mi nombre te mostraré mi furor, y traeré mi gloria sobre ti, usa el sentido del Apóstol, o el apóstol Pablo (Rom. I) toma testimonio de este lugar, para que se revele la ira de Dios para asustar a los que pecan, y después se ofrezca gloria a los convertidos: He aquí, dice, te vendí no por dinero, sino te vendí en tus pecados, y te liberé del horno de la pobreza. Por lo cual también Salomón (Prov. III) no quiere tener riquezas ni pobreza, sino que solo pide lo necesario, para que su corazón no se eleve en soberbia, o en esta se vea obligado a hacer lo que no quiere, y presionado por la necesidad blasfeme a Dios. Por lo cual también el Apóstol: Teniendo, dice, sustento y abrigo, estemos contentos con esto (I Tim. VI, 8).

(Vers. 12, 13 seqq.) Escúchame, Jacob e Israel, a quien yo llamo. Yo mismo soy el primero, y yo el último. Mi mano también fundó la tierra, y mi derecha midió los cielos: yo los llamé [Vulg. llamaré], y estarán juntos. Reúnanse todos ustedes y escuchen: ¿quién de ellos anunció esto? El Señor lo amó: hará su voluntad en Babilonia y su brazo en los caldeos. Yo, yo hablé y lo llamé: lo traje, y su camino fue recto. Acérquense a mí, y escuchen esto [Vulg. esto]: no hablé desde el principio en secreto: desde el tiempo antes de que sucediera, allí estaba. Y ahora el Señor Dios me envió, y su espíritu. LXX: Escúchame, Jacob e Israel, a quien yo llamo. Yo soy el primero, y yo para siempre: y mi mano fundó la tierra, y mi derecha afirmó el cielo. Los llamaré, y estarán juntos: y se reunirán todos, y escucharán: ¿Quién les anunció esto? Amándote, hice tu voluntad sobre Babilonia: para quitar la descendencia de los caldeos. Yo hablé y yo llamé. Lo traje y prosperé su camino. Acérquense a mí, y escuchen esto: No hablé desde el principio en secreto: cuando se hacía, allí estaba. Y ahora el Señor Dios me envió, y su espíritu. A quienes ya les había dicho: Escuchen esto, casa de Jacob, que son llamados con el nombre de Israel, y que salieron de las aguas de Judá, ahora les habla a los mismos 558 Escúchame, Jacob e Israel, a quien yo llamo. Porque muchos son llamados, y pocos elegidos (Mat. XXII). Por lo cual no los llama elegidos, porque aún no habían recibido al Salvador; sino que los llama llamados. Yo soy, dice, α y ω, el primero y el último, que vivo, y fui muerto (Apoc. XXII); para que refieras la vida al principio, el último a aquel que fue muerto. Quien se anonadó tomando forma de siervo, y se hizo obediente al Padre; se humilló a sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II). Mi mano fundó la tierra. Por lo cual también en los Proverbios habla: Dios con su sabiduría fundó la tierra, y su derecha midió (Prov. III, 19), o afirmó los cielos o el cielo, como tradujeron los LXX. Llama a los cielos, para que obedezcan su mandato, y cuenten su gloria. Si los cielos obedecen la voluntad del Señor, y corren en su orden: ¿qué se gloría la tierra y el polvo (Ecli. X), y desconoce su fragilidad? Reúnanse todos ustedes, y escuchen, ya sea cielos, o toda la creación, o toda la multitud de Israel. ¿Qué es lo que se les manda escuchar? Que el Señor lo amó, sin duda significa a Ciro y Darío, que hizo la voluntad del Señor contra Babilonia, y ejerció su brazo en los caldeos. Y él mismo habló y lo llamó por su nombre, y lo trajo, y su camino fue recto, para que nadie se atreviera a resistir sus fuerzas. Por lo cual los invita a que se acerquen y escuchen, y conociendo por la predicción del Señor que vendrá el rey de los persas y medos, que derribará Babilonia, y destruirá a los caldeos. Y para anunciar esto, dice que el Profeta fue enviado por el Señor y su espíritu. Esto según los hebreos y su opinión. Sin embargo, según Símaco, que interpretó: ¿Quién le anunció esto? a quien el Señor amó, que hace su voluntad en Babilonia: y según los Setenta, para quitar la descendencia de los caldeos, se refiere a la persona del Señor: quien verdaderamente amado por el Padre, y que hizo toda la voluntad del Padre, y que subvirtió en Babilonia, es decir, en la confusión de este mundo toda la descendencia de los caldeos, que se interpretan como demonios. Él mismo habló, y escuchó al Hijo, y lo trajo, quien habla a los creyentes: Vengan a mí todos los que están trabajados y cargados (Mat. XI, 28). Y escuchen esto que desde el principio en secreto he hablado, es decir, a través de enigmas y misterios de los Profetas, que a todas las generaciones anteriores había sido desconocido. Cuando todo se hacía por el Padre, él estaba con él, quien se regocijaba, quien también ahora dice: Yo que siempre estaba con el Padre, y en el Padre, y nunca estaba sin el Padre, también ahora hablo (Juan XIV): y según la fragilidad de la carne asumida digo, que el Señor Dios me envió, y su espíritu: y en un breve versículo, se nos muestra el sacramento de la Trinidad.

(Vers. 17, 18 seqq.) Así dice el Señor, tu redentor, el santo de Israel: Yo soy el Señor tu Dios que te enseña lo útil, que te guía por el camino en que andas. Ojalá hubieras atendido mis mandamientos, tu paz habría sido como un río, y tu justicia como las olas del mar. Y tu descendencia habría sido como la arena, y los hijos de tus entrañas como sus granos: no

habrían perecido, y su nombre no habría sido borrado de mi presencia. Porque prometió cosas futuras a Israel, devuelve las razones por las cuales primero los afligió: que si las evita, no sufrirá cosas similares. Si, dice, hubieras atendido mis mandamientos: como tradujeron los Setenta: o ciertamente con afecto de deseo, ojalá hubieras atendido mis mandamientos: que si los hubieras hecho; tu paz habría sido como los ríos, y tu justicia como las olas del mar: significando abundancia de todas las cosas y riqueza. Y lo que sigue: y tu descendencia habría sido como la arena, y los hijos de tus entrañas como sus granos: parece permanecer en el pueblo de los judíos, que hasta el día de hoy, como gusanos, procrean hijos y nietos; pero ¿cómo se debe entender esto en la promesa, cuando no tienen paz ni justicia? O está enojado con ellos, o está complacido. Si está enojado, ¿cómo se multiplica su descendencia cada día? Si está complacido, ¿cómo sirven, y no poseen paz ni justicia? De lo cual es evidente que se dice ahora de la descendencia apostólica, de la cual también leemos arriba (Ad cap. I): Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, habríamos sido como Sodoma. Lo cual porque en ese tiempo no parece cumplido, se completa en la venida de Cristo: y ante su presencia permanece la descendencia de Israel.

(Vers. 20, 21, 22.) Salgan de Babilonia, huyan de los caldeos: con voz de júbilo anuncien, hagan oír esto, llévenlo hasta el extremo de la tierra, y digan: El Señor ha redimido a su siervo Jacob. No tuvieron sed en el desierto cuando los sacó; agua de la roca les produjo, y partió la roca, y fluyeron aguas. No hay paz para los impíos, dice el Señor. Los que arriba en el lugar donde está escrito: Yo, yo hablé, y la llamé: la traje, y su camino fue recto, lo entienden sobre Ciro y Darío, también refieren esto a sus tiempos; cuando el pueblo salió de Babilonia, y huyó de los caldeos; y fue redimido por el Señor su Dios. Esto también que se dice: No tuvieron sed en el desierto cuando los sacó, agua de la roca les produjo; y partió la roca, y fluyeron aguas: aunque según la historia no pueden demostrar que se cumplió; pues no vinieron por el desierto bajo Zorobabel y Esdras, y la roca partida les dio aguas, lo cual se narra que sucedió cuando salieron de Egipto: sin embargo, testifican que se cumplió hiperbólicamente en semejanza de la felicidad anterior, cuando por el desierto de las naciones vinieron a Judea, y fueron liberados de la cautividad. Y para que sepamos, dicen, que no se profetizó sobre Cristo, sino sobre Ciro, se añade: No hay paz para los impíos, dice el Señor: y el sentido es, La felicidad perfecta no será sino bajo Cristo, lo cual se reserva para el último tiempo. Pero los que más verdaderamente y correctamente refieren esto a la venida del Salvador (Inf. ad cap. LXI, 1), de quien se dice: Me envió a anunciar a los pobres, a predicar la remisión a los cautivos (Luc. IV, 18, 19), entienden que es una exhortación de aquellos que anuncian el Evangelio del mismo Señor Salvador, para que salgamos de Babilonia, es decir, de la confusión de este mundo; y huyamos de los caldeos, de los cuales se ha dicho repetidamente: Porque el Señor ha redimido a su siervo Jacob con su preciosísima sangre, y lo ha llevado por el desierto del mundo, y ha partido el agua de la roca. Sobre la cual también el Apóstol habla: Pero la roca era Cristo (I Cor. X, 4). Se parte, pues, la palabra divina, y se divide en muchas partes, para que lo que no podemos recibir todo, lo tomemos en partes. Y para que no se pensara que esta predicación se dice a toda la descendencia de Jacob, y no solo a aquellos que van a creer por los Apóstoles, se añade y se une: No hay paz para los impíos, dice el Señor: a aquellos, evidentemente, que permanecieron en el error anterior; que no merecieron beber de la roca. Cuyo lado, para hablar de manera novedosa, herido por la lanza 561 fluyó con agua y sangre (Juan I), dedicándonos el bautismo y el martirio.

(Cap. XLIX.---Vers. 1 seqq.) Escuchad, islas, y prestad atención, pueblos lejanos: El Señor me llamó desde el vientre, desde el seno de mi madre recordó mi nombre. Y puso mi boca como espada afilada: en la sombra de su mano me protegió. Y me puso como flecha escogida: en su aljaba me escondió; y me dijo: Tú eres mi siervo, Israel, porque en ti me

gloriaré. Y yo dije: En vano he trabajado, sin razón y en vano he consumido mi fuerza: por tanto, mi juicio está con el Señor, y mi obra con mi Dios. LXX: Escuchadme, islas, y prestad atención, naciones. Después de mucho tiempo se mantendrá, dice el Señor. Desde el vientre me llamó, y desde el seno de mi madre llamó mi nombre. Y puso mi boca como espada afilada, y bajo la protección de su mano me escondió. Me puso como flecha escogida, y en su aljaba me escondió. Y me dijo: Tú eres mi siervo, Israel: y en ti me gloriaré. Y yo dije sin razón he trabajado, en vano, y en nada he dado mi fuerza. Por eso mi juicio está con el Señor, y mi labor ante mi Dios. Sé que tanto esto como lo que diremos más adelante pertenecen al conocimiento o entendimiento de un solo capítulo, y todo debe ser interpretado desde la persona de Cristo. Pero no quise proponer todo de una vez, para no sobrecargar la mente del lector; y lo que puede decirse más fácilmente por partes, no confundirlo por su magnitud. Por eso puse ambas ediciones: para que lo que parece oscuro en una, se aclare con la lectura de la otra. Después de la vocación de los restos de Israel, y el rechazo en la incredulidad del pueblo persistente, de los cuales había dicho: No hay paz para los impíos, dice el Señor (Isaías XLVIII, 22), pasa a las Iglesias reunidas de las naciones, y les habla bajo el nombre de islas. Que así, a merced de las insidias de los perseguidores, como de las olas del mar, y golpeadas por naufragios que azotan por todas partes, son más bien sacudidas que movidas. Y para que nadie piense que nuestra exposición es forzada, y que lo que se dice no se refiere a las naciones, sino a las sinagogas del pueblo judío, sigue: Y prestad atención, pueblos, o naciones lejanas, es decir, desde los confines de la tierra. O como tradujeron los Setenta, después de mucho tiempo se mantendrá, es decir, no en este tiempo en que se dicen; sino que sucederán después de mucho tiempo. El Señor, dice, me llamó desde el vientre, y desde el seno de mi madre recordó mi nombre. Lo que ahora parece oscuro a los que escuchan, después será conocido por todas las naciones, cuando Gabriel diga a José sobre el parto virginal: Y llamarás su nombre Jesús: porque él salvará a su pueblo (Mateo I, 21): También puso su boca como espada afilada, para que con el espíritu de su boca mate al impío. De la cual espada él mismo habla en el Evangelio: No he venido a traer paz a la tierra, sino espada, separando a los malos de los buenos: Porque he venido a dividir al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra (Mateo X, 34, 35). Y en la sombra, dice, de su mano me protegió, para que la vileza de la carne estuviera cubierta por el poder de la divinidad, cuando el ángel anunció a la Virgen: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lucas I, 35). Me puso, dice, como flecha escogida, en su aljaba me escondió. Cuando dice, flecha escogida, muestra que Dios tiene muchas flechas, pero no escogidas: esas flechas son los Profetas y Apóstoles, que recorren todo el mundo. De los cuales también se canta en otro lugar: Tus flechas son agudas, poderosísimo; los pueblos caerán bajo ti (Salmo XLIV, 6); y de nuevo: Flechas agudas del poderoso con carbones desoladores (Salmo CXIX, 41). Cristo, sin embargo, de muchas flechas y muchos hijos, es una flecha escogida, y el Hijo Unigénito: que en su aljaba escondió, es decir, en un cuerpo humano, para que en él habitara la plenitud de la divinidad corporalmente. Y rara es la fe de los creyentes: a quien también arriba (Cap. XLV, 15) se dice: Tú eres un Dios escondido, y no lo sabíamos. Con esta flecha también la esposa, recibiendo una herida, habla en el Cantar de los Cantares: Estoy herida de amor. Y me dijo: Tú eres mi siervo, Israel: porque en ti me gloriaré (Cantar IV, 9). Siervo, porque siendo en forma de Dios, se dignó asumir la forma de siervo (Filipenses II), e Israel, porque nació de la semilla de los judíos. Y lo que no puede entenderse de ningún otro de los siervos, se añade: Porque en ti me gloriaré. Porque él mismo dice en el Evangelio, Padre, glorifica tu nombre (Juan XII, 28). El que en el salmo habla al Hijo: Levántate, gloria mía, y levántate, salterio y cítara (Salmo LVI, 9), es decir, el coro de todas las virtudes. Pero cuando el Padre me dice estas cosas que he relatado, yo le respondí: ¿Cómo te has glorificado en mí, Padre, si he trabajado en vano, y no he podido traer a gran parte del pueblo judío de vuelta a ti? Todo esto

se dice para mostrar el libre albedrío del hombre. Porque llamar es de Dios, y creer es nuestro: ni inmediatamente si no creemos, Dios es imposible; sino que deja su poder a nuestro albedrío para que la voluntad justa obtenga recompensa. Porque no quisieron creer en ti a través de mí, mi juicio está contigo, porque he hecho todo lo que debía hacer por ellos, diciendo en el Evangelio: Yo te he glorificado en la tierra, habiendo terminado la obra que me diste para hacer (Juan XVII, 4); y de nuevo: He manifestado tu nombre a los hombres. Y mi obra o mi labor y dolor (esto significa πόνος) está ante ti. Porque lloró también en el Evangelio sobre Jerusalén (Lucas XIX), y en el salmo por la multitud de incrédulos, de alguna manera dice que sufrió en vano: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, cuando desciendo a la corrupción? (Salmo XXIX, 10). Y según el hebreo, colgado en la cruz habla: Lejos de mi salvación, las palabras de mis lamentos (Salmo XXI, 1).

(Vers. 5, 6 seqq.) Y ahora dice el Señor, formándome desde el vientre como siervo para sí, para que yo devuelva a Jacob a él, y Israel no será reunido: y he sido glorificado a los ojos del Señor, y mi Dios se ha convertido en mi fortaleza. Y dijo: es poco que seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y convertir los restos de Israel. Te he dado como luz de las naciones; para que seas mi salvación hasta el extremo de la tierra. LXX: Y ahora así dice el Señor que me formó desde el vientre como siervo para sí, para que yo reúna a Jacob a él e Israel: seré reunido y glorificado ante el Señor y mi Dios será mi fortaleza. Y me dijo: Es grande para ti ser llamado mi siervo, y levantar las tribus de Jacob, y convertir la dispersión de Israel. He aquí que te he puesto como testamento de la raza, como luz de las naciones, para que seas salvación hasta el extremo de la tierra. Diciendo yo, En vano he trabajado, sin razón y en vano he consumido mi fuerza: porque los judíos no quisieron creer, y mi juicio está con el Señor; y mi obra, que con su ayuda he cumplido, está con el Señor: me respondió el Señor, que me formó desde el vientre como siervo para sí. De lo cual muestra que se le llama siervo, que fue formado desde el vientre. Que también en el salmo dice: Desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios (Salmo XI, 10). ¿Qué dice entonces el Señor a él? Para que devuelva a Jacob a él que se había desviado, que, abandonando al Creador, servía a los ídolos. Por lo cual él mismo habla a los discípulos: No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos; sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo X, 5); y en otro lugar: No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV, 24). Esta fue la voluntad del Padre, que los malos viñadores recibieran al Hijo enviado, y dieran los frutos de la viña, quienes lo mataron diciendo. Venid, matémoslo, y la herencia será nuestra (Mateo XXI, 38); y esto es lo que ahora dice: Y Israel no será reunido, es decir, no volverá al Señor. Y me sorprende cómo la edición vulgar ha subvertido un testimonio tan fuerte contra la perfidia de los judíos con otra interpretación, diciendo: Seré reunido y glorificado ante el Señor: cuando Teodoción y Símaco concuerdan con nuestra interpretación. De Aquila no me sorprende, que siendo un hombre muy erudito en la lengua hebrea, y expresando palabra por palabra, en este lugar haya simulado ignorancia, o haya sido engañado por la perversa exposición de los fariseos, que quiso interpretar, y Israel será reunido a él, es decir, a Dios. Cuando la palabra hebrea LO, en este lugar no se escribe con LAMED y VAV (): que si fuera así, significaría, a él o a aquel: sino con LAMED y ALEPH () que propiamente, significa no. Porque Jacob no fue devuelto a Dios, ni Israel reunido: por eso el Hijo habla a los que no creen: he sido glorificado a los ojos del Señor. Porque en mí ha creído todo el mundo: y mi Dios se ha convertido en mi fortaleza, que también me ha consolado triste por el rechazo de mi pueblo; y me dijo: Es poco que me sirvas para levantar las tribus de Jacob, que cayeron por su propia culpa; y para convertir los restos, o residuos de Israel. Porque esto significa la palabra hebrea NESURE (). Porque por ellos te he dado como luz de todas las naciones, para que ilumines todo el mundo, y mi salvación, por la cual todos son salvados, llegue hasta los confines de la tierra. Pero lo que se lee en los Setenta, seré

reunido, y glorificado ante el Señor, puede entenderse así, que el Señor se ha reunido con los creyentes. Y lo que sigue: Me dijo: Es grande para ti ser llamado mi siervo, refiramos grande al hombre y al siervo, que en comparación con Dios es pequeño.

(Vers. 7.) Así dice el Señor redentor de Israel su Santo al alma despreciable, a la nación abominada, al siervo de los señores. Los reyes verán, y se levantarán los príncipes, y adorarán por causa del Señor, porque es fiel: y el Santo de Israel que te eligió. LXX: Así dice el Señor que te libró Dios de Israel. Santificad al que desprecia su alma, que es abominación de las naciones, que es siervo de los príncipes. Los reyes lo verán, y se levantarán los príncipes, y lo adorarán por causa del Señor: porque es fiel el Santo de Israel, y te eligió. Por lo que hemos dicho: al alma despreciable, a la nación abominada, al siervo de los señores, Teodoción tradujo: al que desprecia su alma, que es abominación para la nación, que es siervo de los príncipes: lo que manifiestamente conviene a la persona de Cristo. Porque él mismo buen pastor puso su vida por sus ovejas (Juan X), y la despreciaba, que es abominación para la nación de los judíos, a quienes tres veces al día bajo el nombre de los nazarenos maldicen en sus sinagogas. Que fue siervo de los príncipes, y tan humilde que estuvo ante Anás y Caifás; y para ser crucificado fue enviado a Pilato y Herodes. A cuya interpretación Aquila consintió, y en parte los Setenta, aunque en ello cambiaron el sentido, y lo debilitaron, al interpretar por nación, naciones; y por siervo, siervos. Otros piensan que esto se dice a la nación de los judíos, que despreciaron su alma, y es abominación para todo el mundo; y sirve a los príncipes, de los cuales está escrito: Que devoran a mi pueblo como pan (Salmo XIII, 4). Pero mejor es la interpretación sobre Cristo. ¿Qué dice entonces el Padre, redentor y Santo de Israel, al Hijo? Los reyes verán y se levantarán los príncipes, y adorarán, cuando venga en la gloria del Padre con sus ángeles, y se siente en el trono de su gloria, juzgando a vivos y muertos: entonces todos lo adorarán por causa del Señor su Padre, que lo eligió. O debe entenderse así: Los reyes cuyo corazón está en la mano de Dios, y los príncipes de la Iglesia de Dios, te adorarán: porque es fiel el Señor, el Santo de Israel que te eligió. Todo esto se refiere a aquel que desprecia su alma, que es abominado por la nación, que es siervo de los príncipes.

(Vers. 8 seqq.) Así dice el Señor: En tiempo aceptable te escuché, y en día de salvación te ayudé. Y te guardé, y te di como pacto del pueblo, para que levantaras la tierra, y poseyeras las herencias desoladas: para que dijeras a los que están atados: Salid; y a los que están en tinieblas: Mostraos. En los caminos serán alimentados, y en todos los lugares altos serán sus pastos. No tendrán hambre, ni sed, y no los herirá el calor ni el sol: porque el que se compadece de ellos los guiará, y a fuentes de aguas los llevará. Y pondré todos mis montes en camino, y mis sendas serán elevadas. He aquí que estos vendrán de lejos, y he aquí aquellos del norte y del mar, y estos de la tierra del sur. Alabad, cielos, y exulta, tierra: jubilad, montes, con alabanza, porque el Señor ha consolado a su pueblo, y se compadecerá de sus pobres. LXX: Así dice el Señor: En tiempo oportuno te escuché, y en día de salvación te ayudé. Y te formé, y te di como testamento de las naciones, para que establecieras la tierra, y poseyeras las herencias desiertas. Y dijeras a los que están en cadenas, Salid, y a los que están en tinieblas, Mostraos: en todos los caminos serán alimentados, y en todas las sendas serán sus pastos. No tendrán hambre, ni sed, ni los herirá el calor ni el sol; sino que el que se compadece de ellos los consolará, y los guiará a fuentes de aguas. Y pondré todo monte en camino, y toda senda en pasto para ellos. He aquí que estos vendrán de lejos, estos del norte y del mar: otros de la tierra de los persas. Alegraos, cielos, y exulte la tierra, estallen los montes en alegría: porque Dios se ha compadecido de su pueblo: y ha consolado a los humildes de su pueblo. Este testimonio lo usó el apóstol Pablo en la segunda Epístola a los Corintios, diciendo: En tiempo oportuno te escuché: y en día de salvación te ayudé. He aquí ahora el

tiempo aceptable, etc. (I Cor. VI, 2). Si entonces el vaso de elección refiere a la inteligencia del primer advenimiento lo que se dice, sigamos nosotros las huellas de su exposición, y a modo de niños, sobre las líneas sombreadas del maestro, imprimamos las letras. El tiempo aceptable y oportuno, y el día de salvación, es la pasión del Salvador y su resurrección, cuando oraba en la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Mateo XXVII, 46). Y lo guardó, o lo formó, superada la muerte, y lo dio como pacto del pueblo de los judíos, a aquellos que de ellos quisieron creer: para que levantara la tierra, que yacía en los errores de la idolatría, y poseyera las herencias desoladas, o desiertas, que no tenían habitante a Dios, y dijera a los que estaban en cadenas, salid, que estaban atados con las cadenas de los pecados, porque cada uno está atado con las cuerdas de sus pecados (Proverbios V); y a los que estaban en tinieblas, mostraos. Que estaban sentados en tinieblas, y en sombra de muerte, y no podían ver la luz. Que después de convertirse, y ver la clara luz de Cristo, serán alimentados en los caminos y en las sendas de las Sagradas Escrituras, y dirán: El Señor me apacienta, y nada me faltará, en lugar de pastos allí me colocó: sobre aguas de reposo me condujo (Salmo XXII, 2). Y el que en tales caminos y sendas sea alimentado y nutrido, no tendrá hambre, ni sed, ni sentirá el calor del sol: y se cumplirá en él lo que está escrito: De día el sol no te herirá, ni la luna de noche (Salmo CXX, 6). Para que no sienta ni las adversidades ni las prosperidades de este siglo. Porque el misericordioso y compasivo Señor, él mismo los consolará y guiará, y los llevará a fuentes de aguas. O los hará beber en las fuentes, de las cuales está escrito: Bendecid al Señor desde las fuentes de Israel (Salmo LXVII, 27). Y en otro lugar: Sacad aguas de las fuentes del Salvador (Isaías XII, 3). Estas fuentes están en el Antiguo Testamento, y en el nuevo. Y todos los obstáculos que podían impedir los pasos de los creyentes, el Señor los convertirá en llano, y humillará lo alto, y elevará lo bajo, para que tengan un camino llano y campestre. ¿Quiénes son estos a quienes se prepara el camino, lo pone más claramente: He aquí que estos vendrán de lejos: y he aquí aquellos del norte y del mar, y estos de la tierra del sur. Mostrando las cuatro partes del mundo, Oriente y Septentrión, Occidente y Mediodía, por Oriente, puso lejos: por la parte del sur, en hebreo se lee SINIM () que los LXX interpretaron como persas. Los demás lo expresaron tal como se lee en hebreo sinim, que nosotros interpretamos como del sur: sospechando que el monte Sinaí está situado en la parte sur, según el profeta Habacuc: Dios vendrá del sur: y el santo del monte Parán sombrío y denso (Habacuc III). Si sin embargo sinim, como los LXX tradujeron, entendemos a los persas, que están situados al oriente, lo que se dice arriba: He aquí que estos vendrán de lejos, podremos referirlo al sur. Se ordena a los cielos y a la tierra, o a estas virtudes que habitan en el cielo y la tierra, o a los ángeles y a los hombres, que canten las alabanzas de Dios. Y los que están en lo alto de las virtudes, manifiesten la alegría de su mente con júbilo y exultación. Porque el Señor ha consolado a su pueblo, a aquellos que de los judíos quisieron creer. Y se ha compadecido de sus pobres y humildes: o de todo su pueblo, que de oriente y occidente, norte y sur ha sido llamado a él, no teniendo Ley ni Profetas, ni riquezas espirituales: sino que desierto, pobre y humilde, estaba sujeto a todos los demonios.

(Vers. 14 seqq.) Y dijo Sion: El Señor me ha abandonado, y el Señor se ha olvidado de mí. ¿Acaso puede una mujer olvidar a su niño, para no compadecerse del hijo de su vientre? Y si ella se olvidara, yo [Vulg. añade sin embargo] no me olvidaré de ti. He aquí que te he grabado en las palmas de mis manos: tus muros están siempre ante mis ojos. Han venido tus constructores: y los que te destruyeron y devastaron, saldrán de ti. Alza tus ojos alrededor y mira, todos estos se han reunido, han venido a ti. Vivo yo, dice el Señor: que con todos ellos te vestirás como adorno, y los rodearás como una novia, porque tus desiertos y tus soledades, y la tierra de tu ruina ahora serán estrechos por los habitantes, y se alejarán los que te

devoraban. Aún dirán en tus oídos, los hijos [Al. a los hijos] de tu esterilidad: Este lugar es estrecho para mí, hazme espacio para que habite. Y dirás en tu corazón: ¿Quién me ha engendrado estos? Yo estéril y sin dar a luz, trasladada y cautiva: ¿y quién ha criado a estos? Yo desamparada y sola: y estos, ¿dónde estaban? LXX: Pero Sion dijo: El Señor me ha abandonado, y Dios se ha olvidado de mí. ¿Acaso se olvidará una mujer de su pequeño, para no compadecerse del fruto de su vientre? Pero si una mujer se olvidara de estos: yo no me olvidaré de ti, dice el Señor. He aquí que he pintado tus muros sobre mis manos: y estás siempre ante mí. Pronto serás edificada por aquellos que te destruyeron: y los que te devastaron, saldrán de ti. Alza tus ojos alrededor y mira: todos estos se han reunido, han venido a ti. Vivo yo, dice el Señor: que con todos estos te vestirás como adorno, y los rodearás como un collar de novia: porque tus desiertos, y lo que fue devastado, y lo que cayó. Ahora serás estrecha por los habitantes: y se alejarán de ti los que te humillaron. Porque dirán en tus oídos, tus hijos, que perdiste: Este lugar es estrecho para mí: hazme lugar para que habite. Y dirás en tu corazón: ¿Quién me ha engendrado estos? Yo sin hijos y viuda, ¿y quién ha criado estos para mí? Yo he sido dejada sola, ¿y estos dónde estaban? Jerusalén y Sion deben entenderse de cuatro maneras en las Escrituras sagradas, como hemos recordado a menudo. Primero, según los judíos, a quienes el Señor lamenta en el Evangelio, Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados (Mat. XXIII, 37). Y en otro lugar: Cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, entonces sabed que su desolación está cerca (Luc, XXI, 20). Segundo, es la congregación de los santos, que en la paz del Señor y en la vigilancia de las virtudes, son correctamente llamados Sion, de la cual se dice: Sus cimientos están en los montes santos: el Señor ama las puertas de Sion, más que todas las moradas de Jacob (Sal. LXXXVI, 1). Pues no son los cimientos de la Sion judía, que vemos destruida, amados por el Señor, ni lo que es amado por el Señor puede ser destruido. Tercero, se llama Jerusalén a la multitud de ángeles, dominaciones y potestades, y todo lo que está constituido en el servicio de Dios. De esta Jerusalén hablaba el Apóstol: Pero la Jerusalén de arriba es libre, que es madre de todos nosotros (Gál. IV, 26). Y en otro lugar: Pero os habéis acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial (Hebr. XII, 22). Cuarto, se llama Jerusalén a la que los judíos y nuestros judaizantes, según el Apocalipsis de Juan, que no entienden, piensan que será puesta de oro y gemas desde los cielos (Apoc. XXI), cuyos límites y amplitud infinita también se describen en la última parte de Ezequiel. Dado que esto es así, ahora debemos observar más cuidadosamente cuál de las cuatro dijo Sion, El Señor me ha abandonado, y el Señor se ha olvidado de mí. No hay duda de que la congregación de los santos, que antes estaba en los judíos, y fue abandonada por el Señor, recuerda esto, y con voz llorosa se queja de estar desierta y desprovista de la ayuda del Señor. A lo cual Dios responde, usando una similitud natural: Si puede suceder que una madre olvide a su hijo, y no se conmueva con misericordia hacia el fruto de su vientre, y yo me olvide de ti. Diré algo más: aunque ella se olvide, venciendo la dureza de su mente las leyes de la naturaleza; yo, sin embargo, no olvidaré a mi criatura, y siempre retendré las almas de los santos en mi corazón. Sabe, pues, tú, que te consideras completamente abandonada, que estás grabada en mis manos y pintada; y tus muros permanecen siempre ante mis ojos. De esto aprendemos que no debemos buscar a Jerusalén en la región de Palestina, que es la más miserable de toda la provincia, y está llena de montañas rocosas, y sufre la escasez de agua, de modo que depende de las lluvias celestiales, y suple la escasez de fuentes con la construcción de cisternas; sino en las manos de Dios, a la cual se dice: Tus constructores se apresuraron. O según los LXX: Pronto serás edificada por aquellos que te destruyeron. Pues destruida por los judíos, fue edificada por los judíos. Que por culpa de los escribas y fariseos fue desierta, a la predicación de los apóstoles de Cristo fue congregada tanto de los judíos como de los gentiles. Sigue: Y los que te destruyeron y devastaron, saldrán de ti: malos maestros; para que no sigas los mandamientos y tradiciones de los hombres (Mat.

XV), sino la ley de Dios. Y se le dice que alce sus ojos alrededor, y vea a los hijos que le han sido congregados. De los cuales también hablaba el Señor: Alzad vuestros ojos, y ved que ya los campos están blancos para la siega (Juan IV, 35). Y para asegurarnos: Vivo yo, dice el Señor (lo que según el Antiguo Testamento, es una costumbre de jurar), que con todos estos te vestirás como adorno, y los rodearás como una novia se rodea de un collar. Feliz quien es de tan gran mérito, y de tanta virtud, que se le llama adorno de la Iglesia. Creo que estas diversas gracias espirituales se significan, por las cuales se adorna la ambición de la novia. De la cual también se canta en el salmo cuarenta y cuatro: La reina está a tu derecha en vestidura dorada, rodeada de variedad (Sal. XLIV, 10). Porque lo que antes estaba desierto, y se había disuelto en soledades y ruinas, con la llegada del Evangelio de Cristo, será restaurado y tendrá tal multitud de habitantes, que no podrán contenerlos. Así, siempre que los perseguidores sean alejados, o aquellos de los que hablamos antes: Los que te destruían y devastaban, saldrán de ti. Y los hijos de tu esterilidad que pensabas que habías perdido completamente, y que te habían dejado viuda, dirán en tus oídos: Este lugar es estrecho para mí en las sinagogas, hazme espacio en las Iglesias, para que habite más ampliamente, para que no sea comprimido por las blasfemias de los judíos, para que toda la amplitud del mundo me contenga contigo. Pero tú, no pudiendo expresar con palabras la magnitud de la alegría, en tu corazón en silencio pensarás, y dirás: ¿Quién me ha engendrado estos? Yo era estéril y viuda, desierta y cautiva en el pueblo de los judíos, había dejado de tener hijos, durante mucho tiempo no había dado a luz. Después de Ageo, Zacarías y Malaquías, no había visto otros profetas hasta Juan el Bautista; y ¿cómo, siendo yo sola, y desprovista de la ayuda de un hombre, he comenzado ahora a tener tantos hijos? Pero para que sepamos que Sion se edifica sobre la roca y el fundamento de Cristo de ambos pueblos, Pablo habla a los creyentes: Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo. (Efes. II, 20.) De lo cual es claro que hay un solo fundamento de los apóstoles y profetas, nuestro Señor Jesucristo.

(Vers. 22, 23.) Así dice el Señor Dios: He aquí que levanto [Vulg. levantaré] mi mano a las naciones, y a los pueblos alzaré mi señal: y traerán a tus hijos en brazos, y a tus hijas las llevarán sobre los hombros. Y serán reyes tus nodrizos, y reinas tus nodrizas. Con el rostro inclinado a tierra te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies: y sabrás que yo soy el Señor, sobre el cual no se confundirán los que esperan en él. LXX: Así dijo el Señor Dios: He aquí que levanto mi mano sobre las naciones, y sobre las islas alzaré mi señal, y traerán a tus hijos en el seno, y a tus hijas las llevarán sobre los hombros. Y serán reyes tus nodrizos: y príncipes mujeres tus nodrizas: sobre la faz de la tierra te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies; y sabrás que yo soy el Señor, y no se confundirán los que esperan en mí. A lo que la Iglesia había dicho: Yo estéril y cautiva, ¿quién me ha engendrado estos? Yo desamparada y sola, ¿y estos dónde estaban? responde el Señor: ¿Te maravillas de que esto haya sucedido? No te maravillarás cuando oigas que yo he levantado mi mano a las naciones. De la cual también habla el Santo: Tú me formaste, y pusiste tu mano sobre mí (Sal. CXXXVIII, 4). Y el mismo Salvador: Nadie puede arrebatar de la mano de mi Padre (Juan X, 29). Y el apóstol Pedro: Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte en el tiempo de la visitación (I Pedro V, 6). Esta mano levantada a las naciones, es la misma de la que este mismo profeta habla: Será la raíz de Jesé, que se levantará para ser príncipe de las naciones: en él esperarán las naciones (Isa. XI, 10). Y no solo levantará su mano a las naciones; sino que también alzará su señal en los pueblos. No hay duda de que es el estandarte de la cruz, para que se cumpla lo que está escrito: La tierra está llena de sus alabanzas. Y de nuevo: En toda la tierra es admirable su nombre (Sal. VIII, 1). Entonces traerán en brazos, o en el seno, a los hijos de Sion, y sus hijas las llevarán sobre los hombros. Como fue Lázaro, y todos los santos que descansan en el seno de Abraham (Luc. XVI), y las almas de los creyentes, a

quienes el apóstol Pablo hablaba: Os di a beber leche (I Cor. III, 2). Y en otro lugar: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Y en otro lugar: Como una nodriza cuida a sus hijos: así deseando ardientemente, quisimos impartiros no solo el Evangelio de Cristo, sino también nuestras almas (I Tes. II, 8). De lo contrario, es ridículo al modo judío llevar a hijos e hijas adultos en brazos y hombros. Los reyes como nodrizos, y las reinas y príncipes como nodrizas, manifiestamente muestran a los apóstoles y hombres apostólicos: como fue Abraham, a quien se le dice: Rey de Dios tú eres entre nosotros (Gén. XXIII, 6); y cuyo corazón está en la mano de Dios (Prov. XXI): que dicen a los creyentes: Como niños recién nacidos, deseando la leche racional y sin engaño (I Pedro II, 2). También el príncipe, es decir, ἄρχουσα, que es el significado del nombre de Sara: y las reinas, o la reina, de la cual se canta en el salmo cuarenta y cuatro: La reina está a tu derecha en vestidura dorada, diariamente nutre a los pequeños de Cristo, y los lleva a la edad perfecta: y toda edad, sexo y dignidad, adorarán a Sion por causa de aquel que habita en ella. Pues si la cabeza de la Iglesia es Cristo, la cabeza es adorada en el cuerpo. Y si a algunos se les dice: Exaltad al Señor nuestro Dios, y adorad el escabel de sus pies (no porque el escabel deba ser adorado; sino porque se indica la majestad de sus pies), ¿por qué no ha de ser adorada la Iglesia que abarca todo el cuerpo de Cristo, para que se cumpla lo que está escrito en Sofonías: Le adorarán cada uno desde su lugar: todas las islas de las naciones (Sofon. II, 11), para que no vengan al modo judío tres veces al año a Jerusalén: sino que adorando al Señor en su lugar, posean Jerusalén. Y lo que sigue: y lamerán el polvo de tus pies, significa que los reyes y príncipes, con su palabra, limpiarán y lamerán lo que se haya adherido a los pies de la Iglesia, obra terrenal. Por lo cual también se ordena a los apóstoles que sacudan el polvo de sus pies. Y a Pedro se le dice que quien ha sido lavado una vez, no necesita sino lavarse los pies. (Mat. X; Juan XIII). Por todo esto, la Iglesia aprende que no hay otro Señor aparte de aquel, a quien los que esperan poseerán la gloria eterna.

(Vers. 24 seqq.) ¿Acaso se quitará la presa al fuerte? ¿O lo que ha sido capturado por el robusto, podrá ser salvado? Porque así dice el Señor: Ciertamente, la cautividad será quitada al fuerte: y lo que ha sido arrebatado por el robusto, será salvado. A los que te juzgaron, yo los juzgaré: y a tus hijos yo los salvaré. Y alimentaré a tus enemigos con sus propias carnes, y se embriagarán con su propia sangre como con mosto: y toda carne sabrá que yo soy el Señor, tu salvador, y tu redentor, el fuerte de Jacob. LXX: ¿Acaso tomará alguien los despojos de un gigante? Y si alguien lleva cautivo injustamente, será salvado. Así dice el Señor: Si alguien captura a un gigante, tomará los despojos, y el que toma del fuerte será salvado. Pero yo juzgaré mi juicio. Y yo libraré a mis hijos, y los que te afligieron comerán sus propias carnes, y beberán como vino nuevo su propia sangre, y se embriagarán: y toda carne sabrá que yo soy el Señor que te libré, y el ayudador de la fortaleza de Jacob. 574 Nuestro Señor y Salvador, que antes había hablado por Isaías, repite el mismo sentido en el Evangelio: ¿cómo puede alguien entrar en la casa del fuerte, y saquear sus bienes, si primero no ata al fuerte, y entonces saquea su casa (Marc. III)? El fuerte y el gigante es el diablo, que había sometido a todas las naciones a su imperio, atreviéndose a decir al Salvador: Todo esto me ha sido entregado, y te lo daré, si postrándote me adoras (Mat. IV, 9). Porque el mundo está puesto en el maligno (I Juan V), a quien ninguno de los justos pudo vencer: ni según Amós, arrebatar la presa de la boca del león (Amós III). Propuesta, pues, la cuestión, de que nadie puede vencer al fuerte y gigante, ni salvar lo que de él ha sido arrebatado, responde el Señor, que todo se realizará con su venida: que ciertamente las naciones antes capturadas por el gigante serán quitadas, y todos sus bienes, y toda su familia serán divididos por los apóstoles. Cumpliéndose lo que está escrito: Rey de virtudes del amado, y de la belleza de la casa dividir los despojos. Porque este es el que subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio

dones a los hombres (Sal. LXVII, 13, 19; Efes. IV): a saber, aquellos que antes estaban cautivos en la muerte, los recibió en la vida. Por lo cual Symmachus interpretó más claramente: Pero también la cautividad del fuerte será quitada, y las rapinas del terrible serán salvadas. Deseando que se entienda al diablo como el fuerte y terrible, que fue superado por la virtud del Señor. Por tanto, el Señor juzgando a aquellos que oprimieron a Sion, o juzgando su juicio, liberará a sus hijos que habían sido capturados por el gigante, y los salvará, y alimentará a las potestades adversarias con sus propias carnes, y las embriagará como con mosto, para que no se sacien con la muerte de otros, sino con su propia muerte. Y los que son carne, porque han perdido el espíritu de Dios, se alimenten de sus propias carnes. Lo cual también dice el Santo en los Salmos: Cuando se acercaron a mí los que me afligían, para comer mis carnes (Sal. XXVI, 2). Porque no es el espíritu que es incorpóreo, sino la carne la que se come, expuesta a las mordeduras de las bestias feroces. Y entonces dirá Sion: más bien toda carne que verá la salvación de Dios, que su Redentor y Salvador es aquel que luchó con Jacob, o fue el ayudador de la fortaleza de Jacob: para que en la pasión elevado sobre todo, bendijera a los que lo crucificaban: Padre, perdónalos: porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34).

575 (Cap. L.---Vers. 1.) Así dice el Señor: ¿Dónde está el documento de divorcio de vuestra madre, con el cual la repudié? ¿O quién es mi acreedor, a quien os vendí? He aquí que por vuestras iniquidades fuisteis vendidos, y por vuestros crímenes repudié a vuestra madre. Porque vine, y no había hombre; llamé, y no había quien escuchara. LXX: Así dice el Señor: ¿Cuál es el documento de divorcio de vuestra madre, con el cual la repudié? ¿O a qué acreedor y exactor mío os vendí? He aquí que por vuestros pecados fuisteis vendidos, y por vuestras iniquidades repudié a vuestra madre, porque vine, y no había hombre; llamé, y no había quien obedeciera. Después de la vocación de los gentiles, y de los reyes y príncipes, nodrizos y nodrizas, y del cautiverio del fuerte y robusto, cuya presa fue distribuida entre los Apóstoles, y después de la locura de los demonios, que se saciaron con sus propias carnes y se embriagaron con su propia sangre: cuando toda carne reconoció que el Redentor y fuerte era el mismo Dios de Jacob, habla al pueblo de los judíos sobre Sion, que antes había dicho: El Señor me ha abandonado, y el Señor se ha olvidado de mí. ¿Pensáis que por mi dureza vuestra madre, la Jerusalén terrenal, ha sido rechazada, y que yo le di un documento de divorcio por su rigidez mental, y no más bien, lo que es verdad, entendéis que ella se apartó de mí por su propio vicio? Pues al decirle yo: Dejad de obrar inicuamente, aprended a hacer el bien, no quiso escucharme; sino que volvió su espalda contra mí, alejándose: Por lo cual hablé a sus hijos: ¡Ay de ellos, porque se apartaron de mí! Son manifiestos los que obraron impíamente contra mí. Y a ella, Tu alejamiento te instruirá, y tu maldad te corregirá; y sabrás que te es malo haberme dejado. Pero quizás no podéis mostrar el documento de divorcio, y algún acreedor mío exigiendo dinero, al no tener yo con qué pagarle, os recibe en compensación de la deuda. No es así: sino que os mostraré por qué razón abandoné a la madre con sus hijos. Vuestras iniquidades y pecados os vendieron a los demonios, para que, atrapados por los placeres de este siglo presente, tanto vosotros como vuestra madre abandonasteis al esposo. Por lo cual no pude retener más a vuestra madre adúltera, sino que permití que se fuera voluntariamente. Pero que cada uno es vendido por sus pecados, mientras, abandonados a nuestro propio albedrío, somos llevados por nuestra voluntad, ya sea al bien o al mal, también lo enseña el apóstol Pablo: Yo soy carnal, vendido al pecado (Rom. VII, 14). Porque quien comete pecado, es esclavo del pecado (Juan VIII). Y así como los avaros y rapaces son esclavos de Mamón, así todo pecado domina a los pecadores. A quienes se les dice: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal (Rom. VI, 12). Pero para que sepáis que no repudié a vuestra madre, sino que se apartó por su propia voluntad, después de

muchos beneficios asumí un cuerpo humano, y no hablé a través de los Profetas, sino personalmente. Vine, y no había hombre, o humano. Pues todos, dejando la imagen del hombre, tomaron la imagen de bestias y serpientes. Por lo cual se dice a Herodes por su maldad: Id y decid a esa zorra (Luc. XIII, 32). Y a los fariseos: Generación de víboras (Mat. XXIII, 33). Y a los lujuriosos: Se volvieron caballos en celo tras las hembras (Jerem. V, 8). Y sobre los voluptuosos: No echéis vuestras perlas delante de los cerdos. Y a los impúdicos: No deis lo santo a los perros (Mat. VII, 6). Y en común sobre todos: Visión de cuadrúpedos que estaban en el desierto (Isa. XXX). Vino, pues, el Señor, y no encontró hombre. Porque el hombre, estando en honor, no entendió: fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Sal. XLVIII, 13). Llamé, dice, a ellos como a un animal racional, y dije: Inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca (Sal. LXXVII), y mi pueblo no escuchó mi voz. Clamé, y dije: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan VII, 37). Y en otro lugar: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados (Mat. XI, 28). Y no había quien escuchara; por lo cual les hablé en el Evangelio: Ni habéis visto la apariencia de Dios, ni habéis oído su voz, porque no tenéis su palabra permaneciendo en vosotros (Juan V, 37, 38).

(Vers. 2.) ¿Acaso se ha acortado y hecho pequeña mi mano, para que no pueda redimir? ¿O no hay en mí poder para liberar? He aquí que con mi reprensión haré el mar desierto, convertiré los ríos en seco: los peces se pudrirán sin agua, morirán de sed. Vestiré los cielos de tinieblas, y pondré saco como su cobertura. LXX: ¿Acaso no puede mi mano liberar, o no prevalece para que sean? He aquí que con mi amenaza haré el mar desierto, y pondré los ríos desiertos, y se secarán sus peces: porque no hay agua, y morirán de sed. Y vestiré el cielo de tinieblas, y como cilicio pondré su cobertura. Contra aquellos que pensaban que el Señor no podía liberar a su pueblo del cautiverio, presenta una razón y ejemplos muy plenos. Aquel que hizo el Mar Rojo transitable para su pueblo (Éxodo XIV), secó las corrientes del Jordán, y al secar los ríos en Egipto, convirtió los peces en putrefacción (Éxodo VII). Y aquel que durante tres días en Egipto hizo que las tinieblas fueran palpables, de modo que el cielo parecía cubierto como con un saco y con tinieblas: ciertamente pudo también liberar a su pueblo del peligro. O porque arriba había dicho: Vine, y no había hombre; llamé, y no había quien escuchara, podemos decir que aquel que es autor de tantas señales, y hace que el cielo, la tierra y los mares obedezcan a su voluntad, también pudo haber evitado la cruz, diciendo en el Evangelio: ¿Pensáis que no puedo rogar a mi Padre, para que me envíe ahora más de doce legiones de ángeles? (Mat. XXVI, 53). Según la anagogía, a la reprensión del Señor el mar se convierte en desierto, cuando toda la amargura de este siglo se seca, y los ríos se desolan, de los cuales el dragón espiritual decía en Egipto: Míos son los ríos, y yo los hice (Ezequiel XXIX, 9). Y de los cuales en otro lugar leemos: ¿Qué tienes tú con el camino de los asirios, para que bebas las aguas de los ríos? (Jerem. II, 18). También los peces, al ser lanzada la red en el mar, se pudrirán, aquellos que sean separados de los buenos peces. Lo que sigue: Vestiré el cielo de tinieblas, y como cilicio será su cobertura, podemos entender que todo lo que está sobre nosotros es el cielo, así como las aves que están en el aire se llaman celestiales; y las potestades adversarias se dicen celestiales, que discurren entre el cielo y la tierra. O ciertamente el cielo se viste de tinieblas, cuando se cubre de nubes. Según lo que está escrito: El que cubre el cielo con nubes, y da lluvia a la tierra (Sal. CXLVI, 8). Y en la amenaza de sequía habla Dios: Pondré el cielo de bronce, y la tierra de hierro (Deut. XXVIII, 23). No porque la naturaleza de los elementos cambie, sino porque a través del bronce y el hierro se muestra la magnitud de las penas. Dicen los filósofos que las nubes no se elevan más de diez estadios sobre la tierra, y ocultan el resplandor del sol. Por lo tanto, no se envuelve el cielo con un saco, sino que al ser interrumpida la luz del cielo, el aire que está debajo se oscurece con las tinieblas de la nube. Podemos interpretar los cielos envueltos en

tinieblas y cubiertos con un saco, diciendo que todos están bajo pecado, y que incluso los santos necesitan la misericordia de Dios.

LIBRO DECIMOCUARTO.

577-578 El Señor que mira la tierra, y la hace temblar; que toca los montes, y humean (Sal. CIII), que habla en el cántico de Deuteronomio: Yo mataré, y yo haré vivir: heriré y yo sanaré (Deut. XXXII, 39), con frecuentes enfermedades también hizo temblar mi tierra, a la cual se le dijo: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19). Y olvidado de la condición humana, frecuentemente me advierte, para que sepa que soy hombre y anciano, y que estoy a punto de morir. De lo cual está escrito: ¿Por qué se gloría la tierra y la ceniza? (Ecli. X, 9). Por lo cual, quien me golpeó con una repentina enfermedad, me sanó con increíble rapidez: para asustar más que afligir, y corregir más que castigar. Así que, sabiendo de quién es todo lo que vivo, y que quizás por eso se difiere mi sueño, para que complete la obra comenzada en los Profetas, me entrego por completo a este estudio, y como si estuviera en una especie de atalaya, contemplo los torbellinos y naufragios de este mundo, no sin gemido y dolor; no pensando en lo presente, sino en lo futuro: ni temiendo la fama y rumores de los hombres, sino el juicio de Dios. Y tú, Virgen de Cristo Eustoquio, que ayudaste con tus oraciones al enfermo, también pide gracia a Cristo para el sano, para que con el mismo espíritu con el que los Profetas cantaron el futuro, pueda entrar en su nube y oscuridad, y conocer la palabra de Dios, que no se escucha con los oídos de la carne, sino del corazón; y decir con el Profeta: El Señor me da lengua de discípulo, para que sepa cuándo debo hablar. Este testimonio es el principio del libro catorce de Isaías, que ahora deseo discutir.

579 (Cap. L.---Vers. 4 ss.) El Señor me dio lengua erudita, para que sepa sostener al que está cansado con una palabra. Me despierta por la mañana, por la mañana me despierta el oído, para que escuche como un maestro. El Señor Dios me abrió el oído: yo no contradigo: no me aparté hacia atrás. Entregué mi cuerpo a los que me golpeaban, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba. No aparté mi rostro de los que me increpaban y escupían. El Señor Dios es mi ayudador, por eso no me confundí: por eso puse mi rostro como una roca durísima, y sé que no seré confundido. LXX: El Señor me da lengua de discípulo, para que sepa cuándo debo hablar una palabra. Me puso por la mañana, me añadió oído para escuchar; y la disciplina del Señor abre mis oídos. Yo no renuncio, ni contradigo. Entregué mi espalda a los azotes, y mis mejillas a las bofetadas. Pero no aparté mi rostro de la confusión de los escupitajos. Y el Señor es mi ayudador, por eso no me confundí: sino que puse mi rostro como una roca fortísima, y sé que no seré confundido. Los judíos, separando este capítulo de los anteriores, quieren referirlo a la persona de Isaías, diciendo que él afirma haber recibido del Señor el discurso, para sostener al pueblo cansado y errante, y devolverlo a la salvación; y como los niños, que son instruidos en las horas matutinas, escucha del Espíritu Santo qué debe hablar: y que no contradijo su mandato, sino que al preguntar el Señor: ¿A quién enviaré, y quién irá a este pueblo? respondió: Aquí estoy, envíame (Isa. VI, 8). Y porque dijo: Escuchad la palabra del Señor, príncipes de Sodoma: escuchad la Ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra (Isa. I, 18), sufrió tanto que no solo fue expuesto a las injurias de las palabras, sino también a los dolores de los golpes. Sin embargo, no se aterrorizó por la conciencia del mandato de Dios; sino que, según lo que se dice a Ezequiel: He aquí que he hecho tu rostro más fuerte que sus rostros, y tu frente más dura que sus frentes, como un diamante y una piedra he hecho tu rostro (Ezequiel III, 8, 9), venció todos sus ataques. Esto lo dirán aquellos que con toda razón intentan eliminar las profecías sobre Cristo, y torcerlas con una interpretación perversa: como si, si estas cosas están escritas sobre Isaías, pudieran eliminar otros testimonios sobre Cristo, que son tan claros que infunden su luz a los ojos de todos. Por lo tanto, estas cosas también deben referirse a la persona del Señor, en la cual

también terminó el libro anterior: que según la dispensación del cuerpo asumido fue instruido, y recibió la lengua de la disciplina, para saber cuándo debía hablar, cuándo callar. De hecho, quien en la pasión calló, ahora habla en todo el mundo a través de los Apóstoles y hombres apostólicos. Y es de gran sabiduría dar a los siervos su alimento a tiempo, y considerar las personas de los oyentes. Por lo cual también el apóstol Pablo, a aquellos que no aceptaban la fe de los Profetas, hablaba con los testimonios de sus propios autores: como algunos de vuestros poetas han dicho: Porque somos también su linaje (Hechos XVII, 28): refiriéndose a Arato. Y nuevamente del Cómico: Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. XV, 33); y el verso hexámetro de Epiménides: Los cretenses siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos (Tito I, 12). Si no mantienen el orden y la medida de los metros en la traducción, se debe saber que en griego corren con pies. Esto lo hacía porque había recibido la lengua de la disciplina, para saber cuándo debía hablar una palabra. A quien se le añadió oído por gracia, que por naturaleza no tenía: para que entendamos que no se deben tomar los oídos del cuerpo, sino los de la mente: de los cuales también en el Evangelio el Señor hablaba: El que tiene oídos para oír, oiga (Luc. VIII, 8). Esta disciplina y erudición abrió sus oídos, para que transmitiera hasta nosotros el conocimiento del Padre; quien no contradijo a él, sino que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II). De modo que puso su cuerpo o espalda a los azotes; y el pecho capaz de Dios fue golpeado por los látigos, y no apartó sus mejillas de las bofetadas. Lo cual no se duda que lo sufrió del ministro del sumo sacerdote: de modo que el pueblo de los judíos se burlaba de él. Quien fue golpeado y escupido, no se avergonzó, sino que fue llevado como cordero al sacrificio; y como oveja ante el que la trasquila no abrió su boca. Pero que el Hijo, según el sacramento del cuerpo asumido, escuchó del Padre qué debía hablar, lo aprendemos más plenamente en el Evangelio, en el cual él mismo dice: Y el Padre que me envió, me dio mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar. Y nuevamente: Como oigo, así juzgo (Juan VIII, 28; V, 30).

(Vers. 8, 9.) Está cerca el que me justifica: ¿quién me contradice? estemos juntos. ¿Quién es mi adversario? acérquese a mí. He aquí que el Señor Dios es mi ayudador: ¿quién es el que me condenará? He aquí que todos se desgastarán como un vestido, la polilla los comerá. LXX: El que está cerca, me justifica: ¿quién es el que será juzgado conmigo, resista conmigo? ¿Y quién es el que entablará juicio contra mí? acérquese a mí. He aquí que el Señor es mi ayudador, ¿quién me afligirá? He aquí que todos vosotros os desgastaréis como un vestido, y como una polilla os comerá. Si alguien, dice, piensa que fui justamente condenado a la cruz y que cometí algún pecado, resista conmigo. ¿Quién es el que será juzgado conmigo, para que no sea vencido por la potencia de mi majestad, sino por la razón? Se juzga con el Señor, no por la autoridad del que reina, sino por la comparación de virtudes: como también los Apóstoles juzgan a las doce tribus de Israel, y los ninivitas, y la reina de Saba al pueblo de los judíos. Según este sentido se dice a Jerusalén: Sodoma ha sido justificada por ti (Ezequiel XVI, 52). Porque nadie puede ser justificado en presencia del Señor, todos se desgastarán como un vestido (Sal. CI). Lo que se desgasta, está próximo a la perdición. Y como una polilla, dice, los comerá. Evidentemente la conciencia de los pecados; y el celo de las naciones salvadas. De lo cual al final de este volumen se dice: Su gusano no morirá. Y en Miqueas contra los príncipes perversos: Quitaré sus bienes como una polilla que los devora, y caminando sobre la regla en el día de la especulación (Miqueas VII, 4, según LXX). Y en Proverbios: La polilla de los huesos es el corazón que entiende (Prov. XIV, 30, según LXX). Por polilla, en el presente lugar Símaco tradujo, herrumbre: Aquila, gusano.

(Vers. 10, 11.) ¿Quién de vosotros teme al Señor, escuchando la voz de su siervo? El que caminó en tinieblas y no tiene luz: espere en el nombre del Señor y apóyese en su Dios. LXX:

¿Quién de vosotros teme al Señor, escucha la voz de su siervo? Los que caminan en tinieblas no tienen luz. Confíen en el nombre del Señor y apóyense en Dios. Vosotros me azotasteis, vosotros escupisteis en mi rostro: sin embargo, yo llamo al arrepentimiento a mis perseguidores. Porque no quiero la muerte del pueblo pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XXXIII). Y digo: ¿quién de vosotros teme al Señor y escucha la voz de su siervo o hijo, es decir, de su Hijo? de los cuales uno es de carne asumida, otro de naturaleza. No pensemos que es poco temer al Señor, según lo que se dice en los Proverbios: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. IX, 10). Porque el amor perfecto expulsa el temor: porque el temor lleva consigo castigo. Pero este temor se pone por timidez y reverencia; de lo cual leemos en otro lugar: Bienaventurado el que teme todo (Prov. XX), por reverencia, es decir, por timidez: a quienes comúnmente llaman temerosos en la religión de Dios. Porque el Señor protege su camino; y guarda el camino de los temerosos. De este temor está escrito: El temor del Señor supera todo. Y en otro lugar: No hay escasez para los que le temen (Eclesiástico XXV, 14; Salmo XXXIII, 10). Finalmente, después de muchos grados de virtudes, se llega a este tipo de temor del Señor. Porque el discurso divino habla bajo la persona de un maestro y padre, instruyendo a su discípulo e hijo: Si invocas la sabiduría y das tu voz a la inteligencia, y si la buscas como dinero, y la investigas como tesoros: entonces entenderás el temor del Señor, y encontrarás el conocimiento de Dios (Prov. II, 3). Este es el temor que conserva las almas de los santos íntegras, castas y puras, del cual se dice, El temor del Señor es santo y permanece para siempre. A lo cual nos exhortan las palabras divinas: Temed al Señor y dadle gloria (Apoc. XIV, 7). Quien así teme al Señor, escuche la voz de su siervo o hijo, que caminó en tinieblas y no tenía luz; que no tenía apariencia ni gloria, sino que en semejanza de carne pecadora asumió la forma de siervo, para vencer el pecado en la carne. De esto se dice, que espere en el nombre del Señor y se apoye en su Dios: para que todo lo que es de fragilidad humana, lo corrobore y sostenga la majestad divina. Esto según el hebreo. Pero según los Setenta se dice de los pecadores, que no quisieron obedecer la voz de su Hijo, y caminan en las tinieblas del error, y por eso no tienen luz. Porque no podía ser que la sabiduría entrara en un alma perversa. Que no conocieron ni entendieron; y por eso caminan en tinieblas. Porque no hicieron las obras del Señor ni sus mandamientos, ni sembraron para sí justicia, ni vendimiaron la vid, para encenderse la luz del conocimiento. Porque quien desea la sabiduría, guarde los mandamientos, y el Señor se la concederá. Por eso se dice a Dios: Tu luz son tus preceptos. Y en otro lugar: El mandamiento del Señor es claro, iluminando los ojos (Salmo XVIII, 9). Se ordena a los impíos que confíen en el Señor, y cayendo en pecados, se apoyen y sostengan con su ayuda.

(Vers. 11.) He aquí todos vosotros que encendéis fuego, ceñidos de llamas, caminad a la luz de vuestro fuego, y en las llamas que encendisteis: de mi mano os ha venido esto, en dolores dormiréis. LXX: He aquí todos vosotros que encendéis fuego, y fortalecéis la llama; caminad a la luz de vuestro fuego, y en la llama que encendisteis; por mí os ha sucedido esto. En tristeza dormiréis. No sirve de nada la exhortación; ni después de los crímenes hay esperanza de salvación. Todos se han desviado, todos se han vuelto inútiles (Salmo XIII); todos se encienden fuego a sí mismos, y fortalecen la llama. Porque tienen en sí heno, leña, paja, espinas, y cardos, y cizaña, que se entregan al fuego eterno. Por eso está escrito en los Proverbios: En mucha leña arde el fuego (Prov. XXV, 21). Pero si un pequeño fuego abarca gran material; ¿cuánta devastación hará una gran llama? Se dice también en la Epístola a los Hebreos, de la tierra, que produciendo espinas y cardos, es reprobada, y cercana a la maldición, y su fin es para ser quemada (Heb. VI, 8). Por lo tanto, los que están ceñidos de llamas y rodeados, y se han fortalecido el incendio, son llamados a la salvación, y se les dice: Caminad a la luz de vuestro fuego: y en las llamas que encendisteis, para que en los castigos y suplicios aprendan el poder de Dios, y regresen a la salvación. Significa la devastación del

pueblo judío, que fue entregado a los romanos, y hasta ahora soportan el yugo de la cautividad. Porque de la mano de Cristo se han hecho todas estas cosas, y en tristeza y dolores dormirán; porque ni con beneficios, ni con tormentos, quisieron recibir al Hijo de Dios. Por eso les dice: Id al fuego eterno, que Dios preparó para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 41). Esto es lo que también dice el Apóstol: Porque ha llegado sobre vosotros la ira hasta el fin (I Tes. II, 16). En este capítulo aprendemos, según la calidad del pecado, que cada uno se enciende fuego a sí mismo. Y como permaneciendo en el mismo lugar, y si se puede decir en la misma cama, unos están sanos, otros se encienden en fiebres, sintiendo diferentes castigos por la diversidad de humores y flemas: así el fuego que encienden los pecadores, tiene material en los pecados, y en la iniquidad, de la cual está escrito: Arderá como fuego la iniquidad, y como hierba seca será devorada por el incendio (Isaías IX, 18).

(Cap. LI.---Vers. 1 seqq.) Escuchadme los que perseguís lo que es justo, y buscáis al Señor. Atended a la roca de donde fuisteis cortados, y a la caverna del pozo de donde fuisteis extraídos. Atended a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz: porque lo llamé siendo uno solo, y lo bendije, y lo multipliqué. Consolará, pues, el Señor a Sion, y consolará todas sus ruinas, y pondrá su desierto como delicias, y su soledad como el jardín del Señor. Se hallará en ella gozo y alegría, acción de gracias y voz de alabanza. LXX: Escuchad los que perseguís lo que es justo, y buscáis al Señor. Atended a la roca robusta que cortasteis, y al pozo que cavasteis. Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz, porque era uno solo y lo llamé, y lo bendije, y lo amé, y lo multipliqué: y ahora te consolaré, Sion. Y he consolado todos sus desiertos como un paraíso, y los que están al occidente, como el paraíso del Señor: hallarán en ella exultación y alegría, confesión y voz de alabanza. A los que duermen en tristeza y dolor perpetuo, que se encendieron fuego a sí mismos, y fortalecieron llamas muy fuertes, vosotros que perseguís la justicia, y buscáis al Señor (significa el coro de los Apóstoles y de los que creen por medio de los Apóstoles), mirad la roca, es decir, Abraham vuestro padre, de quien fuisteis cortados, y a la caverna del pozo, de donde fuisteis extraídos, es decir, Sara que os dio a luz. Y considerad esto, que siendo uno solo y de cien años, y teniendo una esposa estéril, multipliqué sus hijos como las estrellas del cielo, de modo que la multitud superó el número. Si, pues, de un solo hombre nacieron tantos miles de pueblos; ¿qué me impide restaurar las ruinas de Sion, y cambiar sus desiertos en un paraíso de delicias, y en el jardín del Señor que Dios plantó en Edén hacia el Oriente: y se hallará en ella en lugar de diversos árboles gozo y alegría, confesión y voz de alabanza? Los judíos refieren esto a los tiempos de Zorobabel, porque después de la devastación de Babilonia fue restaurada Sion, y se edificó el Templo, y se restituyó la antigua religión. Pero como arriba (en el cap. XLIX, 22, 23) se dice a Sion: Traerán a tus hijos en brazos, y a tus hijas sobre los hombros. Y serán tus reyes tus nodrizas, y tus reinas tus nodrizas. Y: He aquí que estos vendrán de lejos, y aquellos del Norte y del mar, y estos de la tierra del sur; cuando Sion diga: Estrecho es para mí este lugar: hazme espacio para habitar, lo cual excluye la mediocridad de aquellos tiempos, ni se conoce que se haya cumplido sobre la Jerusalén terrenal: así también aquí el Señor habla a aquellos que persiguen lo que es justo, según lo que se dice en otro lugar: Busca la paz, y persíguela (Salmo XXXIII, 5); y de nuevo: Persiguiendo la hospitalidad (Rom. XI, 13). Y buscan al Señor, para que de lo anterior deduzcan lo presente: ya que lo que se promete es mucho más difícil, no duden de que se cumplirá en el futuro. Por otro lado, según los LXX se dice a los perseguidores de la justicia, que miren a la roca robustísima que cortaron, y al pozo que cavaron, es decir, al Señor Salvador, de quien habla el Apóstol: La roca era Cristo (I Cor. X, 4). Y en otro lugar está escrito: Puso mis pies sobre la roca (Salmo XXXIX, 3). Y de nuevo: Me exaltó sobre la roca. Porque a este le perforaron el costado con una lanza, de donde salió sangre y agua, y a este le perforaron las manos y los pies, diciendo el mismo Señor Salvador: Perforaron mis manos y

mis pies, contaron todos mis huesos (Salmo XXI, 18). Podemos decir que la roca cortada es el sepulcro del Salvador, en el cual fue depositado, y resucitando de entre los muertos, engendró innumerables hijos. Y fue llamado Abraham, es decir, padre de muchas naciones. Así como Sara, antes estéril, se interpreta como la Iglesia, que con otro nombre se llama Sion, a la cual el Señor consoló, y puso sus desiertos como un paraíso. Porque más hijos tiene la desolada, que la que tiene marido. Y lo que se dice: Y los que están al Occidente, los pondré en el paraíso del Señor, o en el jardín de Dios, significa aquello, que a los que estaban sentados en tinieblas y sombra de muerte les ha amanecido una luz repentina. En lugar de paraíso, en cuyo lugar nosotros traducimos delicias, en hebreo se pone EDEN (), de lo cual está escrito al principio del Génesis. Y esto debe notarse, que en Sion, que se compara con el paraíso de Dios, no debe haber otra cosa, sino gozo y alegría, confesión y voz de alabanza, para que lo que los santos harán en los cielos con los ángeles de Dios, también en la tierra lo mediten continuamente en alabanza del Señor.

(Vers. 4, 5.) Atended a mí, pueblo mío, y tribu mía, escuchadme: porque de mí saldrá la ley, y mi juicio reposará como luz de los pueblos. Está cerca mi justo, ha salido mi salvador: y mis brazos juzgarán a los pueblos. Me esperarán las islas, y en mi brazo confiarán. LXX: Escuchadme, escuchadme, pueblo mío, y reyes, atended a mí: porque de mí saldrá la ley, y mi juicio como luz de las naciones. Se acerca rápidamente mi justicia, y saldrá como luz mi salvación: y en mi brazo esperarán las naciones. Me esperarán las islas, y en mi brazo confiarán. Una vez en hebreo se dice: Atended, segundo según los Setenta, escuchadme, escuchadme; para enseñarnos que debemos escuchar tanto con los oídos del cuerpo, como con el sentido del alma. Se convoca a la multitud de las naciones, que es el pueblo de Dios, para que escuche atentamente lo que se dice, de lo cual Zacarías: Se refugiarán, dice, muchas naciones al Señor, y serán para él un pueblo (Zacarías II, 11). O como algunos quieren, el pueblo se llama a los restos de Israel que creen; y la tribu, o las naciones, a los que creyeron de entre la multitud de las naciones, diciendo Moisés a las naciones en el Cántico de Deuteronomio: Alégrense, naciones, con su pueblo (Deut. XXXII, 43). Por tribu, que nosotros hemos interpretado, Teodocio, género: Símaco, nación: LXX, reyes, han traducido. Porque nosotros somos, y tribu, y nación, y género real y sacerdotal del Señor, como lo fue Abraham, que fue llamado rey, y los demás santos, de los cuales está escrito: No toquéis a mis ungidos (Salmo CIV, 15). ¿Qué es lo que se ordena escuchar? Porque dice, de mí saldrá la ley, y mi juicio como luz de los pueblos, o de las naciones. Aquí se muestra la ley espiritual del Evangelio, que saldrá de Sion; no la de Moisés, que fue dada en el Sinaí; y mi juicio como luz de las naciones procederá, por el cual decretó y estableció que todas las naciones sean salvadas. Y para que no pensemos que lo que prometió vendrá después de mucho tiempo, añade, está cerca mi justo, o justicia. Porque Cristo fue hecho por el Padre para nosotros sabiduría y redención (I Cor. I), santidad y justicia, y todo lo que se nombra con nombres de virtud. Y se dice con propiedad, que la justicia procederá, para que no solo una nación, sino todo el mundo sea salvado. Lo que el Salvador, o salvación, que en hebreo se dice Jesús, se llame Hijo de Dios, que fue enviado por el Padre, Simeón sosteniendo al niño en sus brazos, dice: Ahora despides a tu siervo, Señor, porque han visto mis ojos tu salvación, que has preparado ante la presencia de todos los pueblos, luz para revelación de las naciones (Lucas XI, 29 y ss.) Y lo que sigue: Y mis brazos juzgarán a los pueblos. O según los LXX, y en mi brazo esperarán las naciones, o significa esto, que todos serán juzgados por su virtud, o que en Cristo, que es el brazo y la fortaleza de Dios, todas las naciones creerán. Se dice también en otro lugar: Tu brazo con poder. Fortalece tu mano, y exalta tu diestra (Salmo LXXXVIII, 14). Y de nuevo: Cantad al Señor un cántico nuevo: su diestra lo salvará, y su brazo santo (Salmo XXVII, 1, 2). Porque la diestra y el brazo del Señor, es él mismo que salvó para sí a los que antes estaban perdidos, para que ninguno de los que el Padre le dio se

perdiera (Juan XVII). Lo que las islas, o las almas de los Santos, que en las persecuciones de este mundo están firmes en Dios con fe sólida, o la multitud de las Iglesias de entre las naciones se diga, lo hemos expuesto con frecuencia. Y así como el brazo del Señor, el Salvador: así los brazos de él que juzgarán a los pueblos, podemos entender a todos los santos, en quienes Dios juzgará al mundo.

(Vers. 6.) Levantad vuestros ojos a los cielos, y mirad abajo a la tierra: porque los cielos se disolverán como humo, y la tierra se desgastará como un vestido: y sus habitantes perecerán como estas cosas. Pero mi salvación será para siempre, y mi justicia no fallará. LXX: Levantad vuestros ojos al cielo, y mirad la tierra abajo, porque el cielo está establecido como humo. Pero la tierra se envejecerá como un vestido, y sus habitantes morirán como estas cosas. Pero mi salvación será para siempre, y mi justicia no fallará. Esto es lo que el Señor dice en el Evangelio: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mat. XXIV, 35). Y David canta en el salmo: Desde el principio, tú, Señor, fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú permaneces, y todos se envejecerán como un vestido; y como un manto los envolverás, y serán cambiados (Sal. CI, 26). De lo cual se muestra que la perdición de los cielos no significa destrucción, sino cambio a mejor. De los cuales se dice: Habrá un nuevo cielo y una nueva tierra: que yo haré permanecer ante mí (Apoc. XXI, 2). Pues si está escrito de los santos: Todos ciertamente dormiremos, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV, 51): y en los títulos de cuatro salmos se trata: Por aquellos que serán transformados: cuánto más se debe creer esto del cielo y del sol y las estrellas, cuando la luna recibirá la luz del sol y el sol brillará con un resplandor siete veces mayor. Por lo cual toda la creación gime y sufre dolores de parto, esperando la revelación de los hijos de Dios, para ser transformada a mejor (Rom. VIII). Y no solo las almas de los hombres, que son inmortales: sino también los cuerpos serán transformados en una sustancia glorificada. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53). Pero cuando el cielo y la tierra envejezcan, consecuentemente también lo que está contenido en el círculo del cielo, y los hombres, que son los habitantes de la tierra, morirán como estas cosas: no en su destrucción, sino en la abolición de la vileza antigua, y la renovación de la gloria futura; cuando los justos brillarán como el sol (Mat. XIII, 43); y al pasar lo pasado y lo antiguo, todo se habrá hecho nuevo. Algunos entienden perecer y envejecer como abolición y muerte. Según lo que leemos en la Epístola católica: Los cielos que ahora son y la tierra, están reservados por la misma palabra para el fuego. Y de nuevo: Los elementos ardientes se disolverán (II Pet. III, 7). Esta es también la opinión de los filósofos del mundo, que todo lo que vemos perecerá por el fuego. Por lo cual el Apóstol dice: Pasa la figura de este mundo, contemplando nosotros, no las cosas que se ven, sino las que no se ven. Porque las cosas que se ven son temporales: pero las que no se ven son eternas (I Cor. VII, 32). Algo similar escribe el apóstol Juan: El mundo pasa, y su deseo (I Juan II, 17). Y en hebreo se dice: Los cielos se disolverán como humo. O según Aquila y Símaco, se desmenuzarán en nada, y se triturarán y desvanecerán como la sal, de los cuales el primero dijo, ἠλίσθησαν; el otro, ἁλίσουσιν; lo cual es evidente que deriva etimológicamente de la desmenuzación y disolución de la sal. Por lo cual me maravillo de lo que los Setenta quisieron decir, el cielo está establecido como humo: pues si la firmeza se toma por fortaleza, ¿cómo se compara lo que es firme con el humo? A menos que quizás podamos decir esto, que toda la firmeza y fortaleza de los cielos se iguala al viento más vano y al humo, que se disuelve en el aire, según el Eclesiastés: Vanidad de vanidades, y todo es vanidad (Ecl. I, 2). Y se debe decir que si el cielo y la tierra perecerán y envejecerán, ¿con qué consecuencia sus habitantes morirán y perecerán como estas cosas; cuando sabemos que

las almas son perpetuas, y los cuerpos resucitarán? De lo cual es evidente que el cielo y la tierra no perecen, ni se reducen a nada; sino que se transforman a mejor.

(Vers. 7, 8.) Escuchadme, los que conocéis lo justo, pueblo [Vulg. añade mío]: mi ley está en su corazón. No temáis el oprobio de los hombres, ni temáis sus blasfemias. Porque como un vestido, así los comerá el gusano: y como la lana, así los devorará la polilla. Pero mi salvación será para siempre, y mi justicia de generación en generación. LXX: Escuchadme, los que conocéis el juicio, mi pueblo: cuya ley está en su corazón. No temáis el oprobio de los hombres, ni os dejéis vencer por su desprecio. Porque como un vestido se consumirán con el tiempo, y como la lana serán devorados por la polilla. Pero mi justicia será para siempre, y mi salvación de generación en generación. El que antes había dicho: De mí saldrá la ley, y mi juicio será luz para las naciones: ahora habla a los mismos, que conocen su juicio, y tienen su ley en sus corazones, para que hagan todo con juicio, y tengan la ley que el Señor promete por Jeremías, diciendo (Jer. XXXI, 31 y ss.): Estableceré un nuevo pacto, no según el pacto que hice con sus padres: sino que estableceré un pacto, dando mis leyes en sus mentes: y las escribiré sobre su corazón; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo: para que no vivan según la letra, sino según el espíritu, restaurando la ley natural en sus corazones, de la cual también escribe el Apóstol: Porque cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente lo que es de la ley: estos, no teniendo ley, son ley para sí mismos, que muestran la obra de la ley escrita en sus corazones (Rom. II, 14). De la cual ley se significa en el salmo: La boca del justo meditará sabiduría, y su lengua hablará juicio. La ley de su Dios está en su corazón: y no se resbalarán sus pasos (Sal. XXXVI, 30, 31). Y porque el espíritu profético sabía que habría muchas persecuciones para los creyentes, los exhorta a la fortaleza, más bien al desprecio de aquellos que los perseguirán. Lo que también el Señor decía en el Evangelio: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma: sino más bien temed a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno (Mat. X, 28). Y en otro lugar: Alegraos, cuando digan todo mal contra vosotros mintiendo (Ibid., V, 11). Porque como un vestido se consume por el gusano, o con el tiempo; y como la lana es devorada por la polilla: así todo el oprobio de los perseguidores pasará con los perseguidores. Por lo cual los Apóstoles se gloriaban de ser considerados dignos de sufrir afrentas por el Señor (Hech. V). Se gloriaban, porque la salvación y la justicia del Señor, que les había prometido victoria y premios, es decir, el Señor y Salvador, permanecerá para siempre, ya sea en ambas generaciones del pueblo anterior y del posterior, que recibieron su venida, de quien también se dice arriba: Mi justo está cerca, ha salido mi salvador.

(Vers. 9 ss.) Levántate, levántate; vístete de fortaleza, brazo del Señor. Levántate como en los días antiguos en las generaciones de los siglos. ¿No eres tú quien hirió al soberbio, quien hirió al dragón? ¿No eres tú quien secó el mar, las aguas del abismo profundo, quien puso en el fondo del mar un camino, para que pasaran los liberados? Y ahora los que son redimidos por el Señor, volverán y vendrán a Sion alabando; y la alegría eterna sobre sus cabezas: tendrán gozo y alegría, huirá el dolor y el gemido. LXX: Levántate, levántate ÷ Jerusalén ** y vístete de fortaleza de tu brazo. Levántate como al principio del día, como generación eterna. ¿No eres tú quien cortó la anchura, disolviste al dragón? ¿No eres tú quien hizo desierto el mar, las aguas del abismo muchas: quien puso en el fondo del mar un camino de paso, para aquellos que fueron liberados y redimidos? Porque por el Señor serán devueltos, y vendrán a Sion con alegría y exultación eterna. En su cabeza la alabanza y la alegría los alcanzará. Huirá el dolor y la tristeza y el gemido. El nombre de Jerusalén, que aquí ha sido añadido por los LXX, no se encuentra en el hebreo, ni lo ha puesto ninguno de los tres intérpretes, por lo cual debe ser marcado con un obelo, y así el siguiente capítulo debe ser unido con el sentido anterior. El Señor había exhortado a los creyentes en él, diciendo: No

temáis el oprobio de los hombres, ni temáis sus blasfemias. Y les había prometido su salvación y justicia eterna como ayuda, que no es otra que Cristo, el brazo del Señor, del cual había dicho antes: Y en mi brazo esperarán las naciones. Por lo cual el pueblo habla al brazo del Señor, y suplica su venida, e implora la ayuda prometida diciendo: Levántate, levántate: vístete de fortaleza, brazo del Señor. Levántate como en los días antiguos, y ejerce toda tu fortaleza, para que, habiendo liberado a tus santos de peligros durante muchos siglos, también nos protejas con tu fortaleza. Porque tú eres quien hirió al soberbio, quien hirió al dragón, es decir, al rey de Egipto, Faraón, quien también en Ezequiel es llamado gran dragón (Ezeq. XXIX). Tú secaste el mar Rojo, para que a través de las aguas más vehementes, y el fondo del mar, tu pueblo encontrara un camino, y huyera de los egipcios que los perseguían. Tú que hiciste estas cosas: ahora también a los redimidos y liberados por tu sangre, devuélvelos a Sion, y a la Jerusalén celestial, o a la Iglesia que preparaste para ti con tu sangre: en la cual, cuando estén, se alegrarán con alegría eterna, y dirán: Señor, como con un escudo de tu buena voluntad nos has coronado (Sal. V, 13). Porque tendrán gozo y alegría, huyendo el dolor y el gemido. Esto según el hebreo. Sin embargo, según los LXX, Jerusalén, es decir, el alma pecadora es provocada a vestirse de la fortaleza de su brazo, y a asumir las obras anteriores, como era antes de caer: cuando se movía en el día y la luz. Porque tú eres, dice, quien superaste el camino ancho y espacioso que lleva a la muerte: y disipaste al dragón, la serpiente tortuosa: de la cual también se lee en los Salmos: Tú quebrantaste las cabezas de los dragones en las aguas (Sal. LXXIII, 13). Recuerda tu fortaleza anterior, que pisaste el mar de este mundo, y lo hiciste desierto, y encontraste un camino en medio de las olas. Por lo cual también el apóstol Pedro atravesó el mar de este mundo hacia el Señor, y quien caminaba por la fe, comenzó a hundirse por la incredulidad: salvo que fue sostenido por la diestra del Señor. Así como la victoria anterior fue concedida con la ayuda del Señor: así también a los que regresan después del arrepentimiento, y escuchan: ¿Acaso el que cae, no se levantará? dice el Señor (Jer. VIII, 4). Y, Convertíos a mí, hijos que os convertís; y yo sanaré vuestras contriciones (Ibid., III), él mismo extenderá su mano, y los devolverá a Sion, la atalaya y cumbre de las virtudes, con gozo y alegría eterna, y pondrá en su cabeza alabanza y alegría. Porque los ojos del sabio están en su cabeza; y tendrán esta corona, y con este diadema serán protegidos, para que siempre se alegren y alaben al Señor, porque en lugar de dolor, tristeza y gemido, habrán sucedido las alegrías.

(Vers. 12, 13.) Yo, yo mismo os consolaré. ¿Quién eres tú para temer al hombre mortal y al hijo del hombre, que se seca como la hierba? Y te has olvidado de tu Dios creador, que extendió los cielos y fundó la tierra; y temiste continuamente todo el día ante la ira de aquel que te afligía y se preparaba para destruirte. ¿Dónde está ahora la ira del que te aflige? Pronto vendrá caminando para liberar, y no matará hasta la destrucción total; ni le faltará su pan. Yo soy el Señor tu Dios, que agito el mar y hago que sus olas se levanten: Señor de los ejércitos es mi nombre. He puesto mis palabras en tu boca y te he protegido con la sombra de mi mano, para que plantes los cielos y fundes la tierra, y digas a Sion: Tú eres mi pueblo.

LXX: Yo soy, yo soy el que te consuela. Reconoce quién has sido y temiste al hombre mortal y al hijo del hombre, que se han secado como la hierba, y te olvidaste de tu Dios creador, que hizo el cielo y fundó la tierra, y temías siempre todos los días la ira del que te afligía, como si pensara quitarte; y ahora, ¿dónde está la ira del que te aflige? Porque cuando seas salvada, no permanecerá, ni durará + y no matará hasta la corrupción, y no le faltará su pan ** porque yo soy tu Dios que agito el mar y hago sonar sus olas. Señor de los ejércitos es mi nombre. Pondré mis palabras en tu boca y te protegeré con la sombra de mi mano: en la cual establecí el cielo y fundé la tierra; y Sion dirá, tú eres mi pueblo.

El pueblo creyente había suplicado al brazo del Señor, que es la fuerza y sabiduría de Dios, para que se levantara y les brindara ayuda, y con Él luchando por los santos, poseyeran gozo y alegría, y el dolor y el gemido fueran desterrados. Así que el brazo del Señor, o el mismo Señor respondió: Yo soy, yo soy; y no a través de los profetas, sino que yo mismo os consolaré: Dios de misericordias y Padre de toda consolación. Me sorprende cómo, cuando dije antes: No temáis el oprobio de los hombres ni temáis sus blasfemias, temisteis la rabia de los perseguidores, y no supisteis que son mortales, que se secan de repente como la hierba y perecen. Y ciertamente en el tiempo en que los temías, te olvidaste del Señor tu creador. Porque si mi memoria hubiera estado siempre en tu corazón, nunca habrías temido a los hombres, que están destinados a convertirse en ceniza. ¿Y de quién te olvidaste? Del Dios que suspendió los cielos con increíble poder y fundó la tierra con sólida masa. Y temiste a tus adversarios, no por un breve tiempo, lo cual podría haberse concedido en parte; sino continuamente y todo el día, para que, teniendo la luz de la fe, las tinieblas del miedo te poseyeran, y de aquel que pensaba que ibas a perecer. ¿Dónde está ahora la soberbia de los perseguidores? ¿Dónde está el poder secular, con el que te atacaban con boca rabiosa? Pronto vendrá mi hijo, caminando y pisoteando a tus adversarios, para abrirte el camino de la victoria: o para abrir el infierno, que no matará hasta la destrucción total; sino que querrá salvar a los convertidos. Finalmente, el pan de aquel, que se interpreta, según el Evangelio, como doctrina, nunca faltará, sino que siempre estará disponible para quienes deseen alimentarse. Al mismo tiempo, hace una apóstrofe al Hijo, a quien promete que vendrá pronto, y cuyo pan dice que es perpetuo: que Él mismo es, según la dispensación de la carne asumida, el Señor su Dios, que hace que el mar se agite y sus olas se levanten, para que la soberbia de los perseguidores se infle contra sus siervos, la cual, con la ayuda del Señor, se calmará de nuevo. Y dice que ha puesto sus palabras en su boca. Porque todo lo que el Hijo habla, son palabras del Padre, y lo ha protegido con la sombra de su mano. Y por eso ha sido protegido para plantar nuevos cielos y fundar una nueva tierra, y decir a Sion, es decir, a la Iglesia: Tú eres mi pueblo. Por lo tanto, Sion no es otra cosa que el pueblo de Dios. Símaco, en el lugar donde dijimos: Pronto vendrá caminando para liberar, y no matará hasta la destrucción total, lo interpretó así: Pronto se abrirá el infierno, y no morirá en corrupción, se sobreentiende Cristo, que en el decimoquinto salmo dice: No dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción. En el lugar donde nosotros, según el hebreo y Aquila, traducimos: He puesto mis palabras en tu boca, y te he protegido con la sombra de mi mano, para que plantes los cielos y fundes la tierra, y digas a Sion: tú eres mi pueblo, él lo tradujo así: Pondré mis palabras en tu boca, y te protegeré con la sombra de mi mano, en la cual planté el cielo, y fundé la tierra, y para que diga a Sion: tú eres mi pueblo. Según los LXX, se dice a toda alma creyente, porque creada a imagen y semejanza de Dios, ignoró su dignidad; pero temió al hombre y al hijo del hombre, que solo puede matar el cuerpo, y no supo que era inmortal, ni dijo con el Profeta: El Señor es mi luz y mi salvador, ¿a quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¿de quién temeré? (Sal. XXVI, 1, 2). Y de nuevo: El Señor es mi ayudador, no temeré lo que me pueda hacer el hombre. El Señor es mi auxiliador, y yo despreciaré a mis enemigos (Sal. CXVII, 6, 7). ¿Qué es el hombre, se demuestra en otro versículo: En el Señor confiaré: no temeré lo que me pueda hacer la carne (Sal. LV, 5). Por eso ahora se dice: Temiste al hombre mortal, y al hijo del hombre, que como la hierba se han secado. Porque toda carne es hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba (Is. XL), y aterrada por el poder del juez, olvidaste que Él mismo era tu protector, que hizo el cielo y la tierra, y todos los elementos que vemos; o aquellos cielos que llevan la imagen del celestial, y esa tierra que multiplica la semilla del Señor. Lo que se dice arriba: Y no matará hasta la corrupción, y no le faltará su pan, se ha añadido de la edición de Teodoción del hebreo. Él mismo agita el mar, y hace sonar sus olas, a quien también se canta en los Salmos: Tú dominas la fuerza del mar y calmas la agitación de sus olas (Sal. LXXXVIII, 10).

También está escrito en Jeremías: ¿No me temeréis, dice el Señor, y no temeréis ante mí, que puse la arena como límite al mar, un precepto eterno que no pasará? (Jerem. V, 22). Los mares se agitaron cuando la red del Señor sacó una multitud de peces (Mat. XIII). Y el Señor puso sus palabras en la boca del creyente, y lo protegió con la sombra de su mano. Quien también en el Evangelio dice: Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis; porque en esa hora se os dará qué hablar. Porque no sois vosotros los que habláis; sino el espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X, 19, 20). Y en otro lugar dice al justo: Abre tu boca y la llenaré (Sal. LXXX, 12). Y de nuevo: Abre tu boca con la palabra de Dios: porque el Señor dará palabra a los que evangelizan con gran poder. Por eso Dios habla al hombre interior de Jeremías, después de haber tocado su boca: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca (Jerem. I, 9). Quien podía cantar con el salmista: Puso en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios (Sal. XXXIX, 4). ¿Quién ha hecho todas estas cosas, sino el Señor y Salvador, que hizo el cielo y la tierra, y dice a Sion: Tú eres mi pueblo? Lo cual se aplica propiamente a la Iglesia reunida de entre las naciones. Y en Oseas promete a los creyentes, diciendo: Llamaré a no-mi-pueblo, mi pueblo: y él me dirá: Tú eres mi Dios (Oseas II, 24).

(Vers. 17 y siguientes.) Levántate, levántate, despierta Jerusalén, que has bebido de la mano del Señor el cáliz de su ira: hasta el fondo del cáliz del sopor has bebido, y lo has apurado hasta las heces. No hay quien la sostenga, de todos los hijos que ha engendrado: y no hay quien tome su mano, de todos los hijos que ha criado. Dos cosas te han sucedido, ¿quién se compadecerá de ti? Desolación y destrucción, hambre y espada: ¿quién te consolará?

LXX: Levántate, levántate, despierta Jerusalén, que has bebido de la mano del Señor el cáliz de su furor. Porque has bebido y vaciado el cáliz de la ruina κόνδυ de su furor: y no había quien te consolara de todos tus hijos que engendraste; y no había quien tomara tu mano: ni de todos tus hijos, que exaltaste. Estas dos cosas te han sucedido: ¿quién se compadecerá de ti? Ruina y destrucción, hambre y espada: ¿quién te consolará?

He enseñado a menudo que Jerusalén y Sion son sinónimos: de las cuales Sion, que se interpreta como atalaya, porque está situada en un monte, se llama fortaleza: y la otra parte de la ciudad se llama Jerusalén, que antes se llamaba Jebus y Salem: a la cual ahora el Profeta exhorta a levantarse, que antes había caído por negación, diciendo en la pasión del Señor: Crucifícalo, crucifícalo: no tenemos otro rey sino César (Juan XIX, 15): y haga penitencia, y sienta los males de la cautividad, por haber ofendido a su Creador. Los médicos suelen dar un antídoto amarguísimo, que ha tomado su nombre del sabor, al estómago nauseabundo, para que vomite los humores nocivos, y pueda digerir los alimentos cocidos y digeridos en el vientre, que la magnitud de los flemas no permitía digerir. Así también Jerusalén, que ha bebido del cáliz del furor del Señor, y de su κόνδυ, que Símaco interpretó como crátera, y que según el libro del Génesis, José mandó esconder en el saco de su hermano Benjamín (Gén. XLIV), se le ordena levantarse de la embriaguez, porque ha bebido, y lo ha vaciado, y lo ha apurado hasta las heces: lo cual tres lo indicaron con una sola palabra, Ἐξεστράγγισας. Este es el cáliz del que leemos en los Salmos: El cáliz en la mano del Señor está lleno de vino puro mezclado. Y ha inclinado de esto en aquello, pero su hez no ha sido vaciada: beberán todos los pecadores de la tierra (Sal. LXXIV, 9, 10). Del cual también Dios habla a Jeremías: Toma el cáliz de vino puro de mi mano: y lo darás a beber a todas las naciones, a las cuales yo te enviaré. Y beberán y vomitarán, y enloquecerán ante la espada que yo enviaré en medio de ellos (Jer. XXV, 15, 16). Y después de haber dicho que lo ha dado a beber a otras naciones, y a Jerusalén, y a las ciudades de Judá, añade: Así dice el Señor Dios Todopoderoso de Israel: Bebed y embriagaos, y vomitad: y caed ante la espada que yo enviaré en medio de vosotros (Jer. XXV, 27). Y es de notar que este cáliz del furor del Señor, es su espada, que se envía en

medio de los pecadores. En el cual surge la cuestión: ¿cómo después de la bebida, la embriaguez, el vómito y la ruina, en Jeremías se dice que Jerusalén no puede levantarse, y ahora por Isaías se le dice: Levántate, levántate, despierta Jerusalén? Lo cual se resuelve así: Mientras alguien bebe el cáliz, y se embriaga, y enloquece, y vomita, y cae, no puede levantarse, porque aún no ha apurado el cáliz del Señor, ni ha llegado a las heces, para que lo haya bebido hasta el fondo. Ahora, sin embargo, se dice a Jerusalén en tiempo pasado: que has bebido de la mano del Señor el cáliz de su furor: y no, que estás bebiendo. Y también se debe considerar que no hubo profeta, ni apóstol en Judea, que la consolara, y tomara su mano, y la levantara del suelo. De lo cual es evidente que esto se dice después de la última cautividad: de lo contrario, en Babilonia y después de Babilonia, la historia narra que tuvo a Ezequiel y a otros profetas. Lo que dice: Dos cosas te han sucedido, o estas dos cosas contrarias a ti: ¿quién se compadecerá de ti? Y en lugar de dos, añade cuatro: desolación y destrucción, hambre y espada: es similar a lo que se canta en el Salterio: Una vez habló Dios, dos cosas he oído: que el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia: porque tú recompensarás a cada uno según sus obras (Sal. LXI, 12, 13). Y allí también Dios habla una vez, que es omnipotente, y el profeta oye dos cosas, que su omnipotencia prevalece en ambas partes, para que a los penitentes les otorgue misericordia, y a los que permanecen en pecado les dé los castigos que merecen. Según lo cual, también en otro lugar, dos cosas han sucedido a Jerusalén, que cada una tiene dos. La ruina, o desolación, sigue a la destrucción: el hambre y la espada al exterminio. Podemos entender esto según la anagogía, también sobre el alma pecadora, que no queriendo beber el cáliz del furor del Señor, dice en el salmo: Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira (Sal. VI, 1). Pero si lo bebe, es bueno para ella sentir sus propios castigos, y escuchar al Señor diciendo: Cuando pase la ira de mi furor, volveré a curar. Y en otro lugar: ¿Acaso el que cae no se levantará, dice el Señor? (Jer. VIII, 4).

(Vers. 20.) Tus hijos han sido arrojados, han dormido en la cabeza de todos los caminos, como un antílope atrapado: llenos de la indignación del Señor, de la reprensión de tu Dios.

LXX: Tus hijos indigentes y durmiendo en la cabeza de todos los caminos: como una beta semicocida, llenos del furor del Señor, y desfalleciendo por el Señor Dios. En lugar de beta semicocida, los demás intérpretes han traducido, un antílope capturado y atrapado, que en hebreo se llama THO (), que es un tipo de bestia que nace en el desierto, y se encuentra entre los animales puros en Levítico y Deuteronomio. En lugar de lo cual, los LXX en lengua siria pensaron en thoreth, que se dice beta. Pasemos de este nombre al sentido. Tus hijos, como un antílope atrapado en las trampas de los cazadores, han dormido en las encrucijadas y plazas, y poniendo sus miembros desnudos sobre el suelo desnudo, han mostrado la indignación del Señor y la reprensión de su Dios con sus propias miserias. Según los Setenta: quienes no quisieron tener riquezas espirituales en toda palabra, y conocimiento, y buenas obras; sino que fueron pobres que no soportan la amenaza, no habitarán en las casas, que se construyen con virtudes, sino en los principios de los caminos, y tocando todo en la salida, y dejando todo. Quienes correctamente se dice que duermen ese sueño, del que está escrito: Durmieron su sueño, y no encontraron nada (Sal. LXXV, 6). Con el cual sueño los adormeció el rey de Asiria. Y se comparan a una beta semicocida, que es un tipo de verdura muy vil y frágil. De las cuales verduras creo que se dice en los Salmos: No te irrites por los malvados, ni envidies a los que hacen iniquidad. Porque como la hierba se secarán rápidamente, y como las verduras de las hierbas caerán pronto (Sal. XXXVI, 1, 2). Es un alimento de enfermos. Quien es una vez incrédulo, se llama beta cruda. Pero quien se contenta con la fe simple, sin razón y verdad de dogmas, hace obras de justicia, puede llamarse beta cocida. Sin embargo, quien fluctúa entre vicios y virtudes, y se acerca a la servidumbre de Dios con doble corazón, este

se llama correctamente beta semicocida, a quien también en el Apocalipsis de Juan Dios le habla: Ojalá fueras frío o caliente: pero ahora que eres tibio, te vomitaré (Apoc. III, 15, 16). Quienes son tibios y dormidos, están llenos del furor del Señor, y disueltos, o desfalleciendo por el Señor Dios: no porque el Señor sea la causa de su disolución, quien no hizo la muerte, ni se deleita en la perdición de los vivientes: sino porque quienes han pecado en la Ley, serán juzgados por la Ley, que obra la ira de Dios en aquellos que son sus transgresores.

(Vers. 21 y siguientes) Por tanto, escucha esto, pobre y ebria no de vino. Así dice tu Señor, el Señor y tu Dios, que luchó por su pueblo: He aquí que he quitado de tu mano la copa del sopor, el fondo de la copa de mi indignación: no volverás a beber de ella. Y la pondré en la mano de aquellos que te humillaron, y dijeron a tu alma: inclínate para que pasemos, y pusiste tu cuerpo como tierra, y como camino para los que pasan. LXX: Por eso escucha, humillada y ebria no de vino. Así dice el Señor Dios que juzga a su pueblo: He aquí que he quitado de tu mano la copa de la ruina, κόνδυ de mi furor: y no volverás a beber de ella: y la daré en manos de aquellos que te oprimieron injustamente y te humillaron: que dijeron a tu alma, inclínate para que pasemos, y pusiste tus medios igual que la tierra para los que pasan de fuera. Oh Jerusalén, a quien dije: Levántate, levántate, resurge y haz penitencia: porque bebiste de la mano del Señor la copa de su furor, y la apuraste hasta las heces: y tus hijos, que están dispersos por todo el mundo, llevados cautivos yacieron en las calles y en las encrucijadas; sabe que eres pobre y humillada, y ebria, no de vino, sino del furor del Señor. Por tanto, si haces penitencia y te levantas, sabrás que la copa del sopor y de la ruina, o según Symmachus y Theodotion, de la laceración y conmoción, será quitada de tu mano: y el condy, que Symmachus también interpretó como cráter en este lugar, no lo beberás más: sino que será entregado a tus adversarios, que dijeron a tu alma, inclínate para que pasemos: y al decirles esto, te inclinaste por tu propia voluntad. Y pusiste como tierra tu cuerpo, o espalda: o según los Setenta, tus medios y cuellos para los que pasan de fuera. Esto se dice según la historia, que si Jerusalén quiere levantarse y resurgir, no beberá la copa del furor del Señor, ni sufrirá más lo que antes soportó. Sin embargo, para llegar a la comprensión espiritual según los Setenta, se dice al alma humillada por los vicios y ebria de perturbaciones, que sepa que tiene al Señor como juez, y que dará cuenta de todo. Que si se convierte a lo mejor, se le quitará la copa de la ruina de sus manos, y el cráter del furor del Señor, que contenía castigos, del cual también Ezequiel dice a Jerusalén: Beberás la copa de tu hermana Samaria, profunda y ancha, para que te embriagues (Ezequiel XXIII, 32), será entregada en manos de aquellos que la humillaron. Sin duda significa las potestades adversarias, que dijeron a su alma: inclínate para que pasemos. En lo cual se debe notar que no la inclinaron, ni le hicieron violencia para que, estando erguida, se inclinara a la tierra: sino que la dejaron por su propio albedrío. Ella, sin embargo, por su propia voluntad puso su cuello o espalda, o todo su cuerpo, no dentro, sino fuera, a aquellos que la pisotearon. Algo similar leemos en el Evangelio (Lucas XIII), que durante dieciocho años Satanás había encorvado a una mujer, a quien el Señor levantó a su estado original, para que pudiera decir: Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda (Salmo CXX, 1); y: A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo (Salmo CXXII, 1).

(Cap. LII.---Vers. 1.) Levántate, levántate, vístete de tu fortaleza, Sion: vístete de tus vestiduras de gloria, Jerusalén, ciudad del Santo: porque no volverá a pasar por ti incircunciso e inmundo. LXX: Levántate, levántate, Sion: ** vístete de tu fortaleza, Sion, y vístete de tu gloria, Jerusalén, ciudad Santa. nunca más volverá a pasar por ti incircunciso e inmundo. Nuevamente, en este lugar, el nombre de Sion, como antes por los LXX, ha sido añadido, y por eso ha sido sacrificado en el asador. A quien, por tanto, antes (Cap. LI, 9) le había dicho: Levántate, levántate, resurge, Jerusalén: ahora le habla: Levántate, levántate, vístete de tu

fortaleza, Sion. Qué es Sion, el siguiente verso lo muestra: Vístete de tus vestiduras de gloria, Jerusalén. Esto lo decimos para probar que Jerusalén y Sion son una sola ciudad. Se le ordena que se quite las vestiduras de luto y se vista con las que tenía antes de beber de la mano del Señor la copa de su furor. Y se le llama ciudad del santuario, pues eso significa CODES () por el templo que fue construido en ella. O del Santo, por el conocimiento de Dios: o santa, porque fue la única en el mundo que recibió la ley. De donde, después de la resurrección del Salvador, aparecieron los cuerpos de los muertos en la ciudad santa. Que ciertamente, por la blasfemia y las manos levantadas contra el Señor, no podía ser santa (Mateo XXVII). Lo que se promete, si se levanta después de la ruina, y se viste de su fortaleza y gloria, es que nunca más pasará por ella incircunciso e inmundo, lo que significa lo que también dice el Apóstol Pablo: ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué acuerdo tiene Cristo con Belial? ¿Qué parte tiene el creyente con el infiel? ¿Qué consenso tiene el templo de Dios con los ídolos? (I Cor. VI, 14, 15). Todo esto, como hemos comenzado a exponer, se refiere al estado del alma. Que si por penitencia recupera su antigua fortaleza, se le llame morada del Santo, y se convierta en Templo de Dios, y nunca más pase por ella incircunciso e inmundo λογισμὸς. De los cuales se ha dicho: Líbrame de mis ocultos, Señor, y de los extraños perdona a tu siervo. Si no se enseñorean de mí, entonces seré inmaculado, y seré limpiado del gran delito (Salmo XVIII, 13, 14). Todo lo que se promete a Sion y Jerusalén, no es como los judíos sueñan, referido a sus piedras y cenizas y escombros, para que se restaure a su estado original: sino al pueblo de Jerusalén, que mató a los profetas, y apedreó a los que fueron enviados a ella (Mateo XXIII), y al final incluso levantó las manos contra el Hijo de Dios. Que cayendo en la pasión de Cristo, en su resurrección fue levantado: cuando muchos miles de judíos creyeron, y el remanente fue salvo. Lo mismo podemos decir de la Iglesia, que es visión de paz y atalaya, si cae en herejía, se le ordena salir y recibir los ornamentos de la fe original. Y si es levantada, se le prometen premios de santidad y continencia, para que nunca más pase por ella incircunciso e inmundo. Lo cual no se refiere a la circuncisión de la carne y el prepucio, sino a la inmundicia o limpieza de las obras, para que llamemos incircuncisos e inmundos a los que sirven a la voluptuosidad y lujuria del cuerpo. Finalmente, Jeremías habla a los circuncisos de carne, no de espíritu: Todas las naciones son incircuncisas de carne: pero los hijos de Israel son incircuncisos de corazón (Jeremías IX, 26). Y el bienaventurado Apóstol, discutiendo sobre la virginidad y la continencia y el matrimonio, lanzó en medio: ¿Fue llamado alguien circunciso? No traiga el prepucio. ¿Fue llamado en el prepucio? No se circuncide (I Cor. VII, 18). Lo que me parece que dice con otras palabras: Fue llamado sin esposa, y creyó, no tome esposa. O al contrario: teniendo esposa, creyó en Cristo, no se divorcie. Este sentido, no solo en la circuncisión y el prepucio, sino en la libertad y la servidumbre lo mantiene, para llamar libres a los vírgenes y continentes, y siervos a los que pagan el débito a la esposa. Pues no está en nuestro poder traer el prepucio después de la circuncisión, según aquellos que en el libro de los Macabeos se dice que se hicieron prepucios: lo cual se dice de los hijos nacidos, y no de los padres. O quien fue llamado libre, es más siervo de Cristo (Ibid., VII, 22), ya que en el bautismo de Cristo no hay diferencia entre judío, gentil, griego y bárbaro, hombre y mujer, libre y siervo.

(Vers. 2, 3.) Sacúdete del polvo: levántate, siéntate, Jerusalén: suelta las ataduras de tu cuello, hija cautiva de Sion. Porque así dice el Señor: Fuisteis vendidos gratis, y sin dinero seréis redimidos. LXX: Sacúdete el polvo, y levántate, Jerusalén. Suelta la atadura de tu cuello, hija cautiva de Sion. Porque así dice el Señor: Fuisteis vendidos gratis, y sin dinero seréis redimidos. No es al Jerusalén, es decir, a las ruinas de sus piedras, y cenizas y escombros que el profeta dirige su discurso, sino al pueblo que habita en ella, y que por la debilidad de ánimo se llama hija, el siguiente verso lo muestra, en el que dice: Suelta las ataduras de tu

cuello, hija cautiva de Sion. En verdad, el pueblo de los judíos es cautivo, que hasta hoy lleva el yugo de Nabucodonosor, y está atado con las cuerdas de sus pecados y blasfemias: que fue vendido gratis, y no hizo nada digno por lo cual pueda ser redimido. A quien también se le dice antes: He aquí que por vuestros pecados fuisteis vendidos: y en vuestras iniquidades dejé a vuestra madre. Y da las razones por las cuales fueron vendidos, por qué fueron rechazados. Porque, dice, vine, y no había hombre: llamé, y no había quien escuchara. De lo cual es evidente que fueron entregados al error y a los demonios, porque no escucharon al que clamaba: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados (Mateo XI, 28). Serán redimidos aquellos que quieran creer, no con plata y dinero, sino con la preciosa sangre de Cristo, para que escuchen por los apóstoles: Gracia a vosotros y paz (Romanos I, 7). Pues no por méritos, sino por la gracia y la fe de Cristo hemos sido reconciliados con Dios. También se dice al alma, que contaminada por las suciedades de los vicios, había perdido el candor de su conversación original, que sacuda el polvo con los apóstoles, que se adhirió a sus pies (Mateo X). Pues no podía ser que quien había postrado su cuello a los que pasan de fuera: y había unido sus medios a la tierra, y había dicho: Mi alma está humillada en el polvo, mi vientre se adhiere a la tierra (Salmo XLIII, 25), no hubiera tomado la imagen del terrenal. De la cual nos aparta el apóstol, diciendo: Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial (I Cor. XV, 49). De donde los que están en la carne, no pueden agradar a Dios (Romanos VIII). No porque se condene la naturaleza de la carne, cuyo creador es Dios, y en la cual muchos han agradado a Dios, y reinan con Cristo: sino porque se rechazan las obras de la carne, de las cuales el mismo apóstol habla: Pero yo soy carnal, vendido bajo el pecado (Romanos VII, 14). Finalmente, a hombres de este tipo dice: Donde hay celos y contiendas entre vosotros, ¿no sois carnales, y andáis según el hombre? (I Cor. III, 3). Y al contrario, a los santos: Pero vosotros no estáis en la carne: si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Por tanto, se sacude el polvo, de lo cual está escrito: ¿Te confesará el polvo, o anunciará tu verdad? (Salmo XXIX, 10), para que se suelten las ataduras de nuestro cuello; y no escuchemos: nervio de hierro tu cuello; sino que con la esposa merezcamos escuchar: Cuán hermosas son tus mejillas, como de tórtola: tu cuello como collares (Cantar de los Cantares I, 9). Y de nuevo: Rodeé con brazaletes tus manos, y con collar tu cuello; para que liberados del pesado yugo, y recibiendo los ornamentos originales, cesemos de ser cautivos: redimidos por aquel que vino a predicar remisión a los cautivos. Y de quien está escrito (Supr. XLV, 13): Él edificará mi ciudad, y llevará de regreso la cautividad de mi pueblo, no con precio ni con regalos. A cuyo sentido también concuerda el apóstol Pedro: Sabiendo que no con cosas corruptibles como plata y oro fuisteis redimidos de vuestra vana conversación, recibida de vuestros padres, sino con la sangre del cordero inmaculado (I Pedro I, 18).

(Vers. 4 seqq.) Porque así dice el Señor Dios: Mi pueblo descendió a Egipto al principio, para ser colono allí: y Asiria lo calumnió sin motivo alguno. Y ahora, ¿qué tengo aquí?, dice el Señor. Porque mi pueblo ha sido llevado sin costo: sus dominadores actúan injustamente, dice el Señor, y continuamente todo el día mi nombre es blasfemado. Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día: porque yo mismo que hablaba, aquí estoy. LXX: Porque así dice el Señor: Mi pueblo descendió a Egipto, primero para peregrinar allí: y fueron llevados violentamente a los asirios; y ahora, ¿qué será aquí?, dice el Señor. Porque mi pueblo ha sido llevado, admiren sin costo, y ululen. Esto dice el Señor: Por ustedes siempre mi nombre es blasfemado entre las naciones. Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día: porque yo mismo que hablaba, estoy presente. Reprende al pueblo judío y predice lo que vendrá. Que quien por su propia voluntad descendió a Egipto, y en tiempo de necesidad y hambre peregrinó en la tierra de Gosén (Gén. XLVII): después fue calumniado por los

asirios, a quienes no había hecho daño alguno; y fue llevado cautivo a Babilonia (IV Rey. XVII, 25). De donde se infiere: ¿Y ahora qué tengo aquí?, dice el Señor. Y el sentido es: no tengo nada que me retenga en esta región, de la cual mi pueblo ha sido llevado sin costo, y vendido por sus pecados, y como un antílope atrapado en una red, o por las fuerzas de los romanos, o por las trampas del diablo, en las que hasta ahora está retenido. Para que sufrieran estas cosas, sus dominadores y maestros actuaron injustamente; quienes según Símaco y Teodoción, ululará; según Aquila, llorarán, cuando sean entregados a tormentos. Ellos son quienes incitaron al pueblo contra el Salvador, para que con voz unánime clamaran: Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 15). De quienes ya había dicho antes: El mismo Señor vendrá con los ancianos del pueblo y con sus príncipes. Pero ustedes, ¿por qué incendiaron mi viña y el robo del pobre está en sus casas? (Is. III, 14). Por lo cual, según los Setenta, les habla: Por ustedes siempre mi nombre es blasfemado entre las naciones. Y se debe saber que, entre las naciones, no se encuentra en hebreo, sino que simplemente, mi nombre es continuamente blasfemado, para que se entienda, en sus sinagogas: quienes día y noche blasfeman al Salvador, y bajo el nombre, como he dicho a menudo, de los nazarenos, tres veces al día lanzan maldiciones contra los cristianos. Así que mientras ellos blasfeman y maldicen al Señor, su pueblo, del cual ya se ha dicho frecuentemente, es decir, el pueblo cristiano, conocerá el nombre de aquel que vendrá en el nombre del Padre. Y por eso lo conocerá, porque él mismo que antes habló por los profetas, instruirá a los pueblos en persona. Según los Setenta, Dios habla a Israel, que descendió a Egipto por voluntad propia. Diciendo Moisés en Deuteronomio: Con setenta almas descendieron tus padres a Egipto (Deut. X, 22): y fueron llevados cautivos violentamente por los asirios. De donde se les dice: ¿Y ahora qué son aquí? ¿Qué hacen en la tierra de Judea, quienes después de la muerte de los profetas, pusieron sus manos en el Hijo de Dios? O ciertamente Dios habla a las potestades angélicas y a los ángeles guardianes del Templo: ¿Qué hacen aquí, por qué no abandonan al pueblo blasfemo? lo que también refiere Josefo (Lib. VI Antiq. Judaic. c. 12): abiertas de repente las puertas del Templo, y espontáneamente descerrajadas, que muchos hombres apenas podían cerrar, salió una voz del santuario del Templo diciendo: Pasemos de estas moradas. En lo cual se debe considerar la propiedad de las palabras, que no dijeron, salgamos, sino pasemos al pueblo de las naciones. De donde también el velo del Templo se rasgó de arriba abajo en dos partes, para que todas las ceremonias de los judíos fueran reveladas, y en ese tiempo se cumpliera lo que en este mismo profeta se dice: De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Y juzgará entre muchas naciones hasta lo lejano (Is. II, 3, 4). Porque en toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII). Y en todo lugar se ofrece a Dios incienso y ofrenda pura (Miq. III), cuando se cumplió la palabra profética: Recordarán y volverán al Señor todos los confines de la tierra: y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones; porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Sal. XXI, 28 seqq.). De donde se dice a los príncipes de los judíos: Admírense, y ululen, porque ustedes son la causa de la ruina del pueblo. Por otro lado, según la anagogía, podemos decir que el pueblo de Dios desciende a Egipto de este siglo por su propia voluntad, cuando es más amante de los placeres que de Dios, y no escucha aquello profético: Ay de los que descienden a Egipto por ayuda (Is. XXXI, 1). Quien, cuando ha sido seducido por los vicios, y ha habitado en el lugar de las aguas y los ríos, que no tiene la sequedad de la castidad: entonces será entregado violentamente a los asirios, para que lo dominen, quienes después lo acusen y convenzan en pecado. Ellos son los enemigos y vengadores, de quienes habla a Israel: ¿Y ahora qué tienes tú y el camino de Egipto, para que bebas el agua de Sijor: y qué tienes tú y el camino de los asirios, para que bebas el agua de los ríos? (Jer. II, 18). Quien, por tanto, desciende a Egipto, y de lo alto de Jerusalén ha caído a lo más bajo: yendo a Jericó, otro Egipto, ha recibido muchas heridas de los ladrones, se le dice: ¿Y ahora qué tienen ustedes aquí? ¿qué en la tierra y en la Iglesia de Dios se simulan

ser, quienes con afán y todo deseo descendieron a Egipto, y son poseídos por los asirios, y han sido capturados: y deben ulular más y llorar; porque por sus vicios y pecados, el nombre de Dios es blasfemado entre las naciones? a quienes en Ezequiel se les dice: Han profanado mi nombre entre las naciones (Ezeq. XXXVI, 20). Y como en el Evangelio el Señor habla a los discípulos: Brille su luz delante de los hombres, para que vean sus buenas obras, y glorifiquen a su Padre que está en los cielos (Mat. V, 16): así al contrario, cuando hacemos malas obras, el nombre de Dios por nosotros es blasfemado entre las naciones. Por eso quien tiene el conocimiento del nombre de Dios, y no ignora que ha sido creado a su imagen y semejanza, andará en la luz. Y será en el día, del cual se regocijó Abraham al verlo (Juan VIII); del cual también habla el santo David: Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él (Sal. CXVII, 24). Porque quienes han iluminado para sí la luz del conocimiento, y tienen la luz eterna, que ha sido prometida a los creyentes: El Señor será tu luz eterna (Is. LX, 20), en el día caminarán honestamente, y son hijos de la luz y del día; y conocen a aquel que dice a Moisés: Ve, di a los hijos de Israel, el que es me ha enviado (Éxod. III, 14): y a quien en los santos antes conocieron, también lo reconocerán presente.

(Vers. 7, 8.) ¡Qué hermosos sobre los montes los pies del que anuncia y proclama la paz, y anuncia el bien: proclama la salvación, y dice a Sion: Reinará [Al. Reinó] tu Dios. Voz de tus centinelas: levantaron la voz: juntos alabarán, porque ojo a ojo verán, cuando el Señor convierta a Sion. LXX: Como la hora sobre los montes: así los pies del que evangeliza el anuncio de paz, evangeliza el bien: porque haré oír mi salvación, diciendo: Sion reinará tu Dios. La voz de los que te guardan ha sido exaltada, y con voz juntos se alegrarán, porque ojos a ojos verán, cuando el Señor tenga misericordia de Sion. Consecuentemente de aquel que arriba dijo: Yo mismo que hablaba, aquí estoy, ahora el Profeta testifica que él mismo predicó el Evangelio sobre los montes, es decir, sobre los Apóstoles, de quienes está escrito: Acérquense a los montes eternos (Miq. II, 9, según LXX); y cuya doctrina es la iluminación de Dios. De donde se le dice en los Salmos: Tú iluminas maravillosamente desde los montes eternos (Sal. LXXV, 5). Aquí anunció y proclamó la paz a los que estaban lejos, 607 es decir, a las naciones; y cerca, esto es, a los judíos: reconciliando al mundo con Dios, de quien bajo el nombre de Salomón en el salmo se canta: En sus días nacerá justicia, y abundancia de paz, hasta que la luna sea quitada (Sal. LXXI, 7). Y en este mismo Profeta del niño que ha nacido, y del hijo que nos ha sido dado, cuyo principado está sobre su hombro, y será llamado Ángel del gran consejo, después de lo demás se dice (Supra, IX, 7): Y su paz no tendrá fin. Porque él es nuestra paz, quien pacificó todas las cosas por la sangre de su cruz en el cielo y en la tierra. Quien habló a los Apóstoles: Mi paz les doy, mi paz les dejo (Juan XIV, 27). Y nos anunció el bien, no lo que los filósofos llaman indiferente; sino lo que verdaderamente es bueno, lo que el Padre da a quienes lo piden, es decir, todas las gracias del Espíritu Santo. Finalmente, otro Evangelista en el mismo lugar escribe: Cuánto más su Padre que está en los cielos, dará el Espíritu Santo a quienes lo piden (Luc. XI, 13)? Estos bienes que el Señor promete a los creyentes: Escúchenme y comerán el bien; y su alma se deleitará en los bienes; y no solo el bien, sino que anunció la salvación a todos, que él mismo proporcionó quien dice a Sion, es decir, a la Iglesia: Reinará [Al. Reinó] tu Dios. De donde también el Apóstol habla a los Santos: No reine el pecado en su cuerpo mortal, para que obedezcan a sus deseos (Rom. VI, 12). Y escribiendo sobre los pecadores: La muerte, dice, reinó desde Adán hasta Moisés (Rom. V, 14). Lo que sigue: Voz de tus centinelas, o de tus guardianes, significa a los Apóstoles, de quienes en otro lugar (Infra, LXII, 6) Dios habla a la Iglesia: Sobre tus muros he puesto guardianes, que nunca callarán, recordando al Señor, que exaltarán la voz discutiendo desde lo alto. De donde se les dice (Supra, XL, 9): Sube al monte alto tú que evangelizas a Sion. Exalta con fortaleza tu voz tú que evangelizas a Jerusalén. Estos alabarán a Dios con voz unánime, y verán ojos a ojos. Lo que con otras palabras dice el Apóstol: Cara

a cara (I Cor. XIII); cuando el Santo canta: Mis ojos siempre al Señor (Sal. XXIV, 15). Y: A ti levanto mis ojos, que habitas en el cielo (Sal. XX, 1). Y el Señor le responderá: Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a su oración (Sal. XXXIII, 16). Esto que los Setenta tradujeron, como ὥρα, es decir, hora sobre los montes: así [Al. Como] los pies del que evangeliza el anuncio de paz, y lo demás, 608 Pablo siguiendo el sentido de la Verdad Hebrea, lo pone en la Epístola a los Romanos: ¡Qué hermosos los pies de los que evangelizan el bien, evangelizan la paz (Rom. X, 15): queriendo que se entienda a los Apóstoles, cuyos pies lavó el Señor (Juan XIII), para que fueran limpios y hermosos para predicar, y recorrieran todo el mundo, y con breve doctrina de Cristo llenaran el mundo. Ὥρα, es decir, hora, según los Setenta, y la ambigüedad del discurso griego, significa tiempo, o belleza. Si tiempo, se aplicará a aquello: En el tiempo oportuno te escuché, y en el día de la salvación te ayudé (Is. XLIX, 8). De donde el Apóstol infiere: He aquí ahora el tiempo aceptable: he aquí ahora el día de la salvación (II Cor. VI, 2). Porque en el tiempo oportuno derramó su sangre por todos: cuando todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles. No había quien hiciera el bien, no había ni uno solo (Sal. XIII): para que por todos gustara la muerte, porque todos pecaron, y necesitaban la gloria de Dios (Rom. III). Si referimos la belleza a aquello que en el salmo se dice: Hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3); (¿qué hay más hermoso que la forma de siervo se haga forma de Dios, y se siente y reine con Cristo en los cielos?) puede ὥρα según la amplitud de la lengua griega significar cuidado, y solicitud, según aquello que el Santo dice: Multiplicarás en mi alma, en tu virtud (Sal. CXXXVII, 4). Por multiplicarás en mí, en griego se dice πολυωρήσεις με, que es, me considerarás digno de mucho cuidado y solicitud. Y en otro lugar: Según tu altura ἐπολυώρησας a los hijos de los hombres (Sal. XI, 9): que con otras palabras en griego se dice, πολλῆς ὥρας, τοῦτ᾽ ἔστι, φροντίδος ἠξίωσας. Pero esto es superfluo; y más bien deben entenderse hermosos los pies de Cristo o de los Apóstoles, que, además de los Setenta, todos han traducido de manera similar, aprobando Pablo su interpretación.

(Vers. 9, 10.) Alégrense y alaben juntos, desiertos de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo: ha redimido a Jerusalén. El Señor ha preparado su brazo santo ante los ojos de todas las naciones: y verán todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios. LXX: Estallen en alegría juntos los desiertos de Jerusalén, porque el Señor ha tenido misericordia de ella, y ha liberado a Jerusalén. El Señor revelará su brazo santo ante la vista de todas las naciones. 609 Y verán todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios. Con el pueblo de los judíos llevado en cautiverio, y la ciudad incendiada, o era raro en Jerusalén, o no había habitante alguno. Pero después de que aquel que antes hablaba en los profetas, y estaba en el principio con Dios, el Verbo de Dios habitó entre nosotros, y se hizo carne, se restauraron los desiertos de Jerusalén; y vino aquel de quien está escrito: Este edificará mi ciudad, y traerá de vuelta la cautividad de mi pueblo: para que no se lamente más por Jeremías: Cómo está sentada sola la ciudad que estaba llena de pueblos: se ha convertido en viuda la que estaba multiplicada entre las naciones (Lam. I, 1); sino que escuche a David cantando, Cuando el Señor convirtió la cautividad de Sion, fuimos como consolados (Sal. CXXV, 1, 4). Y poco después: Fuimos hechos alegres. Y para que sepamos que no se dice esto del pueblo de los judíos, sino de todos los que por los apóstoles creerán en el Señor, pone y dice: quien la consoló, o tuvo misericordia de ella, y quien la liberó o redimió, él mismo preparó o reveló su brazo santo, ante la vista de todas las naciones: y verán todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios. De lo cual es evidente, que al ser edificada por los Apóstoles la Jerusalén espiritual, es decir, la Iglesia, que había sido abandonada por los judíos, se revela el brazo del Señor a todas las naciones, y verán su salvación todos los confines de la tierra. Lo cual se entiende de dos maneras. O el Padre revela su brazo a todas las naciones, o el Hijo revela su fortaleza. De quien está escrito: Porque de él salía virtud y

sanaba a todos (Luc. VI, 19). Y de nuevo: Sentí que salió virtud de mí que sanó a la hemorroísa (Mar. V, 30). Que el Hijo de Dios sea llamado la diestra del Padre y su brazo, hay muchos testimonios, de los cuales diremos unos pocos: Su diestra lo salvará, y su brazo santo (Sal. XCVII, 2). Y en otro lugar: En mi brazo esperarán las naciones (Is. LI, 5). De quien Jacob dice: Este será la esperanza de las naciones (Gén. XLIX, 10). Y el salmo ochenta y ocho: Tu brazo con poder. Con este brazo el Señor sacó al pueblo de Israel de la tierra de Egipto. De quien hablaba al príncipe de los Apóstoles: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mat. XVI, 17). Y el Apóstol Pablo de sí mismo (Gál. I, 15): Cuando, dice, agradó a Dios, que me separó desde el vientre de mi madre, para revelar a su Hijo en mí. Que a todas las naciones unió todos los confines de la tierra, que verán la salvación de Dios, lo muestra aquello que también en otro lugar se dice: Vuélvanse a mí desde los extremos de la tierra, y serán salvos (Is. XLV, 22); y por Jeremías: A ti vendrán las naciones desde los extremos de la tierra (Jer. XVI, 19); y de nuevo: Recordarán y se convertirán al Señor todas las familias de las naciones; porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Sal. XXI, 28 y seqq.); para que no solo la variedad de las naciones individuales, sino también todos los confines del mundo sean anunciados como creyentes en Cristo. Según lo que él mismo dice: Y cuando este Evangelio sea predicado en todo el mundo, entonces será el fin (Mat. XXIV, 14). Otros quieren que se entiendan las cumbres y extremos de la tierra, aquellos que no están en medio de la tierra, sino en sus extremos como en los límites de las ruedas, dejando lo bajo y apresurándose hacia lo alto.

(Vers. 11-13.) Recedan, recedan, salgan de ahí, no toquen lo impuro: salgan de en medio de ella, purifíquense los que llevan los vasos del Señor. Porque no saldrán con tumulto, ni irán apresurados en fuga. Pues el Señor irá delante de ustedes, y el Dios de Israel los reunirá. LXX: Recedan, recedan, salgan de ahí, y no toquen lo impuro: salgan de en medio de ella: sepárense los que llevan los vasos del Señor, porque no saldrán con tumulto, ni irán en fuga: sino que el Señor irá delante de ustedes, y el Dios de Israel los reunirá. Y los judíos intentan explicar esto así: Salgan de Babilonia, y abandonen sus ídolos. Salgan de en medio de ella, y los vasos que Nabucodonosor, tras capturar Jerusalén, se llevó (IV Reg. XV), devuélvanlos al templo con Ciro liberando a los cautivos bajo Zorobabel y Esdras (Esdr. I); y no como antes huyeron de Egipto con tumulto y miedo, así salgan de Babilonia; sino con paz y con la voluntad del rey de los persas y medos, en quien se manifestó la voluntad del Señor, quien los protegió y reunió. Otros interpretan lo que dijimos de Babilonia como referido al reino romano, que en la venida de Cristo, quien los liberará, todo esto se cumplirá. Pero nosotros, al escuchar arriba: ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del que anuncia y proclama la paz! Y: El Señor revelará su brazo ante todas las naciones: Y, verán todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios, no entendemos esto de los judíos, sino del coro de los Apóstoles y de todos los Santos. A quienes se les ordena que se aparten de Jerusalén, y prediquen el Evangelio en todo el mundo, diciendo el Señor Salvador: Vayan y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Matth. XXVIII, 19): para que no permanezcan con los judíos blasfemando, en cuya destrucción se prepara el ejército romano; sino que abandonen a los impuros: y se separen de ellos y se purifiquen, los que llevan los vasos del Señor. Pues son templo del Espíritu Santo (I Cor. III), y vasos de oro y plata de una gran casa. Tal fue el Apóstol Pablo, quien es llamado vaso de elección (Act. IX), pues se había preparado como un vaso precioso y apto para el ministerio de Dios. O ciertamente debe decirse que los vasos del Señor son la armadura espiritual de Dios. De la cual también hablaba el Apóstol Pablo: Revístanse con la armadura de Dios (Ephes. VI, 11), y enumera cada una: la coraza de justicia, el escudo de la fe, el casco

de la salvación, y la espada del espíritu, que se interpreta como la palabra de Dios. A esto añade, el cinturón de la verdad, y los pies calzados con la preparación del Evangelio de la paz. Y en otro lugar: Dejando las obras de las tinieblas, vistámonos con las armas de la luz (Rom. XIII, 13). Sigue: No saldrán con tumulto, ni irán apresurados en fuga. Pues no salieron como vencidos de Jerusalén, sino como vencedores: para que quienes predicaban diariamente en el Templo el Evangelio de Dios, sometieran a muchos miles de judíos a la fe de Cristo, también sometieran al mundo con ese Evangelio. Pues tenían al Señor como guía, quien los reuniría, el Dios de Israel, es decir, haría de todo el mundo un solo rebaño, para que se cumpliera aquello que el Señor en el Evangelio dice al Padre (Joann. XVII, 21): Dame, para que así como tú y yo somos uno: así también ellos sean uno en nosotros: para que con el mismo sentido y la misma sentencia, dejando los vicios y contrarios que se oponen entre sí, abrazaran una sola virtud. Pues los vicios y perturbaciones no se siguen mutuamente: lo que se dice de las virtudes, en las cuales no hay excesos ni defectos, es decir, ni más ni menos, sino todo moderado. Por otro lado, en los vicios todo es contrario, como el miedo a la audacia, la impiedad a la superstición, la lujuria a la moderación.

He aquí que mi siervo entenderá, será exaltado, y será elevado y muy sublime. Así como muchos se asombraron de ti: así será sin gloria entre los hombres su aspecto, y su forma entre los hijos de los hombres. Él rociará a muchas naciones: sobre él los reyes cerrarán su boca: porque a quienes no se les había contado de él, vieron; y quienes no habían oído, contemplaron. LXX: He aquí que mi niño entenderá, y será exaltado, y se gloriará mucho. Así como muchos se asombrarán de ti: así en gloria será su apariencia entre los hombres, y su gloria entre los hijos de los hombres: así muchas naciones se maravillarán de él, y los reyes cerrarán su boca, porque a quienes no se les había anunciado de él, verán, y quienes no habían oído, entenderán. Para que no quede ninguna ambigüedad a los lectores, quién es aquel que dijo: Yo que hablaba, he aquí que estoy presente; y qué es el brazo santo del Señor, que fue revelado a todas las naciones, Dios omnipotente Padre enseña claramente: He aquí que mi siervo entenderá o mi niño, de cuya diferencia hablamos antes. Entenderá, no como la palabra de Dios, y sabiduría; sino como siervo y niño. Quien siendo en forma de Dios, se dignó tomar la forma de siervo: hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Philipp. II). Por lo cual lo exaltó, y le dio un nombre sobre todo nombre. Quien habla en el salmo: Bendeciré al Señor, que me dio entendimiento (Ps. XV, 7); y de quien David canta: Quien hizo los cielos con entendimiento (Ps. CXXXV, 5). Él es la sabiduría y el entendimiento, quien progresaba como niño en edad y sabiduría: de quien también habla Pedro: El Dios de nuestros padres glorificó a su Hijo Jesús, a quien ustedes entregaron, y negaron ante la presencia de Pilato que quería liberarlo. Ustedes negaron al santo y justo (Act. III, 13, 14), de quien también mostramos que está escrito antes: Yo soy testigo, dice el Señor, y el niño que elegí: sobre él se asombrarán muchos (Isai. XLIII, 10), cuando vean sus señales. Y de aquí será un mayor milagro, que será sin gloria entre los hombres su aspecto: no porque signifique fealdad de forma, sino porque vino en humildad y pobreza. Quien siendo rico, por nosotros se hizo pobre; y a los creyentes dijo: Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón (Matth. XI, 29): de quien también Clemente, varón apostólico, quien después de Pedro gobernó la Iglesia Romana, escribe a los Corintios: El cetro de Dios el Señor Jesucristo, no vino en jactancia de soberbia, pudiendo todo, sino en humildad. Tanto que siendo golpeado por el ministro del sacerdote, respondió: si hablé mal, testifica del mal; pero si bien, ¿por qué me golpeas (Joan. XVIII)? teniendo doce mil ángeles, que obedecerían a sus órdenes. Él rociará a muchas naciones, purificándolas con su sangre y consagrándolas en el bautismo de Dios para el servicio. Sobre él los reyes cerrarán su boca, y los príncipes del siglo, cuya toda sabiduría fue subvertida por la predicación de la cruz: y quienes no habían tenido la Ley y los Profetas, y a quienes no se les había anunciado de él,

ellos verán y entenderán. De quienes también habla el Salvador: Bienaventurados los que no vieron y creyeron (Joan. XX, 29). En comparación con ellos, se reprende la dureza de los judíos, quienes viendo y oyendo, cumplieron en sí la profecía de Isaías, diciendo: Oirán de oído, y no entenderán: y viendo mirarán, y no verán. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos han oído pesadamente (Isa. VI, 9, 10).

(Cap. LIII.---Vers. 1 seq.) ¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Y subirá como un renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca: no tiene aspecto ni hermosura: y lo vimos, y no había apariencia: y lo deseamos. Despreciado y el último de los hombres, varón de dolores, y conocedor de la enfermedad; y como escondido su rostro, y despreciado: por lo cual no lo estimamos. Verdaderamente él llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores: y nosotros lo consideramos como leproso, y herido de Dios, y humillado. LXX: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio, y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Anunciamos como un niño en su presencia: como raíz en tierra seca. No tiene aspecto ni gloria, y lo vimos, y no tenía apariencia ni hermosura: sino que su apariencia era deshonrada, y deficiente ante los hijos de los hombres. Hombre en plaga, y sabiendo llevar la enfermedad, porque su rostro estaba vuelto, despreciado y no estimado. Él lleva nuestros pecados, y por nosotros sufre, y nosotros lo consideramos en dolor, y en plaga y en aflicción. Después de las palabras del Padre, con las que había anunciado al mundo que su hijo vendría; y antes del escándalo de la cruz, de lo cual iba a decir: Sin gloria será su aspecto, y su forma ante los hijos de los hombres, había anticipado la gloria de la resurrección: Será exaltado y elevado, y muy sublime: para que la humildad de la cruz precediera la gloria de la resurrección, respondió el coro de los Profetas que habían cumplido su oficio, y en cuanto a ellos, habían anunciado a todos su brazo y su poder. En lo que dice: ¿Quién ha creído a nuestro anuncio, y a quién se ha revelado el brazo del Señor? significa la rareza de los creyentes entre los judíos. Y lo que sigue: Subirá como un renuevo delante de él; por lo cual los LXX tradujeron, Anunciamos como un niño delante de él: por renuevo, Symmachus interpretó, rama para mostrar al hombre asumido que salió del vientre virginal. De lo cual añade: Como raíz de tierra seca. Por seca, Aquila interpretó, inaccesible, para demostrar el privilegio de la virginidad, que sin ninguna semilla humana fue creado de tierra antes inaccesible. Este es de quien también leemos antes: Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y un brote de su raíz ascenderá (Isai. XI, 1); para significar su nacimiento y ascenso en el mundo. Pero si no tenía apariencia ni gloria; sino que su forma era ignoble y deficiente ante los hijos de los hombres, o como se tiene en hebreo, despreciado y el último de los hombres, ¿cómo se dice en los Salmos: Ciñe tu espada sobre tu muslo, poderoso, con tu hermosura y tu gloria (Ps. XLIV, 4)? Lo cual se resuelve fácilmente. Era despreciado e ignoble cuando colgaba en la cruz, y hecho por nosotros maldición, llevaba nuestros pecados. Y hablaba al Padre: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado (Matth. XXVII, 46)? Pero era ilustre, y hermoso de aspecto, cuando en su pasión la tierra tembló, las rocas se rompieron, y al huir el sol, los elementos temieron la noche eterna. De quien también la esposa en el Cantar de los Cantares: Mi amado es blanco y rubicundo, escogido entre mil (Cant. V, 10). Blanco por la plenitud y pureza de virtudes, rubicundo en la pasión, de la cual después leeremos: ¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras rojas de Bosra; escogido entre mil en la resurrección; para que quien era primogénito de toda criatura, se convirtiera en primogénito de entre los muertos. Pero lo que añade: Hombre en dolor y sabiendo llevar la enfermedad, o varón de dolores, y conocedor de la enfermedad, muestra el verdadero cuerpo del hombre, y el verdadero alma, quien sabiendo llevar las enfermedades, las superó todas con su divinidad. Y su rostro estaba escondido y despreciado, para que en el cuerpo humano se ocultara el poder divino. De quien se dijo antes: Tú eres un Dios escondido, y no lo sabíamos. Quien verdaderamente llevó

nuestras enfermedades y pecados, y por nosotros sufre, no de manera aparente, es decir, como piensan las viejas y nuevas herejías; sino que verdaderamente fue crucificado. Verdaderamente sufrió, diciendo en el Evangelio: Mi alma está triste hasta la muerte (Matth. XXVI, 38). Y: Ahora mi alma está turbada (Joan. XII, 27). Y nosotros lo consideramos como inmundo, o en dolor, como tradujeron los Setenta, por lo cual Aquila y Symmachus pusieron leproso, Theodotion, flagelado. Lo cual en otras palabras en el idioma hebreo se entiende como lepra, según lo que está escrito en el salmo: Y el flagelo no se acercará a tu morada (Ps. XC, 10). Y el sentido es: Pensamos que él fue herido por Dios por sus propios pecados, quien fue humillado por nosotros, y crucificado con los ladrones. Por lo que Symmachus tradujo Ἐν ἀφῇ ὄντα, es decir, en lepra; Aquila puso ἀφημένον, es decir, leproso: lo cual muchos no entendiendo, piensan que significa abandonado, y otros leen καθήμενον, es decir, sentado. Al principio del capítulo, en el que según los Setenta se dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio: y a quién se ha revelado el brazo del Señor (Rom. X), con este testimonio también el apóstol Pablo lo usa a los Romanos, explicando aquello sobre la pasión del Señor: Señor, en hebreo no se encuentra, pero por la inteligencia de la persona, a quien se dice, se ha añadido.

(Vers. 5-7.) Él fue herido por nuestras iniquidades, molido por nuestros crímenes. El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos sanados. Todos nosotros como ovejas nos descarriamos, cada uno se desvió por su camino: y el Señor puso sobre él la iniquidad de todos nosotros. Fue ofrecido, porque él quiso, y no abrió su boca. LXX: Él fue herido por nuestros pecados, y debilitado por nuestras iniquidades. El castigo de nuestra paz fue sobre él: por sus llagas fuimos sanados. Todos como ovejas nos descarriamos, el hombre se desvió por su camino. Y el Señor lo entregó por nuestras iniquidades, y él por la aflicción no abrió su boca. Nosotros, dice, pensamos que él era un varón de dolores: o según los Setenta, que estaba en dolor, y herido por Dios, y que sufría sus propios pecados. Pero él fue herido por nuestras iniquidades, diciendo en el salmo: Perforaron mis manos y mis pies (Ps. XXI, 18), para que con su herida curara nuestras heridas, y fue molido, o debilitado por nuestros crímenes, para que hecho por nosotros maldición, nos liberara de la maldición. Maldito es todo hombre que cuelga de un madero (Deut. XXI, Galat. III). Por lo cual el castigo de nuestra paz fue sobre él. Porque lo que debíamos sufrir por nuestros crímenes, él lo sufrió por nosotros, pacificando por la sangre de su cruz, ya sea lo que está en la tierra, ya sea lo que está en los cielos. Él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno, y el muro intermedio de separación, disolviendo la enemistad en su carne, y por sus llagas fuimos sanados (Ephes. II). De lo cual es evidente, así como el cuerpo flagelado y lacerado llevaba las señales de la injuria en las contusiones y las llagas: así también el alma verdaderamente sufrió por nosotros, para que no se crea en parte la verdad, y en parte la mentira en Cristo (Rom. III). Todos, dice, como ovejas nos descarriamos, y necesitamos la misericordia de Dios, diciendo en el salmo: Me he descarriado como oveja perdida (Ps. CXVIII, 176); que en la parábola del Evangelio del buen Pastor y solícito fue llevada en sus hombros (Matth. XVIII). Quiénes son estas ovejas, el siguiente verso lo muestra. El hombre se desvió por su camino; o cada uno se desvió por su camino, para seguir su propio error, y dejando el camino recto, pensara de manera diferente sobre el Crucificado. Pero el Señor puso sobre él la iniquidad de todos nosotros, o lo entregó por nuestros pecados; para que lo que por la debilidad de nuestras fuerzas no podíamos soportar, él lo llevara por nosotros, quien fue ofrecido, porque él quiso. Pues no soportó la cruz por necesidad, sino por voluntad, diciendo en el Evangelio: ¿No beberé el cáliz que el Padre me ha dado (Joan. XVIII, 11)? Y a Pedro que se escandalizaba del nombre de la cruz, porque no conocía el misterio, y temblaba con miedo humano: Apártate de mí, Satanás, eres un escándalo para mí, porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Matth. XVI, 23). De lo contrario, si no hubiera sido

ofrecido por su propia voluntad, quien podía indicar y predecir al traidor, y hablaba a los Apóstoles: Todos ustedes en esta noche se escandalizarán de mí, podía haber desviado a aquellos que fueron enviados a él, a quienes se enfrentó intrépido, y se ofreció voluntariamente diciendo: ¿A quién buscan (Joan. XVIII, 4, 6)? Quienes inmediatamente cayeron hacia atrás; pues no podían soportar la voz del Dios presente. Y añadió acertadamente: Y no abrió su boca. Quien al decirle Pilato: ¿No me hablas? no quiso responder. O según los Setenta: Afligido no abrió su boca. O según Symmachus y Theodotion, escuchando no abrió su boca.

(Vers. 7 seqq.) Como oveja será llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, enmudecerá y no abrirá su boca. Fue quitado de la angustia y del juicio. ¿Quién contará su generación? porque fue cortado de la tierra de los vivientes: por la transgresión de mi pueblo fue herido. Y dará a los impíos por sepultura, y al rico por su muerte: porque no hizo iniquidad, ni hubo engaño en su boca. Y el Señor quiso quebrantarlo en la enfermedad. LXX: Como oveja fue llevado al sacrificio, y como cordero ante el que lo trasquila mudo, así no abrió su boca. En la humildad fue quitado su juicio. ¿Quién contará su generación, porque su vida es quitada de la tierra? Fue llevado a la muerte por las iniquidades de mi pueblo; y daré a los peores por su sepultura, y a los ricos por su muerte. Porque no hizo iniquidad, ni hubo engaño en su boca: y el Señor quiere limpiarlo de la plaga. Este testimonio, cuando en los Hechos de los Apóstoles el eunuco de la reina Candace iba en su carro (Hech. VIII y ss.), y leyendo no entendía, al ser interpretado por Felipe sobre la pasión y el nombre del Salvador, entendió, y al instante bautizado, en la sangre del cordero que leía, mereció ser llamado hombre, y el Apóstol fue enviado a la gente de los etíopes. Aquel que fue entregado a Pilato, porque él mismo quiso; y no respondió, para que condenado subiera al madero por nosotros, él mismo como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila enmudeció. Porque nuestra pascua, Cristo, fue inmolado (I Cor. V), a quien Juan el Bautista mostraba, diciendo: He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I, 29). Quien también en el Apocalipsis de Juan el Evangelista, el cordero inmolado es mencionado frecuentemente (Apoc. V). Quien habla de sí mismo en Jeremías (Jerem. XI). 618 Yo, sin embargo, como cordero inocente, y llevado al sacrificio, no sabía. Pues aunque no conocía el pecado, por nosotros se hizo pecado (II Cor. V). Y como cordero cuando es llevado al sacrificio, no se resiste: así él sufrió voluntariamente, para destruir al que tenía el imperio de la muerte (Hebr. II), humillándose hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II). Este es el cordero, en cuyo tipo se inmolaba el cordero, cuya sangre untada en los postes ahuyentaba al exterminador de Egipto (Éxod. XXII); quien no solo nos redimió con su sangre, sino que también nos cubrió con su lana, para que, helados por la infidelidad, nos calentara con su vestidura, y escucháramos al Apóstol hablándonos: Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido (Gálat. III, 27). Y en otro lugar: Revestíos de Cristo Jesús (Rom. XIII, 14). Y lo que sigue: De la angustia y del juicio fue quitado; o como los LXX tradujeron, en la humildad fue quitado su juicio, significa aquello, que de la tribulación y del juicio ascendió victorioso al Padre; o que el juez de todos, no encontró verdad en el juicio; sino que sin culpa alguna, fue condenado por la sedición de los judíos y la voz de Pilato. Por lo cual el Profeta se admira, de que el Dios de todos se haya entregado a la pasión. De quien Pablo habla: Si hubieran creído, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Sigue: ¿Quién contará su generación? Lo cual se entiende de dos maneras: o bien se debe entender de su divinidad, que es imposible conocer los misterios de su nacimiento divino; de lo cual él mismo habla en los Proverbios: Antes de todos los montes me engendró (Prov. VIII, 25); según aquello que leemos en otro lugar: ¿Quién conoció el pensamiento del Señor: o quién fue su consejero? (Rom. XI, 34)? es decir, nadie; o

del parto de la Virgen, que difícilmente puede explicarse. Finalmente, cuando a María se le decía por el Ángel: Concebirás y darás a luz un hijo, ella respondió: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? A lo cual el Ángel respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 31, 34, 35), para que tanto por el Ángel, como por el Evangelista, se digan los sacramentos de este nacimiento. De quien el narrador es rarísimo, según aquello: ¿Quién es sabio, y entenderá estas cosas: entendiendo, y las conocerá? (Oseas XIV, 10)? Pero si el lector prudente responde en pensamiento: ¿Y cómo está escrito: Nadie conoce al Hijo sino el Padre: y nadie 619 conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo? Y quien conoce al Padre y al Hijo, ciertamente también puede narrar el misterio de la generación. Escuche que es una cosa conocer, y otra expresar, porque frecuentemente lo que concebimos en la mente, no podemos explicarlo con palabras. Por lo tanto, el misterio del nacimiento divino en el cuerpo, los santos pueden conocerlo más por la fe que decirlo. De lo contrario, también el Apóstol arrebatado al tercer cielo y al paraíso, escuchó palabras que de ninguna manera puede expresar la lengua humana (II Cor. XII). Pero también el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. De aquel, pues, cuya generación o nadie, o pocos pueden narrar, fue quitada la vida de la tierra; para que no viviera en la tierra, sino en el cielo. O fue cortado de la tierra de los vivientes, para que se cumpliera de él lo que está escrito en el Apocalipsis de Juan: Yo soy el primero y el último: el que vivía, y estuve muerto: y he aquí que vivo por los siglos de los siglos (Apoc. XVII, 18); para que después de la vida que vivió en la tierra, muerto a la tierra, viviera en los cielos eternamente. Y lo que se añade, Por la transgresión de mi pueblo fue herido; o, según los LXX, por las iniquidades de mi pueblo fue llevado a la muerte, tiene un doble sentido. O bien golpeó a los perseguidores y malvados de su pueblo con su muerte: o por la magnitud de los pecados del pueblo, que siempre tuvo como peculiar, fue llevado a la muerte, para que con su muerte los llamara a la vida. Él mismo dio a los impíos, por su sepultura; y al rico, por su muerte. O a los peores, por su sepultura; y a los ricos, por su muerte: significando a ambos pueblos, para que en los malos y peores, que antes no tenían conocimiento de Dios (Rom. IX), se muestre la multitud de las naciones: en los ricos, de quienes era el Testamento y la Legislación y los Profetas, se demuestre el pueblo judío. Por lo tanto, el Señor sufrió y fue sepultado, para congregar para sí una Iglesia de ambos pueblos. O esto debe decirse, que los Escribas y Fariseos, y Saduceos, sacerdotes y pontífices, que antes reinaban en el pueblo, y abundaban en excesivas riquezas, después de la pasión del Señor, Dios los entregó a los romanos, y los sometió a la servidumbre eterna. Aquel por cuya sepultura y muerte, los impíos y ricos fueron entregados, no hizo iniquidad, ni se halló engaño en su boca. Lo cual no puede entenderse de ningún hombre en absoluto, que ni en obra, ni en palabra haya pecado, diciendo la Escritura: Nadie es limpio de inmundicia, ni aunque su vida sea de un solo día. Y, todos como ovejas nos hemos descarriado, cada uno se ha desviado por su camino (Job XXV): excepto de aquel, que llevó nuestros pecados, y por nosotros sufre, y fue herido por nuestras iniquidades, y afligido por nuestras transgresiones, por cuyas llagas fuimos sanados. Sobre lo cual también el príncipe de los Apóstoles Pedro, explicando este testimonio, dice: Porque para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas. Quien no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca. Quien cuando era maldecido, no maldecía: y cuando padecía, no amenazaba (I Pedro II, 21 y ss.). Pero el Señor quiso limpiarlo de la plaga, que recibió al ser herido por la lanza del soldado. O quebrantarlo en la enfermedad y herida: de lo cual él mismo decía: Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron (Sal. LXVIII, 27). Y por Zacarías habla Dios: Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán (Zac. XIII, 7). Por lo tanto, para que sufriera no fue por necesidad, sino por la voluntad del Padre y suya, a quien él mismo decía: Dios, he querido hacer tu voluntad (Sal. XXXIX, 9). De quien también leemos arriba: Fue ofrecido, porque él mismo quiso.

(Vers. 10, 11.) Si pusiera su alma por el pecado, verá descendencia longeva, y la voluntad del Señor en su mano será dirigida. Por lo que trabajó su alma, verá, y se saciará: en su conocimiento justificará él mismo al justo mis siervos muchos, y sus iniquidades él mismo llevará. LXX: Si dierais por el pecado, vuestra alma verá descendencia longeva: y el Señor quiere quitar de dolor su alma, mostrarle la luz, y formar la inteligencia. Justificar al justo bien sirviendo a muchos: y sus pecados él mismo llevará. Según el hebreo, este es el sentido: Si pusiera su alma por el pecado aquel a quien el Señor quiso quebrantar, o limpiar, verá descendencia longeva, que sembró en buena tierra. De lo cual está escrito en el Evangelio: Salió el que siembra a sembrar; y de nuevo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo (Mat. XIII, 3). Y la voluntad del Señor en su mano será dirigida, para que todo lo que el Padre quiso, se cumpla con sus virtudes, diciendo al Padre: Yo los guardé en tu nombre a los que me diste. Los guardé, y ninguno de ellos pereció, sino el hijo de perdición. (Juan XVII, 12). Pero verá descendencia eterna, y la voluntad del Padre en su mano será dirigida: porque su alma trabajó mucho tiempo, sin encontrar descanso en los judíos, y diciendo en el Evangelio: Las zorras tienen madrigueras: y las aves del cielo, nidos: pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mat. VIII, 10). Y en este mismo Profeta: Me cansé esperando (Isai. I, 14). Porque trabajó, verá Iglesias levantarse en todo el orbe, y se saciará de su fe. Finalmente, cuando hambriento y sediento se sentó sobre el pozo de Jacob (Juan IV), al mediodía con el sol ardiente, no quiso usar los alimentos comprados, porque ya estaba saciado con la fe de la samaritana, y de la ciudad de Siquem que salía a él. Según este sentido decía entre las ocho bienaventuranzas: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mat. V, 6). En su conocimiento, es decir, en su doctrina, él mismo justo, que no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca: y siervo del Padre, que tomó forma de siervo, y sirvió a la voluntad del Señor, justificará a muchos creyentes de todo el orbe. Y sus iniquidades él mismo llevará, que ellos no podían llevar, y cuyo peso los oprimía. Según los Setenta, esto se dice: Oh vosotros, por cuyos pecados el Hijo de Dios fue llevado a la muerte, que siendo los peores, y ricos en maldad, fuisteis dados por su sepultura y muerte, si quisierais hacer penitencia, y ofrecer por vuestros pecados un sacrificio agradable a Dios, un espíritu contrito, vuestra alma verá descendencia de largo tiempo, al mismo Señor Salvador. De quien se canta en el salmo ochenta y nueve: Su descendencia permanecerá para siempre, y su trono como el sol ante mí. Y de nuevo: Pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días del cielo. Lo cual Gabriel habla a la Virgen con otras palabras: He aquí que concebirás en tu vientre y darás a luz: quien será llamado Hijo del Altísimo. Y el Señor le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre: y su reino no tendrá fin (Luc. I, 31, 32). Porque el Señor quiere quitar de dolor su alma, que decía: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38), para que la afrenta de la cruz se equilibre con la gloria de la resurrección. Y mostrarle la luz, para que vea a todos iluminados por él. Y formar la inteligencia, se sobreentiende a él, sobre quien descenderá 622 el espíritu de sabiduría e inteligencia. Y justificar al justo, que bien sirvió a muchos; porque no vino para ser servido, sino para servir (Mat. XX), lavando los pies de Pedro (Juan XIII), limpiando los pecados de todos los Apóstoles. Quien apareció en carne, fue justificado en espíritu. De quien también Judas el traidor confiesa: He pecado, entregando sangre justa (Mat. XXVII, 4). Y la esposa de Pilato: No tengas nada que ver con ese justo: porque he sufrido mucho hoy en sueños por él. Y es de notar que no fue justificado, para que de iniquo, se hiciera justo. Sino que el justo es justificado, no para que comenzara a ser lo que no era; sino para que lo que era se manifestara a todos. Este justo sufrió por los iniquos, para ofrecer a todos a Dios. De quien se dice a los judíos: Y negasteis al santo y justo, y pedisteis que se os diera un hombre homicida (Hech. III, 14). Y sus pecados, dice, él mismo los llevó; como el médico los males de los enfermos, de los cuales no necesitan los sanos, sino aquellos que están mal (Luc. V).

(Vers. 12.) Por eso le repartiré muchos, y con los fuertes dividirá el botín: porque entregó su alma a la muerte, y fue contado con los malhechores: y él mismo llevó los pecados de muchos, y por los transgresores rogó. LXX: Por eso él poseerá a muchos, y con los fuertes dividirá el botín: porque su alma fue contaminada en la muerte, y fue contado con los iniquos, y él mismo llevó los pecados de muchos, y por sus iniquidades fue entregado. Da las razones por las cuales después de la pasión Cristo obtiene muchas recompensas. Porque, dice, sufrió, e hizo todo lo que el discurso anterior describió, y las iniquidades de muchos él mismo llevó: por eso le repartiré muchos, para que por parte del Señor Jacob, y con la cuerda de su herencia Israel, crean en él los que vienen de Oriente y Occidente, y se sienten en el reino de Dios con Abraham, Isaac y Jacob (Mat. VIII): cumpliéndose aquello que está escrito: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra (Sal. II, 8). De quien también en este mismo Profeta se lee, Será raíz de Jesé: y quien resurgirá para gobernar a las naciones, en él esperarán las naciones (Isai. XI, 10). Pero estos muchos antes eran retenidos por los fuertes; y bajo la apariencia de asno y pollino, tenían muchos amos, a quienes los Apóstoles dijeron: El Señor los necesita (Mat. XXI, 3). Que eran fuertes antes de que Cristo asumiera el cuerpo humano, y al fuerte superado, despojara su casa. Por lo tanto, el botín de los fuertes lo entregó y dividió a sus Apóstoles, para que Pedro, Santiago, y Juan, fueran príncipes del pueblo circunciso, y Pablo y Bernabé fueran enviados a las naciones, separados en lugares, no en ánimo, y bajo un solo Señor estuvieran en diferentes filas, para que con la victoria de ambos ejércitos, levantaran el triunfo al Salvador. De lo cual quienes dicen que la disputa entre Pedro y Pablo (Hech. XV). fue realmente una contienda y un conflicto, para satisfacer al blasfemo Porfirio: y afirman que las ceremonias de la antigua Ley deben ser observadas en la Iglesia de Cristo, deben también esperar la Jerusalén dorada en mil años, para ofrecer víctimas, y ser circuncidados, para que en el sábado se sienten, duerman, se sacien, se embriaguen, y se levanten a jugar, juego que ofende a Dios. Esto lo decimos por lo que ahora se profetiza: Y con los fuertes dividirá el botín (Is. LIII, 12). Según aquello que está escrito en otro lugar: Cuando el celestial dividía a los reyes en ella. Y de nuevo: Rey de virtudes amado, y de la belleza de la casa dividir el botín (Sal. LXVII, 13). Finalmente sobre el apóstol Pablo, que era de la tribu de Benjamín, según el hebreo se dice: Benjamín lobo rapaz: por la mañana comerá, y al atardecer dividirá el botín (Gen. XLIX, 27). De los cuales ya dijimos antes: Se alegrarán en tu presencia, como los que se alegran en la cosecha, y como los que dividen el botín (Isai. IX, 3), dividiendo para sí las Iglesias de Cristo en todo el orbe. Por eso recibirá muchas naciones, quien vino a predicar a los cautivos la remisión, y llevó cautiva la cautividad antes por el diablo y los demonios, y la dio como don a los hombres y creyentes, porque entregó su alma a la muerte, y fue contado con los malhechores o iniquos (I Cor. IX). Pues si su Apóstol a los que estaban sin ley, se hizo como 624 sin ley; aunque no estaba sin ley, sino que estaba en la ley de Cristo: ¿por qué no también Cristo fue contado con los iniquos, para redimir a los iniquos del pecado, y hacerse todo para todos, para salvar a todos? Porque llevó nuestros pecados en su cuerpo (I Pedro II), clavándolos en el madero de la cruz, para borrar el documento, que habíamos hecho al diablo y sus ángeles, escrito con las manos del alma, es decir, con sus obras. De lo cual habla el apóstol Pablo: Y vosotros cuando estabais muertos en pecados, y en los deseos de la carne, os dio vida con Cristo, perdonándonos todos los pecados. Y borrando el documento que era contra nosotros, que nos era contrario; y lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz: despojando a los principados, y potestades los deshonró, triunfando de ellos confiadamente (Ef. I, 2; Colos. II, 14, 15). Pero los iniquos con los que fue contado, el evangelista Marcos entiende a los ladrones, escribiendo: Y crucificaron con él a dos ladrones: uno a la derecha, y otro a la izquierda. Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los iniquos (Marcos XV, 27). Lo cual también puede entenderse más profundamente, diciendo el Señor de sí

mismo: Fui contado con los que descienden al lago: fui hecho como hombre sin ayuda entre los muertos libre (Sal. LXXXVII, 4). Verdaderamente fue contado entre los pecadores e iniquos, para descender al infierno; que en muchos lugares de las Escrituras se llama lago, y liberar a los cautivos en la cárcel. Quien fue entregado por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificación (Rom. IV). Y fue de tanta clemencia, que por los transgresores, más bien por sus perseguidores, rogó en la cruz, y dijo: Padre, perdónalos: porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34).

LIBRO DECIMOQUINTO. 625-626 Sé que he dicho con frecuencia, Eustochio, que los Apóstoles y Evangelistas, siempre que citan testimonios del Antiguo Testamento, si no hay diferencia entre el texto hebreo y la Septuaginta, suelen usar sus propias palabras o las de los Setenta Intérpretes. Pero si el sentido es diferente en el hebreo y en la antigua edición, prefieren seguir el hebreo más que a los Setenta Intérpretes. Finalmente, así como hemos mostrado que ellos han citado muchas cosas del hebreo que no se encuentran en la Septuaginta, que nuestros adversarios demuestren que han tomado algún testimonio de la Septuaginta que no esté en los libros de los hebreos: y la contienda habrá terminado. Esto lo decimos porque el presente capítulo, aunque en sentido es uno, difiere en palabras. A partir de cuya explicación comienza el decimoquinto libro sobre Isaías.

(Cap. LIV.---Vers. 1.) Alaba, estéril, que no das a luz: canta alabanza y clama, tú que no estabas de parto: porque más son los hijos de la desolada que los de la que tiene marido, dice el Señor. LXX: Alégrate, estéril, que no das a luz: rompe y clama, tú que no estás de parto: porque más son los hijos de la desolada que los de la que tiene marido. Pues el Señor ha dicho. Símaco ha interpretado este lugar así: Alégrate, estéril, que no has dado a luz. Goza en exultación y clama, tú que no has estado de parto: Porque más son los hijos de la desolada que los de la que estaba bajo marido. De quien Teodoción y Aquila no difieren salvo en pocas palabras. Después del nacimiento del Salvador, y del orden de vida y virtudes, la pasión de la cruz, y la gloria de la resurrección, cuando entregando su alma, vio una descendencia longeva, y en su conocimiento el justo justificó a muchos, y dividió el botín de los fuertes, y rogó por los transgresores, dando lugar al arrepentimiento, pasa a la vocación de los gentiles, y describe con pleno discurso a los que creerán en él. Este lugar también el apóstol Pablo, bajo el nombre de Sara e Isaac, lo refiere a la Iglesia (Gálatas IV, 27 y ss.), que el primer pueblo del monte Sinaí y Agar sirve con sus hijos; pero el siguiente es libre, del cual dice Isaías: Alégrate, estéril, que no das a luz: rompe y clama, tú que no estás de parto: porque más son los hijos de la desolada que los de la que tiene marido; y
enseguida: Nosotros, dice, hermanos, según Isaac 627 somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que nació según la carne perseguía al que nació según el espíritu: así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo. Porque no será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Nosotros, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre: con la libertad con la que Cristo nos ha hecho libres (Gálatas IV, 27 ss.). Si, por tanto, el vaso de elección, tomando testimonio de Isaías, que ahora tenemos en nuestras manos, lo refirió a los hijos de la promesa, y a la Iglesia de los gentiles, o reunida de ambos pueblos, que había sido desolada en los judíos y abandonada, que no había tenido marido, Dios, ni había recibido la Ley ni los Profetas, por la misma razón nos vemos obligados a seguir las huellas del predecesor, y decir que es desolada aquella de la que leemos arriba (Ad cap. XXXVI): Alégrate, desolada, y otras cosas similares. De la cual también está escrito en Jeremías desde la persona de Dios: Vacía se ha hecho la que daba a luz siete, su alma desfalleció. Le mató el sol aún al mediodía (Jeremías XV, 9). Y en el volumen de Samuel: La estéril dio a luz siete, y la que tenía muchos hijos se debilitó (I Samuel II, 5). Y en los Salmos: El que hace habitar a la estéril en casa, madre de hijos

gozosa (Salmo CXII, 9). Se dice que la sinagoga engendró siete hijos, por el misterio de la semana y el sábado, al cual el primer pueblo estaba obligado. O bien por siete, deben entenderse muchos, según la ambigüedad del discurso hebreo, en el que se significa tanto el sábado como muchos. De lo cual en el libro de Cuestiones Hebraicas, que escribimos sobre el Génesis, se ha dicho más plenamente. Esta, por tanto, que mientras tenía a Dios como marido, el discurso divino, y estaba unida a la Ley, engendraba muchos hijos para Dios: pero cuando recibió el libelo de repudio, y no quiso responder al marido que la llamaba, y escuchó: Eres hija de tu madre, que abandonaste a tu marido (Ezequiel XVI, 15). Y de nuevo: No me llamaste Señor: ni como padre y príncipe de tu virginidad (Jeremías III, 4): por eso en este mismo Profeta se lamenta: ¿Cómo se ha hecho prostituta la ciudad fiel, Sion llena de juicio: en la que la justicia dormía en ella, ahora son ladrones (Isaías I, 21). Pero también debe notarse que cuando dice: Más son los hijos de la desolada que los de la que tiene marido, no se excluye completamente a la sinagoga del parto; sino que se le prefiere la multitud de los gentiles. Y ella misma en los Apóstoles, y por los Apóstoles engendró primero al pueblo de los judíos. De donde los dos príncipes de los Apóstoles dividieron entre sí las huestes de los creyentes en Cristo, de la Circuncisión y de los Gentiles, para que de ambos pueblos edificaran la Jerusalén que antes era desolada y pobre. Lo que el hebreo ha puesto por alegría, hinniendo, significa la magnitud del gozo, a semejanza del caballo que hinne hacia la victoria. De lo cual se escribe más plenamente en Job (Job XXXIX). Este lugar y los demás que siguen, los judíos y nuestros judaizantes los refieren a Jerusalén, que dicen será restaurada en el reino de mil años, y que es la misma que antes tuvo marido, y después dejó de tenerlo, y que tendrá muchos más hijos después del repudio que los que tuvo antes con su marido. Cuando claramente se pone la comparación de dos mujeres, la que tuvo marido y fue abandonada, y la que siempre fue desolada y sin marido. No es de extrañar de los judíos, cuyos ojos y oídos están cerrados, si no ven la verdad evidente. De los cristianos, no sé qué decir, que con el Apóstol diciendo, que son alegóricos y refiriéndose a los dos Testamentos, el viejo y el nuevo, Sara y Agar, entregan las manos a los judíos, con el deseo de placeres terrenales en mil años.

(Vers. 2, 3.) Dilata el lugar de tu tienda, y extiende las pieles de tus tabernáculos: no escatimes: alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque penetrarás a la derecha y a la izquierda, y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades desoladas.
LXX: Dilata el lugar de tu tabernáculo, y fija las pieles de tus cortinas, no escatimes. Extiende las cuerdas, y refuerza tus estacas aún a la derecha, y a la izquierda dilata, y tu descendencia poseerá naciones, y harás habitar las ciudades desoladas. A quien le había dicho: Alaba, estéril, que no das a luz; rompe las ataduras, con las que antes estabas atada, y clama en confesión del Señor, tú que no tenías hijos, ahora se le ordena a semejanza del tabernáculo de Moisés, que una vez tuvo (Éxodo XXXVI) en el desierto, que dilate su tienda, y extienda las pieles; y haga las cuerdas más largas, y las estacas, con las que se forma toda la tienda, las clave profundamente, y las refuerce, para que no se disipe con los vientos. Y penetre a la derecha y a la izquierda, y no imite las estrecheces del tabernáculo judío, que abarcaba cien codos de longitud, y cincuenta de ancho, ni se cierre con la brevedad del Templo, que tenía sesenta codos de largo, y veinte de ancho. Sino que no cese de ocupar lugar a la derecha y a la izquierda (Éxodo XXVII). Y para que no pensemos que esto se dice según la frívola contención de los hebreos sobre Sion, que será restaurada por el Señor a su antiguo estado, pone más claramente lo que estaba oculto: Y tu descendencia heredará naciones. 629 De lo cual también leemos en el Evangelio: Salió el que siembra a sembrar (Mateo XIII, 3); y de nuevo: ¿No sembraste buena semilla en tu campo (Ibid., 27)? Esa semilla también hará habitar las ciudades desoladas, para que las Iglesias de los gentiles surjan en todo el mundo. O ciertamente debe decirse que la semilla es de los Apóstoles, y el

remanente del pueblo judío. De lo cual en este mismo Profeta se dice: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, como Sodoma seríamos, y semejantes a Gomorra (Isaías I, 9). Y el Apóstol: El remanente, dice, ha sido salvo (Romanos II, 5). Esto sobre la magnitud de las Iglesias, que en lugar de un solo lugar de Judea y ese muy estrecho, extenderán sus límites en todo el mundo. Vayamos a la comprensión espiritual. Quien está en el tabernáculo, no posee una morada firme y perpetua; sino que siempre cambia de lugar, y se apresura a lo más lejano, diciendo en el salmo: Pasaré al lugar del tabernáculo admirable (Salmo XLI, 5), olvidando lo pasado, y extendiéndose hacia el futuro, hasta que llegue al premio de la vocación celestial. De este tabernáculo también leemos en otro lugar: ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los ejércitos! mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor (Salmo LXXXIII, 1). Y luego añade: Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán (Ibid., 6). Pues el fin de los tabernáculos es la posesión de la casa eterna, que no cambia sus fundamentos, ni se traslada de un lugar a otro. Porque los que están plantados en la casa del Señor, primero florecieron en sus atrios, para que de las flores lleguen al fruto, y puedan decir: Pero yo como olivo fructífero en la casa de Dios (Salmo LI, 10). Finalmente, el hombre santo, apresurándose a pasar los tabernáculos, y deseando ver la casa de Dios, dice tener un solo voto, que nunca salga de la casa de Dios: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré: que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida (Salmo XXVI, 1). Por tanto, debe dilatarse el tabernáculo, y extenderse las cortinas y pieles, y alargarse las cuerdas de múltiples y variados discursos, y las estacas deben fijarse con razón a la derecha y a la izquierda, para que la semilla del discurso, es decir, la doctrina de Dios, pueda poseer naciones; y hacer habitables las ciudades, que recibió quien duplicó la mina. La derecha y la izquierda en las Escrituras sagradas se toman en buena parte cuando las entendemos tanto según el espíritu, como según la letra por las armas de justicia a dextris et a sinistris (II Cor. VI), para que la comprensión más humilde mantenga la institución de vida y los ejemplos de los mayores, y la espiritual y sublime nos traslade de lo presente a lo futuro. Esto es lo que el Señor decía a los fariseos que le preguntaban: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (Mateo XXII, 21): para que nos sometamos también a las potestades de este siglo, que no injustamente llevan la espada en venganza de los que han obrado mal, lo que se entiende por la izquierda: y demos a Dios lo que es de Dios, para que no temamos a nadie más, sino a aquel que tiene poder sobre el alma y el cuerpo, lo que se toma por la derecha (Mateo X). Finalmente, se dice de la sabiduría de Dios, a la que nada precioso puede compararse, que en su derecha tiene longitud de días y muchos años; y en su izquierda riquezas y gloria, para que se tomen aquellas riquezas, que en el presente son ciencia y buenas obras, y la gloria que recibe aquel, por cuyas obras Dios es glorificado entre las naciones, y la longitud de días y muchos años, signifiquen la vida eterna, que despreciando lo presente, se apresura hacia lo futuro.

(Vers. 4, 5.) No temas, porque no serás confundida, ni te avergüences: porque no te avergonzarás, porque olvidarás la confusión de tu juventud, y no recordarás más el oprobio de tu viudez. Porque te dominará quien te hizo, Señor de los ejércitos es su nombre: y tu redentor, el Santo de Israel, será llamado Dios de toda la tierra. LXX: No temas, porque estás confundida: ni te confundas, porque se te ha reprochado: porque olvidarás la confusión eterna, y no recordarás más el oprobio de tu viudez: porque el Señor que te hizo, Señor de los ejércitos es su nombre: y quien te libró, Dios de Israel, será llamado de toda la tierra. Surge la cuestión de cómo si se dice a la Iglesia reunida de los gentiles: Alégrate, estéril, que no das a luz; y: Más son los hijos de la desolada que los de la que tiene marido, que no había tenido marido, que después hizo más hijos, y aquella se convirtió en estéril, cómo ahora se dice a ella, que no tuvo marido: No recordarás más el oprobio de tu viudez, y olvidarás la confusión de tu juventud. De lo cual los judíos quieren entender que todo lo que se dice, se dice a

Jerusalén, que desolada por Dios, será restaurada por él. Que fácilmente serán refutados, cuando se les recuerde que se dice desde la persona del Señor en Zacarías: Y tomé para mí dos varas: una llamé hermosura, y la otra llamé cordel: y apacenté el rebaño (Zacarías XI, 7). De lo cual en su lugar hemos dicho más plenamente, y ahora se dirá en parte. Las dos varas, son ambos pueblos, de los gentiles y de los judíos, de los cuales el primero fue llamado la multitud de los gentiles, que recibió la ley natural fijada en sus corazones, de la cual Pablo escribiendo a los Romanos, disputa muy fuertemente (Romanos I); de la cual vara nada es más hermoso, para que toda criatura sea igualmente llamada al culto de su Creador. La segunda, es decir, del pueblo de los judíos fue llamada cordel: que después de la ofensa de los gentiles es llamada parte del Señor, y cordel de su herencia Israel (Deuteronomio XXXII). Finalmente, después de que en Abraham fue llamado Israel, dice el Señor: Tomé mi vara, que se llamaba hermosura: y la corté, para invalidar mi pacto que hice con todas las naciones (Zacarías XI, 10). Por tanto, en la venida de Cristo se dice a la vara, que había sido cortada: No temas, ni te avergüences, ni te sonrojes. No serás más confundida, como antes lo fuiste, ni recordarás la confusión de tu juventud, y no recordarás más el oprobio de tu viudez, por la cual fuiste abandonada por Dios: porque tu creador mismo te dominará, cuyo nombre es Omnipotente, que reina, no en una sola nación judía, sino en todo el mundo. Finalmente, sigue: Quien te había hecho, él mismo te redimió con su sangre: y será llamado Dios de toda la tierra: por lo que es, de todos los que habitan en la tierra. De lo cual se ve claramente, que no se dice a Jerusalén, que nunca ha dominado en todo el mundo: sino a la Iglesia de Cristo, cuya herencia es la posesión del mundo.

(Vers. 6, 7.) Porque como a mujer abandonada y afligida de espíritu te llamó el Señor: y como a esposa desde la juventud rechazada, dijo tu Dios. Por un momento en poco te abandoné: y con grandes misericordias te recogeré. En un momento de indignación escondí mi rostro un poco de ti: y con misericordia eterna me compadecí de ti, dijo tu redentor el Señor. LXX: No como a mujer abandonada y pusilánime te llamó el Señor, ni como a mujer, que desde la juventud es odiosa, dijo tu Dios. Por un tiempo breve te dejé: y con gran misericordia me compadeceré de ti. En furia pequeña aparté mi rostro de ti: y con misericordia eterna me compadeceré de ti: dijo quien te libró el Señor. Aquí los amigos de los judíos menosprecian a la mujer abandonada y a la esposa desde la juventud rechazada, que el Señor dejó por un momento y por poco, dicen que es Jerusalén. Que escondiendo su rostro por un momento la recibirá en misericordias eternas, y cambiará el dolor pasado en gozo. Esto según el hebreo. Pero según 632 los Setenta no la llama como a mujer abandonada, y pusilánime llamada por el Señor: ni como a esposa, que desde la juventud ha sido odiada; sino que por eso la dejó por un momento, y apartó su rostro, para compadecerse de ella eternamente. Si, por tanto, los judíos y nuestros judaizantes, dicen que Israel fue dejado por un momento, para que en la venida de Cristo Dios se compadezca de él; y interpretan el momento en comparación con toda la eternidad: ¿por qué no nos conceden también a nosotros, decir que el momento es el tiempo en que las naciones fueron dejadas: para que abandonadas en medio, que en su juventud fueron de Dios, después en su vejez consigan la misericordia eterna? Especialmente cuando en la vocación del tiempo de Israel, nunca fue excluida la multitud de los gentiles; sino que siempre se les abrió la puerta para volver a través de los prosélitos, para que así como nosotros en su vocación parecemos excluidos por un momento, así en su exclusión perpetua se nos conceda el regreso a Dios. Hemos dicho exclusión perpetua, si no hacen penitencia. De lo contrario, el apóstol Pablo dice: Dios ha encerrado a todos bajo pecado, para que a todos tenga misericordia (Gálatas III, 22). Lo que hemos interpretado de la Iglesia reunida de ambos pueblos; y los judíos lo toman de Jerusalén: que siguen solo la tropología, y en los lugares más difíciles, con el libre curso de la discusión, evitan las cuestiones nacientes, refiriéndolo al alma pecadora, que fue rechazada

por Dios, no por odio, sino por dispensación, para que oprimida por el peso de los males, vuelva a su esposo original: y perdida la sustancia, no desespere de la clemencia del padre (Lucas XV). ¿No es gran misericordia salir al encuentro del hijo que regresa, ofrecerle el anillo y la estola, y el beso, y al hermano envidioso, según la semejanza de otra parábola, decirle: Amigo, si yo soy bueno, ¿por qué es malo tu ojo (Mateo XX, 15)?

(Vers. 9, 10.) Así como en los días de Noé esto es para mí, a quien juré que no traería las aguas de Noé nuevamente sobre la tierra: así juré que no me enojaría contigo, y no te reprendería. Porque los montes se moverán, y las colinas temblarán: pero mi misericordia no se apartará de ti, y mi pacto de paz no se moverá, dijo tu misericordioso Señor. LXX: Del agua que estuvo bajo Noé esto es para mí: como le juré en aquel tiempo, de ninguna manera me enojaré más contigo sobre la tierra, ni en tu amenaza moveré los montes: ni tus colinas se moverán. Así tampoco mi misericordia fallará, ni se quitará mi pacto de paz, dijo tu propicio Señor. Para que la congregación de los santos crea en la misericordia eterna del Señor, y por eso, aunque por un momento y brevemente seamos abandonados, para que en la amistad de Dios, con un pacto eterno, se unan, pone ejemplos de los mayores, diciendo: Así como cuando todo el mundo pecó, después de que toda la tierra corrompió el camino del Señor, se trajo el diluvio: y con todos los autores de los pecados, todos los pecados fueron borrados, y en un solo hombre, Noé, se preservó la raza humana: a quien juré que de ninguna manera se traería el diluvio a las tierras: y mi promesa se ha mantenido hasta ahora, y nunca se hará nula (Gén. VIII y IX); así juro a mi Iglesia, que redimí con mi sangre, que de ninguna manera me enojaré con aquellos de quienes he tenido misericordia, ni mi clemencia será cambiada por ninguna dureza de reprensión. Porque más fácilmente se moverán los montes y las colinas, que mi sentencia cambiará. Según lo que también en el Evangelio se dice: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mat. XXII, 15). Esta es, sin embargo, dice, mi misericordia, que el pacto de paz, por el cual el mundo se ha reconciliado conmigo, no se conservará por el mérito de aquellos a quienes se les ha dado, sino por mi clemencia. Según los Setenta, el sentido está confuso, y todo está tan turbado, que es difícil entender lo que se dice: no porque ignore lo que el hombre más prudente dijo en este capítulo, sino porque no satisface mi ánimo. Pone un diluvio tropológico, que se interpreta en el bautismo del Salvador, acumulando muchos ejemplos, como es aquel: El Señor hace habitar el diluvio (Sal. XXVIII, 10). Y de nuevo: El Señor es bueno para los que esperan en él en el día de la tribulación: y sabiendo que temen a él, en el diluvio del camino hace la consumación (Nahum I, 7, según LXX): que ciertamente borró todos los pecados en el bautismo, diciendo en otro lugar: Yo soy, yo soy, quien borra tus iniquidades (Isa. XLIII, 25). Porque todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles (Sal. XIII, 3). No había quien hiciera misericordia, ni verdad: ni había conocimiento de Dios sobre la tierra. Maldición, y mentira, y homicidio, y adulterio, y robo lo habían ocupado todo, y sangre se mezclaba con sangre. Por lo cual habla por el Profeta: ¡Ay de mí! porque ha perecido el que vuelve de la tierra. No hay quien haga lo recto entre los hombres, todos son juzgados en mi sangre. Cada uno aflige a su prójimo con tribulación, y preparan sus manos para el mal (Miq. VII, 2, según LXX): y otras cosas similares a estas. De las cuales es aquello: Nadie es limpio de mancha, ni aunque su vida fuera de un solo día sobre la tierra (Job XV, 14). Por lo cual el Señor hizo el diluvio, quien según el apóstol Pedro fue muerto en la carne, vivificado en el espíritu (I Pedro III); y predicó a los espíritus en prisión, cuando la paciencia de Dios se esperaba en los días de Noé, trayendo el diluvio a los impíos. En cuyo ejemplo el agua nos limpia: no lavando las inmundicias de la carne, sino la interrogación de una buena conciencia hacia Dios. Pero los montes y colinas que no se moverán, y en un diluvio de este tipo fueron movidos, quiere que se entiendan como los santos, que recibieron el pacto eterno: que en el diluvio anterior fueron

movidos, y dejaron su firmeza. Dice montes, y demonios, y potestades adversarias, que vieron a las hijas de los hombres, que eran buenas, y heridos por el dardo del amor, tomaron para sí esposas de todas las que eligieron, y perdieron su fortaleza original: y de ninguna manera estarán en este diluvio (Gén. VI). Esto lo dirá aquel cuya explicación dejo al juicio del lector.

(Vers. 11, 12.) Pobrecita, sacudida por la tempestad sin consuelo. He aquí que yo pondré en orden tus piedras: y te fundaré en zafiros: y pondré jaspe en tus baluartes, y tus puertas en piedras esculpidas, y todos tus límites en piedras deseables: Todos tus hijos serán enseñados por el Señor, y la multitud de paz para tus hijos, y serás fundada en justicia. LXX: Humilde e inestable sin consuelo. He aquí que preparo para ti tu piedra carbunclo, y tus fundamentos zafiro: y pondré tus baluartes jaspe, y tus puertas piedras de cristal, y tus muros piedras escogidas: y todos tus hijos discípulos de Dios, y mucha paz habrá para tus hijos, y serás edificada en justicia. Donde nosotros dijimos: Pondré en orden tus piedras, en hebreo está escrito, BAPHPHUCH (), que todos excepto los Setenta tradujeron de manera similar: Pondré en antimonio tus piedras, a semejanza de una mujer adornada, que pinta sus ojos con antimonio, para significar la belleza de la ciudad. Y donde nosotros dijimos jaspe, siguiendo a los LXX, en hebreo está escrito CHODCHOD (), que solo Símaco tradujo como χαλκηδόνιον. En lugar de cristal, donde en hebreo se lee ECDA (), Símaco y Teodocio, esculpido, es decir, γλυφῆς, Aquila puso τρυπανισμοῦ: que el sentido de la palabra suena a gemas perforadas y esculpidas. Hemos hablado de la diversidad de la traducción: vayamos al sentido. Aún habla a la Iglesia, humilde antes y pobre, que no tenía Ley, ni Profetas, ni la palabra de Dios: y sacudida por la tempestad o inestable, que había soportado muchos torbellinos del mundo, y fluctuaba entre varios errores de ídolos: que no tenía consolador, y en vano había perdido toda su sustancia en médicos; que él mismo venga, él mismo descienda, y edifique en la tierra la Jerusalén celestial, que en el Apocalipsis de Juan se llama la esposa y esposa del Cordero, teniendo luz semejante a una piedra preciosa, como jaspe y cristal, y un gran muro, y doce puertas inscritas con los nombres de las tribus de Israel, de las cuales tres estaban al Oriente, y tres al Norte, y tres al Sur, y tres al Occidente del sol (Apoc. XXI): y el muro sostenido por doce fundamentos, cuya toda edificación es de piedra jaspe, y cada fundamento de los muros tenía piedras individuales, el primero jaspe, el segundo zafiro, el tercero calcedonia, el cuarto esmeralda, el quinto sardónica, el sexto sardio [Al. sardino], el séptimo crisólito, el octavo berilo, el noveno topacio, el décimo crisoprasa, el undécimo jacinto, el duodécimo amatista; que al leer, exclamamos aquello, y decimos: ¡Oh profundidad de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! ¿Quién ha conocido el sentido del Señor, o quién fue su consejero? (Rom. XI, 33, 34). Y de nuevo: ¿Quién es sabio, y entenderá estas cosas: entendiendo, y las conocerá? (Oseas XIV, 10). Respondan los amantes solo de la letra occidental, y preparando en mil años manjares exquisitos para la gula y la lujuria, cuyo dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Filip. III); que después de la segunda venida en gloria del Salvador, esperan bodas, y niños de cien años, y la injuria de la circuncisión, y la sangre de las víctimas, y un sábado perpetuo: que dicen con Israel de manera perversa: Comamos y bebamos, porque mañana reinaremos: ¿cuál es esta Jerusalén celestial, a la que ahora se dice: He aquí que pondré en orden tus piedras: o según los LXX: He aquí que preparo para ti carbunclo, tu piedra: para que toda la ciudad esté llena de carbunclos, y tenga fundamentos de zafiro, y baluartes de jaspe, o calcedonia, y puertas de cristal, o anaglifas, y un muro alrededor de piedras preciosas: y todos sus hijos no tengan maestros hombres, sino Dios, y sean llamados discípulos de Dios; y haya en ella paz perpetua, y edificación de justicia. De lo cual es evidente, bajo la ocasión de la justicia, que es un nombre de virtud, también debemos buscar las demás virtudes para la edificación de la Iglesia: y no seguir los

delirios judaicos. Expliquen entonces qué es aquello que en los Proverbios se dice de la sabiduría: Es más preciosa que todas las piedras preciosas (Prov. III, 25). Porque si Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I), es insensato comparar a Cristo con piedras insensibles. Y de nuevo leemos de los juicios de Dios: Los juicios del Señor son rectos: justificados en sí mismos, deseables más que el oro y la piedra preciosa en gran manera (Sal. XVIII, 10. 11). De lo cual es claro, que aquella piedra se compara con otras piedras, de la cual arriba en este mismo Profeta se dice de parte de Dios: He aquí que pondré en los fundamentos de Sion una piedra angular, una piedra escogida, preciosa: y el que crea en ella, no será confundido (Isa. XXVIII, 16). Esta piedra fue rechazada por los constructores (Sal. CXVII), a saber, los Escribas, y Fariseos, y los príncipes de los judíos, que se convirtió en la cabeza del ángulo (Mat. XXI). De la cual también el apóstol Pedro discutiendo dice: Para nosotros, pues, honor que creemos en la piedra angular y preciosa escogida. Pero para los incrédulos es piedra de tropiezo y roca de escándalo (I Pedro II, 7, 8). Y en los Hechos de los Apóstoles habla a los príncipes de los sacerdotes: Esta es la piedra escogida, preciosa, que vosotros despreciasteis rechazándola (Hechos IV, 18); que se convirtió en la cabeza del ángulo, y contiene a dos pueblos, de los gentiles e Israel; que edificó la ciudad, cuyo artífice y constructor es Dios: de la cual también el apóstol escribe a los Corintios: Sois edificación de Dios. Y: Como arquitecto sabio puse el fundamento, otro edifica sobre él. Pero cada uno vea cómo edifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, Jesucristo (I Cor. III, 9, 10). Si alguno edifica sobre este fundamento oro, y piedras preciosas, madera, heno, paja: la obra de cada uno será manifiesta. De este fundamento también habla en la otra Epístola: Edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, siendo el mismo Jesucristo la piedra angular (Efes. II, 20); y de nuevo: En los cuales todos sois edificados piedras vivas en un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales (I Pedro II, 5). De estas piedras se dice mística: Las piedras santas ruedan sobre la tierra (Zac. IX, 16), con las cuales Cristo edifica la Iglesia sobre la roca, diciendo en el Evangelio: Sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mat. XVI, 18). Quien merezca entrar en esta ciudad, habla gozoso al Señor: Como hemos oído, así hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios: Dios la ha fundado para siempre (Sal. XLVII, 9). Sobre el constructor de esta ciudad, y en otro lugar se dice: Él edificará mi ciudad, y reducirá la cautividad de mi pueblo (Isa. XLV, 13). Sobre la naturaleza de las doce piedras y gemas, no es el momento de hablar, ya que muchos griegos y latinos han escrito sobre ello. De los cuales solo nombraré a dos, el hombre de santa y venerable memoria, el obispo Epifanio, quien nos dejó un volumen notable de su ingenio y erudición, que tituló περὶ λίθων: y Plinio el segundo, el mismo orador y filósofo entre los latinos, quien en su obra bellísima de historia natural completó el trigésimo séptimo libro, que es el último, con la discusión de piedras y gemas. Estas doce piedras se escriben en orden en Éxodo y en Ezequiel, es decir, en el ἐν τῷ λογείῳ [Mss. en logio] del sumo sacerdote, y en la corona y diadema del príncipe de Tiro. Digamos primero de Éxodo: Cuatro órdenes de piedras tejidas había (Éxodo XXVIII). El primer orden tenía la piedra sardio, topacio, esmeralda. El segundo orden, carbunclo, zafiro, jaspe. El tercer orden, ligurio, ágata, amatista. El cuarto orden, crisólito, berilo, ónice, rodeados de oro; y estaban inscritos con los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. En lo cual es notable que el segundo orden de piedras también esté puesto en la presente Escritura, carbunclo, zafiro, y jaspe. Porque aún no retenemos lo perfecto, ni hemos llegado a lo primero, porque ahora vemos por espejo en enigma. Por otro lado, en Ezequiel encontramos escrito: Tú eres el sello de la semejanza y la corona de la belleza, en las delicias del paraíso de Dios estuviste. De toda piedra preciosa estabas vestido, sardio, topacio, y esmeralda, carbunclo y zafiro y jaspe, plata también, y oro y lyncurio, y ágata, y amatista, y crisólito, y berilo, y ónice; y llenaste tus tesoros y almacenes de oro en ti. Desde el día que fuiste creado, cuando te puse con el querubín en mi monte santo; estuviste en medio de las piedras de fuego, inmaculado en tus

días, desde que fuiste creado, hasta que se encontraron tus iniquidades (Ezequiel XXVIII, 12 y ss.). ¿Quién es tan necio y de mente insensata, que en el paraíso de Dios, crea que el príncipe de Tiro, quienquiera que sea, fue puesto, y creado entre los querubines y conversó entre las piedras de fuego (que sin duda entendemos como ángeles y virtudes celestiales) piense que fue adornado con piedras terrenales, y tuvo semejanza y sello? Por lo tanto, no es el momento de hablar de la naturaleza de todas las piedras, y de cada una en particular; porque no siempre se deben decir todas las cosas. Ahora solo hablemos del carbunclo, zafiro y jaspe. El carbunclo que se prepara, o se pone en orden, me parece el discurso encendido de la doctrina, que al disipar el error de las tinieblas, ilumina los corazones de los creyentes. Este es el que uno de los serafines tomó con unas tenazas, para purificar los labios de Isaías (Isa. VI): que nace, según la fe del Génesis, en la tierra de Evila, donde hay oro óptimo (Gén. II), piedra carbunclo, y prasino. Por otro lado, el zafiro, que se pone en los fundamentos, tiene la semejanza del cielo, y del aire sobre nosotros: que es tal, que puede decir aquello de Aristófanes con Sócrates: Ἀεροβατῶ καὶ περιφρονῶ τὸν ἥλιον; que podemos traducir al latín: Scando aerem, solemque despicio (Ver Suidas en περιφρονεῖν). O con el apóstol Pablo: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20). También la Escritura de Ezequiel menciona, que el lugar donde está el trono de Dios, tiene la semejanza de zafiro, y la gloria del Señor consiste en este color, que lleva la imagen de lo supracelestial. Pero también los baluartes de la ciudad del Señor, es decir, las murallas, se fortalecen con jaspe, que pueden destruir y convencer toda altitud que se eleva contra el conocimiento de Dios, y someter la mentira a la verdad (Ezequiel I; I Cor. XV). Quien, por lo tanto, es el más fuerte en la disputa, y está fortalecido con los testimonios de las Sagradas Escrituras, este es el baluarte de la Iglesia. Hay muchos tipos de jaspe: uno es semejante al esmeralda, que se encuentra en las fuentes del río Termodonte, y se llama Grammatias, con el cual se dice que se ahuyentan todas las fantasías. Otro es más verde que el mar, y teñido como con flores; se dice que nace en el monte Ida de Frigia, y en sus cuevas más profundas. Otro se encuentra cerca de los iberos, hircanos y el mar Caspio, y especialmente cerca del lago Neusin. Hay también otro jaspe semejante a la nieve y a la espuma de las olas del mar, y ligeramente rojizo como mezclado con sangre. Esto lo hemos dicho, para que reconozcamos todas las gracias espirituales en los baluartes de la Iglesia; que quien las tenga, ahuyenta los temores vanos, y puede decir con la esposa: Mi amado es blanco y rubicundo (Cant. V, 10). Pero las puertas de esta ciudad son de piedra de cristal, que se esculpe de varias maneras, de la cual ninguna piedra es más pura. Finalmente, se dice que en los fríos más intensos de los Alpes, y en las cuevas inaccesibles al sol, las aguas se solidifican en cristal: y al tacto es piedra, a la vista es agua. Por lo cual se muestra, que aquellos que están en las puertas de la Iglesia, no deben mancharse con ninguna suciedad, sino ser de fe purísima, y decir con el profeta: De tus mandamientos he entendido (Sal. CXVIII, 104). Y escuchar aquello: Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Pero los muros de la ciudad, o los límites y el perímbolo, se construyen con piedras escogidas, que podemos entender como las otras piedras, y que todos sus hijos sean enseñados, o discípulos de Dios: con cuyo testimonio el Señor usa en el Evangelio de Juan, diciendo: Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae, y todo el que ha oído y aprendido del Padre, viene a mí (Juan VI, 44, 45). Y poco después, está escrito en los profetas: Serán todos enseñados por Dios. Y también habla por Jeremías: Dando mis leyes en sus mentes, y sobre sus corazones las escribiré; y no enseñarán más cada uno a su prójimo y a su hermano diciendo: Conoce al Señor. Porque todos me conocerán desde el menor hasta el mayor. Porque seré propicio a sus iniquidades, y no recordaré más sus pecados (Jeremías XXXI, 33, 34). Pero la doctrina de los discípulos de Dios tiene una multitud de paz, que les ha sido dejada por el Señor: y la edificación de la ciudad bellísima se completa con justicia; para que de ninguna manera sea Dios de una sola nación, sino del mundo entero, llamando a su fe a siervos y libres, griegos y bárbaros, ricos y

pobres, nobles e innobles, hombres y mujeres, niños y ancianos, y todo lo que en el mundo parece ser contrario (Juan XIV). Hemos excedido el límite de la brevedad, que es útil en todo lo que se debe decir: de ninguna manera buscando la ciudad de Dios en la tierra, sino en los cielos, que en Cristo no puede estar oculta.

(Vers. 14.) Aléjate de la calumnia, porque no temerás; y del terror, porque no se acercará a ti. LXX: Aléjate de la iniquidad, y no temerás, y el temblor no se acercará a ti. Un orden bellísimo. Había consolado a la pobre y humilde, prometiéndole gracias espirituales. Ahora enseña qué debe hacer si no quiere temer los ataques de los adversarios. Y el sentido es: No quieres temer a tus enemigos, haz lo que te digo: Aléjate de la calumnia, o de la iniquidad: porque toda iniquidad y rapiña nace de la calumnia; y no temerás, y el temblor y el terror no se acercarán a ti, para que no temas a los hombres, sino a Dios, diciendo con Moisés: Estoy temblando y temeroso (Deut. IX, 19); y con uno de los amigos de Job: El horror y el temblor vinieron sobre mí; y sacudió mucho mis huesos (Job IV, 14); y con el profeta: A la voz de mi oración entró el temblor en mis huesos (Infra LXVI, 2); y: Sobre quién reposa el Señor, sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante sus palabras (Prov. X)? Por otro lado, hay otro temblor de los impíos, que nace del miedo al castigo. De lo cual está escrito: El temblor aprehendió a los impíos (Sal. XLVII, 7).

(Vers. 15.) He aquí que vendrá el extranjero, que no estaba conmigo; tu antiguo forastero se unirá a ti. LXX: He aquí que los prosélitos se acercarán a ti por mí, y serán tus colonos, y acudirán a ti. Y los judíos piensan que esto se dice a Jerusalén, que muchos de los gentiles serán prosélitos, y aceptarán la ley de Moisés y sus ceremonias. Lo que nosotros, según la interpretación comenzada, referimos a la Iglesia, que por los apóstoles fue congregada de ambos pueblos, que no tiene mancha ni arruga, que es libre, y madre de todos los creyentes (Efes. V; Gál. IV). A esos prosélitos y forasteros para congregar, el Señor envió a sus discípulos, diciendo: Enseñad a todas las naciones (Mat. ult., 19), para que acudan al Evangelio, y acepten la nueva Ley, para que los antiguos habitantes de la idolatría se conviertan en colonos de la Iglesia. De los cuales se dice en los salmos: El Señor hace sabios a los ciegos. O como se lee en los códices latinos: El Señor ilumina a los ciegos, el Señor ama a los forasteros (Sal. CXLV, 8, 9): para que después de que los ciegos hayan recibido la luz de la verdad, y los necios hayan aprendido la sabiduría, entonces, pasando a la Iglesia, sean amados por el Señor, y escuchen por el profeta: Llamaré a no pueblo mío, pueblo mío (Oseas II, 24); al entrar en el Templo de Dios, el celo aprehendió al pueblo ignorante.

(Vers. 16, 17.) He aquí que yo he creado al herrero que sopla en el fuego las brasas, y que saca un vaso para su obra: y yo he creado al destructor para destruir. Todo vaso que se forme contra ti, no prosperará: y toda lengua que se levante contra ti en juicio, la condenarás. Esta es la herencia de los siervos del Señor: y su justicia está en mí, dice el Señor. LXX: He aquí que yo te he creado, no como el herrero que sopla en el fuego las brasas, y saca un vaso para la obra. Pero yo te he creado no para la destrucción de matar: todo vaso que se haga contra ti, no prosperará: y toda voz que se levante contra ti en juicio: todos ellos los vencerás ÷ y serán tus deudores en ella ** Esta es la herencia de los que sirven al Señor, y vosotros seréis justos para mí, dice el Señor. Digamos primero según el hebreo: Si quieres no temer, y que el miedo esté lejos de ti, haz lo que el discurso anterior narró; porque yo soy por quien tendrás prosélitos. Yo que he creado al herrero que sopla en el fuego las brasas, es decir, al diablo, artífice de todos los males, no por necesidad de la naturaleza, sino por libre albedrío de la mente. Quien ha suscitado incendios, y sacará contra ti vasos: como fueron Simón y Elimas los magos, resistiendo a Pedro y Pablo apóstoles (Hech. XIII). Yo he creado al destructor de aquellos que serán incrédulos. No porque yo sea la causa de su perdición, sino porque el

adversario fue creado para luchar, y para los vencidos es perdición, y para los vencedores es causa de premios. Y todos los que contra ti han sido fabricados por el herrero que sopla, no prosperarán, sino que sentirán penas presentes y futuras. Y lo que antes parecía oculto, en lo siguiente se dice más claramente: Y toda lengua que se levante contra ti en juicio la condenarás, destruyendo la sabiduría de los sabios, y rechazando la prudencia de los prudentes. Y a todos los príncipes de los herejes, y maestros de los judíos, y filósofos del mundo, que aquel herrero había fundido, los condenarás con tu juicio. Como también la Reina de Saba condenó a los incrédulos, y los ninivitas: y por el contrario, Sodoma será justificada en comparación con la peor Jerusalén (Mat. XII). Después de esto se introduce cuáles son las recompensas futuras, para que no piensen que la lucha es en vano, y que termina con la muerte presente. Esta es la herencia de los siervos del Señor, es decir, los reinos celestiales, y la vida eterna, y la retribución de los trabajos, que ojo no vio, ni oído oyó, ni subieron al corazón del hombre, que Dios ha preparado para los que le aman (II Cor. II). Si para los que aman, entonces también para los que sirven, que no tienen otro Señor, sino Dios. Y esta es la justicia de ellos que están ante Dios, dice el Señor, para que la tribulación presente se compense con el gozo futuro. Por otro lado, según los Setenta, este me parece el sentido: Yo, tu Creador, no te hice como el diablo, el peor herrero, que con un espíritu inmundo funde vasos de iniquidad, y los saca para la perdición: quien debe saber que tales vasos no tendrán un camino próspero, sino que se romperán en medio del curso. Pero cuáles son los vasos, el siguiente discurso lo demuestra; Y toda voz que se levante contra ti en juicio, todos ellos los vencerás. Los vasos de iniquidad tienen voz, que se levanta contra la Iglesia, cuando los herejes elevan su voz en alto, y su lengua pasa por la tierra. Y lo que sigue: Y serán tus deudores en ella, lo hemos marcado con un obelo, que parece añadido no tanto por los Setenta como por malos escribas. Pero cuando la Iglesia haya vencido toda voz que se levante contra ella, entonces para los que sirven al Señor y obedecen habrá herencia, posesión eterna. De la cual en Jeremías se dice con otras palabras: Hay recompensa para tus obras (Jerem. XXXI, 36). Y los habitantes de la Iglesia serán justos para el Señor. Porque todo el que hace justicia, ha nacido de Dios. A quienes el Señor habla: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XX, 26).

(Cap. LV.---Vers. 1.) Todos los sedientos, venid a las aguas, y los que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed: venid, comprad sin dinero, y sin ninguna permuta vino y leche. ¿Por qué gastáis dinero no en panes, y vuestro trabajo no en saciedad? LXX: Los que tenéis sed, id al agua, y todos los que no tenéis dinero, id, comprad y comed, y caminad, y comprad sin dinero y sin precio vino y grasa. ¿Por qué compráis con dinero, y vuestro trabajo no en saciedad? La palabra hebrea OI (), de la que antes en la profecía contra Ariel dije (Ad cap. 29), que era ambigua, y podía significar una interjección de llamado, o un ay, aquí al principio del capítulo, no se lee como de lamento, sino con afecto de llamado. Porque entonces había dicho que todo vaso formado contra la Iglesia sería quebrantado, y toda voz y lengua que se armara contra el conocimiento de Dios sería superada: provoca a los creyentes al río de Dios, que está lleno de aguas, y cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios, para que beban aguas de las fuentes del Salvador, que habla a la samaritana: Si conocieras la gracia de Dios, y quién es el que te dice, dame de beber: tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua. El agua que yo le daré, se convertirá en él en una fuente de agua que salta para vida eterna (Juan IV, 10, 14). De estas aguas clamaba en el Templo: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que beba del agua que yo le daré, de su interior correrán ríos de agua viva (Ibid., 37, 38), significando el Espíritu Santo, que los creyentes iban a recibir, y del cual el Profeta resonaba con lenguaje místico: Mi alma tiene sed de Dios vivo (Sal. XLI, 2); y de nuevo: En ti está la fuente de la vida (Sal. XXXV, 10). Que él mismo hablaba de sí: Me dejaron a mí, fuente de agua viva: y cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden contener

agua (Jerem. II, 13). Estas aguas las esparcen las nubes, a las que llega la verdad de Dios. Como está escrito: Y las nubes esparzan justicia (Isai. XLV, 8, según LXX). Se ordena a los sedientos que no beban aguas turbias de Sior, y los torrentes hinchados de los asirios; sino que vayan a las aguas de Siloé, que van con silencio; y no teman la pobreza del discurso, si acaso no tienen dinero (Isa. XLV; Jerem. II), sino que escuchen al Apóstol diciendo: Por gracia sois salvos (Efes. II, 8); y al Señor a los discípulos: De gracia recibisteis, dad de gracia (Mat. X, 8). Y de manera maravillosa compran aguas sin dinero; y no las beben, sino que las comen. Porque él mismo es agua y pan, que descendió del cielo (Juan VI). Por lo tanto, lo que en algunos ejemplares se lee: Comprad, y bebed, ha sido cambiado por escribas ignorantes, 644 que pensaron que era más consecuente, si las aguas se bebieran, que si se comieran. Pero hay también un dinero malo, o plata, que la Escritura reprueba, diciendo: El dinero que se da con engaño, será considerado como un tiesto (Prov. XXVI, 23, según LXX); y en otro lugar: Vuestra plata es reprobada (Jerem. VI, 30). Y hay una plata que se compara con las palabras de Dios: Las palabras del Señor, palabras puras: plata refinada en el fuego de la tierra, purificada siete veces (Sal. XI, 7). Despreciando, pues, esa plata y dinero, con los cuales no podemos comprar las aguas del Señor, vayamos a él, que sosteniendo el cáliz del Sacramento, hablaba a los discípulos: Tomad y bebed, esta es mi sangre, que por vosotros será derramada para remisión de los pecados (Mat. XXVI, 27, 28). Ese vino lo mezcló la sabiduría en su cáliz, llamando a todos los necios del mundo y que no tienen la sabiduría del mundo, a beber: y para que no solo compremos vino, sino también leche, que significa la inocencia de los pequeños, que es costumbre y tipo en las Iglesias de Occidente hasta hoy, que a los renacidos en Cristo se les dé vino y leche. De la cual leche decía también Pablo; Os di a beber leche, no alimento sólido (I Cor. III, 2). Y Pedro: Como niños recién nacidos, deseáis la leche racional (I Pet. II, 2). De la cual leche Moisés, entendiendo en la pasión de Cristo, testifica con lenguaje místico: Sus ojos son más brillantes que el vino, y sus dientes más blancos que la leche (Gén. XLIX, 12). En el presente lugar, los LXX han traducido grasa por leche. De la cual el santo David dice en el salmo: Como con grasa y grosura se saciará mi alma (Sal. LXII, 6); y en otro lugar: Los alimentó con la grosura del trigo, y de la peña los sació con miel (Sal. LXXX, 17). Estas grosuras no significan otra cosa que la carne mística. A la cual el Señor exhortaba a los discípulos, diciendo: Si no coméis mi carne, y no bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros (Juan VI, 54). Por lo cual también en Getsemaní fue entregado, que significa valle de grasa, o muy fértil. Al mismo tiempo increpa a aquellos que siguen la sabiduría secular y las doctrinas perversas de los herejes y las tradiciones de los fariseos, y toda ciencia de falso nombre, que se eleva contra Dios, y con grandes precios y continuo trabajo gastan dinero por esa disciplina, en la cual no hay panes, y sudan por esos alimentos, en los cuales no hay saciedad. De lo cual se muestra que se debe seguir aquella sabiduría, que no está en las hojas y flores de las palabras, sino en las médulas y frutos de los sentidos; que no pasa por el oído, sino que refresca el alma. Para aprender la cual, no cruzamos los mares, ni necesitamos grandes gastos, sino que la palabra está cerca de nosotros, en nuestra boca, y en nuestro corazón.

(Vers. 2, 3.) Escuchad, oyentes míos, y comed lo bueno y se deleitará en grosura vuestra alma. Inclinad vuestro oído, y venid a mí: escuchad, y vivirá vuestra alma. Y haré con vosotros un pacto eterno: las misericordias fieles de David. LXX: Escuchadme, y comed lo bueno, y se deleitará en lo bueno vuestra alma. Atended con vuestros oídos, y seguid mis caminos: y escuchadme, y vivirá en lo bueno vuestra alma. Y estableceré para vosotros un pacto eterno, las santas de David fieles. Para que nadie piense que es el oído de la carne, no de la mente, al que exhorta a escuchar el discurso divino, no promete bienes de la carne, sino del alma. Porque si, dice, escucháis, comeréis los bienes de la tierra (Isai. I, 19). O el bien, que dice: Yo soy el buen pastor (Juan X, 11). Y se deleitará en lo bueno y en grosura vuestra

alma. Por lo tanto, los bienes que se prometen al alma, no son riquezas, ni la salud del cuerpo, ni las dignidades del mundo, que incluso los filósofos llaman indiferentes, es decir, ni buenos ni malos, y varían según la calidad de los que los usan; sino que se deben creer aquellos a los que nos exhorta Dios: Apártate del mal, y haz el bien (Sal. XXXVI, 27). Pero si los bienes del alma se llaman honestidad y virtudes; entonces los males, no son la pobreza, ni la enfermedad del cuerpo, ni la ignominia, sino todos los vicios, que son verdaderamente malos. De hecho, Abraham no tuvo bienes porque era rico, sino porque usó bien de las riquezas (Gén. XIII). Y Lázaro, que después descansó en su seno, no sufrió males porque con la pobreza padeció tormentos de enfermedades, sino que con los males que se consideraban en el mundo, alcanzó verdaderos bienes. Por lo cual también aquel rico vestido de púrpura recibió sus bienes en su vida, que para él eran bienes, que los consideraba bienes (Luc. XVI), y de Lázaro no se dice por el contrario: Recibió sus males en su vida; sino que recibió males en su vida, 646 que no eran malos para él, que los sufría, sino que a otros les parecían. El ejemplo de ambas cosas nos lo da el bienaventurado Job, que ni en los bienes ni en los males del mundo fue vencido, sino que soportó todo con igual firmeza de mente (Job. II). Por lo cual Salomón ruega a Dios: No me des riquezas ni pobreza. Establece para mí lo que es necesario y suficiente para mi sustento, para que no me sacie y me haga mentiroso, y diga: ¿Quién me ve? o necesitado robe y perjure el nombre del Señor (Prov. X, 8, 9). Pero si esto ruega, para que no tenga ni riquezas ni pobreza, sino solo lo necesario para el sustento, de lo cual también el Apóstol dice: Teniendo sustento y abrigo, con esto estamos contentos (I Tim. VI): es evidente que las riquezas y la pobreza, la salud y la enfermedad, el placer y los tormentos, no son ni buenos ni malos, sino que se hacen buenos y malos según la diversidad de los que los soportan. Por lo tanto, no según los milenaristas, la abundancia de bienes, y los alimentos delicados, y la grosura del cuerpo, las faisanes y las tórtolas rellenas, el vino dulce, la belleza de las esposas, la multitud de hijos, el Señor promete al alma, sino aquellas delicias, a las que nos provoca místicamente diciendo: Deléitate, o disfruta de las delicias en el Señor, y te dará las peticiones de tu corazón (Sal. XXXVI, 4); y en otro lugar: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13); y en otro salmo: Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi interior su santo nombre. Que llena de bienes tu deseo (Sal. CII, 1 y 5). Finalmente añade: Escuchadme, y vivirá vuestra alma (Isai. LV, 3). La promesa de todos los bienes es la vida eterna. Si queréis escuchar, y vuestra alma vivirá para siempre, haré con vosotros un pacto eterno, las misericordias fieles de David. De las cuales el mismo Salmista cantaba: Las misericordias del Señor cantaré eternamente. En generación y generación anunciaré tu verdad (Sal. LXXXVIII, 1, 2). Y para que sepamos cuáles son esas misericordias, el siguiente discurso lo demuestra: Una vez juré por mi santidad: si miento a David, su descendencia permanecerá para siempre, y su trono como el sol ante mí, y como la luna perfecta para siempre, y testigo fiel en el cielo. Que por eso se llama fiel, porque cumplió lo prometido. Por lo cual los LXX tradujeron, las santas de David fieles (Hech. XIII, 34): lo que puede ser entendido como firmes y robustas. Como es aquello: Fieles son todos sus mandamientos: confirmados para siempre (Sal. CX, 8). Y en otro lugar: Dios fiel, y no hay iniquidad en él (Deut. XXXII, 4). Y el apóstol Pablo: Si le negamos, dice, él permanece fiel: no puede negarse a sí mismo (II Tim. II, 13). Y en otro lugar escribiendo a Timoteo: Fiel es el dicho, y digno de toda aceptación (I Tim. XV). Pero este pacto, que el Señor promete, no será breve y de un solo tiempo, como fue el del pueblo de los judíos, sino que permanecerá para siempre, para que venga el verdadero David, y en el Evangelio se cumplan las cosas prometidas por la persona de Dios: He hallado a David mi siervo, con mi santa misericordia lo ungí (Sal. LXXXVIII, 21). Cuya mano puso en el mar, y en los ríos su diestra. A quien según Ezequiel, ya dormido David por muchos siglos, llama su siervo y pastor diciendo: Levantaré para vosotros un pastor, mi siervo David (Ezequ. XXXIV, 23).

(Vers. 4, 5.) He aquí que lo he dado como testigo a los pueblos, como líder y maestro a las naciones. He aquí que llamarás a una nación que no conocías, y naciones que no te conocían correrán hacia ti, por causa del Señor tu Dios y del Santo de Israel, porque Él te ha glorificado. LXX: He aquí que lo he dado como testimonio a las naciones, como príncipe y maestro a las naciones: las naciones que no te conocían te invocarán, y los pueblos que no te conocían acudirán a ti, por causa del Señor tu Dios, el Santo de Israel, que te ha glorificado. Había instado al pueblo judío a creer, para que inclinaran su oído y aceptaran el pacto eterno que el Señor había prometido a David, a Abraham y a su descendencia, diciendo: En tu descendencia serán bendecidas las naciones (Génesis XXII, 18). Lo cual el apóstol Pablo explica diciendo: No dijo "en las descendencias", sino "en la descendencia", que es Cristo (Gálatas III, 16). Y como sabía que, al no creer ellos, los pueblos de las naciones creerían, se dirige a las naciones; y dice que ha enviado a su Hijo como testigo o testimonio de todas las naciones, quien anunciaría sus preceptos y mandamientos a los pueblos, quien habla de sí mismo: Es necesario que este Evangelio sea predicado en todo el mundo, en testimonio a todas las naciones (Mateo XXIV, 14). Finalmente, refuta al soberbio Pilato con estas palabras: Para esto he nacido, para dar testimonio de la verdad (Juan XVIII, 37). De quien el apóstol Pablo escribe a Timoteo: Un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, quien se dio a sí mismo como redención por todos, testimonio en los tiempos oportunos: en el cual he sido puesto como pregonero y apóstol (I Timoteo II, 5). Por lo tanto, todo lo que se dice debe referirse a aquel que fue llevado como oveja al sacrificio, y como cordero ante el que lo trasquila no abrió su boca. De quien se dice más arriba: Lo vimos, y no tenía apariencia ni hermosura (Isaías LIII, 2); y: Él llevó nuestros pecados, y sufrió por nosotros. A él acudieron, o corrieron, quienes antes no lo conocían, diciendo: Dios es nuestro refugio y fortaleza (Salmo XLV, 1); y de nuevo: Señor, has sido nuestro refugio de generación en generación (Salmo LXXXIX, 1). De cuya fe leemos más arriba: Aquellos a quienes no se les había predicado acerca de él, verán: y los que no habían oído, entenderán. Este es el testigo de todo lo que el Padre prometió y cumplió al mundo, cuyo misterio Pablo resume brevemente a los Efesios: Dios, dice, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de la gloria (Efesios I, 3): De quien ahora está escrito: Por causa del Señor tu Dios, y del Santo de Israel, que te ha glorificado, y esa gloria que tuvo antes de que el mundo fuera creado. De la cual también el Profeta testifica: Aparecerá la gloria de Dios (Hebreos I), quien es el resplandor de la gloria, y la forma de su sustancia, cuando toda lengua confesará que el Señor Jesús está en la gloria del Padre (Filipenses II). Quien respondió al Hijo que pedía la gloria que había tenido antes: Y he glorificado, y glorificaré. De quien también el apóstol Juan dice: Vimos, dice, su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad (Juan XII, 28; I, 14). Por lo tanto, cuando habla de él: Quien en el principio estaba con Dios, era el Verbo de Dios, se le llama Padre de la gloria: pero cuando habla de él que dice en el Evangelio: ¿Por qué me perseguís, hombre que os hablo la verdad? (Juan VIII, 4), se le llama Dios de nuestro Señor Jesucristo. No porque sean diferentes (lo cual es el peor error de muchos), sino porque el mismo Hijo de Dios, ahora habla de la gloria de su divinidad, ahora de los afectos de nuestra naturaleza, que se dignó asumir.

(Vers. 6, 7.) Buscad al Señor mientras puede ser hallado; invocadlo mientras está cerca. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, y Él tendrá misericordia de él, y a nuestro Dios, porque es abundante en perdonar. LXX: Buscad al Señor: y cuando lo hayáis encontrado, invocadlo. Y después de que se os haya acercado, deje el impío sus caminos y el hombre inicuo sus pensamientos y vuélvase al Señor: y alcanzará misericordia: porque mucho perdonará vuestros pecados. Porque, como ya dijimos antes, no quisisteis recibir el pacto eterno, y las misericordias fieles de David, que, al no querer

vosotros recibirlas, las recibió la multitud de los gentiles, os aconsejo a vosotros, mi pueblo, yo el Profeta, y os exhorto, mientras hay tiempo, a hacer penitencia. Convertíos a aquel que ahora os habla a través de los Profetas, quien después hablará presente. Buscadlo mientras puede ser hallado, mientras estáis en el cuerpo, mientras se da lugar a la penitencia, y buscadlo no en lugar, sino en fe. Cómo debe buscarse a Dios, se dice más plenamente en otro lugar: Pensad en el Señor con bondad, y buscadlo con sencillez de corazón: porque es hallado por aquellos que no lo tientan: y se manifiesta a aquellos que no le son incrédulos (Isaías I, 1, 2). Por lo cual también nosotros, sabiendo lo que se dice de los pecadores: Los que se alejan de ti, perecerán, digamos al Señor: ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás: si desciendo al infierno, allí estás (Salmo CXXXVIII, 7, 8). E invoquémoslo mientras está cerca, para que no se aleje de nosotros por nuestros vicios y pecados. Porque se acerca a los que se acercan a Él, y corre gozoso al hijo que regresa después de mucho tiempo. Por lo cual el santo canta en el salmo: Pero para mí, acercarme a Dios es bueno (Salmo LXXII, 28). Y Moisés se acercaba solo al Señor (Éxodo XX). Y a través de Jeremías, Dios dice: Yo soy un Dios cercano, y no de lejos (Jeremías XXIII, 33). Cercano a aquellos que se acercan a mí con fe, y alejado de aquellos que se alejan de mí con incredulidad. Por lo cual se dice a los creyentes: Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros. Y para que no pensemos que esto puede ser suficiente, inmediatamente añade: Resistid al diablo, y él huirá de vosotros (Santiago IV, 8). De quien se había dicho antes: Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe (I Pedro V, 8, 9). No basta con buscar al Señor, y encontrarlo mientras hay tiempo de penitencia, e invocarlo mientras está cerca, a menos que el impío deje sus caminos antiguos, y los pensamientos antiguos con los que se había apartado del Señor. Entonces volveremos al Señor, quien tendrá misericordia de nosotros; y al padre clementísimo, que es abundante en misericordia, y fácil de perdonar, cuando hayamos dejado los pensamientos y caminos antiguos, para que después merezcamos escuchar: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Salmo XXXI, 1).

(Vers. 8, 9.) Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, dice el Señor. Porque como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos que vuestros pensamientos. LXX: Porque mis pensamientos no son como vuestros pensamientos: ni como mis caminos, vuestros caminos, dice el Señor. Sino que cuanto dista el cielo de la tierra, tanto dista mi camino de vuestros caminos, y vuestros pensamientos de mi pensamiento. No penséis, dice, que es difícil lo que prometo, y que os parece increíble que el impío y el inicuo puedan ser salvados, ya sea el pueblo judío, o todos los que en las naciones no conocían a Dios: considerad esto, que hay mucha diferencia entre mis consejos y los vuestros, y tanta diversidad de voluntad como de naturaleza (Proverbios XIX). Porque muchos son los pensamientos en el corazón del hombre, pero el consejo del Señor permanece para siempre. Vosotros, como hombres, a menudo arrepentidos de lo prometido, habéis subvertido la voluntad antigua con una nueva voluntad. Porque el Señor disipa los consejos de las naciones, y reprueba los pensamientos de los pueblos, y hace vanas las voluntades de los príncipes (Salmo XXXII). Pero los pensamientos de su corazón son de generación en generación; y lo que Él ha decretado, no puede ser cambiado. ¿Queréis saber la diferencia entre mi consejo y el vuestro? Cuanto dista el cielo de la tierra, y es diferente la morada de los ángeles de la de los hombres, tanto mis pensamientos se separan de vuestros consejos. Porque de mis pensamientos se dice: Sus juicios son inescrutables, y sus caminos son ininvestigables (Romanos XI, 33). Pero de los vuestros: Han tramado un consejo que no pudieron establecer (Salmo XX, 12). Y en otro lugar: Cualquier consejo que toméis, será

disuelto, y cualquier cosa que digáis, no permanecerá en vosotros (Isaías VIII, 10). No necesitan una interpretación clara, por lo tanto, se resumen más que se discuten.

(Vers. 10, 11.) Y como desciende la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la fecunda, y la hace germinar, y da semilla al sembrador, y pan al que come: así será mi palabra, que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y prosperará en aquello para lo que la envié. LXX: Como si descendiera la lluvia, o la nieve del cielo, y no volviera, hasta que riegue la tierra, y la haga germinar y brotar, y dé semilla al sembrador, y pan para comer: así será mi palabra, que salga de mi boca: no volverá hasta que complete lo que quiero, y haga prósperos sus caminos y mis preceptos. Lo que se dice depende de lo anterior, y aquí el sentido es breve: no sea incrédulo el pueblo de las naciones, que después de tantos crímenes el impío de repente sea salvado. Porque mis pensamientos no son como los pensamientos de los hombres, y cuanto dista el cielo de la tierra, tanto mis pensamientos están separados de los pensamientos de los hombres. Porque yo soy clementísimo, y abundante en perdonar. ¿Queréis recibir otra similitud? Como la lluvia y la nieve descienden del cielo, y no vuelven allá, sino que riegan la tierra, y la fecundan, y hacen brotar diversas semillas, para que con cosechas abundantes se produzcan panes para el uso de los hombres: así la palabra de mi promesa, que una vez prometida, y que ha salido de mi boca, no será en vano; sino que todo se cumplirá en obra. Según la anagogía, hay una doble inteligencia, que la palabra del Señor sea aquel de quien está escrito: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Quien no volverá a Él vacío, a menos que haga la voluntad del Padre; y complete todo por lo que fue encarnado, y reconcilie el mundo con Dios. Quien se dice que procede de la boca, y del útero y del vientre: no porque Dios tenga estos miembros, sino porque aprendemos la naturaleza del Señor a través de nuestras palabras. O ciertamente debe decirse que la palabra de la doctrina evangélica se llama lluvia, y las lluvias que derraman sobre la buena tierra, nubes espirituales, a las que llega la verdad de Dios. Esta lluvia, y estas lluvias, Moisés las promete en el Cántico de Deuteronomio (Deuteronomio XXXII, 1, 2): Oiga la tierra las palabras de mi boca: que mi enseñanza caiga como la lluvia, y mis palabras desciendan como el rocío; para que los que siembran con lágrimas, cosechen con alegría (Salmo CXXV). Y los que siembran en justicia y en espíritu, cosechen el fruto de la vida eterna, y reciban el pan de la doctrina evangélica, del cual está escrito en los Proverbios y en el Eclesiastés: Abre tus ojos, y saciaos de panes (Proverbios XX, 13); y de nuevo: Echa tu pan sobre las aguas, porque después de muchos días lo hallarás (Eclesiastés XI, 1). Porque no se debe creer que se ordena a los que comen, que para comer este pan, con el que se nutren los cuerpos, deban abrir los ojos, y así saciarse de panes, que en Habacuc el pobre come en secreto (Habacuc III). Sino que se exhorta al pan de la doctrina de Dios, que, a menos que abramos los ojos de nuestro corazón, no podemos comer. De lo cual Pablo escribe a menudo a aquellos que se nutren con las palabras de fe y verdad (II Corintios IX). Y se ordena al maestro, que envíe el pan de su doctrina sobre toda agua, e infunda a todos la gracia espiritual, y sepa que si hace lo que se le ha mandado, al final de los tiempos recibirá su recompensa. Y parecerá bastante injusto, que quien da limosna, haga amigos con el mamón de iniquidad, que lo reciban en las moradas eternas (Lucas XVI): y quien da alimentos espirituales, y da a sus consiervos su ración a tiempo, no los encuentre después de muchos siglos, que el Eclesiastés llama multitud de días (Eclesiastés XI).

(Vers. 12, 13.) Porque con alegría saldréis, y en paz seréis conducidos. Los montes y las colinas cantarán delante de vosotros alabanza, y todos los árboles del campo aplaudirán con las manos. En lugar de la zarza crecerá el ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá el mirto. Y el Señor será nombrado como señal eterna, que no será quitada. LXX: Con alegría saldréis, y

con gozo seréis conducidos. Los montes y las colinas saltarán, esperándoos con gozo, y todos los árboles del campo aplaudirán con sus ramas. Y en lugar de los troncos más viles ascenderá el ciprés: y en lugar de la conyza ascenderá el mirto. Y el Señor será en nombre y en señal eterna, y no fallará. Mi palabra, dice, no volverá vacía, sino que después de haber cumplido todo lo que quise, y haber hecho mi voluntad en la tierra, entonces vendrá a mí; y se cumplirá lo que está escrito: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha: hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Salmo CIX, 1, 2). Porque con alegría saldréis de la sangre de la idolatría, y seréis conducidos en paz; para que escuchéis del Apóstol: Gracia y paz a vosotros (Romanos I, 7). O seréis conducidos con gozo: para que después de la sombra de la Ley aprendáis la verdad del Evangelio. Porque los montes y las colinas, que podemos entender como ángeles, y las almas de los santos, que por la variedad de virtudes se llaman montes y colinas, se alegrarán sobre los penitentes, y manifestarán la alegría de su mente con saltos. Lo cual también el Señor dice en el Evangelio: Se alegrarán los ángeles en el cielo por un pecador que se arrepiente (Lucas XV, 7). También todos los árboles del campo aplaudirán con las manos, o con las ramas, que están plantados junto a corrientes de agua, que darán su fruto a su tiempo, y su hoja no caerá (Salmo I). De los cuales un árbol hablaba en el salmo: Pero yo, como olivo verde en la casa de Dios (Salmo LI, 10). Preguntemos a aquellos que solo siguen la historia simple, y comen las carnes cocidas del cordero. Si los árboles aplauden con las ramas, y hacen ruido con las manos, y lo que se dice de los ríos: Los ríos aplaudirán con las manos (Salmo XCVII, 8), en qué sentido debe entenderse. No solo los montes y las colinas saltarán y cantarán; y todos los árboles del campo, al que el Señor ha bendecido, aplaudirán con las ramas, y harán ruido con las manos: sino que también la zarza y la conyza, o la saliuncula y la ortiga, se convertirán en abeto y mirto y ciprés. La zarza según Símaco y los LXX en hebreo se escribe NESUS (): que Aquila y Teodocio interpretaron como conyza. La conyza es una hierba muy vil y amarga, de olor pésimo. Donde los Setenta tradujeron conyza, que en hebreo se dice SARPHOD (), Símaco traduce como ortiga. Sea como sea la propiedad de los nombres, debe decirse que lo malo se convierte en bueno, y que en lugar de vicios nacen virtudes, es decir, en lugar de iniquidad, justicia; en lugar de temeridad, fortaleza; en lugar de lujuria, templanza; en lugar de necedad, prudencia. Demos ejemplos de los mayores: Mateo y Zaqueo y los publicanos, eran saliuncula, y zarza, y troncos inútiles, y conyza de sabor amargo, y de olor muy malo, diciendo: Se pudrieron y se corrompieron mis cicatrices, a causa de mi insensatez (Salmo XXXVII, 6). Estos, transformados repentinamente en apóstoles, se convirtieron en ciprés, y abeto, y mirto, de olor óptimo, y necesarios para diversas obras. También Pablo, perseguidor de la Iglesia, cuando escuchaba del Señor: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro es para ti dar coces contra el aguijón (Hechos IX, 4, 5), era una ortiga, con los aguijones de la persecución. Pero cuando predicó el Evangelio en todo el mundo, y podía decir: Somos buen olor de Cristo (II Corintios II, 15), con razón se le llama ciprés, y mirto. Las prostitutas y los publicanos preceden a los fariseos en el reino de Dios, y el ladrón pasa de la cruz al paraíso (Mateo XXI). Por lo tanto, lo que se dice en el Evangelio: No puede el árbol bueno dar frutos malos (Lucas VI, 43; Mateo VII, 18), no se refiere a la propiedad de la naturaleza, como quieren los herejes, sino al libre albedrío de la mente. Finalmente, se añade: O haced el árbol bueno, y su fruto bueno. De lo cual es evidente, que cada uno por su propia voluntad hace su alma un árbol bueno o malo, cuyos frutos son variados. Sigue: Y el Señor será en nombre y en señal eterna, que no fallará. A aquellos que de malo se hayan convertido en bueno, el Señor será en nombre y en señal eterna, para que sean llamados por su nombre cristianos, y sean marcados con el signo de su cruz. De lo cual Simeón, sosteniendo al niño en sus brazos, hablaba: Este será para caída y para levantamiento de muchos, y para señal que será contradicha (Lucas II, 34): de lo cual también se dijo antes: El Señor os dará una señal (Isaías VII, 14): Y el santo canta en el salmo: Haz conmigo, Señor, una señal para bien (Salmo

LXXXV, 17). Y él mismo que es la señal: Cuando veáis, dice, la señal del Hijo del Hombre, que no fallará, ni cambiará con ningún fin, sino que pasará de la conversación presente al futuro.

(Cap. LVI.---Vers. 1.) Así dice el Señor: Guardad el derecho y practicad la justicia, porque mi salvación está cerca de llegar y mi justicia de manifestarse. Los Setenta, en lugar de justicia, tradujeron misericordia, lo demás de manera similar. Terminado el vaticinio de las naciones, que con la llegada de la palabra de Dios serán transformadas de cardo y ortiga en ciprés y mirto, Isaías habla a los oyentes de su tiempo para que hagan todo lo que es recto y se preparen para la llegada del Salvador, porque Él es la justicia y la misericordia de Dios. Si los pensamientos de los Santos son juicios, y debemos tener sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal, ¿por qué no guardamos siempre el juicio, para no despreciar al pobre en el juicio, ni temer el poder del rico, sino juzgar al grande como al pequeño, sabiendo, según Moisés, que el juicio es del Señor, quien juzga a los que juzgan (Deut. I); como también se lee en el salmo: Dios se levanta en la asamblea de los dioses; en medio de los dioses juzga (Sal. LXXXI, 1). A esto que ahora se dice: Guardad el juicio y practicad la justicia, se asemeja aquello: Bienaventurados los que guardan el juicio y practican la justicia en todo tiempo (Sal. CV, 3); para que persigan justamente lo que es justo. Aunque en el nombre de justicia, me parece que se significa todo lugar, porque quien hace una justicia, se dice que ha cumplido todas las virtudes que se siguen y se adhieren mutuamente: de modo que quien tiene una, las tiene todas, y quien carece de una, carece de todas. Algo similar dice el salmo catorce: El que camina íntegro y practica la justicia (Sal. XIV, 2). Y en otro lugar está escrito: Aprended justicia, los que habitáis en la tierra (Is. XXVI, 9). Que el Salvador, quien se hizo para nosotros justicia, santidad y redención, sea la misericordia de Dios, lo atestiguan las palabras de los santos: Y envió Dios su misericordia y su verdad (Sal. LVI, 4).

(Vers. 2.) Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo del hombre que lo retiene: guardando el sábado, para no profanarlo: guardando sus manos, para no hacer ningún mal. Los Setenta: Bienaventurado el hombre que hace estas cosas, y el hombre que retiene estas, y guarda los sábados, para no profanarlos, y guarda sus manos, para no hacer iniquidad. Quien puede decir con el apóstol Pablo: Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; pero cuando llegué a ser hombre, dejé lo que era de niño (I Cor. XIII, 11): este alcanza la bienaventuranza presente, olvidando lo pasado y extendiéndose hacia el futuro hasta llegar a la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo; para que le sea aplicable aquel salmo: Bienaventurado el hombre que no anduvo en el consejo de los impíos (Sal. I, 1). Este, pues, hombre, y el hijo del hombre interior, del que en Levítico se dice frecuentemente: Hombre, hombre (Lev. XVII, 8): en esto es bienaventurado, porque hace primero y retiene estas cosas: el juicio y la justicia y la salvación del Señor, que está cerca y será revelada a todas las naciones: para que no solo haga lo que se le manda, sino que lo retenga con mano firme; y guarde el sábado, para no profanarlo: Lo que es el sábado, que se mandó observar, lo muestra el siguiente verso: Guardando sus manos, para no hacer ningún mal. Pues no sirve de nada sentarse en sábado, o dormir, y entregarse a banquetes. Sino que, haciendo el bien, descanse de los males, y tenga un sábado perpetuo de iniquidad, es decir, ocio, y haga solo lo que concierne a la salvación del alma, y no se mueva para ninguna obra servil. Porque quien comete pecado, es esclavo del pecado (Juan VIII). Pero nosotros hemos sido llamados a la libertad, la cual nos ha dado Cristo (Gál. IV), para que no trabajemos por el alimento que perece; sino que, adhiriéndonos al Señor, digamos con el Profeta: Pero para mí, el bien es estar cerca de Dios (Sal. LXXII, 28). Seamos con Él un solo espíritu, y cumplamos los sábados dedicados, para no ser de los seis días en que fue hecho el mundo, de los cuales no

eran los Apóstoles, a quienes el Señor hablaba: Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo. Pero ahora no sois del mundo, porque yo os elegí, y por eso el mundo os odia (Juan XV, 19).

(Vers. 3.) Y no diga el hijo del extranjero, que se adhiere al Señor, diciendo: El Señor me separará de su pueblo: y no diga el eunuco: He aquí, soy un árbol seco. Los Setenta: No diga el extranjero, que se ha añadido al Señor: ¿Acaso me separará el Señor de su pueblo? y no diga el eunuco, porque soy un árbol seco. Quienes entienden humildemente este lugar, lo refieren a los prosélitos de entre las naciones y a los verdaderos eunucos, que si los extranjeros han aceptado la ley del Señor, y se circuncidan, y los eunucos, como aquel de la reina Candace (Hechos VIII), que ni siquiera en el camino podía estar ocioso, y mientras buscaba un intérprete de la lectura, encontró a Cristo, a quien buscaba, no sean ajenos a la salvación de Dios. Esto, dicen, se dice contra los judíos, que se jactan de la nobleza de su linaje, y dicen ser hijos de Abraham, y consideran bienaventurados a quienes tienen descendencia en Sion, y familiares en Jerusalén (Juan VIII). Pero nosotros, que antes interpretamos como cardo y ortiga y como abeto y ciprés y mirto (Supra ad cap. LV), ahora entendemos que son llamados a la fe del Evangelio: que no deben desesperar si se adhieren al Señor: ni deben pensar que están separados del pueblo de Dios. Porque todos los que han sido bautizados en Cristo, se han revestido de Cristo (Gál. V). No hay judío ni gentil, circuncisión ni incircuncisión, a quienes en el Cántico del Deuteronomio se les ordena: Alégrense, naciones, con su pueblo, es decir, de Dios, que tuvo primero al pueblo de los judíos (Deut. XXXIII, 43). Quienes vienen de Oriente y Occidente, descansarán en el seno de Abraham. Esto es lo que también decía Juan el Bautista: Y no digáis: Tenemos por padre a Abraham. Porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras (Mat. III, 9). Y así como en los prosélitos no hay ninguna diferencia, sino que tanto hombres como mujeres son llamados igualmente a la salvación: así también en los eunucos que se han castrado por el reino de los cielos, se acepta a ambos sexos; que han mortificado sus miembros sobre la tierra, fornicación, impureza, pasión, deseo malo: hasta que todos lleguen al hombre perfecto, y digan con el Apóstol: No conocemos a nadie según la carne. Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (I Cor. V, 16). Por tanto, en los eunucos no deben entenderse aquellos que el ardiente poeta describe diciendo (Lucan. lib. X): Ni tampoco la juventud infeliz truncada por el hierro, y los hombres castrados... sino aquellos de los que el Señor habla en el Evangelio: Que se han castrado por el reino de los cielos (Mat. XIX, 12): como eran también los Apóstoles, que admirados y por la dificultad de la cosa decían: ¿Quién, pues, puede salvarse? respondió el Salvador: El que pueda aceptar esto, que lo acepte. Por lo cual también el Apóstol de estos eunucos, es decir, de las vírgenes, testifica que no tiene mandato del Señor, sino que da consejo como quien ha alcanzado misericordia del Señor, queriendo que todos sean como él mismo: Porque el tiempo, dice, está cerca: resta, pues, que los que tienen esposa, sean como si no la tuvieran (I Cor. VII, 29). Porque quien ha sido llamado libre de la servidumbre y del oficio conyugal, este es verdaderamente siervo de Cristo.

(Vers. 4, 5.) Porque así dice el Señor a los eunucos: Si guardan mis sábados, y eligen lo que yo quiero, y mantienen mi pacto, les daré en mi casa, y dentro de mis muros un lugar: y un nombre mejor que el de hijos e hijas: les daré un nombre eterno, que no perecerá. Los Setenta: Así dice el Señor a los eunucos: Que guarden mis sábados, y elijan lo que yo quiero, y mantengan mi testamento, les daré en mi casa, y en mi muro un lugar nombrado, mejor que el de hijos e hijas: les daré un nombre eterno y no perecerá. Propuso dos cosas, prosélitos y eunucos. Primero habla de los eunucos, y les da preceptos de vida, y les promete recompensas futuras. Y después de ellos viene a los prosélitos, prometiéndoles también cosas

similares. Habla, pues, a los eunucos, que por desesperación dijeron: He aquí, soy un árbol seco (Éxodo XXIII), para que no piensen que están sujetos a la maldición, que se dijo a los estériles: Maldito el estéril que no engendra descendencia en Israel (Deut. VII). Si, dice, guardan mis sábados, y de mis preceptos eligen lo que yo quiero, y no lo que concedí por la debilidad de los oyentes, y mantienen mi pacto o testamento con toda fidelidad, les daré en mi casa, y en mi Templo, y en los muros de mi ciudad más firme un lugar, y un nombre mejor que el de hijos e hijas, que no será borrado por el olvido. Quiénes son los eunucos ya lo dijimos, quienes están atentos a las cosas de Dios; a quienes también habla la Sabiduría, que se inscribe bajo el título de Salomón: Bienaventurada la estéril inmaculada, que no conoció lecho en delito, tendrá fruto en la visitación de las almas. Y el eunuco, que no ha obrado con mano iniquidad, ni ha pensado mal contra el Señor. Porque se le dará a su fe gracia escogida, y parte en el templo del Señor deleitable (Sab. III, 13, 14). Esta estéril es fecunda en virginidad; este eunuco hace violencia al reino de los cielos, y lo arrebata con violencia. Este es guardián de los sábados, para que nunca haga obras de matrimonio (I Cor. VII). Este eligió lo que el Señor quiso, para ofrecer más de lo que se le mandó: para no considerar la indulgencia de su Apóstol, sino su voluntad. Este mantiene el pacto eterno del Señor, para no vacar a la oración por un tiempo, y luego volver a lo mismo, sino que sabe que recibirá en la casa del Señor, que es su Iglesia, el mejor lugar. Porque hay muchas moradas en la casa del Padre (Juan XIV). Y quien sea eunuco, y haga todo lo que está escrito, tendrá en sus muros el mejor lugar, para que sea torre del Señor, y esté en el grado sacerdotal, y tenga muchos hijos espirituales en lugar de hijos carnales. Tal eunuco fue, según las historias eclesiásticas, el Evangelista Juan, a quien Jesús amó mucho, que se recostó sobre el pecho de Jesús (Juan XIII); que, caminando Pedro más lentamente, voló con las alas de la virginidad hacia el Señor (Juan XX); que, sumergiéndose en el secreto de la divina natividad, se atrevió a decir lo que todos los siglos ignoraban: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios (Juan I, 2). Que cese, pues, toda burla de los judíos, y deje de exponerse al ridículo, abriendo el reino de los cielos a los semivírgenes, ya que la castidad no está en la debilidad del cuerpo, sino en la voluntad del alma.

(Vers. 6, 7.) Y a los hijos del extranjero, que se adhieren al Señor, para servirle, y amar su nombre, para serle siervos: a todos los que guardan el sábado para no profanarlo, y mantienen mi pacto, los llevaré a mi monte santo, y los alegraré en la casa de mi oración. Los Setenta: Y a los extranjeros, que se han añadido al Señor para servirle, y amar su nombre, para serle siervos y siervas, y a todos los que guardan mis sábados, para no violarlos, y mantienen mi testamento, los introduciré en mi monte santo, y los alegraré en la casa de mi oración. Después de los eunucos pasa a los extranjeros, que antes había mencionado, y también les promete recompensas: que si le sirven, y pasan de la servidumbre al amor de su nombre, sean sus siervos: como fue el Apóstol Pablo, escribiendo al principio de sus Epístolas: Pablo, siervo de Jesucristo (Rom, I, 1). Y Moisés, siervo de Dios (Hebr. III). Lo que en los Setenta se añadió: y siervas, lo hemos señalado con un obelo. Pues no puede ser que en los dones espirituales haya alguna diferencia de sexo: ya que en Cristo Jesús no hay hombre ni mujer; sino que todos en Él, somos uno (Juan XVII). Sobre el sábado y el pacto eterno ya hemos hablado. Quien, pues, haga esto, Dios lo llevará a su monte santo, y lo alegrará en la casa de su oración. El monte santo, o son los dogmas de la verdad, y la confesión de la Trinidad: o es el mismo Señor, a quien en el último tiempo (según este mismo Isaías y el profeta Miqueas) muchas naciones confluirán (Is. II, Miqueas IV). Y la casa de oración es la Iglesia, que se divide en todo el mundo, y no el Templo de los judíos, que estaba limitado a las estrechas fronteras de la tierra de Judea.

(Vers. 8, 9.) Sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptables sobre mi altar: porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos, dice el Señor Dios, que reúne a los dispersos de Israel: aún reuniré a los reunidos de él: Todas las bestias del campo, venid a devorar, todas las bestias del bosque. Los Setenta: Sus holocaustos y sacrificios serán aceptables sobre mi altar. Porque mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones, dijo el Señor, que reúne a los dispersos de Israel: porque reuniré a él la congregación. Todas las bestias salvajes, venid, comed, todas las bestias del bosque. La diferencia de las ofrendas y los holocaustos la aprendemos más plenamente en Levítico. Los holocaustos son los que se queman íntegros sobre el altar. Las ofrendas y sacrificios, de los cuales una parte se ofrece al altar, y otra parte se entrega a los sacerdotes. No se debe creer, pues, que se requieran sacrificios de extranjeros y eunucos según el rito judío. Pero debemos saber que los eunucos ofrecen holocaustos, que se consagran enteramente a Dios; y los extranjeros, que vacan a la oración por un tiempo, de quienes Dios dice: El sacrificio de alabanza me glorificará; y en otro lugar: Ofrece a Dios sacrificio de alabanza (Sal. XLIX, 14). De estos sacrificios y holocaustos, el Señor habla por medio de Oseas: Misericordia quiero y no sacrificio: el conocimiento de Dios, más que holocaustos, que se ofrecen sobre el altar del Señor (Oseas, VI, 6). Lo que Juan en el Apocalipsis testifica haber visto en el cielo, bajo el cual estaban las almas de los mártires (Apoc. VI). De donde uno de los Serafines llevó un carbón tomado con tenazas a los labios de Isaías para purificarlos (Is. IV, 6). Este es el altar, y este el tabernáculo, a cuya semejanza se refieren todas las cosas hechas en Éxodo, en las cuales se ofrecieron sacrificios espirituales a Dios (Éxodo XXXVIII). De lo contrario, sobre los sacrificios corporales y holocaustos, el mismo Dios testifica: ¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice el Señor. Estoy lleno de holocaustos de carneros, y de la grasa de corderos, y no quiero la sangre de toros y machos cabríos. Porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos. No para una sola nación judía, ni en un solo lugar de Jerusalén y la ciudad, sino en todo el mundo: no de toros y machos cabríos, y carneros, sino de oración. De este testimonio el Señor hizo uso, hablando contra aquellos que, bajo el nombre del Espíritu Santo, vendían dones de palomas en el Templo, y se sentaban en las sillas de pestilencia, y tenían mesas de cambistas (Mat. XXI y Juan II), haciendo todo por amor al lucro deshonesto, ignorando lo que está escrito: De gracia recibisteis, dad de gracia (Mat. X, 8). Estas cosas el Señor prometió que sucederían, quien reúne a los dispersos de Israel. A quienes también el Apóstol Pedro escribe una Epístola: de quienes el Evangelista habla: Esto no lo dijo de sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación, y no solo por la nación, sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (Juan XI, 7), y se cumpliera lo que se dijo: La congregación de los pueblos te rodeará: por esta razón, conviértete en lo alto (Sal. VII, 8). Reunidos por los Apóstoles los restos de Israel, y reducidos a un solo rebaño aquellos que antes estaban dispersos, se provocan todas las bestias para que vengan y devoren a Israel, es decir, a aquellos que no quisieron creer, de quienes el Apóstol dice: Porque sobre ellos vendrá el fin (Filip. III). Y el Señor en el Evangelio: Pero cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, entonces sabed que su desolación ha llegado (Luc. XI, 20). O esto debe decirse, que fueron entregados a las bestias para ser devorados, que el Profeta detesta, diciendo: No entregues a las bestias las almas que te confiesan (Sal. LXXIII, 19): de estas bestias tropológicas, que devoraron una parte del Señor, y leímos antes (Ad cap. IX), Siria desde el oriente, y los griegos desde el occidente, que devoran a Israel con toda la boca. Y en Jeremías: Oveja errante es Israel, leones la echaron fuera: primero la devoró el rey de Asiria, y el último quebrará sus huesos el rey de Babilonia (Jerem. L, 17). También se puede decir esto, que cuando el pueblo de Israel provocó primero a las naciones rabiosas a la fe, para que, abandonando los bosques, que mataron a muchos del ejército de Absalón, vengan a la Iglesia y coman el pan celestial, y se sacien con la carne del cordero.

(Vers. 10-12.) Sus vigilantes son ciegos todos, no han sabido nada: perros mudos que no pueden ladrar, viendo cosas vanas, durmiendo y amando los sueños. Y perros desvergonzados que no conocen la saciedad: los mismos pastores no han entendido la inteligencia: todos se han desviado por su propio camino, cada uno por su avaricia, desde el más alto hasta el último. Venid, tomemos vino, y llenémonos de embriaguez, y será como hoy, así también mañana, y mucho más. LXX: Ved que todos han sido cegados: no han conocido nada, perros mudos que no pueden ladrar: soñando en su lecho, amando el dormir. Y perros desvergonzados que no conocen la saciedad. Y son malos que no conocen la inteligencia: todos han seguido sus caminos. Cada uno a la vez desde su cima. Venid y tomemos vino, y embriaguémonos, y que el día de mañana sea tal, mucho más grande. Para que todas las bestias del bosque vengan y devoren a los reunidos, o en lugar de los judíos, las multitudes de las naciones sucedan, sus vigilantes son la causa, a saber, los escribas y fariseos: porque todos los ciegos no conocieron al Señor Salvador, ni quisieron ver la luz presente. A quienes el Señor hablaba: Necios y ciegos, ¿qué es más, el oro o el altar que santifica el oro? (Mat. XXIII, 17) y de nuevo: Guías ciegos, que coláis el mosquito y tragáis el camello (Ibid., 24); y: Ciego guiando a ciego, ambos caen en el hoyo (Mat. XV, 14). Pero que los maestros sean llamados vigilantes, ya lo leímos antes. En ese lugar donde según los LXX se dice: La voz de tus guardianes se ha elevado (Is. LII, 8), en hebreo está escrito: La voz de tus vigilantes. De los cuales era Ezequiel, a quien Dios habla: Hijo de hombre, te he puesto como vigilante para la casa de Israel (Ezeq. III, 17). Pero esos vigilantes no eran ciegos. De hecho, eran llamados videntes. Sin embargo, estos de los que el Profeta habla ahora, no solo son llamados vigilantes ciegos, sino también perros mudos, que no pueden ladrar. Porque quienes debían cuidar el rebaño del Señor, y ahuyentar a los lobos, y ladrar por el Señor, aman los sueños, y se deleitan en visiones demoníacas. Y el sentido es: No pueden hablar la verdad, sino toda mentira. Ni están contentos con este fin, quienes dormían en la custodia del rebaño del Señor, y no podían ladrar, y amaban el lecho, por lo cual se indica el placer del cuerpo; sino que entre los suyos, almas desvergonzadas no conocieron la saciedad, quienes nunca se sacian de su error. Quienes devoran al pueblo del Señor como pan, y las casas de las viudas: y sirven a la gula y la lujuria. No pueden decir: El mandato del Señor es claro, ilumina los ojos (Sal. XVIII, 9), ni conocer lo que está escrito: La sabiduría del hombre ilumina su rostro (Prov. XVII, 24). Y perros mudos contra los enemigos, de los cuales está escrito: No deis lo santo a los perros (Mat. VII, 6). Y perros dormidos, que no saben que está mandado: No des sueño a tus ojos, ni adormecimiento a tus párpados (Sal. CXXXI); y de nuevo: Velad, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor (Mat. XXIV, 42). Y por eso, dando lugar al diablo, son perros desvergonzados, que nunca se sacian. Vomitan lo que han comido, y vuelven a su vómito (Prov. XXVI). De los cuales también habla el apóstol Pedro: Les ha sucedido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la cerda lavada a revolcarse en el lodo (II Pet. II, 22). Que estos vigilantes y perros sean los mismos pastores, lo demuestra el siguiente discurso: Los mismos pastores no han entendido la inteligencia. Porque la palabra hebrea ROIM [Al. ROEM] () que se escribe con cuatro letras, res y ain y jod y mem, si se lee roim, significa pastores; si raim, significa los peores. Esto lo decimos para mostrar las causas de la variada interpretación. Porque todos buscaron lo suyo, y no lo que es de Dios, ni caminaron por el camino del Señor (Filip. II), de lo cual está escrito: Buscad cuál es el buen camino: y caminad por él (Jerem. VI, 16). Pero según lo que se lee en el libro de los Jueces: No había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía recto (Jueces XVII, 6), y seguía sus propios errores. Y lo que sigue: Cada uno por su avaricia, desde el más alto hasta el último: venid, tomemos vino, y llenémonos de embriaguez, y será como hoy, así también mañana, y mucho más, no se encuentra en los LXX Intérpretes, sino que se ha

añadido del hebreo, señalado por las estrellas que iluminan. De hecho, ninguno de los intérpretes eclesiásticos ha discutido estos versículos, sino que los saltan y pasan como si fuera un hoyo abierto en medio. Pero lo que dice es esto, que al desviarse del camino del Señor, han seguido sus propios senderos, por eso arden en avaricia desde el más alto hasta el último, desde los príncipes hasta el pueblo, para que después de comenzar a golpear a sus compañeros, y comer y beber con los borrachos, digan: Venid, tomemos vino, y llenémonos de embriaguez. Comamos y bebamos: porque mañana moriremos. Y será como hoy, así también mañana: y mucho más (I Cor., XV, 2). Esto es lo que dijo antes: No conocieron la saciedad: ni se sacian con el placer pasado, sino que preparan delicias futuras, mucho mayores que las que antes disfrutaron. Si esto se dice de los príncipes de los judíos, por quienes el pueblo del Señor fue devorado por las bestias, evitemos los ejemplos de los peores, ni nos embriaguemos con vino, en el cual hay lujuria, ni nos sumerjamos en placeres; ni seamos perros mudos para hablar, rabiosos contra nuestros adversarios; sino que sigamos más bien los caminos de Dios que los nuestros, y escuchemos la Escritura que nos advierte: Saboread al Señor con bondad (Sab. I, 1). Y de nuevo: La mejor inteligencia es para quienes la practican. Y si hemos sido perros, no desesperemos de la salvación, escuchando las palabras de la cananea diciendo al Señor: Sí, Señor, porque también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos (Mat. XV, 27). Por lo cual, habiendo obtenido misericordia, escucha del Señor: Oh mujer, grande es tu fe: hágase contigo como deseas. Podría haber dicho con el Profeta: Corrí por el camino de tus mandamientos (Sal. CXVIII, 32). Y de nuevo: Guíame por el camino recto.

(Cap. LVII.---Vers. 1, 2.) El justo ha perecido, y no hay quien lo considere en su corazón: y los hombres de misericordia son recogidos, porque no hay quien entienda: porque el justo ha sido recogido de la faz de la maldad. Venga la paz: descanse en su lecho quien camina en su rectitud. LXX: Ved cómo el justo ha perecido, y nadie lo toma en su corazón: y los hombres justos son llevados, y nadie lo considera. Porque el justo ha sido quitado de la faz de la iniquidad: su sepultura será en paz: ha sido quitado de en medio. Por los vigilantes ciegos y los perros mudos, que son los mismos pastores, que no conocen la inteligencia, ni se sacian con los placeres presentes, sino que siempre se preparan para los futuros, el justo ha perecido, de quien dice la esposa de Pilato: No tengas nada que ver con ese justo (Mat. XXVII, 19). Quien, lavándose las manos, dice: Soy inocente de la sangre de este justo. En lo cual se debe considerar que la palabra de perdición, de la cual los herejes a menudo hacen calumnia, que significa destrucción y abolición para siempre, se aplica a Cristo, cuya perdición muestra la magnitud de la persecución, y no el fin de la sustancia. Y nadie, dice, lo considera en su corazón, o lo guarda. Porque no podía ser que los ciegos y mudos que ven cosas vanas y aman los sueños, ignorando la inteligencia y la sabiduría, pensaran en las cosas de Dios. Y lo que sigue: Y los hombres de misericordia, o justos, son recogidos y llevados, significa a los apóstoles, que son asesinados por los impíos, y recogidos por el Señor. Y da las razones por las cuales el justo ha sido asesinado y llevado, diciendo: Porque el justo ha sido recogido de la faz de la maldad, para que no viera los males del mundo. O por la maldad de los hombres, cuyos pecados él mismo llevaba, ascendió victorioso al Padre. Pero lo que se dice según el hebreo: Venga la paz, descanse en su lecho: camine en su rectitud, el sentido es claro, pero la secuencia de las palabras, que está en el idioma propio, parece estar confusa para nosotros. Pero lo que dice es esto: Venga la paz del Justo, que al ascender al Padre dejó a los apóstoles, diciendo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). Y cuando venga la paz de Cristo, que supera todo entendimiento, sus apóstoles descansarán en sus lechos, y su muerte será un descanso. De lo cual muestra que los mártires no perecen, sino que vencen, y descansan en una sede eterna. Él mismo, cuya paz es, y cuyos apóstoles descansan en sus lechos, camina en su rectitud, ascendiendo victorioso al Padre. Por lo que en los Setenta se lee: El justo ha sido

quitado de la faz de la maldad, su sepultura será en paz, ha sido quitado de en medio, todo se refiere a Cristo sin mezcla de la persona de los apóstoles, cuya sepultura está en paz, y ha sido quitada de en medio. Porque su carne no vio corrupción, ni permaneció en el sepulcro, quien es entre los muertos libre, diciendo el ángel a las mujeres: A quien buscáis, Jesús, no está aquí: Venid, y ved el lugar donde fue puesto el Señor (Mat. XXVIII, 5, 6). Los judíos creen que esto y lo que sigue se entiende generalmente de todos los justos, cuya sangre Manasés derramó, y llenó Jerusalén de puerta a puerta; o ciertamente que Isaías profetiza sobre su propia muerte, que será aserrado por Manasés con una sierra de madera, lo cual es una tradición muy cierta entre ellos. Por lo cual muchos de los nuestros refieren lo que se dice sobre la pasión de los santos en la Epístola a los Hebreos: Fueron aserrados (Hebr. XI, 37), a la pasión de Isaías.

LIBRO DECIMO SEXTO.

665-666 Es una excelente sentencia de un orador muy elocuente: Felices serían las artes si solo los artesanos juzgaran sobre ellas. Y para no parecer que tomo un ejemplo solo de los profanos, ciertamente esto es lo que el Profeta demuestra con otras palabras: Bienaventurado el que habla en los oídos de los que escuchan (Ecles. XXVI, 12): Con qué felicidad tú, hija Eustoquio, me has hecho partícipe; pues cuando leías el prefacio del libro anterior, en el cual afirmé que los apóstoles y evangelistas solo tomaban testimonios de los Setenta Intérpretes, o de sus propias palabras, que concordaban con el hebreo: si algo más fue añadido por otros, lo ignoraban completamente: inmediatamente me planteaste una pequeña cuestión, que a saber, los ocho versículos que se leen en las iglesias, y que no están en el hebreo, del salmo trece, el apóstol los usó, escribiendo a los romanos: Sepulcro abierto es su garganta: con sus lenguas engañaban: Veneno de áspides hay bajo sus labios. Su boca está llena de maldición y amargura. Sus pies son veloces para derramar sangre: Destrucción y miseria hay en sus caminos: Y el camino de la paz no conocieron: No hay temor de Dios ante sus ojos (Rom. III, 13 ss.). Cuando escuché esto, como si hubiera sido golpeado por un fuerte luchador, comencé a agitarme en silencio, y a mostrar el asombro de mi mente con el palor de mi rostro. Hebreo, digo, de hebreos, según la ley fariseo, y educado a los pies de Gamaliel, o ignoró esto, o abusó de la ignorancia de quienes iban a leer (Filip. VI, Act. XXII, 3). Lo cual, uno es de los ignorantes, el otro de los astutos para la malicia, no de quien dijo: Y si soy ignorante en el habla, no en el conocimiento (II Cor. XI, 6); y de nuevo: en simplicidad y sinceridad os anuncié la palabra (II Cor. I, 12). Finalmente, volviendo en mí mismo, pedí un día de plazo, para que mi respuesta no fuera un argumento del ingenio humano, sino fruto de la lectura asidua. Así que recorriendo toda la Escritura con la mente, observé que, como casi toda la Epístola a los Romanos está construida sobre el Antiguo Testamento, así también este testimonio está compuesto de los Salmos y de Isaías (Vers. 11). Porque los dos primeros versículos: Sepulcro abierto es su garganta: con sus lenguas engañaban, son del quinto salmo (Vers. 11). Pero lo que sigue: Veneno de áspides hay bajo sus labios, es del salmo ciento treinta y nueve (Vers. 4). Y de nuevo lo que se dice: Su boca está llena de maldición y amargura, se toma del noveno salmo (Vers. 29). Los tres versículos que siguen: Sus pies son veloces para derramar sangre: Destrucción y miseria hay en sus caminos: Y el camino de la paz no conocieron, los encontré en el profeta Isaías, que en el decimosexto libro de su explicación, que ahora deseo dictar, expondré. Pero el último versículo, es decir, el octavo: No hay temor de Dios ante sus ojos, está al principio del salmo treinta y cinco. Y en esto no le parezca a nadie que sea diferente, si lo que en sus lugares se dice en singular, el apóstol lo dice en plural, quien escribía a muchos, y en un solo sentido reunía muchos ejemplos. Creo que tu cuestión está resuelta, y nuestra regla sobre la traducción del Antiguo Testamento está más sacudida que movida. Y no tanto que el apóstol tomara del salmo trece, lo que no está en

el hebreo, como que aquellos que no conocían el arte de entrelazar las Escrituras del apóstol, buscaron un lugar adecuado donde poner el testimonio tomado por él, que sin autoridad no creían que estuviera puesto en la Escritura. De hecho, todos los tratadistas de Grecia, que nos dejaron comentarios de su erudición sobre los Salmos, anotan y pasan por alto estos versículos, confesando claramente que no están en el hebreo, ni en los Setenta Intérpretes, sino en la edición Vulgata, que en griego se llama κοινὴ y es diversa en todo el mundo. Pero ya es tiempo de que nos dediquemos a la obra comenzada, y sigamos con lo restante.

(Vers. 3, 4.) Pero vosotros acercaos aquí, hijos de la adivinadora: semilla de adúltero y de fornicaria, ¿sobre quién os burlasteis? ¿sobre quién abristeis la boca, y sacasteis la lengua? LXX: Pero vosotros acercaos aquí, hijos de iniquidad, semilla de adúlteros y de meretriz, ¿en quién os burlasteis? ¿sobre quién abristeis vuestra boca: y sobre quién sacasteis vuestra lengua? Quitado el justo, cuya sepultura está en paz, más bien quitado de en medio, vosotros que sois hijos de iniquidad, acercaos a mí, y escuchad lo que digo (Juan VIII). Porque así como quien hace iniquidad, es siervo de la iniquidad, así quien según Judas el traidor, puede ser llamado hijo de perdición, puede ser llamado hijo de iniquidad. De hecho, está escrito sobre el Señor Salvador: Y el hijo de iniquidad no volverá a afligirlo (Sal. LXXXVIII, 23). Por iniquidad, o iniquos, que los LXX tradujeron, Teodocio puso la misma palabra hebrea que nosotros, según Símaco, hemos traducido como en auguradora, que siempre Jerusalén, que es madre de los que escuchan, ha estado dedicada a la idolatría. Por lo cual los llama semilla de adúltero, o de adúlteros (de los cuales se dijo: Y se prostituyeron con madera y piedra [Jerem. III, 9]) y de meretriz: sin duda refiriéndose a la misma de la que leímos antes: ¿Cómo se ha convertido en meretriz la ciudad fiel de Sion? (Is. I, 21). ¿Sobre quién, dice, os burlasteis, escupiendo en su rostro, y arrancándole la barba; y sobre quién abristeis y dilatasteis vuestra boca, y sacasteis la lengua, diciéndole: Eres samaritano, y tienes demonio (Juan VIII, 48)? Y de nuevo: Este no expulsa demonios, sino en Beelzebub, príncipe de los demonios (Mat. XII, 24). Y después en la pasión: Crucifícalo, crucifícalo (Luc. XXIII, 21). Y de nuevo: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25). Y en otro lugar: ¡Vah, tú que destruyes el Templo, y en tres días lo reconstruyes! A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Descienda ahora de la cruz, y creeremos en él (Ibid. 40).

(Vers. 4, 5.) ¿No sois vosotros hijos malvados, semilla mentirosa, que os consoláis en dioses bajo todo árbol frondoso, inmolando niños en los torrentes bajo las rocas prominentes? LXX: ¿No sois vosotros hijos de perdición, semilla iniqua, que invocáis ídolos bajo árboles frondosos, inmolando a vuestros hijos en los valles en medio de la roca? Vosotros, dice, habéis hecho estas cosas que el discurso anterior narró. Sois hijos malvados, o de perdición, como lo fue Judas el traidor, quien fue llamado hijo de perdición (Juan XVII): y semilla iniqua o mentirosa, que os deleitáis en dioses bajo todo árbol frondoso, e inmoláis a vuestros hijos en los torrentes (Hechos VIII). De lo cual también la historia de los Reyes y Crónicas narra que inmolaron a sus hijos a los dioses y los consagraron en el fuego (IV Reyes XVI y XVII). No hay duda de que el rey Acab de Israel y el rey Manasés de Judá hicieron esto, quienes del parricidio de sus hijos llegaron a la sangre de los profetas, de lo cual también en Oseas: Inmolad, dice, hombres, pues los becerros han fallado (Oseas XIII, 2). O como está escrito en hebreo: Inmolando hombres, adoráis becerros. Y en los salmos se escribe más plenamente: Se mezclaron con las naciones y aprendieron sus obras, y sirvieron a sus esculturas, y esto les fue en escándalo. E inmolaron a sus hijos e hijas a los demonios, y derramaron sangre inocente, o inofensiva: la sangre de sus hijos e hijas, e inmolaron a las esculturas de Canaán. Y la tierra fue infectada de sangre, y contaminada en sus obras (Salmo CV, 35 y ss.). Dado que la historia es manifiesta, que los hijos son asesinos de Cristo de los que hacen estas cosas, surge la cuestión de cómo se les llama hijos de perdición, contra

aquellos que quieren que haya diferentes naturalezas: una que está perdida y es mala, y no puede ser salvada; y otra buena, que no puede perecer. Pues si, como ellos piensan, los hijos de perdición son de naturaleza pésima: ¿cómo se encontró lo que antes estaba perdido? Finalmente, en las parábolas de los penitentes, la oveja perdida de las cien ovejas, y la dracma que de las diez se había perdido, se encuentran, y el hijo perdido es hallado, de quien el padre dijo al mayor: Este tu hermano estaba perdido, y fue hallado: estaba muerto, y revivió (Lucas XV, 32). Pues nunca se pierde, sino lo que antes estaba a salvo; y nunca muere, sino lo que antes vivía. Por lo tanto, estos que ahora se llaman hijos de perdición, o de iniquidad y maldad, por su propio vicio abandonaron al Señor, y de hijos del Señor, comenzaron a ser hijos de perdición, diciendo a ellos este mismo Profeta: Abandonasteis al Señor, y provocasteis a ira al Santo de Israel (Isaías I, 4). Podemos tomar esto según la tropología, y sobre los herejes, que son hijos de perdición, y semilla pésima, o de mentira. Desde el principio son mentirosos, como el diablo, que es su padre, quien es el padre de toda mentira. Estos llaman a aquellos que han engañado a los ídolos, o a las imágenes de sus dogmas, bajo árboles frondosos y boscosos, prometiéndoles placeres y delicias, o escondiendo sus impurezas. De donde también Adán, después de haber pecado, se escondió en el paraíso bajo un árbol, para no ser visto por Dios (Génesis III). No hay duda de que estos hijos de perdición, y semilla iniqua, tienen muchos hijos a quienes han engañado, y los matan en los valles profundos, y en el abismo de la impiedad bajo las rocas prominentes, que siempre amenazan ruinas, que por la diversidad de la mentira, y la variedad de los dogmas perversos, se llaman muchas rocas. Pero nosotros tenemos una roca, que siempre sigue al pueblo de Dios, de la cual bebía el pueblo de Israel, cuando disfrutaba de la familiaridad del Señor.

(Vers. 6.) En las partes del torrente está tu parte: esta es tu suerte, y a ellos derramaste libación, ofreciste sacrificio: ¿no me indignaré por esto? LXX: Esta es tu parte, esta es tu suerte: y a ellos derramaste libaciones y a estos preparaste sacrificios. ¿No me enojaré por esto? Las palabras dichas se aplican a los tiempos de Isaías: Pues todos los montes, valles y torrentes estaban llenos del culto a los demonios, de los cuales habla Jeremías: Que los padres y los hijos llevan leña, y encienden fuego, para hacer tortas a la milicia del cielo, las mujeres amasando y mezclando harina con grasa, para provocar al Señor a ira (Jeremías VII). No hay duda de que significan tortas, o pasteles preparados en la mano del artesano. Esto es lo que nuestra lengua llama tortas. De esto, en persona del Señor, Moisés profetizaba en el Cántico de Deuteronomio: Me provocaron a ira con dioses extraños, y con sus abominaciones me irritaron: inmolaron a demonios y no a Dios (Deut. XXXII, 16, 17). Y esto lo hicieron por su propia voluntad, porque en nuestro albedrío está elegir el bien o el mal. Finalmente, a aquellos que se ofrecieron a Dios con virtudes, se les dice: Eligió para nosotros su herencia: la hermosura de Jacob que amó (Salmo XLVI, 5). Y en otro lugar: El pueblo de Jacob es la parte del Señor: la cuerda de su herencia es Israel (Deut. XXXII, 9). Y en los Hechos de los Apóstoles se refiere que muchos se dieron a la parte y suerte de Pablo y Silas. Quienes fueron parte y suerte del Señor, como los levitas, tendrán la parte del Señor y podrán decir con David: Mi parte es el Señor (Salmo LXXII, 26). Esto también podemos aplicar a la persona de los herejes: pues ellos, dejando el culto a Dios, veneran las imágenes de sus errores, y a ellos ofrecen víctimas y derraman libaciones, haciendo en secreto lo que es vergonzoso incluso decir, y llevando cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, que son llevadas por diversos deseos, siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad (II Tim. III). Por lo tanto, si los impíos hacen estas cosas en ambas impiedades, ¿no es justo que la ira de Dios se despierte contra ellos?

(Vers. 7.) Sobre un monte alto y sublime pusiste tu lecho, y allí subiste para inmolar sacrificios. Y tras la puerta, y detrás del poste pusiste tu memorial. LXX de manera similar. Que en los altos montes y colinas Israel inmolara sacrificios a los dioses de las naciones, y como una prostituta descarada abriera sus piernas a todos los demonios, lo narra la historia sagrada: no hubo lugar que no estuviera contaminado con las inmundicias de la idolatría, tanto que tras las puertas de las casas ponían ídolos, a los que llamaban Lares domésticos, y tanto pública como privadamente derramaban la sangre de sus almas. Este error y pésima costumbre de la antigüedad aflige a las ciudades de muchas provincias: y la misma Roma, señora del mundo, en cada isla y casa, venerando la imagen de Tutela con velas y lámparas, a la que llaman con este nombre para la protección de las casas, para que tanto los que entran como los que salen de sus casas, siempre sean recordados del error inculcado. También los herejes, cuyo corazón se eleva en soberbia, y que despreciando la humildad eclesiástica, se prometen a sí mismos cosas elevadas, ascienden a los montes más altos de sus dogmas, y allí prostituyen su lecho a los demonios. Y porque según el Profeta, se volvieron hacia atrás, imitando a la esposa de Lot (Génesis XIX), se convierten en una estatua de sal, teniendo la imagen de la constitución eclesiástica, y careciendo completamente de sabor: que son arrojados fuera, y no son útiles para nada, sino para ser pisoteados por los pies de todos. Por lo cual el Señor advierte en el Evangelio, que quien toma el arado, no mire hacia atrás (Lucas VIII).

(Vers. 9.) Porque cerca de mí descubriste, y recibiste al adúltero: ensanchaste tu lecho: y pactaste con ellos [Vulg. añade pacto]: amaste su lecho con mano abierta; y te adornaste para el rey [Vulg. regio] con ungüento, y multiplicaste tus perfumes. Enviaste tus mensajeros lejos, y te humillaste hasta el infierno. LXX: Pensabas que si te alejabas de mí, tendrías algo más. Amabas a los que dormían contigo, y multiplicaste tu fornicación con ellos, e hiciste muchos lejos de ti, y enviaste mensajeros más allá de tus límites, y te humillaste hasta el infierno. Primero discutamos el hebreo, que en este lugar difiere mucho de la LXX. A la que antes había dicho: Sobre un monte alto y sublime pusiste tu lecho, y como una prostituta la había acusado, en la entrada de las casas y en lugares oscuros, tras las puertas prostituida, para que cualquiera que quisiera entrar en las casas, tuviera ante sus ojos el placer expuesto: ahora la acusa y refuta como a una esposa adúltera, que durmiendo [Al. durmiendo ella] con su marido, en secreto recibió al adúltero, y descubrió el manto, más bien ensanchó su lecho, e hizo un pacto, como confeccionando instrumentos de dote con los adúlteros. Esto lo dice para mostrar que no solo en los campos y casas adoraron ídolos, sino que también en el Templo pusieron la imagen de Baal, que Ezequiel también dice haber visto al perforar la pared. Amabas, dice, su lecho con mano abierta (Ezequiel VIII), para que no te avergonzaras de tu pecado, ni desearas ocultar la torpeza de tu fornicación, sino que pecaras con total libertad. Y te adornaste para el rey con ungüento, y multiplicaste tus ídolos. Y el sentido es: Buscaste varios adornos para provocar a los adúlteros tanto con la vista como con el olor. Lo que se dice: te adornaste para el rey con ungüento, se entiende de dos maneras: o para el rey Dios, mientras te adornabas con lo que él había dado, y te prostituías a los ídolos: o ciertamente para el rey ídolo de los amonitas, que se llama Moloch, y en nuestra lengua, significa rey: que según la LXX en otros lugares leemos Melchom (Sofonías I). Y enviaste tus mensajeros lejos, para que no solo en los ídolos de las naciones vecinas, sino también en los de las lejanas tuvieras el afán de fornicar. Significa los dioses babilonios y egipcios. Y te humillaste, dice, hasta el infierno. No con esa humildad que es en alabanza, sino con la que Amón humilló a su hermana Tamar (II Reyes XIII). Y realmente es una gran humillación, más bien una precipitación hasta el infierno, caer de la luz y la cumbre de la castidad en las tinieblas del burdel, más bien en el abismo de las lujurias. A quien se le dice en otro lugar: Serás llevada hasta el infierno. Según la LXX, en lo que difiere, este me parece el sentido:

Pensaste, prostituta, que si te alejabas de mí y te unías a tus amantes, ¿encontrarías algo más? A quien también Dios habla por Ezequiel: A todas las prostitutas se les dan recompensas; pero tú diste recompensas, y en ti se hizo esta perversión (Ezequiel XVI, 33). Pues no solo no recibiste nada de tus amantes, sino que también perdiste lo que habías recibido de tu marido. Lo que sigue: Ensanchaste tu lecho, y pactaste con ellos, no está en la LXX. Esta amó a los que dormían con ella, a los vigilantes ciegos, y a los perros mudos, que viendo dormidos, ven sueños de vanidad. Y multiplicó su fornicación, para no mezclarse una vez con uno, sino frecuentemente y con muchos. 674 Por lo cual hizo que muchos se alejaran de ella: los ángeles que estaban en su protección, o los hombres santos que se alejaron de la compañía de tal prostituta. Lo cual también podemos decir de los herejes, que dejando a Dios, siguen sus errores, y piensan que tienen algo más cuando siguiendo mentiras, han perdido la verdad, y han multiplicado su fornicación, no en un dogma, sino en muchos, y han hecho que los ángeles, los guardianes de las iglesias, se alejen de ellos: que no contentos con la fornicación cercana, envían mensajeros más allá de sus límites a los dogmas de los gentiles y a los errores de las naciones bárbaras, para que con la novedad de los discursos engañen a los oyentes.

(Vers. 10.) En la multitud de tu camino te cansaste, y no dijiste: Descansaré: encontraste la vida de tu mano, por eso no me rogaste [Vulg. calla me]. LXX: En muchos de tus caminos te cansaste, y no dijiste, cesaré: fortalecida hiciste esto: por eso no me rogaste. Quien camina en un camino único y real, no se cansa, del cual Dios ordenó a través de Moisés: Caminarás por el camino real, y no te desviarás ni a la derecha ni a la izquierda (Deut. V, 32). Un camino es el de la verdad, que dice en el Evangelio: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6): y muchos son los caminos de la mentira, por los cuales ahora se acusa a Jerusalén de haber caminado, de cuyos caminos Dios, conociendo la diferencia, habla a los errantes: No como mis caminos, son vuestros caminos (Isaías LV, 8), que dicen al Señor confesando: Hiciste que nuestros caminos se desviaran de tus caminos (Salmo XLIII, 19). Conocido pues el único camino real, veamos cuáles son los caminos de la derecha y de la izquierda, por los cuales se nos prohíbe andar. El camino real es la templanza, ni más ni menos en sí misma. Por ejemplo, el camino recto y real es la prudencia. Nos desviamos a la derecha, si somos más sabios de lo que debemos ser, y en lugar de prudencia amamos la astucia: porque [Al. que] la serpiente era más astuta que todas las bestias en el paraíso (Génesis III): Y los hijos de las tinieblas son más prudentes que los hijos de la luz (Lucas XVI). Y nos desviamos a la izquierda, cuando somos necios, y menos sabios de lo necesario. De los cuales se dice: Dijo el necio en su corazón, no hay Dios (Salmo XIII, 1). La piedad también y la verdadera religión, es el camino real. Se desvía a la derecha, quien es supersticioso, y merece oír, No seas demasiado justo (Eclesiastés VII, 17). A la izquierda, quien descuida el culto a Dios, y se cuenta entre los cabritos y machos cabríos. La liberalidad también y la administración es una gran virtud, de la cual se desvía a la derecha, quien es avaro, y no solo a otros, sino que ni siquiera a sí mismo se da lo necesario. A la izquierda, quien consume su sustancia con prostitutas, y dice con Israel: Comamos y bebamos; porque mañana moriremos (Isaías XXII, 13). La fortaleza también y la constancia es el camino real, de la cual se desvía a la derecha, quien es temerario y obstinado: a la izquierda, quien es temeroso y cobarde. Por lo cual el hombre santo, deseando caminar por el camino recto, ora: Guíame, Señor, por el camino recto (Salmo CXXXVIII, 24). Y en otro lugar: Hazme conocer, Señor, el camino en que debo andar; porque a ti he levantado mis ojos (Salmo CXLII, 8). De este tipo de camino también la Escritura menciona en otro lugar: Buscad el buen camino, y andad por él, y hallaréis purificación para vuestras almas (Jeremías VI, 16). Jerusalén, por lo tanto, fue humillada hasta el infierno, porque en muchos caminos se cansó, ni dijo: Corregiré mi error con penitencia; sino al contrario, me fortaleceré en lo comenzado, y no cuidaré la sentencia del que advierte: Aparta tu pie del camino áspero, y tu garganta de la sed (Jeremías II, 25).

Finalmente sigue: Pero ella respondió, ἀνδρίσομαι, es decir, actuaré virilmente, lo que ahora se dice con otra palabra: Me fortaleceré. Y porque hizo estas cosas que el discurso anterior narró, por eso no rogó al Señor, confiando más en sus propias fuerzas que en Dios. Por lo que se pone en hebreo: Encontraste la vida de tu mano, por eso no rogaste, tiene este sentido e interpretación: Porque en todas las cosas abundaste y te llenaste de riquezas, por eso descuidaste al Señor: riquezas que Salomón también rechaza tener, para no olvidar a Dios (Proverbios XXX y XXXI). Y a Sodoma se le dice por Ezequiel: porque se sació de panes, por eso se enorgulleció (Ezequiel XVI). No solo las riquezas, sino también la pobreza prueba al hombre. Por lo cual está escrito: Te probé en el horno de la pobreza (Isaías XLVIII), en el cual también fue probado el pobre Lázaro, quien soportó la indigencia y la debilidad (Lucas XV).

(Vers. 11.) ¿Por quién estuviste ansiosa y temiste: porque mentiste, y no te acordaste de mí, ni pensaste en tu corazón? porque yo callando y como no viendo, y te olvidaste de mí. LXX: ¿A quién temiendo te aterrorizaste: y me mentiste, ni te acordaste de mí. Ni me pusiste en tu mente, y en tu corazón. 676 Y yo viéndote te despreciaré, y no me temiste. Porque con graneros llenos tienes confianza en las riquezas, no quisiste rogarme, por eso temiste a muchos. Pues no podías decir: El Señor es mi ayudador, y yo despreciaré a mis enemigos (Salmo CXVII, 7); Y de nuevo: El Señor es mi luz, y mi salvador, ¿a quién temeré? (Salmo XXVI, 1)? Lo cual, aunque alguna vez quisiste decir contra la conciencia de tu mente, mentiste. Pues, ¿cómo podías invocarme, si no tenías memoria de mí, ni pensaste nunca en los preceptos, diciendo: Honra al Señor, y te fortalecerás, y sin él no temas a nadie (Eclesiástico XXXVIII)? Yo soy quien, según Símaco y Aquila, siempre callé tus pecados, y los crímenes que cometías, como si no viera, con disimulo los ignoré, para que si no por temor a mí, al menos por paciencia volvieras a mí. Quien no con ojos, sino con párpados interrogo a los hijos de los hombres. Pero al contrario te olvidaste de mí, y mereciste oír: Te olvidaste de la ley de tu Dios, y yo me olvidaré de tus hijos (Oseas IV, 6). Y de nuevo: Ellos anduvieron contra mí perversos, y yo andaré contra ellos en furia perversa. La mente que en la LXX se asocia con el corazón, no está escrita en hebreo, sino como una interpretación añadida, de lo que en las Escrituras debe entenderse por corazón.

(Vers. 12.) Yo anunciaré tu justicia, y tus obras no te aprovecharán. Cuando clames, que te liberen tus congregados. LXX: Yo anunciaré tu justicia y tus males, que no te aprovecharán. Cuando clames, que te liberen en tu tribulación. Yo que siempre callé, y como si no viera tus pecados, los pasé por alto, no callaré más, sino que diré lo que ya antes dije: ¿He callado, acaso callaré siempre? Y anunciaré tu justicia y tus obras. Esto debe leerse con ironía, como si alguien dijera a quien ha sido sorprendido en sus crímenes: mira tus buenas obras. Por lo tanto, si alguna vez te llega el tiempo de tribulación, y comienzas no a los ídolos que adoraste, sino a extender las manos al cielo y a implorar la ayuda de Dios, que te escuchen ellos, y te liberen del peligro aquellos a quienes adoraste con seguridad. Esto también lo dice Dios a través de Jeremías a la misma: ¿Dónde están tus dioses que hiciste? Que se levanten y te salven en el tiempo de tus males (Jerem. II, 28). En lugar de lo que los LXX tradujeron: Que te liberen en tu tribulación; y nosotros dijimos: Que te liberen tus congregados, Symmachus tradujo: Que te liberen tus sinagogas. Por lo tanto, habla propiamente a los judíos, que la multitud de sus sinagogas no podrá liberarlos en el tiempo del asedio.

(Vers. 13, 14.) Y todos ellos serán llevados por el viento: los tomará la brisa. Pero el que confía en mí heredará la tierra, y poseerá mi monte santo. Y diré, Preparad el camino, allanad el sendero, apartad los obstáculos del camino de mi pueblo. LXX: Porque a todos estos los llevará el viento, y los arrastrará la tempestad. Pero los que esperan en mí poseerán la tierra, y

heredarán mi monte santo, y dirán: Limpiad de su presencia los caminos y apartad los obstáculos del camino de mi pueblo. Los judíos afirman que esto se profetiza sobre los babilonios, que, superados por el poder de Dios, el pueblo regresará a Judea, y poseerá el monte Sion, y se quitarán todos los impedimentos del camino, y no sufrirá las insidias de ninguna nación: porque el Señor habrá allanado el camino para su pueblo. Y sostienen que esto se cumplió bajo Zorobabel y Esdras. Pero nosotros, uniendo lo que se dice anteriormente, afirmamos que todos los ídolos que no podían liberarlos, serán llevados por el viento y la tempestad, y serán como polvo que el viento arroja de la faz de la tierra. Pero aquellos que hayan tenido confianza en el Señor, poseerán la tierra, de la cual en este mismo Profeta leeremos: Te elevará a los bienes de la tierra. De lo cual es evidente que esta tierra no está abajo, sino arriba. A la cual el santo, elevado por el Señor, ascenderá, de la cual hemos dicho frecuentemente: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 4); y Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13). El monte santo de Dios, debe entenderse como aquel del que habla a los Hebreos, quien escribe la Epístola: Habéis llegado al monte Sion, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a muchos millares de ángeles y a la Iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos (Hebr. XII, 22). Podemos entender la tierra y el monte del Señor, que los santos poseerán, como las Escrituras sagradas, que serán quitadas de los judíos, el Señor amenaza, diciendo: Se os quitará el reino de Dios, y será dado a una nación que produzca sus frutos (Mat. XXI, 43); para que encuentren en ellas aquel monte, del cual en este mismo Profeta (Isai. II), y en Miqueas leemos: En los últimos días será manifiesto el monte del Señor (Miq. IV, 5). Y el mismo Señor ordenó a los Apóstoles y a todos los doctores de la Iglesia, que disuelvan con su interpretación todo lo que parezca áspero y difícil, y proporcionen el camino de la inteligencia, y quiten de en medio todos los escándalos para que el pueblo del Señor entienda sin impedimento lo que lee, y progrese en el temor de Dios. De estos caminos también decía Juan el Bautista: Preparad los caminos del Señor, etc. (Mat. III, 3). Donde nosotros hemos puesto en persona de Dios, y diré, los LXX pusieron y dirán: estos, a saber, los que poseerán la tierra, y heredarán el monte santo de Dios. Y no estarán contentos con su propia salvación: sino que también provocarán a otros a enseñar a los pueblos. Symmachus interpretó este lugar así: Pero el que confía en mí, poseerá la tierra, y heredará mi monte santo, y dirá: Haced recto el camino, y lo demás. Porque él mismo que posea la tierra y el monte, instruirá a los demás, para que preparen el camino al Señor.

(Vers. 15.) Porque así dice el excelso y sublime habitante de la eternidad, y su nombre es santo: habitando en lo excelso y en lo santo, y con el espíritu contrito y humilde: para vivificar el espíritu de los humildes y vivificar el corazón de los contritos. LXX: Así dice el excelso, y habitando en lo excelso eternamente: santo en los santos es su nombre. Excelso descansando en los santos, y dando paciencia a los pusilánimes y vida a los que están contritos de corazón. Comenzó el discurso profético contra el pueblo de los judíos, cuyos maestros llamó vigilantes ciegos, y perros mudos, y pastores sin entendimiento, y hijos inicuos, y semilla de adúlteros y de la prostituta: después de lo cual vino a Jerusalén, a quien reprocha su fornicación, porque ha extendido su lecho a sus amantes, y los ha recibido con mano abierta, y se ha adornado con todos los ídolos, y ha enviado mensajeros lejos; para disfrutar también de amantes extranjeros. Terminada esta reprensión, vino a aquellos que confían en el Señor, y a quienes había prometido poseer la tierra y el monte, y cuyo regreso había ordenado preparar el camino: sin duda a los Apóstoles a cuya predicación de ambos pueblos creyeron. De donde comienza con las alabanzas de Dios y lo que ha prometido sobre el regreso de su pueblo, lo testifica en el siguiente discurso. Porque así dice el Señor excelso y sublime, que habita en lo excelso, y Santo en los Santos, no por lugar, sino por el mérito de aquellos en quienes habita, de los cuales uno dice en el salmo: Te exaltaré, Señor, porque me

has recibido (Sal. XXIX, 1). Y de nuevo: Exáltate, Señor, que juzgas la tierra (Sal. XCIII, 2); no porque Dios sea elevado por palabras humanas, sino según lo que se dice en otro lugar: El Señor se ha hecho mi salvación (Sal. CXVII, 21), también a los humildes se hace excelso. Que resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (Jac. IV): para elevarlos y habitar en lo excelso. Porque el Señor es excelso, y mira lo humilde (Sal. CXXXVII, 6). Y en el Evangelio los ángeles claman: Gloria a Dios en lo más alto, y en la tierra paz (Luc. II, 14). Y de nuevo en los Salmos: Alabad al Señor desde los cielos: alabadlo en lo más alto (Sal. CXLVIII, 1). Y no solo el excelso habita en lo excelso, sino también el santo en los santos. Que dice en otro lugar: Sed santos; porque yo soy santo (Lev. XI, 44). Y así como en el alma perversa no entra la sabiduría, ni habita en el cuerpo sujeto a los pecados (Sab. I): así el santo habita en los santos; y dondequiera que haya suciedad, no puede habitar la pureza, diciendo el santo al Señor: Pero tú habitas en lo santo, alabanza de Israel (Sal. XXI, 1). Por lo cual también nosotros en la oración nos atrevemos a decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Y en el segundo salmo leemos: El que habita en los cielos se reirá de ellos, y el Señor se burlará de ellos (Sal. II, 4). Porque Cristo no habita en aquellos que son terrenales, sino en aquellos que son sobrecelestiales, que narran la gloria del Señor, de los cuales se dice: Que lo escuche desde su santo cielo (Sal. XIX, 7). Y de nuevo: El cielo de los cielos es del Señor (Sal. XIII, 16): en cuyo sentido también Moisés, siervo de Dios, consiente con voz igual: He aquí el cielo del Señor tu Dios, y el cielo de los cielos (Deut. X); lo cual ciertamente no debemos entender al modo judío, como si Dios estuviera encerrado en algún lugar y habitara solo en el cielo, quien está difundido por todas partes, y por quien todo es contenido: sino que entendamos los altos y los cielos, los Santos por mérito y las Virtudes. Este es el que habita en el cielo, de quien en el Evangelio está escrito: Nadie ha subido al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan III, 13). Este descansa en los santos y habita en los humildes y en aquellos que están contritos de espíritu. De los cuales se dice: Sacrificio a Dios, espíritu contrito; corazón contrito y humillado Dios no desprecia (Sal. L, 19). Él mismo da paciencia a los pusilánimes, para que en las angustias, con la esperanza de lo futuro, soporten la tribulación. Él mismo da vida, ciertamente a aquellos que estaban muertos por el pecado. De quien se dice: En ti está la fuente de la vida (Sal. XXXV, 10). Que habla en el Evangelio: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6).

(Vers. 16.) No contenderé para siempre, ni me enojaré hasta el fin: porque el espíritu saldrá de mi presencia y yo haré el aliento. LXX: No me vengaré de vosotros para siempre: ni siempre me enojaré con vosotros. Porque el espíritu saldrá de mí, y yo hice todo aliento. El Señor que habita en lo alto, y mira lo humilde, cuyo nombre es santo, y descansa en los santos: que sostiene a los afligidos, y da vida a los oprimidos (Sal. CXII), ha dicho esto: No siempre me enojaré, ni me indignaré perpetuamente. Que golpeo para corregir, por eso mato, para vivificar. Porque tengo misericordia de mi criatura; y a los que yo mismo he creado, no permitiré que perezcan para siempre. También mi espíritu, que saldrá de mí, o que según el hebreo, Aquila, Symmachus y Theodotion, rodea todo (esto es lo que significa περιειληθήσεται y περιβαλλεῖ), es el vivificador de todos. Y el aliento, o en plural los alientos (esto es lo que NASAMOTH significa), yo hice, de lo cual en otro lugar está escrito: Todo aliento, o todo lo que respira alabe al Señor (Sal. CL, 6). De este espíritu y aliento en el principio del Génesis está escrito: Dios insufló el aliento de vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente. Algo similar dice Job: El espíritu del Señor que está en mis narices, y el aliento del Todopoderoso que me enseña (Job XXVII, 3). Entonces, ya que de mí sale el espíritu, y por mi aliento e inspiración todo es vivificado y vive, no es justo que perezcan para siempre aquellos que son sostenidos por mi aliento y espíritu. Algunos de los nuestros dicen que este es el espíritu por el cual todo el mundo es inspirado y gobernado; y todo tiene

conocimiento de Dios, a quien según los estoicos, un poeta insigne escribiendo, dice (Virgilio, VI Eneida): Al principio el cielo y la tierra y los campos líquidos, y el globo luminoso de la luna, y las estrellas titánicas, el espíritu dentro alimenta: y toda la masa infundida por los miembros, la mente mueve, y se mezcla con el gran cuerpo. y lo demás. Otros entienden el Espíritu Santo, que al principio se movía sobre las aguas, y vivificaba todo: que procede del Padre, y por la sociedad de la naturaleza, es enviado por el Hijo diciendo, Os conviene que yo me vaya. Porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros: pero si me voy, os lo enviaré (Juan XVI, 7). De quien de nuevo dice: Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre (Juan XV, 26). Que no escandalice a nadie, si se dice que el Espíritu procede del Padre, cuando también el Hijo dijo de sí mismo: Yo salí del Padre, y vine; porque no salí de mí mismo, sino que él me envió (Juan XVI, 28). De este Espíritu hablaba: Rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros siempre, el Espíritu de verdad (Juan XIV, 16). Este es el Espíritu del que también escribe Moisés: ¿Quién dará que todo el pueblo del Señor sea en profetas, y que el Señor dé su Espíritu sobre ellos (Num. XI, 29)? Y Joel en persona de Dios: Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas (Joel II, 28). Y Zacarías: Sin embargo, recibid mis palabras y mis leyes que yo mando en mi Espíritu a mis siervos los profetas (Zac. I, 6). Y de nuevo: Derramaré sobre Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia (Zac. XII, 10). Y muchas otras cosas de ambos Testamentos que ahora es largo repetir. Solo decimos esto, que el mismo Profeta ha hablado de este Espíritu y aliento a la vez: Así dice el Señor Dios que hizo el cielo. Y poco después: Que da aliento a su pueblo, que está sobre ella, y espíritu a los que la pisan (Isai XLII, 5).

(Vers. 17 y siguientes) Por la iniquidad de su avaricia me enojé, y lo herí: me escondí y me indigné: y él anduvo triste en el camino de su corazón. Vi sus caminos, y lo sané: lo conduje de nuevo, y le devolví consuelos a él y a sus dolientes. Creé el fruto de los labios, paz, paz al que está lejos y al que está cerca, dice el Señor, y lo sané. Pero los impíos son como el mar agitado que no puede calmarse, y sus olas arrojan fango y lodo. No hay paz, dice Dios, para los impíos. LXX: Por el pecado, por un poco lo entristecí, y lo herí: y aparté mi rostro de él, y se entristeció y anduvo triste en sus caminos. Vi sus caminos, y lo sané: y lo consolé, y le di verdadero consuelo, paz a los que están lejos y a los que están cerca, dice el Señor, y los sanaré. Pero los inicuos fluctuarán, y no podrán descansar. No hay alegría para los impíos, dice el Señor Dios. Después del rechazo del pueblo de los judíos y de aquellos que no quisieron creer en el Salvador, había prometido a los que confían en Él, la tierra de los mansos y el monte de los santos, y había ordenado a los Apóstoles: Preparad el camino para el pueblo que regresa, y quitad todos los escollos del medio. Y para que no pareciera increíble, expone su poder, que el Altísimo y Grande puede fácilmente otorgar perdón a los penitentes, y es justo que el Creador tenga misericordia de su criatura. Por lo cual añade que se enojó y entristeció a su pueblo: lo hizo porque pecaron y tuvieron avaricia de iniquidad, y no se contentaron con una sola iniquidad; sino que siempre añadieron pecado a pecado. Y lo herí, dice, por un breve tiempo, para sanarlo, y me escondí, se sobreentiende, mi rostro, para que me deseara más, y dijera: Muéstranos tu rostro y seremos salvos (Sal. 79, 4). Y me indigné; lo cual él sintió, y anduvo triste, diciendo: Todo el día anduve triste (Sal. 37, 7). Y anduvo triste, o convertido en el camino de su corazón, para que no hiciera penitencia ante los hombres, sino en su corazón. Por eso, viendo los caminos de su conversión, sané las heridas con las que antes lo había herido. Y lo conduje de nuevo a mí, a quien antes había rechazado, y le devolví el verdadero consuelo. Porque hay muchos consuelos falsos, con los que se engaña al género humano. O consolé a sus dolientes, diciendo en el Evangelio: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. 5, 5). Y lo que sigue:

Creé el fruto de los labios, tiene este sentido, cumplí lo que había prometido, diciendo: Vivo yo, dice el Señor, prefiero el arrepentimiento del pecador a su muerte (Ezeq. 33, 11). O concedí todo lo que antes había prometido. ¿Y cuál es la promesa del Señor? Mi paz os doy: Mi paz os dejo (Juan 14, 27). Y esto es lo que ahora dice: Paz sobre paz; no solo a una nación, sino a todo el mundo: a aquellos que estaban lejos, y a los que estaban cerca, es decir, primero a los gentiles, y después a aquellos de Israel que quisieron creer. De los cuales también dice el Apóstol: A vosotros era necesario predicar la palabra de Dios; pero ya que os juzgasteis indignos de la salvación; he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hech. 13, 46). Quien escribiendo a los Efesios, y discutiendo plenamente sobre el pueblo de la Circuncisión y de los Gentiles, añadió: Ahora, en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo. Porque Él es nuestra paz: quien hizo de ambos uno, y derribó el muro de separación, aboliendo en su carne la enemistad, y lo demás (Efes. 2, 13-14); y de nuevo: Y viniendo, anunció paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca (Ibid., 17). Porque por Él tenemos acceso ambos en un mismo Espíritu al Padre: dando paz sobre paz a los que estaban lejos, y a los que estaban cerca y que no tenían la Ley y los Profetas: y a los que antes los habían recibido, los acogió y los sanó. Pero los impíos o inicuos, fluctuarán, como el mar agitado, y nunca podrán descansar. Lo cual, aunque puede entenderse de todo impío, sin embargo, se refiere propiamente al pueblo de los judíos, que con voz unánime clamó, y perseveró en su impiedad, diciendo: Crucifícalo, crucifícalo. No tenemos otro rey que el César (Juan 19, 15). Así como el mar agitado no puede descansar, sino que sus olas se desbordan y se revuelven en las orillas, y de nuevo son absorbidas, y al romperse, forman lodo que es pisoteado: así los impíos estarán sujetos a la eterna conculcación, de los cuales no hay alegría, y que no descansan en paz porque perseveran en la impiedad. Algunos entienden este pasaje especialmente sobre el Salvador: que por los pecados del mundo se entristeció por un poco, diciendo: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. 26, 38). Y el Padre lo hirió, quien habla por Zacarías: Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán (Zac. 13, 7); quien también dijo de sí mismo en el salmo sesenta y ocho: Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron (Sal. 68, 27). Y Dios apartó su rostro de él, para que tomara por un momento la forma de siervo, anduviera triste, y llorara los pecados del pueblo, lamentando y llorando por Jerusalén. Y el Padre, viendo sus caminos, por eso lo sanó, quien fue liberado entre los muertos: y su carne no vio corrupción, para que quien fue herido en la cruz, fuera sanado en la resurrección. Y lo consolé, dice, dándole por una nación de judíos, todo el mundo. Y a sus dolientes, se sobreentiende, los consolé. No hay duda de que se refiere a los Apóstoles. Y cumplió el fruto de sus labios, quien le dijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Sal. 2, 8): paz sobre paz, reconciliando al mundo con Dios, para que llamara a ambos pueblos a sí, y fuera sanado por el Padre. Pero a los impíos, de los que hablamos antes, los compara al mar, que nunca puede descansar, sino que incluso en la mayor tranquilidad, se revuelven sus olas en las orillas, y su fin es lodo y conculcación.

(Cap. LVIII.---Vers. 1.) Clama, no ceses: alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo sus delitos, y a la casa de Jacob sus pecados. LXX: Clama con fortaleza, y no te detengas: alza tu voz como trompeta, y anuncia al pueblo sus pecados, y a la casa de Jacob sus iniquidades. Terminado el capítulo anterior, en el que se anuncia paz a los justos, y ningún descanso a los impíos, Dios ordena al profeta Isaías que clame con fortaleza, y alce su voz como trompeta, y no tema declarar los pecados y delitos del pueblo de Israel, sin temer la muerte, ni las amenazas y burlas de los impíos; sino que considere más bien al Señor que manda. Y porque tienen oídos sordos, y apenas pueden escuchar, según Symmachus y Aquila, convierta su garganta en trompeta, que en hebreo se llama SOPHAR, que han interpretado como corneum. Y arriba, donde se decía a los Apóstoles, Sube al monte alto, tú

que evangelizas a Sion: alza tu voz con fortaleza, tú que evangelizas a Jerusalén: alza, no temas (Isai. 40, 9); no se toma trompeta, sino que se les ordena subir al monte. Pero aquí, porque eran pecadores a quienes se les debía anunciar, y moraban abajo, no se ordena al Profeta que suba al monte: sino solo que alce su voz como trompeta, y les anuncie las guerras venideras. De lo contrario, en el día del juicio, cuando en la resurrección de los muertos y la última trompeta se dice, está escrito, Porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles: para que así como ellos serán juzgados al sonido de la trompeta: así Israel, muerto por el pecado, escuche sus delitos; y al mismo tiempo se llama pueblo de Dios, para que aprenda qué tipo de padre ha perdido, quien incluso al pecador llama su pueblo.

(Vers. 2.) Me buscan día tras día, y quieren conocer mis caminos: como una nación que ha hecho justicia, y que no ha abandonado el juicio de su Dios. LXX de manera similar. Esto se aplica propiamente a los judíos, que cada día corren a las sinagogas, y meditan la ley de Dios, deseando saber qué hicieron Abraham, Isaac y Jacob, y qué hicieron los demás santos, y recitando de memoria los libros de los Profetas y de Moisés, cantan los mandamientos divinos, a los que se les aplicará correctamente: Me buscarán los malos, y no me encontrarán. Pues está escrito: Todo el que busca, encuentra (Mat. 7): quien no encuentra, se demuestra que ha buscado mal; porque el Señor se encuentra por aquellos que lo buscan con bondad, y se muestra a los que no son incrédulos con Él. Por lo tanto, habiendo abandonado la justicia y el juicio de Dios, por los cuales se muestra Cristo, como dice el salmista: Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. 71, 1): porque Cristo se ha hecho para nosotros redención, santidad, y justicia (I Cor. 1): en vano se jactan del conocimiento de la ley, cuando el santo no se gloría en el conocimiento de las Escrituras, sino en las obras, diciendo: Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón (Sal. 118, 31).

(Vers. 3.) Me piden juicios de justicia, y quieren acercarse a Dios. ¿Por qué hemos ayunado, y no has mirado? hemos humillado nuestras almas, y no lo has sabido? He aquí que en el día de vuestro ayuno se encuentra vuestra voluntad y todos vuestros deudores los habéis reclamado. He aquí que ayunáis para pleitos y contiendas, y herís con el puño impíamente. LXX: Me piden ahora un juicio justo, y desean acercarse a Dios, diciendo: ¿Por qué hemos ayunado, y no has visto? hemos humillado nuestras almas, y no lo has conocido? Porque en los días de vuestros ayunos se encuentran vuestras voluntades, y afligís a todos los que están sujetos a vosotros, ayunando para juicios y disputas, y herís con los puños al humilde. Hay otra temeridad de los judíos, como si tuvieran confianza en una buena conciencia, piden un juicio justo, e imitan las palabras de los santos que dicen: Júzgame, Señor, porque yo en mi inocencia he caminado (Sal. 25, 1, 2). Y de nuevo: Prueba, Señor, y examíname: quema mis riñones y mi corazón. Y en otro lugar: Júzgame, y redímeme (Sal. 118, 154). Y desean acercarse a Dios: cuando esto no está en el lugar, sino en el afecto, ni en la mente ociosa, sino en la obra laboriosa. Por lo tanto, la Escritura instruye qué significa acercarse a Dios, diciendo: Buscad al Señor. Cuando se acerque a vosotros, deje el impío sus caminos, y el hombre iniquo sus pensamientos. Porque el Señor se acerca a los que se acercan a Él, y a los que justamente persiguen lo justo, y pueden decir: Pero para mí, acercarme a Dios es bueno (Sal. 72, 28). Porque si el Dios Omnipotente es Padre de la verdad y la justicia, cualquiera que sea mentiroso e injusto, no puede acercarse a Dios, de quien está escrito: No habitará junto a ti el maligno, ni permanecerán los injustos ante tus ojos (Sal. 5, 6). ¿Por qué hemos ayunado, dicen, y no has mirado? hemos humillado nuestras almas, y no lo has sabido? Acusan a Dios de injusticia, porque no mira las buenas obras, y solo presentan el hambre del vientre, sin la obra de las virtudes a Dios: no comiendo aquellos alimentos que Dios creó para los fieles y para los que conocen la verdad, para que los tomen con acción de gracias: sino aquellos de los que está escrito en los Proverbios: Porque se alimentan de los alimentos de la

impiedad y se embriagan con el vino de la iniquidad (Prov. 4, 17). De tales banquetes se saciaba el fariseo, entre otras palabras de soberbia, jactándose de ayunar dos veces por semana (Luc. 18): quien no había bebido vino de la viña de Sorec, sino de la viña de los sodomitas, cuyo vino es furor de dragones, y furor de áspides incurable, y su uva, uva de hiel: a quienes Dios reprende por el Profeta: Comen los pecados de mi pueblo (Ose. 4, 8). Y de nuevo: ¿Por qué callasteis su impiedad, y vendimiaron sus iniquidades y comieron el trigo de la mentira (Ose. 10, 13)? Porque propusieron una cuestión a Dios, deseando saber por qué ayunaron y humillaron sus almas, y Dios no miró: olvidando la historia antigua, por qué no miró a las ofrendas de Caín, quien ofrecía correctamente, pero no dividía correctamente con su hermano (Gen. 4), no viendo la caridad de Dios, diciendo la Escritura: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y a tu prójimo como a ti mismo (Mat. 22, 39): por eso respondió Dios, que no rechaza los ayunos, sino las obras que se hacen en los ayunos, diciendo: En los días de vuestros ayunos se encuentran vuestras voluntades, para que no hagáis la voluntad de Dios, sino la vuestra, que Pablo escribiendo a los Efesios reprueba: Según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, en los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo, en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos. Y éramos por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efes. 2, 2, 3). Y lo que sigue según la LXX: Y a todos los sujetos a vosotros los afligís, oprimís, mejor lo tradujeron Theodotion y Symmachus, a quienes seguimos en este lugar, Y a todos vuestros deudores los reclamáis. De lo cual muestra, que no está exento de peligro reclamar al pobre que no puede pagar, y no devolver al deudor que tiembla el manto que tomaste como prenda, para que su clamor no llegue a Dios. Porque quien se apiada del pobre, presta a Dios (Prov. 19). Y por el contrario, quien reclama al que no tiene, hace violencia a Dios. Y para que sepamos que este es el sentido en el presente lugar, también en lo que sigue en este mismo capítulo leeremos: Desata las ligaduras de la impiedad, suelta los haces opresores. No hay duda de que se refiere a los documentos de deuda: ¿Qué aprovecha ayunar y palidecer el rostro, y ayunar para pleitos y disputas, diciendo la Escritura, Quien ama el pecado, se alegra en las disputas (Prov. 17, 11)? Pero el siervo del Señor no debe ser litigioso, sino ser manso (II Tim. 2), e imitar a quien dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. 11, 29): para que la humildad no sea fingida, sino del corazón, ni buscando la gloria de los hombres, sino la conciencia del alma. Ayunáis, dice, y herís con los puños al humilde, y lo golpeáis con bofetadas (I Tim. 3). Por lo cual el obispo no debe ser golpeador. ¿Cómo puede refrenar la lujuria, quien no puede contener su mano, ni su lengua? Tales ayunos también al principio de este profeta el Señor reprende, diciendo: Ayuno y ocio, lunas nuevas y sábados, y otras solemnidades vuestras odia mi alma (Isai. 1, 13). Por lo cual se ordena por Joel: Santificad un ayuno: proclamad una curación (Joel 2, 15); para que ayunemos de vicios, y con buenas obras, y con los pecados curados, se hagan santos los ayunos. Por lo tanto, sigue: Salga el esposo de su cámara, y la esposa de su tálamo; para que en tiempo de ayuno nos dediquemos a la oración: para que nuestro hombre interior no se alimente de la carne del dragón, que fue dado como alimento a los pueblos de Etiopía. Y decimos esto, no para reprobar los ayunos, por los cuales también Daniel, varón de deseos, conoció el futuro (Dan. 9), y los ninivitas aplacaron la ira de Dios (Jon. 3), y Elías (1 Rey. 19) y Moisés (Éxod. 34), con el hambre de cuarenta días, fueron saciados con la familiaridad de Dios, y el mismo Señor (Mat. 4) ayunó tantos días en el desierto, para dejarnos días solemnes de ayuno: sino para que no aproveche llevar el vientre vacío, y hacer otras cosas que desagradan a Dios. Y para pasar por alto las demás cosas, desfigurar sus rostros, para aparecer a los hombres ayunando [o ayunantes], quienes en el presente consiguiendo la gloria, serán excluidos del reino de Dios, porque recibieron su recompensa (Mat. 6). Por lo cual también el Apóstol, si aun entrega su cuerpo al martirio, para que arda, o se gloríe

(ambas cosas se encuentran en los ejemplares) sin la caridad de Dios (1 Cor. 13), que está en la conciencia del corazón, dice que derrama su sangre en vano.

(Vers. 4, 5.) No ayunéis como hasta ahora, para que se escuche en lo alto vuestro clamor. ¿Acaso es este el ayuno que he elegido, un día para que el hombre aflija su alma? ¿Acaso es para inclinar como un aro su cabeza, y extender saco y ceniza? ¿Llamarás a esto ayuno y día aceptable al Señor? LXX: ¿Por qué ayunáis como hoy, para que se escuche en clamor vuestra voz? No he elegido tal ayuno, ni día para humillar su alma. Ni aunque inclines como un aro tu cuello, y extiendas cilicio y ceniza: tampoco llamaréis a esto ayuno aceptable. Para que no parezca que reprueba el ayuno que él mismo había prescrito, enseña cómo debe ayunarse: más aún, antes de enseñar lo que deben seguir, instruye sobre lo que deben evitar: Para que se escuche, dice, en lo alto vuestro clamor. No llevéis el clamor a la oración, orando en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para ser vistos por los hombres (Mat. VI), y elevéis la voz en lo alto, y con el fariseo, que es condenado por el juicio del Señor, proclaméis vuestros ayunos y obras (Luc. XVIII). Por lo cual, el Señor, reprobando la oración de los fariseos, enseña a los discípulos cómo deben orar (Mat. VI), cerrando el aposento de su corazón, para que hablen solo con Dios, quien puede escuchar el silencio del corazón; para que clamen en sus corazones, Abba Padre (Rom. VIII, 15); y no desfiguren sus rostros, sino que se laven con agua y unjan su cabeza con aceite. De lo cual también escribe Juan el Evangelista: Y vosotros tenéis la unción del santo (I Juan II, 20): con la cual, al ser ungidos, también ellos se hacen santos. Pues Dios no busca solo la aflicción y humillación del alma por la injuria del cuerpo: para que, como un aro, tuerza el cuerpo, y someta el cuello, y ande triste. Según lo que se dice en los Salmos: Estoy afligido y encorvado hasta el fin: todo el día andaba triste (Sal. XXXVII, 9). Ni para que alguien se vista de saco y duerma en ceniza, lo cual leemos de David y de Acab (II Reg. III; III Reg. XXI): sino para que, con estos, haga lo que sigue. De lo contrario, el Apóstol frecuentemente dice que ayuna (II Cor. VI y XI), y el Señor, cuando el esposo sea quitado de sus discípulos, les enseña que ayunarán (Mat. VI): y en los Salmos el penitente habla: Comí ceniza como pan, y mezclaba mi bebida con llanto (Sal. CI, 10). Y cuando me molestaban, me vestía de cilicio (Sal. XXXIV, 13). De lo cual aprendemos que primero deben hacerse estas cosas que el Señor quiere, y no pasar por alto otras.

(Vers. 6, 7.) ¿No es este más bien el ayuno que he elegido? Desata las ligaduras de la impiedad, deshace los haces opresores: Deja libres a los quebrantados, y rompe todo yugo. Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y vagabundos introduce en tu casa. Cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no desprecies a tu propia carne. LXX: ¿No es este el ayuno que he elegido, dice el Señor: sino desata toda ligadura de iniquidad. Deshace las obligaciones de las cautelas violentas. Deja libres a los quebrantados, y rompe toda escritura iniqua. Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres sin techo introduce en tu casa. Si ves al desnudo, cúbrelo, y no desprecies a los de tu propia carne. Después de enseñar qué tipo de ayuno reprueba, muestra cuál acepta con agrado. Desata, dice, las ligaduras de la impiedad: deshace los haces opresores: o como los LXX tradujeron más claramente, las obligaciones de las cautelas violentas, que nuestros, engañados por la ambigüedad de la palabra, es decir, συναλλαγμάτων, interpretaron como cambios por escrituras. Pero significa los haces de papeles, en los cuales se contienen las calumnias de los usureros, y los pobres son oprimidos por deudas, lo cual en todas las ciudades es causa de sedición o la mayor. Por lo cual también el pueblo romano ocupa los montes vecinos, y las Tablas nuevas, que los griegos llaman χρέων ἀποκοπάς. No ordena, pues, el Profeta que cada uno no exija lo que se le debe, especialmente lo que dio justamente y justamente reclama: de lo contrario, sería defensor de la sedición tribunicia. Pero donde la cautela es iniqua, donde los pobres son oprimidos por

calumnia: allí los haces de cautelas, y todos los vínculos de iniquidad deben romperse. O ciertamente debe decirse esto, porque el discurso es sobre los ayunos, y el ayuno tiene aflicción y humillación del alma: la aflicción del cuerpo suplica el perdón de los pecados. La Escritura divina enseña que perdonemos a nuestros deudores, para que también el Padre celestial nos perdone nuestras deudas (Marc. XI). La historia antigua narra que en el año de remisión séptimo, o quincuagésimo, que es el verdadero Jubileo, todas las posesiones regresan a sus dueños, y se devuelve a los siervos su libertad original, y todos los nombres, que vulgarmente se llaman cautelas, se anulan (Lev. XXV y XXVII). Si esto se ordena en la Ley antigua (Éxod. XXI), cuánto más en el Evangelio, donde (Mat. V) todas las cosas buenas se duplican: y no se nos manda ojo por ojo, diente por diente, sino ofrecer la mejilla al que golpea. Y para que sepamos aquello que dijimos antes: Reclamáis a todos vuestros deudores, se escribe de los acreedores, se une más claramente de los deudores: Deja libres a los quebrantados, es decir, a los que están quebrantados por la pobreza, a los que la indigencia ha afligido, no dejes que mendiguen. Y rompe todo yugo que los oprime. Por lo cual los Setenta tradujeron más claramente, y rompe toda escritura iniqua: lo que Símaco tradujo: Y rompe toda cautela falsa. Pero podría suceder que alguien dijera: No tengo deudores, ¿qué debo hacer para que mi ayuno sea aceptado? Sigue: Parte tu pan con el hambriento. No muchos panes, para que no te quejes de pobreza, sino un pan. Ni siquiera todo, sino parte del pan: que si no ayunaras, ibas a comer; para que tu ayuno no sea ganancia de la bolsa, sino saciedad del alma. Y añadió bellamente tuyo, para que no hagas limosna de lo robado: Porque la redención del alma del hombre son sus propias riquezas (Prov. XIII, 6). Y en otro lugar: Honra al Señor con tus justos trabajos (Prov. III, 9). Ciertamente, si no tienes pan, y hay una gran multitud de hambrientos, ofrece de lo que no sufres pérdida. En lo que no hay gastos, introduce a los pobres sin techo en tu casa. O como se dice en hebreo, en casa, para que si no tienes la tuya, los introduzcas en un albergue, que posees ya sea por alquiler o por beneficio. Si ves al desnudo, cúbrelo. Lo que también el Señor decía en el Evangelio: El que tiene dos túnicas, dé una al que no tiene (Luc. III, 11). No mandó que se rasgara y dividiera una, lo que muchos hacen por popularidad: sino que no se guarde la otra, aumentando los preceptos de justicia, para que incluso dijera que el vaso de agua fría ofrecido tiene recompensa. Y dice, no desprecies a tu propia carne. Pues todo hombre es nuestra carne. Y según la parábola evangélica, aquel que descendía de Jerusalén a Jericó, y fue herido por ladrones, es llamado prójimo quien le hizo bien (Luc. X). O ciertamente según los Setenta que dijeron: Y no desprecies a los domésticos de tu simiente, entendamos a los domésticos de la simiente aquellos de quienes también el Apóstol enseña, que se debe hacer limosna a todos, pero especialmente a los domésticos de la fe (Gál. VI). Ellos son nuestra carne, y nuestra simiente, que son generados con nosotros de un mismo padre. A quienes también el Salvador extendía la mano, diciendo: Mi madre y mis hermanos son estos, los que hacen la voluntad de mi Padre (Marc. III, 34, 35). Y para que sepamos que hay un solo Señor, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, el mismo Señor habla en el Evangelio de aquellos que estarán a la derecha en el día del juicio: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber. Estuve enfermo, y en la cárcel, y vinisteis a mí. Peregrino, y me llevasteis a vuestra casa. Y desnudo, y me vestisteis (Mat. XXV, 34 y ss.). Y a aquellos que con humildad dicen que no hicieron nada al Señor Salvador, respondió: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Según la tropología podemos decir esto: Quien ayuna de todos los males, y quiere que su ayuno sea aceptado, no solo debe apartarse del mal, sino también hacer el bien, para que desate todo vínculo de iniquidad, con el que los simples creyentes están atados por las fraudes de los herejes. Y στραγγαλιὰς, obligaciones de tratos violentos, que también el profeta en el salmo muestra, diciendo: Pero los que se desvían en obligaciones, el Señor los llevará con los que obran iniquidad (Sal.

CXXIV, 5). Pues todos los que están atados por los lazos de los herejes, se desvían del Señor; y como buey llevado al sacrificio; y eligen y cambian la verdad por la mentira. Así pues, el hombre eclesiástico debe dejar y desatar a estos hombres, que están quebrantados por el juicio, y romper toda escritura de los herejes, de los cuales el mismo profeta dice aquí: Ay de los que escriben iniquidad: pues escriben maldad, arrebatando el juicio de los pobres de mi pueblo (Is. X, 1, 2), para que no mantengan atrapados a los simples con sus lazos. Y cuando haya hecho esto, parta el pan de la doctrina eclesiástica a los hambrientos, lo que también hizo el Señor, dando los panes partidos a los apóstoles, que les dejó en siete canastas y doce cestas, no enteros como estaban en la Ley, sino desmenuzados y partidos en el Evangelio, para que tuvieran qué dar a los pobres (Mat. XV). A los que veas que no tienen el calor de la fe, sino que fuera de la Iglesia están helados por los fríos de la infidelidad, pobres y peregrinos, introdúcelos, dice, en la casa de la Iglesia, y cúbrelos con el manto de la incorruptibilidad; para que vestidos con la túnica de Cristo, no permanezcan en los sepulcros, lo que leemos de aquel que estaba poseído por la legión de demonios, habitaba desnudo en las memorias de los muertos. Y cuando, dice, hayas hecho esto y tu liberalidad esté expuesta a todos, especialmente no desprecies a los domésticos de la fe.

(Vers. 8, 9.) Entonces brotará como la mañana tu luz, y tu salud pronto [Vulg. más pronto] nacerá, y tu justicia irá delante de ti: y la gloria del Señor te recogerá. Entonces invocarás, y el Señor te escuchará: clamarás, y dirá: Aquí estoy. LXX: Entonces brotará tu luz matutina, y tus sanidades pronto nacerán, y tu justicia irá delante de ti, y la gloria de Dios te rodeará. Entonces clamarás, y Dios te escuchará. Aún hablando tú, dirá. Aquí estoy. Cuando no hagas aquellas cosas que el discurso anterior narró, y hagas estas de las que ahora hemos hablado: entonces tu ayuno será aceptable, y brotará tu luz matutina; el sol de justicia, de quien el profeta Malaquías habla en persona de Dios Padre: Para vosotros que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia, y la salud en sus alas (Mal. IV, 2). Que allí es llamado sol, aquí es llamado luz. Pues así como la luz matutina disipa las tinieblas: así la luz del conocimiento y la verdad ahuyenta todos los errores. Y tus sanidades, dice, pronto nacerán. Por lo cual Aquila, expresando palabra por palabra, puso: Y la cicatriz de tu herida pronto se cubrirá; para que las heridas de nuestros pecados al nacimiento del sol de justicia, pronto cubiertas por la cicatriz, se cierren. Por lo que los Setenta tradujeron τὰ ἰάματά σου, es decir, tus sanidades, los intérpretes latinos, llevados por la similitud del nombre, ἱμάτια, es decir, vestimentas, pusieron. Por lo cual muchos, engañados por la falsedad de la traducción, usan este testimonio para probar la resurrección del cuerpo, para que se entienda que la vestimenta del alma es el cuerpo, que en el día de la resurrección nacerá. Y precederá, dice, delante de ti tu justicia (Gén. XXX, 33, según los LXX). Según lo que Jacob dice: Mañana me escuchará mi justicia; y se cumplirá lo que está escrito: He aquí el hombre, y sus obras. Y la gloria del Señor te rodeará, como una vestidura bellísima, para que seas glorificado ante Dios y ante los hombres. Entonces invocarás, y el Señor te escuchará: clamarás, y dirá: Aquí estoy, no con voz, sino con obra; no con respuesta, sino con beneficios. Lo cual según la letra se comprueba en el Evangelio, cuando el leproso dice al Señor, Si quieres, puedes limpiarme, el Señor responde diciendo: Quiero, sé limpio.

(Vers. 10.) Si quitas de en medio de ti la cadena, y dejas de extender el dedo, y de hablar lo que no aprovecha. Cuando derrames tu alma al hambriento, y sacies el alma afligida: entonces [Vulg. falta entonces] nacerá en las tinieblas tu luz, y tus tinieblas serán como el mediodía. LXX: Si quitas de ti la colligación, y la ordenación y la palabra de murmuración, y das al hambriento tu pan de tu alma, y sacias el alma humillada: entonces nacerá en las tinieblas tu luz, y tus tinieblas serán como el mediodía. La palabra hebrea MOTA (), que en Jeremías se interpreta como yugo de hierro (Jer. XVIII), en el presente capítulo se lee dos

veces. En el lugar donde arriba según los Setenta dijimos: Desata las obligaciones de las violentas transacciones, por una palabra MOTA sepamos que pusieron cautelas violentas, por las cuales Aquila interpretó error, Símaco declinación, Teodoción κλοιὸν, es decir, yugo. Nuevamente en el presente lugar donde traducimos: Si quitas de en medio de ti la cadena, y por cadena los Setenta tradujeron συνδεσμὸν, es decir, colligación, o vínculo; Aquila, como arriba, interpretó error; Símaco, concediendo a los dictámenes de Teodoción, puso yugo. Esto sobre la variedad de la interpretación. De lo contrario, el sentido se une así con los anteriores: Nacerá para ti la luz matutina, y tus sanidades pronto nacerán: y tu justicia te precederá, y la gloria del Señor te coronará. Y al que ruega, lo escuchará de inmediato, y se mostrará presente. Así, siempre que añadas a las obras anteriores estas también, para que quites de ti la obligación y la cadena con la que tu alma está atada. De la cual también Pedro hablaba a Simón: Porque en hiel de amargura, y en obligación de iniquidad te veo estar (Hech. VIII, 23). Y Pablo se dolía, viendo atada a la idolatría la ciudad de los atenienses. Pues cada uno es atado con las cuerdas de sus pecados (Prov. V). De las cuales ataduras del alma también David rogaba en el salmo: Límpiame de mis ocultos, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo (Sal. XVIII, 13). Difícilmente se encuentra quien no esté atado con estas cadenas. Rara vez se encuentra un alma que no tenga este gravísimo yugo rodeando su cuello, deprimiéndola a las obras terrenales, para que no mire al cielo, sino a la tierra. Lo cual también se refiere de la mujer evangélica, a quien Satanás había atado por dieciocho años, para que encorvada, no viera las cosas celestiales (Luc. XIII). Si, pues, dice, quitas de en medio de tu corazón esta cadena, y disipas tales vínculos, y χειροτονίαν, por la cual tres otros intérpretes con voz concordante, dedo extendido tradujeron: para que no solo no pienses el mal, y no lo hagas, sino que ni siquiera hables mal de tu prójimo, y señales a cada uno como con el dedo, y hables lo que no aprovecha a tu alma, no considerando tus males, sino los errores de otros: recibirás lo que el siguiente discurso añade. Muchos de los nuestros χειροτονίαν, es decir, ordenación de clérigos, que no solo se cumple con la imprecación de la voz, sino con la imposición de la mano (para que no, como en algunos hemos reído, la imprecación de la voz ordene clérigos sin saberlo), así lo entienden, para que tomen el testimonio de Pablo escribiendo a Timoteo: No impongas las manos a nadie con ligereza, ni participes en pecados ajenos (I Tim. V, 22). Pues no es un pecado leve, echar perlas ante los cerdos, y dar lo santo a los perros (Mat. VII): y otorgar la ordenación del clero, no a los santos, y doctísimos en la ley de Dios, sino a sus secuaces, y a los ministros de oficios viles: y lo que es más deshonroso para ellos, por las súplicas de mujeres. En lo cual debe considerarse la sabiduría del apóstol de Cristo que habla en sí mismo, quien para demostrar el peligro de la ordenación, unió los tormentos de los pecadores: Ni participes en pecados ajenos. Así como en las ordenaciones de los malos, es partícipe de los pecados quien tales constituye: así en la ordenación de los santos, es partícipe de su justicia quien elige a los buenos. Sigue: Y la palabra de murmuración, se sobreentiende, ἀπὸ κοινοῦ, si la quitas de ti. La palabra de murmuración es, cuando Dios habla contra nosotros: Cese de mí la murmuración de este pueblo, y no morirá; y referimos nuestros pecados a Dios, para excusar excusas en pecados, y decimos: Me venció el ardor del cuerpo, me vencieron los incentivos de la juventud, fui creado así por Dios: la pobreza me obligó al robo. Así que si no hacemos estas cosas que se han dicho, y hacemos las que se dirán, para que al hambriento, no como antes, demos nuestro pan, sino nuestra alma, para que lo ayudemos en lo que podamos, y no como por tristeza y necesidad, sino que demos de corazón, recibiendo más que dando el beneficio: Porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7), para que el alma hambrienta o afligida no la reconfortemos en parte, sino que la saciemos: y nos duela con los que duelen, y lloremos con los que lloran (Rom. XII), entonces nacerá en las tinieblas nuestra luz, aquel que dice: Yo soy la luz que vine al mundo: para que todo el que cree en mí, no permanezca en tinieblas: sino que tenga la luz de la vida (Juan XII, 46). Pues la lámpara de nuestro cuerpo es el ojo: si es

sencillo, todo nuestro cuerpo será luminoso. Pero si el que debería ser luz, se convierte en tinieblas; entonces todo el cuerpo será tenebroso, y se nos dirá: Si la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes son esas tinieblas! (Mat. VI, 23). Consideremos con cuántas virtudes llegamos a la luz de Dios, para que las tinieblas se conviertan en mediodía, y digamos con la esposa: ¿Dónde pastoreas, dónde descansas, al mediodía? (Cant. I, 6).

(Vers. 11.) Y el Señor te dará descanso siempre, y llenará de esplendores tu alma, y liberará tus huesos. Y serás como un jardín regado, y como una fuente de aguas, cuyas aguas no faltan. LXX: Y tu Dios estará contigo siempre: y serás lleno como desea tu alma, y tus huesos engordarán. Y serán como un jardín embriagado: y como una fuente, cuya agua no faltará. Lo que en los ejemplares alejandrinos se ha añadido al principio de este capítulo: Y aún en ti estará mi alabanza siempre; y al final, y tus huesos brotarán como hierba, y engordarán, y poseerán en herencia por generación y generaciones, no se encuentra en el hebreo, ni siquiera en los ejemplares corregidos y verdaderos de los Setenta: por lo que debe ser señalado con un obelo. Cuando las tinieblas, dice, de tu pecho, al surgir la luz, se disuelvan, y en lugar de la noche palpable surja el mediodía, entonces siempre tendrás a Dios como habitante, quien llenará de esplendores tu alma. De los cuales se lee en el salmo: Contigo el principio en el día de tu poder, en los esplendores de los santos, desde el seno antes del lucero te engendré (Sal. CIX, 4). O serás saciado con todo lo que desea tu alma, porque tú también saciaste el alma hambrienta, y podrás decir: Bendice, alma mía, al Señor, quien llena de bienes tu deseo (Sal. I, 5); y tus huesos serán liberados de la destrucción y del fuego perpetuo. O engordarán, para recuperar su antigua grosura, que había sido debilitada por el hambre de la palabra del Señor. Lo cual también podemos entender literalmente sobre la resurrección de los cuerpos que caerán, y sobre las virtudes del alma, de las cuales habla el santo en el salmo, Todos mis huesos dirán, Señor, ¿quién como tú? (Sal. XXXIV, 10). De los cuales también está escrito en los Proverbios, La buena fama engorda los huesos (Prov. XV, 30). Y a quienes se prometen recompensas, Salud será para tu cuerpo, y curación para tus huesos (Prov. XVI, 24). De los cuales nuevamente está escrito, El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrado (Sal. XXXIII, 21). Por el contrario, el que es pecador, y ha perdido la fuerza y la virtud del alma, llora, y dice: Nuestros huesos han sido dispersados junto al infierno (Sal. CXL, 7). Pues no podemos creer que los huesos de los pecadores no estén en el infierno, sino junto al infierno. Y la buena fama engorda los huesos (Prov. XV, 30), lo cual no se refiere a la gordura del cuerpo. Sigue: Y serás, o será, es decir, tú o tu alma, como un jardín regado: del cual está escrito: Una fuente salía, y regaba toda la faz del paraíso (Gén. II, 6), para lo cual en hebreo se lee jardín. No podemos decir que esta fuente sea otra que aquella a la que se dice, Contigo está la fuente de la vida (Sal. XXXV, 10): que riega incesantemente su Iglesia, y los corazones de todos los creyentes.

(Vers. 12.) Y se edificarán en ti los desiertos de los siglos: levantarás los cimientos de generación en generación: y serás llamado edificador de cercas, convirtiendo caminos en descanso. LXX: Y se edificarán para ti los desiertos desde el siglo y tus cimientos serán eternos en generaciones y generaciones: y serás llamado edificador de muros, y harás que los caminos en medio descansen. No solo, dice, surgirá en las tinieblas tu luz, y tus tinieblas serán como el mediodía, y el Señor te dará descanso siempre, y serás como un jardín regado, y lo demás; sino que se edificarán en ti lo que había estado desierto por mucho tiempo; y se echarán los cimientos de tus edificios para muchas generaciones: de modo que o tú mismo serás llamado edificador de cercas y muros, o surgirá en ti quien sea edificador de cercas, y convierta los caminos en descanso, o según los Setenta, haga que los senderos en medio descansen. Los judíos y los amigos solo de la letra occidental, refieren esto a la restauración de las ciudades de Palestina. Y sostienen que se hizo bajo Zorobabel y Esdras, y Nehemías, o

que sucederá en el último tiempo: y a la restauración de Jerusalén y en torno a las ciudades se echarán cimientos altísimos y se construirán muros tan altos, que ningún enemigo pueda entrar, y se prohibirá la entrada de todos los enemigos en ellas. Pero nosotros, siguiendo el orden de la explicación comenzada, decimos que lo que había estado desierto en los judíos, se edifica en la Iglesia, no por un breve tiempo, sino para siempre, y que sus cimientos deben ser levantados de ambos pueblos, es decir, en dos generaciones. Por lo cual decía el Apóstol: Como sabio arquitecto puse el fundamento: otro edifica sobre él: pero cada uno vea cómo edifica sobre él (I Cor. III, 10); y en otro lugar: Somos labranza de Dios, edificio de Dios; y nuevamente: Edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas (Efes. II, 20); y debe ser llamada, o con quien ha nacido en ella, edificador de cercas. De lo cual leemos en el salmo: Un hombre ha nacido en ella: y el Altísimo la ha fundado (Sal. LXXXVI, 5). Estas cercas y muros, pues esto significa en griego φραγμοῦς, la Escritura recuerda que están rodeadas de campo y viñas: Sacaste una viña de Egipto: expulsaste a las naciones, y la plantaste; y poco después: ¿Por qué destruiste su cerca: y la vendimian todos los que pasan por el camino? (Sal. LXXXIX, 9 y 13). Y en este mismo Profeta: La viña fue hecha para el amado; que describiéndola con hermoso lenguaje, añadió: Edifiqué una torre, y la rodeé con una cerca (Ecles. II, 4). Quien la destruyó, según el Eclesiastés, lo morderá una serpiente. Que por eso está rodeada, para que se prohíba el acceso de todas las bestias a la viña de Dios. Esta es la serpiente tortuosa, que engañó a Eva en el paraíso, quien porque había destruido los mandamientos de Dios, por eso fue expuesta a sus mordeduras, y escuchó del Señor: Tú observarás su cabeza; y él observará tu talón (Gén. III, 15). En ese lugar, donde nosotros según los Setenta hemos interpretado, para no parecer que innovamos, porque es un testimonio común, y serás llamado edificador de cercas, en hebreo se lee, y será llamado en ti, GODER PHERES que Aquila interpretó περιφράκτης διακοπῆς, que podemos decir según el sentido, quien se opone a la ira de Dios que arremete. Finalmente, Symmachus tradujo, muro oponiéndose al que golpea (I Reg. VII), como fue Moisés y Aarón, y Samuel, quienes resistieron a la ira del Señor, y como si hubieran edificado un muro, pusieron un límite a su indignación. Lo que también se dice a Jeremías: Que no se encuentre con el Señor, que no quiera resistir a su ira, y así con oraciones como con un muro interponer su indignación (Jer. VII): y a Moisés, como si el Señor estuviera retenido por él: Déjame, dice, y heriré a este pueblo (Éxod. XXXII, 10). Un edificador de este tipo de muros y cercas, convertirá los caminos en descanso, para que la ira de Dios no se desate, sino que el Señor esté aplacado con ellos, y todos los caminos de indignación descansen.

(Vers. 13.) Si apartas tu pie del sábado, para no hacer tu voluntad en mi día santo: y llamas al sábado delicioso, y santo del Señor glorioso, y lo glorificas mientras no haces tus caminos, y no se encuentra tu voluntad, para que hables palabra. LXX: Si apartas en los sábados tu pie: para no hacer tus voluntades en el día santo. Y llamarás a los sábados deliciosos santos al Señor: no levantarás tu pie para trabajar, ni hablarás palabra ÷ en ira de tu boca **. A quien antes le había dicho: ¿No es este el ayuno que elegí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar los haces opresores, y lo demás: también ahora promete recompensas, si quiere hacer lo que sigue (Éxod. XX); para que aquí, ciertamente, contenga su pie en los sábados, y no haga sus voluntades, y manche el día santo del Señor con sus voluntades [Al. voluptuosidades]. La ley ha ordenado que no hagamos obra servil en los sábados, que no encendamos fuego, que nos sentemos en un solo lugar, que solo hagamos aquellas obras que pertenecen a la salvación del alma. Lo cual, si lo tomamos literalmente, no puede cumplirse en absoluto. ¿Quién puede hacer esto, que todo el día y la noche sentado en el sábado no se mueva de un lugar, es más, ni siquiera se mueva ligeramente; que si lo hace, sea transgresor de la ley? Por lo tanto, de un solo mandato, que literalmente es imposible, nos vemos obligados a entender espiritualmente los demás, para que no hagamos obra servil, y perdamos la libertad del alma; porque quien

hace pecado, es siervo del pecado (Juan VIII): para que no llevemos carga en el sábado, como la llevaba aquel que dice: Mis iniquidades se han elevado sobre mi cabeza: como una carga pesada se han agravado sobre mí (Sal. XXXVII, 5). Para que la iniquidad que se sienta sobre el talento de plomo, no tenga poder sobre nosotros: para que el placer del cuerpo y la lujuria no nos enciendan (Zac. V): Porque todos son adúlteros como un horno sus corazones (Oseas VII); y las flechas encendidas del diablo son, para que disparen en la oscuridad a los rectos de corazón (Sal. X). También se nos ordena que, habiendo tomado el arado, no miremos hacia atrás: que subiendo a la altura de los techos, no queramos descender para tomar las vestiduras del mundo (Luc. IX); sino que escuchemos con Moisés, Tú, sin embargo, quédate aquí conmigo (Éxod. XXXIV, 2); y nos sentemos con el Señor, cansados en el camino de este mundo, sobre el pozo de la samaritana y anhelando la conversión y salvación de los errantes (Juan IV), para que escuchemos al Apóstol advirtiendo, Estad firmes e inamovibles (I Cor. XV, 58), para que no suframos lo que Judas el traidor sufrió, quien perdió el lugar de su ministerio, y se convirtió en transgresor, y siempre recordemos esa sentencia: Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar (Ecles. X, 4). Quien así descansa en el sábado, lava sus manos entre los inocentes, y no mueve sus pies, para hacer sus voluntades: este celebra los sábados deliciosos del Señor. Este sabatismo, según la Epístola escrita a los Hebreos, se nos promete en los cielos, y se prepara la gloria (Hebr. IV): para que mientras no hacemos nuestros caminos en el sábado, ni se encuentra nuestra voluntad, para que hablemos palabra, para que ni en obra, ni en palabra pequemos. De lo contrario, si solo estas cosas se prohíben en el sábado, entonces en los otros seis días se nos concede la libertad de pecar. Lo cual, si es absurdo creer, queda que el sábado, que se interpreta como descanso, debe ser santificado en todo tiempo por los fieles, mientras no hacen las voluntades de la carne, sino del alma. Y lo que se añade, según los Setenta, en ira de tu boca, no se encuentra en el hebreo. A este sábado, que debe ser celebrado con toda festividad, el Salvador nos invita en el Evangelio, diciendo: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os daré descanso (Mat. XI, 28); pues esto significa ἀναπαύσω ὑμᾶς, para que, dejando las cargas de los pecados, sabaticemos en Cristo, y digamos: Puso sobre la roca mis pies (Sal. XXXIX, 3), y evitemos aquello que el santo dice que casi sufrió, Mis pies casi se movieron (Sal. LXXII, 2).

(Vers. 14.) Entonces te deleitarás en el Señor [Vulg. Señor); y te elevaré sobre las alturas de la tierra, y te alimentaré con la herencia de Jacob tu padre. Porque la boca del Señor ha hablado. LXX: Y estarás confiado en el Señor: y te elevará sobre los bienes de la tierra, y te alimentará con la herencia de Jacob tu padre. Porque la boca del Señor ha hablado. Después de que llames a los sábados deliciosos, y no muevas tu pie en el sábado para hacer obra servil, ni hables palabra, es decir, siempre guardes silencio, y cumplas lo que se ha mandado: Refrena tu lengua del mal, y tus labios para que no hablen engaño (Sal. XXXIII, 14): entonces te deleitarás en el Señor, y verás que se ha cumplido en ti: Deleítate en el Señor, y te dará las peticiones de tu corazón (Sal. XXXVI, 4). O tendrás confianza en el Señor, según lo que está escrito: Bienaventurado el que confía en el Señor. Y en Jeremías: Bendito el hombre que confía en el Señor, y el Señor será su esperanza (Jer. XVII, 7). Y en otro lugar: Es mejor confiar en el Señor, que confiar en el hombre (Sal. CXVII, 8). Y el Señor te elevará y te levantará sobre las alturas y los bienes de la tierra. Porque la tierra de los mansos, y la tierra de los vivientes no está abajo, sino arriba. Finalmente, a Lot que huía del valle de Sodoma y Gomorra se le dice: En el monte hazte salvo (Gén. XIX). A donde después de llegar, le salió el sol en Segor. De esta tierra decía el Señor: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 4): y muchas otras cosas que hemos mencionado frecuentemente, de las cuales está aquello: Honra a tu padre y a tu madre, y serás longevo sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará (Éxod. XX, 12). Lo cual literalmente no puede sostenerse en

absoluto. Pues muchos honran a sus padres, y mueren pronto; y otros parricidas viven largo tiempo. Para que sepamos con certeza que esta tierra está en las alturas, recordemos brevemente el salmo treinta y seis, en el cual está escrito: Los mansos poseerán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz. Después de lo cual se añade: Espera en el Señor, y guarda sus caminos: y te elevará, para que poseas la tierra (Sal. XXXVI, 11): de la cual en otro lugar se canta, Los justos poseerán la tierra, y habitarán para siempre sobre ella (Ibid., 34). Lo cual también es imposible. Si la tierra pasará, esta que habitamos, ¿cómo habitarán los justos para siempre sobre ella? De lo cual aprendemos que hay una tierra, que está situada en las alturas. Después de lo cual se añade: Y te alimentaré, o, el Señor te alimentará con la herencia de Jacob tu padre. Así como quien tiene fe es llamado hijo de Abraham: así quien suplanta vicios y pecados, es llamado hijo de Jacob. Y de quien uno es imitador de virtud, de ese es llamado hijo. Pero los bienes de la tierra, que están situados en lo alto, deben ser entendidos como aquellos que ni ojo vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre (I Cor. II). De los cuales está escrito en la Epístola a los Hebreos: Porque los que dicen tales cosas, muestran que buscan una patria: y si hubieran buscado aquella de la cual salieron, tenían tiempo para volver a ella. Pero ahora desean una patria mejor, es decir, la Jerusalén celestial (Hebr. XI, 14 y ss.). De lo cual aprendemos que la fábula de los mil años, en la que nuevamente se prometen bodas, y alimentos, y la vida terrenal, debe ser rechazada. Pues si en la resurrección ni se casan, ni se dan en matrimonio, sino que serán como los ángeles; porque son hijos de la resurrección (Mat. XXII); y sobre el vientre y los alimentos el Apóstol dice: La comida para el vientre, y el vientre para la comida: pero Dios destruirá tanto a este como a aquella (I Cor. VI, 13), ¿cómo nuevamente con un cuerpo incorruptible y espiritual e inmortal, buscaremos los vicios de la carne mortal y corrupta anterior? Y decimos esto, no para negar la sustancia del cuerpo glorificado, sino para eliminar completamente las obras anteriores en aquellos que son semejantes a los ángeles. De lo contrario, incluso en este cuerpo todavía, a través de ayunos y continencia, y perpetua castidad y caridad, imitamos las virtudes angélicas, y sin embargo no perdemos la sustancia de los cuerpos. Para que creamos que todo esto sucederá, sepamos que ha sido prometido por Dios, cuya boca ha hablado: para que como en las manos la obra, y en los pies el andar, y en el vientre la generación, y en los oídos y ojos el oído y la vista: así en la boca entendamos la palabra de Dios.

(Cap. LIX.---Vers. 1, 2.) He aquí que no se ha acortado la mano del Señor, para que no pueda salvar; ni se ha agravado su oído, para que no oiga; sino que vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han ocultado su rostro de vosotros, para que no oiga. LXX: ¿Acaso no puede la mano del Señor salvar: o se ha agravado su oído, para que no oiga? Pero vuestros pecados separan entre vosotros y Dios: y por vuestros pecados ha apartado su rostro de vosotros, para que no tenga misericordia. Podría haber cumplido ya lo que ahora he dicho que haré: Serás confiado en el Señor, y te elevará a los bienes de la tierra, y te alimentará con la herencia de Jacob tu padre, y antes de completar. Pues no se ha acortado mi mano, ni se ha contraído, para que no pueda extenderla para liberar a mi pueblo: ni tengo oídos sordos, para que no pueda oír. De lo cual se muestra que los oídos del Señor, que escuchan a los justos, y no escuchan a los pecadores, no son en absoluto como nuestros oídos, que escuchan por igual la voz emitida ya sea de justicia o de injusticia; sino que vuestros pecados, dice, como un muro interpuesto, os dividen de Dios. Por lo cual también el Salvador en su pasión hizo de ambos uno (Efes. II), y disolviendo el muro intermedio de la cerca, destruyó la enemistad en su carne, para que aquellos que el muro de los pecados había dividido, la sangre de Cristo los uniera. Quien abrió la puerta del paraíso, que había estado cerrada por mucho tiempo (Gén. III), y apagó con su sangre la espada de fuego, para que el ladrón escuchara: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Y lo que sigue: Y por vuestros pecados ha apartado su rostro de vosotros: para que no oiga, o para

que no tenga misericordia, esto muestra que no pudo soportar el hedor de sus pecados y sus iniquidades, sino que apartó su rostro, para no ver su vileza, y se viera obligado a golpearlos de inmediato. Por lo cual el pecador deseando ver el rostro del Señor, dice en el salmo: ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás para siempre, hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? (Sal. XII, 1). Y en otro lugar: Muéstranos tu rostro, y seremos salvos (Sal. LXXIX, 4).

(Vers. 3, 4.) Porque vuestras manos están manchadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad: vuestros labios han hablado mentira, y vuestra lengua profiere iniquidad. No hay quien invoque la justicia, ni quien juzgue con verdad: sino que confían en la nada, y hablan vanidades. LXX: Porque vuestras manos están manchadas de sangre, y vuestros dedos de pecados. Vuestros labios están manchados de iniquidad, y vuestra lengua medita injusticia. Nadie habla con justicia: ni hay juicio justo. Confían en vanidades, y hablan vacuidades, iniquidades y pecados. Lo que antes nombró en general, ahora lo expone en partes. Y es de considerar que no les reprocha la idolatría que en tiempos de Isaías practicaban, sino la efusión de sangre, de la cual ya había dicho antes: El justo perece, y no hay quien lo considere. Y los hombres justos son quitados, y nadie lo entiende de corazón. Porque el justo ha sido quitado de delante de la iniquidad: su sepultura será en paz, y será quitado de en medio (Is. LVII, 1, 2). Y aunque ellos no pusieron sus manos sobre el Señor Salvador, sin embargo, clamando con voz de impiedad: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25), son culpables de su muerte, y tienen las manos manchadas. De los cuales el mismo Profeta testifica, diciendo: Si levantáis vuestras manos hacia mí, no escucharé. Vuestras manos están llenas de sangre (Is. I, 15). También sus labios y lengua hablan iniquidad y mentira, para prometerse a sí mismos al Anticristo en lugar de Cristo, y no hay nadie en el pueblo que invoque la justicia, y juzgue la verdad, o como se dice en hebreo, la fe, que es creer en Cristo; sino que confían en la nada, y hablan vanidades. De ahí que el Apóstol ordena que no atendamos a las fábulas judías, y a los mandamientos de hombres que se apartan de la verdad (Tit. I). Porque verdaderamente confían en la nada, y siguen vanidades, en lo que se cumple la profecía del Señor: Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis: si otro viene en su propio nombre, a ese recibiréis (Juan V, 43).

(Vers. 5, 6.) Concibieron trabajo, y dieron a luz iniquidad: y rompieron huevos de áspides, y tejieron telas de araña. El que comiere de sus huevos, morirá: y lo que está incubado, saldrá en basilisco. Sus telas no servirán para vestirse, ni se cubrirán con sus obras. LXX: Porque conciben dolor, y generan iniquidad. Rompieron huevos de áspides: y tejieron tela de araña. Y el que quiera comer de sus huevos, al romperlos encontrará podredumbre, y en ellos un basilisco: su tela no será para vestirse, ni se cubrirán con sus obras. Los que esperan la venida del Anticristo, y no pueden decir: Por tu temor, Señor, concebimos, y dimos a luz, hemos hecho tu espíritu de salvación sobre la tierra (Is. XXVI, 18), justamente conciben dolor, y dan a luz iniquidad: para recibir en iniquidad a aquel que buscan con mucho esfuerzo; de quienes está escrito del padre: Concibió dolor, y dio a luz iniquidad (Sal. VII, 15). Estos rompen y desgarran huevos de áspides, para recibir en su mente sus venenos, a quienes en el Evangelio se les dice: Serpientes, generación de víboras (Mat. III, 7). Y bien se dice huevos de áspides y serpientes, que se dice que primero generan huevos. Y porque no solo retienen los venenos de la malicia en sus corazones, sino que meditan en la ley del Señor día y noche, murmurando fábulas de ancianas, por eso se dice: Y tejen telas de araña: con las que atrapan moscas y mosquitos y pequeños animales; a los que cuando algo llega, parece volar a través del aire vacío. El que comiere, dice, de sus huevos, morirá, es decir, el que consienta en sus consejos, como Abel consintió a Caín diciéndole, Pasemos al campo (Gén. IV, 8), será inmediatamente asesinado: o como los Setenta tradujeron: El que quiera comer de sus huevos, al romperlos encontrará podredumbre, y en ellos un basilisco. Porque el que, engañado a primera vista,

crea que son huevos de gallinas y otras aves, cuyo consumo es inofensivo: si los rompe antes de comer, inmediatamente reconocerá el hedor más horrible, y lo que está incubado, encontrará un basilisco. O según Symmachus y Theodotion, un áspid. Aquila, sin embargo, puso víbora; para lo cual en hebreo se lee EPHEE (). Por lo tanto, el que escuchando las tradiciones judías, quiera prepararse para los banquetes de mil años, y atrapado por las delicias de las promesas, extienda la mano hacia el huevo: si antes de comer, es decir, consienta en palabras mortales, quiera primero considerar lo que se dice, y examinar cada palabra, y tratar su razón, inmediatamente encontrará que en ellas se prepara al Anticristo. Por lo tanto, según el hebreo, el que comiere de sus huevos, morirá. Pero el que, según los Setenta, quiera romper antes, y mirar más diligentemente y ver qué se oculta, encontrará el hedor más horrible, y al príncipe de todos los serpientes, el diablo, oculto en sus tradiciones. Y porque antes dijo: Tejen telas de araña, explica que la textura de estas telas no es útil. Su trabajo, dice, y toda su doctrina no hacen el vestido de Cristo, ni el manto con el que se cubra la desnudez del alma, sino que sudan en un trabajo vano, diciendo el mismo Profeta: Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres (Is. XXIX, 13): que siguiendo, descuidan la ley de Dios. Y para que sepamos que en la tela se demuestran las obras, añade: Ni se cubrirán con sus obras. Algunos han explicado este lugar así: Rompieron huevos de áspides, es decir, mordiendo dejaron todos los discursos de los Profetas, y tejieron para sí mismos las suaves palabras de los falsos profetas: de las cuales el que comiere, será herido por la serpiente; y entenderá que las palabras de mentira no le han servido de nada.

(Vers. 7, 8.) Sus obras son obras inútiles: y la obra de iniquidad está en sus manos. Sus pies corren al mal: y se apresuran a derramar sangre inocente. Sus pensamientos, pensamientos inútiles: desolación y destrucción en sus caminos. No conocieron el camino de la paz: y no hay juicio en sus pasos. Sus sendas son torcidas para ellos: todo el que camina en ellas, ignora la paz. LXX: Porque sus obras son obras de iniquidad: y sus pies corren al mal. Rápidos para derramar sangre inocente: y sus pensamientos, pensamientos de necios. Destrucción y miseria en sus caminos: y no conocieron el camino de la paz: y no hay juicio en sus caminos. Porque sus sendas son perversas, por las que pasan, y no conocen la paz. Por eso no se cubren con sus obras, porque sus obras son obras de iniquidad, que el Apóstol llama infructuosas, es decir, que no tienen fruto (Efes. V). Y sus pies corren al mal, y se apresuran a derramar sangre inocente (Prov. I). Porque esta costumbre tuvieron también en la matanza de los Profetas. A quienes Esteban hablaba: ¿A cuál de los Profetas no persiguieron vuestros padres? (Hech. VII, 52). Y el Señor en el Evangelio: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los Profetas, y apedreas a los que te son enviados (Mat. XXIII, 37); y de nuevo: Vendrá sobre vosotros toda la sangre justa derramada sobre la tierra: desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el Templo y el altar (Ibid., 35). Por eso también se les dice antes: Porque vuestras manos están manchadas de sangre: y vuestra lengua habla iniquidad (Is. I, 15). Y por esta meditación de crueldad y blasfemia, llegaron a la muerte del Señor. Como también Judas por el camino de la avaricia llegó al homicidio, más bien al sacrilegio unido a la avaricia. Y lo que sigue: Sus pensamientos son pensamientos de necios: destrucción y miseria en sus caminos, y no conocieron el camino de la paz. Y antes: Sus pies son rápidos para derramar sangre, el Apóstol lo puso a los Romanos (Cap. III): que muchos ignorantes, piensan que fue tomado del salmo trece, que los versos añadidos en la edición Vulgata no se encuentran en el hebreo. De lo cual hablamos más plenamente al inicio de este volumen. Y con razón ignoraron el camino de la paz, quienes no quisieron recibir a su autor. Porque él es nuestra paz, quien habla a los Apóstoles: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). Y a Jerusalén: Si supieras lo que es para tu paz, porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con un vallado, y te asediarán, y a tus hijos

derribarán a tierra (Luc. XIX, 42, 43). Pero los que no reciban la paz, consecuentemente no tienen juicio en sus caminos. Aquel de quien se dijo antes: He aquí mi siervo a quien elegí, mi amado en quien se complace mi alma, él proclamará juicio a las naciones (Is. XLII, 1). Sigue: Sus caminos son perversos, no por naturaleza, sino por propia voluntad. Porque todo lo que se pervierte y se tuerce, se desvía de lo recto a lo torcido. Toda la doctrina de los fariseos es subversión de la verdad, por la cual quien camine, no solo no encuentra la paz; sino que ni siquiera la conoce, para saber qué debe buscar.

(Vers. 9 y siguientes.) Por eso se ha alejado el juicio de nosotros: y la justicia no nos alcanzará. Esperamos la luz, y he aquí tinieblas: el resplandor, y caminamos en tinieblas. Palpamos como ciegos la pared: y como sin ojos tocamos: tropezamos al mediodía, como en tinieblas: en lugares oscuros como muertos. Rugimos como osos todos: y como palomas meditamos gemimos. Esperamos el juicio, y no hay: la salvación, y se ha alejado de nosotros. LXX: Por eso se ha alejado el juicio de ellos: y la justicia no los alcanzó. Cuando esperaban la luz, se les hicieron tinieblas. Esperándola caminarán en tinieblas: palparán como ciegos la pared: y como si no tuvieran ojos tocarán. Caerán al mediodía, como en la medianoche: como moribundos gemirán: como oso, y como paloma caminarán juntos. Esperamos el juicio, y no hay: la salvación se ha alejado de nosotros. Después de la acusación del pueblo judío, el Profeta responde en su nombre, qué deben decir los penitentes, si quieren recibir sanidad después de las heridas. Y me sorprende por qué los Setenta, como si el Profeta hablara de ellos, y no ellos respondieran a las palabras del Profeta, tejieron la oración, cuando en lo siguiente, superados por la verdad, hicieron lo mismo, diciendo: Esperamos el juicio, y no hay; la salvación se ha alejado de nosotros. Porque mucha es nuestra iniquidad ante ti; y nuestros pecados nos han resistido, y demás. En el tiempo presente, por tanto, todo se cumple. El juicio se ha alejado de los judíos, que ha sido anunciado a las naciones. Y la justicia no los alcanzará, que ha sido comprendida por las naciones. Esperaron la luz, diciendo: Envía tu luz y tu verdad (Sal. XLII, 3), que les fue prometida por los Profetas, y fueron ocupados por las tinieblas del error. Esperaban el resplandor; y caminaron en tinieblas. Así las Escrituras sagradas, como ciegos palpando la pared, buscando solo las palabras y las hojas, no el sentido y el fruto que se contiene en las letras. Finalmente añade y dice: Tropezamos, o caeremos al mediodía, como en tinieblas: en lugares oscuros, como muertos. Porque en todo el mundo, brillando el resplandor del sol de justicia, ellos permanecen en tinieblas, como muertos por el pecado. Rugimos, dice, como osos todos, y como palomas meditamos gemimos; para que sean a la vez crueles y miserables: feroces e inhumanos con los humildes y sometidos: temerosos y temblorosos ante los que son más fuertes, a quienes temen como halcones. Leemos también en otro lugar: Como osa a la que le han arrebatado los cachorros. Y en Daniel, el reino sangriento en el que hay tres órdenes de dientes, se compara a una osa ferocísima (II Sam. XVII, 8; Dan. VII). Y como palomas meditamos gemimos, sin sentido e inteligencia de las Escrituras, solo meditando las palabras que recitan de memoria. Pero como palomas, de las que está escrito: Efraín como paloma sin entendimiento (Oseas VII, 11); y como en el Evangelio contra la malicia de las serpientes, se pone la simplicidad de las palomas (Mat. X): así en el presente lugar, la simplicidad sin prudencia, que es cercana a la necedad, se muestra en la mera meditación de las palabras. Esperarán el juicio, y no habrá: la salvación, se sobreentiende, esperarán y no habrá, porque ha migrado lejos a las naciones. En lo que se debe notar, que todo se dice en tiempo futuro, para indicar lo que ahora sufren los judíos.

(Vers. 12 y siguientes.) Se han multiplicado nuestras iniquidades ante ti, y nuestros pecados nos han respondido: porque nuestros crímenes están con nosotros, y nuestras iniquidades las hemos conocido. Pecar y mentir contra el Señor: y nos hemos apartado, para no ir tras el

Señor nuestro, para hablar calumnia, y hemos concebido transgresión, y hemos hablado de corazón palabras de mentira. Y el juicio se ha vuelto atrás, y la justicia se ha alejado, porque la verdad ha caído en la plaza, y la equidad no ha podido entrar. Y la verdad se ha hecho olvido, y el que se apartó del mal, quedó expuesto al saqueo. LXX: Porque mucha es nuestra iniquidad ante ti, y nuestros pecados nos han resistido. Porque nuestras iniquidades están en nosotros, y nuestras injusticias las hemos conocido. Hemos actuado impíamente, y hemos mentido, y nos hemos apartado de nuestro Dios. Hemos hablado iniquidades, y hemos sido desobedientes. Hemos concebido y meditado de nuestros corazones palabras iniquas. Y nos hemos apartado del juicio, y la justicia se ha alejado, porque la verdad ha sido consumida en sus caminos, y no podían pasar por el camino recto. Y la verdad ha sido quitada: y han desviado la mente para no entender. Da las razones por las que rugieron como osos, y meditaron como palomas; esperaron el juicio que no había, la salvación que pasó a las naciones: porque se han multiplicado, dicen, nuestras iniquidades ante ti: de las cuales por mucho tiempo apartaste tu rostro, para no verlas, para no herir. Y nuestros pecados nos han respondido, para que recibamos lo que merecemos. Y nuestros crímenes están con nosotros: y nuestras iniquidades las hemos conocido, que por mucho tiempo cometiendo pensábamos que eran justicia. ¿Cuáles son las iniquidades? Pecar y mentir contra Dios: o como según el hebreo, Aquila tradujo, negar a Dios: lo que se refiere al Salvador. Y hemos dejado, dicen, a nuestro Dios diciendo: Sabemos que Dios habló a Moisés: pero a este no sabemos de dónde es (Juan IX, 29), para hablar calumnia, Este si fuera de Dios, no quebrantaría el sábado (Ibid., 16). Y: En Beelzebub príncipe de los demonios expulsa demonios (Luc. X, 15). Y la transgresión, que más significativamente en griego se dice ἀπόστασις, cuando alguien niega a Dios y se le acusa de prevaricación. Hemos concebido y hablado de corazón palabras de mentira, despreciando la ley de Dios, y siguiendo las tradiciones de los hombres: que ellos llaman δευτερώσεις, y que hemos simulado en nuestro corazón: Y el juicio se ha vuelto atrás, y la justicia se ha alejado. Porque ¿qué parte tiene la justicia con la iniquidad? ¿qué consenso tiene Cristo con Belial? La justicia permaneció en las naciones, y se alejó de nosotros, porque la verdad ha caído en la plaza. Porque ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte (Mat. VII): porque no querían entrar en el camino angosto, en el que habita la verdad. Y la verdad se ha hecho olvido, de la cual está escrito: La verdad ha brotado de la tierra, y la justicia ha mirado desde el cielo (Sal. LXXXIV, 12). En lo que se debe advertir que frecuentemente se ha nombrado la verdad, para mostrar la persona de Cristo, a quien abandonando, siguieron la mentira. Y el que se apartó del mal, quedó expuesto al saqueo. Lo que aunque parezca oscuro, se puede explicar así: nosotros fingiendo la mentira de nuestro corazón y abandonando la ley de Dios, la justicia se ha alejado, y la verdad ha caído en las plazas, y la equidad no ha podido entrar a nosotros, y el Hijo de Dios, que es la verdad, se ha hecho olvido: tanto que cualquiera que quiera apartarse de las tradiciones de los judíos, inmediatamente queda expuesto a las insidias y persecuciones: de tal manera que al ciego de nacimiento, que había recibido la vista, lo expulsaron de las sinagogas (Juan IX). Y después de la resurrección del Señor Salvador, todos los que creían en él, fueron perseguidos y despojados: a quienes desde todo el mundo las iglesias enviaban ministerios, que distribuían por manos de los Apóstoles.

(Vers. 16, 17.) Y vio el Señor, y le pareció mal a sus ojos: porque no hay juicio, y vio que no hay hombre, y se asombró de que no hubiera quien interviniera. Y su brazo le salvó: y su justicia misma le confirmó. Se vistió de justicia como de coraza, y el yelmo de salvación en su cabeza. Se vistió con vestiduras de venganza, y se cubrió como con un manto de celo. Como para venganza, como para retribución de indignación a sus enemigos, y devolverá el pago a sus adversarios, a las islas les dará su retribución. LXX: Vio el Señor, y no le agradó:

porque no había juicio. Y vio, y no había hombre. Y consideró, y no había quien defendiera. Y los vengó con su brazo, y la misericordia los sostuvo. Y se vistió de justicia como de coraza, y puso el yelmo de salvación en su cabeza. Y se rodeó con vestidura de venganza, y con un manto, como retribuyendo venganza por el oprobio a los adversarios. Hasta aquí el discurso profético ha sido tejido desde la perspectiva del pueblo: ahora el profeta habla desde su propia perspectiva. Mientras ellos decían estas cosas, el Señor vio que proclamaban arrepentimiento con la boca, pero no lo hacían de corazón, y no le agradó. Pues buscó en ellos la verdad del juicio, que había sido trasladado a las naciones, y no la encontró. Deseó a algún hombre justo, que pudiera interceder ante Él en su ira, y no lo halló; quien también había dicho antes: Vine, y no había hombre: llamé, y no había quien escuchara (Isaías 50, 1). Y porque, permaneciendo ellos en el crimen, no se encontró ni siquiera un justo: sino que todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles: y no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Salmo 13), su brazo y su justicia, o misericordia, lo confirmaron, para que quienes quisieran convertirse del error, no se salvaran por su propio mérito, sino por la clemencia de Dios. Finalmente, se vistió de coraza de justicia, y de yelmo de salvación, y de vestiduras de venganza, y se rodeó con un manto de celo: y así armado salió a la batalla, para devolver la venganza a sus enemigos: sin duda refiriéndose a los judíos, perseverantes en blasfemias: y la retribución a sus adversarios, cuando el ejército romano los rodeó. Con ellos venciendo, el Señor se muestra como quien luchó. Este testimonio fue usado por Pablo escribiendo a los Efesios: y queriendo que nos revistamos con la armadura de Cristo, para que podamos resistir los dardos encendidos del diablo (Efesios 6). Lo que no se encuentra en los Setenta Intérpretes: A las islas les dará su retribución, significa las ciudades de Judea, que el ejército romano devastó. Pues también antes (Cap. 20) el Señor habla a los habitantes de la isla, es decir, Jerusalén, a través del Profeta.

(Vers. 19, 20.) Y temerán los que están en Occidente el nombre del Señor, y los que están en el oriente, su gloria: cuando venga como un río violento, que el espíritu del Señor impulsa: y vendrá a Sion el redentor, y a los que se convierten de la iniquidad en Jacob, dice el Señor. Este es mi pacto con ellos, dice el Señor: Mi Espíritu que está en ti, y mis palabras que puse en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tu descendencia, dice el Señor: Desde ahora y para siempre. LXX: Y temerán los que están en Occidente el nombre del Señor, y los que están en el oriente, su nombre ilustre. Porque vendrá como un río violento la ira del Señor, ÷ vendrá con furia ** y vendrá de Sion quien libere. Y apartará las impiedades de Jacob, y este será para ellos mi pacto, dice el Señor. Mi Espíritu que está en ti, y mis palabras que puse en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tu descendencia, dice el Señor desde ahora y para siempre. Después de que el Señor se haya vestido con la coraza de justicia, y el yelmo de salvación, y las vestiduras de venganza, y el manto de celo para la lucha, y haya venido al combate y a la venganza, para retribuir a los enemigos, y devolver a sus adversarios, y subvertir sus islas, es decir, sus ciudades y aldeas, entonces los extranjeros que vendrán de Occidente y Oriente, para descansar en el seno de Abraham (Mateo 8), de los cuales también se dijo antes (Cap. 49, 12): He aquí que estos vendrán de lejos, otros de Occidente, y otros del Norte, y otros de la tierra de los persas, temerán al Señor, con ese temor que es el principio de la sabiduría (Eclesiástico 1). De lo cual leemos en muchos lugares, de los cuales mencionamos algunos: Bienaventurado el hombre que teme al Señor (Salmo 111, 1). Y: No hay escasez para los que le temen (Salmo 33, 10). Y: El temor del Señor es disciplina y sabiduría (Proverbios 15, 33). Y: Venid, hijos, escuchadme: os enseñaré el temor del Señor (Salmo 33, 12). Y: Bienaventurado el hombre que teme al Señor (Salmo 127, 4). Y: El temor del Señor añade días (Proverbios 10, 27). Pero que, habiendo sido rechazado Israel, la multitud de las naciones suceda, el profeta Malaquías lo enseña más plenamente, en el cual se dice a los judíos: No es mi voluntad en vosotros, dice el Señor

Omnipotente. Y no aceptaré ofrenda de vuestras manos (Malaquías 1, 10, 11). Y de nuevo sobre la multitud de las naciones: Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, mi nombre es glorificado entre las naciones. El autor de esta bienaventuranza es aquel que vendrá como un río violento, que el espíritu del Señor impulsa. O como tradujo Aquila, como un río estrecho, el espíritu del Señor es su sello. O Teodoción, como un río que ataca, el espíritu del Señor está sellado. En este testimonio, que los Setenta tradujeron, como un río violento, la ira del Señor vendrá con furia, la última parte no se encuentra en hebreo. Pues en las promesas de Dios, no se debe poner ira y furia: ya que en lo que sigue, hay bienaventuranza de lo futuro, y amenaza y castigo para los pecadores. Según Aquila y Teodoción, el espíritu del Señor que está sellado en Cristo, confirma aquel ejemplo que se lee en el Evangelio de Juan: Porque a este lo ha sellado Dios el Padre (Juan 6, 27); de quien ya se ha dicho antes: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará, y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de conocimiento y piedad, y lo llenará el espíritu del temor del Señor (Isaías 11, 1 y ss.). Por lo cual también decimos: Está sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo 4, 7). Y en Ezequiel, las frentes de los hombres que gimen son marcadas con THAV, la última letra hebrea (Ezequiel 9). Pero si queremos saber cómo el Espíritu Santo es un río violento, releamos los hechos de los Apóstoles, en los cuales está escrito: Y cuando estaban reunidos, de repente vino del cielo un sonido como de un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego: y se posó sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo (Hechos 2, 2, 3). Sigue: Vendrá el redentor a Sion: y a los que se convierten de la iniquidad en Jacob, dice el Señor. Por lo cual los Setenta tradujeron: Vendrá de Sion quien libere: y apartará las impiedades de Jacob. Si, por tanto, de Sion vendrá quien aparte las impiedades de Jacob, entendemos que el hombre nació en Sion, y el Altísimo la fundó, quien aparta los crímenes de Jacob. Pero si vendrá el redentor a Sion, y a los que se convierten de la iniquidad en Jacob, dice el Señor, este es el sentido: Vendrá Cristo quien redimirá a Sion con su sangre. O según la propiedad hebrea, quien es pariente de Sion, y nacido de la estirpe de Israel, pues esto es lo que significa GOEL (), es decir, ἁγκιστεὺς. Y para que no pensemos que toda Sion será redimida y liberada de los crímenes, que está manchada con la sangre del Señor, añadió significativamente: a los que se convierten de la iniquidad, si quieren arrepentirse, en quienes se cumplirá la oración del Señor: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23, 34). Por tanto, la redención de ellos está en Sion: y el pariente, quien lo reciban de Jacob, y a ellos les promete diciendo: Este es mi pacto con ellos, o pacto, como todos los demás tradujeron, o testamento, como pusieron los Setenta. Pero cuál es el pacto, pacto, y testamento, el siguiente verso lo muestra: Mi Espíritu, dice, que está en ti, y mis palabras que puse en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tu descendencia, desde ahora y para siempre. Lo cual se dice, como me parece, a Isaías, o al Señor, como muchos piensan. Por tanto, a Isaías así se conecta el orden: Este es el pacto eterno del Evangelio, para que mi espíritu que está en ti, y mis palabras que puse en tu boca, por las cuales predices lo venidero, no se aparten de tu boca, ni de la de tus hijos y nietos, y de tu descendencia, para que toda generación en serie se demuestre: que ciertamente la gracia de los Profetas venga en los Apóstoles, y por ellos quienes de Israel creerán a través de los Apóstoles. Pero lo que añade: Desde ahora y para siempre, concuerda con aquel testimonio: El cielo y la tierra pasarán: pero mis palabras no pasarán (Mateo 24, 35). Este lugar, diligentemente explicado por Pablo, escribe a los Romanos, que no hay distinción entre judío y griego, sino que el mismo Señor es de todos, rico en todos los que lo invocan (Romanos 11); y que no creyeron las naciones de tal manera que Israel fuera completamente rechazado. Pues también yo, dice, soy israelita del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha rechazado Dios a su pueblo, al cual conoció de antemano (2 Corintios 22). Y poco después, habiendo puesto el ejemplo de Elías, quejándose al Señor de que él solo

había quedado, y oyendo de Él que el Señor había dejado para sí siete mil hombres, que no habían doblado la rodilla ante Baal (1 Reyes 19), añadió: Así también en este tiempo, un remanente según la elección de gracia ha sido salvo. Y si es por gracia, ya no es por obras; de lo contrario, la gracia ya no es gracia. ¿Qué, pues? Lo que buscaba Israel, eso no ha alcanzado: pero la elección lo ha alcanzado: los demás fueron endurecidos. Que si no permanecen en la incredulidad, serán injertados. Porque poderoso es Dios, dice, para injertarlos de nuevo (Romanos 11, 5 y ss.), no contra la naturaleza del acebuche, como fue injertada la multitud de las naciones; sino según la naturaleza en el buen olivo, es decir, en su propio olivo. Y al final puso, para llegar al presente capítulo: No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no seáis sabios en vuestra propia opinión. Que la ceguera en parte ha acontecido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado: y así todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion quien libere, y apartará las impiedades de Jacob, y este será mi pacto con ellos, cuando quite sus pecados (Romanos 11, 25 y ss.). Esto lo hemos tratado más extensamente, para que todo lo que leemos y diremos de las promesas, a Sion y a Jerusalén, no lo entendamos dicho en general a todos los judíos, sino especialmente a aquellos que en los Apóstoles y por los Apóstoles fueron elegidos de Israel.

## LIBRO DÉCIMO SÉPTIMO.

Cuántos misterios contiene el número séptimo después del décimo, al cual ahora ha llegado el libro de las Explicaciones sobre Isaías, en las Escrituras sagradas, quisiera, virgen de Cristo Eustoquio, recorrer con un breve discurso. Pero como no puedo decir todo en todos los lugares, advierto brevemente que el salmo, que está marcado con el título de este número, es del siervo del Señor David, y cantó las palabras del Cántico, en el día en que el Señor lo libró de la mano de todos sus enemigos y de la mano de Saúl, y dijo: Te amaré, Señor, fortaleza mía, y lo demás. Pero aquel siervo del Señor es aquel a quien el Padre habla en Isaías: Grande es para ti ser llamado mi siervo (Isaías 44). Y en otro lugar: He aquí mi siervo a quien elegí, y mi amado en quien se complació mi alma (Isaías 42, 2). Este siervo que se interpreta, fuerte de mano, en el día en que el Señor lo libró de la mano de Saúl; que en nuestra lengua significa, deseado, o infierno, y de todos sus enemigos, que clamaron contra él: Crucifícalo, crucifícalo (Lucas 23), cuando ascendió victorioso al Padre con vestiduras doradas de Bosra, entre otras cosas dijo las palabras del triunfante: Líbrame de las contradicciones del pueblo: me constituirás en cabeza de las naciones. El pueblo que no conocí, me sirvió: al oírme, me obedeció (Salmo 17, 44, 45). Y de nuevo sobre el pueblo de los judíos: Los hijos extraños me mintieron: los hijos extraños envejecieron, y cojeaban de sus caminos (Ibid., 46); a quienes también Elías dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis entre dos opiniones? (2 Reyes 18, 21). Finalmente, lo que es difícil de encontrar en otros, este salmo se contiene tanto en la historia de Samuel como en la de los Días (2 Reyes 22). Que de un número avanza por incrementos hasta el vigésimo octavo salmo, que también está inscrito a David, en la consumación del tabernáculo, cuando se ordena a los ángeles: Traed al Señor, hijos de Dios: traed al Señor hijos de carneros. Y todos los misterios del bautismo salvador y de la Iglesia se cantan: La voz del Señor sobre las aguas: el Dios de majestad tronó: el Señor sobre muchas aguas, la voz del Señor en poder (Salmo 28, 1): Y poco después: La voz del Señor que prepara a los siervos, y reveló las espesuras, y en su Templo todos dirán gloria (Ibid., 3, 10). Y para mostrar la multitud de los creyentes, añadió: El Señor hizo habitar el diluvio: y el Señor se sentará como rey para siempre. Y de nuevo, añadiendo el octavo sacramento, hace el trigésimo sexto salmo, cuyo principio es: No te irrites a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad. Cuya exposición no es de la prefación, sino de un volumen propio. Y para no repetir mucho ahora, creciendo hasta el decimoquinto número por incrementos, en el cual están los salmos de los grados, y el vaso de elección reside con Pedro

en Jerusalén, hace el centésimo vigésimo número, que fueron los primeros en creer en Cristo y con los Apóstoles ascendieron al cenáculo de la fe (Hechos 5): y descendió sobre ellos el Espíritu Santo (Gálatas 1). Y después, avanzando en orden hasta el decimoséptimo número, y poseyendo la dignidad evangélica, por mandato del Señor desde las partes derechas, captura ciento cincuenta y tres grandes peces, y los coloca en la Iglesia (Juan 21). A quien ahora el profeta Isaías habla.

(Cap. LX.---Vers. 1 seqq.) 717 Levántate, ilumínate: porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la oscuridad a los pueblos: pero sobre ti amanecerá el Señor, y su gloria se verá en ti. Y caminarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu amanecer. LXX: Ilumínate, ilumínate ÷ Jerusalén ** porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. He aquí que las tinieblas cubrirán la tierra; y la oscuridad sobre las naciones. Pero sobre ti aparecerá el Señor, y su gloria se verá en ti. Y caminarán las naciones a tu luz, y los reyes a tu resplandor. Lo que nos parecería sobre la restauración de Sion y Jerusalén, y todo lo que se le promete en profecía, lo dijimos más plenamente al final del libro anterior, donde interpretamos qué significaba aquel versículo: Vendrá el redentor a Sion, y a los que se apartan de la iniquidad en Jacob. Ahora brevemente debemos señalar lo que muchos piensan de este lugar, para que, al ver el error, podamos más fácilmente aceptar la verdad. Los judíos y nuestros semijudíos, que esperan una Jerusalén dorada y enjoyada del cielo, sostienen que esto sucederá en el reino de mil años, cuando todas las naciones servirán a Israel, y los camellos de Madián y Efa vendrán de Saba, trayendo oro e incienso, y todas las ovejas de Cedar se congregarán, y los carneros de Nabajot vendrán para ser sacrificados sobre el altar del Templo que será construido. También de las islas, y especialmente de las naves de Tarsis, volarán sus hijas como palomas, trayendo riquezas de oro y plata: y los muros de Jerusalén serán edificados por extranjeros, sobre los cuales reinarán los reyes de las naciones, y las puertas de la ciudad estarán siempre abiertas, para que de día y de noche se traigan las riquezas de Jerusalén y las víctimas. Y todo lo que está desierto será construido con ciprés, pino y cedro cortados en el Líbano, especialmente el Templo del Señor, en el cual habrá alegría eterna: de modo que se alimentará de la leche de las naciones, y comerá las riquezas de los reyes, y habrá tal abundancia de todas las cosas, que en lugar de bronce, tendrán oro, en lugar de hierro, plata, en lugar de madera, 718 bronce, en lugar de piedras, hierro. También sus príncipes disfrutarán de paz eterna, y los obispos gobernarán a los pueblos con justicia, y las puertas serán esculpidas. Y lo que es mayor que esto, en lugar del sol y la luna, el mismo Señor brillará con luz eterna: y en lugar de un hombre, tendrá mil hombres fuertes, y en lugar de niños, poseerá naciones muy robustas. Esto dicen aquellos que desean placeres terrenales, y buscan la belleza de las esposas, y el número de hijos, cuyo dios es el vientre, y su gloria está en su confusión (Filip. III), quienes siguen su error, bajo el nombre cristiano se confiesan semejantes a los judíos. Otros, sin embargo, afirman que todo esto fue prometido carnalmente a los judíos, si hubieran recibido a aquel que dice en el Evangelio: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12), que ilumina a todo hombre que viene al mundo, para que así como las víctimas fueron concedidas al pueblo de Israel, no porque fueran buenas en sí mismas, sino para que no se ofrecieran a los demonios: así también a los judíos glotones, que no buscan otra cosa que los placeres del cuerpo, el Señor les promete estas cosas, para que al menos por los deseos carnales y la abundancia de riquezas recibieran al Hijo de Dios, a quien, porque no recibieron, las promesas también se hicieron nulas. Finalmente, a la cananea que suplicaba por su hija: No he venido, dijo, sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. XV, 24). Y a sus discípulos: No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos: id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. X, 5, 6). Por esta

razón, los apóstoles primero anunciaban al Señor en las sinagogas, a quienes no recibiendo el Evangelio, les dicen: A vosotros era necesario predicar la palabra: pero como no recibisteis la salvación, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hech. XIII, 46). Porque la luz vino al mundo: y los judíos amaron más las tinieblas. Por eso también el Señor, cuando lloró sobre Jerusalén, añadió: Si también tú conocieras lo que es para tu paz (Luc. XIX, 42). Como no lo recibió, añadió: Ahora vendrán días sobre ti: y tus enemigos te rodearán con un vallado: y te estrecharán, y te llevarán a 719 tierra con tus hijos (Ibid., 43). Pero nosotros, según el sentido anterior, creemos que todo esto se dice a la Iglesia: que primero fue congregada del pueblo judío, y la luz que había nacido sobre ella, fue transmitida por los apóstoles a las naciones. A quien se le dice: Levántate, ilumínate; para que la que cayó en los incrédulos, se levante en los fieles: la que cayó en las sinagogas, se levante en las iglesias: y después de que se levante, sea iluminada, para que no tenga más las tinieblas del error. Porque ha venido, dice, tu luz, que todos los profetas prometían, que esperabas continuamente, Y la gloria del Señor, que antes estaba sobre el tabernáculo, y su Templo, ha nacido sobre ti: de la cual se ha dicho: Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXVI, 2). Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, a aquellos que piensan en lo terrenal; y la oscuridad a los pueblos, o como se lee en hebreo: Tribus: que se refiere propiamente a los judíos, de quienes en otro salmo está escrito: Allí subieron las tribus, las tribus del Señor, testimonio de Israel (Sal. CXXI, 4). Pero sobre ti amanecerá el Señor, el sol de justicia, y su gloria se verá en ti: de la cual está escrito: Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad (Juan I, 14). Y caminarán las naciones a tu luz. Todos nosotros caminaremos en la luz de los apóstoles, que brilla en el mundo, y las tinieblas no la comprendieron. Y los reyes, dice, en el resplandor de tu amanecer: cuando primero naciste en Cristo. Lo cual se cumple tanto espiritualmente como carnalmente, para que los reyes cuyo corazón está en la mano del Señor, y en quienes no reina el pecado en el cuerpo mortal (Prov. XXI), caminen en el resplandor de la naciente Iglesia, o en aquel que nació en la Iglesia, y sometan sus cuellos a la fe del verdadero rey Cristo (Rom. VI). Lo cual vemos cumplirse diariamente cuando, eliminado el error de la idolatría, y la furia de la persecución, los príncipes romanos pasan a la fe y tranquilidad de Cristo. Hay quienes esperan que todo esto que recordamos después del primer advenimiento del Salvador hasta la consumación del mundo, y en parte cumplido, y completamente por cumplirse, suceda en el futuro, cuando al entrar la plenitud de los gentiles, todo Israel será salvo (Rom. XI). Cuyo juicio no debe ser rechazado, siempre que sepamos que estas cosas deben cumplirse espiritualmente, y no carnalmente. Por lo demás, el nombre de Jerusalén y de las naciones, que aquí se pone en la LXX, no se encuentra en hebreo, y debe ser señalado con un obelo, 720 contra aquellos, que afirman que todo lo que se dice se dice a Jerusalén.

(Vers. 4.) Levanta tus ojos alrededor y mira: todos estos se han reunido y han venido a ti. Tus hijos vendrán de lejos y tus hijas serán llevadas en el costado. LXX: Levanta tus ojos alrededor: y mira a todos tus hijos reunidos. Todos tus hijos han venido de lejos, y tus hijas serán llevadas sobre los hombros. Se dice a la Iglesia, que primero fue congregada por los apóstoles en Sion, de quienes también leemos en los Hechos de los Apóstoles, que de todo el mundo había hombres religiosos en Jerusalén, que recibieron la palabra de Dios y en lenguas de sus propias y de otras naciones, o escuchaban a otros hablar, o ellos mismos hablaban a los demás (Hech. II). Y se les ordena que levanten sus ojos alrededor: lo que también el Señor ordenó a los apóstoles, diciendo: Levantad vuestros ojos, y mirad, porque ya están blancas las mieses para la siega (Juan IV, 35). Porque de Sion, y no del monte Sinaí, saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén. Y se le ordena que con los ojos levantados vea a sus hijos reunidos, que vienen de lejos. A quien también en otro lugar se le dice: Alégrate mucho, hija de Sion, predica, hija de Jerusalén: He aquí que yo vengo, y habitaré en medio de ti, dice el

Señor (Sof. III, 17); y, Vendrán muchas naciones al Señor: y serán para mí un pueblo, y yo seré para ellos un Dios (Zac. II, 11). Pero nosotros somos los hijos que hemos venido de lejos al Señor, peregrinos alguna vez del Testamento de Dios y de sus promesas, sin esperanza, y sin Dios en el mundo. Pero ¿qué dice el Apóstol? Vosotros que alguna vez estabais lejos, ahora habéis sido hechos cercanos (Efes. II, 13). Y lo que sigue: Y tus hijas serán llevadas en el costado, significa que las almas lactantes en Cristo, y en el bautismo de los pequeños, de los cuales también habla el apóstol Pedro, Como niños recién nacidos, deseáis la leche racional y sin engaño (I Ped. II, 2), se alimentan de la leche de los apóstoles. A quienes pequeños y lactantes también Pablo hablaba: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Y en otro lugar: Como una nodriza que cuida a sus hijos, así deseando ardientemente compartir no solo el Evangelio de Cristo, sino también nuestras almas (I Tes. II, 7, 8). Pero lo que en la LXX se dice, tus hijas serán llevadas sobre los hombros, debe ser considerado con más atención. Porque los hijos que son fuertes, vienen por sí mismos de lejos, y se congregan en la fe del Señor. Pero las hijas que son más débiles, y por la fragilidad 721 del sexo, aún no han llegado a ser hombres perfectos, son llevadas sobre los hombros de los apóstoles, para ser llevadas al seno de Abraham, Isaac y Jacob.

(Vers. 5.) Entonces verás, y fluirás, y se maravillará, y se ensanchará tu corazón: cuando se convierta a ti la multitud del mar, la fortaleza de las naciones venga a ti. LXX: Entonces verás, y temerás, y te asombrarás de corazón: porque se transferirán a ti las riquezas del mar, y de las naciones, y de los pueblos. Cuando levantes tus ojos, y veas a tus hijos e hijas venir rápidamente por sí mismos, o ser llevados sobre los hombros de los santos, entonces te alegrarás, y como ríos, serás inundado por aguas repentinas, y se maravillará, y se asombrará, más bien se ensanchará tu corazón, escuchando al Apóstol: Mi boca está abierta para vosotros, oh corintios. Y de nuevo: Ensanchaos también vosotros (II Cor. VI, 11); para que no por la estrechez del pecho no podáis tener como huésped a Cristo, quien dice en el Evangelio: Yo y el Padre vendremos, y haremos morada con él (Juan XIV, 23). Pero lo que se añade en la LXX, y temerás, no se encuentra en hebreo. A menos que después de la grandeza del gozo haya entrado el temor, para no carecer de tan gran bien. ¿O no es gozo, ver las riquezas, y la multitud del mar transferirse y convertirse en ti, y la fortaleza de las naciones venir a ti, para que todo lo que hay en el mundo y en el orbe de la tierra, sea tuyo; y fortalecida por la fe de las naciones diga: Todo lo puedo en aquel que me fortalece, Jesucristo (Filip. IV, 13)?

(Vers. 6, 7.) La inundación de camellos te cubrirá, los dromedarios de Madián y Efa. Todos vendrán de Saba, trayendo oro e incienso, y anunciando la alabanza del Señor. Todo el ganado de Cedar se congregará para ti: los carneros de Nabajot te servirán: serán ofrecidos sobre mi altar agradable: y glorificaré la casa de mi majestad. LXX: Y vendrán a ti rebaños de camellos, y te cubrirán los camellos de Madián y Gephar [Al. Efa]: todos vendrán de Saba, trayendo oro e incienso: y anunciarán la salvación del Señor. Todas las ovejas de Cedar se congregarán para ti, los carneros de Nabajot vendrán, y serán ofrecidos agradables sobre mi altar: y la casa de mi oración será glorificada. Después de las riquezas del mar y la fortaleza de las naciones, también se prometen a Jerusalén rebaños de camellos, y dromedarios de Madián y Efa, que todos vendrán de Saba, trayendo oro e incienso: y, lo que es mayor que esto, anunciando la salvación del Señor. También todas las ovejas de Cedar se congregarán 722 en la Iglesia, y los carneros de Nabajot vendrán, o como está escrito en hebreo, servirán, y serán ofrecidos, o ofrecerán víctimas sobre el altar del Señor, para que su casa sea glorificada. Madián y Efa son regiones más allá de Arabia, fértiles en camellos, y toda la provincia se llama Saba, de donde fue también la reina de Saba, que vino a escuchar la

sabiduría de Salomón: y ella misma trayendo oro e incienso, llevando muchos regalos al rey pacífico, y recibiendo de él mayores (III Reg. X). Cedar es la región de los sarracenos, que en la Escritura se llaman ismaelitas. Y Nabajot es uno de los hijos de Ismael, de cuyos nombres se llama el desierto, que carece de frutos, pero está lleno de ganado. Por lo tanto, a través de los nombres familiares de las naciones bárbaras, que son vecinas de Israel, se predica la conversión de todo el mundo. Madián en este lugar se interpreta como iniquidad. Efa, resuelto, o derramando. Saba, conversión, o cautividad. Cedar, tinieblas. Nabajot, profecías. Por lo tanto, los rebaños de camellos, liberados de las ataduras de la iniquidad, y derramando sus almas a Dios, cubrirán a Jerusalén con regalos, y todos vendrán de la cautividad, y con su conversión, trayendo el oro de la fe, y el incienso del sacrificio. Y por estos regalos no contentos con su propia salvación, progresarán, para que también prediquen a los demás la salvación de Dios. Aquel rico, que como un camello llevaba en el Evangelio el peso de las riquezas, y era un camello, no quiso escuchar los consejos del Señor, ni descargarse, para que, desechada la carga, volara con las alas de la paloma al cielo; por eso se fue triste. Y de este tipo de camello habla el Salvador: Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos (Mat. XIX, 24). Propuso la dificultad de la cosa, no la imposibilidad. Finalmente, tu madre de santa memoria Paula, y tu hermano Pammachius, pasaron por el ojo de la aguja, es decir, por el camino estrecho y angosto que lleva a la vida, dejando el camino ancho con las cargas, que lleva al tártaro. Más bien, todo lo que tenían, lo llevaron como dones al Señor, cumpliendo lo que está escrito: La redención del alma del hombre, sus propias riquezas (Prov. XIII, 8). Porque lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Mat. XIX). Teniendo en los regalos lo principal, el oro, en el sentido y el incienso de buen olor, y diciendo: Diríjase mi oración 723 como incienso ante ti. Y: Somos buen olor de Cristo en todo lugar (II Cor. II, 15); con el ejemplo de su virtud, diariamente anuncian la salvación del Señor, para que todas las ovejas de Cedar se congreguen en la Iglesia, y pasen de las tinieblas del error a la luz. Y los carneros de los profetas, de los cuales se canta en el salmo veintinueve: Ofreced al Señor, hijos de Dios, ofreced al Señor hijos de carneros, vengan y sean ofrecidos, o según Teodoción, ofrezcan sacrificio al Señor, y sean víctimas agradables, para que la Iglesia de Cristo sea glorificada. De este tipo de ovejas hablaba el Salvador a los discípulos: Id a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. X, 3). Y de nuevo: Mis ovejas oyen mi voz (Juan X, 3). Y en Ezequiel más plenamente: He aquí que yo buscaré mis ovejas, y las visitaré: como busca el pastor su rebaño. Esto dice el Señor: Buscaré la perdida, y traeré de vuelta la errante, y vendaré la quebrada, y fortaleceré la enferma, y guardaré la fuerte, y las apacentaré con juicio (Ezeq. XXXIV, 11, 12). Y para que sepamos cuáles son las ovejas, lo pone más claramente: Y sabrán que yo soy el Señor Dios de ellos; y ellos son mi pueblo, la casa de Israel, dice el Señor Dios: y vosotros sois mis ovejas, y todas las ovejas de mi rebaño, y yo soy el Señor vuestro Dios (Ibid., 27, 28). Si alguien, por lo tanto, entre las naciones es rico, que se salve como un camello, no sin dones, y regalos, para que pueda predicar la palabra del Señor. Si alguien es de la simplicidad de las ovejas y de la autoridad de los carneros, que suba o sea ofrecido en el altar del Señor por aquellos que prevalecen, para que su casa sea glorificada. Pero lo que en hebreo está escrito que notamos: Los carneros de Nabajot te servirán, y serán ofrecidos sobre mi altar agradable, se entiende propiamente sobre aquellos que de las naciones son elegidos para el sacerdocio, ministros del Salvador. Pero si alguien es contencioso, y sostiene que estas promesas son carnales, respondámosle: No tenemos tal costumbre, ni la Iglesia de Dios (I Cor. XI, 16). Y digamos que aunque estas cosas fueron prometidas carnalmente a los judíos, sin embargo, fueron prometidas bajo condición, para que si hubieran recibido su luz, que les fue enviada, entonces también estas cosas seguirían, que por el deseo de oro, y la abundancia de riquezas, y de cosas carnales, de las cuales siempre esta nación fue capturada por las seducciones, recibieran al Hijo de Dios enviado a

ellos, a quien porque no recibieron, todo fue quitado, y la herencia fue devuelta espiritualmente a los que la recibieron.

(Vers. 8, 9.) ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes y como palomas hacia sus ventanas? Porque las islas me esperan, y las naves del mar desde el principio, para traer a tus hijos de lejos; su plata y su oro con ellos, al nombre del Señor tu Dios, y al Santo de Israel, porque te ha glorificado. LXX: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas con sus pichones hacia mí? Las islas me han esperado, y las naves de Tarsis primero, para traer a tus hijos de lejos, y su plata y su oro con ellos, por el nombre del Señor santo: y porque el Santo de Israel ha sido glorificado. Porque el Señor entró en Egipto sobre una nube ligera, y mandó a las nubes de los Profetas que no llovieran sobre Israel, a quienes llegó la verdad de Dios, la Iglesia se maravilla de que, congregada primero del pueblo de la Circuncisión, vuele hacia ella la multitud de las naciones de todo el mundo. Y tomando las alas del Espíritu Santo, se apresuren, según Symmachus y Theodotion, hacia sus ventanas; según Aquila, hacia sus cataratas, para entrar en la Iglesia. O bien, los doctores con sus discípulos, es decir, las palomas con sus pichones, vuelan hacia la Iglesia desde las islas de las naciones, que según las profecías de los Profetas esperarán al Señor. También las naves de TARSIS (), es decir, del mar, de las que hablamos más extensamente en la visión de Tiro, traerán a los hijos de la Iglesia al principio de la fe, llevando oro y plata. Porque con el corazón se cree para justicia; pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10). De este oro y plata está escrito en el salmo sesenta y siete: Las alas de la paloma plateadas, y sus partes traseras en el resplandor del oro (Sal. LXX, 14). Y en el salmo setenta y uno: Los reyes de Tarsis y las islas ofrecerán dones, y los reyes de Arabia y de Saba traerán presentes (Sal. LXXI, 10). Todo esto se lleva al nombre del Señor Dios y al Santo de Israel, quien lo ha glorificado.

(Vers. 10 seqq.) Y los hijos de los extranjeros edificarán tus muros, y sus reyes te servirán. Porque en mi indignación te herí, y en mi reconciliación me compadecí de ti: y tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán de día ni de noche: para que te sea traída la fortaleza de las naciones, y sus reyes sean llevados. Porque la nación y el reino que no te sirva perecerá: y las naciones serán devastadas en soledad. LXX: Y los extranjeros edificarán tus muros, y sus reyes te asistirán. Porque por mi ira te herí, y por mi misericordia te amé. Y tus puertas estarán siempre abiertas: no se cerrarán de día ni de noche, para que te sea introducida la fortaleza de las naciones, y sus reyes que han de ser llevados. Porque las naciones y los reyes que no te sirvan perecerán: las naciones serán desoladas en soledad. Entre otras cosas con las que se enriquece la Iglesia, y se construye la ciudad del Salvador, también los extranjeros y los hijos de los peregrinos edifican sus muros, para que el enemigo no pueda entrar, ni encontrar lugar la perfidia. Los extranjeros y peregrinos propiamente significan al pueblo de las naciones, que verdaderamente han edificado la Iglesia de Cristo: tanto que sus reyes y príncipes le sirven, o le asisten. Lo cual se puede entender carnalmente o espiritualmente. Si carnalmente, vemos a los Césares romanos someter sus cuellos al yugo de Cristo, y edificar iglesias con gastos públicos, y contra las persecuciones de las naciones y las insidias de los herejes, depender de los decretos de las Leyes. Si espiritualmente, cualquiera que entre ellos sea príncipe en continencia, elocuencia, santidad, y someta el imperio del alma a la servidumbre de la carne, ellos mismos administran, y asisten, o ayudan a ella, que a menudo por negligencia abandona, o la vara de los perseguidores golpea, para que nuevamente por su misericordia la ame. O ciertamente debe decirse esto, que a la que una vez fue afligida y entregada a la cautividad en el pueblo de los judíos, en la vocación de las naciones se reconcilie consigo, de modo que sus puertas estén siempre abiertas, y no se cierren ni de día ni de noche, y estén siempre abiertas a los que desean ser salvados, es decir, que a los que desean creer en alegría y en tribulación, no se les niegue la entrada. Y se le

introduzca la fortaleza, o las riquezas de las naciones; y sus reyes le sirvan, o sean llevados a ella como cautivos. Lo cual entenderás cuando veas a los más elocuentes ser llevados a la fe de Cristo; y la sabiduría de los sabios hacerse necia, y la prudencia de los prudentes ser reprobada (I Cor. I): para que lo necio de Dios sea más sabio que los hombres. Pero la nación y sus reyes, que no quieran servir a la Iglesia con una servidumbre buena y útil, para que transfieran su dignidad a la Apostólica, perecerán con aquella perdición que está preparada para los impíos, y todo lo que haya en ellos será reducido a soledad, porque no quisieron tener a Dios como huésped.

(Vers. 13, 14.) La gloria del Líbano vendrá a ti, el abeto, el boj y el pino juntos para adornar el lugar de mi santificación; y glorificaré el lugar de mis pies. Y vendrán a ti inclinados los hijos de aquellos que te humillaron, y adorarán las huellas de tus pies todos los que te denigraban, y te llamarán ciudad del Señor, Sion del Santo de Israel. LXX: La gloria del Líbano vendrá a ti en ciprés y pino, y cedro juntos para que se glorifique mi lugar santo, + y glorificaré el lugar de mis pies ** Y vendrán a ti temerosos los hijos de aquellos que te humillaron, ÷ y te irritaron ** y adorarán las huellas de tus pies todos los que te irritaron; y serás llamada ciudad del Señor Sion. Santo de Israel. Faltan muchas cosas en los Setenta, que he puesto del Hebreo bajo asteriscos, y lo que añadieron, lo he señalado con un obelo. El Líbano es un monte de Fenicia, cubierto de altos árboles, que el Salmista describiendo dice: Vi al impío superexaltado, y elevado como los cedros del Líbano (Sal. XXXVI, 35). Y en otro lugar: El Señor quebrantará los cedros del Líbano (Sal. XXVIII, 5). Y muchas otras cosas que paso por alto por brevedad. De este, en otro tiempo, Hiram rey de Tiro enviaba maderas a Salomón a Joppe, para edificar el Templo de Dios (III Reg. V). De lo cual también ahora la Escritura promete, el abeto, el boj y el pino, o según los Setenta, el ciprés y el pino, y el cedro, o según Aquila, el abeto, el thaadaor, y el thaassur; o según Theodotion, el Brais, el Thadaar, y el Theassur, serán cortados juntos, para que se edifique el templo de Sion (II Paral. II). Si es así, ¿dónde estará la Jerusalén dorada y engastada de gemas? ¿dónde la esposa del Cordero? ¿dónde las puertas adornadas con la variedad de doce gemas? A menos que tal vez tenga muros y fundamentos engastados de gemas, y el Templo que debería ser más adornado, será edificado con maderas. Por esta razón nos vemos obligados a aceptar todo espiritualmente, que el abeto, el ciprés, el pino, y el cedro, árboles altos del Líbano, glorificaron el Templo de Dios, y el lugar de sus pies, y lo hicieron ilustre. Y para no alargar el discurso, el santo y elocuente mártir Cipriano, y nuestro confesor Hilario de estos tiempos, ¿no te parecen árboles altos en el mundo, que edificaron la Iglesia de Dios? Y lo que sigue: Y vendrán a ti inclinados, o volviendo, los hijos de aquellos que te humillaron: y adorarán las huellas de tus pies, todos los que te denigraban, debemos entenderlo de aquellos que no son cristianos por voluntad, sino por necesidad: y por temor a la ofensa de los que reinan, se inclinan con almas temerosas. O ciertamente que los que antes eran perseguidores, después creyeron. Tal fue el apóstol Pablo, que perseguía la Iglesia de Dios, y después fue llamado vaso de elección (Hech. IX). Cuando estas cosas se hayan cumplido, para que entre la plenitud de las naciones, entonces todo Israel será salvo. Y será llamada verdaderamente ciudad del Señor Sion, Santo de Israel, que está en la atalaya, y está congregada de ambos pueblos.

(Vers. 15, 16.) Por cuanto fuiste abandonada, y aborrecida, y no había quien pasara por ti, te pondré en soberbia de siglos, gozo de generación en generación: y mamarás la leche de las naciones, y serás amamantada por los pechos de los reyes. Y sabrás que yo soy el Señor que te salva, y tu redentor el fuerte de Jacob. LXX: Por cuanto fuiste abandonada, y aborrecida, y no había quien te ayudara: te pondré en exultación eterna, gozo de generaciones en generaciones. Y mamarás la leche de las naciones, y comerás las riquezas de los reyes. Y

sabrás que yo soy el Señor que te salvé, y que te libré, Dios de Jacob. La que antes fue abandonada, y aborrecida, con sus ramas quebradas en ti, porque no dieron fruto: que por eso fueron quebradas, porque no había quien pasara por allí, y prestara ayuda: de los cuales se dice en los salmos: Y no dijeron los que pasaban: Bendición del Señor sobre vosotros (Sal. CXXVIII, 8); por eso te pondré en soberbia sempiterna, o en exultación y gozo de dos generaciones: por las ramas anteriores, insertando otras del acebuche de las naciones, que contra la naturaleza del ejemplo traerán frutos, no de la amargura anterior, sino de la dulzura, que tomaron de la raíz. También mamarás la leche de las naciones, y serás amamantada por los pechos de los reyes. Este lugar, qué sentido tiene, lo hemos expuesto más plenamente, discutiendo aquel versículo, Tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas serán amamantadas en el costado. O según los Setenta, comerás las riquezas de los reyes. Estas riquezas según la verdad hebrea, son los pechos de los reyes y doctores, con los que se educa y nutre la infancia de los que nacen en Cristo. Cuando hayas mamado esto y llegado al alimento sólido, para que también comas las riquezas de estos reyes: entonces sabrás que yo soy tu Salvador, que te redimí con mi sangre, o el Dios fuerte de Jacob.

(Vers. 17 seqq.) Por el bronce traeré oro, por el hierro traeré plata, y por la madera bronce, y por las piedras hierro: y pondré tu visitación en paz, y tus gobernantes en justicia. No se oirá más iniquidad en tu tierra, devastación y destrucción en tus límites, y la salvación ocupará tus muros, y tus puertas alabanza. LXX: Por el bronce te traeré oro, y por el hierro te daré plata, y por la madera te daré bronce, y por las piedras hierro. Y daré tus príncipes en paz, y tus obispos en justicia, y no se oirá más iniquidad en tu tierra, ni destrucción y miseria en tus confines: sino que tus muros serán llamados salvación, y tus puertas escultura. La misma cosa según la calidad de los lugares, para uno es género, para otro especie. Y para no parecer que hablo de las artes, retórica y dialéctica, pondré ejemplos comunes, que puedan instruir al lector sencillo. Mi hijo, que para mí es especie, y me tiene como género, es género para su hijo. Diré también otra cosa, que para uno es mayor, para otro menor. El centurión es mayor que el soldado raso, menor que el tribuno. Cinco son pocos en comparación con diez: más en comparación con uno. Por lo tanto, en la restauración de la Jerusalén espiritual, la madera se convertirá en bronce, y las piedras se cambiarán en hierro, es decir, los hombres que antes eran brutos e insensibles, se transformarán en materiales que ofrezcan alguna utilidad a la ciudad. Y ese mismo bronce y hierro, por el aumento de las virtudes, se transformarán en oro y plata: para que no solo tengan apariencia de utilidad, sino también valor y belleza. Sobre el oro y la plata, qué significan en las Escrituras sagradas, lo hemos dicho muchas veces. Pondré, dice, tus príncipes en paz, y tus obispos en justicia. Por lo cual en hebreo está escrito: Pondré tu visitación en paz, y tus gobernantes en justicia. En lo cual la admirable majestad de las Escrituras sagradas, que llamó obispos a los futuros príncipes de la Iglesia, cuya toda visitación es en paz, y el nombre de la dignidad en justicia: para que no tomen persona en juicio, ni se oiga nada iniquo en la tierra de la Iglesia, ni destrucción y miseria en sus confines. Porque donde hay iniquidad, y no se guarda la justicia, y se pierde la paz, todas estas cosas seguirán. Pero por todas estas cosas, dice, la salvación ocupará tus muros, o el salvador, que en hebreo se lee JESÚS, que propiamente suena como el nombre del Señor. Porque él es la fortaleza de los muros de la Iglesia, que tiene puertas en la alabanza del Señor: para que los que entren en ella, primero aprendan a alabar al Señor, y a confesar su nombre. Lo que los Setenta interpretaron por alabanza como γλύμμα, es decir, escultura, podemos decir que las puertas de la Iglesia deben estar talladas con todas las virtudes, por las cuales entremos en ella.

(Vers. 19, 20.) No tendrás más el sol para alumbrarte de día, ni el resplandor de la luna te iluminará: sino que el Señor será para ti luz sempiterna, y tu Dios será tu gloria. No se pondrá

más tu sol, y tu luna no disminuirá, porque el Señor será para ti luz sempiterna, y se completarán tus días de luto. LXX: Y no tendrás más el sol para luz del día, ni el orto de la luna te dará luz de noche; sino que el Señor será para ti luz eterna, y Dios tu gloria. Porque no se pondrá el sol para ti, y la luna no disminuirá para ti. Y el Señor será luz sempiterna, y se completarán tus días de luto. De este capítulo nos vemos obligados a referir todo lo que se ha dicho y se dirá, al último tiempo: cuando pasando el cielo y la tierra, cesará el oficio del sol y la luna. Y el Señor mismo será luz perpetua, para que lo que los quiliastas afirman carnalmente que se cumplirá, nosotros creamos que se cumplirá espiritualmente, discrepando en la calidad de las promesas, no en el tiempo. A los cuales brevemente se les debe responder, que si a los falsos profetas y pecadores el sol se pone al mediodía, y al contrario a los que temen al Señor les sale el sol de justicia: ¿por qué no siempre a los Santos, aquel que dice: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12), que brilla en las tinieblas, y las tinieblas no lo comprendieron (Juan I)? Porque de día el sol no nos quemará, ni la luna de noche (Sal. CXX, 6). Porque tenemos al Señor como luz perpetua, y se completarán nuestros días de luto, no lamentando en la subversión de Jerusalén, sino alegrándonos por la edificación de la Iglesia. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V). Para que después de haber sido saciados con la carne del Señor, eructen la palabra del Señor, y digan sus obras al rey (Sal. XLIV).

(Vers. 21, 22.) Pero tu pueblo todos justos, heredarán la tierra para siempre, germen de mi plantación: obra de mis manos para glorificar. El más pequeño será en mil, y el más pequeño en una nación fortísima. Yo el Señor en su tiempo haré esto de repente. LXX: Tu pueblo todos justos siempre poseerán la tierra: guardando la plantación, obras de sus manos en gloria. El que es pequeño, será en miles, y el que es mínimo, en una gran nación. Yo el Señor en el tiempo los reuniré. Terminados los días de luto y completados, cuando la tristeza se convierta en gozo, el pueblo de Sion será todo justo, no por un breve tiempo, sino para siempre, y porque es justo, poseerá la tierra de los mansos. Y no es de extrañar si para recibir los bienes de la promesa, posee la tierra de los mansos y de los vivientes, que el Profeta suspira, diciendo: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13), siendo germen de la plantación del Señor, y obra de sus manos para glorificar a Dios. Porque toda plantación que no plantó mi Padre celestial, será arrancada (Mat. XV). O según los Setenta, el pueblo guardando la plantación de Dios, y las obras de las manos del Señor, será guardado en la gloria del Creador. De la buena plantación habla Dios por Jeremías: Yo te planté como una viña buena, toda verdadera, que en Isaías se llama viña de Sorec (Isa. V). Y porque Pablo con la conciencia de las virtudes del Cristo que habla en él, podía decir: Sed imitadores de mí, como yo de Cristo (I Cor. XI, 1), por eso hablaba a los Corintios: Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento (I Cor. III, 6). Plantados en la casa del Señor, florecerán en sus atrios (Sal. XCI). Entonces el que fue pequeño, será en mil, oyendo del Señor: Ten autoridad sobre cinco o diez ciudades (Luc. XIX, 17, 19); de modo que sea llamado quiliarca. Y el que con el Apóstol decía: A mí, el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia (Efe. III, 8), será príncipe de una gran nación en los cielos, cuando en el tiempo señalado el Señor envíe a sus ángeles, y reúnan a todos los Santos, desde el extremo del cielo hasta su extremo (Mat. XXIV): no solo de Israel, sino también del pueblo de las naciones, al que significando hablaba: Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y a ellas también debo traer, para que haya un solo rebaño, y un solo pastor (Juan X, 16). Esto lo hará de repente, para que cuando todo esté desesperado, entonces se reúnan en una nación fortísima. Lo cual aunque en parte lo veamos cumplirse diariamente en la Iglesia, sin embargo, se completará más plenamente en la consumación del mundo, y en el segundo advenimiento del Salvador.

(Cap. LXI.---Vers. 1 seqq.) El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido: me ha enviado a anunciar a los mansos, a sanar a los quebrantados de corazón, a proclamar a los cautivos la liberación y a los prisioneros la apertura: y a anunciar el año de gracia del Señor y el día de venganza de nuestro Dios: para consolar a todos los que lloran. Para dar a los que lloran en Sion: y darles una corona en lugar de ceniza: aceite de alegría en lugar de luto, manto de alabanza en lugar de espíritu de abatimiento. LXX: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido: me ha enviado a evangelizar a los pobres, a sanar a los quebrantados de corazón: a proclamar a los cautivos la remisión y a los ciegos que vean: a llamar al año aceptable del Señor y al día de retribución: a consolar a todos los que lloran: a dar a los que lloran en Sion: darles gloria en lugar de ceniza, unción de alegría a los que lloran, hábito de gloria en lugar de espíritu de abatimiento. Aquel que antes había dicho: Yo, el Señor, en su tiempo los reuniré, o según el hebreo: Yo, el Señor, en su tiempo, lo haré de repente, habla consecuentemente, El Espíritu del Señor Dios está sobre mí: no porque el Señor Dios tenga un Señor Dios, sino porque según la disposición de la carne asumida dice lo que es humilde. A quien el salmista ya había dicho: Has amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Sal. XLIV, 8). Pues cuando se mencionan compañeros, entiende la naturaleza de la carne: porque Dios no tiene compañeros de su sustancia. Y como era una unción espiritual, y de ninguna manera del cuerpo humano, como fue en los sacerdotes de los judíos; por eso se recuerda que fue ungido más que sus compañeros, es decir, los demás santos. Su unción se cumplió en aquel tiempo, cuando fue bautizado en el Jordán, y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma, y permaneció en él (Juan I). De quien también este mismo profeta decía: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un vástago de sus raíces florecerá, y reposará sobre él el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de conocimiento y piedad (Isaías XI, 1, 2). Por eso, cuando el Salvador vino a Nazaret, donde había sido criado después de ser bautizado en el Jordán, entró según su costumbre en el día de sábado en la sinagoga de ellos. Y cuando se levantó para leer, le fue dado el libro del profeta Isaías, y al abrirlo, encontró escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido: me ha enviado a evangelizar a los pobres: a proclamar a los cautivos la remisión, y a los ciegos la vista: a liberar a los quebrantados en libertad, a proclamar el año aceptable del Señor. Cuando enrolló el libro, lo devolvió al ministro, y se sentó; y los ojos de todos los que estaban en la sinagoga estaban fijos en él, y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos, y todos daban testimonio de él, y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca. Si, por lo tanto, en aquel tiempo se cumplió la profecía, ¿cómo algunos refieren a los tiempos de la consumación lo que se dice: a menos que podamos decir esto, que entonces se cumplió en parte, y será cumplido más plenamente cuando todo el pueblo de Dios sea justo? Ahora conocemos en parte, y profetizamos en parte: Pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será destruido (I Cor. XIII). Fue ungido, pues, con el Espíritu Santo, para anunciar a los pobres, o mansos, diciéndoles en el Evangelio: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Y: Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Ibid. 4). Y fue enviado a sanar a los que están quebrantados de corazón (Luc. IV), y dicen: Un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia (Sal. L, 19). O según Símaco y Teodoción, para vendar las heridas de los pecados, proclamar a los cautivos la remisión, a los ciegos que vean, o a los prisioneros la apertura, lo que Símaco interpretó más claramente, liberación a los cautivos. De quien, o más bien a quien se dice arriba: He aquí que te he puesto como luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de las prisiones a los cautivos, y de la casa de la cárcel a los que están sentados en tinieblas (Isaías XLII, 6, 7). El año aceptable y

el día de retribución, entiende todo el tiempo de su predicación mientras estuvo en la carne. Lo que también el apóstol Pablo interpreta en el primer advenimiento del Salvador, diciendo: He aquí ahora el tiempo aceptable: he aquí ahora el día de salvación (I Cor. VI, 2). De lo cual hemos hablado más plenamente arriba (Ad. cap. LX). Pero si la retribución no se toma en los méritos de los buenos, sino en los castigos de los pecadores, según lo que se dice día de venganza, debe entenderse del pueblo judío, sobre el cual, después de su pasión, inmediatamente llegó la ira de Dios. Y consoló a todos los que lloran, diciendo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5); para dar a los que lloran en Sion y darles gloria y corona en lugar de ceniza. De los cuales fue también el apóstol Pablo, que lloraba por Sion y decía: Porque tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón (Rom. IX, 2): Y de nuevo: Desearía yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos, los que son mis parientes según la carne, que son israelitas (Ibid., 3). Y por eso, los que lloran y se lamentan, en lugar de ceniza recibieron aceite de alegría, viendo que muchos de los judíos habían creído, y recibían una vestidura purísima, en lugar de un vestido de luto.

(Vers. 3-5.) Y serán llamados en ella fuertes de justicia, plantación del Señor para glorificar. Y edificarán los lugares desolados desde la antigüedad, y levantarán las ruinas antiguas, y restaurarán las ciudades desoladas y devastadas de generación en generación. Y estarán los extranjeros, y apacentarán vuestros rebaños: y los hijos de los extranjeros serán vuestros labradores y viñadores. LXX: Y serán llamados generaciones de justicia: plantación del Señor para gloria. Y edificarán los lugares desolados eternos, que habían sido desolados antes, serán levantados, y renovarán las ciudades desoladas, desoladas en generaciones, y vendrán extranjeros, y apacentarán tus ovejas, y los labradores y viñadores de otras naciones. Después de que los apóstoles y los hombres apostólicos hayan recibido aceite de alegría y manto, o según los Setenta, vestidura de gloria y alabanza en lugar de ceniza y espíritu de abatimiento: entonces serán llamados generaciones de justicia, plantación gloriosa del Señor: o según el hebreo ELE (), con ambas sílabas extendidas, fuertes, y de la justicia de Dios, o [Al. para] plantación del Señor para glorificar: para que cuando sean glorificados, o ellos mismos glorifiquen al Señor, edifiquen las ciudades desoladas desde la antigüedad, y levanten las ruinas antiguas, tanto del pueblo de los judíos como de todas las naciones, que no solo tendrán conocimiento para edificar y restaurar ciudades; sino que también serán los mejores pastores, para que, rechazados los antiguos pastores, a quienes Dios había dicho por medio de Ezequiel: Oh pastores de Israel, ¿acaso se apacientan a sí mismos los pastores, y no más bien las ovejas? (Ezequiel XXXIV, 2) Oigan con el apóstol Pedro: Apacienta mis ovejas (Juan XXI, 17). Y de manera maravillosa pasarán de ser albañiles y pastores a ser labradores, es decir, a ser aradores y viñadores, para que puedan decir con el apóstol: Somos edificación de Dios, somos labranza de Dios (I Cor. III, 9). Finalmente, el Salvador pregunta a los escribas y fariseos, viñadores y labradores de los judíos, qué hará con los malos viñadores y labradores. Y ellos respondiendo: A los malos los destruirá miserablemente, y dará la viña a otros labradores (Mat. XXI, 41); añadió: Se os quitará el reino de Dios, y se dará a una nación que produzca sus frutos (Ibid., 43). Lo cual no necesita interpretación. Pues, ¿cuántos príncipes de las iglesias son de los judíos, y no de extranjeros, y de hombres de naciones extranjeras? que antes servían a los ídolos, y eran ajenos al pacto de Dios, y peregrinos de sus promesas, sin esperanza; y sin Dios en el mundo, ahora presiden las iglesias, y doman los duros corazones de los gentiles, antes indomables, para que produzcan frutos con el arado de la fe; para que multipliquen la siembra de la doctrina del Señor con la abundancia de buenas obras.

(Vers. 6, 7.) Pero vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios, se os dirá: Comeréis la fortaleza de las naciones, en su gloria os gloriaréis. Por vuestra doble confusión y vergüenza alabarán su parte: por esto en su tierra poseerán el doble, tendrán alegría eterna, porque yo, el Señor, amo el juicio, y odio el robo en holocausto. LXX: Pero vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios. Comeréis la fortaleza de las naciones, y en sus riquezas seréis admirables. Así poseerán la tierra por segunda vez, y la alegría eterna estará sobre su cabeza. Porque yo soy el Señor, que amo la justicia: y odio el robo de la iniquidad. Los edificadores de ciudades desoladas y pastores de rebaños, que son también labradores y viñadores, es decir, hijos de extranjeros, ellos mismos son sacerdotes de Dios, a quienes el profeta ahora dice: Pero vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, y ministros de nuestro Dios, se os dirá: sin duda significa a los príncipes de las iglesias. O ciertamente debe entenderse de los apóstoles, para que sea el orden: Cuando los albañiles, pastores, labradores y viñadores de las naciones hayan sido puestos al frente de las iglesias, vosotros de quienes se ha dicho: Las reliquias serán salvas (Rom. IX, 27). Y: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, habríamos sido como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Isaías IV, 9), seréis llamados sacerdotes, y ministros de Dios como lo eran los hijos de David. De quienes la Escritura dice: Pero los hijos de David eran sacerdotes de Dios (II Sam. VIII, 18). Estos comerán la fortaleza de las naciones, y en sus riquezas serán admirables. Porque la corona de los padres es la gloria de los hijos, y el progreso del pueblo, el banquete de los sacerdotes (Prov. XVII). De este tipo de riquezas Pablo escribía a los corintios: Doy gracias a mi Dios por Jesucristo, porque en todo habéis sido enriquecidos en él, en toda palabra, y en todo conocimiento, así como el testimonio de Cristo ha sido confirmado en vosotros, para que no os falte ningún don de gracia (II Cor. I, 4 seqq.). La fortaleza de las naciones es el triunfo de los mártires: y nosotros nos gloriamos en su gloria, no con esa soberbia que es un vicio, a la cual Dios resiste, para dar gracia a los humildes; sino con esa que se toma por poder y gloria (Santiago IV). Por eso la faz de Moisés era resplandeciente (Éxodo XXXIV), quien podía decir: En ti cornearemos a nuestros enemigos (Sal. XLIII, 6). Y por la soberbia de la gloria, Aquila interpretó, καὶ ἐν δόξῃ αὐτῶν πορφύρᾳ ἐνδύσεσθαι, es decir, os vestiréis de púrpura; para mostrar el distintivo del decoro real. Y lo que sigue: Por vuestra doble confusión, y por la vergüenza alabarán su parte, lo que no se encuentra en los Setenta, así me parece que debe explicarse. Por el hecho de que teníais una doble confusión, tanto sobre el pueblo de los judíos, que se había apartado de Dios, como sobre las naciones, que servían a los ídolos, veréis que ellos convertidos al temor de Dios, alaban su parte. Sin duda alguna el Señor, de quien hablaba también el santo: Mi parte es el Señor (Sal. LXXII, 26). Esto nadie puede decir, sino quien no tiene otra parte. Porque ya que vosotros sobre ellos teníais una doble confusión y vergüenza por su pecado, sobre lo cual ellos no se avergonzaban, por eso en su tierra, es decir, en la tierra de los mansos y vivientes, poseerán el doble: cuando hayan creído tanto en lo presente como en lo futuro. Y tendrán alegría eterna. Por lo cual en los Setenta se lee, así poseerán la tierra por segunda vez. Y la alegría eterna estará sobre su cabeza, para que quienes poseían la tierra en los estrechísimos confines de Judea, después posean todo el mundo. De la cual tierra el Padre habla al Salvador: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Sal. II, 3). Esto lo ha concedido el Señor, que ama la verdad del juicio, y odia el robo en holocausto. Por lo cual los Setenta tradujeron, el robo de la iniquidad: como si hubiera algún robo que no consista en iniquidad. Por lo tanto, lo que dice, es esto: Dios ama más la pobreza de los justos, que las ofrendas de los ricos, que son de robos e iniquidad.

(Vers. 8, 9.) Y daré su obra en verdad, y haré con ellos un pacto perpetuo. Y será conocido en las naciones su descendencia, y su germen en medio de los pueblos. Todos los que los vean, los reconocerán, porque ellos son la descendencia a la que bendijo el Señor. LXX: Y daré su

trabajo a los justos, y pondré con ellos un pacto eterno. Y será conocido en las naciones su descendencia, y sus nietos en medio de los pueblos. Todo el que los vea, los reconocerá, porque ellos son la descendencia bendecida por Dios. Dios que ama la justicia y el juicio, y detesta los holocaustos violentos (pues todo lo que es de robos, lo considera como el salario de una ramera, y el precio de un perro,) [Al. carne] él mismo de aquellos que poseerán la tierra por segunda vez, y a quienes coronará con doble alegría, dará su trabajo a los justos, o como mejor se tiene en hebreo, en verdad: para que de ninguna manera como en la Ley la sombra de la verdad, sino que sea la misma verdad. Y hará un pacto eterno, no como el que dio a Moisés, que pasó; sino el pacto del Evangelio, del cual habla Cristo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mat. XXIV, 35). Y entonces será conocida en las naciones la descendencia apostólica, y todas las generaciones futuras recibirán la siembra de la doctrina de Dios: de ninguna manera diciendo aquello, en lo que el pueblo de la circuncisión erraba antes diciendo: ¿Qué otra cosa busca Dios sino descendencia? Todo el que los vea, a primera vista los reconocerá, porque son la descendencia a la que bendijo el Señor. Pues, ¿quién por el orden de vida, mansedumbre, continencia, hospitalidad, y todas las virtudes no entenderá al pueblo de Dios? Y ¿quién no detestará, por el contrario, las manos sangrientas de Israel, contra quienes el profeta imprecaba, diciendo: Llena, Señor, sus rostros de ignominia (Sal. LXXXII, 17).

(Vers. 10, 11.) Me gozaré en gran manera en el Señor, y mi alma se regocijará en mi Dios: porque me ha vestido con vestiduras de salvación y me ha cubierto con el manto de justicia, como a un novio adornado con corona, y como a una novia adornada con sus joyas. Porque como la tierra produce su germen, y como el huerto hace brotar su semilla: así el Señor Dios hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones. LXX: Se alegrarán con gozo en el Señor, regocíjese mi alma en el Señor. Porque me ha vestido con vestidura de salvación, y me ha cubierto con túnica de alegría. Como a un novio con mitra, y como a una novia adornada con adorno femenino, y como la tierra que produce su flor, y como el huerto que hace brotar sus semillas: así el Señor Dios produce justicia y alabanza ante todas las naciones. El principio del capítulo según los LXX, que dijeron: Se alegrarán con gozo en el Señor, se une al final del capítulo anterior. Según los hebreos, es el comienzo de otro capítulo, en el que se introduce a la Iglesia, respondiendo a las palabras de Cristo: Me gozaré en gran manera en el Señor, y mi alma se regocijará en mi Dios. De ninguna manera en los padres, como se gloriaban los judíos, diciendo: Somos descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie (Juan VIII, 33); sino en Dios, diciendo la Escritura: Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma (Hechos IV, 32). Y da las razones de la alegría: Porque me ha vestido con vestidura de salvación, y con manto, o túnica de justicia y alegría, que en hebreo se dice MAIL (), me ha adornado y cubierto. Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo, nos hemos revestido de Cristo, y tenemos la túnica de justicia: quien se ha hecho para nosotros santidad, justicia, y redención (Gálatas I). Y pone la similitud de dos grupos en la Iglesia, de los perfectos y de los principiantes (I Cor. I). Compara a los perfectos con la belleza del novio; a los principiantes los asimila al adorno de la novia. Perfecto era Pablo, quien como un novio adornado con corona y por coronar, o, como Aquila tradujo, ιερατευμένος στεφάνῳ, que en nuestra lengua se dice, sacerdote portando corona, decía con la autoridad de Cristo que hablaba en él: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV, 7). Y en otro lugar: Así que todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos (Filip. III, 15). Pero era principiante en comparación con la plenitud, cuando hablaba desde la persona de los principiantes: Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño (I Cor. XIII, 11). Y de nuevo: Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces

conoceré como fui conocido (Ibid., 9). Y por eso se asimila al adorno de la novia, que se adorna con adorno femenino, o como los demás tradujeron, con sus vasos, o con sus joyas. Y pone ejemplos de otra comparación, de los cuales el primero se refiere al novio, el siguiente a la novia. Como la tierra produce su germen, y es regada por las lluvias celestiales: y como el huerto hace brotar su semilla, que desea las aguas de las fuentes y ríos: así, dice, el Señor hará brotar justicia y alegría ante todas las naciones: de ninguna manera ante Israel, para derribar la soberbia de los judíos; sino ante todas las naciones, que se congregan en la Iglesia.

(Cap. LXII.---Vers. 1 seqq.) Por amor de Sion no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvador se encienda como una lámpara. Y verán las naciones tu justicia, y todos los reyes tu gloria, y se te dará un nombre nuevo, que la boca del Señor nombrará. Y serás corona de gloria en la mano del Señor, y diadema de reino en la mano de tu Dios. LXX: Por amor de Sion no callaré, y por amor de Jerusalén no abandonaré: hasta que salga como luz su justicia, y su salvación arda como una lámpara. Y verán las naciones tu justicia, y todos los reyes tu gloria, y te llamarán con un nombre nuevo, que la boca del Señor nombrará. Y serás corona de hermosura en la mano del Señor, y diadema de reino en la mano de tu Dios. El Señor y Salvador había dicho: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido (Luc. IV, 18), hasta el lugar donde está escrito: Todos los que los vean, reconocerán que ellos son la descendencia que el Señor ha bendecido (Isai. LXI, 1). Después de esta promesa, respondió la Iglesia: Me gozaré en el Señor, que en el tercer salmo de los grados, en persona del pueblo penitente, cantó alegre: Me alegré con los que me dijeron, a la casa del Señor iremos (Ps. CXXI, 1); ahora se introduce la persona del profeta diciendo: Por amor de Sion no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré. Dijo, días y noches no cerraré mi boca, ni mi oración callará jamás; sino que clamaré tanto, y uniré súplicas a mis oraciones, hasta que venga el que fue prometido, y con su esplendor ilumine todo el mundo. ¿Quién es este a quien busca, a quien desea que venga, lo pone más claramente: Hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvador se encienda como una lámpara. 739 O según los LXX: Hasta que salga como luz su justicia, y su salvación arda como una lámpara. Lo que decía en el Evangelio: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12): que cuando se encienda en Sion y en Jerusalén, no brillará solo en Judea, sino que se le dirá: La luz que está en ti, ha sido encendida; la que salió del Padre, ha comenzado a arder en tus confines, y todas las naciones iluminará (Matth. VI). Y todos los reyes verán tu gloria, oh Jerusalén y Sion: el que fue engendrado de tu estirpe, el que en ti fue exaltado en el madero, atrajo a todos hacia sí: de modo que las naciones vean su justicia, con la que el Creador de todos se compadeció de las naciones: y los reyes su gloria, con la que fue glorificado en la cruz, y sometió todos los reinos a su imperio. Finalmente, no se llamará Jerusalén y Sion, sino que recibirá un nombre nuevo, que el Señor le impondrá, diciendo al apóstol Pedro: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Matth. XVI, 18). Ese nombre derivó del nombre del Señor, para que se diga Dominicum. Y su pueblo no se llamará más con el antiguo nombre de Israel, sino con el nuevo, es decir, cristiano. Y será como corona de hermosura en la mano del Señor, y como diadema de reino en la mano de su Dios, cuando la corone la multitud de creyentes, y la diadema del imperio, que los Mártires adornaron con la variedad de sus gemas, esté en la mano de Dios para que corone a su hijo con victorias. Por eso también el apóstol Pablo hablaba a los Santos: Mi gozo y mi corona.

(Vers. 4.) No serás llamada más abandonada, y tu tierra no será llamada más desolada: sino que serás llamada mi voluntad en ella, y tu tierra habitada, porque el Señor se ha complacido en ti: y tu tierra será habitada. LXX: Y no serás llamada más abandonada, y tu tierra no será llamada más desierta. Serás llamada mi voluntad, y tu tierra habitada. Por Sion y Jerusalén

serás llamada Iglesia, y Dominicum: por los judíos serán llamados cristianos. Y no estarás contenta con este fin de los nombres; sino que la que antes eras llamada abandonada, que en hebreo se dice AZUBA (), serás llamada EPESI-BA (), que se interpreta mi voluntad en ella; y tu tierra que antes era llamada SEMEMA (), desolada o desierta, después será llamada 740 BULA (), que Aquila interpretó ἐσχημένη; Symmachus y Theodotio συνωκισμένη; los Setenta οἰκουμένη, que todos significan habitada, poseída. Esto es, según la costumbre hebrea, que siempre imponen nombres a las cosas según el evento: como Abram, que antes se llamaba, padre excelso: cuando oyó la promesa: Y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Génesis XII, 3) fue llamado padre de muchas naciones, es decir, Abraham. Y al Señor Salvador se le impone un nombre: Pronto despoja, rápidamente saquea (Isai. VIII, 1). También los hijos de Zebedeo, uno de los cuales podía emitir la voz del trueno (Marc. III): En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1), fueron llamados BANEREEM (), que se interpreta, hijos del trueno. Lo que sigue: Porque el Señor se ha complacido en ti, y tu tierra será habitada, fue omitido por los Setenta, y dio las razones por las que se llama EPHSI (), y por las que se llama BULA (), porque el Señor se complació en Sion, y su tierra la hizo habitable, que antes había sido desierta por el error judío. O bien, refiramos esto mismo a la Iglesia, que antes poseída por los ídolos, había sido abandonada por Dios.

(Vers. 5.) Habitará el joven con la virgen, y habitarán en ti tus hijos. Y se alegrará el esposo sobre la esposa, se alegrará sobre ti tu Dios. LXX: Y como habita el joven con la virgen, así habitarán tus hijos. Y será como se alegra el esposo sobre la esposa, así se alegrará sobre ti el Señor. Dice también el Apóstol: Maridos, amad a vuestras esposas, como también Cristo a la Iglesia (Ephes. V, 25). Y cuando en otro lugar puso el ejemplo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y serán dos en una sola carne, añadió, Este sacramento es grande: pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Ephes. V, 31, 32). Si entonces por la brevedad del tiempo, que está en estrechez, así deben los hombres tener a sus esposas, como si no las tuvieran: cuánto más entre el esposo y la esposa habrá una santa unión? Este es el esposo del que se canta en el salmo dieciocho: Y él como esposo que sale de su tálamo (Ps. XVIII, 6). Y esta es la esposa que se escribe frecuentemente en el Cantar de los Cantares, que no tiene arruga ni mancha (Cant. IV). Que Pablo desea ofrecer a un solo esposo como virgen casta, 741 para que sea santa en cuerpo y espíritu (I Cor. II). De la cual también bajo el nombre del amado, el salmo cuarenta y cuatro canta: La reina está a tu derecha en vestidura de oro, rodeada de variedad (Vers. 10). Así como el esposo se alegra en la esposa, y el joven con la virgen, en cuyos ejemplos hay una santa unión: así el Señor se alegrará en ella, cuyos nombres habrán sido cambiados.

(Vers. 6, 7.) Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto guardianes: todo el día y toda la noche no callarán: los que recuerdan al Señor, no callen, y no le den silencio, hasta que establezca y hasta que ponga a Jerusalén como alabanza en la tierra. LXX: Y sobre tus muros, Jerusalén, he puesto guardianes, todo el día y toda la noche que nunca callarán, recordando al Señor: porque no hay nadie como vosotros si corrige, y hará de Jerusalén un gozo sobre la tierra. El profeta había dicho: Por amor de Sion no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, y lo demás hasta el lugar donde ahora se ha terminado el capítulo: Se alegrará el esposo sobre la esposa: se alegrará sobre ti tu Dios. Y se había prometido a sí mismo que rogaría días y noches, para que el Salvador y Justo que había sido prometido, viniera, y como una lámpara iluminara todo el mundo. Después de lo cual se introduce la persona de Dios hablando a Jerusalén, es decir, a la Iglesia de los primogénitos, y a la que fue edificada en los Apóstoles y por los Apóstoles: Sobre tus muros he puesto guardianes, que podemos entender como ángeles, o apóstoles, y todos sus príncipes y doctores. Que guardan los muros de la Iglesia,

para que nuestro adversario el diablo, que como león rugiente ronda, y busca cómo puede entrar (I Petr. V), no tenga ocasión de devastar el rebaño del Señor. Estos guardianes no deben callar ni de día ni de noche, ni en alegrías, ni en tristezas; sino siempre suplicar la clemencia del Señor, para que su rebaño y los muros de Jerusalén sean guardados y protegidos con su ayuda. Por eso también a esos mismos guardianes y doctores se dirige el discurso: Oh vosotros que recordáis al Señor, y fatigáis su clemencia día y noche con oraciones, cuidaos de que nunca en vuestra boca calle la oración. No le deis silencio, se sobreentiende, al Señor; sino que siempre seáis molestos, a tiempo, fuera de tiempo, e imitéis a la intercesora del juez duro. Porque si él depuso la ferocidad de su mente 742 con la imprecación continua, cuánto más el Padre celestial dará cosas buenas a los que le piden? Pero debéis rogar tanto tiempo, hasta que Jerusalén, que cayó en los judíos, y es ejemplo y maldición, se convierta en alabanza de toda la tierra. Y me maravillo de lo que quisieron los Setenta, por lo que se tiene en hebreo, no le deis silencio, hasta que establezca y ponga a Jerusalén como alabanza en la tierra, decir, cuyo sentido en lo anterior no se conecta: Porque no hay nadie como vosotros si corrige, y hará de Jerusalén un gozo sobre la tierra. A menos que tal vez lo adaptemos con este artificio elocuente, para que se diga a los guardianes de la Iglesia, que no hay ninguno semejante a ellos que con su predicación hayan hecho que se corrija, y que Jerusalén sea el gozo de toda la tierra.

(Vers. 8, 9.) Juró el Señor por su diestra y por el brazo de su fortaleza. Si doy tu trigo más para alimento de tus enemigos: y si beben los hijos extraños tu vino, en el que trabajaste: porque los que lo recojan, lo comerán, y alabarán al Señor: y los que lo recojan, lo beberán en mis atrios santos. LXX: Juró el Señor por su diestra, y por la fortaleza de su brazo, si más doy mi trigo para que sea alimento de tus enemigos, y si más beben los hijos extraños tu vino en el que trabajaste: sino que los que lo recojan, lo comerán, y alabarán al Señor; y los que lo recojan, lo beberán en mis atrios santos. El Dios omnipotente, que había dicho a la Iglesia, Sobre tus muros he puesto guardianes, que perpetuamente no callarán, a quienes les ordeno que nunca dejen de orar, a menos que obtengan lo que piden, ahora jura por su diestra y el brazo de su fortaleza. De quien hemos dicho frecuentemente, que es nuestro Señor y Salvador, que según el Apóstol, es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I). Jura que el trigo y el vino de Jerusalén no cederán más en alimento de los enemigos, ni los extranjeros se saciarán con su trabajo; sino que quienes siembran con lágrimas, cosecharán con gozo, y quienes cosechen, y después de desechar la paja, recojan el grano puro en los graneros, ellos mismos comerán los trabajos de sus manos, y alabarán al Señor con eterna alabanza, y beberán el vino en sus atrios santos. Lo que entendemos como las muchas mansiones en el Padre, si lo tomamos de la futura bienaventuranza en el reino de los cielos, o ciertamente 743 las Iglesias divididas en todo el mundo, en las que plantados, después floreceremos en la casa del Señor. Pero cuando dice: No daré más tu trigo a tus enemigos: y tu vino no lo beberán los extranjeros, en el que trabajaste, muestra el trabajo anterior de los judíos, y todas sus obras poseídas por los demonios, cuando fluctuaban entre Dios y los ídolos, cuando Elías les decía: ¿Hasta cuándo claudicaréis entre dos opiniones? si el Señor es Dios, seguidle (III Reg. XVIII, 21). Y según la historia típica, que se narra en el libro de los Jueces, venían los madianitas, y hasta Gaza devastaban sus frutos, de modo que el alimento de los hombres se convertía en comida de los animales brutos (Judic. VI). Este es el trigo, y este el vino, que no comerán sino alabando al Señor, y no beberán, sino en sus atrios santos, de lo que el Señor decía en la pasión: En verdad, en verdad os digo, no beberé del fruto de esta vid, hasta que lo beba nuevo en el reino de mi Padre (Marc. XIV, 25). Que en parte se cumplen en la Iglesia, cuando el Señor dice a sus discípulos: Bebed, amigos míos, y embriagaos, hermanos, que el vino alegra el corazón del hombre (Ps. CIII). Y en plena luz y mediodía se bebe con José y sus hermanos (Gen. IV). Y se cumplirá más plenamente, cuando la tierra se embriague con las bendiciones

del Señor. También el trigo del que se hace el pan celestial, es aquel del que habla el Señor: Mi carne es verdadera comida. Y de nuevo del vino: Y mi sangre es verdadera bebida (Juan VI).

(Vers. 10-12.) Pasad, pasad por las puertas, preparad el camino al pueblo, allanad el camino, y elegid piedras, levantad una señal a los pueblos. He aquí que el Señor ha hecho oír en los confines de la tierra: decid a la hija de Sion, He aquí tu Salvador viene: he aquí su recompensa con él, y su obra delante de él. Y los llamarán pueblo santo, redimido por el Señor. Tú serás llamada ciudad buscada, y no abandonada. LXX: Id por mis puertas, y haced camino a mi pueblo: y quitad las piedras del camino. Levantad una señal a las naciones: porque el Señor ha hecho oír hasta el extremo de la tierra. Decid a la hija de Sion: He aquí tu Salvador viene, teniendo su recompensa consigo, y su obra ante su rostro: y lo llamará pueblo santo, redimido por el Señor. Tú serás llamada ciudad buscada, y no abandonada. Ordenó a los guardianes de los muros de Jerusalén, a quienes antes había ordenado que no callaran, que no dejaran de orar, que pasaran por las puertas de Jerusalén, y 744 hicieran camino al pueblo. Lo que los semijudíos en el último tiempo, cuando después de la plenitud de los gentiles Israel será salvado, y volverá al Señor, sostienen que sucederá. Otros piensan que se cumplirá en el reino de los cielos, cuando habrá verdadera alegría, y cada uno recibirá según su mérito, y no verán al Señor en humildad, sino que lo sentirán en el hábito de juez, cuando venga sobre las nubes con la multitud de ángeles, para dar a cada uno según su obra. Pero nosotros según la explicación comenzada podemos entender esto también en el primer advenimiento, para que digamos que se ordena a los apóstoles y a los hombres apostólicos, que entren y pasen por las puertas contra las cuales el infierno no prevalece, y quiten todos los impedimentos del camino, para que sin ningún escándalo el pueblo entre en la Iglesia del Salvador. Por eso también Juan clamaba en el desierto. Yo soy la voz del que clama en el desierto, como dijo Isaías: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas: todo valle será llenado, y todo monte y collado será humillado (Juan I, 23; a Isaías XL, 3, 4). Y con otras palabras ahora se dice el mismo sentido, Eligió piedras el hombre eclesiástico, que ablanda toda dureza del corazón de los creyentes. De las cuales el mismo Bautista decía: Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham (Matth. III, 9). O según los Setenta, arroja del camino las piedras que separan a los infieles de los creyentes. Lo que no pensaran los judíos que se dice de ellos, se añade: Levantad una señal a las naciones, y a los pueblos de las naciones, para que no se provoquen a la salvación las estrecheces de una sola tierra de Judea, sino que se haga oír en los confines de la tierra, para que todo el mundo escuche la pasión del Creador de todos. Decid, dice, a la hija de Sion. Que se llama hija de Sion, porque primero nació de los judíos, de la cual dice en el Cantar de los Cantares: Los hijos de mi madre pelearon contra mí (Cant. I, 5); o ciertamente por eso hija, porque recibió el nombre de adopción de Dios. A todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I). ¿Qué es lo que se ordena a los maestros y doctores de Sion anunciar a la hija? He aquí tu Salvador viene, que en hebreo se dice Jesús. Por eso también Gabriel a José: Y llamarás, dice, su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Matth. I, 21). Este Salvador, es el juez de todos los creyentes, para dar a cada uno según sus obras: a los justos premios; a los pecadores castigos eternos (Matth. XVI). Y los llamará, dice, él mismo el Señor 745 y Salvador. O según el hebreo, los llamarán los apóstoles y hombres apostólicos, pueblo santo y redimido por el Señor, que han sido redimidos con la sangre de Cristo. La misma ciudad tampoco será llamada abandonada, como antes fue llamada, ya sea en los judíos, por la negociación? o en los gentiles, por la idolatría, sino buscada, como se dice en hebreo DRUSA (); para que por los aumentos y variedad de virtudes, siempre reciban nuevos nombres.

(Cap. LXIII.---Vers. 1.) ¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras teñidas de Bosra? Este hermoso en su vestidura, caminando en la multitud de su fortaleza. LXX: ¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras fulvas de Bosor? Así de hermoso en su vestidura, con violencia y fortaleza. Todo este pasaje, desde el lugar donde según los LXX se dice: Ilumínate, ilumínate, Jerusalén, porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti (Cap. LX, 1), hasta el presente capítulo, donde se dice: ¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras teñidas de Bosra? muchos de los nuestros lo refieren al fin del mundo, en el cual, ya sea carnal o espiritualmente (pues hay diversas opiniones de muchos), se esfuerzan por cumplirlo. Pero nosotros, porque también leemos más arriba en este mismo capítulo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a anunciar a los pobres: lo que el Señor y Salvador, al leer el volumen de Isaías, mostró en la sinagoga de los judíos que se había cumplido en él mismo diciendo: Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos (Luc. IV, 21); y ahora se dice de él mismo, que después de la pasión subió al Padre ensangrentado, nos vemos obligados a aceptar todo lo que se dice en el primer advenimiento del Salvador. Pues no puede ser, como muchos de los nuestros intentan hacer, que se varíe en el tiempo lo que está unido a las obras; ni negamos que es un gran esfuerzo unir todo esto y mostrar que se cumplirá espiritualmente en la consumación, para enseñar que en Cristo, tanto según la carne como según el espíritu, ya se ha cumplido. Porque el Salvador vino a la hija de Sion, cuya recompensa está con él, y su obra delante de él; y salió el justo como el resplandor, y el Salvador se encendió como una lámpara, y el esposo se alegró sobre su esposa la Iglesia, más aún, Dios se regocijó sobre ella, quien es él mismo el esposo y el Señor: por eso, según la asunción de la carne y la pasión de la cruz, se le dice: Para que tu pie se bañe en sangre (Sal. LXVII, 24). Y bajo el nombre de Judá se profetiza en Génesis: Judá, te alabarán tus hermanos: Tus manos estarán en el cuello de tus enemigos, (Gen. XLIX, 8 y ss), te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de león Judá, a la presa, hijo mío, subiste, descansando te acostaste como un león, y como una leona: ¿quién lo despertará? (Gen. XLIX, 8, 9). Y de nuevo: Atando a la vid su pollino, y a la vid, oh hijo mío, su asna; lavará en vino su vestidura, y en sangre de uva su manto (Ibid., 11). Este es el que las potestades angélicas ven subir al Padre ensangrentado, ordenan a los demás ángeles, y oyen de ellos: Levantad, príncipes, vuestras puertas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el rey de gloria. ¿Quién es este rey de gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla (Sal. XXIII, 7, 8). Y de nuevo: El Señor de los ejércitos, él es el rey de gloria (Ibid., 10). Hemos adelantado esto, para que con otros testimonios también enseñemos que el presente capítulo concuerda. Por eso en el Cantar de los Cantares se dice: Mi amado es rubio y blanco (Cant. V, 10); rubio en la pasión; blanco en la resurrección. Preguntan, pues, los ángeles, aterrados por la novedad del asunto (pues el misterio de la pasión y resurrección de Cristo, según el apóstol Pablo (I Cor. II), había sido ignorado por todas las generaciones anteriores). ¿Quién es este que viene de la tierra de Edom ensangrentado? EDOM () en nuestra lengua se expresa como terrenal y sangriento. ¿Con vestiduras teñidas de Bosra? Lo que muchos, por un piadoso error, piensan que se refiere a la carne del Señor: es decir, BASAR (), que si significara carne, se escribiría con la letra intermedia SIN, pero ahora se escribe con SADE, y se interpreta como firme y fortificada: lo que tomamos ya sea de Jerusalén (Sal. LIX, 11), que estuvo rodeada de murallas muy firmes, en la que el Señor sufrió; o del infierno, del que en el salmo cincuenta y nueve y en el ciento siete está escrito: ¿Quién me llevará a la ciudad fortificada? (Sal. CVII, 11), en la que están encerradas las almas de los muertos, y está rodeada de guardias muy firmes. También se debe saber que según la historia BOSRA () no está en Edom, sino en Moab. Sigue: Así de hermoso en su vestidura, caminando en la multitud de su fortaleza. De quien también el cuadragésimo cuarto salmo canta: Hermoso en belleza más que los hijos de los hombres. Ciñe tu espada sobre tu muslo, poderoso. En tu esplendor y en tu hermosura,

avanza, prospera y reina (Sal. XLIV, 3-5). Por lo cual los Setenta tradujeron, violencia con fortaleza. Que el lector prudente indague qué sentido tiene.

Yo que hablo justicia, y soy defensor para salvar. LXX: Yo que hablo justicia, y juicio de salvación. Respondió el Señor a los ángeles que preguntaban: ¿Preguntáis quién soy, que subo al cielo ensangrentado, y la sangre con la que estoy rociado no me ha dado deformidad, sino belleza? Yo soy a quien el Padre ha entregado todo juicio (Juan V). De quien también el salmista decía: Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. LXXI, 1). Que hablo justicia: para dar a los malos lo malo, y a los buenos lo bueno; que he venido a luchar contra las potestades adversarias, y a predicar la remisión a los cautivos, y a liberar a los presos de la cárcel, para que tanto los adversarios sientan el castigo, como los cautivos la libertad.

(Vers. 2.) ¿Por qué, pues, es rojo tu vestido, y tus vestiduras como las de los que pisan el lagar? LXX: ¿Por qué son rojas tus vestiduras, y tus vestiduras como las de los que pisan el lagar, lleno y pisado? Donde ahora se dice, rojo, en hebreo se lee EDOM (). Por lo tanto, también arriba donde se escribe Edom, no es el nombre de un lugar, sino el nombre de la sangre. De nuevo, los ángeles preguntan y dicen: Hemos aprendido que tú eres, quien habla justicia, y la salvación de todos está en tu juicio constituida. Ahora queremos saber, por qué tus vestiduras están como teñidas de mosto, o qué causa ha habido, para que la túnica que está tejida de arriba y no puede ser rasgada, y que tuvo tanto candor del vientre virginal, como ningún batanero puede hacer sobre la tierra, la ensangrentaste. Pues más te conviene la clemencia que la crueldad: más el candor que el cruento. A lo que el Señor respondió, no con un solo versículo, como antes, sino con muchas palabras: para enseñar todo a los ignorantes, para que no se vean obligados a preguntar de nuevo.

(Vers. 3 seqq.) He pisado el lagar solo, y de los pueblos no hay hombre conmigo. Los pisé en mi furor, y los aplasté en mi ira: y su sangre salpicó sobre mis vestiduras, y todas mis vestiduras se contaminaron [Vulg. ensucié]. Porque el día de la venganza está en mi corazón, el año de mi redención ha llegado. Miré, y no había ayudador: busqué, y no había quien ayudara. Y me salvó mi brazo, y mi indignación misma me ayudó. Y pisé a los pueblos en mi furor, y los embriagué en mi indignación, y derribé a tierra su poder. Los Setenta, por lo que nosotros dijimos, he pisado el lagar solo, lo interpretaron como, lleno y pisado, lo que más bien debe leerse con el capítulo anterior, que como principio del siguiente. Lo demás lo tradujeron así. Y de los pueblos no hay hombre conmigo, y los pisé en mi furor, y los quebré como tierra, y derramé su sangre en la tierra, y todas mis vestiduras ensucié. Porque el día de la retribución ha venido para ellos, y el año de la redención está presente. Miré, y no había ayudador: consideré, y no había quien prestara ayuda; y los rescató mi brazo, y mi furor vino, y los pisé en mi ira, y derramé en la tierra su sangre. Por el lagar que en hebreo se dice GETH (), Theodotion puso la misma palabra hebrea PHURA (). Pero mejor en este lugar Symmachus, a quien también seguimos. Pues la palabra PHURA es ambigua, y a menudo significa tanto lagar como laguncula. Debe decirse, pues, del lagar, que según la costumbre de la Sagrada Escritura, a veces se pone por la venganza y los castigos de los pecadores, a veces en la recolección de nuevos frutos. Se pone por los castigos y tormentos, cuando Jeremías en las Lamentaciones lamenta la destrucción de Jerusalén: El Señor ha pisado el lagar a la virgen hija de Judá, por eso lloro (Lam. I, 15, 16). En buena parte se inscriben los salmos para los lagares octavo y ochenta y tres. De los cuales en sus lugares, si la vida acompaña, el Señor lo proveerá, se dirá. Este lagar, en el que tanto los malos reciben castigos, como los buenos premios, lo pisó solo el Salvador, y no tuvo ayudador. Pues ni ángel, ni arcángel, tronos, dominaciones, ni ninguna de las potestades celestiales, asumió cuerpo humano, y sufrió por nosotros, y pisó las fortalezas adversarias, y las trituró: sino aquel que habla en el salmo: Sálvame, Señor, porque ha faltado el santo (Sal. XI, 1); tanto que incluso

el más confiado, y en la verdad de la fe el más firme apóstol Pedro, aterrorizado por el miedo huyó, más aún negó al Señor (Mat. XXVII). Y lo que sigue: Y su sangre salpicó sobre mis vestiduras, y todas mis vestiduras se contaminaron, no debe entenderse de manera que creamos que los demonios y las potestades adversarias tienen sangre: sino que todo debe tomarse tropológicamente, cuando el clementísimo Dios, para instruir a su pueblo, y liberarlo de las cadenas de la cautividad, se ve obligado a herir a los enemigos. Porque el día, dice, de la venganza está en mi corazón: el año de mi redención ha llegado. De lo cual también leemos más arriba (Ad cap. LXI) para predicar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución a nuestro Dios; y ahora tanto en mala como en buena parte. En mala: Porque el día de la venganza está en mi corazón. En buena: El año de mi redención ha llegado; para que en el tiempo en que los adversarios son castigados, el pueblo de Dios sea liberado, más aún, redimido con la preciosa sangre del cordero que en el Apocalipsis de Juan se dice que fue inmolado. De este día de retribución también Moisés profetizaba por el Espíritu Santo: Y retribuirá venganza a sus enemigos, y restituirá a los que lo odian. Miré, y no había ayudador: busqué, y no había quien ayudara (Deut. XXXII, 41). Que también en el salmo decía: Y esperé quien se contristara, y no fue, y quien consolara, y no encontré (Sal. LXVIII, 21). Pues él, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo (Filip. II), tomando forma de siervo, y hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, y por eso le dio un nombre sobre todo nombre, para que salvara a los que creen en él con su diestra; y su indignación que era contra los adversarios, liberara al pueblo de Dios. O bien rescató a los creyentes con su brazo, y no retrasó más su furor: y derramó su sangre en la tierra, ya sea de los demonios tropológicamente, o ciertamente la sangre de los judíos: por lo cual los demás intérpretes, tradujeron contienda; que con todo esfuerzo se esforzaban por liberar al pueblo cautivo.

(Vers. 7.) Recordaré las misericordias del Señor; la alabanza del Señor sobre todo lo que nos ha devuelto el Señor, y sobre la multitud de bienes a la casa de Israel, que les ha otorgado según su indulgencia, y según la multitud de sus misericordias. LXX: Recordé la misericordia del Señor, recordaré las virtudes del Señor en todo lo que nos ha devuelto: el Señor, buen juez de la casa de Israel, nos retribuirá según su misericordia, y según la multitud de su justicia. Terminado, como nosotros creemos, el primer, como muchos estiman, segundo advenimiento del Salvador, en el que se entiende, la voz del que juzga, más aún del que lucha, y de sus adversarios del pueblo que mata, se describe ensangrentado y victorioso: comienza otra perícope, en la que el Profeta habla en persona del pueblo, narrando los beneficios de Dios en él, y la dureza de su corazón, por la cual tanto Jerusalén fue entregada al fuego, como Israel a la cautividad. Lo que los judíos refieren a los tiempos babilónicos. Pero nosotros hemos mostrado con orden y razón, que se dice del tiempo presente, en el que sirven a los romanos, y excluido Israel, la multitud de las naciones ha sucedido. Corramos, pues, por cada uno de los miembros de la oración, y expliquémoslos brevemente, para que la exposición no sea fragmentaria. Presionado por el peso de los males, no tengo esperanza en otro sino en la misericordia de Dios; que hace misericordia a mil generaciones de los que le aman, y extiende su misericordia a los que le conocen. De lo cual se muestra, que a los que aman y conocen a Dios, la misericordia del Señor les socorre. Pues no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX). Y si el Señor no edifica la casa, y no guarda la ciudad, en vano vigila el que la edifica y la guarda (Sal. CXXVI). Pues él mismo dará la virtud, para que hagamos fortaleza, y podamos decir: Mi fortaleza y mi ayuda, y mi refugio en el día de mis males (Jerem. XVI). Que en el presente lugar, no debemos tomar por vicios y pecados, sino por angustias. Pero lo que según los Setenta sigue: Recordaré las virtudes del Señor en todo lo que nos ha retribuido, por lo cual en hebreo, se contienen las alabanzas del Señor, entendamos signos y milagros, por los cuales a menudo se

ponen virtudes, como allí: No daré mi gloria a otro, ni mis virtudes a las imágenes (Isai. XLII, 8). Y en otro lugar: Anunciarán sus virtudes en las islas, o a las naciones de todo el mundo, o a las Iglesias que están fundadas con firme mole, y son golpeadas más bien que derribadas. A veces la virtud no se toma por fortaleza y milagros: sino por buena conversación, como es el de los Apóstoles, de Pedro: Ministrad en vuestra ciencia virtud (I Petr. I, 5); y de Pablo: Si hay alguna virtud, y si hay alguna alabanza (Filip. IV, 8). Según lo cual también en otro lugar se dice: Mejor es la esterilidad con virtud. La primera inteligencia de la virtud conviene a Dios: la segunda a los hombres. Por lo que nosotros hemos interpretado: Sobre todo lo que nos ha devuelto el Señor, que puede tomarse tanto en buena como en mala parte, Symmachus lo puso más claramente en la retribución de los bienes, diciendo: Por todo, en lo que nos ha beneficiado, y por la multitud de bondad, que ha ejercido sobre la casa de Israel. Por lo cual los Setenta tradujeron: El Señor, buen juez de la casa de Israel, nos retribuirá según su misericordia, y según la multitud de su justicia. Esto, sin embargo, no puede decirlo sino aquel que entiende soportar justamente lo que padece. De hecho, en el salmo setenta y dos, cuyo comienzo es: Cuán bueno es Dios para Israel, para los que son rectos de corazón, habla el profeta en persona de aquellos que se perturban por los juicios de Dios: Mis pies casi se movieron: casi se derramaron mis pasos, viendo la paz de los pecadores, y lo demás, hasta el final del salmo. Por lo cual el apóstol Pablo, que conocía al Señor como buen y justo juez, habla con confianza: Me está reservada la corona de justicia, que me dará el justo juez. No solo a mí, sino también a todos los que aman la venida del Señor y Salvador nuestro (II Tim. IV, 8). Ni hay entre bueno y justo, como quieren los herejes, ninguna diferencia, escribiendo el mismo: Por lo tanto, la ley es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno (Rom. VII, 12), para que la bondad se entienda en general, y la justicia en particular. Por lo cual escribe a los Romanos: Pues apenas por un justo alguien muere: pues por un bueno tal vez alguien se atreva a morir (Rom. III. 7).

(Vers. 8 seqq.) Y dijo: Sin embargo, es mi pueblo; hijos que no negarán: y se convirtió en su Salvador. En toda su tribulación no fue atribulado, y el Ángel de su rostro los salvó: en su amor y en su indulgencia él mismo los redimió, y los llevó, y los levantó todos los días del siglo. Pero ellos provocaron a ira, y afligieron al espíritu de su santo; y se volvió contra ellos como enemigo, y él mismo los combatió. LXX: Y dijo: No es mi pueblo, hijos que de ninguna manera reprobarán. Y se convirtió en su salvación de toda su tribulación: no un enviado, ni un Ángel, sino él mismo los salvó, porque los amaba y les perdonó, él mismo los redimió, y los acogió, y los exaltó todos los días del siglo. Pero ellos no creyeron, y exacerbaron su Espíritu Santo: se volvió contra ellos como enemigo, él mismo luchó contra ellos. Donde nosotros hemos interpretado: En toda su tribulación no fue atribulado, lo que en hebreo se dice LO, y es un adverbio de negación, por no, puede leerse también como él mismo, para que el sentido sea: En toda su tribulación él mismo fue atribulado, es decir, Dios: para que no solo llevara nuestros pecados, sino también nuestras tribulaciones. Porque él mismo lleva nuestras debilidades, y sufre por nosotros. Además, los Setenta pusieron algo que no está en hebreo, no un enviado, ni un Ángel, sino él mismo los salvó: de lo cual hablaremos en su lugar. Dijo, pues, Dios, que es justo juez de la casa de Israel, y mitiga la severidad de la justicia con la clemencia del que juzga: Engendré hijos y los exalté, y ellos me despreciaron. Sin embargo, porque son mi pueblo, y una vez llamados hijos, no perecerán para siempre; si dejan de despreciarme y negarme, sentirán al Salvador: porque en toda su tribulación él mismo fue atribulado. O bien, no fue atribulado, para que por un momento los dejara, y despojados de su ayuda los obligara a rogar. O ciertamente no los atribuló, sino que, al contrario, mientras otros los perseguían, fue su ayudador, y envió a su Ángel, que los liberó del peligro. O según los Setenta, no quiso salvar a su pueblo por medio de Ángeles y

Profetas, y otros hombres santos; sino que él mismo descendió a las ovejas perdidas de la casa de Israel, para llevar sobre sus hombros a la oveja enferma, encontrar la dracma perdida, y correr alegre al encuentro del hijo pródigo que regresaba. Por eso la esposa dice en el Cantar de los Cantares: Que me bese con los besos de su boca. No por medio de Patriarcas, Moisés, y Profetas, sino que asuma mi cuerpo, habite en mi carne, que el Verbo se haga carne, y así me bese habitando en mí, para que sea Emmanuel. No, pues, como un enviado, ni como un Ángel, sino él mismo salvará a los que recibieron la salvación: no por mérito de obras, sino por el amor de Dios. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna. Pero si el lector prudente responde en silencio; ¿por qué muchos no fueron salvados, si él mismo los salvó, y los amó, y perdonó a sus hijos, y los redimió con su sangre, y los acogió y exaltó a los asumidos? se introduce una causa clara. Pero ellos no creyeron, y exacerbaron su Espíritu Santo, o su santo, lo que en hebreo se dice CADESO (). Así que Dios quiso salvar a los que deseaban: y los provocó a la salvación, para que la voluntad tuviera recompensa; pero ellos no quisieron creer. De lo contrario, también está escrito sobre Juan: Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan: este vino para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él (Juan I, 6). Y no está inmediatamente en culpa, si muchos no quisieron creer, sino que la voluntad del que venía era que todos creyeran y se salvaran. Pero si alguien exacerba y aflige al Espíritu Santo, o a su Santo, es decir, a Cristo, ofende a Dios: el Espíritu Santo de la misma naturaleza con el Padre y el Hijo. Por lo cual el Apóstol ordena: No entristezcáis al Espíritu Santo, en el cual fuisteis sellados (Efesios IV, 30). El Espíritu Santo se aleja del cuerpo sometido a los pecados: y la sabiduría no entra en el alma perversa (Sab. I). Por eso también David, consciente de sus pecados, para no perder al Espíritu Santo, oraba diciendo: Y no quites de mí tu Espíritu Santo (Sal. L, 13). Y para que sepamos que todo el que exacerba al Espíritu Santo, ofende a Dios, y de amigo se convierte en enemigo y adversario, el apóstol Pedro habla más significativamente en los Hechos de los Apóstoles: ¿Por qué os convino mentir al Espíritu Santo? no habéis mentido a los hombres, sino a Dios (Hechos V, 9). Este es el Espíritu Santo, del cual el Señor decía en el Evangelio: Si me amáis, guardad mis mandamientos: y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad (Juan XIV, 15, 16). Del cual también encontramos en la Sabiduría, que se escribe bajo el nombre de Salomón: Porque el Espíritu Santo de la disciplina huirá del engaño, y se alejará de los pensamientos insensatos (Sab. I, 5).

(Vers. 11 seqq.) Y se acordó de los días del siglo, de Moisés, de su pueblo. ¿Dónde está el que los sacó del mar con los pastores de su rebaño? ¿dónde está el que puso en medio de ellos su Espíritu Santo? El que sacó a Moisés a su diestra con el brazo de su majestad: el que dividió las aguas ante ellos, para hacerse un nombre eterno. El que los condujo por los abismos como un caballo en el desierto sin tropezar. Como un animal descendiendo en el campo, el Espíritu del Señor fue su guía: así condujiste a tu pueblo, para hacerte un nombre de gloria. LXX: Y se acordó de los días antiguos que sacó de la tierra al pastor de ovejas. ¿Dónde está el que puso en ellos su Espíritu Santo? el que sacó a Moisés con la diestra de su brazo de gloria. Así sacó a su pueblo por el agua poderosa en su presencia, para hacerse un nombre eterno. Los condujo por el abismo como un caballo por el desierto, y no se fatigaron. Y como bestias descendiendo por el campo, el Espíritu del Señor fue su guía: así condujiste a tu pueblo, para hacerte un nombre de gloria. El Señor, que de protector se convirtió en adversario del pueblo de los judíos, que provocaron a ira a su Espíritu Santo, y los combatió: él mismo se acordó de los días antiguos, cuando Moisés intercedió por ellos en el desierto, diciendo: O perdona su pecado, o si no, bórrame del libro que has escrito (Éxodo XXXII, 31, 32). Isaías, recordando la historia antigua, dice: ¿Dónde está aquel Moisés que los sacó del

Mar Rojo? ¿dónde está el pastor de ovejas? ¿Dónde está aquel que con los demás pastores del rebaño del Señor trabajó? ¿Quién obtuvo, y puso el Espíritu de Dios con su oración y súplicas, en el rebaño del Señor? O ciertamente debe entenderse así: ¿dónde está aquella clemencia del Señor, con la que una vez se compadeció de su pueblo, para que también les concediera la gracia de su Espíritu Santo? El que sacó a Moisés a la parte derecha, no a la izquierda, su siervo, con el brazo de su majestad: el que dividió las aguas ante ellos, para hacerse un nombre eterno; para que hasta el día presente se narre su poder. Porque condujo a su pueblo por los inmensos abismos de las aguas, como un caballo por el desierto, y bestias por el llano, y el Espíritu del Señor fue su guía, es decir, del rebaño del Señor (Éxodo XIV). Aquí debemos entender al Espíritu como el Ángel, que fue guía del pueblo de Israel, según lo que está escrito: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente (Sal. CIII, 4). Y en la Epístola a los Hebreos: Estos son espíritus ministradores, enviados para servicio, a favor de los que han de heredar la salvación (Hebr. I, 14). Consideremos lo que está escrito en los Hechos de los Apóstoles: El Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y el eunuco no lo vio más (Hechos VIII, 39): si debemos entenderlo sobre el Ángel. Hay quienes testifican que el Ángel hizo esto en el Espíritu Santo. Recorremos lo manifiesto, para detenernos en lo más oscuro.

(Vers. 15 seqq.) Atiende desde el cielo, y mira desde tu morada santa, y de tu gloria. ¿Dónde está tu celo y tu fortaleza? La multitud de tus entrañas, y tus misericordias sobre mí se han contenido. Porque tú eres nuestro padre: y Abraham no nos conoció, e Israel no nos reconoció. Tú, Señor, eres nuestro padre, nuestro redentor desde la eternidad es tu nombre. LXX: Vuélvete desde el cielo, y mira desde tu casa santa, y de tu gloria: ¿dónde está tu celo y tu fortaleza? ¿dónde está la multitud de tus misericordias, y tus compasiones con las que nos has sostenido? Porque tú eres nuestro padre, porque Abraham no nos conoció, e Israel no nos reconoció. Pero tú, Señor, eres nuestro padre, líbranos: desde el principio tu nombre está sobre nosotros. Tú que has concedido tanto a tu pueblo, como lo narró el discurso anterior, para que también nos consideraras dignos de la compañía de tu espíritu, ahora también atiende desde el cielo, y mira nuestras obras, si son dignas de ti. ¿Por qué apartas tu rostro de nosotros? El cielo se llama morada santa, y casa de su gloria (Sal. XLIII), según aquello: El cielo es mi trono: y la tierra el escabel de mis pies (Isaías LXVI, 1); y en otro lugar: El que habita en los cielos se reirá de ellos; y: A ti levanto mis ojos, que habitas en el cielo (Sal. CXII, 1). No porque el Dios omnipotente, que sostiene el cielo con su palma y la tierra con su puño, esté encerrado en lugar alguno; sino porque lo que es más santo, se dice que es su lugar y morada. Finalmente, Salomón, que edificó la casa de Dios, orando a él dice: Los cielos de los cielos y la tierra no te bastan (Eclesiástico XVI, 18). Y en la Oración Dominical se dice: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mateo VI, 10). Dondequiera que se haga la voluntad de Dios, ese es su morada, y casa de Dios. Lo que sigue, ¿Dónde está tu celo y tu fortaleza? Discutamos con ese testimonio, que Dios dice a Jerusalén, que había seguido a sus amantes: Ya no me enojaré contigo, y mi celo se apartó de ti (Ezequiel XVI, 42). Y el sentido es: Porque hemos pecado y comenzaste a odiarnos, tu celo se apartó de nosotros, que no se aparta cuando habla por Zacarías: He celado a Sion y Jerusalén con gran celo (Zacarías I, 14). Por eso también en lo siguiente dice: Y me enojaré con las naciones que se han reunido contra ella alrededor. Al apartarse el celo, también se aparta la fortaleza de Dios, y el afecto de las entrañas paternas es superado, mientras la magnitud de los pecados vence la increíble clemencia de Dios, para que se contenga sobre mi auxilio, que no podía verme oprimido. Porque tú, dice, eres nuestro padre, que eres el creador de todos. Abraham no nos conoce, e Israel no nos reconoce, porque te hemos ofendido, ni reconocen a los hijos, que entienden que no son amados por su Dios. Surge una cuestión repentina, ¿por qué menciona a Abraham e Israel, es decir, Jacob, y el nombre de Isaac está omitido (Génesis XXXII)? A lo que

responderemos, que al poner el principio y el fin, también se nombran los medios. O así: Abraham fue llamado de las naciones a la fe, y por la calidad de la condición anterior y posterior, recibió un cambio de nombre. Jacob también, para ser llamado Israel, llegó a ello con mucho trabajo. Por eso Abraham tuvo tres esposas, y Jacob cuatro: Isaac, sin embargo, desde el principio hasta el fin, mantuvo su antiguo nombre, y señalando la castidad de la Iglesia, se contentó con una sola esposa. Estos, pues, que ruegan por los pecadores un cambio a un mejor estado, asumen la similitud de aquellos, a quienes sucedieron cosas alegres después de las tristes. Esto es todo lo que piden, que porque es su padre, y se dignó a llamarlos así, no se olvide de sus hijos; para que por ellos no sea blasfemado el nombre de Dios entre las naciones.

(Vers. 18, 19.) ¿Por qué nos hiciste errar, Señor, en tus caminos: endureciste nuestro corazón, para que no te temiéramos? Vuélvete por tus siervos, las tribus de tu heredad. Como si nada poseyeron a tu pueblo santo: nuestros enemigos pisotearon tu santificación. Nos convertimos como al principio: cuando no nos dominabas, ni se invocaba tu nombre sobre nosotros. LXX: ¿Por qué nos sedujiste, Señor, de tu camino santo: endureciste nuestros corazones, para que no te temiéramos? Vuélvete por tus siervos, por las tribus de tu heredad, para que poseamos un poco de tu monte santo: nuestros adversarios pisotearon tu santuario: nos convertimos como al principio cuando no nos dominabas: ni se invocó tu nombre sobre nosotros. La epístola que Pablo escribe a los Corintios, aunque se escribe a un solo pueblo de una ciudad, por la variedad de sus habitantes, es decir, santos y pecadores, a veces los alaba, a veces los reprende, a veces enseña, a veces corrige, los exhorta a la continencia; no rechaza el matrimonio; los aparta de la idolatría; instruye sobre la resurrección; extiende la mano a la digamia, para no dar lugar a la fornicación. Esto lo decimos, para que también entendamos que el presente capítulo, que todo se compone de la oración del pueblo que suplica a Dios, sea de justos o de pecadores: y a veces alaban al Señor, a veces cuestionan al Señor, y refieren su culpa a Dios. Por eso, después de otras cosas, también dicen esto: ¿Por qué nos hiciste errar, Señor, de tus caminos, o nos sedujiste de tu camino: endureciste nuestro corazón para que no te temiéramos? No porque Dios sea la causa del error y la dureza, sino porque su paciencia, esperando nuestra salvación, mientras no corrige a los que delinquen, parece ser la causa del error y la dureza. Por eso, a algunos a quienes está muy enojado, suspende su mano de golpear, y dice: No castigaré a vuestras hijas cuando se prostituyan, ni a vuestras nueras cuando adulteren (Oseas IV, 14). Porque azota a todo hijo que recibe, y golpea para corregir (Hebr. XII). Finalmente, a los que no han perdido el nombre de hijos, sino que por los castigos son llevados al arrepentimiento, dice de ellos: Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados: pero mi misericordia no apartaré de ellos (Sal. LXXXVIII, 33). Porque hay una tristeza que lleva a la vida, y hay una tristeza que lleva a la muerte. Por eso también el pecador habla en el salmo: Hiciste que nuestros caminos se desviaran de tu camino, y nos humillaste en el lugar de la aflicción (Sal. XLIII, 19). Y durante cuarenta años el pueblo erró en el desierto; para que no encontrara el camino anterior, ni regresara a los egipcios (Núm. XXXII). En Oseas también se cierran los caminos de Jerusalén, y se cierran con espinas; para que no siga a sus amantes, y por necesidad, vuelva a su esposo anterior (Oseas II). Y se dice que Dios endureció el corazón de Faraón, para que no dejara ir a su pueblo, y para que fuera afligido con diez plagas (Éxodo IV). Esta cuestión la ha discutido diligentemente Pablo a los Romanos (Rom. IX). Y nosotros la hemos tocado en alguna obra. Vuélvete, dice, Señor, o conviértenos por tus siervos, Abraham e Israel, que no nos conocieron, o que creemos que están en el pueblo. Porque como nada y sin ningún esfuerzo poseyeron a tu pueblo santo nuestros adversarios. O conviértenos, para que según los Setenta, poseamos un poco de tu monte santo, porque no podemos poseer todo tu monte, para que cuando tengamos una parte, lleguemos a su plenitud y contemplemos la gloria del Unigénito

del Padre, lleno de gracia y verdad (Juan I). De lo que se dice en este mismo profeta: En los últimos días se manifestará el monte del Señor (Isaías II, 2). De lo que se ha puesto arriba: ¿Por qué nos hiciste errar (Isaías LXIII, 17)? cómo debe entenderse, lo enseña plenamente Jeremías: Me sedujiste, Señor, y fui seducido: me tomaste, y pudiste (Jeremías XX, 7). Porque mientras me prometes clemencia, y como un padre misericordioso disimulas la dureza, y como un médico hábil escondes el hierro afilado, para no asustar al enfermo antes de curarlo, me hiciste negligente; por lo cual también Dios dice de Jerusalén: He aquí que la seduciré, y la pondré como un desierto, y la estableceré como una tierra sin aguas, y hablaré a su corazón: y daré sus posesiones de allí, y el valle de Acor para abrir la inteligencia (Oseas I, 14, 15). Consideremos el orden de cada cosa: la seduce, y la hace ser desierta, y sin agua, para que sufra sed de virtudes. Que después de haber dicho: Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela (Sal. XLI, 2), entonces hablará a su corazón, y consolará a la que llora. Y le dará posesión de allí, es decir, de la penitencia y el dolor que obra la salvación. Y la humildad de su corazón turbado (esto es lo que significa el valle de Acor) abre la inteligencia, para que no ignore a su Creador. Nuestros enemigos, dice, pisotearon tu santuario. No hay duda de que se refiere al Templo, que los vencedores romanos pisotearon. Y nos convertimos como al principio antes de ser llamados en Abraham, y mientras estábamos en Egipto, sin tener a Dios, ni reyes, ni príncipes, ni Profetas, ni la Ley de los mandamientos de Dios (Oseas III), todo lo cual se cumplió después de la pasión del Señor, y hoy se cumple. Porque al decir ellos: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII, 25), permanece la maldición eterna, y Dios no los domina, ni se invoca su nombre sobre ellos, mientras no se les llama pueblo de Dios.

(Cap. LXIV.---Vers. 1 seqq.) ¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras: ante tu presencia los montes se derretirían. Como el fuego quema la leña, como el fuego hace hervir el agua, para dar a conocer tu nombre a tus enemigos: ante tu presencia las naciones se turbarían. Cuando hiciste cosas terribles que no esperábamos: descendiste, y ante tu presencia los montes se derritieron. LXX: Si abrieras el cielo, el temblor se apoderaría de los montes por ti: y se derretirían como la cera se derrite ante el fuego, y el fuego quemaría a los adversarios: y tu nombre se manifestaría en los adversarios: ante tu presencia las naciones se turbarían. Cuando hiciste cosas gloriosas, el temblor se apoderaría de los montes por ti. Porque nuestros enemigos han pisoteado tu santuario, y nos hemos convertido como al principio, cuando tu nombre no era invocado sobre nosotros: por eso suplicamos y decimos: ¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras; y tú, que siempre prometes, alguna vez cumplieras tus promesas. Esto se decía en aquel tiempo, cuando aún no había venido el Salvador, ni había asumido de un vientre virginal nuestra naturaleza y sustancia humana que salvaría: para que así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos la imagen del celestial (I Cor. XV). Si hicieras esto, dicen, y se abrieran los cielos, o el cielo, a la llegada de tu majestad, los montes se derretirían, o el temblor se apoderaría de los montes, y se consumirían, como la cera se consume ante el fuego. Y a Ezequiel se le abrieron los cielos, y vio una gran visión (Ezequiel I). Pero también Moisés en las bendiciones del Deuteronomio implora: Que el Señor abra para ti su buen tesoro, el cielo, para darte bendición (Deut. XXVIII). Y en el Evangelio (Mat. III) se narra que Juan el Bautista vio los cielos abiertos, y al Espíritu Santo descendiendo sobre el Señor en forma de paloma. Los montes que a la llegada del Señor, de quien está escrito: Dios es fuego consumidor (Deut. IV, 24), se consumirán y derretirán como cera, son los poderes adversarios, y todos los que se levantan contra el conocimiento de Dios. De los cuales también se canta en el salmo noventa y seis: Vio, y la tierra se conmovió. Los montes se derritieron como cera ante el Señor, ante el Señor de toda la tierra (Sal. XCVI, 4, 5). Si tú descendieras, y cumplieras tus promesas, las aguas del mar se derretirían (según Symmachus)

y ese fuego consumiría toda su salinidad. De lo cual también está escrito en otro salmo: Como se desvanece el humo, se desvanezcan: como se consume la cera ante el fuego, así perezcan los pecadores ante Dios (Sal. LXVII, 2). Y es de notar que cuando las aguas del mar hayan sido consumidas por el fuego divino, entonces se hará conocido el nombre del Señor Salvador a sus enemigos. De los cuales se dice en el salmo sesenta y siete: La lengua de tus perros de entre tus enemigos; para que a quien no sintieron por sus beneficios, lo reconozcan por la subversión de su ciudad y su propia cautividad. Y ante su presencia las naciones se turbarán, o como se dice más significativamente en hebreo, se moverán: para que las que antes eran inmóviles, vengan a la salvación. Y cuando haya hecho maravillas, y mostrado señales en el Evangelio, que una vez mostró en Egipto y en el desierto, confesarán que no pueden soportar la gloria de su venida, o que el temblor se apoderó de los montes. Y bellamente según el hebreo, como si hubieran sido escuchados los que antes habían suplicado: ¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras, ante tu presencia los montes se derretirían, después añaden: Descendiste, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, verdaderamente Emmanuel, que se interpreta Dios con nosotros. Y por eso ante tu presencia todos los montes se derritieron, de los cuales hablamos antes. Los hebreos explican este lugar así: Así quemará el fuego a los inicuos, como las aguas hierven por el ardor del fuego; AMASIM () no significa consumo y descomposición, como los demás han interpretado, sino que quieren que se entienda inicuos.

(Vers. 4, 5.) Desde la antigüedad no oyeron: ni percibieron con los oídos: ojo no vio, Dios, fuera de ti, lo que preparaste para los que te esperan. Saliste al encuentro del que se alegra y hace justicia en tus caminos: se acordarán de ti. LXX: Desde la antigüedad no hemos oído, ni nuestros ojos han visto a Dios fuera de ti, y tus obras, que harás para los que esperan misericordia: porque sale al encuentro de los que hacen justicia, y se acordarán de tus caminos. El apóstol Pablo, como hebreo de hebreos, asume la paráfrasis de este testimonio de los libros auténticos en la Epístola que escribe a los Corintios, no devolviendo palabra por palabra, lo cual desprecia totalmente; sino expresando la verdad de los sentidos, que utiliza para fortalecer lo que quiere (I Cor. II). Por lo cual callen los delirios apócrifos, que se introducen en las Iglesias de Cristo con ocasión de este testimonio. De los cuales verdaderamente se puede decir, que el diablo se sienta al acecho con los ricos en los apócrifos, para matar al inocente. Y de nuevo: Acecha en el apócrifo como un león en su cueva: acecha, para arrebatar al pobre (Sal. IX, 8). La Ascensión de Isaías y el Apocalipsis de Elías tienen este testimonio. Y por esta ocasión, y muchas cosas de este tipo, las mujeres de España y especialmente de Lusitania han sido engañadas, cargadas de pecados, llevadas por diversos deseos, siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad (III Tim. III), para que acepten los portentos de Basilides, Balsami y Thesaurus, así como de Barbelon y Leusibora, y otros nombres. De los cuales el varón apostólico Ireneo, obispo de Lyon y mártir, escribe diligentemente, explicando los orígenes de muchas herejías, y especialmente de los gnósticos, que a través de Marcos el Egipcio, primero en las Galias cerca del Ródano, luego en España, engañaron a mujeres nobles, mezclando placer con fábulas, y reivindicando el nombre de ciencia para su ignorancia (Ireneo lib. I de Haeres.). Pero lo que dice el pueblo en el presente, es que nunca han conocido ni con los oídos ni con los ojos, lo que Dios prepara para sus santos en el futuro: que sale al encuentro de los que hacen justicia, y se acuerdan de sus caminos. Según los Setenta, dicen que nunca han conocido a otro Dios, fuera de aquel que verdaderamente es Dios, ni han visto obras tales y tan grandes de otro, que hará para los que esperan su misericordia, y hacen justicia, y se acuerdan de sus caminos. Y como está escrito: A Dios nadie le ha visto jamás (Juan I, 18). Y de nuevo: Nadie verá mi rostro y vivirá (Éxodo XXXIII, 20). Por lo tanto, Dios no se explica

con palabras, ni es contemplable con los ojos, sino que es visto por aquellos de quienes está escrito: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8).

(Vers. 6.) He aquí que te enojaste, y pecamos; en ellos hemos estado siempre, y seremos salvos. Y todos nosotros nos hemos convertido en algo inmundo, como un trapo de menstruación todas nuestras justicias. Y todos caímos como hoja, y nuestras iniquidades nos llevaron como el viento. LXX: He aquí que te enojaste, y todos pecamos: por eso erramos, y todos nosotros nos hemos convertido en algo inmundo, como el trapo del que se sienta toda nuestra justicia: y nos desvanecimos como hojas por nuestras iniquidades: como el viento nos llevará. Orden inverso. No porque tú te enojaste, pecamos; sino porque pecamos, tú te enojaste. Y porque pecamos, te enojaste con nosotros, Señor: por eso erramos, y dejamos el camino recto. O según el hebreo, que siempre hemos estado en pecados, solo seremos salvos por tu misericordia, que por nosotros somos inmundos; y cualquier justicia que parezcamos tener, se compara con el trapo del que se sienta, o de la mujer menstruante. Para lo cual Theodotion puso la misma palabra hebrea EDDIM () que Symmachus interpretó como κυουσῶν, es decir, de las que dan a luz; Aquila μαρτυριῶν, esto es, de los testimonios: cuando la sangre en el primer coito marital se aprueba a la virgen. Y nos desvanecimos, dice, como hojas de los árboles, que por nuestras iniquidades, son dispersadas por los vientos. En lo cual se debe considerar, que la justicia que está en la Ley, en comparación con la pureza evangélica, se llama inmundicia. Porque no ha sido glorificado lo que antes fue glorificado, por la gloria excelente. Por lo cual también el apóstol Pablo, que según la justicia que está en la Ley, había cumplido todo, dice que considera todo como pérdida, para ganar a Cristo (Filip. III), y por la eminente ciencia de nuestro Señor Jesucristo, por quien considera todas las cosas como estiércol, para ganar a Cristo, y ser hallado en él no teniendo su propia justicia, que es de la Ley, sino la que es por la fe de Cristo que es la justicia de Dios. Porque es justo el que perece en su justicia (Ecles. 7), si después de la verdad del Evangelio quiere practicar las sombras legales, y no persigue justamente lo que es justo. Por lo cual según el sabio Salomón, todo hombre parece justo a sí mismo, cuando se ocupa en la ley: a quienes el Señor habla en el Evangelio: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres (Luc. XVI, 15). Lo cual Pablo evita diciendo: No me siento culpable de nada, pero no por eso soy justificado (II Cor. IV, 4). De la justicia de Dios por el pecado, de la cual el mismo Salomón habla: Entended la verdadera justicia. Por lo tanto, hay otra justicia que no tiene verdad, y esta es la verdadera justicia, de la cual de nuevo en el Evangelio se dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mat. V, 6). Que muchos profetas y justos desearon ver, y no vieron (Juan VIII). Pero Abraham vio esta justicia, y se alegró, no siguiendo la letra que mata, sino el espíritu que vivifica. Y no es de extrañar decir esto de los hombres, cuando también las estrellas comparadas con la justicia de Dios, no son puras, y contra sus ángeles ha ideado algo perverso (Job IV, XV). Si alguien después del Evangelio de Cristo, y la venida del Hijo de Dios observa las ceremonias del pedagogo de la Ley, que escuche al pueblo confesando, que toda esa justicia se compara con un trapo muy sucio, al cual también Esther compara su diadema, que era el signo de la potestad real, que no llevaba por voluntad, sino por necesidad: Tú conoces mi necesidad: porque detesto el signo de mi soberbia, que está sobre mi cabeza en los días de mi ostentación: lo aborrezco como un trapo de menstruación: ni lo llevo en los días de mi descanso (Esther, XIV, 16).

(Vers. 7.) No hay quien invoque tu nombre, quien se levante y te retenga. Has escondido tu rostro de nosotros, y nos has golpeado en la mano de nuestra iniquidad. LXX: Y no hay quien invoque tu nombre, y quien recordando te retenga. Porque has apartado tu rostro de nosotros, y nos has entregado por nuestras iniquidades. Porque como hojas de los árboles nos hemos desvanecido que el viento seco dispersa, por eso no se ha encontrado quien invoque tu

nombre, y levantándose de la ruina de sus iniquidades, te retenga o te sostenga, y diga con la esposa: He encontrado al que ama mi alma: lo sostendré, y no lo dejaré (Cant. III, 4). El viento en las Escrituras se pone de tres maneras; o en la magnitud de las tentaciones, o en la perversidad de la doctrina, o simplemente viento, con el cual se congregan las nubes, y el aire se condensa en nubes. De las tentaciones, es aquello evangélico: Vinieron los ríos, soplaron los vientos, y golpearon aquella casa, y no pudieron derribarla: porque estaba fundada sobre la roca con una estructura estable (Mat. VII, 27). De la perversidad de la doctrina: Para que no seamos llevados por todo viento de doctrina en la malicia de los hombres (Efe. IV, 14). Del viento simplemente: Y no podían navegar, porque el viento era contrario (Mar. VI, 48): no porque esto no pueda ser entendido tropológicamente, sino porque al sentido presente solo ofrece similitud. Porque al apartar el Señor su rostro de nosotros, somos golpeados en la mano de nuestra iniquidad, o somos entregados a las tentaciones por nuestros pecados. De lo cual aprendemos, que también la iniquidad tiene mano, y todos los pecados, que desean tenernos fuertemente sujetos. Por lo cual también en la mano de la lengua está la muerte y la vida (Prov. XVIII); y el santo ora: No vendrá a mí el pie de la soberbia (Sal. XXXV, 12). Pero nosotros, porque el Señor ha apartado su rostro de nosotros, sabiendo aquello que está escrito: Todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo (Joel II, 32) invoquemos su nombre, y digamos: He hecho conocido mi pecado a ti, y no he cubierto mi iniquidad. Dije: confesaré contra mí mi iniquidad al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón (Sal. XXXI, 56). Y enseguida tendremos al Señor respondiendo: He borrado como nube tus iniquidades, y como nube tus pecados (Is. XLIV, 22), y diremos, Muestra tu rostro, y seremos salvos (Sal. LXXIX, 4): para que no seamos siervos del pecado, sino siervos tuyos. Porque todo el que hace pecado, es siervo de él (Juan VIII).

(Vers. 8 seqq.) Y ahora, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros somos el barro: y tú nuestro alfarero, y todos nosotros obra de tus manos. No te enojes, Señor, demasiado, y no recuerdes más la iniquidad. He aquí, mira, todos nosotros somos tu pueblo. La ciudad de tu santuario se ha convertido en desierto, Sion se ha convertido en desierto, Jerusalén desolada: la casa de nuestra santificación, y de nuestra gloria, donde te alabaron nuestros padres, se ha convertido en una quema de fuego, y todos nuestros deseos se han convertido en ruina. ¿Te contendrás sobre estas cosas, Señor, callarás; y nos afligirás vehementemente? LXX: Y ahora, Señor, tú eres nuestro padre: nosotros somos el barro, obra de tus manos todos nosotros; no te enojes con nosotros, Señor, demasiado, y no recuerdes en el tiempo nuestros pecados. Y ahora mira que todos nosotros somos tu pueblo, la ciudad de tu santuario se ha convertido en desierto Sion: como soledad Jerusalén, en maldición la casa de nuestro santuario y gloria, a la que bendijeron nuestros padres, se ha convertido en quemada por el fuego, y todas nuestras cosas gloriosas han caído. Y sobre todas estas cosas has esperado, Señor: y has callado, y nos has humillado mucho. Si consideramos nuestros méritos, es para desesperar. Pero si tu clemencia, que azotas a todo hijo que recibes, nos atrevemos a derramar oraciones (Hebr. XII). Porque tú eres nuestro padre, que te dignaste decir: Mi hijo primogénito es Israel (Ezequiel IV, 22). Y aunque somos barro, y obra de tus manos, y tú nuestro alfarero; ni el vaso puede responder al alfarero, por qué ha sido hecho así o así: sin embargo, sabiendo que somos hijos, nos atrevemos a decir: No te enojes, Señor, demasiado. No prohibimos la ira, ni buscamos más allá de tu paciencia, por la cual hemos atesorado para nosotros ira en el día de la ira. Pero pedimos esto, que no te enojes con nosotros demasiado, que en el tiempo de la venganza y el castigo no recuerdes nuestra iniquidad: sino que más bien mires a tu pueblo, que una vez fue llamado tu pueblo. Y te apiades de la ciudad de tu santuario, en la cual fue invocado tu nombre. La cual ciudad se llama Sion y Jerusalén, que el ímpetu del río alegra; y en la cual una vez fue la atalaya de las virtudes y la contemplación de la paz (Sal. XLIII). También tu casa, es decir, el Templo de nuestra santificación y gloria, en la cual te alabaron nuestros

padres, ha caído en ruinas y cenizas, y con el incendio devastador, ha sido destruida; de modo que ya no se ofrecen en ella víctimas; no se celebra la Pascua; no se hace nada de las ceremonias, que tú mandaste hacer; sino que todos nuestros deseos se han convertido en ruinas. Siendo así estas cosas, ¿te contendrás, Señor, sobre estas cosas, y callarás a los adversarios que blasfeman, y nos afligirás y humillarás, no como de costumbre, sino demasiado? Todas estas cosas los judíos creen que se cumplieron en los tiempos de los asirios y babilonios. Pero nosotros, según lo que sigue de la persona del Salvador: Me manifesté a los que no preguntaban. Fui hallado por los que no me buscaban (Is. LXV, 1); referimos todo al tiempo de la victoria romana, que Josefo, escritor de la historia judía, explica en siete volúmenes, a los cuales puso el título de Captividad Judía, es decir, περὶ ἁλώσεως: y es superfluo discutir con palabras lo que está a la vista, cuando todos sus deseos se han convertido en ruinas, y el Templo celebrado en todo el mundo, en el estercolero de la nueva ciudad, que por su fundador se llamaba Elia; y ha pasado a ser morada de búhos: y en vano dicen diariamente en sus sinagogas: Sobre todas estas cosas, Señor, ¿esperarás y nos afligirás, y nos humillarás vehementemente? Podemos referir esto a la Iglesia, o al alma del hombre santo, que puede ser llamada correctamente atalaya y visión de paz, cuando el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo habiten en ella. Pero si por vicio, ya sea nuestro o del pueblo, tal Sion ha sido abandonada por el Señor, inmediatamente se abrirá al incendio de las flechas encendidas del diablo: Porque todos son adúlteros, como horno sus corazones. Y expulsado el frío de la castidad, la llama de la lujuria en el templo de Dios se extenderá, para que todo lo que en nosotros fue glorioso y célebre antes, caiga, sea destruido y perezca. Y se cumpla aquello que se dice en los Salmos: Quemaron con fuego tu santuario, profanaron en la tierra el tabernáculo de tu nombre. Que solo puede extinguir aquel de cuyo vientre fluyen ríos de agua viva.

## LIBRO DECIMOCTAVO.

767-768 El vigésimo segundo, o más bien el último libro sobre Isaías, está dedicado a ti, oh hija Eustoquio, y al nombre de tu santa madre Paula, para que a quienes he mirado con igual honor, ahora las recuerde con igual conmemoración: especialmente porque ella, mientras vivía, frecuentemente te pedía esta obra, y tu hermano, el muy erudito Pammachio, tanto entonces como después, no dejó de instarme con frecuentes escritos: y para mí, la misma devoción es para los amigos presentes y ausentes, y para los hombres y mujeres que duermen en Cristo, es decir, el amor de las almas, no de los cuerpos. No ignoro cuánta diversidad de opiniones hay entre los hombres. No hablo del misterio de la Trinidad, cuya confesión correcta es la ignorancia del conocimiento: sino de otros dogmas eclesiásticos, sobre la Resurrección, y sobre el estado de las almas y de la carne humana, sobre las Promesas del futuro, cómo deben ser entendidas, y de qué manera debe ser interpretado el Apocalipsis de Juan, que si lo tomamos literalmente, debemos judaizar; si lo discutimos espiritualmente, como está escrito, pareceremos contradecir las opiniones de muchos antiguos: de los latinos, Tertuliano, Victorino, Lactancio: de los griegos, para no mencionar a otros, haré mención solo de Ireneo, obispo de Lyon, contra quien el elocuentísimo Dionisio, pontífice de la Iglesia de Alejandría, escribe un elegante libro, ridiculizando la fábula de los mil años, y la Jerusalén dorada y enjoyada en la tierra, la restauración del Templo, la sangre de las ofrendas, el ocio del sábado, la injuria de la circuncisión, los matrimonios, los partos, la educación de los hijos, las delicias de los banquetes, y la servidumbre de todas las naciones: y nuevamente las guerras, los ejércitos, los triunfos y las muertes de los vencidos, y la muerte del pecador centenario. A quien Apolinario respondió con dos volúmenes, a quien no solo los hombres de su secta, sino también una gran multitud de los nuestros sigue en esta parte, al menos, para que ya con mente profética vea cuánta rabia se levantará contra mí. No envidio a aquellos que

aman tanto la tierra, que en el reino de Cristo desean cosas terrenales: y después de la abundancia de alimentos, y la glotonería del vientre, buscan lo que está debajo del vientre. De los cuales el apóstol Pablo dice: "La comida es para el vientre, y el vientre para la comida: pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas" (1 Cor. VI, 13). Y, "El reino de Dios no es comida ni bebida" (Rom. XIV, 17). Y el Señor y Salvador: "Erráis, dice, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios. En la resurrección ni se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles" (Mat. II, 29, 30). No digo esto para quitar la verdad de los cuerpos, que confieso que resucitarán incorruptos e inmortales: para que cambien de gloria, no de sustancia. Así, debemos caminar por el camino recto, para no desviarnos ni a la izquierda ni a la derecha, es decir, no seguir el error judío ni el herético. Algunos de ellos, que son de la carne, solo aman la carne: otros, ingratos por los beneficios de Dios, se niegan a tener lo que Cristo tuvo al nacer y al resucitar. Pues cuando los Apóstoles lo creían un espíritu, o según el Evangelio que los Nazarenos hebreos leen, un demonio incorpóreo, les dijo: "¿Por qué estáis turbados, y por qué suben pensamientos a vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo: palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo". Y cuando hubo dicho esto, les mostró las manos y los pies (Luc. XXIV, 38, 39). Y nuevamente habló a Tomás, que dudaba: "Pon aquí tu dedo, y mira mis manos: y extiende tu mano, y ponla en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel" (Juan XX, 27). Finalmente, para probar la verdad del cuerpo, se dice que tomó alimentos, los cuales había mandado dar a la hija del jefe de la sinagoga, a quien resucitó de entre los muertos. Y Lázaro, para que su resurrección no se considerara un fantasma, se narra que participó en un banquete con el Salvador (Marc. V; y Luc. XIII; Juan XII). No para que después de la resurrección comamos y bebamos, como quieren nuestros milenarios, y que los cuerpos inmortales e incorruptos sean sostenidos por alimentos terrenales: de lo contrario, donde hay comida, también hay enfermedades: donde hay enfermedades, se necesita un médico: donde hay médicos, frecuentemente hay muerte: y nuevamente resurrección, y una nueva vida desde el principio; sino para que la toma de alimentos confirmara la fe en la resurrección. Esto lo prevenimos cuidadosamente, y hablamos con precisión, sabiendo que debemos caminar entre serpientes y escorpiones, que muerden y hieren en lo oculto (Ezequiel II). De los cuales también dice el Eclesiastés: "Si muerde la serpiente en silencio, no es menos que el que calumnia en secreto" (Ecles. X, 11); y su padre David: "Hablabas contra tu hermano, y ponías tropiezo contra el hijo de tu madre. Esto hiciste, y callé: pensaste, inicuamente, que sería como tú. Te reprenderé, y pondré esto delante de tus ojos" (Sal. XLIX, 20, 21); para que lo que acusas en otros, se te enseñe que lo tienes tú mismo. Si a alguien le desagrada la longitud de las explicaciones sobre los Profetas: que escuche libremente, que he dicho mucho menos de lo que la oscuridad del asunto exige, y que cualquiera puede hacer breves comentarios de nuestra amplitud, que sin embargo no serán suficientes para un entendimiento pleno. Pues los Profetas no narran una historia simple, ni un orden de hechos: sino que todo está lleno de enigmas; y una cosa suena en las palabras, otra se retiene en los sentidos: para que lo que creías claro, y que corre sin tropiezos en la lectura; nuevamente se envuelve en las oscuridades de lo que sigue. Pero es tiempo de que ponga fin al volumen profético, en cuya exposición si he sido más prolijo de lo habitual, se debe conceder a las partes finales, que no quise dividir, para que no aumentara el número de libros.

(Cap. LXV.---Vers. 1.) Me buscaron los que antes no preguntaban por mí: me encontraron los que no me buscaban. Dije: he aquí yo, he aquí yo a una nación que no invocaba mi nombre. LXX: Me manifesté a los que no me buscaban: fui hallado por los que no preguntaban por mí. Dije: he aquí yo en una nación que no invocó mi nombre. A la oración del pueblo mezclada con quejas, en la que decía: "¿Por qué nos hiciste errar, Señor, de tu camino: endureciste nuestro corazón, para que no te temiéramos?" (Isaías LXIII, 17), respondió, como

quieren los judíos, Dios Padre; como probamos nosotros, el Señor y Salvador: no soy tan rígido y cruel, que prefiera el arrepentimiento del pecador a la muerte: ni rechazo a los hijos penitentes, que sin embargo han mantenido la dignidad de su nombre, que incluso deseo salvar a los extraños (Ezequiel XXXIII). Porque aquellos que no me buscaban, ni podían decir: "Aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y los profetas, hemos hallado a Jesús" (Juan I, 45); a ellos me manifesté, de quienes también en otro lugar el Profeta testificó: "A quienes no se les anunció de él, oirán: y los que no oyeron, entenderán" (Isaías LII, 15). Pero vosotros que meditáis la ley de Dios día y noche, en vano proclamáis el arrepentimiento, cuyas obras no hacéis. Por lo cual los evangelistas y apóstoles, siempre deseando fortalecer la venida del Señor con los testimonios del Antiguo Testamento, decían: "Para que se cumpliera lo que fue dicho por el Profeta" (Mateo I, 22). El centurión no buscaba al Señor, y oyó del Señor: "Ni en Israel he hallado tanta fe" (Lucas VII, 9; Mateo VIII, 10). La mujer sirofenicia no conocía las palabras de los profetas, y es alabada por la voz del Señor: "Oh mujer, grande es tu fe". El oficial del rey (Juan IV), que en griego se llama βασιλικὸς, que podemos interpretar más correctamente como palatino, no solo encontró la salud de su hijo, sino de toda su casa. Lo que se dice según el hebreo: "Me buscaron los que antes no preguntaban", se refiere al mismo sentido: para que aquellos que antes no tenían conocimiento de Dios, después busquen al Señor, y lo conozcan por revelación: quien también se reveló a Pablo mientras perseguía a la Iglesia de los creyentes (Hechos IX). Y al apóstol Pedro le dice: "Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás: porque no te lo reveló carne ni sangre; sino mi Padre que está en los cielos" (Mateo XVI, 17). A este buscaba también Moisés hablando con Dios: "Si he hallado gracia ante ti, muéstrame claramente, para que te vea" (Éxodo XXXIII, 13). Prefiriendo las mayores riquezas al oprobio de Cristo, mientras deseaba la retribución de las cosas futuras, y contemplaba al Dios invisible como si lo viera con el alma. De quien también se lee en los Salmos: "La esperanza de todos los confines de la tierra, y en el mar lejano" (Sal. LXIV, 6). Y en Génesis: "Él será la expectativa de las naciones" (Gén. XLIX, 10). Y lo que sigue: "Dije: he aquí yo, a una nación que no invocaba mi nombre" (Éxodo III, 14), se ajusta a ese sentido: "El que es, me envió a vosotros. Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, etc." (Filip. II); sino que, llamando a las naciones de todo el mundo, hizo de ellas una sola nación de su nombre, los cristianos.

772 (Vers. 2.) Extendí mis manos todo el día a un pueblo incrédulo, que camina en un camino no bueno tras sus pensamientos. LXX: Extendí mis manos todo el día a un pueblo incrédulo y contradictor, que no caminó en el buen camino: sino tras sus pecados. Esto que se dijo antes: "Me manifesté a los que no me buscaban: fui hallado por los que no preguntaban por mí", el apóstol Pablo escribiendo a los Romanos, después de haber expuesto sobre la persona de los gentiles, añadió: "Pero a Israel dice: Extendí mis manos a un pueblo incrédulo y contradictor" (Rom. X, 21), que aunque vencido por los beneficios del Señor, y viendo señales más allá de lo humano, decía: "Este no echa fuera demonios, sino por Beelzebú, príncipe de los demonios" (Lucas XI, 15). Y nuevamente: "Eres samaritano, y tienes demonio" (Juan VIII, 48). Y otra vez: "Siendo hombre, te haces Dios" (Juan X, 33). Y en otro lugar: "Este hombre no es de Dios, que no guarda el sábado" (Juan IX, 10). Y muchas otras cosas, que sería largo enumerar. Finalmente, cuando él en la cruz extendía las manos a un pueblo no creyente, y decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas XXIII, 31): ellos en cambio decían: "¡Vah! el que destruye el Templo, y en tres días lo edifica: descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse" (Mateo XXVII, 40). De esto también Simeón, teniéndolo en sus brazos, profetizaba: "He aquí, este está puesto para caída y para levantamiento de muchos, y para señal que será contradicha" (Lucas II, 34). En Roma, los judíos hablan a Pablo: "De esta secta nos es conocido que en todas partes se habla contra ella" (Hechos XXVIII, 41). Podemos entender las manos extendidas también en la

generosidad del que da, que no negó nada a los que pedían: sino que inmediatamente devolvió la salud al leproso que rogaba (Mateo VIII): y el ciego de nacimiento recibió la vista (Juan IX): y las multitudes hambrientas en el desierto, excepto los niños y las mujeres, fueron saciadas (Mateo XIV). Las manos extendidas también significan la clemencia del padre, que desea recibir a sus hijos en su seno. Que, por el contrario, caminaron en un camino no bueno, y siguieron sus pensamientos. A quienes el Señor habla por el Profeta: "Aparta tu pie del camino áspero" (Prov. IV, 27). Pues amaron a los extraños, y como una prostituta dijeron: "Iré tras mis amantes" (Oseas II, 5). Y dejando el buen camino, que dice en el Evangelio: "Yo soy el camino" (Juan XIV, 6), caminaron por el camino ancho y espacioso, que lleva a la muerte, y siguieron sus pensamientos, de los cuales el Profeta, evitando, suplica al Señor: "Líbrame de mis ocultos, Señor, y de los extraños perdona a tu siervo. Si no me dominaran, entonces seré inmaculado" (Sal. XVIII, 13, 14). Y el Apóstol enseña que aquellos que no tuvieron conocimiento de Dios, son entregados a una mente reprobada y a malas obras, para que hagan lo que no conviene (Rom. I). Nosotros, sin embargo, digamos con la voz del Salmista: "Guíame en el camino recto" (Sal. CXXXVIII, 24).

(Vers. 3.) Pueblo que me provoca a ira, ante mi rostro siempre: que sacrifican en los jardines, y ofrecen sacrificios sobre ladrillos (Ex Éxodo XX, 4). LXX: Este pueblo que me exaspera en mi presencia: ellos siempre sacrifican en los jardines, y queman incienso sobre ladrillos ÷ a demonios que no son. ** Diciendo el Señor: "No te harás ídolo, ni semejanza de lo que está en el cielo, ni de lo que está sobre la tierra". Y por Moisés increpando a los que lo hacen: "Me provocaron a ira con dioses ajenos, y con sus abominaciones me amargaron. Sacrificaron a demonios, y no a Dios" (Deut. XXXII, 16, 17), ellos con el afán de pecar como si irritaran y provocaran a Dios, no solo hicieron lo que no estaba permitido, sino que lo hicieron continuamente, pecando en la presencia del Señor, cuyos ojos todo lo ven, o en su Templo, ofreciendo sacrificios a los ídolos. Y para que nada faltara a su sacrilegio, sacrificaban en los jardines, y quemaban incienso sobre ladrillos, uniendo la idolatría con la lujuria, y el placer con los sacrificios, y en lugar de un altar que por la ley de Dios estaba construido con piedras sin labrar, manchaban con la sangre de las ofrendas los ladrillos cocidos y los céspedes de los campos. Esto se ha dicho según la letra: de lo contrario, según la inteligencia espiritual, todo hereje provoca a ira al Señor, y en la falsedad de sus dogmas ofrece sacrificios impuros, no firmes y duraderos para siempre, sino como jardines que verdean brevemente, proveyendo a los placeres de la carne. A quien se le dice: "Toda carne es hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba. Se seca la hierba, y la flor se cae: pero la palabra del Señor, que se predica en las iglesias, permanece para siempre" (Isaías XL, 6, 7). Estos jardines que Naboth no quiso hacer de su viña, derrama su sangre al impiísimo rey Acab (III Reyes XXII). Pues no era congruente que la herencia paterna pereciera: y arrancadas las viñas, que traen fruto que alegra el corazón del hombre, en lugar de virtudes, crecieran en el lugar de las delicias y los vicios las hortalizas. Se dice que un sabio entre los griegos, justamente celebrado y alabado, llama a todos los placeres del mundo, y a la pompa del mundo y la lujuria que pasa rápidamente, los jardines de Adonis. También sacrifican los herejes sobre piedras, cuando intentan afirmar sus errores y mentiras inventadas con el arte dialéctico, y construir en cuadrado: y con las "necesidades lineales", como dicen, es decir, cortados en el lado del polvo y descritos con líneas, fortalecer. Lo que se dice en los Setenta: "a demonios que no son", y que no está en el hebreo, debe entenderse en el sentido de que, según la letra y según el espíritu, ni los demonios subsisten, porque ya han caído de Dios, que verdaderamente es; ni las sectas de los herejes que no retienen ninguna verdad, sino que pasan y perecen como sombras. Por eso también Esther habla al Señor: "No entregues tu heredad a los que no son" (Esther XIV, 11). Y el santo suplica en el salmo: "Perdóname, para que me refresque antes de que me vaya, y ya no subsista" (Sal. XXXVIII, 14). Porque quien, mientras vive en este

cuerpo, no ha obtenido el perdón de los pecados, y así ha salido de la vida, perece para Dios, y deja de ser, aunque subsista para sí mismo en los tormentos.

(Vers. 4, 5.) Los que habitan en sepulcros, y duermen en los templos de ídolos: los que comen carne de cerdo, y tienen caldo profano en sus vasijas: los que dicen, aléjate de mí, no te acerques a mí, porque eres impuro. LXX: Duermen en sepulcros y en cuevas por causa de los sueños: los que comen carne de cerdo y caldo de sacrificios, todas sus vasijas son profanas: los que dicen, aléjate de mí, no te acerques a mí, porque soy puro. No hubo sacrilegio que el pueblo de Israel dejara de lado, no solo sacrificando en jardines y quemando incienso sobre ladrillos, sino también sentándose o habitando en sepulcros, y durmiendo en templos de ídolos, donde solían acostarse sobre pieles de sacrificios para conocer el futuro a través de sueños. Esto es lo que hasta hoy celebra el error de los paganos en el templo de Esculapio y muchos otros, que no son otra cosa que tumbas de muertos. No contentos con este fin de impiedad, también se alimentaban de carne de cerdo, lo cual estaba prohibido por la ley, y devoraban con ávidas fauces el caldo de ayer, que los griegos llaman ἔωλον (Levítico XII). Por lo tanto, tanto ellos como sus vasijas eran impuras, y en tal medida aumentaban diariamente en insolencia y soberbia, que consideraban impuro a cualquiera que no fuera llevado por el mismo error, y huían de su contacto, como los samaritanos y judíos nos hacen a nosotros, y todos los herejes, como aquellos que recientemente surgieron bajo un maestro testarudo en Galia, que evitando las basílicas de los Mártires, nos huyen como impuros a nosotros que allí celebramos oraciones según la costumbre. Sin embargo, no lo hacen tanto ellos como los demonios que habitan en ellos, que no soportan la fortaleza y los castigos de las cenizas sagradas. ¿Quién de los herejes no descansa en memorias, no duerme en las cuevas de los maestros? Tal fue Marción y Valentín, y recientemente Eunomio, testificando la impureza de su mente con carne leprosa, que dejando la luz del Espíritu Santo, y el cenáculo en el que los Apóstoles se encontraban, habitan en las tinieblas del diablo, y aman las cuevas que Jeremías condena con lenguaje místico: Mi heredad se ha convertido para mí en una cueva de hienas (Jeremías XII, 8), que nuestros llaman bestia: este animal siempre persigue cadáveres, y vive del jugo y la podredumbre de cuerpos muertos. Contra estos, que habitan en cuevas, Habacuc decía con voz lamentable: ¡Ay de aquel que da de beber a su prójimo con bebida turbia: y lo embriaga, para que mire sus cuevas (Habacuc II, 15). De estas cuevas también hablaba el Señor: Está escrito, la casa de mi Padre será llamada casa de oración: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mateo XXI, 13), en las que matáis las almas de los engañados, para que no veáis en ellas visiones, de las cuales el mismo Salvador dice: Multipliqué visiones, y en las manos de los Profetas me asemejé (Oseas XII, 10). Y otro a él: Hablaste, dice, en visión a tus hijos (Salmo LXXXVIII, 20), pero creéis en sueños y fantasmas, a los cuales el Señor mandó no creer. Estos se alimentan de carne de cerdos, de los cuales se dice: No echéis vuestras perlas delante de los cerdos (Mateo VII, 27). Y comen caldo profano, que en sus libros está compuesto con arte herética. Todas sus vasijas son impuras, tanto los cuerpos como las doctrinas, y llegan a tal demencia que detestan como perdido a cualquiera que no sea semejante a ellos.

(Vers. 6, 7.) Estos serán humo en mi furor, fuego ardiente todo el día. He aquí que está escrito delante de mí: No callaré, sino que devolveré y retribuiré en su seno vuestras iniquidades, y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice el Señor, que sacrificaron sobre montes y colinas, me reprocharon, y mediré su obra primero en su seno. LXX: Este es el humo de mi furor: el fuego arde en él todos los días. He aquí que está escrito ante mí: No callaré, hasta que devuelva y retribuya en su seno sus pecados, y los de sus padres, dice el Señor: que quemaban incienso sobre montes y colinas, me reprocharon; devolveré sus obras en su seno [Al. suyo]. Por vuestras obras, y la increíble arrogancia de vuestra mente, al

considerar impuros a los puros, seréis humo, fuego ardiente [Al. ardiente], que se ha encendido de mi furor. Debemos entender el furor, el olvido, la ira, el arrepentimiento en Dios, de la misma manera que los pies, manos, ojos, oídos, y otros miembros, que se dice que tiene el Dios incorpóreo e invisible. No porque esté sujeto a estas perturbaciones, quien las extingue en nosotros con el don de su gracia; sino para que entendamos a través de nuestras palabras el afecto de Dios hacia nosotros. Pues la ira, que es el deseo de venganza, no se define en Dios como en los hombres, que tiene su materia en nuestros vicios, no en la voluntad del Señor: que atesoramos para nosotros ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios, para que nuestros abrojos y espinas, y cizaña, que hemos traído en lugar de la semilla de Dios, también la madera, el heno y la paja, que hemos edificado sobre el fundamento de Pablo (I Cor. III), la sabia llama los consuma. De este fuego perpetuo también leemos en el cántico de Moisés: Un fuego se ha encendido de mi furor, y arderá hasta el infierno abajo. Devorará la tierra y sus frutos: quemará los fundamentos de los montes, y mis flechas los consumirán (Deut. XXXII, 22). El sentido de este testimonio es que el fuego de Dios y su venganza siempre arde para los pecadores, y los persigue hasta el infierno. Tal era también el rico en el Evangelio (Lucas XVI) vestido de púrpura, que, mientras Lázaro descansaba en el seno de Abraham, era atormentado por llamas eternas. También la tierra, es decir, nuestra carne, y sus frutos, es decir, los deseos de la carne, la misma llama los consumirá, y los fundamentos de los montes que se elevan contra el conocimiento de Dios. También los mismos montes serán destruidos por las flechas de Dios, para que humillados en los castigos, dejen de ser montes. He aquí, dice, está escrito delante de mí. Pues todos nuestros pecados están a la vista de Dios, y están escritos en esos libros, de los cuales leemos en Daniel: Se colocaron tronos, y se abrieron libros (Dan. VII, 10). De los cuales en otro lugar se dice: Serán escritos sobre la tierra (Jeremías XVII, 13). Y ya no callará quien antes había dicho, Callé: ¿acaso callaré siempre? dice el Señor (Isaías XLII, 14). Sino que devolverá a cada uno lo que ha obrado en su seno, es decir, en el secreto del corazón, para que los atormente su propia conciencia. De la cual también profetiza Oseas: Caerán a espada sus príncipes por la indisciplina de su lengua (Oseas VII, 16). Esta es la detracción de ellos en su seno, que procede del corazón de cada uno. Algo similar también se escribe en los Proverbios: En su seno se devuelven a los inicuos todas las cosas (Prov. V, 22). Este seno se llama de otro modo cabeza, por el principio del alma (Griego ἡγεμονικὸν). He dado sus caminos en sus cabezas (Ezequiel IX, 10). Y en otro lugar: Su dolor se convertirá en su cabeza, y sobre su cabeza descenderá su iniquidad (Salmo VII, 17). Pero también hay un buen seno, que disfrutará de la santidad de la conciencia, del cual decía el salmista: Y mi oración se convertirá en mi seno (Salmo XXXIV, 13). Se entiende el seno como cualquier afecto y amor, como cuando se dirige la palabra al esposo, La esposa que está en tu seno; y al padre, Traerán a tus hijos en el seno (Lucas XVI). Por lo tanto, todos los que tienen a Abraham como padre, y han merecido ser semejantes a sus virtudes, descansan en su seno. Pues no debemos entender a los padres, cuyas iniquidades y pecados ahora se nos devuelven, como aquellos de cuya semilla nacieron nuestros cuerpos. 778 De lo contrario, el mismo Moisés que dijo que los pecados de los padres serían devueltos a los hijos hasta la tercera y cuarta generación, a los que odian a Dios (Éxodo XX), interpreta su sentencia, diciendo: No morirán los hijos por los pecados de los padres: sino que cada uno morirá por su propio pecado (Deut. XXIV, 16). La misma sentencia es aprobada por Ezequiel, que no se diga más ese proverbio: Los padres comieron uvas agrias, y los dientes de los hijos se embotaron (Ezequiel XVIII, 2), sino que solo se emboten los dientes de quien comió: y perezca el alma pecadora, sin cargar con pecados ajenos. De lo cual entendemos, ya sea en buen sentido o en contrario, que se deben entender como padres aquellos a quienes cada uno se une, cuando sale de esta vida. Israel sacrificó sobre montes y colinas, cuando en Betel y Dan colocó becerros de oro. Y reprochó a Dios sobre sus preceptos, al descuidar sus ceremonias, y

atribuir el culto de Dios a los demonios: cuyas obras serán devueltas en su seno (Oseas IV). Y todo hereje que desprecia la simplicidad eclesiástica, sacrifica en montes, y reprocha a Dios, al despreciar sus preceptos.

(Vers. 8.) Así dice el Señor: Como si se encontrara un grano en un racimo, y se dijera: no lo destruyas, porque es una bendición; así haré por mis siervos, para no destruir todo. LXX: Así dice el Señor: Como si se encontrara una uva en un racimo, y se dijera: no la toques, porque hay bendición en ella: así haré por mi siervo, para no destruir a todos. El Señor había dicho que Israel perecería, y que todos sus pecados estaban a la vista de sus ojos, y que devolvería las obras de cada uno en su seno. Después de esto, introduce una similitud y un ejemplo de comparación, para enseñar que cada uno perece por su propio pecado, y aunque haya una gran multitud de pecadores, un justo no perecerá por el vicio de todos. Si alguien, dice, en un racimo y uva, que no pudo llegar a la madurez, y trajo frutos agrios, o fue corrompida por algún defecto del aire y la tierra, encuentra un grano intacto, que aún tiene esperanza de crecer más y llegar a la madurez habitual, diga a otro, no lo toques, sino déjalo crecer, porque es una bendición del Señor, que en tanta multitud de uvas solo escapó de la sequedad: así, dice, de la innumerable multitud de judíos, que ofendieron a Dios, si encuentro pocos justos, los libraré de la destrucción de muchos. Y esto lo haré por mis siervos Abraham, Isaac y Jacob, a quienes se hizo la promesa, o por aquellos que entre muchos pecadores me sirven. Algo similar leemos en el Génesis, cuando se buscan justos desde cincuenta hasta diez, que liberen la ciudad del pecado (Génesis XVIII), y Lot es el único justo que se salva de Sodoma con sus hijas (Génesis XIX). De lo cual se escribe en la Epístola Católica (II Pedro II), que su alma se atormentaba al ver cometer cosas nefandas, y el juicio de su alma se demostraba en la condición de su cuerpo. También Enoc, entre la multitud de pecadores, fue el único arrebatado a Dios (Génesis V). Y Noé con sus hijos, por la carne que se apartó de la servidumbre del Señor, el Diluvio no pudo destruirlo (Génesis VII). Pero también Abraham fue salvado del fuego de los caldeos por la integridad de su fe (Génesis XI). En este sentido, las palabras de Jeremías concuerdan con las del Señor diciendo: Como calor en el desierto, encontré a Israel con los muertos a espada (Jeremías XXXVIII, 2 según LXX; en Vulg. XXXI, 2). Pues cuando, dice, todo el mundo yacía herido por las espadas de la idolatría, encontré a Israel en Abraham teniendo el calor de la fe, como un médico que después de una batalla entre los cadáveres de los muertos, donde siente que alguien tiene venas palpitantes, algo vital, aplica cuidado a las heridas, para restaurar la salud. En lugar de lo que está escrito, ὡς θερμὸν, es decir, como calor, el intérprete latino, engañado por la ambigüedad de la palabra, lo interpretó como lupino, en lo cual también muchos griegos se equivocan. Y sin embargo, se debe saber que en hebreo está escrito THODA (), que se interpreta como gracia: que Israel fue salvado por la gracia de Dios, y no por el mérito de sus obras.

(Vers. 9.) Y sacaré de Jacob una descendencia, y de Judá un poseedor de mis montes: y mis elegidos la heredarán, y mis siervos habitarán allí, y los campos serán para rediles de ovejas, y el valle de Acor para establo de ganado para mi pueblo que me buscó. LXX: Y sacaré de Jacob una descendencia, y de Judá, y heredará mi monte santo, y mis elegidos la heredarán, y mis siervos habitarán allí, y serán en el bosque rediles de ovejas, y el valle de Acor en descanso de ganado para mi pueblo que me buscó. A quien antes llamó grano de racimo, o uva, o (como muchos quieren) racimo, ahora lo llama descendencia de Jacob y Judá, que poseerá los montes, o su monte. Muchos entienden que la descendencia de Jacob y Judá es Cristo, de quien se dice en el Génesis: Judá, te alabarán tus hermanos (Génesis XLIX, 8), y demás. Pues no hay duda de que el Salvador fue engendrado de la estirpe de Judá. Otros entienden que se refiere a los Apóstoles, de quienes hemos dicho a menudo: Las reliquias serán salvas (Isaías I, 9). Y: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia,

seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Romanos IX, 29). Estos poseyeron el monte del Señor con la conciencia de Cristo habitando en ellos, diciendo: Nos hemos acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial (Hebreos XII, 22). O sus montes, de los cuales se canta en los salmos: Los montes están alrededor de ella, y el Señor alrededor de su pueblo (Salmo CXXIV, 2). Y: Sus fundamentos están en los montes santos (Salmo LXXXVI, 1). Los elegidos del Señor poseerán Sion, y la habitarán sus siervos. De los cuales se escribe en el mismo volumen: Descendencia de Abraham su siervo, hijos de Jacob sus elegidos (Salmo CIV, 6). Por lo tanto, cualquiera que aún sea descendencia, y no formado en hijo, este es siervo del Señor, a quien dice en el Evangelio: Sé que sois descendencia de Abraham, pero aún no hijos (Juan VIII). Pues si fueran descendencia de Abraham, ciertamente harían las obras de Abraham. Pero quien es hijo, este también es elegido del Señor. Por lo cual el elegido posee Jerusalén, y los siervos habitan en ella, y de la diferencia entre hijos y siervos se dice: No habéis recibido el espíritu de servidumbre para volver al temor, sino el espíritu de adopción (Romanos VIII, 15). Y serán, dice, los campos, o el bosque, en rediles de ovejas. Por campos en hebreo se pone SARON (). Toda la región alrededor de Lida, Joppe y Jamnia es apta para pastorear ovejas. De lo cual también está escrito en los Hechos de los Apóstoles: Los bosques se convertirán en rediles (Hechos IX), según lo que se canta en el salmo: La voz del Señor que perfecciona a los ciervos, y revelará los bosques (Salmo XXVIII, 9), o las espesuras de los bosques, para que los ladrones dejen de esconderse allí, y las bestias y animales venenosos, y los lugares que antes eran de emboscadas y sangre, se conviertan en iglesias del Señor, y allí se alimenten los rebaños por aquel que puso su vida por sus ovejas. De quien está escrito: Él nos pastoreará por siempre (Salmo XLV, 15). Esta voz del Señor que perfecciona a los ciervos, y revela las espesuras de los bosques, clama por Juan en el desierto: Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego (Mateo III, 10). Y de nuevo: Todo valle será llenado (Lucas III, 5); del cual ahora se dice: y el valle de Acor en establo de ganado, y en descanso para mi pueblo que me buscó. De lo cual también leemos en el libro de Josué hijo de Nun, que allí fue muerto Acán, quien robó del anatema, y de los despojos de Jericó, y con toda su casa fue muerto, y por haber turbado al pueblo, el lugar mismo donde ocurrió, recibió el nombre de ACOR (), es decir, de turbación y tumulto (Josué VII). Por lo tanto, el valle de Acor, donde antes hubo maldición y castigo, será en descanso de ganado. Lo cual Pablo explicando, dice: ¿Acaso le importa a Dios de los bueyes (I Cor. IX, 9)? o ciertamente lo dice de nosotros, porque quien ara debe arar con esperanza, y quien trilla la era, trillarla con esperanza, para que participe. De este valle también está escrito mística en Oseas: Hablaré a su corazón, sin duda a Jerusalén; y daré a sus poseedores de allí, y el valle de Acor, para que abra su entendimiento (Oseas II, 14). Por eso el valle de Acor se entrega en posesión de los ganados del pueblo de Dios, y los bosques se convierten en rediles de ovejas, para que se abra el entendimiento, y se conozca la verdad del Señor.

(Vers. 11, 12.) Y vosotros que habéis abandonado al Señor, y os habéis olvidado de mi monte santo. Que ponéis mesa para la fortuna, y libáis sobre ella. Os contaré para la espada, y todos caeréis en la matanza. LXX: Vosotros, sin embargo, que me habéis abandonado, y os habéis olvidado de mi monte santo, y preparáis mesa para la fortuna, y llenáis la copa para el demonio: os entregaré a la espada: todos caeréis muertos. En lugares que antes eran silvestres y de multitudes. En lugares de gentiles habrá rediles de ovejas, es decir, Iglesias de creyentes de todo el mundo. Vosotros, sin embargo, oh pueblo de Israel, que habéis abandonado al Señor, y habéis provocado a ira al Santo de Israel, que os habéis olvidado de su monte santo, del cual hemos hablado frecuentemente, ya sea el Señor Salvador, que es el monte de los montes, y el santo de todos los santos, o el monte Sion, y la ciudad del Dios viviente, la

Jerusalén celestial, que hacéis estas cosas, os entregaré a la espada, para que todos caigáis muertos juntos. Qué espada sea, lo diremos después: Ponéis, dice, mesa para la fortuna, y libáis sobre ella: o según los Setenta: Preparáis mesa para la fortuna, y llenáis la copa para el demonio, o κέρασμα, que todos igualmente han traducido, es decir, bebida mezclada. Hay en todas las ciudades, y especialmente en Egipto y en Alejandría, una antigua costumbre de idolatría, que en el último día del año y del mes, que es el último, ponen una mesa llena de manjares de varios tipos, y una copa de vino mezclado, augurando la fertilidad del año pasado o del futuro. Esto hacían los israelitas, venerando las abominaciones de todos los ídolos, y no ofrecían víctimas en el altar, sino libaciones en este tipo de mesa. Lo que los Setenta tradujeron como demonio, en hebreo es MENNI (), que Símaco interpretó como, sin mí: para que el sentido sea: Que preparáis mesa para la fortuna, y llenáis la bebida sin mí; para enseñar que no se hace para él, sino para el demonio. La espada con la que son muertos, se toma como castigo. Pues no todo el pueblo de Israel fue entregado a la espada, de los cuales vemos cuántos miles están dispersos por todo el mundo; sino a penas y tormentos, a la cautividad y a la última servidumbre, según lo que se dice en otro lugar: En la espada morirán todos los pecadores de mi pueblo: y en el Cántico de Deuteronomio: Embriagaré mis flechas en sangre, y mi espada comerá carne de los heridos (Deut. XXXII, 42). No se puede creer que las flechas del Señor se embriaguen de sangre, y su espada se sacie de carne de heridos. De estas flechas que herían a Job en cada momento de las horas, habla. Las flechas del Señor están en mi cuerpo: cuyo furor ha bebido mi espíritu; pues cuando empiezo a hablar, me estimulan (Job. VI, 4). Según la tropología, esto debe decirse, que todos los que abandonan la Iglesia y olvidan el monte santo de Dios, y se entregan a los espíritus de error, y a las doctrinas de demonios, estos preparan mesa para la fortuna, creyendo que nada pertenece a Dios, sino que todo es gobernado por el curso de las estrellas, o por la variedad de la fortuna: a quienes Pablo reprende, diciendo: No podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios. No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios (I Cor. X, 20, 21): porque serán entregados a castigos eternos, de modo que ninguno de ellos pueda escapar de la matanza y la ruina.

(Vers. 12.) Porque llamé, y no respondisteis, hablé, y no escuchasteis: sino que hicisteis [Vulg. y hacíais] el mal ante mis ojos, y elegisteis lo que no quería. LXX: Porque os llamé, y no escuchasteis: hablé, y despreciasteis, e hicisteis el mal ante mis ojos, y elegisteis lo que no quería. A la espada, dice, habéis sido entregados, porque no solo me abandonasteis, y os olvidasteis de mí, y mezclasteis la copa de la fortuna, sino que cuando era Emmanuel, es decir, Dios con nosotros, de quien también Juan escribe: El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14), presente os llamé: volved a mí hijos que os volvéis (Jerem. III, 14). Y: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados (Mat. XI, 28), y no quisisteis responder. Hablé en parábolas, e hice todo lo que debía hacer, y no me escuchasteis, incluso me despreciasteis. Pues yo soy quien también antes dije: Vine y no había hombre: llamé, y no había quien obedeciera (Isa. L, 2). Ni os bastaba esta impiedad, para que me despreciarais presente, y mataseis al heredero enviado a vosotros; sino que hicisteis el mal ante mis ojos, y elegisteis lo que no quería, y blasfemasteis del Hijo de Dios, para que pidierais para vosotros a Barrabás, ladrón, autor de homicidio y sedición; y aún os atrevéis a decir: ¿Por qué nos hiciste errar de tu camino? (Isa. LXIII, 17). Pues si quienes no me conocían me encontraron, y quienes no me invocaban, me recibieron, ¿qué castigos merecéis vosotros, que al enviado a vosotros y diciendo: No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. XV, 24), no quisisteis recibir, sino que además lo clavasteis en la cruz? Debe considerarse qué significa lo que dice: Y elegisteis lo que no quería; o cuál es la voluntad del Hijo de Dios, que habla en el Evangelio: No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mat. VII, 21). De la cual

también él mismo dice Dios: Quise hacer tu voluntad (Sal. XXXIX, 9). Esta es la voluntad, de la que también el mismo Señor hablaba: He hallado a David hijo de Jesé, varón conforme a mi corazón, que hará todas mis voluntades (Hech. XIII, 22). Por eso también el santo ora y dice: Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios (Sal. CXLII, 10). Todo es lícito, pero no todo conviene. Y sobre las vírgenes narra el Apóstol que no tiene mandato del Señor, sin embargo, quiere que seamos como él mismo (I Cor. VI). De lo cual muestra que no debe seguirse la indulgencia del maestro, sino la voluntad (I Cor. VII); y debemos elegir lo que conviene, no lo que es lícito, como aquello de la digamia, Quiero que las jóvenes se casen, procreen hijos, sean amas de casa (I Tim. V, 14). Y pone las causas, por qué concede esto: Pues ya algunas se han vuelto atrás tras Satanás. Por tanto, no es pura la voluntad del segundo matrimonio, que se devalúa en comparación con la fornicación.

(Vers. 13, 14.) Por eso dice el Señor Dios: He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre. He aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed. He aquí que mis siervos se alegrarán, y vosotros seréis confundidos. He aquí que mis siervos alabarán con júbilo de corazón, y vosotros clamaréis por el dolor de corazón, y por la contrición de espíritu aullareis. LXX: Por eso dice el Señor: He aquí que mis siervos comerán, pero vosotros tendréis hambre. He aquí que mis siervos beberán, pero vosotros tendréis sed. He aquí que mis siervos se alegrarán, pero vosotros seréis confundidos. He aquí que mis siervos exultarán de gozo, pero vosotros clamaréis por el dolor de vuestro corazón, y por la contrición de vuestro espíritu aullareis. No solo caeréis por la espada vosotros que habéis abandonado al Señor, y habéis hecho el mal ante sus ojos, y no quisisteis escuchar al presente, sino que veréis una gran diferencia entre vosotros y la multitud de las naciones. Pues aquellos que serán mis siervos, comerán, y beberán, se alegrarán, y alabarán con júbilo de corazón. Vosotros, sin embargo, al contrario, tendréis hambre y sed, seréis confundidos y por el dolor de corazón y la contrición de espíritu aullareis. Todo esto los quiliastas creen que se cumplirá en mil años, creyendo que el alimento y la bebida son el reino de Dios, sin entender aquello que está escrito: Trabajad no por el alimento que perece, sino por el pan de vida y verdad (Juan VI, 27), y deseando comer la carne de Cristo, y el fruto del árbol de la vida. De lo cual el Salvador habla: Yo soy el pan que descendió del cielo (Juan VI, 33). Y el Eclesiastés: Abre tus ojos, y saciaos de panes (Prov. XX, 13). Y el salmista: Joven fui y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia mendigando pan. Todo el día tiene misericordia y presta, y su descendencia será en bendición (Sal. XXXVI, 25). De este pan y banquete espiritual, instruía a los discípulos: Vosotros que habéis perseverado conmigo en mis tentaciones, comeréis en la mesa de mi Padre en el reino de los cielos (Luc. XXII, 28). Si tomamos esto del simple pan, ¿cómo podremos explicar aquello: No matará de hambre el Señor al alma justa (Prov. X, 3). Y de nuevo: Conoce el Señor los caminos de los inmaculados, y su herencia será para siempre. No serán confundidos en el tiempo malo, y en los días de hambre serán saciados (Sal. XXXVI, 18, 19). Pues cuántos santos mueren en persecución consumidos por el hambre y la indigencia; cuántos justos tienen hambre, y los impíos se llenan de banquetes. Pero aquella bebida debe tomarse, que se extrae de las fuentes de Israel; quien beba de ella, tendrá en sí una fuente de agua que salta para vida eterna (Juan IV; Luc. XXII). Que el Salvador también promete beber en el reino del Padre con los Apóstoles: que alegra el corazón del hombre (Sal. CIII, 14), de modo que los que beben puedan decir: Has dado alegría en mi corazón (Sal. IV, 7). De este alimento y bebida entre las ocho bienaventuranzas se dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mat. V, 6). Y la madre del Señor llena del Espíritu Santo profetizaba: A los hambrientos llenó de bienes (Luc. I, 53), que antes no tenían el alimento del Señor: y a los ricos despidió vacíos, que fueron dados para su sepultura; y al que los Profetas prometieron, rechazaron. De los cuales en otro lugar el salmista canta: Los ricos empobrecieron, y tuvieron hambre (Sal.

XXXIII, 11), es decir, el pueblo de los judíos. Pero los que buscan al Señor, es decir, la multitud de los gentiles, no carecerán de ningún bien. Y cuando los que sirven a Cristo, y creen en él se hayan alegrado, y alabado a Dios con júbilo de corazón y gozo: entonces ellos serán confundidos, viendo que en su lugar otros han sucedido; y clamarán por el dolor de corazón, cumpliendo aquello que está escrito: Allí será el llanto y el crujir de dientes (Mat. XIII, 50): cuando estén los corderos de las naciones y de los justos a la derecha, y los cabritos de los judíos y de los impíos a la izquierda: unos recibiendo premios eternos, otros castigos eternos. La contrición del espíritu por el dolor de corazón debe entenderse en la conciencia de los pecados, según lo que está escrito: Conocerán los errantes de espíritu la inteligencia (Isa. XXIX, 24). Y: Corazón contrito y humillado no despreciarás, oh Dios (Sal. L, 19). Se quiebra el espíritu cuando ha sido elevado; lo que se escribe del rey enemigo de Israel: Endureció el Señor su espíritu (IV Reg. XVII, 14). Y del príncipe de los babilonios, cuando se elevó su corazón, y se endureció su espíritu, para que con soberbia dijera: Esta es Babilonia, y yo la hice (Dan. IV, 27).

(Vers. 15, 16.) Y dejaréis vuestro nombre en juramento [Vulg. juramento] a mis elegidos, y el Señor Dios te matará, y a sus siervos los llamará con otro nombre, en el cual el que es bendito sobre la tierra, será bendecido en Dios amén: y el que jura en la tierra, jurará [Al. jura] en Dios amén. LXX: Porque dejaréis vuestro nombre en saciedad a mis elegidos. Pero el Señor os matará: a los que me sirven se les llamará con un nombre nuevo, al cual se bendecirá sobre la tierra: bendecirán al Dios verdadero, y los que juran sobre la tierra: jurarán al Dios verdadero. Por saciedad, que en hebreo se dice SABAA (), los demás han interpretado juramento; que la palabra tiene muchas inteligencias, y se varía por la diversidad de los acentos. Se entiende también como juramento, y saciedad, y hartura, y muchos, y siete. De lo cual hemos dicho en el libro del Génesis, y en este volumen (Ad cap. IV), donde siete mujeres tomaron a un hombre. Nuevamente, por lo que los Setenta tradujeron, verdadero, y en hebreo se dice, AMEN (), Aquila lo tradujo como πεπιστωμένως, es decir, fielmente. Lo que dice, es esto: sucediendo otros en vuestro lugar, vuestro nombre será juramento a mis elegidos, para que os tengan como ejemplo de los malos y detesten sufrir tales cosas, y juren así; no sufriré lo que sufrió el pueblo de los judíos. O vuestro nombre será en saciedad: lo que se dice de aquellos cuya memoria y recuerdo es odioso, y que han llegado hasta la saciedad y el asco. O ciertamente debe decirse esto, que dejen su nombre a los elegidos del Señor, para que en lugar de ellos suceda la multitud de los gentiles; y ellos sean llamados hijos de Abraham e Israel. De los cuales Pablo habla: Paz sobre ellos, y sobre el Israel de Dios (Gal. VI, 16). Pues no todos los que son de Israel son Israel; ni todos los descendientes de Abraham son hijos (Rom. IX, 7), a quienes se dice: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham (Juan VIII, 39). Y porque son descendencia de Abraham, y no hijos, de cuya diferencia hemos hablado antes: por eso los reprende Juan el Bautista, diciendo: Y no queráis decir, tenemos por padre a Abraham: porque Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham (Mat. III, 9). Pues ¿cómo pueden ser hijos de aquel, quienes dijeron al leño y a la piedra, tú me engendraste: cuando al contrario, los que son de fe, estos son llamados hijos de Abraham? Vosotros, sin embargo, dice, el Señor os matará, para que no seáis llamados circuncisión, sino concisión (Gal. III): para que carezcáis de vida eterna, para que no tengáis a aquel que dice: Yo soy la vida (Juan XIV, 6). Pero a sus siervos, dice, los llamará con otro nombre, o nuevo, que será celebrado en todo el mundo. Y será bendecido: tanto, que quien sea llamado con ese nombre, será bendecido en el Señor, y recibirá la señal de la verdadera Circuncisión, amén: con lo cual a menudo en aprobación de lo que se ha dicho, el Señor usa en el Evangelio: Amén, amén os digo (Juan V, 19). Pero el nombre nuevo o diferente, no es otro, sino el que se deriva del nombre de Cristo, para que no se llame al pueblo de Dios Jacob, y Judá, e Israel, y Efraín, y José, sino Cristiano. Pues quien jure en la tierra, no jurará

en ídolos y dioses falsos, sino en Dios: lo cual nuevamente, el sello amén lo aprueba. Por lo demás, según los Setenta que por amén, interpretaron Dios verdadero, para que se bendiga al Dios verdadero, y los que juran sobre la tierra, juren al Dios verdadero, no lo referimos solo a la persona de Dios Padre, de quien está escrito: Para que te conozcan a ti solo verdadero Dios, y a quien enviaste Jesucristo (Juan XVII, 3): sino al Hijo, que también él mismo es verdadero Dios, diciendo el evangelista Juan: Vino el Hijo de Dios, y nos dio entendimiento, para que conozcamos al verdadero, y estemos en el verdadero Hijo suyo Jesucristo (Juan V, 20). Este es el verdadero Dios y la vida eterna. Pues si el Salvador habla de sí mismo: Yo soy la verdad (Juan XIV, 6), consecuentemente el verdadero Dios toma su nombre de la verdad, para que no se llame Dios según los dioses falsos, sino según el verdadero Dios Padre, y él mismo sea verdadero Dios. De lo contrario, si no es verdadero, será semejante a un ídolo, lo cual redunda en la cabeza de aquellos, que niegan a Cristo como verdadero Dios. Este es el nombre nuevo, que se le escribe en el Apocalipsis sobre la piedra (Cap. II), al cual se bendice en todo el mundo.

(Vers. 17, 18.) Porque las angustias anteriores han sido olvidadas y porque han sido ocultadas de mis ojos. He aquí que creo cielos nuevos y una tierra nueva, y lo anterior no será recordado: y no ascenderá al corazón: sino que os alegraréis y exultaréis por siempre en lo que yo creo. LXX: Porque olvidarán la tribulación anterior, y no ascenderá a su corazón. Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva: y no recordarán lo anterior, y no vendrá a su corazón; sino que encontrarán gozo y exultación en ella. La causa de la alegría y la confesión del verdadero Dios es que el olvido eterno de las angustias anteriores sucederá, para que de ninguna manera recuerden los ídolos y el error pasado, sino que pasen de las tinieblas a la luz, para que disfruten de la bienaventuranza eterna. Porque olvidarán los males pasados, no por olvido de la memoria, sino por la sucesión de bienes, según lo que está escrito: En el día bueno, olvido de los males (Eclesiástico XI, 27). Y en otro lugar: La aflicción de una hora hace olvidar las delicias (Ibid., 29): porque estando en angustias, de ninguna manera disfrutarán de las voluptuosidades pasadas, según el error, con el ánimo de Epicuro. Aunque también se puede decir que en el cielo nuevo y en la tierra nueva, se borrará la memoria de toda la conversación pasada: para que no sea parte de los males recordar la angustia anterior. Sin embargo, quienes piensan que el cielo nuevo y la tierra nueva significan la desaparición de todo lo que vemos, lo interpretan con el testimonio del Evangelio: El cielo y la tierra pasarán (Mateo XXIV, 35). Y del apóstol Pablo: Porque lo que se ve es temporal; pero lo que no se ve es eterno (II Corintios IV, 18). Por otro lado, quienes consideran la novedad como un cambio a mejor, y no la desaparición de los elementos, usan este ejemplo: Desde el principio tú fundaste la tierra, Señor, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú permaneces, y todos ellos se envejecerán como un vestido, y como un manto los envolverás, y serán cambiados (Salmo CI, 26, 27). En lo cual se demuestra claramente que la perdición y desaparición no significan abolición en la nada, sino cambio a mejor. Porque lo que está escrito en otro lugar: La luna brillará como el sol, y el sol recibirá siete veces más luz (Isaías XXX, 16), no significa la desaparición de lo anterior, sino un cambio a mejor. Para que esto pueda entenderse, pongamos ejemplos de nuestra condición: Un niño cuando crece a joven, y el joven a adulto, y el adulto a anciano, no desaparece en cada una de las edades. Es el mismo que fue antes; pero se transforma gradualmente, y se dice que ha desaparecido en relación a la edad anterior. Entendiendo esto, el apóstol Pablo decía: Porque la figura de este mundo pasa (I Corintios VII, 31). Consideremos lo que dijo: La figura pasa, no la sustancia. Esto mismo significa Pedro: Ignoran esto queriendo: que los cielos existían desde el principio; y la tierra, formada del agua y por el agua, subsiste por la palabra de Dios: por lo cual el mundo anterior pereció inundado por el diluvio. Pero los cielos que ahora son y la

tierra, están reservados para el fuego (II Pedro III, 5 y siguientes): en qué sentido debe entenderse, lo enseña después: Pero vemos cielos nuevos y una tierra nueva, y su promesa (Ibid., 13): no dijo, veremos otros cielos y otra tierra, sino los antiguos y viejos transformados a mejor. También podemos decir que, convertidos de la idolatría y abandonado el error anterior, ven cielos nuevos y una tierra nueva: de ninguna manera considerando los elementos como dioses, y lo que nace de la tierra. Ahora confesamos que el cielo y la tierra son obra de las manos de Dios: pero en aquel tiempo, venerábamos a los siervos y a la creación con la obediencia debida a Dios, lo que también David sintiendo canta en el salmo: Veré los cielos, obra de tus dedos (Salmo VIII, 4): no porque en ese tiempo no viera los cielos, cuando decía estas cosas; sino porque a través de cada aumento de virtudes y del conocimiento de lo futuro, ve nuevos cielos, que ya veía como viejos. Lo que se dice al final de este testimonio: Lo que yo creo, fue omitido por los Setenta.

(Vers. 19.) Porque he aquí que yo creo a Jerusalén como exultación, y a su pueblo como alegría: y exultaré en Jerusalén, y me alegraré en mi pueblo. LXX: Porque he aquí que yo hago de Jerusalén una exultación, y de mi pueblo una alegría, y exultaré sobre Jerusalén, y me alegraré sobre mi pueblo. Debéis alegraros y exultar con alegría eterna en la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra, y no recordar en absoluto lo anterior: para que no surja en vosotros tristeza por el recuerdo antiguo: porque no solo crearé cielos nuevos y una tierra nueva, sino también a Jerusalén en exultación, y a su pueblo en alegría. No hay duda de que será para toda la tierra, ya que lo que era alegría para una sola nación, será ahora alegría para todas las naciones. Y la exultación será tal de todos, y la alegría sobre la ciudad y el pueblo de Dios, que yo también, su creador, exultaré y me alegraré sobre Jerusalén, y sobre mi pueblo que comerá y beberá y se alegrará, y exultará en ella, y que será llamado con un nombre nuevo.

(Vers. 20.) Y no se oirá en ella más voz de llanto, ni voz de clamor: no habrá más niño de días, ni anciano que no cumpla sus días. Porque el niño de cien años morirá, y el pecador de cien años será maldito. LXX: Y no se oirá más en ella voz de llanto, ni voz de clamor: ni habrá allí más inmaduro y anciano, que no cumpla su tiempo. Porque el niño de cien años, y el que muere pecador centenario, será maldito. Porque no será apropiado que en la ciudad de Jerusalén y el pueblo de Dios, que recibirá la creación eterna de exultación y alegría, se oiga más voz de llanto y clamor; cuando el dolor, la tristeza y el gemido hayan desaparecido. Porque las cosas contrarias no pueden coexistir. Y donde hay exultación y alegría, que son fruto del Espíritu Santo, allí no puede habitar el llanto y el lamento, que son propios de los que lamentan y lloran, y especialmente el clamor, que Pablo expulsa de la Iglesia de los creyentes, para que no hagamos clamor por juicio a semejanza de los judíos (Efesios IV). En tal ciudad no habrá diferentes edades: niño y anciano, pequeño y grande, que no cumpla sus días; sino que como hijos de la resurrección, todos llegarán a ser un hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, para que a nadie le falten los espacios de los años, ni le sobren, y mientras uno aún no tiene fuerzas sólidas, otro deje de ser lo que fue, y se marchite en la edad decrépita; y todos llegarán al número centenario, como fue Abraham, quien recibió la promesa del hijo Isaac a esta edad (Génesis XXI). De cuyas alabanzas del número, no es necesario recordar muchas cosas, para que la discusión no sea superflua. Solo decimos esto, que diez décadas tienen lados iguales, y poseen la firmeza de la forma cuadrada. En las promesas también, por lo que hemos consumido [o despreciado], el Señor nos promete multiplicado el ciento por uno, y en la buena tierra la semilla que cae, primero tiene el número centenario de fruto abundante. Finalmente, Isaac sembrando una sola semilla de fe, recibió multiplicadas las obras de su trabajo en este número. En aquel tiempo, cuando la edad de todos sea una, tanto el santo como el pecador serán perfectos en la misma

resurrección, y no variarán entre sí en el tiempo; sino que uno será llevado a las recompensas, y otro a los castigos: y en eso el pecador será maldito, porque sufrirá penas eternas en un cuerpo incorrupto. También lo que leemos en el Apocalipsis de Juan (Cap. XX), después de la resurrección, que se presentarán ante el juez pequeños y grandes, no significa diferencias de edades, sino de méritos. Porque quien es pequeño según la sentencia de Salomón, es digno de misericordia: Pero los poderosos sufrirán tormentos poderosamente (Sabiduría VI, 7). En este sentido también las palabras del Señor concuerdan: El siervo que conoce la voluntad de su señor, y no la hace, recibirá muchos azotes (Lucas XII, 47). Pero el que no la conoce, y hace cosas dignas de azotes, recibirá pocos. El bienaventurado apóstol Pablo, explicando la antigua Escritura con Cristo hablando en él, afirma que el patriarca Abraham es padre no solo de la circuncisión, sino también de la incircuncisión (Romanos IV), es decir, que de él nacieron dos pueblos, y que el que nació según la carne, centenario por causa de Cristo, que fue engendrado de la descendencia de Abraham, al que él extendió la mano, está sujeto a la maldición perpetua. Esta figura la enseñan los Evangelios (Marcos V), en los cuales se dice que la hemorroísa comenzó a enfermar cuando nació la hija del jefe de la sinagoga, y cuando esta fue sanada, inmediatamente aquella murió, en un mismo espacio de años, el nuevo pueblo permanece en la juventud, y el viejo muere en la infidelidad, y es maldito. Esto lo hemos dicho según los Setenta intérpretes, cuya edición está difundida por todo el mundo: para que no parezca que en un lugar tan famoso recurrimos a la fortaleza de la lengua hebrea. Lo que si lo entiendes después de la resurrección en la segunda venida del Salvador, o después del bautismo en la primera resurrección que se debe creer, no está en desacuerdo con la fe de la Iglesia. Los hebreos sostienen que esto sucederá antes de la resurrección en el reino de mil años sobre la tierra, y que se prometen espacios de vida tan largos, que cien años se considerarán como infancia; y que el pecador morirá en el centésimo año de su vida: para que no disfrute de las riquezas preparadas; sino que por el pecado, sepa que es maldito. Pero si es así, ¿dónde estará la bienaventuranza perfecta, que es violada y corrompida por el pecado, y el pecado es castigado con muerte prematura?

(Vers. 21. 22.) Y edificarán casas, y habitarán; y plantarán viñas, y comerán sus frutos. No edificarán, y otro habitará: no plantarán, y otro comerá. LXX de manera similar. De estas casas, el discurso profético en el salmo sesenta y ocho promete, diciendo: Porque Dios salvará a Sion: y se edificarán las ciudades de Judá, y habitarán allí, y la adquirirán como herencia, y la descendencia de sus siervos la poseerá: y los que aman su nombre habitarán en ella. Todo esto los judíos lo entienden carnalmente, para que Jerusalén y las ciudades de Judá sean restauradas a su estado anterior. Pero si les concedemos esto, escuchen que no solo esto se promete a Jerusalén, sino también a Sodoma, diciendo Ezequiel: Sodoma será restaurada a su estado antiguo (Ezequiel XVI, 55). Por lo tanto, las casas en las que habitarán quienes las edifican, deben entenderse como Virtudes, o diversas mansiones en el Padre; que poseerá continuamente quien las haya edificado. Tal como se dice que las parteras edificaron para sí mismas en Éxodo, que temían a Dios: aunque está escrito en hebreo, que Dios les edificó casas, porque le temieron (Éxodo I). Y Jacob, porque era simple, o como se dice en griego ἄπλαστος, es decir, no ficticio; ni como aquellos que son condenados en la Epístola de Pedro, de quienes dice: En avaricia con palabras fingidas harán negocio de vosotros (II Pedro II, 3); por eso habitaban en la casa, que Esaú, que se deleitaba en las fieras y los bosques, no pudo poseer. Tal casa también las palabras del Salvador en el Evangelio describen: Todo el que viene a mí, y oye mis palabras, y las hace, será semejante a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca (Mateo VII, 24), y lo demás. De lo contrario, según la letra, muchos santos edifican casas, y no habitan en ellas, ya sea por peregrinación, o por el robo de otro, o por muerte. Como fue Job, quien rico en carne y espíritu, fue llevado a tal pobreza, que se sentó en un estercolero fuera de la puerta de la ciudad (Job II). Por el contrario, aquel rico en

el Evangelio vestido de púrpura edificó una casa, y habitó en ella, a quien muy acertadamente se le podría decir: Necio, esta noche te será quitada tu alma; y lo que has preparado, ¿de quién será? (Lucas XII, 20). No solo dice, edificarán casas, y habitarán en ellas: sino que también plantarán viñas, y ellos mismos comerán su fruto. Según lo que se dice en Miqueas: Cada uno descansará bajo su vid y bajo su higuera; y no habrá quien los aterrorice (Miqueas IV, 4). Esta es la vid que en el Evangelio decía: Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos, y mi Padre es el labrador (Juan XV, 5). Todo el que no da fruto será cortado, y echado al fuego (Mateo III, 10). Sus frutos se comen y beben, y alegran el corazón del hombre, y embriagan a los amigos del esposo, y se beben diariamente en el reino de Dios. Bajo la higuera descansa, y no teme las insidias de nadie, quien disfruta de la dulzura del Espíritu Santo, y se sacia de sus frutos, caridad, gozo, paz, fe, continencia, paciencia. De este tipo de plantador se dice: El que planta una higuera, comerá sus frutos (Amós IX, 14). Quien haya edificado tales casas, y plantado tales viñas, de las cuales también habla el Apóstol: Yo planté, Apolo regó, Dios dio el crecimiento (I Corintios III, 6), comerá los trabajos de sus manos (Salmo CXXVII); y sembrando en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna (Juan IV): ni será suplantado por las artimañas del diablo y sus secuaces.

(Vers. 23 seqq.) Porque los días de mi pueblo serán como los días de un árbol, y las obras de sus manos envejecerán con mis elegidos. No trabajarán en vano, ni engendrarán en confusión: porque son la descendencia de los benditos del Señor, y sus nietos estarán con ellos. Y será que antes de que clamen, yo responderé: aún mientras estén hablando, yo escucharé. El lobo y el cordero se alimentarán juntos, y el león y el buey comerán paja, y el polvo será el alimento de la serpiente. No harán daño ni destruirán en todo mi monte santo, dice el Señor. LXX: Porque según los días del árbol de la vida, serán los días de mi pueblo: mis elegidos harán que las obras de sus labores envejezcan: no trabajarán en vano, ni engendrarán hijos para maldición: porque son la descendencia bendita del Señor, y sus nietos estarán con ellos. Y será que antes de que clamen, yo los escucharé: aún mientras estén hablando, diré, ¿qué es? Entonces los lobos y los corderos se alimentarán juntos: y el león comerá paja como el buey, y la serpiente comerá tierra como pan. No harán daño ni corromperán en mi monte santo, dice el Señor. La morada y plantación de los justos será eterna, para que los días de la vida de mi pueblo se comparen con los días de la vida del árbol, del cual se dice en los Salmos: El justo florecerá como la palma (Sal. XCI, 13), triunfando diariamente sobre los adversarios y portando el emblema de la victoria. Pero si leemos según los Setenta, días del árbol de la vida, que más bien traducen el sentido del hebreo que las palabras, entendemos el árbol de la vida, que está situado en el paraíso. Para que Adán no extendiera su mano hacia él y viviera, fue expulsado del paraíso (Génesis, III). En cuya custodia se colocó el querubín, es decir, la multitud del conocimiento, y una espada flamígera, para guardar el camino del árbol de la vida, no sea que Adán, estando en pecado y aún sin reconocer sus faltas, comiera de él y muriera en la desesperación de la impenitencia y la soberbia. Salomón explica más claramente qué es este árbol de la vida, quien al hablar de la sabiduría de Dios dice: Es árbol de vida para todos los que se acercan a ella, y quienes se apoyan en ella, como en el Señor, son firmes (Prov. III, 18); sin duda significa el Verbo de Dios, quien es el camino y la sabiduría, y habla de sí mismo: Yo soy la vida (Juan XI, 25). Y de quien el Profeta canta: Todo lo hiciste con sabiduría: la tierra está llena de tu creación (Sal. CIII, 24); y el apóstol Pablo: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Las obras del pueblo de Dios tampoco envejecerán, sino que se renovarán diariamente, para que no caminen en la antigüedad de la letra, sino en la novedad del espíritu (Rom. VII). Así como por la desobediencia de un hombre, muchos fueron constituidos pecadores: así por la obediencia de un hombre, muchos serán constituidos justos. O ciertamente debe decirse que

sus obras envejecen, cuyas casas fundadas sobre la roca permanecen para siempre, y quienes edificaron sobre el fundamento de Cristo, oro, plata, piedras preciosas (I Cor. III): y por el contrario, las obras de aquellos perecen, cuyas casas fundadas sobre la arena son derribadas por una tormenta repentina; y quienes edificaron sobre el fundamento de Cristo, madera, heno, paja. ¿No te parece que envejece diariamente sus obras, quien olvidando lo pasado, se extiende hacia el futuro? De ahí que se diga Antiguo y Nuevo Testamento: no porque el antiguo perezca, sino porque al nuevo no le suceda otro. Esto también puede decirse según el hebreo, que las obras del pueblo y de los creyentes en Cristo son fruto de los Apóstoles, es decir, de los elegidos de Dios, y se guardan en sus tesoros. Porque muchos son llamados, y pocos elegidos (Mat. XX). Estos no trabajarán en vano, como una vez trabajaron los judíos; sino que comerán los frutos de sus manos. Ni engendrarán en confusión, o en maldición, y como se expresa más claramente en hebreo, εἰς ἀνυπαρξίαν, que en su lengua se dice LABALA () [Al. LABAALA] esto es, para que dejen de existir, y tengan fin en su sustancia: para lo cual Aquila, Símaco y Teodocio interpretaron como prisa: para que no se apresuren a creer sin razón: sino que imiten a Natanael, quien fue alabado por la voz del Señor: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan XX, 47), quien buscaba a Cristo con la autoridad de las Escrituras, y deseaba reconocerlo de los Profetas diciendo: ¿Puede algo bueno salir de Nazaret? Y el sentido es: ¿Cómo me traen al Mesías de Galilea y Nazaret, a quien sé que fue prometido de Belén de Judá? Los Apóstoles y los hombres apostólicos engendrarán hijos de tal manera que los instruyan con las Sagradas Escrituras, para que no imiten la maldición de los judíos, sino que digan con el Profeta: Por tu temor, Señor, concebimos en el vientre, y dimos a luz y parimos (Isaías XXVI, 18). De estos se había dicho: Bendita será la descendencia de tu vientre (Deut. XXVIII, 4). Tales son los hijos de Abraham, que hacen sus obras: y en la historia antigua se llaman hijos de los Profetas (Juan VIII): tales como en el Nuevo Testamento los Apóstoles engendraron (Hechos XVI), Pablo a Timoteo, Lucas y Tito, y muchos otros; Pedro al evangelista Marcos, y los demás a otros, cuya descendencia es bendita, y hasta ahora es bendecida, y permanecen los hijos de los hijos. De los cuales el Profeta dice: Bienaventurado el hombre que teme al Señor, en sus mandamientos se deleitará en gran manera. Su descendencia será poderosa en la tierra, la generación de los rectos será bendecida (Sal. CXI, 1, 2). Y en otro lugar: Tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa. Así será bendecido el hombre que teme al Señor (Sal. CXXVII, 4, 5). Por el contrario, de Judas el traidor, y de todos los que son como él, se dice: Sean sus hijos huérfanos, y su esposa viuda. Que sus hijos sean vagabundos y mendiguen, y sean expulsados de sus casas (Sal. CVIII, 9, 10). Porque el fin de una generación mala es pésimo. Conciben dolor y dan a luz iniquidad. De cuyo príncipe está escrito: He aquí que concibió injusticia, concibió dolor, y dio a luz iniquidad (Sal. VII, 15). Pero si esto se dice de los impíos, ¿cómo es que Samuel, hombre bendito y justo, engendró hijos perversos, que no caminaron por el camino de su padre (I Reg. VIII); y David, de cuya descendencia nació Cristo, engendró dos hijos, Amnón y Absalón, de los cuales uno fue parricida de su hermano, y el otro de su padre (II Reg. XIII, XV y XVI)? De todo esto aprendemos que los hijos y nietos deben entenderse según lo que hemos dicho. Según lo cual también Pablo engendra hijos hasta que Cristo se forme en ellos, y engendra a Onésimo en cadenas (Gál. IV). Cuando clamen, serán escuchados de inmediato, y mientras estén hablando, el Señor dirá, Aquí estoy. Todo lo cual también vemos cumplido literalmente en los Hechos de los Apóstoles. Porque no podrían todas las naciones haber creído en tan poco tiempo, si la fe de ellos no hubiera sido de alguna manera extorsionada por los milagros de las señales. Porque mientras los Apóstoles y los hombres apostólicos hablaban y clamaban, el Señor respondía con la magnitud de las señales, para que Dorcas se levantara a las oraciones de Pedro (Hechos IX), para que el padre de Publio en la isla de Malta, con fiebre y disentería, enfermedades que son contrarias entre sí, fuera sanado por las oraciones de Pablo, y para que todo el mundo dijera

que los dioses caminaban entre los hombres (Hechos XXVIII). Entonces el lobo y el cordero se alimentaban juntos, el perseguidor Pablo y el discípulo Ananías (Hechos IX). Aquel lobo, del cual está escrito: Benjamín es un lobo rapaz, por la mañana devorará la presa, y por la tarde repartirá los despojos (Gén. XLIX, 27); o como se dice en hebreo, dividirá los despojos. Su doctrina fue alimento para los creyentes, y quien en todo el mundo triunfó sobre los adversarios superados. Los corderos deben ser considerados todos aquellos que en vestiduras blancas siguen al Cordero dondequiera que va (Apoc. XIV), a quienes el Señor entregó a Pedro para que los apacentara diciendo: Apacienta mis corderos (Juan XXI, 16). El león también comerá paja como el buey, cuando hombres muy elocuentes, y una vez poderosos en el mundo, se entreguen a la rusticidad de las Escrituras, para que no se alimenten de la elocuencia secular, que gotea como miel de los labios de la ramera, sino que sigan la vileza y la paja de la historia, hasta que con mucho trabajo e industria merezcan llegar al grano de los sentidos. De las cuales pajas y grano habla Jeremías: ¿Qué tiene la paja que ver con el trigo?, dice el Señor (Jer. XIII, 28). Y es de considerar que no se convierta el buey en rabia, sino que el león se transforme en mansedumbre. La serpiente también, que acechaba el talón del hombre, y cuya cabeza era acechada por el hombre, no se alimentará de la destrucción de otros, sino que comerá tierra o polvo como pan (Gén. III). O ciertamente debe entenderse así, que el diablo, que antes se alimentaba de la muerte de los hombres, solo comerá a aquellos que son polvo y tierra: por todo lo cual se demuestra la conversión de los malos en bien, que serán inofensivos, habiendo dejado atrás su antigua ferocidad: no fuera, sino en el monte santo del Señor, es decir, en la Iglesia, y en la confesión de ese monte, del cual fue herido el príncipe de Tiro, y que cortado del monte sin manos, creció en un gran monte, y llenó el mundo (Daniel II). Preguntemos en este lugar a los judíos, y a todos los que bajo el nombre de cristianos aún comen las pajas de las Escrituras, que separadas del trigo por el aventador del Señor, serán entregadas al viento y a las llamas, ¿qué felicidad se debe estimar, para que en el reino de mil años, en el monte Sion, ciudad de Cristo de la Jerusalén presente; y en el Templo más augusto, lobos y corderos, leones y bueyes, serpientes y hombres coman juntos, y habiten juntos? y que solo sean inofensivos aquellos que habiten en el monte santo del Señor? De lo cual entendemos que todos los que estén fuera del monte serán destruidos. Por lo tanto, el mundo entero será desnudado para los lobos, leones, osos, leopardos y serpientes, y otras bestias; y los inmensos bosques, y la vasta soledad de Egipto, que es fértil en animales venenosos, y como suma felicidad, la ciudad santa no solo será morada de hombres, sino también de bestias y serpientes, para que según la profecía anterior, habite el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito, el becerro y el león, y las ovejas con los osos moren juntos (Isaías XI); y un niño pequeño los guíe, y un infante de pecho extienda su mano en el agujero de la áspid, y en su cueva mate al basilisco. Y la causa de tanta felicidad será porque toda la tierra está llena del conocimiento del Señor.

(Cap. LXVI---Vers. 1.) Así dice el Señor: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Cuál es esta casa que edificaréis para mí, y cuál es este lugar de mi descanso? Todas estas cosas las hizo mi mano, y todas estas cosas fueron hechas, dice el Señor. LXX de manera similar. Para que no entendamos el monte santo como Sion, y cubramos con error judaico, quienes piensan que Jerusalén debe ser reconstruida, y todo lo que el Señor promete debe cumplirse carnalmente allí, nos quita esta sospecha; y pone el testimonio que usó Esteban, el primer mártir en Cristo, contra la contención judía (Hechos VII). Salomón le edificó una casa, sin duda a Dios; pero no habita en lo alto en cosas hechas por manos, como dice el Profeta: El cielo es mi trono: pero la tierra es el estrado de mis pies. Y Pablo en el mismo volumen: Dios que hizo el mundo, y todo lo que en él hay, no habita en templos hechos por manos (Hechos XVII, 24). Porque si a semejanza de quien se sienta en un trono y reina, el cielo es su trono, y la tierra el estrado de sus pies, ¿cómo será encerrado en un lugar

pequeño, quien llena todo, y en quien están todas las cosas? Por lo cual también Moisés: No digas, dice, en tu corazón, Está lejos: porque Dios está en el cielo arriba, y sobre la tierra abajo: y no hay otro Dios fuera de él (Deut. IV, 39). Y el salmista: ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás: si desciendo a los infiernos, allí estás (Sal. CXXXVIII, 7). A quien también Jeremías se ajusta, diciendo: Dios cercano soy: y no de lejos Dios. ¿Acaso alguien podrá esconderse en lugares ocultos, y yo no lo veré? ¿No lleno yo el cielo y la tierra? (Jer. XXIII, 23, 24). Porque en él todos somos y nos movemos (Hechos XVII). Esto lo dice para convencer el error judaico, que piensan que el Dios invisible, incorpóreo e incomprensible, puede ser encerrado en el templo de Jerusalén. Lo cual también el mismo Salomón, constructor del Templo, confiesa más extensamente en su oración al Señor (III Reg. VIII). Y para que no pensemos que la magnitud de Dios debe medirse por el cielo y la tierra, en otro lugar leemos de él: Quien sostiene el cielo con su palma, y la tierra con su puño (Isaías XL, 12). Por lo cual se muestra que Dios está tanto por fuera como por dentro, infundido y circundado, mientras que no está encerrado por el trono que lo rodea, y encierra con su puño y palma. Quien no solo es creador del cielo y la tierra, sino también de los ángeles invisibles, arcángeles, dominaciones, potestades, y de todos los hombres, de los cuales habla el Apóstol (Col. I): todas estas cosas las hizo la mano de Dios. De la cual también Job y el salmista recuerdan: Tu mano me hizo y me formó (Job X, 18; Sal. CXVIII, 73). Porque todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho. De lo cual nuevamente Juan: En el mundo, dice, estaba; y el mundo por él fue hecho (Juan I). Porque él dijo, y fueron hechas, él mandó, y fueron creadas (Sal. XXXII). Y esto que la Escritura del Génesis muestra con lenguaje místico, dijo Dios, y Dios hizo (Gén. I). Porque por la palabra del Señor fueron firmados los cielos, y por el espíritu de su boca toda su virtud. Y no hay lugar de descanso del Señor, sino este que el Profeta añade.

(Vers. 2, 3.) ¿A quién miraré, sino al pobre y contrito de espíritu, y al que tiembla ante mis palabras? El que sacrifica un buey es como si matara a un hombre. El que inmola un cordero es como si decapitara a un perro. El que ofrece una ofrenda es como si ofreciera sangre de cerdo. El que recuerda el incienso es como si bendijera a un ídolo. LXX: ¿Y sobre quién miraré, sino sobre el humilde y tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras? ÷ El inicuo que sacrifica un becerro es como si golpeara a un hombre. El que sacrifica del rebaño es como si matara a un perro. El que ofrece harina es como si ofreciera sangre de cerdo. El que da incienso como memorial es como un blasfemo. Al haber sido retirado el altar y el templo terrenal, que fue construido por manos humanas, correctamente se retiran también las víctimas de los judíos, no sea que digan: No somos tan necios como para pensar que Dios puede ser encerrado en un lugar; pero en un lugar separado para el sacrificio, ofrecemos víctimas a Dios, que están prescritas por la ley. Por lo tanto, el habitante del cielo, más bien el Creador de todo, que niega tener un templo en la tierra, asume con gusto al hombre humilde y tranquilo, y que tiembla ante sus palabras, como templo, según lo dicho por el Apóstol: Vosotros sois el templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros. Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (I Cor. III, 16, 17). Por tanto, cualquiera que sea humilde y tranquilo, y que tiemble ante las palabras de Dios, el Señor lo mira; y de él se puede entender lo que se profetiza bajo el nombre de tierra: La tierra tembló y se aquietó cuando Dios se levantó para juzgar (Sal. LXXV, 9, 10). Porque sus habitantes, por quienes metonímicamente se llama tierra, considerando el juicio de Dios, cesan de las malas obras; y sentados en casa, descansan en el eterno sábado, para no moverse hacia la obra servil del pecado, como los constructores de la torre movieron sus pies desde Oriente, y dejaron el verdadero origen de la luz. Ni escucharon lo que se dice a Caín: Pecaste, descansa (Gén. IV). Pero según los Proverbios de Salomón: El

que escucha a Dios habitará confiado, y descansará sin temor de ningún mal (Prov. I, 33). Este es el humilde y pobre, y contrito de espíritu, y que tiembla ante las palabras del Señor, de quien está escrito en el Evangelio: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Y en otro lugar: Bienaventurado el que piensa en el necesitado y pobre (Sal. XL, 1). Y de nuevo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres (Is. LXI, 1). Y lo que sigue en la edición Vulgata: El inicuo, en hebreo no se encuentra, sino que simplemente une y dice: El que sacrifica un buey es como el que mata a un hombre. Lo cual también está escrito en otro lugar: Misericordia quiero, y no sacrificio: el conocimiento de Dios más que holocaustos (Oseas VI, 6). Y por Malaquías: Todo lo que odiaba, hacíais: cubriendo de lágrimas mi altar: ¿es digno que mire vuestro sacrificio, y reciba algo placentero de vuestras manos? (Mal. II, 13). Que los judíos escuchen que Dios no busca sacrificios, sino el ánimo de los que ofrecen. Y el que inmola, dice, un animal, es como el que decapita a un perro. Por eso también está escrito por Moisés: No ofrecerás el salario de una prostituta, ni el precio de un perro en la casa de tu Dios (Deut. XXIII, 18). Y bellamente se unen el perro y la prostituta, porque ambos animales son propensos a la lujuria. Y consideremos al mismo tiempo que no dijo: El que inmola un carnero, como el que inmola un perro; sino que dice, mata a un perro. Palabra que no se usa en los sacrificios, sino en aquellos que son ilícitamente asesinados. El que ofrece una ofrenda y sacrificio, como el que ofrece sangre de cerdo. Lo cual también está prohibido por la Ley, tales son las ceremonias de los judíos (Lev. XI, y Deut. XIV). El que da incienso es como un blasfemo, más bien como el que bendice a un ídolo. Pero también puede tener este sentido: Después de mi Hijo que vino manso y pobre, montado sobre un pollino de asna, no quiero carnes, detesto las víctimas de los judíos, repruebo las sombras de la Ley, porque me deleita la verdad del Evangelio (Zac. IX, y Mat. XXI, y Luc. XIX, y Juan XII). Pero si esto se dice, que después del relámpago del Evangelio, la antigua religión cesa en la nube: ¿qué responderán los que creen que los judíos pueden ofrecer sacrificios carnalmente sin culpa? (Vers. 4.) Todas estas cosas eligieron en sus caminos, y en sus abominaciones su alma se deleitó. Por eso también yo elegiré sus ilusiones, y lo que temían, les traeré. Porque llamé, y no había quien respondiera: hablé, y no escucharon: hicieron lo malo ante mis ojos: y lo que no quería, eligieron. LXX: Y ellos eligieron sus caminos, y sus abominaciones su alma deseó: y yo elegiré sus ilusiones, y les retribuiré sus pecados. Porque los llamé, y no obedecieron: hablé, y no escucharon. E hicieron lo malo ante mis ojos, y lo que no quería eligieron. Sacrificar un buey, inmolar un carnero, ofrecer sacrificio, encender incienso, que Dios tiene como homicidio, y ofrenda de perro: y sangre de cerdo y blasfemia ellos eligieron; y para que tales cosas adoraran, fue de su libre albedrío; según lo que dice por Ezequiel: Les di estatutos no buenos, y preceptos no buenos (Ezeq. XX, 11). Y en sus caminos, dice, anduvieron, no en el camino del Señor. Y sus abominaciones su alma deseó, para que fueran más amantes de sí mismos que amantes de Dios. Por lo cual, eligiendo ellos sus caminos, y no a aquel que dice: Yo soy el camino (Juan XIV, 6), también el Señor eligió sus ilusiones, o sus burladores, que en hebreo se llaman THALULE (), es decir, ἐμπαῖκται, para constituir príncipes pésimos, y traer todos sus males, o lo que temían. Y da las razones por las cuales fueron entregados a los escribas y fariseos, sus burladores, de quienes el primer salmo según los hebreos canta: Y en la silla de los burladores no se sentó: a quienes los Setenta llaman pestilentes: tales como fueron los hijos de Elí, hijos de pestilencia, por lo cual en hebreo está escrito BELIAL [Al. BLIAL] (), esto es, del diablo. Porque, dice, llamé, y no había quien respondiera: hablé, y no escucharon: e hicieron lo malo ante mis ojos: y lo que no quería eligieron. Estos versos los pone por segunda vez en el presente lugar, y arriba, donde se dice: Os contaré con la espada, y todos caeréis en la matanza: porque llamé, y no respondisteis (Isai. LXV, 12), y lo demás de manera similar. Este testimonio, en qué sentido debe ser tomado, se dijo allí.

(Vers. 5.) Escuchad la palabra del Señor, los que tembláis ante su palabra. Dijeron vuestros hermanos que os odian, y os rechazan por mi nombre: Glorifíquese el Señor, y veremos en vuestra alegría: pero ellos se avergonzarán. LXX: Escuchad la palabra del Señor, los que tembláis ante su palabra. Decid a vuestros hermanos, que os odian, y abominan para que el nombre del Señor sea glorificado: y aparezca en su alegría: y ellos se avergonzarán. De quienes ya había dicho antes: ¿Sobre quién miraré, sino sobre el humilde y tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras? A estos les ordena que, despreciando las víctimas de los judíos, y todo el orgullo de los escribas y fariseos, pasen a su culto, a quien llamando ellos no quisieron escuchar, y despreciaron, e hicieron lo malo ante sus ojos. Y no contento con este fin de los preceptos, les ordena el mandamiento del Evangelio (Luc. VI), que amen a sus enemigos, hagan bien a los que los odian, y oren por sus perseguidores, e imiten la clemencia del Padre, que hace salir su sol sobre justos e injustos: Para que viendo, dice, vuestras obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Lo cual después de la comprensión general se ordena especialmente a los apóstoles y hombres apostólicos, que amen a los judíos sus perseguidores, y a los que los abominan, los tengan en lugar de hermanos, diciendo con Pedro: Varones hermanos y padres, escuchad; y con el apóstol Pablo: Tengo tristeza y continuo dolor en mi corazón por mis hermanos que son israelitas (Rom. IX, 2). El nombre del Señor se glorifica cuando los hombres ven que la ferocidad de los perseguidores se rompe con nuestra paciencia, y la mano que golpea se confunde con la vuelta de la otra mejilla. A quienes en el Evangelio se les ordena: Brille vuestra luz delante de los hombres, para que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16); y en el Apocalipsis de Juan: Temed a Dios, y dadle gloria (Apoc. XIV, 7). Pablo también escribe a los corintios, exhortándolos a la continencia: Para que glorifiquéis a Dios en vuestro cuerpo (I Cor. VI, 20). Y de nuevo: Ya sea que comáis, ya sea que bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios (I Cor. X, 31). Por eso también el Señor no devolvía maldición a los que lo maldecían (I Ped. II): y oraba por sus perseguidores. Pero lo que ordena: Decid a vuestros hermanos (Mat. XXVIII, 10), no debe tomarse simplemente, de lo contrario muchos llaman hermanos, y en el corazón no retienen la caridad, de quienes escribe el Apóstol: Confiesan conocer a Dios, pero con sus obras lo niegan (Tit. I, 16). De quienes también el Señor hablaba: No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mat. VII, 21). Así puede sostenerse esa sentencia: Nadie dice, Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3). Porque aunque los herejes digan Señor Jesús, y muchos en la resurrección dirán: Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y hicimos muchas virtudes? (Mat. VII, 22). El Señor les responderá: Apartaos de mí, no os conozco, obradores de iniquidad. Por lo tanto, decir, no se comprueba con palabras, que son fáciles, sino con afecto y obras. De lo cual aprendemos que es el mismo Señor de ambos Testamentos quien ordena que si vemos el asno de nuestro enemigo caer bajo su carga, no pasemos de largo, sino que lo levantemos con él, y si encontramos el buey o el asno errante, se lo devolvamos (Luc. XV, Mat. XVIII). Esto según los LXX. Pero según el hebreo, este me parece el sentido: Escuchad, apóstoles, escuchad, mis discípulos, que tembláis ante la palabra del Señor, os contaré lo que dijeron vuestros hermanos que os odian, y os separan, y os consideran extraños, no por vuestras malas acciones; sino por mi nombre, que consideran impuros a todos los de su gente que creen en mí, y dicen: Aléjate de mí, porque eres impuro. ¿Qué es entonces lo que se recuerda que dijeron: Glorifíquese el Señor, y veremos en vuestra alegría? El sentido de este versículo es: ¿Por qué nos introducís a un Dios humilde? ¿Por qué crucificado y varón de dolores, y conocedor de llevar enfermedades? Queremos verlo en su (como decís) majestad reinante: lo contemplaremos triunfante en su gloria, no podemos verlo humilde y abatido. E inmediatamente añade: Pero ellos se avergonzarán, se sobreentiende, los que hablan tales

cosas, que no entienden los misterios de las Escrituras, y con sus males sentirán su poder, a quien despreciaron por su humildad.

(Vers. 6.) Voz de tumulto de la ciudad, voz del Templo, voz del Señor que devuelve retribución a sus enemigos. LXX por tumulto, pusieron clamor, y lo demás de manera similar. Queremos saber cuál es la confusión de los judíos, que dijeron: Glorifíquese el Señor, para que veamos vuestra alegría, y los triunfos de vuestro rey, no con promesas vanas, sino que contemplemos con nuestros ojos. Voz, dice, de clamor de la ciudad: sin duda se refiere a Jerusalén rodeada por el ejército romano, y dividida en tres partes por la sedición interna, cuando uno tomó el Templo, y poseyó todo lo que antes era sagrado, luchando afuera contra los enemigos, y adentro contra los ciudadanos. En ese tiempo se escuchó el lamento tanto de sacerdotes y levitas, como del vulgo ignoto, mujeres y niños, cuando el Señor devolvió la retribución a sus enemigos, cumpliendo la amenaza que había dicho: Vuestra casa os será dejada desierta (Luc. XIII, 35); y aquella profecía: He abandonado mi casa. Cuando los guardianes del templo dijeron con voz de ángel: Pasemos de estos lugares. De lo cual no solo José, escritor de la historia judía, sino muchos siglos antes el salmista testifica, diciendo: Vi iniquidad y contradicción en la ciudad (Sal. LIV, 10), que rodeó sus muros todo el día y toda la noche, de modo que la ciudad fue subvertida (Miq. III), y se cumplió otra profecía: Sion será arada como un campo: y Jerusalén será dejada como una cabaña en un campo de pepinos (Is. I, 8).

(Vers. 7.) Antes de que diera a luz, parió: antes de que llegara su parto, dio a luz un varón. ¿Quién ha oído jamás tal cosa? ¿Quién ha visto algo semejante? ¿Acaso la tierra dará a luz en un solo día, o nacerá una nación de una vez? Porque Sión ha dado a luz a sus hijos. ¿Acaso yo, que hago que otros den a luz, no daré a luz yo mismo?, dice el Señor. Si yo, que otorgo generación a los demás, seré estéril, dice el Señor tu Dios. LXX: Antes de que la que está de parto dé a luz: antes de que llegue el dolor de las parturientas, huya, y dé a luz un varón. ¿Quién ha oído tal cosa, y quién ha visto algo semejante? Si la tierra ha dado a luz en un solo día; o si ha nacido una nación de una vez, porque Sión ha dado a luz a sus pequeños. Yo, sin embargo, di esta expectativa, y no te acordaste de mí, dice el Señor. ¿No hice yo a la que da a luz y a la estéril?, dice tu Dios. Con el clamor resonante de Jerusalén y su Templo, cuando fue sitiada y subvertida, y los enemigos de Cristo, que no quisieron recibir a Dios como rey, recibiendo por su impiedad y blasfemias castigos eternos, la Iglesia congregada en el nombre del Señor, de la cual se dice en el salmo: "Hombre nacido en ella: y él la fundó el Altísimo" (Sal. LXXXVI, 5), antes de que diera a luz, parió, antes de que llegara su parto, engendró un varón. Pues no mucho tiempo, como el pueblo de los judíos a través de Abraham, Isaac, Jacob, y los doce Patriarcas, y nuevamente a través de sus hijos y nietos creció en grandeza, sino que al anuncio evangélico inmediatamente todo el mundo concibió, y dio a luz un varón, que Faraón y Herodes intentaron matar, quien fue salvado en Egipto tanto en Moisés como en Cristo. Finalmente, Abraham e Isaac tuvieron hijos varones, y Jacob, padre de muchos hijos, engendró una hija, por la cual sufrió duramente (Gén. XXXIV). Y si las hijas de Salfaad reciben la herencia de su padre por sentencia de Dios (Núm. XXVII), esto debe considerarse, que su padre murió en su pecado, quien no engendró hijo alguno, y Moisés no se atrevió a juzgar sobre ellas, sino que lo refirió al Señor, quien ordenó que no permanecieran desamparadas, sino que se unieran a sus hermanos. El libro del Génesis también narra (Cap. VI), que después de que los hombres comenzaron a multiplicarse, lo cual siempre es un vicio, y les nacieron hijas, las tomaron, no los Ángeles, sino los hijos de Dios, de los cuales nacieron gigantes: o como está escrito en hebreo ἐπιπίπτοντες, es decir, irruentes. Por el contrario, al santo se le dice: "Tu esposa como una vid fecunda en los lados de tu casa. Tus hijos como brotes de olivo alrededor de tu mesa" (Sal. CXXVII, 3). Y de nuevo: "Verás a los

hijos de tus hijos" (Ibid., 6). Por lo tanto, Sión, es decir, el remanente de Israel y la fe de los Apóstoles creyentes, dio a luz al varón Señor Salvador, que fue engendrado en todo el mundo a la vez, lo que nadie ha oído, lo que ninguna historia narra, o doctrina alguna, que todas las naciones creyeran en breve tiempo. Y de todas las naciones, se formara una sola nación de cristianos, de la cual también Pablo habla: "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas" (II Cor. V, 17): según lo que está escrito en otro lugar: "Y adorarán delante de él todas las familias de las naciones: porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones. Todas las naciones que has hecho vendrán, y adorarán delante de ti, y glorificarán tu nombre" (Sal. XXI, 28 y ss.). De quien Jacob dice: "Él es la esperanza de las naciones" (Gén. XLIX, 10). Y el salmista: "Esperanza de todos los confines de la tierra" (Sal. LXIV, 6). Y el mismo Isaías que ahora estamos explicando: "Habrá una raíz de Jesé, y el que se levantará para ser príncipe de las naciones, en él esperarán las naciones" (Is. XI, 10); cumpliendo los Apóstoles lo que se les mandó: "Enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mat. XXVIII, 19), para que nazca un nuevo pueblo, del cual también canta el salmo veintiuno: "Los cielos anunciarán su justicia, al pueblo que nacerá, que hizo el Señor" (Sal. XXI, 32). Y de nuevo: "El pueblo que será creado alabará al Señor" (Sal. CI, 19). Este pueblo fue creado en un solo día, al que ilumina el sol de justicia, diciendo la Escritura: "El Señor será tu luz eterna" (Isa. LX, 19). Podemos referir esto que se dice: "Nacerá una nación de una vez, porque Sión ha dado a luz a sus hijos", también a aquel tiempo, cuando en un solo día tres mil y cinco mil del pueblo judío creyeron (Hech. II). También se dice en el mismo libro de los Hechos de los Apóstoles que de todas las naciones que están bajo el cielo, estuvieron en Jerusalén, quienes oían hablar en diversas lenguas las maravillas de Dios (Ibid.). Y lo que sigue según los LXX, "Yo di esta expectativa, y no te acordaste de mí, dice el Señor. ¿No hice yo a la que da a luz y a la estéril?, dice tu Dios", se pone más claramente en hebreo, al cual también los demás intérpretes concuerdan: "¿Acaso yo, que hago que otros den a luz, no daré a luz yo mismo?, dice el Señor. Si yo, que otorgo generación a los demás, seré estéril, dice el Señor tu Dios", según lo que se dice en otro lugar: "El que plantó el oído, ¿no oirá?, y el que formó el ojo, ¿no verá?" (Sal. XXXIX, 9); que ciertamente quien creó a todos los hombres de la nada, puede hacer de todas las naciones una parte de la Iglesia creyente en él. Finalmente, en el salmo veintiocho, donde leemos: "La voz del Señor sacude el desierto" (Sal. XXVIII, 8), en hebreo está escrito: "La voz del Señor hace parir al desierto" (Según el hebreo), para que la Iglesia, antes desierta, engendre, y se perfeccionen los ciervos con los saltos abiertos y quebrantados. Por otro lado, según los LXX, este sentido es, que en un tiempo, al anuncio de los Evangelios, una nación de todo el mundo nazca. A través de muchos profetas prometí a menudo, y no recordaste mi promesa, oh ciudad que estás llena de clamores: oh Templo que ha sido abandonado por el Señor: oh pueblo, al que devolví su retribución. ¿No hice yo, dice, a la que da a luz y a la estéril; la que antes era estéril, después dio a luz? De la cual se escribe en el salmo: "El que hace habitar a la estéril en casa, madre de hijos gozosa" (Sal. CXII, 9). O ciertamente el orden de las cosas se ha invertido: La que da a luz se ha hecho estéril, y la que antes era estéril ha dado a luz a muchos, porque esta es la sentencia del Señor.

(Vers. 10.) Alegraos con Jerusalén, y regocijaos en ella todos los que la amáis. Gozaos con ella de gozo, todos los que lloráis por ella, para que maméis y os saciéis del pecho de su consolación, para que succionéis y os deleitéis con la abundancia de su gloria. LXX: Alégrate, Jerusalén, y congregaos todos los que la amáis. Gozaos de gozo todos los que lloráis por ella, para que maméis y os llenéis del pecho de su consolación, para que después de haber succionado, os deleitéis con la entrada de su gloria. Se ordena a los Apóstoles y a los hombres apostólicos, que aman a ambas Jerusalén, y a los que lloran y lamentan por la que

cayó, y a los que esperan con todo deseo la que ha de levantarse, que se alegren con ella y en ella, que está edificada con piedras vivas, que ruedan sobre la tierra, y en semejanza de ruedas de querubines, siguen al espíritu que precede: no en aquellos que se han disuelto en cenizas eternas. De los cuales el Señor hablaba: "De cierto, de cierto os digo, no quedará piedra sobre piedra, hasta que se cumplan todas estas cosas" (Mat. XXIV, 2). Gozaos, dice, con ella de gozo, todos los que lloráis por ella. Como enseñamos arriba a Pedro y Pablo apóstoles, y a todos los que esperaban la redención de Israel, para que mamen y se llenen de los pechos de su consolación. Pues no podía ser, que la que dio a luz un varón, y era parturienta, careciera de la abundancia de leche para la educación de esa nación y de los pequeños, que nacieron a la vez, para que les ofreciera dos pechos, no como antes en Egipto, rotos y caídos, sino íntegros y con el decoro virginal, del Antiguo y Nuevo Testamento, para ofrecer la leche racional. De los cuales el esposo le habla: "Tus pechos son mejores que el vino" (Cant. I, 1). Estos eran, de los cuales decían especialmente: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" (Mat. V, 5). Y esto es de notar, que los que son pequeños, necesitan la leche de consolación, y aún se encuentran en un lugar mortal. Pero los que después de la leche de consolación han progresado al alimento sólido, abundarán en los deleites de la verdad, y en el conocimiento de la gloria abundante, que en hebreo se dice ZIZ (). Para la cual los LXX interpretaron entrada; Símaco, gordura; Teodoción, multitud. Esto lo dijimos, para explicar la palabra ambigua del salmo setenta y nueve, en el que está escrito: "La devastó el jabalí del bosque, y la bestia singular la devoró" (Sal. LXXIX, 14). Pues por lo que en nuestros y griegos códices se lee μόνιος ἄγριος, es decir: bestia singular, en hebreo está escrito ZIZ SADAI (): que Aquila tradujo, παντόδαπον χώρας, es decir, de toda clase de región, para significar que no solo por los romanos, sino por todas las naciones Israel fue devastado. La entrada gloriosa de la Iglesia debe entenderse como aquella de la que escribe el apóstol Juan: "Y en las doce puertas había doce perlas, y las calles de la ciudad eran de oro puro como vidrio transparente" (Apoc. XXI, 21). Estas perlas el Señor prohíbe echarlas delante de los cerdos (Mat. VII), que el buen mercader cuando las encuentra en los Profetas y Apóstoles, va hacia una perla preciosa, no desechando las primeras, sino buscando a través de ellas la más preciosa (Mat. XIII).

(Vers. 12.) Porque así dice el Señor: He aquí que yo haré descender sobre ella como un río de paz, y como un torrente inundante la gloria de las naciones, que mamaréis: seréis llevados en el pecho, y sobre las rodillas os acariciarán. LXX: Porque así dice el Señor: He aquí que haré descender sobre ellos como un río de paz, y como un torrente inundante la gloria de las naciones. Sus pequeños serán llevados en los hombros, y sobre las rodillas serán consolados. Construida por los Apóstoles Jerusalén, y restaurada a su estado anterior, después de que sus hijos y habitantes hayan sido consolados con los pechos, y con la abundancia de leche hayan llegado a los deleites de la verdad, por los cuales se llega a la gloria de Dios: entonces el Señor hará descender sobre ella un río de paz, del cual hemos dicho a menudo: "El río de Dios está lleno de aguas" (Sal. LXIV, 10). Y: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Sal. XLV, 5); para que, poseyendo todo la paz, y cesando las guerras de las naciones, de las cuales la Escritura dice: "Dispersa a las naciones que desean la guerra" (Sal. LXVII, 32), el torrente de las doctrinas de Dios riegue los campos de los creyentes. Entonces sus hijos, o pequeños (como tradujeron los LXX) serán llevados en los hombros, y sobre las rodillas recibirán consuelo. En los hombros, de los cuales también se dijo en la profecía anterior, y que Jacob imprecó a su hijo Isacar: "Porque inclinó su hombro para trabajar" (Gén. XLIX, 15), y fue llamado hombre agricultor. Pues con sudor y gran trabajo llegamos a la abundancia de frutos. Por eso se dice a Sión por Jeremías: "Pon tu corazón en tus hombros" (Jer. XXIV, 7), para que de los mandamientos entienda al Señor, imitando a aquel de quien está escrito: "Jesús comenzó a hacer y a enseñar" (Hech. I, 1), para que la fe no sea ociosa, sino que a

través de las obras corra hacia la recompensa. Las rodillas y el regazo, qué significan, ya lo expuse brevemente antes, y ahora Abraham puede enseñarnos con su ejemplo, en cuyo seno descansa Lázaro, y todos los que vienen de Oriente y Occidente, que se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob.

(Vers. 13, 14.) Como si una madre acariciara a alguien, así yo os consolaré, y en Jerusalén seréis consolados. Veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos brotarán como la hierba. Y se conocerá la mano del Señor a sus siervos, y se indignará contra sus enemigos. LXX en lugar de siervos, pusieron temerosos; en lugar de enemigos, incrédulos: lo demás es similar. Aprendemos la misericordia del Creador hacia sus criaturas con el ejemplo de las madres, que alimentando a sus hijos con amor en el regazo, superan toda caridad. Finalmente, queriendo Dios mostrar cómo ama a los que creó: "¿Acaso olvidará la mujer para compadecerse del hijo de su vientre? pero aunque ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti" (Isa. XLIX, 15). Este sentido también lo tiene aquel pasaje evangélico, en el que el Señor habla a Jerusalén: "Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste" (Mat. XXIII, 37). Y Deuteronomio, en el que resuena algo similar: "Como el águila protege su nido, y desea a sus polluelos: extendiendo sus alas, los toma, y los lleva sobre sus hombros" (Deut. XXXII, 11). Dicen quienes han escrito sobre las naturalezas de los animales, que es innato en todas las bestias, y en los animales de carga, y en las aves, el afecto hacia sus hijos y polluelos, pero que el amor de las águilas es el mayor, que colocan sus nidos en lugares altos e inaccesibles, para que la serpiente no dañe a sus crías. También se dice que entre sus polluelos se encuentra la piedra amatista, que supera todos los venenos. Si esto es cierto, correctamente el afecto de Dios hacia sus criaturas se compara con las águilas, que con toda custodia protegen a sus hijos, para que el dragón y la serpiente antigua, el diablo y Satanás, no se acerquen a las crías recién nacidas, para que al nombre de la piedra, que se pone en los cimientos de Sión, se rompan todas las insidias de los adversarios. Esta Jerusalén, en la que los hijos serán consolados por la madre, y serán acariciados en las rodillas, es aquella de la que escribe el Apóstol: "Pero la Jerusalén de arriba, que es libre, es la madre de todos nosotros" (Gál. IV, 26). De cuya leche de consolación saciado, consolaba a los demás, que necesitaban de sus palabras, diciendo: "Bendito sea Dios, Padre de misericordias, y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación, para que también nosotros podamos consolar a los que están en cualquier tribulación, por la consolación con que nosotros mismos somos consolados por Dios" (I Cor. I, 3). Después de que hayan sido consolados, se les dirá: "Y veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos brotarán como la hierba", o "florecerán", según Símaco (Juan XVI, 22). Verán, sin duda, a Dios, que es la verdadera alegría. De los cuales el Señor hablaba: "Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios" (Mat. V, 8). Cuya visión es el gozo perfecto, que habita en el corazón de plena fe: y la germinación de los huesos sigue, de los cuales ya hemos hablado antes. Si el lector lo ha olvidado, que recurra a la explicación anterior. Es mejor que relea lo escrito, que nosotros repitamos lo dicho. Y se conocerá, dice, la mano del Señor a sus siervos, o a los que le temen, y se indignará contra sus enemigos, o incrédulos. La mano, sin embargo, se toma por el poder, que Dios puede hacer todo lo que promete, según aquello que Moisés habla a Faraón de parte de Dios: "Ahora enviaré mi mano, y te heriré, y a tu pueblo destruiré, y serás borrado de la tierra" (Éx. III, 20). Y nuevamente él mismo al mismo tirano: "He aquí, la mano del Señor estará sobre tu ganado" (Éx. IX, 4); de la cual el salmista decía a Dios: "Tu mano destruyó a las naciones, y los plantaste a ellos" (Sal. XLIII). O ciertamente la mano del Señor debe entenderse como Cristo, de quien también leemos arriba: "Mi mano hizo todas estas cosas". Que el Señor hará conocer a sus siervos y a los que le temen, y se indignará contra sus incrédulos y enemigos, para que a unos prometa premios, y a otros amenace con castigos. En lo cual debe

considerarse la propiedad de las palabras, que no dijo: "Infligirá a sus enemigos"; sino "amenazará", para que, disuadidos por la amenaza, también ellos pasen al servicio del Señor.

(Vers. 15, 16.) Porque he aquí que el Señor vendrá en el fuego: y como un torbellino sus carros, para devolver en indignación su furor, y su reprensión en llama de fuego. Porque en el fuego el Señor será juzgado, y con su espada a toda carne: y se multiplicarán los muertos por el Señor. LXX: He aquí que el Señor vendrá como fuego, y como tormenta sus carros, para devolver en furia su venganza: y reprensión en llama de fuego. Porque en el fuego del Señor será juzgada toda la tierra: y con su espada caerá toda carne: muchos serán heridos por el Señor. La mano del Señor, que se hará conocida a sus siervos y a los que le temen, amenaza a los incrédulos, o a sus enemigos, para que si no hacen penitencia, soporten lo que sigue: Porque he aquí, dice, el Señor vendrá en el fuego, y como un torbellino o tormenta sus carros. Debemos entender estas como potestades angélicas, cuando el Señor venga en la gloria del Padre con sus ángeles, a juzgar a vivos y muertos: no porque el Señor sea fuego, sino porque a los que soportan penas, se les parecerá fuego. Y aunque Moisés haya dicho (Deut. IV, 24), lo mismo confirmando el Apóstol (Hebr. XII, 29): Dios es fuego consumidor. Sin embargo, el Salvador, expresando la sustancia de la divinidad, dice: Dios es Espíritu (Juan IV, 24). Entre el espíritu y el fuego, según la comprensión corporal, hay mucha diversidad. Si es fuego o espíritu, ¿cómo se dice que tiene ojos, oídos, manos, pies, y vientre, y demás miembros del cuerpo, cuando el espíritu y el fuego no los tienen? Dios es llamado fuego consumidor, para que consuma en nosotros todo lo que es vicio, heno, madera y paja, y las espinas, es decir, las preocupaciones de este siglo, que la tierra infecunda ha producido en lugar de buena semilla, de la cual se dice a los Hebreos: La que produce espinas y abrojos, es reprobada y cercana a maldición: cuyo fin es la consumación (Hebr. VI, 1). De este fuego también hablaba el Señor en el Evangelio: Fuego vine a traer sobre la tierra (Luc. XII, 49). Y leemos arriba: La iniquidad arderá como fuego, y como hierba seca será consumida por el fuego (Isai. IX, 18), y toda la cizaña que el enemigo sembró mientras dormía el padre de familia (Matth. XIII). De lo cual también se escribe en la Epístola de Santiago: ¡Qué gran bosque enciende un pequeño fuego! (Jac. III, 5). Y en los Proverbios: En muchas maderas el fuego prospera (Prov. XXVI, 20). Aunque en lo que es Proverbio, se pueda entender otra cosa (Eccli. XXVIII). Creo que este fuego se posó sobre las lenguas de los Apóstoles y de todos los creyentes, cuando hablaban en diversas lenguas, y disipaba todas las tinieblas del error, e iluminaba los corazones de aquellos que recibían la palabra del Señor (Act. II). Lo que sigue: Como tormenta sus carros, o sus cuadrigas, lo explicaremos con ejemplos de los Salmos, en los cuales está escrito: Dios vendrá manifiestamente, nuestro Dios, y no callará. Fuego arderá delante de él: y a su alrededor una fuerte tormenta (Psal. XLIX, 3, 4). Y en otro lugar: Los carros de Dios son diez mil veces mil, millares de los que se alegran (Psal. LXVII, 18). Con estos carros y caballos estaba rodeado Eliseo, que su siervo no podía ver. Por lo cual dijo: Señor, abre los ojos de este joven para que vea. Y abiertos, dice, los ojos, vio carros y cuadrigas, y caballos alrededor (IV Reg. VI, 17). En este carro de fuego también Elías fue arrebatado al cielo, cuando clamaba Eliseo: Padre mío, Padre mío, carro de Israel y su auriga (IV Reg. II, 12). Todo esto se narra, no porque Dios tenga carros o cuadrigas, o sea llevado por la velocidad de los caballos; de lo cual está escrito en otro lugar: El que camina sobre las alas del viento (Psal. CIII, 3); sino como se dice que se sienta en un trono, cuando asume el hábito de juez; así cuando viene a la venganza, para derrotar a sus adversarios, se muestra en el hábito de vencedor y triunfante. Del furor del Señor hemos dicho frecuentemente, que debe ser entendido como su olvido, y arrepentimiento, y tristeza, y otros afectos, que no convienen a la majestad de Dios. Y en este fuego y furor, en estos carros y en la llama de fuego será juzgada toda carne, o el mismo Señor con sus criaturas, para que no por poder, sino por la

verdad del juicio, parezca llevar la sentencia según lo que se dice más extensamente en Miqueas, y más brevemente en el salmo cincuenta: Para que seas justificado en tus palabras: y venzas cuando seas juzgado (Psal. L, 5). La espada con la que toda carne será juzgada, debe ser entendida como aquella de la que ya hemos hablado, y ahora diremos en parte: Si no os convertís, afilará su espada (Psal. VII, 13). Esta espada castigadora de la carne pecadora y de todos los vicios, los israelitas se quejan de que fue dada en manos del faraón; y dicen a Moisés y Aarón: Que Dios os vea y juzgue: porque habéis hecho abominable nuestro olor ante el faraón: para que se diera la espada en su mano, y nos matara (Exod. IV, 21). De esta espada también está escrito en Amós: Todos los pecadores del pueblo morirán por la espada (Amos IX, 10): aunque ciertamente hay otros tipos de castigos. Todo lo que pincha, golpea, atormenta y aflige, en las Escrituras santas se llama espada, con la cual serán heridos o muertos, los que no hagan la voluntad de Dios; y dejando la luz de la verdad, se envuelvan en las tinieblas del error. De los cuales está escrito en Jeremías: Si el etíope cambiará su piel (Jerem. XIII, 23). Y en Sofonías: Y vosotros, etíopes, seréis heridos o muertos por mi espada (Soph. II, 12). Todo el contenido de este lugar, en qué sentido debe ser entendido, el Apóstol lo explica más extensamente, escribiendo a los Romanos: Según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que pagará a cada uno según sus obras. A los que, según la paciencia de la obra buena, buscan gloria, honor e incorruptibilidad, vida eterna. Pero a los que por contención e incredulidad a la verdad, se adhieren a la iniquidad, ira y furor, tribulación y angustia sobre todos los hombres que obran mal, primero al judío y también al gentil (Rom. II, 5 ss.).

(Vers. 17.) Los que se santificaban, y se creían puros en los jardines tras uno adentro: los que comían carne de cerdo, y abominación y ratón, serán consumidos juntos, dice el Señor. LXX: Los que se santifican y purifican en los jardines y umbrales: comiendo carne de cerdo, y abominaciones, y ratón: serán consumidos juntos, dice el Señor. Símaco y Teodoción han interpretado este lugar así. Los que se santifican y purifican en los jardines uno tras otro, entre aquellos que comen carne de cerdo, y abominación, y ratón, perecerán juntos, dice el Señor, queriendo mostrar, no que ellos coman carne de cerdo, y abominación, y ratón, los que se santifican en los jardines uno tras otro; sino que los que se purifican se mezclan con aquellos que comen lo que está prohibido. El discurso divino acusa a los pueblos judíos, más bien a los escribas y fariseos, a quienes también el Señor acusaba, diciendo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres: pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que es elevado entre los hombres, es abominación ante Dios (Luc. XVI, 15). Por lo cual los reprendía y decía: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de inmundicia! (Matth. XXIII, 25). Y de nuevo: Que sois sepulcros blanqueados: pero por dentro estáis llenos de huesos de muertos, y de toda inmundicia (Ibid., 27): que con su boca bendecían, y con su corazón maldecían (Ps. LXI): que hablaban al Señor cosas pacíficas, y suavizaban sus palabras sobre el aceite, pero ellos mismos eran dardos, de los cuales se decía con toda razón: Este pueblo me honra con los labios: pero su corazón está lejos de mí (Isai. XXIX, 13). Dios había ordenado por medio de Moisés (Num. XIX), que si alguien era sorprendido en pecado; rociado con la ceniza de la vaca roja, y por otros modos de expiación, por sacrificios y víctimas, regresara al Templo, lo cual ellos, negligentes, en lugares de delicias y placeres, es decir, en jardines muy amenos, construían o baptisterios, o piscinas para regar los parterres: pensando que podían lavar adulterios y toda la torpeza de las lujurias con simples aguas, a los cuales se les aplicará muy acertadamente: Y purgan la noche con el río (Horat.). Y que a nadie le parezca incongruente, si lo que se hace torpemente, se explica más claramente para la corrección de aquellos que no se avergüenzan de cometer tales cosas, que es vergonzoso incluso decir, mientras se adhieren a las prostitutas como perros, y los hombres ejercen

torpeza con hombres, recibiendo en sí mismos la retribución del pecado. Los que hacen estas obras, están en voluntad y crímenes con aquellos que comen carne de cerdo, y todo lo que está prohibido por la Ley, y ratón, que nosotros llamamos lirón, o según las provincias de Oriente μυωξοὺς. Y por tanto, aquellos que comen estas cosas, y estos que ejercen toda torpeza, hacen cosas que incluso los gentiles tal vez no hacen, serán consumidos juntos (Levit. XI). Según la tropología podemos decir: Todos los amantes de la voluptuosidad más que los amantes de Dios, se santifican en los jardines y en los umbrales, porque no pueden entrar en los misterios de la verdad, y comen alimentos de impiedad, mientras no son santos de cuerpo y espíritu: ni comen la carne de Jesús, ni beben su sangre. De lo cual él mismo habla: El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna (Juan VI, 55). Porque nuestra pascua, Cristo, ha sido inmolado (I Cor. V). Que no se come fuera, sino en una casa y dentro.

(Vers. 18, 19.) Yo conozco sus obras y sus pensamientos; vengo para reunir a todas las naciones y lenguas: y vendrán y verán mi gloria. Y pondré en ellos una señal, y enviaré de entre ellos a los que se hayan salvado a las naciones en el mar, en África, en Lidia, que tienden el arco, en Italia y Grecia, a las islas lejanas: a aquellos que no han oído de mí, y no han visto mi gloria. LXX: Y yo conozco sus obras y sus pensamientos, y vengo a reunir a todas las naciones y todas las lenguas: y vendrán y verán mi gloria, y pondré sobre ellos una señal: y enviaré de entre ellos a los que se hayan salvado a las naciones, en Tarsis y Phud, y Lud y Mosoch y Thobel, y en Grecia, y en las islas lejanas, que no han oído mi nombre, ni han visto mi gloria. Antes de explicar qué significa la enumeración de tantas naciones, es necesario hablar brevemente sobre la variedad de interpretaciones. Tarsis en lengua hebrea se llama mar; y (como dicen) es una región de la India: aunque Josefo, cambiando una letra, cree que se llama Tarsus en lugar de Tarsis, ciudad de Cilicia, a la que Jonás, huyendo de Joppe, deseaba ir (Jonás I). Phud, o Phul, son los libios, y toda África hasta el mar de Mauritania, donde hoy hay un río llamado Phud, y toda la región circundante se llama Phutensis. Lud se refiere a los lidios, cuyos colonos son los etruscos, que ahora se llaman toscanos, quienes en otro tiempo eran muy hábiles en el lanzamiento de flechas, y ahora se les llama tendentes sagittam. En hebreo se lee MOSCHE CESETH (), que todos, excepto los Setenta, han traducido de manera similar como tendentes arcum: y los Setenta han puesto μοσὸχ, interpretando un nombre en lugar de un verbo. Si se acepta, significa los capadocios: cuya metrópoli es Mazaca, que después recibió el nombre de Cesarea por César Augusto. No sé qué queriendo, también en Génesis (Cap. X) interpretaron al último hijo de Aram, es decir, de los sirios de Damasco, llamado Mes, como μοσὸχ: por lo que nosotros más correctamente traducimos como Moeonas. Thubal o Thobel se interpreta como Italia o Iberia, es decir, España, por el río Ibero, de donde hoy la región de España se llama Celtiberia. De los cuales Lucano dice bellamente (Lucan, lib. IV): Los celtas de los galos mezclando su nombre con los iberos: a quienes podemos llamar galohispanos. Los griegos, que en lengua hebrea se llaman Javan, significan Jonás: de donde también los griegos son llamados jonios, y el mar Jónico. Y esto debe considerarse, que principalmente ha mencionado las naciones orientales de Japhet, uno de los hijos de Noé: aunque en Tarsis y Phud, también ha recordado a Sem y Cam, es decir, los nombres de la India y África, para mostrar todo el mundo. Viene, pues, el Señor, para reunir las obras y pensamientos de cada uno. De lo cual aprendemos que no solo las obras, sino también los pensamientos serán juzgados en el día del juicio. Porque quien haya mirado a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mat. V). De los cuales se dice: Ahora los rodean sus pensamientos: cuando el Señor juzgue los secretos de los hombres según el Evangelio de Jesucristo; para que lo que el Apóstol escribe, se confirme con la verdad del juicio, acusándose y defendiéndose mutuamente los pensamientos, en el día en que Dios juzgue los secretos de los hombres (Rom. II, 15): para

que todos nuestros pensamientos reunidos en un solo momento sean probados por el justo juez, mientras nuestra conciencia nos acusa o satisface por la falta, si son más los pecados o las buenas obras: y si son antiguos o nuevos: si han sido borrados por el arrepentimiento, o renovados por nuevos crímenes, cuando el Señor dice: He dado sus caminos en sus cabezas: y les devolveré sus pensamientos (Oseas IV, 9). Él que formó sus corazones individualmente, y entiende todas sus obras (Sal. XXXII, 15). De los cuales también leemos en otro lugar: Tú conoces los corazones de los hombres solo (II Crón. VI, 30). Porque nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (I Cor. II). Por lo cual también Dios habla a través de Jeremías: Yo soy un Dios cercano, y no de lejos, dice el Señor: ¿Acaso se esconderá el hombre en lugares ocultos, y yo no lo sabré? (Jer. XXIII, 23). Finalmente, se dice a los escribas y fariseos: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres: pero Dios conoce vuestros corazones (Luc. XVI, 15). En lo cual debe considerarse que no dijo, Padre, según las blasfemias de los herejes, para que no pareciera excluir al Hijo, sino Dios: lo cual es común al Padre y al Hijo. Porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios (Juan I, 1, 2). De quien el mismo Juan escribe: Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que alguien le diera testimonio del hombre: porque él sabía lo que había en el hombre (Juan II, 24, 25). A quien también le corresponde: Pero Jesús, conociendo sus pensamientos (Luc. VI, 8). Y en otro lugar: Pero Jesús, conociendo su malicia (Mat. XXII, 18). Y para que no haya duda, con los herejes calumniando sobre el Verbo de Dios, que conoce todo, en la Epístola a los Hebreos se dice más extensamente: Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos, y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay criatura invisible en su presencia. Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel de quien hablamos (Heb. IV, 12). Después de que todos los pensamientos hayan sido reunidos en uno, acusándonos o defendiéndonos: entonces todas las naciones y lenguas con sus pensamientos serán llevadas al medio. Las lenguas, según el apóstol Pablo, no solo leemos de los hombres, sino también de los ángeles (I Cor. XIII). De lo cual se da a entender que todas las criaturas serán juzgadas por el Señor, no solo sobre la tierra, sino en el aire y en los cielos, según lo que él mismo dijo anteriormente: Mi espada se ha embriagado en el cielo, y descenderá a la tierra (Is. XXXIV, 5). Vendrán todos, para ver la gloria de Dios: y pondrá en ellos una señal, que se muestra al principio de Ezequiel bajo la interpretación de la letra hebrea THAU (Ezeq. IX). Quien haya sido marcado con esta señal, escapará de la mano que golpea. Esto también marcaba los postes de las casas en Egipto, cuando pereciendo Egipto, solo Israel permaneció ileso (Éx. XII). De esta señal que el rey Acaz de Judá no quería recibir, el profeta Isaías testifica: Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo (Is. VII, 14). De donde también el profeta suplica lo que había sido prometido: Haz conmigo una señal para bien (Sal. LXXXV, 17). Y en otro lugar: Has dado a los que te temen una señal, para que huyan de la cara del arco (Sal. LIX, 4). Esto nos dejó el Señor al ascender al Padre, o lo puso en nuestras frentes, para que pudiéramos decir libremente: La luz de tu rostro, Señor, ha sido sellada sobre nosotros (Sal. IV, 7). Pero lo que sigue: Y enviaré de ellos a los que se hayan salvado a las naciones: y enumera cada una, parece ser contrario a nuestra exposición. Si se dice del día del juicio: ¿cómo vuelve de nuevo al primer advenimiento del Salvador, cuando los apóstoles son enviados a las naciones, y oyen del Señor: Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19)? Esto se resuelve así: Se predica el día del juicio, más bien se amenaza, para que por el miedo al castigo futuro, reciban el advenimiento del Salvador y el Evangelio de los apóstoles, que deben ser enviados antes. Bellamente dijo: Y enviaré de ellos a los que se hayan salvado (Is. LXVI, 18). Porque si el Señor no nos hubiera dejado un remanente, como Sodoma habríamos

sido, y semejantes a Gomorra. Y el apóstol: Las reliquias, dice, han sido salvadas (Rom. IX, 27). Estos son enviados a las naciones en Tarsis, y Phud, y Lud, y Mosoch, y Thobel, y Grecia, y muchas islas que están lejos, y que no han oído el nombre del Señor, ni han visto su gloria. De los cuales según la historia hemos dicho antes (Ad cap. XII). Ahora debe ser apretada la anagogía. Tarsis se interpreta como exploración de gozo: para que consideremos no las cosas que están presentes, sino las que están en el futuro; y merezcamos oír: Porque en lo poco fuisteis fieles, entrad en el gozo de vuestro Señor (Mat. XXV, 21). De lo cual también el apóstol Pedro escribe: Regocijaos con gozo inefable y glorioso (I Ped. I, 8); para que alabemos a Dios diciendo: Nuestra boca se llenó de risa, y nuestra lengua de alabanza (Sal. CXXV, 2). Lo que sigue, Phud se interpreta como exclusión de la boca: para que excluyendo toda blasfemia, hablemos lo que es bueno, y digamos: Mi boca proclamará tu justicia, Señor: todo el día tu salvación (Sal. LXX, 15). Y de nuevo: No escondí en mi corazón tu verdad, y tu salvación proclamé (Sal. XXXIX, 11). Lud también en nuestra lengua se traduce como utilidad, y Mosoch, extensión, y Thubal, o Thobel, llevado al llanto, o convertido, o universal: todo lo cual concuerda con la vocación de las naciones, para que sigan la utilidad a través de la confesión de su alma, y olvidando lo pasado, se extiendan hacia lo futuro. Lloren sus antiguos pecados, y sean llevados al llanto y la tristeza, que conduce a la vida. Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán (Mat. V). Y conviértanse todos al Señor, para que después pasen a la gracia, y sepan lo dicho por el Apóstol: Gloria, y honor, y paz a todo el que hace el bien, al judío primero y también al griego (Rom. II, 10): porque no solo es Dios de los judíos, sino también de los gentiles. Por lo demás, lo que se dice: Y a las islas lejanas, que no han oído mi nombre, ni han visto mi gloria, se refiere a aquellos de los que leímos antes: A quienes no se les anunció de él, verán: y los que no oyeron, entenderán (Is. LV, 5). Y de nuevo: Me manifesté a los que no preguntaban por mí: fui hallado por los que no me buscaban (Is. LXV, 1). Dije: He aquí estoy, a los que no invocaban mi nombre. Las islas pueden significar, o las naciones de todo el mundo, o las iglesias dispersas en todo el mundo, como hemos dicho a menudo.

(Vers. 20.) Y anunciarán mi gloria entre las naciones, y traerán a todos vuestros hermanos de todas las naciones como ofrenda al Señor, en caballos, y en carros, y en literas, y en mulas, y en carruajes, a mi monte santo Jerusalén, dice el Señor. LXX: Y anunciarán mi gloria entre las naciones: y traerán a vuestros hermanos de todas las naciones como ofrenda al Señor, con caballos y carros, en literas de mulos, con sombrillas a la ciudad santa Jerusalén, dice el Señor. Aquellos que hayan sido salvados, y enviados a varias naciones, y a aquellos que no habían oído antes, ni visto la gloria del Señor, la anunciarán a todas las naciones, y traerán a los hermanos del pueblo judío, cuyas reliquias han sido salvadas, como ofrenda al Señor de todas las naciones: o a aquellos que, despreciando el error de la idolatría, han seguido el conocimiento del verdadero Dios, o a aquellos que han creído de todo el mundo del pueblo de Israel. A quienes también escribe el apóstol Pedro (I Ped. I). Los traerán en caballos, y en carros, y en literas, y en mulas, y en carruajes. Por carruajes, que solo Symmachus ha interpretado, a quien hemos seguido en este lugar, Aquila, los Setenta y Theodotion han traducido como mulos. Y donde los Setenta han puesto, con sombrillas, que podemos interpretar como dormitorios o literas, otros han traducido con la voz consonante φορεῖα que podemos interpretar como vehículos de varios tipos: donde los Setenta y Theodotion han dicho, lámparas, por las cuales Symmachus ha interpretado como literas, Aquila ha puesto σκεπαστὰ, que también significa literas cubiertas con pieles. Esto se ha dicho sobre la variedad de traducciones. Los caballos, y los carros, y las literas, y los mulos y los carruajes, y los vehículos de diversos tipos, podemos entenderlos como ministerios angélicos, de los cuales en otro lugar se dice a Dios: Sube sobre tus caballos, y tu caballería es salvación (Habac. III, 8). Con estos caballos, carros y carros fue arrebatado Elías al cielo, y Eliseo

mostró a su siervo que estaba rodeado y protegido (IV Reg. II). Y Zacarías vio en la noche: He aquí un hombre montado en un caballo rojo: y este estaba en medio de dos montes sombríos: y detrás de él caballos rojos, y tordos, y variados, y blancos, y dije, ¿Qué son estos, Señor? Y el ángel que hablaba en mí me dijo: Yo te mostraré qué son estos. Y el hombre que estaba en medio de los montes respondió y me dijo: Estos son los que el Señor ha enviado para recorrer la tierra (Zac. I, 8-10). Juan también en el Apocalipsis testifica haber visto esto: Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco: y el que estaba sentado sobre él se llamaba fiel y verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego: y sobre su cabeza había muchas diademas: tenía un nombre escrito que nadie conocía sino él mismo; y estaba vestido con una vestidura teñida de sangre: y su nombre era el Verbo de Dios: y los ejércitos en el cielo le seguían en caballos blancos, vestidos de lino fino, blanco y limpio, y de su boca salía una espada aguda, para herir con ella a las naciones (Apoc. XIX, 11 ss.). El Señor y Salvador montaba un caballo rojo, asumiendo un cuerpo humano, a quien se le dice: ¿Por qué son rojas tus vestiduras? Y: ¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras rojas de Bosra? (Is. LXIII, 2). Y le seguían caballos de varios colores, ya sea en martirio rojos, o tordos en vuelo, o variados en virtudes, o blancos en virginidad. Pero montaba un caballo blanco, cuando después de la resurrección asumió un cuerpo inmortal e incorruptible. Y todos los que le seguían, usaban caballos blancos, es decir, cuerpos incorruptibles e inmortales. Sería largo, si quisiéramos, explicar ambos testimonios: solo diré esto, que los diversos vehículos, por los cuales los hombres son llevados a la fe, son ángeles, o santos varones que han progresado de hombres a ángeles. Pero que cada uno de nosotros tiene ángeles, muchas Escrituras lo enseñan, de las cuales una es: No despreciéis a uno de estos pequeños: porque sus ángeles ven cada día la cara del Padre, que está en los cielos (Mat. XVIII, 10). Y cuando la muchacha Rode anunciaba al apóstol Pedro, otros creían que era su ángel (Hech. XII). Si esto se dice de los pequeños, y de un solo hombre, ¿cuánto más debe pensarse de todos los santos, y especialmente de los apóstoles? 823 cuyos ángeles ven cada día la cara del Padre, según lo que está escrito: El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen (Sal. XXXIII, 8). Y Jacob habla de sí mismo: El ángel que me ha librado. Estos son los que suben y bajan sobre el Hijo del Hombre. Los que son veloces en la fe, son llevados en caballos: los que son múltiples en gracia, en carros: los que necesitan consuelo, en literas cubiertas y sombrillas, para que merezcan oír: De día el sol no te herirá, ni la luna de noche (Sal. CXX, 6). Los mulos en las Escrituras santas los tomamos de dos maneras: o en esterilidad y continencia, sobre los cuales montaron David y Salomón, de los cuales uno se interpreta como fuerte de mano: el otro, pacífico; o en mala parte, de los cuales se dice: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI, 9); sobre los cuales estaba Doeg (I Sam. XXI). Los carruajes, por los cuales (como dijimos antes) los Setenta han traducido como vehículos cubiertos, los demás simplemente como vehículos, deben entenderse como aquellos de los que el Apóstol habla: Llevad los unos las cargas de los otros (Gál. VI, 2). Por lo demás, las lámparas deben entenderse como los cuerpos resplandecientes de los santos, y las almas iluminadas por la fe del Señor, a quienes se puede decir: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V, 14). Todo este aparato tiene como fin que entremos en la ciudad santa de Dios, o en el monte santo del Señor Jerusalén: no aquella que mata a los profetas, y que apedrea a los enviados a ella; sino la Jerusalén celestial, de la cual hemos hablado a menudo: Pero la Jerusalén de arriba es libre, la cual es madre de todos nosotros (Gál. IV, 26). Y de nuevo: Sino que os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial (Heb. XII, 22). Lo cual podemos entender de la Iglesia presente, que ha sido reunida en todo el mundo por los apóstoles, o del futuro: para que se cumpla lo que el Apóstol profetizó por el Espíritu Santo: Seremos arrebatados en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (I Tes. IV, 16). Los judíos y los herederos del error judío, los ebionitas, que por humildad de pensamiento han

tomado el nombre de pobres, y todos los que esperan las delicias de mil años, entienden los caballos y carros, y rhedas, y literas, o basternas, y dormitorios, y mulos y mulas, y carruajes, y vehículos de diversos tipos tal como están escritos. Que en la consumación del mundo, cuando Cristo venga a reinar en Jerusalén, y el Templo sea restaurado, y las víctimas judías inmoladas, los hijos de Israel sean llevados de todo el mundo, no sobre caballos, sino sobre mulos de Numidia. Y los que sean de dignidad senatorial, y ocupen el lugar de príncipes, de los británicos, españoles, y galos, de los extremos de los hombres morinos (Virgilio. VIII Eneida. así llama a los morinos), y donde el Rin se divide en dos cuernos, vendrán en carruajes, con todas las naciones que les hayan sido preparadas para su servidumbre.

(Vers. 21.) Como si los hijos de Israel trajeran una ofrenda en un vaso puro a la casa del Señor. Y tomaré de ellos sacerdotes y levitas, dice el Señor. LXX: Como si los hijos de Israel ofrecieran sus sacrificios a mí con salmos en la casa del Señor: y de ellos tomaré sacerdotes y levitas, dice el Señor. Aquellos que hayan sido enviados a las naciones y les hayan anunciado mi gloria, así traerán a sus hermanos de todas las naciones como ofrenda al Señor, con caballos, carros, literas, mulas y carruajes, y diversos vehículos al monte santo de Jerusalén, como solían los hijos de Israel, mientras su religión permanecía y se guardaban las ceremonias del Templo, ofrecer sacrificios con salmos en la casa del Señor. O como se tiene en hebreo, y todos lo han traducido con una voz unánime, en un vaso puro: lo que hasta hoy ofrecen en la Casa de Dios, que es la Iglesia, los hijos de Israel que contemplan a Dios con la mente, sacrificios espirituales con los frutos y virtudes de su alma en vasos puros, es decir, en cuerpos santos. De los cuales el Apóstol escribe: ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo habita en vosotros? (I Cor. III, 16). Y tomaré, dice, de ellos sacerdotes y levitas, dice el Señor: para que los que sean salvados prediquen a las naciones. De los cuales uno hablaba: Así nos considere el hombre como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios (I Cor. IV, 1). Y Lucas el evangelista: Como nos lo entregaron, dice, quienes desde el principio lo vieron y fueron ministros de la palabra. De los cuales también leemos arriba: Vosotros seréis para mí sacerdotes del Señor (Isai. LXI, 6). Porque así como en lo oculto es judío el que es circuncidado en espíritu (Rom. II), de quien está escrito: Nosotros somos la Circuncisión, que servimos a Dios en espíritu (Philipp. III, 3), y ofrecemos sacrificios espirituales agradables a Dios, y cantamos con espíritu y entendimiento: así también los sacerdotes y levitas están en lo oculto, que no siguen la serie de la genealogía, sino el orden de la fe. O ciertamente no habla de los Apóstoles y hombres apostólicos, que fueron príncipes de la Iglesia del pueblo de los judíos, sino de las naciones enumeradas arriba, del mar, de África, de Libia, de Capadocia, de Italia, de Grecia, de todas las islas, cuyos habitantes primero no habían oído al Señor, ni habían visto su gloria, y después se convertirán en sacerdotes, para que los que fueron cola, sean cabeza, y los que eran cabeza, se conviertan en cola.

(Vers. 22, 23.) Porque así como los cielos nuevos y la tierra nueva, que yo hago permanecer ante mí, dice el Señor: así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y será de mes en mes, y de sábado en sábado: vendrá toda carne a adorar ante mi presencia, dice el Señor. LXX: Porque así como el cielo nuevo y la tierra nueva, que yo hago permanecer ante mí, dice el Señor: así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y será de mes en mes, y de sábado en sábado: vendrá toda carne a adorar ante mí en Jerusalén al Señor. Cuando dice: Tomaré de ellos sacerdotes y levitas, muestra que el antiguo sacerdocio ha sido dejado de lado, que se debía a la tribu de Leví, donde no hay elección, sino orden de naturaleza, y es una serie de familia descendente por los descendientes. Porque al trasladarse el sacerdocio es necesario que también se traslade la Ley, y la elección pertenezca a aquellos a quienes de ninguna manera según la sangre, sino según los méritos y virtudes se les

confiere el sacerdocio, que vendrán de las islas de las naciones, y anunciarán la gloria del Señor. Y serán traídos en caballos, y en carros, y en literas, y en mulas, y en carruajes. Así como habrá un cielo nuevo, y una tierra nueva, y una nueva Jerusalén, para que de ninguna manera se diga: El cielo y la tierra pasarán (Matth. XXIV, 35). Y de nuevo: El cielo se enrollará como un libro: y la tierra se disolverá en corrupción (Apoc. VI, 14): así en todas las cosas nuevas, también será nuevo el pueblo de Dios, diciendo la Escritura: Las cosas viejas pasaron: he aquí, todas son hechas nuevas (Isai. XLIII, 19). Y en otro lugar: Si alguno está en Cristo, nueva criatura es (II Cor. V, 17). Y habrá también un pueblo nuevo; porque Cristo es las primicias, luego los que son de Cristo, en su venida: y un cielo y una tierra nuevos, de los cuales entre las ocho bienaventuranzas se dice: Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Matth. V, 3, 4). Porque toda criatura ahora está sujeta a vanidad en esperanza, por causa de aquel que la sujetó (Rom. VIII). Pero serán liberados de la servidumbre de la corrupción en la gloria de los hijos de Dios, que serán hechos hijos suyos de entre los hombres, y estarán siempre en su presencia, y su nombre permanecerá perpetuamente, para que de ninguna manera otra nación los suceda, como sucedió con los judíos; sino que permanezcan para siempre. Y será, dice, de mes en mes, y de sábado en sábado: para que de los sábados carnales, y de los meses, se hagan sábados espirituales delicados, que el sabatismo está reservado para el pueblo de Dios. Y el mes espiritual, cuando desde un punto hasta otro la luna se complete, y corra en su orden, para que haga el mes, es decir, las calendas, que en griego se llaman νεομηνίαι, es decir, el comienzo del mes nuevo. En los cuales el inicio de las calendas no comienza y termina según el curso del sol, y los diversos espacios de los meses, sino según el circuito de la luna. Esta es la luna, de la cual en la alabanza del verdadero Salomón se dice: Y permanecerá con el sol y antes de la luna por generaciones de generaciones (Psal. LXXI, 5). Que en el Cantar de los Cantares se llama elegida: ¿Quién es esta que surge como el alba, hermosa como la luna, y elegida como el sol admirable? (Cant. VI, 9). Dicen los físicos, y aquellos cuya preocupación es discutir sobre las cosas celestiales, que la luna no tiene luz propia, sino que es iluminada por los rayos del sol. Porque siempre se completa y brilla desde aquella parte del orbe que está más cerca del sol, y no es oscurecida por la sombra de la tierra: lo que también un poeta demostró en un solo verso (Virgil. I Georg.): Ni obligada a surgir por los rayos de su hermano.

Si esto es verdad, y nosotros podemos decir tropológicamente, que la Iglesia, que crece y decrece con la paz y las persecuciones, y oprimida por las tinieblas de las tentaciones, nuevamente asume su luz original, tiene su esplendor del sol de justicia, y esto es lo que se dice: La luna brillará como el sol (Isai. XXX, 26); y sus habitantes justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. Y a través de estos meses la simiente del Señor, que ha sido renovada para siempre, vendrá a sus solemnidades, que el santo resonaba con su boca mística, diciendo: He tenido en mente los años eternos, y he meditado (Psal. LXXVI, 6). Sobre el sábado, que significa descanso, hemos tratado con un discurso completo (Ad cap. LVI), en la profecía de los eunucos extranjeros. Y ahora brevemente se debe decir, que vienen en las neomenias y en los sábados, aquellos que, habiendo trascendido y dejado atrás los seis días en los que fue hecho el mundo, se apresuran al séptimo día, es decir, al sábado, en el cual hay verdadero descanso. De estas solemnidades el apóstol Pablo instruía a los creyentes, diciendo: Porque la ley tiene una sombra de los bienes venideros (Hebr. X, 1). Y de nuevo: Por tanto, que nadie os juzgue en comida, o en bebida, o en parte de día de fiesta, o de neomenia, o de sábados, que son sombra de lo venidero (Coloss. II, 16). Si estas cosas son sombra de los bienes venideros, y han precedido en imagen, toda la ley debe ser entendida espiritualmente, de la cual el mismo Apóstol decía: Sabemos que la ley es espiritual (Rom. VII, 14), cuyos misterios David también deseaba conocer: Abre mis ojos, y consideraré las

maravillas de tu ley (Psal. CXVIII, 18). Porque las cosas que se ven son temporales: pero las que no se ven son eternas (II Cor. IV). De las cuales no es el momento de recorrer todo con una rápida discusión. Porque si ni ojo vio, ni oído oyó, ni subieron al corazón del hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II), ¿cómo intentamos mostrar la descripción de toda la Ley como si fuera un mapa del universo en una breve tabla? Y lo que sigue: Vendrá toda carne, para adorar ante mí en Jerusalén, se debe saber que en hebreo no está escrito, Jerusalén: para que despojemos a los judíos de su arrogancia; sino solo, ante mí, para que se cumpla la palabra del Señor, diciendo en el Evangelio: En verdad, en verdad os digo: que vendrá la hora, cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre (Joan. IV, 21). Y de nuevo: Dios es Espíritu. Y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad (Ibid., 24). Y aquello del Apóstol: Levantando manos santas en todo lugar (I Tim. II, 8). Toda carne no significa el pueblo de los judíos, sino toda la raza humana, según lo que se dijo antes: Verá toda carne tu salvación (Isai. XL, 5). Y en Joel: Derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas (Joel. II, 28). Y en Zacarías: Tema toda carne ante la faz del Señor (Zach. II, 13). Y en los Salmos: A ti vendrá toda carne (Psal. LXIV, 2). Lo que en otras palabras se dice en otro salmo: Todas las naciones que has hecho vendrán y adorarán ante ti, y glorificarán tu nombre, Señor (Psal. LXXXV, 9). Mes tras mes, y sábado tras sábado, en los cuales vendrá toda carne, para adorar a Dios, los χιλιασταὶ, que podemos llamar Milenarios, lo interpretan ridículamente: para que los que están cerca, vengan cada sábado a Jerusalén; los que están más lejos, cada mes, es decir, cuando se complete el ciclo de las calendas, los que están muy lejos, cada año, es decir, en los días de Pascua o de los Tabernáculos, según lo que se dice en Zacarías: Subiendo de año en año, para adorar al Señor, el rey de los ejércitos, y celebrar la festividad de los Tabernáculos (Zach. XIV, 16). Y para provocar mayor risa a los oyentes, lo que está escrito al final del mismo volumen del profeta: Y no habrá más mercader en la casa del Señor de los ejércitos en aquel día, lo interpretan así, para que los comerciantes dejen de existir en los mil años, porque todo crecerá en todos los lugares, de modo que ni nosotros necesitemos hoja de amomo, ni pimienta, ni los indios deseen de nosotros poleo.

(Vers. 24.) Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí. Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará. Y serán hasta la saciedad de la visión para toda carne. LXX de manera similar. Toda carne que adorará ante el Señor, ya sea en la Jerusalén celestial, o en cualquier lugar donde se levanten manos puras, saldrá para ver los cadáveres de los hombres muertos, que se rebelaron contra Dios. Lo que puede entenderse de los judíos, de quienes se dijo: Hijos crié y engrandecí: pero ellos me despreciaron: o de todos los que teniendo el conocimiento de Dios en sus corazones, se volvieron a la vanidad, para adorar a la criatura más que al Creador. Saldrán no en lugar, sino en entendimiento. Porque los cadáveres de los muertos no pueden estar dentro con el Señor. Pero si toda carne adorará al Señor, y por el contrario los cadáveres de los hombres, que se rebelaron contra el Señor, serán entregados a los fuegos eternos, en ambos casos habrá una verdadera resurrección de la carne. El gusano que no morirá, y el fuego que no se apagará, por muchos se entiende como la conciencia de los pecados, que atormenta a los que están en los suplicios: por qué, por su propio vicio y pecado, carecieron del bien de los elegidos, según lo que se dice: Me he vuelto en miseria, mientras se me clava una espina (Psal. XXXI, 4). Y en los Proverbios: La polilla de los huesos es el corazón que entiende (Prov. XXV, 20). Y de nuevo bajo el obelo: Como la polilla al vestido, y el gusano a la madera: así el dolor tortura el corazón del hombre (Ibid.). Así, sin embargo, que no nieguen los suplicios eternos de los transgresores y de los que niegan al Señor, diciendo el Señor en el Evangelio: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Matth. XXV, 41). Y en otro lugar: Atad sus manos y pies, y echadlo en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes (Matth. XXII, 13). Si hemos

oído manos y pies, y tinieblas exteriores, que es el castigo de los ojos de no ver la luz de Dios; y llanto, que también pertenece a los ojos; y crujir de dientes: me asombra que algunos introduzcan un cuerpo aéreo, y que poco a poco se disolverá en auras tenues después de la resurrección, porque el Señor, con el poder de su majestad, entró a los apóstoles con las puertas cerradas (Joan. XX). Quien ciertamente antes de la resurrección caminó sobre el mar con paso suspendido; y esto mismo lo concedió al apóstol Pedro: para que quien caminaba por la fe, después se hundiera por la incredulidad; a quien se le dijo: ¿Por qué dudaste, hombre de poca fe? (Matth. XIV, 31). El fuego también debe ser entendido de la misma manera que el gusano, que se enciende mientras tenga materia, con la que la voraz llama se alimente. Si alguien, por tanto, tiene en su conciencia cizaña, que el enemigo, mientras el padre de familia dormía, sembró, y este fuego lo consumirá, este incendio lo devorará (Matth. XIII). Y a los ojos de todos los Santos, se mostrarán los suplicios de aquellos que, por oro, plata y piedras preciosas, edificaron sobre el fundamento del Señor, heno, madera, paja, alimento del fuego eterno. Por otro lado, los que quieren que los suplicios terminen alguna vez, y aunque después de mucho tiempo, sin embargo, que los tormentos tengan un fin, usan estos testimonios: Cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo (Rom. XI, 25). Y de nuevo: Dios encerró a todos bajo pecado, para tener misericordia de todos (Galat. III, 22). Y en otro lugar el santo habla: Soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra él; hasta que justifique mi causa, y quite mi juicio, y me saque a la luz (Mich. VII, 9). Y de nuevo: Te bendeciré, Señor: porque te enojaste conmigo. Apartaste tu rostro de mí, y te compadeciste de mí (Isai. XII, 1). El Señor también habla al pecador: Cuando pase la ira de mi furor, de nuevo sanaré (Ps. XXX, 20). Y esto es lo que se dice en otro lugar: Cuán grande es la multitud de tu bondad, Señor, que has escondido para los que te temen. Todo esto lo replican, queriendo asegurar que después de los tormentos y sufrimientos, habrá refrigerios futuros, que ahora deben ser ocultados a aquellos para quienes el temor es útil: para que mientras teman los suplicios, dejen de pecar. Lo que debemos dejar al conocimiento de Dios solo, cuya no solo misericordia, sino también tormentos están en peso; y sabe a quién, cómo, o por cuánto tiempo debe juzgar. Y solo digamos, lo que conviene a la fragilidad humana: Señor, no me reprendas en tu furor: ni me castigues en tu ira (Psal. VI, 1; XXXVII, 1). Y así como creemos en los tormentos eternos del diablo y de todos los negadores e impíos, que dijeron en su corazón: No hay Dios (Psal. XIII, 1), así de los pecadores e impíos y sin embargo cristianos, cuyas obras deben ser probadas y purificadas en el fuego, consideramos un juicio moderado y mezclado con clemencia del juez (I Cor. III, 13).